Ricardo de la Cierva

Don Juan de Borbón: por fin toda la verdad

Las aportaciones definitivas

Editorial FÉNIX
SERIE MÁXIMA

Libros publicados
Editorial **FÉNIX**

Ricardo de la Cierva
LOS AÑOS MENTIDOS
Falsificaciones y mentiras en la historia de España del siglo XX.

Ricardo de la Cierva
EL TRIPLE SECRETO DE LA MASONERíA
Constituciones y rituales jamás publicados en España.

Ricardo de la Cierva
LA OTRA VIDA DE ALFONSO XII
Revelaciones sobre la vida oculta de un Rey.

Ricardo de la Cierva
CARRILLO MIENTE
156 documentos contra 103 mentiras.

Rafael Casas de la Vega
EL TERROR, MADRID 1936
Investigación histórica y catálogo de las víctimas.

Ricardo de la Cierva
NO NOS ROBARÁN LA HISTORIA
Nuevas mentiras y falsificaciones.

Ricardo de la Cierva
EL MITO DE LA SANGRE REAL
La sucesión a la corona de España.

Ricardo de la Cierva
LAS PUERTAS DEL INFIERNO
La historia de la Iglesia jamás contada.

Rafael Casas de la Vega
FRANCO, MILITAR
La primera biografía militar de Franco.

Ricardo de la Cierva
LA HOZ Y LA CRUZ
Auge y caída del marxísmo y la teología de la liberación.

Julio González Iglesias
LOS DIENTES DE FRANCO
Patobiografía del general Francisco Franco a través de las revelaciones de sus dentístas.

Ricardo de la Cierva
BRIGADAS INTERNACIONALES 1936-1996. LA VERDADERA HISTORIA

$39.50
EFX 17
(OVO)

Don Juan de Borbón: por fin toda la verdad

Las aportaciones definitivas

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/donjuandeborbonp0000cier

Ricardo de la Cierva

Don Juan de Borbón: POR FIN TODA LA VERDAD

Las aportaciones definitivas

Editorial FÉNIX
SERIE MÁXIMA

© Ricardo de la Cierva 1997
© Editorial FÉNIX S.L.
Domicilio social: Rosa del Azafrán, 4. Madridejos (Toledo)

Depósito Legal: M.15077-1997
ISBN: 84-88787-17-0
Composición Puntographic, S. L.
Impreso en Litografía Josmar, S. A., c/ Artesanía, 17
Polígono Industrial de Coslada, (Madrid)
Printed in Spain

Distribución exclusiva: Comercial Grupo Anaya
Juan Ignacio Luca de Tena, 15 28027 Madrid

La editorial no devuelve los originales no solicitados ni mantiene correspondencia sobre ellos.

Para Mercedes 87

Un clamor desde la Historia: disfrazar de Rey a Don Juan es atentar a la Corona de Don Juan Carlos

En la Introducción de este libro, en todo el texto y en el capítulo final sobre nuevas fuentes, expreso mi sincero aprecio hacia don Luis María Anson, a quien agradezco muy sinceramente los elogios que dedica en su famoso libro *Don Juan* a mis trabajos de investigación sobre la trayectoria personal y política del Conde de Barcelona. Sin embargo, este libro, en el que profundizo y completo esas investigaciones, se escribe en abierta y sincera oposición a varios métodos culturales y tesis históricas de don Luis María Anson, empezando por una que se resume en el nombre que él se obstina en dar al Conde de Barcelona: Juan III. Para ello se apoya en sus propios argumentos y en la autoridad de dos personalidades: el profesor Carlos Seco Serrano y el magistrado Jiménez de Parga. El profesor Seco Serrano es un gran historiador que nos ha ofrecido publicaciones de suma importancia, pero en los últimos tiempos parece sufrir un cierto eclipse que me permito atribuir a extrañas y nocivas influencias por las que se deja arrastrar con escaso espíritu crítico; y esa misma escasez de espíritu crítico le lleva, seguramente, a dictaminar en favor de la denominación "Juan III" que no solamente creo falsa, sino antihistórica y disparatada. En cuanto a Jiménez de Parga, sus acreditados saberes no se han demostrado nunca, que yo sepa, en el vasto campo de la Historia. Mi argumento en contra es clarísimo: si don Juan de Borbón fue Rey de derecho hasta la

Renuncia de 1977, entonces don Juan Carlos I fue un usurpador desde que aceptó en 1969 la sucesión de Franco a título de Rey y durante su reinado de 1975 a 1977; afirmación que no sólo es anticonstitucional, sino delictiva.

Pero ya habrá ocasión a lo largo de esta obra de exponer mis puntos de vista y demostrar las razones de mi discrepancia con el señor Anson y sus ilustres valedores. Ahora sólo voy a enumerar algunos hechos que también se demuestran, punto por punto, en este libro y que merecen ser puestos de relieve a partir de la primera página.

Don Juan de Borbón fue un pretendiente variable. Permitió que sus adictos, una minoría mínima que se contaba por docenas, le llamasen Rey, pero cuando entregó al Rey don Juan Carlos su Renuncia en 1977, según veremos en detalle, le declaró heredero directo de don Alfonso XIII, como al año siguiente haría la Constitución hoy vigente. Se alineó contra Franco entre 1942 y 1947, y luego entre 1968 y 1975; es decir, durante doce años, y no siempre con la misma decisión; a veces parecía arrastrado. Estuvo con Franco, en diversas situaciones, entre 1928 y 1931; entre 1936 y 1939, plenamente a las órdenes de Franco, como su padre don Alfonso XIII; y entre 1948 y 1968, es decir, veintisiete años. Se adhirió de forma expresa y escrita a Falange Española. Se adhirió seis veces a programas antidemocráticos. Repudió, reservada pero fehacientemente, sus Manifiestos de Lausana y Estoril. Publicó tres manifiestos democráticos y cinco manifiestos completamente antidemocráticos. Ofreció a Franco el Toisón y el Gran Maestrazgo de las Órdenes Militares, que es una condición regia. Sufrió el desprecio de su consejero político principal, José María Gil Robles. Desautorizó reiteradamente a sus consejeros, dejándoles a veces en muy mal lugar. Fue acremente censurado por sus fieles monárquicos. Comunicó públicamente todo un testamento de Rey (es la única vez que le llamo Rey) poco antes de morir y su fiel diario *ABC,* y su fiel director don Luis María Anson, se lo censuraron. Sus conversaciones íntimas fueron censuradas a mansalva, docenas de veces, por el Opus Dei. Los principales consejeros de don Juan no eran liberales, sino totalitarios. La Reina Sofía coincide con Franco y con el autor de este libro en descalificar a los consejeros de don Juan.

Todas estas afirmaciones se van a demostrar cumplidamente en este libro. No fue jamás, ni de hecho ni de derecho, Juan III.

El señor Anson posee una enorme capacidad para la difusión de sus ideas, como director de un gran periódico español y como vicepresidente mundial de una de las grandes empresas universales de medios diversificados de comunicación. Yo dispongo solamente de una pequeña editorial y carezco por completo de poder político. En muchos aspectos estoy de acuerdo con el señor Anson. En los que acabo de enumerar, estoy en completo desacuerdo. Poseo muy escasos medios, pero tengo sobre él una ventaja decisiva: estoy convencido de que la Historia está a mi favor.

Aclaración del autor

Creo que en el fondo de las discrepancias históricas, culturales y políticas que hoy mantengo con Anson hay una sola razón: Franco. Yo trabajé por la apertura y luché por la democracia desde dentro del régimen de Franco, con aceptación plena de ese régimen. Seguí el mismo camino que el Rey Juan Carlos: y luego acepté la orden de Franco para que siguiéramos al Rey y la orden del Rey (desde que le conocí en 1972) para orientarnos en la democracia. Jamás he renegado de mi servicio a Franco y jamás lo haré. Estoy convencido de que sin Franco seríamos hoy un país recién arrancado del comunismo con fuertes corrientes para implantar la democracia. Pero gracias a Franco no ha sido así. Estoy históricamente a favor de Franco por lo que hizo el 18 de julio, tal como lo expresó en carta a Don Juan: «Salvar una sociedad». Salvó a esa sociedad, salvó a la Iglesia de la aniquilación, salvó la economía de mercado, salvó a España. Pero ahora, para ser política y culturalmente algo en España, hay que renegar de Franco y abominar de Franco. Si no lo hacemos hasta Aznar nos dejará a la intemperie. Prefiero la intemperie a convertirme en un renegado.

Don Juan de Borbón pensaba exactamente así en 1936. No sé lo que piensa Anson, pero su historiador-guía es Paul Preston, portavoz histórico del odio a Franco, de la masonería y de la Internacional Socialista. Ésta es la posición de Anson ante la Historia posterior a 1939: la posición de la masonería y de la Internacional Socialista y esta aberración se nota en la obsesión anti-Franco de Anson y en las directrices históricas y culturales —lo notamos miles de lectores— de su diario, el *ABC*. Anson escribió hace tiempo un colosal artículo, *La quinta pluma*. Ese artículo se lo ha llevado el viento. La orientación cultural e histórica del *ABC* se escribe hoy con la quinta pluma.

Había que dejarlo claro desde la primera página de este libro.

Índice general

UN CLAMOR DESDE LA HISTORIA: disfrazar de Rey a Don Juan es atentar a la Corona de Don Juan Carlos VII

Introducción XVII

I Don Juan, la sangre limpia 1

II Ley de Sucesión y fantasmagorías del exilio regio 23

III La placa del Príncipe de Asturias 45

IV Don Juan llama el 18 de julio 69

V Don Juan, voluntario de Franco 95

VI Franco rehabilita a Alfonso XIII 115

VII El conde de Barcelona 137

VIII La cajita sellada 159

IX "Ofreceros la jefatura total" 181

X Don Juan y la masonería 203

XI Una España sin demócratas 225

XII Don Juan exige la restauración 247

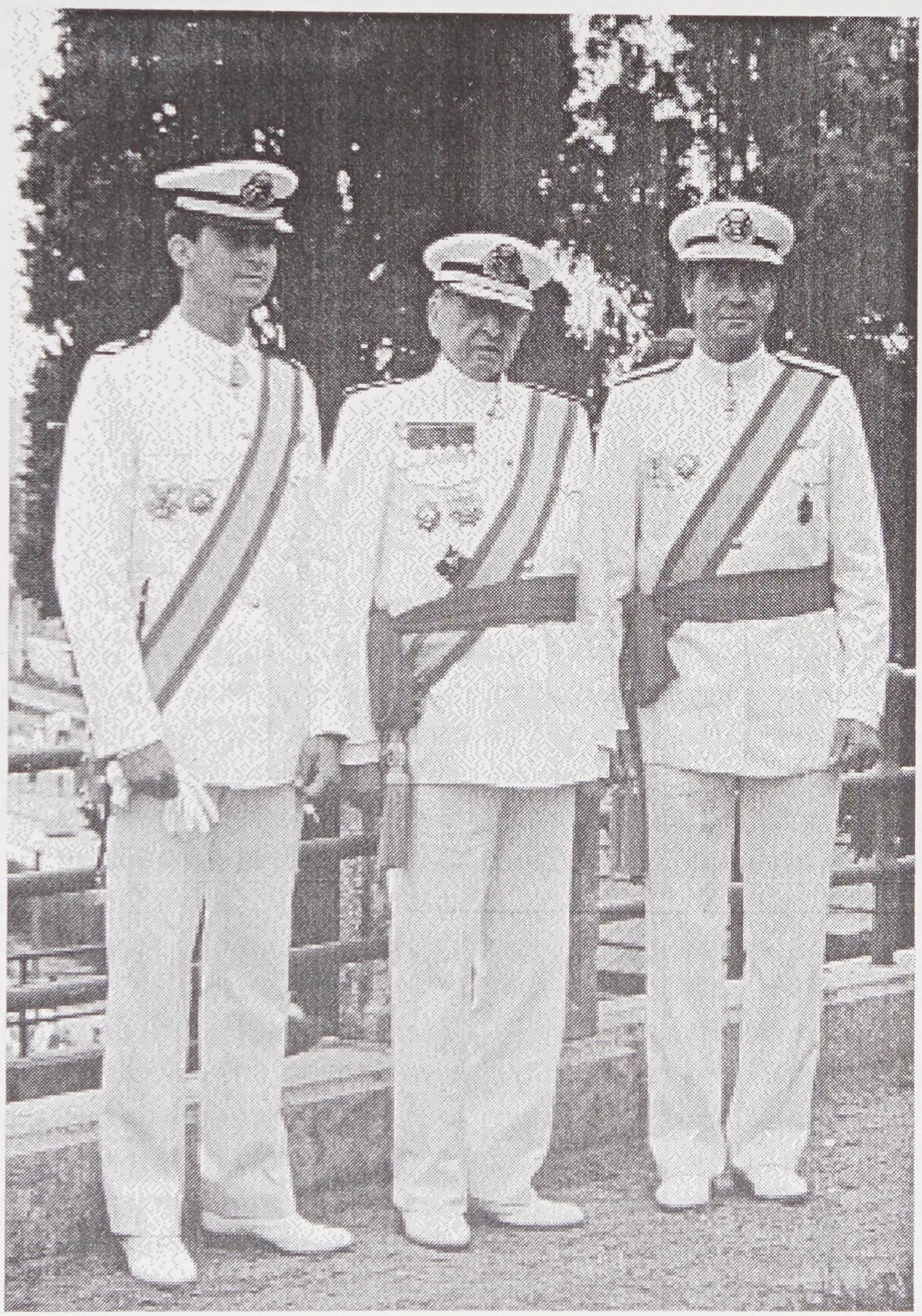
XIII La primera confrontación 269

XIV El ultimátum de don Juan a Franco 291

XV Don Juan anuncia la ruptura con Franco 315

XVI El Manifiesto de Buenos Aires 337
XVII Bajo la sombra de Yalta 361
XVIII El Manifiesto de Lausana 383
XIX El informe perdido de Joaquín Ruiz-Giménez 407
XX Los tres pronunciamientos de 1945 431
XXI Don Juan vuela a Estoril vía Londres 453
XXII Los espectros de la República 475
XXIII Las Bases Institucionales de la Monarquía 499
XXIV El documento Kennan-Marshall 523
XXV El encuentro del Saltillo y el Azor 545
XXVI Los consejeros de don Juan buscan una nueva ruptura 569
XXVII Franco sugiere a don Juan la renuncia en 1951 591
XXVIII Don Juan ante la segunda victoria 615
XXIX La última batalla de Gil Robles y Franco 639
XXX El Príncipe jura bandera 663
XXXI Cambio de horizonte en 1956-1957 687
XXXII Don Juan y Franco contra la monarquía liberal 711
XXXIII El padre Escrivá felicita a Franco 737
XXXIV Los enfrentamientos monárquicos de 1958-1959 763
XXXV La encerrona de Estoril 787
XXXVI Don Juan se identifica con el Movimiento Nacional 813
XXXVII "Afirmo ni adhesión a los Principios del Movimiento" (Don Juan, 10 de julio de 1961) 839
XXXVIII Franco y la Reina Victoria prefieren a don Juan Carlos 865
XXXIX La Operación Príncipe y la decisión sucesoria 893
XL El último servicio 921
XLI Las aportaciones definitivas 943

Índice onomástico 973



Los titulares sucesivos de la dinastía, en uniforme de la Marina. Ante el príncipe Felipe recién nacido, dijo la Reina Victoria Eugenia a Franco: "Ahí tiene usted, General. Escoja". Franco y la Reina ya habían escogido.

Introducción
Don Juan de Borbón ante la Historia, sin trucos

De una vez por todas, don Juan de Borbón, ante cuya figura histórica deseo proclamar, desde la primera página de este libro, mi respeto más profundo, no fue nunca, desgraciadamente, Rey de España, ni de hecho ni de derecho. Lo he anticipado ya y lo demostraré en este libro —entre asuntos mucho más importantes— pero seguramente basta con afirmar, para probarlo, que él mismo lo dijo. El 14 de mayo de 1977, cuando expresó en el palacio de la Zarzuela, en ceremonia casi privada, la Renuncia al depósito de una Corona que nunca había poseído, porque la recibió de su padre don Alfonso XIII que desde el 14 de abril de 1931 no era Rey de España por haber abandonado voluntaria e injustificadamente el trono, dijo: "Sucede en la plenitud de los derechos dinásticos como Rey de España a mi padre el Rey Alfonso XIII mi hijo y heredero el Rey don Juan Carlos I". Luego, en expresión del propio don Juan, el heredero de don Alfonso XIII es don Juan Carlos, directamente, sin intermediarios. Don Juan de Borbón es el único personaje de la Historia de España que ha sido hijo de Rey y padre de Rey sin llegar nunca a ser Rey. Si como tantas veces ha afirmado mi ilustre amigo Luis María Anson don Juan Carlos I sólo ha sido Rey de hecho, y no de derecho, desde el 22 de noviembre de 1975, al suceder a Franco a título de Rey, hasta ese 14 de mayo de 1977, un mes antes de las primeras elecciones democráticas, entonces don Juan Carlos I hubiera

sido, durante un año y medio, sólo Rey de hecho, es decir, Rey sin derecho; es decir, un simple usurpador. Pero resulta que durante ese período de "usurpación" los españoles aprobaron por referéndum el 15 de noviembre de 1976 la Ley de Reforma Política en la cual se declaraba Rey de España a don Juan Carlos, y los españoles lo aceptaron por abrumadora mayoría. Al sancionar la Constitución, que volvía a reconocerle como Rey de España, en diciembre de 1978, don Juan Carlos la firmó, pero no la juró; no hacía falta desde su jura y proclamación en noviembre de 1975.

Mi respeto y afecto hacia don Juan de Borbón no es de hoy. Entre mis recuerdos de infancia figura, con mucha intensidad, la letra con que en 1931, es decir, antes de cumplir cinco años, cantaba con mis amigos del Retiro, algunos de ellos con nombres muy famosos hoy, y las mismas fidelidades:

"Si Niceto quiere corona
Le daremos un orinal
Porque la Corona de España
Es del Infante don Juan".

Cuando el infante don Juan no había recibido todavía el título de Príncipe de Asturias.

Como historiador me he referido muchas veces a don Juan de Borbón, a quien tuve el honor de conocer personalmente en Villa Giralda en 1951 y luego traté algunas veces ya restaurada la monarquía en España; recuerdo por lo menos tres conversaciones de las que guardo una huella imborrable: una durante un almuerzo en el palacio de Liria, donde los duques de Alba me pusieron a su lado porque quería decirme algunas cosas; otra, cuando nos nombraron a los dos "Populares" del diario *Pueblo;* la tercera, en la sala de autoridades del aeropuerto de Barajas. Le he respetado siempre muchísimo; nunca le he llamado Rey más que una vez: cuando dictó su asombroso testamento al *Diario de Navarra* días antes de morir, un testamento de Rey que paradójicamente no publicó *ABC,* aunque luego se empeñó en ponerle, durante una larga temporada, los tres palotes detrás de su nombre, como decía graciosamente Federico Jiménez Losantos.

He escrito muchas veces sobre don Juan de Borbón, a veces extensamente, como en mis biografías de Franco y en otras obras, como mis "vidas paralelas" de Franco y don Juan en la revista *Época.* Este libro es algo muy distinto. Hace ya tiempo acumulo documentos y datos. Pero en los últimos años he recibido de mis inagotables y puntualísimos amigos documentos, a veces sobrecogedores, sobre don Juan; he encontrado algunos, cuando menos lo esperaba, en mis descubiertas por los archivos; han aparecido testimonios de enorme importancia, como el *Don Juan* de Luis María Anson *La Reina* de Pilar Urbano; les han puesto verdes a los dos, a mi modo de ver injusta y absurdamente, algunos críticos y algún imbécil; porque esos dos libros tienen algunos errores no muy graves (salvo el Juan III y las nefastas huellas del ignorante Preston en el libro de Anson), pero revelan noticias y sucesos importantísimos. Ha aparecido además la sorprendente biografía de Rafael Borrás, *Don Juan el rey de los rojos.* Todas estas nuevas informaciones y documentos, algunos descubiertos por mí, otros debidos a otros autores y testimonios (como el de Torcuato Fernández-Miranda), me obligan a enfocar nuevamente la figura de don Juan de Borbón a la plena luz de la Historia. Así lo hago en este libro, en el que voy a poner especial cuidado en minar los cimientos de arena sobre los que algunos han querido fundar la nueva mitología juanista. Cuando ya se ha perdido en el horizonte de las pequeñas pesadillas aquel idólatra de don Juan que se inspiraba, para sus dislates, en un bar de copas de no sé dónde, que ahora seguramente continuará regentando con provecho, una vez alejado de la Historia; difícil tarea en la que nunca tuvo nada que hacer. Además está el "Gran Pelota de la Historia", el supergafe que hunde a las personas y partidos a los que se acerca —de Landelino Lavilla y Leopoldo Calvo Sotelo a Felipe González y Jesús Polanco—, que se ha atrevido con el Rey Juan Carlos en un elogio infame y acrítico, pero hasta ahora ha dejado incólume a don Juan, de quien no puede, seguramente, obtener provecho alguno.

En cuanto a las directrices metodológicas, debo dejar bien claros los siguientes puntos:

1.— Voy a intentar en este libro una biografía histórica de don Juan de Borbón, con el debido respeto al hijo de Alfonso XIII y padre de don Juan

Carlos; respeto que extiendo a casi todos los personajes, principales y secundarios, que aparecen en el apasionante relato. Pero el respeto no está reñido con la sinceridad, a veces descarnada, con que debo referirme a rasgos personales que tengan relación con la actividad pública de esos personajes. Muchas veces me he atenido a la tesis de que las personas públicas carecen de vida privada. Todo cuanto hacen, aún en la esfera privada, alcanza carácter público y la opinión tiene derecho a conocerlo.

2.— Atenderé rigurosamente a las fuentes después de analizarlas desde todos los puntos de vista posibles. Dedico un capítulo final a ese análisis y a la valoración de las nuevas aportaciones. En bastantes ocasiones he tenido que abordar un auténtico análisis de fuentes equivocadas, por ejemplo en los archivos publicados con insuficiente discernimiento por algunos personajes históricos e incluso algunos historiadores. Un caso con el que me he tropezado es el de los documentos del general Kindelán, personalidad importante cuyos documentos se han atribuido a veces a personas que nada tienen que ver con él.

3.— Las fuentes utilizadas se citan en cada caso. Frecuentemente se trata de piezas que sólo se encuentran en el archivo del autor.

4.— Hay una cuestión metodológica fundamental. En el libro, imprescindible, de Luis María Anson, *Don Juan,* acepto muchos datos; otros los someto a un complicado análisis en que debo poner en juego mi conocimiento personal del autor y de los personajes que describe. La solución no es siempre sencilla; creo que Anson ha querido presentarnos algunos enigmas que he intentado descifrar.

5.— Anson aborrece a Franco —más de lo que yo había pensado nunca— y adora a don Juan, a quien idealiza. Por eso propone la peregrina teoría metodológica de que las cartas de don Juan a Franco no son fuente histórica, condición que reserva a los manifiestos oficiales. Pero yo he logrado descubrir que a veces los manifiestos oficiales son cortinas de humo que el propio don Juan ha desautorizado después. Estudiaré cada caso en particular. Las cartas de don Juan son admitidas como fuente fiable por testigos de la categoría de Gil Robles, Sáinz Rodríguez y López Rodó. Estoy plenamente de acuerdo; los motivos por los que Anson atenúa la

validez histórica de algunas cartas de don Juan son de tipo político, no histórico. En su fundamental libro, Anson prolonga el empeño y la lucha política de don Juan. Yo hablo desde la Historia.

6.— No oculto un solo rasgo, una sola fuente sobre don Juan. Otros autores le censuran; esto de la censura es una manía. No admito, en mi investigación y en mi libro, la menor sombra de censura, sea sobre rasgos favorables a don Juan, sea sobre rasgos negativos.

Capítulo I
Don Juan, la sangre limpia

EN LA MADRUGADA del 20 de junio de 1913, nació en el palacio de San Ildefonso de La Granja el sexto hijo de los reyes don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, bautizado con el nombre regio de Juan, que había llevado el primer heredero de los Reyes Católicos —el príncipe muerto de amor que hubiera sido Juan III—, así como don Juan de Austria, el hijo natural de Carlos V. Apadrinado por el rey Carlos I de Rumanía y por la archiduquesa María Teresa de Austria, a quienes representaron el infante don Alfonso de Orleans y la reina madre María Cristina, hermana de la madrina, se impusieron al neófito los nombres de Juan Carlos Teresa Silverio y Alfonso.

Sonaron, al hacerse el día, las veintiún salvas de ordenanza y Alfonso XIII presentó a su hijo solemnemente a la Corte en la Pieza de Música del palacio que tanto agradaba a la reina Victoria Eugenia, porque le recordaba las frondas escocesas de Balmoral, junto a las que había nacido [1]. Por cierto que cuando recorrí hace poco en el Archivo del Ministerio de Estado, sección Protocolo de Personas Regias, los papeles incluidos en una carpeta

---

[1] Para la infancia y adolescencia de don Juan de Borbón, sigo la información de F. GONZÁLEZ DORIA, *Don Juan de España* (Madrid, 1968), avalada expresamente por el propio don Juan y que me parece, a mucha distancia, la mejor de sus biografías publicadas hasta hoy.

titulada "Juan Carlos Teresa", observé que la mayoría de los mensajes de felicitación personal enviados a don Alfonso XIII y autografiados por varios reyes y jefes de Estado estaban todavía sin abrir; tal vez porque el feliz nacimiento del tercer infante no consiguió disipar las tremendas preocupaciones íntimas que desde tres años antes afectaban a la familia real española.

La tragedia familiar de la hemofilia

Era el sexto y penúltimo hijo de los reyes de España y el tercer infante varón vivo; el anterior, que iba a llamarse Fernando, había nacido muerto en 1910. Durante su infancia, don Juan pensó que carecía de posibilidades para heredar el trono; por la obstinación de Alfonso XIII en mantener como Príncipe de Asturias a su primogénito don Alfonso, nacido en 1907, aunque impedido cada vez más por la hemofilia que le había transmitido su madre la reina Victoria Eugenia.

El destino de don Juan de Borbón va a entretejerse con la tragedia de sus tres hermanos varones. Don Juan fue el único sano de los cuatro. Sobre esa tragedia, que arruinó la vida familiar de los reyes, y sobre el veneno genético de la hemofilia, que la reina Victoria Eugenia recibió de su abuela la reina Victoria de Inglaterra a través de su madre la princesa Beatriz, he revelado cuanto hoy puede saberse (que es todo lo esencial) en un libro que apareció en 1992 en la editorial Planeta con el título "Victoria Eugenia, el veneno en la sangre"; por tanto, me limitaré en este capítulo y los siguientes a subrayar los datos esenciales de esa desgracia familiar, remitiéndome a ese libro para los detalles que desee ampliar el lector.

La hemofilia, como se sabe, es una enfermedad que se manifiesta en la sangre pero que se transmite por la herencia genética. Para el contagio de las familias reales de España y Rusia, esa hemofilia se había originado (probablemente en virtud de una ominosa mutación) en la reina Victoria de Inglaterra, sin que se hayan detectado antecedentes claros en la familia paterna y materna de la reina-emperatriz, cuyos padres fueron los duques de Kent.

Sigue muy difundida la especie de que la hemofilia se vertió en la familia real española y en la familia imperial rusa a través de los Battenberg, de

quienes venía la reina Victoria Eugenia, o desde el tronco de Hesse-Darmstadt, con los que también estaba emparentada por conexiones muy próximas; pero no es verdad. La hemofilia llegó a esas dos familias a través de dos hijas de la reina Victoria de Inglaterra sin que nadie lo advirtiera, porque una y otra eran portadoras sanas: la princesa Alicia de Hesse, madre de la zarina Alix de Rusia, esposa del último zar Nicolás II; y la princesa Beatriz, madre de nuestra reina Victoria Eugenia y de otros tres príncipes, de los cuales dos murieron jóvenes por efecto de la terrible enfermedad.

Otra especie muy difundida es que Alfonso XIII fue engañado a su matrimonio con la princesa Ena (como se llamaba a Victoria Eugenia en círculos de las familias reales emparentadas con ella, que eran ocho), porque ni ella, ni su madre, ni la corte o el Gobierno de Inglaterra le habían avisado, como era su obligación. No es verdad. La princesa Ena, su madre y la Corte británica nada advirtieron a Alfonso XIII porque no sospechaban nada. Es cierto que uno de los hijos varones de la reina Victoria, Leopoldo, duque de Albany, se vio afectado por la hemofilia, pero la reina-emperatriz declaró que la enfermedad "no es de nuestra familia" y en 1906 sólo habían pasado cinco años desde su muerte y persistían bastantes de sus tabúes; además, el resto de los hijos varones de Victoria, como el propio rey Eduardo VII, quedaron afortunadamente inmunes, y el propio príncipe Leopoldo había llegado a poderse casar. La hemofilia era en la primera década del siglo XX (la boda de Alfonso XIII fue en 1906) una enfermedad muy mal conocida; sus síntomas no se tipificaron hasta el año 1911, y precisamente por el estudio de la enfermedad en dos personas reales de Europa, bisnietos de la reina Victoria: el zarevitch Alexis de Rusia y el príncipe de Asturias don Alfonso [2].

---

[2] Sobre la reina Victoria y la hemofilia, ver DOROTHY MARSHALL, *The life and times of Victoria*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1972, reimpreso en 1992. Ver (esencial) G. Thorvall, *Sangre de reyes, el drama de la hemofilia en las Casas Reales europeas,* Barcelona, Plaza y Janés, 1953. *Encyclopaedia Universalis,* 1989, *ad vocem.*

El caso del Príncipe de Asturias

Se ha fantaseado mucho sobre el descubrimiento de la hemofilia en el Príncipe de Asturias y en el segundo infante, don Jaime de Borbón, poco menos que al nacer. No es verdad; es una falsedad que nos ha llegado envuelta en mentiras y plagios [3].

Como puede comprobar el lector en mi citado y reciente libro, don Jaime no fue hemofílico; su enfermedad, que tampoco era de nacimiento, fue distinta, como veremos. La detección de la hemofilia en la sangre del Príncipe de Asturias no se produjo, con toda probabilidad, hasta 1910, cuando tenía unos tres años, fecha en que más o menos se conoció también en Europa que la enfermedad afectaba al zarevitch Alexis, aunque a éste se le declaró ya en 1904, si bien la corte imperial rusa guardó celosamente el secreto porque no disponía de otro heredero varón junto a las grandes duquesas y el tratamiento se complicó con la misteriosa intervención de Rasputín.

En 1910, pues, fue cuando se descubrió la hemofilia, todavía muy confusamente, en el Príncipe de Asturias, después de un golpe en la cabeza, cuando estaba presente su tío don Luis Fernando de Baviera, esposo de la infanta Paz y competente médico de profesión. (Los primeros análisis clínicos fiables que he podido ver en el archivo de Palacio son por lo menos diez años posteriores).

A pesar de todo, Alfonso XIII se empeñó en mantener al pobre don Alfonso en sus funciones de Príncipe de Asturias durante veintitrés años, realmente agónicos para el desdichado joven, que al fin tuvo que renunciar a esa dignidad cuando la familia real estaba ya en el exilio después de la proclamación de la República, como en su momento veremos. Pero la detección de la hemofilia después del suceso que hemos fijado en 1910 destrozó la armonía que, pese a algunas tormentas íntimas derivadas de las tempranas infidelidades de Alfonso XIII, había reinado hasta entonces entre él y doña Victoria Eugenia.

---

[3] Sobre los casos de la hemofilia de don Alfonso y la enfermedad de don Jaime, ver mi citado libro *Victoria Eugenia*... pág. 153 y 160.

Aunque carecía de razones para ello, Alfonso XIII se sintió engañado por la familia de su esposa y atribuyó a ella, que nada sabía al casarse, la desgracia que recaía en su sucesión. La tragedia común unió ejemplarmente al matrimonio imperial de Rusia, pero desunió, para siempre, al matrimonio real de España. Aunque nunca rompieron del todo, los reyes de España empezaron en 1910 una separación de hecho que se convertiría en separación casi completa, aunque nunca oficial ni canónica, cuando perdieron el trono en 1931. Y como dice un gran monárquico y testigo muy próximo de los hechos, Eugenio Vegas Latapié, futuro preceptor de don Juan Carlos, los problemas matrimoniales de don Alfonso y doña Victoria "se debieron por encima de todo al carácter del Rey" que, como desahogo, dio rienda suelta a la tendencia del desenfreno sexual que había heredado de su padre Alfonso XII y de su abuela doña Isabel II, en una sucesión de aventuras a las que me refiero en el libro citado y no es ocasión de repetir en este trabajo.

La obsesión de Alfonso XIII por mantener a su hijo mayor como Príncipe de Asturias pareció justificarse en 1930, último año completo de la monarquía, cuando le envió a un viaje por Suiza y Alemania calificado como "de estudios", pero en realidad para ser sometido a nuevos reconocimientos médicos. He encontrado la referencia de este viaje en el archivo del Ministerio de Estado, por cierto en una carpeta fuera de lugar, con cita que reproduzco en el libro citado. Don Alfonso utilizó en ese viaje, por expreso deseo de su padre, el título de conde de Covadonga que algún apresurado periodista de la historia dinástica dice, con frase extraña, que carece de valor y equivale más o menos al de conde de Montecristo. ¡Qué barbaridad!

En aquel viaje, don Alfonso parecía muy animado e incluso hizo algunos ejercicios corporales intensos sin problema aparente, como recuerda su pariente la princesa Pilar de Baviera. Por desgracia, cuando regresó, volvió a sentirse cada vez peor. Había pasado unos años alejado de la familia real en La Quinta de El Pardo, donde montó una magnífica granja experimental porque le encantaban los asuntos de agricultura y ganadería. Allí sufrió lo indecible cuando, al entregarse a alguna comprensible expansión amorosa, se le producía un dolor espantoso con gran recaída en su dolencia. Hubo que devolverle a Palacio antes del citado viaje por Europa, y cuando

llegaron los días aciagos de abril de 1931 yacía enfermo y hubo que sacarle en camilla para el viaje al exilio. Reunida la familia en París, sus padres decidieron enviarle a un sanatorio en Suiza, donde emprendería otra etapa triste de su destino trágico. Allí firmaría su renuncia en 1933; pero no adelantemos acontecimientos.

El caso de Don Jaime

Don Jaime de Borbón, el segundo infante, nació al año siguiente de don Alfonso, 1908, y su destino no sería menos trágico que el de su hermano mayor. Afortunadamente, no fue afectado, al menos directamente, por la hemofilia, pero ésta es una enfermedad traicionera que se manifiesta a veces de forma recesiva y escondida, aunque el paciente quede libre de sus síntomas principales.

Don Jaime no nació hemofílico, pero sí enfermizo; en mi libro citado reproduzco una correspondencia, hasta ahora no revelada, entre doña Victoria y don Alfonso en 1908, pocos meses después de nacer don Jaime, en la que se describe a éste tan delicado como su hermano mayor. Sus padres creyeron que presentaba síntomas o peligro de tuberculosis y le enviaron, alrededor de los cuatro años, a un sanatorio en Suiza; hasta entonces oía perfectamente, es decir, que tampoco fue, como suele repetirse, sordomudo de nacimiento. Precisamente al regreso de este viaje fue cuando sintió, todavía en el tren camino de Madrid, un dolor terrible en los oídos, con supuraciones continuas que aconsejaron una operación inmediata realizada por el mejor especialista español del momento. Hubo que practicarle una doble trepanación y romperle los huesos de la cadena auditiva en ambos lados, por lo que entonces ya quedó sordo para siempre y, por tanto, tuvo muchas dificultades para poder hablar. Desde los cuatro años era pues don Jaime, que luego alcanzó un extraordinario parecido con su padre el Rey, un incomunicado y cada vez más disminuido psíquico.

Sin embargo, pronto pudo demostrar su inteligencia, su tenacidad realmente asombrosa y sus ansias de vivir. En una institución religiosa y especializada de Madrid consiguió articular algunos sonidos y, sobre todo,

entender suficientemente no sólo el español, sino varios idiomas más, guiándose por el movimiento de los labios, lo que a veces le permitió escuchar cosas muy desagradables de quienes le creían absolutamente incapaz de oír. Al comprobar la dolencia creciente de su hermano mayor, se prestó a suplirle cuando era necesario, y así acompañó bastantes veces a su padre o al jefe del Gobierno en actos oficiales e inauguraciones, donde se le recibía siempre con aprecio extraordinario. Tuvo, durante su adolescencia en España, dos amores intensos pero contrariados; buscaba en algunas mujeres a una madre casi más que a una esposa, pero al final tuvo que desistir. Cuando su padre había salido el 14 de abril de 1931 camino de Cartagena, asumió el mando de la expedición familiar con decisión y denuedo, y llegó a tirar por la plataforma del tren a un alborotador que subía a insultarles después de propinarle un puñetazo) [4].

Don Juan, el tercer infante, fue siempre un excelente hijo y luego padre de familia y sentía en el fondo de su alma, durante su adolescencia en Madrid, la tragedia de sus dos hermanos mayores. Su nacimiento en La Granja pareció reconciliar a sus padres, que al año siguiente tuvieron a su último hijo, el infante don Gonzalo, que fue compañero de habitación, de juegos y de estudios de don Juan, y su mejor amigo. También a don Gonzalo se le detectó la hemofilia, pero los análisis clínicos practicados en 1922 demostraban que la enfermedad era de la variedad atenuada, y causaba efectos menos sensibles que en el caso de don Alfonso, por lo que don Gonzalo pudo estudiar y jugar casi normalmente mientras estuvo en España, y después pudo acudir con excepcional aprovechamiento a una universidad extranjera. Su muerte súbita en 1934 en el exilio y junto a su familia fue un terrible golpe para don Juan, sobre todo después del camino que para entonces, como veremos, habían tomado sus dos hermanos mayores.

---

[4] Los datos biográficos de don Jaime los tomo de un esbozo autobiográfico que él dictó a su aprovechado secretario Ramón de Alderete y éste reprodujo en su impúdico libro "Y estos borbones nos quieren gobernar", París, Ruedo Ibérico (aunque esta no menos impúdica editorial disimula su nombre), 1974.

Los años de la infancia

En un ambiente familiar tan triste y lacerante, del que sus biógrafos no creen necesario apuntar casi ni un solo rasgo, pasó el tercer infante, don Juan de Borbón, su infancia y su adolescencia. A las pocas semanas de su bautismo, que tuvo lugar en el Salón del Trono del Palacio de La Granja, sus padres se trasladaron con él y sus otros hermanos al palacete de Miramar en San Sebastián, que había hecho construir la reina regente doña María Cristina a finales del siglo anterior; fue el primer contacto de don Juan con el mar, al que siempre sería fiel.

A primeros de agosto, la familia real viajó al Palacio de la Magdalena que les había regalado la ciudad de Santander, palacio también predilecto de la reina Victoria Eugenia, a quien dedicó, precisamente allí, don Miguel de Unamuno en 1934 el más hondo de los poemas que ella inspiró a los vates de España. A comienzos de octubre, cuando todos regresaron al Palacio Real de Madrid, la cuna de don Juan se instaló en el dormitorio de su madre.

Los primeros años de la vida de don Juan transcurrieron en un ambiente español cada vez más enrarecido. Después del desahucio injustificado de Antonio Maura, el gran político conservador y doctrinario de la monarquía democrática, por el propio Rey en octubre de 1909, tras una brillantísima etapa de gobierno, se sucedió a partir de 1910 otro "bienio largo" presidido por el jefe indiscutible de los liberales, don José Canalejas, vilmente asesinado por el anarquista de turno en 1912, muy poco después de que el gran estadista asistiera a la terrible operación auditiva del infante don Jaime. El año del nacimiento de don Juan, 1913, vino marcado por lo que los profesores Jesús Pabón y Carlos Seco Serrano han definido como el comienzo de la gran crisis de la Restauración: la desintegración de los dos grandes partidos en diversas banderías personales que esterilizarían la vida política y separarían a la España vital de la España oficial, según el diagnóstico del joven profesor y analista político José Ortega y Gasset en una famosa conferencia de 1914.

En ese año estalló la Gran Guerra cuando el imperio austro-húngaro se enfrentó a Serbia, de la que había salido el activista criminal que asesinó en Sarajevo, la ciudad que desde 1992 encabeza tantas noticias trágicas de la

prensa, al archiduque heredero y su esposa. Alfonso XIII tenía junto a sí a una madre austriaca y una esposa británica; una y otra con hermanos en los frentes enemigos. Por ello, impuso a sus gobiernos una neutralidad absoluta que resultó enormemente beneficiosa para España y además instaló en varias dependencias de Palacio una eficacísima oficina de información para familias de prisioneros de guerra, perseguidos y represaliados que le valió la gratitud de toda Europa.

Un día de julio de 1918 nada menos que un periódico bolchevique ruso elogiaba la abnegada solicitud del Rey de España en favor de las víctimas de la guerra; el mismo día los comunistas de Ekaterinburgo asesinaban cobardemente a la familia imperial rusa, pese a los esfuerzos de los Reyes de España, que habían negociado con Lenin para salvarla. La zarina Alix era prima hermana de la reina Victoria Eugenia, y allí terminó de forma horrible la tremenda enfermedad que había afectado al pobre zarevitch Alexis.

Don Juan de Borbón, que al final de la Gran Guerra sólo contaba cinco años, conservó de ella sólo recuerdos borrosos aunque indelebles; por entonces ya había demostrado una temprana inteligencia que le permitía empezar a leer y escribir antes de que la mayoría de los niños españoles de la época hubieran tomado contacto con las primeras letras. Desde el principio, su educación, como había sucedido con la de sus hermanos mayores, caía bajo la supervisión del general conde del Grove, que había sido también preceptor de Alfonso XIII, y reunió en torno al tercer infante y su hermano Gonzalo, cuando éste tuvo edad para ello, a un escogido plantel de profesores: el teniente coronel Juan Vigón, afamado ya por su inteligencia, su cultura y su sentido estratégico; el padre Ángel Urriza, profesor de Religión, capellán y, como buen vasco, iniciador del infante en el juego del frontón; los comandantes Gómez de Salazar y Capdepón y el capitán de navío Antelo y el catedrático de Historia Antonio Ballesteros. Un predominio de docentes militares, según la costumbre que venía siguiendo la Casa Real de España desde la educación de don Alfonso XII.

Más o menos en torno a los cuatro años, don Juan sufrió un accidente con final feliz que en un momento preocupó tremendamente a sus padres. Corría por los caminos del monte de El Pardo con su hermano pequeño en "la tartana", un carrito tirado por su burro predilecto, "el moreno", cuando

el borrico hizo un extraño y don Juan se clavó una gran astilla al caerse al suelo. No se le ocurrió decir nada y disimuló la herida con la astilla clavada profundamente, hasta que los ayos vieron la sangre y le trasladaron inmediatamente a Palacio, donde sus padres acudieron angustiados para ver la extracción.

Después del precedente del Príncipe de Asturias, puede comprenderse la ansiedad del médico y los reyes, pero una vez extraída la astilla y restañada la sangre, el médico pudo curar a fondo la herida, en la que no se observó hemorragia alguna. En aquellos años, cuando no existía aún ni un diagnóstico ni un tratamiento claro de la hemofilia (sólo muy poco antes un médico inglés había empezado, a fuerza de tanteos, el tratamiento de don Alfonso), la excelente reacción de don Juan a aquella herida supuso para sus padres un enorme alivio. Al menos uno de sus hijos estaba completamente sano de la terrible plaga. Es muy probable que fuera entonces cuando don Alfonso XIII empezase a pensar en su hijo Juan como sucesor, aunque todavía se resistió muchos años a reconocerlo de forma oficial.

Alfonso XIII inscribió a su tercer hijo varón en el Regimiento de Húsares de Pavía, aunque cuando sentó plaza definitivamente lo haría en Ingenieros. Don Juan advirtió el final de la Gran Guerra en 1918, más que por las noticias que llegaban a Palacio por la alegría de su madre y la profunda tristeza de su abuela María Cristina, que lamentaba la desaparición del Imperio danubiano del que había venido al trono de España; pero las dos grandes damas sabían tratarse con delicadeza extrema en tan difíciles circunstancias.

El padre Urriza intentó explicar a su alumno de Religión el significado de un acto multitudinario al que hubo de asistir con el resto de la familia real: la consagración de España al Corazón de Jesús, hecha personalmente por Alfonso XIII junto al Gobierno de Antonio Maura en el Cerro de los Ángeles el 30 de mayo de 1919. A los seis años, un niño despierto como él era perfectamente capaz de comprender la trascendencia del acto, que los políticos liberales y las izquierdas, aferrados a un anticlericalismo profundo, tomaron como un desafío mortal cuando no era más que una expresión de fe.

Justo al año siguiente, a petición del infante, su padre ordena que siente plaza como soldado efectivo del Regimiento de Ingenieros, primera compañía

del primer batallón de guarnición en el Cuartel de la Montaña, vecino de Palacio. A don Juan le encantaban los ferrocarriles, de ahí su preferencia por el Cuerpo de Ingenieros del Ejército, que se encargaba de ellos en casos de huelga general. Vistió, en cambio, el uniforme que acabaría siendo su gran preferencia profesional, el de marino, cuando recibió con su hermano don Gonzalo, en mayo de 1921, la primera comunión en la capilla de Palacio.

Don Juan observa tras la cortina

A los ocho años, don Juan de Borbón captaba ya suficientemente los gravísimos episodios nacionales del año 1921: el asesinato del presidente del gobierno liberal-conservador, Eduardo Dato, a pleno día y en la plaza de la Independencia de Madrid, por dos criminales anarquistas, quizás porque el gran político se había distinguido por su preocupación social; y el desastre del ejército del general Silvestre en Annual y Monte Arruit. Su padre, el Rey, había dado a entender, durante un resonante discurso pronunciado en Córdoba, que se inclinaba al poder personal ante la rutina y la ineficacia de los partidos políticos; afirmó, concretamente, que España habría de gobernarse con eficacia "dentro o fuera de la Constitución".

Como para muchos jóvenes españoles, también para don Juan y don Gonzalo, la solución de España parecía depender de las fuerzas armadas, a cuyos héroes jóvenes, entre los que destacaba el comandante Franco, admiraban los infantes, a quienes su padre transmitía un alto sentido patriótico y una vivísima preocupación por los problemas candentes. En junio de 1923, don Juan y don Gonzalo, hermanados también en los estudios, aprobaron en el Instituto de San Isidro de Madrid, próximo a Palacio, los exámenes de ingreso y primero de bachillerato, que se desarrollaron a puertas abiertas y demostraron la excelente preparación de los dos. Precisamente, un día de aquel curso uno de los profesores reprendió a los infantes porque no habían estudiado la lección señalada y les impuso un castigo que para don Juan fue doble.

Cuando el infante replicó que se quejaría al Rey por la sanción, el profesor le llevó aparte y le dijo que un futuro rey de España debería aprender un mayor sentido del deber y de la justicia. Era la primera vez que alguien comunicaba a don Juan lo que ya era opinión general de quienes conocían

las interioridades de la familia real: que ante la quebrantada salud de los dos infantes mayores la sucesión al trono tendría que recaer en él. Desde entonces, se acrecentó en el tercer infante el sentido de la responsabilidad y el sentido del deber, que sería para él, cada vez más, como una segunda naturaleza. Incluso cuando alguien trataba de engañarle o aprovecharse de él, sabía que su punto débil era precisamente su sentido del deber.

Al proclamarse la dictadura del general Primo de Rivera el 13 de septiembre de ese mismo 1923, las dos reinas, doña María Cristina y doña Victoria Eugenia, mostraron bastante reticencia, pero poco después aceptaron la necesidad de la dictadura en vista de los resultados que iba obteniendo en la solución de los mayores problemas de España, como la guerra de África, el desorden público y el fomento de la economía y la prosperidad. Como los demás infantes, don Juan apreció la obra y la persona del dictador, aunque poseemos un curioso testimonio sobre la precocidad de su interés por las cosas de la política.

En 1924, un joven catedrático de Literatura en la Universidad de Madrid, don Pedro Sáinz Rodríguez (que era uno de los mejores amigos del joven teniente coronel Franco en Oviedo), pronunció un discurso académico en Madrid al que asistieron numerosas personalidades de talante liberal y opuestas a la dictadura, contra cuya permanencia indefinida deslizó el orador algunas frases muy intencionadas. Asistió al banquete el general Dámaso Berenguer, quien fue por ello expedientado por Primo de Rivera y enviado al fuerte de Guadalupe para cumplir arresto de algunos meses. Alfonso XIII, preocupado por este primer resquebrajamiento de la adhesión casi universal en favor de la dictadura, pidió a un profesor de los infantes, el catedrátido don Antonio Ballesteros, que le trajese a Sáinz Rodríguez a Palacio para que le explicase su punto de vista sobre la situación. Lo hizo cumplidamente don Pedro, a quien, como reveló muchos años después el propio don Juan al interesado, observaron los infantes durante su visita desde detrás de unas cortinas. De forma tan poco ortodoxa conoció don Juan de Borbón al interesantísimo personaje que sería su consejero principal durante treinta años, como en su momento veremos [5]. Precisamente don

[5] Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Testimonio y recuerdos,* op. cit., p. 4.

Juan, andando los años, hizo una confidencia a Sáinz Rodríguez sobre sus recuerdos de infancia transcrita al final de este capítulo.

El descontento militar

Por acertada decisión de Alfonso XIII, los infantes menores dedicaban una parte de su tiempo de estudio al conocimiento directo de España; los viajes se encaminaban, con preferencia, a los lugares históricos y uno de los que más impresionaron a don Juan fue la visita al sepulcro del malogrado príncipe don Juan, el hijo de los Reyes Católicos designado, según dijimos, a ser Juan III, como el propio don Juan, a quien se lo acababa de revelar su profesor.

Como para confirmar esa premonición, Alfonso XIII concedió en 1927 al tercer infante el Collar de la orden del Toisón de Oro, la condecoración de la Casa de Borgoña que luego heredaron las de Austria y España. Don Juan lo ostentó por vez primera sobre su sencillo uniforme de soldado de Ingenieros, en la capilla de Palacio con motivo de los veinticinco años de la jura del Rey, el 17 de mayo de 1927.

Durante esta época aparecía el infante, cada vez con mayor frecuencia, en actos oficiales, tanto civiles como militares; por ejemplo, en la entrega de una bandera al Batallón de Aerostación de Guadalajara, o en la recepción del título de "hijos predilectos de la provincia" que la Diputación de Segovia le otorgaba junto a sus hermanos Jaime y Beatriz, nacidos en el Real Sitio de La Granja. Apunta González Doria que los años de bachillerato de don Juan coincidieron exactamente con los años de la dictadura, que después del desembarco victorioso de Alhucemas se consolidó como dictadura civil, y se esforzaba por alumbrar para España una nueva constitución, de corte más autoritario que la suspendida de 1876; pero mientras la opinión pública daba testimonio de los progresos de la nación en casi todos los órdenes, la clase política liberal desahuciada en 1923 y el estamento intelectual y universitario, tratado desconsideradamente por el dictador, concitaban cada vez más una irreductible oposición al régimen que, sin embargo, no cayó por esa doble enemistad, sino por la cada vez más peligrosa división de las fuerzas armadas, manifestada en una serie de pronunciamientos subversivos a partir del mismo año 1925.

El más grave de todos se originó en 1929 por la resistencia del Arma de Artillería a las disposiciones de Primo de Rivera para suprimir sus escalas cerradas y reducir su espíritu de cuerpo, que ya había costado el trono a don Amadeo de Saboya. Ahora, en los años 20, el descontento de la Artillería no se dirigía solamente contra el dictador, sino contra el propio Rey, a quien hacían responsable de las medidas de unificación militar.

Discrepancias de Don Juan y Franco sobre la Dictadura

Los enemigos de la Dictadura empezaron, desde 1926 más o menos, a identificar y por tanto repudiar simultáneamente a la Dictadura de Primo de Rivera y a la Monarquía que la amparaba. Es curioso que con este motivo surgiría andando los años, una discrepancia entre el general Franco y el infante don Juan, que durante la Dictadura se trataban muy poco.

A la identificación del régimen de Primo de Rivera con la Corona de Alfonso XIII había contribuido en documentos públicos el propio dictador, que recordaba expresamente al Rey su aprobación inicial al pronunciamiento de 1923, una aprobación que los enemigos de la dictadura interpretaban como complicidad. La identificación de dictadura y monarquía, atizada por el resentimiento de los monárquicos liberales desahuciados por el golpe de septiembre de 1923, fue la base para el ataque general de republicanos y monárquicos liberales desertores a Alfonso XIII; esto lo reconocía todo el mundo y fue el tema insistente de los discursos que a lo largo del año 1930, a raíz de la dimisión de Primo de Rivera, prodigaron unos y otros contra el Rey. Ahora bien, entre el diagnóstico de Franco y el de don Juan sobre la caída de la dictadura, y luego de la Corona, hay importantes diferencias de matiz que debemos dilucidar ahora.

Para Franco, el error principal de Primo de Rivera y en definitiva la causa de su caída fue haberse presentado como régimen provisional e interino, como "letra a noventa días" según su propia expresión, y, por tanto, no haber acertado con un plan para institucionalizar a ese régimen después del fracaso palmario de un partido-movimiento de carácter único que fue la llamada Unión Patriótica. Alfonso XIII, como revela varias veces Sáinz Rodríguez en su citado libro *Testimonio y recuerdos,* participaba de la mis-

ma opinión, aunque con matiz diferente; lo que el Rey, por consejo de Sáinz Rodríguez, exigía del dictador no era que diese una nueva constitución a la dictadura, sino a la monarquía, y después se retirase.

Como persona que vivía intensamente los problemas de las fuerzas armadas desde dentro, Franco consideraba también como problema primordial de la dictadura la división del Ejército, que se manifestaba en los pronunciamientos, y que se recrudeció al producirse la sublevación de Jaca y Cuatro Vientos contra la monarquía en diciembre de 1930. Franco trataría por ello de corregir, en su futuro régimen, esos dos que consideraba fallos fundamentales de su predecesor: la interinidad y las disensiones militares. La perduración de su régimen hasta su muerte en 1975 parece darle la razón en su diagnóstico.

Por numerosos indicios que he podido corroborar en conversaciones con los protagonistas, creo con la máxima probabilidad que el diagnóstico de Alfonso XIII, transmitido por el Rey a su hijo don Juan, después de 1931, y por don Juan a su hijo, el actual Rey don Juan Carlos I, es diferente y más complejo. La identificación de dictadura y monarquía como causa de la caída de la Corona formaba parte del ideario del consejero principal de don Juan, don Pedro Sáinz Rodríguez, lo que no le impidió colaborar con Primo de Rivera como miembro de la Asamblea Nacional convocada por el dictador, ni figurar en puestos relevantes durante la Guerra Civil en el régimen de Franco; porque don Pedro era, y por encima de todo, un político más que un doctrinario, y el político busca por encima de todo el ejercicio del poder, que toma cuando puede, no cuando más le gustaría.

El diagnóstico de don Alfonso XIII comprendía las causas siguientes sobre esa doble caída. Primero, la cerrada oposición de los intelectuales, relativamente marginados durante su reinado por la Corona y que luego se unieron contra la dictadura y la Corona en el Movimiento Universitario y la llamada Agrupación al Servicio de la República, que crearon José Ortega y Gasset, el doctor Gregorio Marañón y el escritor Ramón Pérez de Ayala. Segundo, la hostilidad y el desvío de los políticos catalanistas, que al principio habían considerado al general Primo de Rivera muy positivamente, para luego repudiarle cuando se empeñó en no distinguir catalanismo de separatismo. Tercero, la sorda campaña de las multinacinales del petróleo

que fueron desplazadas del mercado español gracias a la creación del monopolio de petróleos en 1927 por José Calvo Sotelo, ministro de Hacienda de Primo de Rivera. Es importante señalar esta convicción de Alfonso XIII transmitida de forma muy clara a don Juan y por éste a don Juan Carlos. En esta diferencia de diagnóstico radica una de las grandes discrepancias de arranque entre Franco y don Juan, cuando uno y otro empezaron a enfrentarse por el poder después de la Guerra Civil.

Don Juan ingresa en la Escuela Naval

En el verano de 1928, la reina madre doña María Cristina de Austria celebraba su septuagésimo aniversario y con ese motivo viajó a Centroeuropa, donde se reunió, entre tristes aires de despedida, con la familia imperial austrohúngara que había perdido el trono danubiano como resultado de la derrota de los Imperios Centrales en la Gran Guerra. A su regreso, la familia real española celebró el cumpleaños en el palacio veraniego de la Magdalena. Ya de vuelta toda la familia real en Madrid, la reina madre acompañó a don Alfonso XIII en la inauguración de la Casa de Velázquez, el prestigioso centro cultural de Francia en la Ciudad Universitaria de Madrid, y a principios de febrero de 1929 presidió con la reina Victoria Eugenia un concierto a beneficio de la Cruz Roja. Al día siguiente, 6 de febrero, serían recibidos en Palacio los reyes de Dinamarca, y la reina madre se retiró a sus habitaciones después de ver en familia una película, donde se durmió, como casi siempre. Pero al poco de acostarse sintió un fuerte dolor de costado que le produjo la muerte después de pedir ayuda.

Alfonso XIII quedó destrozado por la muerte de su madre y ya no pudo superar la depresión de su pérdida que tanto influyó en su ánimo, cuando la monarquía se iba a enfrentar a un tenaz frente de adversarios una vez dimitido el dictador. Don Juan había visitado ya el monasterio de El Escorial, por lo que según la tradición no pudo acompañar a su abuela hasta el pudridero; como recordaría muchos años después, "allí sólo podré volver coronado o muerto".

En junio del año siguiente, efectuó en el Ministerio de Marina, junto a doscientos aspirantes, las pruebas de ingreso para la Escuela Naval Militar,

instalada entonces en la base gaditana de San Fernando. Desde los anteriores veranos en Santander, había manifestado a su padre que deseaba seguir formalmente la carrera de Marina para dedicarse a ella profesionalmente; desde su niñez se le había acrecentado su temprana afición a las cosas de la mar. Antes del examen de ingreso, se dispuso que la plaza del infante, de ser aprobado, no perjudicase a los demás aspirantes, y que al percibir su parte en el presupuesto de la lista civil no recibiera en la Armada retribución alguna. Los exámenes fueron públicos y don Juan, que se había preparado a fondo, los superó brillantemente.

Todo aquel año 1930 fue de angustia para la familia real y la monarquía. Dirigía el Gobierno el general Dámaso Berenguer, que declaraba repetidas veces su propósito de "volver a la normalidad", aunque gobernaba sin Constitución y sin Cortes, con todas las carencias de Primo de Rivera y sin atisbos de la energía y la ilusión regeneracionista del dictador, que, al morir en París poco después de su cese, había dejado a la Corona sola frente a los embates del frente enemigo. Con razón se asombra el profesor Pabón de esa consigna de Berenguer, que en el fondo equivalía a retornar a la causa de la dictadura para librarse del efecto. Una política contemporizadora y reaccionaria no contentaba a nadie y animaba a los republicanos y a los monárquicos desertores a redoblar sus ataques contra el Rey, que se vio cubierto, a lo largo de aquel año, por toda clase de calumnias sobre su falsa participación en los negocios sucios de la dictadura, que, como ha demostrado cumplidamente en nuestros días el profesor Gortázar, fueron puras invenciones de ese frente enemigo [6]. En aquel verano, los dirigentes de la causa republicana concertaban su acción en el llamado Pacto de San Sebastián, se erigían en Comité Revolucionario y preparaban, junto a su acción política, un pronunciamiento militar que estalló en la guarnición de Jaca y el aeródromo de Cuatro Vientos entre el 12 y el 15 de diciembre de 1930.

Ni Cádiz ni Zaragoza se pronuncian

El pronunciamiento de diciembre agitó desmedidamente el ambiente en casi todos los establecimientos militares de España, donde una parte de la

---

6 Cfr. G. GORTÁZAR, *Alfonso XIII, hombre de negocios,* Madrid, Alianza Editorial, 1986.

oficialidad joven sintonizaba con los jóvenes oficiales que se habían alzado en Jaca tras los capitanes Galán y García Hernández; y en Cuatro Vientos tras el alocado comandante Ramón Franco Bahamonde, hermano del general director de la Academia General Militar en Zaragoza, que no consintió la menor expresión contra la monarquía en su recinto. Tampoco se notó la menor agitación en la Escuela Naval Militar, donde los profesores y alumnos en pleno manifestaron su adhesión y su respeto al infante don Juan, que cursaba allí su primer año de carrera, completamente integrado en la Escuela. Allí había jurado bandera muy poco antes, el 28 de octubre, en presencia de su padre don Alfonso XIII y de su hermano don Gonzalo, que se preparaba para cursar estudios de ingeniería agronómica en la Universidad de Lovaina.

Cuando el 15 de diciembre se supo en la Escuela Naval que grupos revolucionarios y republicanos de Cádiz pretendían asaltar el edificio para apoderarse del infante, el director hizo formar a los caballeros alumnos, que respaldaron con entusiasmo la decisión de defender, armas en mano, a su compañero. No hizo falta llegar a tal extremo, porque los alborotadores no se presentaron; como tampoco llegaron a enfrentarse los rebeldes de Jaca con los cadetes del general Franco, desplegados a la salida de Zaragoza sobre la carretera de Huesca, porque las tropas de esta ciudad habían detenido sangrientamente a la columna Galán en un encuentro que les hizo retroceder y dispersarse.

Don Juan de Borbón volvió a Palacio para las vacaciones de Navidad. Cuando el infante había reanudado ya el curso en San Fernando, recibió la visita de su padre a finales de enero de 1931, con motivo del último viaje del Rey por Andalucía. La Reina doña Victoria Eugenia tuvo que viajar a Londres para atender a su madre, la princesa Beatriz, muy enferma, pero decidió regresar cuando le llegaron noticias de la gravísima crisis política que afectaba a España desde mediados de febrero; los dirigentes monárquicos liberales conde de Romanones y marqués de Alhucemas difundieron una nota-bomba por la que se negaban a participar en el proceso electoral que había decidido el Gobierno del general Berenguer. Fue un acto de irresponsabilidad que produjo inmediatamente la crisis total y presagió ya la ruina de la monarquía. En la Escuela Naval de San Fernando, don Juan de Borbón, aún dedicado plena-

mente a su instrucción militar, comprendió, como muchos españoles, que se acercaban para él y para España días muy difíciles y amargos.

Don Juan y el catorce de abril

Tras la dimisión del Gobierno Berenguer, la monarquía, en efecto, marchaba a la deriva. El Rey llegó a los extremos de la abnegación y aún de la humillación para conseguir que los monárquicos liberales, y aún los desertores, asumieran sus responsabilidades y salvasen al trono, pero toda España quedó conmocionada cuando don José Sánchez Guerra, ex jefe del Partido Liberal-Conservador —el de Antonio Maura—, que había proclamado desde el año anterior que no serviría jamás a señores que se le pudieran morir, como san Francisco de Borja, recibía el encargo de formar Gobierno y se marchaba en el coche oficial a la cárcel Modelo de Madrid para ofrecer carteras en ese Gobierno a los jefes republicanos presos por el pronunciamiento de diciembre.

La monarquía había perdido con ello el honor que Aristóteles había fijado como atributo fundamental de las monarquías, y tuvo que ser una enorme multitud de madrileños quienes, esa misma tarde, acudieron a la Estación del Norte para recibir clamorosamente a la Reina Victoria Eugenia, que regresaba de su viaje a Londres y jamás había experimentado semejante muestra de fervor popular. El ex ministro Juan de la Cierva y Peñafiel reunió a varios políticos monárquicos y convenció al Rey para que formase con ellos un Gobierno de salvación, que sin muchas esperanzas emprendió sus tareas a las órdenes del almirante don Juan Bautista Aznar. Ese Gobierno, con el fin de normalizar la situación política, convocó unas elecciones municipales para el 12 de abril de 1931, a las que seguirían elecciones provinciales y luego generales.

Don Juan había vuelto unos días a Palacio para las vacaciones de Semana Santa y regresó a la Escuela Naval en vísperas ya de esas elecciones municipales, que nadie había convocado para dirimir el problema del régimen, sino simplemente para elegir a ochenta mil concejales en toda España. El 12 de abril muchos monárquicos, que veían segura la victoria, se abstuvieron de votar, pero aún así fueron elegidos, de acuerdo con la ley electoral,

una gran mayoría de concejales monárquicos; los republicanos consiguieron mayoría en casi todas las capitales de provincia, excepto en doce de ellas.

Los republicanos proclamaron que solamente valía el voto de las ciudades, porque los pueblos estaban mediatizados por el caciquismo de los partidos monárquicos y su voto no era representativo ni válido. Aquello era un disparate y una sandez, como se demostraría en las elecciones parciales convocadas luego por la República en 1933, para los pueblos donde sólo se hubiera presentado una candidatura monárquica en abril de 1931; las derechas, es decir, los monárquicos, volvieron a ganar ampliamente.

Lo peor, en la noche del 12 de abril de 1931, fue que los monárquicos liberales aceptaron la tesis absurda y antidemocrática de los republicanos, al igual que los dos generales más influyentes, el ministro de la Guerra Dámaso Berenguer, conde de Xauen, y el director general de la Guardia Civil, José Sanjurjo, marqués del Rif; todos los cuales arrastraron al propio Rey, deprimido por sus desavenencias familiares, su tragedia sucesoria en sus dos hijos mayores y la muerte de su madre. Los monárquicos liberales, además por supuesto de los desertores, y la presión de los intelectuales provocaron el abandono del Rey, que salió de Palacio para Cartagena y Marsella al anochecer del 14 de abril, cuando ya se había proclamado a media tarde la República en la Puerta del Sol y en olor de multitudes.

La Reina y el resto de la familia real, excepto la infanta Isabel, que esperaría enferma unos días, salió por tren hacia el destierro en la mañana del 15 de abril. Don Juan había quedado aislado de su familia en la Escuela Naval de San Fernando, donde se encontraba en plena clase de gimnasia cuando su ayudante, el capitán de corbeta Fernando Abárzuza, le hizo señas para que saliera de filas y le notificó que tenían que marcharse inmediatamente de España. Se decidió trasladarle a la plaza de Gibraltar en un torpedero de la base naval gaditana y, cuando el capitán general del Departamento Marítimo, a quien el propio don Juan había visitado para pedírselo, replicaba que no se debía tal consideración a un alumno de la Escuela, don Juan se lo exigió como infante de España y recibió autorización para dirigirse al torpedero número 16 aquella misma noche. Mucho tiempo después don Juan confesó a Sáinz Rodríguez sus experiencias en la Escuela Naval y en su salida de ella hacia Gibraltar.

De Génova a París y Londres

A bordo del torpedero, llegó don Juan al puerto de Gibraltar en la madrugada del 15 de abril. Hizo la breve travesía de uniforme y fue despedido por la dotación formada y a los acordes de la Marcha de Infantes. Tomó habitación en el hotel Bristol, pero el gobernador británico le convenció para que se alojase en la Casa del Gobierno por temor a algunos desmanes de grupos españoles que se mostraban hostiles a la monarquía. Envió al crucero "Príncipe Alfonso", donde don Alfonso XIII navegaba hacia Marsella, un radio notificando que se encontraba bien y a salvo y recibió de su padre la orden de embarcar para Italia y dirigirse después a París.

En Gibraltar supo también don Juan que su madre y sus hermanos viajaban sin novedad por tren hacia la frontera de Francia. A la mañana del día siguiente, 16 de abril, don Juan embarcaba en el transatlántico italiano "Roma" que zarpó para Nápoles a las tres de la tarde. Desde Génova viajó por tren a París, donde se reunió con sus padres y hermanos en el hotel Meurice el 24 de abril, al día siguiente del fallecimiento de su tía abuela la infanta Isabel, casi recién llegada de Madrid al destierro. Cuatro días más tarde, recibió don Juan un telegrama de su padre, Alfonso XIII, desde Londres en el que le ordenaba reunirse allí con él. Para entonces, el Rey tenía ya prácticamente decidido que el tercer infante asumiría la sucesión al trono.

Capítulo II
Ley de Sucesión y fantasmagorías del exilio regio

En junio de 1933 los dos hijos mayores del ex rey don Alfonso XIII, el Príncipe de Asturias don Alfonso y el segundo, don Jaime de Borbón y Battenberg, renunciaron, por sí y por sus descendientes, a sus derechos a la sucesión del trono de España (que entonces era una República) en virtud, dijeron uno y otro, de las "Leyes Antiguas", además de otras consideraciones personales. Volver sobre el asunto parecería, a primera vista, superfluo; porque una vez aceptada y protocolizada esa doble renuncia, el tercer infante, don Juan de Borbón, fue designado por su padre Príncipe de Asturias, es decir, sucesor al trono, condición que confirmó don Alfonso XIII en los solemnes documentos finales de su vida.

Después de su renuncia, como veremos, los dos infantes mayores se revolvieron contra ella, aunque no con mucha seriedad y probablemente por instigación de otras personas; no se les hizo mucho caso, aunque la retractación de don Jaime sí que creó problemas relativamente serios andando los años. Pero la decisión final del general Franco en 1969 y la declaración expresa de la Constitución de 1978 en favor de don Juan Carlos, hijo de don Juan de Borbón, como "sucesor a título de Rey" (1969) y como "heredero de la dinastía histórica" (1978) parecieron zanjar el pro-

blema dinástico en España sin necesidad de que recurramos a las misteriosas "Leyes Antiguas".

Sin embargo, los rumores y noticias confusas sobre los proyectos matrimoniales del actual Príncipe de Asturias, don Felipe de Borbón y Grecia, han suscitado algunas tomas de posición y polémicas en la prensa por parte de algunos especialistas dinásticos que han vuelto a poner sobre el tapete las "Leyes Antiguas". Por todo ello, en este momento de nuestro estudio vamos a exponer lo que, en mi opinión, son esas leyes antiguas en torno a una de las figuras más simpáticas y enigmáticas de nuestra historia moderna: el infante don Luis Antonio de Borbón, hijo de Felipe V y hermano de Carlos III, que tiene, dos siglos largos después, buena parte de culpa en la polémica actual y tal vez en algunos quebraderos de cabeza de la actual familia real española; por su decisión insólita de casarse con la mujer que amaba sin dársele un ardite de conveniencias, rituales y costumbres de corte y de familia.

La Ley de Partida

La ley sucesoria vigente en la Corona de Castilla (y en las demás de España) desde la Edad Media hasta los Reyes Católicos y desde éstos, sin solución de continuidad, hasta la llegada de la Casa de Borbón, de estirpe francesa, con Felipe V al comenzar el siglo XVIII era la llamada Ley de Partida, que articuló nada menos que Alfonso X el Sabio en su famosísimo código comenzado en 1251, terminado siete años más tarde, y luego promulgado en el ordenamiento de Alcalá, al que cito (actualizando la grafía) por la preciosa edición facsímil reproducida recientemente por el *Boletín Oficial del Estado* sobre la edición glosada por Gregorio López y publicada en 1555 [7].

Esta ley, primera evidentemente de las "Leyes Antiguas", fue derogada por el primer Borbón, Felipe V, pero restablecida por Carlos IV y Fernando VII (en contra de su hermano Carlos, que no reconoció el restablecimiento), y es la que estaba vigente en el reinado de Alfonso XIII y sigue hoy vigente, al haber sido reconocida en lo esencial por todas las constituciones de la monarquía española, de la de Cádiz en 1812 para acá y, por

[7] Segunda Partida, título XV, ley II.

tanto, en la nuestra de 1978. Esta Ley de Partida hizo posible el reinado de Isabel I; y también, para compensar, el desastroso de Isabel II.

"Mayoría en nacer primero —dice en sus primeras líneas— es muy gran señal de amor que muestra Dios a los hijos de los Reyes, aquéllos que Él la da entre los otros sus hermanos, que nacen después de él".

Y después de recordar algunos precedentes bíblicos, entra en el asunto de la sucesión. Notemos que el Rey de Castilla no habla de Castilla, sino de España, al consagrar la costumbre sucesoria con fuerza de ley. (Lo digo porque un curioso historiador socialista se empeña en que no hay menciones de España en nuestros documentos históricos hasta después del reinado de los Reyes Católicos, y ni siquiera en ese reinado, lo que también es falso; pero así se sube ahora en el escalafón del poder).

"Por con todo eso los hombres sabios y entendidos, catando el pro comunal de todos... tuvieron por derecho que el señorío del reino no lo hubiese sino el hijo mayor, después de la muerte de su padre. Y esto usaron siempre, en todas las tierras del mundo do el señorío hubieron por linaje; y mayormente en España. Y por excusar muchos males que acaecieron y podrían aún ser hechos, pusieron que el señorío del reino heredasen siempre aquéllos que viniesen por la línea derecha. E por ende establecieron que si hijo varón no hubiese, la hija mayor heredase el reino. Y aún mandaron que si el hijo mayor muriese antes que heredase, si dejase hijo o hija que quedase de su mujer legítima, que aquél o aquélla lo hubiese, y no con otro ninguno. Pero si todos éstos falleciesen, debe heredar el trono el más propincuo (próximo) pariente que hubiese, siendo hombre para ello y no habiendo hecho cosa por que lo debiese perder. De donde todas estas cosas es el pueblo tenido de guardar porque de otra guisa no podría el Rey ser cumplidamente guardado si ellos así no guardasen el reino. Y por ende cualquiera que contra esto hiciese haría traición conocida y debe haber tal pena como de suso (arriba) es dicho, de aquéllos que desconocen señorío al Rey".

En la Ley de Partida, por tanto, se establece claramente la sucesión masculina entre los hijos del Rey de mayor a menor; luego suceden las hijas del Rey; y si no hubiera hijos ni hijas, se pasa a la línea más próxima, es decir, a los hermanos del Rey según el mismo criterio. Es también importante que

la Ley de Partida establece la posible exclusión de un sucesor si tiene alguna carencia o ha hecho algo por lo que deba perder la sucesión; es decir, si carece de aptitud por la causa que sea. También debemos notar que esta ley, y este título, se inscriben en el ámbito del derecho público; se refieren a la sucesión en la realeza y luego, en el título siguiente, se hablará de la Corte. Es importante señalar que esta ley, fundamental entre las "Leyes Antiguas", pertenece al derecho público; pronto veremos por qué.

Insistamos: La Ley de Partida para la sucesión al trono estuvo vigente desde la Edad Media hasta los inicios de la Edad Moderna con Felipe V; en ella, por cierto, no se hablaba de matrimonios desiguales (entre otras cosas porque a ningún príncipe se le ocurría contraerlos), sino únicamente, como acabamos de ver, se exigía, para suceder en el trono, que el sucesor fuera hijo de matrimonio legítimo, es decir, consagrado por la Iglesia. También es muy importante esta precisión.

Felipe V de Borbón excluye a las mujeres

Pero Felipe V de Borbón, nieto de Luis XIV y duque de Anjou, llegaba a España como sucesor del último rey de la Casa de Austria, Carlos II el Hechizado, y quiso implantar en España las leyes sucesorias de Borbón y Francia, completamente distintas de la Ley de Partida. Así lo hizo en el llamado Auto Acordado de 1713, en cuanto sintió consolidado su trono tras sus grandes victorias en la guerra de Sucesión; el Auto Acordado es, como dice el profesor Pabón, insuperable guía para este momento histórico, "una ley hecha en Cortes, es decir, obra de las Cortes con el Rey" [8]. El nuevo orden sucesorio se establece "sin embargo de la Ley de Partida", es decir, que la deroga. La ley borbónica es antifeminista; sean preferidos —decía Felipe V— "todos mis descendientes varones por la línea recta de varón a las hembras y sus descendientes, aunque ellas y los suyos fueren de mejor grado y línea". Es decir, que sucedían primero todos los hijos varones del Rey; después, los hermanos varones del Rey y sus hijos varones; y si no se encontraba varón en todas esas líneas, podría reinar la hija mayor del Rey y así sucesivamente. Por eso se le llama a esta ley "semisálica", porque la ley sálica pura excluye a las hembras del trono

[8] J. PABÓN, *La otra legitimidad.* Madrid, Prensa Española, 1956, p. 38ss.

sin excepciones; y el Auto Acordado permite que reinen cuando no existe ningún varón en las líneas agnadas.

En el derecho sucesorio francés de la Casa de Borbón no existe la exclusión de los matrimonios desiguales; el Rey o el sucesor pueden casarse con una mujer que no sea de sangre real y ésta puede ser reina de Francia (de hecho, un sector de los legitimistas franceses denominan hoy a doña Emmanuela Dampierre, señora de Sozzani por su segundo matrimonio tras divorciarse de don Jaime, Su Majestad Cristianísima la Reina viuda). Tampoco se había formulado exclusión alguna por matrimonio desigual en España hasta Carlos III; bien es verdad que a ningún sucesor de Felipe V se le ocurrió, hasta la época de Carlos III, casarse con mujer que no fuese princesa real.

Don Luis Antonio Jaime de Borbón y Farnesio es uno de los príncipes más originales y atractivos de la historia moderna de España, pero nadie podía imaginar en su tiempo que uno de sus gestos más famosos alcanzaría tanta influencia en los siglos siguientes e incluso merece hoy, casi al borde del siglo XXI, muy seria consideración. Fue el décimo y penúltimo hijo de Felipe V, el primer Borbón de España, y sexto de su segunda esposa Isabel de Farnesio; don Felipe había tenido cuatro con su primera esposa, María Gabriela de Saboya, cuyo primogénito fue otro Luis, que reinó efímeramente como Luis I por abdicación de su padre en 1724; pero murió a los pocos meses y sus padres recuperaron el trono. Tuvo luego Felipe V con María Gabriela dos "Felipes" más, que se malograron; y a Fernando VI, que reinó a la muerte de su padre pero no dejó sucesión de su matrimonio con doña Bárbara de Braganza, aunque sí un extraordinario recuerdo por los años de paz y buen gobierno que dio a España y a las Indias.

Un cardenal de ocho años

Felipe V había heredado de los Borbones de Francia una gran capacidad sexual, pero había adquirido sobre ella un notable dominio de raíz moral que le impedía toda expansión fuera del matrimonio. Por eso buscó un nuevo matrimonio y lo contrajo con una princesa italiana, a quien pintaron como dechado de hermosura (con optimismo excesivo) y como previsiblemente fecunda, en lo que no se equivocaron los consejeros: Isabel de

Farnesio, que dio siete hijos a Felipe V, de ellos cuatro varones, por quienes su ambiciosa madre luchó lo indecible para darles un trono en Italia.

El primero, Carlos, fue duque reinante de Parma, luego rey de Nápoles y por fin Rey de España en 1759, a la muerte de Fernando VI. El segundo, Francisco, murió a los treinta y seis días. El tercero, Felipe, reinó en los ducados de Parma, Plasencia y Toscana. Y el cuarto fue nuestro infante don Luis Antonio, nacido en Madrid el 25 de julio de 1727 y que ya se mostró original desde su bautismo, que se celebró el mismo día del nacimiento en vez de retrasarse como era habitual unos días. Ya era difícil buscar para él otro trono italiano y además el infante mostraba tempranas aficiones por la lectura, la música y el ensimismamiento; entonces pensaron sus padres entregarlo a la Iglesia, donde haría brillantísima carrera.

A los ocho años se le nombró administrador del Arzobispado de Sevilla en cuanto a las temporalidades, es decir, que la renta, copiosísima, de aquella sede se cobraba en su nombre. Unos meses después, en diciembre del mismo año 1735, se convirtió a sus ocho años en el cardenal más joven de la Iglesia católica con el título de Santa María de la Escala; desde entonces, se le conoció como el cardenal infante.

No habían pasado dos meses cuando el 13 de febrero de 1736, todavía con ocho años, que no pudieron ser más prósperos, obtuvo el nombramiento de arzobispo de Toledo y primado de España, aunque naturalmente no recibió órdenes sagradas, pero sí cobraban sus administradores las rentas toledanas, que eran inmensas; conservaba, además, las de la sede sevillana, de la que fue nombrado arzobispo efectivo en 1741. Estábamos en pleno Antiguo Régimen, cuya principal característica era la identificación del trono y el altar.

De momento parecía que el cardenal-infante adolescente se preparaba bien para el desempeño de tan altas funciones en la Iglesia española. Consiguió que sus padres le dejasen vivir en el Real Sitio de La Granja, creado por Isabel de Farnesio como su retiro predilecto, donde el príncipe-arzobispo llevaba una vida ejemplar, dedicado a la meditación, al contacto con la naturaleza y a las actividades culturales: lectura y música. Aborrecía el boato envarado de la vida cortesana; prefería la libertad.

Pero tampoco se inclinaba a hacer efectivo su estado eclesiástico con la ordenación sacerdotal y episcopal. Era un príncipe ilustrado y deseaba vivir como tal. Asistió con devoción filial a su padre cuando murió en 1746. Para Fernando VI fue el hermano y consejero predilecto; los dos gozaban con los maravillosos conciertos que organizaba el mejor intérprete de Europa, Farinelli, en el Palacio del Buen Retiro. Don Luis renunció a la sede de Sevilla en enero de 1754 y a la de Toledo en diciembre del mismo año. Cuando Fernando VI, privado de su esposa Bárbara de Braganza, que murió en Aranjuez en agosto de 1758 —nunca princesa tan fea fue tan querida— agonizaba, cada vez más sumido en la locura, al año siguiente en el sombrío castillo de Villaviciosa de Odón, a cuatro leguas de Madrid hacia el oeste, don Luis era la única persona que se le podía acercar sin riesgo de sufrir una agresión salvaje.

Murió Fernando VI en agosto de 1759 y su madre Isabel de Farnesio, que ejercía, ayudada por don Luis, la regencia provisional hasta la llegada de su hijo mayor desde Nápoles, preparó con eficacia la aceptación y jura de Carlos III que, como había hecho su hermano, se apoyó durante sus primeros años de reinado en los consejos de su hermano menor, convertido ya en un brillante príncipe seglar e ilustrado.

En 1761, con licencia del Rey, compró don Luis Antonio el extenso y rico condado de Chinchón, que había sido concedido por el emperador Carlos V a don Francisco de Cabrera y Bobadilla en 1520; el condado pertenecía ahora a don Felipe, duque de Parma, que se lo cedió a su hermano don Luis, riquísimo por los años en que había dispuesto de las rentas arzobispales de Sevilla y Toledo. El condado de Chinchón, con sus señoríos anejos, comprendía un extenso territorio en media luna al sur y suroeste de Madrid, con los municipios de Chinchón, Valdemoro, Navalcarnero, hasta la aldea de Boadilla del Monte, pueblo de pastores rodeado por bosques centenarios de encinas y grandes pinos, que hervían de caza mayor. Allí decidió construirse un palacio, sencillo y majestuoso, con jardines de planta versallesca y una hermosa fuente de piedra, cuyos planos se deben a Ventura Rodríguez. Allí viviría don Luis sus años más felices, que compartió con otra espléndida residencia en el señorío, suyo también, de Arenas de San Pedro, en la vertiente sur de la sierra de Gredos y provincia de Ávila.

Decididamente, a don Luis le gustaban los paisajes agrestes y velazqueños al occidente de Madrid, al borde de las sierras centrales.

Don Luis se enamora de una joven sin sangre real

Caballero del Toisón de Oro desde su infancia, de las órdenes de la Corona Francesa en 1760, Gran Cruz de la principal orden de la Monarquía, creada por su hermano Carlos III con su nombre, y comendador de las cuatro órdenes militares españolas, el infante don Luis, que jamás había dado un escándalo, se enamoró ardientemente en 1776, cuando iba a cumplir cincuenta años, de una damita noble aragonesa, pero no de sangre real, doña María Teresa de Vallabriga y Rozas, que tenía 18, treinta y dos menos que él, y una belleza serena y profunda, además de unas dotes y aficiones a la lectura, la pintura, la música y la vida retirada que la convertían en compañera ideal para el introvertido e ilustrado príncipe. Era hija de don José Ignacio de Vallabriga y Español, señor de la Casa de Vallabriga en Aragón, capitán de Caballería, y de doña Josefa de Rozas y Drummond, condesa de Torrescas [9].

Carlos III hizo lo imposible por disuadir de tal matrimonio a su hermano menor. No ciertamente por preocupación sucesoria; entre los trece hijos que le dio su esposa María Amalia de Sajonia, que murió todavía joven a poco de llegar a Madrid como reina de España, las cinco primeras fueron infantas, y el primer varón, Felipe príncipe de Calabria, tuvo que ser incapacitado por locura a los dos años de edad, pero en 1776 vivían el príncipe de Asturias don Carlos (que reinaría como Carlos IV), el príncipe don Fernando, que había heredado de su padre el reino de Nápoles; el infante don Gabriel, predilecto de su padre, y el infante don Antonio Pascual, que tendría una actuación desastrosa al comenzar la guerra de la Independencia.

El príncipe de Asturias y don Antonio eran notoriamente tontorrones, pero nadie pensó en incapacitarles; don Gabriel era una maravilla de inteligencia y cultura. No era, pues, por carencias sucesorias, sino porque Carlos III creía indigno de la grandeza de España y de la familia real un matrimonio desigual tan evidente. Y entonces tomó la decisión de llenar lo que

---

[9] Cfr. PATRICK VAN KERREBROUCK, *La Maison de Bourbon,* Villeneuve d'Ascq, 1987, p. 517ss.

creía un vacío legal y preparó con su Junta de Ministros (el antecedente inmediato del Consejo de Ministros) una disposición contra los matrimonios desiguales, la famosa Pragmática de 1776.

Lo primero que conviene hacer antes de disertar sobre la Pragmática es leerla; me temo que algunos de sus comentaristas no lo han hecho jamás. Hasta un historiador tan concienzudo como el profesor Jesús Pabón, en una de sus rarísimas insuficiencias, habla de ella a través de comentarios de segunda mano (un libro reciente del marqués de Villarreal de Álava sobre la Casa de las Dos Sicilias), y habla también de matrimonios morganáticos, expresión que jamás utilizó Carlos III, sino la de "desiguales". Es lo mismo, pero conviene comentar el término que usó realmente Carlos III.

Según el Diccionario, morganático es el matrimonio que contrae un príncipe o princesa con persona de linaje inferior; ni el contrayente ni la descendencia tienen derecho a títulos ni sucesiones regias. Me ha intrigado siempre el origen de la palabra "morganático". El Diccionario Abreviado Espasa lo hace derivar del gótico "morgjan", restringir; y el británico Collins, casi siempre certero, lo deriva del latín medieval contaminado por el alto alemán "morgan" (inglés "morning", mañana; inglés antiguo "morgan giefu, morning-gift", don de la mañana, obsequio del marido superior a la mujer inferior una vez consumado el matrimonio). En España y otros puntos de Europa el matrimonio morganático se llamó "de la mano izquierda", porque el esposo, superior, daba a la mujer, inferior, la mano izquierda en la ceremonia. Carlos III, más práctico, habló de matrimonios desiguales.

Una ley en el ámbito civil

Sin embargo, aunque evidentemente Carlos III quería castigar a su hermano don Luis, no inscribe la Pragmática de 1776 en el ámbito del derecho público (como la Ley de Partida), sino con expresa claridad en el campo del derecho privado. Y no establece una ley sucesoria, sino una ley general para toda la nación, para todos los matrimonios, con una aplicación a la familia real y a la grandeza. Deberían tomar nota de esto los audaces periodistas dinásticos y algunos especialistas que subrayan el carácter de la Pragmática de Carlos III como "derecho interno de la Casa

de Borbón" o "ley fundamental de la monarquía española". Nada de nada, vayamos a la Ley.

La Pragmática de Carlos III fue dictada el 23 de marzo de 1776 y publicada cuatro días más tarde, el 27. No fue propiamente una ley, aunque se dictó, por expresa voluntad regia, con fuerza de ley y como tal se incluyó en la Novísima Recopilación mandada publicar por Carlos IV en 1805 [10].

Dice así la Pragmática en su apartado I:

Habiendo llegado a ser tan frecuente el abuso de contraer matrimonios desiguales los hijos de familia, sin esperar el consejo y consentimiento paterno... mandé examinar esta materia en Junta de Ministros con encargo de que, dejando ilesa la autoridad eclesiástica y disposiciones canónicas en cuanto al sacramento del matrimonio, para su valor, subsistencia y efectos espirituales, me propusiese el remedio más conveniente, justo y conforme a mi autoridad real en orden al contrato civil y efectos temporales; tras oír el parecer del Consejo Pleno y conforme a él, he tenido a bien expedir ésta mi Carta y pragmática sanción con fuerza de ley que quiero tenga el mismo vigor que si fuera promulgada en Cortes.

Por lo cual, y para la arreglada observancia de las Leyes del Reino desde las del Fuero Juzgo que hablan en punto a los matrimonios de los hijos e hijas de familia menores de veinticinco años, mando que éstos deban, para celebrar el contrato de esponsales, pedir y obtener el consentimiento de su padre y en su defecto de la madre, y a falta de ambos el de los abuelos por ambas líneas.

Queda pues claro que la Pragmática se dicta para el ámbito del derecho civil, que no es una ley sucesoria de la Corona, sino una ley universal que exige el consentimiento paterno; y que los efectos temporales se refieren al incumplimiento de ese contrato civil.

---

[10] Edición facsímil del *Boletín Oficial del Estado* en 1973 de la Novísima, que reforma la anterior Recopilación, publicada por Felipe II en 1567. La Pragmática se presenta en la Novísima como Ley IX del Libro X del título II. Insisto en que no es una ley sucesoria de derecho público, sino, en explicación de su preámbulo, trata del "consentimiento paterno para la contración de esponsales y matrimonio por los hijos de familia".

Esta obligación —sigue el apartado II— *comprende desde las más altas clases del Estado, sin excepción alguna, hasta las más comunes del pueblo, porque en todas sin diferencia tiene lugar la indispensable y natural obligación del respeto a los padres y mayores que están en su lugar, por derecho natural y divino, y por la gravedad de la elección de estado con persona conveniente, cuyo discernimiento no puede fiarse a los hijos de familia y menores, sin que intervenga la deliberación y consentimiento paternos para reflexionar las consecuencias y atajar con tiempo las resultas turbativas y perjudiciales al público y a las familias.*

Una obligación para todos

Está clarísimo; se trata de una ley general, no de una ley sucesoria; afecta a todos los súbditos del Rey, no solamente a los príncipes.

El apartado tercero señala los efectos civiles del incumplimiento:

III. Si llegase a celebrarse el matrimonio sin el debido consentimiento o consejo, por este mismo hecho así los que lo contrajesen como los hijos y descendientes que provinieren del tal matrimonio quedarán inhábiles y privados de todos los efectos civiles como son el derecho a pedir dote o legítima, y de suceder como herederos forzosos y necesarios en los bienes libres que pudieran corresponderles por herencia de los padres o abuelos a cuyo respeto y obediencia faltaren...

IV. Asimismo declaro que en cuanto a los vínculos, patronatos y demás derechos perpetuos de la familia que poseyeren los contravinientes, o a que tuvieren derecho de suceder, que sean privados de ellos y así ellos como sus descendientes sean y se entiendan postergados en el orden de los llamamientos....

Es decir, que, siempre dentro del derecho civil, quienes contrajeren matrimonio sin permiso o consejo de sus mayores (según tuvieran menos de veinticinco años o más, según después se explicará) quedan desheredados de todo derecho sucesorio, para sí y sus descendientes. Éste es el punto fundamental. Porque, según el apartado quinto, "si el que contraviniere fuese el último de los descendientes, pasará la sucesión a los transversales".

Los cuatro apartados siguientes añaden algunas matizaciones a lo anterior. En el sexto se dice que *los mayores de veinticinco años cumplen con pedir el consejo paterno para colocarse en estado de matrimonio, que en aquella edad ya no admite dilación... pero si contravinieren, dejando de pedir ese consejo, incurrirán en las mismas penas que quedan establecidas.*

El apartado séptimo defiende la libertad de los aspirantes al matrimonio: *Es preciso preservar al mismo tiempo el abuso y exceso en que puedan incurrir los padres y parientes en agravio y perjuicio del arbitrio y libertad que tienen los hijos para la elección de estado a que su vocación les llama, y en caso de ser el de matrimonio, para que no se les obligue ni precise a casarse con persona determinada contra su voluntad.* Por tanto, y para evitar esas coacciones —apartado VIII—, *decido y mando que los padres, abuelos, deudos, tutores... deberán precisamente prestar su consentimiento si no tuviesen justa y racional causa para negarlo.* Pero en caso de que los padres mantuviesen su oposición, dice el apartado noveno que *debe admitirse libremente recurso sumario a la Justicia Real ordinaria, el cual se haya de terminar y resolver en el propio término de ocho días.* Y para evitar daños a la buena fama, dice el apartado décimo que *sólo se podrá dar información del acto favorable o adverso, pero no de sus objeciones y excepciones que propusieren las partes para evitar difamaciones de personas y familias.*

Los efectos en la familia real

Hasta este punto la Pragmática es una ley absolutamente general. En los tres puntos siguientes llegamos a lo más emocionante: la aplicación del caso a los matrimonios desiguales de la familia real, pero aún entonces se considera el caso conjuntamente con la alta nobleza, la grandeza. No estamos, ni en estos apartados, en una ley sucesoria; y los efectos que van a causarse se inscriben también en el marco del derecho civil.

XI. Mando asimismo que se conserve en los Infantes y Grandes la costumbre y obligación de darme cuenta, y a los Reyes mis sucesores, de los contratos matrimoniales que intenten celebrar ellos o sus hijos e inmediatos sucesores para obtener mi Real aprobación; y si (lo que no es creíble) omitiese alguno el cumplimiento de esta necesaria obligación, casándose

sin Real permiso, así los contravinientes como su descendencia por este mero hecho quedan inhábiles para gozar los títulos, honores y bienes dimanados de la Corona y la Cámara no les despache a la Grandeza la cédula de sucesión sin que hagan constar al tiempo de pedirla, en caso de estar casados los nuevos poseedores, haberse celebrado sus matrimonios, precedido el consentimiento paterno y del Rey, sucesivamente.

Y ahora viene el caso del infante don Luis, que había manifestado a su hermano Carlos III la urgencia inaplazable que sentía para casarse con María Teresa Vallabriga, aunque Carlos III sigue enmarcando este caso excepcional (al que sólo falta poner nombre) dentro del ámbito de la Grandeza y con los efectos en el campo civil.

XII. Pero como puede acaecer algún raro caso de tan graves circunstancias que no permitan que deje de contraerse el matrimonio, aunque sea con persona desigual, cuando esto suceda en los que están obligados a pedir al Rey permiso, ha de quedar reservado a mi Real Persona y a los Reyes mis sucesores el poderlo conceder, pero también en este caso queda subsistente e invariable lo dispuesto en esta Pragmática en cuanto a los efectos civiles, y en su virtud la mujer o el marido que cause la notable desigualdad quedará privado de los títulos, honores y prerrogativas que le conceden las leyes de estos Reinos ni sucederán los descendientes de este matrimonio en las tales dignidades, honores, vínculos o bienes dimanantes de la Corona, los que deben recaer en las personas a quienes en su defecto corresponda la sucesión; ni podrán tampoco estos descendientes de dichos matrimonios desiguales usar de los apellidos y las armas de la casa, de cuya sucesión quedan privados, pero tomarán precisamente el apellido y las armas del padre o madre que haya causado la notable desigualdad, concediéndoles que puedan suceder en los bienes libres y alimentos que deban corresponderles, lo que se prevendrá con claridad en el permiso y partida de casamiento.

XIII. Conviene también conservar en su esplendor las familias llamadas a suceder de la Grandeza... y las de los títulos, a quienes se exige para contraer matrimonio el permiso de la Corona tras el paterno.

Es decir, para lo que hace al caso de la sucesión regia, que los cónyuges y descendientes de los matrimonios desiguales, aún contraídos con licencia, per-

manecen en su plano inferior; quedan privados de la sucesión en todas las dignidades o bienes dimanantes de la Corona y en primer término de la sucesión a la propia Corona. ¿Y las personas superiores, en este caso los infantes que contraen con permiso ese matrimonio desigual? No se les priva de su título de infantes ni de sus bienes, pero sí les afecta lo antes dispuesto sobre efectos civiles para quienes contraigan matrimonio sin permiso; es decir, que según el apartado III quedan excluidos de la sucesión al trono, como sus descendientes.

La Pragmática de Carlos III fue promulgada, como hemos dicho, el 27 de marzo de 1776. El permiso del Rey para el matrimonio desigual de su hermano el infante don Luis se concedió cuando aún no se habían cumplido los dos meses de la ley, el 22 de mayo. Con las duras condiciones que imponía la Pragmática, su joven esposa no llevaría las armas de Borbón y los hijos se llamarían con los apellidos de la madre; el infante y su familia, además, quedaban desterrados de la Corte de Madrid a perpetuidad, y no podrían residir a menos de cuatro leguas de ella. Nada de esto importó al infante, cuyo ancho señorío de Chinchón caía fuera de ese límite; y desde entonces vivió enteramente feliz con la joven condesa en sus dos palacios: el de Arenas de San Pedro y el de Boadilla del Monte, rodeado por un maravilloso monte alto de caza mayor cuyos linderos coincidían con el límite del destierro. En este palacio de gran sencillez y majestad organizó la condesa de Chinchón una pequeña y discreta corte cuyos personajes más relevantes eran Francisco de Goya, que pintó a la familia, y el gran compositor italiano Luigi Boccherini, maestro de capilla de don Luis y admirado en toda Europa.

La rehabilitación de Don Luis

Don Luis Antonio murió en Arenas de San Pedro el 7 de agosto de 1785 y su esposa le sobrevivió hasta 1820; los restos de él reposan en el Panteón de Infantes de El Escorial, los de ella en la basílica del Pilar de Zaragoza. Por decreto de 4 de agosto de 1799, el Rey Carlos IV rehabilitó al infante Luis Antonio, revocó la Pragmática al conceder a sus hijos usar el apellido Borbón antes que el Vallabriga con las armas correspondientes, les hizo grandes de España de primera clase y miembros de la familia real [11].

---

[11] Datos sobre don Luis y su progenie en P. VAN KERREBROUCK, op. cit., p. 517 ss.

El motivo es explicable. La segunda hija, doña María Teresa, se había casado dos años antes con don Manuel Godoy, antiguo guardia de Corps y ahora Príncipe de la Paz y favorito de la reina Luisa María de Saboya, que deseaba tener a su amante como miembro de la familia real. María Teresa recibió de su hermano mayor por cesión el título de condesa de Chinchón que llevó Godoy por matrimonio. Ésta es la Triste Condesa de la leyenda, que fue enterrada en su amado palacio de Boadilla del Monte. La vida de Godoy, su segundo matrimonio y su larguísima decadencia no son objeto de este libro.

El hijo mayor del infante don Luis fue también cardenal como su padre; don Luis María de Borbón, arzobispo de Toledo y de Sevilla, también como su padre, pero perseveró; juró primero fidelidad al rey intruso José Napoleón, pero luego le abandonó y fue presidente de la Regencia de Cádiz en 1809. La tercera hija del infante don Luis, María Luisa de Borbón y Vallabriga, enterrada también en el palacio de Boadilla del Monte, casó con el primer duque de San Fernando de Quiroga, que la acompaña para el descanso eterno en la capilla del palacio construido por don Luis en uno de los bosques más bellos del mundo, que gracias a don Luis y sus descendientes se conserva casi intacto hasta hoy, y bajo cuyos pinos, varias veces centenarios, se escriben, no sin emoción, estas líneas.

Aplicación de la Pragmática

La primera Ley Antigua, la Ley de Partida, derogada por la ley semisálica de Felipe V, el primer Borbón, fue restablecida por Carlos IV en la solemne sesión de Cortes de 1789. Tampoco por motivos concretos e inmediatos; además del Príncipe de Asturias, don Fernando, tenía el rey más herederos varones: los hermanos de don Fernando, don Carlos (el Carlos V del carlismo), don Felipe (muerto en 1792) y don Francisco de Paula. Sin embargo, el restablecimiento de la Ley de Partida no fue promulgado por Carlos IV, sino por Fernando VII en 1830, como si previera que sólo tendría, después, hijas, que en efecto fueron doña Isabel II y su hermana doña María Luisa Fernanda. Los carlistas no aceptaron esa promulgación y proclamaron en 1833 a don Carlos como rey Carlos V; así empezaron las gue-

rras carlistas. Pero la mayoría de los españoles, así como todas las Cortes celebradas en España desde entonces, reconocieron como legítima la rama de doña Isabel II, vencedora en las guerras carlistas y representada hasta 1931 por don Alfonso XIII. El problema carlista, apartado violenta y parlamentariamente hasta 1931, iba a replantearse, en momentos de debilidad de Alfonso XIII, después del 14 de abril de 1931.

La Pragmática de Carlos III ha dejado huella duradera en nuestras leyes civiles, incluso el Código Civil en sus sucesivas redacciones; huella, como vamos a ver, no significa vigencia. Sí se ha mantenido vigente en las costumbres sucesorias de la Casa española de Borbón, y en sus tres ramas legítima, paulina y carlista. Como recuerda el profesor Jesús Pabón, al eco de la Pragmática se debió la no celebración del matrimonio del pretendiente carlista conde de Montemolín con miss Horsey (y, añadamos, a la decepción de miss Horsey, que pretendía ser reina aunque fuera en el exilio).

Los descendientes de la reina Cristina, viuda de Fernando VII, con el duque de Riansares quedaron sujetos a la Pragmática por Real Decreto de 12 de octubre de 1844. Por otro de 1847 se aplicó la Pragmática al matrimonio de la infanta Luisa Teresa de Borbón con el duque de Sessa. Por otros de 1848 y 1867 se excluyó de la sucesión a los descendientes del infante don Enrique, duque de Sevilla, casado con la dama valenciana doña Elena Castellví. Y el 25 de febrero de 1921 las Cortes rechazaron un proyecto de ley por el que se proponía la concesión del título de Alteza Real a los hijos del infante don Enrique; la denegación se hizo también en virtud de la Pragmática de Carlos III [12].

Las Constituciones de la monarquía española han tratado, desde la primera en 1812, el problema de la sucesión dinástica. Por lo pronto, la de 1812 en Cádiz restableció la Ley de Partida sin la menor mención al Auto Acordado de Felipe V (art. 174), exigió que el Rey fuese hijo legítimo; las Cortes excluirán a las personas que sean incapaces "o hayan hecho cosas que merezcan perder la Corona" (art. 190); la sucesora o

---

[12] Cfr. J. PABÓN, *La otra legitimidad,* 1965, p. 162s. Pabón sufre un lapsus cuando atribuye la primera aplicación de la norma "bajo Felipe V". El casamiento de don Luis Antonio no se planteó hasta el reinado de Carlos III.

reina, si es hembra, no podrá casarse sin consentimiento de las Cortes y si lo hace abdica la Corona (art. 183); y el Príncipe de Asturias, los infantes e infantas y sus hijos o descendientes que sean súbditos del Rey (no así el Rey) no podrán casarse sin el consentimiento del Rey y de las Cortes bajo la pena de ser excluidos al llamamiento a la Corona (art. 208). Pero nada se dice de los matrimonios desiguales como causa automática de exclusión.

La de 1837 mantiene los mismos preceptos y además exige una ley especial para que el Rey contraiga matrimonio y permita que lo contraigan las personas que sean súbditos suyos y estén llamados por la Constitución a suceder en el trono (art. 48, n. 5). Tampoco menciona la exclusión de la Pragmática.

La Constitución de 1845 exige que el Rey antes de contraer matrimonio lo pondrá en conocimiento de las Cortes, que aprobarán por ley las estipulaciones y contratos matrimoniales; lo mismo se observará en el caso del inmediato sucesor a la Corona (art. 47). Y ni el Rey ni el inmediato sucesor podrán casarse con persona que por la ley esté excluida de la sucesión. El orden sucesorio y la exclusión a la sucesión se mantienen como en el caso anterior; y tampoco se habla de matrimonios desiguales. La Constitución de 1869 mantiene las mismas normas sucesorias. Lo mismo establece la de 1876.

Las Constituciones de la monarquía, desde la primera a la de 1876, no mencionan la Pragmática de Carlos III ni excluyen a nadie del trono por matrimonio desigual; lo que sucede, según historiador tan autorizado como el profesor Pabón, es que se mantiene, desde Carlos III a Alfonso XIII inclusive, la vigencia de la Pragmática de Carlos III de forma paralela, como consta en los reales decretos por los que se excluye a determinadas personas reales de la sucesión de acuerdo con la Pragmática. Hasta hoy no hay dificultades; y el experto genealógico Armando de Fluviá mantiene la misma tesis de Pabón en su importante artículo "Sobre matrimonios de reyes, príncipes y otras dinastías" [13]. En ese artículo cita, además de los indicados por Pabón, otros casos.

---

[13] *El País*, 28 de agosto de 1992, p. 10.

La Pragmática de Carlos III no existe

Vengamos a tiempos más recientes. Don Alfonso XIII suspendió voluntariamente el ejercicio de la potestad regia según el comunicado que hizo público el 15 de abril de 1931 con autorización del Gobierno de la República [14]. Un jurista tan versado como mi abuelo Juan de la Cierva y Peñafiel le había instado a que no abandonase el trono. "Esta ausencia —le dijo— sería la renuncia a la Corona, que no es de V. M. sino en un momento histórico, que es de su estirpe" [15]. Creo que mi abuelo tenía razón, pero en todo caso después del 14 de abril la Constitución de 1876 quedó anulada y Alfonso XIII carecía de potestad reglamentaria para disponer sobre la sucesión a la Corona, entre otras cosas porque la Corona ya no existía más que en el terreno de la Historia y de los símbolos, no en la realidad. A mí esto me parece tan elemental que me asombra no haya sido reconocido, que yo sepa, nunca. Por tanto, todos los actos de Alfonso XIII en el orden sucesorio que se realizaron después del 14 de abril no tienen valor para España, aunque tuvieran valor sentimental o simbólico para los monárquicos.

Guste o no, España no volvió a constituirse en reino, es decir, en monarquía, hasta el referéndum que aprobó la Ley de Sucesión propuesta por Franco en julio de 1947. Y España no tuvo un heredero a la Corona hata el mes de julio de 1969, cuando don Juan Carlos aceptó su designación como sucesor a título de Rey y en el mismo acto asumió formalmente ante las Cortes "la legitimidad del 18 de julio". En virtud de esa legitimidad, don Juan Carlos juró como Rey de España a la muerte de Franco en noviembre de 1975, y luego fue confirmado como Rey en virtud de la Constitución aprobada en diciembre de 1978, que él firmó pero no juró, porque tanto él como la gran mayoría de España le consideraban Rey legítimo desde aquella jura de 1975, como se demostró en el referéndum democrático de 1976.

Ahora bien, la Constitución de 1978, que hoy es aceptada por toda España, puede aclararnos mucho las cosas si la leemos detenidamente. La

---

14 Ver la portada de *ABC* en esa fecha.

15 J. DE LA CIERVA, *Notas de mi vida,* Madrid, Reus, 1955, p. 371.

Corona, dice el art. 57, "es hereditaria en los sucesores de S. M. don Juan Carlos de Borbón, legítimo heredero de la dinastía histórica". Por tanto, todas las discusiones sobre validez o no validez de las pretensiones carlistas o de las renuncias de los infantes don Alfonso y don Jaime en 1933 están, desde diciembre de 1978, fuera de lugar; no hay más titular de la Corona que don Juan Carlos, que es, en virtud de la Constitución, "legítimo heredero de la dinastía histórica". Por tanto, el salto dinástico dado por don Juan Carlos a propuesta de Franco —llamemos a las cosas por su nombre— quedó legalizado como legítimo nada menos que por la Ley de Reforma Política de 1976 y luego por la Constitución de 1978. Segunda cuestión zanjada, pues. (Lo cual no quita valor al abnegado y heroico comportamiento de don Juan cuando en 1977 renunció en su hijo).

Consta por el famoso libro de Sáinz Rodríguez *Un reinado en la sombra* que don Juan de Borbón comprendió el comportamiento de su hijo en 1969; pero no solamente no autorizó su aceptación, sino que formalmente protestó por ella. Por tanto, quienes sueñan con la vigencia de la Pragmática de Carlos III durante las épocas en que la monarquía borbónica no estaba formalmente restaurada según sus antiguas leyes y costumbres, hacen eso: sueñan. Don Juan Carlos no recabó de su padre el consentimiento exigido por la Pragmática; eso es evidente por la protesta de don Juan, por sus cartas de la época. Por tanto, la Pragmática de Carlos III quedó pulverizada entre 1947, 1969, 1975 y 1978. Me asombra que alguien se atreva a invocarla ahora, como hacen el señor Fluviá y otros especialistas dinásticos. Con todo respeto, sueñan.

Pero hay otra razón más profunda para concluir que la Pragmática de Carlos III no está hoy en vigor y es una venerable pieza de museo. La Constitución de 1978 no impone consentimiento alguno al Rey, ni exige el consentimiento del Rey para que el sucesor contraiga matrimonio. Dice en su art. 57.2 que "aquellas personas que teniendo derecho a la sucesión en el trono contrajesen matrimonio contra la expresa prohibición del Rey y de las Cortes Generales quedarán excluidas en la sucesión a la Corona". Es decir, que el Príncipe de Asturias, para decirlo claramente, sólo perdería el derecho a la sucesión, que ya tiene reconocido, si el Rey y las Cortes (las dos instituciones, no una sola) le prohibieran expresamente el matrimonio

con la señorita X o Y, sea o no de sangre real. Y ¿piensa de verdad alguien que el Rey o las Cortes van a prohibir al Príncipe don Felipe, que está demostrando admirables condiciones para reinar, que se case con la mujer que ame?

Y la razón final. Hemos leído a fondo la Pragmática de Carlos III en 1776. Toda ella está inscrita no en el derecho público sucesorio, no en la "legislación interna de la Casa de Borbón" ni en el "derecho tradicional de la monarquía", como repiten los periodistas dinásticos y demás "expertos" que no han leído la pieza, sino en el derecho civil. Muy concretamente la exclusión sucesoria del príncipe que contrajera matrimonio desigual aún con permiso del Rey se hace depender de los efectos civiles anteriormente citados en el apartado III de la Pragmática.

El Código Civil dejó sin fundamento a la Pragmática

Pues bien, esos efectos civiles vigentes en 1776 hoy ya no existen. Nuestro Código Civil los tiene más que anulados desde el 6 de octubre de 1888, fecha en que se dio orden de publicar el venerable Código Civil del siglo XIX en la *Gaceta de Madrid.* Desde entonces, la falta de consentimiento paterno no invalida la sucesión; ni priva al infractor de la legítima.

Desde entonces los menores se emancipan por matrimonio sin que exista otra condición alguna para esa emancipación. Y como todo el fundamento jurídico de la Pragmática de Carlos III consistía en los efectos de derecho civil, según se harta de repetir la Pragmática, el Código Civil dejó sin fundamento ni validez alguna a la Pragmática. Quienes la quisieron aplicar después de la vigencia del Código Civil no recordaban esa clave jurídica; se fundamentaban en la rutina histórica, no en la esencia jurídica del documento de Carlos III.

No cabe pues exigir a la Corona que derogue la Pragmática o, como dice el señor Fluviá, asombrarse si ahora el Rey se "salta a la torera" la ley de Carlos III cuando Alfonso XIII hizo lo contrario al invocar las "Leyes Antiguas". Alfonso XIII, durante la República, carecía de poder y de autoridad para exigir aquellas renuncias. No hay tal salto ni tal asombro. La Pragmática de Carlos III ha dejado de existir hace mucho tiempo. La Prag-

mática no existe. Ya Carlos IV, como hemos visto, empezó a invalidarla. Don Felipe de Borbón puede casarse libre y constitucionalmente con la mujer que ame. El infante don Luis Antonio de Borbón lo hizo ya en el mismo año de la Pragmática, 1776, con una estupenda demostración de modernidad, de anticipación... y de amor.

Capítulo III
La placa del Príncipe de Asturias

MIENTRAS EL GENERAL FRANCO recorría su complicada trayectoria político-militar durante los años de la República, del 14 de abril de 1931 al 18 de julio de 1936, el infante don Juan de Borbón terminaba su carrera en la Marina Británica y, tras la renuncia de sus dos hermanos mayores en junio de 1933, recibía de su padre Alfonso XIII la placa de Príncipe de Asturias. Como dentro del campo monárquico se imponía ya por entonces un rechazo irreversible a don Alfonso XIII, don Juan de Borbón entró en el primer plano de la causa y la política monárquicas mientras la República recorría las etapas de su suicidio histórico hacia la guerra civil. Éste es el resumen de los agitados y complejos acontecimientos que voy a introducir en este capítulo, porque los biógrafos oficiosos de don Juan apenas entran en el problema del que va a depender el futuro del personaje.

La primera preocupación de la familia real al reunirse en París después de ser expulsada de España por la irrupción de la República fue encarar el futuro del matrimonio regio, que venía ya muy deteriorado de España, y orientar el difícil porvenir de los infantes. La desgracia no contribuyó a unir a don Alfonso y a doña Victoria Eugenia, sino que les separó pronto con carácter virtualmente definitivo aunque sin divorcio formalizado y sin perder, en

público, las formas, como he explicado con detalle en mi biografía *Victoria Eugenia, el veneno en la sangre* que ya he citado [16]. No hubo problemas en que las infantas Beatriz y Cristina prosiguieran su educación en Francia, cerca de la residencia oficial, aunque cada vez menos real, de sus padres en París y Fontainebleau. El Príncipe de Asturias don Alfonso, muy resentido de su hemofilia, fue enviado a un sanatorio próximo a Lausanne, en Suiza; don Jaime continuó su educación especial en París y don Gonzalo partió para cursar ingeniería agronómica en la Universidad de Lovaina.

Don Juan en la Marina británica

Nada más llegar a París, como dije, don Juan expresó su deseo de continuar su carrera de Marina en la Escuadra Británica y Alfonso XIII viajó a Londres para pedírselo al rey Jorge V. El propio don Juan cuenta lo sucedido después de su ingreso en la Academia Naval de Dartmouth, donde fue admitido como cadete real por la inmediata aprobación del rey Jorge V a la petición de don Alfonso; la revelación se hizo en una importante conferencia pronunciada por el propio don Juan muchos años después en Madrid.

"Debo decir que nuestra preparación de matemáticas en España era buena, y añadiría que superior a la inglesa para ese tipo de periodo. Mi fallo era historia naval inglesa, pronunciación inglesa, tecnicismo naval a la inglesa, ese tipo de cosas. Pero de lo demás salí bien del paso...".

"Extranjero único en un ambiente de cuatrocientos cincuenta cadetes, una cuestión de edad también un poco pesada, porque en mi promoción tenían un año menos que yo casi todos; ambiente más infantil, como si dijéramos, por un lado; prohibición de fumar, una horrible costumbre que era la de dar azotes (yo soporté ciento veinticuatro en nueve meses). Recuerdo también que la primera vez que tuve que aguantar los seis azotes de costumbre mi honor español se sublevó y al terminar el castigo le di un puñetazo en la cara al que me los había dado. Me hicieron consejo disciplinario, pero todo se arregló gracias a la benevolencia del segundo comandante, quien me dijo que si quería seguir allí tenía que aguantar las cos-

[16] Barcelona, editorial Planeta, 1992.

tumbres de la Marina y que si no, tenía la puerta abierta. A pesar de todo pegué algunos puñetazos en la clase de boxeo, y una semana al mes teníamos prácticas en un dragaminas donde aprendí a baldear, a hacer de fogonero, de maquinista, de timonel... y a limpiar cañones".

Su nombre figuraba en el registro como Príncipe Juan de España, pero sus compañeros le llamaban John. Al terminar el curso preparatorio en marzo de 1932, tuvo que elegir un sector naval para su periodo de prácticas y, por motivos de conveniencia política, no pudo quedarse en el Canal ni en el Mediterráneo; escogió la flota de las Indias Orientales y fue destinado al crucero Enterprise que con otros dos formaba el grueso de aquella escuadra.

Prosigue don Juan: "A mí me gustaba la idea de irme a Oriente, por lo que me apunté para un destino en el crucero Enterprise. Tenía la particularidad esa flota de que mantenía la soberanía sobre unas aguas dilatadas, porque comprendían desde el golfo Pérsico hasta Singapur, incluidas África Oriental y las islas del Océano Índico, de modo que los barcos estaban casi siempre en la mar. Puedo decir como pequeño detalle que en los dos años que estuve en Oriente recorrí ochenta y nueve mil millas marinas, de manera que yo creo que no habrá muchos marinos que hayan hecho tantas".

"Todos los años dábamos una vuelta por el golfo Pérsico, por África Oriental, etc., lo que era interesante. El programa de estas visitas tenía su gracia. Por ejemplo, en el golfo Pérsico había todos esos nombres sonoros que ahora leemos en los periódicos con motivo de su abundancia en petróleo. Entonces eran pequeños puntos geográficos. No tenían puerto ni nada. Había que fondear a cuatro o cinco millas de distancia y los pequeños emires o jeques, como creo que se llamaban entonces, recibían un cañonazo de saludo, que era poco pero divertido".

"Entre los sitios interesantes que vi estaba Rangún; esto es la capital de Birmania. Es muy diferente a la India, aunque pertenecía entonces al virreinato de la India. Más achinado, más tipo Siam, y como un cordón de islas por la costa de muy difícil navegación. Muy interesante y muy bonito. Allí pasamos unas temporadas muy agradables. En todos estos sitios, como muy a la inglesa, había el partido de rugby, el partido de tenis, el partido de fútbol. Lo normal, más una cosa muy particular: un pequeño 'show'

dado por los tripulantes del barco. Había unos marineros que bailaban un 'bornpipe', que es una especie de baile marinero muy clásico; había un pequeño 'sketch' y a mí me asignaron el papel de cantar 'La Paloma' apoyado en una magnífica palmera de cartón que llevábamos a bordo con mi voz cascajosa. Las viejas damas me pedían el 'encore' todo el tiempo, lo cual era horrible. En fin, lo tuve que hacer durante unas veinte veces" [17].

Mientras don Juan de Borbón se formaba duramente en la primera Marina del mundo y se divertía con su palmera por los mares de Oriente, don Alfonso XIII se encaraba, desde París, con gravísimos problemas políticos. El primero era su vacío personal al haberse quedado "en paro", como después recordaba a sus amigos; acostumbrado a la actividad regia, la inacción del exilio se le hacía insufrible y apenas se amortiguaba con viajes continuos por Europa y diversas aventuras galantes, según la costumbre que mantenía desde su juventud. Terriblemente decepcionado por la deserción de muchos monárquicos, la abierta traición de otros y la indiferencia de los más, que parecían aceptar mansamente la implantación de la República, sintió viva admiración por el entusiasmo de los carlistas que creían llegada su hora ante el abatimiento de la rama liberal, la que desde la muerte de Fernando VII les mantenía marginados en sus pretensiones dinásticas.

El triple juego de Don Alfonso

En 1931, muy poco después de llegar al exilio, Alfonso XIII empezó una aproximación al carlismo que alarmó profundamente a los líderes monárquicos, aunque terminó en agua de borrajas. Le preocupaban además los entusiasmos, un tanto delirantes, de algunos partidarios suyos que casi desde la proclamación de la República empezaron a conspirar para derribarla violentamente mediante un pronunciamiento militar clásico, y la decisión de otros monárquicos, de signo católico, que, por el contrario, declaraban su acatamiento a la República y se mostraban dispuestos a convivir con ella sin exigir el restablecicmiento de la monarquía.

---

[17] *Mi vida marinera,* conferencia de don Juan en 1978, párrafos transcritos por J. M. TOQUERO, *Don Juan de Borbón,* Barcelona, Plaza y Janés, 1992, p. 51ss.

Alfonso XIII trató de jugar con estas tres tendencias —los carlistas, los monárquicos rebeldes y los católicos contemporizadores— ofreciendo a cada una de ellas su neutralidad e incluso su cooperación; jugando un poco a tres barajas, pero sin abandonar la esperanza del retorno si fracasaba el nuevo régimen; para lo cual empezó pronto a pensar en la sucesión a la Corona dentro de su propia dinastía. Me parece que no se ha entendido, ni menos expuesto nunca seriamente, este triple juego de don Alfonso que ahora voy a presentar.

El primer movimiento fue la aproximación al carlismo. Regía los destinos de la Causa, como se llamaba a la que habían encabezado los pretendientes del siglo XIX, don Carlos (llamado V), el hermano absolutista de Fernando VII que perdió la primera guerra carlista y don Carlos (llamado VII), muerto en 1909 después de perder en 1876, contra el joven Alfonso XII, la tercera, el hijo de este último, don Jaime, (llamado III) por los carlistas, el Rey Caballero, echado de su casa por su deplorable madrastra Berta de Rohan, romántico y aventurero, solterón empedernido, hombre de mundo —de muchísimo mundo", apostilla el maestro Pabón—, escasamente dogmático, oficial valeroso del ejército ruso en Extremo Oriente, aliadófilo en la Gran Guerra, lo que produjo la escisión de los "duros" del carlismo que seguían a Vázquez de Mella en 1919; segunda gran escisión después de los integristas a quienes don Carlos (VII) [18] parecía demasiado contemporizador y por eso le habían abandonado en 1888.

Muchas veces he expresado mi sincera admiración por la causa carlista, tal vez porque tengo la suerte de haber conocido a carlistas ejemplares

---

[18] Siempre que me refiero con ordinal romano a un pretendiente de la dinastía carlista o bien incluyo su número de orden entre paréntesis o no; pero en ningún caso, por ejemplo al escribir "Carlos VII" estoy aceptando su legitimidad regia sino que añado el ordinal por motivos de identificación, no sin expresar siempre, lo digo de una vez por todas, mi respeto por las convicciones de mis amigos carlistas que consideran a esa rama nacida también de Carlos IV como legítima con mejor derecho. En cambio para evitar confusiones en cuanto al propósito esencial de este libro nunca llamo Juan III, ni con paréntesis ni sin ellos, a don Juan de Borbón y Battenberg, a quien, igualmente con todo respeto, nunca considero Rey de hecho ni de derecho porque en mi opinión nunca fue ni lo uno ni lo otro.

y eminentes. Don Ramón del Valle Inclán les admiraba de forma trascendental; porque lo merece su constancia en la utopía, su valor en el combate más que secular. Pero el carlismo es eso, una utopía, un admirable anacronismo que ha dividido trágicamente a la monarquía y a la derecha española; y que ha producido, por desgajamiento y degradación, el separatismo vasco y buena parte del catalán, de lo que quedan todavía restos episcopales bien ostensibles en las dos espléndidas regiones de España. Pues bien, don Jaime (III) era un rey carlista excepcional: abierto, tolerante y dialogante. Los restos de las dos escisiones integristas se mantuvieron, mientras él vivió, apartados de la Comunión, extramuros de la Causa.

Un hombre joven y sin historia

Sin sucesión a sus sesenta años sobrepasados, don Jaime (III) publicó el 23 de abril de 1931 un llamamiento a todos los monárquicos de España para que se sumasen a su causa. Encontró a un inesperado discípulo: el propio don Alfonso XIII, abrumado por "haber perdido el amor de su pueblo", según sus palabras de despedida; las dos regias personas iniciaron casi a la vez su aproximación. Don Jaime quería salvar sus principios y reivindicar a su línea dinástica. Alfonso XIII, unificar a todos los monárquicos ante la implantación, que cada semana parecía más firme, de la República [19].

Según Pedro Sáinz Rodríguez, diputado monárquico en las Cortes Constituyentes que hacía frecuentes viajes a París, Alfonso XIII fue quien tomó la iniciativa de la aproximación dinástica, muy bien acogida por don Jaime en esta declaración: "Yo, que sería el indicado para presidir este régimen —se refería al resultado de la fusión—, concorde con la mejor de nuestras tradiciones, me siento demasiado viejo para echarme esa carga sobre los hombros. Un hombre joven y sin historia, como el infante don Juan, que vendría a recoger toda la herencia viva del carlismo, sería el único que podría realizar la obra. Es la primera vez que el nombre de don Juan

[19] Cfr. J. PABÓN, *La aotra legitimidad,* op. cit., p. 85.

—apostilla Sáinz Rodríguez— aparece como solución para el enlace de las dos ramas, indicado, precisamente, por el entonces jefe de la dinastía carlista" [20].

Una nueva carta de don Jaime a Alfonso XIII, escrita desde el castillo de Frohsdorf, sede de la legitimidad por haber sido morada del pretendiente al trono de Francia Enrique (V), es todavía más explícita: "Para que la unión sea eficaz, yo creo que debe haber un solo jefe. Yo estoy dispuesto a reconocer como mi sucesor a tu hijo Juan, única manera de terminar el pleito dinástico. Cédemelo, que venga a mi lado y yo le educaré en los principios tradicionalistas, que son los únicos que pueden salvar a España del caos".

En el propio campo alfonsino se dibujaban ya dos claras tendencias políticas: los monárquicos liberales, como todos los ex ministros de Alfonso XIII y el propio Sáinz Rodríguez, y los alfonsinos integristas y antidemócratas, animados por el joven letrado del Consejo de Estado Eugenio Vegas Latapié, que tendían al totalitarismo de la Acción Francesa y consideraban a la democracia liberal como encarnación diabólica.

De momento se impusieron los liberales y Alfonso XIII ni contestó al ofrecimiento de don Jaime. Luego, ya en el mes de septiembre, se reanudó la aproximación, aunque los especialistas y testigos discrepan sobre la forma. El profesor Pabón afirma que don Alfonso y don Jaime se encontraron el 12 de septiembre en la localidad suiza de Territet, donde firmaron el pacto del mismo nombre (cuya fotocopia con las firmas publica S. Galindo Herrero), por el que se dejaba la solución dinástica a unas Cortes Constituyentes y representativas (aunque no se establecía el sistema electoral) que decidirían entre don Jaime y don Alfonso, salvando todos los títulos y reconocimientos al que fuese descartado. Evidentemente, don Juan de Borbón asumiría la herencia a la Corona del elegido.

Sáinz Rodríguez, que no menciona ese pacto, cita una gestión del duque de Miranda tras la cual don Alfonso se presentó en septiembre de

---

20 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 17, Jesús Pabón se hace eco de una carta de don Jaime a don Alfonso en la misma fecha (agosto de 1931) y en el mismo sentido. Sáinz Rodríguez la cita también más extensamente, según transcribo a continuación.

1931 en la residencia de don Jaime en París y llegaron al mismo acuerdo, ratificado en la devolución de visita que el pretendiente hizo a los Reyes en el hotel Savoy de Fontainebleau [21].

La aproximación parecía cuajada, pero se vino abajo súbitamente cuando unos días después, el 2 de octubre de 1931, don Jaime falleció de un síncope cardíaco mientras paseaba por los alrededores de París. Alfonso XIII asistió a los funerales y expresó su admiración por el número y lealtad de los carlistas que acudieron, mientras a él le habían dejado casi solo sus monárquicos. Los jefes del carlismo se reunieron en el hotel Campbell después de enterrar a su Rey y decidieron elegir como nuevo Rey de la Tradición al anciano don Alfonso Carlos de Borbón y Austria/Este, hermano de Carlos (VII), oficial de la Guardia Suiza en la defensa de la Porta Pía de Roma contra el ejército italiano en 1870 y jefe del ejército carlista de Cataluña y Aragón en la última guerra dinástica, donde había entrado victorioso en Cuenca al frente de sus tropas. Tenía más de ochenta años, llevaba cuarenta y tres apartado de todo contacto y preocupación política, representaba lo más noble y lo más anacrónico de la historia del carlismo; aunque de momento ratificó en documentos fehacientes la aproximación a la rama alfonsina, tal y como la había dispuesto su sobrino y antecesor Jaime (III). Sin embargo, exigió el repudio total de los principios liberales por parte de Alfonso XIII y dirigió al Rey destronado un proyecto de pacto en este sentido.

Don Alfonso XIII, aconsejado por los monárquicos liberales, rechazó ese pacto que hubiera significado la descalificación de cuanto había hecho su dinastía desde Fernando VII. Ya estábamos a principios de 1932 y allí se rompieron definitivamente las negociaciones dinásticas entre alfonsinos y carlistas [22].

Ésta es la realidad, aunque un cruce de manifiestos entre don Alfonso Carlos (6 de enero de 1932) y don Alfonso XIII (23 de enero del mismo año) parecía indicar que el Rey destronado acataba los principios del tradicionalismo. Las huestes del integrismo se reintegraron al campo carlista en

---

21 SÁINZ RODRÍGUEZ y PABÓN, obras y lugares citados.

22 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 17s.

cuanto desapareció don Jaime (III) e impedirían el entendimiento de los dos "Alfonsos", lo mismo que los monárquicos liberales [23].

La radicalización de los jóvenes monárquicos

Pero se movía intensamente un sector de monárquicos alfonsinos, joven y entusiasta, orientado cada vez más a la extrema derecha de la Acción Francesa e incluso a las doctrinas fascistas, que desde el hundimiento de la monarquía se puso a conspirar ardorosamente contra la República. Sus animadores eran el letrado del Consejo de Estado Eugenio Vegas Latapié, intelectual de vasta y profunda cultura, pero de absoluta intransigencia con todo lo que oliese a liberal y democrático; y el laureado aviador Juan Antonio Ansaldo, activista puro y hombre de acción digno de la pluma barojiana.

El 25 de abril de 1931 Eugenio Vegas creaba la "Liga de elementos de orden" como evolución de las Juventudes Monárquicas que había puesto en marcha en la etapa final de la monarquía, que publicó en el diario *La Nación* un manifiesto en el que figuraba esta clave de su ideario: "La Liga proyectada debe tener un pensamiento eminentemente antidemocrático, puesto que la democracia es el mal, la democracia es la muerte de los pueblos y por eso todo espíritu culto y cristiano debe impedir el suicidio del pueblo" [24].

No todos los monárquicos pensaban así; la mayoría estaba de acuerdo con la tradición liberal y democrática de Cánovas y de Maura. Pero el sectarismo republicano radicalizó incluso a muchos de estos moderados, sobre todo cuando una imprudencia en la inauguración del Círculo Monárquico, en la calle de Alcalá el 19 de mayo de 1931, provocó la desmesurada reacción anárquica de los republicanos que tomaron la reproducción privada de un disco con la *Marcha Real* como una agresión a la República, a la que replicaron con el incendio de varios conventos e iglesias en Madrid y en algunas provincias ante la pasividad incalificable y complaciente del Gobierno.

---

23 E. VEGAS LATAPIÉ, *Memorias políticas,* Barcelona, Planeta, 1983, p. 109.

24 Los dos manifiestos aparentemente conciliadores suelen llamarse "el del día de Reyes" y "el de Murren". En realidad, no calaron en la mayoría de los carlistas ni en la mayoría de los alfonsinos. Cfr. la esencia de uno y otro en la obra citada de Pabón.

En octubre de 1931, monárquicos liberales y antidemócratas se unieron en la creación del centro cultural Acción Española, cuyo presidente era el prócer de las letras españolas Ramiro de Maeztu, uno de los grandes supervivientes de la generación del 98, con Pedro Sáinz Rodríguez como vicepresidente y Eugenio Vegas como secretario; difícilmente se podría encontrar en España un trío de personalidades con mayor bagaje cultural. No faltó generosa financiación (del marqués de Quintanar) a la revista política que desde el mes de diciembre siguiente editó con el mismo nombre, *Acción Española,* muy abierta a las corrientes antidemocráticas de Europa y con clara inspiración en la Acción Francesa. Eran tiempos muy duros; la República alardeaba de implantación democrática y los monárquicos, en vez de presentarle batalla en el terreno democrático (como recomendaba el conde de Vallellano y habían logrado con gran éxito los electores católicos de las Provincias Vascongadas y Navarra, donde habían votado juntos nacionalistas, monárquicos y carlistas con excepcional resultado victorioso), caían en la trampa republicana y abandonaban el ideal democrático al enemigo.

El Acta de Acusación

Creo que esto se debió a la extrema injusticia de una República que remataba por aquellos días una Constitución anticatólica y agresiva de media España contra la otra media; y que pocas semanas antes, el 12 de noviembre de 1931, montaba en pleno Parlamento una tragicomedia política por encima de todo ridícula, el Acta de Acusación contra don Alfonso XIII, a quien se condenó por alta traición, sin prueba alguna, de una retahíla de disparates, como responsable del desastre militar de 1921, del advenimiento de la dictadura, de un desbordamiento de inmoralidad administrativa. Se le confiscaron sus bienes privados en España, fruto de una honrada y eficaz administración, sin una prueba, sin permitir una defensa cabal, con descalificación acordada por el procedimiento del golletazo, pero con terrible repercusión en el ánimo de don Alfonso, convencido, una vez más, de que había perdido el amor de su pueblo, aunque para esta ocasión su pueblo no fuera más que una banda de resentidos y arbitrarios azuzados por un personaje siniestro: el fiscal de la República Ángel Galarzo Gago. No perdamos de vista, sin embargo, que el joven y cultísimo extremista

monárquico Eugenio Vegas Latapié sería consejero fundamental de don Juan de Borbón y preceptor inicial del príncipe don Juan Carlos. La formación política de uno y otro en sus principios fue todo menos democrática con tal mentor.

La carta católica y la carta subversiva

El tercer frente monárquico, la tercera baraja con la que jugaba el abatido don Alfonso XIII durante la República, eran los católicos. A raíz del mismo día 14 de abril, el abogado del Estado don Ángel Herrera Oria, preconizado por la Nunciatura y la jerarquía como nuevo líder del catolicismo político español, celebraba su primera reunión con políticos más o menos jóvenes, procedentes del liberalismo monárquico o del tradicionalismo, y creaba el grupo Acción Nacional que pronto se llamó Acción Popular y se escindió en dos ramas: la de los monárquicos en evolución que crearían en 1932 el partido Renovación Española, afín al centro cultural Acción Española; y la de los católicos miembros de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, fundada a principios de siglo por el jesuita Ángel Ayala bajo la dirección del propio Ángel Herrera, quien al no salir diputado en las Constituyentes se concentró en la dirección del diario *El Debate* y dejó la jefatura política de Acción Popular al joven y brillantísimo catedrático y diputado por Salamanca José María Gil Robles, hijo de un eminente tratadista del tradicionalismo político.

Este grupo católico abrazó desde el mismo día 15 de abril, en un famoso editorial de *El Debate,* el posibilismo de formas de gobierno; todos eran monárquicos, pero proclamaban el acatamiento a la República y trataban de plantear en el seno de las instituciones republicanas una batalla democrática, con excelente visión, aunque tal vez excesivas concesiones al acatamiento, lo que les enfrentó muy pronto con los monárquicos encastillados en el otro gran diario de España, el *ABC* dirigido por el marqués de Luca de Tena, un liberal con afinidades conservadoras. Alfonso XIII jugó también esta carta moderada, y el 5 de mayo de 1931 publicó en *ABC,* su órgano oficioso, unas declaraciones en este sentido: "Yo no aprobaré jamás que se excite al pueblo contra sus auto-

ridades y sus agentes, ni que se especule con desdichas de la patria para desprestigiar al régimen. No quiero que los monárquicos exciten en mi nombre a la rebelión militar" [25].

Era verdad, pero desde el juego de una baraja; porque consta que en 1932 Alfonso XIII aprobó las actividades subversivas de los monárquicos exaltados, la línea Vegas-Ansaldo. Que de momento resultaban más bien ingenuos alborotos, como el intento de Ansaldo y varios amigos de quemar la tribuna presidencial para el desfile del 14 de abril que falló por chapuza; los incendiarios sólo consiguieron que ardiera su propio automóvil. A poco un general monárquico, Ponte, ordenó a Ansaldo un viaje a Italia para preparar con el mariscal del aire Italo Balbo un pronunciamiento militar en España con el fin de procurar la Restauración en la persona de don Juan; el viaje se realizó en la primavera de 1932 pero no se llegó a nada concreto, y no creo que nadie hable de este interesante precedente del pronunciamiento del 10 de agosto [26].

El golpe de Sanjurjo

Eugenio Vegas niega todo carácter monárquico al golpe del general Sanjurjo en esa fecha, pero Sáinz Rodríguez deja entrever ese carácter y el propio don Juan, como veremos, lo confirmará. Alfonso XIII y José Calvo Sotelo, exiliado entonces en París, lo conocían y, bajo el impulso de Sanjurjo, promotor de la República el 14 de abril y ahora muy resentido con ella, intervinieron en el pronunciamiento generales monárquicos muy destacados, como Barrera, Cavalcanti y Fernández Pérez, además del propio Juan Antonio Ansaldo (que no se perdía una acción) y muchos monárquicos más.

El golpe del 10 de agosto no está estudiado a fondo; después del fracaso, todos se desentendieron de él. Sabemos que el general Franco rechazó sumarse al proyecto, y que Sáinz Rodríguez actuó como emisario de San-

---

25 Cfr. J. PABÓN, *La otra...*, op. cit., p. 85s.

26 Revelado por J. A. ANSALDO en su interesantísimo y delirante libro *¿Para qué? De Alfonso XIII a Juan III,* Buenos Aires, Edit. Vasca Ekin, 1951, p. 28ss.

jurjo ante Franco, que no se comprometió. Sabemos que Sanjurjo se hizo con el control de Sevilla, pero hubo de desistir y entregarse durante su escapatoria a Huelva por el fracaso del golpe en Madrid, donde las unidades comprometidas de la guarnición se movieron insuficientemente y las Fuerzas de Orden Público respaldaron a la República. Sabemos que en el golpe participaron diversos y oscuros intereses y que fue un desastre de organización. Pero también nos consta que, una vez fracasado el pronunciamiento, Vegas y Ansaldo estrecharon su cooperación conspiradora y que muchos monárquicos que no habían intervenido (entre ellos el padre del autor de estas líneas) fueron detenidos, y se cursó orden de busca y captura contra todos los miembros de Acción Española.

Ya en septiembre el coronel Juan Vigón, antiguo profesor de don Juan, el marqués de la Eliseda, Vegas y Ansaldo analizaron en Francia las causas del fracaso, diseñaron un nuevo pronunciamiento (que según Ansaldo terminó por ser el que estalló el 17 de julio de 1936, y en parte tiene razón) y empezaron inmediatamente la recogida de fondos para ello. El testimonio de Ansaldo es concluyente: a poco de articular el nuevo proyecto fueron recibidos en el hotel Meurice por don Alfonso XIII, que les animó a realizarlo con estas palabras: "Me habeis traido lo más importante, interesante y bien planteado que desde mi salida de España ha llegado hasta mí. Contad con mi apoyo decidido desde luego y esperad mi llamada para que después de reflexionar y asesorarme concretemos más sobre la materia".

En efecto, a los dos días Alfonso XIII se reunió con los conspiradores en el bosque de Fontainebleau y les confirió poderes para gestionar en su nombre los apoyos necesarios [27]. La preparación del nuevo pronunciamiento empezó inmediatamente. Una nueva sección militar subversiva y secreta, la Unión Militar Española, o UME, se agregó al centro Acción Española que ya contaba con el partido Renovación Española, dirigido por el ex ministro Antonio Goicoechea; el coordinador de la UME fue el teniente coronel Valentín Galarza, *El Técnico,* que trabajaba en el Ministerio de la Guerra, conocía todos sus hilos y estaba vinculado al financiero don Juan March, perseguido por la República según me contó muchos años después un colaborador de

---

27 Cfr. J. A. ANSALDO, op. cit., p. 48ss.

Galarza y de March, el militar don Tomás Peire, miembro entonces del gabinete militar de Azaña. Galarza había coordinado (mal) el golpe de Sanjurjo. El hombre de esa red en la Dirección General de Seguridad era el comisario Santiago Martín Báguenas, eficacísimo informador y luego fusilado por el bando republicano en la Guerra Civil.

Valentín Galarza llegó a ministro de la Gobernación con Franco y luego se enemistó con él y se adhirió a la causa de don Juan. Los conspiradores trataron de encomendar la jefatura del movimiento al general Martínez Anido, que se negó; y Ansaldo confiesa que todo el mundo les preguntaba si el general Franco estaba con ellos; contestaban la verdad: que no estaba. Pero con estos testimonios creo suficientemente demostrado que ya en 1932 don Alfonso XIII, aunque declaraba otras cosas, jugaba secretamente también la carta subversiva. Sanjurjo, condenado a muerte, fue indultado por el presidente de la República y encerrado en el penal del Dueso, donde se ganó una aureola de mártir que le valió, al ser puesto en libertad por la amnistía de las derechas en 1934, la jefatura del movimiento contra la República que hubo de resucitar después de la victoria del Frente Popular en febrero de 1936.

La ruptura de los Alfonsos

El año 1933, bajo la impresión universal del triunfo de Adolfo Hitler al asumir la cancillería de la República alemana para convertirla inmediatamente en su sueño del Tercer Reich de los Mil Años, marcó una crisis también universal de la democracia que alcanzó, en España, repercusiones muy hondas. Fue un año trascendental para la evolución de la política monárquica en el exilio y para la política católica en el interior de España. Fue el gran año de su vida para el infante don Juan, que seguía, con muy poca información sobre todo ello, su carrera naval en aguas de Oriente a bordo del crucero Enterprise.

Bajo intensa presión por parte de los grupos intransigentes e integristas que habían retornado a la causa carlista después de la muerte de don Jaime (III), el anciano don Alfonso Carlos, en escrito del 8 de febrero de 1933, vuelve de su anterior acuerdo con la línea de don Alfonso XIII y rechaza los pactos de las

dos ramas suscritos por don Jaime y don Alfonso. "Ni yo ni nadie de nuestro partido —añade— tiene derecho a nombrar mi sucesor" [28]. (Tres años después volverá también sobre esta decisión).

Aceptó, sin embargo, el rey carlista que, como le proponía la Junta Suprema del carlismo presidida por el conde de Rodezno, un notable historiador de la causa y bien dotado de realismo y sentido político, se formase una coalición electoral entre carlistas y alfonsinos, que se llamó TYRE (Tradicionalistas y Renovación Española) y consiguió por fin la unidad de acción política de una y otra rama monárquica contra la República.

En la primavera de 1933, el Gobierno Azaña fracasaba en todos los campos, reunía sus últimas fuerzas para asestar a la Iglesia su último golpe pretendidamente mortal, la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas (que trataba de expulsar a la Iglesia de la enseñanza y apuntaba a producir la muerte, por inanición, de todos los establecimientos religiosos); era el tributo que la masonería exigía a Azaña, iniciado el año anterior, por pura conveniencia política, en los misterios de la secta que según confesión propia le producían una repugnancia invencible, aunque la venció. Pero en el plano político todo se le volvía al revés. La ley contra la Iglesia no pudo aplicarse porque después de las siguientes elecciones la nueva situación la invalidó en la práctica. Las elecciones parciales e institucionales de 1933 le valieron resonantes fracasos, se le sublevaba el campo y se le encrespaba el Parlamento donde se revelaban sus órdenes sangrientas a las fuerzas de represión. Aún así, se aferraba a su mayoría obtenida dos años antes, hasta que tuvo que dimitir, abrumado, al comenzar septiembre.

Las entrevistas con Gil Robles

En la primavera de 1933 se habían constituido formalmente los grandes partidos de la derecha: Renovación Española, el partido de los monárquicos alfonsinos y sobre todo la Confederación Española de Derechas Autónomas, la CEDA, creada por Gil Robles en torno al nucleo de Acción Popular con organización moderna y evidente capacidad de arrastre. Escarmentado por los

---

28 J. PABÓN, *La otra...*, p. 96s.

fracasos de la carta exaltada y subversiva en 1932, Alfonso XIII jugó en 1933 la carta católica. El 19 de junio de 1933 y de nuevo dos semanas más tarde se entrevistó secretamente con José María Gil Robles en París y en el piso del conde de Aybar. "Si con la República puedes salvar a España —le dijo don Alfonso—, tienes la obligación de intentarlo. Ni tu tranquilidad ni mi Corona están por encima de los intereses de la patria. Yo no puedo desautorizar a los que públicamente defienden la causa de la monarquía, pero tampoco te crearé dificultades". Y concluyó: "Por el bien de España, yo sería el primer republicano" [29].

Aunque la unión de las derechas católicas y monárquicas no resultó perfecta, sí fue suficiente para que, unida al fracaso de Azaña y a la abstención de los anarcosindicalistas, decepcionados con la República, lograsen una victoria abrumadora en las elecciones generales celebradas en noviembre de 1933 (primeras en que votaron las mujeres en España) las derechas católica y monárquica y los republicanos que se llamaban radicales pero eran moderados de Alejandro Lerroux, marginado despectivamente por Azaña en diciembre de 1931. La CEDA y los republicanos radicales tenían mayoría absoluta en el Congreso, donde se habían reducido al mínimo los republicanos de Azaña y los socialistas. Gil Robles no quiso que la CEDA entrase en los gobiernos de todo el año siguiente, que se encomendaron a los radicales y agrarios. El centro-derecha había eliminado del poder a republicanos de izquierda y socialistas. No había comunistas en el Congreso, aunque sí un diputado de Falange, su fundador José Antonio Primo de Rivera, pero elegido en la lista de las derechas por Cádiz.

El fascismo español se había creado en varios pequeños grupos desde 1932, pero la Falange, que los englobaría a todos, se fundó en torno al mítin del teatro de la Comedia del 29 de octubre de 1933, durante esa campaña electoral precisamente. Era una forma de fascismo más próxima al de Mussolini que al de Hitler, que entró inmediatamente en contacto con la derecha monárquica. Eugenio Vegas publicó acto seguido el discurso de la Comedia en "Acción Española", donde lo leyó, estudió y anotó cuidadosamente el comandante general de Baleares, don Francisco Franco Bahamonde.

---

[29] J. M. GIL ROBLES, *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 86.

Juanismo en 1933 y desde 1975

Mientras se aproximaba, en junio de 1933, a la derecha católica a través de sus contactos con Gil Robles, don Alfonso XIII, asesorado por sus consejeros en París, tomaba la amarga determinación de apartar a sus dos hijos mayores de la sucesión a la Corona. Después de la marcha atrás impuesta por el pretendiente carlista don Alfonso Carlos a requerimiento de los integristas, ya no cabía contar con los proyectos de fusión dinástica y convenía seguir en este campo una marcha independiente. Los consejeros de don Alfonso XIII estaban todos de acuerdo en exigir las renuncias a don Alfonso y a don Jaime y designar Príncipe de Asturias a don Juan, que para nada intervino en este negocio; pero discrepaban en cuanto al destino inmediato de don Juan.

Los ex ministros monárquicos y en general los monárquicos liberales, como el presidente de Renovación Española don Antonio Goicoechea, que era las dos cosas, se inclinaban a la permanencia de don Alfonso como titular de la Corona, apoyados por el propio Rey destronado que no quería ni hablar de abdicación; la idea le parecía una nueva traición de los monárquicos, semejante a la que muchos habían cometido contra él desde que aceptó la dictadura. Pero los líderes jóvenes, como José Calvo Sotelo, ex ministro de la dictadura y el más capaz y preparado entre los políticos de la causa monárquica, los activistas exaltados de Acción Española Vegas y Ansaldo, el dramaturgo, poeta y eximio articulista José María Pemán, que conseguía un triunfo clamoroso con su obra histórica *El divino impaciente* sobre san Francisco Javier, concebida como defensa de los jesuitas expulsados por la República y otros muchos, consideraban que don Alfonso estaba quemado por la Historia y desacreditado por su vida privada y reclamaban su abdicación en favor de don Juan, una vez fuese designado Príncipe de Asturias.

Pedro Sáinz Rodríguez, con su habilidad característica, no se definía; estaba con don Juan pero nunca exigía la abdicación de don Alfonso. En aquella primavera de 1933, tan cargada de acontecimientos interiores y exteriores, en España y en la causa monárquica, cuando Adolfo Hitler y Franklin Delano Roosevelt ganaban el poder en Alemania y en los Estados Unidos (y en virtud de Constituciones semejantes, que es la gran parado-

ja), nacía por tanto el juanismo como forma de comprender el futuro de la monarquía. Anuncio este nacimiento con cierta aprensión, porque ahora, desde la muerte de Franco, parece estar en pleno auge de nuevo el juanismo, pero como forma de entender el pasado de la causa monárquica; en 1933 el juanismo era una esperanza que acabó por imponerse en 1941; ahora, el juanismo, o neojuanismo, dígase con todo respeto a la figura egregia de don Juan de Borbón, es una forma de retorcer y manipular el pasado que cultivan asiduramente, aún a sabiendas de que no dicen verdad, los oráculos del *ABC*, y queridos amigos míos, un innombrable ex alto mandatario, algunos obstinados miembros de la oposición *light* y democristiana al franquismo; y si personalidades tan relevantes mienten o tergiversan la historia con tanto descoco, imagínese el lector lo que harán sus monaguillos de la Historia, ciertos historiadores menores e incluso algún aprendiz, que deberían repasar los datos y los documentos antes de ceder a las obsesiones de los neojuanistas citados. De todos ellos daremos buena cuenta en su momento, aunque a precio de sacarles los colores a la cara, sobre todo al citado innombrable cuyo descaro en este punto llega al delirio y no digo qué clase de delirio padece; pero ahora volvamos a la Historia.

Destitución y tragedia del príncipe Alfonso

Don Alfonso de Borbón y Battenberg había nacido, delicado y enfermizo, en 1907. No se le había detectado la hemofilia, como sabemos, hasta tres años después, en 1910, tras un golpe en la cabeza que le produjo la primera hemorragia interna. Alfonso XIII se obstinó en mantenerle como Príncipe de Asturias incluso después de 1913, cuando nació, sin tara alguna, el infante don Juan. El tratamiento serio de la hemofilia de don Alfonso no empezó hasta 1915 y la enfermedad que padecía no se conoció claramente hasta 1922.

El viaje por Europa que realizó don Alfonso en 1930 reavivó las esperanzas de mejora que se hundieron a su regreso. Su salida de Palacio para el exilio fue patética. Trasladado al sanatorio Loysin, cerca de Lausanne, se enamoró pronto de una compañera de reclusión, la bella cubana Edelmira

Sampedro Ocejo, de familia azucarera venida a menos. Cuba seguía vinculada a España, Alfonso XIII había sido rey de Cuba y la hermosa joven de Sagua la Grande, con algunos rasgos de sangre negra, se ilusionó ante la perspectiva de convertirse en nuera de los Reyes de España. El Príncipe de Asturias, que en Madrid y ahora en el exilio había vivido años alejado de su familia, buscaba desesperadamente una familia y comunicó a su padre su decisión de casarse con Edelmira inmediatamente.

Alfonso XIII había suspendido el 14 de abril de 1931 el ejercicio de la potestad regia. No había revocado esa suspensión. No era jefe del Estado y sólo por cortesía le daban sus fieles el título de Rey. No disponía de instituciones que ratificasen una renuncia ni, en realidad, de poder para imponerla y aceptarla. Sin embargo, la impuso y la aceptó en virtud de las "leyes antiguas", la Pragmática de Carlos III sobre matrimonios desiguales que, como he explicado con detalle en el capítulo II, carece de validez en nuestro tiempo, porque se funda en una legislación civil superada. Lo que procedía en 1933, aunque fuera con mucho retraso, era la incapacitación de don Alfonso en vista de su gravísimo estado de salud, no su renuncia. Pero se eligió la dolorosa solución de la renuncia, que se conserva en el archivo del conde de Barcelona firmada por su hermano mayor en estos términos:

Señor

V. M. conoce que mi elección de esposa se ha fijado en persona dotada de todas las cualidades para hacerme dichoso pero no perteneciente a aquella condición que las antiguas leyes españolas y la conveniencia de la causa monárquica, que tanto importa para el bien de España, requerirían en quien estaría llamado a compartir la sucesión en el trono, si se restableciese por voluntad nacional.

Decidido a seguir los impulsos de mi corazón, más fuertes incluso que el deseo que siempre he tenido de conformarme con el parecer de V. M., considero de mi deber renunciar previamente a los derechos de sucesión a la Corona, que eventualmente por la Constitución de 30 de junio de 1876 o por cualquier otro título nos pudiera asistir a mí y a los descendientes que Dios me otorgara.

Al poner esta renuncia formal y explícita en las augustas manos de V. M., y por ellas en las del país, le reitero los sentimientos de fidelidad y de amor con que soy, Señor, su respetuoso hijo.

Alfonso de Borbón.
Lausanne, 11 de junio de 1933 [30].

La Constitución de 1876, invocada por don Alfonso, había dejado de estar vigente en 1923 y pertenecía al pasado desde 1931. La boda de don Alfonso con Edelmira Sampedro se celebró diez días después en Ouchy, el barrio de Lausanne junto al lago de Ginebra. Alfonso XIII no asistió, aunque sí la reina Victoria Eugenia y las infantas. El matrimonio fue casi inmediatamente un fracaso y marchó de tumbo en tumbo entre París y Londres. En diciembre de 1936, Edelmira Sampedro abandonó a su marido y huyó a América. Don Alfonso corrió tras ella, y manifestó en Estados Unidos, quizás para recuperarla, que consideraba nula su renuncia, pero nadie le hizo caso; he contado detalladamente los sucesivos pasos de la tragedia del príncipe en mi libro citado *Victoria Eugenia, el veneno en la sangre.*

Una muerte lejana y oscura

Sólo recordaré aquí que por fin la pareja obtuvo el divorcio en 1937; don Alfonso, ayudado a distancia por su padre, prolongó su vida, cada vez más desordenada, mediante varias transfusiones de sangre; recibió durante un agravamiento en Nueva York la visita de su madre, se casó de nuevo con una modelo cubana que también le abandonó, se dio a la bebida que le estaba prohibida expresamente por el tratamiento, refugió sus penas entre los bares de Miami donde ya en septiembre de 1938, cuando otro futuro Príncipe de Asturias, según su padre don Juan Carlos, acababa de nacer en Roma, suscitó la compasión de una hermosa cigarrera de un bar, recorrió con ella varios establecimientos nocturnos y se estrelló contra un poste a la salida de uno de ellos. Se le produjo por la hemofilia una hemorragia interna definitiva que

---

30 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit. p. 321.

terminó tan tristemente su vida lejos de España y de los suyos, sin tiempo para que sus padres le acompañaran en la muerte, de la que ninguna noticia se dio en una España sumida en la más cruenta batalla de la Guerra Civil. Al aceptar su renuncia, don Alfonso XIII reclamó a su hijo la placa de Príncipe de Asturias que él devolvió con pesar y reluctancia.

La encerrona contra Don Jaime

La renuncia del Príncipe de Asturias fue protocolizada —dicen solemnemente las fuentes monárquicas— en una notaría de Lausanne, es decir, que no dejó de ser un documento familiar con la firma de un notario porque Alfonso XIII no tenía más poder una vez destronado y exiliado. El mismo día en que recibió copia simple de ese documento en Fontainebleau llamó a su hijo don Jaime, que de acuerdo con todo este artificio accedía automáticamente a la sucesión, y le pidió que hablase con varios jefes monárquicos allí reunidos para tratar con ellos de un asunto muy importante. El pobre don Jaime siempre había mostrado, como su hermano mayor, y por motivo de su sordomudez y su marginación, una voluntad débil junto a un gran deseo de mejorar sus condiciones físicas y asegurar, en todo caso, su porvenir en tiempos tan difíciles. La decisión y la suerte de su hermano mayor le impresionaron muy profundamente.

La escena de su conversación con los jefes monárquicos, entre los que llevaba la voz cantante José Calvo Sotelo, decidido jefe del juanismo, junto a un fiel secretario de la casa regia, el marqués de Torres de Mendoza, el duque de Miranda y el conde de Ruydons, fue un auténtico acoso; todos, sobre todo José Calvo Sotelo, instaron al infante a que, dado su estado físico, que le impedía hasta una conversación telefónica, debía renunciar por patriotismo y por bien de España a sus derechos de sucesión. Don Jaime no trató de resistirse y accedió; entonces le presentaron un borrador de renuncia que él copió literalmente y firmó en presencia de su padre y sus interlocutores. No alude en el escrito a un matrimonio desigual (como algunos indican equivocadamente), porque estaba soltero y sin novia a la vista; pero sí cita las famosas leyes antiguas y la extinta Constitución de 1876.

Éste es el documento:

Señor:

La determinación de mi hermano primogénito de renunciar por sí y su descendencia a sus derechos en la sucesión a la Corona me ha llevado a medir por mi parte las obligaciones que, al recaer de manera inmediata en mí el llamamiento que las 'leyes antiguas' y la Constitución de 1876 contenían en favor de aquél, me estarían trazadas por el amor al pueblo español y por el interés de que a éste, tan necesitado del restablecimiento de la monarquía, para su paz y prosperidad, alcance con las mayores seguridades de sucesión idónea.

Inspirado en estos sentimientos de que Vuestra Majestad nos ha dado tan altos ejemplos, he decidido, como hago por el presente documento, formal y explícita renuncia, por mí y por los descendientes que pudiera llegar a tener, a cuantos derechos me asistieran a la sucesión en el trono de nuestra patria.

Al poner en las augustas manos de V. M. esta renuncia, le renuevo, Señor, la expresión del respeto con que soy su amante hijo.

Jaime de Borbón
Fontainebleau, 21 de junio de 1933 [31].

Heredar un fantasma

La validez jurídica de las renuncias de don Alfonso y don Jaime era, por las razones indicadas, muy discutible; casi tanto como su detestable sintaxis. Aún así, pronto empujaría don Alfonso XIII a su segundo hijo a que contrajese un matrimonio desigual, como para forzar con urgencia la aplicación de las "leyes antiguas", la Pragmática de Carlos III. Hay un importante testimonio de Sáinz Rodríguez por el que se demuestra que todo el montaje de las renuncias se había hecho en favor de una inmediata sucesión de don Juan, no solamente al Principado de Asturias, sino al mismo trono. El propio don Juan recuerda cómo recibió la comunicación de su padre:

---

31 Renuncia en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 321; escena de la renuncia en R. DE ALDERETE, *Estos Borbones nos quieren gobernar,* París, Ruedo Ibérico, 1974, p. 41.

"Fue un telegrama, un telegrama que se ha extraviado aunque lo he tenido guardado muchísimo tiempo; últimamente lo he buscado y no lo he encontrado. Ocurrió en Bombay —India— a bordo del crucero Enterprise y en el mismísimo mes de junio del año 33. El telegrama decía: 'Por renuncia de tus dos hermanos mayores, quedas tú como mi heredero. Cuento contigo para que cumplas con tu deber'; era una cosa así. Tardé ocho días en contestarle, lo que ahora me abruma. Acababa de cumplir los veinte años... Yo, que estaba haciendo mi carrera de Marina tan contento, y de repente... lo vi en seguida. Se acabó la Marina, se acabó todo, claro... Y además en un momento en que España se hallaba en el bienio de Azaña. Acababa de fracasar el movimiento monárquico de 1932, el año anterior... ¡Las expectativas para el futuro eran horribles!".

Y apostilla su interlocutor, Sáinz Rodríguez: "Sí, claro, era heredar un fantasma. La Corona de España, entonces, no era una realidad" [32].

La primera vez que su padre pudo verle le entregó la placa de Príncipe de Asturias arrancada al pobre don Alfonso. La vida del tercer infante iba a cambiar por completo. La de sus dos hermanos mayores estaba a punto de hundirse en la tragedia.

---

32 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 299. El señor Toquero, en su lamentable libro *Don Juan de Borbón...*, p. 85, transcribe el texto comunicado por Sáinz Rodríguez sin citar la fuente, según su fea y antihistórica costumbre. Así procede el personaje, a quien *ABC* tuvo encargada una parte de su crítica cultural. Con ese rigor.

Capítulo IV
Don Juan llama el 18 de julio

NOMBRADO por su padre Alfonso XIII Príncipe de Asturias en la primavera de 1933, don Juan de Borbón continuó su servicio en la Marina Británica durante dos años hasta terminar su carrera, pero ahora recibía frecuente información sobre los complicados asuntos de España en medio de una Europa que entraba en tensiones y convulsiones provocadas por la persistencia de la crisis económica, el totalitarismo y el expansionismo de la Alemania nazi y la Italia fascista, la crisis cada vez más alarmante de la democracia e incluso los gravísimos choques armados que desde los primeros meses del año siguiente, 1934, ensangrentaban las calles de Viena y la plaza de la Concordia en París por el enfrentamiento de los comunistas y la extrema derecha.

Adolfo Hitler, ya canciller, iba aniquilando en Alemania a los comunistas y los socialistas, mientras los católicos, en clara aproximación al nazismo, acosaban en Austria a los socialistas que se sublevaron para evitar la aniquilación. El terror de la izquierda europea perseguida por el totalitarismo fascista se contagió a la izquierda española, que veía en la derecha católica de Gil Robles un totalitarismo disimulado y hostil; y se enfrentaba con el joven fascismo español, Falange Española de las JONS, en luchas callejeras y campestres que terminaban muchas veces sangrientamente.

El pronunciamiento juanista de 1934

El totalitarismo fascista, enemigo del totalitarismo comunista de Stalin, se convertía por aquellos años en un modelo con mucho arrastre para la sociedad española. En los actos de la Juventud de Acción Popular se proferían consignas totalitarias, como aquella famosa "Todo el poder para el jefe". Los socialistas y los republicanos de izquierda, vencidos en las urnas por el centro-derecha en las elecciones de noviembre de 1933, no digerían la derrota y se mostraban dispuestos a la rebelión armada y antidemocrática contra la propia República que se les había escapado de las manos. Todo el mundo, pues, sentía el ramalazo totalitario en 1934 fuera y dentro de España; no es extraño que los monárquicos también cedieran a la tentación del totalitarismo y lo hicieron mediante dos pactos con la Italia fascista de Mussolini y con la Falange Española.

Durante el año 1933, tanto el general Barrera, jefe del pronunciamiento del 10 de agosto en Madrid, como José Calvo Sotelo tramaron acuerdos subversivos con los gobernantes fascistas de Italia, pero esas gestiones cristalizaron en un acuerdo formal y escrito que se concluyó en Roma el 31 de marzo de 1934 con la firma de varios jefes monárquicos y carlistas por parte española; Pedro Sáinz Rodríguez, que era desde 1932 enlace general de la subversión contra la República, recogió personalmente algunas de esas firmas, como las de José Calvo Sotelo, Antonio Goicoechea, el conde de Rodezno; y Antonio Lizarza, uno de los firmantes tradicionalistas, que nos ha dado, con Sáinz Rodríguez, puntual noticia de este acuerdo [33].

En el terreno de las aportaciones concretas, los efectos de este pacto fueron despreciables; apenas llegaron algunas armas. Pero el pacto dejó abierto el camino para la inmediata cooperación italiana con el bando nacional una vez producido el alzamiento. Los firmantes españoles coincidían en la agresión contra la República, pero no se ponían de acuerdo en el titular de la monarquía que debería implantarse tras la victoria; que sería, eso sí, una "monarquía corporativa y orgánica" sin Alfonso XIII de titular, pese a que

---

[33] Barcelona, editorial Planeta, 1992. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Testimonio...*, op. cit., p. 232; para el testimonio de Lizarza, ver mi *Historia de la Guerra Civil Española,* Madrid, Ed. San Martín, 1969, p. 738s.

el presidente de Renovación, Antonio Goicoechea, ardiente alfonsista, era uno de los firmantes del pacto.

El sector juanista, cada día más decidido, había tomado el control del veterano diario conservador *La Epoca* y celebró el aniversario de la República, 14 de abril de 1934, con un auténtico pronunciamiento en favor de don Juan de Borbón. José María Pemán evocaba una vieja cantilena de los cautivos cristianos de Argel en espera de don Juan de Austria:

Don Juan no venir,
Don Juan no venir,
acá morir.

Alfonso XIII se molestó por ello y el periódico le dedicó un número de desagravio, pero Eugenio Vegas lo estropeó todo cruzando la portada con un gran rótulo evangélico: "Hubo un hombre enviado de Dios cuyo nombre era Juan". ¿Esperaban estos ardientes juanistas a un príncipe demócrata? Todo lo contrario. "No conocía por aquellas fechas a don Juan —dice Vegas— y pensaba como otros muchos que podría encarnar la figura del monarca tradicional por el que luchábamos. Eran muy grandes las ilusiones que en él teníamos puestas. La educación de su padre, rey desde el momento en que nació, había sido deplorable. Aún cuando la reina María Cristina... pretendió darle una educación religiosa, los políticos y cortesanos liberales que le rodeaban frustraron sus deseos..." [34].

Una ley votada por el centro-derecha en abril de 1934 amnistiaba a los militares y políticos perseguidos por la República de Azaña. Salieron de prisión y volvieron a España, donde los militares recibieron nuevo destino y se pusieron inmediatamente a conspirar contra la República. El general Mola publicó un interesantísimo conjunto de memorias en las que Azaña quedó declarado enemigo público número uno de las Fuerzas Armadas. El general Sanjurjo prefirió residir en la bella ciudad portuguesa de Estoril, sobre el estuario del Tajo, y se fue convirtiendo, de mes en mes, en centro de referencia para todos los que conspiraban contra la República: monárquicos, carlistas (era de ascendencia militar carlista), africanistas, gente de orden, anticatalanistas y representantes de fuerzas económicas e instituciones financieras.

---

34 E. VEGAS, *Memorias políticas,* 1982, p. 200.

El regreso de Calvo Sotelo

El jefe del grupo juanista, José Calvo Sotelo, llegó a Madrid el 2 de mayo para incorporarse al escaño en las Cortes que había ganado en ausencia, por su inmenso prestigio en Galicia, y fue considerado inmediatamente como el líder monárquico indiscutido. Pero no encajaba en ninguna de las dos formaciones políticas más o menos afines. La Falange, firmemente dirigida por José Antonio Primo de Rivera, no admitiría nunca al brillante ministro de Hacienda de la dictadura que, según José Antonio, había abandonado a su padre en el momento difícil. La jefatura del partido Renovación Española estaba ocupada por el ex ministro Antonio Goicoechea, a quien nadie quería desplazar.

Entonces Pedro Sáinz Rodríguez, máximo muñidor monárquico y conspiratorio de la época, encontró la solución. Y creó para Calvo Sotelo una entidad política nueva, el Bloque Nacional, que englobaba a los monárquicos de Renovación Española, a los tradicionalistas más dialogantes como Víctor Pradera y a todos los que no comulgaban con la famosa "táctica" de Gil Robles en la CEDA, por considerarle demasiado contemporizador con el régimen republicano.

Calvo Sotelo, Sáinz Rodríguez y Pradera al frente del Bloque Nacional iniciaron inmediatamente una intensa labor de propaganda política, y el Bloque no ocultaba sus preferencias por una restauración monárquica con apoyo del Ejército y con la figura de don Juan de Borbón para ocupar el trono. El nuevo jefe del nuevo Bloque Nacional venía de su exilio en París muy imbuido de los ideales antidemocráticos de la Acción Francesa, cuyos círculos había frecuentado en Francia, y completamente convencido de que la monarquía que se preparaba para don Juan no podía caer en las desviaciones liberales y democráticas que habían hundido, según él, a la de Alfonso XIII.

Pero sólo algunos tradicionalistas se incorporaron al Bloque Nacional y exclusivamente a título personal. A los pocos días de regresar a Madrid José Calvo Sotelo, el anciano pretendiente don Alfonso Carlos designó delegado general del carlismo para toda España al abogado sevillano don Manuel Fal Conde, culto y preparado, de tendencias integristas, gran organizador y

adverso a la coalición con los monárquicos alfonsinos que había concertado la Junta Suprema del tradicionalismo dirigida por el prócer navarro conde de Rodezno. Don Alfonso Carlos disolvió esta Junta, ordenó también que los carlistas se retirasen de la coalición TYRE que habían formado con Renovación Española y dirigió el 24 de junio un manifiesto a la nación en el que no solamente aceptaba la legitimidad de origen para la sucesión a la Corona (con esa legitimidad no había otro heredero del carlismo que don Alfonso XIII), sino que además exigía la legitimidad de ejercicio, que excluía de la Corona a la rama que hubiera luchado contra el carlismo y aceptaba, además, las ideas liberales, es decir, la rama de don Alfonso XIII. No designó don Alfonso Carlos sucesor, pero los monárquicos alfonsinos y carlistas quedaban desunidos de nuevo ante la República.

La muerte del infante Don Gonzalo

Don Juan de Borbón llegó a Europa en julio de 1934 para disfrutar de las vacaciones reglamentarias en la Marina Británica y convenció a don Alfonso XIII para que con algunos infantes las pasaran en la idílica región austriaca de Carintia, excelente observatorio, además, para valorar los cambios profundos que experimentaba por entonces Centroeuropa ante la irresistible expansión de la Alemania nazi. He contado con detalle lo sucedido en esas vacaciones en mi citado libro *Victoria Eugenia, el veneno en la sangre.* Don Juan había recogido a su hermano e íntimo amigo el infante don Gonzalo, que venía de sus estudios agronómicos en Lovaina cargado de sobresalientes y ocupó con él la misma habitación en un chalé de los bosques de Portschach. El 13 de julio la infanta Beatriz salió con don Gonzalo a dar un paseo en coche por los alrededores y, por evitar a un ciclista, chocó contra un guardacantón sin graves consecuencias aparentemente; se pudo sacar el coche del atolladero y los dos infantes regresaron en él para cenar. Pero don Gonzalo se había dado un golpe en el estómago al que al principio no dieron importancia, pero que poco después le produjo dolores espantosos.

Llamaron urgentemente al médico, le enteraron de la hemofilia que padecía el infante y, por desgracia, no se pudo ni intentar el traslado ante la

hemorragia interna mortal que se le había declarado. Avisaron a la reina Victoria Eugenia que veraneaba en Divonne les Bains y acudió en cuanto recibió el recado, pero ya no pudo ver vivo a su hijo menor, que fue enterrado ante su padre y sus hermanos con una guardia de honor de las tropas de asalto católicas, la milicia católico-nazi que apoyaba al Gobierno de Austria. Para don Juan fue un golpe terrible que le amargó durante mucho tiempo y que siempre recordó con profundo dolor.

El pacto de los monárquicos y la Falange

En aquel mismo verano de 1934 se ennegrecía el horizonte político en España. Graves disturbios en el campo, crecientes signos de subversión antidemocrática en los medios de la izquierda republicana, socialista y comunista contra una eventual entrada de los ministros católicos de la CEDA en el Gobierno, a lo que tenían perfectísimo derecho porque la CEDA había sido el partido más votado en las elecciones de 1933. En aquel ambiente el partido monárquico Renovación Española y la Falange Española de José Antonio Primo de Rivera suscribieron un pacto de cooperación político-financiera que se ha mantenido secreto durante muchos años hasta que lo ha revelado Pedro Sáinz Rodríguez con documentación inequívoca. El pacto se firmó el 20 de agosto de 1934 por Goicoechea, "jefe de los monárquicos españoles", y José Antonio Primo de Rivera, marqués de Estella.

Los monárquicos aceptan para la futura Restauración el espíritu social de la Falange; la Falange no atacará a la monarquía, los monárquicos contribuirán con diez mil pesetas mensuales a los gastos de Falange; y se designará un elemento técnico del grupo monárquico que pueda controlar la eficacia de Falange en las misiones que de ella se esperan, y que consisten básicamente en suplir con sus milicias de primera línea la ineficacia de las fuerzas republicanas de orden público. Pedro Sáinz Rodríguez fue el muñidor de este pacto, que había preparado desde noviembre de 1933; y el activista monárquico y laureado aviador Juan Antonio Ansaldo llegó a ser "jefe de objetivos" de las milicias falangistas de choque, a las que dirigió en varios encuentros violentos contra las milicias socialistas y comunistas, aunque

luego fue excluido por José Antonio. También Eugenio Vegas trabó amistad profunda con el fundador de Falange, a quien admiraba sinceramente.

Así pues, los monárquicos españoles y muy señaladamente dentro de ellos los hombres más afectos a la causa juanista, los hombres de don Juan —Ansaldo, Vegas, Pedro Sáinz—, cooperaron en 1933 y 1934 muy ardorosamente con Falange Española que, sin la menor duda sobre la sinceridad de sus fines de justicia social, actuaba también como fuerza de choque de los intereses monárquicos y económicos que defendía Renovación Española. Se trataba de un pacto semejante al que habían concertado los grandes intereses italianos con Mussolini y los grandes intereses alemanes con Hitler. Un pacto fascista típico [32].

Las ausencias de la Reina Victoria

Si la derecha monárquica y la Falange combinaban en 1934 sus fuerzas según un esquema totalitario no les iban en zaga las izquierdas republicanas, socialistas, comunistas y anarcosindicalistas. El 1 de octubre de ese año Gil Robles derribó al gobierno de centro, en el que carecía de representación y como jefe del primer partido de la Cámara exigió, porque tenía derecho a ello, la entrada de algunos ministros de la CEDA católica en el nuevo gobierno que se formó en coalición con los radicales. La CEDA eligió a ministros de gran categoría personal y auténtica confesión republicana pero republicanos y socialistas consideraron la entrada de la CEDA en el gobierno como un acto de hostilidad contra la República (lo cual era simplemente antidemocrático y absurdo) y comunicaron notas agresivas manifestando su absoluta disconformidad. No se contentaron con las palabras y pasaron a la subversión abierta contra el régimen democrático republicano. El 5 de octubre los socialistas, aliados con anarquistas y comunistas, se levantaron en armas en las cuencas mineras asturianas, provocaron el asesinato de sacerdotes, guardias civiles y personas de orden y se lanzaron contra las dos ciudades de Gijón y Oviedo, que estuvieron a punto de tomar tras dos semanas de lucha sangrienta. Sin relación directa, aunque sí

---

32 Texto del pacto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Testimonio...*, p. 375.

política, con la revolución de Asturias la Generalidad de izquierdas, dirigida por su presidente Luis Companys se rebeló en Barcelona contra el Gobierno al anochecer del 6 de octubre. El ministro de la Guerra Diego Hidalgo, republicano radical, encargó al general Franco que como asesor militar coordinase la lucha de las fuerzas del Gobierno contra los revolucionarios antidemócratas, cuyo jefe era Francisco Largo Caballero y su coordinador general Indalecio Prieto, que años más tarde declaró noblemente su arrepentimiento por aquella salvajada antidemocrática, que produjo en Asturias 1.500 muertos en los quince días de combates; casi todas las fuerzas del Ejército, la Marina y de Orden Público actuaron unidas y sofocaron a las fuerzas revolucionarias que sumaron treinta mil hombres y causaron destrozos incalculables en la ciudad de Oviedo, que resistió. En Cataluña el Ejército actuó también unido al Gobierno y venció a los rebeldes de la Generalidad en una noche de pesadilla. La Revolución de Octubre tuvo consecuencias gravísimas; ingresaron en prisión unos quince mil acusados, entre ellos el expresidente Azaña que fue imputado falsamente de tramar la rebelión de la Generalidad. La Revolución de Asturias y Barcelona fue el antecedente inmediato de la guerra civil; no se liquidó nunca ni parlamentaria ni judicialmente salvo unas pocas ejecuciones de terceras figuras y suscitó en toda la izquierda un clamor de amnistía y un inextinguible deseo de revancha. Como consecuencia de los sucesos de Octubre se produjo entre Azaña y Prieto un acercamiento que pronto se designó con el nombre beligerante de Frente Popular.

Una de las consecuencias de la Revolución de Octubre de 1934 que entonces quedó en el más absoluto secreto fue un primer proyecto de pronunciamiento político-militar propuesto por el propio Gil Robles el 18 de noviembre de 1934, cuando el presidente de la República se mostraba decidido a que no se ejecutasen penas de muerte entre los responsables militares de la sangrienta revolución. Los generales Goded, Fanjul y Franco se manifestaron contrarios al pronunciamiento. Puede que la sugerencia de Gil Robles tratara de hacerle recuperar terreno frente a José Calvo Sotelo, que en su discurso del 6 de noviembre anterior en el Congreso había invocado al Ejército como "columna vertebral de la patria" y parecía ganar cada día más adeptos entre los militares.

No ocurrió, pues, nada y en la primavera de 1935 la CEDA continuaba participando directamente en el Gobierno con varios ministros, que se comportaban por lo general con eficacia notable. En el mes de marzo de 1935 don Juan de Borbón terminaba su carrera en la Marina británica con el grado de teniente de navío honorario; para seguir en la Royal Navy tendría que renunciar a la ciudadanía española y abrazar la original de su madre la reina Victoria Eugenia, princesa de Gran Bretaña e Irlanda, pero don Juan ni consideró esa opción.

Decidido a completar su formación para asumir un día los altos deberes a que le llamaba su condición de Príncipe de Asturias, se dirigió a Florencia para cursar intensivamente varias disciplinas universitarias y pensó en casarse con una bella princesa italiana, María de Saboya, hermana menor del heredero a la Corona, que no le hizo mucho caso. Durante la boda de la infanta Beatriz con Alejandro Torlonia el 14 de enero de 1935, el Príncipe de Asturias se decidió por una de sus primas lejanas, la hija del segundo matrimonio del infante don Carlos de las Dos Sicilias, cuya primera mujer había sido la hermana mayor de Alfonso XIII, doña María de las Mercedes. Así se llamaba también la segunda hija del segundo matrimonio de don Carlos con la infanta doña Luisa de Orleans.

"Me quedo con la española conocida y a la que quiero", dijo don Juan, que además sentía un gran afecto por los infantes don Carlos y doña Luisa, padres de la novia que, aún nacida en Madrid, se consideró siempre sevillana por los cuatro costados. Tres años mayor que don Juan, doña María, como se la suele llamar, ha ocupado pocas páginas de la prensa y ha recibido apenas elogios formularios en las historias. Está dotada, sin embargo, de una dulce y a la vez vigorosa personalidad; comprendió desde el primer momento los riesgos y dificultades que le iba a acarrear compartir el destino de don Juan y lo aceptó como una ofrenda de su vida. Jamás ha tenido un desliz, ni menos una salida de tono. Ha sabido soportar sin un mal gesto terribles disgustos familiares y dinásticos. Ha dicho en todo momento la palabra justa, el consejo exacto y tengo la impresión de que su figura ha influido mucho más de lo que se cree en la restauración de la dinastía y el destino de España. Ha sido uno de los ángeles desconocidos, silenciosos y benéficos de nuestra Historia y creo que el pueblo español, sin saber por

qué, lo adivina cuando la señora aparece en público con su eterna sonrisa que encubre tantos secretos.

La Reina Victoria Eugenia, muy distanciada en aquella época de Alfonso XIII, no estuvo presente en la boda de su hija Beatriz, como tampoco se presentó en la del infante don Jaime, celebrada en la iglesia de San Ignacio de Roma poco después, el 4 de marzo de 1935. En mi citada biografía de doña Victoria Eugenia doy detalles sobre sus ausencias de aquel año triste y sobre las circunstancias del matrimonio del pobre don Jaime, empujado literalmente por su padre a la boda desigual con la señorita Emmanuela Dampierre, coaccionada también por su familia. Parece como si la fe de don Alfonso XIII en la famosa e inútil Pragmática de Carlos III le forzara a casar a su hijo con una noble y voluble damita no perteneciente a familia real alguna, pero del asunto legal ya hemos dicho cuanto había que decir en un capítulo anterior.

El corto noviazgo de don Juan y doña María se vivió ilusionada y deportivamente por los dos en Cannes durante el verano de 1935. Allí se congregaron algunos activistas monárquicos de tronío, entre ellos Eugenio Vegas y Juan Antonio Ansaldo, empeñados, a confesión propia, en ganarse al Príncipe de Asturias para su ideología y sus proyectos antiliberales y antidemocráticos [36]. El 23 de agosto Don Juan acompaña a don Alfonso XIII para una visita de cortesía familiar al anciano pretendiente don Alfonso Carlos, pero del encuentro no se deduce nada positivo para la aproximación de las dos ramas dinásticas [37].

Franco regala trescientas pesetas

El sector juanista, dirigido por José Calvo Sotelo y cada vez más dominante entre los monárquicos españoles, preparó la boda de don Juan en Roma como un pronunciamiento político y un asalto al trono (inexistente, por lo demás) de don Alfonso XIII. Eugenio Vegas Latapié, principal estratega de la operación, nos ha ofrecido un minucioso y a veces increíble (pero cierto) relato de los hechos, durante los que se produjo la primera declaración

---

36 E. VEGAS, p. 236.

37 Cfr. J. PABÓN, *La otra...*, op. cit., p. 114.

pública en la vida de don Juan de Borbón. Merece la pena recordarlo con exactitud y contraste [38].

El ambiente estaba muy caldeado y se planteó un primer escándalo al advertir la numerosa concurrencia venida de España (unas mil personas, aunque fuentes monárquicas multiplican varias veces esa cifra según costumbre) que la reina Victoria Eugenia tampoco iba a acudir a la boda del Príncipe de Asturias. Los juanistas, dueños del campo, encargaron a uno de sus portavoces, el periodista José María Carretero, *El Caballero Audaz,* que publicase una filípica contra ella, cosa que hizo y que reproduce en su libro Juan Balansó. Pero el problema no era doña Victoria, sino don Alfonso, contra quien los juanistas preparaban un auténtico golpe de mano. Los marqueses de Pelayo, de generosidad tan inagotable como su fortuna, corrieron con gran parte de los gastos. Allí estaba el teniente coronel Juan Vigón, antiguo profesor de don Juan y entusiasta de Acción Españaola, cuyo gran animador, Eugenio Vegas, se presentó audazmente ante Alfonso XIII y le pidió venia para aprovechar la boda como un lanzamiento político de don Juan. Vigón acompañó a Vegas en la audiencia y don Alfonso aprobó la idea.

Vegas llevaba preparado el discurso que debía pronunciar don Juan en el banquete homenaje que le pensaba ofrecer Acción Española; un discurso antiliberal en el que el Príncipe de Asturias debería reconocerse influido por el pensamiento de Maeztu, Pemán, Pradera, Calvo Sotelo, el marqués de Lozoya, el historiador jesuita Villada y los falangistas Ernesto Giménez Caballero y Eugenio Montes. La flor y nata del antiliberalismo. Don Juan leyó el discurso, se mostró de acuerdo pleno y decidió decirlo de memoria.

El banquete se fijó para el 11 de octubre en el hotel Excelsior. Don Juan invitó la víspera a almorzar a Vegas con Ansaldo, Juan Vigón, su gentilhombre el vizconde de Rocamora y el duque de Sotomayor, recién nombrado por Alfonso XIII jefe de la Casa del Príncipe. El día 10, Alfonso XIII y los novios presidieron una recepción a los españoles que habían acudido a la boda. El día 11, don Juan se excusó de acudir al almuerzo-homenaje por fiebre alta, que era cierta; pero sugería convertir su discurso en carta

---

38 Cfr. E. VEGAS, *Memorias...*, p. 240ss.

(dirigida a Pemán) que luego publicó *Acción Española.* Asistieron al banquete Goicoechea, José Calvo Sotelo, Eliseda, Montes, Pedro Galíndez, Ansaldo, Pemán y su mujer; Sáinz Rodríguez, Yanguas, Vega de Anzo, Vegas, Marismas, José María de Areilza, Juan Vigón, marqués de Quintanar, duque de Fernán Núñez, Ramón Sierra y marqueses de Pelayo, entre otros.

La carta de don Juan fue la primera declaración política de su vida. "En ella declaraba —dice Vegas— que tenía hacia *Acción Española,* la revista antiliberal y antidemocrática, especiales y personales deudas de gratitud, que deseaba reconocer". Citaba a los indicados maestros como forjadores de su espíritu. "No podíamos pretender más —dice Vegas—. El Rey en el que pensábamos para rehacer la patria asumía plenamente las ideas de Acción Española". Es muy importante que la primera declaración política de don Juan de Borbón fuese un alegato contra la democracia y el liberalismo.

Al día siguiente, 12 de octubre, el cardenal de Florencia celebró la boda; Alfonso XIII no quiso que fuera el cardenal Segura, como deseaba don Juan, para no dar un matiz anti-republicano al acontecimiento. Calvo Sotelo organizó un acto en honor de Alfonso XIII con brillantísimo discurso de Pemán y sin incidentes.

Pero la infanta Eulalia, una de las grandes meticonas en la historia del siglo XX, hija de Isabel II, amargada e inteligente, sopló a su sobrino Alfonso XIII que los asistentes a la boda del príncipe habían acudido para solicitar la abdicación del Rey. En la recepción que al día siguiente de la boda dedicó Alfonso XIII a Renovación Española les echó una bronca monumental, les tildó de traidores y algunos, como el ex ministro Yanguas, se desmayaron de la impresión. Para arreglar las cosas, el Rey se reunió en un almuerzo con bastantes monárquicos y se mostraba muy aliviado al notar la ausencia de Calvo Sotelo, que, sin embargo, se presentó en mitad del discurso del Rey —muy de circunstancias—, tomó la palabra contra todo protocolo después de ese discurso y dijo al Rey que nadie le había pedido la abdicación, pero que si algún día fuera necesaria, él sería el primero en reclamársela. Con lo que el acto terminó como el rosario de la aurora. Entre los regalos que habían llegado de España para la boda, figuraba una contribución de quienes habían sido gentileshombres de cámara de Alfonso XIII. Muchos años después, don Juan de Borbón

recordaba la cantidad ofrecida por el general Francisco Franco: trescientas pesetas. Un grupo de monárquicos regaló a don Juan una enorme y preciosa bandeja de plata con las firmas de todos. La bandeja, con otros regalos de la boda, se puso a la venta hace unos años en la sala de subastas Duran, de Madrid. Torcuato Luca de Tena, que vio en ella la firma de su padre, tuvo la suerte de comprarla.

Todos miraban a Sanjurjo

Don Juan y doña María dejaron atrás las encrespadas celebraciones de su boda y emprendieron un largo viaje de novios. "Estuvimos —recuerda don Juan— seis meses fuera. Dimos prácticamente la vuelta al mundo, casi todo en barco y algún trayecto por tierra, en ferrocarril. Entonces casi no se usaba el avión. Era el año 35. Cruzamos el Atlántico en un barco alemán, el Bremen; después fuimos de San Francisco al Japón en un barco americano grande, el President Hoover. Luego viajamos en un barco francés y en otro italiano hasta Bombay. Desde Bombay marchamos a Marsella con parada en Malta" [39].

Y al regresar a Europa se instalaron en una villa de Cannes, desde donde hizo don Juan, el 18 de julio de 1936, una importante y significativa llamada telefónica.

Pero durante el largo viaje nupcial de los príncipes de Asturias había cambiado lamentablemente el panorama político. En el segundo semestre de 1935, el Gobierno de centro-derecha resistía a trancas y barrancas la hostilidad de las izquierdas, la incomprensión celosa del presidente de la República, y en medio de la terrible desunión de las derechas. Un serio hacendista, don Joaquín Chapaprieta, se empeñó en reducir el gasto público y anunció un recorte de sueldos y un cese masivo de funcionarios que restó innumerables votos al centro-derecha en las elecciones, precedente que no parece haber estudiado detenidamente el centro-derecha de nuestros días.

Dos escándalos terribles, que en vista de la corrupción contemporánea nos parecen ridículos (en el más importante de los dos, el llamado "estra-

---

39 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 255.

perlo", la suma total de irregularidades no rebasó las cinco mil pesetas, lo que en unidades de hoy sería dos mil veces menos que un *galeote,* quinientas mil veces menos que un *juanguerra* y un millón de veces menos que un *filesa*), hundieron la mayoría parlamentaria de centro-derecha, porque afectaron irremisiblemente al Partido Radical; y dieron paso, hacia finales de año, a unos débiles gobiernos de centro, sin apoyo parlamentario, urdidos por el presidente Alcalá Zamora para crear, desde el poder, un gran partido de centro artificial que sirviera de amortiguador para el choque, cada vez más inevitable, de las izquierdas y las derechas.

A mediados de diciembre de 1935, cuando se vio forzado a dejar el Gobierno, Gil Robles propuso, por segunda vez, la posibilidad de un pronunciamiento militar a los generales que habían colaborado con él, entre ellos a Franco, pero por consejo firme de éste, los demás se negaron a secundar la idea. A fines de la primera semana de enero de 1936, el desasistido jefe del Gobierno, don Manuel Portela Valladares, convocó elecciones generales para el 16 de febrero de 1936. Con ello, España entraba en el año de la Guerra Civil, de la que esas elecciones se convirtieron en el primer acto.

El 23 de enero el pretendiente carlista, don Alfonso Carlos de Borbón, se sintió gravemente enfermo en su retiro francés de Guéthary y firmó un documento que le pusieron delante, por el que, con legalidad y derechos más que discutibles, otorgaba la Regencia del carlismo al príncipe francés don Javier de Borbón Parma, aunque era difícil encontrar en las diversas ramas de la Casa de Borbón un vástago con menos derecho a tan alta distinción, que fue acatada, sin embargo, por la gran mayoría de los carlistas españoles.

El anciano don Alfonso Carlos, hermano del legendario Carlos (VII), murió en Viena atropellado en la calle, a finales de septiembre de 1936, cuando ya sus requetés luchaban aguerridamente en la Guerra Civil española, que para ellos era la cuarta guerra carlista. Las dos ramas monárquicas llegaban pues al momento crucial de la Guerra Civil, cada una por su lado, lo que naturalmente disminuyó mucho su eficacia a la hora de una posible restauración. Sin embargo, tanto carlistas como alfonsinos iniciaban independientemente una convergencia durante aquellos meses finales

y agónicos de la República; una aproximación que les llevaba a un alzamiento preparado, cada día con más intensidad, en nombre del mártir del Dueso y desterrado voluntario en Estoril, el general don José Sanjurjo y Sacanell.

Sanjurjo, jefe del alzamiento

El 16 de febrero de 1936, el Frente Popular, formado por todos los partidos de izquierda republicana e izquierda marxista, con inclusión de los comunistas, obtenía una gran victoria electoral en la primera vuelta, pero sin alcanzar la mayoría absoluta. A pesar de estudios someros, retorcidos y nubosos como los de Tusell y otros, que parecen escritos sobre otro país, aquellas elecciones no fueron democráticas, ni representativas, ni legales por el terrorismo político del Frente Popular, que provocó el abandono anticonstitucional del presidente del Gobierno en funciones, Portela Valladares, y su sustitución por don Manuel Azaña, jefe del Frente Popular, antes de celebrarse la segunda vuelta que fue una rebatiña.

En 1939 varios juristas y ex ministros de la Monarquía y la República firmaron un dictamen sobre la ilegitimidad de los poderes surgidos de esas elecciones y subrayaban ese vicio electoral invalidante, con toda razón [40]. El general Franco trató de convencer al Gobierno de que declarase el estado de guerra, pero el presidente de la República se opuso y el Frente Popular, dueño del poder, logró en la segunda vuelta y en la comisión de actas la mayoría absoluta a golpe de pucherazo y con nueva exhibición de terrorismo político. Era ya el comienzo de la Guerra Civil.

También sabemos que un grupo de generales desplazados a varias provincias y destinos menores se reunieron en Madrid el 8 de marzo siguiente y acordaron la creación de una Junta para la preparación de un alzamiento si la degradación del Frente Popular alcanzaba un estado crítico. En esta reunión se designó como jefe del alzamiento previsto al general Sanjurjo, cuya representación ostentó primero el general Rodríguez del Barrio y luego, en vista de su inoperancia, el general Emilio Mola, que acababa de ser

---

40 *Dictamen de la Comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936.* Editora Nacional., 1939 (y Anexo).

trasladado a la Comandancia General de Pamplona. A finales del mes de abril, la Junta de Generales confirió expresamente a Mola la representación de Sanjurjo.

Mola, africanista prestigioso, reciente jefe de las fuerzas de Marruecos, militar de prosapia liberal que se entendió admirablemente en Navarra con los jefes del carlismo, director general de Seguridad en 1930, que conocía perfectamente los métodos de organización y actuación secreta, empezó a ser conocido en clave como *El Director* y fue anudando todas las conexiones del alzamiento en todos los niveles. Para ello tenía dos colaboradores esenciales: en Madrid, el coordinador de la red secreta monárquica que funcionaba desde 1932, la Unión Militar Española, teniente coronel Valentín Galarza Morante; y en Estoril, donde había alquilado una casa junto a la de Sanjurjo, el gran conspirador barojiano de los años 30, creador del Bloque Nacional y discreto favorecedor del juanismo, el profesor y diputado de las tres legislaturas republicanas, don Pedro Sáinz Rodríguez, muy amigo de Sanjurjo y de Franco y conocido amistosamente como *la sirena gorda.*

En uno de mis primeros libros dedicado a los antecedentes de la Guerra Civil española [41], publiqué, por primera vez, todos los documentos de la conspiración contra el Frente Popular, aunque entonces no disponía del importantísimo testimonio de Sáinz Rodríguez. Poco antes de escribirse estas líneas, ese periodista genial que es Emilio Romero, dejándose llevar de su intuición histórica, sorprendió a los asistentes a cierta alta reunión social con esta frase: "El alzamiento de 1936 lo hicieron solamente los militares y los monárquicos". Tenía toda la razón. El resto de las fuerzas políticas de centro-derecha también intervinieron en todo lo que se les pidió; Gil Robles, aunque luego lo disimulara, entregó una importante cantidad de dinero para la conspiración y José Antonio Primo de Rivera, encarcelado en Alicante, vaciló varias semanas sobre si colaboraba o no, y al final concertó con el general Mola la colaboración que se le reclamaba [42].

---

[41] Madrid, San Martín, 1969, capítulo final.

[42] El alzamiento de julio no fue sólo una conspiración militar. La Iglesia lo designó oficialmente en 1937 "movimiento cívico-militar" y Gil Robles había advertido al Frente Popular en las Cortes: "Media nación no se resigna a morir".

Los carlistas por su parte decidieron también apoyar a Mola con sus unidades paramilitares bien motivadas y entrenadas, pero no se lanzaron al proyecto hasta que el asesinato de José Calvo Sotelo marcó la señal de no retorno.

Todas estas intervenciones políticas fueron, hasta el 18 de julio, más bien marginales; luego sí que resultaron, como veremos, decisivas. En cambio, los monárquicos, y concretamente el grupo juanista, sí que colaboraron secretamente en primera fila de la conspiración, gracias, sobre todo, a la actividad de Sáinz Rodríguez, que se convirtió en una especie de secretario conspiratorio de Sanjurjo.

Los documentos de la conspiración militar

Mola dictó su primera orden, la "Instrucción reservada número 1", a finales de abril de 1936. En ella expresaba con objetividad los motivos del alzamiento: "que el Gobierno se ha hecho prisionero de las organizaciones revolucionarias", y era verdad; no es Mola, sino el ex ministro liberal Salvador de Madariaga quien en su famoso ensayo *España* describe minuciosamente el caos revolucionario que se abatió sobre España entre febrero y julio de 1936. Y añade Mola: "Conquistado el poder, se instaurará una dictadura militar". El 25 de mayo, en la instrucción "El objetivo, los medios y los itinerarios", señala lo que será realidad a partir del 19 de julio: que las divisiones de Zaragoza, Burgos y Valladolid emprendan la marcha sobre un Madrid que se da por perdido.

Las siguientes instrucciones son de tipo táctico y logístico; la de 5 de junio es política y se titula "El Directorio y su obra inicial". Se establecerá un directorio exclusivamente militar que en su día someterá sus actuaciones a "un Parlamento elegido por sufragio". Lo que se establecerá de momento será "la dictadura republicana", que actuará según directrices regeneraciconistas, con separación de la Iglesia y el Estado. Este es un documento importante, cuyo alcance se ha menospreciado de forma absurda, porque reflejaba el sentir de buena parte de los sublevados.

El 20 de junio, en instrucciones para la Armada, ordena Mola que colabore al embarque de las fuerzas de África. Estamos ya a finales de julio y

siguen inmediatamente unas directivas para Marruecos, encomendadas al teniente coronel Yagüe, en las que se dibuja ya una marcha rápida de las fuerzas de choque sobre Madrid. La última instrucción de Mola lleva la fecha del 1 de julio; en ella se insinúa el entendimiento próximo o inmediato con una "fuerza nacional" (Falange) y una "fuerza combativa", los carlistas. Para ese momento, Mola, con actividad incansable, se ha asegurado colaboraciones valiosísimas, como la del general republicano Queipo de Llano, que se encargará de Sevilla; el republicano y masón Miguel Cabanellas, jefe de la División de Zaragoza; y, por supuesto, el comandante general de Canarias, Franco, de cuya incorporación ya aceptada al ejército de África se habla expresamente en las "directivas para Marruecos".

Se ha repetido muchas veces que Franco vacilaba y que no se sumó hasta el último momento. Es verdad y no es verdad. Franco quería actuar sobre seguro y se preocupaba por las incoherencias, inevitables, de la preparación. Además, era discretísimo después de los roces que había tenido en 1931 con Azaña, que era de nuevo jefe del Gobierno y, desde el 10 de mayo, presidente de la República. Pero si se analizan atentamente las conversaciones de Franco con su primo Franco Salgado y otros testimonios que he estudiado en mis biografías de Franco, queda completamente claro que, incluso antes de la muerte de Calvo Sotelo, la decisión de Franco estaba tomada y era firme; aunque el magnicidio del jefe monárquico la tornó ya urgente e irreversible. Franco nunca se resistió a las llamadas de África, y las directivas de Mola para Marruecos eran la última y decisiva llamada de África en su vida. Lo demás son fantasías a gusto de cada autor, casi siempre ignorante.

Un avión monárquico para Franco

Una de las pruebas contundentes sobre que la decisión de Franco para intervenir en la rebelión contra el Frente Popular estaba ya tomada desde antes del asesinato de Calvo Sotelo es que el grupo monárquico vinculado a la conspiración militar de Mola-Sanjurjo había enviado ya antes con rumbo a Canarias un avión de gran autonomía, tipo Dragón, para que recogiera en Canarias al comandante general y le trasladase a Tetuán, donde debería asumir el mando de las fuerzas de Marruecos que, como ya hemos dicho, le

consideraban como su jefe natural. El 5 de julio, uno de los activistas monárquicos más importantes, el marqués de Luca de Tena, director de *ABC,* encargó al corresponsal de su periódico en Londres, Luis Bolín, la adquisición del avión destinado a Franco que fue conseguido con dinero facilitado por el financiero Juan March, por el inventor del autogiro y miembro de Acción Española, ingeniero Juan de la Cierva Codorniú. El 12 de julio, víspera del asesinato de Calvo Sotelo, el avión de Franco toma tierra en Casablanca, desde donde saltará al aeródromo de Gando en Gran Canaria, donde Franco se trasladaría desde su cuartel general en Tenerife.

Participan, pues, los monárquicos en un episodio trascendental con el que va a abrirse la Guerra Civil española, pero la que entonces parecía su cooperación más importante se estaba tejiendo por Pedro Sáinz Rodríguez en torno al general Sanjurjo en Estoril. Lo ha revelado Pedro Sáinz Rodríguez de forma inequívoca: el plan Sanjurjo era un proyecto monárquico de restauración. Todas las corrientes de conspiración le acataban como jefe: la Unión Militar Española, la Junta de Generales, los diversos grupos políticos, los generales más comprometidos como Mola, Goded, Cabanellas, Queipo, Varela, Franco, Orgaz y Aranda.

Pedro Sáinz Rodríguez, que gozaba de libertad de movimientos por su condición de diputado, estableció en Madrid y en nombre de Sanjurjo una oficina conspiratoria junto a la plaza de las Descalzas que frecuentaban Sangróniz y el general Orgaz. Allí llegaban hasta comprar la colaboración de periódicos de izquierda para que atacasen a Azaña, como hicieron con *La Tierra.* Sáinz Rodríguez actuaba como enlace entre Sanjurjo y Valentín Galarza, coordinador de la Unión Militar Española, que estaba en contacto permanente con Mola.

El 17 de julio de 1936 poquísimas personas estaban en el secreto del alzamiento que iba a producirse ese mismo día en África; entre esas personas formaban los activistas monárquicos. Varios de ellos se concentraron en Burgos para esperar a Sanjurjo, que debería volar hasta el aeródromo de Gamonal desde Estoril en un avión enviado por Mola. Entre estas personas figuraban Sáinz Rodríguez, el marqués de las Marismas y luego de Valdeiglesias José Ignacio Escobar, el teniente coronel Juan Vigón, el marqués de la Eliseda y Eugenio Vegas Latapié, la crema del juanismo.

Sáinz Rodríguez se arrepiente de haber dejado en Madrid a Ramiro de Maeztu —lo que costó la vida al gran escritor—, porque los demás compañeros de viaje le consideraban un pelmazo en la conversación, motivo realmente inconcebible. Escobar, por su parte, iba a revelar el alzamiento a su amigo Alberto Martín Artajo, pero al imponerle el monárquico secreto absoluto, Artajo se negó; tenía que comunicárselo a su jefe don Ángel Herrera, que a Marismas le parecía tan republicano como Azaña y por eso no le dijo nada. En Burgos esperaban, pues, los activistas monárquicos la llegada del avión de Sanjurjo, que vendría para ponerse al frente de la sublevación. José Ignacio Escobar ha contado con verismo y detalle la participación de los monárquicos en la conspiración acaudillada por Sanjurjo en su libro *Así empezó...* Madrid, Gregorio del Toro, 1974.

Cuatro días antes, el 13 de julio de 1936, fuerzas de orden público uniformadas, al servicio del Gobierno del Frente Popular y en colaboración con pistoleros socialistas y comunistas, habían secuestrado en su domicilio al diputado y jefe del Bloque Nacional José Calvo Sotelo y le habían abandonado, después de asesinarle, junto al cementerio del Este. En un artículo trágico y profundo publicado en su periódico, *El Liberal* de Bilbao, el líder socialista Indalecio Prieto describió dramáticamente el cruce del entierro de Calvo Sotelo con el del teniente marxista Castillo, asesinado en la noche del 12 por unos pistoleros de Falange. Para Prieto, aquel doble entierro era ya un acto de guerra civil; el líder de Renovación Española, Antonio Goicoechea, había clamado sobre la tumba recién cerrada vengaza para salvar a España. Dos días más tarde, se reunía en el Congreso la Diputación Permanente de las Cortes, donde la minoría monárquica, con palabras del conde de Vallellano en cuya redacción había colaborado Sáinz Rodríguez, declaraba formalmente la guerra al Frente Popular.

Mientras el grupo juanista esperaba en Burgos, la guarnición de Melilla cumplía con esa declaración de guerra y se sublevaba contra el Frente Popular a media tarde del 17 de julio de 1936. Esa misma noche se alzaban todas las guarniciones del protectorado de Marruecos que, durante unas horas, aniquilaban toda resistencia enemiga e invocaban (desde la noche anterior en Melilla) la presencia del general Franco, que había viajado des-

de Santa Cruz de Tenerife a Las Palmas para presidir los funerales del general Amado Balmes, muerto en accidente de tiro.

A primera hora de la mañana del 18 de julio, el general Franco declaraba el estado de guerra en Canarias, anulaba la reacción del Frente Popular y salía en un remolcador hacia el aeródromo de Gando para tomar el avión enviado por los monárquicos de España. Casi a la misma hora, el general Queipo de Llano irrumpía con un golpe de audacia en la Capitanía General de Sevilla y se apoderaba de la ciudad con un puñado de hombres; lo mismo lograban dos generales monárquicos en Cádiz y la guarnición de Burgos, privada de su jefe y puesta bajo las órdenes del general retirado don Fidel Dávila, a quien se habían presentado los activistas monárquicos sin obtener nada positivo.

El proyecto monárquico de Sanjurjo

Mientras esperaba con sus compañeros la llegada de Sanjurjo, Sáinz Rodríguez recordaba el gran proyecto monárquico del marqués del Rif. Lo ha contado después, detalladamente, en un documento excepcional:

"Hoy puedo decir que Sanjurjo venía de Portugal con un programa que más o menos se iba a iniciar en la primera proclama que había de leer desde la radio de Burgos a su llegada....

"Los militares no querían hacer ver que se sublevaban contra la República sino contra el Gobierno; por eso se daba el caso de que estuviese prohibida la bandera bicolor, pero ésta salió espontáneamente a la calle en contra de las órdenes de Mola...

"Sanjurjo, si hubiera llegado al poder o por el triunfo rápido del golpe de Estado o como vencedor en la Guerra Civil, habría realizado el plan político que tantas veces me expuso. Pensaba convocar un plebiscito nacional auténtico e imparcial para que el pueblo español eligiese entre Monarquía o República. Una vez definida esta primera disyuntiva, hubiese convocado unas Cortes para elaborar ya la Constitución republicana sobre la base de la anterior, modificada, ya la nueva Constitución monárquica revisando la del 76. Aprobada esta Constitución, el general tenía el proyecto de llamar a Alfonso XIII para que jurase la nueva Constitución.

"Esta vuelta de Alfonso XIII la pensó Sanjurjo porque tenía clavada la espina de que mucha gente afirmaba que la República había triunfado porque él no quiso oponerse a su advenimiento cuando era director de la Guardia Civil...".

"Sanjurjo, como digo, habría llamado a Alfonso XIII; el Rey habría jurado la Constitución y a los seis meses o antes hubiese abdicado en su hijo. Con esta política se habría ahorrado España toda la represión que ha vuelto a dividir la conciencia nacional en dos sectores y que hace necesaria esta política de reconciliación que no se sabe nunca si terminará en vengativo desquite.

"Es curioso que cuando algunos elementos civiles, amigos de Sanjurjo, nos preocupábamos de plantear su situación como jefe del Estado en el periodo en que él iba a mandar, habíamos pensado en que habitase el palacio de El Pardo, cosa que luego practicó el general Franco. También habíamos decidido que la Zarzuela sirviese a Sanjurjo de refugio para determinadas diversiones nocturnas" [43].

La trágica muerte de Sanjurjo en Estoril

El 18 de julio de 1936 el aviador laureado Juan Antonio Ansaldo, activista del juanismo, esperaba en San Juan de Luz una llamada de Pamplona. El general Mola, director del alzamiento, no se pensaba sublevar hasta la madrugada siguiente; por eso llamó por fin a Ansaldo y le ordenó que se presentase en Pamplona con su avioneta, para una misión relacionada con el general Sanjurjo, a las tres de la madrugada del día 19. Así lo hizo Ansaldo, que se llevó como pasajero al jefe de los carlistas españoles, don Manuel Fal Conde, cuando muy poco antes el príncipe regente don Javier de Borbón Parma había ordenado a los dirigentes del carlismo que se pusieran a disposición del director. Riadas de boinas rojas se preparaban para confluir en la plaza del Castillo y acudir desde allí a los frentes de Guipúzcoa y de Aragón.

Mola ordenó a Ansaldo que saliera inmediatamente para Estoril, donde al día siguiente debería trasladar a Sanjurjo hasta el aeródromo burgalés de

---

43 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, "Testimonio...", op. cit., p. 250.

Gamonal. Casi a la misma hora en que despegaba Ansaldo, el Dragon del general Franco aterrizaba en el aeródromo tetuaní de Sani Ramel para que el gentilhombre de cámara de Alfonso XIII tomara el mando del ejército de Africa, a cuyas primeras unidades empezó a trasladar inmediatamente hasta Sevilla en improvisado puente aéreo, el primero de la Historia. Ansaldo, con su vieja avioneta Puss Moth, atravesó la península y aterrizó sin novedad en el campo auxiliar de Santa Cruz, a sesenta kilómetros de Lisboa. Se presentó inmediatamente a Sanjurjo, ante quien se cuadró "como jefe del Estado español".

Recelos de las autoridades portuguesas impusieron algunas dilaciones para el regreso a España. Ansaldo tuvo que formalizar su viaje y se le obligó a recoger a Sanjurjo en un mal terreno cerca de la Boca do Inferno en Cascaes: el hipódromo de la Marinha. Allí aterrizó a media tarde del 20, una vez disipada la niebla; subió Sanjurjo con una "inmensa y pesadísima maleta" ante las protestas de Ansaldo, que cedió al saber que se trataba de los uniformes del general. El despegue resultaba difícil, pero el experimentadísimo aviador no dudó en intentarlo. Logró remontar los árboles que cerraban el terreno, pero comprobó que no aumentaba la velocidad y pensó que se le había roto la hélice. Cortó el motor e intentó el aterrizaje forzoso, pero tuvo la desgracia de embestir contra una cerca de piedra. El piloto quedó gravísimo, pero Sanjurjo pereció abrasado.

Cambiaba por completo la situación de la Guerra Civil recién iniciada. Los activistas monárquicos recibieron en Gamonal la noticia de que Sanjurjo no llegaría jamás. La España sublevada se llenaba de banderas rojo y gualda, la que entonces se llamaba bandera monárquica, aunque era simplemente la de España; pero el proyecto de restauración próxima se hacía pavesas con el cadáver de Sanjurjo [44].

Sin embargo, dos días antes, en la tarde del 18 de julio, el comandante Juan Antonio Ansaldo no recibió solamente la llamada de Mola. Muy poco después, volvieron a llamarle al teléfono. Lo cuenta él mismo.

---

44 Veraz relación del accidente en J. A. ANSALDO, *¿Para qué?...*, op. cit., p. 129ss. Sobre la actuación de los monárquicos en Burgos, es importante el testimonio de José I. Escobar *Así empezó...*, Madrid, G. del Toro, 1974.

Don Juan llama desde Cannes

"Conferencia telefónica de Cannes anunciaron en aquellos momentos.

"Don Juan, el príncipe, llamaba para informarse haciéndome el honor de consultarme sobre la propia actuación inmediata.

"Estoy decidido a regresar a España en seguida, pues no quiero en estos instantes estar separado de mi patria. Pero dime —continuó—, ¿por dónde debo de entrar y a qué lugar me dirijo?.

"En aquellos días había nacido el primer descendiente de su matrimonio, la infanta doña Pilar. Ello en nada frenaba el anhelo juvenil y entusiasta del príncipe, ansioso de compartir con sus compatriotas las angustias y peligros que el destino pudiera depararles.

"Señor —respondí—, nada puedo decir a V.A. en este instante, pero acabo de recibir la orden de incorporarme a Pamplona mañana temprano. Desde allí, después de hablar con el general Mola, haré llegar a V.A. la contestación a su pregunta.

"Buena suerte y hasta muy pronto", terminó el Príncipe de Asturias [45].

Ansaldo recuerda con precisión la fecha del 18 de julio para la llamada de don Juan, pero sufre un lapsus sobre el nacimiento de la infanta Pilar, que no ocurrió hasta el día 30. No importa. Lo realmente importante es que don Juan de Borbón quiso presentarse en España para unirse al alzamiento en la misma tarde del 18 de julio de 1936, cuando aún no se había sublevado ni siquiera el general Mola. El mismo día en que lo hizo el general Franco.

---

[45] J. A. ANSALDO, *¿Para qué...?*, op. cit., p. 127.

Primer manifiesto antidemocrático de Don Juan

E. Vegas. *Memorias políticas*, 1983 p. 246s

Los pseudobiógrafos palatinos de don Juan no citan jamás éste su primer manifiesto de 1935, netamente antiliberal y antidemocrático:

«Retenido en mis habitaciones —más que por un leve e inoportuno enfriamiento por la exagerada prescripción a que da pretexto—, no puedo asistir a vuestra reunión. De cuán viva y honda es mi contrariedad no podríais juzgar ni aún estimándola por la vuestra, y al deciros eso pienso no puedo encarecerla mejor.

»Porque yo tengo hacia Acción Española especiales y personales deudas de gratitud y era el momento de reconocerlas. Cuando cruzaba los mares del mundo, en las horas que mis deberes militares me dejaban libres, la lectura de vuestra revista y de vuestros libros me traía el aliento de la patria lejana, de la España de hoy, dolorida y quebrantada, pero sobre todo el aliento y la visión de aquella otra España que inspira vuestra obra, y que surge cada vez con más vigor en vuestras páginas. En ellas he hallado siempre un noble estímulo y hasta he creído hallar un tácito mensaje de afecto. Maeztu, Pemán, Pradera, Sáinz Rodríguez, Reina, Goicoechea, Solana, Riber, Calvo Sotelo, Lozoya, Villada, Giménez Caballero, Montes y cuantos habeis puesto lo mejor de vuestras actividades bajo el signo de la Cruz de Santiago y habeis mostrado cómo la sagrada tradición de España se coordina con las más modernas doctrinas, por cuanto habeis contribuido a mi formación intelectual y moral, aceptad mi reconocimiento, llevad mi saludo afectuoso a todos los asociados a vuestra cruzada y aseguradles que en el amor a España, en el culto a sus tradiciones, en ideas y en sentimientos se halla siempre entre vosotros..

»Juan (11.10.35)»

Capítulo V
Don Juan, voluntario de Franco

EN ESTE CAPÍTULO y en el siguiente trato de describir el comportamiento de la familia real española, y muy especialmente el de don Juan de Borbón, durante la Guerra Civil. Un curioso impertinente, que actúa como portavoz del neojuanismo oportunista, pasa como sobre ascuas por este importante y significativo episodio. Después del intento frustrado de don Juan de Borbón de participar en la contienda civil, dice, se alejó de Francia y se trasladó a Italia. Y se queda tan fresco, sin decir ni una palabra sobre la actitud y la actuación de don Alfonso XIII ante el drama de España; sin mencionar siquiera la llamada de don Juan a San Juan de Luz para incorporarse al combate en la tarde del 18 de julio, cuando aún no se había sublevado el general Mola; sin describir más que con pluma ajena e insuficiente el viaje del Príncipe de Asturias al frente de Somosierra en compañía de nutrido cortejo monárquico; sin dedicar una sola frase al intento posterior de don Juan para incorporarse a la guerra naval a bordo del crucero Baleares; sin citar uno solo de los telegramas enviados por don Juan y por su padre al general Franco, que jalonan la evolución del conflicto.

El portavoz, que no merece ni ser nombrado, omite todos los documentos y todos los episodios de la comunicación de doble flujo que se estable-

ció entre la familia real y el alto mando del alzamiento, un episodio histórico de tal importancia que vamos a dedicarle dos capítulos completos en este trabajo, y sin agotar la materia. Aunque no todo será ocultación culpable por parte del pobre portavoz, comprendo que es muy difícil escribir sobre don Juan y la Guerra Civil española sin saber una palabra de la vida real de don Juan ni de la Guerra Civil española.

Monárquicos en Somosierra

El partido oficiosamente católico, la CEDA, cooperó a los preparativos del alzamiento con una importante suma de dinero entregada al general Mola, como en su momento probaremos; la Falange ofreció, al final de la conspiración, sus militantes, pero apenas intervino en la conspiración excepto en las guarniciones de Marruecos. Solamente los monárquicos, tanto carlistas como alfonsinos, habían conspirado activamente con el general Mola desde que comprobaron que éste era un coordinador ejecutivo del general Sanjurjo; la afluencia inmediata de miles de requetés a la plaza del Castillo en Pamplona, para ponerse a las órdenes de Mola cuando el general se alzó en la mañana del 19 de julio, fue precedida, como sabemos, por la llegada a Burgos de un grupo importante de activistas monárquicos para esperar la llegada de Sanjurjo. Simultáneamente, y por orden secreta de Mola, un decidido grupo de unos cuarenta jóvenes madrileños armados y pertenecientes a la juventud de Renovación Española, el partido alfonsino, a las órdenes de Carlos Miralles, habían tomado el paso de Somosierra el mismo 18 de julio para esperar la llegada de las columnas de Mola.

Dos días después salió de Madrid para aniquilarlos una fuerte columna de dos mil hombres, que sólo consiguió coronar el paso después de dos días de intensos combates en los que cayeron mortalmente heridos varios defensores, entre ellos Carlos Miralles. Tres días después las fuerzas de Mola reconquistaron el collado, con apoyo de los jóvenes monárquicos que siguieron cooperando en su defensa. Así se convirtió Somosierra en un símbolo vivo de la adhesión monárquica al alzamiento nacional [46].

---

[46] J. I. ESCOBAR, *Así empezó...*, Madrid, G. del Toro, 1974, p. 233s.

Mientras tanto, Eugenio Vegas, los marqueses de la Eliseda y de las Marismas, Jorge Vigón, Pedro Sáinz Rodríguez, Antonio Goicoechea y los más activistas monárquicos concentrados en Burgos conocieron la tragedia de Sanjurjo al caer la misma tarde del 20 de julio, como sabemos, y no encontraron buena acogida en el general Fidel Dávila, que había asumido el Gobierno Civil de la provincia en espera de la llegada del general Mola.

El llamado "El Director" del alzamiento, africanista distinguido, había sido director general de Seguridad a la caída de la Dictadura hasta el 14 de abril y después de su persecución y encarcelamiento por la República, había colaborado en altos puestos militares con las derechas en 1935. De raíces liberales, no era enemigo de la monarquía como pensaban los activistas monárquicos, pero quería evitar en la confusa zona nacional naciente disputas sobre la forma del régimen, ya que muchos republicanos de centro se habían incorporado al pronto llamado "movimiento cívico-militar"; por eso mantuvo de momento la bandera tricolor e incluso el himno de Riego, hasta que una presión popular creciente le obligó a restablecer la bandera bicolor tradicional a las pocas semanas.

Mola se presentó en el aeródromo de Gamonal el 21 de junio y se hizo cargo de toda la zona norte, que comprendía Castilla y León, Aragón, Navarra, Galicia y la provincia de Cáceres en Extremadura. La pequeña zona sur, al mando del general Queipo de Llano, se reducía a las ciudades de Sevilla, Cádiz y Córdoba, precariamente comunicadas, más varios islotes de resistencia contra el Frente Popular entre los que destacaba Granada.

El general Franco, reconocido como jefe en Canarias y en el protectorado de Marruecos, mandaba el ejército de África que él mismo había transportado desde el 10 de julio a Sevilla por el puente aéreo (reforzado luego por expediciones navales en menor cuantía), y desde primeros de agosto dirigía desde Sevilla la marcha de la llamada, por su objetivo final, "columna Madrid", cuyo avance era espectacular hacia el valle del Guadiana, donde logró el 11 de agosto el contacto con el Ejército del Norte en Mérida. Pero no existía un mando único de las operaciones; Mola había instituido una Junta de Defensa presidida por el anciano general Miguel Cabanellas como órgano ejecutivo de un Estado embrionario. La designación de un jefe supremo estaba en la mente de todos y sólo podría recaer en Franco o en Mola.

Los activistas monárquicos agrupados en Burgos optaron decididamente por Mola una vez desaparecido Sanjurjo. Aún sin mando único, los diversos focos y regiones de la zona nacional se colocaron inmediatamente bajo estricto control militar, como había ordenado Mola en sus instrucciones secretas de la conspiración; los elementos civiles se aceptaron exclusivamente como auxiliares, pero sin iniciativa política. Los activistas monárquicos reunidos en Burgos advirtieron inmediatamente que el partido católico de Gil Robles, la CEDA, quedaba enteramente fuera de juego y que su líder, José María Gil Robles, no se atrevía a presentarse en la zona y decidía seguir en Francia. El que llamó luego Gil Robles "pueblo del Movimiento" se inscribía en dos grandes organizaciones políticas que formaron nutridas unidades de milicias encuadradas en el Ejército rebelde: las banderas de Falange y los Tercios de Requetés. Los monárquicos alfonsinos no disponían de masas y por eso los activistas de Burgos aconsejaron a Mola que no formase una junta de elementos civiles (donde ellos apenas tendrían presencia), sino estrictamente militar, que fue precisamente la Junta de Defensa.

Las misiones secretas de los monárquicos

Para aprovechar las relaciones financieras e internacionales de los dirigentes monárquicos, Mola aceptó encantado el ofrecimiento de algunos grandes banqueros y empresarios que consiguieron pronto un objetivo importantísimo y excepcional: asegurar el suministro de petróleo y de carburantes, y además a crédito (que entonces nunca se concedía), a la zona rebelde; una multinacional tan importante como la Texaco ordenó a sus petroleros en ruta hacia puertos de la República que se desviasen a los incluidos en la zona nacional, y esta cooperación, que se mantuvo durante toda la Guerra Civil, fue una contribución esencial de los financieros monárquicos (y de los Estados Unidos) a la victoria [47].

Como los activistas monárquicos se habían quedado sin cometido en Burgos una vez desaparecido Sanjurjo, el general Mola les encargó misiones de

---

[47] He investigado y explicado este importante factor de guerra en mi artículo de la revista *Hacienda Pública Española,* número 46 (1977), p. 120s.

gran utilidad. Al comandante Juan Antonio Ansaldo, apenas curado de sus heridas tras el accidente de Cascaes, le incorporó inmediatamente a la escasa aviación de combate disponible, en la que sirvió con valor y eficacia durante toda la Guerra Civil, no sin intentar alguna diablura política característica. El propio Ansaldo se encarga de contarnos la más espectacular de esas diabluras, que se refiere a un intento de traer a don Juan de Borbón a España en 1938 y proclamarle Rey en Pamplona.

A José Ignacio Escobar, marqués de las Marismas, le envió en misión secreta y sin un duro para conseguir suministros de armas en Alemania, lo que consiguió con grandes esfuerzos, pero cuando dio cuenta de sus gestiones a Mola se encontró con que el general del Norte, poco dotado para las relaciones exteriores, las entregó totalmente a Franco después de una conversación telefónica con él el 11 de agosto, lo que motivó un amargo reproche del periodista monárquico: "Con esa decisión ha entregado usted a Franco el mando supremo del movimiento" [48]. Otros activistas monárquicos fueron enviados por Mola a Italia con misión semejante: Pedro Sáinz Rodríguez y Antonio Goicoechea, que ya habían intervenido en los pactos monárquicos subversivos con Italia durante la República, y Juan Ignacio Luca de Tena, cuyo testimonio resulta esencial para comprobar la actuación de don Alfonso XIII en los momentos iniciales del alzamiento contra el Frente Popular.

La primera adhesión de Don Juan y de Alfonso XIII

La familia real española, sin una sola excepción, tomó partido por la causa del alzamiento desde el mismo día 18 de julio, como ya hemos demostrado por el testimonio de Ansaldo que nos relataba la llamada telefónica que le hizo don Juan de Borbón en esa fecha para que le dijese por qué frontera debería entrar en España con el fin de incorporarse personalmente a la lucha. Tuvo que retrasar unos días esa entrada, pero su padre don Alfonso XIII se alineó sin vacilar, y también desde los primeros instantes, a la causa de los rebeldes. Nadie se extrañó por ello; la República había expulsado a la familia real, había declarado en 1931 al Rey reo de alta traición y le había confiscado sus bienes en España. Hasta la propia reina Victoria Eugenia,

---

48 Cfr. J. I. ESCOBAR, *Así empezó...*, op. cit., p. 110s.

muy distanciada de su esposo y sus hijos durante la República, como sabemos, vio que el alzamiento ofrecía una posibilidad de restauración monárquica y acudió a finales de julio de 1936 a Cannes, donde la princesa de Asturias esperaba su primer hijo; quería estar cerca de don Juan, aunque el año anterior no había asistido a su boda.

Alfonso XIII estableció inmediatamente relaciones de colaboración con los generales sublevados. Cuando José Ignacio Escobar llegó a París el 25 de julio para que su amigo el embajador de Alemania, Welczeck, le facilitase el acceso a Berlín, se encontró al perenne embajador de Alfonso XIII en París, Quiñones de León, trabajando ya activamente en favor de los rebeldes; y el fiel Quiñones no daba un paso sin orden de don Alfonso. Fue inmediatamente designado por la Junta de Defensa representante oficioso de la España nacional en Francia; y durante toda la Guerra Civil organizó a sus expensas un eficacísimo servicio de información, espionaje y contraespionaje cuyas carpetas de documentos se conservan hoy en el Servicio Histórico Militar.

Alfonso XIII buscó también desde el principio un enlace permanente con Franco, lo que supone que, una vez desaparecido Sanjurjo, el rey exiliado en Roma apostó decididamente por Franco, que al tomar el mando del ejército de África había designado al general Alfredo Kindelán "jefe del Aire", el cual pronto se incorporó a la Junta de Defensa como uno de sus miembros más influyentes por su inteligencia y su reconocido sentido estratégico. Kindelán notificó inmediatamente a Alfonso XIII su nombramiento y recibió del Rey esta respuesta entusiasta:

"Querido Kindelán: Comprendo muy bien tu aceptación de jefe de la Aviación. Todos tenemos que ayudar al movimiento de salvación de España y vencer. Si tengo algo importante que comunicar lo haré por ti; díselo a Franco a quien no telegrafío ni escribo pues creo que es mejor. Por parte de Francia, se desea dividir a España en dos, roja y blanca, y en este sentido parece que trabajan algunos elementos tratando de obtener una paz que evite la matanza que estamos padeciendo. No respondo de la completa veracidad. Suerte y un fuerte abrazo de tu affmo. Alfonso R. ¡Quién pudiera estar con vosotros! ¡Viva España!" [49].

---

[49] A. KINDELÁN, *La verdad de mis relaciones con Franco,* Barcelona, Planeta, 1981, p. 26.

Durante la Guerra Civil, el general Kindelán sirvió con la misma lealtad a Franco (que premió sus servicios con un marquesado) y al Rey. Artífice del vital puente aéreo sobre el Estrecho, Kindelán fue también el gran promotor de la elección de Franco para el mando supremo, dirigió las fuerzas aéreas con eficacia implacable y contribuyó, además, a la victoria final con la organización del bloqueo aéreo a los puertos republicanos del Mediterráneo y con varios consejos capitales que Franco siguió, entre ellos desprenderse de su obsesión por Madrid en la primavera de 1937 y concentrar su esfuerzo militar en la franja enemiga del Norte, donde consiguió una superioridad estratégica decisiva.

Alfonso XIII envía aviones en vuelo

Decíamos que Mola envió a Italia a tres activistas monárquicos de primer orden: Sáinz Rodríguez, Goicoechea y Juan Ignacio Luca de Tena. Los dos primeros llegaron a Roma a bordo del mismo Dragon que había transportado a Franco desde Canarias a Tetuán; Sáinz Rodríguez se quedaría en Roma algún tiempo para gestionar suministros militares a la zona nacional. A los pocos días se reunió con ellos el director de *ABC,* a quien conviene dejar la palabra para que cuente su gestión:

"Una de las últimas veces que vi al Rey —concretamente la penúltima— fue en los primeros días de agosto de 1936, a las pocas semanas de comenzar la Guerra Civil. El general Mola me había enviado en una misión a varios países de Europa con cartas de su puño y letra a diversas personalidades españolas y extranjeras. En todas estas cartas pedía angustiosamente aviones de bombardeo y de caza para contener en los frentes a los contrarios.

"—Si no tengo más aviación antes de ocho días, estamos perdidos —me dijo en Burgos al despedirme.

"Fui primero a París, donde entregué las cartas allí destinadas. Después a Roma. Pedro Sáinz Rodríguez, que se encontraba en la capital de Italia, me puso en contacto con el conde Ciano, ministro de Relaciones Exteriores, a quien hice entrega de una carta de Mola para Mussolini. Al día siguiente me dijo el ministro que Mussolini accedía a enviar los aviones

que se le pedían y que, en el curso de la siguiente semana, saldrían los aparatos por barco, para dejarlos en un puerto nacional de España. Sáinz Rodríguez y yo casi nos echamos a llorar.

"Para que los aviones lleguen a tiempo —le dije a Ciano—, sería preciso que viajaran por el aire.

"—Pero yo no puedo discutir con Mussolini —me respondió—. Sólo una persona podría pedirle con eficacia lo que usted desea.

"—¿Quién?

"—El Rey Alfonso XIII.

Pero el Rey no estaba en Roma. Me enteré de que se hallaba pasando unos días en Checoslovaquia, en el castillo de Metternich. La princesa viuda de Metternich era y es española —Isabel de Silva—, condesa de Castillejo, hija de la duquesa de San Carlos y hermana del anterior marqués de Santa Cruz. Me dispuse a viajar a Checoslovaquia en un avión de línea, pero el primero salía tres días después. Entonces convencí, con mucho trabajo, a mi amigo Víctor Urrutia, que disponía de una pequeña avioneta, en la que debía volar al día siguiente a Burgos, para que me llevara a Praga. En el camino nos perdimos y el piloto inglés que nos dirigía se vio precisado a realizar un aterrizaje forzoso en un campo de Pilsen, a unos 100 kilómetros del castillo de Metternich, a donde Víctor Urrutia y yo llegamos de madrugada, después de pasar unas horas detenidos por la Policía de aquel país, que ya era semicomunista. El Rey, con quien logré hablar por teléfono, consiguió que nos pusieran en libertad; nos esperó sin acostarse; a la mañana siguiente habló por teléfono con Mussolini y pocas horas después salieron volando hacia Burgos los aviones que Mola pedía.

"Luego el marqués de Luca de Tena, logrado su objetivo, aconsejó a don Alfonso que se subiese a la avioneta y se presentase con ellos en Burgos. 'No creo que a V.M. pudieran echarle como han hecho con el Príncipe de Asturias hace pocos días'. Alfonso XIII lo tomó a broma, pero la alusión nos obliga a contar ahora la aventura del Príncipe de Asturias" [50].

---

[50] J. I. LUCA DE TENA, *Mis amigos muertos,* Barcelona, Planeta, p. 25s.

El nacimiento de la Infanta Pilar

El 27 de julio de 1936, el prócer tradicionalista, conde de Rodezno, muy amigo de los monárquicos alfonsinos, preguntaba en Pamplona a Eugenio Vegas Latapié: "¿Por qué no está aquí el príncipe como combatiente voluntario? ¿A qué espera?" Convencido por el carlista, Vegas decidió viajar a Cannes con Jorge Vigón para traerse a don Juan. Al día siguiente se pusieron en camino con el marqués de la Eliseda y el conde de Ruiseñada; y se presentaron en la villa Saint Blaise de Cannes, residencia de los príncipes de Asturias, el 30 de julio, justo cuando acababa de nacer la infanta Pilar, primera hija de don Juan y doña María.

Tres días antes había partido de Cannes para los frentes del Norte el hermano de la princesa de Asturias, don Carlos de Borbón y Orleans, que murió en combate ante Eibar en septiembre de 1936. El infante don Alfonso de Orleans, tío de don Juan, dejó su lucrativo puesto de alto ejecutivo en la casa Ford para incorporarse a la aviación nacional; sus tres hijos acudieron también al combate por España y uno de ellos, don Alfonso, fue muerto en el frente de Madrid. Hasta el pobre don Jaime trató de alistarse en el ejército nacional; el compromiso de la familia real con la causa del alzamiento fue hasta la muerte.

Los activistas de Acción Española convencieron en pocos minutos a don Juan para que volviese con ellos a España con la completa aprobación de la recién llegada reina Victoria Eugenia, que comentó como la cosa más natural del mundo: "Me parece muy bien que mi hijo vaya a la guerra. En situaciones extremas como la actual, sólo se me ocurren las palabras de un proverbio inglés: 'Las mujeres a rezar, los hombres a luchar"'. Temían Vegas y sus amigos que si el Rey Alfonso XIII se enteraba pusiera dificultades a la arriesgada aventura de su heredero. No fue así. Don Juan habló con don Alfonso, que estaba en Checoslovaquia, y le envió su aprobación más completa y entusiasta. Eugenio Vegas, testigo de todos estos hechos, nos ha relatado insuperablemente el intento [51].

---

51 E. VEGAS, *Los caminos del desengaño,* Madrid, Temas, 1987, p. 34s.

El viaje clandestino de Don Juan a Somosierra

Al amanecer del 31 de julio, don Juan y los activistas de Acción Española partieron de Cannes y llegaron por la tarde a San Juan de Luz, donde don Juan pernoctó en la espléndida residencia del millonario hispano-filipino Andrés Soriano. A la mañana siguiente, el grupo se encaminó a España en varios automóviles con nuevos reclutas: el infante José Eugenio de Baviera y su cuñado el conde de Mora, luego duque de Tamames.

Amanecía cuando llegaron a la frontera de Dancharinea, donde don Juan no pudo reprimir la emoción al contemplar la bandera roja y gualda que habían restablecido los requetés por todas partes, aunque todavía no era oficial. La Guardia Civil reconoció al marqués de la Eliseda, que cruzaba por aquel puesto frecuentemente como enlace de Mola y les dejó pasar sin dificultad. Llegaron a Pamplona e instalaron a don Juan en el hotel La Perla, donde le vistieron con el mono azul que utilizaban las milicias de uno y otro bando en aquellos momentos, y le proporcionaron además una boina roja. Los cronistas monárquicos omiten un detalle que aparece en varias fotografías del momento: el emblema de Falange con el yugo y las flechas que cosieron al mono de don Juan, convertido así en símbolo vivo y anticipado en más de un año de la unificación de 1937. Eugenio Vegas quiso presentarse con don Juan en el Círculo Carlista, pero se opuso el conde de Rodezno, pese a que él había sido quien sugirió el viaje del príncipe. En vista de ello, salieron para Burgos, y en el camino se les unió el chófer (y oficial) Antonio Ochoa con el monárquico Luis de Zunzunegui.

Al llegar a Burgos, se presentaron en casa de un militar retirado, Besga, que se arrodilló ante don Juan en plena calle. Más discretamente avisaron a varios monárquicos: el vizconde de Rocamora, gentilhombre de don Juan; don Antonio Goicoechea, presidente de Renovación Española; el navarro Ricardo Goizueta y otros que acudieron a prestarle homenaje.

Al atardecer, siguieron viaje hasta el parador de turismo de Aranda de Duero, donde pensaban cenar y dormir para incorporarse a la mañana siguiente al grupo de Renovación que combatía en Somosierra, ya encuadrado en la columna del coronel monárquico García Escámez.

No pasaron del parador de Aranda. Goizueta y Goicoechea temieron el grave peligro que podría correr don Juan en primera línea y advirtieron al general Mola de la presencia del príncipe camino del frente. Mola montó en cólera porque no deseaba semejantes implicaciones políticas y ordenó al general Dávila que interceptase a la expedición. La Guardia Civil se presentó en el parador de Aranda y pidió la identificación a todos; don Juan dio el nombre de *Juan López,* el infante José Eugenio el de *José Martínez,* los demás revelaron sus nombres y títulos, con asombro del capitán de la Benemérita que comunicó la noticia a Burgos.

El general Dávila llamó a Jorge Vigón, capitán retirado de Artillería, y le ordenó que don Juan repasara la frontera aquella misma noche, y que emprendiesen el viaje nada más cenar. La orden se cumplió bajo la vigilancia de la Guardia Civil, que les dio escolta. La expulsión se amplió a todos los expedicionarios, aunque fue revocada pronto para todos, excepto don Juan, a quien Mola no quiso ver en Pamplona.

Los monárquicos en la guerra; ideología y cultura

Fracasado este segundo intento de don Juan por combatir en España, sus acompañantes se reincorporaron a sus puestos de servicio dentro de la zona nacional. Eugenio Vegas, durante el regreso a Pamplona, tranquilizó al Príncipe de Asturias y le convenció de que la principal misión del viaje estaba cumplida: convencer a la opinión pública y a los generales de que el Príncipe de Asturias no era un emboscado.

En aquellos días febriles, los combatientes de primera línea sentían un gran desprecio y una gran indignación contra los emboscados que rehuían su deber de presentarse en los frentes. Eugenio Vegas, que sirvió durante algún tiempo como voluntario en Somosierra después de la aventura de don Juan, a las órdenes de otro ardiente voluntario de la causa, Joaquín Satrústegui, fue incorporado después a los servicios de propaganda y cultura de la zona y recibió de Satrústegui una requisitoria por la que le pedía que utilizase sus influencias y las informaciones de la policía internacional para detectar a todos los emboscados entre los 18 y los 35 años con el fin de enviarles una pluma blanca dentro de un sobre; después de estos ardo-

res, Satrústegui abrazaría con no menor entusiasmo la causa democrática dentro de la fidelidad monárquica.

En Burgos, Vegas iba recibiendo a varios monárquicos que acudían a incorporarse: el coronel Juan Vigón, antiguo preceptor de don Juan, que se convirtió pronto en uno de los principales estrategas de la Guerra Civil; el irónico y volteriano José Félix de Lequerica; José María Pemán, que luego fue designado por Franco presidente de la Comisión de Cultura y Enseñanza, de la que también formó parte Vegas. Pero Pemán no sentía vocación política y prefirió actuar como un formidable propagandista de la causa nacional por frentes y retaguardias, donde electrizaba a todo el mundo, a la vez que contribuía a la literatura universal sobre la guerra de España con ese maravilloso *Poema de la Bestia y el Ángel* que algunos se obstinan en no reconocer como una gran obra maestra.

Vegas, privado de Maeztu que había sido asesinado en Madrid por el Frente Popular, buscó afanosamente a Víctor Pradera al ser liberado San Sebastián el 13 de septiembre para hacerle director de la causa monárquica, en vista de que Pemán, sin dejar jamás de ser monárquico, se inclinaba cada vez más a los ideales y postulados de Falange. Pero allí comprobó que Pradera había sido asesinado por el Frente Popular, con negligencia culpable del Partido Nacionalista Vasco. Ni sobre él ni sobre Maeztu vierte una lágrima el crítico Miguel García Posada, que conmemora semanalmente los más triviales aniversarios de Federico García Lorca; todavía siguen divididos para algunos los grandes intelectuales de aquella época en muertos de primera y de tercera clase, como en el macabro chiste del tren.

Eugenio Vegas habló largamente con Franco en Cáceres poco antes de que fuera exaltado a la jefatura suprema; le endilgó un discurso de hora y media sobre la necesidad de articular culturalmente al nuevo Estado en sentido antiliberal y antidemocrático y, aunque aparentemente no obtuvo reacción alguna, fue adscrito a los servicios de propaganda y luego incorporado al primer Consejo Nacional del Movimiento en nombre de Acción Española.

Sin embargo, el líder monárquico que alcanzaría mayor altura en la zona nacional (junto a los generales Kindelán, Orgaz y Vigón) fue el profesor Pedro Sáinz Rodríguez, de quien Franco desconfiaba inicialmente (pese

a haber cultivado su amistad en Oviedo durante los años 20), pero luego llegó a llamarle para la cartera de Educación en su primer Gobierno. Privados de dirección y de coherencia, los monárquicos de la zona nacional practicaban el sálvese quien pueda y, cuando podían, conectaban directamente con Franco para sus carreras y sus oportunidades. Lo mismo hacían más o menos los miembros de los antiguos partidos del centro-derecha. Sin embargo, Franco, aunque permitió la edición de un número antológico de *Acción Española,* no consintió la reapertura del famoso círculo monárquico ni la reaparición de su acreditada revista.

Los generales monárquicos en la elección de Franco

La actuación más importante del campo monárquico en toda la Guerra Civil dentro de la zona nacional fue, sin duda, la elección del general Franco para la jefatura suprema, cuyos artífices fueron los generales monárquicos Alfredo Kindelán y Luis Orgaz, bajo la directa inspiración de don Alfonso XIII. Para mí esto queda inequívocamente claro en los dos testimonios de Kindelán (de quien ya sabemos que fue nombrado por Alfonso XIII representante suyo ante Franco al comenzar la Guerra Civil): *Mis cuadernos de guerra* y *La verdad de mis relaciones con Franco.* En mis biografías de Franco, especialmente en la editada por Planeta en 1982, doy los detalles de la elección.

Al entrar el mes de septiembre de 1936, la situación de la guerra y la dispersión del mando en la zona nacional exigían perentoriamente el mando único que, al menos teóricamente, ya existía en la zona republicana, donde un Gobierno central con su presidencia y su Ministerio de la Guerra ostentaba la responsabilidad del esfuerzo y la dirección de la guerra. En la zona rebelde, la Junta de Defensa de Burgos suplía como podía la ausencia de mando único, pero de forma insuficiente. El general Mola mandaba en toda la zona Norte; el general Queipo de Llano trataba de reconquistar Andalucía con medios muy precarios y a fuerza de imaginación política y talento militar; el general Franco mandaba en Marruecos, y también prácticamente en Baleares y Canarias; pero ni la Marina ni la Aviación actuaban con seria coordinación, ni existía un plan estratégico.

El campo de Salamanca

La necesidad del mando único se hizo sentir en dos focos: las reuniones semanales de la Junta de Defensa y el reducido cuartel general de Franco en Cáceres, desde donde dirigía la marcha del ejército de África por el valle del Tajo, donde había conquistado la importante ciudad de Talavera de la Reina el 3 de septiembre de 1936, lo que provocó la formación en Madrid, al día siguiente, de un gobierno de concentración presidido por el socialista revolucionario Francisco Largo Caballero, que incluyó a ministros comunistas en su gabinete. En esos dos campos de acción dentro de la zona nacional, la Junta de Defensa y el cuartel general de Franco, el general Kindelán tenía acceso continuo y en los dos trabajó intensamente para que se aceptase la idea del mando único y la designación de Franco. Dada la relación constante de Kindelán con el rey Alfonso XIII, que él mismo ha documentado en su segundo libro, resulta impensable que el Rey no estuviera tras estos intentos que decidieron la Guerra Civil.

Las reuniones de la Junta de Defensa para tratar expresa y únicamente el tema del mando único fueron principalmente dos y se celebraron en el aeródromo de San Fernando en Salamanca los días 21 y 28 de septiembre de 1936. El problema principal era que Franco, según comunicó a Kindelán, no ambicionaba ese mando, pero si lo recibía, sería con plenos poderes, militares y políticos, y para siempre, no mientras durase la guerra como decía el borrador redactado por Kindelán.

La segunda reunión se celebró en Salamanca el 28 de septiembre, como dijimos, al día siguiente de la liberación del Alcázar de Toledo por el ejército de África, un acontecimiento militar que fue noticia de primera plana en todo el mundo y que consagró la hegemonía de Franco en toda la zona nacional. Con tan colosal baza por delante, los generales reunidos en el campo de Salamanca accedieron a las exigencias de Franco y le otorgaron, sin límites, todos los poderes. La fórmula del acuerdo fue designarle jefe del Gobierno del Estado, pero como no había nadie sobre él, se adoptó muy pronto el título abreviado de jefe del Estado, sin que para ello fuese necesario maquiavelismo bonapartista de ninguna clase, como han repetido hasta la saciedad y la vaciedad muchos autores con gusto sensacionalista. El propio general Cabanellas en el acto de entrega de

poderes, celebrado en Burgos el 1 de octubre de 1936, llamó a Franco jefe del Estado sin más.

Primer cruce de cartas entre don Juan y Franco

Los dos primeros intentos de don Juan para luchar en España —fechados el 18 de julio y el 1 de agosto de 1936— se hicieron dentro del alzamiento en general, sin ofrecimiento previo y concreto a personalidad militar alguna; por el ejemplo de otros miembros de la familia real que ya luchaban en España, donde dos de ellos iban a morir; y por puro sentido de la responsabilidad patriótica. Pero antes de acabar el año 1936, cuando el ejército de África se había estrellado ante el nuevo Ejército Popular que defendía Madrid desde finales de octubre, y las operaciones parecían estancadas en medio del terrible forcejeo alrededor de la capital, el Príncipe de Asturias formula su tercer intento de luchar en España y ahora lo hace, naturalmente, en carta dirigida al nuevo jefe supremo, general Franco. Es, que sepamos, la primera de las cartas que don Juan dirige a Franco (sin que los portavoces neojuanistas atribuyan demasiada importancia a este hecho ni citen jamás la carta), y bien merece una detenida y documentada consideración.

En sus conversaciones con Pedro Sáinz Rodríguez, el propio don Juan recuerda muy bien su ofrecimiento.

"El viaje a España (se refiere al primero) fue organizado principalmente por amigos de Acción Española: Eugenio Vegas, Jorge Vigón, Zunzunegui, Eliseda. Vinieron a buscarme; por cierto que coincidió con el nacimiento de la Infanta Pilar...

"Después del fracaso de la primera intentona de ir a España, esperé. Y de repente surgió lo del Baleares. Por lo visto, hacían falta oficiales; lo leí en no sé qué periódico, pensé que ésta sería la ocasión y escribí a Franco ofreciéndome.

"—Supongo que esa carta se conserva.

"—Existe, claro.

"—Entonces Franco, al contestarle, le dijo que no podía aceptarlo, porque era un peligro, y la suya era una vida preciosa...

"—Si no me hubiese ofrecido, habría dicho que no sentía el Movimiento, lo que no deja de tener gracia" [52].

En efecto, la carta de don Juan existe. Y la respuesta de Franco también, aunque el término de vida preciosa pertenece a otro texto de Franco, como veremos. Que yo sepa, es el primer cruce de cartas entre los dos; el primer intercambio de una larga correspondencia que va a extenderse durante décadas y que constituye la vertebración del presente trabajo histórico. Por supuesto que el portavoz neojuanista y sus congéneres e inspiradores jamás reproducen estas primeras cartas (como tampoco muchas de las posteriores). Pero aquí buscamos la verdad en los documentos de la Historia y por eso las ofrecemos íntegramente.

Don Juan se ofrece

7 de diciembre de 1936.
Excmo. Sr. General
Don Francisco Franco

Mi respetado general:

En forma tal vez impremeditada, cuando la guerra de España tenía sólo el carácter de una lucha interna, he intentado tomar parte en ella. Aunque me impulsaban sentimientos bien ajenos a la política, comprendo y respeto las razones que entonces movieron a las autoridades a impedir mi incorporación a las tropas.

Actualmente la lucha parece tomar, cada vez más, aspecto de una guerra contra enemigos exteriores, guerra en la que todos los buenos españoles de mi edad habrán podido hallar un puesto de combate. El deseo de hallarlo yo también, y en forma que aleje toda suspicacia, me mueve a someter a la benévola atención de V.E. mi aspiración.

Según noticias de prensa, se hallará pronto listo para hacerse a la mar el crucero Baleares, en el que podría prestar algún servicio útil, ya que he realizado mis estudios en la Escuela Naval británica, he navegado dos

---

52 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 257s.

años en el crucero Enterprise, y he seguido luego el curso especial de artillería en el Iron Duke antes de abandonar la Marina inglesa. Yo me incorporaría directamente al buque, me abstendría en absoluto de desembarcar en puerto alguno español y desde luego le empeño mi palabra de que no recibiría ni aún a mis amigos personales.

Yo no sé, mi general, si al escribirle así infrinjo las normas protocolarias con que es usual dirigirse a un jefe de Estado. Le ruego en todo caso disculpe el que confíe a su corazón de soldado este anhelo mío de servir a España al lado de mis compañeros.

Con mis votos más fervientes por que Dios le ayude en la noble empresa de salvar a España, le ruego acepte el testimonio del respeto con que se reitera a sus órdenes y muy afectuosamente e.s.m.

Juan de Borbón.

No cabe mayor adhesión por parte de don Juan; no cabe mayor identificación con la causa nacional, que ya no considera como bando de una lucha interna, sino como lucha contra un gran enemigo internacional, según la tesis proclamada por el jefe del Gobierno portugués, Antonio de Oliveira Salazar, y aceptada de forma expresa por los obispos españoles y por Franco. Cuya respuesta fue la siguiente:

Franco agradece y rechaza

Salamanca, 12 de enero de 1937.
S.A.R. Don Juan de Borbón

Alteza:

Su carta llena de patriotismo y entusiasmo me llena como soldado de satisfacción al contrastar, una vez más, cuán arraigadas están en V.A. las virtudes de la raza y cómo siente nuestra Realeza los problemas de nuestra querida España.

Es verdad que la lucha por nosotros empeñada se sale de los límites de la nación para entrar en los internacionales, ya que no sólo se debate la

suerte de España, sino también la de la civilización occidental y de la Iglesia católica, duramente atacadas por el comunismo ruso, con la complicidad y decidida cooperación de ciertos gobiernos extranjeros.

Hubiera sido para mí muy grato el haber podido acceder a vuestro deseo, tan español como legítimo, de combatir en nuestra Marina por la causa de España; pero la seguridad de vuestra persona no permitiría que pudiérais vivir bajo el sencillo título de oficial, pues el entusiasmo de unos y las oficiosidades de otros habrían de dificultar tan nobles propósitos; sin contar con que el lugar que ocupais en el orden dinástico y las obligaciones que de él se derivan imponen a todos y exigen de vuestra parte sacrificar anhelos tan patrióticos como nobles y sentidos, al propio interés de la patria.

Por todo ello, no obstante ser tan halagador vuestro deseo y tan valioso para la Marina española el aprovechamiento de vuestra pericia de oficial y vuestros sentimientos, en momentos que tantos compañeros han sido sacrificados por la barbarie roja, no me es posible seguir los dictados de mi corazón de soldado aceptando vuestros ofrecimientos.

Muy agradecido en nombre de España y de todos los compañeros de este Ejército y Marina por vuestros fervientes votos y entusiasmo, sabeis que contais con toda la simpatía y respetuoso afecto de este leal soldado que afectuosamente os saluda.

Francisco Franco [53].

La primera carta de Franco a don Juan es también importante. Reconoce expresamente la legitimidad de la monarquía alfonsina —frente a las pretensiones carlistas— y el preeminente lugar que don Juan ocupa en el "orden dinástico"; y aduce como principal razón para rechazar el ofrecimiento "la seguridad de vuestra persona". Cuando don Juan se ríe un poco de Franco años después al referir que a la vista del hundimiento del crucero le había salvado la vida, actúa movido un poco por el despecho surgido de discrepancias políticas posteriores de las que en 1937 no había ni sombra.

---

53 Cartas de don Juan y Franco en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado en la sombra,* op. cit., p. 347.

El Baleares se improvisa y se hunde

Y es que además Franco tenía toda la razón. El crucero Baleares, gemelo del Canarias, estaba muy retrasado en su construcción en el arsenal de El Ferrol cuando se inició la Guerra Civil. Después de trabajos intensos con la artillería, instalaciones y servicios muy incompletos, navegó a la base naval de Cádiz para terminar su alistamiento, una vez descubierta y abortada una conjura dirigida por varios subalternos para apoderarse del barco y entregarlo al Frente Popular; puede imaginarse lo que hubieran hecho con don Juan de Borbón entre los oficiales. La conjura fue descubierta y sus responsables, ajusticiados; el crucero arribó en Cádiz donde durante casi todo el año 1937 alternó las obras de artillado y los trabajos de alistamiento con diversas misiones de guerra junto a los otros dos cruceros del bloqueo: Canarias y Almirante Cervera. Pero aún no estaba completamente a punto cuando a primeros de marzo de 1938, en vísperas de la gran ofensiva de Franco desde el saliente de Teruel, que dividiría en dos la zona republicana, salió con los otros dos cruceros para importantes misiones de vigilancia sobre la costa enemiga y protección de un convoy propio cargado con material militar de urgente uso en los frentes.

Navegaban los tres cruceros a las órdenes del contralmirante Vierna después de recalar en la base de Palma de Mallorca y protegían un convoy hacia la costa africana, cuando toparon con la flota republicana de Cartagena que, al mando del almirante Luis González Ubieta, llevaba algunos días tratando de atacarles por sorpresa, aunque en aquel momento les creía en puerto. El encuentro se produjo a poco de la media noche del 6 de marzo de 1938, a 75 kilómetros y setenta y cinco grados de Cabo de Palos, que dio nombre a la batalla.

Los barcos nacionales despreciaban demasiado a los republicanos, que eran en conjunto superiores en número y capacidad de fuego, aunque la deficiencia de sus mandos los tenía habitualmente recluidos en su fortaleza cartagenera. El almirante Ubieta iba a desmentir esa fama de ineficacia. Después de un intercambio de proyectiles, entre ellos varios luminosos, a las dos y diecisiete horas de la madrugada tres destructores de la República lanzaron a 2.000 metros de distancia doce torpedos sobre la línea de los cruceros de Mallorca, que navegaban sin escolta de buques menores, y la artillería pesa-

da del crucero almirante Libertad consiguió colocar varios impactos en el casco del Baleares contra el que chocaron también dos torpedos de los destructores. Fue barrido el puente del crucero, del que desapareció el almirante Vierna con gran parte de la oficialidad superior y los supervivientes no consiguieron salvar el modernísimo barco que se hundió sobre las cinco de la mañana, con pérdida de 788 hombres, entre ellos 36 jefes y oficiales.

Varios destructores británicos se acercaron arriesgadamente y lograron salvar a algunos náufragos, trasladados después a los dos cruceros no tocados que regresaron al lugar del encuentro cuando dejaron en seguridad al convoy que protegían; la aviación republicana trató de hostigar el salvamento. Franco no bromeaba cuando atribuía a su prudente decisión en favor de la seguridad de don Juan que el Príncipe de Asturias hubiera salvado la vida [54].

---

[54] Datos sobre el Baleares en R. CEREZO, *Marina española siglo XX,* tomo III, p. 41, y tomo IV, p. 193s.

Capítulo VI
Franco rehabilita a Alfonso XIII

En el capítulo anterior hemos relatado y documentado los esfuerzos de don Juan de Borbón para combatir en el bando nacional de la guerra de España. Cierto memo que cree escribir libros de historia se atreve a afirmar que Franco no permitió a don Juan alistarse en el Baleares para que el príncipe no le quitase el puesto; y a semejante genio le toman en serio y le jalean en una importante editorial y en un importante periódico que dicen ser monárquicos, pero en esto, y tal vez no solamente en esto, actúan como enemigos de la monarquía y burladores de don Juan de Borbón, al consentir y divulgar tales retorcimientos de la Historia. (Hay otro memo que, con más culpa, prologa al memo; ellos se juntan). Pero nosotros vamos a prescindir de memos y memeces y a rastrear la Historia donde está, en los documentos y los testimonios comprobados.

Alfonso XIII: "Saluda al jefe"

El 8 de abril de 1937 el rey Alfonso XIII escribe a su enlace con Franco, general Kindelán. El Rey posee, por Kindelán, cumplida información sobre la guerra de España y por la red que dirige en París el embajador

Quiñones de León, simultáneamente para Franco y don Alfonso [55], sigue también muy de cerca las circunstancias exteriores del conflicto. En la carta que voy a reproducir, Alfonso XIII actúa como consejero de Franco dentro de la más estricta lealtad. Estos consejos se repitieron muchas veces.

"Querido Kindelán: Pensaba hace tiempo escribirte, pero hoy lo hago porque lo considero necesario para conocimiento del jefe del Estado. Como sabes, fue un gran acontecimiento el que Italia y Alemania reconocieran nuestro Gobierno. En París y Londres sentó como un tiro y no perdonan medio para tratar de separarnos de nuestros amigos. Poco después tanto Roma como Berlín nombraron embajadores, se les recibió con todo aparato y nosotros no correspondimos a este honor. Parece quitan a Catalupo (embajador de Italia en España) y se cree que quedará sólo un encargado de negocios, como ya ha hecho Alemania desde que Faupel está en Berlín. Con esto sufriría mucho nuestro prestigio. Que nombre el Generalísimo al que crea mejor y no haga caso de los chismes de personas del Ministerio de Estado. Me parece que se pierde el tiempo y que con el nombramiento se daría la sensación de firmeza, tan necesaria en estos tiempos. Saluda al jefe y con un abrazo sabes que te quiere, Alfonso R." [56].

Alfonso XIII, totalmente identificado con Franco y su causa, llama "nuestro Gobierno" al de Franco en Burgos, que todavía no era un gobierno formal, y "jefe" al propio Franco; ofrece atinados consejos, que fueron seguidos por Franco, sobre el intercambio de embajadores y atribuye al reconocimiento de la España nacional por Alemania e Italia la misma importancia histórica que José María Pemán, que en su famoso *Poema de la Bestia y el Ángel* evocaba la ausencia de Ramiro de Maeztu, "señor y capitán de la Cruzada", en aquel acto solemnísimo celebrado en la Plaza Mayor de Salamanca poco antes de la carta del Rey.

---

[55] El interesantísimo conjunto de documentos e informes enviados por la red Quiñones al Cuartel General del Generalísimo se encuentra en el Archivo de la Guerra Civil que se conserva en el Servicio Histórico Militar. He aprovechado varios informes de esta red en mi libro *1939 Agonía y Victoria* (Barcelona, Planeta, 1989).

[56] Cfr. A. KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 26.

Los telegramas entre Roma y Burgos

Desde la primavera de 1937 hasta el momento de la victoria en 1939, los telegramas de don Juan y de don Alfonso XIII jalonaban todos los acontecimientos de la Guerra Civil. Pedro Sáinz Rodríguez los ha tomado del archivo de don Juan y los ha publicado uno por uno. Así, Franco agradece el pésame de don Juan por la muerte del aviador Ramón Franco durante una misión en Baleares; el 7 de septiembre de 1937 la felicitación de don Juan por la toma de Santander; el 30 de octubre por la victoria en Asturias.

En algunos telegramas, Franco agradece "el entusiasmo emocionante con que participais en las glorias de nuestra juventud"; en otros, como el del 10 de junio de 1938, reconoce "demostración alto interés con que sigue curso guerra liberación". El 24 de junio y el 20 de julio el agradecimiento de Franco es por la felicitación de don Juan en la toma de Bilbao, y en el segundo aniversario del alzamiento, en otro telegrama, don Juan solicita a Franco que se incluya a uno de sus antiguos profesores de Marina en un canje de prisioneros procedentes de la zona roja, y el 6 de abril de 1939 Franco termina la serie de agradecimientos a don Juan que le había felicitado por la victoria final:

> *"Su Alteza Real el Infante don Juan de Borbón, Viale Parioli 119, Roma. Al recibir vuestro emocionante telegrama por la gran victoria nacional, me es grato recordar que entre esta juventud admirable tan pródiga en el sacrificio habeis intentado formar solicitando reiteradamente un puesto de soldado. Por ello será realidad la España una, grande y libre que evocais. ¡Arriba España! Generalísimo Franco. Burgos, 6 de abril de 1939"* [57].

En mi biografía de Franco (Planeta, 1982), incluyo los correspondientes telegramas, pletóricos de entusiasmo patriótico, que Alfonso XIII y don Juan dirigieron a Franco en todas estas ocasiones y que motivaron las respuestas que acabo de transcribir.

La apariciсón totalitaria de Serrano Súñer

Desde la instalación de Franco como jefe del Estado en Salamanca, después de recibir en Burgos la jefatura suprema el 1 de octubre de 1936, el

---

57 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 347.

político más influyente a su lado era su hermano, Nicolás Franco, nombrado secretario general de la Jefatura del Estado. Había pertenecido al Partido Agrario y desempeñado la Dirección General de la Marina Mercante durante los gobiernos de centro-derecha de la República, intentaba la creación de su difuso "partido franquista" en la zona nacional y perdió rápidamente importancia cuando, a principios de febrero de 1937, se presentó en Salamanca, evadido de la zona roja, donde dos de sus hermanos habían sido asesinados, el cuñado de Franco, Ramón Serrano Súñer.

Abogado del Estado, casado con la hermana de doña Carmen Polo durante los días de Zaragoza en que Franco desempeñaba la dirección de la Academia General Militar, Serrano Súñer había sido diputado de la CEDA de Gil Robles, donde llegó a desempeñar la vicepresidencia de la minoría parlamentaria, pero su estancia en zona roja, donde estuvo a punto de perecer, le había transfigurado y a las pocas semanas de instalarse en el palacio episcopal de Salamanca, estrecha sede del Cuartel General, se convirtió en el mentor político de su cuñado, ante el que ejerció durante toda la Guerra Civil las funciones de valido. Nicolás Franco desapareció pronto de escena al encomendársele la representacicón de la España nacional en Lisboa y Serrano, sin nombramiento gubernamental, controló pronto los servicios de prensa y propaganda antes de saltar al primer Gobierno de Franco a finales de enero de 1938, donde se convirtió en la figura clave.

Todavía no se ha escrito el estudio monográfico definitivo sobre Ramón Serrano Súñer, cuya lúcida longevidad le permite varios intentos, cada vez menos convincentes, de remodelar su propia ejecutoria hasta el mismo momento en que se escriben estas líneas. No cabe duda de su formación jurídica ni de su talento político ni de sus dotes para crear equipos de imagen y propaganda, ni de su irrefrenable tendencia para deformar su propia ejecutoria, lo que ha intentado varias veces, aunque nada de ello le valdrá ante la historia auténtica que conoce perfectamente esa ejecutoria.

Como la CEDA de Gil Robles, a la que Serrano había pertenecido, estaba poco menos que en desgracia en la zona nacional, el *cuñadísimo,* como pronto empezó a llamársele, trató de ocultar cuidadosamente esos orígenes y en cambio se fabricó un pasado pseudofalangista valiéndose de su indudable amistad personal con José Antonio, aunque jamás perteneció a

Falange, sino al partido más odiado por Falange; y al hacerse con el control de los servicios de prensa y propaganda de la zona nacional, los entregó a una pléyade de jóvenes intelectuales no simplemente falangistas, sino abiertamente fascistas, entre los que brillaron el médico Pedro Laín Entralgo, el profesor Antonio Tovar, fascinado por Hitler, y el poeta Dionisio Ridruejo. Con ellos se dedicó a la magnificación extrema del Caudillo, aunque últimamente, con un colosal fallo de memoria, se atreve a denostar a los "magnificadores" de Franco, de los que él fue el máximo maestro y exageradísimo alentador, como sumo sacerdote del mayor culto a la personalidad que haya jamás conocido España.

Franco se dedicaba en cuerpo y alma a la dirección de la guerra, la economía y las relaciones internacionales del conflicto y dejó a Serrano, casi por entero, el diseño del "Nuevo Estado" que debía ser, como parecía exigirlo la época, estrictamente unitario y abiertamente totalitario, más según el modelo italiano que según el alemán; pero se trataba de un totalitarismo atemperado por un profundo sentido católico, que tanto Franco como su mentor vivían sinceramente en aquel ambiente de Cruzada; y con una cierta reglamentación que excluyese la arbitrariedad desenfrenada, que tanto Franco, con su sentido de la justicia, como Serrano, hombre de derecho, repudiaban.

Entre las ilustraciones de este libro he incluido el facsímil de una carta autógrafa de don Juan a la revista falangista Jerarquía, fechada en 1937, antes de la unificación. Don Juan se adhiere a Falange, a sus ideas, a su teoría fascista y se suscribe a la revista. Es un documento capital que los juanistas jamás han revelado. Creo publicarlo por primera vez.

Pero el régimen que diseñó Serrano Súñer era, por encima de todo, totalitario; suprimía los partidos políticos y los integraba en un partido único, un popurrí aglutinado en torno a la fusión del tradicionalismo y la Falange; reducía y limitaba las libertades públicas; y colocaba el Gobierno, la Administración y la política bajo el mando personal, único y carismático del Caudillo. Luego, en 1942, Franco despidió sin ceremonia a su valido que, desde entonces, ha reconstruido la historia de aquellos años desde el resentimiento, y se ha querido presentar poco menos que como precursor de la democracia; pero fue todo lo contrario.

La unificación forzosa

El 19 de abril de 1937, cuando el general Mola lanzaba al Ejército del Norte contra el cinturón de hierro de Bilbao, Franco promulgaba en Salamanca el decreto sobre unificación de partidos en la zona nacional. Ramón Serrano Súñer y el precursor fascista Ernesto Giménez Caballero habían inspirado y redactado el decreto, cuyas ideas esenciales eran, sin embargo, del propio Franco. El decreto de unificación se publicó cuando aún no se habían apagado los ecos de una pequeña guerra civil entre clanes falangistas por las calles de Salamanca, que Franco aprovechó para descabezar la Falange y encarcelar a sus principales dirigentes.

En el decreto, Franco creaba "una sola entidad política nacional, enlace entre el Estado y la sociedad, garantía de continuidad política y de adhesión viva del pueblo al Estado". Se creaba como síntesis del tradicionalismo y la Falange: "Como en otros países de régimen totalitario, la fuerza tradicional viene ahora en España a integrarse en la fuerza nueva". Así se constituía un Movimiento. Los demás partidos, es decir, la CEDA católica y Renovación Española, no se mencionaban, pero quedaban integrados en el Movimiento, llamado Falange Española Tradicionalista y de las JONS con carácter provisional. Pero al final del preámbulo, Franco apuntaba la posibilidad de una restauración monárquica:

"Cuando hayamos dado fin a esta ingente tarea de reconstrucción espiritual y material, si las necesidades patrias y los sentimientos del país así lo aconsejaran, no cerramos el horizonte a la posibilidad de instaurar en la nación el régimen secular que forjó su unidad y su grandeza histórica".

El nuevo Movimiento quedaba "bajo mi Jefatura". Se crea una Junta Política o secretariado, y el Consejo Nacional, cuyos miembros serán designados en su mitad por el jefe del Estado. El "Nuevo Estado" se califica como totalitario. Las milicias de los antiguos partidos conservarán sus emblemas y se considerarán auxiliares del Ejército. Los puntos del nuevo Movimiento serán los de Falange, excepto el último, que recomendaba se pactase todo, y fue suprimido.

Los monárquicos acatan la unificación

Andando los años, algunos afectados por la unificación hablarán de oposición y resistencia al decreto, pero en abril de 1936 todos lo aceptaron unánimemente. José María Gil Robles entregó a Franco toda su organización y efectivos. Los monárquicos de todas las ramas y obediencias hicieron exactamente lo mismo, aunque en las semanas anteriores a la unificación algunos de ellos, como Vegas Latapié, José María de Areilza y Pedro Sáinz Rodríguez, se habían movido para concertar alianzas con otros grupos y tratar así de parar el golpe. Ahora acataron el decreto y se entregaron por completo al Movimiento totalitario.

Los dirigentes carlistas de Navarra no sólo aceptaron la unificación, sino que la habían promovido. El 30 de abril el príncipe regente carlista Javier de Borbón Parma pedía audiencia a Franco para ponerse a sus órdenes con los suyos. Se adhirieron a la unificación de Franco, por carta, el último jefe de Gobierno de la monarquía constitucional en 1923, don Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas; el ex jefe del Gobierno republicano don Alejandro Lerroux, que envió a Franco su adhesión solemne el 18 de julio de 1937; el ex ministro de la Corona don Manuel de Burgos y Mazo, el líder de Renovación Española Antonio Goicoechea y el que lo era del Bloque Nacional por desaparición de Calvo Sotelo y Pradera, es decir, don Pedro Sáinz Rodríguez. Alfonso XIII y don Juan de Borbón mantuvieron su adhesión entusiasta a Franco después de la unificación, como demuestran los telegramas que hemos transcrito. Y creyeron que la vaga promesa de Restauración contenida en el decreto era un rayo de esperanza, que como hemos visto se acabó por convertir, según voluntad de Franco, en realidad. No sé por qué los neojuanistas se empeñan en que sólo se trataba de un efugio. Franco no tenía necesidad alguna de mencionar el problema; es evidente que quiso dejar una puerta abierta al futuro.

Franco habla con Luca de Tena sobre don Juan

He indicado que la comunicación entre Franco y la familia real exiliada fue de doble flujo durante toda la Guerra Civil. Incluso antes de que la bandera roja y gualda, que se llamaba durante la República "bandera monárquica",

se restaurase oficialmente, Franco, con Queipo de Llano a su lado, la ofreció al pueblo de Sevilla a los pocos días de establecerse en el palacio de Yanduri para dirigir el avance del ejército de África sobre Madrid. Siendo ya jefe del Estado, restauró como himno nacional la *Marcha Real,* el himno de la monarquía española, llamado "marcha granadera" desde que Federico el Grande se la ofreció al Ejército español en el siglo XVIII. Pese a la vinculación del nuevo Estado con Alemania e Italia, que le habían reconocido y le suministraban armas y pertrechos de guerra, Franco no rompió relaciones con Inglaterra y proclamó la neutralidad de España cuando amenazaba un conflicto mundial por los días de la batalla del Ebro en otoño de 1938 y agradeció los buenos oficios de la Reina Victoria Eugenia, que nunca dejó de ser princesa real de Inglaterra e Irlanda, para que el duque de Alba fuese aceptado en Londres como representante oficioso de España hasta que recibió, antes de acabar la guerra, la confirmación oficial como embajador.

En mayo de 1937, Franco subrayó en una entrevista con Randolph Churchill "la tradicional amistad de España con Inglaterra", aunque la doctrina oficiosa de los fascistas de Serrano Súñer que dirigían la propaganda era la contraria. Después de la unificación, siguió contando con los políticos monárquicos de la zona: Eugenio Vegas fue designado consejero nacional del Movimiento, José María de Areilza recibió cargos de suma importancia y Pedro Sáinz Rodríguez fue nombrado en julio de 1937 jefe nacional de Educación de FET y de las JONS antes de entrar como ministro del ramo en el primer Gobierno nombrado en enero de 1938.

En momentos tan críticos como los de julio de 1937, Franco, que dirigía en Villa del Prado la sangrienta batalla de Brunete, concedió al marqués de Luca de Tena, director del *ABC* de Sevilla, la entrevista más famosa de toda la guerra, que se publicó el 17 de julio, primer aniversario del conflicto, con grandes titulares en ese diario y con amplios ecos en todo el mundo. Su tema central: la monarquía y el infante don Juan.

Luca de Tena le pregunta sobre el proyecto de Restauración insinuado, como acabamos de ver, en el decreto de unificación de partidos. Franco responde: "Si el momento de la Restauración llegara, el nuevo Estado tendría que ser muy distinto al que cayó el 14 de abril de 1931. Desde luego, aunque nos duela a muchos, habrá que atenerse a que esa promesa encaje.

Será éste el momento para un nuevo lazo de unión para el Estado español por el que se está luchando".

Pregunta Luca de Tena sobre el propósito de don Juan de Borbón de luchar por la causa nacional y Franco responde:

"Exacto. Don Juan de Borbón, de cuyo talento y simpatía tengo el más alto concepto, intentó a primeros de agosto (sic) ponerse a las órdenes de la Marina española. Precisamente alegaba su carrera de marino comenzada en España y terminada en Inglaterra. Solicitaba un mando en un barco de guerra encuadrado en su graduación, y se comprometía, para evitar posibles conflictos, a no desembarcar nunca ni recibir ninguna visita, pero yo no pude acceder a sus deseos, porque mi responsabilidad era muy grande y no podíamos poner en peligro una vida que algún día podría sernos preciosa. Debo añadir a lo anterior que hay actualmente dos bandos españoles en guerra, uno de los cuales está integrado por los sin patria y por los sojuzgados por el látigo ruso, pero ya nos encontraremos todos solos en España y no podrá haber más que españoles y si en el cambio de Estado volviera un rey, tendría que venir con carácter de pacificador y no podría contarse en el número de los vencedores".

Me parece que los neojuanistas no han valorado suficientemente esta intuición de Franco, que luego permitiría a don Juan presentarse sinceramente como reconciliador, lo cual hubiera resultado difícil de haber contribuido, como varias veces deseó, a derramar sangre de españoles enemigos en la Guerra Civil.

Franco escribe a Alfonso XIII

El 4 de diciembre de 1937 Franco escribió a don Alfonso XIII una carta importantísima que no figura en ninguna de las colecciones epistolares publicadas en España o fuera de ella. Don Juan se refiere a esta carta en sus conversaciones con Sáinz Rodríguez. No publican la carta, pero la comentan como si fuera el colofón de la correspondencia de Franco y el Rey, critican que Franco no le diera tratamiento, pintan a Franco montado a caballo y citan una frase de Lequerica, peleado entonces con Franco, cuando decía que el Caudillo hablaba al Rey "con lenguaje de *la Venganza de don*

Mendo". Pero don Juan y don Pedro se equivocan al sugerir que esta carta fue la ruptura final de Franco y el Rey. Hubo varias comunicaciones más y sobre todo una importantísima petición del Rey al Ejército en favor de Franco. Todo llegará en su momento.

Ahora voy a reproducir la carta que casi nadie conoce y que se refería a una anterior de Alfonso XIII sobre la famosa entrevista de Brunete entre Franco y Luca de Tena. Alfonso XIII tocaba en esa carta a Franco el problema del poder y de ello era Franco absolutamente celoso, como en su momento comprobaría don Juan, que debiera haber meditado mucho más a fondo esta respuesta de Franco en vez de comentarla con frivolidad; porque la misma historia y la misma lección se iba a repetir entre él y Franco a propósito de don Juan Carlos, que sí parece lector más aprovechado de toda esta correspondencia. Alfonso XIII se había molestado de que en la entrevista con Luca de Tena Franco no aludiese a él para la Restauración, sino a su hijo. Franco, con dura sinceridad, le desengaña y le descarta.

Hay un membrete bajo el escudo de España que dice: "El Jefe del Estado español".

Burgos, 4 de diciembre de 1937
A Don Alfonso XIII

Oportunamente recibí vuestra carta reflejo del sentimiento que os causó la exteriorización por Luca de Tena de unas frases o palabras mías en relación con el futuro; os ruego perdoneis mi tardanza en contestaros, aunque sin duda el conde de los Andes os habrá llevado de palabra un adelanto de cuanto hoy os expongo y habrá justificado esa tardanza con las atenciones de la guerra; y el que mi carta tendría que rebasar los límites de una protocolaria respuesta.

El contenido de vuestra carta viene demostrándome la falta de información real en que os encontrais sobre la situación de España y que por el bien de ésta es conveniente os aclare.

El movimiento nacional, desde su origen, tuvo un carácter esencialmente patriótico; con un fondo católico profundo, como correspondía a la calidad de las masas que a él le unían y cuya preocupación única fue, y es, sal-

var a España de su destrucción y a la civilización y fe católica de su desaparición de Europa. El punto relativo a la cuestión régimen no era motivo de discusión en la gran lucha por la salvación de España; necesitábamos de todos, y no podía aceptarse nada que pudiese dividirnos; así lo acordé con Mola y Varelita antes de mi salida para Canarias. El movimiento había de ser esencialmente nacional sin cerrar los caminos al porvenir.

Franco descarta a Alfonso XIII por don Juan

En este sentido se resolvió patrióticamente una grave dificultad surgida en los días anteriores al movimiento, cuando un pequeño grupo tradicionalista con Fal Conde quiso forzar a Mola a dar al movimiento un carácter determinado; la masa sana carlista, sin vacilar, se puso al lado del movimiento sin condiciones ni reservas, pero lo que pudo ser campaña de días se convirtió en guerra dura y sin igual en la historia; los partidos del Frente Popular se entregaron con lo que quedaba de República al comunismo y a la anarquía y antes de ver triunfante el movimiento entregaron España a las Brigadas Internacionales y agentes soviéticos, surgiendo una guerra de proporciones insospechadas. No bastaron ni los soldados profesionales ni los voluntarios, y fue la nación en armas la que acudió a los frentes en los que la juventud española se batió con heroísmo sin igual por una España grande y por una España justa.

Esa juventud, tan abnegada y ejemplar, no piensa al combatir en regímenes ni en personas; siente el patriotismo en forma vehemente y exaltada y tiene fe en nuestras promesas de hacer una España grande, justa y humana en la que haya menos grandes ricos y muchos menos pobres; un Estado amado de los españoles, que no ofrezca el doloroso espectáculo de viviendas míseras y de familias sin pan. Promesas que hemos de cumplir sin vacilaciones, ya que de nada nos serviría el ganar la guerra si dejásemos supervivientes las causas que crearon el clima favorable a la expansión de la anarquía roja.

Nuestro movimiento se asienta sobre bases firmes económicas y sociales que labrarán la grandeza de España y el bien particular de los españoles; es por lo tanto de tal amplitud la obra a realizar y tantas las batallas a

librar que sería una locura el dificultar la empresa creando entre los españoles divisiones y recelos en los momentos en que es más necesaria la asistencia de todos para la gran lucha que la patria exige.

Esto justificará a vuestros ojos que impongamos no se hable ni discuta sobre puntos y principios que por no ser comunes y poder dividir a los españoles constituiría el tolerarlo un delito de lesa patria, aparte de que la reacción natural de los patriotas malograría la posibilidad, para el porvenir, de dar a nuestro Estado una continuidad histórica.

Examinando pues la labor a realizar: terminación de la guerra, liquidación de ésta y construcción, ordenación y consolidación del nuevo Estado; se comprenderá, por el tiempo que esta labor exige, que al hablar sobre el futuro se aludiese por razones de lejanía y motivos de desgaste a quien llegado el caso habrá de encontrar más asistencias.

Esto no puede encerrar la menor crítica ni molestia hacia vuestra persona, sería eso cerrar los ojos a las realidades: treinta años de reinado, sobre un pueblo, como el español, seguido de la caída de un régimen, entregado sin defensa por los propios monárquicos, son bastante a gastar al más puro de los monarcas; aparte de que la nueva España que hoy forjamos tiene tan poco de común con la liberal y constitucional en que reinasteis que habrá de constituir para los españoles un motivo de preocupación y recelos vuestra formación y las obligadas prácticas políticas de antaño.

La formación del Príncipe

Esto es lo que en el campo político ocurre con muchos de los hombres que con vosotros gobernaron o militaron en los viejos partidos; es necesario que políticamente se retiren y dejen paso a la juventud, a estos muchachos llenos de fe y de generosidad que no quieren contaminarse de liberalismos caducos y que ardientemente sienten a la patria y a ella se entregan y sienten naturales recelos de cuanto pueda representar resurgimiento de un liberalismo derrotado.

Es un pueblo que se pone en pie, que habla otro lenguaje y necesita de otros hombres; aspiran a un Imperio, no se conforman con la España que nos legaron nuestros padres y su fe y constancia harán milagros.

Contra mi falta de ambiciones y voluntad me cupo el deber y el honor en estos momentos históricos de ser el caudillo de la Cruzada y en ella he de caer o alcanzar para España la gloria que está en la mente de todos, y por ello, forzando la inclinación natural a seros grato, os hablo con esta lealtad y esta franqueza, seguro de que vuestro patriotismo hará que me comprendais y con la seguridad también de vuestra colaboración.

Por todo esto he de rogaros cuideis de la formación del príncipe don Juan, llevar a su ánimo el despertar de España, que siga intensamente nuestro movimiento y sienta al unísono con esta juventud, alejando de su lado a cuantos pretendan torcer su excelente natural, pretendiendo precipitar etapas en un camino cuya meta presentimos pero que, por lo lejana, no vislumbramos todavía.

Con la más alta consideración y el más devoto recuerdo

Francisco Franco [58].

Don Juan leyó la carta

En vísperas de las decisivas batallas de la Guerra Civil en torno a Teruel, Franco, que consideraba a Alfonso XIII, como dijo en otro momento "un gran rey, uno de los mejores que hemos tenido", le confiesa sinceramente que no le cree apto para encabezar una futura Restauración para la que piensa en el Príncipe de Asturias. Lo mismo le venían diciendo a don Alfonso XIII los "juanistas", es decir, todos los políticos jóvenes de la monarquía a partir de 1933, pero Alfonso XIII no quería hacerles caso. Esta carta de Franco debió de desengañarle ya definitivamente y desde entonces aceptó secretamente la abdicación, pero quería entregar la Corona a su hijo después de recuperarla él, aunque fuese por unos días.

Don Juan conoció esta carta de Franco a su padre. Y antes de que llegase la carta, Alfonso XIII había dado su aprobación a que, después del fallido intento de que combatiera en la guerra de España, el Príncipe de Asturias completase en lo posible su formación para las altas responsabilidades

58 Texto de la carta de Franco a don Alfonso en el último apéndice del libro de E. Vegas *Los caminos...*, op. cit., p. 515.

que Franco insinuaba desde la entrevista con Luca de Tena, e incluso desde que quiso apartarle del riesgo de primera línea.

Dos personalidades se habían preocupado de que don Juan fuese recibiendo esa formación durante el año 1937. Una de esas personas era el líder catalanista de la Lliga Francisco Cambó, que colaboró muy activamente con Franco y coordinó, a su costa, los servicios de propaganda de Franco en Europa, cuyo órgano era la magnífica revista editada por Joan Estelrich en París, *Occident,* que reflejaba las opiniones de un amplio sector de la intelectualidad francesa y británica en favor de la España nacional. Cambó no se había puesto de acuerdo con Eugenio Vegas sobre la necesidad de que don Juan recibiera una formación cultural profunda mientras esperaba el regreso a España, pero los criterios de Cambó y de Vegas resultaron ser los mismos, como reconoció Vegas. Cambó consiguió que un profesor eminente, don Fernando Valls Taberner, impartiese al príncipe en Roma un curso sobre historia universal y de España. Vegas, por su parte, aprovechó la estancia en Roma del ex ministro monárquico y eminente catedrático e historiador del arte don Elías Tormo que trabajó durante algún tiempo con don Juan sobre materias de su especialidad [59].

La primera sumisión de don Juan a Franco

Cuando Eugenio Vegas Latapié estuvo, con autorización de Franco, en Roma en diciembre de 1937, ya llevaba noticias de que la carta de Franco a don Alfonso era muy dura, sobre todo porque era la primera después de una en la que agradecía a don Alfonso su donativo personal de un millón de pesetas para las necesidades de la guerra, donativo del cual había dicho algo el historiador británico Aronson, pero del que no hemos tenido prueba testimonial hasta la revelación de Vegas, cuyos dos libros de memorias son discutibles en muchos puntos, pero están dotados del más alto interés histórico.

Alfonso XIII comentó entonces con Vegas algunos puntos especialmente duros de la carta de Franco, que parecía —le dijo— escrita por un

---

59 Cfr. E. VEGAS, *Los caminos...*, op. cit., p. 398.

democristiano cualquiera, pero la carta no llegó a poder del dirigente monárquico hasta muchos años después, cuando don Juan le envió copia y gracias a eso la conocemos hoy.

Don Juan, insisto, conoció esa carta nada más recibirse, aunque Sáinz Rodríguez no la reproduce en sus libros, como tampoco se ha conocido una carta de don Juan escrita poco después a Franco, como si quisiera aprovechar la opinión favorable que Franco manifestaba sobre él en la carta a su padre. Esta carta, de la que Vegas no tuvo noticia en toda su vida, aunque don Juan la escribió cuando Vegas estaba junto a él en Roma, dice así:

Viale Parioli 112
Roma, 28.XII.1937, 2 A.T. (segundo año triunfal)
Excmo. Sr. General Don Francisco Franco (manuscrita)

Mi respetado general: La prensa inglesa y francesa repetidamente vienen ocupándose de la política futura de España y sacan a la luz pública mi nombre en relación con ella, como si yo sostuviese actividades de este tipo. Como quiero que en modo alguno pueda V.E. tener duda sobre mi actuación, le pongo estas líneas para asegurarle que a ninguna persona, española o extranjera, he autorizado a expresar otras ideas que mi deseo de obedecer las órdenes de V.E. como el mejor medio de servir a España y que nunca he tolerado se hablase en mi presencia de otra cosa. Precisamente por creer que sirvo de la mejor manera posible a España siguiendo fielmente sus consejos, es por lo que, contra mi corazón, no he intentado nuevamente ir a tomar parte con mis compatriotas en la Cruzada de la que V.E. es el glorioso Caudillo.

Deseándole el mismo acierto que hasta ahora ha tenido para llevar a su fin la campaña y con ello la pacificación de España, quedo suyo affmo.

Juan de Borbón [60].

---

60 Fundación Francisco Franco, *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco*, Madrid, 1992, p. 166.

Como en la aciaga época de 1807 y 1808, otra vez la familia Borbón escribe al militar árbitro de la política española —Napoleón entonces, ahora Franco—, cada cual por su cuenta, para congraciarse con el árbitro. Todo parece indicar que en esta ocasión don Juan logró su objetivo y Franco le confirmó secreta y personalmente como su futuro sucesor a título de rey sin fecha fija. Pero para eso, como decía Franco, tenían que ocurrir muchas cosas, la primera de todas ganar la guerra.

Don Juan Carlos y el Gobierno totalitario de 1938

Durante su visita a Roma en las Navidades de 1937 a 1938, habían acompañado a Eugenio Vegas José Ignacio Escobar y Alfonso García Valdecasas. Hablaron con el conde Ciano sobre el futuro de España y le manifestaron que no veían otro que la monarquía con el infante don Juan como rey indiscutible. Ciano elogió a don Juan, pero torció un poco el gesto, y los monárquicos españoles interpretaron que tal vez favorecía el retorno de don Alfonso XIII o incluso la instalación en el trono español del duque de Aosta, como si se quisiera repetir la infausta experiencia de don Amadeo de Saboya.

Se volvieron preocupados a España [61]. Sin embargo, en la víspera de Reyes de 1938, cuando los dos ejércitos españoles se enzarzaban en la terrible batalla de Teruel, nacía en Roma una gran esperanza para España: el primer hijo varón de don Juan y doña María, bautizado como Juan Carlos (los mismos nombres que su padre) por el cardenal Pacelli en la capilla de la Orden de Malta, en Vía Condotti, con nutrida representación de la nobleza italiana y bastantes exiliados españoles, aunque en España, sobrecogida por la batalla de Teruel, la noticia pasó casi desapercibida excepto para el incorregible activista y aviador monárquico Juan Antonio Ansaldo, que envió a don Juan, padre feliz, un telegrama insólito: "Salve al futuro Emperador de Occidente".

El nacimiento de un heredero varón aseguraba en favor de don Juan lo que Franco había llamado en la carta del Baleares el orden dinástico; nadie podía imaginar entonces que don Juan Carlos estaba destinado a ser el

---

61 Cfr. J. I. ESCOBAR, *Así empezó...*, op. cit., p. 260.

reconciliador de las dos Españas que entonces se destrozaban en torno a Teruel, y también el sucesor de Franco a título de Rey.

Amanecía así el año 1938, con peligro creciente de guerra mundial en Europa por las desaforadas ambiciones de Hitler que iba cumpliendo inexorablemente su programa expansivo esbozado en *Mein Kampf* y con las democracias occidentales en pleno proceso de apaciguamiento ante esa amenaza que pronto se iba a cernir sobre Checoslovaquia.

Antes de acabar el mes de enero de 1938, Franco decidía formalizar su régimen con la designación de un Gobierno pleno en el que entraban varios colaboradores monárquicos de la Dictadura de Primo de Rivera y la máxima figura superviviente del Bloque Nacional, el profesor Pedro Sáinz Rodríguez, junto a personalidades procedentes de la Falange y del carlismo, varios generales y por supuesto el cuñadísimo Serrano Súñer, árbitro de la política interior como ministro de la Gobernación, Prensa y Propaganda, con su equipo de jóvenes y agresivos intelectuales fascistas que se dedicaban a las órdenes de su jefe a la más desaforada magnificación del Caudillo y empezaban a preocupar, muy seriamente, a la jerarquía eclesiástica que había endosado a la Cruzada, pero se oponía a la implantación de un régimen realmente totalitario y estatista en España.

Una de las realizaciones más características de Serrano Súñer en 1938 fue la totalitaria ley de Prensa e Imprenta, que ponía todos los medios de comunicación, prensa, radio y libros, bajo el férreo control del Estado, con censura previa, imposición de consignas, nombramiento de directores y negación absoluta de libertad. Esto fue obra personal y consciente de Serrano Súñer, el antiguo miembro de la CEDA que ahora trataba de cambiar su pasado por una ejecutoria falangista perfectamente inventada.

Hostilidad monárquica a Serrano Súñer

Muchos monárquicos contemporizaban con este recrudecimiento totalitario para no entorpecer la unidad interna ante el esfuerzo de guerra, y tanto don Alfonso XIII como don Juan estaban a la cabeza de estos monárquicos contemporizadores; no salió de las dos regias personas ni una queja ni una protesta ni una observación, sino que seguían enviando telegrama tras tele-

grama de fervorosa adhesión al Caudillo por sus victorias, que durante aquel año fueron decisivas en el hundimiento del frente de Aragón (primavera) y en la destrucción del ejército enemigo durante la batalla del Ebro, en verano y otoño.

A finales de ese mismo año, Franco preparaba la batalla de Cataluña, que podría significar el final de la Guerra Civil. Un número muy reducido de otros monárquicos se mostraba en desacuerdo con el rumbo que tomaba la política, se enfrentaba sordamente a Ramón Serrano Súñer, pero no exteriorizaban su protesta, sino que se entregaban físicamente a la lucha armada contra el enemigo. Así, Eugenio Vegas Latapié, que fue cesado para el segundo Consejo Nacional del Movimiento, porque creyó que su misión era la de aconsejar; y varios militares, como Kindelán y Varela, que hicieron un pésimo ambiente al valido en las fuerzas armadas, donde llegó a ser muy impopular.

Don Juan de Borbón, sin embargo, no aprobó la incipiente oposición al régimen de Eugenio Vegas. El 6 de abril de 1938 don Juan dirigió a su fiel seguidor una carta en la que le manifestaba su desaprobación por haber provocado su cese en el Consejo Nacional del Movimiento. "Me he enterado —le decía— de tu salida del Consejo Nacional del Movimiento, y aunque sé que a ti esto no te importa mucho, quiero que sepas que siempre cuentas con mi afecto... Ahora bien, me permito decirte que es mejor que no cojas al toro por los cuernos en estos momentos tan difíciles de la política española" [62]. Luego vio Vegas con asombro un comentario irónico de don Juan sobre él en la revista *Candide* que le marcó como al fuego e inició un capítulo amargo de sus relaciones con don Juan, que lleva por título precisamente el del libro donde relata esta desautorización: *los caminos del desengaño.*

El proyecto de Restauración en 1939

Sin embargo, Franco demostró su profunda estima por don Alfonso XIII en el terreno de los hechos antes de que acabase el año 1938. Por decreto

---

[62] Cfr. E. VEGAS, *Los caminos...*, op. cit., p. 447.

del Consejo de Ministros celebrado en Burgos el 15 de diciembre de 1938 —justo al terminar la batalla del Ebro—, y a propuesta del propio Franco, se derogó formalmente el acta de acusación contra Alfonso XIII aprobada por las Cortes de la República en 1931, por la que se había condenado a don Alfonso como reo de alta traición, se le privaba de la seguridad jurídica y se le confiscaban cuantos bienes poseyese en España. El decreto se aprobaba para reparar la injusticia, se ordenaba la fijación del texto en todos los ayuntamientos de España, como había establecido la República, y se le devolvían los bienes del caudal privado en España. De esta forma, los palacios de Miramar y de la Magdalena, así como los demás bienes confiscados, volvieron a la propiedad personal del Rey, que seguramente recibió con ello la mayor alegría de su vida después de su expulsión de España el 14 de abril de 1931.

La rehabilitación de don Alfonso XIII se interpretó, cuando estaba a punto de desencadenarse la campaña de Cataluña que supondría la virtual terminación de la Guerra Civil, como un anuncio de una inmediata restauración de la monarquía en España. Dos importantes testimonios dejan en claro el asunto.

El primero es de un gran militar y gran historiador, Carlos Martínez de Campos, conde de Llovera y luego duque de la Torre, nieto del general Serrano y durante la campaña de Cataluña jefe de Artillería del Ejército del Norte. Terminada la campaña de Cataluña después de la toma de Tarragona y de Barcelona, y a fines de enero de 1939, Martínez de Campos tuvo una conversación en el puesto de mando con el general Juan Vigón, antiguo preceptor de don Juan, al que llama el general historiador "superjefe de Estado Mayor de la Cruzada". Vigón había conferenciado en el frente con el general italiano Gastone Gámbara, jefe del Corpo Truppe Volontarie italiano y después de meditar largamente en silencio habló así al jefe de la Artillería:

"Cuando la guerra acabe, muchos van a tener un desengaño, empezó diciéndome Vigón. Con frecuencia habíamos tratado el asunto de la futura Jefatura del Estado y del régimen político y era cosa que veíamos de un modo muy distinto. Nos apasionaba la materia. ¿Quién no estaba interesado en ella? ¿Quién no pensaba en el esfuerzo realizado por tanta gente y en la reivindicación de los caídos?

"—¿No serán noticias italianas? —pregunté en seguida.

"—Sí, sí, de Roma misma.

"—¿Cómo eso, mi General?

"—Nada, que el Duce ha escrito a Franco aconsejándole que no se deje influir por las indicaciones de los monárquicos empedernidos.

"—¿Y Gámbara conoce el documento?

"—Porque le han enviado de Italia una primera copia, para conocimiento.

"—¿Ha visto usted esa copia?

—Completa no. Pero el propio Gámbara me ha enseñado la parte correspondiente a nuestro porvenir".

Vigón buscaba la razón del hecho; quería justificarlo. Él estaba seguro, en la sazón aquella, de que nuestro jefe de Estado entronizaría muy pronto al personaje a quien Alfonso XIII había entregado recientemente sus derechos: su hijo tercero, el Conde de Barcelona. Y la noticia le originó disgusto.

Pero en ese tiempo la guerra continuaba. Cuando se hablaba del futuro, la victoria precedía a la política. Lo importante era la paz; "la paz con Franco" se decía. Lo decíamos incluso los que ansiábamos una restauración monárquica; siquiera con poca esperanza de que el hecho se llegara a producir [63].

Con la carta de Franco escrita a don Alfonso XIII pocas semanas antes, nosotros sabemos ahora más de lo que entonces podía adivinar don Juan Vigón. Su interlocutor adelanta la cesión de derechos de don Alfonso XIII a don Juan, que aún no se había producido, así como el uso del condado de Barcelona. Pero lo importante es el consejo de Mussolini, arrepentido de haber mantenido la Casa de Saboya cuando tomó el poder en Italia después de la Marcha sobre Roma en 1922.

¿Se equivocaron los monárquicos?

El segundo testimonio sobre la Restauración frustrada al final de la guerra coincide con el anterior, pero introduce un intermediario: Ramón

---

[63] C. MARTÍNEZ CAMPOS, *Ayer,* Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1970, p. 184s.

Serrano Súñer. Se debe al confidente de Franco, general Franco Salgado Araujo:

"Al terminar nuestra guerra y en la época en que la influencia de Serrano Súñer era enorme y su consejo al Caudillo casi siempre se tenía en cuenta, o al menos ejercía mucha fuerza en su ánimo, nuestra aristocracia cometió el error de atacar con dureza al entonces falangista y nada monárquico Serrano Súñer. Qué equivocación, decía yo, la de esa gente que no para de hablar mal e inventar sátiras y chistes contra Serrano, que tanto puede influir en la vuelta rápida del régimen monárquico. Conociendo bien sus virtudes y defectos, estaba seguro de que si la aristocracia y los monárquicos le trataban bien y se lo atraían ensalzando y ponderando sus cualidades buenas, que también las tenía, él defendería a la monarquía en vez de atacarla con saña; como hizo, haciendo ver al Caudillo que la monarquía no era querida por los españoles, y menos por la Falange, recordándole que Mussolini más de una vez le había dicho 'Diga al Generalísimo que no instaure la monarquía, que el rey será siempre su enemigo; a mí me pesó mucho no haberme desentendido de la Casa de Saboya cuando los camisas negras avanzaron sobre Roma'" [64].

Aún sin el consejo de Mussolini subrayado por Serrano Súñer, Franco, como había declarado pública y secretamente desde 1937, no proyectaba una restauración monárquica inmediata, aunque sí pensaba seriamente en coronar su obra histórica con una restauración. El 1 de abril de 1939, día de la victoria, la persona en quien pensaba para ello era, como él mismo había anunciado, don Juan de Borbón.

Y por cierto el aborrecimiento contra Serrano Súñer no provenía solamente del sector monárquico y la aristocracia. El valido tenía enfrente, cada vez con más intensidad, a casi todas las fuerzas armadas, a la parte más consciente de la Iglesia, a los carlistas y a un importante sector de la propia Falange. El curso de la inminente guerra mundial decidiría el destino.

---

64 F. FRANCO SALGADO, *Mis conversaciones privadas con Franco,* Barcelona, Planeta, 1976, p. 47.

El mentor de Don Juan y la democracia

E. Vegas. *Los caminos del desengaño*, op. cit., p. 365s

Siempre poseyó don Juan notable inteligencia y perspectiva muy aguda para descubrir incluso encubiertas intenciones. Pero en el caso a que aludo... operó más bien la confluencia de dos coordenadas casi consustanciales con las personas de la realeza: el agrado con que suelen verse envueltas en la adulación y un secreto impulso de ingratitud, tal vez inconsciente, como defensa o garantía de una zona protectora de aislamiento.

En la revista *Candide* de 21 de diciembre de 1938, apareció un reportaje de René Benjamin, de la Academia Goncourt, titulado "El Príncipe de Asturias, ¿será rey de España?" (sigue la transcripción de la que se toman estos párrafos):

Encontré a Eugenio Vegas en Salamanca. Dijo una tarde con voz cortante, bajo un cielo lleno de estrellas: "Las democracias han muerto"...

Nadie objetó nada. Entonces agregó más lentamente:

"Lo que puede ser la paz entre nosotros aún resulta imprevisible. Pero hay algo que no volverá nunca, nunca...".

A Vegas se le escucha cuando habla. Esperábamos conocer en religioso silencio qué era lo que jamás volvería. Y nos lo dijo:

"El sufragio universal".

Se encontraba entre nosotros un alegre personaje que bebía mucho, después de tres meses de calores y de combates, en los que había sufrido mucha más sed que temor a la muerte. Se echó a reír a carcajadas.

"¡Qué cosas dices! ¿Y si hubiera entre nosotros, sí, entre nosotros, camaradas que quisiesen todavía ese sufragio universal?"

"¿Si aún hubiera quienes lo deseasen?", nos preguntó entonces Vegas alzando su voz solemne.

Se tomó después algún tiempo para que pensáramos lo irrevocable de su advertencia.

"Entonces... volveríamos a tener una guerra entre nosotros".

Al relatarle yo todo esto al príncipe, exclamó:

"Le reconozco. Es él . Terrible y magnífico. Para mí es un gran amigo que, respetando lo que yo pueda ser, desprecia lo que soy".

Alzó el príncipe la espalda y levantó los brazos:

"¿Sabes lo que espera de mí? Quiere, exige, que sea un sabio, un héroe y un santo».

Capítulo VII
El Conde de Barcelona

DURANTE LA GUERRA CIVIL, el general Franco había dado un importante paso institucional hacia don Juan, que entonces pasó inadvertido. Fue en 1938, cuando ya existía en Burgos un Gobierno formal y un año largo después de la petición de don Juan para servir a bordo del crucero Baleares. Franco dio el paso por iniciativa monárquica y don Juan lo recuerda con precisión en sus conversaciones con Sáinz Rodríguez. Se trata de la creación de un secretariado diplomático con carácter oficial, al servicio del Príncipe de Asturias y a cargo del Gobierno español:

"—Sí, empecemos por Ramón Padilla. Creo que hay que decir que fue un hombre de una fidelidad conmigo realmente extraordinaria. Estuvo a mi lado veintiocho años, desde el año 38 hasta el 66.

"—¿Y cómo fue la designación de Padilla? —pregunta Sáinz Rodríguez—.

"—La designación —responde don Juan— fue en plena Guerra Civil. Sotomayor, que era jefe de la Casa (del Príncipe), dijo: 'Hombre, yo creo que hay que nombrar un secretario y la tradición es que sea un secretario del Cuerpo Diplomático'. Se le planteó entonces la cuestión a Franco. No

puso ningún inconveniente. 'Sí, sí, que escoja'. Y hubo una terna, compuesta por Juanito Bárcenas, Federico Oliván, que acabó en Hamburgo de cónsul general, y Ramón Padilla, hijo de Padilla, el que fue embajador del Rey en Washington y dimitió. Al no aceptar el puesto Federico Oliván, yo me fijé en Ramón Padilla; en realidad era el que más me gustaba. A Franco le pareció bien y le llamó a Pedrola".

Pedrola era el cuartel general de Franco para las operaciones de Aragón a partir de la primavera de 1938. Cuando Padilla le pidió instrucciones, sólo le dijo: "Pues que no pierda el contacto con esa juventud maravillosa de España". Padilla venía del frente y contestó a Franco que era una juventud muy variada; Franco entonces puso como ejemplo a los hermanos Giménez Arnau, a cuya familia había conocido en Zaragoza [65].

Alfonso XIII pide la Laureada para Franco

Terminó la Guerra Civil el 1 de abril de 1939. El cruce de telegramas entre don Juan y Franco remataba la larga serie de comunicaciones entusiastas entre los dos mientras duró el conflicto.

Generalísimo Franco. Burgos.

Uno mi voz nuevamente a la de tantos españoles para felicitar entusiasta y emocionadamente a V.E. por la liberación de la capital de España. La sangre generosa derramada por su mejor juventud será prenda segura del glorioso porvenir de España, Una, Grande y Libre. ¡Arriba España! Juan de Borbón.

Don Juan, que se prendió el emblema de Falange al venir a España cuando empezó la guerra, terminaba sus felicitaciones de guerra con el grito de Falange. No quiero avergonzar más a quienes se hartan de inventar que don Juan se desengañó de Franco y se apartó de sus proyectos de futuro durante la Guerra Civil. Mientras vivió su padre don Alfonso XIII, mantuvo la misma lealtad a la causa del alzamiento. Y Franco le contestó a vuelta de correo:

---

65 PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 288.

A S.A.R. don Juan de Borbón. Roma.

Al recibir vuestro emocionado telegrama por la gran victoria nacional, me es grato recordar que entre esa juventud admirable, tan pródiga en el sacrificio, habeis intentado formar, solicitando reiteradamente un puesto de soldado. Por ello será realidad la España Una, Grande y Libre que evocais. ¡Arriba España! Generalísimo Franco [66].

La adhesión de Alfonso XIII a Franco con motivo de la victoria en la Guerra Civil tuvo tanto carácter personal como institucional. Durante décadas se ignoró la carta manuscrita, con letra firme y segura y membrete de las órdenes militares españolas, que don Alfonso dirigió a Franco el 9 de abril de 1939. El confidente de Franco, general Franco Salgado Araujo, la reprodujo en facsímil en su famoso libro de conversaciones:

Roma, 9 de abril de 1939

Mi querido General:

Vivamente agradezco su cariñosa carta y me es grato significar la satisfacción con que la recibí, al propio tiempo que le reitero las más efusivas felicitaciones por la victoria final de las gloriosas tropas de su mando.

Conociendo sus dotes personales nunca dudé acerca del triunfo definitivo, salvo complicaciones internacionales tan temidas, que afortunadamente se evitaron.

Ahora empieza la segunda campaña para la cual se necesita que todos se agrupen y, con decidido entusiasmo, le ayuden en su magna labor regeneradora y patriótica; el carácter exageramente individualista de muchos españoles dificultará en cierto modo esa unión, pero abrigo la firme esperanza de que la verá lograda.

Desde luego le repito que estoy a sus órdenes como siempre, para cooperar en lo que de mí dependa a esta difícil tarea, seguro de que triunfará y llevará a España hasta el final por el camino de la gloria y de la grandeza que todos anhelamos.

---

66 Texto telegráficos en F. GONZÁLEZ DORIA, *Don Juan de España,* Madrid, 1968, p. 157s.

Y ahora, mi General, creyéndome autorizado para ello por haber sido jefe nato de la Real y Militar Orden de San Fernando, permítame le exprese cuán dichoso me consideraría si, recogiendo el común sentir y justificado anhelo del glorioso Ejército de Tierra, Mar y Aire Español y de todos los buenos compatriotas, viéramos sobre su pecho esa invicta y heroica condecoración jamás tan bien otorgada al Caudillo que tan brillantemente salvó a España y la llevó a la victoria.

Y como final, faltando al protocolo, le envío hoy, como en otros tiempos, un fuerte abrazo.

De V.E. affmo. y buen amigo

Alfonso XIII [67].

En ningún momento, hasta su muerte que tardaría aún casi dos años, se desdijo don Alfonso XIII de esta carta y de esta actitud de absoluta lealtad a Franco que en párrafos tan sentidos se trasluce. La Laureada que proponía don Alfonso le fue impuesta muy pronto a Franco por el general bilaureado y monárquico Varela, en presencia del laureado aviador Juan Antonio Ansaldo y otros destacados militares monárquicos. Al año siguiente, 1940, ya en plena guerra mundial, don Alfonso comunicaba a su amigo y biógrafo Julián Cortés Cavanillas estas palabras: "Hoy por hoy todos y cada uno de los españoles debemos estar como un solo hombre a las órdenes de Franco, porque nadie podrá negar que ha salvado a España en la hora más trágica y en la coyuntura más difícil" [68].

Don Alfonso XIII reconoció, por tanto, la contribución de Franco a la salvación de España y se puso expresamente a sus órdenes. Nunca había recibido Franco un honor semejante.

Don Juan, antiliberal en 1940

Mientras vivió su padre, don Juan de Borbón mantuvo la misma actitud y ratificó de forma expresa la posición tradicional y, digámoslo claramente,

---

67 F. FRANCO SALGADO, *Mis conversaciones...*, op. cit., p. 24s.

68 J. CORTÉS CAVANILLAS, *Alfonso XIII, vida, confesiones y muerte*, op. cit., p. 355.

antiliberal y antidemocrática que había expresado en su famosa carta a los miembros de Acción Española en vísperas de su boda, el 11 de octubre de 1935. Existe de ello una prueba documental inequívoca. El 8 de marzo de 1940 don Juan escribió una larga carta a su primo, el príncipe Javier de Borbón Parma, regente del carlismo, que había enviado, con el refrendo de don Manuel Fal Conde, una reclamación institucional al general Franco en la que descalificaba a don Juan de Borbón por carecer de la doble legitimidad, de origen y de ejercicio, exigidas por la Comunión Tradicionalista para un candidato a la Corona. Para rebatir esa acusación, don Juan se reafirma expresamente en sus declaraciones a *Acción Española* en 1935 y, ya en plena guerra mundial —estamos en 1940, recuérdese—, asume una actitud netamente antiliberal y antidemocrática.

Confirma su legitimidad de origen al reafirmarse como heredero de don Alfonso XIII después de la renuncia de sus dos hermanos mayores. Y continúa:

Se me niega también la legitimidad de ejercicio considerándome incurso en una supuesta responsabilidad dinástica y vinculado a un idearío liberal por ley de herencia y por adscripción voluntaria; se formulan reservas sobre mis condiciones físicas y morales; se afirma que mi educación política y mi formación intelectual han sido liberales; finalmente que el ambiente que me rodea es el de una Corte frívola.

Todas estas aseveraciones, tú lo sabes bien, son absolutamente gratuitas. Es muy pronto para examinar con justicia —y con la información suficiente— la responsabilidad histórica del Rey en los males de España hasta 1931; si hay algo evidente, es que él ha pugnado por aminorar las consecuencias del régimen liberal heredado, puesto que se le ha acusado de ejercer un poder personal, de haberlo empleado en continuar y llevar a término la empresa de África, de haber sostenido al general Primo de Rivera en su generoso intento. Cierto estoy que algún día se hará mejor justicia a su buena voluntad. En cuanto a mí, tercero de sus hijos, sometido desde niño a una disciplina escolar más severa que la de cualquier otro de mi edad, viviendo al margen de la Corte, ¿qué participación podría tener en la vida pública? Es bien frecuente confundir la culpa con el infortunio; yo acepto y comparto plenamente el que por designios del Señor ha sobrevenido a mi familia, como a otras Casas Reales europeas,

pero no creo que pueda alcanzarme culpa alguna; la ley de herencia que me liga a mi padre me une también a mis abuelos, Austrias y Borbones, que con mejor fortuna vivieron al servicio de Dios y España.

No se me alcanza, tampoco, las razones que abonen sus reproches a mi ideario y a mi formación; de cuál fue ésta, y de los aportados a ella por insignes pensadores tradicionalistas, algo he dicho en mi carta de 11 de octubre de 1935 dirigida a los colaboradores de 'Acción Española' y publicada después en esa revista. Convencido de la existencia de una verdad objetiva y testigo de los estragos que acarrea a los pueblos el desconocerla, al pensar en España como un haz de pueblos unidos por un vínculo histórico glorioso y en marcha hacia un alto destino común, no puedo concebir para ella otro Estado que un Estado católico ni otra forma de Gobierno que la monárquica, ni otra monarquía que la tradicional, con sus consejos y con sus cortes, como aquélla que sabía conciliar la autoridad y la firmeza en los grandes designios con la espontaneidad en la vida regional y con la cristiana libertad para el bien de los individuos. La monarquía tradicional, que sabía sentir las necesidades de sus pueblos, sabrá también, en su día, recoger el supremo anhelo de justicia que inquieta las conciencias y convulsiona a las sociedades, promoviendo una mayor difusión de los bienes económicos, exaltando el trabajo a la categoría de deber social e incorporándolo a los demás elementos productores de una gran ordenación corporativa nacional, que canalice hacia el Estado aspiraciones e iniciativas y que de él reciba las altas consignas que lleven a España hacia su eterno destino.

En 1935 y también hoy

Por lo tanto, don Juan se reafirma en su concepción antiliberal del Estado confesional y en su idea de la monarquía tradicional, es decir, semejante a la del Antiguo Régimen, apoyada en la gran organización corporativa; está proponiendo en 1940 sencillamente la democracia orgánica, aunque ni siquiera utiliza ese nombre. Para corroborarlo ratifica su plena lealtad al Movimiento como aspirante a soldado en la Guerra Civil:

Éstas eran en 1935 mis ideas y éstas son hoy. Pero de las ideas sinceramente sentidas dicen más las conductas que las palabras; así, persuadido de que la reforma de nuestra caduca sociedad ha de iniciarse con la restauración cristiana de la familia, he procurado que la mía se constituyese —y cuido se desenvuelva— en un ambiente de sencillez y de reserva, ajeno a toda agitación; espero en Dios que cualquiera que sea la situación a que me llame, ni María ni yo desmayaremos en el cumplimiento de los deberes de ejemplaridad que nuestro nacimiento y sobre todo nuestra conciencia nos impone. En la convicción de que los deberes de servicio a nadie obligan tanto como a los príncipes, quise al principio del Movimiento ser un soldado anónimo y como tal entré en España; no me fue permitido continuar. Solicité poco después ser admitido como oficial de la Armada en el Baleares y si, en ratificación de mi fe y en cumplimiento de mi deber, no he quedado sepultado en su casco con mis compañeros, no ha sido porque yo rehusara el sacrificio, sino porque con honrosas y muy benévolas razones me fue denegada la autorización para embarcar.

Termina don Juan reafirmando que confluyen sobre él los derechos de las dos ramas dinásticas españolas [69].

No existe una sola prueba de que don Juan de Borbón modificase esta actitud tradicional, confesional y antiliberal mientras vivió su padre. Más aún, ya comprobaremos cómo la mantuvo en las décadas siguientes, incluso durante sus fases agudas de oposición a Franco. Por su parte, don Alfonso XIII hizo testamento el 8 de julio de 1939, cuando después de las terribles emociones de la década anterior que se había abierto con la muerte de su madre, sentía moralmente —y pronto físicamente— su corazón destrozado, testamento que se protocolizó por el notario de Lausanne H. Bergier en estos términos:

El testamento de Alfonso XIII

Alfonso XIII de Borbón y Austria, mayor de edad, español, encontrándome con plena capacidad jurídica y en el perfecto uso de mis facultades mentales, procedo a otorgar mi testamento, conforme a las declara-

---

69 Carta en PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 326.

ciones siguientes y ajustándome a las leyes de España, que quiero rijan mi sucesión como rigieron mi vida.

Primero. Declaro que conforme a la enseñanza de mis mayores y a las tradiciones y sentir de la nación española, profeso la religión católica, apostólica, romana, en cuyo seno por convicción propia protesto haber vivido y querer morir.

Segunda. Declaro, asímismo, estar casado con Su Majestad la Reina Victoria Eugenia de Battenberg, de cuyo matrimonio viven mis cuatro hijos Sus Altezas Reales don Jaime, doña Beatriz, doña María Cristina y don Juan.

Tercera. Dejo a voluntad de mis herederos el entierro, clase y lugar de enterramiento, funeral y sufragio por mi alma, disponiendo sólo que mi cadáver, dentro de un ataúd, se cubra con la bandera española que ondeó en el buque que me condujo desde Cartagena hasta Marsella en 1931. Ruego, además, que si no pudiera en seguida de morir dárseme sepultura en el panteón de El Escorial, con mis antecesores en el trono, se haga así tan pronto como sea posible.

Cuarta. Por las razones expuestas en mi manifiesto a los españoles de 14 de abril, dejé el trono pero sin abdicar mis derechos, los cuales transmito a mi descendencia cuando así convenga al bien de España, que ha sido mi anhelo constante y más ferviente. Perdono en mi corazón a todos aquéllos por quienes fui combatido y denigrado injustamente.

Quinta. Hago constar que tengo aprobada la renuncia que del derecho a sucederme en la Corona de España hizo mi hijo don Jaime por sí y por sus descendientes y que por virtud de tal renuncia el heredero inmediato de aquélla es mi otro hijo varón don Juan, que por eso ha asumido el título de Príncipe de Asturias. Por tanto, encarezco a mis familiares que reconozcan en don Juan la autoridad que mientras subsistió la monarquía pertenecía al Rey sobre sus parientes, conforme a las leyes nacionales, y a mi dicho hijo le exhorto, como consecuencia de esa autoridad, se considere, en el alcance de sus medios, investido en el deber de ayudarlos.

Igualmente corroboro que los derechos sucesorios eventuales a la Corona de España fueron renunciados con mi aprobación por mi hija doña

Beatriz, al otorgar la escritura de capitulaciones de su matrimonio con el príncipe Civitella-Cesi [70].

Es muy discutible que Alfonso XIII, al abandonar el trono sin lucha y en virtud de unas elecciones municipales trucadas, conservara los derechos a la Corona por el hecho formal de no haber abdicado. Un jurista tan leal y tan experto como era mi abuelo Juan de la Cierva y Peñafiel se lo advirtió en la misma tarde del 14 de abril. En todo caso, Alfonso XIII transfiere a su hijo, cuando él muera, la autoridad regia, pero "conforme a las leyes españolas". No le proclama Rey sin más, sino depositario de los derechos a la Corona. En el documento de abdicación será todavía más tajante como vamos a ver.

Nombramientos y resentimientos de 1939

Pero a las pocas semanas del testamento de Alfonso XIII, el general Franco da a conocer una reordenación completa del nuevo Estado que tendrá consecuencias muy importantes para las relaciones entre Franco y don Juan. El 4 de agosto de 1939 crea la presidencia de la Junta Política de FET y de las JONS, para la que nombra al ministro Ramón Serrano Súñer, con lo que confirma al menos aparentemente su condición de valido. Pero el Caudillo, declarado responsable ante Dios y ante la historia, es decir, gobernante absoluto y prácticamente de derecho divino, reafirma su posición preeminente sobre toda la estructura del Estado y del partido.

Cuatro días más tarde, se divide el Ministerio de Defensa Nacional en tres, uno para cada Ejército, de tierra, mar y aire, coordinados por un Alto Estado Mayor. El general Agustín Muñoz Grandes es el nuevo secretario general de la FET.

La remodelación del Gobierno es total; casi sólo Serrano Súñer se salva del relevo. El general Juan Beigbeder, africanista y probritánico, asume la cartera de Asuntos Exteriores. El general Varela, monárquico y probritánico, la del Ejército. El almirante Salvador Moreno, proaliado también por convicción estratégica, es el nuevo ministro de Marina; es también monárquico, como su hombre de confianza, Luis Carrero Blanco, que ha actuado

---

70 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit.

en la Guerra Civil como jefe de Estado Mayor de la División de Cruceros y ahora recibe, con gran sorpresa, el nombramiento de consejero nacional. El ministro del Aire era un valeroso legionario y falangista sin la menor idea de aviación, el general Juan Yagüe.

El tradicionalista Esteban Bilbao ocupa la cartera de Justicia. Un joven político y abogado del Estado procedente de la CEDA, José Larraz, se encarga, y muy brillantemente por cierto, de restaurar la Hacienda. Otro militar monárquico, Luis Alarcón de la Lastra, es ministro de Industria y Comercio. Agricultura y Trabajo se entregan a otro monárquico, Joaquín Benjumea. Y otro miembro de la Asociación Católica de Propagandistas (como Larraz), el catedrático de Instituto José Ibáñez Martín, es el nuevo ministro de Educación Nacional.

El general Juan Vigón fue nombrado jefe del Alto Estado Mayor y luego se le encargaron, además, las relaciones entre Franco y don Juan, de quien había sido profesor en tiempos de la monarquía. El ministro Ibáñez Martín favoreció generosamente la irrupción en masa del Opus Dei en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en las cátedras universitarias, para llenar el vacío de numerosos profesores e investigadores afectos a la República que vivían en el exilio.

Sáinz Rodríguez, Pabón y Kindelán

Con la perspectiva de la que hoy disponemos, Ramón Serrano Súñer quedaba casi aislado en el Ministerio de la Gobernación y la presidencia de la Junta Política. La Junta Política no hizo nada salvo ofrecer una donosa definición sobre la esencia del régimen que, según Serrano Súñer, "no es totalitario, pero tampoco democrático o liberal". Entre el aluvión de ministros monárquicos, militares y católicos, todos ellos adversarios suyos, Serrano Súñer se sentía solo y atribuía carácter falangista a algunos ministros que sólo lo eran de nombre. Pero es que algunos ceses y algunos nombramientos incidieron gravemente en esas relaciones entre Franco y don Juan.

El ministro de Educación, Pedro Sáinz Rodríguez, fue cesado abruptamente en el mes de abril de 1939, desde aquel momento, se convirtió en

enemigo profundo de Franco y para un historiador es importante la experiencia de haber sido ministro para comprender estas reacciones.

El monárquico y ex diputado de la CEDA Jesús Pabón estaba seguro de obtener la cartera de Educación en vez de Sáinz Rodríguez; sus servicios de prensa y propaganda exterior durante la guerra habían sido relevantes y, al verse marginado por Franco, rompió con él y llegaría a ser años más tarde director de la causa monárquica en España. El general Kindelán acababa de presentar a Franco un espléndido informe sobre reorganización del arma aérea para después de la guerra y se encontró con que no solamente prescindía de él para el Ministerio del Aire, sino que ese Ministerio se encomendaba a un legionario sin la menor idea de aviación y que, como se quejaba amargamente Kindelán, "era teniente coronel cuando yo era ya general de división". Otro ministro frustrado, y por lo tanto resentido, que se dedicaría muy pronto a trabajar por don Juan y contra Franco.

Como resultado de la crisis de 1939, Franco se ganó tres enemigos poderosos que buscarían nuevo acomodo en el equipo de don Juan. Un equipo que, con la agregación de Gil Robles y Vegas Latapié, otros dos grandes colaboradores y marginados por Franco, se crearía como un vivero de resentimiento y de revancha entre dos y tres años después. Conviene ya ir llamando a las cosas por su nombre. Kindelán, entre tanto, fue designado capitán general de Baleares; Pabón volvió a su cátedra de Historia; Gil Robles siguió en Portugal, y Vegas, con Ansaldo, se puso a conspirar afanosamente contra Franco, con el mismo fervor de antaño contra la República, según confiesan noblemente los dos. Pero debo insistir en que mientras vivió don Alfonso XIII y mientras Alemania mantuvo, durante todo el año 1940, la iniciativa y la hegemonía militar, ni don Juan de Borbón dio un solo paso crítico ni los militares monárquicos se movieron; el único rescoldo latente de oposición lo alentaban Vegas y Ansaldo, sin trascendencia alguna [71].

---

[71] Cfr. para la crisis de 1939, mi biografía de Franco editada por Planeta en 1981-82. En ella se citan las opiniones de Serrano Súñer sobre el nuevo Gobierno de 1939, sobre cuyas interioridades no se había enterado mucho.

La abdicación de Alfonso XIII

La nutrida presencia de monárquicos en el nuevo Gobierno de 1939 y entre el más influyente generalato que salía de la Guerra Civil animó al general Juan Vigón, jefe del Alto Estado Mayor, a gestionar cerca del conde de los Andes, jefe de la Casa del Rey, la urgente abdicación de don Alfonso XIII para dar paso a don Juan, quien, como sabemos, era ratificado en ese mismo año como sucesor a la Corona en el testamento de don Alfonso. Esta gestión, que se revela en un importantísimo documento del archivo Kindelán, tiene un alto interés histórico y coincide con la descalificación de Franco a don Alfonso XIII en su carta de diciembre de 1937 que ya conoce el lector.

"Mi querido general y amigo —escribe Vigón a Kindelán a finales de 1939—: Tengo una cosa importante que darte cuenta. Hace meses expuse a Andes mi opinión de que era llegada la oportunidad de que el Rey abdicase en don Juan por muchas razones. Andes y otras personas que opinaban lo mismo se lo expusieron a S.M. razonándolo ampliamente. Al venir ahora Andes, me dijo que S.M. estaba ya resuelto en principio, pero que antes de hacerlo deseaba conocer la opinión de algunos generales: Jordana, Orgaz, Ponte y tú. Creí que en tu viaje a Roma habrías tenido ocasión de hablar con el Rey, pero me dicen que no y que convendría que dieras la opinión por escrito, bien en carta a Andes, bien en carta a S.M. que Andes llevaría, recogiéndola en Barcelona como recogerán la de Orgaz".

A continuación, Vigón reafirma su idea de que Alemania está a punto de avasallar a Francia tras la primera ruptura de la linea Maginot (lo cual era cierto), lo que supondría la victoria total una vez ganada la batalla aérea contra Inglaterra, que Vigón, en carta siguiente y próxima, cree inminente, lo cual también era cierto, pero se equivocaba en el pronóstico de la victoria germana [72].

La consulta de Alfonso XIII a los generales resultó favorable a la abdicación. Se encontraba enfermo, deprimido y solo en el Gran Hotel de Roma, junto a su mapa de España en guerra, de donde habían desaparecido ya las banderitas que delimitaban las dos zonas del conflicto. La respetuosa arre-

---

[72] A. KINDELÁN, *La verdad de mis relaciones con Franco,* op. cit., p. 191.

metida de los militares monárquicos en 1939 pidiéndole la abdicación le recordaba la ofensiva general de los políticos juanistas en los años 30 con el mismo fin. Entonces reaccionó negativamente y con dureza, ahora ya no le quedaban fuerzas para luchar.

Franco le había descartado y el omnipotente Ramón Serrano Súñer, que acababa de venir a Italia para acompañar a los voluntarios italianaos que habían combatido en España, había pedido audiencia, pero había intentado que el Rey le recibiese en la Embajada de España y cuando se negó a ello se presentó en el Gran Hotel vestido de gran uniforme falangista y se cuadró, brazo en alto, ante el Rey doliente [73]. Hasta que por fin, el 15 de enero de 1941, después de leérselo a su hijo don Juan, don Alfonso XIII firmó el manifiesto de abdicación, que fue inmediatamente protocolizado en la Embajada de España en Roma; otra copia fue enviada con urgencia al general Franco y otra fue entregada a don Juan, nuevo titular de la Corona.

Asegurada la victoria definitiva

El documento de abdicación, que merece estudiarse con todo interés, porque no dice lo que algunos han creído, dice así:

> *Españoles:*
>
> *El 14 de abril me dirigí al pueblo español manifestando mi decisión de apartarme de España, suspendiendo deliberadamente el ejercicio del poder, sin renunciar por ello a ninguno de los derechos sagrados de los que la Historia me había hecho guardián y depositario.*
>
> *Cumplí en aquella ocasión un deber de patriotismo y gracias a ello ninguno podrá afirmar hoy que se vertiera sangre española por defender intereses de un régimen o de una dinastía, sino que la magnífica epopeya de la liberación de España, el heroísmo de su Ejército y el de la juventud española viene marcado con el sello inconfundible del sacrificio por la*

---

73 Cfr. E. VEGAS, *Los caminos...*, op. cit., p. 455; F. de González Doria, *Don Juan...*, op. cit., p. 159s.

patria, que abre paso a la solidaridad de todos para crear su unidad, su libertad y su grandeza.

Asegurada la victoria definitiva, sentí con ella el impulso de anticipar esta declaración; contuvo, sin embargo, mi ánimo el deseo de madurarla hasta hoy que, robustecido de consejos leales e informes autorizados, me juzgo en la obligación de dirigirme de nuevo, y por última vez, a los españoles.

Al reorganizarse políticamente el país, es preciso que quede expedito y franco el camino para que, en el momento que se juzgue oportuno, pueda reanudarse la tradición histórica, consustancialmente unida a la tradición monárquica que, durante siglos, ha asegurado la unidad y permanencia de España.

Durante mi reinado procuré siempre servir el interés de mi patria y espero que la posteridad hará justicia a la rectitud de mi intención y al logro de muchos de mis propósitos durante un periodo que cuenta entre los más prósperos de nuestra Historia. Pero aún siendo así, sería desconocer la realidad no advertir que la opinión española, la de los que han sufrido y han luchado y han vencido, anhela la constitución de una España nueva en la que se enlace fecundamente el espíritu de las épocas gloriosas del pasado con el afán de dotar a nuestro pueblo de la capacidad necesaria para realizar su misión trascendental en el futuro.

A esa exigencia fundamental de la opinión española debe responder la persona que encarna la institución monárquica y que puede ser llamada a asumir la suprema jerarquía del país.

Por una parte, ha de esforzarse en que desaparezcan los últimos vestigios de las luchas civiles que dividieron a los españoles en el siglo XIX; por otra, ha de encarnar la esperanza de los que desean una España nueva, libre de los defectos y vicios del pasado, en la que un sentido eficaz y vivo del patriotismo vaya unido a una más adecuada organización de la sociedad y del Estado, y a una más equitativa participación de todos en la prosperidad general.

No por mi voluntad, sino por ley inexorable de las circunstancias históricas, podrá tal vez mi persona ser un obstáculo, y sobre todo entre

quienes convivieron conmigo y tomaron después, de buena fe seguramente, rumbos distintos. Ante algunos podría aparecer como el retorno a una política que no supo o no pudo evitar nuestra tragedia y las causas que la provocaron; para otros podría ser motivo de remordimiento o de embarazo. Deber mío es remover esos posibles obstáculos, sacrificando toda consideración personal para servir a la gran causa de España, por la que tan generosamente han ofrendado su sangre millares de españoles.

De manera alguna pesa en mi ánimo la elección de oportunidad o acierto o la mayor o menor resonancia de mis actuales manifestaciones; hubiera rehuido siempre alterar el espíritu público o distraer su atención de otras miras hacia mí, pues mi propósito y designio consisten en causar un solo efecto: desaparecer en sazón y tiempo para bien de España.

Renuevo especial llamamiento al patriotismo de todos sin distinción y en particular a los remisos al sacrificio por la unión, a los cuales va muy encarecido con mi ejemplo.

Con este espíritu y este propósito, ofrezco a mi patria la renuncia de mis derechos, para que por ley histórica de sucesión posible en cuanto a la legitimidad, mi hijo el príncipe don Juan, que encarnará en su persona la institución monárquica, será el día de mañana, cuando España lo juzgue oportuno, el Rey de todos los españoles.

Alfonso XIII, Rey.

Roma, 15 de enero de 1941 [74].

La aceptación de don Juan

Por tanto, Alfonso XIII acepta los argumentos con los que Franco le había descalificado en septiembre de 1937 y no proclama Rey a su hijo, sino que le entrega los derechos a la sucesión para que sea "el día de mañana, cuando España lo juzgue oportuno, el Rey". Alfonso XIII había reconocido una y otra vez la legitimidad del "Nuevo Estado", se había puesto de nuevo en 1940 expresamente a las órdenes de Franco, la oportunidad de la Restauración debería ser juzgada por España, es decir, por la decisión y la legislación del

74 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 322.

Nuevo Estado y, en definitiva, por Franco. En el manifiesto de abdicación, el Rey se identifica de nuevo, nótese bien, con la victoria en la Guerra Civil.

Por eso, en su aceptación, don Juan no firma como Rey, sino como Príncipe de Asturias. En este documento:

Señor:

Con el ánimo embargado por la emoción más profunda, me hago cargo de la notificación soberana en la que V.M. me comunica haber renunciado a la Corona de España.

Cuando la Historia enjuicie el reinado de Alfonso XIII, no podrá menos de reconocer, sin faltar a la justicia, la abnegación y el amor a la patria que han inspirado todos los actos de V.M., aún aquéllos más discutibles por la pasión política.

No obstante haber luchado con la infecundidad de formas estatales impuestas por el tiempo, pero desviadas de nuestra mejor tradición, aparecerá ese período como uno de los más prósperos de nuestra Historia.

En él se renovó la cultura superior de España; se extendieron a grandes zonas de las clases populares los beneficios de la educación; aumentó la población, el bienestar general y el nivel de vida; nació, puede decirse, en nuestra patria la gran industria y adquirió gran impulso la Marina, coexistiendo una legislación social más generosa que la de cualquier país europeo contemporáneo y gracias a la energía, clarividencia política y decidida actitud personal de V.M., luchando contra un falso estado de opinión, se salvó para España la posesión de nuestros territorios de África que tantas posibilidades ofrecen para el porvenir, organizándose y templándose en su conquista el espíritu combativo y patriótico de un ejército que, en definitiva, habría de salvar a España en el trance tremendo y doloroso de la última Guerra Civil.

Los sufrimientos padecidos por nuestro pueblo con ocasión de esta gran Cruzada Nacional y la sangre vertida generosamente por tantos mártires gloriosos de Dios y de la patria hacen que se agrave el sentimiento de la responsabilidad con el que recibo los derechos a la Corona de España que recaen en mi persona, según la ley histórica imprescindible, cerrándose por designio providencial el ciclo de las disensiones sobre

la legitimidad de la sucesión que fueron en gran parte causa de las guerras civiles del pasado siglo.

Ruego a Dios me conceda los dones de acierto, firmeza y perseverancia necesarios para cumplir los fines a que me destina. Cuando sus designios me lleven a ceñir la Corona de España, lo haré con el propósito irrevocable de restaurar el sentido político y social de nuestra monarquía tradicional renovando el aliento cordial y generoso que le dio vida, y que sobre nuestra fe católica y sobre la conciencia de nuestra unidad de destino, cimenta la unidad política y la grandeza de España.

Con este objetivo fundamental, cuando llegue la hora de cumplir mi deber y mi deseo de servir a nuestra patria, me esforzaré en asegurar su unidad moral y su continuidad histórica, mitigaré con afecto y autoridad de padre recientes dolores, satisfaré eficazmente los anhelos de la gran masa de españoles que aspiran a una vida más justa y mejor.

Réstame, como hijo, pedir a V.M. su bendición de padre, para que ella me ayude en todos los momentos a cumplir, en bien de España, los trascendentales deberes que la decisión de V.M. me impone.

Juan, Príncipe de Asturias [75].

Por tanto, don Juan no se firma Rey, habla de asumir la Corona en el futuro, critica expresamente el régimen liberal en el que tuvo lugar el reinado de su padre y se adscribe nuevamente a la monarquía tradicional y confesional, no liberal y democrática.

La muerte lejana de Alfonso XIII

Cuando Alfonso XIII envió a Franco, por medio del conde de los Andes, el documento de abdicación, éste, según recuerda el propio don Juan, comentó "¿Y quién se lo ha pedido?". También recuerda don Juan que en el momento de la abdicación su padre "se estaba muriendo pero aún no le había dado el ataque fuerte". Y continúa:

---

75 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 323.

"Cuando terminó de leerme el documento, claro, a mí se me saltaron las lágrimas. 'Pero papá, si no es necesario'. Me miró, poniéndose las gafas en la punta de la nariz, porque él las usaba para leer, y me dijo: 'Como comprenderás, después de este documento ya no me queda más que morir'" [76].

José María Gil Robles, que seguía en Lisboa, empieza su tremendo diario [77], fuente principal de nuestra historia de aquí en adelante, precisamente cuando le llega la noticia de la abdicación de don Alfonso XIII, que levantó una oleada de bulos en toda Europa [78]. La noticia de la abdicación se retrasó casi un mes, y casi coincidió con la del agravamiento del Rey, que sufrió un infarto agudo el 12 de febrero de 1941, del que ya no se repuso.

He relatado en mi reciente biografía de la Reina Victoria Eugenia, que esa misma mañana había quedado con su esposo para hablar en el Gran Hotel, los esfuerzos que hizo ella para acompañarle desde ese momento hasta su muerte. Julián Cortés Cavanillas ha contado minuciosamente los momentos finales de Alfonso XIII, que llegó a la muerte en medio de constantes manifestaciones de fe, de patriotismo y también de dolor; sufrió muchísimo por la opresión cardíaca que a duras penas intentaban calmar los médicos.

Murió al fin, poco antes del mediodía, el 28 de febrero de 1941, rodeado por su familia. El Gobierno del general Franco decretó luto nacional y celebró solemnes funerales por don Alfonso. Después de los funerales romanos en la iglesia de Santa María de los Ángeles, donde se había celebrado la boda de don Juan, el cadáver de don Alfonso XIII fue enterrado provisionalmente, hasta su traslado al panteón de El Escorial, en la capilla de San Diego de Alcalá, dentro de la iglesia española de Montserrat en Roma. Allí permaneció hasta que hizo su último viaje a España, donde entró simbólicamente por el puerto del que había salido expulsado en 1931, Cartagena, a mediados de enero de 1980.

---

76 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, ibid., p. 282.

77 Cuando cito en este libro al "diario" de Gil Robles lo hago abreviadamente; y me refiero a lo que él mismo llama en su prólogo "páginas seleccionadas de un diario desaparecido en parte".

78 J.M. GIL ROBLES, *La monarquía por la que yo luché*. Madrid, Taurus, 1976, p. 15.

Su hijo don Juan acompañó el féretro de su padre entre una inmensa emoción del público que se agolpaba en la Lonja, donde esperaban los Reyes don Juan Carlos y doña Sofía, la Familia Real y el Gobierno de Adolfo Suárez. La estampa de don Juan, sereno y demudado a la vez, con su uniforme de almirante, marchando solo tras el armón que transportaba el féretro de su padre, no se borrará nunca de la memoria de quienes la contemplamos.

Alfonso XIII, olvidado

Para los miembros de la Diputación de la Grandeza que habían acudido a Roma con motivo de los funerales de don Alfonso XIII, se planteaba un serio problema más allá del simple protocolo: qué tratamiento dar a don Juan. José María Gil Robles, en un rapto de idealismo, había escrito en su diario íntimo, nada más conocer en Lisboa la muerte del Rey: "España, aleccionada por la cruel experiencia de estos años, sentirá hoy un verdadero remordimiento ante el cadáver del Rey. Pero el dolor del momento y la contrición del pueblo no se perderán. La muerte del Rey significa un paso de gigante hacia la restauración de la monarquía" [79]. Y un neojuanista, que entonces no había nacido, describe muy seriamente las calles de Madrid engalanadas con colgaduras fúnebres en honor de Alfonso XIII.

No hubo tal. El pueblo español, recién salido de una Guerra Civil y abrumado por las implicaciones de la guerra mundial en aquel terrible invierno de 1940-41, cuando ya empezaban "los años del hambre", recibió la noticia de la muerte de Alfonso XIII con respeto, con indiferencia y sin apenas colgaduras. No sintió, por supuesto, contrición alguna ni exteriorizó, como tal pueblo, la más mínima ansia de restauración monárquica; y esto lo escribe quien vivía en el seno de una familia profundamente monárquica. Por supuesto que Franco y su Gobierno, que honraron respetuosamente la memoria de don Alfonso XIII, no alentaron con motivo de su muerte la propaganda monárquica, pero tampoco se produjo un movimiento de opinión, grande ni pequeño, en favor de una Restauración. Quienes a estas alturas afirman lo contrario ceden a su fantasía completamente anacrónica.

---

79 GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 16.

Don Juan y don Pedro Sáinz Rodríguez conversaban muchos años después sobre la reunión de la Diputación de la Grandeza con don Juan después de enterrado su padre. Los dos confirman lo que sobre esa reunión afirma Fernando González Doria en su biografía de don Juan. La reunión se celebró el 5 de febrero de 1941 y a ella asistieron, como representantes de la Diputación, los duques de Sotomayor, Montellano y Pinohermoso, el marqués de Quintanar y el conde de Campo de Alange, además de otros nobles que vamos a recordar inmediatamente.

El título de don Juan

En un salón del ya histórico Gran Hotel preguntaron oficialmente a don Juan qué título prefería usar en adelante y él, que ya lo había consultado y meditado, les respondió sin vacilar que el de Conde de Barcelona.

Se habían pensado otras soluciones. "Estuvimos dándole muchas vueltas —recuerda don Juan— al asunto. Los que principalmente intervinieron en aquello fueron Alba, Montellano, Paco Andes, Sotomayor... El hecho es que nos reunimos y, después de discutir bastante, alguien dijo: '¿Por qué no vuelve a llamarse duque de Toledo, como se llamaba el Rey?'. Yo repuse: 'Ése era un título privado, creo que habría que buscar un título soberano'. Y se estuvo dudando entre Navarra y Barcelona. Entonces yo decidí: 'Pues creo que dado el momento político y lo que tendrá esto de importancia el día de mañana, debo elegir el condado de Barcelona'".

"No eligió V.M. a humo de pajas" —comenta Sáinz Rodríguez.

"¡Ah, no! No fue en absoluto una casualidad. Yo pensaba en la política futura con Cataluña. No se había usado aquel título más que como uno de los muchos que ostentaba el Rey cuando llegaba a Barcelona. Por eso en mi discurso de renuncia declaré el deseo de quedarme con el título de Conde de Barcelona" [80]. Aún no le llamaron sus fieles Rey o Majestad, pero el Condado de Barcelona es un título regio que desde

---

[80] P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 276.

don Fernando el Católico hasta ese momento sólo habían poseído y ostentado los Reyes de España.

Al día siguiente a esta decisión, es decir, el 6 de marzo de 1941, Franco envía el pésame a don Juan —a quien llama "S.A.R. el Príncipe don Juan de Borbón"—, en el que incluye la primera admonición política de las varias que va a dirigirle en los años y décadas siguientes. Es un documento muy significativo para cerrar este capítulo:

Alteza: Aprovecho el viaje a Italia del consejero nacional Alfonso Hoyos para reiteraros mi sentido pésame por la muerte del Rey vuestro padre q.s.g.h., al cual, por haber servido durante muchos años desde puestos militares, guardaba sincero afecto. Esto hace que la participación en vuestra pena sea hondamente sentida.

En España, el Estado y el pueblo se han asociado al duelo y honrado su memoria en los términos que estimamos justos; en forma elevada y adecuada, ése creo es también el juicio público de los mejores españoles, incluso de aquéllos, por cierto poco numerosos, que sirvieron al Rey con lealtad verdadera y eficaz hasta los últimos días de su reinado.

Solamente un reducido grupo que solamente busca su personal provecho aún a costa del bien patrio, preocupado de pregonar su condición de seguidores vuestros y capaz de practicar todas las habilidades, puede intentar manifestarse ahí de distinta manera.

Mis deberes actuales de Jefe me obligan a cerrarles resueltamente el paso por el grave daño que a España causan, al que se une el que infligen a la Monarquía y a Vuestra Alteza.

La responsabilidad histórica que sobre mí pesa en esta etapa de tanta trascendencia para el futuro de España me aconseja el preveniros, para que no pueda torcerse un porvenir espléndido por habilidades o imprudencias de nuestros comunes enemigos, que siempre lo son de nuestra patria.

Mientras de común acuerdo convengamos otros, es mi deseo que sólo por el portador de esta carta, por el duque de Sotomayor o por Padilla, mantengamos la comunicación que a los intereses generales conviene.

Recibid en este día, con mi recuerdo, la expresión de mi confianza y afecto.

Francisco Franco [81].

Hasta ese momento había durado la armonía completa entre Franco y don Juan. Ahora, recién muerto don Alfonso XIII, iban a empezar los problemas.

[81] Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, ibid., p. 348.

Capítulo VIII
La cajita sellada

El serio aviso de Franco a don Juan al reiterarle, el 6 de marzo de 1941, su pésame por la muerte de don Alfonso XIII, demostraba ya que un nuevo e importantísimo factor interfería en sus relaciones: la presencia, junto al Conde de Barcelona (aunque no de forma estable aún) de aristócratas y políticos cada vez más reticentes con Franco y conectados con el bando aliado de la Segunda Guerra Mundial, según la información de Franco, que siempre fue excelente y desde luego muy superior a la del inexperto sucesor de don Alfonso XIII.

Por ello se hace imprescindible que en éste y en los siguientes capítulos enmarquemos las relaciones y la correspondencia entre Franco y don Juan dentro del contexto estratégico de la Segunda Guerra Mundial, que afectaba cada vez más a España. La situación de la guerra cuando se va a iniciar el intercambio de mensajes políticos entre don Juan y Franco, después de ese primer aviso del jefe del Estado, es decir, en marzo de 1941, es cada vez más crítica para España. Para comprenderlo, debemos presentar sucintamente los acontecimientos principales del conflicto hasta el momento en que se va a iniciar ese intercambio.

Guerra mundial y compás de espera en 1939

La derrota del Ejército Popular, del Gobierno de la República y, en general, de la zona roja había sido tan absoluta y había venido envuelta en tanta frustración y sufrimiento que, como apunta Dionisio Ridruejo, la victoria de Franco en 1939, una victoria total por desmoronamiento final del enemigo en agonía, provocó una adhesión amplísima al jefe vencedor por parte de las masas enemigas, sojuzgadas además por una represión inexorable de la que se hizo cargo en su fase más dura la justicia militar.

No quedaba pues lugar para que, fuera de brotes simbólicos, se organizase una oposición interior contra el régimen de Franco procedentes de los restos vencidos, cuyos elementos más decididos habían muerto o emigrado; la oposición hubo de montarse o bien en el exilio o bien dentro de un sector monárquico en el interior, pero muy minoritario, que no empezó a actuar con cierto peligro hasta la primavera de 1940 y sobre todo hasta el año 1941, cuando la hasta entonces aplastante superioridad bélica de Alemania empezó a sufrir los primeros contratiempos.

Héroes tan decisivos como el general Gonzalo Queipo de Llano o el general Juan Yagüe fueron destituidos sin contemplaciones y sin efecto alguno en 1939 y 1940 cuando formularon determinadas protestas (caso de Queipo, que reclamó para Sevilla la Laureada concedida a la ciudad de Valladolid), o se desviaron de las instrucciones de Franco en sus puestos, caso de Yagüe en el Ministerio del Aire.

Los cambios profundos en los escalafones de la política que Franco decidió en agosto de 1939 formaron, como vimos, un primer vivero de resentidos, pero las tremendas noticias mundiales que surgieron a partir de ese mismo mes con el sorprendente pacto germanosoviético del 23 de agosto, que convirtió a los comunistas de Stalin en aliados de Hitler y en parias de la izquierda universal, dejaban poco tiempo a otro tipo de comentarios menores. Una semana después de ese pacto antinatural, las divisiones alemanas invadían Polonia en guerra relámpago y se la repartían con el Ejército Rojo que avanzaba desde sus fronteras. Inglaterra y Francia hicieron honor a las garantías que habían ofrecido a Polonia y, al declarar la guerra a Alemania, desencadenaron la Segunda Guerra Mundial. A duras penas pudieron regre-

sar incólumes a Madrid, a través de las rutas de Francia en peligro, los cuadros del Museo del Prado depositados por la República en Ginebra.

Monárquicos en el Consejo Nacional

La campaña de Polonia terminaba con la ocupación germano-soviética de Polonia el 23 de septiembre de 1939 y la guerra europea entró en su "fase tonta" ("dróle de guerre"), contenida por las imponentes fortificaciones de la línea Sigfrido y la línea Maginot. Franco mantenía una intensa actividad comercial con los dos bandos, daba entrada a todas las fuerzas políticas del régimen en el inoperante, pero significativo, Consejo Nacional designado el 12 de septiembre de 1939, en el que incluyó a doce monárquicos, entre ellos el marqués de Luca de Tena y José María de Areilza, una de las más rutilantes estrellas jóvenes del régimen; reforzaba su esquema de sindicatos verticales incipientes con el propio Areilza y el financiero Demetrio Carceller; cubría vigorosamente su flanco cultural con el equipo fascista de Ramón Serrano Súñer, integrado por intelectuales tan brillantes como los profesores Pedro Laín y Antonio Tovar y el ardiente poeta Dionisio Ridruejo; permitía la silenciosa e implacable penetración del Opus Dei en las cátedras universitarias y el mundo de la investigación, gracias al apoyo del ministro José Ibáñez Martín; obligaba a la Iglesia, agradecida, sin excesivo esfuerzo, a que aceptase la disolución de sus asociaciones de Acción Católica para integrarlas en los esquemas totalitarios de la Falange; y contemplaba satisfecho cómo pensadores de inclinación liberal, ya maduros en su juventud, elaboraban doctrinas del caudillaje en el Instituto de Estudios Políticos o proclamaban fervientemente en la prensa del Movimiento tesis, como la del profesor José Antonio Maravall el 16 de septiembre de 1939:

"Hay algo en la crisis europea de hoy que puede afirmarse gracias a la Cruzada española, cualquiera que sea el resultado militar: la retirada histórica de la democracia como forma política y la generalización del régimen de Estados nacionales basados en la autoridad y en una relación personal de servicio".

Desde los resbalones orteguianos del "Delenda est Monarchia" hasta las ridiculeces paramiano-guerristas del reciente Programa 2000, siempre han

encontrado los intelectuales y pseudointelectuales españoles politizados hermosas y dogmáticas palabras para revestir la insensatez dominante del momento. No se olvide; si así se expresaban los intelectuales de Franco, los de don Juan, como veremos detenidamente, no les iban a la zaga en el desprecio a la democracia.

Al apuntar la primavera de 1940, la guerra estancada entró en convulsión. La heroica Finlandia capitulaba ante el rodillo soviético, pero su pueblo se tomaría pronto la revancha junto a las tropas alemanas que el 9 de abril lanzaban la "operación Weser", con inmediata caída de las naciones escandinavas en la órbita del III Reich; el desembarco de los aliados en Narvik, al norte de Noruega, terminó en fracaso sangriento. Y unas semanas después, el 10 de mayo, los ejércitos alemanes, con unidades blindadas autónomas y golpes de mano con paracaidistas, hacían saltar las defensas fronterizas de Francia, Holanda y Bélgica en una ofensiva que terminó con el cerco del cuerpo expedicionario británico en Dunkerque y la caída de París el 14 de junio.

El hundimiento de Francia

Franco estaba entonces prácticamente seguro de la victoria alemana, como casi todos los españoles, excepto el general Kindelán, don Juan de Borbón y la reina Victoria Eugenia, que nunca dudaron de la victoria aliada por motivos racionales y estratégicos, no por simple inclinación sentimental. La magnitud de la victoria por aplastamiento sobre Francia fue tal que en el mes de junio de 1940 Franco sintió vivamente la tentación de intervenir en la guerra, aunque no de la forma inelegante con que lo hizo Mussolini al atacar por la espalda a Francia ya herida de muerte; pero a la vez que manifestaba esa posibilidad a Hitler por medio del supergermanófilo general Juan Vigón, exigía tales suministros y compensaciones que el Estado Mayor alemán no aceptó la oferta y cuando quiso hacerlo ya era tarde.

El mismo día en que cayó París, las tropas españolas de Marruecos ocuparon sin problema alguno la ciudad internacional de Tánger. El 27 de junio de 1940 las avanzadas alemanas llegaban al puente internacional de Hendaya y algunos destacamentos entraban en España, hasta cerca de Bil-

bao, en son de paz y amistad, hasta que se cortaron inmediatamente tales expansiones. Realmente, cuando hasta el duque de Alba, embajador de España en Inglaterra, que como duque de Berwich era también par de Inglaterra, dudaba de la victoria aliada, hacía falta toda la intuición estratégica del general Kindelán para escribir aquel mismo verano al ministro del Ejército, general Varela: "Alemania va a perder la guerra" [82]. Otro general muy inteligente, el laureado Antonio Aranda, permanecía entonces convencido de la victoria final alemana.

España se salva de entrar en la Guerra Mundial

En vísperas de la fiesta nacional del 18 de julio de 1940, Franco, contagiado por el entusiasmo de esa victoria europea de Alemania, que no se había contemplado dede los días de Napoleón, se manifestó imprudentemente de forma agresiva contra los aliados, se identificó con la victoria de Hitler y provocó la indignación de Londres [83]. Sin embargo, como demostraría en sus conversaciones con Hitler en Hendaya ese mismo otoño, Franco había seguido con mucha atención el desarrollo de la batalla aérea de Inglaterra, que se libró durante la segunda quincena de agosto y primera de septiembre y que, a costa de terribles sacrificios de la Royal Air Force, terminó con clara victoria británica y con el aplazamiento *sine die* de la operación León Marino, la invasión de Inglaterra a través del Canal. Era el primer revés importante de Alemania y en sus gravísimas consecuencias estratégicas Franco estuvo plenamente de acuerdo con Kindelán: siguió creyendo en la victoria final alemana, pero *ad calendas graecas.*

Recién consumada la victoria de los británicos en el aire, Hitler decidió cerrar el Mediterráneo mediante la conquista de Gibraltar para asfixiar a Inglaterra. Esta decisión, la "operación Félix", afectaba directamente a España y ahora Franco ya no ofrecía la misma disponibilidad que en su pasajera ofuscación de junio. Envió a Berlín al ministro de la Gobernación, Ramón Serrano Súñer, que se entrevistó con el ministro alemán de

---

82 A. KINDELÁN, *La verdad de mis relaciones con Franco,* op. cit., p. 119.

83 Para todos los contextos de la guerra mundial referidos a España, ver mi biografía de Franco, editada en 1982 por Planeta, tomos IV y V.

Exteriores, Von Ribbentrop, y con el propio Hitler y siguió puntualmente las instruccicones de Franco: replicó a las exigencias alemanas con listas interminables de suministros y compensaciones territoriales en África (Marruecos, Orán, África Ecuatorial) para asombro e indignación de Hitler, que pretendía obtener una base en las Canarias, lo que le fue tajantemente denegado.

Las entrevistas terminaron sin acuerdo y entonces Hitler decidió discutir personalmente con Franco para arrancarle la intervención abierta de España en la guerra mundial. Franco nombró a Serrano Súñer ministro de Asuntos Exteriores en sustitución de Beigbeder (que pasó inmediatamente a incrementar el vivero de resentidos anglófilos y juanistas) y habló detenidamente con Hitler en la estación de Hendaya el 23 de octubre de 1940.

Hoy se conoce todo sobre ese decisivo encuentro, después del estudio de Detwiler y la documentación aportada por el intérprete Schmidt y por el propio Serrano Súñer. Franco aburrió conscientemente a Hitler. Acudió dispuesto a no comprometerse y no se comprometió. Explicó a Hitler una prolija lección de estrategia naval aplicable a la guerra del desierto africano y le recitó la letanía de suministros y reivindicaciones africanas, que chocaban claramente con las exigencias de Francia (a quien Hitler quería ganarse para su "Nuevo Orden") y de Italia.

La entrevista terminó sin acuerdos concretos y Serrano Súñer tuvo que volver a Alemania a mediados de noviembre para mantener la misma línea de defensa. Franco se había reafirmado en su abstención por los informes de la Marina, redactados por el jefe de operaciones del Estado Mayor de la Armada, Luis Carrero Blanco, en los que se concluía la imposibilidad de luchar contra los aliados porque ellos podrían ahogar a España desde el Cantábrico y desde el golfo de Lyon y terminar con España por inanición.

Demostraron ser capaces de hacerlo en aquel mismo invierno cuando, en enero de 1941, Churchill escribía a Roosevelt, presidente de los Estados Unidos: "Mis informes demuestran que la situación (de España) no está lejos de la inanición". Empezaban los años del hambre. El ultimátum de Hitler a Franco, formulado a finales de enero de 1941, cayó en el vacío. Y cuando Franco se entrevistó en Bordighera con Mussolini, Duce de Italia,

el 12 de febrero de 1941, el aliado de Hitler comprendió que Franco ya no entraría nunca en la guerra a favor de Hitler. Dos semanas después, como sabemos, fallecía en Roma el rey don Alfonso XIII [84].

De poder a poder

Todavía en el mes de marzo de 1941, el Conde de Barcelona respondió a la carta de pésame y advertencia que le había dirigido Franco el día 6 de ese mes con la siguiente:

Mi respetado General:

Ha llegado a mi poder su carta del 6 del corriente y de corazón agradezco el afectuoso pésame que en ella me expresa por la muerte de mi augusto padre S.M. el Rey D. Alfonso XIII (q.s.g.h.) a quien V.E. sirvió lealmente mientras estuvo ejerciendo en España su oficio de Rey. También agradezco al Estado y al pueblo español los funerales y actos con los que, haciendo justicia, ha honrado la memoria de mi venerado padre que tanto amó a nuestra querida patria, a cuyo servicio estuvo su vida entera consagrada.

En su carta habla de la responsabilidad histórica que sobre V.E. pesa en esta etapa de tanta trascendencia para el futuro de España. Efectivamente, me hago cargo de la preocupación que ha de tener, habida cuenta de su inmensa responsabilidad, y no hace falta que le exprese cuán vivos deseos tengo de que acierte.

Me da V.E. a entender que se preocupa de evitar que sean dañadas la monarquía y mi persona. Hasta hoy no he tenido relación alguna con la marcha de la política, administración y gobierno del Estado español ni con los acontecimientos que, relacionados con aquéllos, hayan tenido lugar, pero la circunstancia de ser yo el representante del Poder Real, me

---

84 Este resumen sobre la actitud estratégica de Franco frente a Hitler en 1940 y 1941, especialmente la entrevista de Hendaya, choca frontalmente con las tesis de los antifranquistas profesionales como Preston, empeñados en presentar a Franco como lacayo de Hitler. Creo que bastan y sobran las fuentes indicadas, pero en mi proyectada y definitiva biografía de Franco (espero que en 1998) volveré sobre el problema, espero que también definitivamente.

hace comprender que he de cumplir mi deber con respecto a España y que no puedo dejarme llevar a la vida cómoda y despreocupada que podría hacer. Este deber lo tengo ante Dios y en conciencia no puedo rechazarlo.

Celebro ver que tiene V.E. confianza en tres personas en las que yo, con anterioridad a la fecha de su carta, tengo demostrado tenerla también plena y reiterándole de todo corazón las gracias más sentidas por cuanto han hecho en España en memoria de mi augusto padre (q.e.p.d.) y por las palabras de pésame que en ellas me expresa, queda de V.E. afectísimo, Juan de Borbón"[85].

En esta primera carta como titular de la Corona, don Juan cambia el tono efusivo de las comunicaciones anteriores y expresa a Franco algo que debió preocupar mucho a éste: se presenta "como representante del Poder Real". Franco nunca reconoció en España más poder que el suyo desde el 1 de octubre de 1936 hasta su muerte y ahora veía surgir, sin agresividad de momento, otro poder. Don Juan además le toma la palabra y recalca la grave responsabilidad de Franco, aunque de momento no le reclama la restauración de la monarquía. Pero queda claro que ya ha empezado una nueva etapa de las relaciones entre los dos: de poder a poder. Es lo que llama insistentemente Luis María Anson en su libro *Don Juan* (Barcelona, Plaza y Janés. 1995) *la lucha por el poder* como cifra de unas relaciones por antítesis que no fueron, ni mucho menos, permanentes, como demostraré a lo largo de este libro.

Reivindicaciones de España

El 8 de marzo de 1941, el Senado de los Estados Unidos aprobaba la Ley de Préstamo y Arriendo que iba a convertir a la gigantesca nación en el arsenal de la democracia contra Hitler. El peligro de intervención alemana sobre España se aleja a primeros de abril, cuando el Ejército alemán exige libre paso por Hungría para atacar a Yugoslavia, lo que provoca el suicidio del primer ministro húngaro, conde Teleki. Hitler lleva la guerra relámpago a la península de los Balcanes con pleno éxito: el 17 de abril capitula

---

85 PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 348.

Yugoslavia y el 21, Grecia, cuyo Ejército había contenido victoriosamente durante los meses anteriores al de Italia.

El servicio secreto británico debe de haber barruntado las apetencias germánicas sobre Canarias (que rechazó vigorosa y patrióticamente Ramón Serrano Súñer en sus viajes), porque el 9 de abril, el Gobierno de Londres aprueba un plan para la invasión preventiva del archipiélago español del Atlántico, y la naciente oposición monárquica contra Franco llega a saberlo por sus contactos en la Embajada Británica en Madrid, con las consecuencias lamentables que vamos a ver pronto.

En plena sintonía con el régimen de Franco, el diplomático Fernando Castiella y el consejero nacional Areilza publican en aquella primavera un libro famoso, *Reivindicaciones de España,* donde se reclama, como había hecho Franco a Hitler, Orán, todo Marruecos y una gran ampliación de Africa Ecuatorial como zonas de futura soberanía española. Por los días de mayo en que el adjunto a Hitler en el partido nazi, Rudolf Hess, aterriza en una pradera de Escocia, se entrega a los británicos y les revela proyectos alemanes para invadir Irlanda, Franco remodela su Gobierno: da entrada en Gobernación al archienemigo de Serrano Súñer, Valentín Galarza, *El Técnico* de la conspiración de 1936; envía a Marruecos como alto comisario al general monárquico Orgaz, que ya trama una conspiración proaliada; y elimina al equipo de propaganda de Serrano Súñer —Tovar y Ridruejo—, con lo que acentúa el declive del antaño prepotente "cuñadísimo", muy afectado por la entrada en el Gobierno de otro enemigo jurado, Arrese.

Los brotes de la oposición monárquica y republicana

A juzgar por lo que revelan Juan Antonio Ansaldo y Pedro Sáinz Rodríguez, la oposición monárquica contra Franco brotó a raíz de la victoria en la Guerra Civil en el mismo año de 1939, cuando se desencantaron de Franco al comprobar que retrasaba indefinidamente la restauración de la monarquía. Tengo la impresión de que los dos exageran bastante; si bien es verdad que en las reuniones de la madrileña calle de Guturbay 5, sede de la entidad Cultura Española se despotricaba contra el régimen y se procuraba el acercamiento a algunos generales, la verdad es que la indiscutida jefatura

de Franco en 1939 y las fulgurantes victorias de Alemania en 1940, ahogaron todo intento serio de oposición a Franco dentro y fuera de España hasta la primavera de 1941 y, sobre todo, hasta la entrada de los Estados Unidos en la guerra (diciembre de 1941), el desembarco aliado en el norte de África (noviembre de 1941) y la apertura del segundo frente en Italia (septiembre de 1943). Hasta que se fueron dando esos pasos exteriores, no alentó la oposición antifranquista apoyada en las cada vez más claras perspectivas de victoria aliada en la guerra. Fue por tanto, en todo momento, una oposición dependiente y subsidiaria, que no creía en su propio vigor sin el apoyo estratégico ajeno.

En la primavera de 1941, se advierten los primeros brotes significativos que, desde entonces, se irán incrementando tanto en la oposición monárquica como en la republicana. Alemania mantenía su capacidad expansiva, como iba a demostrar inmediatamente en la invasión de la URSS, pero los políticos y militares más avezados habían valorado la importancia de la batalla de Inglaterra en el verano de 1940, la dispersión del esfuerzo alemán hacia los Balcanes y, sobre todo, la creciente implicación de los Estados Unidos en el conflicto.

Ser aliadófilo ya no parecía tanta locura como en 1940. Sin embargo, la oposición no tenía muy claro aún su horizonte. Dos de sus futuros miembros más tenaces, el general Aranda y don José María Gil Robles, no habían dado aún el paso en la primavera de 1941. El 10 de junio de 1941, Gil Robles prohíbe a sus seguidores en España que se sumen al movimiento antifranquista que prepara el general Orgaz, porque "no queremos crear dificultades a nadie y nos apartamos resueltamente de todo lo que signifique conspiración" [86].

Sabemos que Aranda proclamaba ante los sindicatos del régimen el honor y la necesidad de entrar en guerra junto a Alemania. Ahora es cuando los movimientos anteriores de Sáinz Rodríguez, Vegas y Ansaldo empiezan a conseguir cierta aproximación de algunos generales monárquicos influyentes, como Luis Orgaz, un notable organizador a quien acaba-

---

[86] Los orígenes de la conspiración y las citas de fuentes, en mi biografía de Franco (1982), tomo V, p. 32s.

mos de ver tentando a los fieles de Gil Robles para un movimiento que cuenta ya, según el propio Gil Robles, con bastantes ramificaciones.

El 17 de julio de 1941, en un discurso ante el Consejo Nacional del Movimiento, Franco arremete contra "el burgués frívolo, el traficante codicioso y el aristócrata extranjerizado", en alusión velada a quienes tratan de desviar a don Juan de Borbón, pero ratifica su propósito de llegar en su día a una restauración monárquica. Reafirma la amistad de España "con nuestros camaradas del Eje", sobre todo ahora que "Stalin, el criminal dictador, es ya el aliado de la democracia". Esta nueva radicalización imprudente de Franco contra los aliados causa la indignación de éstos y anima a los promotores de la oposición naciente, que se configura en dos grupos: los republicanos exiliados, que tratan de formar un organismo de acción en México bajo la dirección del general Miaja y el ex presidente del Gobierno y de las Cortes, Diego Martínez Barrio; y los monárquicos, que intentan improvisar un órgano efectivo de oposición en España, con graves dificultades.

El general Kindelán, destinado ya en la Capitanía General de Cataluña, protesta ante el ministro del Ejército por el discurso de Franco el 17 de julio, y Eugenio Vegas convoca una primera reunión conspiratoria semipública en el Club Marítimo de Las Arenas, cerca de Bilbao, con asistencia de Areilza. Sáinz Rodríguez consigue la adhesión de los generales García Escámez y Aranda, convertido súbitamente en anglófilo cuando, pese a su merecidísima Laureada, comprueba que Franco no le va a ascender a teniente general.

Rusia es culpable

Sin embargo, la invasión alemana de Rusia el 21 de junio de 1941, y las victorias formidables que sus ejércitos acorazados consiguen durante todo ese verano, por el sistema de grandes bolsas que se había ensayado en la guerra de España, levanta a casi toda España en torno a Franco. Dos días después, Ramón Serrano Súñer, para gran sorpresa del Gobierno alemán, propone el envío de una división española de voluntarios, pero sin declarar la guerra a la URSS: es una cruzada contra el comunismo, no contra el pueblo de Rusia.

El 24 de junio, Ramón Serrano Súñer clama en plena calle de Alcalá ante una multitud entusiasta "Rusia es culpable"; ahora se le critica tal exabrupto, pero tenía toda la razón. Sobraron voluntarios militares y civiles para la División que, a las órdenes del general Agustín Muñóz Grandes, combatió valerosa y eficazmente en el frente del Este.

El 14 de agosto de 1941, el *premier* británico Churchill y el presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, se reúnen en aguas de Terranova para sentar las bases del nuevo orden que seguirá a la victoria, y del documento que se llamará Carta del Atlántico, e infundirá nuevos ánimos a la oposición española. Pero Alemania demostraba aún su enorme capacidad expansiva contra la URSS; se acercaba a Moscú y a Leningrado cuando, el 30 de septiembre de 1941, Franco dirige a don Juan una carta de primordial importancia.

Franco designa sucesor a título de Rey a don Juan

Al Príncipe don Juan.

Alteza:

A nuestro común y leal amigo Alfonso Hoyos confío el encargo de llevaros la presente con mis votos por el feliz acontecimiento que esperais.

Mucho siento que la distancia me prive de la satisfacción del frecuente diálogo en que poder ilustraros de la real situación de nuestra patria, pues conozco cuánta es vuestra inquietud por ella.

En estos momentos tan difíciles del mundo e importantes para el futuro de nuestra nación, España participa de los sacrificios de Europa, en la que está presente en todo momento, en la medida que el interés propio exige y la situación de nuestros medios permite, manteniendo una línea de conducta conveniente con los principios que presidieron nuestra cruzada y los imperativos de nuestra historia.

Esta posición política de España ante el mundo es combatida por cuantos fueron en la cruzada nuestros enemigos, despertando los naturales y encubiertos ataques de las naciones que ayer jugaron contra nosotros y hoy luchan contra Europa.

Explotan algunos el despecho de los vencidos y de los descontentos para el desarrollo de las más turbias maniobras que, aunque condenadas al fracaso, no por eso dejan de tender a menoscabar el prestigio y la posición de España ante el exterior, que será tanto mejor cuanto más fuerte y unido se les presente el pueblo espñol y más firme y estable la política del régimen.

Esta unidad y estabilidad políticas no se lograrán si no se llevase a término la Revolución Nacional que nuestro Movimiento ha puesto en marcha que, reduciendo injusticias seculares, haga a todos los españoles solidarios con la gran empresa de conducir España a la realización de su destino histórico.

Ningún español puede ya ignorar que ni la caída de la monarquía, ni el progreso del marxismo en la revolución roja que a España devastó, ni el triunfo de la cruzada son hechos esporádicos y casuales, sino la coronación de un proceso histórico que volverá a reproducirse si quedan perennes las causas que lo motivaron.

El interés de nuestra fe católica está en que se desarraiguen para siempre las causas que produjeron la progresiva desestabilización de España y que el programa social, que la doctrina católica propugna, se realice con la rapidez y vigor que sólo puede lograrse mediante un Estado fuerte respaldado por una potente organización política.

Los altos intereses de la patria, tanto en el exterior como en el interior, se encuentran enteramente ligados a la realización de los programas de nuestro Movimiento, que la hagan resurgir en un clima de justicia y equidad, hasta ahora desconocidos. A ello va unido el bien particular de los españoles.

Y para Vuestra Alteza y el régimen que representais, es también el único camino por el que, en el día que el servicio de España os llame para que coronemos la obra con la instauración de un régimen tradicional del que para mí sois el único y legítimo representante, pueda éste tener la solidez y plena autoridad que mi espíritu acaricia.

Puede dañar y dificultar este propósito la ceguera y torpeza de muchos que, titulándose monárquicos, confunden vuestro interés y el de España

con su pasión bastarda y su interés privado, apareciendo apartados cuando no en oposición con el Movimiento, que es la única y posible realidad española sin la cual sería flor de un día cuanto intentásemos levantar y que nadie ha de necesitar mañana más que Vuestra Alteza.

Creo haberos expuesto de una manera clara mis pensamientos en relación al momento político actual, ya que pocos de los que hoy se titulan vuestros adictos sabrían comprenderlo.

Con mis deseos de felicidad para cuantos forman su cristiano hogar, queda vuestro sincero y leal amigo.

Francisco Franco [87].

Kindelán vio la caja

Es la primera lección doctrinal de Franco a don Juan, unida a la admonición sobre los monárquicos antifranquistas que ya forman la oposiciòn, aunque Franco no los nombra todavía. Franco se identifica con Europa en ese momento de la guerra mundial; tiene a una división preparándose para entrar en combate junto al Ejército alemán. Pero lo más importante es que Franco, con este documento, designa ya a don Juan como sucesor a título de Rey; lo afirma con una claridad absoluta y tajante. Por el testimonio de Kindelán, que por entonces visitaba frecuentemente a Franco, sabemos que esta designación de don Juan la guardaba en una cajita sellada en su despacho, que mostró a Kindelán y cuyo contenido comentó con él:

"La cajita sellada. La confidencia del nombre contenido en ella. La sucesión de Franco en aquel momento estaba allí. El nombre era don Juan de Borbón, hijo de don Alfonso XIII" [88].

Para satisfacer la curiosidad del lector, debo adelantar que el nombre de don Juan estuvo en la cajita sellada de Franco desde finales de febrero de 1941, la muerte de don Alfonso XIII, hasta el manifiesto de don Juan en Estoril contra la Ley de Sucesión en 1947. Entonces fue sustituido, como veremos.

---

[87] Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 349s.

[88] A. KINDELÁN, *La verdad de mis relaciones con Franco,* op. cit., p. 33.

Don Juan propone la Regencia del Movimiento

Por lo que veo en los comentarios de los neojuanistas e incluso de los que se dicen historiadores de este periodo, todos ellos parecen desconocer esta designación de don Juan por Franco como sucesor a título de Rey, aunque todavía en secreto, que se contiene en el documento anterior, y la primera propuesta formal y dinástica de don Juan que transcribo a continuación, en la que se propone una transición en forma de Regencia pero con todos los mimbres del Movimiento. La carta hablará mejor que cualquier comentario:

A S.E. el Generalísimo D. Francisco Franco.

Mi respetado general:

Ha llegado a mi poder su atenta del 30 de septiembre pasado que mucho he celebrado recibir.

Le agradezco sinceramente su voto por el acontecimiento que entonces se esperaba y que hoy ya es realidad. Como seguramente sabrá V.E., ha nacido un nuevo varón a quien ya se ha bautizado imponiéndosele el nombre de Alfonso y que viene a asegurar la continuidad de mi dinastía. Estoy seguro de que esto habrá de ser motivo de alegría para V.E. y, por ello, con gusto se lo manifiesto.

Me habla V.E. de los momentos difíciles por los que atraviesa el mundo, tan importantes para el futuro de nuestra nación. Bien me hago cargo de las gravísimas preocupaciones y responsabilidades que sobre V.E. pesan y hago fervientes oraciones para que Dios le ayude en la ardua y espinosa tarea de llevar a nuestra patria al cauce de su historia, en estas excepcionales circunstancias y después de una guerra en la que quedaron asolados nuestros suelos y muertos nuestros mejores.

La sinceridad de su escrito me permite hacerle con toda cordialidad las consideraciones que sobre el momento político español paso a exponerle, seguro de que habrá de apreciar la confianza con que le escribo.

No hay duda de que lo que sucedió en nuestra patria el 14 de abril de 1931 fue la coronación de un proceso de negación del espíritu español, al

que contribuyeron las causas que crearon el estado caótico a que llegó nuestra nación. Pero si, aprovechando la coyuntura actual, después de la gran victoria lograda por las armas de España dirigidas por V.E. se logra organizar un Estado, afirmando resueltamente aquel espíritu y creando las instituciones que hagan capaz a España de cumplir su misión histórica, quedarán superadas aquellas causas que la disgregaban, uniendo a los españoles sin necesidad de preocuparse especialmente de ellas. V.E. sabe que para que el Estado español sea tal es tan necesaria la monarquía, que todo intento de crear un Estado sin ella o levantar nuestro espíritu sin tenerla presente, ha estado siempre condenado al fracaso.

Pero la monarquía, que no es sólo el Rey, sino todo un sistema político y de gobierno, no es algo aparte de la nación, a la que podría llegarse como final de un proceso. La monarquía de auténtica raigambre, como la española, confirmada por las sucesivas generaciones a través de los siglos, crea la nación y la mantiene por medio de un Estado que, siendo fuerte y soberano, firme en lo que afecta a los principios e instituciones y flexible en lo que se refiere a la administración, va perfeccionándose a sí mismo y perfeccionando el sistema y la marcha política y vida administrativa del país. España volverá a tener su ser y espíritu sólo por nuestra monarquía tradicional que, siendo el centro de la vida y organización nacional, podrá regenerar la patria.

Ahora bien, es evidente también que para superar las causas que trajeron el caos a España y se logre que ésta vuelva de verdad a encontrarse a sí misma, se hace preciso realizar en España la fecunda revolución que supone el retorno a lo que ha sido y es específicamente nuestro sentido religioso de la vida, incluido lo social y la reafirmación del nucleo familiar, de las corporaciones profesionales y de la vida local; lo que significa la renovación que debe verificarse en cada español. Pero esto, que no puede ser obra breve y que habrá de iniciarse con la creación de nuevas instituciones que con el Rey formen la monarquía, tendrá que ser, por los motivos expuestos, la función primera, constante y normal del Estado monárquico.

Por otra parte, yo, en mis incesantes meditaciones sobre España, su historia y su porvenir, pienso que la nación española, madre, como

monarquía católica, de la Hispanidad, espolón de Europa en África y en el Atlántico y llave del Mediterrámneo, lo mismo que fue luz de la verdadera fe en el mundo en aquella época que se llamó Renacimiento, puede en estos tiempos críticos de la Historia, a pesar de ser tan escasos los medios materiales con que hoy cuenta, presentar a los pueblos el vivo ejemplo de la nación con espíritu universal, con auténtica fe católica. Nuestro deber de católicos y de españoles nos hace profundizar en estos pensamientos y considerar la obligación que tenemos en conciencia cada uno, según el lugar en que Dios ha querido colocarnos, de preparar a nuestra amada patria para realizar tan importante y decisiva misión, dejando organizar el Estado monárquico con tiempo suficiente para que pueda oírse su voz en esta contienda de Europa contra el comunismo empezada en España en 1936, en defensa y para la expansión de los más sagrados valores patrios.

Claro es que el tránsito del presente momento al del ejercicio de hecho en España del Poder Real habrá de hacerse de forma que el Estado actual no se señale plazo de caducidad que disminuya su autoridad, siempre necesaria, y singularmente en estas horas de Europa.

La solución no parece difícil si se piensa en que la instauración de algunas de las instituciones del Estado monárquico pudiera ser la obra de una Regencia como medio para que dicha transición se operase con la máxima asistencia y respeto de todos los españoles, cualquiera que fuese el grupo nacional al que perteneciesen, cuando en 1936 aportaron su decidida colaboración al glorioso movimiento nacional.

Dicha Regencia, orientada clara y públicamente hacia la monarquía, deberá de informar desde el principio al país de su decidido propósito de organización política que tan esencialmente le afecta.

Durante su vida deberían de liquidarse los asuntos de justicia relacionados con la cruzada.

Intensamente me preocuparía a mí la provisionalidad de los poderes del actual Estado español, pero es evidente que al dirigir y proyectar la política y la construcción del Estado español hacia la monarquía tradicional, por medio de una Regencia, lejos de sentirse la interinidad de

poderes, resultarían éstos reforzados al apreciarse que la sucesión de los de V.E. quedaría resuelta sin solución de continuidad. Así se fundirían en uno solo, desde el principio de la Regencia y después de la coronación del Rey, el Poder Real y los que se ejercen como consecuencia de la cruzada nacional.

No quiero terminar, mi general, esta carta sin expresar a V.E. muy sinceramente mi agradecimiento por su manifestación de que soy, para V.E., el único y legítimo representante del régimen tradicional español. Así lo creo y por ello estoy dispuesto a imponerme todos los penosos sacrificios que Dios pueda enviarme, decidido a aceptarlos todos con el mejor ánimo en su servicio y en el de España y por cumplir el mandato de nuestros muertos. Por el concepto que le he indicado que tengo sobre la orientación de la política en España y de la monarquía española, comprenderá hasta qué punto me hago cargo de la responsabilidad que sobre mí pesa de velar por los valores nacionales, que hoy, después del reconocimiento hecho por V.E. de mi legitimidad, me creo más obligado aún, si cabe, a defender. Por tener una fuerte noción sobre esa responsabilidad, pienso en lo conveniente que resultaría esa Regencia como instrumento efectivo y nacional para la reorganización del Estado monárquico y la llamada al Rey para su coronación en España. Este instrumento aparece como solución clara ante las actuaciones de grupos y ante las pruebas poco meditadas de situar al país frente al hecho consumado de un príncipe en el trono.

Le agradezco tanto más sus reconocimientos y la sinceridad de su carta cuanto que me permiten haberle escrito ésta con la mayor confianza y con el calor que sé que V.E., soldado de la España victoriosa, habrá de apreciar y de entender con el corazón. Queda de V.E. sincero y afectuoso amigo

Juan de Borbón
Roma, a 23 de octubre de 1941 [89].

---

[89] P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, p. 350.

Este farragoso disparate político se debe, según todos los indicios, a la pluma de Eugenio Vegas Latapié, que aún seguía en España en plena conspiración contra Franco. Lo que hace proponer a don Juan es la monarquía tradicional y confesional que don Juan había asumido en sus declaraciones de 1935 y 1940; y de momento se le exige a Franco que deje el poder en manos de una innominada Regencia, idea que bien pudo provenir del general Kindelán, muy inclinado a este tipo de mediaciones utópicas. Franco tardó algo en contestar, como veremos; los sucesos con que terminaba el año 1941 absorbían toda su atención.

El ataque japonés a Pearl Harbour

Por lo pronto, los ejércitos alemanes quedaban frenados y clavados por el invierno ruso, especialmente terrible ese año, ante Moscú y Leningrado. Y el 7 de diciembre, la aviación torpedera que había despegado de los portaaviones de la Flota Imperial japonesa, arrasaba la base americana del Pacífico en Pearl Harbour, dejaba a la Escuadra de ese océano fuera de servicio y arrojaba a los Estados Unidos a la guerra contra el Pacto Tripartito al que, por cierto, pertenecía, después de muchas reticencias, España, aunque no era una alianza formal. La marea militar del Japón se extendía por todo el Extremo Oriente, llegaría a ocupar las Filipinas y Singapur, desde Birmania amenazaría a la India, y desde Nueva Guinea al continente insular australiano. Sin embargo, el enorme potencial bélico norteamericano empezó pronto a volcarse en el esfuerzo de guerra aliado que se dispuso, tras unos meses, arrebatar la iniciativa al Eje y al Japón. Esta inversión de la guerra mundial tendría lugar durante el año 1942.

En ese mismo mes de diciembre de 1941, los servicios secretos de los Estados Unidos, la OSS del coronel Donovan, precursora de la CIA, empezaban a operar en España, a la que trataban como país enemigo. La estrella de Serrano Súñer, enfrentado con los generales más importantes, caía sin remedio después de sus ardientes proclamas a la División Azul, que ahora se congelaba, aunque heroicamente, en el frente ruso.

Durante el mes de diciembre de 1941, se reúne varias veces el Consejo Superior del Ejército con asistencia de varios generales de los que proclama-

ron a Franco jefe supremo en el campo de Salamanca en septiembre de 1936. La reunión de los generales -casi todos monárquicos- con Franco el 15 de diciembre en El Pardo fue, en algunos momentos, muy tensa, pero Franco no perdió el control ni por un momento. Varela habla del ambiente general de descontento y Franco asiente; Kindelán dice que el descontento afecta al propio prestigio del jefe del Estado y le ruega que reconozca haber seguido una ruta equivocada. Franco lográ capear el temporal y la reunión se disuelve sin conclusiones ni exigencias concretas, en tono de compañerismo.

Unos días más tarde, el general Kindelán envía a don Juan un proyecto de acción monárquica que consiste en un "martilleo constante", publicación de manifiestos de "fuerzas vivas" y declaraciones de don Juan mediante cartas personales, pero con pleno "rechazo de una monarquía liberal", y sin suprimir a la Falange "para no crear un vacío", y con ofrecimiento de la Regencia a Franco. Es muy importante subrayar que éstas eran las reivindicaciones monárquicas cuando alboreaba el decisivo año 1942, cuando la oposición iba ya a concretarse y a formalizarse de manera más clara.

Por entonces, al terminar el año 1941, tiene lugar un importante acontecimiento que afectará a la etapa siguiente en la vida de don Juan y a las actividades de la oposición: el Gobierno italiano, muy nervioso por las malas previsiones de la guerra, comete la torpeza insigne de expulsar de Roma a la reina Victoria Eugenia, acusándola de actividades de espionaje al servicio de la Marina Británica, ya que seguía siendo princesa real de Inglaterra e Irlanda. "No soy ninguna Mata-Hari", fue el único comentario despectivo de doña Victoria, que se fue inmediatamente a Suiza, harta ya de tropezarse con oficiales alemanes a la salida de su residencia romana, en el palacio Torlonia, donde vivía con su hija. Don Juan, naturalmente, protestó ante el Gobierno y la Corona de Italia y en cuanto arregló sus cosas, siguió los pasos de su madre para establecerse en Suiza. Lo cuenta él mismo:

Don Juan abandona Roma

"Yo le vi (al rey Víctor Manuel de Italia) y me despedí de él cuando me marché, porque el Gobierno italiano había echado a mi madre, inventan-

do que tenía un sistema de espionaje con el Gobierno inglés. Fue una cosa muy desagradable. Mi madre, muy disgustada, cogió el primer tren y se fue; yo me quedé unos días más para arreglar las cosas. Esto fue el año 41; ya había muerto Alfonso XIII. Fui a despedirme de Víctor Manuel y le dije: 'Me voy con un disgusto muy grande por lo que habeis hecho a mi madre, y además porque me temo que esta guerra va a ser para vosotros una catástrofe'. Él me dijo: 'Io non sento la guerra'. Yo repuse: 'Pero eres el Rey, eres el jefe del Estado, tú has firmado la declaración de guerra'. Aquí hubiera sido el momento de decir que no, si no quería" [90].

Había terminado la estancia de don Juan de Borbón en Roma. Allí había nacido su hijo y sucesor, al que ya empezaban a llamar los monárquicos más adictos Príncipe de Asturias. Allí había velado las últimas horas de su padre Alfonso XIII, que se quedaba en el nicho de una iglesia española en espera de su traslado al Monasterio de El Escorial. Iba a instalarse en un sencillo hotelito de Lausanne, una ciudad idílica al margen de la guerra, aunque estaba rodeada de beligerantes.

Cuando viajaba por tren desde Roma a Suiza, sus relaciones con Franco no se habían deteriorado seriamente, aunque la carta que Franco le debía en respuesta a su idea vaga sobre instaurar una Regencia empezaría a tensar esas relaciones. Mientras estuvo en Roma, don Juan había recibido consejos dispersos de partidarios que iban y venían. No disponía de un consejo formal ni de un cuerpo asesor ni de una red informativa seria. Ahora, en Lausanne, trataría de improvisar todos esos elementos para organizar mejor sus posiciones ante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Necesitaba, ante todo, saber lo que realmente quería y concretarlo.

---

90 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 305.

Capítulo IX
"Ofreceros la jefatura total"

DON JUAN DE BORBÓN asumió el título de Conde de Barcelona a los pocos días de morir su padre, es decir, el 5 de marzo de 1941. Franco siguió llamándole siempre Alteza Real y en un primer momento los monárquicos tampoco le llamaron Rey ni le dieron el título de Majestad. La primera vez que veo ese reconocimiento regio en un documento de la época es en una carta de Eugenio Vegas Latapié incluida en el archivo Kindelán antes de acabar el año 1941. Cuando José María Gil Robles aún no ha tomado contacto político con don Juan ya le llama Rey en la entrada de su diario del 10 de julio de 1942. Los partidarios de una Restauración inmediata, civiles y militares, además de la Grandeza de España, dieron a don Juan el tratamiento de Rey a raíz de que decidiera usar el título regio de Conde de Barcelona. La prensa española y en general la opinión pública de España nunca le llamaron Rey.

Una vez que abandonó Italia con doña María y sus hijos por solidaridad con su madre la Reina Victoria Eugenia, expulsada absurdamente por el Gobierno italiano, don Juan se instala en una modesta villa de Ouchy, el distrito elegante de Lausana próximo al lago y al hotel donde provisionalmente residía la Reina. Don Juan se aburría soberanamente en Lausana,

aunque gracias a los insistentes consejos lejanos de su culto amigo y consejero Eugenio Vegas Latapié (que seguía conspirando tenazmente en España), procuraba completar su formación con las lecciones de un eximio maestro de Historia Unversal, el profesor Pirenne, y se permitía divertirse como competía a un Borbón joven que aún no había cumplido los treinta años, por más que el general Franco y hasta el Papa Pío XII no dejaban de mostrar cierta preocupación por tales escarceos, que nunca rebasaron el escándalo (el general Franco se divertía también a su modo, por entonces: el 6 de enero de 1942 estrenaba para sus íntimos en el palacio de El Pardo la película *Raza,* que revela tantas de sus vivencias infantiles y perspectivas importantes de su visión de la historia reciente de España). Pero se ocupaba también de asuntos más graves.

Un viaje disuasorio a Barcelona

Para convencer a sus críticos del Consejo Superior del Ejército y sobre todo a su duro portavoz, el general Kindelán, de que conservaba todo el prestigio y el carisma de la victoria, emprendió el 25 de enero de 1942 un intenso viaje disuasorio a Cataluña que inició en la montaña de Montserrat con estas palabras al abad Marcet y sus monjes: "Al venir a visitaros cumplo una tradición de los Reyes de España", frase que resonó no muy agradablemente en los oídos de don Juan de Borbón cuando le llegó la relación del viaje, que alcanzó sus momentos más importantes en un gran desfile militar por el Paseo de Gracia y en un discurso muy sincero en el que Franco reconoció las dificultades y penurias que se derivaban de la guerra mundial. En ese discurso dirigió un serio aviso a los monárquicos; ratificó su promesa de instaurar la monarquía, pero "nosotros no dijimos que fuéramos a restablecer la España que trajo la República ni la España que perdió los pedazos más grandes de nuestra patria, es decir, la monarquía borbónica que luego se desvirtuó y aquella gran institución que dio tanta gloria, que era popular porque se apoyaba en el corazón del pueblo contra los desmanes de los grandes, aquello cayó y se derrumbó, pero no se derrumbó porque vino la República, no se derrumbó por la masonería, se derrumbó porque había quedado hueca, porque le faltaba la base, le faltaba el pueblo".

El general Kindelán tuvo que tragarse tal reprimenda histórica y contribuyó disciplinadamente con un discurso franquista al tercer aniversario de la liberación de Barcelona [91]. Poco después, el 12 de febrero, Franco se reunió con el jefe del Gobierno portugués, Antonio de Oliveira Salazar, con el fin de que España cubriera a Portugal frente a las amenazas de Alemania, y Portugal a España frente a las amenazas de Inglaterra. Pero, en Sevilla, Franco solía sentir propensión a la imprudencia y, ante el endurecimiento de la resistencia rusa, habló por vez primera de un posible peligro remoto para Berlín, al que acudirían, si era preciso, un millón de españoles para su defensa. Mientras tanto, afianzaba otro apoyo importante, el de la Iglesia española, con la entrada solemne del nuevo arzobispo de Toledo, el catalán don Enrique Pla y Deniel, en la sede primada. Don Enrique había proclamado la cruzada el 1 de octubre de 1936 y había cedido a Franco su propio palacio para cuartel general. Era uno de los doctrinarios más decididos de la cruzada, aunque no ahorró las críticas a los intentos de irrupción del Estado totalitario en el ámbito de la Iglesia.

Tales intentos, que provenían del equipo fascista dirigido por Serrano Súñer, habían chocado ya con la oposición del predecesor del primado Pla, el también catalán cardenal Isidro Gomá. Y eso que Serrano Súñer, después de su vigoroso enfrentamiento con Hitler en el invierno anterior, parecía sonado ante la oposición general a su política y a su persona en aquella primavera de 1941, cuando cayó en su última tentación totalitaria: encargó a su inteligente colaborador Ramón Garriga un plan para el control de la prensa al servicio de su política exterior, calcado del que su colega Von Ribbentrop había articulado en Alemania.

Ya era tarde todo y muy especialmente la prensa y la propaganda iba escapando al control del antaño omnipotente valido que, según los comunicados del embajador alemán en Madrid, Von Stohrer, trataba ahora de acercarse a la naciente oposición monárquica que tanto le había combatido; la información es del 8 de mayo de 1942, cuando los japoneses acababan de consumar su gran victoria en Filipinas con la rendición de la isla fortificada del Corregidor en la bahía de Manila. Los monárquicos, que

---

91 Las actuaciones de Franco en mi biografía de 1982, tomo V, p. 61ss.

trataban de agruparse dentro de España en una organización seria, tenían asuntos más importantes que las desventuras del todavía presidente de la Junta Política. Acababan de formar un primer comité con sus principales líderes: el duque del Infantado, José María de Areilza, el marqués de la Eliseda, el conde de Foncanar, el coronel Troncoso, Eugenio Vegas y Pedro Sáinz Rodríguez.

Vegas y Pedro Sáinz eran los más activos y audaces. El pensador trataba de atraerse a militares de prestigio que le daban buenas palabras pero pocos compromisos; el ex ministro, más práctico, conspiraba con el embajador británico sir Samuel Hoare sobre la posibilidad de crear un gobierno monárquico antifranquista en las Canarias, previamente ocupadas por la Escuadra británica, un proyecto que se estudiaba muy a fondo en el Estado Mayor de Londres por aquella época, en que se preparaba el gran desembarco aliado en el norte de África, la "operación Torch".

José María Gil Robles critica muy justamente ese proyecto, que cree rayano en la alta traición; parece mentira cómo don Pedro, que es un patriota, pudo cegarse hasta el punto de considerar la entrega de las Canarias a Inglaterra con tal de convertirlas en base contra Franco. Azaña, Sánchez Albornoz, Miguel Maura y otros republicanos habían rechazado ejemplarmente en 1940 un retorno a España apoyándose en las bayonetas francesas, como les ofreció el Gobierno francés [92].

Franco tenía puntual información de todos estos movimientos monárquicos que nadie conocía; la única manifestación pública de oposición monárquica que empezó a notarse en aquella primavera de 1942, y se repitió en las siguientes, fueron las bofetadas y carreras, tampoco multitudinarias, de algunos jóvenes estudiantes monárquicos animados por la aguerrida duquesa de Valencia, que se enfrentaban en el paseo de la Castellana algunos domingos con los estudiantes falangistas.

La duquesa repartía a sus muchachos unas insignias con el emblema "J. III". Recuerdo que alguna vez presencié aquellas inocentes peleas, que me parecían una estupidez, para procurar sacar de ellas a uno de mis hermanos que se especializó en romper sillas del paseo. Toda España se ha quedado

---

92 Cfr. PEDRO SAÍNZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 30ss.

muda por el asombro cuando un innombrable ex presidente del Gobierno, que entonces ejercía más bien como sobrino del protomártir, se nos presenta a estas alturas como joven jefe de las guerrillas urbanas monárquicas, e incluso recuerda sus duelos a muerte con Rodolfo Martín Villa y otros azules de la época. Al indicado sobrino nadie le vio jamás por la Castellana como no fuera su ardorosa imaginación retrospectiva.

Franco propone la monarquía totalitaria

A Franco empezó a preocuparle que ex ministros y consejeros nacionales del Movimiento anduvieran implicados en aquellos comités monárquicos, que por la calidad de sus miembros podrían influir en altos medios financieros y militares. El serio aviso del discurso de Barcelona no conseguía frenar la inquietud y entonces decidió escribir una larga carta disuasoria al propio don Juan. Franco la firma el 12 de mayo de 1942, y le sirve de contestación a la que don Juan le había dirigido el anterior 23 de octubre, en la que, sin actitudes de ruptura, proponía la instauración de la Regencia, como recuerda el lector.

A S.A.R. el Príncipe don Juan de Borbón.

Alteza:

Hace muchos días que deseo escribiros para agradeceros la sinceridad de vuestra carta y haceros presente mi pensamiento sobre algunos de los puntos que la misma encierra con aquella lealtad y claridad que fue normal en mis relaciones con vuestro padre y que por otra parte me impone la responsabilidad que sobre mí pesa.

Destaca en ella vuestra fe en la institución monárquica que si es indispensable al Rey para mantenerse en el trono, sin embargo no lo es todo; tienen que conjugarse las instituciones y las personas y mucho más en las épocas fundacionales.

Las personas son las que crean; las instituciones lo más que logran es conservar o afianzar lo creado. Monarquía existía en España antes y después de los venturosos años de Isabel la Católica, de Carlos I y de Felipe II,

y, sin embargo, sus antecesores tardaron ocho siglos en reconquistar lo que los árabes les arrebataron en contados días; y el Imperio que ellos forjaron vivió trescientos años en los que sus sucesores lo fueron liquidando.

La verticalidad estaba pues en aquellos monarcas. Si nos adentramos en el examen de la Historia y de los acontecimientos contemporáneos, encontramos que los males de España no venían de los años inmediatos al 14 de abril; su proceso de descomposición tenía raíces mucho más hondas.

La institución monárquica había venido perdiendo, con su poder, su arraigo popular y las personas que la representaban no se formaban ya en la escuela de sus gloriosos antecesores. Por eso, en nuestro juicio no podemos igualar a las personas que forjaron el Imperio con las que lo perdieron, pese a las buenas cualidades que hayan podido tener; y cuando hablamos de monarquía, la entroncamos con la de los Reyes Católicos, con la de Carlos I y Cisneros o con la del segundo de los Felipes, pero no con los que firmaron las paces que mutilaron nuestro Imperio, suscribieron la separación de Portugal o nos infamaron en Utrecht.

Esos tres siglos de constantes desmembraciones no pueden contar para nosotros y sé que tampoco para Vuestra Alteza.

No son las instituciones, parece, las que han de hacer a España capaz de cumplir su histórica misión; sino los jefes que dirijan la revolución nacional, sus nuevas juventudes que con tanto heroísmo como desinterés se sacrifican. La monarquía de los Reyes Católicos, tan admirada como poco comprendida, fue una monarquía revolucionaria, totalitaria en el más puro sentido de esta palabra; lo demuestra cuando a los inveterados excesos de los grandes señores, crea y opone la Santa Hermandad que asegura a los viajeros y al comercio contra los expoliadores, echando los cimientos de la moderna fuerza de orden público; al recabar y asumir el supremo poder de las órdenes militares, nervio de los ejércitos de aquellos tiempos, antes retenido en diversas manos; al limitar jurisdicciones y reforzar poderes, recabando una mayor y más eficaz intervención en los nombramientos de la Iglesia; al imponer la fe en Cristo a todos los españoles, expulsando de nuestra tierra a judíos y moriscos, y unir a todos en la gloria y en los sacrificios.

Su Corte se componía entonces de guerreros y de santos y de grandeza que hacia el exterior proyecta, es en el interior para toda justicia amparo.

La monarquía degradada

Los tiempos posteriores son, en cambio, los de la mala escuela, de la monarquía decadente y sin pulso, que ya no proyecta hacia el exterior el genio de España, sino que recibe, acoge y ensalza lo que la antiespaña concibe allende las fronteras y que culmina en la invasión enciclopédica y masónica que patrocinan Floridablanca y el conde de Aranda que fatalmente tenía que terminar ennobleciendo a banqueros y especuladores, los mismos que los últimos años sonsacaban el Socorro Rojo Internacional y ayudaban a los periódicos marxistas.

Bajo aquel sistema fallaban los más firmes propósitos. ¿Cuánto fue el patriotismo y buena voluntad de vuestro amado padre, para mi querido Rey, en el servicio de la nación y cómo sus buenos propósitos naufragaron en medio de la desasistencia, el egoísmo o los torpes intereses de grupo y de partidos irresponsables, más fuertes y poderosos que la propia monarquía? ¿Cuántos de los que hoy se llaman monárquicos viven llenos de prejuicios liberales, de bastardas ambiciones o de turbios propósitos y añoran aquellos pasados y desdichados tiempos? Los sucesos de la historia están encadenados y no se producen casualmente, sino como resultado de un proceso que, sin embargo, muchas veces no acertamos a descubrir.

La pérdida del arraigo de la monarquía, la proclamación de la República, los avances del marxismo y comunismo, y la consiguiente rebelión de las masas son consecuencia directa de otros hechos que no podemos desconocer.

Al dejar de ser la monarquía para los españoles su amparo y defensa, perdidas con sus ideales sus virtudes guerreras y verla presidir el nacimiento, la expansión y el dominio del capitalismo, a quien llega a honrar y ennoblecer, el pueblo por éste esclavizado, la encasilló entre sus opresores y ésta fue la verdadera causa de que en la primera coyuntura, sin pena ni gloria, el más ligero viento la haya derrumbado.

El poder de captación del marxismo y comunismo fue un fenómeno racional. El papel que el Rey en el orden temporal y a la Iglesia en el

espiritual correspndían en la defensa de nuestro pueblo contra la nueva esclavitud del capitalismo, que les hubiera creado el calor y entusiasmo de las masas no lo supieron ver, y el marxismo y comunismo, haciendo de esa defensa bandera, logran esa fuerza proselitista que aún hoy se intenta desconocer.

Privilegiados y miserables

Las masas españolas llevan varios siglos de miserias. El 33 por ciento de las viviendas españolas son chamizos o cuevas insalubres; las camas en los sanatorios antituberculosos del Estado no llegaban a la vigésima parte del número de los que al año fallecían, y nunca podían ser alcanzadas por los humildes.

La vida de nuestras clases modestas y medias es muy inferior a la de los demás países europeos. Los monocultivos y las grandes propiedades crean un paro estacional en las dos terceras partes del año. La educación profesional, tan abandonada, que faltando obreros especialistas sobraban centenares de miles de peones. El retiro obrero estaba constituido por una peseta diaria después de cincuenta años de continuo trabajo. Los seguros sociales, atrasados cuando no burlados.

Cuando se tienen cinco o menos pesetas de jornal y varios de familia, y existen la falta de seguridad en el salario y de pan en la vejez, no se puede amar ni siquiera sentir al régimen que lo preside.

Al mirar, en cambio, el sector privilegiado, veían multiplicarse los bienes y las riquezas, y cómo éstas se acumulaban en unos pocos, plenos de derechos y desconociendo las más de las veces los deberes.

¿Creéis que en una España así se puede sentir la solidaridad de españoles? Yo no sé cómo sienten siquiera a nuestra patria, don divino tiene que ser cuando perdura a pesar de tantas injusticias. Ésta es la razón de nuestra revolución que, yo con la Falange, patrocino. Muchos son los enemigos que intentan impedir su realización y desprestigiar el movimiento, tachándonos de demagogos; pero no importa, amé siempre las dificultades y si cayese en el empeño, no podría alcanzar honor más alto.

La realización de esta revolución, sin la cual España volvería a su situación preagónica, es incompatible, hoy por hoy, con la proclamación de instituciones que si posibles en pueblos como Hungría, que por carecer de dinastía no la colocan en situación de interinidad, en España tened la seguridad de que serviría para que nuestros enemigos, unidos a ambiciosos y arribistas, polarizasen alrededor del Príncipe, con descrédito para su persona y grave daño para la patria.

Yo siento tener que deciros que ese sentimiento monárquico que os quieren hacer ver existente en nuestro pueblo es falso; una gran parte de los que hablan de monarquía añoran la decadente y sin pulso; otros la identifican con la explotación impune de los humildes y el restablecimiento del régimen liberal con unos grupos en lucha; para muchos es la impunidad para los crímenes, el resurgimiento del separatismo o la vuelta de los expatriados. Esto es el triunfo a plazo fijo de nuestros enemigos.

La monarquía que a España conviene, como nosotros la sentimos, la única posible, ésa es la que no quieren.

No ignoro que existen insensatos que, ciegos a todo raciocinio, intentan aprovechar la coyuntura que les ofrece la mala situación de abastecimientos y el apoyo del conglomerado anglo-comunista, tan favorable al torpe espíritu de los vencidos ansiosos de revancha; pero estamos alerta, pasaron los tiempos en que una maniobra política o un pronunciamiento afortunado en un pueblo sin alma podía derrocar un régimen. Nuestra cruzada es prueba elocuente de tal quimera. Al juzgar la situación de España, no se puede olvidar que el comunismo y la masonería no perdonan, no se darán por vencidos; el extranjero les ayuda a alentar la disidencia dondequiera que la hallen, pues al interés secular de arruinar y mediatizar a España, se une hoy el de la guerra a vida o muerte que el mundo mantiene, y en la cual España tiene una parte clara y españolísima.

Nuestros órganos de policía constatan a diario actividades intensas en este orden que con mano firme se reprimen. Para salvar a España, el único camino es el de reforzar su unidad realizando la Revolución Nacional que haga a todos solidarios en su servicio, y esta unidad y soli-

daridad no se realizarán más que sobre el partido único y la educación total de las juventudes en un credo político que se apoye en verdades eternas, como son la ley de Dios, el servicio a la patria y el bien general de los españoles.

Así lo siente ya la juventud en pleno, sin que desfiguren esta plenitud la disidencia artificialmente mantenida de unos pequeños grupos, sujetos inconscientes de manejos extranjeros.

Cuando os hablen de lo que piensan los distintos grupos políticos, tened presente que los que se llamaron partidos fueron sólo las máscaras que encubrían bastardos intereses. Ni el destino católico de nuestro pueblo, ni el bien de la patria ni en general de los españoles, lo tuvieron jamás; estaban en éste o en el otro grupo porque les convenía a sus ambiciones de todo orden; así os explicaréis sus cambios frecuentes de casaca y que lo mismo les diese la República que la monarquía.

Analizad la conducta de las personas que os solicitan, medid sus servicios a la patria, examinad sus ideas sobre los problemas sociales y descubriréis sus ambiciones, unas veces políticas, otras de privilegios, las más de intereses materiales y muchas también de vanidad; sin contar los aspirantes a condes y marqueses.

El que el régimen liberal encerrase tantos explotadores y vividores políticos no quiere decir que no exista una política noble y que los pueblos puedan vivir sin política. Todos los seres racionales tienen en su pensamiento dos huecos: el religioso y el político; la predisposición a creer en lo sobrenatural y el juicio de lo que conviene a la sociedad de la que forman parte, y cuando este hueco no se llena con la verdad, otros lo llenarán con sus errores.

La grandeza y la propia existencia de la patria descansan, pues, en la labor que se haga con sus juventudes, en construir sobre ellas y no sobre los residuos de lo corrompido, y esto, para lo que yo tengo tantas prisas, es incompatible con la precipitación de etapas que intentan inspiraros. La vida de España está tan intensamente ligada a esta gran obra que tened la seguridad de que sin ella, tarde o temprano, todo de nuevo se derrumbaría.

Es mi ilusión que no tarde en coronarla para poder ofreceros en ese día con la jefatura total del pueblo y sus ejércitos el entronque con aquella monarquía totalitaria que sólo por serlo vio dilatarse sus tierras y sus mares.

Yo me permito rogaros mediteis estas palabras y os identifiquéis con la Falange Española Tradicionalista y de las JONS y prohibáis a cuantos se titulan vuestros amigos el estorbar o retrasar este propósito. Convencido de que así serviréis al interés supremo de nuestra patria y a la continuidad histórica de vuestra dinastía.

Con la máxima sinceridad y el más sentido afecto,

Francisco Franco.

Madrid, 12 de mayo de 1942 [93].

El viraje atlántico de Franco

Cuando don Pedro Sáinz Rodríguez vio esta carta, escribió al general Kindelán: "Le supongo enterado de la carta enviada recientemente por Franco a S. M. el Rey. Por ella se ve cuán infatuado se encuentra Franco y lo erradamente que enjuicia la realidad española. Esta carta ha convencido a todos (incluso a Vigón) de que nada puede esperarse de la comprensión política de Franco. Ha tomado un camino equivocado pero él seguirá tozudamente en ese camino hasta el final, que, si Dios no lo remedia, será catastrófico para España" [94].

Desde nuestra perspectiva, comprendemos que Sáinz Rodríguez no estaba menos equivocado que Franco, cuyo concepto de entroncar a don Juan con la monarquía del siglo XVI era claramente anacrónico, y cuya descalificación de la monarquía ilustrada del siglo XVIII resultaba no menos claramente injusta; pero los motivos populistas que presentaba a don Juan eran sinceros y auténticos, como ya estaba demostrando Franco con su legislación social; el rechazo a la regencia (con alusión al regente Horthy de Hungría) se lo habían ganado a pulso los consejeros de don

---

93 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 351ss.

94 Cfr. mi biografía de 1992, op. cit., p. 75 del tomo V.

Juan, al proponer a Franco una Regencia en las nubes, y el ofrecimiento a don Juan de una Corona que continuara el Movimiento era, en definitiva, el mismo que Franco hizo en 1969 al hijo de don Juan.

Franco no señalaba plazo; pero era sincero en el propósito tantas veces ya recalcado de "coronar" su obra. Los consejeros de don Juan no lo creyeron y don Juan se quedó sin esa Corona. Lo que Franco dice en su carta sobre las maldades del capitalismo lo estaba desmintiendo ya con su política pragmática en economía; jamás pretendió de hecho anular la economía de mercado. La absoluta indiferencia del pueblo español en 1942 por la monarquía es una blasfemia para los neojuanistas, pero era entonces la pura verdad.

En junio de 1942, se va a producir un significativo viraje de Franco en relación con la estrategia de la guerra mundial. Los antifranquistas profesionales se obstinan en no ver lo que ven, pero ahí están los hechos. En principio parecía que las potencias totalitarias mantenían la iniciativa estratégica en Rusia, África y Asia. El pronto legendario ejército blindado del general Rommel, el Afrika Korps, derrotaba a los británicos en Libia y antes de acabar el mes de junio, recuperaba la plaza de Tobruk y avanzaba por dentro de Egipto, con gravísima amenaza para el canal de Suez. La esperada ofensiva alemana de primavera se retrasaba por dificultades logísticas y meteorológicas, pero al final se desencadenaba arrolladoramente hacia dos objetivos espectaculares: los campos petrolíferos del Cáucaso y el curso del Volga en Stalingrado.

Los japoneses amenazaban más intensamente a la India desde Birmania y ponían su bandera en territorio insular de los Estados Unidos, las islas Aleutianas. Nadie evaluaba aún correctamente el trascendental frenazo que la Marina norteamericana les había impuesto al impedirles la conquista de la vital isla de Midway en la gran batalla aeronaval del mismo nombre, con terribles pérdidas niponas que marcaron el punto de inflexión de la guerra en el Pacífico. Pero durante el mismo mes en que las avanzadas de Rommel se asomaban a las dunas fatídicas del Alamein y la fortaleza de Sebastopol, tenida por inexpugnable, se entregaba a los ejércitos de Hitler, Franco marcaba ese viraje, con claridad meridiana, al recibir solemnemente, extremando la cordialidad y los deseos de cooperación, al nuevo embajador de

los Estados Unidos en Madrid, profesor Carlton Hayes, hispanista y amigo de España, que hizo desde aquel momento por España y su neutralidad mucho más de lo imaginable.

Obligado a presenciar la entrevista entre Franco y Hayes, aunque "sentado y mudo" según recordó luego el embajador, Serrano Súñer, cada vez más fuera de juego, trató de calmar sus desventuras en Italia, a donde viajó "asqueado" según confesión propia. El embajador fascista en Madrid, Lequio, sugiere que Serrano se proponía visitar en Suiza a don Juan de Borbón (contacto que no he podido confirmar) y el ministro de Asuntos Exteriores, conde Ciano, que captó perfectamente el viraje de Franco hacia el Atlántico, revela que Serrano Súñer criticaba entonces a Franco "sin la más mínima prudencia, delante de todos" [95]. Mientras tanto, Franco golpeaba duramente al secreto consejillo de acción y conspiración monárquica que acababa de formarse en España.

Sáinz Rodríguez y Vegas huyen de Franco

A mediados de junio de 1942, recuerda don Pedro Sáinz Rodríguez, "estaba yo trabajando en mis contactos con la Embajada inglesa para procurar organizar algo que paliase la situación de España el día en que fuese Alemania derrotada y llegase por fin la paz, cuando supe por Valentín Galarza, entonces ministro de la Gobernación, que había sobre mí una orden de confinamiento en las islas Canarias". Don Pedro quería ir a Canarias a bordo de la Flota británica, no confinado por Franco, y preparó inmediatamente su huida, lo mismo que Eugenio Vegas Latapié, advertido también por Galarza, monárquico que se pasaría abiertamente al juanismo cuando Franco le destituyó como ministro.

El confinamiento de los dos conspiradores fue decidido por Franco, cuando el general Rafael García Valiño denunció a los dos después de asistir a una cena monárquica en casa de José María de Areilza, donde el propio Valiño, que había cuajado en la Guerra Civil una carrera militar fulgurante, se había declarado carlista de don Javier, aunque luego se pasó tam-

95 Cfr. fuentes para este viraje en mi biografía de Franco, 1982, tomo V. p. 77

bién al juanismo. Sáinz Rodríguez se había preparado un escondite del que logró escapar hasta ponerse a salvo en Portugal e instalarse en Lisboa. Eugenio Vegas se fugó por la frontera francesa gracias a la colaboración de sus amigos Juan Antonio Ansaldo, José María de Areilza y el general Kindelán, todavía capitán general de Cataluña.

Desde aquel momento, Vegas y Sáinz organizaron dos focos formales de conspiración juanista en Lausana y en Lisboa. Vegas se convirtió en consejero permanente de don Juan e influyó de cerca en la educación del príncipe don Juan Carlos; el gran activista de Acción Española fue, según testimonio tan autorizado como el de Luis María Anson, "la persona clave cerca de don Juan entre 1942 y 1948". El profesor Sáinz Rodríguez iniciaba así un exilio de veintiséis años (hasta julio de 1969) como máximo enemigo de Franco, según opinión del propio Franco. Procuraba don Pedro que don Juan saliera cuanto antes de Suiza y se instalase en Portugal; entretenía sus ocios conspiratorios con el estudio de la literatura espiritual española (en la que llegó a ser primer especialista mundial) y en la literatura portuguesa, de la que también fue reconocido experto.

De momento continuó desde su seguro retiro sus gestiones para formar lo que él mismo llama "un gobierno defensor de la independencia de España" en Canarias, pero con las islas ocupadas por Inglaterra, lo cual no aseguraría precisamente esa independencia. "Inglaterra tomaba tan en serio esta cuestión —añade el conspirador— que cuando el desembarco americano en África, tuve a mi disposición en el Tajo un barco inglés que me trasladaría a Canarias en compañía de alguna otra persona para constituir aquella junta de la que he venido hablando, en caso de que al desembarco americano contestase Alemania con una invasión de la Península".

Lo que no podía imaginar don Pedro es que, como sabían perfectamente tanto los aliados como los alemanes desde los tiempos de Beigbeder en Asuntos Exteriores, y ha reconocido documentadamente el profesor Halstead, a la invasión alemana hubiera replicado inmediatamente el Ejército español; ésa fue precisamente la razón que contuvo a Hitler después de la negativa de Franco en Hendaya. Es decir, que don Pedro Sáinz conocía a Franco bastante menos de lo que creía.

Una falsa aproximación a los nazis

Con razón se queja don Juan de Borbón, en sus conversaciones con Sáinz Rodríguez, de que algunos calumniadores hayan difundido una aproximación suya a los nazis. Fue exactamente al revés: cuando don Pedro llevaba aún poco tiempo en Lisboa, se enteró de que el mariscal Goering había invitado a don Juan a una "cacería reservada" e inmediatamente telegrafió al Conde de Barcelona para que rechazase la invitación. Entonces se presentaron en Lisboa dos emisarios alemanes, uno de ellos Gardeman, el hombre fuerte del nazismo en España, quienes propusieron al consejero que "si don Juan de Borbón llegaba a un acuerdo con ellos, Alemania estaba dispuesta a acelerar las cosas imponiendo la restauración inmediata de don Juan de Borbón como rey de España".

Don Pedro rechazó la insinuación, pero aconsejó a don Juan que no extremase su desvío de Franco, en el mismo sentido que indicaba un intermediario entre don Juan y Franco que, después del fracaso del general Juan Vigón, actuaba entre los dos por aquella época, don José María de Oriol, quien según Sáinz Rodríguez practicaba en sus diálogos el llamado método Olleddorff, caracterizado por un chiste que entonces corrió mucho por España: "Como sé que te gusta el chocolate con churros, te meto un ladrillo por debajo de la puerta".

La principal gestión de Sáinz Rodríguez desde el exilio, dentro de la causa monárquica, fue reclutar para ella al antiguo jefe de la derecha católica durante la República, don José María Gil Robles, que como todo el mundo sabía siempre había sido monárquico, aunque guardaba las formas constitucionales de 1931 para no exacerbar a los republicanos. En su interesantísimo diario anota al 10 de julio de 1942 que, según el conde de Fontanar, "don Juan echaba de menos una adhesión de mi parte". El 23 de julio tiene lugar el encuentro en Lisboa de Sáinz Rodríguez y Gil Robles. El ex ministro de Franco cuenta al de la República sus aventuras, y le revela que varios adictos de don Juan le aconsejan que responda a la carta de Franco (que ya conocemos) con un "documento de ruptura", lo que Gil Robles desaconseja: si a la ruptura no sigue un pronunciamiento militar, don Juan quedaría fuera de juego. Gil Robles todavía no se suma a la causa juanista, la política le produce repugnancia

y cree que "en el espíritu de don Juan y de quienes le rodean no hay una orientación medianamente trazada" [96].

Don Juan oye las campanas de Begoña

Durante los meses de aquel verano de 1942, el golpe de timón dado por Franco en junio para las relaciones de España con los beligerantes se traduce, en el ámbito de la política interior, en una crisis total de gobierno que va a cortar en seco y para siempre la carrera de Ramón Serrano Súñer. Es muy curioso que el "cuñadísimo" no se enteró de los entresijos de esa crisis hasta muchos años después, cuando publiqué en 1975 mi *Historia básica de la España actual* con las revelaciones que me había confiado el almirante Luis Carrero Blanco sobre aquella crisis del 42.

Intervenía en la presentación del libro, junto a Emilio Romero, el propio don Ramón Serrano Súñer, que al comprender con tanto retraso las verdaderas razones de su caída —la principal de todas fue la intervención del propio Carrero— cayó en un rapto de indignación homérica que en parte dirigió contra mí, con el acreditado método de eliminar las noticias con la muerte del mensajero, hasta que comprendió la inutilidad del intento; pero nunca hasta hoy se ha tragado el formidable sapo de tal revelación.

Y eso que ya advierte un historiador comprensivo con Serrano Súñer, Ramón Garriga, que durante aquel verano unieron fuerzas contra el todavía presidente de la Junta Política, conocido como "el hombre de Alemania" en medios aliados, todos sus poderosos enemigos, los militares representados por el ministro del Ejército, el monárquico general Varela, los falangistas franquistas capitaneados por el ministro Arrese que contaba con la ayuda de José Antonio Girón; Arrese estaba considerado por Serrano como archienemigo, y el joven subsecretario de la Presidencia, Luis Carrero Blanco, cuya influencia en el Caudillo era ya decisiva, aunque casi nadie lo supusiera [97].

---

96 J.M. GIL ROBLES, *La monarquía por la que yo luché,* op. cit., p. 18ss.

97 Para la crisis de 1942 y sus consecuencias, cfr. mi biografía de Franco de 1982, tomo V, p. 82ss.

El 18 de de julio Franco dicta en el Consejo Nacional del Movimiento su Ley Constitutiva de las Cortes, una de las instituciones que consideró siempre como clave de su régimen. La Cámara era, al principio, muy poco representativa y Franco le atribuía la función exclusiva de hacer las leyes por el sistema de plenos y comisiones, que funcionó relativamente bien; pero las Cortes Orgánicas no poseían instrumentos de control sobre el Gobierno y sólo de nombre coincidían con los parlamentos democráticos.

Don Juan de Borbón tuvo en Suiza puntual aviso del incidente que se preparaba para el 15 de agosto de 1942 ante la basílica de Begoña y que fue el origen de la crisis.

"Aquel año —recuerda en sus conversaciones con Sáinz Rodríguez—, estando yo en Suiza, se me presenta Lucas Oriol de repente y me dice: 'El 15 de agosto va a haber un bollo monstruo con motivo de la festividad de la Virgen de Begoña y se va a producir un choque violento entre falangistas y requetés. Va a ser un momento muy grave, en previsión del cual habrá que tomar alguna decisión'. Estábamos a principios de agosto. Por si aquello tenía fundamento, cojo la pluma y escribo a don Juan Vigón diciendo: 'Me parece que puede haber un motivo de crisis —ya se estaba mascando la crisis de la Falange—, creo que va a producirse un encuentro en Begoña. Procura estar al tanto para ver si conseguimos que Franco haga por fin una remodelación, o un cambio de gobierno que resulte un poco más normal y más apto para la monarquía'. Pasaron varios meses, dimitió Varela, echaron a Serrano Súñer... y no se encontraba quién quisiera ser ministro del Ejército. Entonces Vigón cogió por una oreja a Asensio y le convenció para que aceptara. Asensio no era nada monárquico.

"Y luego Vigón como ministro —apostilla Sáinz Rodríguez—. El recuerdo que tiene Vuestra Majestad de Vigón como monárquico es que estuvo al servicio de Franco siempre.

"Sí —responde don Juan—, un recuerdo malísimo, sobre todo desde que murió papá, porque antes no. Antes nos habíamos visto en Italia, aprovechando el viaje que él hizo para entrevistarse con Hitler. Se me ofreció incondicionalmente, para hacer todo lo que pudiera, dadas sus relaciones con Franco.

"La etapa en que Vigón aparece como representante de Vuestra Majestad fue...

Esa fue la mala; terminó en el año 42, al ver que no hacía nada".

Don Juan exhibía aquí una muestra de la desagradable costumbre borbónica que consiste en no agradecer los servicios de sus colaboradores y encima ponerles verdes. No será, como veremos, el último caso [98].

Don Juan de Borbón había oído campanas —las campanas de Begoña—, pero no pasó de la superficie en cuanto a su conocimiento de la gestación de la crisis. Ese mismo mes de julio, al regresar de la División Azul, Dionisio Ridruejo escribe a Franco una carta admirable por su sinceridad pero desorbitada, porque exige a Franco que actúe como jefe de la Falange radical y fascista y que utilice mano más dura contra los monárquicos anglófilos. No se ha enterado del viraje atlántico de Franco, y sigue convencido de que España debe unir su suerte a la de Alemania. Contradictoriamente aconseja a Franco que forme un gobierno de hombres ilustres para encauzar la situación. Franco no le hizo el menor caso.

Carrero elimina a Serrano Súñer

"Más pronto o más tarde —bramaba Adolfo Hitler contra la España que le había abandonado—, ha de producirse en España la explosión". ¿Pensaba Hitler que la provocación de Begoña, montada por algunos ex miembros de la División Azul conectados con la Embajada alemana, iba a convertirse en esa explosión? Franco estaba ese verano en Galicia; Serrano Súñer se había retirado al castillo de Peñíscola, "abandonado por los reyes, grandes y religiosos que le habían acatado" se dijo entonces, intencionadamente, sobre un anterior huésped famoso de la misma fortaleza, el Papa Luna.

Durante la mañana del 15 de agosto, se celebraba en la basílica de Begoña, colgada sobre el hondón de Bilbao, una misa por los requetés caídos en la Guerra Civil. Presidía el general Varela, ministro del Ejército. A la salida, un grupo hostil de falangistas se enfrentó con los carlistas y arrojó unas

---

98 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 290.

granadas de mano que causaron muchos heridos. La algarada se reprimió rápidamente, pero Varela, después de hablar con el ministro de la Gobernación, Valentín Galarza, dirigió una circular a los capitanes generales interpretando el atentado como organizado contra el Ejército.

Uno de los asaltantes, Juan Domínguez Muñoz, de antecedentes muy oscuros y calificado como nazi, sufrió condena a muerte en juicio sumarísimo y luego la ejecución. Los enemigos de Serrano Súñer trataron absurdamente de implicarle en el suceso. La agitación crecía entre los altos mandos militares y Franco decidió cortar por lo sano, según su costumbre; y castigar políticamente a los dos bandos que pudieran estar detrás de los sucesos.

El 3 de septiembre de 1942 Franco cesó a Varela (que había tenido con él duras palabras por teléfono) y le sustituyó, como acaba de decirnos don Juan, por el general Asensio, un jefe muy distinguido en la Guerra Civil. También sustituyó al ministro de la Gobernación, Valentín Galarza, afecto a Varela y al campo monárquico, por el jurídico militar canario Blas Pérez González, catedrático de Derecho Civil que había intervenido en el proceso de 1935 contra Azaña. Pero el subsecretario Luis Carrero Blanco convenció a Franco para que cesara también a Serrano Súñer y asegurase con ello que no saliera de la crisis como vencedor.

Según el testimonio personal de Luis Carrero Blanco al autor, Franco accedió, asumió la presidencia de la Junta Política y nombró ministro de Asuntos Exteriores al ex ministro de la Dictadura conde de Jordana, decidido aliadófilo. Carrero venció a Serrano Súñer porque Franco prefería las opiniones del joven marino a las de su cuñado en dos puntos vitales: la posición de España ante la Segunda Guerra Mundial, cuando ya no podía sostenerse la germanofilia incondicional de Serrano, y la diferente concepción del Estado.

Serrano Súñer había preparado un informe constitucional sin la menor referencia a la monarquía, con preponderancia de la Junta Política que él presidía y una clara tendencia totalitaria. Carrero, por el contrario, elevó a Franco, después de eliminar a Serrano Súñer, un informe de suma importancia que entonces nadie conoció.

Carrero en 1942: "No hay otro rey que don Juan"

El informe de Carrero, revelado muchos años después por Laureano López Rodó, llevaba la fecha de 28 de septiembre de 1942, a raíz de la crisis de Begoña. En él afirma Carrero que un importante sector militar, que incluye a los principales generales del Ejército, considera necesaria una restauración monárquica como solución para todos los problemas del momento. Carrero denuncia que ese grupo (capitaneado, sin duda, por el capitán general de Cataluña, Alfredo Kindelán) ha convencido a don Juan de que todo el mundo desea la Restauración y que sólo Franco se opone a ella. Entonces Carrero, que se apunta decididamente al horizonte monárquico, habla de dos candidatos posibles para la Corona de España. Para muchos lectores, ésta será una revelación muy sorprendente.

"Es evidente que Vuestra Excelencia ha podido coronarse rey de España y desde mi punto de vista personal creo que nunca más clara la designación providencial del rey tradicional como es el caso de Vuestra Excelencia; pero Vuestra Excelencia no ha querido tal cosa". Es decir, que en opinión de algunas altas figuras del régimen, entre las que se encontraba el propio Carrero, Franco ha podido ser rey y así se lo habían propuesto formalmente; a Franco le había llamado César invicto la propaganda de la Guerra Civil, pero en este caso el César no hizo caso a los Antonios que le brindaban la Corona.

Descartado —por su propia voluntad— Franco, no queda otro candidato para esa Corona que don Juan. Así lo dice el informe Carrero: "No hay otro rey que don Juan". Y aconseja a Franco que se entreviste muy urgentemente con don Juan para conseguir con él "un acuerdo perfecto"; Carrero trata de evitar a toda costa un manifiesto de don Juan, que como bien sabe están preparando los consejeros de don Juan, y recomienda como enlace para preparar esas conversaciones a Juan Antonio Suanzes.

Cuando se cerraba la grave crisis política española de septiembre, los servicios militares de información habían entregado ya a Franco pruebas sobradas de que la inusitada y desbordante actividad militar en Gibraltar y sus alrededores significaba que los aliados estaban preparando una gran operación militar sobre África del Norte. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores, general conde de Jordana, convence fácilmente al embajador de los Esta-

dos Unidos, Hayes, de que es un sincero amigo de los Estados Unidos y de que las veleidades de España con las potencias del Eje han terminado.

El Gobierno español autoriza la venta de una edición española del *Readers Digest,* todo un símbolo del modo de vida americano, que obtiene un gran éxito en los quioscos. El embajador Hayes consigue del presidente Roosevelt que en las inminentes operaciones aliadas sobre Africa del Norte queden fuera de todo peligro las islas Canarias, donde don Pedro Sáinz Rodríguez pretendía instalar un gobierno rebelde contra Franco bajo la protección de la Escuadra inglesa.

Gil Robles y Franco, de acuerdo

Mientras vela sus armas para incorporarse a la política de don Juan, don José María Gil Robles refleja en su diario del 1 de octubre de 1942 que el general Varela rechaza el Alto Comisariado de Marruecos y el general Kindelán está a punto de ser destituido como capitán general de Barcelona.

"Durante esta temporada —añade— ha ido mucha gente a visitar a don Juan, ahora se anuncia el viaje de elementos destacados del sector tradicionalista de Rodezno, para decir al rey que se defina. Por lo visto don Juan prefiere no comprometerse y quiere limitarse a hacer una declaración vaga de aceptación de principios. El general Vigón dirigió a Franco, durante la última crisis, una carta enérgica y bien escrita en la que le decía que si no aprovechaba el poco prestigio que le quedaba para hacer un acto de autoridad, todos los elementos militares tendrían que apartarse de él. Franco está deprimido y desorientado. Su hostilidad se dirige contra los monárquicos, a quienes atribuye la agitación actual. En cambio, se advierten deseos de aproximación a los elementos que fueron de Acción Popular. Hablan de buscar a los más significados para ofrecerles puestos de responsabilidad; en El Pardo se sostiene la necesidad de aprovechar el apartamiento de Serrano Súñer para buscar un acuerdo conmigo a base de reintegrarme a mi cátedra y darme luego la Embajada del Vaticano. ¡Qué idea tienen de la dignidad de las pesonas!".

Menos idea tenía el señor Gil Robles de lo que en El Pardo se proyectaba sobre él: absolutamente nada. Y cierra su entrada del 1 de octubre con estas palabras:

"El ministro inglés en Berna ha tenido una entrevista con don Juan en la que se ha expresado en tono impertinente y exigente, que ha producido en el Rey muy mal efecto. Del conjunto de las noticias deduzco que en cualquier instante puede producirse una situación muy difícil en España. Mucho me temo que los impacientes —civiles y militares— quieran aprovechar el momento para precipitar una restauración cuya oportunidad, a mi juicio, no ha llegado" [99].

Gil Robles y Franco, sin el menor contacto entre ellos, estaban, el 1 de octubre de 1942, de acuerdo. Sin embargo, era inminente un cambio en la situación estratégica. Se avecinaba el desembarco aliado en el norte de África. Franco lo sospechaba por las observaciones del Estrecho. A don Juan se lo revelaría el servicio norteamericano de inteligencia.

---

[99] Cfr. JOSÉ M. GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit.

Capítulo X
Don Juan y la masonería

"LA MASONERÍA NO PERDONA", había dicho Franco a don Juan en su carta del 12 de mayo de 1942. A lo largo de esta historia veremos cómo el general Franco repetía que don Juan de Borbón estaba en manos de consejeros masones y no han faltado quienes hayan acusado a don Juan de Borbón de pertenecer a la masonería, en la que se inició, según tales acusadores, durante su educación y servicio militar en la Escuadra británica; es sabido que en los grandes barcos de guerra ingleses funciona siempre una logia masónica.

El pretexto para todos estos argumentos es un hecho real: don Juan y sus consejeros siguieron durante la Segunda Guerra Mundial una política favorable a la británica e incluso, como hemos visto en conversaciones de Sáinz Rodríguez y Gil Robles en el capítulo anterior, una política concertada con la de Inglaterra, y también existen pruebas sobrantes de que, a partir del siglo XVIII hasta bien entrado el XX, la masonería (sobre todo la rama de las Grandes Logias) ha actuado como una especie de brazo de cobertura y apoyo secreto para la política exterior inglesa.

Al llegar en nuestro relato a los meses finales del año 1942, ya han entrado en escena los principales colaboradores que formarán parte de los

equipos de don Juan de Borbón a partir del año siguiente, orientarán su política y se enfrentarán cada vez más acerbamente con el Generalísimo Franco.

Por tanto, en este capítulo perseguimos dos objetivos: ofrecer el retrato real, no el fingido e imaginario, de esos colaboradores de don Juan y dilucidar si don Juan y sus consejeros eran, como se ha repetido muchas veces, miembros de la masonería. No vamos ahora ni siquiera a resumir la esencia de la masonería, su historia y su situación en 1942. El lector interesado en la historia masónica fuera de las leyendas negra y rosa de la secta puede ampliar noticias en los dos primeros libros de mi obra *Misterios de la Historia,* editados por Planeta en 1990 y 1992.

Los seis equipos de don Juan

Los colaboradores de don Juan formaron, desde la muerte de Alfonso XIII en 1941 a la designación de don Juan Carlos como sucesor a título de Rey en 1969, seis equipos de variado porte sobre cuya entidad real no hay muchas noticias y que en este capítulo tratamos de dilucidar. En primer lugar, la llamada por los monárquicos Casa del Rey, dirigida por un grande de España —el duque de Sotomayor en la primera época— de la que formaba parte el Secretariado que concedió y pagó a Franco a partir de 1938 y que al principio constaba solamente de un funcionario del Cuerpo Diplomático, Ramón Padilla. A la Casa del Rey pertenecían, en cierto sentido, los Grandes de servicio, un conjunto de Grandes de España que se turnaban en la asistencia de representación al Conde de Barcelona y además ayudaban al sostenimiento de su casa, que nunca nadó en la abundancia.

Cada uno de los Grandes pasaba una temporada en la residencia de don Juan, le acompañaban y le atendían. Han sido discretísimos en esta leal y abnegada ocupación, que casi nadie conocía; me enteré casualmente de su existencia con motivo de un viaje a Estoril de mi primo el duque de Hornachuelos, que iba a cumplir esa misión. Este primer equipo de don Juan no era político, aunque ocasionalmente alguno de sus miembros —como ya hemos visto en el caso del duque de Sotomayor— pudiera intervenir en opiniones, consejos o iniciativas políticas.

El segundo equipo, ya plenamente político, estaba formado por los consejeros que actuaban junto a don Juan en Lausana a partir de la primavera de 1942, cuando llegó allí huido de España Eugenio Vegas Latapié. Le acompañaron en numerosas reuniones otros consejeros que viajaban desde España y Portugal hasta que el grupo se incorporó al tercer equipo desde febrero de 1946, cuando el Conde de Barcelona se instaló al fin en Estoril. Veremos que junto a Vegas el miembro más relevante de este equipo fue el diplomático Julio López Oliván, una figura misteriosa sobre la que hemos de volver.

Pedro Sáinz Rodríguez y José María Gil Robles componían el formidable equipo de Lisboa-Estoril, temido por Franco que apeló a todos los medios de la política, aún los más reprobables (que en política son normales), para debilitarle y destruirle. Los dos personajes acaban de realizar su conjunción en 1942 como hemos visto y pronto van a empezar a trabajar juntos infatigablemente.

El cuarto equipo lo forman varios ilustres monárquicos que se van sucediendo en el tiempo y ostentan el nombramiento expreso de representantes del Conde de Barcelona dentro de España. El primero fue el general Juan Vigón, designado a la muerte de Alfonso XIII y abruptamente cesado a fines de 1942, cuando le sucedió, según veremos en el capítulo siguiente, el general Kindelán. Era un abnegado conjunto de grandes personalidades que trabajaron en circunstancias dificilísimas, se jugaron y a veces perdieron su carrera, lo cual don Juan parecía no comprender, a juzgar por lo dura e injustamente que les trató casi siempre.

Los hombres del quinto equipo —los enlaces entre Franco y don Juan— conocían bien esta propensión del Conde de Barcelona a descargar sobre sus representantes las frustraciones del exilio y quizá por eso se contentaron con el papel menos comprometido de enlaces, que cultivaban simultáneamente la lealtad a don Juan y a Franco y trataban de ponerles de acuerdo. José María Oriol es el primero de la serie a quien ya hemos visto actuar; y fue precisamente este quinto equipo el que, convenientemente dirigido por los estrategas del Opus Dei, consiguió finalmente su propósito no con don Juan, apartado de Franco por los demás equipos, sino con su hijo don Juan Carlos mediante la llamada "operación Príncipe".

Podríamos considerar como un sexto equipo, que equivale a una emanación del segundo y del tercero, a los diversos Consejos que después del primero, formado como vimos en 1941-42, sirvieron a don Juan como cuerpos consultivos y entidades representativas ante la sociedad española. El principal fallo de estos Consejos fue su asombrosa falta de información y su carencia de sentido de la realidad, pese a que los miembros vivían normalmente dentro de España, donde parece que no se enteraban de nada. Pero constituían una importante fachada que preocupó mucho a Franco, hasta que captó que bajo tal fachada había poco menos que vaciedad. El resbalón del último de estos Consejos en 1969, ya en vísperas de la designación del Príncipe como sucesor a título de Rey, motivó su disolución por don Juan, quien debió de pensar que más vale estar solo que mal acompañado.

A lo largo de esta historia iremos comprobando la actuación de estos equipos. Ahora merecía la pena presentarlos y analizarlos en sus rasgos esenciales. No sin apuntar hacia ellos y sus componentes dos datos. El primero es de respeto, porque luchaban contra un poder inmensamente superior, con todos los medios del Estado a favor, y apenas con un mínimo ambiente favorable dentro de España, aunque los audaces cronistas del neojuanismo sigan hoy prolongando en la Historia la falta de realismo de aquellos consejeros. El segundo parece todavía más claro. Los miembros más importantes y enconados de estos equipos habían sido ardorosos colaboradores de Franco que habían trocado el amor por el odio en virtud de motivaciones personales que, con todo respeto, vamos a detectar en cada caso. La frustración personal es mala consejera porque nubla la visión serena, tan necesaria para enfrentarse con un político de la talla de Francisco Franco.

Vegas, el enemigo mortal de la democracia

Eugenio Vegas Latapié llegó a Lausana nada más escapar del confinamiento en España en junio de 1942 y, como hemos visto en el capítulo anterior, se convirtió en el hombre clave junto a don Juan durante toda la época de Lausana y los primeros años de Estoril. Le conocí fugazmente en persona,

pero mantengo hacia él, años ya después de su muerte (a la que dediqué una despedida muy cordial y sincera, mal comprendida por sus amigos intransigentes), una alta estima personal y una gran solidaridad en varios puntos esenciales de su trayectoria, junto a una honda y crítica discrepancia en otros.

Había sido muy amigo de mi padre y de mi tío Juan, socios de la Acción Española que él fundó como entidad cultural y como revista de combate contra la República a finales de 1931. Mi principal convergencia con Eugenio Vegas es que se trata no solamente de una personalidad cultísima, sino que quiso incorporar a la derecha española un sentido profundo de la cultura y de la política cultural. Mi principal discrepancia es que creyó poder hacerlo no solamente al margen de la democracia liberal, sino considerando a la democracia liberal (que él creía erróneamente derivada en exclusiva de la Revolución Francesa) como una encarnación diabólica y el origen de todos los males de España y del mundo.

Eugenio Vegas Latapié nació en Irún el año 1907. Alternó los estudios de Derecho con una profunda inmersión cultural: conoció de fuente directa el pensamiento europeo, con inclinación irresistible al integrismo; ganó las oposiciones al Cuerpo Jurídico Militar y, en 1930, las de letrados del Consejo de Estado. Presidió la Juventud Monárquica, como sabemos, y luchó desesperadamente por evitar la caída de la monarquía, que atribuyó al desvío del estamento intelectual y a los vacíos ideológicos. Con el marqués de Quintanar y Ramiro de Maeztu fundó, como acabo de decir, la revista y el centro político-cultural Acción Española, avanzadas monárquicas en la lucha contra la República. Estaba en Burgos al estallar la Guerra Civil.

Trató de aleccionar con sus ideas a Franco como lo había intentado con Alfonso XIII. Franco le nombró consejero nacional como miembro del grupo monárquico, pero no tuvo muy en cuenta sus ideas ni autorizó la reaparición de *Acción Española,* en la que Vegas sólo pudo publicar una vibrante antología aplicada al Alzamiento Nacional. Participó en las actividades de la propaganda del bando nacional. Inconformista perenne, fue eliminado del Consejo Nacional y engañó a sus frustraciones incorporándose a la lucha de los frentes. Sus dos libros, *Memorias políticas*

(Planeta, 1983) y *Los caminos del desengaño* (Tebas, 1987), son un desbordamiento de desencantos y una galería feroz de retratos de gente de la derecha que se han dejado llevar, según el autor, del oportunismo y la vacuidad.

Al terminar la Guerra Civil, convencido de que el proyecto de restauración monárquica se prolongaba para Franco hasta las calendas griegas, se puso a conspirar en Madrid contra Franco con el mismo fervor con el que se había enfrentado a la República. Había inspirado a don Juan de Borbón el manifiesto antiliberal y antidemocrático de 1935 y quería en 1939 una Restauración integrista, una monarquía tradicional anterior a la paz de Westfalia, convencido de que la utopía podría hacerse realidad, sin la menor consideración hacia los contextos mundiales.

Con esa idea huyó en 1942 del confinamiento ordenado por Franco y se refugió en Lausana junto a don Juan de Borbón. Eugenio Vegas, pese a su inmensa cultura y a su admirable tenacidad, estaba abocado al fracaso por su carencia absoluta de realismo. Ya veremos cómo terminó, sumido en la frustración y en la amargura más completa que se detecta en cada página de sus libros. Fue siempre, sin embargo, un hombre bueno que vivió de acuerdo con sus ideas y encontró un gratificante amor humano y familiar en el otoño de su vida.

Los antecedentes de Pedro Sáinz Rodríguez

Cuando Vegas llegaba a Lausana, el profesor Pedro Sáinz Rodríguez se refugiaba en Lisboa para su largo exilio que sólo pudo acabar en 1969. Franco y él se tenían mutuamente como los máximos enemigos sofre la faz de la tierra. Conocí a don Pedro Sáinz de lejos al final de la guerra, pero le traté asidua y cordialmente al final de su vida. Tengo dedicados sus dos colosales libros de memorias, *Testimonio y recuerdos* (Planeta, 1978) y *Un reinado en la sombra* (Planeta, 1978), con palabras que me honran mucho, pero que seguramente valoran demasiado alto mis condiciones de historiador. Me agradeció don Pedro el lanzamiento que hice de este último libro en la prensa, pero es que la obra, con la que discrepo en muchas cosas, lo merecía por su documentación y su interés humano e histórico.

Estoy dejando claro, espero, que al trazar en esta historia las actuaciones de Eugenio Vegas y Pedro Sáinz, con señalamiento de puntos muy oscuros, no desmiento, sin embargo, la solidaridad que hacia ellos me une por coincidencias tan profundas como mis discrepancias, y porque les mantengo un alto respeto como grandes personalidades humanas e intelectuales. Lo mismo espero que se note cuando trate, después, a la tercera gran figura de este capítulo, don José María Gil Robles.

Nacido en Madrid el año 1898, Pedro Sáinz estudió Filosofía y Letras y Derecho; fue uno de los grandes discípulos de Marcelino Menéndez y Pelayo y ganó por oposición en 1924 la cátedra de Lengua y Literatura en la Universidad de Oviedo. Es un ejemplo rarísimo de cómo pueden combinarse durante toda una vida la vocación intelectual y el ejercicio de la política. Como intelectual, ha sido en este siglo el primer especialista mundial en literatura mística española y de sus libros, tanto de crítica e historia literaria, como de memorias y análisis políticos, se desprende una cultura inmensa, digna de Méndendez Pelayo y de Ramiro de Maeztu, cuyo trato cultivó asiduamente.

Pero Sáinz Rodríguez conocía de cerca, de primera mano, con interés socrático, a todos los hombres públicos de su tiempo en los campos de la cultura y de la política. Era un hombre de la derecha monárquica y nunca dejó de serlo fundamentalmente, aunque su trayectoria serpenteó muchas veces entre las que llamó Indalecio Prieto las convulsiones de España. Por su cátedra en Oviedo había tratado asiduamente al general Franco durante sus estancias como jefe en el Regimiento del Príncipe; y luego en sus visitas al Principado; no entablaron una gran amistad, pero cada uno conocía perfectamente quién era el otro.

Durante la dictadura de Primo de Rivera, el profesor Sáinz Rodríguez entró en política un tanto casualmente, gracias a su resonante discurso en un banquete que se convirtió en acto crítico para la dictadura y elogioso para el general Dámaso Berenguer, de tendencias liberales. Desde entonces, don Pedro Sáinz pasó por liberal templado, aunque no tuvo empacho en aceptar un puesto en la Asamblea Consultiva de Primo de Rivera, donde se empeñó en vano, de acuerdo con Alfonso XIII, en dotar a España de una nueva Constitución que no era precisamente democráti-

ca, sino autoritaria, y un intento de limitar la acción y el desbordamiento de los partidos políticos.

Enemigo total de la República

En toda la época republicana, don Pedro participó activísimamente en política como enemigo mortal de la República dentro de las filas, no muy nutridas, de la derecha monárquica. Perteneció como diputado a las tres legislaturas de la República, pero no intervino notoriamente en los debates del Congreso y cultivó ideas casi tan antiliberales y antidemocráticas como las de su amigo Eugenio Vegas Latapié, aunque expresadas con mayor moderación. Desde los tiempos de la dictadura, don Pedro Sáinz era salsa de todos los guisos: conocía a todo el mundo, estaba en un rincón de todas las maniobras y tenía en la derecha la misma información exhaustiva que Indalecio Prieto en la izquierda socialista.

Muy amigo de José Calvo Sotelo, inventó en 1934 el Bloque Nacional (del que fue vicepresidente) para que el gran político gallego encontrase una posición relevante sin desbancar a Goicoechea como jefe de Renovación Española. Había actuado en 1932 como intermediario entre el general Sanjurjo y el general Franco, que se negó tajantemente a participar en el pronunciamiento de Sanjurjo porque no le veía posibilidades de éxito. En cambio, Sáinz Rodríguez sí que formaba parte del reducido grupo monárquico que conoció los preparativos del golpe militar del 18 de julio, y el día 17 estaba en Burgos para esperar al general Sanjurjo, que como sabemos ostentaba la jefatura de aquel movimiento con idea de llamar al rey don Alfonso XIII una vez vencidos los defensores de la República.

Pero Sanjurjo pereció en el campo de Cascaes y Pedro Sáinz Rodríguez se quedó, de momento, sin trabajo. Había conspirado en Italia durante la República en favor de un pronunciamiento monárquico y por eso el general Mola le envió a Italia con el encargo de recabar armas y suministros para la España nacional. Pronto volvió al centro de la política, que era en octubre de 1936 el cuartel general de Salamanca, donde trató de aproximarse a Nicolás Franco, hermano y secretario general del jefe del Estado. Al principio, Franco le rechazó duramente acusándole de haber llegado a

Italia sin un duro para vivir luego opíparamente y volverse con los baúles llenos de libros. Pero todo se arregló cuando en febrero de 1937 apareció en Salamanca, evadido de la zona roja, Ramón Serrano Súñer, que había conocido a Pedro Sáinz en las Cortes de la República; como le acusa Eugenio Vegas, don Pedro se pegó como una lapa a Serrano Súñer en cuanto su perspicacia advirtió que Nicolás Franco había perdido la batalla política contra el cuñado; alguien, tal vez, convenció al Caudillo de que no cabían dos señoras de Franco en la pequeña Salamanca.

Como Serrano Súñer se fue transformando hábilmente en personaje clave de la nueva Falange Tradicionalista, Sáinz Rodríguez hizo lo mismo: se incorporó a la nueva Falange, donde logró ser designado jefe nacional de Educación en la primavera de 1937. Algún colega monárquico, molesto por la habilidad del profesor, dijo, aludiendo a su enorme volumen que le había valido el sobrenombre de "sirena gorda" en la República: "Habrán tenido que matar a una vaca grande para hacerle el correaje". Y realmente las imágenes de don Pedro Sáinz Rodríguez con uniforme azul y estrambótico correaje sorprendían hasta en aquella España nacional donde quien no llevaba uniforme parecía un emboscado.

Un brillante ministro de Educación

Además de notable político de entresijos, don Pedro Sáinz Rodríguez demostró ser un espléndido político y administrador de la cultura. Con medios escasísimos y sobrante de imaginación, llenó el vacío cultural de la España rebelde de forma que impresionó vivamente a Franco. Organizó cursos de categoría universitaria, aunque las universidades estaban cerradas en las dos Españas que se volcaban en la guerra. Exaltó las grandes figuras de la tradición cultural de derechas y, por encima de todo, las de Ramiro de Maeztu y Menéndez Pelayo, su maestro. Revitalizó en el Instituto de España al conjunto de las Reales Academias, dispersas por la Guerra Civil, y consiguió transmitir a todo el mundo la impresión (por lo demás verdadera) de que mientras los grandes intelectuales huían de la zona republicana como de la peste, la España nacional contaba con un plantel espléndido de figuras de la inteligencia y la cultura. Es decir, que se ganó a pulso el

nombramiento de ministro de Educación Nacional del primer Gobierno de Franco en enero de 1938.

Fue un gran ministro. Impulsó desde el Gobierno todos los proyectos educativos y culturales que había iniciado en la Delegación Nacional de Enseñanza. Los diversos grupos que pugnaban por la hegemonía política en torno a Franco coincidían en la designación de Sáinz Rodríguez como ministro de Educación. Logró algo insólito en España: un fomento de la educación armonizado con el fomento de la cultura. Implantó un bachillerato formativo, de fondo clásico y estructura cíclica, que ha demostrado su superioridad sobre todos los intentos posteriores: el famoso "plan 38".

Con las universidades cerradas por la guerra, se limitó a trazar un plan, que por desgracia no se realizó, en favor de la autonomía y la libertad universitaria que rompiese el rígido estatismo imperante en España. Naturalmente que anuló todos los aspectos sectarios de la educación laica implantada en España por la Segunda República. Eligió a colaboradores eximios, como Eugenio d'Ors para la Dirección de Bellas Artes y Javier Lasso de la Vega, para la de Bibliotecas y Archivos. Preparó con D'Ors y el gran pintor Sert la repatriación del Museo del Prado, y resucitó la figura prócer de Marcelino Menéndez y Pelayo.

El extraño cese de Sáinz Rodríguez

Sáinz Rodríguez afirma que había convenido con el general Franco su cese para cuando acabase la guerra. Siempre me ha extrañado esta afirmación que me parece discutible; por lo general, los ministros se resisten a cesar y Franco no gustaba compartir con nadie la decisión o previsión de los ceses. Además, don Pedro Sáinz Rodríguez fue destituido antes de producirse la crisis ministerial de la victoria, a la que ya hemos aludido, seguramente por dos razones. Una, que por entonces ya empezó a alentar Franco las sospechas de que el ministro de Educación era masón, cosa que después repitió Franco infinidad de veces en todos los tonos e incluso llegó a revelar su nombre masónico: "Hermano Tertuliano". Otra, más prosaica, y que a don Pedro Sáinz divirtió mucho cuando la leyó en uno de mis libros.

En aquel Burgos de la Guerra Civil había tan pocos automóviles que todo el mundo conocía a sus propietarios; había también pocas casas de citas, tal vez sólo una muy notoria. Parece que un día pasó por delante de esa casa, en su coche, doña Carmen Polo de Franco, que naturalmente ignoraba la naturaleza del lugar, y al ver aparcado el coche del ministro de Educación mostró al chófer su deseo de que parase porque tenía algo que decir a don Pedro. El chófer, que estaba en el ajo, trató de disuadir a doña Carmen, pero todo fue inútil y cuando la esposa del Caudillo entró en la casa y descubrió de qué se trataba, el cese del orondo y liviano ministro solterón estaba cantado y no tardó en aparecer en el *Boletín Oficial del Estado.*

Insisto en que a don Pedro le divertía el chisme (que tengo por bien fundado), pero ni me lo confirmó ni me lo negó. En cambio, reaccionaba siempre con indignación ante las continuas acusaciones de Franco sobre su filiación masónica. "Es mentira —me dijo más de una vez— y Franco sabe que es mentira". Como Franco, sabedor de esta reacción, seguía insistiendo con tenacidad, lo cierto es que durante bastante tiempo estuve perplejo sobre el particular. Luego volveré sobre ello.

Cesado en el Ministerio y terminada la guerra, don Pedro volvió a sus investigaciones místicas y muy pronto se incorporó a la conspiración monárquica que tramaba Eugenio Vegas Latapié. Dotado de notable sentido estratégico, se mostraba acorde con el general Kindelán y con la reina Victoria Eugenia en que Alemania, pese a sus fulgurantes principios, acabaría por perder la guerra mundial. Desde 1941, y tal vez desde algo antes, empezaron sus contactos y tratos con la Embajada británica, que terminaron en su fuga de 1942 hacia Estoril.

Don Pedro Sáinz jugó hábilmente desde entonces con su fama de liberal acreditada en tiempos de Primo de Rivera. Era verdad, pero también eran verdad sus opiniones antiliberales, antidemocráticas y totalitarias, con las que podríamos montar una detonante antología. Desde luego, en 1942 don Pedro Sáinz Rodríguez, que siempre llamaba "horda roja" e "hidra republicana" a los hombres del Frente Popular y de la República, no era precisamente un demócrata convencido, aunque había abandonado su franquismo oportunista por un antifranquismo monárquico y visceral.

El caso de José María Gil Robles

Don José María Gil Robles y Quiñones ha sido el principal político que actuó al lado de don Juan de Borbón y, más aún, uno de los grandes políticos que ha dado España a este siglo. Si en su ejecutoria abunda más la frustración que el éxito, no se le debe imputar a él, que tuvo formación, cultura y dotes políticas eximias, sino a las circunstancias convulsas en que le tocó vivir. Le recuerdo desde mi infancia, pero sólo le traté en sus últimos años, breve pero intensamente, en largas conversaciones que mantuvimos en Lhardy, cuando, fracasado una vez más al presentarse como diputado por Salamanca en las primeras elecciones democráticas de 1977 (cuando él conservaba tan vivos los recuerdos de sus triunfos multitudinarios por allí mismo durante la República), me hizo el honor de entregarme un libro interesantísimo y revelador, que publicó en versión no venal, y tituló *Un final de jornada,* precisamente sobre aquella etapa que fue para él de esperanza y amargura, cuando España buscaba figuras nuevas, aunque no le llegasen a él ni al zancajo, y ésta es interpretación mía, no de él.

Es también muy complicado hablar aquí y ahora de don José María Gil Robles, a quien el poeta Rafael Alberti, tan jaleado hoy por el diario monárquico, dedicó en la República los poemas más viles y asquerosos que jamás salieron de pluma española, aunque justo es decir que, según se afirmó mucho después, fueron repudiados por el autor; menos mal. Aquellas pasiones llevaron a la Guerra Civil, de la que don Rafael Alberti habla continuamente tantos años después, aunque casi siempre oculta la verdad de la historia auténtica.

José María Gil Robles, hijo de un notable catedrático tradicionalista, era ya joven catedrático de Universidad, aunque prácticametne un desconocido, cuando irrumpió majestuosamente en política durante los primeros meses de la República. Cuando el presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, don Ángel Herrera, preconizado como jefe del catolicismo político en la República, fracasó en las elecciones a las Cortes Constituyentes de 1931, le sustituyó con las bendiciones de la Iglesia José María Gil Robles, que re reveló como parlamentario formidable al defender con éxito su acta por Salamanca, que trataban de robarle los republicanos con malas artes.

Luego llevó a la victoria al centro-derecha en las elecciones de noviembre de 1933, aunque no se atrevió a exigir la jefatura del Gobierno, a la que tenía derecho como jefe del partido más votado. Fundó, entretanto, una familia ejemplar que mantiene vivo el culto a su recuerdo y espero comprenderá que mi admiración por el personaje sea compatible con mis críticas, a veces profundas, sobre su actuación política.

Gil Robles era monárquico y continuó siéndolo durante la República, aunque no hizo alarde de ello para no enconar todavía más las sospechas de los republicanos. Entre los dos extremos de lo que García Escudero ha tipificado certeramente como dos Españas, Gil Robles procuró la moderación, la tercera vía, la oposición y el talante de centro, lo cual le acarreó la hostilidad implacable de la izquierda y de los monárquicos que le consideraban punto menos que traidor. Habló, como sabemos, dos veces con el rey Alfonso XIII en 1933, y don Alfonso le comprendió bastante mejor que los monárquicos.

De toda la derecha española (y seguramente de todo el conjunto político de aquella España crispada), José María Gil Robles fue el político que mejor se comportó de acuerdo con las normas de la democracia. Cedió, porque era signo de los tiempos, al tirón autoritario, al que le incitaban sobre todo sus ardorosas juventudes que vivían próximas al fascismo, y en dos ocasiones —la "crisis de los indultos" a finales de 1934 y el hundimiento de la situación de centro-derecha en diciembre de 1935— tanteó las posibilidades de que el Ejército organizase un pronunciamiento para frenar el desbocamiento prerevolucinario de la izquierda; en una y otra ocasión quien frenó y en definitiva canceló el proyecto fue el general Franco, que no creía llegada la hora de alzarse contra el régimen.

Cuando Gil Robles llegó al Ministerio de la Guerra en mayo de 1935, nombró inmediatamente a Franco jefe del Estado Mayor Central de la República y Franco trabajó a sus órdenes con disciplina y eficacia. Al despedir al ministro en diciembre de 1935, el general Franco tomó la palabra en nombre de todos los mandos del Ministerio de la Guerra y colmó de merecidos elogios a José María Gil Robles.

"Media España no se resigna a morir"

Cuando se abrieron las Cortes del Frente Popular, Gil Robles actuó con serenidad, decisión y firmeza como principal portavoz de la oposición y denunció en el Congreso los desmanes revolucionarios de aquella situación anárquica y la incapacidad de los gobiernos republicanos para contenerlos. Lo mismo que José Calvo Sotelo, jefe en aquellas Cortes de la derecha monárquica, Gil Robles fue amenazado de muerte, y no eran meras palabras, por los portavoces de la izquierda, a quienes algunos ilusos siguen aún considerando como demócratas a estas alturas; y el comando de asesinos que sacó de su casa a Calvo Sotelo para arrojar su cadáver al cementerio del Este buscó también a Gil Robles con el mismo fin en aquella noche trágica. Gil Robles había denunciado valerosamente desde su escaño los excesos del caos republicano con aquella famosa frase del 15 de mayo de 1936: "Media España no se resigna a morir", y la otra media España no se lo perdonó.

José María Gil Robles era un político, un gran político, y por eso no pudo evitar una costumbre que tal vez sea la principal entre los políticos, es decir, mentir. En 1968, el señor Gil Robles trataba de organizar un partido demócrata-cristiano de rigurosa oposición al general Franco y le convenía aparecer como adversario nato del generalísimo Franco. Por eso declaró en el diario católico *Ya* el 10 de abril de 1968 lo siguiente:

"Cuando ya acabada la Guerra Civil fue incoada la famosa Causa General y en ella se volcaban los testimonios de quienes se vanagloriaban de haber participado en el alzamiento, yo declaré por escrito que no había tomado parte alguna en su preparación. Era una imprudencia hacer esa declaración tajante cuando me encontraba desterrado y perseguido, pero era la verdad entonces como lo es ahora. Y la verdad es para mí lo primero".

Gil Robles ante la Causa General

Esta mentira —ahora vamos a demostrar por qué es mentira— llovía sobre mojado después de la mentira que sobre Gil Robles había escrito uno de los padres de Europa, Maurice Schumann, en la revista *Realités*

de París, en el número de agosto de 1962, y que Gil Robles reproduce orgullosamente como colofón de su importante libro sobre sus actuaciones en la República:

"La adhesión demostrada en todo momento hacia la doctrina de la Iglesia y las simpatías que sintió entonces por el Ejército parecían obligar a Gil Robles a abrazar sin reserva la causa de los militares sublevados el 18 de julio contra el Gobierno del Frente Popular. Pero Gil Robles creyó siempre que la Guerra Civil era evitable y desde un principio manifestó su dolor mediante el apartamiento. Después de una breve estancia en Biarritz, de donde fue muy pronto expulsado, se exilia en Portugal, donde reside hasta el año 1953. No tiene por tanto sangre en las manos".

Y Gil Robles rubrica: "Ésta ha sido mi tragedia. Tal vez haya sido también mi mayor gloria" [100].

Pero el 1 de mayo de 1968 el marqués de Luca de Tena publicó en *ABC* la declaración auténtica de José María Gil Robles ante la Causa General, firmada en Lisboa (es decir, con entera libertad) el 27 de febrero de 1942, es decir, cuando aún no se había incorporado a la dirección de la causa monárquica de don Juan. Esta declaración, que contradice por completo a las dos mentiras que acabo de transcribir, es la siguiente:

Se celebraron las elecciones de febrero de 1936. Las derechas coaligadas obtuvieron una mayoría de votos en el país, pero el fraude y la violencia de las turbas, con la descarada complicidad del poder público, dieron los puestos de la Cámara a la fuerza revolucionaria, cuya actuación política de atropello, vejaciones y crímenes está en la memoria de todos. La posición de la CEDA era bien clara: había hecho una experiencia de actuación legal, fracasada por los manejos antidemocráticos y por la violencia criminal de las turbas. Estaba abierto el camino de la intervención de las Fuerzas Armadas y legitimado plenamente el empleo de la fuerza para restaurar el orden social y jurídico. No se divisaba más solución que la militar, y la CEDA se dispuso a darle todo el apoyo posible.

---

100 J. M. GIL ROBLES, *No fue posible la paz,* Barcelona, Ariel, 1968, p. 802.

Cooperé con el consejo, con el estímulo moral, con órdenes secretas de colaboración e incluso con auxilio económico, tomado en no despeciable cantidad de los fondos electorales del partido.

En relación directa con el alzamiento, poco o nada pude hacer, salvo tareas secundarias, tales como el intento de cubrir al general Franco con la inmunidad parlamentaria mediante su elección con el general Fanjul por la provincia de Cuenca; una gestión realizada en San Juan de Luz cerca del señor Fal Conde por encargo del general Mola; la redacción de un manifiesto impreso en Biarritz y enviado a Pamplona el 16 de julio. Y las diligencias hechas en Francia en unión con otros elementos para enviar un avión a Canarias al general Franco.

Transmití a los elementos directivos de las organizaciones provinciales, que me visitaron durante los meses de junio y julio de 1936, las siguientes instrucciones reservadas para el momento en que el alzamiento se iniciase: 1.— Todos los afiliados se pondrían inmediata y públicamente al lado de los elementos militares. 2.— Las organizaciones del partido ofrecerían y prestarían la más amplia colaboración sin el menor carácter partidista. 3.— Los elementos jóvenes se presentarían en el acto en los cuarteles para vestir el uniforme del Ejército y colocarse bajo el mando de los jefes militares, huyendo todo lo posible de formar milicias o batallones propios en los que se veía un grave peligro de partidismo e indisciplina. 4.— Los elementos de la CEDA se abstendrían de todo acto de represalia, actuando contra los izquierdistas responsables por conducto de los tribunales militares ordinarios o extraordinarios y siempre con garantías para los reos. 5.— Los elementos del partido evitarían a toda costa luchas partidistas por la hegemonía, aun a trueque de ceder posiciones políticas o administrativas. 6.— El partido prestaría la máxima ayuda pecuniaria posible a las autoridades militares.

En cuanto al programa futuro, sospecho que cada uno de los núcleos políticos integrantes del Movimiento procuraría hacer triunfar honradamente los puntos esenciales de su ideario: Estado totalitario en unos, doctrina tradicional en otros, restauración monárquica en los demás. Para la CEDA, y sin que eso quiera decir que articulo programa alguno para el día del triunfo, el resultado ideal que apetecíamos era que el alzamiento nos llevara a un Estado autoritario pero no totalitario; tra-

dicional pero adaptado a las necesidades de los tiempos, dotado de estabilidad y continuidad en sus órganos supremos, soberanos; democrático sobre una base corporativa y orgánica; suficientemente fuerte para no tener que ser arbitrario ni violento; respetuoso con los derechos inviolables de la personalidad humana, pero enemigo de toda clase de libertades disolventes; diferenciador de las legítimas jerarquías pero perseguidor de las audacias insolentes y de las ambiciones bastardas; celoso del prestigio moral y material de la patria ante el mundo, pero no imprudente provocador de querellas verbalistas.

En una palabra, una España fuerte, justa, tradicional y cristiana. Por este ideal murieron en el frente y la retaguardia centenares de miles de hermanos nuestros. Tengo la convicción de que el mismo ideal vive en las almas de los que no les olvidan.

Es decir, que ante la Guerra Civil, que acabó con la CEDA, Gil Robles vuelca todos los elementos de la CEDA en el alzamiento y preconiza algo tan alejado de la democracia liberal como la democracia orgánica, el Estado autoritario y la prohibición de las libertades disolventes. Éste era el Gil Robles de 1936, ratificado por sí mismo en 1942.

Gil Robles, propagandista de Franco

Pero Gil Robles hizo algo más, que se ha ocultado celosamente y que voy a descubrir públicamente hoy, porque jamás lo he visto publicado en España ni en libros de historia de cualquier parte del mundo. Brevemente, durante la Guerra Civil, Gil Robles fue propagandista y agente de Franco en Lisboa, para la propaganda y para la alta política. Y naturalmente lo voy a demostar documentos en mano.

Al conocer el brutal asesinato de José Calvo Sotelo, José María Gil Robles actuó valerosamente contra el Frente Popular en la sesión de la Diputación Permanente de las Cortes celebrada, con aires de funeral por la República, el 15 de julio de 1936 y marchó de nuevo al sur de Francia, donde le sorprendió el alzamiento. Marchó a París y de allí a Lisboa, sin pasar por España. En agosto entró en la España nacional para recoger a su familia. Luego estuvo en Pamplona, visitó el frente de Irún el 2 de sep-

tiembre y ante la hostilidad de los falangistas y la frialdad de las autoridades militares decidió volver a Portugal. Él mismo reconoce haber mantenido dos conversaciones con el general Franco después del 18 de julio, "que algún día pienso relatar", pero que yo sepa nunca las ha relatado. También reconoce que el 24 de abril de 1937 escribió desde Portugal una carta a Luciano de la Calzada, uno de los jefes de su partido, en la que acataba el decreto de unificación de Franco, disolvía la CEDA y la incorporaba con muchísimo entusiasmo a la causa nacional, aunque en su relato emplea tonos muy fríos que le convenían en 1968 [101].

Durante la Guerra Civil, no había tal frialdad. Al empezarse a publicar los documentos del archivo de Franco en 1992, hemos podido ver a Gil Robles como ferviente propagandista de la causa de Franco en unas declaraciones al diario británico *The Universe,* publicadas el 22 de enero de 1937 contra el ex ministro de la monarquía y entonces partidario del Frente Popular Ángel Ossorio y Gallardo, que animaba a los católicos a declararse por la República en la Guerra Civil. El periódico publicó una larga carta de Gil Robles de la que sólo reproduzco los titulares:

"Nuestra fe nos obligó a luchar. Manifestación exclusiva del señor Gil Robles, líder católico señalado para ser asesinado. Mayoría obtenida en las Cortes por engaño y fuerza salvaje. Política de los vascos ha ahogado la fe".

"Prueba la falta de fundamento de las pretensiones del Gobierno rojo de ser legal, descubre los manejos de los separatistas vascos que luchan hermanados con los rojos".

"Declara, además, que su partido, que era la más fuerte mayoría de las Cortes, nunca se dejó impregnar de tendencias fascistas, que ya ha dado miles de soldados al Ejército para luchar en la guerra y que está dispuesto a apoyar a la causa nacional con toda su fuerza moral, con todos sus recursos de dinero y con la vida de cada uno de sus miembros".

"Embajador (Ossorio) pretende ser católico, nunca practicó".

La larga carta de Gil Robles, difundida por todo el mundo, contribuyó de forma decisiva a orientar a los católicos en favor de la causa de Franco, y

---

101 GIL ROBLES, op. cit., p. 794.

es un antecedente notable de la Carta Colectiva del Episcopado del 1 de julio siguiente [102].

Gil Robles, agente de Franco

Sin embargo, las declaraciones de Gil Robles a *The Universe,* aunque olvidadas (sobre todo por él mismo en 1968), eran relativamente bien conocidas por algunos especialistas en la Guerra Civil, dada su difusión en 1937. Gil Robles, activo propagandista de la causa de Franco, contribuyó con otros escritos de difusión mundial, por ejemplo *Spain in chains* publicado por *The America Press* en Nueva York en el año 1937, y del que hay varios ejemplares en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos y en la Hoover Institution de Stanford, California. Pero además de propagandista tenaz y efectivo de Franco, Gil Robles fue agente de Franco y voy a demostrarlo.

La prueba está en una carta que dirige Gil Robles en nombre de Franco, después de entrevistarse expresamente con Franco y con autoridad de éste para interpretar la política exterior española al jefe del Gobierno portugués Antonio de Oliveira Salazar el 6 de julio de 1937. El documento, nunca publicado ni citado fuera de los archivos portugueses, está redactado en español y se encuentra en la colección, hoy rarísima, del Ministerio de Negocios Extranjeros portugués *Diez años de política externa,* tomo IV, número 1.186, fechado en la Representación del Estado Español en Lisboa (se trata, por tanto, de un documento oficial), que transcribo íntegramente:

"Excmo. Señor, mi distinguido y querido amigo:

"Con objeto de que quede fijada con toda exactitud la política de la España nacionalista en el orden internacional, le incluyo una nota que refleja exactamente el criterio del Generalísimo Franco, jefe del Estado, en la conversación que con él tuve en Vitoria el 30 de mayo último.

"Anexo al documento:

---

102 Cfr. *Documentos inéditos para la historia del G. Franco,* Madrid, Azor, 1992, p. 104ss.

El Movimiento Nacional, que significa una reivindicación de todos los genuinos valores españoles y una afirmación rotunda de la personalidad y la independencia nacional, no adquiere compromiso alguno que pueda significar directa o indirectamente merma o limitación de su integridad territorial, de su independencia política y de la absoluta libertad de movimientos con que tanto en el orden interno como en el internacional tiene que defender, por encima de todo, los intereses de España.

El nuevo Estado español no ha contraído compromiso alguno que hipoteque la libertad de su política internacional en lo futuro o altere las líneas fundamentales de su posición con respecto a los Estados con quienes ha mantenido en todo momento una relación amistosa.

El pueblo español, que realiza los más duros sacrificios para salvar su existencia, amenazada por la barbarie comunista, y con ella la civilización occidental, siente la natural simpatía hacia los pueblos que desde el primer momento se han dado cuenta de su inmenso esfuerzo y se han puesto espiritualmente a su lado. Lamenta haber encontrado una inexplicable hostilidad en países como Inglaterra, con quien ha mantenido y desea mantener una relación cordial cuya actual interrupción no puede ser achacada a acto alguno de la política interna e internacional de la España nacionalista.

José María Gil Robles.

Evidentemente, Gil Robles actúa oficialmente como agente de Franco en nombre de la España nacional y con una advertencia a la aliada permanente de Portugal, es decir, Inglaterra. Creo que mi tesis sobre Gil Robles como propagandista y agente de Franco está más que probada documentalmente. Sería absurdo y ridículo que Gil Robles hiciera estas actuaciones con su firma y obrase sólo como persona particular y por su cuenta. No es así. Escribe sus alegatos de propaganda al servicio de la causa nacional, y dirige una nota de alta tensión internacional al jefe del Gobierno portugués desde la representación oficiosa española de Lisboa (aún no se había elevado al nivel de Embajada) y en nombre de Franco, tras entrevistarse con él. Queda claro, también, que las dudas de Gil Robles en 1942 para

incorporarse a la causa monárquica tienen mucho que ver con esta actitud suya durante la Guerra Civil al servicio de Franco.

Ni Sáinz Rodríguez ni don Juan han sido masones

Nos queda, para completar este capítulo, el problema de la masonería en los equipos de don Juan, un problema que planteábamos al principio y que ahora vamos a abordar de frente.

Por supuesto que a nadie le ha pasado por la imaginación acusar de masón a José María Gil Robles, espejo de católicos de su época, cuando la Iglesia católica condenaba frontalmente a la masonería y no había surgido aún el sector de clérigos equívocos, sobre todo jesuitas, que he llamado masómanos en otro libro y que se especializan en nuestros días en nadar entre dos aguas. Eugenio Vegas, por supuesto, era aún más enemigo de la masonería que de Franco; no faltaba más.

El principal acusado es Pedro Sáinz Rodríguez y su principal acusador, el propio Franco; por ejemplo, en sus conversaciones con su primo y confidente Franco Salgado. Pues bien, después de hablar seriamente con acusador y acusado y estudiar muy a fondo el problema, he llegado a la conclusión segura de que Franco se equivocaba y don Pedro tenía razón. Me ha costado mucho convencerme de ello y alguna vez he expresado mis dudas. Ahora no las tengo. Los que procedemos de Ciencias sabemos lo difícil que es probar científicamente una tesis negativa, pero don Pedro, que tenía un enorme y explicable interés en el asunto, logra cumplidamente la prueba de esa tesis. Franco no ha ofrecido nunca un documento ni un testimonio serio sobre el presunto carácter masónico de don Pedro.

Si al publicarse los documentos del archivo de Franco aparece algo en contra de lo que ahora digo, naturalmente que tendré que revisarlo, pero no lo espero. Porque he estudiado con todo detenimiento las pruebas que presenta el propio don Pedro en su libro *Testimonio y recuerdos,* con testimonios de las más altas autoridades eclesiásticas que me parecen definitivos. Un masón no pudo hacer jamás lo que él hizo en el campo de la enseñanza católica y de la espiritualidad católica y de la cultura católica. No reproduzco estas pruebas porque están al alcance de todos en cualquier biblioteca; el

libro es reciente y se mantiene aún en las librerías importantes. Franco sufrió un espejismo con Pedro Sáinz, o bien empleó contra él la acusación masónica como arma y venganza política. En todo caso, no tuvo razón.

El caso de don Juan

Y queda el delicadísimo caso del propio don Juan de Borbón. Algún día quiero escribir sobre los Borbones y la masonería; tengo claro que ha habido Borbones masones, pero debemos a Víctor Salmador, en su interesante libro *Don Juan de Borbón, grandeza y servidumbre del deber* (Planeta, 1976), la prueba de que don Juan no lo es ni lo ha sido jamás. A partir de la página 71 de ese libro están las pruebas. Y me alegro de que Salmador cite una frase mía cuando trata el asunto.

Salmador pregunta indirectamente a don Juan sobre las presuntas relaciones de la masonería con su padre, Alfonso XIII (de quien por otra parte consta que nunca fue masón), y don Juan, que comprende por dónde van los tiros, le responde que cuando estaba en Colombo (Ceilán), durante su servicio en la Escuadra británica, tuvo que desembarcar con erisipela y le tocó en el hospital naval un compañero de habitación que además era masón fervoroso y se empeñó en iniciarle en la secta. Don Juan explica su negativa: "Yo nací en el seno de la Iglesia católica y con todos los pecados humanos que me quieran poner en la lista, de los que tengo que dar cuenta a Dios, como todos, en el seno de esa Madre Iglesia deseo y espero morir". Esto excluye del todo la masonería, pero le inspiraba ya desde entonces un gran deseo de reconciliación.

Me queda, sin embargo, entre los colaboradores de don Juan, uno muy misterioso y de grandes cualidades: el diplomático don Julio López Oliván. He rebuscado todo lo imaginable sobre él y sólo he encontrado trazas mínimas. Confío en encontrar datos más consistentes. ¿Pensaba Franco en López Oliván cuando creía ver el influjo masónico británico en torno a don Juan? Alguien importante me lo insinuó pero no me ofreció pruebas. Dejemos de momento apuntada la incógnita sobre un personaje que, como el doctor Juan Negrín en otro campo, parece haber procurado borrar sus huellas.

Capítulo XI
Una España sin demócratas

DESDE LA MUERTE DE ALFONSO XIII el 28 de febrero de 1941, hasta el desembarco de los aliados en el norte de África el 8 de noviembre de 1942, una tensión creciente sucedió a las excelentes relaciones anteriores entre Franco y el Conde de Barcelona, en su época de Príncipe de Asturias. A partir del desembarco aliado de 1942, España va a vivir en una situación estratégica delicadísima: las divisiones de Hitler en la frontera pirenaica y las divisiones norteamericanas junto al límite del protectorado español de Marruecos.

En este contexto estratégico, los equipos de don Juan de Borbón van a aconsejarle una política de ruptura con Franco para imponer la restauración de la monarquía a la sombra de los avances aliados, cada vez más irresistibles, en la Segunda Guerra Mundial. He hablado en el capítulo anterior de equipos en torno a don Juan —el de Lausana y el de Lisboa— y no de equipos en torno a Franco porque, como estamos viendo, Franco llevó muy personalmente las relaciones, cada vez más tensas, con don Juan. Le ayudaba casi en exclusiva el subsecretario de la Presidencia, el marino Luis Carrero Blanco, pero los ministros sucesivos de Asuntos Exteriores —Beigbeder, Serrano Súñer, Jordana— y los demás miembros del Gobierno quedaron apartados de este problema institucional, en el que los que he llama-

do enlaces entre Franco y don Juan jugaban solamente un papel ocasional y secundario, como simples mensajeros de concordia pero sin la más mínima capacidad para decidir.

La democracia quedaba al margen

Entre Franco y los equipos de don Juan, se planteaba una lucha por el poder dentro del contexto estratégico de la guerra mundial; no una confrontación ideológica ni menos una contraposición entre totalitarismo y democracia. Ése es un tenaz sofisma histórico que sólo varias décadas después se atrevieron a plantear los oportunistas del juanismo y los desorientados neojuanistas que nunca se han enterado de la verdadera cuestión. Por supuesto que el general Franco en 1942 era un enemigo declarado de la democracia, actitud que no había mantenido hasta el 14 de abril de 1931.

Durante la época constitucional de la monarquía había expresado opiniones liberales y tolerantes, y como todo el ejército de África recibió inicialmente con mucho recelo el advenimiento del régimen dictatorial de 1923. Pero la hostilidad gratuita que la República demostró hacia las Fuerzas Armadas desde el mismo mes de abril de 1931 y el comportamiento del ministro de la Guerra, don Manuel Azaña, con las reformas militares (interpretadas por él mismo como "trituración" del Ejército) y especialmente con la obra personal y predilecta de Franco, la Acadedmia General Militar, a la que suprimió; y no digamos la grave merma en su carrera que sufrió Franco, al pasar del primer puesto al último en el escalafón de los generales de brigada, le inspiraron una repugnancia invencible contra la República. Como la República identificaba sus iniciativas, sus abusos y sus arbitrariedades con el sistema democrático, Franco y muchos de sus compañeros se convirtieron sin más análisis en enemigos de una sedicente democracia que había llevado a España hasta la tragedia de la Guerra Civil.

Don Juan de Borbón se había identificado, como don Alfonso XIII, con el bando nacional de la Guerra Civil; se había adherido expresamente y varias veces, como Alfonso XIII, a la Cruzada, denominada formalmente con ese término y como estamos observando en todos los momentos decisivos de su vida, cuando se sintió obligado a definirse sobre los grandes pro-

blemas nacionales, a partir de la carta a Acción Española en octubre de 1935, se mostró también don Juan frontalmente hostil a la democracia, partidario de la monarquía tradicional y confesional, y enemigo de una República que le había expulsado de España junto con su familia. También hemos visto que los principales colaboradores de don Juan —Eugenio Vegas, Pedro Sáinz Rodríguez y José María Gil Robles— eran en estos años de la Guerra Civil y primera etapa de la Segunda Guerra Mundial tan antidemócratas como don Juan, y mantendrían esta actitud durante mucho tiempo; como demostraremos documentalmente en los capítulos siguientes.

Por tanto, la tensión entre Franco y don Juan se expresó políticamente como una lucha abierta por el poder, y de ninguna manera como confrontación de dictadura y democracia. Si a estas alturas y ante la documentación a que hemos aludido, alguien se atreve a afirmar otra cosa al referirse a la situación de las dos posiciones, la de Franco y la de don Juan en el verano de 1942, es que ese tal intenta falsificar flagrantemente la Historia.

Los vencidos y la tercera España

Pero no sólo don Juan y Franco van a luchar por el poder en el contexto de la guerra mundial. Van a intervenir también en esa pugna los vencidos de la Guerra Civil: los republicanos, los socialistas y los comunistas (muchos nacionalistas regionales se dividieron, aunque ahora no lo reconozcan), ademnás de algunos neutrales en el conflicto español a quienes alguien ha agrupado bajo el término de "Tercera España", que no estuvieron con unos ni con otros y entre los que destaca por su fama e influencia el ex ministro de la República de centro-derecha don Salvador de Madariaga.

Todos estos grupos componen lo que llamo ahora el "Tercer Frente" (tomando el título a un interesante libro del republicano moderado de aquella época, Alicio Garcitoral) y todos ellos, conjunta o separadamente según los casos, creyeron también llegada su hora de regresar a España y recuperar el poder —en una especie de restauración republicana o Tercera República— cuando se produjo el desembarco aliado en África del norte en 1942. Los componentes de este Tercer Frente reclamaban sus derechos en cuanto fieles demócratas de siempre, y esperaban el reconocimiento de esos dere-

chos por parte de las democracias occidentales que con la "operación Torch", en África del norte, inclinaban ya a su favor el rumbo de la guerra mundial.

Pero conviene matizar mucho las cosas para no caer en simplificaciones. El bando aliado de la Segunda Guerra Mundial había sido, al principio de las hostilidades, cuando Inglaterra y Francia declararon la guerra a Hitler por haber violado las fronteras de Polonia que ellas habían garantizado, un frente democrático contra el totalitarismo, al que luego, en diciembre de 1941, se agregaron los Estados Unidos tras el ataque del totalitarismo japonés a la base de Pearl Harbour. Pero desde junio de 1941, tras la invasión alemana de la URSS, la potencia más totalitaria del mundo, que era precisamente la Unión Soviética regida por Stalin, se había incorporado al bando aliado con pretensiones de ser una democracia más contra el totalitarismo, quizá porque la Constitución soviética de 1936 definía a la URSS como "la gran democracia socialista".

Eso era un sarcasmo, pero se aceptó como propaganda de guerra y todavía hay quien se lo cree. Por tanto, los comunistas españoles, que desde el pacto germano-soviético en agosto de 1939 estaban marginados por el resto de la izquierda que les trataba como apestados, se convirtieron por arte de magia en demócratas a partir de junio de 1941, y trataron de encabezar todos los movimientos antifranquistas de la oposición en su condición de demócratas. Lo cual no solamente era una ficción, sino además una farsa política inconcebible.

Los españoles del gran demócrata Stalin

En las postrimerías del régimen de Franco, todo el mundo se presentó como poseído por el fervor democrático. Todos eran demócratas y además todos habían sido demócratas de toda la vida. En los doscientos partidos que por entonces se formaron aparecía indefectiblemente la etiqueta democrática. Al contemplar tal profusión de endechas democráticas, algunos pensamos entonces en el viejo refrán castellano: "Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces". Pero ahora no nos interesa lo que todo el mundo decía ser al final del régimen de Franco, sino lo que todo el mundo era realmente en 1942, cuando iba a empezar en serio la lucha por el poder

en España entre Franco, los equipos de don Juan y el Tercer Frente, formado por los vencidos y los marginados en la Guerra Civil.

Hemos analizado ya la posición política de Franco y la de don Juan y sus equipos hasta esa fecha, y hemos comprobado que en uno y otro campo no aparecía el ideal y el proyecto democrático por parte alguna. Vamos a ver la ejecutoria democrática de los principales miembros del Tercer Frente que alardeaban ya de demócratas reconocidos. Y empecemos por los comunistas.

Todos eran demócratas

Los comunistas españoles de 1942 mantenían algunos líderes principales que les habían orientado en la Guerra Civil pero habían sufrido sensibles bajas en esa nómina. Los líderes comunistas habían sido distinguidos con el honor excepcional de encontrar refugio en la Unión Soviética después de la derrota de 1939: la URSS rechazó al resto de los exiliados del bando vencido. La Unión Soviética estaba regida en 1942 por un acreditado demócrata: el férreo dictador totalitario José Stalin, un ex seminarista georgiano que desde su muerte, en 1953, está inscrito en la Historia como uno de los más sanguinarios tiranos de todos los tiempos. Junto con sus compañeros bolcheviques había triunfado en la Revolución de 1917 (de la que ya no se conmemoran los aniversarios) y no implantó, bajo la dirección de Lenin, una democracia en la Rusia autocrática de los zares, sino que acabó criminalmente con los zares, ahogó los prometedores brotes de libertad, democracia y progreso que habían surgido desde los primeros años del siglo en el Imperio y, por entonces, en 1942, estaba frenando la invasión alemana frente a las ciudades de Moscú, Leningrado y Stalingrado, gracias a la inagotable ayuda de suministros y material que le proporcionaban los aliados, y se prepara para poner en marcha el rodillo del Ejército Rojo que arrasaría, depredaría y violaría a media Europa, a la que como botín de guerra esclavizó dentro del llamado "bloque soviético" hasta el desmoronamiento del Muro de Berlín en noviembre de 1989.

Stalin redujo, también, a la esclavitud de la Rusia roja dominante a las dos docenas de vigorosas naciones caucásicas y asiáticas incorporadas a su

yugo, y diseñó, precisamente, la teoría para mantenerlas sometidas indefinidamente a la URSS, una teoría que ha saltado en mil pedazos al descomponerse la URSS después del fracaso total de su sistema en los años 80 de este siglo. Pero en 1942, para sobrevivir a la amenaza de Alemania, Stalin desencadenó la campaña de la Santa Rusia, e invocó a todas las glorias del pasado zarista para suscitar el patriotismo del pueblo contra la invasión.

Conseguido su objetivo, volvió a sus esquemas de esclavitud para los que el término "totalitario" no es más que una descripción pálida. No fue alguien ajeno a la Rusia soviética, sino uno de sus propios sucesores en la tiranía, Nikita Kruschev, quien hubo de desenmascarar ante Rusia y todo el mundo los llamados desde entonces "crímenes de Stalin", que forman uno de los capítulos más negros de la historia humana. El bestial zar rojo tiene a sus espaldas una cantidad de muertos en trabajos forzados, deportaciones, gulags y purgas políticas que todavía se discute, pero que seguramente no es inferior a los veinte millones de seres humanos. Hay que retroceder a los tiempos de Gengis Khan para encontrar un precedente adecuado.

Los hijos de Stalin y la Pasionaria

Pues bien, este angelito que responde preferentemente a la descripción del "Gran Hermano" formulada poco después por un antiguo luchador próximo al comunismo, George Orwell, era el jefe idolatrado de los comunistas españoles en 1942, tan demócratas como su padre, y al llamarle padre de los comunistas no utilizo metáfora alguna, sino una expresión del líder joven de los comunistas españoles de la época, Santiago Carrillo Solares, que en una carta vergonzosa dirigida a Stalin en 1939 le reconocía de rodillas como padre, después de repudiar a su verdadero padre, el socialista Wenceslado Carrillo.

Los comunistas españoles habían sido testigos directos de cómo Stalin dirigió a distancia las grandes purgas contra los comunistas disidentes que luchaban en la guerra de España dentro del bando republicano, cómo por orden de Stalin y con la complicidad criminal de los comunistas españoles se perseguía, se acosaba y se asesinaba a los comunistas disidentes, como Andrés Nin, un comunista histórico a quien por las obsesiones de Stalin

liquidaron cerca de Alcalá de Henares en la Guerra Civil, y tantos casos más que han recordado compañeros de la víctima, como Joaquín Maurín y Julián Gorkin. Pero los comunistas españoles no protestaron, persistieron en la adoración al "Gran Demócrata", el "Gran Hermano", mientras se acreditaban como excelentes discípulos de sus métodos democráticos para la conquista del poder y la eliminación de sus enemigos.

Todos ellos se consideraban también hijos de otra demócrata ejemplar, Dolores Ibárruri, *la Pasionaria,* que en las Cortes de 1936 amenazaba de muerte muy democráticamente a los líderes de la derecha española. Todos ellos fueron brutalmente desenmascarados por Indalecio Prieto, el líder socialista víctima de los comunistas, en uno de los documentos más sobrecogedores de la época: el informe que elevó al PSOE en el mismo año 1939 y que luego publicó en su difundida obra, editada en México, *Convulsiones de España,* que deberían leer a fondo comunistas recalcitrantes como don Manuel Vázquez Montalbán antes de escribir idioteces adocenadas sobre la figura de Francisco Franco. Me gustaría ver cómo escribe, con impunidad semejante, una biografía de Stalin inspirada en las acusaciones de Prieto.

Según Prieto y cientos de testimonios más que he detallado y documentado en una obra publicada en 1966, *Historia esencial de la Guerra Civil española* (Ed. Fénix), los comunistas españoles no utilizaron métodos democráticos para hacerse con el control del Ejército y del poder en la zona republicana, sino todos los medios de la coacción, el chantaje y la extorsión política apoyada en el suministro fundamental de material soviético para proseguir la Guerra Civil, pagado con el oro que sus cómplices socialistas y republicanos robaron de los sótanos del Banco de España y entregaron a los soviéticos en Cartagena ante los ojos asombrados de Prieto, que denuncia el hecho con palabras muy graves.

Mi fe se perdió en Moscú

Estos métodos comunistas no fueron democráticos, sino emanados del totalitarismo más puro, que se acreditó de nuevo cuando los comunistas aceptaron como borregos el pacto antinatural de Stalin con Hitler a finales

de agosto de 1939, para convertirse de nuevo en demócratas fervientes cuando Hitler atacó a Stalin en 1941 y la Unión Soviética se incorporó al campo aliado como modelo de democracias. Lo que realmente era la Unión Soviética en aquella época lo sabemos bien gracias a las confesiones de algunos comunistas españoles que vieron con sus propios ojos lo que allí pasaba.

Uno de ellos, el secretario general del PCE, José Díaz, no pudo escribir nada porque le tiraron por una ventana, pero otros, más avispados, tuvieron la habilidad suficiente para escapar y la sinceridad necesaria para escribir. Valentín González, *el Campesino,* célebre jefe miliciano de una división, era un anarquista racial ibérico más que un comunista, aunque había sido exaltado como héroe comunista por la propaganda de la Guerra Civil y escribió un alegato tremendo, *Yo escogí la esclavitud* [103], en el que se describen los rasgos "democráticos" de la Rusia de Stalin y el comunismo español.

Más profunda resulta la acusación de Enrique Castro Delgado, uno de los jefes de la famosa unidad comunista de la Guerra Civil, el Quinto Regimiento, que escribió otro libro de gran impacto, *Mi fe se perdió en Moscú* (Barcelona, Caralt, 1966), que tampoco figura entre las lecturas favoritas del señor Vázquez Montalbán y otros comunistas demócratas de toda la vida, me parece.

En fin, sobre la democracia ejemplar de los comunistas españoles conviene repasar la retrospectiva acusación de uno de ellos, el luego ministro socialista de Cultura, señor Semprún, que escribió delicados poemas líricos a Stalin en su juventud y su primera madurez, y cuando lo echaron de la dirección del partido en una rebatiña por el poder, envió a la editorial Planeta un libro que mereció el famoso premio Planeta, *Autobiografía de Federico Sánchez,* que no hace sino reflejar las virtudes totalitarias de Santiago Carrillo, la Pasionaria y demás dirigentes que mantuvieron el favor de Moscú mientras otros comunistas españoles más independientes sufrían el ostracismo, la depuración o la muerte.

Todo esto es cosa sabida, pero merecía la pena recordarlo para comprobar la temperatura democrática de los comunistas españoles en 1942, cuando muchos de ellos se encontraban aún en trance de adoración a Sta-

---

103 Venezuela, Ed. Mancay, S.A.

lin, el "Gran Demócrata" de la Segunda Guerra Mundial. Que, llegada la transición en los años 70, el renacimiento de los comunistas se convirtiera en piedra de toque para la democracia es una de las aberraciones y las cobardías más inexplicables y absurdas de la izquierda, el centro y la derecha española. Todavía estamos pagando semejante mentira.

La trayectoria antidemocrática del socialismo

Los socialistas españoles, a la vez que siguen exaltando (aunque ahora con sordina) sus "cien años de honradez y firmeza", dan por sentado que el PSOE, desde su fundación a nuestros días, ha sido y es paradigma de la democracia. Las relaciones del PSOE con la democracia en nuestros días no son objeto de nuestro estudio en este momento, aunque las he tratado de explicar documentadamente en varios libros editados por Planeta, como *Historia del socialismo en España* (1983), *España, la sociedad violada* (1988) e *Historias de la corrupción* (1992).

Lo que ahora nos interesa es la ejecutoria democrática que el PSOE podía presentar ante los españoles en el año 1942, cuando sus dirigentes desde el exilio empezaban a moverse para participar en el Tercer Frente contra el régimen de Franco. Pocos años después, como veremos, en 1946, los socialistas se aproximaron a una fantasmagórica Confederación de Fuerzas Monárquicas (que prácticamente sólo existía en la imaginación de su creador, don José María Gil Robles) para concertar un pacto de acción política contra el régimen de Franco; el pacto se firmó, en efecto, a finales del verano de 1948, pero fuera del tiempo político real, como en su momento explicaremos, y pronto se disolvió como un azucarillo en las aguas saladas del Cantábrico.

Pero esa aproximación y ese pacto se realizaron en nombre del ideal democrático que animaba fervorosamente a ambas partes. Como ya hemos hablado de lo que realmente sentían por la democracia hasta 1942 los equipos de don Juan de Borbón, conviene que ahora observemos brevemente la ejecutoria democrática del PSOE por aquella misma fecha.

En mi libro *Historia del socialismo en España,* puede encontrar el lector más detalles, pero ahora bastará con un resumen que en ese libro se docu-

menta debidamente. El PSOE de 1942 mantenía la vigencia de su llamado Programa Máximo (como, al menos en teoría, la mantiene hoy; el Programa no ha sido derogado nunca), trazado por el fundador Pablo Iglesias bajo la inspiración directa, e incluso valiéndose de la misma pluma, de Carlos Marx según algunos testimonios; y es una profesión de fe marxista radical y rigurosa con plena aceptación del dogma de la lucha de clases, la dictadura del proletariado, la propiedad pública excluyente de los medios de producción, la abolición de las clases y demás elementos de la panoplia marxista más completa.

No se trataba de expresar utopías. Cuando por fin los socialistas consiguieron llegar al Congreso durante la monarquía constitucional de Alfonso XIII, en la primera década del siglo, su líder Pablo Iglesias afirmó, y está en el *Diario de Sesiones,* que, contra políticos como el señor Maura, don Antonio, debería aplicarse lícitamente el atentado personal; y don Antonio Maura ha sido en mi opinión el mayor demócrata en toda la histora de la derecha española. Luego, durante la dictadura de Primo de Rivera, un importante sector del PSOE, acaudillado por don Francisco Largo Caballero, aceptó la colaboración social con la dictadura, y el propio señor Largo Caballero aceptó el nombramiento de vocal del Consejo de Estado por la dictadura, aunque no se han publicado todavía los interesantes dictámenes que con su firma elevó al importante cuerpo consultivo.

Durante la Segunda República, el PSOE perdió, como todo el conjunto de la izquierda y los republicanos del 14 ee abril, las elecciones democráticamente celebradas en noviembre de 1933; sobre otras elecciones de la República existen dudas razonables, pero sobre la limpieza democrática de esas elecciones de 1933 nadie ha echado nunca la menor sombra. Pues bien, los vencidos limpiamente en esas elecciones patrocinaron la revolución antidemocrátia de octubre de 1934, pero el PSOE, además de patrocinarla, la ejecutó sangrientamente en varios puntos de España, sobre todo en Asturias durante quince días, con intento de asalto a las ciudades de Oviedo y Gijón, toma violenta de numerosos cuarteles de la Guardia Civil y 1.500 víctimas mortales en su haber, muchas de ellas por asesinato.

Durante la precampaña y la campaña electoral para las elecciones de febrero de 1936, con textos que figuran en el libro citado, el PSOE, por

boca de sus líderes, afirmó reiteradamente que sólo acataría el resultado de esas elecciones si le resultaba favorable; y una vez formado el Gobierno del Frente Popular después de la victoria de la izquierda, los socialstas impulsaron desde fuera del Gobierno la situación antidemocrática y revolucionaria que condujo a la rebelión de esa "media España que no se resigna a morir" en frase de don José María Gil Robles, a quien se deben también, como hemos citado en el capítulo anterior, las condenas más duras contra la actuación antidemocrática de los socialistas en la República. Pero lo que hizo el PSOE durante la Guerra Civil en relación con la democracia rebasa ya todos los colmos.

Hasta Stalin tuvo que moderar al PSOE

En la brutal represión de la zona republicana, descrita por el propio presidente de la República, Manuel Azaña, con los tonos más apocalípticos, junto a los desórdenes caóticos que en definitiva hundieron a la República, figuraron los socialistas en el primer plano de la brutalidad y la irresponsabilidad. Es costumbre de algunos historiadores achacar esos comportamientos principalmente a comunistas y anarquistas, pero no tienen razón; la actitud y los hechos de los socialistas, desde el asesinato de Calvo Sotelo (del que fueron principales responsables) hasta el final de la guerra, no son menos reprobables y compararlas con actitudes democráticas sería un sarcasmo.

Una vez que los republicanos, desahuciados por su incapacidad para dirigir la Guerra Civil en el bando gubernamental, hubieron de abandonar la jefatura del Gobierno a principios del mes de septiembre de 1936, el Gobierno estuvo presidido por dirigentes socialistas hasta la sublevación del coronel Segismundo Casado el 5 de marzo de 1939, en la que desempeñó un papel inspirador y fundamental el líder histórico socialista Julián Besteiro, sucesor de Pablo Iglesias. Vamos a ver no todo, porque nos llevaría un libro, sino algo de lo que hicieron esos dirigentes socialistas durante la Guerra Civil en relación con la democracia.

Francisco Largo Caballero dio entrada en sus gobiernos de guerra a fuerzas tan esencialmente antidemocráticas como los comunistas, que como aca-

bo de decir eran los comunistas de Stalin, y los anarquistas, que por definición no eran simplemente enemigos de la democracia, sino negadores de toda convivencia política en la teoría y en la práctica, hasta el punto de que sus utopías irracionales hubieron de ser aniquiladas en la retaguardia republicana, por la acción gubernamental con el apoyo de los propios comunistas. Pero hay un momento especialmente luminoso para comprender lo que pensaban sobre la democracia los socialistas de los años treinta.

En diciembre de 1936, se había afianzado en la España nacional la dictadura de Franco y en la España republicana, la dictadura del líder socialista Francisco Largo Caballero. Tanto que el propio Stalin, espejo de demócratas como acabamos de ver, y justo en el momento en que incrementaba su represión a distancia contra los comunistas disidentes que luchaban en España, creyó exagerado el repudio de las formas democráticas en la zona republicana y con fecha 21 de diciembre de 1936 escribió, conjuntamente con Molotov y Voroshilov, esta significativa carta a su colega español:

Al camarada Caballero:

Nuestro representante plenipotenciario, camarada Rosenberg, nos ha transmitido la expresión de sus fraternos sentimientos. También nos ha comunicado que usted se siente inalterablemente alentado por la seguridad en la victoria. Permítanos darle nuestras gracias fraternales por los sentimientos manifestados y significarle que somos partícipes de su confianza en la victoria del pueblo español.

Hemos juzgado y seguimos juzgando que es nuestro deber, en los límites de nuestras posibilidades, el acudir en ayuda del Gobierno español que encabeza la lucha de todos los trabajadores, de toda la democracia española, contra la camarilla militar fascista subsidiaaria de las fuerzas fascistas internacionales.

La revolución española se abre caminos que en muchos aspectos difieren del camino recorrido por Rusia. Lo determina así la diferencia de premisas de orden social, histórico y geográfico; las exigencias de la situación internacional, distintas de las que tuvo ante sí la revolución rusa. Es muy posible que la vía parlamentaria resulte un procedimiento de desarrollo revolucionario más eficaz en España de lo que fue en Rusia.

Con todo, creemos que nuestra experiencia, sobre todo la experiencia de nuestra guerra civil, debidamente aplicada a las condiciones particulares de la lucha revolucionaria española, puede tener determinado valor para España. Partiendo de ellos y en vista de sus insistentes ruegos que a su debido tiempo nos ha transmitido el camarada Rosenberg, accedimos a poner a su disposición una serie de especialistas militares a quienes dimos instrucciones de aconsejar en el terreno militar a aquellos oficiales españoles, en ayuda de los cuales deberían ser destinados por usted.

Se les advirtió de modo terminante que no perdieran de vista, con toda la conciencia de solidaridad de que hoy están penetrados el pueblo español y los pueblos de la URSS, que el especialista soviético, por ser extranjero en España, no puede ser realmente últil sino a condición de atenerse rigurosamente a la función de consejero y sólo de consejero.

Creemos que precisamente así utiliza usted a nuestros camaradas militares.

Le rogamos que nos comunique en pie de amistad en qué medida nuestros camaradas militares saben cumplir la misión que usted les confía, ya que, naturalmente, sólo si usted juzga positivo su trabajo puede ser oportuno que sigan en España.

También le rogamos que nos comunique directamente y sin ambages su opinión acerca del camarada Rosenberg; si satisface al Gobierno español o conviene sustituirle por otro representante.

Cuatro consejos amistosos que sometemos a su discreción:

1.— Conviene dedicar atención a los campesinos, que tienen gran peso en un país agrario como es España. Sería de desear la promulgación de decretos de carácter agrario y fiscal que satisfacieran los intereses de los campesinos. También convendría atraer a éstos al Ejército y formar en la retaguardia de los ejércitos fascistas grupos de guerrilleros integrados por campesinos. Los decretos en favor de éstos podrían facilitar esta cuestión.

2.— Convendría atraer al lado del Gobierno a la burguesía urbana, pequeña y media, o en todo caso darle la posibilidad de que adopte una actitud de neutralidad favorable al Gobierno, protegiéndola de los intentos de confiscaciones y asegurando en lo posible la libertad de comercio. En caso contrario, estos sectores seguirán a los fascistas.

3.— No hay que rechazar a los dirigentes de los partidos republicanos, sino contrariamente hay que atraerlos, aproximarlos y asociarlos al esfuerzo común del Gobierno. Es en particular necesario asegurar el apoyo al Gobierno por parte de Azaña y su grupo, haciendo todo lo posible para ayudarles a cancelar sus vacilaciones. Esto es también necesario para impedir que los enemigos de España vean en ella una república comunista y prevenir así su intervención declarada, que constituye el peligro más grave para la España republicana.

4.— Se podría encontrar la ocasión para declarar en la prensa que el Gobierno de España no toleraría que nadie atente contra la propiedad y los legítimos intereses de los extranjeros en España, de los ciudadanos de los países que no apoyen a los facciosos.

Un saludo fraternal

Largo Caballero abomina de la democracia

Stalin, el dictador más cínico y sangriento de los últimos siglos, recomienda, pues, a Largo Caballero moderación, instituciones parlamentarias y fomento de la propiedad de campesinos y extranjeros. Se permite, además, definir a la España republicana que asesinaba a trece obispos, ocho mil sacerdotes y religiosos y más de cien mil adversarios, como "democracia" por las buenas, aunque carecía de instituciones democráticas y no celebró durante la Guerra Civil una sola elección. Pero al socialista Largo Caballero estos consejos de Stalin debieron de parecerle aberrantes y poco revolucionarios, porque a vuelta de correo, con fecha 12 de enero de 1937, contestó con la siguiente negación absoluta y expresa de la democracia:

Camaradas Stalin, Molotov y Voroshilov:

La carta que han tenido a bien mandarme por medio del camarada Rosenberg me ha proporcionado una gran alegría. Sus saludos fraternales y su ferviente fe en la victoria del pueblo español me han producido una profunda satisfacción. A su cordial salutación y a su ferviente fe en nuestro triunfo les contesto, a mi vez, con mis mejores sentimientos.

La ayuda que prestan ustedes al pueblo español y que se han impuesto ustedes mismos, al considerarla como un deber, nos ha sido y continúa siendo de gran beneficio. Estén ustedes seguros que la estimamos en su justo valor.

Del fondo del corazón y en nombre de España y muy especialmente en nombre de los trabajadores, se lo agradecemos; esperamos que en lo subsiguiente, como hasta ahora, su ayuda y sus consejos no nos han de faltar.

Tienen ustedes razón al señalar que existen diferencias sensibles entre el desarrollo que siguió la revolución rusa y el que sigue la nuestra. En efecto, como ustedes mismos lo señalan, las circunstancias son diferentes; las condiciones históricas de cada pueblo, el medio geográfico, el estado económico, la evolución social, el desarrollo cultural y sobre todo la madurez política y sindical dentro de la cual se han producido las dos revoluciones es diferente. Pero contestando a su alusión conviene señalar que cualquiera que sea la suerte que el porvenir reserva a la institución parlamentaria, ésta no goza entre nosotros, ni aún entre los republicanos, de defensores entusiastas.

Una democracia sarcástica

Los camaradas que, pedidos por nosotros, han venido a ayudarnos nos prestan un gran servicio. Su gran experiencia nos es muy útil y contribuye de una manera eficaz a la defensa de España en su lucha contra el fascismo. Puedo asegurarles que desempeñan sus cargos con verdadero entusiasmo y con una valentía extraordinaria.

En cuanto al camarada Rosenberg, puedo decirles con franqueza que estamos satisfechos de su conducta y actividades entre nosotros. Aquí todos lo quieren. Trabaja mucho, con exceso, y perjudica a su débil salud. Les estoy muy agradecido por los consejos de amigo que contiene el final de su carta. Lo estimo como una prueba de su cordial amistad y de su interés por el mejor éxito de nuestra lucha.

En efecto, el problema agrario en España es de una importancia excepcional. Desde un primer momento, nuestro Gobierno se preocupó de proteger a los agricultores, mejorando enormemente las condiciones de

su existencia. En este sentido, hemos publicado importantes decretos. Pero desgraciadamente no se pudo evitar, sobre todo al principio, que se cometieran en el campo ciertos excesos, pero tenemos una gran esperanza de que no se repetirán.

Otro tanto puedo decirles de la pequeña burguesía. La hemos respetado y constantemente proclamado su derecho a vivir y a desarrollarse. Tratamos de atraerla hacia nosotros defendiéndola contra las posibles agresiones que pudo sufrir al principio.

Absolutamente de acuerdo con lo que ustedes dicen en relación con las fuerzas políticas republicanas. Hemos procurado en todos los momentos asociarlas a la obra del Gobierno y a la lucha. Participan ampliamente en todos los organismos políticos y administrativos, tanto en los locales como en los provinciales y los nacionales. Lo que ocurre es que ellos mismos no hacen nada para recalcar su propia personalidad política.

En cuanto a los intereses y propiedades de los extranjeros, ciudadanos de los países que no ayudan a los rebeldes, instalados en España, han sido respetados y puestos bajo el amparo del Gobierno.

Así lo he hecho saber en muchas ocasiones. Y así lo hacemos. Y con toda seguridad aprovecharé la primera ocasión para repetirlo una vez más a todo el mundo.

Saludos fraternales [104].

Por tanto, el líder socialista y jefe del Gobierno, Largo Caballero, replica a Stalin que la institución parlamentaria, es decir, la democracia en España carece de futuro según todas las fuerzas que luchan por la República. No cabe mayor claridad antidemocrática ni mayor coherencia con la ejecutoria anterior del PSOE.

Tras los sangrientos sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, el presidente Manuel Azaña defenestró a Largo Caballero y le sustituyó a la cabeza del Gobierno por otro socialista, el doctor Juan Negrín. Si el régimen de Caballero había sido autoritario, el de Negrín consistió en una dictadura férrea sin asomos de democracia y con pleno apoyo de los comunistas que

---

104 Cfr. mi libro *Historia esencial de la Guerra Civil española* (1996).

se fueron apoderando de todos los resortes del mando militar, la policía y los sectores más sensibles del Gobierno. Hasta el punto de que suscitaron la rebelión del resto de las fuerzas del Frente Popular en el pronunciamiento de Casado y Besteiro, apoyados por los anarcosindicalistas de Cipriano Mera, a principios de marzo de 1939, una rebelión que precipitó el final de la Guerra Civil. Una y otra zona habían rechazado el sistema democrático; las dos con la misma intensidad. Denominar democracia a la España republicana en guerra no fue más que un sarcasmo del gran demócrata Stalin que algunos historiadores alucinados repiten en serio.

La dictadura republicana

Desde su autorizada posición como jefe del Gobierno de la República, el socialista Largo Caballero acaba de decir a Stalin que no solamente los socialistas, sino también los republicanos, repudiaban la democracia como forma política para el futuro de España. Tenía razón. Un historiador británico inclinado a la izquierda y que pontifica sobre la historia contemporánea de España con audacia propia de su ignorancia, Paul Preston, tituló uno de sus deleznables libros *La destrucción de la democracia en España* [105]. Pero para que algo se destruya tiene previamente que existir; y la República española no fue una democracia.

Nació el 14 de abril de 1931 de unas elecciones falseadas por la cobardía de los monárquicos; unas elecciones que no se habían convocado para el cambio de régimen, sino para elegir unos concejales de ayuntamientos y que además ganaron los monárquicos, según acuerdo de todos los autores que se han asomado (generalmente con superficialidad) al problema. Para que un régimen sea democrático, hacen falta dos cosas: voluntad de convivencia y elecciones libres.

En la República, de cabo a rabo, de 1931 a 1939, no hubo voluntad de convivencia, sino de enfrentamiento. La Constitución de 1931 fue de media España contra la otra media y a cada bienio republicano de un signo acompañó o sucedió un pronunciamiento de signo contrario. La Repúbli-

---

105 Madrid, Ediciones Turner, 1978.

ca española no fue más que fugaz y excepcionalmente una democracia; su verdadera entidad histórica consistió en un plano político y social inclinado hacia la Guerra Civil inevitable.

Cuando durante la época de Gobierno del Frente Popular, después de la primera vuelta de las elecciones de febrero de 1936 (un Gobierno que empezó ilegalmente cuando Azaña tomó el poder del arroyo en el que lo había arrojado la cobardía del jefe del Gobierno saliente y desertor, Manuel Portela Valladares), algunos moderados de la República vieron que fallaba la combinación Azaña-Prieto, es decir, Prieto en la jefatura del Gobierno con Azaña de presidente, hicieron un esfuerzo supremo para salvar a la República del caos por medio de la dictadura republicana. El intento no ha sido estudiado, que yo sepa, por nadie, desde que lo esbocé con la documentación primaria en mi libro de 1969 sobre *Antecedentes de la Guerra Civil*. En el mes de abril de 1936, algunos socialistas moderados, algunos miembros de la derecha católica y algunos republicanos de derecha, sobre todo el ex ministro Miguel Maura, trataron de frenar la caída de España hacia el desastre y formularon varios proyectos que en principio contaron con el visto bueno del propio Azaña.

Miguel Maura formuló ante varios de sus interlocutores la dictadura republicana como única solución para evitar la Guerra Civil. Es curioso que quienes habían traído la República por disconformidad con la dictadura de Primo de Rivera propongan ahora una dictadura republicana como solución. Se trataba de provocar una escisión del PSOE encabezada por Prieto y crear en las Cortes una agrupación moderada mayoritaria con votos de la CEDA y los republicanos de Maura. José María Gil Robles desautorizó el proyecto, pero tenemos de él una importante prueba: la serie de artículos que a partir del 18 de junio, justo un mes antes de la Guerra Civil, publicó Miguel Maura en *El Sol* en favor de la dictadura repblicana.

Casi nadie hizo caso a Miguel Maura, que fue denostado por amigos y enemigos, pero en su intento conquistó un discípulo inesperado: el general Emilio Mola, que se refiere en sus instrucciones reservadas de la conspiración militar a la instauración de una dictadura republicana en regla. El ejemplo de Miguel Maura demuestra que en aquella España convulsa hasta los más acrisolados demócratas se convertían en portavoces de la dictadura.

Anarquía o jerarquía; la democracia orgánica

Si se organiza una encuesta entre historiadores serios para averiguar quién merecía en la España de 1936 el calificativo de demócrata, no aparecerán, sin duda, muchos nombres, pero casi con seguridad todos los encuaestados darán uno: el de don Salvador de Madariaga.

Ex ministro de la República en un Gobierno de centro-derecha, a principios de julio de 1936 renunció al nombramiento diplomático que la República le había conferido como para apartarse de toda complicidad con el Frente Popular. Luego se desentendió de uno y otro bando, pasó la Guerra Civil fuera de Esapaña, se dedicó a su cátedra Alfonso XIII en la Universidad de Oxford, escribió libros admirables sobre la obra de España en América, algunos libros de memorias de gran valor, una requisitoria radiofónica contra Franco en 1947 y un ensayo de historia contemporánea española muy equilibrado y difundido por todo el mundo. Se habla mucho menos de otro libro suyo que, en vista del desprestigio general de las democracias, publicó en Madrid y en la editorial Aguilar en el año 1935 con el título *Anarquía o jerarquía*.

Ofreció dedicado uno de los primeros ejemplares del libro al general Francisco Franco, que entonces era aún jefe del Estado Mayor de la República, quien lo leyó con mucho interés. Porque el superdemócrata don Salvador de Madariaga no expone en ese libro importante las excelencias de la democracia liberal, sino que propone para España la democracia orgánica, es decir, una democracia autoritaria, sin partidos políticos y con las instituciones "naturales" de la sociedad (la familia, el municipio, las corporaciones) como fuentes principales de la vida política.

Madariaga, corporativista

Éste era casi el mismo modelo que durante los años 30 proponía para los países católicos la Santa Sede, que había pactado con la Italia fascista de Mussolini los acuerdos de Letrán en el año 1929 y por entonces identificaba democracia liberal con caos; el modelo propuesto por la Iglesia era la democracia corporativa, que difundió en la revista de los jesuitas españoles un experto, el padre Azpiazu.

Madariaga propone su democracia orgánica "en un mundo erizado de dictaduras" (p. 11) como solución para "quienes nacimos y crecimos bajo las banderas de la democracia ondeando al viento de la libertad". La Gran Guerra de 1914 destruyó las instituciones y las ideas de la democracia liberal: "La Conferencia de la Paz inaugura la decadencia de la democracia liberal del siglo XIX" (p. 15). La primera parte del libro de Madariaga se dedica a la crítica de la democracia liberal.

La libertad, elevada a dogma, debe revisarse, porque "lejos de ser un bien para todos los hombres, es una carga para muchos de ellos" (p. 30). El postulado de la igualdad no puede destruir los factores reales de la desigualdad humana. La democracia reposa en la idea de la soberanía del pueblo; pero esta soberanía expresada cuantitativamente es un concepto confuso. En la democracia liberal se encierran "poderosos factores de disgregación de la sociedad" (p. 42). Y por tanto "es evidente que las democracias liberales en nuestros días evolucionan bajo una fuerte disposición hacia la anarquía (p. 43).

Analiza luego Madariaga el fracaso de las clases directoras en las democracias; la degeneración de las instituciones políticas. Y dedica la segunda parte de su libro a describir "la democracia orgánica unánime". La finalidad de la vida está en el hombre y no en el Estado; la desigualdad es natural y útil; la iniciativa privada es indispensable para la libertad; el Gobienro debe ser una aristocracia; la forma del Estado no puede ser más que la democracia orgánica (p. 139).

La autoridad no puede disminuirse; la huelga obrera y patronal son ilegales y las asociaciones patronales y obreras de carácter militante deben prohibirse. De los campos electorales orgánicos ha de salir el Congreso Corporativo; no del juego de los partidos políticos, que son inorgánicos.

La corrupción inhabilita

Madariaga no se queda en las nubes; aplica su teoría de la democracia orgánica a la España de su tiempo, abocada ya a la Guerra Civil. Trata de diseñar una nueva República española. Denuncia los gravísimos peligros

del obrerismo español para el Estado y la sociedad. "La cuestión obrera tiene que resolverse fuera del marxismo" (p. 191). Debe adoptarse una estructura regional, pero sin caer en las aberraciones del nacionalismo extremo. Han de remediarse los errores en política religiosa, los más graves de la República. El Parlamento español ha degenerado; la prensa da la impresión de arbitrariedad y a veces de corrupción. Hay que volcar todo el esfuerzo en la educación, en la cultura, en la organización de la economía y en la formación del funcionariado. El derecho pleno de ciudadanía —el voto— ha de filtrarse; el sufragio universal debe dejar de ser un dogma. El sufragio debe concederse con arreglo a mérito y capacidad (p. 250). Entre las exclusiones de la ciudadanía, señala Madariaga el analfabetismo y la corrupción. Las Cortes estarían elegidas por los diputados regionales, no por los partidos. Las diputaciones regionales serían el órgano de las regiones.

De esta forma pensaba en 1935 el español a quien cabe señalar como el primer demócrata de su tiempo. Muchos de los gobernantes de la República, presuntos demócratas, de Azaña para abajo, habían demostrado claros comportamientos antidemocráticos de 1931 a 1936; ya lo hemos indicado en general y ésta no es ocasión de comprobarlo con una lista de personas y actos contra la democracia, que sería muy fácil y muy prolija.

La conclusión general de este capítulo y el anterior es que los españoles de 1942, que eran los mismos que los de 1936-39, no podían ofrecer equipos democráticos para la lucha por el poder que se iba a plantear tras el desembarco aliado en África del norte, entre Franco, don Juan de Borbón con sus equipos ex franquistas y los miembros del Tercer Frente, compuesto por los vencidos y la Tercera España. En 1942 no había demócratas españoles ni dentro ni fuera de España. La deformación de nuestra historia contemporánea parte de negar, disimular o tergiversar este hecho, que hemos probado detenidamente en éste y el anterior capítulo.

Deseo terminar la denuncia de tantas mentiras con un esperpento. Ya sabemos que Eugenio Vegas Latapié, consejero de don Juan y futuro preceptor de don Juan Carlos, había huido de Madrid en 1941 cuando Franco pensaba confinarle por sus conspiraciones monárquicas. Él mismo nos cuenta cómo en vísperas de la Guerra Civil planeaba un asalto al Congreso

—un antecedente del 23F— para terminar con la democracia republicana. Así pensaba entonces de la democracia uno de los más próximos a don Juan y *maître a penser* de Luis María Anson y de don Juan Carlos.

Capítulo XII
Don Juan exige la Restauración

A PRIMEROS DE OCTUBRE DE 1942, en vísperas de que cambie espectacularmente con la "operación Torch" el panorama estratégico de la Segunda Guerra Mundial, el embajador de Inglaterra en Madrid, sir Samuel Hoare, se desplaza a Lisboa, como sabemos, para conferenciar con Pedro Sáinz Rodríguez —decidido a alzarse contra Franco en Canarias, ayudado por la Escuadra británica— y José María Gil Robles, que aún vacila en volver a la política, ahora como consejero de don Juan. Sáinz Rodríguez anuncia reservadamente a los dos que don Juan se dispone a redactar un manifiesto contra Franco y Gil Robles replica que cree necesaria la salida de don Juan de Suiza y su presencia en Portugal, a lo que no ponía buena cara el jefe del Gobierno portugués, muy comprometido con Franco.

Pocos días después, Gil Robles envía a don Juan, a petición de Sáinz Rodríguez, su primer consejo político: que no extreme la dureza de su manifiesto contra Franco para no dejar al descubierto la falta de apoyos a la monarquía en España, y que ésta no debe venir traída por Franco, sino imponerse a Franco. A pesar del apoyo británico a la Restauración, expresado por el embajador de Inglaterra, Gil Robles sigue vacilante y pesimista sobre la situación española. La razón del pesimismo de Gil Robles, que no le abandonará durante todo su

largo período de servicio a don Juan, la expresa claramente él mismo: "También tiene la conducta del Rey, en aquellos momentos de debilidad, un atenuante calificadísimo: la actitud de casi todos los monárquicos (aunque no dejara de haber algunos tan dignos como consecuentes), que le abandonaron o se convirtieron en dóciles instrumentos de la política franquista".

Es decir, que la inmensa mayoría de los monárquicos estaba con Franco en la pugna contra don Juan. Imagínese el lector que si los monárquicos eran partidarios de Franco en su gran mayoría, los españoles menos monárquicos quedarían aún más lejos de don Juan. Y esto lo afirma quien pronto sería el director político de la causa monárquica [106].

Don Juan conoció y comunicó el desembarco aliado

El 23 de octubre de 1942, con los ejércitos alemanes frenados ante Leningrado, Moscú y Stalingrado por las primeras ráfagas del invierno ruso y por la terrible resistencia del Ejército Rojo ya dispuesto a la contraofensiva, el general Bernard Law Montgomery, uno de los grandes tácticos de la guerra moderna, ha recibido ya hombres, carros, artillería y aviación suficientes para iniciar el ataque en tromba contra las avanzadas del Afrika Korps en El Alamein, su máximo punto de penetración en Egipto.

Los alemanes se baten a la defensiva y cuando, el 3 de noviembre, el Octavo Ejército británico intensifica el asalto, contempla con sorpresa que el astuto enemigo ha desaparecido en el desierto; Montgomery inicia prudente e incesantemente su larga persecución, que no terminará hasta la derrota y captura del adversario. El 20 de noviembre Gil Robles registra en su diario una carta de don Juan en la que le pide, formalmente, su colaboración dentro de la causa monárquica ante los acontecimientos internacionales que parecen inminentes.

En vísperas del gran desembarco en África del norte, los aliados cuentan con el conde de Barcelona para posibles cambios inmediatos en España. Hasta el punto de que le revelaron unos días antes el gran proyecto de desembarco en África. Don Juan lo explica sencillamente:

---

106 J. M. GIL ROBLES, *La Monarquía por la que yo luché*, op. cit., p. 13ss.

"(Juan Vigón) era un germanófilo que no quería ver la realidad, lo evidente. Recuerdo haberle escrito, en plena guerra, anunciándole el desembarco de los americanos en Casablanca. Allen Dulles, el jefe del espionaje americano en Europa, me lo dijo reservadamente a mí para que lo comunicase a las alturas. Mandé entonces a Ramón Padilla con una carta mía para Juan Vigón. Tardó dos días en contestar y también me llevó la respuesta Padilla. Me daba las gracias por la información pero me decía con cierta jactancia: 'Y espero que sea verdad la noticia, porque así los echarán al mar los alemanes y no volverán por aquí en muchísimos años'. Una visión certera de lo que pasó" [107].

Esta noticia dada por don Juan es importante; los americanos revelan sus planes a Franco por medio de don Juan, que transmite patrióticamente el informe a Franco vía Vigón, porque es impensable que Vigón no se lo comunicase a Franco. Por eso, cuando el embajador en Madrid, Hayes, trata de despertar a Franco para entregarle la famosa carta de Roosevelt al producirse el desembarco, Franco y Jordana pueden montar su pequeña función teatral, que revelé, por testimonios directos, en mi biografía de Franco.

Fue en la noche del 7 al 8 de noviembre de 1942. El Afrika Korps se retiraba decididamente de Egipto cuando la flota de desembarco más grande que había visto la Historia dejaba en las playas del Atlántico y del Mediterráneo, en zonas de protectorado o soberanía francesa de Marruecos y Argelia, a una imponente fuerza ofensiva que venía a abrir el segundo frente reclamado con urgencia por los soviéticos para librarse de la penetración alemana.

El embajador Hayes llamó a Jordana para pedir una audiencia de madrugada con Franco: tenía para él una carta del presidente Roosevelt. Jordana habló con Franco y acordaron fingir una ausencia de Franco por una cacería; así pudo sonsacar el ministro al embajador lo esencial del mensaje que empezaba "Querido general Franco" y garantizaba totalmente el territorio del protectorado español en Marruecos en relación con el desembarco. La carta de Roosevelt coincidía con la información comuni-

---

107 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado en la sombra*, op. cit., p. 269.

cada pocos días antes por don Juan, y España quedó a salvo, pero la guerra mundial cambiaba de signo y la conmoción entre los consejeros de don Juan fue tremenda; ahora era necesario intervenir y forzar la Restauración, porque todos ellos estaban convencidos de que una victoria de los aliados sería incompatible con la permanencia de Franco en el poder.

En efecto, a los tres días del desembarco, el capitán general de Cataluña, Alfredo Kindelán, se presentó en el palacio de El Pardo cuando ya Franco había ordenado que se observase en el Marruecos español una neutralidad estricta, que en realidad favoreció a los aliados cuando caían algunos de sus aviones o se internaban tropas, por error, en territorio controlado por los españoles. Franco reforzó la frontera de los Pirineos por si Hitler decidía replicar a la invasión de África con alguna sorpresa a través de España, pero no hubo caso. El 11 de noviembre se desmoronaba el Gobierno de Vichy y los ejércitos alemanes ocupaban en doce horas la anterior "zona libre" de Francia; la prensa oficiosa española apuntó por vez primera la posibilidad de que los aliados obtuvieran la victoria final.

El Manifiesto de Ginebra

Pero ese mismo día 11 de noviembre, cuando no se había disipado aún la impresión por el desembarco aliado en el norte de África, don Juan de Borbón publicaba el primero de sus manifiestos de la pugna con Franco en forma de declaraciones al *Journal de Genéve*. El Manifiesto de Ginebra es obra, sin duda, de Pedro Sáinz Rodríguez y dice así:

> *No soy el jefe de ninguna conspiración. Soy el legítimo depositario de un tesoro político secular: la monarquía española.*
>
> *Estoy seguro de que la monarquía será restaurada; lo será cuando lo exija el interés de España, no antes; pero tampoco ni una hora después del momento oportuno. Cuando el pueblo español estime llegado el momento, no vacilaré un instante en ponerme a su servicio.*
>
> *No entra en mis intenciones imponer a los españoles por mi propia autoridad las formas y las instituciones destinadas a regular la vida*

nacional. Mi suprema ambición es la de ser el Rey de una España en la cual todos los españoles, definitivamente reconciliados, podrán vivir en común. Si durante mi reinado logro reducir al mínimo o incluso suprimir los motivos de disensión, si consigo en la armonía y en la paz, con la ayuda de todos, mejorar las condiciones espirituales y materiales de la vida de mi patria, la monarquía habrá realizado, como antaño, su misión histórica.

Hombre de mi tiempo, a quien la desgracia ha permitido observar directamente las desigualdades sociales engendradas por un sistema económico del siglo XIX, no descuidaré el acordar todas las medidas que puedan contribuir a una más justa distribución de la riqueza.

En cuanto a las relaciones internacionales, una amistad estrecha, mejor dicho, la fraternidad con Portugal y la América de nuestra raza y de nuestra lengua será el fundamento inquebrantable de nuestra política.

En lo que concierne a las otras naciones del mundo, estoy plenamente convencido de que no existe ninguna reivindicación, entre las que España podría justificadamente formular, que no sea susceptible de una solución pacífica y satisfactoria para las partes interesadas.

En el actual conflicto, España, que convalece todavía de su Guerra Civil, tiene derecho a reclamar el mayor respeto de todos los beligerantes.

Para la monarquía restaurada no es concebible ninguna actitud que no sea la de una absoluta neutralidad, la de una escrupulosa e imparcial neutralidad, completada por la firmísima resolución de defenderla, no importa a qué precio, hasta con las armas en la mano, si un país, cualquiera que fuere, pretendiese violarla.

Si la integridad territorial de España no fuera por desgracia respetada, seguro estoy de que el pueblo español sería lo que ha sido siempre: duro y bravo contra el invasor. Si Dios nos reservase esta prueba, mi espada de soldado español estaría al servicio de mi patria.

Lausana, 11 de noviembre de 1942 [108].

---

108 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit. 323s.

La destitución de Kindelán

La novedad más importante de este primer manifiesto de don Juan era la decisión de proceder a la Restauración monárquica, aunque sin fijar fecha ni modo, encomendando el momento a una decisión utópica del pueblo español. Era muy positiva y aleccionadora la propuesta de reconciliación para todos los españoles. El resto del manifiesto no eran más que ideas vagas que el propio Franco compartía. El manifiesto no aclaró nada ni se conoció en España fuera de los escasos círculos juanistas y no causó el menor efecto. En vista del rotundo fracaso del general Vigón como representante suyo, don Juan designó al duque de Sotomayor jefe de su Casa, ayudado por un nuevo comité que formaban con él el vizconde de Manzanera y el conde de Motrico, José María de Areilza.

La entrevista de Kindelán con Franco, celebrada el mismo día 11 de noviembre en El Pardo, fue muy tensa. El capitán general monárquico le preguntó si había asumido algún compromiso secreto con Alemania y Franco le respondió que no. Cuando Kindelán le propuso la Restauración, Franco le recordó que el nombre de don Juan seguía en la cajita sellada, pero no se comprometió a fechas. En vista de que cada uno parecía hablar un lenguaje diferente, Kindelán se despidió, regresó a Barcelona y, en una reunión con los jefes de cuerpo de la guarnición, les expuso su punto de vista y les indicó que la solución no podía salir del propio régimen.

De momento no ocurrió nada, pero cuando Franco comprobó que nadie seguía a Kindelán entre la guarnición de Barcelona, hizo que el ministro del Ejército, general Asensio, llamase a Kindelán a Madrid para comunicarle la destitución. Cuando el general cesado refirió a don Juan estas incidencias, le reveló que en la conversación con Franco éste le manifestó "que los monárquicos éramos cuatro gatos" y que la Falange había echado raíces sólidas [109]. No mucho tiempo después de su cese como capitán general, don Juan nombró a Kindelán representante suyo en España con escaso éxito.

Don Juan resume duramente lo que hizo: "Después del fracaso de Vigón se acude a Kindelán, a quien le costó un disgusto el haber venido...

---

109 A. KINDELÁN, *La verdad de mis relaciones con Franco*, op. cit., p. 34ss.

pues alguien le denunció. Sí, claro, nos vimos en Guarda; en fin, mantuvimos contacto. Estuvo dos años de representante, pero también fracasó. Le quitaron el mando, le quitaron todo y tuvo que cesar". Al preguntar Sáinz Rodríguez por qué cesó, respondió don Juan: "Pues porque no le dejaban hacer nada" [110].

La guerra mundial evolucionaba cada vez más favorablemente a los aliados. El 12 de noviembre, el general Montgomery recuperaba la plaza fuerte de Tobrik y el 23 se cerraba el cerco soviético sobre los ejércitos alemanes en Stalingrado. Un historiador antifranquista, Ramón Garriga, apunta un dato importante: "A partir de 1942, o mejor dicho, después del desembarco aliado en África del norte, la economía española mejoró considerablemente llegándose a estabilizar el coste de la vida". Garriga atribuye la mejora a la gestión del ministro Carceller, hábilmente inclinado ya a los aliados, mientras España repatriaba silenciosamente a los mil cien aviadores americanos que cayeron en su territorio durante los dos años siguientes al desembarco en África; según el embajador Hayes, doce mil franceses libres atravesaron España para incorporarse a los aliados.

Nadie supo entonces que, antes de acabar el año 1942, los Estados Unidos habían provocado y controlado satisfactoriamente la primera reacción nuclear en cadena. En el mes de diciembre, España y Portugal habían formado el Bloque Ibérico mientras el doctor Juan Negrín, último jefe del Gobierno en la Guerra Civil, se presentaba en Argelia (según informes de Gil Robles) en espera de la llegada del general Miaja, generalísimo de la zona republicana.

"Lo que el viento se llevó"

Franco toma posiciones para la lucha por el poder en enero de 1943. Destituye a un conspirador, el laureado general Aranda, del mando en la Escuela Superior del Ejército y pone en su lugar, para tenerle cerca, a otro monárquico, Kindelán. En la segunda quincena de enero, Roosevelt y

---

110 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 290. Si Kindelán fue representante de 1942 a 1944, su encuentro clandestino con don Juan tuvo que celebrarse en Suiza.

Churchill deciden en Casablanca las directrices estratégicas de la guerra, que debe saltar de África a Italia, y confirman al general De Gaulle frente a Giraud como jefe de la Francia libre.

Entre el 2 y el 6 de febrero se rinden los ejércitos alemanes, cercados en Stalingrado, ante el rodillo soviético que ya no se detendrá hasta el corazón de Europa, y Franco advierte a Churchill, por el embajador Hoare, del peligro que supondría la presencia del Ejército Rojo en el Canal de la Mancha. Franco intenta un difícil equilibrio en su esbozo parlamentario: si en el Consejo Nacional mantiene una abrumadora mayoría falangista, para las Cortes recién creadas designa a un nutrido grupo de obispos y monárquicos, entre ellos dos cardenales y cuatro duques, lo que alarma profundamente a Gil Robles, Sáinz Rodríguez y Juan March, incorporado ya como Gil Robles a la causa de don Juan [111]. "Don Juan —escribe Gil Robles— no parece inclinado a prohibir, de momento, a los grandes de España que formen parte de las llamadas Cortes".

Mientras tanto, la División Azul resistió heroicamente contra dos divisiones soviéticas, apoyadas por ochenta carros en la batalla de Krasnybor; a costa de graves pérdidas, los españoles no abrieron la brecha que esperaba el enemigo. El 12 de febrero los ultras de la germanofilia tratan sin éxito de reventar el estreno de la famosa película norteamericana *Lo que el viento se llevó* en la Gran Vía de Madrid, que se interpretó como un nuevo acercamiento de España al bando que ya empezaba a perfilarse como vencedor.

Para evitar un alboroto monárquico en los funerales por Alfonso XIII, Franco decide celebrarlos a puerta cerrada en El Escorial, bajo su presidencia y "en sufragio de los reyes de las dinastías españolas", incluyendo, por tanto, a los carlistas. Gil Robles ha recibido de la Embajada británica en Madrid una información alentadora: el Gobierno de Londres se inclina por la Restauración, y lo que menos desea del mundo es permitir la revancha de los vencidos en la Guerra Civil. Pero sus informadores que vienen de España le desengañan. "Contra Franco —dicen— no se puede intentar ahora nada". Después de los famosos funerales por todas las dinastías es cuando el duque de Sotomayor formaliza su dimisión como representante

---

[111] GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 26.

interino de don Juan ante Franco, y el 11 del mismo mes Gil Robles anota en su diario: "Me dicen que el Rey ha escrito una carta a Franco con motivo de la próxima convocatoria de las Cortes".

Era verdad. Con esta carta iba a iniciarse la confrontación, cada vez más dura y tensa, entre Franco y don Juan, que como vemos ha tardado bastantes meses en contestar a la anterior admonición del Caudillo.

Don Juan reclama a Franco la Restauración urgente

Mi respetado general:

Los varios meses transcurridos desde la última carta de V.E. no han hecho sino intensificar la ansiedad que ya abrigaba yo entonces sobre los riesgos gravísimos a que expone a España el actual régimen provisional y aleatorio. Derivan éstos de tres causas patentes y fundamentalmente distintas en naturaleza, aunque relacionadas entre sí: la vinculación exclusiva del poder en una sola persona sin estatuto de base jurídica institucional, la división profunda en que se encuentra la opinión pública y sentimental de los españoles y, finalmente, la situación que crea la conflagración mundial.

En cuanto a la primera de estas causas, no necesito insistir en el ominoso desamparo que para el pacífico desarrollo de una nación cualquiera implica la persistencia de un periodo constituyente, máxime si éste no tiene otra base que la personalidad, por robusta y benemérita que sea, de un hombre único. Evitar el turbulento desencadenamiento de ambiciones consiguientes a su desaparición, posible como la de todos los mortales en cualquier momento, ha sido una de las más evidentes finalidades de todas las formas institucionales de gobierno. Vuecencia ha demostrado en sus discursos hallarse perfectametne percatado de la tan experimentada verdad, como de la lógica necesidad de abandonar el actual régimen transitorio y unipersonal para instalar definitiva y permanentemente el que, según reiterada frase de V.E., forjó la unidad y la grandeza histórica de nuestra patria. En este punto, pues, nuestra unanimidad es perfecta.

Hay, sin embargo, fundamentales discrepancias en cuanto al tiempo y a la forma de acometer el imprescindible cambio. Vuecencia fija, en efec-

to, como única sazón para el tránsito a la restauración monárquica aquélla en la que quede lograda la obra revolucionaria que se ha propuesto realizar, y cuyos objetivos me parece poco calificar o de muy vagos en su presentación programática, o susceptibles de interminable desarrollo. De modo que establecer tal criterio para determinar el momento de la transformación del régimen se viene a resolver en suma en un aplazamiento "sine die". Semejante actitud de V.E. —si no la he interpretado mal o ha sido rectificada desde que de ella tuve conocimiento— se halla en flagrante contradicción con el arraigado convencimiento mío, según el cual, por el argumento personal arriba expuesto y por otros fines que más adelante apuntaré, apremia adelantar lo más posible la fecha de la Restauración y ello sin recurrir a formas intermedias cuya introducción se susurra y cuyo único resultado sería el de desvirtuar la eficacia de la monarquía.

Esto en cuanto al momento. En lo tocante a la forma, me ruega V.E. que como manera más eficaz para facilitar la Restauración me identifique con el programa de FET y de las JONS, es decir, en términos más directos, que identifique al Rey con una concreta ideología política, aunque ésta sea la de la Falange, en cuya actuación no dejo de reconocer buenos propósitos.

Ahora bien, mi aquiescencia a este requerimiento implicaría una patente negación de la esencia misma de la virtud monárquica —radicalmente adversa al fomento de las escisiones partidistas y a la dominación de castas políticas; expresión máxima del común denominador de todos los intereses nacionales y árbitro supremo de las inevitables tendencias antagónicas— y equivaldría a una siembra de tempestades para la definitiva ruina de la monarquía restaurada, en plazo no lejano.

Precisamente mi advenimiento al trono después de la cruenta Guerra Civil debería, por el contrario, aparecer a los ojos de todos los españoles —y éste es justamente el trascendental servicio que la monarquía y nadie más que ella puede prestarles— no como gobierno oportunista de un momento histórico o de ideologías exclusivas y cambiantes, sino como símbolo excelso de una realidad nacional permanente y garantía de la reconstrucción, por la concordia, de la España íntegra y eterna. Queda-

ría así cerrada la solución de continuidad histórica tan malhadadamente abierta en abril de 1931, cuyos males quiso hacer menos cruentos mi augusto padre, cuando, con elevado patriotismo, reconocido ahora por el mundo entero, se despidió de España con aquéllas sus nobilísimas palabras que, marcándome la clara ruta de mi deber, han sido gran consuelo de mi detierro: 'Soy el Rey de todos los españoles y también un español. Podría contar con medios suficientes para mantener mis reales prerrogativas, haciendo uso de la fuerza contra los que me las niegan, pero estoy firmemente resuelto a abstenerme de toda acción que pueda hundir a mis compatriotas en la guerra fratricida'.

Don Juan apela a la conciencia de Franco

La lógica histórica pudo más que su voluntad cristiana y española, pero su reinado pasó a la Historia limpio de sangre, legándome en su gesto último una misión sagrada: procurar la Restauración monárquica en una España reconciliada y unida para lograr su ideal: ser Rey de los españoles y un español más, sin distingos de clases sociales ni de partidos y banderías.

Prescindiendo, ya que V.E. debe percibirlas a diario, de las razones varias de orden interno que aconsejan el tránsito rápido a la Restauración, fundadas casi todas en la imposibilidad psicológica de armonizar —no siempre por culpa exclusiva del vencedor— el espíritu del triunfo con el de olvido y conciliacicón evidentemente imprescindible para la normalización de la vida nacinal, paso al aspecto internacional del problema, que es, acaso, el que más honda preocupación me causa.

Nadie, es verdad, puede predecir cuándo ni cómo acabará el horrendo conflicto que está desolando el mundo. Es innegable, no obstante, que en estos últimos tiempos ha habido acontecimientos que se prestan a reflexión muy seria. Desde luego, no cabe para nuestra patria —éste es otro punto de absoluta concordia mía con V.E.— política distinta a la de neutralidad. Pero su actual neutralidad, como inevitable secuela de las incidencias de nuestra lucha y natural tendencia del régimen vigente — sistemáticamente proclamada por artículos periodísticos y aún declara-

ciones oficiales— ostenta un matiz de parcialidad que habría de cortar el actual régimen para hacer oír su voz como auténtico neutral, no ya en un tono reivindicativo, sino aún siquiera con suficiente peso para protegerse contra eventuales lesiones a sus más legítimos derechos en el cónclave de la paz, fuere quien fuere el vencedor.

Justificadamente o no, la postura internacional del régimen anda calificada en el extranjero, con acento más o menos fuerte y apreciaciones oportunistas, de analogía a la de uno de los bandos en pugna. En tales condiciones, una manera veo, y sólo una, de esquivar el peligroso escollo que para el porvenir de España se alzaría en el trascendental instante de la reorganización de Europa, acaso para siglos, si resultara victorioso el bando opuesto: la urgente instauración de un nuevo régimen nacional que, como el de la tradicional monarquía católica, se halle libre de los compromisos e implicaciones nocivas al concepto de la neutralidad estricta.

Apelo pues solemnemente a la conciencia española de V.E. —y de ésta mi resolución doy cuenta a todos aquéllos cuyo ánimo embargan mis inquietudes— señalando a su atención la grave responsabilidad en la que, como árbitro supremo de los destinos de nuestra patria en esta coyuntura, habría de incurrir ante la Historia si no pusiera su voluntad, con tanta fortaleza revelada, en el logro de la rápida evolución que imperiosamente exigen los riesgos señalados en la primera parte de esta carta, y sobre todo el agobiante trance del fin de la contienda mundial.

Quiera Dios iluminar a V.E. en la hora de su decisión, que tan gran trascendencia ha de tener para los futuros destinos de nuestra amada patria.

En cuanto a mí, pido a Dios me dé las fuerzas que sin su ayuda habrían de faltarme para cumplir la gran misión de ser Rey de todos los españoles.

De V.E.
Juan
Lausana, 8 de marzo de 1943 [112].

---

112 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 354.

Las vacilaciones de don Juan

Con razón admiraron Gil Robles (que aún no había dado el paso decisivo) y Oliveira Salazar, que pronto conoció el texto anterior, la redacción (un tanto barroca, sin embargo, y hasta enchorizada) y los argumentos de esta carta, que Gil Robles ve como un principio de ruptura de don Juan con Franco. Una carta durísima pero moderada y hasta respetuosa en la forma. Con aciertos claros: el rechazo a que el Rey se hiciera falangista, como había pedido absurdamente Franco; la presentación de la monarquía como conciliadora, aunque la Guerra Civil estaba aún sangrante; y, sobre todo, el ofrecerse como alternativa ante la incompatibilidad de los aliados con Franco, que parecía muy clara entonces. Hay errores serios, como el repudio de la Regencia que el propio don Juan había propuesto a Franco en su carta de 23 de octubre de 1941, según vimos, y encima como Regencia del Movimiento, lo cual contradice a la actual repulsa del Movimiento.

La carta es obra del equipo de Lausana, esa mezcla explosiva del liberalismo de Julio López Oliván y el integrismo de Eugenio Vegas, con posible colaboración a distancia de Pedro Sáinz. La carta no propone una monarquía democrática, sino una monarquía católica y tradicional, incluida sin duda por Vegas, es decir, una monarquía anacrónica de Antiguo Régimen. Pero Franco quedó muy impactado por la carta y se tomó tiempo de sobra para contestarla personalmente, con utilización de la artillería pesada, como veremos en el siguiente capítulo.

Gil Robles anota el 13 de marzo de 1942 una seria noticia que le hace llegar su amigo Salazar: el laureado aviador Juan Antonio Ansaldo, conspirador monárquico impenitente, acaba de fugarse de España en un avión militar y pide asilo en Portugal. Molesto por la carta de don Juan, Franco reclama inmediatamente la extradición de Ansaldo (que Salazar no le concede), destierra al marqués de Quintanar y abre expediente a Sáinz Rodríguez para privarle de la cátedra universitaria. Pero los informes de un amigo que llega a Lisboa, Pedro Gandarias, convencen a Gil Robles de que "no es posible hoy una restauración monárquica contra Franco" [113]. Y es que las "masas monárquicas" de las que habla Ansaldo sólo existían en su

---

113 GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 32.

imaginación y han reaparecido en la de algunos neojuanistas de nuestro tiempo.

A la vez, Gil Robles advierte que el frente monárquico interior se desmorona: los antiguos miembros de Renovación Española —enemigos de la CEDA en la República y ahora fieles a Franco, como su jefe, Antonio Goicoechea, a quien Franco había nombrado gobernador del Banco de España— pretenden hacerse con la dirección del movimiento monárquico tras la dimisión de Sotomayor, lo que indigna a Gil Robles: "Si la monarquía vuelve a España —escribe—, será a pesar de los que se llaman monárquicos por antonomasia".

Diplomáticos aliados informan a Gil Robles de la actitud de Inglaterra y Estados Unidos: si los monárquicos no fuerzan la Restauración, habrá pasado la hora para ellos definitivamente. En vista de ello, Gil Robles escribe a don Juan "una carta apremiante a fin de que procure dejar Suiza cuanto antes y venga a Portugal". Al ver que don Juan no le hace caso, el ex ministro de la República se permite dirigirle, aunque de momento sólo en secreto, la primera crítica: "Advierto que don Juan no acaba de decidirse a venir a Portugal ni tiene un criterio muy fijo en ciertos problemas políticos" (10 de mayo). Y continúa: "Los pocos años del Rey y el flojísimo equipo que le rodea quitan vigor y decisión a una acción cada vez más indispensable".

Para evitarlo, ha escrito Gil Robles a don Juan su larga carta de apremio recomendándole que rompa toda solidaridad con Franco. Pero sigue acumulando en su diario invectivas contra la falta de madurez política del Conde de Barcelona, a quien acusa de comprometerse demasiado con las extremas derechas y descuidar a la izquierda moderada, a la que debería cultivar; sin duda, Gil Robles ignoraba el aborrecimiento que él mismo suscitaba entre toda la izquierda, moderada o no.

Don Juan entre dos condes: Rodezno y Romanones

Probablemente se refiere Gil Robles, en sus críticas a don Juan, a una carta del Conde de Barcelona dirigida por entonces, el 21 de abril de 1943, al prócer tradicionalista conde de Rodezno, en la que por congraciarse con

los carlistas "les ofrece prendas que luego no podrá rescatar", como comenta amargamente en su diario. He aquí la carta:

Querido Rodezno:

Desde siempre, pero de un modo más apremiante en los actuales momentos, siento con plena conciencia los gravísimos deberes que Dios me ha impuesto al designarme, por medio de la Historia y de nuestras leyes tradicionales, para ceñir la Corona de España.

Deseoso de que mi actuación vaya acompañada de las mayores garantías de acierto, deseo conocer la opinión de usted en cuanto a la táctica y los procedimientos a seguir para el triunfo de nuestros comunes ideales. La opinión de usted, mi estimado Rodezno, me es especialmente preciosa, dada su destacada personalidad y consecuente actuación al servicio de los principios salvadores y además por ser usted un genuino y eminente representante de Navarra, cuya Diputación Foral preside con arreglo al sentido de las fórmulas históricas; de esa Navarra, ejemplo siempre del más acrisolado sentido político que tuve la dicha de apreciar personalmente en los albores de la cruzada, cuando sus hijos todos se apercibían cantando a derramar la sangre por las tradiciones en ruina y que es la última tierra española que he pisado. Al abandonarla para reanudar mi doloroso destierro, no pude menos de recordar con emoción y de hacer mío aquel 'Volveré' que en trance semejante profirió otro egregio desterrado de cuyos principios y derechos soy continuador y heredero.

No creo necesario hacer en esta carta una exposición completa de los principios fundamentales en la que habrá de basarse mi política y que he venido expresando en anteriores ocasiones y documentos. Pero sí deseo afirmar, una vez más, que conozco plenamente los deberes que mi derecho a la Corona de España me imponen, y mi propósito solemne de restaurar el sentido político y social de nuestra monarquía tradicional, cuando llegue la hora que Dios me tenga señalada para regir los destinos patrios. También quiero reiterar mi convicción de que la monarquía debe ser para todos los españoles, según requiere su esencia misma y definen todos los maestros del pensamiento monárquico; que hoy, como antaño, la Corona está por encima de los intereses de partido o de clase y aje-

na a todo espíritu de rencor o represalia, por lo que puede serenamente encarnar la justicia necesaria para establecer la unidad moral de la patria española.

Reitera entonces don Juan su fidelidad a la monarquía católica tradicional que había expresado en la carta, que ya conocemos, a don Javier de Borbón Parma en marzo de 1940, es decir, que se declara adepto a la monarquía del Antiguo Régimen como acababa de hacer en la carta dirigida a Franco en marzo anterior [114]. Y además se enorgullece de haber participado, aunque fuera fugazmente, en la cruzada de 1936. La carta a Rodezno se debe, sin duda, a la pluma tradicionalista de Eugenio Vegas, y es una toma de posición completamente anacrónica para 1943.

Un veterano liberal, el conde de Romanones, no pudo menos de saltar como movido por un resorte ante semejante profesión de fe carlista en el nieto de don Alfonso XII: don Juan exaltaba no a sus abuelos, sino a los pretendientes a quienes sus abuelos habían echado de España en las varias guerras carlistas. Romanones protestó con mesurada firmeza ante don Juan por tan flagrante repudio del liberalismo, un repudio expreso con el que ni siquiera Gil Robles, como acabamos de ver, se mostraba conforme.

Romanones había dicho a don Juan que esa monarquía tradicional era la monarquía absoluta y don Juan, con la pluma de Vegas, se defiende como puede amparándose en el derecho público cristiano, otro concepto del más puro cuño tradicionalista y antidemocrático. Rechaza don Juan, de paso, la Constitución liberal de 1876, implantada por la Restauración de Cánovas y Alfonso XII, con lo que el veterano ex ministro y defensor de Alfonso XIII debió de quedarse consternado ante la monarquía que algunos consejeros de don Juan querían imponer a España.

"Un Gobierno ilustrado y paternal"

Mientras tanto, Franco había presidido, el 17 de marzo de 1943, la sesión constitutiva de las nuevas Cortes, que por supuesto tenían muy poco que ver con un parlamento democrático, pese a lo cual Franco las quiso comparar, en

114 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 328.

su discurso, con las primitivas Cortes de Castilla en el siglo XII; tanto Franco como don Juan gustaban por entonces de remontarse a la Historia lejana. Quería con ello "iniciar un sistema institucional de plenitud jurídica" y definió a su régimen como "un sistema de gobierno ilustrado y paternal". Atacó a los intelectuales extranjerizantes y a los conspiradores monárquicos a quienes llamó "grupos decadentes, barridos de los cuadros directivos de la nación".

A los pocos días, el papa Pío XII alabó ante el embajador español la identidad de España con la Santa Sede ante los peligros del comunismo y del nazismo. A primeros de mayo, Franco emprende un largo viaje de contactos populares por Andalucía. Dos días después de su regreso a Madrid, el 14 de mayo, las últimas unidades del Afrika Korps que resisten en Túnez el empuje de los ejércitos aliados se rinden, después de que su jefe, el mariscal Rommel, haya huido a Alemania por orden de Hitler. Justo entonces Hitler rechaza una propuesta de sus generales que le exigían una intervención desesperada en España para cerrar el Mediterráneo, pero el Führer se niega y les recuerda que los españoles lucharían en guerrillas contra el invasor. Por su parte, José María Gil Robles, preocupado por las vacilaciones del Conde de Barcelona y por la falta de claridad en la línea que le sugiere su equipo de Lausana, decide por fin pasar el Rubicón y alinearse pública y claramente contra Franco.

En aquel mes de mayo de 1943, se esperaba un inminente golpe de los aliados contra la entonces llamada "fortaleza europea" del Eje. La guerra mundial iba a abatirse, fatalmente, sobre la Europa aliada de Alemania y ocupada por ella. Los soviéticos exigían el segundo frente continental; no les bastaba la destrucción y captura del Afrika Korps, pretendían que disminuyera la previsible resistencia de los ejércitos alemanes al avance de la marea roja sobre Europa. Winston Churchill, jefe del Gobierno británico de guerra, instaba a sus diplomáticos para que animasen a don Juan de Borbón, a quien el embajador de Inglaterra en Madrid, sir Samuel Hoare, recordando el servicio del entonces Príncipe de Asturias en la Marina Real, se refería amistosamente como "one of our boys", uno de nuestros muchachos. El Tercer Frente, los vencidos y los marginados en la Guerra Civil española, se movía para lograr el favor de los aliados, pero Churchill prefería una restauración monárquica: temía la instalación en España de una

República dominada por comunistas y socialistas que pudiera convertirse en un satélite soviético si el Ejército Rojo penetraba, como era de prever, en Europa Central.

Gil Robles se declara monárquico de don Juan

José María Gil Robles mantenía, como Pedro Sáinz Rodríguez, contactos frecuentes con la diplomacia británica, que le animaba a intervenir personalmente en la pugna por el poder.

Y el 18 de mayo de 1943 publicó, con gran resonancia, estas declaraciones en el diario *La Nación* de Buenos Aires:

"La hondísima y justificada preocupacicón ante las repercusiones de la situación mundial en la vida de España lleva a mucha gente a reducir todas las soluciones posibles del problema político español a esta disyuntiva trágicamente simplista: o totalitarismo o comunismo.

Creo llegada la hora de oponer a ese criterio catastrófico una negativa rotunda. Ni lo uno ni lo otro; ni comunismo ni totalitarismo, sino una solución nacional nutrida de espíritu tradicional y alimentada por la savia de los siglos: la monarquía. Una monarquía que sea encarnación de una autoridad robusta, pero que no caiga en los excesos de la arbitrariedad, que impida los abusos de un individualismo disolvente, pero que respete los derechos inviolables de la persona humana; que huya de cobardes concesiones demagógicas, pero que incorpore de veras el pueblo a la vida pública, con un sano sentido representativo y orgánico; que corte con mano firme todos los brotes desintegrantes de la nación; que no caiga en las utopías de un igualitarismo contrario a la razón y a la naturaleza, pero que no consienta privilegios injustos de casta o de clase; que frene los desvaríos del libertinaje, pero que defina y garantice aquella libertad sagrada del hombre que es condición básica de su propio perfeccionamiento; que no claudique ante los elementos radicalmente incompatibles con un hondo y vigoroso sentido nacional, pero que procure, con el máximo empeño, extinguir los rescoldos del odio y realizar una obra de amplia y generosa conciliación de todos los españoles.

Es ésta una política que la monarquía y sólo la monarquía puede realizar en España. Es ésta la tarea que la inmensa mayoría de la nación espera del

Rey, hacia el que vuelve los ojos como su suprema esperanza. Es ésta la obra trascendental que ha de realizar —lo que espero confiadamente— don Juan de Borbón.

Entiendo que es un deber sagrado de quienes tuvieron o tienen una influencia mayor o menor en la sana opinión pública de España prestar la adhesión a esa causa y ofrecerle un apoyo decidido sin miras partidistas, sin cálculos ambiciosos, sin personalismos mezquinos.

Entiendo, también, que es urgente esa labor y que cada día que tarda en acometerse la empresa de concordia que sólo la monarquía está en disposición de realizar aumentan los peligros gravísimos que amenazan a la patria en esta hora trágica del mundo".

La reacción de Nicolás Franco

Las declaraciones de Gil Robles, pulcramente redactadas y muy bien pensadas, adolecían del regusto decimonónico de la retórica al uso, pero estaban a mil codos sobre los integrismos vaporosos de otros consejeros de don Juan. Con gran habilidad, Gil Robles ni siquiera nombra a Franco, simplemente le descarta. Tampoco propone una democracia liberal bajo la monarquía, sino la monarquía tradicional con la democracia orgánica como forma de gobierno y marco de la política. Insiste en la reconciliación, pero desde luego excluye a los separatismos y, sin nombrarlos, a los excesos de la izquierda.

Los republicanos pusieron el grito en el cielo al ver cómo la declaración de monarquismo por parte de Gil Robles confirman los recelos que contra él habían alimentado las izquierdas durante la República. Muchos monárquicos de la extinta Renovación Española no vieron con buenos ojos el paso hacia la monarquía de un hombre contra quien se habían enfrentado como tibio y republicanoide hasta 1936. Pero tiene razón Sáinz Rodríguez cuando considera que las declaraciones de Gil Robles reforzaron considerablemente a la causa monárquica, a la que por fin se incorporaba un político de talla y experiencia indiscutibles, bien visto por los aliados y por la Iglesia, y en favor del cual habían votado millones de españoles. Claro que esa adhesión de españoles se había producido siete o diez años antes y las

masas de la derecha se habían transformado en "el pueblo del Movimiento", como había dicho el propio Gil Robles, pero sin duda el gran político mantenía numerosas adhesiones en el interior de España. El paso que acababa de dar adquiría por ello gran importancia.

Ni liberal ni parlamentario

Sin embargo, el propio Gil Robles no parecía muy animado después de su gesto. "Estoy dispuesto —decía en su diario del 21 de mayo, tras anotar nuevas vacilaciones de don Juan— a no volver a insistir cerca del Rey y a inhibirme en un problema que veo tan fatalmente planteado". Luego rechazó, el día 24, las acusaciones de medios franquistas que le motejaban, por sus declaraciones, de "liberal y parlamentario", y se queja con razón: no había utilizado esas palabras en su manifiesto.

El 25 de mayo anota: "Me refiere March una conversación que ha tenido hoy con el embajador Nicolás Franco. Éste, excitado y fuera de quicio, le dijo que mis declaraciones eran de tipo liberal, pidiendo unas Cortes, y que ello traería como consecuencia mi inmediata expulsión de Portugal; que la Falange había querido emprender una campaña de escándalo contra mí, diciendo que yo quería unas Cortes para venir del brazo de Aurelio Lerroux (!!!), pero que Franco lo había impedido. Fuera de sí decía el embajador y negociante que no podía permitirse que fuera inútil la sangre de tantos muertos. Hablando imprudente e incoherentemente, añadía que con su carta al "Caudillo", el Rey había perdido la Corona y apuntó que en cualquier momento hombres como el general Kindelán podían ser arrestados".

Pero, entre esta entrada del diario de Gil Robles y la siguiente, Franco, acuciado sin duda por las declaraciones de Gil Robles, había enviado ya una larga carta a don Juan con la que abriremos el siguiente capítulo.

La respuesta de Rodezno a Don Juan

Gil Robles. *La Monarquía...*, op., cit, p. 342 s.

«Lausana, 29 de junio de 1943.

»Querido Romanones:

»Acuso recibo del escrito que en términos tan precisos como mesurados me da a conocer su opinión sobre la carta que recientemente dirigí al conde de Rodezno, con vistas a lograr, en servicio del interés patrio, la mayor unidad posible entre los elementos monárquicos deseosos de salvaguardar los supremos intereses de la religión, el orden, la justicia y la libertad, tan peligrosamente amenazados en este tiempo por los estatismos de signo contrario imperantes en las distintas naciones.

»Esa unidad que España necesita debo yo esforzarme en lograrla por haber sido dispuesto por la Providencia que en mí se unan y confundan todos los derechos de las dos ramas dinásticas.

»He leído y meditado su escrito con la atención que merece por proceder de persona de su experiencia política, adquirida en tan dilatados años de vida pública y, sobre todo, y lo que nunca podré olvidar, de quien con tanta lealtad y nobleza levantó la voz en las Cortes Constituyentes de la República en defensa del Rey, mi padre (q.s.g.h.), tan injusta y sañudamente acusado.

»Por fortuna, no he encontrado en su escrito ninguna discrepancia que pueda estimarse sustancial con las afirmaciones sustentadas en mi carta al ilustre prohombre tradicionalista, a no ser una, más aparente que real, debida a una cuestión de interpretación que me es grato esclarecer.

»En diferentes ocasiones he expuesto mi convicción de que la salud de España y la garantía de los principios fundamentales de la civilización cristiana radican en la restauración de las instituciones tradicionales sin más que adaptarlas a las circunstancias presentes. Me dice usted que la monarquía tradicional, "en el significado que este apellido tiene entre nosotros, sería la vuelta a la monarquía absoluta", pero si usted cree que hay españoles que den tal significación al término "tradicional", yo le aclaro que en momento alguno he admitido tal equiparación por estimar contrario a los principios fundamentales del Derecho Público Cristiano el que la mera voluntad de un hombre —cualquiera que sea el título que ostente— pueda ser Ley.

»La restauración de la monarquía llevará consiglo la promulgación de una o varias "leyes fundamentales" de obligatoria observancia, tanto para los súbditos como para el soberano, y todas las leyes -así las Fundamentales como las de inferior rango jurídico-político- habrán de ser hechas por la concorde voluntad del Rey y de los organismos reflejo de una auténtica representación nacional, con lo que, y mediante el consentimiento pleno de gobernantes y gobernados a la ley, alcanzaremos el Estado de Derecho que deseo ver instaurado y consolidado en España.

»La monarquía española de mañana habrá de organizarse con vistas al futuro y no al pasado, pero aprovechando de éste todas las enseñanzas que encierra y adap-

tándose a la transformación que usted, con acierto, presiente. Hay que continuar nuestra Historia y no perseguir la imposible empresa de estancarla, haciendo revivir un momento determinado de la misma, sea éste el año 1876 o el absolutismo del siglo XVIII. Al decir esto, soy fiel al concepto preciso que tengo de la "tradición", que no consiste en copiar servilmente al pasado, sino en proceder como hubieran procedido los grandes reyes y gobernantes de nuestra Historia ante los problemas del presente.

»Me satisface mucho observar que estima usted, lo mismo que yo, que la monarquía debe perseguir, como uno de sus principales fines, la reconciliación de todos los españoles, uniéndolos, por la justicia y el amor, a la patria y a la institución que la representa.

»Aprovecho la oportunidad de esta carta para agradecer a Casilda y a usted su telegrama de felicitación con motivo de mi santo. Reciban usted y todos los suyos un afectuoso saludo de

»Juan».

Capítulo XIII
La primera confrontación

PARA ENFOCAR CORRECTAMENTE la correspondencia entre Franco y don Juan, conviene tener muy en cuenta dos grupos de datos: las circunstancias y los testimonios. Las circunstancias dependían de la época que estamos historiando, de la guerra mundial y su evolución. En la primavera de 1943 los aliados habían liquidado a los ejércitos del Eje en África y preparaban el salto sobre Sicilia para luego lanzarse sobre Italia, con fulminantes consecuencias para el régimen fascista. Pese a sus apresurados detractores, el régimen de Franco era entonces cosa mucho más compleja que el fascismo, pero los dirigentes españoles, y Franco al frente de ellos, empezaron a temer angustiadamente por su porvenir e incluso por sus vidas, como le dijo gráficamente a Franco el infante don Alfonso de Orleans en aquellos momentos: "Si la monarquía no se restaura en cinco meses, nos cortan el cuello a todos".

La segunda circunstancia es la personal: Franco escribía sus cartas a don Juan completamente solo, sin consultar a nadie; don Juan pedía borradores y textos a sus equipos de Lausana —dominado ahora por Julio López Oliván— y de Lisboa, donde vivían y conspiraban Gil Robles y Sáinz Rodríguez. La incoherencia que exhiben las sucesivas cartas de don Juan se debe a la diversi-

dad, a veces radical, de sus inspiradores. Pero en todo caso el cruce de cartas entre don Juan (8 de marzo), que ya hemos transcrito, y Franco (el 27 de mayo) en la agitada primavera de 1943 demuestra que sus relaciones se tensaron; esas dos cartas eran ya una confrontación, aunque no todavía una ruptura.

Testimonios, radicales y moderados

Además de valorar las circunstancias, hemos de sopesar los testimonios, entonces casi siempre secretos, para la interpretación de las cartas. Podemos imaginarnos lo que pensarían los enemigos mortales de Franco —los vencidos—, que además eran, los de izquierdas, enemigos históricos de don Juan; pero aún así recogeré esos testimonios cuando aporten información, como en los casos de Gil Robles y Prieto.

Merecen mayor crédito los testimonios de los monárquicos moderados que reconocían la obra de Franco aunque preferían —en la lucha política o desde la Historia— la restauración de la monarquía. Uno de ellos es, sin duda, Fernando González Doria, cuya biografía de don Juan es la única públicamente avalada por don Juan en las conversaciones con Sáinz Rodríguez. Y que pese a haber sufrido molestias políticas, según creo, durante el régimen de Franco enjuicia de este modo la correspondencia entre los dos personajes:

"Las contestaciones del Generalísimo a estas observaciones de don Juan —dice Doria al comentar la carta de don Juan a Franco del 8 de marzo de 1943, que ya conocemos— eran, al parecer, cautelosas, de pasos muy contados y reflejan algo que el Conde de Barcelona, desde su exilio y casi aislamiento completo, no se hallaba en condiciones de percibir: la confianza plena de España depositada en Franco, que era el aliciente del Caudillo para mantenerse firme y procurar superar los múltiples obstáculos. El clima mundial, completamente desfavorable al Gobierno de Madrid, era la cortina de niebla que se interponía entre don Juan y el régimen franquista.

La catilinaria y el puntapié

La escasa información a que don Juan daba audiencia sobre los problemas internos de España no siempre era objetiva y en muchos aspectos, vencién-

dose a la tentación del despecho personal, deformaba la realidad" [115]. Cuando los consejeros de don Juan cometieron la ingenuidad imperdonable de entregar su correspondencia con Franco al viejo socialista Indalecio Prieto, cuya vida está plagada por igual de soeces insultos a la monarquía y a Franco, Prieto calificó la respuesta de Franco a don Juan, firmada el 27 de mayo siguiente, como "dura catilinaria" y como "uno de los puntapiés de Su Excelencia a Su Alteza"; así se expresaba el socialista "moderado".

Pero transcribamos ya la carta, que me parece esencial para comprender el pensamiento de Franco sobre el pasado y el futuro:

Alteza:

He recibido oportunamente vuestra carta de marzo, que por su sinceridad contribuirá a aclarar nuestra relación al servicio de nuestra patria; pero antes de entrar en su análisis, creo conveniente fijar nuestras respectivas posiciones para reforzar la autoridad y responsabilidad de mis palabras y prevenir la contrariedad que pudiera causaros.

Otras personas pueden hablaros con la sumisión que su celo dinástico o su conveniencia cortesana les dicte; yo cuando le escribo no puedo prescindir de hacerlo como jefe del Estado de la nación española, que se dirige al pretendiente al trono de la misma nación; y considero necesario recordar esta situación, por veros desviado de la posición que corresponde a un príncipe que aspira a reinar por la vía natural (semejante a la del príncipe heredero), de acuerdo con la voluntad del que ejerce la autoridad actualmente y en continuacion de la gran obra política que nuestra cruzada hizo posible.

Yo comprendo las dificultades que se presentan para poder exigiros una fe ciega en nuestra obra, ya que tendría que ser resultado de un conocimiento de la situación de España, así como de mi persona y de mi historia, desfigurado todo ello en vuestro ánimo por las informaciones maliciosas o erróneas de elementos fracasados, extranjerizados o disidentes, apartados de la comunidad política nacional; pero a lo que se debe aspirar es a que los enemigos y disidentes de la situación no polaricen

---

115 F. GONZÁLEZ DORIA, *Don Juan de España*, Madrid, p. 182.

alrededor del Príncipe y a que el pensamiento político de éste se subordine, de buena voluntad, a las directrices de nuestro Movimiento, fundamentadas en verdades eternas e incontrovertibles. Con lo demás nada puede ganar el servicio de España, ni el crédito personal del propio príncipe.

He aquí las razones de la inquietud hondísima que hubo de producirme vuestra carta, al coincidir con la desdichada y torpe petición que en España realizan algunos de los que se titulan vuestros amigos.

Yo me permitiría el recordaros la conveniencia de que antes de recibir presentaciones comprobeis la personalidad moral, política y financiera de quienes os visitan, que aparte de serviros para formar un justo juicio sobre sus intenciones os alejarían del descrédito que a dichas personas acompaña.

Descalificados así, sin la menor prueba, los consejeros de don Juan en bloque, Franco trata de rebatir a don Juan por haber llamado al Régimen "provisional y aleatorio"; era la peor ofensa que se podía dirigir al vencedor de la cruzada, que no puede reprimir, junto a los argumentos, la indignación; pero no puede negarse objetividad a las pruebas que Franco aduce sobre la reconstrucción de España, pese a su aislamiento, en varios sectores básicos de la vida colectiva. Franco no quiere reducir todo el problema a la sucesión política; defiende lo realizado por su Régimen.

Franco defiende sus realizaciones

Yo no puedo ocultar la preocupación que muchos buenos españoles sienten por vuestra formación. La preparación de un Rey no es la de un ciudadano cualquiera. Necesita crearse una capacidad de mando y una serenidad de juicio difíciles de obtener en una edad temprana.

Los reyes mejor formados se educaron en una disciplina severa, al lado de varones doctos, que, totalmente apartados de todo interés terrenal, sólo pensaban en el servicio de Dios, en el bien de su patria y en el juicio que la Historia formase de un príncipe. A esta formación contribuía la indispensable autoridad y vigilancia del rey sobre el llamado a sucederle, que impedía su desvío.

La Historia ofrece numerosos ejemplos de las intrigas que, a pesar de todo ello, los cortesanos solían promover para, en servicio de sus propios intereses, desviar al príncipe de su recto camino. Y esto sucedía en tiempos en que no existían los gravísimos problemas exteriores, políticos, económicos y sociales que la vida actual de las naciones encierra, ni se desenvolverían éstas bajo la crisis de un sistema y el despertar de una nueva era, en medio de la más dilatada y compleja de las guerras que registra la Historia.

Yo quiero situaros ante la gravedad de que os presenten a nuestro Régimen como "provisional y aleatorio" y que esta idea pueda prender en vuestro ánimo.

¿No os dice nada el que su doctrina nazca con nuestra gloriosa cruzada, que bajo su signo hayamos ganado la guerra más difícil que conoce la Historia, construyendo una economía sin oro, divisas ni ayudas extrañas, y que lográsemos firmar con el extranjero tratados ventajosos en los que el honor y el prestigio de España brillan a una altura como hacía más de dos siglos España no lograba?

¿Ni que cuando terminada la cruzada todos consideraban a España aniquilada, supere las gravísimas situaciones monetarias, industriales, de transportes y financieras que el dominio rojo creó con medidas justas, generosas y eficaces, salvando nuestra economía, las finanzas, la industria, la agricultura y los propios patrimonios de los particulares?

¿Es que no tiene trascendencia para V.A. la obra de liquidación del problema de la justicia, que da comienzo con más de cuatrocientos mil procesados para acabar, a fuerza de generosidad, pero sin claudicaciones ni mengua de ejemplaridad, reducido a menos de setenta mil presos, autores principales de crímenes o con gravísimas responsabilidades?

No apercibís el valor que encierra que en medio de tantas dificultades y desde el primer día de nuestro Movimiento vaya realizándose nuestra doctrina con una labor en el orden social exorbitante, que si no alcanza toda su virtualidad por las derivaciones de la guerra, constituye una justicia real para nuestras clases más numerosas y no sólo merece ser mirada con respeto en el extranjero, sino que incluso se la estudia y se la copia?

¿Ni tampoco os ilustran los avances que en el orden intelectual y en el científico ha habido bajo nuestro Movimiento, con la reorganización de nuestras universidades y la creación de colegios mayores y numerosos centros de cultura que tienen su más alta expresión en el Instituto de Investigaciones Científicas, que ha producido en tres años más obras científicas que las que España produjo en sus mejores épocas?

Cualquiera de éstas u otras de las muchas realizaciones bastarían para prestigiar y acreditar un régimen. Por ello, a un Estado que tanto ha rendido a la nación no puede sin injusticia ponérsele en interinidad ni en entredicho porque una docena de politicastros despechados o de capitalistas insaciables pretendan difamarlo".

La defensa política del Régimen

Don Juan había criticado en su carta el vacío político del régimen de Franco. La réplica de Franco no es fácil. Las instituciones recién creadas por Franco no estaban vigentes aún más que en cuanto a fachada. Franco se agarra a ellas como a un clavo ardiendo mientras se presenta expresamente como rey sin corona:

Si tocamos los peligros que en vuestra carta me exponeis por lo que llamais 'vinculación exclusiva del poder en una sola persona', no tengo más remedio que responderos que ésa es precisamente la característica del régimen monárquico, se titule o no rey quien ejerza la suprema potestad. Y en uno y otro la sucesión entraña problemas cuando al régimen le falta vigor.

Nuestra monarquía en esos periodos de decadencia es pródiga en esta clase de turbulencias. La guerra de sucesión primero y las luchas civiles que acompañaron a las sucesiones en el siglo XIX son, entre otras muchas, demostración harto elocuente de este aserto.

Mucho más importante que los problemas de la sucesión es para los españoles el asegurar que no pueda torcerse o desvirtuarse la obra realizada a costa de tantos sacrificios, que el Régimen alcance fortaleza y plenitud, y que quien está llamado a regir los destinos de España no pueda equivocarse y sobre las dotes naturales de moralidad y patriotismo alcan-

ce aquella perfecta formación que le asegure capacidad de mando y serenidad de juicio.

La continuidad nos la dará la unidad de los españoles y el vigor político de nuestro Régimen, independientemente de que haya o no un príncipe al frente de la jefatura del Estado.

Precisamente por esa responsabilidad histórica que sobre mí pesa, estoy obligado y resuelto a que no se malogre lo que se ha levantado con tantos sacrificios, cualquiera que fuese el tiempo y los medios que esto requiriese.

Os confunden, igualmente, cuando os presentan el Régimen como falto de estatutos de base jurídica institucional, ocultandoos la existencia de unas leyes orgánicas sobre la organización del poder, del Consejo Nacional y las Cortes que forman un cuerpo de leyes básicas de nuestra revolución, que aunque no revistan la forma de las constituciones liberales, constituyen un estatuto permanente de base jurídica institucional.

Está claro que Franco era consciente de su vacío institucional que ahora, entre 1942 y 1947, pretende apuntalar con una serie de leyes e instituciones de las que nacerán las "Leyes Fundamentales" completas en 1967. Por una parte, Franco no quiere una democracia liberal, porque para él y para España tal experiencia resultó nefasta en la monarquía y en la República; pero tampoco quiere un Estado arbitrario, sino configurar su régimen autoritario como un Estado de derecho, sometido a leyes básicas. No estoy juzgando este propósito, sino describiéndolo. En los párrafos siguientes de su carta, se enfrenta con la objeción más difícil que don Juan le propone: la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, a la que Franco en estos años de la guerra mundial va llamando ya casi exclusivamente "Movimiento".

Don Juan y la Guerra Civil

Si de esto pasamos —prosigue la respuesta de Franco— *a los conceptos políticos que vuestra carta entraña, la disparidad es más evidente.*

La Falange Española Tradicionalista y de las JONS es precisamente lo contrario de lo que suponeis. No es un partido, es un movimiento con

una ideología en la que se funden los ideales de nuestra revolución, llenando de contenido la vida política de nuestra nación.

Los pueblos no saben ni pueden vivir sin una política; han de tener un concepto sobre las leyes, sobre la moralidad, la justicia, la educación, la acción social y la cultura, y todo esto no es más que política. ¡Noble política!

Cuando lleva la nación siglo y medio de envenenamiento, escindiéndose España bajo la pluralidad de los partidos y desmoralizándose con la siembra de ideas disolventes que la colocaron en el nivel más bajo a que los pueblos pueden llegar, no es posible abandonarla a su propio ser sin incurrir en gravísimas responsabilidades; hay que encuadrarla y educarla bajo unos principios morales, patrióticos y sociales que, haciendo fecunda la sangre derramada, garanticen su futuro. Esto es lo que significa nuestro Movimiento. No es un partido que se aproveche de la revolución. Soy yo, su conductor, el que después de haber sacado a España de la sima donde aparecía hundida, interpretando el sentir general de cuantos participaban en el alzamiento y ante las necesidades imperiosas de la nación, le señalé en aquel momento histórico, cuando aún teníamos la guerra por delante, el rumbo político que había de seguir y que viene siguiéndose desde entonces, al tiempo que se depura nuestra doctrina, que es hoy la de toda la nación. Por ello no debería extrañaros el que se os pida que os identifiqueis con estos principios que son los comunes de nuestra juventud, y sobre los que no cabe discusión.

Precisamente V.A. pareció comprender esta necesidad cuando, dejándose llevar de su hacer natural y siguiendo el impulso de la juventud española, se presentó a combatir en nuestras filas a raíz de nuestro alzamiento, vistiendo la camisa azul y tocándose con la boina roja, uniendo así, por primera vez, los símbolos políticos de lo que se asociaba para la gran empresa.

Mucha fue la sangre que se derramó sobre esa camisa y esas nobles boinas para que nadie pueda separar lo que tanto costó unir.

Si en todos los momentos el príncipe está obligado a identificarse con los ideales de su pueblo, mucho más corresponde en esta ocasión, ya que se trata de los ideales de nuestra cruzada a quien debemos nuestro resurgir.

Sólo bajo el régimen liberal pueden concebirse los reyes como árbitros de las luchas políticas.

FET y Movimiento, conceptos equívocos

Franco no advierte que ya en 1943 los términos "Falange" y "Movimiento" son equívocos. Franco los interpreta como la unidad de la zona nacional en la Guerra Civil contra el Frente Popular desmandado y recuerda con dureza y oportunidad a don Juan que él vino a España a defender eso. Pero en 1943, la FET y el Movimiento eran un partido, un partido único de corte totalitario al que muchos españoles, incluso muchos partidarios de Franco, se sentían ajenos. Don Juan se había identificado con el alzamiento general contra la República degradada; pero hacía bien en no vincularse a un partido que muchos españoles rechazaban. Esto Franco no lo podía admitir porque no lo quería ver.

En su carta, don Juan había exaltado la generosidad de Alfonso XIII al abandonar el trono en abril de 1931 para evitar una Guerra Civil. Franco vivió aquel momento histórico muy intensamente y se muestra en total desacuerdo con don Juan. Desde la Historia, y por testimonio directo de los protagonistas, yo puedo añadir que la opinión del Rey don Juan Carlos sobre el abandono de Alfonso XIII coincide con la de Franco (y con la de mi abuelo Juan de la Cierva y Peñafiel, ministro entonces de Alfonso XIII) y no con la de don Juan. Me refiero a una coincidencia en considerar como renuncia (no como simple suspensión) el abandono de Alfonso XIII y como equivocación su interpretación de las elecciones municipales, porque en realidad no había perdido el amor de su pueblo: la monarquía había ganado ampliamente las elecciones. La coincidencia se refiere también a la desorientación de los gobernantes liberales de 1930, no a la despedida de Primo de Rivera, que requeriría un análisis más profundo que el de Franco.

Otro punto tocais en vuestra carta, íntimamente ligado con esta tesis, que aunque hubiese deseado no tratar, no puedo dejar de abordar por la responsabilidad de abandonaros en el error del que otros deberían apartaros.

Se refiere a la salida de España del último de sus reyes, en lo que, salvando todo el respeto debido a su memoria y a su buena voluntad y deseos

de acierto, su decisión en aquellos tristes momentos no puede constituir escuela a seguir por nuestros príncipes.

En este juicio la unanimidad de todos los buenos españoles es completa.

La Historia ha de ser en su juicio más rigurosa. Sus nobles palabras y su desinterés, apreciables como hombre, no le elevan en cambio como Rey. Mucha fue la sangre que se vertió luego como consecuencia de aquel acto.

Franco, contra la renuncia de Alfonso XIII

La marcha del Rey y la caída de la monarquía dimanan del momento en que por decisión real fue expulsado del poder el general Primo de Rivera, a cuya instauración como dictador tanto había contribuido la Corona.

La colaboración del Rey con la dictadura fue uno de los actos más populares de su reinado, una de las etapas en la que el Rey estuvo más cerca de su pueblo.

El error de aquellos gobernantes de no haber formado en la nación una conciencia política que sustituyese a la derrocada hizo que los residuos de la vieja política se aprovechasen del desgaste natural del dictador para ocupar el hueco político que había dejado vacío.

Cuando el Rey, impresionado por la atmósfera capciosa que le habían formado viejos políticos y habilidosos cortesanos, despidió a don Miguel entregando el poder a los políticos profesionales, malogró su obra anterior y una triste realidad vino a demostrarle cuál era la fuerza de los que tanto alardeaban.

El pueblo, más justo y consciente, en el entierro del dictador exteriorizó su sentimiento, desbordando su enojo ante la estupefacción de los propios gobernantes.

Alguien exclamó entonces: 'Éste es el entierro de la monarquía'. Pocos meses después se cumplía el triste vaticinio, y los que habían empujado al Rey a tomar aquella decisión se apresuraban a subirse a la carroza del vencedor, titulándose ¡republicanos de toda la vida!

Ésta es la historia que interesa no se repita. Ninguno de los que pretenden aleccionaros arrastra más que sus propias ambiciones: el puesto perdido, la embajada malograda, el condado frustrado o los intereses afectados. También entonces se hablaba de reconciliación de los españoles y de pacificación de los espíritus, olvidando que la vida es una continua batalla a la que no podemos desconocer. En ella como en la guerra los errores se pagan a precio de desastres.

Lo que interesa es estar en posesión de la verdad y cuando de ella nos sentimos seguros, la hemos de defender con tenacidad, distinguiendo lo que son principios, en los que no se puede ceder, de lo que es matiz, en lo que la política hace posible la benevolencia.

España ante la Guerra Mundial

Por último, aborda Franco la posición de España ante la Guerra Mundial. Desde nuestra perspectiva sabemos que no se equivocó; Franco murió en su puesto, y en la cama, como ha recordado Fernando Vizcaíno Casas en un libro de gran interés, treinta años después de que la Guerra Mundial acabara. Por eso sus palabras de 1943 cobran especial fuerza:

Y llegamos al último de los puntos, al internacional. La posición en este orden, mantenida por España, ha sido muy clara: de simple neutralidad ante los problemas que enfrentaron a las naciones civilizadas del centro o del norte europeo, más cuando la guerra llegó al Mediterráneo occidental amenazando nuestras fronteras y costas, la neutralidad de España se matizó con una situación tensa y vigilante. España no podrá ser jamás indiferente a lo que ocurra en ese esapacio. Análoga consideración nos movió ante el problema comunista: no puede ser indiferente ante la posible bolchevización de Europa. La insensibilidad en este caso sería un síntoma claro de la propia agonía.

Esta postura seria y viril —respaldada por la totalidad del pueblo español— es comprendida en el extranjero, aunque en el interés momentáneo de los beligerantes pudiera agradar otra postura.

Una cosa es lo que dicen los irresponsables y otra la que piensan los elementos directivos. Las naciones en el exterior se guían por su propio

interés y no por sentimentalismos, pesan las realidades y no las ficciones. La alianza de S.M. británica con Stalin es un ejemplo.

Por eso en el orden internacional no existe nunca nada definitivo, las naciones son hoy amigas y mañana enemigas, según les dicte su propio interés. La mejor defensa de España descansa en su unión y en su fortaleza, traducida por el valor de sus hombres, el vigor de su política y su voluntad firme ante el peligro.

En esto la posición de nuestro Régimen no puede ser desfigurada, es españolísima, exclusivamente española; sin que por ello haga dejación de la hidalguía característica de nuestra raza. Y estas realidades españolas no se pueden alterar, quienquiera que sea la persona que rija sus destinos.

Por ello es criminal la labor de quienes, en su miseria intelectual, conciben una España subordinada al extranjero e intrigan en el exterior o en las cancillerías, ofreciéndoles los servicios de sus torpes pasiones, intentando comprometer en ello el nombre de V.A. con el que sin escrúpulos especulan.

En esto como en todo se quivocan; el pueblo español no se deja engañar, sabe que las naciones que noblemente estimen a España desearán su régimen fuerte y poderoso; las que en cambio aspiran a su sustitución sólo buscarían en el príncipe el antecedente inmediato de Prieto o de Negrín.

"El tiempo valorará mis ideas"

La guerra, por otra parte, salvo cambios siempre posibles o sucesos militares o políticos imprevistos que pertenecen a los designios de Dios, se presenta larga y en el mundo está produciendo tales estragos que para el futuro la unidad y la fortaleza de España serán no sólo gratas, sino para todos una necesidad.

Éste es mi pensamiento respecto a los distintos puntos que en vuestra carta me exponeis y que aspiro, en servicio de España, a aclararos una situación y descubriros el juego de los que, empequeñeciéndolo todo, intentan con su torpeza convertiros en jefe político de una facción.

La gravedad de los asuntos tratados justificará sin duda la claridad de mis palabras, que si por vuestra situación de ánimo no fuesen comprendidas, tengo la seguridad de que el tiempo las valorará.

De V.A. sincera y cordialmente, Francisco Franco.
Madrid, 21 de mayo de 1941 [116].

Monárquicos y militares se agitan en junio de 1943

Gil Robles conoció a los dos meses el texto de la carta de Franco y, después de descalificarla en bloque, opina que "un mínimo sentimiento de dignidad impide al Rey mantener la menor comunicación"; ésta es la típica reacción de todo o nada que esterilizó la acción del brillante político como consejero del Conde de Barcelona, aunque en la República se comportó con mayor mesura.

A Gil Robles, en cambio, le gusta la contestación de don Juan (29 de junio de 1943) a la protesta de Romanones por sus concesisones al carlismo; y rechaza que su monarquía tradicional se identifique, como había pensado Romanones, con la monarquía absoluta. Escrita en tono muy moderado, la carta de don Juan a Romanones no es liberal, pero admite una auténtica representación en las Cortes futuras y dice que tomará de la tradición lo que pueda ser útil para el futuro. A Rodezno no le había dicho eso; pero don Juan de Borbón va adquiriendo ya, por lo que se ve, la costumbre, tan seguida por su padre Alfonso XIII durante la República, de decir a cada interlocutor lo que éste desea oír. Es un procedimiento, digámoslo con la Historia en la mano, muy borbónico; aunque bastante peligroso [117]. Ésta había sido la respuesta de don Juan a la carta del conde de Romanones que ya conocemos.

Gil Robles, desde Lisboa, sólo tiene en 1943 una preocupación y un consejo: que don Juan abandone Suiza vía Italia y se venga a vivir a Estoril para organizar adecuadamente la ofensiva contra Franco. Está Gil Robles en contacto directo y permanente con la diplomacia inglesa y norteamericana, que le acucian para que traiga a don Juan y fuerce la Restauración

---

116 Texto en P. Sáinz Rodríguez, *Un reinado...*, op. cit., p. 355ss.

117 Carta de don Juan y comentarios de GIL ROBLES en la obra de éste *La Monarquía...*, op. cit., p. 49 y 351.

antes de que sea tarde; sus peticiones a don Juan son angustiosas y logran el concurso del consejero liberal de don Juan en Lausana, Julio López Oliván, pero chocan con los enlaces entre don Juan y Franco y con el duque de Sotomayor, jefe de la Casa de don Juan, que siguen empeñados en lograr la Restauración mediante un acuerdo con Franco, el cual, pese a su dura carta de mayo, sigue manteniendo el nombre de don Juan como sucesor en la "cajita sellada" que Franco enseñó al general Kindelán.

Entonces como Kindelán parece neutralizado por la vigilancia de Franco, don Juan llama a Lausana a su tío el infante don Alfonso de Orleans, que, desde su visita a Suiza en junio de 1943, se convierte en representante del Conde de Barcelona en España. Las fechas de nombramiento y cese para estas representaciones varían según las fuentes; me atengo a las memorias de Gil Robles y a las desordenadas cartas del archivo Kindelán, cuya convergencia es bastante clara.

Durante el mes de junio, parece cada vez más inminente el desembarco de los aliados en Sicilia, dada su concentración de efectivos navales, aéreos y terrestres en Gibraltar y los puertos del norte de Africa libres ya del Eje. La tensión de los grupos conspiratorios aumenta siempre en España en función de los éxitos aliados en la guerra, y Franco observa con mucha preocupación dos focos peligrosos: el de los monárquicos, que hasta ahora han colaborado con él y han recibido el nombramiento de procuradores en Cortes o consejeros nacionales; y el de los militares, descontentos con el Régimen, que mantienen contactos con la Embajada británica y, como los procuradores citados, con los equipos de Lisboa y de Lausana.

Franco tiene al día información segura sobre la actividad de estos dos focos: el militar (dirigido por los generales Orgaz y Aranda) le parece, de momento, utópico, pero un borrador de manifiesto le convence, a finales de mayo, de que los procuradores monárquicos van a pronunciarse públicamente y además en el seno de las propias instituciones del Régimen.

El Infante don Alfonso, representante de don Juan

A comienzos de junio de 1943, don Juan de Borbón designa representante en España y enlace con Franco a su tío el infante don Alfonso de Orleans,

general de división del Aire, muy distinguido como jefe de uno de los tres escuadrones de la Brigada Aérea Hispana en la Guerra Civil (a las órdenes del general Kindelán) y militar de acreditada valía personal y profesional, después de haberse ganado a pulso, a partir de su separación del servicio por la República, un alto puesto directivo en la casa Ford, empresa en la que entró por el mínimo escalón.

Hijo de la infanta Eulalia, casado con la princesa de Inglaterra e Irlanda Beatriz de Sajonia Coburgo, prima hermana de la reina Victoria Eugenia, había acompañado abnegadamente a don Alfonso XIII en el viaje hacia el destierro y luego se negó a jurar fidelidad a la República, con lo que se quedó en la calle. Sus tres hijos sirvieron a la causa nacional. Uno de ellos murió en combate. Había sido compañero de Franco en la Academia de Infantería.

Don Alfonso, general en activo, era por tanto leal a Franco y a don Juan, que le encomendó la causa de la Restauración en España, con el general Kindelán, que hasta el momento había desempeñado esa misión como lugarteniente. Este nombramiento de don Alfonso acalló los entusiasmos de los carlistas que —ante la imprudente carta de don Juan al conde de Rodezno— habían lanzado la especie de que Rodezno sería el delegado de don Juan en España y el primer jefe de Gobierno de la Restauración, cargo para el que surgían muchos pretendientes como he podido ver en varios documentos, entre ellos los generales Kindelán y Orgaz.

El infante don Alfonso desempeñó la representación de don Juan en España desde junio de 1943 hasta que fue destituido abruptamente por don Juan el 11 de noviembre de 1946, como veremos. Se movió muchísimo, trató de conciliar a Franco con la Restauración, formó un primer Consejo de Acción Monárquica, se jugó su carrera y lo perdió todo; Franco le cerró el paso a teniente general y le confinó en Sanlúcar; y don Juan, que le había escrito cartas de aprobación entusiasta, le despidió con una larga e injusta misiva llena de recriminaciones.

Cuando don Alfonso volvió de Suiza en junio de 1943 para dar comienzo a su actividad, que al principio, por acuerdo de Franco, hizo compatible

con el desempeño del mando de la región aérea del Estrecho, venía con dos misiones. Una, descrita por Gil Robles como cuádruple, consistía en "arreglar pequeños problemas de la familia real, aclarar la actitud de los tradicionalistas, ponerse de acuerdo con los generales y apremiar a Franco para que de una vez trate de la cuestión de la Restauración". Con este fin se entrevistó con Franco, "quien a vuelta de muchas palabras de afecto a don Juan dijo categóricamente que él escogería el momento de traer la monarquía. Se lamentó de que don Juan hiciese caso a un inadaptado como Gil Robles, un masoncete como Sáinz Rodríguez, un inquieto como Valdecasas y un paranoico como Vegas Latapié" [118].

La estrategia del infante don Alfonso, descrita por su adjunto Kindelán, es más tajante: "Cuando el Rey nombró al infante don Alfonso de Orleans su representante en España, la actuación de éste se hallaba condicionada y sometida a tres fases: Con Franco, sin Franco, contra Franco... El infante don Alfonso me dijo textualmente: "Hice lo posible para estar 'con Franco' hasta febrero de 1944" [119].

El requerimiento de los procuradores

¿Se dolió Gil Robles del nombramiento de don Alfonso? En todo caso, y el mismo día en que registra ese nombramiento, se lamenta de que don Juan siga sin moverse de Suiza y le dirige un duro reproche que repetirá obsesivamente toda esa primavera: "Sigo viendo que don Juan no está a la altura de las circunstancias". Y termina su entrada del 15 de junio de 1943 con una noticia importante: "Y precisamente en ese momento (cuando en Londres se empieza a pensar que la monarquía no es ya la solución en España) una treintena de procuradores en Cortes capitaneados por Ventosa, Alba y compañía le escriben a Franco una carta de acentuado tono humilde pidiendo que traiga la monarquía. ¿Nos ha dejado Dios de su mano? Desde luego lo merecemos" [120].

---

[118] GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 42.

[119] A. KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 235.

[120] GIL ROBLES, op. cit., p. 43. La carta de los procuradores, en el apéndice VI de su libro.

La carta de los procuradores, convocados por el ex ministro catalán de la monarquía e ilustre financiero Juan Ventosa, había sido consultada sin duda con don Alfonso de Orleans, porque se inscribe claramente en la fase "Restauración con Franco", que como el tiempo iba a demostrar era la única viable; pero Gil Robles, que desde el primer momento exigía la Restauración contra Franco, aunque jamás explicó el método, cometió la equivocación de descalificarla sin leerla, porque no la recibe hasta seis días después de su comentario, aunque luego, al reunir noticias sobre el relativo impacto de la carta (que no publicó la prensa española) en medios financieros y dirigentes de España, comprenció la importancia del documento. Pero antes de comentarlo, debemos transcribirlo.

Firman la carta, de ahí su importancia, los ex ministros de la monarquía duque de Alba, Juan Ventosa, José de Yanguas Messía, Antonio Goicoechea (jefe de Renovación Española); los ex ministros de Franco Pedro Gamero del Castillo y Valentín Galarza; el financiero Pablo Garnica; el general Ponte, capitán general de Andalucía, y el almirante Manuel Moreu; el duque de Arión y el conde de Ibarra; los alcaldes de San Sebastián y Cuenca, los escritores Manuel Halcón, Jaime de Foxá, Antonio Gallego Burín, el anterior vicesecretario del Movimiento, Juan Manuel Fanjul, el jurista Alfonso García Valdecasas y otras pesonalidades de notable relieve. Éste es el texto de la carta:

"Los que suscriben, procuradores en Cortes, creerían faltar a un deber que la Ley de su creación les impone, si en este momento grave de la vida de España no hicieran llegar a V.E. su pensamiento en orden a la organización del régimen político de nuestro país.

Una exposición respetuosa

No utilizan un medio reglamentario porque no parece el tema a propósito para ser objeto de una proposición de ley. Estiman que no puede haber procedimiento más adecuado que el de elevar a V.E., por conducto del señor presidente de las Cortes Españolas, esta exposición, en la que expresan su honrado y patriótico convencimiento de que no es posible realizar eficazmente la labor encomendada a las Cortes sin resol-

ver el problema esencial de la definición y ordenamiento de las instituciones fundamentales del Estado.

Ello sería indispensable en cualquier momento de la Historia. Sólo en periodos transitorios, un régimen personal, sin definición institucional precisa, puede constituir un enlace entre situaciones históricas diversas. Pero tales regímenes no pueden sin grave riesgo prolongarse. Por la inseguridad que determinan en el espíritu público, por la dificultad que suscitan para que se forme una conciencia nacional, por la incertidumbre que es consecuencia necesaria de las contingencias físicas inevitables en toda persona humana.

Pero la necesidad es hoy aún más apremiante. La terminación de la guerra mundial amenaza conmover con sus fatales repercusiones la vida de los pueblos. Es indispensable que, cuando ello ocurra, España no se encuentre en periodo constituyente y que un régimen definitivo, conforme a la tradición española y adaptado a las circunstancias del momento presente, oponga un dique infranqueable a los embates de los factores internos o externos de disolución y de revuelta. Para ello es indispensable que se haya concretado y establecido sólidamente la base fundamental del régimen político de España: el poder supremo del Estado.

Sobre este punto, tiene V.E. sentado ya reiteradamente el criterio de que la construcción definitiva de España debe fundarse en el régimen secular que forjó su unidad y su grandeza histórica: la monarquía católica tradicional. Tan terminantes y categóricas han sido en este punto las manifestaciones de V.E. que pudiera parecer inútil esta exposición si se limitara a insistir en ellas. Pero no es el propósito de los que suscriben formular una afirmación política doctrinal, indefinida en cuanto al tiempo de su aplicación práctica. La finalidad que con esta exposición persiguen es precisamente hacer llegar a V.E. su inquietud en cuanto al riesgo que, a su juicio, entraña la situación presente y su firme convencimiento de que la evolución de la situación política internacional y la conveniencia de España exigen que se ponga término sin tardanza.

Es evidente a su juicio que al terminar la guerra convendría que existiera en España un régimen que reúna las condiciones más adecuadas para

realizar, en el interior, la unidad moral entre los españoles y para inspirar, en el exterior, confianza en que habrá de colaborar eficazmente en la organización del orden nuevo que prevalezca en el mundo después de la paz. No sólo para asegurar el orden sobre la base de los principios fundamentales de nuestra civilización, sino para que España pueda cumplir su misión en el mundo.

Evolución y restauración urgente

Si el régimen que al terminar la guerra esté establecido en nuestra patria reúne estas dos características esenciales, España por sí misma, en inteligencia con Portugal y en conjunción con las naciones hispanoamericanas, puede desempeñar un papel de primer orden no sólo en la restauración de la Europa devastada, sino en la organización del mundo futuro.

De aquí nace la urgencia de la solución. Nadie sabe cuándo ni cómo terminará la guerra. Y es probable que la actual, como la anterior, termine de manera súbita e imprevista. De todos modos, hay un hecho positivo y cierto, que tiene para nosotros un alcance y una trascendencia. Los acontecimientos bélicos últimamente ocurridos en África del norte determinan para España —potencia mediterránea y africana— consecuencias políticas inmediatas que sería indiscreto desconocer. Sobre la base de salvaguardar por todos los medios nuestra independencia nacional, parece con claridad meridiana la conveniencia para España de mantener una política de estricta neutralidad que la monarquía puede encarnar de manera auténtica, eficaz e indiscutible.

En cuanto a nuestra situación anterior, ello plantea el problema de la evolución política de nuestro régimen, por una parte con caracteres de urgente conveniencia; por otra, con medios de realizarla en condiciones de tranquilidad y de autodeterminación, libre de toda presión de sugestión externa.

Creemos sinceramente que no sería prudente dejar pasar la ocasión y el momento que la Providencia nos depara sin completar la obra iniciada por V.E., Generalísimo de los Ejércitos y artífice de la Victoria, y que ha de tener su natural remate en la Restauración, que sea, en el interior, instru-

mento de suprema conciliación entre los españoles y, en el exterior, garantía de estabilidad y de eficacia de nuestra acción.

A V.E. exponemos esta suprema aspiración como moción respetuosa inspirados por el deseo y las esperanzas de que complete su alta misión histórica, abriendo el camino para que sin trastornos ni sobresaltos ni violencia pueda llevarse a cabo".

Un grave problema para Franco

La carta no es un ejercicio de servilismo, como decía Gil Robles desde su hondo resentimiento: Franco era realmente el artífice de la victoria. La carta de los procuradores dice exactamente lo mismo que la de don Juan el anterior 8 de marzo, pero está mejor escrita y mejor pensada. Para Franco era asunto grave: la propuesta de restauración y evolución del régimen surgía del centro de la institución que él acababa de formar para el régimen. Cierto que las ausencias brillaban tanto como las firmas: dos duques no firmaron, y ningún obispo. Pero sí se atrevieron a firmar un capitán general, un almirante y un gran banquero. El problema era, insisto, muy grave, precisamente por el tono correcto y mesurado —nada adulador— de la carta.

El desembarco en Sicilia

Franco reaccionó con cautela. Cesó fulminantemente a los firmantes —media docena—, que eran además consejeros nacionales: Fanjul, Gamero, Yanguas, Halcón, Valdecasas y Joaniquet. Prescindió del ex ministro Valentín Galarza, que allí terminó su carrera política tras haber sido *El Técnico* de los alzamientos de 1932 y 1936. Mantuvo a otros firmantes en sus puestos, como al duque de Alba en la Embajada de Londres, al capitán general y al almirante. Intensificó sus apariciones en público como para demostrar el respaldo de las masas. Aprobó la provisión de seis sedes vacantes con prelados adictos. Y protestaba por medio de su embajador en Berlín contra la persecución religiosa en la Alemania nazi.

Cuando a finales de junio el general Carlos Martínez de Campos vuelve a España de un viaje a Alemania para sondear, por encargo de Franco, la

situación estratégica, visita en Lausana a la reina Victoria Eugenia y a don Juan y les informa, de forma directa, "sobre nuestro ejército, sobre la indiferencia o el monarquismo de una masa disgregada por la guerra y por los años, sobre los secretos de una política no fácil de captar y sobre las consecuencias de un principio que sirvió de base para aunar los corazones de una masa heterogénea" [121].

El 10 de julio de 1943, cuando ya se había borrado la sorpresa producida en círculos restringidos por la carta de los procuradores y Franco empezaba a preocuparse seriamente por los movimientos y contactos de varios generales, dos mil quinientos barcos de toda clase iniciaron el desembarco en Sicilia de ciento sesenta mil hombres y seiscientos carros al mando del general británico Montgomery y del norteamericano Patton bajo la protección de setecientos cincuenta barcos de guerra y cuatro mil aviones. La oposición española, tanto monárquica como republicana, sintió como una sacudida eléctrica porque, además, llegaron a la vez noticias sobre el tremendo fracaso de la contraofensiva alemana contra el Ejército Rojo en el saliente de Kursk.

---

[121] Cfr. mi biografía de Franco (Planeta, 1982).

Capítulo XIV
El ultimátum de Don Juan a Franco

El avance incontenible de Patton y Montgomery en Sicilia, con la decisiva colaboración de la mafia de Nueva York —que organizó una red de contactos y sabotajes en la isla de sus orígenes— sembró el desánimo y el derrotismo en toda Italia, harta de guerra y de fascismo. Los informes del embajador de España en Roma, Raimundo Fernández Cuesta, conservados hoy en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, reflejaban admirablemente la situación y pronosticaban un próximo hundimiento italiano. Las reacciones en España fueron tres. Primera: un desbordamiento del frente monárquico en todos sus sectores, al que ahora se agregaba con mucha fuerza aparente el militar, como veremos, con el consiguiente recrudecimiento de las tensiones entre Franco y don Juan. Segunda: la del ministro de Asuntos Exteriores, conde de Jordana, que convenció fácilmente a Franco para que se permitiera a la prensa un trato más favorable a los aliados. Y tercera: entre los elementos minoritarios y radicales de Falange (ya nadie la llamaba FET, sino Falange) que merecían el calificativo de fascistas, como el antiguo equipo de Serrano Súñer y otros exaltados, que pretendían arrastrar a toda España a inmolarse junto a la pira funeraria del Eje, que según todos

los indicios se preparaba ya, inevitablemente, en el verano de 1943 por los avances en Italia, los espantosos bombardeos sobre las ciudades de Alemania y el rodillo soviético que aplastaba, cada vez más, la resistencia alemana en los frentes de Rusia y Ucrania. Franco, que mantiene la sangre fría entre tanta exaltación, anticipa en su discurso del 17 de julio el "despertar de los pueblos coloniales", que luego se llamarían Tercer Mundo; y sin citar expresamente la carta de los procuradores, la descalifica como camino para volver a "los oprobiosos días de la monarquía liberal, la República, el Frente Popular y el caos comunista". Escribía por entonces a Churchill que la esencia del régimen español era el anticomunismo y que su negativa a la democracia liberal se refería exclusivamente a España, donde había dado tan mal resultado. La carta dio en la diana como vamos a ver muy pronto.

La reunión masónica en Portugal

Franco estaba convencido en aquel verano de que la conspiración de los monárquicos estaba en conexión con las directrices de la masonería. Hay en el archivo de Franco un documento muy revelador que éste conoció por su servicio de información, cuya rama principal estaba encomendada a un marino pariente suyo, Jesús Fontán Lobé, y coordinado por Carrero Blanco que conoció la convocatoria de un congreso masónico de amplitud unitaria, en el que participaron observadores del Gran Oriente y la Gran Logia de España en Lisboa. Sabido es que Portugal, antes, en y después de Salazar, ha sido y es un importante santuario masónico [122].

El presidente del cónclave entonó una elegía a los mártires de la nueva inquisición española, evocó el papel decisivo de la secta en la instauración de la República de 1931 y después de llamar provodadores a los católicos, protestó ante la situación creada por Franco "como sólo puede concebir la mente enferma y siniestra del general Franco y de su vil Ejército de cretinos, digno en todo del abyecto inquisidor sádico y perverso". El mismo servicio de información alertó a Franco sobre los propósitos de don Juan de Borbón de salir de Suiza y trasladarse a Portugal, de lo que Franco advirtió a su aliado Salazar, quien le dio toda clase de seguridades de que

---

122 Documento en archivo de Franco (en adelante AF) 1.80 f. 35.

don Juan no iría a Lisboa sin que Franco lo consintiera. Gil Robles, naturalmente, ignoraba este cruce de advertencias y por eso comprendía mal la retención de don Juan en Lausana.

Sin embargo, el sector español que preocupaba más a Franco era, naturalmente, el de los militares. Redoblaba sobre los sospechosos la actividad de los servicios de información. Ya hemos visto que un capitán general y un almirante habían firmado la carta de los procuradores. El general Orgaz, alto comisario en Marruecos, había entablado relaciones sospechosas pero cometía un pecado grave en un conspirador: alardeaba de sus fuerzas, algo que a un Mola, el conspirador perfecto, jamás se le hubiera ocurrido. En efecto, ese mismo verano hizo saber a Sáinz Rodríguez, por medio de Sangróniz (representante de Franco ante la Francia libre en Argel) "que estaba dispuesto a sublevarse en favor de la monarquía con más de cien mil hombres y otros generales", pero que necesitaba la garantía previa de los gobiernos alidados [123]. Franco conocía perfectamente los movimientos del infante don Alfonso, representante de don Juan, entre varios generales con residencia en Madrid, y por medio del ministro del Aire le ordenó que volviese urgentemente a su destino militar en Sevilla. El general Kindelán, lugarteniente de don Alfonso, escribe a Orgaz, propone métodos de pronunciamiento a don Juan, habla con cuantos generales se le ponen a tiro pero no disimula su decepción en las cartas, en las que se limita a dar consejos teóricos sin concretar nada [114]. Gil Robles parece todavía más pesimista: "Lo veo difícil (el pronunciamiento monárquico) porque los generales jóvenes y la oficialidad de comandante para abajo están con Franco" [125]. Sin embargo, el curso de la guerra mundial cambiaría las cosas a fines del verano, cuando no ya el general Aranda, que según Gil Robles trataba de formar un frente de izquierdas para la monarquía, sino los propios generales importantes entrarían en juego ante el desastre de Italia.

---

123 GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 55.

124 A. KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 212 ss.

125 Cfr. GIL ROBLES, ibid, p. 61.

La advertencia a los capitanes generales

Para comunicar a los militares de mayor influencia su opinión sobre las vinculaciones entre la conspiración monárquica y los proyectos masónicos, Franco encargó a su colaborador principal, Luis Carrero Blanco, una instrucción dirigida a los capitanes generales a través de los ministros militares, que Franco revisó y matizó y que lleva la fecha de 17 de julio de 1943. López Rodó, depositario del archivo Carrero, la ha transcrito en los siguientes términos:

"Repetidas informaciones, que por su origen merecen crédito absoluto, permiten ya concretar todos los aspectos generales de un vasto plan de acción urdido por la masonería internacional, para, aprovechando las circunstancias apasionadas de la guerra, provocar en España situaciones de debilidad que la pongan, de momento, al servicio de intereses extranjeros y, posteriormente, en el mismo estado de aniquilamiento que se encontraba en julio de 1936.

En el orden político, la acción masónica se concentra activamente hacia la producción de un viraje a un régimen democrático como salto para pasar luego a la República de izquierdas.

Prieto, Negrín, Sánchez Román, Madariaga y demás dirigentes de las izquierdas españolas, desesperados por la fortaleza de nuestro Régimen actual, intentan la instauración de una monarquía democrática y hacia este objetivo de monarquía, sin adjetivar concretamente, trata la masonería de canalizar todas las aspiraciones de los sectores españoles que, por distintas razones de todo orden de linaje, anhelan la vuelta de esta forma de gobierno, creyendo encontrar en el Príncipe don Juan un candidato manejable."

Franco añade entonces al texto de Carrero el siguiente párrafo manuscrito:

"Se trata de desvirtuar y deshacer toda nuestra Cruzada, y en la imposibilidad de alcanzar directamente la República masónica soñada, intentan explotar a los grupos monárquicos para, aprovechando la benevolencia de que éstos gozan ante los poderes públicos, instaurar una monarquía aparentemente inocua que ellos se encargarían de hacer democrática, que volviesen las cosas al 17 de julio del 36."

Continúa la nota de Carrero con la descripción de todo el conjunto de fuerzas hostiles del interior que se pretende alinear contra el Caudillo. Con ello se haría imposible en el futuro "una restauración monárquica duradera" y se inutilizaría a la propia figura de don Juan.

"La parte fundamental de la ejecución de este vasto plan —prosigue la nota— es trabajar los Ejércitos, utilizando a aquellos afiliados a la secta a ellos pertenecientes y que permanecen desconocidos, para hacer una labor entre descontentos y ambiciosos". Y la nota termina encareciendo a los destinatarios que vigilen cuidadosamente los movimientos que puedan responder a este plan [126].

No cabe duda de que Franco y Carrero estaban convencidos de que decían la verdad en esta nota. Pero ¿se trataba de una verdad auténtica? La reunión masónica de Lisboa era, sin duda, cierta. La influencia masónica en el advenimiento de la Segunda República está comprobada y hace verosímil el patrocinio masónico para una tercera República pasando por una fase monárquica débil e intermedia.

Evidentemente que las intenciones de don Juan y sus consejeros de Lisboa y Lausana no eran ésas; ellos pretendían lo contrario, ofrecer a los aliados una alternativa monárquica a la República de izquierdas que provocaría una nueva guerra civil. Pero la masonería había sido siempre la "longa manus" de la política exterior británica y se mantenía como tal en 1943, no cabe duda; de ahí la coincidencia entre los temores de Franco y Carrero con las confidencias de la diplomacia británica a Gil Robles. Por lo tanto, el plan denunciado por Carrero y Franco a los capitanes generales como plan diabólico era realmente un proyecto estratégico que debe contrastarse con el pragmatismo de Churchill que, pese a lo que creía Gil Robles, no estaba entonces decidido a derribar a Franco por las buenas por temor a la caída de España en una órbita soviética. Y, por último, la tesis de la conjura masónica le venía muy bien a Franco para resistir a la conspiración monárquica que, como decimos, ya se iba extendiendo por las fuerzas armadas.

---

126 Cfr. LAUREANO LÓPEZ RODÓ, *La larga marcha hacia la Monarquía,* Barcelona. Noguer, 1977, p. 40 s.

El misterioso López Oliván

El 24 de julio de 1943 el Gran Consejo Fascista, reunido en el Palacio Romano de Venecia, escenario de tantos triunfos populares de Benito Mussolini, se declara a favor del rey Víctor Manuel y en contra del Duce por diecinueve votos contra siete; al día siguiente, el Rey de Italia destituye a Mussolini y encarga al mariscal Badoglio la formación de un gobierno no fascista que ponga fin a la guerra y pacte con los aliados, como todo el mundo supuso y además en verdad. El gran periodista Ismael Herráiz va dando cuenta puntual en el diario oficioso *Arriba* del desmoronamiento italiano y sus artículos serán la base de un gran libro que apasiona a toda España, *Italia fuera de combate*. A la noche siguiente, una imponente formación aérea angloamericana, con las "fortalezas volantes" como fuerza principal, arrasa la ciudad de Hamburgo y deja cuarenta mil muertos entre los escombros. Al mediodía el duque de Alba, embajador de España en Londres, almuerza con Churchill y comunica a Franco, en un importante telegrama del día 27, que el *premier* reconoce el valor de la neutralidad española y promete hacer pública en los Comunes su gratitud a la primera ocasión, aunque ataca las desmesuras pro-Eje de la Falange exaltada y reclama la repatriación de la División Azul, que Franco tiene ya decidida. Sin embargo, la prensa británica y el cine norteamericano, plagados de enemigos de Franco, inician una dura campaña antiespañola cuyo principal elemento es la película *Por quién doblan las campanas*, basada en la célebre novela de Hemingway y manipulada en contra de Franco después de su primera versión. También el embajador de los Estados Unidos, Hayes, reitera al conde de Jordana el 17 de julio las seguridades de que los aliados respetarán la soberanía y la integridad de España. El 1 de agosto Franco se traslada al Pazo de Meirás para sus vacaciones gallegas, pero mantiene alerta a todas sus antenas interiores y exteriores. El Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos prepara un duro memorándum en el que reclama mano fuerte contra Franco, pero manifiesta su creencia en que España haría buena su promesa de resistir hasta el fin contra cualquier agresión exterior, venga del Eje o del bando aliado.

Si comparamos la actitud de los militares norteamericanos con la de Churchill en su conversación con Alba y con las seguridades dadas a España por

el embajador Hayes, concluimos que la situación real en el verano de 1943 para España es un tanto ambigua: no hay peligro inmediato de intervención aliada; Inglaterra valora la firme posición interior de Franco aunque le gustaría una instauración monárquica, si bien desconfía de la capacidad de los monárquicos para imponerla; y los Estados Unidos, sin intervenir, van a presionar, cada vez más, sobre España en el campo de la propaganda y en el de las restricciones de alimentos y carburantes.

Debo insistir en la personalidad enigmática del que ya es principal consejero de don Juan en Lausana, embajador Julio López Oliván. Lo menos que puede decirse de él es que conocía bien las directrices de la política exterior británica, tan bien interpretadas y apoyadas habitualmente por la Gran Logia de Inglaterra. Como Juan Negrín, también López Oliván gustaba de no dejar rastro alguno de sus actuaciones. Era, sin duda, el más liberal de los consejeros de don Juan en 1943; más aún, el único realmente liberal. No he encontrado hasta ahora sobre él más que un rastro significativo: en los documentos reservados del Ministerio portugués de Negocios Extranjeros se le presenta como embajador de la España republicana en Londres al estallar la Guerra Civil, se refieren algunas gestiones suyas contra los sublevados y luego se cita un intento de mediación encabezado por él a fines de agosto de 1936 para pactar con algunos moderados de derechas en Francia, como el conde de Romanones, recién evadido (tras pagar un cuantioso rescate) del Madrid rojo; en esos mismos documentos se anuncia el próximo cese de López Oliván en su embajada [127]. Es sabido que durante la guerra civil española la masonería británica patrocinó hasta el final varios intentos de mediación en España, lo digo en su honor. ¿Por qué Franco que tanto insiste en la filiación masónica de Sáinz Rodríguez nunca se la atribuye a López Oliván? Seguiré buscando, pero entretanto me parece claro que el inspirador del durísimo telegrama enviado por don Juan a Franco es el embajador López Oliván. Parece que los consejeros de don Juan le han convencido, por fin, de que adopte una posición enérgica con Franco para evitar que se esfumen las posibilidades de Restauración como advertían medios diplomáticos de Inglaterra a Gil Robles. La forma

---

127 Cfr. *Diez años de política externa,* op. cit., vol III, p. 193 ss.

telegráfica y el contenido del mensaje de don Juan el 3 de agosto de 1943 equivalen a un verdadero ultimátum.

El ultimátum de don Juan: "La suprema llamada"

Los últimos acontecimientos de la guerra están precipitando el rumbo de los destinos de Europa con celeridad impresionante, en el sentido previsto en la carta que dirigí a V.E. con fecha 8 de marzo. Ello me impulsa a dirigirme a V.E. telegráficamente. No hay tiempo que perder si V.E., ratificando la opinión expresada en sus escritos, en las conversaciones con el infante don Alfonso y en manifestaciones públicas, se resuelve a contribuir a la evitación de gravísimos males para nuestra querida Patria, facilitando la incondicional restauración de la monarquía. Es evidente que tan sólo un régimen sin tacha de partidismos durante la conflagración mundial podría hallarse en condiciones, cuando la paz llegue, de defender con eficacia los intereses legítimos de la nación.

En cuanto al problema interno, V.E. mucho mejor que yo, por estar en inmediato contacto con las realidades españolas, puede imaginar lo que habrá de ser un movimiento subversivo triunfante. Renuncio por innecesario a aludir a los horrores que provocaría la venganza. Sólo una manera hay de conjurar todos los peligros: la inmediata Restauración de la monarquía que, por no haber intervenido en los asuntos de España durante este trágico período, se halla capacitada de manera providencial para ejercer una acción conciliadora y constructiva dentro y fuera de las fronteras nacionales.

Los acontecimientos de Italia pueden servirnos de aviso. Pensando en ellos, las Cortes instituidas por V.E. acaso pudieran ser utilizadas como instrumento en el proceso de urgente transición del régimen falangista a la restauración monárquica que V.E., tanto en público como en privado, ha proclamado repetidamente como natural desenlace de la presente situación política.

Es ésta la suprema llamada para conjurar el inminente peligro de mi conciencia de español a la suya. Si nuevamente resulta en vano, cada uno de nosotros habrá de asumir, sin equívocos, su responsabilidad ante la Historia. Nuestras posiciones consignadas están en la correspondencia cruzada. Vue-

cencia, como Jefe de Estado, dispone de ilimitados recursos para justificar ante el mundo su actitud; yo, obligado a asumir en esta hora una responsabilidad histórica tan grave como la suya, carezco por el contrario de elementos oficiales para hacer valer la que juzgo como imperiosamente dictada por mi deber histórico en beneficio de los altos intereses de la nación.

Así pues, si V.E. persiste en mantener inalterables las para mí inadmisibles condiciones que subordinan el advenimiento de la monarquía, provocando en consecuencia una ruptura definitiva, la necesidad de deslindar claramente las responsabilidades respectivas me obligaría a recurrir al único medio que las circunstancias me dejan: informar a la opinión pública con la plena exposición de los hechos.

Con el alma limpia de impaciencias personales y la mirada fija únicamente en el mejor porvenir de España, saludo afectuosamente a V.E. haciendo fervientes votos porque su decisión —que aguardo con la misma inquietud inspiradora de estas líneas y le ruego sea urgente— ponga fin a la presente situación cuyos peligros se agravan de día en día [128].

La respuesta urgente de Franco

José María Gil Robles estaba por fin optimista. Aún sin conocer el telegrama de don Juan a Franco, se felicitaba el 6 de agosto porque, al fin, "en las autoridades eclesiásticas se advierte el deseo de desligarse de la actual situación política. ¡Ya era hora!". Pero la información era infundada: la Iglesia no retiraría su apoyo a Franco hasta décadas después. En cambio, acierta al calificar de ultimátum el telegrama de don Juan cuando al fin lo conoce, y cuando anota que el Conde de Barcelona está gestionando ya su salida de Suiza a través de Italia cerca del gobierno Badoglio. Nos revela, también, que el motivo inmediato para el telegrama de don Juan a Franco, según López Oliván, había sido una carta de Gil Robles a Fontanar escrita el 20 de junio [129]. El propio don Juan atribuye mucha importancia a su telegrama de agosto. Muchos años después, en conversación con Sáinz Rodríguez, dice:

---

128 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 359.

129 Cfr. GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 51 ss.

"Pero ahora recuerdo que hubo otro incidente previo. Fue un telegrama de agosto del 43, cuando cayó Mussolini; un telegrama dirigido a Franco, en que le instaba a que pensase en dejar paso a la monarquía. Él me la tenía guardada desde el telegrama aquél.

No pudo soportar —dice don Pedro— el que V.M. le dijese: 'Bueno, eso que tú tienes le conviene a España que pase a mí'.

Mi gesto —corrobora don Juan— fue considerado de alta traición. Quisieron quitarme el pasaporte. Lequerica perdió la cabeza y llamó al embajador, diciendo: 'Peor que Fernando VII'" [130].

Franco atendió a la solicitud de respuesta urgente que le había hecho don Juan y sólo cinco días más tarde, el 8 de agosto, le dirigió desde San Sebastián otro telegrama encabezado por el título de "Señor", visiblemente incómodo por verse obligado a utilizar ese medio de respuesta.

Cuestión tan ardua y compleja como plantea el telegrama no encuentra en laconismo telegráfico medio adecuado de respuesta a que el requerimiento me obliga. Sólo el interés supremo de España preside mi conducta en todos los momentos. Los acontecimientos de Italia son consecuencia inmediata de sus grandes reveses militares, del cansancio e impopularidad de la guerra y de la crisis de virtudes guerreras. Caso de España no admite parangón. Debe al Régimen, integrado por el pueblo, el Ejército y su Caudillo, en victoriosa Cruzada, el mantenerla aparte de la guerra y su resurgimiento actual.

Destrucción régimen Italia, tan celebrada por sus enemigos, puede tener catastróficas consecuencias como toda destrucción de la política de una nación.

Régimen nacional español, por sus características espirituales y sociales propias, es el único que asegura a España actualmente la paz interna, justicia entre los españoles y el respeto exterior. Bajo él no tienen posibilidad ninguna clase de movimientos subversivos.

Al comunismo, verdadero peligro de Europa, no se le desarma con concesiones; yerran quienes otra cosa aseguren.

---

130 P SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 258.

La gravedad de vuestro telegrama aconseja, en servicio de la Patria, la máxima discreción en el Príncipe, evitando toda actividad o manifestación que pueda tender a menoscabar el prestigio y autoridad del régimen español ante el exterior y la unidad de los españoles en el interior, lo que redundaría en daño grave para la monarquía y especialmente para Vuestra Alteza.

No obstante las diferencias de apreciación, debidas sin duda a vuestro desconocimiento actual de España, es mi esperanza y mi deseo no rompais con ningún acto una relación de tanto interés para nuestra Patria.

A Dios pido os ilumine e inspire a tiempo y os envío mi saludo leal y afectuoso. Generalísimo.

Parece que a Franco le va bien la concisión telegráfica, aunque le gustaba mucho más disertar farragosamente en cartas de maestro a discípulo. Porque el análisis de Franco en esa respuesta es certero respecto de la caída de Italia, aunque omite otra causa: la gente estaba harta de las fanfarronadas de Mussolini y los fascistas, ahora ahogadas en sangre y catástrofe. Pero Franco, que aunque no lo confiesa estaba preocupadísimo por la suerte de Mussolini y su posible repetición en él mismo, caso de intervención aliada, encaja el golpe de don Juan y se ve clarísimo que no desea romper. El nombre de don Juan siguió en la cajita sellada en espera de mejores tiempos. Hasta el final de 1943 se mantuvo el intercambio de telegramas corteses entre don Juan y Franco, con motivo del santo de Franco en octubre, de la inauguración de la Ciudad Universitaria reconstruida por Franco y nacida bajo Alfonso XIII, y luego las felicitaciones de Navidad. No hubo, sin embargo, en todo lo que quedaba de año, más comunicaciones políticas entre los dos. Franco reanudaría el contacto aprovechándose de un enojoso incidente provocado por una interferencia inaudita del Opus Dei, pero ya en 1944.

Los carlistas exigen todo el poder

Después del seco telegrama de Franco, que hace caso omiso de su ultimátum, el Conde de Barcelona redobla sus gestiones para viajar de Suiza a Portugal. Gil Robles las va registrando una por una lleno de ilusión; por

fin va a llegar el momento. Tanto él como don Juan prevén que Franco tratará de impedir el proyecto a través de Salazar; y nosotros sabemos que había obtenido, en efecto, garantías de Salazar contra un posible viaje de don Juan. Pero la victoria aliada estaba cada vez más próxima y si Inglaterra garantizaba el viaje (como ya lo había hecho, y Gil Robles lo sabía), todo podría salir bien.

El 25 de agosto don Juan, decidido a todo, otorga testamento antes de la aventura. En una reunión de consejeros con Oliván, Vegas y Padilla, se fija la entrada en Italia para el 2 de septiembre, donde le esperará una escolta enviada por el Gobierno Badoglio. El 4 de septiembre tomará un avión especial en Roma con Vegas, Rocamora y Padilla; provistos todos de su cuantioso seguro de vida ¡pagado por don Juan March! El 2 de septiembre el proyecto de viaje se tiene que retrasar hasta el día 11, fecha para la que, como vamos a ver, habían estallado ya otros graves acontecimientos en España y en Italia.

Mientras tanto, Franco pasó un verano de graves preocupaciones. La reunión de Churchill y Roosevelt, celebrada en Quebec el 10 de agosto, no presagiaba nada bueno para España, como el embajador británico Hoare hizo ver a Franco, a quien trató de acorralar durante una visita al Pazo de Meirás el día 19; le exigió la retirada urgentísima de la División Azul, el cierre del consulado alemán en Tánger y la cancelación de los envíos de mineral de wolframio a Alemania. Franco trataba de retrasar el cumplimiento de esas exigencias para disponer de una baza contra las presiones aliadas, pero terminaría por acceder a ellas.

En medio de aquel verano, Franco recibió una especie de carta-bomba ,tal vez de donde menos la esperaba: la Comunión Tradicionalista en pleno, y firmada por personas que habían participado con indiscutible lealtad en la Guerra Civil, como Rodezno y Fal Conde, Araúz de Robles y Lamamié de Clairac, Zamanillo e Iturmendi, Valiente y Baleztena, Martínez Berasain y Olazábal. Le recordaban el escrito que le habían dirigido en 1939, cuando acababa la guerra, y lamentan reconocer que no ha sido tal el camino emprendido. Le exigen la implantación de un régimen de derecho, precisamente en nombre del gran esfuerzo conjunto del Alzamiento; y se manifiestan en contra del "ensayo totalitario", es decir, de la Falange que monopoli-

za la vida política. Creen ya pasada la ilusión inicial del Alzamiento y se oponen al "actual régimen de dictadura". El único camino es "la restauración de la legalidad monárquica tradicional" tan alejada del totalitarismo como del "caos liberal". Y reclaman el poder, todo el poder "rescatado triunfalmente por el Ejército". El documento tradicionalista no menciona a don Juan; exige el retorno al Antiguo Régimen y se escribe desde la utopía más noble y, por definición, más anacrónica, como si todos los españoles estuvieran dispuestos a aceptar en pleno siglo xx la venerable dogmática del carlismo. Franco debió de dolerse por la inoportunidad de la carta en aquellos momentos; no sabemos que contestase en modo alguno.

Italia fuera de combate

Dedicó Franco la segunda quincena de agosto a varias visitas en Galicia, y antes de dirigirse, como tenía por costumbre, a San Sebastián para la segunda parte de las vacaciones, volvió al palacio de El Pardo el 1 de septiembre. Las fuerzas aliadas que acaban de dominar Sicilia bajo el mando supremo del general Eisenhower, generalísimo para el asalto en Europa continental, terminan sus preparativos para saltar a Italia. El VIII Ejército británico a las órdenes de Montgomery desembarca el 3 de septiembre en Calabria; el día 8 los norteamericanos establecen una cabeza de puente en Salerno, por lo que todo el mundo parece convencido de que la toma completa de la península italiana va a conseguirse en un paseo militar. Y es que por lo visto nadie contaba con la reacción alemana. Hitler ordena la ocupación de Roma y el desarme del Ejército real italiano, completamente desmoralizado; las divisiones alemanas se encargan de la defensa de Italia y empiezan a oponer una resistencia eficacísima a los avances aliados en terreno quebrado; las cabezas de puente cuestan bajas innumerables a los invasores. Franco, que sigue el desarrollo de la guerra en Italia con atención constante, sale de El Pardo el 4 de septiembre para Burgos donde preside las ceremonias conmemorativas del milenario de Castilla y luego sigue viaje a su residencia habitual de San Sebastián, el palacio de Ayete, donde pernocta el 7 de septiembre. Al día siguiente el mariscal Badoglio, de acuerdo con el Rey de Italia, se rinde sin condiciones a los aliados y una división de la Escuadra italiana decide internarse en Mallorca en vez de entregarse al enemigo en la isla de Malta.

Los convulsos acontecimientos militares y políticos de Italia influyen negativamente en el proyectado viaje de don Juan de Borbón a Portugal vía Italia. Cuando el 9 de septiembre trata de cruzar la frontera suiza se la encuentra cerrada. Con ello quedaba cancelado el viaje, que no se emprenderá ya hasta 1946. Gil Robles, que parece no darse cuenta de la situación de Italia, invadida por los aliados y controlada, hasta el frente sur, por los alemanes, desahoga su frustración contra don Juan:

"Un telegrama de Suiza dice que en bastante tiempo no podrá llevarse a cabo el traslado. Si don Juan tuviera un adarme tan sólo de legítima ambición ¡con qué facilidad encontraría el medio de acercarse a España! Lo que ocurre es que entretenido (sospechosos puntos suspensivos) y halagado en su pasividad por los innumerables consejos que recibe de esperar un acuerdo con Franco, prefiere no arriesgarse y aguardar el curso de los acontecimientos. Mis temores son cada día mayores. La evolución internacional puede precipitarse; voy pensando que restan escasísimas probabilidades de una restauración en España" [131].

Una aventura guerrillera de don Juan

Seguramente para demostrar que la suspensión de su viaje no se debe a falta de decisión, don Juan toma, después de la rendición de Italia, sin que podamos fijar la fecha, una decisión arriesgadísima. Bajo la ocupación alemana y hundido el régimen fascista, que sólo reaparecería de manera fantasmal e inoperante en la llamada República de Saló, habían surgido en las montañas del Norte italiano numerosas partidas de guerrilleros bajo dirección comunista casi siempre, aunque con participación de otros grupos antifascistas. Hasta que el propio don Juan se lo reveló a Sáinz Rodríguez en 1981, prácticamente nadie supo que, animado por su cuñado antifascista, el conde Marone, salió clandestinamente de Suiza y participó en una arriesgadísima operación de apoyo logístico a una de esas guerrillas. ¿Cómo accedería a tan descabellada idea? ¿Sería por una explicable sed juvenil de aventura o para congraciarse con los aliados? El propio Allen Dulles, jefe de los servicios de inteligencia americanos en Europa, cooperó en el plan y su ejecución.

---

131 GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 58.

"Organizamos la expedición —cuenta don Juan— con todo el material proporcionado por Allen Dulles. Eugenio Vegas iba con unos zapatos casi de charol, le dejamos en tierra y no subió. Yo llevaba traje de montaña y crucé al otro lado, pero en mi vida he pasado más miedo, porque aparecieron los perros alemanes y menos mal que no nos olieron, no sé cómo, porque eran muy buenos. Yo me quedé temblando detrás de una roca.

Sí, porque si les huelen, en primer lugar había el peligro de los propios perros —dice Sáinz Rodríguez— y luego...

...pues nos denuncian con sus ladridos y nos cazan los alemanes como a conejos.

De manera que Vuestra Majestad tomó parte en un comando.

No era un comando, no, era una expedición de 'ravitaillement', de abastecimiento.

Un servicio de la resistencia italiana que mandaba el conde Marone.

Sí. Y yo participé en él por acompañar a mi cuñado y además por ser un poco aventurero... Creía que iba a resultar más seguro de lo que fue, pero...

Les llevaron las vituallas.

Eso sí, en este sentido todo resultó muy bien. Íbamos con buenos montañeros.

¿Y se realizó el servicio?

Sí, sí. Entregamos toda nuestra carga. Llevábamos cada uno cuarenta kilos encima de los hombros. Una cosa espantosa.

Es curioso, esa aventura no la conoce nadie.

Ya lo creo que fue una auténtica aventura. Se enteró Ramón Padilla, claro que estaba conmigo y se quedó cubriendo la retaguardia. Eugenio Vegas quiso también venir, pero cuando vio la montaña dijo que *nequáquam.*

¿Había que subir mucho?

Había que subir y dar un gran rodeo. A causa del rodeo se nos hizo de noche y entonces es cuando empezamos a oír a la patrulla alemana. Los montañeros italianos conocían la ruta muy bien; nos escondimos con nie-

ve detrás de unas rocas, a dos mil y pico metros. ¡Horrible! Mucha nieve y un frío espantoso.

¿Y vio Vuestra Majestad a Marone?

Subimos juntos.

Creí que Marone estaba...

No, no; Marone estaba con nosotros, del lado de acá. No tenía edad para estar en activo, pero era buen esquiador y se ocupaba dirigiendo el abastecimiento y manteniendo el contacto por medio de enlaces.

De manera que Vuestra Majestad no se limitó a ser aliadófilo, sino que ha sido militante antialemán, cosa que en España, si se hubiera divulgado, habría sido el colmo. No es patriota, habrían dicho.

A mí lo que me molestaba es que los más activos eran los comunistas. Había, sin embargo, un grupo, el que mandaba Marone, que era liberal. El jefe de aquel sector fue embajador en Madrid nada más terminar la guerra, el primer embajador italiano después del fascismo.

Sí, los comunistas fueron ahí patriotas contra los alemanes.

Claro, habían sido antipatriotas por los alemanes, porque cuando los alemanes pactaron con los rusos se quedaron tan calladitos" [132].

La delación de Rafael Calvo Serer

Sin embargo, el problema más importante con el que hubo de enfrentarse Franco en aquel complicado verano de 1943 fue la conspiración de los generales más significados —aunque no todos ellos— en favor de una Restauración inmediata. Los diversos relatos sobre el caso resultan incompletos y falseados. Por ejemplo López Rodó afirma que la entrega de la carta colectiva de varios tenientes generales por uno de ellos, Varela, a Franco, ocurrió en el palacio de El Pardo el 8 de septiembre cuando Franco estaba en San Sebastián. En mi biografía más extensa de Franco (Planeta, 1982, tomo V, p. 144 ss) reconstruí cuidadosa y fundadamente los hechos que, además de considerar las fuentes más importantes, se ordenan según las

---

132 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op., cit., p. 297 s.

confidencias que me hizo algunos años antes el pariente de Franco y coordinador de sus servicios secretos de información, almirante Fontán Lobé, simpatizante sí, no miembro del Opus Dei, y persona de mi entera confianza.

Durante aquel verano se movían mucho en favor de una urgente exigencia a Franco para que "trajera al Rey", como se decía entonces, generales monárquicos de siempre como Kindelán, Ponte y Orgaz y monárquicos recientes como el antiguo republicano Antonio Aranda; pero el foco de la conspiración estaba en Sevilla y su principal animador era el infante don Alfonso de Orleans, tío y representante de don Juan en España. Los acontecimientos de Italia fueron el motor del intento, al que por fin dieron su conformidad otros generales que hasta entonces no habían querido participar en las presiones, como Varela y Moscardó. A finales de agosto captó varias ondas un inquieto profesor de filosofía, miembro numerario del Opus Dei, dotado de una desordenada pero volcánica vocación política y que de momento jugaba intensamente la carta de Franco: Rafael Calvo Serer, predilecto del fundador padre Josemaría Escrivá (que aún vivía en España) y muy capacitado para la intriga. Este personaje, que reaparecerá erráticamente en estas páginas, había pertenecido a la juventud católica de Valencia, se emboscó en el ejército rojo como miliciano de la cultura (junto a su amigo Alfredo Sánchez Bella, que seguiría una trayectoria mucho más coherente), se pasó con él a la zona nacional donde estuvo a punto de ser fusilado y se reunió después con el padre Escrivá para iniciar las actividades del Opus Dei, donde se encargó del frente político. Hombre de ideologías tan ardorosas como cambiantes, parecía ideal para demostrar que el Opus Dei no se adscribía a un solo partido; recorrió en efecto varios, y muy opuestos, a lo largo de su ajetreada vida. En esta primera etapa va a jugar como agente doble entre Franco y don Juan y además amenizará, con sus quiebros, estas páginas. Calvo Serer, según testimonio de Fontán Lobé, adivinó que el foco de la conspiración militar estaba en Sevilla, se introdujo en las proximidades del infante don Alfonso, conoció el proyecto de carta que estaban ya firmando varios generales y con el borrador y los nombres, en palabras de mi informante, "tomó un taxi en Sevilla y no paró hasta el Pazo de Meirás". Era la primera maniobra política importante del Opus Dei en España después de su resurrección en Burgos del año 1939,

cuando el padre Escrivá, huido de la zona roja por el Pirineo, empezó a tender sus primeras redes. Franco recibió la información a través de Fontán y pudo preparar adecuadamente su contraofensiva.

Como sabemos, Franco volvió el 1 de septiembre al palacio de El Pardo pero se marchó el día 4 para Burgos y San Sebastián. Los tenientes generales que por fin se pusieron de acuerdo entregaron su reclamación, por entonces y por conducto reglamentario, al ministro del Ejército, general Asensio, que informó a Franco inmediatamente. Como Franco no vino a Madrid desde Burgos, sino que siguió viaje al norte y llegó a San Sebastián el día 7 de septiembre, los tenientes generales decidieron entregar personalmente la carta a Franco y para ello firmaron un nuevo ejemplar el día 8 de septiembre, pero Franco permanecía en Ayete. Allí ordenó al ministro del Movimiento, José Luis de Arrese, que lanzase una campaña para marcar las diferencias entre la FET española y el fascismo italiano en agonía; visitó el 9 de septiembre la basílica de la Virgen de Aránzazu, patrona de Guipúzcoa, y al día siguiente los talleres de la Compañía Auxiliar de Ferrocarriles en Beasain. Luego elogió el ideario y el valor de un gran conjunto de carlistas veteranos que le cumplimentaban, como respuesta indirecta al desatentado manifiesto que acababan de dirigirle sus líderes y se enteró el día 12 de septiembre de que un comando de las SS, al mando del coronel Otto Skorzeny, había conseguido liberar a Mussolini, preso por Badoglio en una fortaleza inaccesible del Gran Sasso, y le había entregado a los alemanes que le impulsaron a fundar una república italiana satélite, la República de Saló, con la que España se negó a mantener relaciones. El embajador en Roma, Fernández Cuesta, que se había comportado con gran prudencia y tino, vino a España para instrucciones y no regresó. El 15 de septiembre Franco ya está de vuelta en El Pardo y accede a recibir al general Varela.

La carta de los generales

Creo que hay que situar en este momento la escena que ha narrado más de una vez un testigo presencial de acreditada veracidad, José Antonio Girón. Varela, compañero y amigo de Franco, bilaureado y enteramente leal, llegó a El Pardo visiblemente molesto por el retraso de Franco en el norte, que le

había impedido entregarle la famosa carta firmada el anterior día 8 por los tenientes generales. Cruzó como una exhalación el antedespacho, no permitió que el jefe de la Casa Civil le anunciara según costumbre, entró con la fusta bajo el brazo y la carta en la otra en el amplio despacho rectangular de tonos rojos y dorados en el que Franco contemplaba tan irregular irrupción con asombro y cerró la puerta con algún ruido más del necesario. Pasaron unos segundos y Girón vio, con no menor asombro, que se abría la puerta, salía Varela más calmado, dejaba la fusta, volvía a la puerta cerrada y después de llamar solicitaba con voz normal el clásico "¿Da vuecencia su permiso, mi General?" Concedido el permiso, Varela entró, entregó la carta y después de un breve intercambio de frases se marchó. Simplemente con esta escena la carta famosa quedaba esterilizada.

Pero debemos examinarla. Decía así:

"Excelencia:

No ignoramos las altas jerarquías del Ejército que éste constituye hoy la única reserva orgánica con que España puede contar para vencer los trances duros que el destino puede reservarle para fechas próximas. Por ello no quieren dar pretexto a los enemigos exteriores e interiores para que supongan quebrantada su unión o relajada la disciplina y tuvieron cuidado de que en los cambios de impresiones a que les obliga su patriotismo no intervinieran jerarquías subordinadas. Por ello también acuden al medio más discreto y respetuoso para exponer a la única jerarquía superior a ellos en el Ejército sus preocupaciones, haciéndolo con afectuosa sinceridad, con sus solos nombres, sin arrogarse representación de la colectividad armada, ni requerida ni otorgada. Son unos compañeros de armas que vienen a exponer su inquietud y su preocupación a quien alcanzó con su esfuerzo y por propios méritos el supremo grado en los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, ganado en victoriosa y difícil guerra; los mismos, con variantes en las personas impuestas por la muerte, que hace ya cerca de siete años en un aeródromo de Salamanca os investimos de los poderes máximos en el mando militar y en el del Estado.

En aquella ocasión la victoria rotunda y magnífica sancionó con laureles de gloria el acierto de nuestra decisión, y el acto de voluntad exclusivo de

unos cuantos generales se convirtió en acuerdo nacional por el asenso unánime, tácito y clamoroso del pueblo, hasta el punto de que fue lícita la prórroga del mandato más allá del plazo para el que fue previsto.

Quisiéramos que el acierto que entonces nos acompañó no nos abandonara hoy al preguntar con lealtad, respecto y afecto a nuestro Generalísimo si no estima como nosotros llegado el momento de dotar a España de un régimen estatal que él como nosotros añora, que refuerce el actual con aportaciones unitarias, tradicionales y prestigiosas, inherentes a la forma monárquica. Parece llegada la ocasión de no demorar más el retorno a aquellos modos de gobierno, genuinamente españoles, que hicieron la grandeza de nuestra Patria, de los que se desvió para imitar modas extranjeras. El Ejército unánime sostendrá la decisión de V.E. presto a reprimir todo conato de disturbio interno y oposición solapada o clara, sin abrigar el más mínimo temor al fantasma comunista vencido por su espada victoriosa, como tampoco a injerencias extranjeras.

Éste es, Excmo. Sr., el ruego que unos viejos camaradas de armas y respetuosos subordinados elevan dentro de la mayor disciplina y sincera adhesión al Generalísimo de los Ejércitos de España y Jefe de su Estado.

Firman, Luis Orgaz, Fidel Dávila, José Enrique Varela, José Solchaga, Alfredo Kindelán, Andrés Saliquet, José Monasterio, Miguel Ponte" [133].

Un documento inútil

Las dos fuentes que reflejan este escrito —López Rodó, con el archivo Carrero, y Gil Robles, con el de don Juan— discrepan en algunos nombres; Gil Robles añade a Moscardó y no incluye a Ponte. Esto se debe a que Franco, directamente y por medio del teniente general Vigón, que no firmó (y por eso incurre en las iras de don Juan cuando años después habla de él), convencieron a algunos firmantes para que retirasen la firma. El documento no es un ultimátum, sino un reconocimiento de legitimidad en favor de Franco; no se trata, ante las ausencias, de repetir el acto de Salamanca donde además no se impuso a Franco limitación alguna de

---

133 Texto y firmas en L. RODÓ, *La larga...*, op. cit., p. 43 s.

tiempo, como parece haber olvidado Kindelán; y justifica la indignación de Gil Robles cuando lo considera "redactado en términos de vil adulación". Aquí es donde reconoce Gil Robles que el Ejército está con Franco y no hay nada que hacer por ese sector. Franco habló con los firmantes uno por uno; todos, sin excepción, le ratificaron su lealtad. La principal de las bazas monárquicas se había quedado en nada como Gil Robles había pronosticado certeramente. El documento, escrito con tanto respeto como floripondios, era todo menos una conminación o un pronunciamiento [134]. Franco había ganado la compleja batalla interior y exterior del verano de 1943.

Unos días después de que Franco recibiera la carta de los generales, Gil Robles tiene la ocurrencia de intentar una gestión directa con el Ejército y escribe al ministro general Asensio una insólita carta que alguna vez he llamado "El Apocalipsis según Gil Robles".

---

134 GIL ROBLES, ibid., p. 60 ss.

El Apocalipsis según Gil Robles

Estoril, 28 de septiembre de 1943:

Excmo. Sr. D. Carlos Asensio

Ministro del Ejército

Muy señor mío y de mi mayor consideración:

No creo haber tenido nunca el gusto de saludarle. Tampoco por escrito he tenido el menor contacto con usted. Aun así, y corriendo el riesgo de que pueda juzgar insólita e impertinente esta carta, no vacilo en escribirla. Las circunstancias son tan graves que es preciso dejar a un lado lo que no son más que minúsculas cuestiones formalistas.

Me dolería que, por no conocerme bastante, viera usted en estas líneas la explosión del resentimiento de un político. Para no caer en tal sospecha, bastaría que pudiera usted conocer la paz en la que vivo desde hace más de siete años, durante los que me ha sido posible rehacer una vida destrozada por los azares de la política y curar por completo las heridas que la injusticia y la calumnia abrieron en mi alma. Si al cabo de tantos años de aislamiento vuelvo a marcar una posición pública es porque lo estimo una obligación sagrada de conciencia...

A su clara inteligencia no se ocultará la gravísima posición que España ocupa en el orden internacional. Desde que empezó la guerra en Europa, España se ha colocado moral y materialmente al lado de las potencias del Eje.

Los discursos del Jefe de Estado, el tono constante de la prensa, la actuación del partido han afirmado, día tras día, una identificación de doctrina absoluta del régimen español con el fascismo italiano y el nazismo alemán. Tras la doctrina, los hechos. No sólo los métodos de gobierno han sido y son los mismos, sino que una lista interminable de actuaciones oficiales han venido a dar una ayuda sustancial a los enemigos de las naciones aliadas...

Supongo que el servicio informativo habrá hecho llegar a usted los textos de los discursos de Roosevelt hace escasos días y de Eden en la Cámara de los Comunes, en la semana pasada... los aliados vencedores no perdonarán al Generalísimo y su Régimen, suceda lo que suceda...

No hay que cegarse. El Régimen español va a quedar doblemente vencido: en el terreno militar como aliado vergonzante de Alemania; en el terreno doctrinal como solidario del totalitarismo. Al acabar la guerra va a romper sobre el mundo una ola de izquierdismo. Los regímenes antidemocráticos van a ser barridos... Y cuando la pavorosa tormenta arrastre a los Hitler y los Mussolini, los Laval y los Antonescu, a los Pétain y los Quisling, ¿quién puede soñar, siquiera, que queden en un islote Franco y su Falange?...».

(Y después de asegurar a Asensio que el Ejército unido nada podrá hacer contra la fuerza aliada, y que «el campo español vive en la anarquía», lo cual era simplemente falso, llega al grano.) (Nota del autor).

«Cada día que pasa nos acerca a una catástrofe sin precedentes. Para conjurarla

no hay más solución que una rápida restauración de la monarquía. El Rey podría iniciar una labor de rectificación de la política externa, que cuanto más tarde en venir menor valor tendrá... Al propio tiempo, el Rey debe iniciar en España una política de conciliación. Pero entiéndase bien, conciliación no quiere decir claudicación, ni cobardía, ni olvido de los ideales por los que se ha derramado tanta sangre generosa.

Para evitar la anarquía y el caos, el Rey tendrá que apoyarse en el Ejército. Pero no con Franco.

Y llego al punto más delicado, El Rey no puede venir traído de la mano del Generalísimo. Una monarquía que diera la sensación de ser continuadora del Régimen actual no duraría tres meses...

El sistema vigente debe desaparecer. ¿Cuál debe venir con la monarquía? Un sector extremista propugna las fórmulas democráticas puras, o lo que en la práctica es lo mismo, el triunfo de las extremas izquierdas. Otro núcleo más ponderado transije con la monarquía. Todo ese sector se iría con el anterior tan pronto como el Rey apareciese traído por Franco...

El Rey ofrece garantía de unidad del Ejército mejor que Franco. No defiende Gil Robles, sin embargo, la eliminación violenta de Franco y la Falange. Lo que yo le pido que haga ver al Generalísimo es que su política está irremisiblemente condenada; que haga lo que haga no puede conservarse en el poder... Esta tarea de convencimiento eficaz sólo puede hacerla el Ejército.

Con toda consideración personal

José María Gil Robles.»

Como sabe bien el lector, el análisis de Gil Robles y sus datos sobre la situación interior eran falsos. La carta no fue contestada, aunque Franco la conoció y subrayó. Las profecías del antiguo jefe de la CEDA y agente de Franco durante la Guerra Civil no se cumplieron. Franco se mantuvo en el poder hasta su muerte, treinta y tres años después de esta carta.

(J.M. Gil Robles, *La Monarquía...*, op. cit., p. 332 ss).

Capítulo XV
Don Juan anuncia la ruptura con Franco

DURANTE EL INVIERNO de 1943 a 1944 las predicciones de una victoria aliada fulminante se habían desvanecido. Por supuesto que la iniciativa seguía en manos aliadas, pero las fuerzas alemanas resistían en Italia mucho más de lo imaginable hasta el punto de que los soviéticos, que habían adelantado su gran ofensiva de invierno después de completar el 24 de septiembre de 1943 su gran victoria en Stalingrado, reclamaban un segundo frente auténtico en Europa occidental. El Estado mayor aliado tenía dos opciones: el ataque a través del Canal contra la fortaleza europea de Alemania, erizada de defensas; o el desembarco en la Península Ibérica, que se consideró muy seriamente y originó, como consecuencia lógica, el corte de suministros vitales a España —alimentos, carburantes— durante aquel invierno. Franco lo reveló cinco años más tarde, con documentos obtenidos por su servicio secreto, ante las Cortes, el 18 de mayo de 1949.

Los tres contenciosos aliados contra España

Durante los meses anteriores se habían abierto tres contenciosos entre España y los aliados. Primero, los suministros españoles de mineral de wolframio

—obtenido en las ricas minas de Salamanca a cielo abierto— para la fabricación de aceros especiales en Alemania; merced a estos envíos, España consiguió enjugar buena parte de su deuda de guerra con el Reich y se negaba a interrumpirlos para preservar sus derechos soberanos de neutralidad que le permitían comerciar con todos los beligerantes. El segundo problema era la presencia de la División Azul junto a los alemanes en el frente de Leningrado: los aliados se negaban a aceptar la teoría de Franco que justificaba a la División no como ayuda militar sino como gesto anticomunista, y tuvo que aceptar repatriarla entre el 28 de octubre y el 18 de diciembre de 1943. También ordenó después la disolución de la Legión Azul, compuesta por voluntarios que se empeñaban en seguir luchando, pero no pudo evitar que unos centenares se quedaran junto a los alemanes a título personal, hasta la defensa de la Cancillería de Berlín frente a los soviéticos. El tercer contencioso fue más bien un pretexto buscado por los Estados Unidos para agriar las relaciones con España: se trata del "incidente Laurel". Cuando los norteamericanos iban a reconocer la independencia de Filipinas, ocupada por los japoneses, para soliviantar contra ellos al archipiélago, los japoneses se adelantaron y designaron presidente al político filipino José Laurel, que envió a mediados de octubre de 1943 un telegrama al Gobierno español, el cual, por medio del ministro de Asuntos Exteriores, conde de Jordana, acusó recibo sin entusiasmo pero con evidente falta de oportunidad, interpretada en Washington como una bofetada.

Stalin salva de la invasión a España

En la citada sesión de las Cortes explicó Franco el momento crítico que España atravesó al comenzar el año 1944, y su testimonio resulta importante para comprender el contexto en el que tuvo lugar su ruptura política con don Juan de Borbón:

"Los momentos más graves que en la guerra pasamos fueron en los primeros días de 1944. En otras ocasiones pudo jugar nuestra voluntad, en ésta no: fuimos sujetos pasivos de las maquinaciones extrañas. Acabábamos de lograr en aquellos días, después de penosas diligencias, el mejorar los días de carga de combustible para nuestra nación, se abría la esperanza a

un mayor optimismo por el giro de la guerra y por las promesas solemnes recibidas, cuando una campaña artifical en la prensa y radio universales se desencadenó contra nuestra patria, campaña que coincidía con una negativa en los suministros de carburantes fundamentada en nuestra venta de wolframio a Alemania. Defendimos nuestro derecho como neutrales a comerciar aunque sólo fuera el derecho simbólico a ese comercio.

Y cuando durante un mes, las negociaciones se desarrollaban lentamente, la visita del embajador británico, a espaldas del norteamericano, vino a indicarnos que el temporal había pasado al anunciarnos que si la otra parte no quería suministrarnos estaban dispuestos a hacerlo ellos desde Oriente Medio. Pero coincidiendo con esto, también la radio y la prensa de Nueva York daban el episodio por saldado, aceptando la fórmula simbólica por nosotros propuesta. Más tarde supimos lo que había pasado. Los informes de los servicios de información aliada acusaban la fortaleza y las dificultades de la barrera del Atlántico: Rusia apretaba para que se abriese el segundo frente prometido en Teherán; había que ganar tiempo e iba a ser la Península Ibérica la sacrificada. Se propuso, en consecuencia, cambiar por un desembarco en la península el proyecto de desembarco en Francia y fue el realismo de los soviets, como vereis por los dos telegramas que voy a leer, el que evitó que se llevase a cabo aquella acción que la Historia se encargaría de calificar".

Malos presagios en el invierno 1943-1944

El primer telegrama, con fecha 31 de enero de 1944, era del Foreign Office al Departamento norteamericano de Estado, por el que el Gobierno británico aprobaba la propuesta de desembarcar en Portugal y España para abrir el segundo frente en la península. El segundo, fechado en Moscú el 7 de febrero, contenía la repulsa de la URSS:

"A la RSFSR no le interesa en el momento presente la Península Ibérica como simple paso que pudiera detener a sus aliados con una segunda triste parte de su hazaña en Italia, sino el ataque a fondo al Reich por la fortaleza del Atlántico. Toda otra cosa no la estima este Politburó materia de discusión en el presente. Ciertamente acogemos la afirmación británica de nues-

tro enorme interés permanente por la Península Ibérica, pero sabemos cuál es el mejor procedimiento para nuestra mayor necesidad del momento".

Es decir, que el 7 de febrero de 1944, cuando los aliados occidentales se disponían a invadir Portugal y España, José Stalin salvó a la Península Ibérica de los horrores de una guerra de invasión [135].

Ni el Conde de Barcelona ni sus consejeros de Lausana y de Lisboa, obsesionados con la lucha política contra Franco, tuvieron el menor barrunto de la amenaza estratégica que pendía sobre España en el invierno de 1943-1944, salvo que Allen Dulles informase a don Juan directamente, como había hecho en 1942. Abortados los intentos de convencer a Franco por las buenas para que decidiese la Restauración —las cartas inútiles de los procuradores y los tenientes generales—, el infante don Alfonso, los generales Kindelán y Aranda y el ex ministro Juan Beigbeder, ahora agregado militar en Washington, trataban de mantener sus contactos pero sin avances visibles. El ministro del Ejército, general Asensio, contestó el 12 de octubre de 1943 a Gil Robles acusándole recibo de su carta (que se difundió mucho por Madrid) pero sin entrar en el fondo. Durante aquellos meses finales del año José María Gil Robles vierte en las entradas de su diario su impaciencia y su desesperación al ver que don Juan no se mueve en Lausana, y que el Gobierno inglés, según le comunican sus contactos diplomáticos, parece haber perdido ya todo interés por la restauración de la monarquía: "¡Qué lástima de mozo —decía Churchill de don Juan—. Era el pretendiente al trono que tenía mayor seguridad de reinar entre todos los de Europa y todo lo ha perdido". Y Gil Robles informa el 15 de octubre: "Por la carta de López Oliván veo que el Rey no descarta la hipótesis de un pastel con Franco" [136]. El 25 de octubre aparece en Lisboa Ramón Padilla, secretario de don Juan, con el encargo de que sus consejeros de Lisboa le preparen de nuevo el viaje desde Suiza y le faciliten un avión para ello. Gil Robles, escéptico, gestiona el avión en medios británi-

---

135 Cfr. las manifestaciones y documentos de Franco, en mi biografía del mismo (Planeta 1982), tomo V, p. 155.

136 Cfr. J.M. GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 62. La expresión de Churchill, en p. 71.

cos que le muestran su desinterés: el tiempo ya había pasado [137]. Y además, en aquellas semanas se estaba proyectando el desembarco aliado en la península, cosa que Gil Robles ignoraba. El día de Navidad de 1943 el general Kindelán envía a Franco una carta respetuosa y apremiante en la que le dice que "existe hoy en España una gran coincidencia en anhelar la vuelta de la monarquía" (lo cual era absolutamente erróneo) y que "somos muchos los que aún creemos posible y deseable un tránsito al régimen monárquico por Franco y con Falange, pero que también hay un sector que odia a Falange y querrá salir de esta situación con violencia; y que una parte del Ejército podría un día sumarse a tal sector" [138]. La carta del antiguo jefe del Aire no aportaba nada nuevo, salvo su personal opinión, y Franco no hizo caso de ella. Terminaba el año con recomendaciones de Gil Robles a don Juan para que actuara con mayor dureza frente a Franco, con una carta del general Aranda a Gil Robles en la que le comunica sus contactos con una junta republicana del interior, opuesta a los emigrados y dispuesta a colaborar con los monárquicos, si don Juan les ofrece algo de juego; en lo que ve Gil Robles "el deseo vehementísimo de Aranda de ser el hombre de la Restauración". Don Juan consultaba por entonces con bastantes personalidades sobre el camino que habría de tomarse e incluso adjuntaba proyectos de manifiestos. Gil Robles se indigna con estos procedimientos: "¡Qué irreflexión, qué falta de criterio, qué carencia de dotes de mando, qué ausencia de cualidades políticas revela don Juan y qué triste porvenir se adivina para la patria!" [139].

Desde el 26 de noviembre hasta el 3 de diciembre de 1943, "los Tres Grandes" —Roosevelt, Stalin y Churchill—, reunidos en la Conferencia de Teherán, descartan, por imposición de Stalin, el proyecto británico de efectuar el gran desembarco aliado en el Adriático. Churchill pretendía introducir, así, por Yugoslavia, una cuña en Europa oriental que impidiera su caída en manos del ejército soviético. Roosevelt apoya a Stalin porque cree haberle ganado para la causa de la democracia: ya le afectaba la cegue-

---

137 Ibid., p. 64 y 69.

138 A. KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 58s.

139 GIL ROBLES, ibid., p. 72.

ra de la muerte próxima. El segundo frente se formará en Europa occidental; seguían abiertas las posibilidades de Francia y la Península Ibérica. Para ello se recrudeció la propaganda del bando aliado contra España, un auténtico alud que ahogaría, durante varias semanas, hasta entrado el mes de febrero de 1944, cualquier capacidad de reacción española y que sirvió de cobertura al proyecto estratégico que, como acabo de indicar, denunciaría años después el propio Franco ante las Cortes.

El Opus Dei y la maniobra de un agente doble

En 1943 la agrupación católica Opus Dei, dirigida por el padre Josemaría Escrivá que aún residía en España, avanzaba resueltamente para tomar posiciones de influencia en la sociedad y muy especialmente en los campos de la Universidad (donde se lanzaba a la conquista de las cátedras con procedimientos no siempre claros), la investigación (donde ya copaba el Consejo Superior de Investigaciones Científicas), el mundo económico y, no en último lugar, el mundo político. Nunca se ha limitado el Opus Dei, dígase sin el menor ánimo de ofenderle, a poner todos los huevos en el mismo cesto y por eso en 1943, según datos comprobados, que en parte hemos adelantado ya, jugaba a las dos cartas políticas que ofrecían posibilidades serias: la de Franco y la de don Juan. Lo más curioso es que, sin duda, porque en aquella época los efectivos del Opus Dei eran aún muy escasos, se encargó de penetrar en uno y otro frente político la misma persona, el ya citado e inquieto profesor Rafael Calvo Serer, a quien ya hemos visto, según el testimonio del marino Jesús Fontán Lobé, denunciar personalmente a Franco el proyecto de protesta tramado por los tenientes generales a fines de agosto, y que ahora, antes de acabar el mismo año 1943, sin abandonar el servicio de Franco había conseguido introducirse lo suficiente en la intimidad de don Juan de Borbón como para que éste le confiase una carta secreta de gran importancia dirigida a uno de los activistas monárquicos más relevantes, el conde de Fontanar, que ya había sufrido en la primavera anterior un confinamiento en Ibiza, conmutado luego por una estancia menos ingrata en Alicante. Será inútil que el lector trate de confirmar la maniobra de Calvo Serer en las obras debidas a personalidades del Opus Dei (cuyos libros sobre este periodo son, pese a ello, muy úti-

les) como los profesores López Rodó y Luis Suárez; los testigos o cronistas que pertenecen al Opus Dei poseen a veces sentido crítico pero difícilmente lo aplican cuando tratan sobre asuntos en los que están implicados otros miembros de la institución. Pero el lector no debe preocuparse; la fuente que nos permite detectar esta maniobra es don Juan de Borbón en persona, que, como veremos, no es nada desafecto al Opus Dei, pero suele hablar en sus conversaciones reservadas con encomiable veracidad y sinceridad. La maniobra que ahora nos interesa tuvo como protagonistas a Rafael Calvo Serer, en funciones clarísimas de agente doble, y al propio padre Josemaría Escrivá, por motivos que trataré de detectar.

Las puntualizaciones de don Juan

En el libro esencial de Sáinz Rodríguez, *Un reinado en la sombra,* se habla de dos cartas perdidas que supongo son una y la misma. Dice don Pedro en la página 299: "El 25 de marzo de 1944, don Juan de Borbón escribió una carta privada a su secretario y dicha carta fue a parar a manos del general Franco, el cual, tras leerla, nunca la hizo llegar a su destinatario. Por ese motivo don Juan de Borbón escribió al general Franco sobre la mencionada carta y la intervención de la correspondencia".

Acto seguido, don Juan le puntualiza que la carta no iba dirigida a su secretario (Ramón Padilla) por una razón comprensible: Padilla estaba con él en Lausana. Creo que don Pedro también se equivocó en la fecha: no fue en marzo, sino en diciembre de 1943 o en los primeros días de enero del 44. En otro momento del libro (pág. 32), Sáinz Rodríguez lo deja entrever así: "Por su parte, el Caudillo había logrado interceptar una carta dirigida por don Juan a cierto personaje monárquico en el interior de la península, con ocasión del día de Reyes de 1944". El personaje, como recuerda don Juan en la primera cita de la página 299 del libro, era el conde de Fontanar. No es asunto baladí; al interceptar esta carta, Franco reacciona muy duramente contra don Juan en otra carta que va a desencadenar el proceso de la ruptura anterior al Manifiesto de Lausana. Es decir, que la carta interceptada de don Juan es algo anterior al día de Reyes de 1944, y su destinatario es el conde de Fontanar. Y como vere-

mos por el comentario de Franco, la clave de esa carta de don Juan es que llamaba a Franco usurpador ilegítimo.

La intervención del padre Escrivá

Ahora podemos comprender bien el testimonio de don Juan en la primera de las páginas citadas de ese libro:

"—Cierto. Y me temo que aquella carta es la que yo entregué a Rafael Calvo Serer, a quien se le extravió... Nunca se ha sabido cómo.

—¡Ah! —dice Sáinz— el portador era Calvo Serer.

—Y no iba dirigida a mi secretario sino a Paco Fontanar, que entonces estaba muy en activo hablando de asuntos de guerra. Franco cogió la carta y no se la leyó a nadie.

—De manera que era una carta de Vuestra Majestad a Fontanar, portada por Rafael Calvo.

—Eso creo. Después se armó un cisco tremendo. Tuvieron un careo delante de mí y no se sacó nada en limpio.

—Careo, ¿entre quiénes?

—Entre Calvo Serer y Paco Fontanar.

—Y nunca se ha sabido lo que fue de esa carta. ¿Cómo llegaría a Franco?

—Yo incluso he pensado —dice don Juan— que Rafael Calvo se la dio al 'Pater', al padre Escrivá. Llegué a pensar eso, y que el padre Escrivá, al ver que eran cosas muy importantes acerca del fin de la guerra, se la entregó a Franco en lugar de sacar una copia. Lo cierto es que se extravió la carta.

—Aquí dice: Don Juan de Borbón escribió al general Franco.

—No le escribí: le mandé un recado diciéndole que eso era una cerdada y que no se hacía una cosa así.

—Pero no le escribió.

—Sobre ese tema no..."

Don Juan estaba muy afectado por esa maniobra. Cuando la revela en una conversación con su confidente Sáinz Rodríguez, y con destino a la

publicación, no va a mentir; y lo dice en virtud de sospechas muy confirmadas. El comportamiento de Calvo Serer no me extraña, era un agente doble y lo volvería a demostrar con el tiempo. ¿Y el padre Escrivá? En aquella época uno de los objetivos importantes del padre Escrivá era introducirse en la intimidad de Franco; lo conseguiría poco después al darle los Ejercicios en el palacio de El Pardo, como veremos.

Un procedimiento reprochable, pero infalible

Para esa aproximación, entregar una carta de don Juan con información comprometida era un procedimiento reprobable pero infalible. Por la carta de Franco que vamos a transcribir inmediatamente, podemos adivinar el contenido y el valor de la carta interceptada. Cuando se comprueba cómo los comentaristas del Opus Dei pasan sobre este asunto, uno siente la tentación de escribir un ensayo sobre la tergiversación, el ocultamiento y el disimulo. Resulta deliciosa la versión del profesor Luis Suárez:

"Los servicios secretos españoles lograron interceptar, a fines de 1943, una carta del Conde de Barcelona que contenía términos de ruptura tales que podía creerse que se buscaba un sincronismo con el ultimátum que se aguardaba con temor en nombre de los aliados" [134]. De creer a don Juan de Borbón, los servicios secretos españoles eran, para este desagradable asunto, el profesor Rafael Calvo Serer y el fundador del Opus Dei, don Josemaría Escrivá.

La aclaración definitiva sobre la famosa carta de don Juan a Fontanar, portada por Calvo Serer e "interceptada por los servicios secretos de Franco", se contiene en una carta del ex ministro Gonzalo Fernández de la Mora, nada desafecto al Opus Deis pero absolutamente incapaz de mentirme en un problema de Historia (así es de grande, durante muchos años, nuestra confianza y nuestra amistad), fechada en Madrid el 26 de enero de 1993 y que afirma lo siguiente:

"Despachando yo un día como ministro de Obras Públicas con el entonces vicepresidente del Gobierno, almirante Carrero Blanco, surgió

---

140 L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Francisco Franco y su tiempo,* Madrid, Azor, 1984, vol. III, p. 478.

accidentalmente el tema de Calvo y yo me interesé por la famosa filtración de aquella carta. Entonces Carrero me dijo: (creo recoger sus palabras casi literalmente): 'En ese mismo sillón en que está usted (del otro lado de la mesa de trabajo del almirante) se sentó a finales de 1943, después de pedirme audiencia reiteradamente para asunto que consideraba de extrema importancia, Calvo Serer, a quien yo no conocía y me entregó el original de esa carta del conde de Barcelona desde Estoril al conde de Fontanar en Madrid. Le pregunté que cómo la había obtenido y me respondió que de la propia mano del firmante y que la había abierto al vapor para, eventualmente, volver a cerrarla sin que se notara la violación. Yo se la entregué al Generalísimo quien escribió sobre el tema a don Juan a primeros de enero. Calvo Serer me pidió un favor personal a cambio; y que se aludiera a otros agentes para mantener en secreto su intervención. Ése es el hombre. Pronunció la última frase con un desprecio inmenso'.

Cuando Sáinz Rodríguez editó la correspondencia entre Franco y el conde de Barcelona, afirmó que la carta del conde de Fontanar se había perdido. Considero increíble que en el archivo del firmante no hubiera una copia; lo verosímil es que se considerase impublicable.

Desde 1945 muchos monárquicos madrileños retiraron el saludo a Calvo Serer pues no tenían duda de que había traicionado la confianza depositada en él. Cuando en la década de los cincuenta asumí la jefatura de la sección de Colaboración del diario *ABC,* tardé mucho tiempo en lograr que, ante la falta de contundentes pruebas condenatorias, se admitiese un artículo de Calvo Serer en el periódico. Hasta que tardíamente escuché el testimonio directo y definitivo de Carrero, me resistí a creer tamaña deslealtad del mensajero".

El testimonio es, en efecto, definitivo. El padre Escrivá no entregó a Franco la carta de don Juan a Fontanar. Fue el propio mensajero de don Juan. Éste es el hombre.

Las divisiones soviéticas del mariscal Zhukov alcanzaban ya, en los primeros días de 1944, la antigua frontera entre Polonia y la URSS. El 6 de enero, con motivo de la Pascua Militar, los tres ministros militares ofrecían a Franco por la mañana, en el palacio de El Pardo, un bastón de mando y

el álbum con las firmas de todos los generales y jefes de los tres Ejércitos y de los institutos armados; no faltaba una firma, ni siquiera la de los tenientes generales que habían suscrito la famosa carta del 8 de septiembre anterior. Al agradecer el obsequio y la adhesión, Franco elogia el valor de los guerrilleros antinazis de Yugoslavia como una advertencia para posibles invasores de España. Y reasegurado con el respaldo unánime de sus compañeros de armas, firma ese mismo día la carta con la que "contesta" atípicamente a la de don Juan que acaba de llegarle. Por supuesto que oculta la maniobra de su interceptación con una mentira que en este caso bien puede calificarse de piadosa aunque, por supuesto, cínica.

Franco contra los consejeros de don Juan

Personal.

Alteza: Por la torpeza de la persona portadora de una carta vuestra, que dio lugar a su extravío y que cayera en manos de un agente extranjero del que pudimos rescatarla, hube de enterarme de su contenido y de la intimidad de vuestro pensamiento.

Hubiera deseado devolvérosla sin comentario, pero la gravedad que entraña para la nación y para la suerte de la monarquía y los proyectos que en ella se exteriorizan me obligan, en cumplimiento de un elemental deber, a intentar el evitar lo que habría de ser irreparable.

Desde hace mucho tiempo vengo apercibiéndome de los esfuerzos que desde Lisboa, y aun en la misma Suiza, se hacen sirviendo a un interés extraño para decidiros a jugar la absurda carta de la ruptura, y he podido comprobar cómo esta idea, en pugna con vuestros sentimientos naturales de nobleza y de lealtad, prende más de una vez en vuestro ánimo.

Conozco los esfuerzos de los López Oliván, de los Gil Robles y de los Sáinz Rodríguez para decidiros. ¡Cartas viejas, jugadas desacreditadas y perdidas!

Su ejecutoria republicana o masónica debiera haberlos desacreditado en vuestro ánimo. Tuvieron su hora que no supieron servir ni aprovechar

y hoy, despechados, empujados unos por su pasión y otros por sus compromisos de Logia, intentan servir, a costa vuestra, a la tercera España.

El alzamiento y la monarquía

Tres falsedades se intentan ir grabando en vuestro ánimo: la supuesta ilegitimidad de mis poderes, una calumniosa situación de España y un pobre concepto de los españoles para arrastraros, como consecuencia de ello, a una aventura estéril en la que perderíais todo y ellos nada.

Por interés de nuestra patria intentaré aclarároslas:

Poniendo por delante que para mí el poder es un acto de servicio más entre los muchos prestados a mi nación y su fin el bienestar público, he de sentar varias afirmaciones:

a) La monarquía abandonó en 1931 el poder en la República.

b) Nosotros nos levantamos contra una situación republicana.

c) Nuestro Movimiento no tuvo una significación monárquica, sino española y católica.

d) Mola dejó claramente establecido que el Movimiento no era monárquico.

(En ello el Príncipe es testigo de mayor excepción).

e) Los combatientes de nuestra Cruzada pasaron de la cifra del millón.

f) Los monárquicos constituían entre ellos una exigua minoría.

Por lo tanto, ni el Régimen derrocó a la monarquía ni estaba obligado a su restablecimiento.

Entre los títulos que dan origen a una autoridad soberana, sabeis se encuentran la ocupación y la conquista; no digamos el que engendra salvar una sociedad.

La superioridad justifica, por otra parte, moral y jurídicamente la soberanía; que en este caso también viene determinada por la autoridad que se disfrutaba en la sociedad antigua.

Propios merecimientos contrastados en una vida de intensos servicios, prestigio y categoría en todos los órdenes de la sociedad, reconocimiento público de esa autoridad se dan en este caso.

Ha existido, por tanto, una previa superioridad pública.

Y en la Cruzada, la proclamación como Jefe Supremo del Estado por las tropas y fuerzas políticas integradoras del Movimiento y el beneplácito de toda la nación me otorgan otro título indubitable. Y no digamos el haber alcanzado, con el favor divino repetidamente prodigado, la victoria y salvado a la sociedad del caos, que engendra y consolida, por muchos conceptos, un derecho soberano.

Y aún habría de ser ilegítima y falta de títulos la soberanía y la convertiría en legítima, según los más preclaros tratadistas de derecho político, el tiempo y las relaciones jurídicas que éste encierra.

Al defender la legitimidad de soberanía, sólo quiero rechazar con alegaciones tan claras y contundentes el concepto de usurpador con el que se pretende presentarme a vuestros ojos; pero aún hay más y es lo importante: todo el derecho es de la sociedad que prevalece sobre el de las personas. El poder no es personal del que lo ejerce, sino para el bien público, ya que no se trata de un bien privado. Se ejercita para la nación y en provecho de ella. Por ello, cuando una nación disfruta de una paz y un orden jurídico a tanta costa logrado, es condenable toda pugna que trate de menoscabar la autoridad del que ejerce el poder soberano, lo que no sólo no mejoraría la paz y la justicia social, sino que empeoraría la situación de la nación a la que se lanzaría a la mayor de las catástrofes.

El camino de la restauración

Si a esto se une el que este poder legítimo y soberano no sólo no cierra el camino a la instauración monárquica, sino que en cuanto sirve al bien público hacia ella generosa y noblemente camina, se explica menos el que ningún monárquico pueda intentar perturbar ese orden jurídico.

Para destruir estos poderosos argumentos era preciso el calumniar a España, el falsear sus realidades, el desconocer nuestra paz social, nuestro

progreso en todos los órdenes, y el silenciar, cuando no difamar, nuestra obra de gobierno. Única forma de poder torcer vuestros nobles sentimientos y vuestros deberes con la patria.

El resurgimiento de España en todos los órdenes es la más elocuente y trascendente respuesta a estas campañas.

Y queda el tercer punto, el pobre concepto con el que os presentan a los españoles.

El español medio es extraordinario en sus virtudes, apasionado y terco; muchas veces tiene un concepto más justo de la dignidad que las clases que suelen llamarse elevadas. Es este pueblo español demasiado viril y sensible para que se doblegue jamás a imposiciones exteriores. Nuestra Guerra de la Independencia es harto elocuente.

La sucesión futura en vuestra persona

Yo confío en que vuestro buen sentido triunfe una vez más sobre las presiones de quienes intentan empujaros hacia el abismo.

Nosotros caminamos hacia la monarquía, vosotros podeis impedir que lleguemos a ella.

Yo puedo aseguraros que los monárquicos verdaderos están consternados con esta situación que hoy os rodea; por sentir a su patria y conocer sus realidades, no tienen otra impaciencia que la de que no os gasteis ni malogreis su porvenir; aspiran a ver asegurado el Régimen y la sucesión futura en vuestra persona, ya que saben que fuera de él volvería a reinar el caos. Precisamente lo contrario de los que tratan de estorbar esa feliz contingencia, por no interesarles nuestra España ni la monarquía, sino su República, la tercera España.

Mi deber leal es el prevenirnos para que no podais decir jamás que no os lo he anunciado en la forma más clara.

En estos momentos tan poco apetecibles en que yo tengo sobre mí responsabilidades tan grandes, Vuestra Alteza, por providencial designio, está carente de ellas. ¿Por qué pues hipotecar vuestro crédito ante los españoles y gastaros?

Yo os encarezco a que no os divorcieis de España ni os desligueis de nuestra Cruzada, en la que quisisteis combatir; para la unidad de los españoles no cabe más generosidad que la que nuestro Régimen viene practicando desde el primer día de la paz; otra cosa sería ofender a tantas víctimas y traicionar a la patria, caer de nuevo en manos de nuestros enemigos.

Las promesas a los reyes

No hagais caso a lo que del extanjero puedan insinuaros: las promesas de Polonia al rey Pedro de Yugoslavia, al de Grecia, a Víctor Manuel, a Giraud y a tantos otros, se esfumaron ante las realidades. Pesan más Stalin, Tito, los guerrilleros griegos o los comunistas franceses que los convencionalismos y las promesas a gobiernos y monarcas.

Una nación entera, serena y dispuesta a defender su libertad y su independencia, tras esta guerra agotadora en la que los demás están sumidos, es el mayor argumento y seguridad en el orden internacional. Por ello pecan gravemente cuantos atenten a esta unidad o menoscaben su prestigio.

Sobre otra porción de pequeñas cosas sólo he de deciros que yo siempre he anhelado el veros bien servido y aconsejado, y lo que rependo y condenaré siempre es que quienes os rodeen puedan comprometeros en el juego turbio de sus conspiraciones.

Que Dios os dé todas las venturas que para Vuestra Alteza y Real Familia deseo, y os ampare e ilumine en todos los momentos. Muy cordial y sinceramente, Francisco Franco [141].

La admonición de Franco, motivada por la incalificable entrega y captura de la carta de don Juan a Fontanar, es una protesta contra la acusación de usurpador, con argumentos de corte tradicional en los que realmente lo importante es el peso de la opinión que estaba con Franco, como reconoce varias veces Gil Robles, desde el bando contrario, en su diario de la época. Es evidente que el campo monárquico y el propio don Juan, como ratifica

141 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 359s.

el propio Gil Robles frecuentemente en sus entradas, no ofrecían la menor garantía de madurez, ni de orientación ni de método para sustituir sin más a Franco en el poder ante momentos tan complicados y turbulentos que barrieron, a raíz de la victoria aliada, al propio Winston Churchill. La decisión de Franco está muy clara: seguir en el poder, mantener —con sinceridad absoluta— el horizonte monárquico y continuar considerando a don Juan como heredero de la Corona futura. El nombre de don Juan seguía, tras esta carta, en la cajita sellada: Franco le mantiene expresamente en la sucesión y no desea, aunque ya teme para pronto, la ruptura.

Abatimiento y conformismo de los monárquicos

La carta de Franco y el intolerable procedimiento por el que éste había captado la carta de don Juan a Fontanar, produjeron en el Conde de Barcelona la natural sorpresa e indignación. Por otra parte, Gil Robles recibía el 10 de enero una carta del general Aranda entre cuyas afirmaciones destaca ésta: "Los aliados están absolutamente decididos a acabar con Franco", lo cual seguía siendo verdad durante todo aquel mes de enero de 1944 y la primera semana de febrero. Franco y los dirigentes españoles, políticos y militares, seguían con horror las convulsiones finales del fascismo, cuando Mussolini, perdido el norte, abría el proceso de Verona contra su yerno Ciano y otros presuntos traidores que terminarían ejecutados. Sin embargo, Gil Robles recibe informaciones directas desde Madrid el 14 de enero que le sumen de nuevo en el pesimismo: "La posición de Franco es hoy más fuerte que hace un año, pues en torno a él, por interés, por desorientación o por miedo, están casi todas las fuerzas de derechas". Y lo que es peor para la causa monárquica: tanto las reuniones de consejeros en Lausana como las de destacados monárquicos en Madrid registran "la nota de conformidad con la política de Franco", incluso en presencia de Kindelán, Pabón y otros destacados dirigentes de la llamada oposición monárquica, que parece más bien conjunción con Franco. Este reconocimiento equivale a las razones que Franco comunicaba a don Juan en su carta del 6 de enero: la causa monárquica estaba en vía muerta [142]. Y en este momento de abati-

[142] Cfr. GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 74-76.

miento monárquico interior y de acoso aliado contra España, alguien convence a don Juan para que envíe a Franco, el 25 de enero de 1944, una carta en la que ya le anuncia la ruptura.

El contraataque de don Juan

Mi respetado General:

Honda inquietud y preocupación me ha producido su carta del 6 del corriente que me escribe como consecuencia de haber leído una particular mía dirigida a mi secretario (realmente era a Fontanar), *interceptada, según V.E. me informa, por agentes extranjeros que al parecer han tenido la posibilidad de intervenir el servicio postal entre Irún y San Sebastián* (don Juan puntualizará años más tarde que se trata de una interferencia del Opus Dei, como sabemos).

La meditada lectura de su carta produce la impresión de que V.E. cuenta con una información deficiente y tal vez inexacta, que le lleva a sostener erróneas opiniones sobre la situación interior y exterior de España. Y esa equivocada información alcanza también a lo que sobre mi modo de pensar y las supuestas presiones de que soy objeto se refiere. Afirma V.E. que hay gentes que intentan ir grabando en mi ánimo tres falsedades: primera, la supuesta ilegitimidad de los poderes de V.E.; segunda, una calumniosa situación de España y tercera, un pobre concepto de los españoles. Pues bien, sinceramente he de afirmarle que ese temor carece de toda base. Nadie se ha propuesto persuadirme de la ilegitimidad de los poderes que de hecho V.E. ejerce, y nunca hubiera tolerado la más mínima insinuación calumniosa sobre España ni sobre el elevadísimo concepto que tengo del pueblo español.

Pronto se cumplirán trece años de mi vida en el destierro, durante los cuales he podido conocer la situación de España y la manera de pensar de los españoles, con una claridad e independencia que difícilmente hubiera logrado de continuar en Palacio, donde tanto me hubiera costado conocer la realidad a través de la atmósfera de adulación que en todo tiempo envuelve a los poderosos. Desde hace muchos años vengo estudiando la situación de España y contrastando detenidamente los informes verbales de la casi totalidad de las personalidades políticas, diplomáticas, indus-

triales, intelectuales, etc., que al salir de España vienen a visitarme; afirmo a V.E. que con unanimidad casi absoluta todas ellas, incluso las más ligadas personalmente a V.E. y al Régimen nacional-sindicalista, coinciden en sentirse gravemente angustiadas respecto al futuro de nuestra patria, cuya situación estiman sumamente intranquilizadora. Ignoro si esas personalidades, que tan oscuro ven el panorama nacional, se expresan ante V.E. con la misma franqueza que ante mí. Bien es posible que la experiencia de la desfavorable acogida que V.E. reservó a los clarividentes y patriotas escritos de los procuradores en Cortes y más tarde de los tenientes generales, haya contribuido a velar sus juicios.

Una profecía que no se cumplió

La información que sobre la situación interior de España he obtenido en copiosas y auténticas fuentes nacionales acrecienta la divergencia de nuestras respectivas visiones sobre la situación internacional y sobre la repercusión que los acontecimientos mundiales puedan tener en nuestra política interior. V.E. es uno de los contados españoles que cree en la estabilidad del Régimen nacional-sindicalista; en la identificación del pueblo con tal Régimen, en que nuestra nación, todavía no reconciliada, tendrá fuerzas sobradas para resistir los embates de los extremistas al término de la guerra mundial y que V.E. logrará, por medio de rectificaciones y concesiones, el respeto de aquellas naciones que pudieran haber visto con disgusto la política seguida con ellas.

Este modo de enjuiciar el presente y el futuro es totalmente opuesto al mío y, por tanto, nuestras actitudes no pueden ser concordantes. Estoy convencido de que V.E. y el Régimen que encarna no podrán subsistir al término de la guerra y que de no restaurarse antes la monarquía, serán derribados por los vencidos en la Guerra Civil, favorecidos por el ambiente internacional que cada día se pronuncia más fuertemente en contra del régimen totalitario que V.E. forjó e implantó. Para impedir tan trágico futuro es preciso ofrecer a los españoles algo que no sea el totalitarismo de V.E. ni la vuelta de la República democrática, antesala del extremismo anarquista; y esa tercera solución la constituye solamente la monarquía Católica Tradicional, de

cuyos ideales fundamentales estaba más próxima la mayoría de los héroes y mártires que hicieron posible el Alzamiento de julio de 1936, que de las exóticas instituciones que se ha pretendido estérilmente hacer arraigar en nuestra patria con desprecio de la mística inspiradora de la Cruzada".

Hacer pública la discrepancia

No propone, pues, don Juan la sustitución del totalitarismo por la democracia, sino por una confusa democracia orgánica combinada con las instituciones del Antiguo Régimen. Sigue la carta:

"Siempre me he negado a acceder a los requerimientos escritos por V.E. para identificarme con el Estado falangista, por estimar que ello era incompatible con la esencia misma de la monarquía, que ha de ser genuina y absolutamente nacional y para todos los españoles. Pero he llegado al firme convencimiento de que esta actitud que he venido observando no basta para salvaguardar en el futuro los intereses de la patria, ya que son muchos los que en España y en el extranjero interpretan mi silencio como una identificación con el Régimen presente. Ello me obliga a dar a conocer a España y al mundo la total insolidaridad de la monarquía con él. No levanto bandera de rebeldía ni incito a nadie a la rebelión. Me limito exclusivamente a hacer pública la fundamental divergencia que siempre nos separó, impidiendo así que la caída del Régimen nacional-sindicalista imposibilite la restauración de la monarquía y prive a la patria, en tan críticos momentos, de las seculares instituciones, únicas que pueden oponerse al extremismo revolucionario.

Nadie podrá, con fundamento, tachar de egoísta, mi actitud que constituye, por el contrario, un muy duro pero sagrado deber. Sólo un equivocado concepto de lo que es la Realeza puede llevar a afirmar que en este momento estoy carente de responsabilidades. Las de carácter histórico que sobre mí pesan pueden concretarse por acción o por omisión;para hacer frente a ellas me veo impelido, por convicción íntima y personal, a adoptar la actitud que anuncio a V.E.

No estimo oportuno en esta ocasión refutar la afirmación de V.E. relativa a que el Régimen camina generosa y noblemente hacia la restaura-

ción de la monarquía. Hasta hoy sólo he tenido noticia de la prohibición de toda propaganda monárquica, de los ataques en discursos y publicaciones oficiales a la monarquía, y de los documentos conteniendo graves acusaciones para mi persona que obligatoriamente ha insertado toda la prensa de España.

Esperando no vea V.E. en esta carta nada ofensivo, ni siquiera molesto para su persona, por la que conservo una alta estima y aprecio, le saluda afectuosamente

Juan, Conde de Barcelona [143].

Vísperas de la ruptura

Don Juan firma por vez primera una carta a Franco con el título regio que escogió a raíz de la muerte de su padre. La carta es una de las mejores de don Juan y denota dos claras influencias: la de Vegas Latapié al insistir en la monarquía Católica Tradicional y la de Gil Robles por la firmeza. La carta no es todavía la ruptura pero anuncia la ruptura, que consistirá en las declaraciones a un diario de Buenos Aires que don Juan envió a la vez que esta carta y que Franco leerá a la vez que esta carta. Resultaba para Franco muy grave que don Juan le acusara de falta de información sobre la realidad española; y los testimonios antifranquistas contemporáneos, como las apreciaciones de Ramón Garriga referidas a esta época, confirman el progreso de la reconstrucción lograda por España más que el catastrofismo de don Juan; las impresiones del embajador americano Hayes en sus viajes por España se expresan en el mismo sentido. La neutralidad no era el río de oro que inundó a España en la Primera Guerra Mundial, pero había contribuido mucho a la mejora mientras toda Europa se debatía entre el hambre y la penuria y el sufrimiento.

Don Juan explica a Franco la cruzada

Franco, en su larga carta previa, se había perdido en disquisiciones teóricas sobre la soberanía y había dado pruebas de que se sentía realmente un rey

143 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 361.

sin corona. Don Juan sintoniza en su carta con la incompatibilidad que en aquel mes de enero de 1944 los aliados expresaban hacia el Régimen de Franco y con toda probabilidad estaba directamente informado, en el mismo sentido, por Allen Dulles. Escribió en aquellas circunstancias la carta que era necesario escribir. Nadie daba un duro por Franco excepto el propio Franco, que luchaba por su supervivencia incluso personal, con el mismo valor frío del que hizo gala en sus peores momentos de África y de la Guerra Civil.

Pero don Juan, auténtica "persona trágica" en el sentido clásico del término, comete varios errores al expresar su firme toma de posición. Primero trata de explicar a Franco cuál había sido la "mística de la Cruzada" de la que naturalmente Franco sabía bastante más. En segundo lugar, anunciaba su ruptura y la consumaba con el envío de sus declaraciones a la prensa argentina en un momento de terrible acoso internacional contra España, para preparar la posible invasión aliada de España, de la que tal vez el propio Allen Dulles le habría advertido; y tal actitud podría interpretarse como falta de patriotismo, como no tardó en insinuar Franco, por lo que don Juan, como veremos en el capítulo siguiente, tuvo que dar marcha atrás y presentar toda clase de patrióticas excusas porque se veía en muy mal lugar.

Y en tercer término, la suerte. Porque antes de que pasaran quince días después de este anuncio de ruptura cambiaron las circunstancias que lo hacían inevitable: cesaron las restricciones contra España y gracias al veto soviético de febrero contra la invasión de España —que ya conocemos— se decidió abrir definitivamente el segundo frente en Francia. En las implacables respuestas de Franco que transcribiremos en el capítulo siguiente, se refleja ya el cambio de situación estratégica.

Como sabemos por los anteriores cruces dialécticos entre Franco y don Juan, la publicación de un manifiesto hostil que Franco trató siempre de evitar sería considerada por Franco como causa de ruptura. Con las declaraciones a la prensa argentina, anunciadas en esta carta de don Juan, se prologaba formalmente ese manifiesto. Era ya una carta de desafío.

Capítulo XVI
El manifiesto de Buenos Aires

TERMINÁBAMOS EL CAPÍTULO anterior con la carta que don Juan de Borbón, firmando por vez primera como Conde de Barcelona, dirigía a Franco desde Lausana el 25 de enero de 1944 con gran dureza, anunciándole, además, la publicación de un manifiesto en el que se expresaran claramente sus diferencias ante la opinión mundial. El momento es de una tensión previa a la ruptura; los acontecimientos y los mensajes se multiplican en pocos días y conviene no perder el hilo para captar bien la situación. La presión aliada sobre España, como muy verosímil preludio de invasión armada, se hacía insufrible en la última semana de enero de 1944 y la primera de febrero. Esta presión iba a aliviarse pronto, pero ni don Juan ni el Gobierno español lo podían adivinar en aquellas semanas. El 2 de febrero, el ministro de Asuntos Exteriores, conde de Jordana, informa en Consejo que las reclamaciones aliadas no son ya más que un pretexto para justificar una inminente intervención militar contra España, y que por tanto su consejo es no ceder, resistir a las presiones, reorganizar el racionamiento ante cualquier eventualidad. De acuerdo con esa sugerencia, el Gobierno español comunica, con acentos dramáticos, el 3 de febrero, que *"está decidido a ultranza a mantener la neutralidad"*. Si los

aliados la violan, quedarán claramente como agresores ante la opinión mundial.

Las declaraciones al diario "La Prensa"

Éstas eran las circunstancias en las que don Juan había dirigido a Franco su carta de desafío y en las que publicaba, el 28 de enero, las declaraciones al diario *La Prensa* de Buenos Aires que difundió inmediatamente, como arma contra España, todo el sistema aliado de comunicación. Las declaraciones tienen todo el aire de un manifiesto, como don Juan había amenazado, aunque se publican en forma de entrevista y en estos términos:

Muchas veces, en visitas protocolarias o en fortuitos encuentros con el Príncipe don Juan, futuro Rey de España, quisimos escuchar de sus labios su opinión sobre la marcha de la política española y sobre las perspectivas de la restauración monárquica que tantos españoles anhelamos.

Me he propuesto —nos decía— *desde que asumí la herencia de mi augusto padre, ser muy parco en manifestaciones verbales. No quiero dar pretexto a que se me acuse de entorpecer, por impaciencias personales, el desarrollo de la vida política de España. Sólo romperé mi silencio cuando estime que con ello puedo prestar un servicio eficaz a nuestra patria.*

Condiciones inadmisibles

Sin duda creyó don Juan que ese momento había llegado hoy, ya que al pedir su venia para hacerle varias preguntas no se mostró opuesto a contestarme.

—¿Qué relaciones existen entre el Gobierno de España y Vuestra Alteza?

—A pesar de cuanto separa a la monarquía del régimen actual, siempre quise que el cambio imprescindible y anhelado por la inmensa mayoría de los españoles se efectuara sin violencia, evitando los dolores

de una nueva conmoción. Pero hasta ahora ni yo ni eminentes personalidades civiles y militares que, en los términos más respetuosos, dieron a conocer su sentir, insistiendo en la urgencia de reintegrar la vida nacional a sus cauces tradicionales, hemos logrado otra cosa que una vaga promesa de Restauración, sometida, además, a condiciones inadmisibles para el ideal monárquico, y a un aplazamiento indefinido. Por muy buena que sea mi voluntad, yo no puedo identificarme, como fui invitado a hacerlo, con los postulados totalitarios de la Falange, ni tampoco prestarme a que la monarquía restaurada aparezca como coronación o remate de la estructura creada por el régimen actual.

Cómo será la monarquía futura

—¿No cree V.A. que las rectificaciones que de algún tiempo a esta parte lleva a cabo el Régimen podrían allanar el camino para un acuerdo?

—No —replica con viveza el Príncipe—. Algunas de esas rectificaciones, beneficiosas para muchos españoles, lo que íntimamente me complace, fueron enunciadas ya como urgentes en mis declaraciones de noviembre de 1942 y sólo tienen el valor de un momentáneo paliativo. Con ellas no se puede suprimir el peligro cierto que para el pacífico futuro de España representa la perduración de un régimen cuya esencia misma no puede ser cambiada. Sólo la monarquía está capacitada para alcanzar la ansiada concordia de todos los españoles; sólo ella puede llevar a cabo, con garantías de continuidad, las grandes rectificaciones que lo mismo en política interior que exterior son necesarias. El régimen republicano y el actual no han conseguido ni conseguirán armonizar el orden con la libertad en el interior ni tampoco podrían ser factores positivos en el orden internacional.

—¿Podría V.A. decirme algo sobre las características y organización de la monarquía futura?

—Comprenderá —me respondió S.A.— que reserve tan importante cuestión para cuando me dirija directamente a los españoles. Pero sí puedo anticiparle que soy contrario a cualquier forma de poder absoluto. La monarquía será un Estado de derecho en el que gobernantes y

gobernados deberán estar sometidos a las leyes, dictadas por la concorde voluntad del Rey y de los organismos legislativos, constituidos por una auténtica representación nacional.

—La certera visión que V.A. tiene de la situación despertará seguramente en España y en el mundo una justificada esperanza, pero ¿no la defraudarán los que ostentan hoy la suprema responsabilidad, persistiendo en condicionar y aplazar el cambio de régimen?

—No lo sé. Hago votos porque no sea así. Aceptando las condiciones que se me ofrecieron, tal vez hubiera logrado anticipar mi acceso al trono; pero estoy persuadido de que entonces la institución monárquica habría revivido en condiciones bien precarias para subsistir y que hubieran podido provocar nuevas convulsiones. Antes que nada y nadie, España. Cada día son más los que comprenden mi decidido empeño en conservar puro, sin contaminación con gérmenes de discordia, el ideal que represento para el momento en que el pueblo español, sin distingos partidistas, se resuelva a abrazarse a él como ancla de salvación [144].

El consejero inspirador de estas declaraciones ha sido muy probablemente Julio López Oliván; a Gil Robles le parecen aceptables pero no suficientemente duras, aunque anota en su diario que la prensa británica las reproduce inmediatamente con elogios. Don Juan se muestra contrario a la monarquía absoluta pero no propone un régimen democrático; la representación nacional que apunta vagamente era, como ya sabemos, de tipo orgánico, y así se ratificará en las *Bases Institucionales* de 1946. Las declaraciones pretenden marcar claramente las diferencias con Franco, pero por lo demás son vagas y genéricas. Pero cuando el financiero Jaime Argüelles visita a Gil Robles el 10 de febrero, le confiesa que: *a quienes no son monárquicos fervientes* (es decir, al noventa y cinco por ciento de los españoles) *les ha parecido malo el momento elegido por don Juan para hacer unas declaraciones contra Franco. Creen que es mía la culpa* [145].

---

144 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 329.

145 GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 79.

La rectificación de don Juan

Este clamor de protesta llegó rápidamente hasta don Juan. Monárquicos o no, a los españoles que conocieron las declaraciones de Buenos Aires (por la emisora británica BBC que mucha gente escuchaba entonces en España cada noche) les pareció muy mal que en un momento de peligro para España, con restricciones durísimas y ante una invasión aliada que se daba por inminente, el pretendiente al trono de España ofreciese tan suculenta materia de propaganda a los presuntos invasores. Don Juan no lo había hecho a propósito, sino por información estratégica deficiente, o porque sus amigos aliados o proaliados (léase Dulles o López Oliván) le habían tendido una trampa. Pero don Juan era, por encima de todo, un patriota y en cuanto advirtió que le habían podido engañar, envió inmediatamente a Franco, el 3 de febrero de 1944, un telegrama de rectificación:

Al Generalísimo Franco.

En carta dirigida a V.E. el día 25 y en recientes declaraciones prensa, previendo complicaciones internacionales que desde hace tiempo vengo anunciando, he fijado mi actitud movido por el solo patriótico anhelo de evitar que en un momento dado las dos únicas soluciones políticas que se ofrezcan a España sean el mantenimiento a toda costa del régimen que V.E. representa, o aqueé que los vencidos en nuestra guerra tratan y tratarán de imponer con concurso extranjero. Confio vuecencia habrá interpretado así mi actitud. Apelo con toda mi alma a su bien probado patriotismo para que, olvidando las divergencias de opinión, lleguemos a un acuerdo que permita la restauración de la monarquía en plazo breve, venciendo así dificultades momento actual y salvando a España de peligros una nueva guerra civil. Obrando este modo estaríamos todavía condiciones defender principios que nos llevaron a levantarnos contra Frente Popular. Mañana será quizá demasiado tarde. Estoy seguro de que Vuestra Excelencia consciente graves peligros que amenazan a España, en su caso lleguen, (sic), ser superadas dificultades hora presente, no habría de negarse considerar única solución que existe perentoriamente interés nuestra patria.

¡Viva España! Juan, Conde de Barcelona [146].

---

146 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 362s.

Don Juan ha advertido, en efecto, que alguien le ha engañado. Trata de salvar la cara con un sincero recurso al patriotismo e incluso vuelve a expresar, después de ignorarla durante mucho tiempo, su identificación con Franco en la lucha contra el Frente Popular. Pero Franco ya no quiere aceptar el diálogo en la Historia sino en la política implacable. Y se dispone a responder separadamente a la carta, las declaraciones y el telegrama de don Juan. El Conde de Barcelona había anunciado y consumado la ruptura en un mal momento para España. Franco va a aceptar esa ruptura.

La respuesta de un soldado

El 7 de febrero de 1944 los soviéticos rechazaban, como sabemos, el plan británico para la invasión de la Península Ibérica. Franco lo supo y lo reveló mucho después, pero en esa fecha lo ignoraba aún. Y fue precisamente en ese día cuando contestó a la carta de don Juan del 25 de enero, que le llegaba a la vez que los primeros ecos del manifiesto de Buenos Aires en las radios aliadas:

A S.A.R. el Príncipe don Juan de Borbón.

Alteza:

He recibido vuestra carta del 25, el mismo día que las radios extranjeras difundían la noticia de vuestras declaraciones a "La Prensa" de Buenos Aires, periódico que (se) viene distinguiendo por su hostilidad hacia España, las que han causado entre los españoles que las conocieron la más amarga de las decepciones. Su publicación en los momentos en que nuestra patria es objeto de injustas hostilidades y de presiones exteriores como consecuencia de la defensa que hace de su independencia y derechos soberanos, viene a darles una mayor gravedad.

Yo os aseguro que esas manifestaciones, expresión clara de la directriz que desde hace más de un año habeis trazado, os divorcian cada vez más del sentir de los españoles y muy especialmente del ideal por el que cayeron esos héroes y mártires que con error invocais en vuestra carta y que como jefe y caudillo que les condujo a la victoria, tengo alguna autoridad para definir. En esto no hay en España discusión, el sentir es unánime en todos los sectores del país: el Ejército, que sabe lo que se jue-

ga en la aventura, la Falange con su espíritu combativo y su ardor juvenil, los excombatientes, los católicos, todo el pueblo sensato y patriota que advierten a lo que nos condujo el liberalismo y han conocido el terror rojo con sus crímenes y checas, no consentirán en España ningún cambio que pueda poner en peligro una paz y una justicia lograda a costa de tantos sacrificios.

Si el 18 de julio, sin apenas medios, preferimos tantos españoles la para muchos loca aventura de lanzarse a la muerte para salvar a España, aun a costa de sensible sangre española, imaginaos lo que haríamos hoy para impedir que, por ambiciones personales o por imposiciones o intrigas extranjeras, se intentara poner en peligro lo que tanto nos ha costado.

Por ello tienen los españoles que lamentar más que cuando las campañas rojas y masónicas intentan provocar en el extranjero susceptibilidades contra nuestra patria, sea Vuestra Alteza quien, con un desconocimiento absoluto de las realidades españolas, justificado precisamente por trece años de ausencia, califique públicamente a nuestro Régimen con juicios erróneos, daño para España y regocijo de sus enemigos.

La Falange no es lo que creeis, ni es partido, ni exótica ni totalitaria más que en el noble sentido tradicional que lo fueron nuestros gloriosos monarcas en los siglos de oro de nuestra historia, precisamente ha adoptado sus emblemas y ha renovado y valorado su doctrina con la aportación de un justo y hondo sentido social.

Nuestro Estado nació con nuestra Cruzada, mantiene desde hace varios años relaciones amistosas con todas las naciones y cuando es hostilizado suele serlo por la defensa que hace de los derechos inalienables de nuestra nación. Ni España se mete con los otros pueblos, le gusten o no, ni permitirá que los extraños le dicten lo que es de su exclusiva soberanía. La unanimidad de los españoles en esto no puede ser más elocuente.

Los cambios que en esos siete años vengo observando en vuestro pensamiento, sujetos a la oportunidad de cada momento, me permiten con-

siderar lo poco arraigado de vuestras convicciones e intentar una vez más, aunque con poca esperanza, el apartaros de un camino que sólo podrá conduciros, en un eventual momento de desgracia de España, que Dios y los españoles no han de permitir, a llegar a ser el Rey efímero de una monarquía estilo griego y no el legítimo soberano querido por la nación.

Nada tema Vuestra Alteza de los vencidos de ayer. No los temimos cuando eran la legalidad, tenían todo el oro, los medios nacionales y el apoyo extranjero; cuando todavía estaban inéditos sus crímenes y su vandalismo ¿Cómo les vamos a temer hoy, cuando el Ejército entero, la Marina, el Aire, la Falange, con más de un millón de militantes, los católicos y todos los poderosos medios de un Estado están leales y firmes en nuestras manos, e incluso los que ayer les (combatían) forman cada día en mayor número en las filas de los convencidos? Al menor peligro España se uniría en una nueva guerra santa.

La monarquía Católica Tradicional, hacia cuya instauración con paso firme y seguro caminábamos y que de no suceder estas desdichadas y públicas intervenciones ya hubiera sido proclamada, es todo lo contrario de la liberal y ecléctica que os están haciendo definir.

Llevamos ocho años trabajando por el resurgimiento de España y la unificación de los españoles; en ellos dimos puestos de honor a los monárquicos, algunos los abandonaron por no encontrar en el Movimiento satisfacción a sus ambiciones personales o a sus egoísmos capitalistas; otros por querer precipitar etapas en un camino que sólo ha de dictar la conveniencia de España. Su divergencia y la Vuestra lo han sido a pesar mío y con daño para la patria. Sois mayor de edad para discernir lo que convenga más a vuestra persona, pero a lo que no tenéis derecho es a echar sombras sobre la monarquía ni a malograr para el futuro un desenvolvimiento normal.

Que Dios ilumine vuestro entendimiento, os perdone vuestros errores y maldiga a quienes os apartan del recto camino.

---

147 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 363s.

No veais en esta carta más que la respuesta leal, clara y sincera de un soldado.

Muy sinceramente

Francisco Franco

Madrid 7 de febrero de 1944 [147].

Se interrumpe la comunicación política

Mediante la carta anterior Franco ha contestado, con especial dureza, a la de don Juan del 25 de enero, enmarcada en las noticias de la BBC sobre las declaraciones de Buenos Aires. La respuesta de Franco reflejaba adecuadamente el ambiente mayoritario de España: la Guerra Civil estaba, por desgracia, demasiado próxima y ante cualquier amenaza de retorno por parte del Frente Popular, la opinión española prefería alinearse con Franco "para una nueva guerra santa" como él decía, que con las inciertas directrices de don Juan. Nunca debe olvidarse, sin embargo, que la opinión española no tenía habitualmente conocimiento directo de las declaraciones y comunicados de don Juan, vetados por la censura, más que a través de la radio británica (que naturalmente no escuchaba más que una minoría) o de la prensa española, que cuando transcribía las comunicaciones de don Juan lo solía hacer entre grandes manipulaciones y, además, enmarcándolas en descalificaciones a veces groseras.

Franco propina a don Juan un golpe muy duro cuando le dice que, a no ser por su actitud, la monarquía estaría ya restaurada en España. Estoy convencido de que eso no era verdad, pero el impacto sobre don Juan fue tremendo y lo acusó en varias declaraciones, incluso muchos años después; lo que pretendía Franco era infundirle desconfianza en sus consejeros, a quienes dedica al final de su carta una maldición de corte bíblico.

Tras esta primera respuesta, Franco repasa despacio las declaraciones de don Juan a *La Prensa* y el telegrama en el que el Conde de Barcelona, al advertir la clara inoportunidad del momento que ha elegido para tales manifestaciones, intenta dar marcha atrás e incluso solidarizarse con

Franco en contra del Frente Popular. Queda con ello don Juan en posición dialéctica muy débil, que Franco aprovecha enviándole un telegrama unas horas después de la carta del 7 de febrero. Lo hace por vía diplomática y con estas palabras, en que le reconoce, por vez primera, el título regio de Conde Barcelona.

El telegrama final

Para el Conde de Barcelona.

Contesto Vuestro telegrama del día 3

Vuestras declaraciones con vistas a agradar al exterior han causado, por el contrario, en España penosísima impresión aun en aquellos ligados a la monarquía por lazos más estrechos, y constituyen una grave nota discordante ante la unidad con la que todos los españoles, no rojos, de dentro y fuera han respondido. Incidentes actuales de la política exterior española son debidos a la defensa activa que hacemos de nuestros derechos soberanos y constituyen el fruto natural de propaganadas apasionadas y de españoles inconscientes, en el mejor de los casos, que les engañan al ofrecerles apariencias de desunión.

Tras este revés dirigido a los consejeros de don Juan y al propio don Juan acusándoles de facilitar falsas apariencias de España al enemigo como munición contra la misma, prosigue el telegrama:

España no está dispuesta a consentir que con motivo de la general contienda puedan desvirtuarse los frutos de la victoriosa Cruzada y defenderá por todos medios, sin contar los días ni los años, nuestra soberanía hasta el último hombre y el último católico (sic).

Instauración de la monarquía hacia la que caminábamos con paso firme y que hubiera sido seguramente proclamada, en servicio exclusivo de España, es incompatible con disidencias y conflictos provocados por grupos monárquicos y por manifestaciones públicas de divergencia y de hostilidad hacia el Régimen creado como consecuencia de nuestra Cruzada, reconocido libremente por todas las naciones.

Mis cartas han tratado, en todo momento, de vencer vuestra obstina-

ción y lamento de todo corazón divergencias fundadas en evidente error del que no quereis salir.

Lo que yo no puedo ni haré jamás es traicionar el espíritu de los que combatieron, convertir a España en una nación vil y no caballerosa, ni hacer lo contrario de lo que, para el mejor servicio de España, mi conciencia y mi deber me dictan. Por mi historia y mis servicios creo merecer una mayor estima a mi capacidad.

Por valija contesto Vuestra carta del 25 de enero. Generalísimo Franco.

7 de febrero de 1944 [148].

Con las dos comunicaciones de Franco fechadas el 7 de febrero de 1944 —la carta y el telegrama— escritas en tono fuerte, como las misivas correspondientes de don Juan, se interrumpe la comunicación política entre los dos hasta después del Manifiesto de Lausana, firmado por don Juan en 1945. Franco y don Juan vivirán el último año y medio de la guerra mundial cada uno por su lado, sin comunicaciones personales directas, completamente enfrentados en público. Mantuvieron, sin embargo, los enlaces privados a través de personalidades del grupo conciliador, como veremos, y también la comunicación privada de cortesía que demuestran los telegramas cruzados en octubre con motivo de la fiesta onomástica de Franco (no por el Día del Caudillo, que es el 1; los telegramas son del 7, del día de San Francisco, el 4, y los transcribe Sáinz Rodríguez a continuación del último telegrama político citado).

Churchill en favor de España

Consumada, pues, la ruptura entre Franco y don Juan, el 7 de febrero comienza para la estrategia monárquica la segunda fase fijada por Kindelán: la fase "Restauración sin Franco". Sin embargo, la presión de los aliados contra España se alivia mucho, como sabemos, desde el mismo día 7 de febrero (fecha de la ruptura entre Franco y don Juan, insistamos) por

148 Ibid., p. 363s.

el veto soviético a establecer el segundo frente en la Península Ibérica. A partir de ese momento, a los aliados les interesa una España favorable para cuando sobrevenga (en aquella misma primavera) la invasión de Francia a través del Canal; quieren asegurar el flanco sur de su nueva estrategia y para ello entablan inmediatamente negociaciones con España, que ha estudiado detenida y documentadamente el profesor Luis Suárez [149]. Las negociaciones llegan a buen fin, se restablecen los suministros de petróleo, alimentos y materias primas a España y el Gobierno español comunica el 2 de mayo siguiente el importante acuerdo conseguido que el historiador francés antifranquista Max Gallo, interpreta como "capitulación formal, victoria de fondo sobre el problema esencial: la supervivencia del régimen franquista y su nuevo reconocimiento como interlocutor por los aliados anglosajones" [150]. Volvía la normalidad en momento bien oportuno: el Ejército Rojo reconquistaba Crimea en el mes de abril; el rey Víctor Manuel de Italia, como le había predicho don Juan en 1941, tenía que abdicar en su hijo el príncipe Humberto, que trataba desesperadamente de salvar la Corona de su anterior identificación con el fascismo; y cuando Inglaterra se estaba convirtiendo ya en la formidable base de partida para el asalto a la fortaleza europea de Alemania, Winston Churchill, que teme ya más a la invasión soviética de Europa que a la resistencia de Alemania, propone el 24 de mayo, en plena Cámara de los Comunes, un auténtico brindis a la anticomunista España de Franco. El historiador Carlos Seco Serrano se refiere a este discurso de Churchill como "homenaje a España". Es una pieza esencial con vistas al inmediato futuro.

De Italia —dijo el salvador de Inglaterra— *uno pasa naturalmente a España, que fue en alguna época el imperio más poderoso del mundo y hasta hoy es una fuerte comunidad en una vasta tierra con una destacada personalidad y una cultura distinguida entre las naciones de Europa. Hay gentes que creen que la mejor manera de expresar nuestra política exterior hacia España*

---

149 L. SUÁREZ, F*rancisco Franco y su tiempo,* op. cit., tomo III, p. 482s; 490s.

150 Cfr. mi biografía de Franco, Planeta 1982, vol. V., p. 171. Cfr. ibid. para el discurso de Churchill que se cita a continuación.

consiste en trazar caricaturas cómicas y hasta ofensivas contra el general Franco, pero estimo que hemos de ocuparnos de algo más que de estas pequeñeces.

Hace historia de la resistencia española a dejarse arrastrar por Alemania y concluye: *Pero el crédito principal es, sin duda, debido a la resolución de los españoles de permanecer al margen de la guerra. Estaban hartos de guerra y querían mantenerse apartados de ella.* Reconoce Churchill que en los meses anteriores al desembarco aliado en el norte de África (1942) *la capacidad de España para causarnos daño alcanzaba su máxima potencia, pero los españoles continuaron mostrándose completamente amistosos y tranquilos*. Compensaron de sobra su apoyo a los submarinos alemanes con su conducta ante Gibraltar. *Siempre reconoceré que España prestó un servicio no sólo al Reino Unido y al Imperio y la Commonwealth británica, sino también a la causa de las Naciones Unidas*. Y se alegra por el final feliz de las negociaciones aliadas con España, *convenio logrado sin atentar a la dignidad de España*.

Para las relaciones entre Franco y don Juan son importantes las frases siguientes de esta importantísima toma de posición de Churchill:

Al mismo tiempo que digo hoy palabras amables hacia España, quiero añadir que espero que ella represente una fuerte influencia para la paz del Mediterráneo después de la guerra. En cuanto a los problemas políticos internos de España, eso es cosa de los propios españoles. A nosotros, como gobierno, no nos compete intervenir en tales asuntos.

Don Juan escribe a don Alfonso de Orleans

En las entradas correspondientes a este período de la guerra mundial, José María Gil Robles trata el discurso de Churchill, que realmente arruinaba toda la política monárquica como si no existiera. Alude al discurso para referirse solamente a los comentarios negativos que suscitó en Inglaterra, pero no lo tiene en cuenta en su consecuencia principal, como tabla de salvación para España. Gil Robles trata de engañarse a sí mismo y a don Juan; está, además, explicablemente obsesionado con la persecución injusta a que Franco le somete, pero encubre bajo la protesta contra esa persecución el tremendo revés que supone el discurso de Churchill

para don Juan y su causa. Y con encubrimientos de la realidad no se hace política, sino que se hunde una política.

Todavía no había fijado Churchill con tanta claridad la nueva posición de los aliados hacia España, cuando don Juan accede a las propuestas de sus consejeros y abre oficialmente la etapa de su estrategia sin Franco con unas instrucciones aparentemente muy enérgicas a su representante en España, don Alfonso de Orleans. Es un documento de gran importancia que lleva la fecha del 14 de febrero de 1944, justo una semana después de que Franco enviara a Lausana sus dos últimas misivas.

Querido tío:

En tu calidad de representante mío en España y para que hagas conocer su contenido a los elementos más destacados de sus clases directoras, te dirijo la presente carta en la que sumariamente expongo las razones que me han obligado a hacer mis recientes declaraciones públicas.

Desde que por renuncia y subsiguiente muerte del Rey, mi padre, don Alfonso XIII (q.s.g.h.), recayeron en mí los derechos y deberes de la Corona de España, pensé dirigirme a mi pueblo haciéndole presente la significación de la monarquía Católica que yo encarnaba y asegurándole de mi decidido propósito de cumplir mis deberes para con la patria por duros que éstos fueran. Sin embargo, no obstante la disconformidad con que me encontraba respecto de la política interna y exterior seguida por el gobierno del general Franco, estimé que era mi deber permanecer en silencio con el fin de impedir que la pública discrepancia mía y de los monárquicos pudiese servir de pretexto para la entrada en España de tropas extranjeras en auxilio de un régimen semejante al de su país, o al desembarco en las costas españolas del otro bando beligerante, facilitado por el desorden interior, convirtiendo a España en terreno de operaciones. Con objeto de que nunca pudiera imputárseme haber sido ocasión de tales males, guardé un doloroso silencio a pesar de los ataques que impunemente se prodigaban a la institución monárquica y a los monárquicos en los discursos oficiales y en la prensa, obediente a las consignas del Ministerio de la Gobernación.

Don Juan interpreta la historia reciente

Un poco más abajo, don Juan acusará a Franco de no considerar sus argumentos. En la versión de los sucesos, don Juan muestra claramente la misma falta de atención a los argumentos de Franco:

En noviembre de 1942, y temiendo las peligrosas consecuencias que para el futuro de España podría acarrear la política exterior seguida por el general Franco, poco compatible con los deberes que exige la neutralidad estricta en la guerra mundial, me resolví a hacer unas primeras declaraciones públicas en las que, después de exponer algunos puntos fundamentales de mi pensamiento, afirmé que la monarquía restaurada mantendría a todo precio una escrupulosa e imparcial neutralidad respecto de las naciones beligerantes.

Meses más tarde dirigí al general Franco una carta insistiendo sobre la urgencia del cambio de régimen, exponiéndole los motivos que en absoluto me vedaban aceptar las condiciones a que él, en su escrito anterior, había supeditado la Restauración. Acceder a esas condiciones —mi comunión con el credo falangista y el aplazamiento de mi acceso al trono hasta el completo logro de sus proyectos de revolución totalitaria, de signo tan contrario al genio español— equivaldría, por mi parte, a la negación de la esencia misma de la monarquía Tradicional española que debe ser un régimen abierto a todos, en el que la adscripción a un partido no atribuirá a nadie ventajas ni privilegios, y por otra parte a hacer inoperante, a priori, la primordial misión que las especiales circunstancias del momento histórico imponen a la monarquía restaurada: la conciliación de todos los españoles. La respuesta a esa misiva mía fue una intransigente reiteración de sus puntos de vista.

La caída del régimen fascista en Italia y las aleccionadoras enseñanzas que para España entrañaba me hicieron dirigir el 2 del pasado agosto un nuevo llamamiento al general Franco, para que, en evitación de males gravísimos para la patria, facilitase la inmediata e incondicional restauración de la monarquía, único medio de impedir los horrores que provocaría un movimiento subversivo triunfante. No fue tan sólo mi voz la que en tal sentido se dirigió al general Franco. No obstante los

riesgos que en los Estados totalitarios presenta el apuntar la más pequeña discrepancia respecto de la política seguida por sus jerarcas, un importante grupo de procuradores en Cortes, designados voluntariamente por el general Franco, entre los que figuraban personalidades de la máxima solvencia en la vida nacional e incluso tres antiguos ministros suyos, dirigieron un escrito al titular del poder supremo exponiéndole, con toda lealtad y respeto, las razones que existían para dar paso rápidamente a la restauración de la monarquía. Poco tiempo después, la casi totalidad de los tenientes generales del Ejército, entre los que figuraban algunos de los que con su voto confirieron al general Franco el mando único durante la Guerra Civil, preguntaron al general Franco, en muy respetuoso y meditado documento, si no creía llegado el momento de dotar a España de sus seculares instituciones monárquicas. Pero tanto estos requerimientos como los por mí formulados, lejos de ser, si no atendidos, al menos apreciados, por la nobleza y patriotismo que los inspiró, no han producido otro efecto que acentuar en la prensa del Estado la campaña de ofensas y ataques contra los monárquicos, la monarquía e incluso contra mi persona.

Las declaraciones recientes

El lector conoce ya todos los documentos citados por don Juan y puede valorar sus contextos reales y sus desenlaces políticos que don Juan nunca cita. Sigamos escuchándole:

Sofocadas ya en flor todas las reacciones pasionales que en mí despertaba tal proceder, y tras profundas meditaciones y extensas consultas a destacadas personalidades de España, estimé que era mi deber dar a conocer al mundo la insolidaridad en la que siempre me he encontrado con el Régimen falangista implantado por el general Franco, resolución que comuniqué al mencionado general en carta del 25 de enero. El 28 del mismo mes recibí al corresponsal en Suiza de "La Prensa" de Buenos Aires a quien hice las conocidas declaraciones que fueron cablegrafiadas al citado diario y a las principales agencias informativas mundiales el siguiente día 29. La providencia quiso que la publicación de mis decla-

raciones coincidiese con la gran presión de que hacían objeto al Gobierno del general Franco, precisamente en ese día, Estados Unidos e Inglaterra. No obstante la elocuencia de las fechas, que a todas luces demostraban cómo mi actitud era anterior y por tanto independiente del aleccionador incidente entre las potencias anglosajonas y el Régimen falangista, creí oportuno telegrafiar al general Franco reiterándole cómo mi actitud obedecía al sólo patriótico anhelo de evitar que, en un momento dado, las dos únicas soluciones que se ofrecieran a España fueran o el mantenimiento del Régimen que él encarna (que tan invencible enemiga tendrá en el mundo de mañana), o la vuelta a aquél que los vencidos de nuestra guerra civil tratan y tratarán de imponer, favorecidos por el ambiente exterior. Al mismo tiempo, apelaba a su patriotismo para que llegáramos a un acuerdo para dar paso a la monarquía, venciendo así las dificultades del momento y salvando a España de los peligros de una nueva guerra civil. La contestación que acabo de recibir, fechada el 7 del corriente, patentiza la absoluta incomprensión que el general Franco padece respecto de las verdaderas necesidades de España y los medios adecuados para preservarla de nuevas desventuras.

Don Juan se identifica con la cruzada

El Conde de Barcelona repite obsesivamente que el régimen de España era un régimen falangista. Evidentemente simplifica: acabamos de ver en un capítulo anterior que según Gil Robles la gran mayoría de los monárquicos estaban con ese régimen y don Juan lo va a experimentar inmediatamente. Pero al no valorar las líneas estratégicas bien previstas por Churchill para la posguerra, cede a una visión apocalíptica que por supuesto no carecía de fundamento, pero no era la de mayor probabilidad ni se presentaba como inevitablemente necesaria.

La prueba es que no se produjo, aunque ciertamente se intentó.

La constante actitud que he venido observando y que acabo de hacer pública la mantuve con el pensamiento puesto tan sólo en los supremos intereses de la patria y olvidando todos los móviles de tipo personal. España necesitaba que sus tradicionales instituciones no quedaran afec-

tadas por el desgaste y los yerros del régimen actual, para que el día en que la quiebra de éste se haga evidente, pueda acogerse a la monarquía, libre de especiales odios y rencores tanto en el interior como en el exterior y en condiciones, por tanto, de impedir el retorno de la República que en nuestra patria, cualquiera que sea su tendencia, no constituye, segun nos demuestra por dos veces la Historia, más que la segura antesala de la anarquía y el terrorismo. Pero para que las responsabilidades del actual régimen no recayeran sobre la monarquía —haciéndola inviable cuando España más la precise— no bastaba con mi personal actitud de alejamiento, sino que se imponía que el mundo entero tuviera noticia de ese deslinde de campo que, por no ser conocido, se consideraba por muchos cosa inexistente.

Es un hecho público que los elementos extremistas de izquierda laboran activamente por el restablecimiento de la República, viéndose alentados en sus propósitos por una nutrida opinión pública en el seno de las Naciones Unidas y no se diga de Rusia. Al amparo del lema guerra a los fascismos atacan a España y al régimen franquista consiguiendo, a medida que el tiempo transcurre, ir familiarizando a mucha gente con la idea de que son ellos los únicos con quienes podrán contar en un próximo futuro las potencias aliadas.

Se impone evitar que el desenlace de la guerra mundial, por culpa de la significación ideológica del actual régimen y de sus dirigentes, haga estériles la sangre copiosa y generosamente derramada por legiones de héroes y de mártires y los sacrificios dolorosísimos prodigados en la Cruzada Nacional. El Ejército y la masa popular que lo alentó y secundó en las memorables jornadas de julio de 1936 se alzaron en espontáneo e instintivo grito de defensa de la Religión y de la patria, gravemente amenazadas; pero en modo alguno en provecho de determinadas personas y tampoco de un régimen totalmente desconocido en aquellas horas y que más tarde, y especialmente a partir del Decreto de Unificación de abril de 1937, se ha intentado estérilmente hacer arraigar en nuestra patria, que en todo momento se ha mostrado refractaria a admitir esas instituciones copiadas y traducidas del extranjero y en pugna con sus mejores tradiciones.

El Apocalipsis según don Juan

De nuevo se intenta confundir el interés y el honor de la patria con el provecho particular de determinadas personas y con el de un partido en trance de muerte segura, no obstante las contradictorias metamorfosis a que se entrega para salvarse a cualquier precio. Es absurdo pensar que en España vuelva a producirse una nueva Cruzada Nacional en defensa del régimen presente, combatido por sus enemigos de dentro y de fuera. No nos encontramos, como alguien interesadamente pretende, con una España unida y homogénea como la que en 1808 se alzó contra los ejércitos napoleónicos en defensa de su Dios y de su Rey. La Guerra Civil que durante tres años ensangrentó el suelo español en lucha fratricida, está aún muy reciente, y son enormes las masas de vencidos que sueñan con la hora de la venganza y aguardan ansiosos la coyuntura anhelada. Tras duros y largos combates conseguimos salir victoriosos en la contienda merced también a la preciosa ayuda de determinadas potencias interesadas en que el comunismo no se asentara en España y al concurso de otras naciones menos inclinadas a nuestro favor pero que no obstante nos suministraron el petróleo y otros elementos, sin los cuales nos hubiera sido imposible salir victoriosos, aunque cierto es que siempre nos hubiera quedado el recurso de morir heroicamente como los defensores sublimes de Santa María de la Cabeza.

Los mismos valientes guerrilleros yugoslavos del ya conocido en España mariscal Tito, que tan insospechados admiradores tiene en nuestros medios oficiales, no podrían a la larga subsistir si no contaran con las ayudas presentes y futuras de otras potencias poderosas. Pienso en lo que sería, en la trágica hipótesis de una nueva guerra civil en España, del bando que contase con la enemiga y desasistencia del mundo entero.

Los intereses de la patria y, confundiéndose e integrando aquéllos, los intereses peculiares de la Iglesia, el Ejército, la Universidad, la Magistratura, la Industria, el Comercio, la Agricultura... y también los de las clases populares y obreras, exigen que no se regateen sacrificios y esfuerzos para impedir que la anarquía y el terror extremista vuelvan a enseñorearse en nuestra patria. La anarquía y el terror no benefician a

nadie. La caída del régimen presente —imposible de evitar en caso del triunfo aliado— traería aparejado el extremismo terrorista como secuela obligada de la República, que forzosamente se implantaría de no existir en condiciones de viabilidad la solución monárquica para cortarle el paso. Es preciso que los españoles y el mundo se percaten de que además del totalitarismo y la anarquía republicana existe la solución monárquica, única capaz de conjugar la tradición con el progreso y de armonizar el orden con la libertad. No se trata de una tercera España, sino de la España eterna que el mundo admiró envidiosa en los días de San Quintín y Lepanto y volvió a admirar, estremecido de asombro, durante el angustioso asedio del Alcázar de Toledo.

No se me oculta que es posible existan gentes que tilden de poco patriótica mi actitud en estos momentos, e incluso pueda haber sectores respetabilísimos que de momento se indispongan conmigo; pero el riesgo de ser objeto de tales críticas y víctima de pasajeros desvíos, por dolorosos que éstos me sean, no puede constituir un freno que me haga eludir el cumplimiento de mis gravísimos deberes para con España. El tiempo se encargará de ir abriendo los ojos a mis detractores de hoy, y cuando los acontecimientos históricos que acompañarán al final de la contienda mundial y las repercusiones de éstos en nuestra patria les hagan patente la inevitable caída del general Franco y del régimen nacional-sindicalista, todas las almas nobles y capaces de vencer los impulsos del orgullo lastimado bendecirán la hora en que me resolví a incurrir en sus censuras y angustiados apelarán a la monarquía, a la que tratarán de asirse como a providencial tabla de salvación.

Que los monárquicos dimitan... si quieren

Claramente definida mi insolidaridad con el régimen actual, sería lógico que los verdaderos monárquicos no continuaran colaborando con él, pero siendo mi deseo no originar perturbaciones en la vida nacional en las difíciles circunstancias actuales, ni lesionar tampoco los intereses privados, me limito, por el momento, a declarar que quienes sigan desempeñando cargos oficiales de carácter público lo harán a título personal y

sin que de su colaboración con el Régimen pueda hacerse responsable a la monarquía.

Quiero aprovechar esta ocasión para salir al paso de un persistente rumor relativo a una absurda y antipatriótica maniobra para desacreditar y hacer imposible la solución monárquica confundiéndola, mediante un imposible y extemporáneo maridaje, con la fracasada nacional-sindicalista. Me refiero al propósito que se dice abrigan determinados sectores del falangismo de disfrazar ante el mundo el régimen presente con las apariencias y nombre de monarquía, que estaría encarnada bajo el título de Regencia por el propio general Franco. Desde ahora denuncio esta maniobra y protesto con toda energía contra quienes en estas horas decisivas no sólo caminan ciega y confiadamente al abismo, sino que además pretenden arrastrar consigo a la monarquía, que es la única solución duradera y viable a que puede acogerse España si ha de salvarse de los males y ruinas, sin cuento, que la amenazan. De tomar mayor cuerpo tales propósitos, me apresuraría a desenmascararlos en manifiesto dirigido al país.

Pidiendo a Dios que te asista en tus trabajos, recibe el abrazo de Juan [151].

La perplejidad del infante de Orleans

Don Alfonso de Orleans, tan inteligente como leal a la monarquía (lo había demostrado al ser uno de los poquísimos militares que dejó la carrera al sobrevenir la República en 1931), se quedó perplejo ante esta larga carta de su sobrino don Juan, que de momento ya se había contagiado por la tendencia de Franco a escribir cartas farragosas y reiterativas. Por una parte, era el representante de don Juan; por otra, era también general de división a las órdenes del Generalísimo.

Tuvo que advertir en esta carta (que he querido reproducir íntegra por el delicadísimo momento en que se escribe) actitudes contradictorias e incoherentes, como si el borrador se debiera a dos plumas mal conecta-

151 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *La Monarquía...*, op. cit., p. 330s.

das, la de Oliván y la de Vegas. Por una parte, don Juan insiste en su noble propósito de reconciliar a los españoles; por otra, se adscribe de nuevo con entusiasmo exaltado al bando vencedor de la guerra civil; habla de nuestra victoria, apoya el Alzamiento y se emociona con el Alcázar de Toledo. Lo apuesta todo al hundimiento del Régimen con la victoria aliada y demuestra una lamentable falta de información sobre el viraje que los aliados ya han dado en favor de Franco después del veto soviético al segundo frente en la península. Era muy difícil que don Juan conociese el veto soviético, pero sus contactos diplomáticos bien habrían podido informarle de que ya había negociaciones abiertas entre España y los aliados para superar las terribles presiones de signo estratégico que habían estado a punto de preceder a la invasión de España. En fin, las descripciones de don Juan sobre una posible guerra civil en España, con el mundo entero apoyando ahora a los vencidos, demuestran una palmaria ignorancia de lo que pensaba Churchill, en ese momento, acerca del peligro comunista en Europa.

Leída la carta de don Juan con la perspectiva que nos da el discurso de Churchill sobre España del siguiente 24 de mayo en los Comunes, se diluyen dramáticamente las previsiones del Conde de Barcelona, cuyo propósito, sin embargo, de ofrecer una alternativa a los vencedores entre Franco y el Frente Popular debe reconocerse como altamente patriótico aunque no como clarividente.

Entre el recuento de cartas que hace don Juan no figura la propuesta monárquica formal de una Regencia del Movimiento, de la que ahora abomina, pero el lector la recuerda muy bien.

Y por fin la sugerencia de don Juan para que los monárquicos dejasen sus cargos oficiales en España, y luego añadir que los podrían conservar si les parecía mejor transparentar una indecisión impropia de quien escribía y ordenaba como Rey. Nadie le hizo caso, ni siquiera el propio don Alfonso.

Los monárquicos formaron otro Comité

Eso sí, los monárquicos formaron, a raíz de la ruptura de febrero de 1944 entre Franco y don Juan, otro Comité en el que don Juan vería después

un esbozo de Consejo Privado para asesorar a don Alfonso y suplirle durante sus ausencias en Sevilla, donde seguía desempeñando el mando de la Región Aérea. Formaban el Comité el conde de los Andes, los señores Ventosa, Valdecasas, Tornos y Carrascal, éste como representante de Acción Popular que según Gil Robles disponía de una fuerte organización en toda España, lo que resulta bastante exagerado. A Gil Robles, como a don Juan, se le había olvidado la Guerra Civil, aunque don Juan la evoque para halagar a los militares; y sobre todo se les ha olvidado lo que ellos habían hecho y escrito durante la Guerra Civil. A Gil Robles se le notará ya siempre que su vida auténtica había sido la de su espléndida actuación en la República; creía que ése era, bajo forma de monarquía, el futuro, pero era el pasado. En su entrada del 21 de febrero, Gil Robles piensa que el problema de los carburantes iba para largo, cuando realmente se estaba solucionando ya, y nada dice de los contactos entre don Alfonso de Orleans y el general Franco.

Pretendía don Juan que al menos su tío, el infante, dejase el mando de la Región Aérea y así se lo pidió en carta oficial fechada el 14 de febrero de 1944, junto a la carta-manifiesto que hemos transcrito. Don Alfonso se negó por las buenas. *Resolviste* —le recriminó luego don Juan al despedirle en 1946— *no seguir mis indicaciones, continuando en situación militar activa.* Don Alfonso había pretendido justificarlo donosamente: "Refiriéndome a mi mando en Sevilla, puedes comprender que obraré exclusivamente en provecho del servicio al Rey. Si no viene la monarquía antes de que se acabe la guerra, vendrá el caos y me cortarán el cuello sea o no general".

El 29 de febrero, el infante escribió una breve carta a Franco en la que le reprochaba su visión de una Restauración falangista pero sin exigencias: "Con todo el cariño y leal compañerismo de nuestros viejos tiempos de la Academia, te ruego encarecidamente reflexiones si te es posible modificar tu criterio". Había mantenido, durante su última estancia en Madrid, una entrevista con Franco en la que convinieron que mantuviera el mando de Sevilla; entonces prometió al Caudillo enviarle la carta que había recibido de don Juan, como su representante, y ahora cumplía la promesa. Ni qué decir tiene que la carta de don Juan era un arma pode-

rosa en manos de Franco, que la utilizó en una nueva ofensiva contra don Juan y sus consejeros [152].

Dejamos para el siguiente capítulo los detalles de esa ofensiva. Ahora nos interesa recalcar que la nueva actitud de los aliados, ignorada por don Juan y los suyos, hasta que reventó ante todo el mundo con el discurso de Churchill, era para Franco la baza principal en su lucha de aquella primavera para mantener el poder.

152 Cfr. para los contactos Franco-Orleans mi citada biografía de Franco, tomo V, p. 165.

La boda de don Juan de Borbón con doña María de las Mercedes de Borbón y Orleans en Roma, durante el exilio, el 12 de octubre de 1935. La Reina Victoria Eugenia no asistió. Don Juan dirigió a sus partidarios un primer manifiesto de carácter antidemocrático.

(Izquierda) El rey Alfonso XIII con su hijo don Juan de Borbón, primero y único de los infantes varones que había nacido sin la terrible tara de la hemofilia.
(Arriba) Don Juan sentó plaza como soldado de Ingenieros pero se vistió varias veces, en su adolescencia, como marino. Con sus padres, en un acto oficial junto a su hermano menor don Gonzalo.

La Reina Victoria Eugenia, con el Príncipe de Asturias y los infantes don Juan y don Gonzalo en las carreras de caballos.

Don Juan de Borbón conoció, desde su primera juventud, la incapacidad de sus dos hermanos mayores para reinar y supo, por uno de sus profesores, que la herencia de la Corona iba a recaer en él.

(Arriba) Don Juan de Borbón jura bandera en la Escuela Naval de San Fernando en 1930. Treinta y cinco años después envió esta foto a su hijo, que juraba bandera en Zaragoza.

(Derecha) Don Juan de Borbón con uniforme de guardiamarina en la Escuela Naval de San Fernando. Luego seguiría su carrera en la Armada británica y la culminó en la española como almirante por nombramiento de su hijo,

Palazzo Torlonia
Via di Bocca di Leone
Roma. 21-3-37.

Sr. Dn. Fermín Yzurdiaga,
Pamplona.

Muy señor mío;
Fortuitamente ha llegado a mis manos el primer número de la revista "Jerarquía" que Vd. tan acertadamente dirige y editada por la Junta de Prensa y Propaganda de Falange Española, y mucho le agradecería diese las órdenes para que se me incluya en la lista de suscriptores.

Me ha sido gratísimo hallar en el estilo joven y nuevo de sus páginas la voz de una España grande que renace, eco de la Patria inmortal.

En espera de que me remitirán puntualmente la revista y que me indicarán el procedimiento de pago de la suscripción, con un "¡Arriba España"! se despide su afmo.,

Juan de Borbón

Extraordinario documento facsímil, que se publica por primera vez en este libro , y que –unas semanas antes de la Unificación decretada por Franco– demuestra la adhesión, adquirida por conocimiento propio, de don Juan de Borbón a la Falange de José Antonio.

Don Pedro Sáinz Rodríguez, con camisa azul y correaje de jerarca falangista en 1938. Había sido delegado nacional de Educación de FET y de las JONS y ardoroso defensor de la democracia orgánica en sus escritos. Cuando se convirtió en consejero de don Juan y máximo antifranquista de Estoril, siguió durante décadas sin ser demócrata.

Don Pedro Sáinz Rodríguez, ministro de Educación Nacional en el Gobierno formado por Franco a fines de enero de 1938, revista las tropas antes de presidir un homenaje a su maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo.

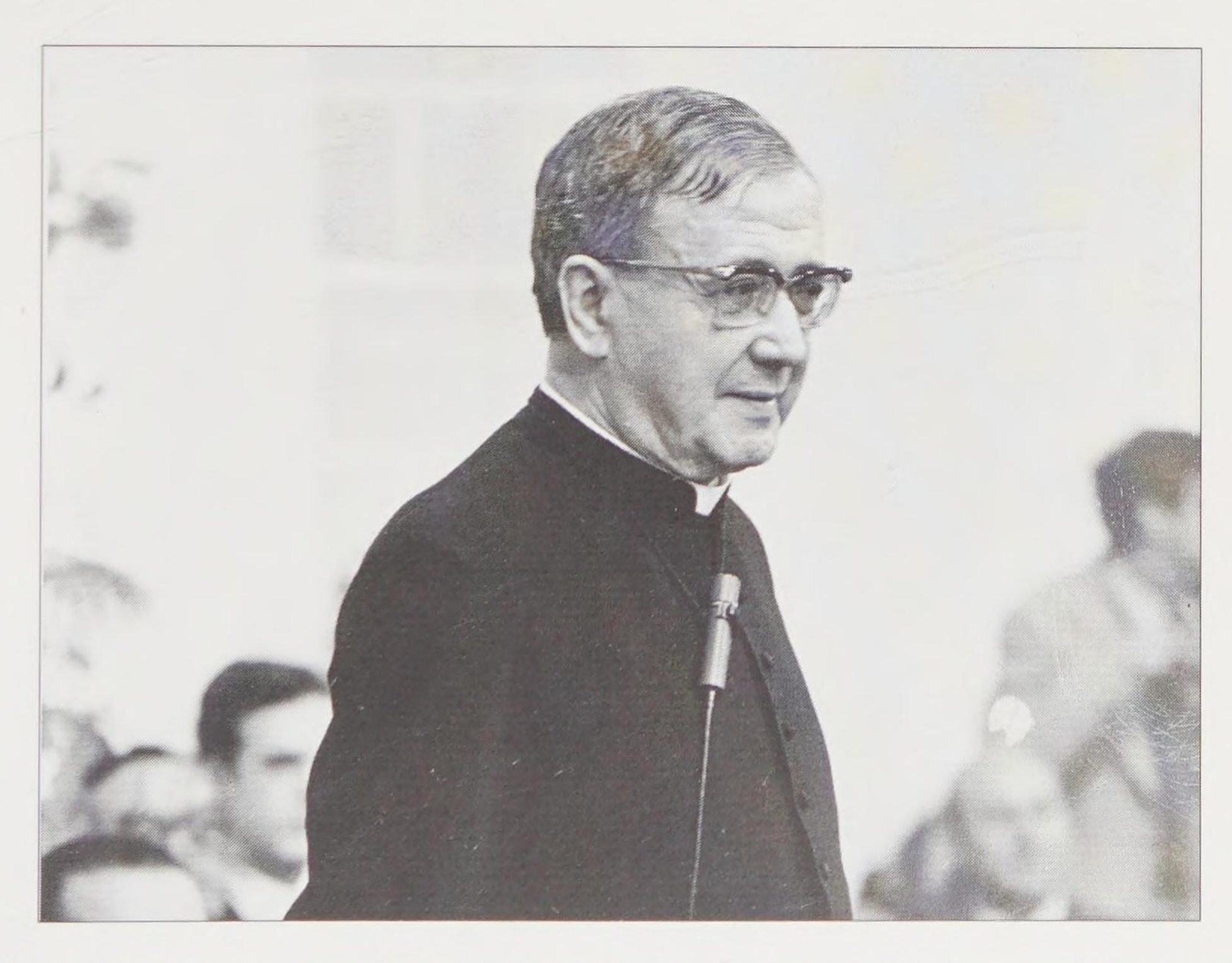
(Iizquierda) Don Juan de Borbón joven. Poco después de que asumiera, a la muerte de su padre Alfonso XIII, el título de conde de Barcelona, Franco le ofreció formalmente la sucesión en la jefatura del Estado a título de Rey. No aceptó por falta de flexibilidad y por incompetencia de sus consejeros. Su hijo tuvo esa flexibilidad y contó con un consejero de mucha mayor altura, Torcuato Fernández Miranda. Por eso fue Rey.

(Derecha) Don Juan de Borbón al timón de su yate Saltillo con el que cruzó el Atlántico y recorrió el Mediterráneo y el Mar del Norte. Era un consumado marino y siempre buscaba en los caminos de la mar el nuevo horizonte donde encajar sus frustraciones en la tierra.

Entre don Juan y su hijo don Juan Carlos actuó a partir de 1948, cada vez con más eficacia, lo que hace muchos años llamé "pacto dinástico", confirmado en muchas fuentes posteriores, como el libro de conversaciones del Rey con Villalonga y el de Pilar Urbano con la Reina. Consiste en que debería llegar a la Corona quien, en su momento, estuviese mejor situado de los dos para alcanzarla. Hoy todo el mundo lo admite, pero el profesor del Opus Dei Luis Suárez, experto en arremeter contra lo que ignora, trató de negarlo gratuitamente. Espero que a estas alturas ya se haya desengañado.

La famosa foto de Franco y don Juan en el yate Azor tomada en aguas de San Sebastián durante el verano de 1948. Era la ruptura de don Juan con sus consejeros, a quienes puso en ridículo, y su convenio con Franco para que el príncipe Juan Carlos realizara su educación en España.

La última reunión del que Franco llamaba "consejo de rabadanes" de don Juan, celebrada en Lausana en vísperas de la muerte de Franco; don Juan estuvo allí con Pemán, Sáinz Rodríguez, el conde de los Gaitanes y Luis María Anson. Este último no ha perdonado que don Juan perdiera su larga batalla con Franco y mediante un acto de prestidigitación, la quiere convertir en una victoria. Vano empeño, la Historia es como es.



Los jesuitas rechazaron expresamente las insistencias de don Juan para que se hicieran cargo de la educación del príncipe Juan Carlos, pero el Opus Dei (en la fotografía, su fundador, el hoy beato Escrivá) se esforzó en adquirir posiciones de influencia cerca del Príncipe y la Princesa. En este libro detallamos los curiosos procedimientos de que se valió el Opus para lograrlo. Después, el Opus Dei censuró sin piedad la cuarta y última edición del libro de Pedro Sáinz Rodríguez con más de treinta tachaduras. Yo incluyo en este libro todos los fragmentos que el Opus Dei quiso tachar.

Don Juan y doña María de Borbón, condes de Barcelona, al final de la vida de don Juan. No hay cosa que más me subleve como historiador que las falsificaciones edulcoradas de los cortesanos, incluso de otros historiadores, sobre la vida personal de la realeza; algún debate he mantenido con el profesor Seco Serrano sobre el particular. Doña María ha sido en todo momento una dama ejemplar; don Juan de Borbón, no tanto.En cualquier caso, siempre guardaron la formas; se comportaron, como se dice con horrible término, como "profesionales".

Don Juan con su nieto el príncipe Felipe en un acto de la Marina.

La Renuncia de 1977, ofrecida por el conde de Barcelona a su hijo el Rey en mayo de 1977. Fue un acto generoso y noble, pero completamente innecesario; por eso no asistieron a él el presidente Suárez ni el presidente de las Cortes, Fernández-Miranda. Si, como dice Anson y algún otro ultrajuanista desorientado, don Juan era Rey de derecho, entonces desde noviembre de 1975 a mayo de 1977 don Juan Carlos fue un ursupador.

Navarra

DECLARACIONES DEL CONDE DE BARCELONA A DIARIO DE NAVARRA

Don Juan de Borbón: «Mi estado de ánimo es bueno. No sufro»

”

- «El Rey se interesa por mi salud y yo por el estado de salud de España»
- «Veo a España mal, algo desgarrada y con su unidad amenazada»
- «He visto siempre a los navarros como un pueblo muy español y lleno de hombría de bien»
- «La vejez es ley de vida, pero mi espíritu sigue siendo joven»
- «El dolor físico es más llevadero que el moral»

“

Don Juan de Borbón convalece este otoño en la Clínica Universitaria de Navarra. El verano quedó atrás y, con él, sus escapadas a mar abierto en el yate «Giralda». A ratos, cuando el sol se impone a estas lluvias de octubre, don Juan pasea, pero ya tierra adentro. Leyre, Javier, Eunate... Le interesa al Conde de Barcelona el patrimonio histórico, artístico y, mucho, el religioso de esta tierra que pliega hoy vendimias en la Zona Media y en la Ribera.

Don Juan está permanentemente acompañado en Navarra. El capitán de navío, Teodoro Deleste, no se aparta ni un momento del padre del Rey don Juan Carlos. Siempre a su lado. Camino de Leyre o, esta misma semana, camino de Madrid, de ese cementerio de El Escorial donde el Conde de Barcelona se despidió por segunda vez de su hijo menor, el infante don Alfonso, enterrado, por fin, en tierra española. En el país donde Don Juan, hijo de Alfonso XIII, estaba llamado a reinar al frente de una Corona a la que renunció en mayo de 1977 en favor de su hijo, Juan Carlos I y por la convenciencia de España, la patria que le enseñaron y ha llevado en su corazón.

A su lado, siempre la familia. A diario, por teléfono. Cada pocos días, en visitas. Desfilan en este otoño por Pamplona su esposa, sus hijos y sus nietos. El Rey de España, al frente y el primero en estas reuniones y contacto estrecho que mantiene la familia Borbón.

Y entre visitas y excursiones, horas de lectura y de reflexión para el Conde de Barcelona. También de recuerdos de sus 79 años. Algunos de ellos, para DIARIO DE NAVARRA. Don Juan de Borbón aceptó desgranarlos para nuestros lectores.

puestas, íntegras, a las preguntas que le presentó este periódico.

El ánimo y la familia

—Señor ¿Cómo está? ¿Cuál es su estado de ánimo?

—Mi estado de ánimo es bueno, no sufro.

—Un poco ajetreado, quizá, los últimos días con tanta visita. Pero tiene que producir una gran alegría sentirse arropado por los suyos en momentos difíciles o, al menos, no todo lo cómodos y agradables que uno quisiera...

—En efecto, he tenido muchas visitas, pero no me han cansado.

—El Rey estuvo con Su Alteza hace poco. ¿Cómo fue el encuentro? ¿Qué le dice un padre a un hijo y qué le dice un hijo a un padre en ocasiones como ésta?

—Cuando unas relaciones son cordiales se habla de todo y, como comprenderá entre un padre y un hijo hay muchas cosas que hablar. El Rey se interesó por mi salud y yo por el estado de salud de España.

—El gesto de ir al aeropuerto a recibir a su esposa define mucho de su caracter.

—Fui a recibir a Doña María por cariño y agradecimiento, puesto que Ella se desplazaba desde Madrid.

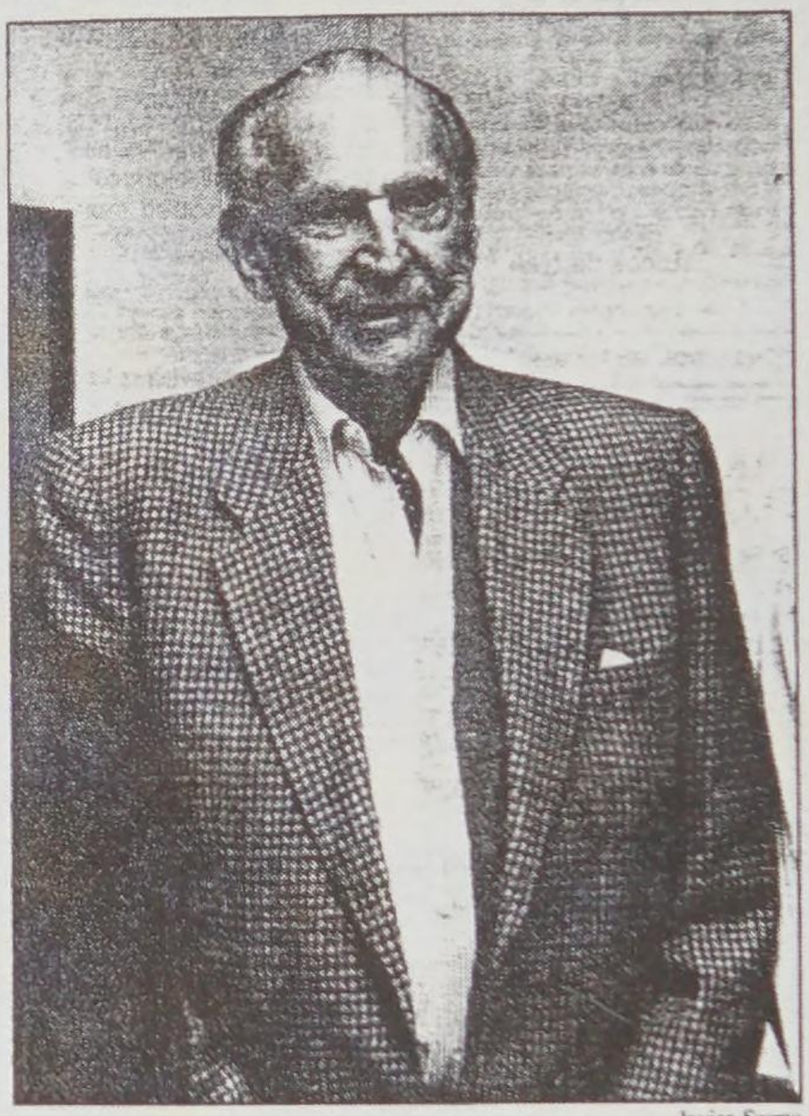
Visión de Navarra

—¿Qué tal le estamos tratando los navarros? ¿Como para venir tranquilo siempre que lo necesite?

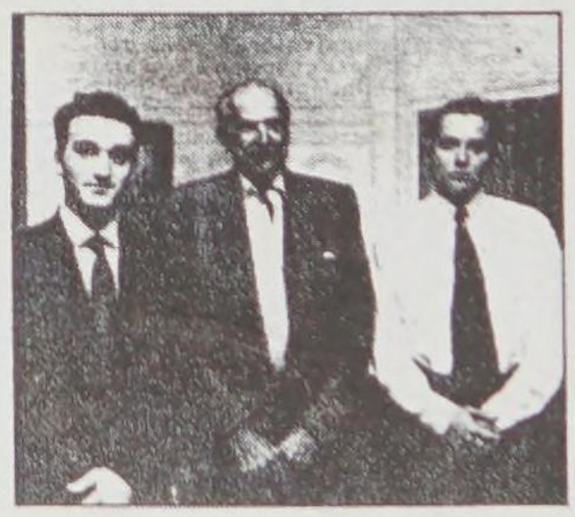
—Por supuesto que sí, me encanta venir aquí. He venido con frecuencia y siempre me han tratado muy bien.

—¿Cómo nos ve a los navarros? ¿Cómo nos ha visto a lo largo de su vida? Haga un retrato del navarro, si le parece.

—He visto siempre a los nava-



Don Juan de Borbón en la Clínica Universitaria — Javier Sesma



Javier Sesma
El conde de Barcelona con dos redactores de Diario de Navarra: Javier Errea -izquierda de la foto- y Santy Mendive

otoño que es aquí generalmente frío, desapacible. ¿Cómo lo lleva? ¿Qué sensaciones le produce ver caer las hojas y el agua de las tormentas: nostalgia, tranquilidad, desasosiego...?

—El clima de Pamplona no me parece tan malo y el colorido es bonito, pero significa que se acaba el verano que es la época en que navego con el «Giralda».

—Los últimos días ha visitado alguno de los rincones más bonitos de Navarra. Al menos, algunos de los más famosos ¿con cuál se queda? ¿Por qué? ¿Qué le dijo ese lugar?

—Javier me hizo mucha impresión y también Leyre. En general Navarra posee unos vestigios his-

Patria y religión

—¿Y no tendría ganas de olvidarse de su posición por un momento, salir a la calle y comprar unas castañas calentitas, recién hechas?

—Toda mi vida he hecho una vida normal y he paseado por las calles de las ciudades y pueblos de España con toda tranquilidad.

—¿Qué le gustaría hacer esta tarde de otoño en Pamplona que no ha podido hacer con intimidad, en el anonimato, en toda su vida?

—Nunca he dejado de hacer lo que he deseado. He salido de compras, he ido a los restaurantes y es muy gratificante mezclarse con el pueblo.

—¿Es llevadera la vejez para un hombre como Su Alteza que ha vivido tanto, que ha viajado tanto, que ha conocido a tanta gente?

—La vejez es ley de vida y hay que soportarla igual siendo persona Real o del pueblo, pero mi espíritu sigue siendo joven.

—¿Y el dolor? ¿Qué es el dolor para Don Juan?

—Es un sentimiento muy amplio. El dolor físico es más llevadero que el moral.

—Mírese por un instante y díganos qué ve, ¿qué hombre ve?

—Una persona católica, practicante, y profundamente creyente, con una devoción Mariana acentuada.

—Haga un balance de lo que ha sido su vida hasta ahora, de lo que se arrepiente y de lo que no se arrepiente.

—Mi vida se la he dedicado plenamente a España y con sumo gusto volvería a repetir todas las decisiones que he tenido que adoptar.

—Haber renunciado a la Corona en un momento determinado de su vida es un gesto que le honra. A pesar de todo, y de que ya lo explicó suficientemente ¿le hubiera gustado ser Rey de todos los españoles?

—Pues sí, fue mi vocación, para lo que me educaron y para lo que viví, pero renuncié plenamente porque era para el bien de España.

—¿Ha sido la suya una vida feliz?

—Plenamente feliz no lo ha sido nadie. Ha habido momentos buenos y momentos malos.

Don Juan y España

—¿Qué le ilusiona ahora mismo? ¿Cuál es su mayor esperanza? ¿Con qué sueña?

—Que a pesar de las dificultades, que con la colaboración, el esfuerzo y la renuncia de todos consigamos que España siga para adelante.

—¿Deben los personajes como Su Alteza renunciar a la felicidad por razón de su situación?

—Todos los hombres en cualquier situación deben de renunciar a algo, y yo creo que no he sido una excepción.

—¿Cómo ve hoy España un hombre que ha dado tanto por ella?

—La veo mal, algo desgarrada y con su unidad amenazada.

—¿Le debe algo España?

—España a mí no me debe nada. La he dado lo que he podido.

—¿Le ha tratado injustamente la Historia? ¿Cree que no se le ha entendido?

—Encuentro que no. En la historia de cualquier nación siempre se producen situaciones que no son bien entendidas por la pasión del momento. Con una actitud reflexiva y desapasionada podemos comprender todas ellas, y siempre con un fin último, el bien de la Patria.

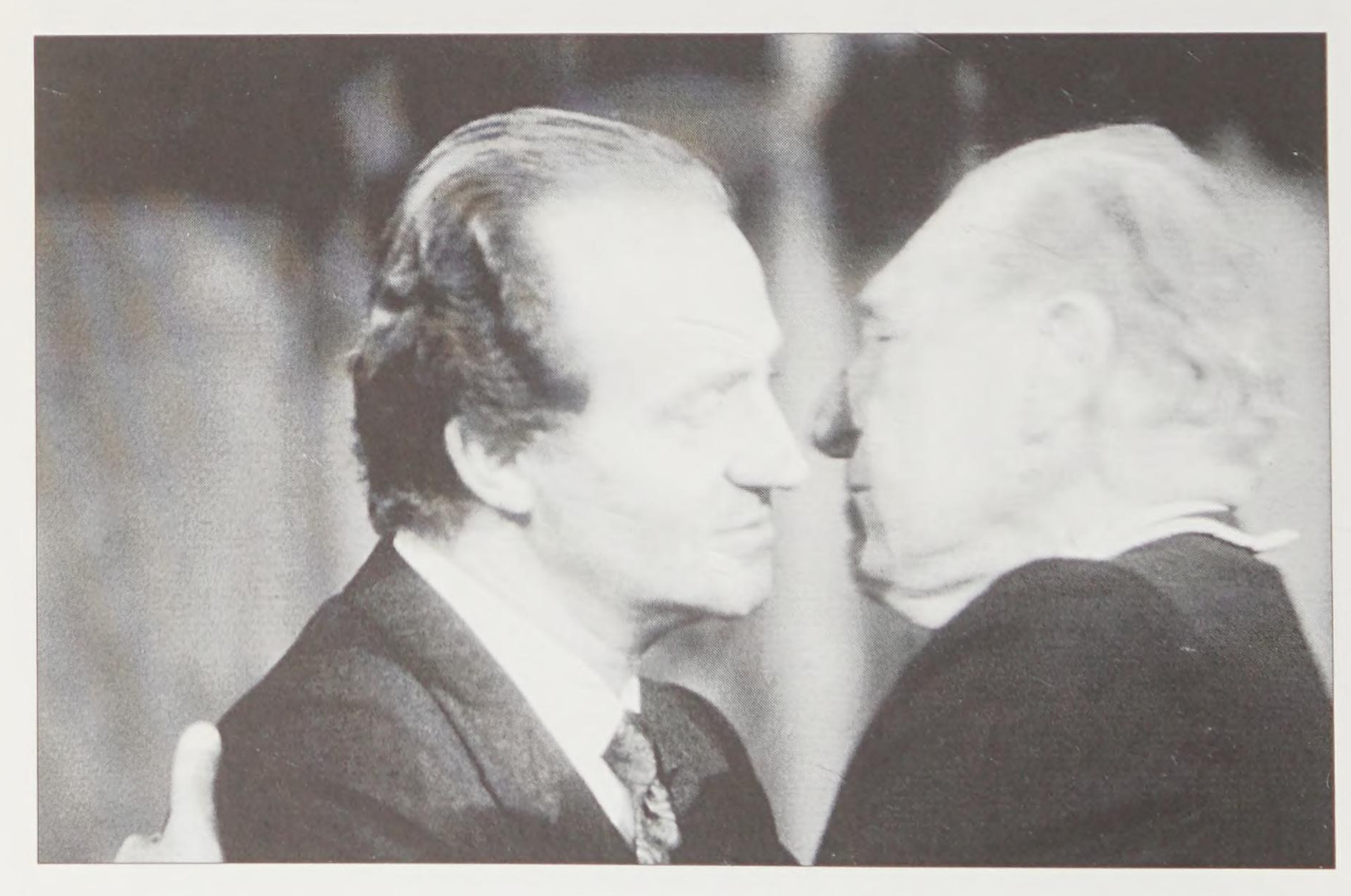
—La próxima vez que vuelva a Navarra, ya repuesto, ¿Qué comerá

El testamento de un Rey: admirable declaración final de don Juan de Borbón al *Diario de Navarra* que el *ABC* censuró como solía hacer con las grandes declaraciones del mismo personaje en los buenos tiempos de Franco.

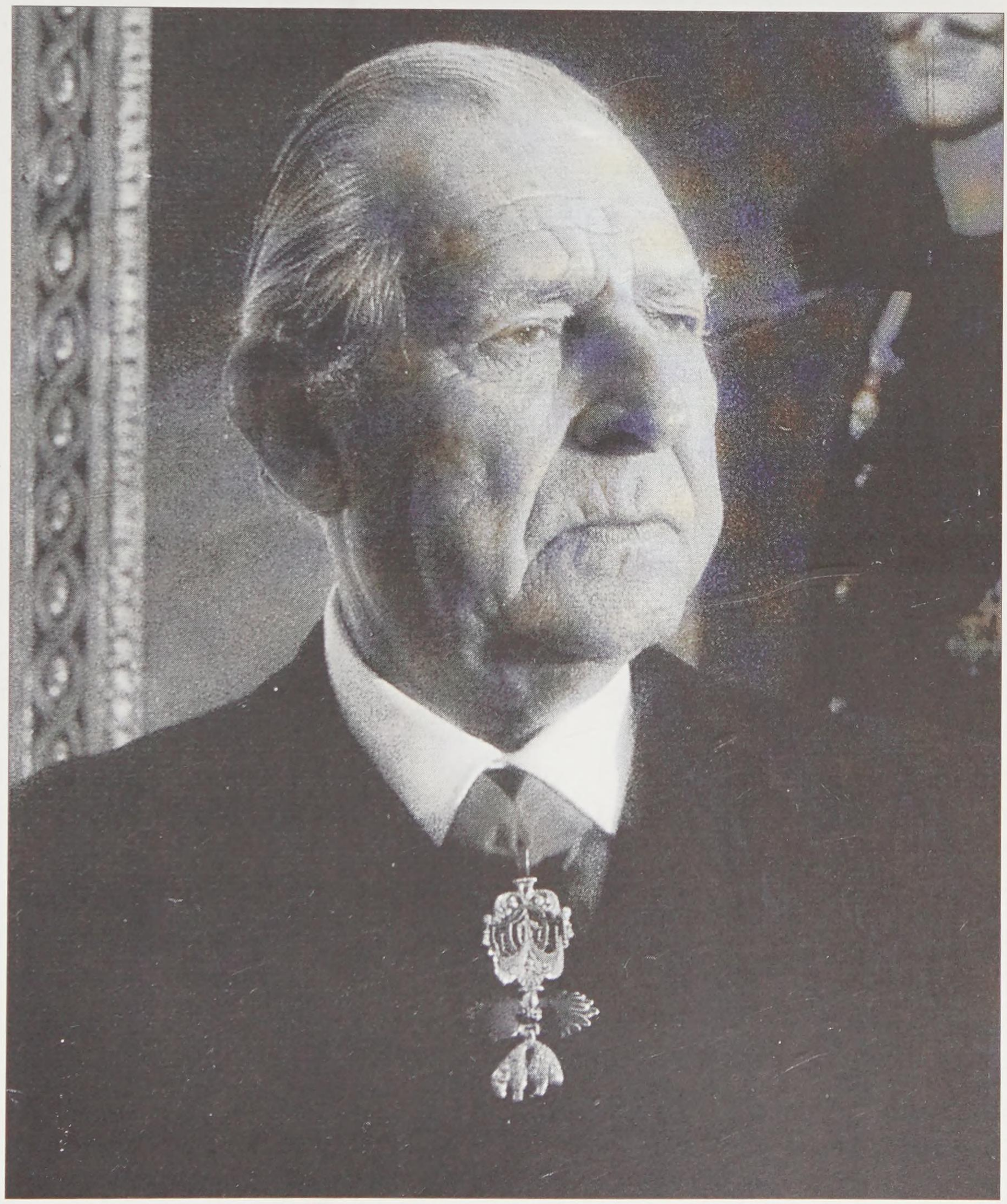
Bodas de oro de los condes de Barcelona en 1995.

Los últimos pasos de don Juan con su hijo el Rey Juan Carlos I.

Una de las fotos de don Juan de Borbón en su última época; toda la durísima experiencia de su vida en la concentración de la mirada.



Varios personajes históricos pretendieron separar a don Juan de su hijo durante la vida de los dos. En el fondo, nunca lo consiguieron, pese a ciertas dolorosas experiencias.



Don Juan con la insignia del Toisón que el emperador Carlos V transmitió a la Casa de España en el siglo XVI. Un día se lo ofreció a Franco, que lo rechazó desabridamente.

La Reina entre don Juan y don Juan Carlos. El libro de Pilar Urbano aclara cosas importantes sobre la relación entre los tres; oscurece otras.

Que un Rey de la Casa de Borbón ocupe el trono de su padre en vida de su padre no es una excepción, sino casi una regla en España desde el 19 de marzo de 1808, cuando Fernando VII bajó del trono a su padre Carlos IV. Que luego el rey marginado se lleve tan bien con quien ocupó su trono es excepcional, pero se ha dado en el caso de don Juan y don Juan Carlos.

Capítulo XVII
Bajo la sombra de Yalta

FRANCO Y DON JUAN han interrumpido toda comunicación política directa a partir del 7 de febrero de 1944. Franco, como hemos visto en su última carta y en su último telegrama de esa fecha, está profundamente disgustado con don Juan: pero nótese bien, aún no le ha excluido formalmente de la sucesión; su última carta es todavía un último esfuerzo para mantener la ya averiada coincidencia en el futuro. Sin embargo, el contacto político, cortado en el plano personal, se continuó mediante el conjunto de enlaces personales, una sucesión de personalidades que desde la Guerra Civil se empeñaron en evitar la ruptura completa entre Franco y don Juan porque estaban convencidos de que la Restauración sólo podría recaer en la dinastía de Alfonso XIII, y de que la monarquía jamás podría retornar a España sin la decisión de Franco. Suele prestarse mayor atención a otros personajes que ostentaron oficialmente la representación de don Juan en España o la dirección y asesoramiento de la causa monárquica en Lausana y en Estoril. Pero los verdaderos artífices de la Restauración no fueron los representantes y los consejeros, sino el que he llamado en otro capítulo "equipo de enlaces", que en los días difíciles de 1944 estaba representado por José María Oriol.

Subirse al carro de los vencedores

Cuando Sáinz Rodríguez recuerda a don Juan el nombre de Oriol, el Conde Barcelona asiente y responde: *Éste tuvo su primera actuación en el 44*. Y don Pedro apostilla que *fue quien más empeño tuvo en que Vuestra Majestad viniese a Portugal*[153]. Sabemos, sin embargo, por capítulos anteriores, que las gestiones de Oriol empezaron antes de 1944 y se mantuvieron después. Franco le estimaba por su ascendencia en el campo tradicionalista y en el mundo financiero e industrial del norte y de Madrid. Conviene subrayar la actuación de los enlaces: me refiero a los enlaces serios y no a los lunáticos como Rafael Calvo Serer, de quien hemos referido ya la primera hazaña y, como veremos, no sería la última.

En aquella primavera de 1944 el panorama estratégico se orientaba cada vez más en favor del bando aliado. La imponente Armada de los Estados Unidos progresaba inexorablemente en el Pacífico. El ejército alemán resistía mucho más de lo previsto en Italia, el general Eisenhower preparaba febrilmente la base británica para el desembarco en el norte de Francia y los ejércitos soviéticos intentaban, por todos los medios, romper por varios puntos el frente alemán en Rusia para desbordarse sobre Europa Central. El 21 de marzo los alemanes ocupaban los puntos estratégicos de Hungría, Rumanía y Bulgaria para evitar la defección de esas naciones. Repatriada a España la División Azul y disuelta la Legión Azul que la sucedió, el Gobierno publica las estadísticas de la aventura en Rusia, en la que participaron cuarenta y siete mil hombres que dejaron allí casi cuatro mil muertos.

Ya hemos indicado en el capítulo anterior que ante la inminente apertura del segundo frente en Francia, tanto a los aliados como a los alemanes les interesaba que el flanco español del nuevo teatro de operaciones no se moviera; por tanto se abstuvieron de la intervención o amenaza a España, con lo que volvió a brillar la clásica suerte del general Franco. Por tanto, sin contar con nuevos recrudecimientos de la presión aliada contra España, tanto la política del frente monárquico como la del frente republicano se redujeron, en todo lo que restaba del año 1944, a dar palos de

---

153 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 292.

ciego y esperar el trance de la victoria final para jugar sus bazas políticas. Se equivocaban de medio a medio: los aliados estaban dispuestos a ayudar a la oposición española si mostraba alguna actividad seria con apoyo popular interior demostrable, pero tanto monárquicos como republicanos no tenían la menor intención de arriesgarse en lucha abierta contra Franco y se limitaban a esperar cómodamente una entrada triunfal en España subidos al carro del vencedor. Hay que decir en honor a los comunistas que, intoxicados por su propia propaganda del exilio, fueron los únicos que intentaron la confrontación directa con Franco. Y sufrieron, como vamos a ver, tal decepción y tal revés que el resto de las fuerzas opositoras acabó por desanimarse completamente. No eran tales fuerzas, sólo resentimientos inútiles.

Nombramiento de Gil Robles como delegado de don Juan

Dos catedráticos de Universidad, los profesores Gil Robles y Sáinz Rodríguez, animaron con ilusión desde Lisboa una gran recogida de firmas entre sus colegas para respaldar un manifiesto universitario en favor de don Juan en marzo del 44. Los primeros firmantes fueron el físico y matemático Julio Palacios (distinguido miembro de la Quinta Columna en el Madrid rojo), Jesús Pabón (historiador y jefe del Servicio de Prensa Extranjera en Burgos durante la guerra), Alfonso García Valdecasas (orador en el mitin fundacional de la Falange) y el ilustre psiquiatra Juan José López Ibor. Fueron confinados por unos meses a diversas localidades fuera de Madrid y Franco llegó a convencerse por entonces de que su principal enemigo político en la conspiración monárquica era su antiguo ministro de la Guerra durante la República y delegado de la España nacional para gestiones exteriores en Portugal durante la guerra, José María Gil Robles.

No le faltaba razón. Después de varios asesoramientos a don Juan —en los que siguió una trayectoria que iba de la moderación a la extrema dureza— y después de varios requerimientos de don Juan apoyados en Lisboa por Sáinz Rodríguez, el Conde de Barcelona hizo oficial el nombramiento en la siguiente carta del 17 de abril de 1944:

Excmo. Sr. D. José María Gil Robles.

Lisboa.

Mi querido amigo:

En relación con las gestiones políticas que le tengo encomendadas, puede presentarse oportunidad en que le sea a usted necesario justificar ante terceras personas que actúa Ud. debidamente autorizado. Para esta eventualidad y para todas aquéllas que usted estime oportuno, le confío por la presente mi autorización plena para llevar a cabo las gestiones políticas que sean convenientes.

Si las circunstancias lo requieren puede confiar encargos o misiones a don Pedro Sáinz Rodríguez, en quien podría usted en su caso delegar la autorización que por la presente le confío.

Le saluda con todo afecto.

Juan, Conde de Barcelona [154].

Con el "fichaje" de Gil Robles, la causa monárquica tenía al fin un director de operaciones dotado de gran experiencia, alto sentido político y amplias relaciones tanto en el interior como en el exterior de España, especialmente con la Iglesia que no olvidaba su brillante actuación como jefe de la derecha católica durante la República. El momento, sin embargo, no era muy propicio: los aliados estaban a punto, como sabemos, de concluir su acuerdo de suministros con Franco, y Churchill celebraría ese acuerdo con una extraordinaria declaración de apoyo al régimen español al mes siguiente. Y algo peor: la representación conferida a Gil Robles no le daba autoridad sobre la delegación de don Juan en España, que seguía encomendada al infante de Orleans, ni ponía expresamente bajo su obediencia a los consejeros de Lausana ni a la nube de asesores esporádicos y enlaces que visitaban a don Juan más o menos por su cuenta y demasiadas veces se veían a sí mismos como salvadores de la concordia con Franco o animadores de la conspiración. Por otra parte, los antiguos cuadros de la CEDA se habían convertido, según frase del propio

154 Texto en GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 378.

Gil Robles, en *el pueblo del Movimiento* y el grandioso esfuerzo de Acción Popular, que Gil Robles creía resucitable, estaba ya irremisiblemente amarrado al pasado.

El apuntalador de la República

Aun así don José María, con su visión, su tenacidad y también su resentimiento se puso a trabajar ardorosamente en favor de la causa monárquica, entre muchos recelos de muchos monárquicos que se habían enfrentado con él durante la República por creerle republicano.

Al conocer por sus servicios de información, que siempre fueron excelentes, la nueva posición de Gil Robles en la causa monárquica, Franco reaccionó contra él con un alarde de juego sucio tan desmesurado que no tiene la menor justificación ni entonces la tuvo (el lector podrá comprobar que expresé esta misma opinión, en vida de Franco y de Gil Robles, al publicar la primera versión de mi biografía de Franco en 1972, sin que Franco hiciera el menor comentario). Una campaña inicua desencadenada, a sabiendas de Franco, por la prensa oficiosa española desembocó, el 5 de mayo de 1944, en un artículo soez publicado nada menos que en *ABC* y titulado *El apuntalador de la República* en el que se le llamaba traidor, se le acusaba falsamente de haber entregado a los rojos las listas de Acción Popular para que fusilasen a sus miembros, por lo que reclamaba el artículo que se le privara de la nacionalidad española. El artículo se publicó durante una ausencia del marqués de Luca de Tena, presidente del Consejo de prensa Espñola, editora del diario, que a su regreso increpó al director y dirigió una noble carta a Gil Robles el mismo 5 de mayo para protestar por el atropello impuesto al diario. Dos días después Gil Robles escribió una carta a Franco a quien entregaba "su honor indefenso". No obtuvo reparación alguna sino que, por el contrario, Franco exigió a Oliveira Salazar, jefe del Gobierno portugués, que deportase a Gil Robles, quien hubo de pasar unos días de enorme tristeza y soledad en Coimbra. Por fin los periódicos españoles apuntaron una rectificación insuficiente ante el atropello y Gil Robles pasó unas semanas explicablemente obsesionado con la agresión a su honor, tan herido que casi no

refleja en su diario las formidables noticias que convulsionaron al mundo en la primera semana de junio de 1944. Pero el asunto Gil Robles terminó con una nueva arbitrariedad: la destitución del marqués de Luca de Tena como presidente y consejero de prensa Española en virtud de una orden del Gobierno, por la carta de excusas y solidaridad que había dirigido a Gil Robles.

Don Juan solicita una entrevista con Franco

El 17 de abril de 1944, y con la misma fecha de su carta a Gil Robles nombrándole delegado para gestiones políticas, don Juan de Borbón escribe una carta muy reveladora al general Juan Vigón, su antiguo preceptor y primer enlace entre Franco y él después de la muerte de Alfonso XIII; una carta que por no figurar en las colecciones más conocidas de documentos sobre las relaciones de don Juan y Franco, no se ha comentado casi nunca. La carta es una auténtica bronca al general Vigón después de una entrevista que había tenido con el infante don Alfonso; el propio don Juan dice hablarle "con ruda franqueza" y afirma que "la obstinación del Régimen en perdurar pone de día en día en mayor peligro los ideales que inspiraron la Cruzada de 1936, favorece el juego de los rojos y facilita su advenimiento".

Convencido de su tesis —que pronto resultará comprobadamente falsa— de que la victoria aliada significaría el irremediable final de Franco, don Juan hace a Vigón, hombre de confianza plena para Franco, una propuesta insólita:

Y como el asunto es gravísimo y lo que se juega en ello no es mi Corona, ni la situación de la Falange ni la del Generalísimo, sino el porvenir de España, que es mucho más importante y sustancial que todo ello, yo estoy dispuesto a escuchar de labios del Caudillo su opinión clara y concreta, fundada en datos y hechos actuales, comprometiéndome desde ahora, si me convence de que estoy en el error, a ponerme incondicionalmente a sus órdenes e incluso a su servicio en bien de España.

Te ruego que propongas en mi nombre al General Franco que celebremos una entrevista en el lugar que quiera, en la cual podamos discutir amplia y

libremente todos los temas que afectan al interés de España. Yo acudiría a ella sin el menor prejuicio y dispuesto a supeditar todos mis intereses personales a los superiores de España, a los que siempre he deseado servir. Y termina su carta pidiendo la intercesión de Juan Vigón en favor de los catedráticos recientemente confinados por el Gobierno después de su declaración monárquica [155].

Gil Robles contra la solicitud de don Juan

El mismo día (30 de abril) en el que recibe el nombramiento autógrafo de don Juan para representante en gestiones políticas, le llega también a Gil Robles, por intermedio de Sáinz Rodríguez, copia de la carta que acabamos de reproducir, de don Juan a Vigón. El nuevo delegado regio sabía, pues, a qué atenerse sobre su falta real de autoridad en la dirección de la política monárquica. Y de momento reacciona con suma dureza en su diario:

Al mismo tiempo envía Sáinz Rodríguez copia de una carta lamentable que (el Rey) ha escrito al general Vigón, diciéndole que está dispuesto a tener una entrevista con Franco para que se demuestre quién tiene razón. Lo grave es que este paso, que tan malparada deja a la dignidad del Rey, tiene al parecer la aprobación de López Oliván y de Vegas Latapié, que hasta ahora habían mostrado buen criterio. Por fortuna Franco no se prestará a la entrevista, aunque ahora empieza a maniobrar en el sentido de hacer ver que desea una aproximación a elementos monárquicos. Así lo ha manifestado hace muy escasos días a Vallellano, a quien dijo que no quería nada contra Sáinz Rodríguez, pero que estaba pensando en contar 'con los elementos de Gil Robles'. Lo único alentador en las noticias del Rey es el propósito que apunta de pedir la dimisión de los elementos monárquicos [156]. En efecto, cuando Vigón comunicó a Franco la propuesta de don Juan, no obtuvo respuesta alguna. Pronto escribió don Juan una carta al antiguo diputado y ex ministro monárquico conde de Vallellano, quejándose de que Franco no

155 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 156.

156 Texto en GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 87.

hacía realmente nada por la Restauración, pero Vallellano aceptó ser ministro de Franco cuando se le propuso. Y cuando, al año siguiente, ofreció carteras a algunos antiguos miembros de la CEDA, los "elementos de Gil Robles" aceptaron también sin vacilar.

La invasión aliada de Francia

Asegurado el inmediato horizonte de España, como sabemos, por el discurso de Churchill en la Cámara de los Comunes el 24 de mayo, los problemas del campo monárquico y las aspiraciones republicanas cobraban, a mayor escala, su verdadera dimensión de dimes y diretes cuando llegó el 5 de junio de 1944, un día capital en la historia del mundo. Las últimas unidades del ejército alemán en Italia evacuaban la ciudad de Roma, que inmediatamente recibiría con entusiasmo a las vanguardias aliadas. Momentos antes de la media noche el general Eisenhower daba la orden de iniciar la operación "Overlord", el asalto a la fortaleza europea a través del Canal, sobre las playas de Normandía. A las cero horas treinta y dos minutos ya del 6 de junio, el primer planeador con sesenta soldados invasores se posaba en suelo francés y a las seis de la madrugada, tres mil barcos de todas clases zarpaban silenciosamente de los puertos británicos del Canal rumbo a sus objetivos en Normandía cuando el grueso de las fuerzas alemanas, desorientadas por una maniobra de guerra psicológica y contraespionaje, les esperaban en una franja costera diferente.

Una semana más tarde, el Ejército Rojo desencadenaba su ofensiva sobre las líneas alemanas en Ucrania y sus divisiones, con el segundo frente abierto, apenas se detendrían ya hasta el corazón de Europa central. La primera oleada de "armas secretas" alemanas, las V-1, sembraban el terror, bien pronto controlado, en Inglaterra. La ofensiva soviética se generalizaba a todo el frente en el tercer aniversario de la invasión alemana de 1941. Ante el dramático cambio de la situación estratégica en Europa, la Resistencia francesa cobraba un vigor y una actividad antes menos conocida y numerosos exiliados españoles, veteranos del Ejército Popular, acuden a la llamada del Partido Comunista para aprovechar, en conjunción con las Fuerzas Francesas del Interior, vertebradas en gran

parte por los comunistas franceses, la previsible retirada alemana en los Pirineos.

El 17 de julio, ante el Consejo Nacional del Movimiento, Franco deja entrever que para los difíciles tiempos que se avecinan, piensa jugar a fondo la carta católica y adelanta una extraña definición: *La suprema democracia consiste en la ejecución del Evangelio*. Tres días más tarde fracasa en el cuartel general de Adolfo Hitler, escondido en el bosque de Rastenburg, el compló urdido por el general Von Stauffenberg y otros altos jefes militares que estuvieron a punto de acabar con el Führer y con la guerra antes de que se consumara el avance soviético sobre Alemania. Fallecía por agotamiento el 3 de agosto el ministro de Asuntos Exteriores, general conde de Jordana, a quien Franco sustituyó por el embajador en Vichy, José Félix de Lequerica, tan inteligente como cínico, que definió inmediatamente a España como *una nación americana*.

El 15 de agosto los aliados abren un tercer frente en Europa continental y desembarcan a lo largo de la costa mediterránea de Francia; la prensa española asume ante los aliados una nueva actitud oportunista, la "neutralidad benévola". La evacuación alemana del Pirineo se inicia en la frontera de Hendaya el 22 de agosto de 1944, y el Estado Mayor español pone en ejecución un plan para contener una más que posible invasión de fuerzas irregulares enemigas —que ya se llamaban "el maquis" en Francia— mediante tres grupos de divisiones móviles con base en cada una de las capitanías generales lindantes con la cordillera fronteriza.

El 23 de agosto, el rey Miguel de Rumanía comunica su rendición al mando aliado, aunque no podrá evitar que su patria caiga en manos del Ejército Rojo y se convierta en un satélite de la URSS. Al día siguiente la división de franceses libres al mando del general Leclerc, en la que se distingue una vanguardia de veteranos españoles del Ejército Popular, se adelanta a los ejércitos aliados y libera la ciudad de París entre el delirio de sus habitantes que aclaman poco después al jefe de la Francia libre, general Charles de Gaulle, el hombre que Francia necesitaba en aquellos momentos agónicos. El Gobierno español pone a disposición de los aliados el puerto de Barcelona para canalizar los suministros hacia la Provenza liberada.

Una grave noticia en octubre

Con la victoria cada vez más arrolladora y próxima de la causa aliada se abrían dos caminos a las naciones de la Europa continental: caer bajo un régimen comunista como satélites de la URSS o adoptar la democracia liberal según el modelo de los aliados. Para España la democracia estaba en el ambiente, y el subsecretario de la Presidencia, Luis Carrero Blanco, elevaba a Franco en aquel mes de agosto de 1944 un informe sobre la orientación del Régimen en los términos siguientes:

El liberalismo, con Corona o sin ella, nos entregaría en manos de Inglaterra no como aliado, sino como vasallo y España es demasiado grande para ser vasallo de nadie. Si España vuelve a ser monarquía no puede ser la monarquía Tradicional, y a buen seguro que si en los momentos actuales estuviera instaurada recibiría de la prensa inglesa los mismos ataques que el Régimen actual. Pero hay más: no es el peligro de perder en la práctica la independencia bajo un régimen liberal, monárquico o republicano, y de caer en la férula política de la Gran Bretaña, el más grave, con serlo mucho, es el de frenar el impulso del Movimiento e iniciar la marcha atrás. Una situación liberal nos conduciría al comunismo, arrojando la monarquía que se instaurase [157]. Por entonces el ministro de Justicia, Eduardo Aunós, ex ministro de Primo de Rivera, elaboraba un proyecto constitucional que superaba desde luego el totalitarismo fascista del proyecto que había presentado Ramón Serrano Súñer antes de su caída, pero que no era precisamente democrático: "El Estado español —era su base fundamental— será gobernado por una monarquía que rige actualmente un Caudillo". El cual designará como sucesor a un regente o a un rey.

A primeros de septiembre de 1944 los aliados liberan la capital de Bélgica, Bruselas, y al día siguiente la heroica nación finlandesa abandona la lucha al lado de Alemania. Las vanguardias aliadas pisan ya tierra alemana el 11 de septiembre en Tréveris, la ciudad natal de Carlos Marx. En cambio las divisiones alemanas de Italia logran establecer una nueva línea de contención, la "línea verde", entre La Spezia y Rímini que se mantendrá hasta el desmoronamiento final; en resumidas cuentas, la apertura del

---

157 Texto en L. LÓPEZ RODÓ, *La larga marcha...*, op. cit., p. 47.

frente italiano ha sido un fracaso para la estrategia aliada. En París, el jefe de la Francia libre, general Charles de Gaulle, tiene que reconocer la eficacia de los comunistas en la Resistencia e incluye a tres veteranos de la guerra de España en su primer gobierno formal: los comunistas Tillon y Billoux y el ex comunista André Malraux, más distinguido en España por sus actividades de propaganda que por su nula eficacia como aviador. Malraux había dirigido en la zona roja la escuadrilla "España" que fue un desastre: Billoux había actuado como jefe suplente en la base de las Brigadas Internacionales en Albacete. Ver mi libro *Brigadas Internacionales, la verdadera historia.* Ed. Fénix, 1997.

El 1 de octubre, el duque de Alba, embajador en Londres, advierte señales de una nueva hostilidad contra España en la prensa británica. El secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, no cree conveniente la inhibición aliada en los asuntos internos de España que había propuesto Churchill; en su discurso de mayo escribirá, refiriéndose a estos meses finales de 1944: "Nuestros objetivos en el caso de España eran acabar por completo toda ayuda a Alemania, lograr la debilidad de la Falange, la tranquila restauración de formas liberales de gobierno, la utilización de los recursos españoles para alivio de los territorios liberados y la defensa y promoción de los intereses comerciales americanos". Estaba claro que los exiliados republicanos e izquierdistas españoles, muy considerados en el círculo de la señora Eleanor Roosevelt (que desahogaba en estas veleidades izquierdistas su frustración matrimonial por el abandono de su esposo), estaban forzando una actitud aliada contraria a Franco, en conjunción con el giro a la izquierda de la opinión británica y la activísima propaganda comunista contra Franco en Francia.

El presidente Roosevelt adoptaba una firme actitud anticomunista el 6 de octubre, pero la propaganda aliada de guerra seguía exaltando la gran contribución de la Unión Soviética a la victoria de las democracias. El mismo día en que se conocen las declaraciones de Roosevelt, 6 de octubre de 1944, la agencia británica de información Reuter difunde una alarmante noticia para España que causa conmoción en todo el mundo: España ha sido invadida por fuerzas antifascistas, conocidas aquí inmediatamente como "los maquis: son unos tres mil —dice la noticia— van

armados con fusiles, ametralladoras y bombas de mano; han robado ganado".

Fracasa la invasión del Pirineo

La famosa invasión de los maquis era un gran proyecto comunista que recibió el pleno apoyo logístico de las también comunistas Fuerzas Francesas del Interior, las cuales iban asumiendo el control de la vertiente francesa del Pirineo a medida que se retiraban las unidades alemanas para evitar el copo que les preparaban los avances en flecha de los invasores de Normandía y las tropas desembarcadas en la costa mediterránea francesa. La fuerza española invasora, formada en gran parte por veteranos comunistas de la Guerra Civil exiliados en Francia, respondía a un plan diseñado sobre dos premisas: el pueblo español estaba harto de la dictadura franquista y recibiría tan clamorosamente a sus "liberadores" como las poblaciones de Francia a los aliados; y la resistencia militar que pudiera ofrecer Franco se hundiría ante este levantamiento popular encuadrado por los maquis. Estas dos premisas eran absolutamente infundadas y la invasión fracasó de la manera más estrepitosa.

Las "doce divisiones" invasoras eran realmente unidades comunistas en cuadro, que constaban de cuarenta a cuatrocientos hombres destinados a incorporar a los millares de voluntarios antifascistas que estaban deseando sumarse a ellas. En el momento de mayor presencia dentro de los abruptos valles pirenaicos, los maquis venidos de Francia llegaron a ser unos cinco mil. Las incorporaciones de voluntarios del interior no rebasaron una cifra lamentable para el plan: cero. Parece exageración de propaganda; pudieron al menos registrarse unos centenares, unas docenas de entusiastas. Pero en los registros del mando español la cifra es ésa: cero. Ni siquiera los simpatizantes de la antigua República, que vivían por allí, sintieron el menor impulso de tomar las armas que les ofrecían sus liberadores. Que tuvieron, además, la inexplicable imprevisión de montar sus primeras operaciones de diversión por dos valles del Pirineo navarro, el del Roncal y el de Roncesvalles, que habían enviado a toda su juventud a los frentes nacionales de la Guerra Civil y ahora opusieron

resistencia durísima a los "liberadores", sobre todo cuando supieron que habían asesinado a un par de curas según su inveterada costumbre de esa Guerra Civil. La fuerza principal de los maquis subió por el valle de Arán tras descolgarse por el puerto de Bosost y trató de avanzar hacia el interior de la provincia de Lérida, de la que tantos habitantes se habían evadido a la zona nacional durante la misma Guerra Civil. Tres capitanes generales de la Cruzada —Moscardó en Barcelona, Monasterio en Zaragoza Yagüe en Burgos— lanzaron sobre los sectores amenazados del Pirineo sus agrupaciones de reserva y las divisiones 41 y 42 del general Marzo reconquistaron el valle de Arán con gran rapidez. Un táctico de tanta experiencia como el general Yagüe limpió personalmente las montañas navarras con las divisiones 62 y 121. El líder comunista Santiago Carrillo, que había aparecido en el sur de Francia como por arte de magia para encabezar al ejército comunista invasor, tuvo que dar enérgicamente la orden de retirada para evitar un mayor porcentaje de bajas entre los mal informados maquis, que sin embargo dejaron sobre el terreno un número relativo de muertos mayor que en cualquier campaña de la guerra mundial: nada menos que el cuarenta por ciento. Unas docenas de invasores consiguieron penetrar, a escondidas, en el interior del país e iniciar una actividad de bandoleros cuya represión se encomendó a la Guardia Civil. El 14 de noviembre de 1944, un mes largo después de la intentona, el proyecto comunista estaba cancelado, el general De Gaulle ordenó que los supervivientes se alejasen de la frontera y descartó por quimérica la "marcha sobre Barcelona" que algunos exaltados proponían. El general Carlos Martínez de Campos tomó el mando de una agrupación de reserva permanente en Lérida que ya no tuvo que actuar en el siguiente período. La prensa británica reconoció desde el 31 de octubre el tremendo fracaso comunista, y los gobiernos aliados toman muy buena nota sobre la eficacia militar y política de Franco contra cualquier intento de subversión alentada desde el exterior. Uno de los principales argumentos que don Juan había exhibido en su correspondencia quedaba cancelado de raíz [158].

---

158 Cfr. relato, detalles y fuentes para la invasión de los maquis en mi biografía de Franco (Planeta 1982), tomo V., p. 186 s.

El fin de la hegemonía europea

El nuevo delegado político de don Juan en Portugal, José María Gil Robles, confinado ahora en Bussaco por gestiones de Franco, no da muestras en su diario de advertir la extraordinaria significación de la catástrofe comunista en los Pirineos.

Mientras liquidaba la invasión comunista en los Pirineos, Franco envió una panorámica de la situación estratégica al duque de Alba en la que se establece con claridad una nueva tesis: ha terminado la hegemonía europea en el mundo. Esto nos parece ahora obvio pero no carece de mérito el haberlo advertido cuando se estaba produciendo. "Destruida Alemania y consolidada por Rusia su posición prepotente en Europa y Asia, así como consolidada en el Atlántico y en el Pacífico la de Norteamérica como nación más poderosa del universo, los intereses europeos, ante una Europa quebrantada, padecerán la más grave y peligrosa de las crisis": esta carta, fechada en octubre de 1944, puede desengañar a historiadores antifranquistas obsesos como el señor Marquina, para quien Franco no creyó en la derrota alemana hasta entrado el año 1945 [159]. Por eso, Franco procura en los meses finales de 1944 un acercamiento a Inglaterra, pero Churchill vuelve de su posición favorable a España, expresada en el mes de mayo anterior, porque no quiere alinearse con Franco contra el terrible embate de la izquierda europea, cada vez más alentada por el avance del Ejército Rojo en Europa. Churchill, que desde 1943 vivía obsesionado por el peligro de dominio soviético en Europa, ahora asume una posición dialéctica diferente y niega ante Franco el peligro rojo. Cuando Franco ordenó publicar esa correspondencia con Churchill en 1946, lo hizo para demostrar cuál de los dos había tenido razón.

El miedo de Europa; "Better red than dead"

La segunda reelección de Roosevelt para la presidencia de los Estados Unidos anima a los dirigentes republicanos españoles que van tomando posiciones para regresar a España apoyándose en los cada vez más inmi-

---

159 Cfr. mi biografía de Franco (Planeta 1982), tomo 5, p. 190.

nentes vencedores. El 12 de noviembre, el fracasado ex ministro de la República Miguel Maura propone lisa y llanamente al diplomático español Sangróniz en París que Franco entregue por las buenas el poder a una junta republicana *para restablecer la normalidad constitucional* como si estuviéramos en 1930. Poco después, en México, el ex presidente de las Cortes Diego Martínez Barrio proclama su fidelidad a la Constitución de 1931 y pronostica la restauración de la República para el año siguiente, 1945. Indalecio Prieto, en cambio, excluye a los comunistas del futuro Gobierno de España porque *sirven a los intereses de otra nación*. Por otra parte, el socialista pro-comunista Juan Negrín se opone a los intentos de restauración republicana proyectados en México y quiere volver a España al frente de los comunistas. Estos proyectos dispersos, que no dependen de fuerza propia ni de adhesión en España, sino solamente de la benevolencia de los aliados, preocupan más a don Juan que a Franco. A fines del año 1944 abandonan España los dos embajadores aliados, Hoare de Inglaterra y Hayes de Estados Unidos, que serán sustituidos por representantes más duros, sobre todo el de Roosevelt, Norman Armour; pero el diario católico inglés *The Tablet* advierte muy seriamente a su Gobierno: "Un cambio de régimen provocaría en España la Guerra Civil." Y lo que menos desea Inglaterra al iniciarse el último año de la guerra mundial, 1945, es el estallido de una nueva Guerra Civil en España, cuando aún no se sabe dónde van a detenerse en Europa las divisiones soviéticas. Un gran miedo rojo se extiende por toda Europa y se hace famosa la frase cobarde: *Mejor rojos que muertos.* "Better red than dead".

Un grave error histórico y político de don Juan

Privado de su comunicación regular con Franco, don Juan de Borbón decide escribir desde Lausana, el 23 de noviembre de 1944, una importante carta al general Kindelán, lugarteniente del infante don Alfonso, a quien sus deberes militares como jefe de la Región Aérea de Sevilla apartan bastante de la acción monárquica en ese segundo semestre de 1944, cuando se ha producido ya una primera agresión armada contra España. La carta de don Juan dice así:

Querido Alfonso: Ante la gravación de los acontecimientos y la inminencia de la crisis que en España va a producirse, me parece oportuno exponerte mis angustias y anticipar mis resoluciones por ser tú uno de los pocos españoles que han visto claro y, además, de los rarísimos que no han vacilado en dar la voz de alarma y proponer soluciones en tiempo y forma adecuadas, sin miedo de incurrir en la enemiga y el disfavor que tan noble y patriótico proceder despiertan en el actual titular absoluto de todos los poderes del Estado.

Durante varios años fue un tópico generalmente admitido por extensos sectores de las clases directoras de España el afirmar que el interés de la patria exigía que la Restauración de la monarquía se demorase hasta que se aproximara el fin de la guerra mundial, con objeto de que, no desgastándose antes de tiempo, la posguerra nos cogiese con el régimen más idóneo para enfrentarnos con los azarosos conflictos que son de prever. Sin compartir totalmente tal opinión, pero deferiendo (sic) a los reiterados consejos y apelaciones de elementos muy conspicuos del campo monárquico, he venido guardando silencio y contra mis inclinaciones y deseos, observando una actitud expectante frente a la política seguida por Franco y su gobierno, de ataque, descrédito y olvido de la monarquía, conjugada ésta muy hábilmente con otra política de espléndido soborno personal de cuantos elementos monárquicos a ella se han prestado. Tan sólo en dos ocasiones el interés de España me forzó a quebrantar mi silencio para afirmar en la prensa, *en noviembre de 1942, primero, y más tarde en enero de 1944, mi divergencia respecto a la política exterior seguida por el régimen actual de España y para apuntar mi discrepancia respecto del contenido ideológico del mismo, torpe adaptación, cuando no servil traducción, de los regímenes existentes en Italia y Alemania en los tiempos en que el general Franco se vio elevado por los votos de un grupo de caracterizados generales al mando único de los ejércitos y Jefatura del Gobierno del Estado por la duración de nuestra civil contienda.*

Don Juan olvida palmariamente que por dos veces trata de combatir en España en favor de Franco y de su Régimen y comete, en su última afirmación, un grave error histórico y político. El mando único de Fran-

co no era mientras durase la guerra; éste era el proyecto del general Kindelán que Franco rechazó ante la reunión de la Junta de Defensa en Salamanca los días 21 y 28 de septiembre de 1936, como sabemos. Allí dijo claramente que no deseaba el poder, pero que si se le entregaba, sería un poder omnímodo, civil y militar y sin limitación de tiempo, para poder realizar sin trabas un proyecto integral de reconstrucción. Kindelán lo sabía bien, como Sáinz Rodríguez; otros consejeros engañaron a don Juan y le hicieron alegar una falsedad importante. Seguía la carta:

Una actitud agresiva de don Juan

Nunca don Juan había adoptado una actitud tan intransigente y agresiva con Franco como en los párrafos siguientes de esta carta a Kindelán. Su afirmación de que el régimen de Franco dependía de las tropas alemanas es absurda y su jactancia de que impidió un pronunciamiento militar para no provocar una invasión alemana es una falsedad de falsedades que parece delirio:

En tanto que la suerte de las armas sonreía a las potencias totalitarias, el régimen del general Franco estaba sólidamente asentado merced a los soldados de la Wehrmacht instalados al otro lado del Pirineo, por lo que me abstuve de dar oídos a las propuestas que muy destacados elementos castrenses me hacían para derribar la impopular dictadura del General Franco y su Falange en evitación de que mi actitud sirviera de pretexto a una intervención extranjera en España, a la que enseguida hubiera apelado el General Franco para conservarse en el poder.

Pero con el transcurso del tiempo el mundo anglosajón ha podido movilizar sus inmensos recursos materiales y espirituales; la victoria se ha inclinado definitivamente hacia su bando; el fin de la contienda es inminente, e inminente es también la hora en que el actual régimen español se vea repudiado por las naciones vencedoras que no son tan sólo los Estados Unidos y el Imperio británico, sino nuestra vecina Francia —a cuyo actual jefe de Gobierno tan baja e innoblemente atacó durante años la prensa oficial de España— y todas las Repúblicas Hispanoamericanas. No ignoro que ante las maquinaciones de los vencidos en la

Guerra Civil y la campaña de prensa mundial que empieza a apuntarse, son muchos los elementos conservadores y monarquizantes que en instintivo gesto de defensa propia se han agrupado en torno de los actuales detentadores del poder, no obstante su antipatía hacia ellos, dispuestos a morir matando antes que consentir que pacíficamente vuelvan los extremistas a adueñarse del Poder. Pero esta reacción, en cierto modo explicable, pero a la larga equivocada y funesta, está abocada a los peores resultados. Un medio único tiene aún España para salvaguardar los ideales fundamentales de la Cruzada y al mismo tiempo contar con el necesario respeto de algunas naciones interesadas en que nuestra patria no sea, en manos del Frente Popular, una colonia de Rusia; pero igualmente o aún más interesadas en exterminar cuanto suponga recuerdo del totalitarismo fascista. Y este remedio único, y sé que se lo digo a un convencido, lo constituye la Restauración de la monarquía. Ya sé que el General Franco está dispuesto a sacrificarlo todo, su régimen, su doctrina, sus compromisos... pero te supongo enterado, a pesar del silencio coactivamente impuesto a la prensa de esa democracia orgánica como Franco titula hoy a su Estado Nacional Sindicalista, de la acogida sarcástica e irritada que sus recientes declaraciones han arrancado unánimemente a la prensa mundial de todos los sectores y matices, que van desde la extrema izquierda a la extrema derecha de todas las naciones beligerantes y neutrales.

No puedes imaginarte el sonrojo que me produjo, como español y como militar —fui alumno de San Fernando y soy oficial honorario de la más ilustre Marina del mundo—, leer las declaraciones de Franco, al pretender hacer creer que fue él quien retiró voluntariamente la división llamada Azul, e insinúa estar dispuesto a establecer relaciones con Rusia siendo así que aún nadie ha olvidado, y la prensa de aquí unánimemente lo ha hecho constar, su discurso a la guarnición de Sevilla en el que espontáneamente ofreció a Alemania, cuando la victoria parecía inclinarse a su favor, enviar un millón de españoles a luchar contra los rusos si el camino de Berlín se les abría. No quiere esto decir que no admita se realicen cuantas rectificaciones exija el interés patrio, pero si yo me viera en trance semejante me retiraría de la escena, fiel a mi

palabra y a mis compromisos de honor, dejando a otros el cuidado de rectificar tan radicalmente mi conducta.

Don Juan anuncia un requerimiento a Franco

En tal estado las cosas y ante el peligro que de seguir callados e inactivos los monárquicos españoles al producirse el derrumbamiento inevitable del General Franco y de su régimen, sólo se presente viable ante España y el mundo la vuelta de los republicanos, que por muy moderados que algunos de ellos se propongan ser no constituirán sino la antesala del extremismo anarquista, estoy firmemente decidido a cumplir mis deberes de español y a tal efecto dirigir un requerimiento público y solemne al General Franco para que en aras de los supremos intereses de la religión, de la patria, del orden y de la cristiana fraternidad entre los españoles, abandone el poder y dé libre paso a la monarquía; requerimiento que irá acompañado de la conminación a los monárquicos que aún no hayan cumplido mis órdenes anteriores en tal sentido, para que rompan todo contacto político y de gobierno con el régimen actual que ciega e inexorablemente nos lleva al abismo. No sé si mis órdenes serán obedecidas o no; tan sólo sé que mis deberes para con la patria me obligan a darlas y que de las consecuencias de su inobservancia algún día habrán de rendir cuenta estricta si no ante mí, ante la patria y ante Dios.

No hay que definir la monarquía

Está claro que don Juan, a quien hasta el momento no había obedecido casi nadie a la hora de dejar sus puestos, sabía que tampoco iba a lograr demasiados sacrificios en el futuro. Y demuestra también poca confianza en la adhesión de los españoles a la monarquía cuando termina su carta con casi un alarde de falta de información. ¿Para qué mantenía entonces una representación en España, una Junta de Acción Monárquica y un equipo de enlaces si no le informaban a fondo de lo esencial, que era el ambiente de la monarquía en España? Su delegado político en Portugal, Gil Robles, se mantenía mientras tanto aislado y confinado por el Gobier-

no portugués en Bussaco, casi completamente fuera de juego y carente de información. Así termina don Juan su carta:

Ignoro el grado de verdad que encierra la afirmación de que Franco se ha complacido en propagar por la prensa mundial que hoy la monarquía no constituye para los españoles ningún problema pues desconozco hasta qué punto ha logrado dicho General su propósito, tenazmente perseguido desde que fue elegido para la jefatura del Gobierno del Estado valiéndose a tal efecto de todos los resortes del mismo, de hacer que los españoles olviden e incluso odien a la monarquía; y en tanto que la salud de la patria requiere la Restauración, todos los españoles conscientes deben laborar con todas sus fuerzas en tal sentido.

No creo necesario hacer en tal requerimiento una exposición de lo que habrá de ser la monarquía restaurada, por haberlo ya muy reiteradamente expuesto en mis anteriores intervenciones de todo orden, y muy especialmente en mis cartas a los condes de Rodezno y Romanones y en la del 14 de febrero último a mi representante en España, el infante don Alfonso de Orléans, cuyas copias no dudo obrarán en tu poder. Aunque pienso no demorar la actuación que te anticipo, celebraré conocer con urgencia tu opinión razonada respecto a la misma.

Con el afecto de siempre te envía un fuerte abrazo,

Juan [160].

Recordará el lector que en las declaraciones citadas por don Juan afirmaba no ser necesario definir el contenido de la monarquía, que dejaba para el futuro Manifiesto; ahora, al preparar el Manifiesto, tampoco quiere entrar en esa definición, que dice contenerse en las cartas a los condes de Rodezno (carlista) y Romanones (liberal) que son, como puede comprenderse, rigurosamente contradictorias; y además nadie conocía en España. ¿Conocía don Juan realmente el contenido de la monarquía que con tanto ahínco deseaba implantar? A juzgar por sus cartas y declaraciones no lo tenía nada claro.

---

160 Texto en A. KINDELÁN, *La verdad...*, op., cit. p. 73s.

La semana de Yalta

El 1 de enero de 1945 Adolfo Hitler anunciaba ciegamente que la guerra sólo terminaría con la victoria de Alemania, pero ya no creía. En cambio el escritor soviético Ilya Ehrenbueg, antiguo enlace de Satlin en la España roja, clamaba a Europa: "La hora de la venganza ha sonado. Nuestra venganza será ciega". El 5 de enero los norteamericanos reconquistaban la ciudad de Manila y el 15 de enero, según la prensa española "juran en el palacio de El Pardo cinco nuevos obispos". El ejército alemán lanzaba en el bosque de las Árdenas su última ofensiva desesperada y el mariscal Zukof desencadenaba desde Varsovia mártir una tremenda ofensiva con doscientas divisiones que llevaban la hora de la venganza a la Europa Oriental. El aparato del Partido Comunista de España, con la Pasionaria, Carrillo, Líster, Modesto, Uribe y Antón, se reconstruye en Francia, dispuesto a intervenir aun después del dramático fracaso de los maquis, que por cierto no parece haber servido de lección a don Juan sobre la realidad interior de España. Dueños de Belgrado, los comunistas yugoslavos fusilan a tres ex regentes y veintidós ex ministros, de lo que Franco y sus colaboradores más comprometidos toman muy buena nota.

Pero aquel mes de febrero de 1945 trae al mundo una noticia trascendental. Los "Tres Grandes" —Stalin, Roosevelt y Churchill— celebran un largo encuentro, entre los días 4 y 11 de ese mes, en el palacio de Livada, cerca de Yalta, en la península de Crimea. Van a decidir el destino de la Europa vencida e invadida. Roosevelt, rodeado de consejeros "progresistas" entre los que destaca un traidor vendido a la URSS, Alger Hiss, espía soviético de primera magnitud, se entrega virtualmente a Stalin, a quien se empeña en creer sincero converso a la causa democrática. Roosevelt, impedido, agotado, ya próximo a la muerte, enteramente incapaz de afrontar tan grave momento histórico, va a entregar a la dictadura comunista media Europa ante la desesperación de Churchill. Todo lo supedita a que Stalin entre en la guerra de Extremo Oriente contra Japón para ahorrar vidas americanas. En Yalta se decide la desarticulación de Alemania en tres rebanadas occidentales para los aliados, la división de Berlín y un gran sector, la Alemania Oriental, bajo dominio soviético. Se conviene, también, el quinto reparto de Polonia, la nación mártir por la que se

inició la guerra y que ahora gana terreno a Alemania y lo cede a Rusia. Los exiliados españoles en Londres trataban de influir en la reunión de Yalta para que los "Grandes" liquidasen el régimen de Franco, pero en el comunicado de Yalta sólo se emite una directriz general: los países liberados deberán gobernarse a través de elecciones libres, tan libres, quizás, como las elecciones de la Unión Soviética regida por el superdictador "liberal" Stalin, que impondría regímenes autocráticos y satélites a la media Europa que Roosevelt le entregaba en Yalta. Para impresionar a Stalin los "Grandes" occidentales deciden como fin de fiesta el espantoso bombardeo de la ciudad alemana de Dresde, repleta de refugiados que huían del Ejército Rojo, donde, según fuentes moderadas, los aviones de bombardeo anglo-norteamericanos causan la muerte de al menos doscientas mil personas mientras la propaganda británica resucitaba contra España, justo por aquellos días, el mito de Guernica, donde el número, trágico y lamentable, de víctimas por el bombardeo alemán en abril de 1937 apenas rebasó el centenar; siempre hay dos balanzas para la Historia. Un nuevo periódico que nace en París y pronto adquirirá influencia mundial, *Le Monde,* concluye por entonces con lucidez: "La verdad es que los aliados no tienen por qué inmiscuirse en España".

No lo tenía tan claro don Juan de Borbón, que por entonces preparaba ya, como si se tratara de su talismán supremo, el famoso Manifiesto de Lausana.

Capítulo XVIII
El Manifiesto de Lausana

DESDE LA VÍSPERA DE SU BODA, el 11 de octubre de 1935, don Juan de Borbón, como ha podido registrar el lector, ha dirigido a los españoles varios manifiestos, algunos de ellos más o menos disimulados en forma de cartas a diversas personalidades, como los condes de Rodezno y Romanones. Entre ellos recordamos el Manifiesto de Ginebra en 1942 y el de Buenos Aires en 1944, uno y otro presentados en forma de declaraciones especiales a sendos diarios: el *Journal de Génève* en el primer caso, *La Prensa* en el segundo. Pero hasta entrado 1945, cuando ya el fin de la guerra es inminente, no se decide el Conde de Barcelona a comunicarse con el pueblo de España en un Manifiesto formal: el que llamamos de Lausana. Repetirá el procedimiento en 1947, con el llamado Manifiesto de Estoril. Estos son los dos manifiestos propiamente tales, a los que don Juan quiere conferir carácter general y programático con aire de solemnidad. Uno y otro son famosísimos en los círculos monárquicos y entre el gremio de los memorialistas y los historiadores. El pueblo español tiene de uno y otro un vago recuerdo, porque el primero apenas se conoció por el hermetismo de la censura; y el segundo se publicó en los periódicos españoles, pero lamentablemente manipulado y mezclado malamente por los servicios de propa-

ganda del Gobierno con el primero; quizás para aumentar la confusión. En este capítulo vamos a presentar a plena luz el Manifiesto de Lausana, sus circunstancias y sus consecuencias. Más de un lector y tal vez más de un presunto experto podrá quizás llevarse alguna sorpresa.

Consultas y retrasos de última hora

La comunicación personal y epistolar entre Franco y don Juan de Borbón estaba interrumpida, como sabemos, fuera de algunos telegramas de cortesía por algún aniversario, desde la doble respuesta de Franco a don Juan, por carta y telegrama, el 7 de febrero de 1944. En este sentido el Manifiesto de Lausana puede considerarse como la respuesta de don Juan, ya con carácter que pretendía ser definitivo, a aquella doble admonición negativa y reticente de Franco que protestaba por las declaraciones del Conde de Barcelona al diario de Buenos Aires *La Prensa* que habían coincidido, como lamentaba expresamente don Juan, con un momento de acoso exterior de signo estratégico y un peligro inminente de invasión de España por los aliados hasta que los soviéticos, con la misma fecha de las últimas comunicaciones de Franco, interpusieron su veto a la idea británica de establecer el segundo frente definitivo en la Península Ibérica. Sabemos por el capítulo anterior que durante el otoño de 1944 don Juan, ante la actitud de Franco, había dirigido algunas cartas de consulta a diversas personalidades monárquicas sobre la necesidad de un Manifiesto al pueblo español y su posible contenido.

Hemos transcrito en ese capítulo la carta que envió en este sentido a Kindelán, que era su segundo representante en España (a las órdenes del general infante don Alfonso de Orleans), fechada el 23 de noviembre de 1944. Sabemos, por la carta de don Juan que vamos a transcribir ahora, que hubo al menos otra carta semejante al general Aranda y tal vez a otros militares, no a elementos civiles cuya opinión don Juan creía conocer de sobra. Está claro por esta actitud que don Juan pretendía instaurar la monarquía en virtud de un pronunciamiento militar al más puro estilo del siglo XIX y buscaba afanosamente otro Martínez Campos que no aparecía por parte alguna; Gil Robles, que pretendía ejercer de Cánovas

para la ocasión, seguía confinado por los portugueses en Bussaco, bien espiado por la Embajada de España.

A don Juan le interesaba por encima de todas la respuesta de Kindelán. Con el apartamiento forzado del infante de Orleans en su mando militar, sin que se le concediera fácilmente permiso para viajar a Madrid, Kindelán, como lugarteniente, poseía más libertad de medios, estaba en continuo contacto con los altos jefes del Ejército, entre los que mantenía un gran prestigio, y captaba también las corrientes de la opinión pública aunque con demasiado optimismo. Pues bien, en aquellos momentos decisivos, cuando los demás consultados por don Juan habían respondido afirmativamente, Kindelán dudaba y envió un recado para frenar el proyecto. Por fin firmó su conformidad pero con reticencias que obligaron a don Juan a formularle una nueva consulta. Todas estas dilaciones se deducen claramente de la importante carta que don Juan envía a Kindelán el 10 de febrero de 1945, y que fuera del desordenado archivo del general no figura en ninguna otra colección de correspondencia:

La carta-prólogo al gran manifiesto

Lausana 10 de febrero de 1945. Querido Alfredo: Con verdadera impaciencia esperaba recibir tu contestación a la carta que con fecha 23 del pasado noviembre te escribí, contestación que por fin llegó a mis manos el 24 de enero. No obstante mi decidido propósito de requerir públicamente a Franco para que en aras de la paz interior y servicio de los ideales que inspiraron la Cruzada Nacional, dé libre paso a la monarquía, abandonando el poder, quería saber si esta actitud mía podía entorpecer posibles gestiones de positiva importancia que los generales monárquicos tuvierais entre manos y por eso esperaba impaciente tus noticias. Cuando por fin éstas llegaron y me disponía a entregar a las agencias informativas mundiales el texto de mi requerimiento y ratificación de la antigua orden de retirada a los elementos monárquicos colaboracionistas, me llegó, por conducto fidedigno, un recado que consideré tuyo, pidiéndome aplazara mi actuación, al mismo tiempo que me prevenían no utilizase el medio normal de comunicación que

hasta ahora veníamos empleando. Gran contrariedad me produjo este recado, que venía nuevamente a demorar mi actuación que si de algo peca es de tardía, y ansioso buscaba una coyuntura para escribirte despacio y concretar las bases fundamentales de mi posición, para evitar así nuevos aplazamientos y rectificaciones que en conjunto y sin culpa tuya, desde luego, han venido retrasando y neutralizando la acción monárquica hasta el extremo de que están llegando los momentos decisivos y críticos para el mundo, y también para España, sin que la monarquía haya tomado aún alguna actitud solemne.

Esta pasividad pública, resultado de haber querido hasta ahora tratar de coordinar los contrapuestos y variados consejos que me daban destacadas personalidades de nuestro campo, corre el riesgo de desdibujar ante el mundo la solución monárquica para España, presentándola como algo inerte, sin energías ni viabilidad.

Hace cuatro días y, por el mismo conducto antes mencionado, recibí un nuevo recado diciéndome que firmase el documento y que lo mandase sin fecha a Madrid.

La consulta que yo te formulé en mi carta de noviembre pretendía saber si los generales adictos teníais entre manos algún proyecto importante y definitivo que pudiera ser gravemente perjudicial para mi actuación. Me dirgí a ti porque siempre has estado previsora y desinteresadamente a la cabeza de cuantas gestiones se han emprendido con vistas a la restauración, y por si existían objeciones graves de tipo militar que oponer a mis anunciados propósitos. En cambio, me considero sobradamente documentado, merced a los abundantes informes que tengo en mi archivo, respecto a las opiniones de los elementos civiles, sin que estime necesario solicitar ni esperar nuevos consejos de esta índole que retrasasen mi actuación.

"Franco se ha fortalecido en el interior"

Expuesto lo que antecede y ante la dificultad de comunicaciones seguras, voy a resumir mis puntos de vista fundamentales para que con perfecto conocimiento de mis propósitos evacúes la consulta que te formu-

lo, telefónica o telegráficamente, y en cualquier caso con la mayor urgencia:

1. Franco se ha fortalecido en el interior por la reacción operada últimamente en las masas de derechas ante el riesgo de la vuelta triunfante de los vencidos en la Guerra Civil. En el momento actual estimo antipatriótica toda actuación conspiradora o sediciosa que, debilitando el bloque de orden o la unidad del Ejército, pudiera facilitar la vuelta de los rojos.

2. No obstante el actual revigorizamiento interior, Franco y su régimen caerán irremisiblemente, en plazo no lejano, arrastrados sobre todo por el ambiente mundial que prestará su ayuda a los republicanos españoles, tanto del exterior como del interior.

3. Los intereses del Imperio británico y de los Estados Unidos están en pugna con el establecimiento en la Península Ibérica de un régimen extremista obediente a las consignas de Moscú. Esta hostilidad anglosajona no es capaz, sin embargo, de salvar el régimen de Franco por estar decididos los ambientes populares (que a la larga se impondrán en los parlamentos) a que desaparezca el régimen fascista que Franco creó a imagen y semejanza de los regímenes italiano y alemán en esta guerra. El dictador español que se entrevistaba con Hitler en Hendaya y con Mussolini en Bordighera, que enviaba una división a combatir contra Rusia, que ofrecía a Alemania en discurso público un millón de hombres si los rusos amenazasen Berlín, que por medio de su prensa estatal insultaba durante cuatro años a los ingleses, norteamericanos y a sus regímenes políticos, así como a los franceses de la Résistance que hoy son dueños del mando en la gran República vecina; ese dictador, ese régimen, querámoslo o no, está inexorablemente abocado —de cegarse en su voluntad de persistir a todo trance— a ser derribado entre convulsiones gravísimas en beneficio de los elementos de desorden.

En este punto don Juan subraya su mayor acierto y su mayor equivocación. Su acierto es insistir en que los aliados vencedores no permitirían que Franco siguiera después de la victoria; esto lo decían los aliados, la prensa aliada y lo creía todo el mundo menos Franco, que sin embargo lo

sospechaba pero luchaba no sólo por su supervivencia, sino por su vida como en los tiempos de África. A fin de cuentas Franco tuvo suerte, una suerte inexplicable que don Juan no podía prever.

El gran error consistía en que don Juan miraba exclusivamente al exterior y no al interior. Contaba con la presión aliada contra Franco pero no con la resistencia del pueblo español en torno a Franco. Poseía, sobre la situación interior de España, tan pésima información como los neojuanistas de hoy. La Restauración de 1945 procedía al revés que la de 1874; en aquélla, Cánovas había suscitado un movimiento interior imparable; en la de 1945, don Juan contaba sólo con la presión de los aliados y con el pronunciamiento militar que Cánovas desechaba. Lástima que con tantos políticos en sus consejos, don Juan no hubiera llamado a Lausana a un gran historiador que figuraba en ellos, Jesús Pabón, a quien no consta que consultara para tan grave asunto. Pabón sí que lo sabía.

La gran falsedad: "Todos desean la restauración"

4. La Restauración de la monarquía, deseada por todas las clases solventes e ilustradas de España y aún no realizada por la oposición exclusiva del general Franco, constituye la única solución que, salvaguardando los ideales fundamentales, religiosos y patrióticos de la Cruzada Nacional, puede merecer el respeto e incluso el apoyo de los gobiernos anglosajones.

5. Para que la monarquía pueda merecer ese respeto de las potencias vencedoras, no puede presentarse como continuación del régimen actual sino, por el contrario, lo más desligada e incluso enemiga. Afortunadamente, desde hace un año se ha hecho constar la insolidaridad entre la monarquía y el régimen nacional-sindicalista. Ello no obstante y admitiendo en gratuita hipótesis que la monarquía y el General estuvieran en íntima y estrecha compenetración debería el General Franco —de ser un verdadero estadista— haber pedido y exigido una posición pública de la mayor tirantez y enemiga para, de este modo, poder contar, si su caída fuese inevitable, con una solución viable.

6. En otros términos: la monarquía será exteriormente tanto más viable cuanto más contraria sea al régimen del General Franco. Todos los buenos españoles, incluso los falangistas que sean acreedores a tal calificativo, deberían bendecir la hora en que me negué a acceder a los requerimientos del General Franco de identificarme con el falangismo. Si ante la crisis inminente que sobre España se cierne no se contase con la solución monárquica, insolidaria y contraria a la Falange, los herederos forzosos del régimen actual serían los rojos.

7. De las premisas expuestas se deriva la necesidad y urgencia de que los españoles y el mundo entero conozcan la posición de la monarquía frente a la realidad española. Los españoles sabrán lo que garantiza, los ideales fundamentales del Movimiento nacional liberándoles de un lado de las instituciones dictatoriales fascistas que hoy les oprimen, mientras que por otro lado cierra el paso a nuevas convulsiones y a la vuelta al poder de los extremistas marxistas. Los Estados anglosajones verán en la monarquía un régimen que imposibilita que el comunismo se establezca en el estrecho de Gibraltar, que al mismo tiempo descarta a un régimen fascista y a un gobernante incompatible con la significación de la victoria aliada.

Don Juan promueve un pronunciamiento

Éste es el momento más clarividente de la carta de don Juan. Ha advertido muy bien que los aliados occidentales no tolerarán a un satélite soviético en la Península Ibérica; esa zona se había otorgado en Yalta a la influencia alidada. Al creer que Franco sería inviable (insisto: la creencia de don Juan era lógica), la monarquía se ofrece como alternativa a la República proclive al comunismo, como había sucedido en la Guerra Civil. Esto es un gran servicio de don Juan. El problema es que desde el campo aliado no se concedía credibilidad de firmeza al conglomerado que pudiera seguir a don Juan. Si los vencidos en la Guerra Civil se incluían en ese conglomerado, la monarquía sería aventada por ellos. Poco a poco los aliados empezaron a pensar que para ellos el odioso Franco representaba una garantía más segura contra el comunismo rampante;

acababa de demostrarlo al aplastar a los maquis comunistas con los que, como veremos, se entrevistaron en 1945 y en Francia ¡delegados monárquicos! (Aduciré el documento).

Cuando se planteara, dos años después, la guerra fría, don Juan no tendría nada que hacer. Franco sólo tenía que resistir dos años y obró como si lo supiera. Pero ya ahora, en 1945, debe notarse un hecho fundamental: don Juan, que en 1942 había invocado la reconciliación de los españoles con la monarquía, no alude para nada a ella, sino que propone a la monarquía como único medio para salvar lo conseguido en la Cruzada, llamada así con este nombre. Ahora no está promoviendo una reconciliación, sino un pronunciamiento de los generales de Franco para "evitar la vuelta de los rojos". Los neojuanistas, empeñados en confundirlo todo (como hacía Franco; son malos imitadores de Franco), huyen como de la peste al constatar esta realidad; por eso no aluden jamás a esta importantísima y reveladora carta de don Juan, auténtico prólogo al manifiesto de 1945.

La metodología del Manifiesto

Por lo expuesto —sigue don Juan— *urge tomar posición ante el mundo por la publicación de un documento o Manifiesto en el que a la vez que se señalen las características fundamentales de lo que será la monarquía, se solicite de Franco que abandone el poder en manos de los que a él se lo confirieron, para que del Ejército unánime lo reciba el Rey.*

8. Un ejemplar del Manifiesto se lo remitiré por conducto de la Legación en Berna al General Franco, acompañado de una carta personal redactada en términos del mayor afecto en la que haré constar que doy tal paso en servicio de España sin animadversión alguna contra él ni sus colaboradores. Añadiré que al examinar fríamente la situación el mismo General Franco tendrá que reconocer mi benéfica previsión, negándose a confundir su causa con la de la monarquía y que, en su fuero interno e incluso como político previsor y patriota, tiene que comprender que yo propague a los cuatro vientos la insolidaridad en la que en todo momento hemos estado.

9. De la necesidad absoluta de que la monarquía tome posición pública por medio de un documento solemne mío antes de que se resuelva definitivamente en los conciliábulos internacionales el problema español, se deduce que ninguna gestión que se esté haciendo o se proyecte hacer en España en favor de la restauración, puede estar perjudicada por la publicación del Manifiesto y que tan sólo daña el aplazamiento. La hipótesis de la monarquía como continuadora y sucesora del régimen franquista es políticamente absurda.

10. El Manifiesto me propongo lanzarlo yo aquí y no supeditar su salida a oportunismos o razones ocasionales apreciadas por algunos amigos de Madrid, deficientemente informados de las realidades internacionales, que postulan que tal posición se hubiera adoptado hace tiempo.

11. Dentro de las 24 horas de leída y meditada esta carta pon un telegrama a Padilla al Hotel Royal firmado por José Hermida. Si no tienes objeción grave que oponer a mi plan pon 'Espero concesión visado, abrazos'. En caso de que estimes necesario aplace mi acción, telegrafía 'Visado denegado'.

Por telégrafo y teléfono tengo ya el beneplácito del infante don Alfonso para mi plan, pero no dejo de decirle que no le he escrito ahora para ganar tiempo; y de informarle de todos los detalles que te suministro en esta carta.

Con gracias anticipadas por todos tus trabajos recibe un abrazo de tu siempre affmo.

Juan [161]

El contexto histórico del Manifiesto

La carta de don Juan está escrita como un parte de guerra, con estilo claro, vibrante, decidido. Sabemos por el diario de Gil Robles que el político católico, confinado en Bussaco, no intervino en la redacción de esta

161 Texto en KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 75 s.

carta que parece muy personal del propio don Juan, con Julio López Oliván como coordinador de ideas suyas y probablemente de Sáinz Rodríguez. En todo caso, la carta constituye la mejor introducción al Manifiesto de Lausana.

A mediados de marzo, Franco reajustaba el sistema de mandos militares donde sus hombres de confianza —Vigón y Carrero— no advertían peligro serio aunque conocían con todo detalle las gestiones de Kindelán, que seguía (hasta su próxima destitución) al frente de la Escuela Superior del Ejército. Franco alejó a Varela como alto comisario en Marruecos, designó a Muñoz Grandes, muy seguro y muy prestigiado después de su mando en Rusia y poco afecto a la idea monárquica, como capitán general de Madrid; Orgaz fue neutralizado como jefe adjunto del Alto Estado Mayor a las órdenes del general Dávila; Saliquet fue nombrado presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar y el laureado Moscardó jefe de la Casa Militar del Generalísimo. La prensa oficiosa del Régimen informaba admirativamente sobre el cruce del Rin por los carros aliados y el 8 de marzo el jefe del Gobierno francés, general De Gaulle, negaba el visado a los dirigentes exiliados de la República para que no pudieran instalar su base política en Francia, lo cual sirvió de importante ayuda a Franco. En cambio, las instrucciones del presidente Roosevelt al nuevo embajador americano en Madrid, Norman Armour, resultaban muy duras: "Nuestra victoria sobre Alemania supondrá el exterminio de la ideología nazi y otras semejantes. No hay lugar en las Naciones Unidas para un gobierno fundado en los principios fascistas". El ministro Lequerica trataba de exponer a los embajadores de Hispanoamérica reunidos en La Rábida que "la profunda democracia española se ha manifestado de mil formas diversas" pero bien sabía que no hay más que una. El 15 de marzo los carros del general Patton se lanzaban entre el Mosela y el Sarre. Éste era el contexto histórico en el que don Juan publicó con gran alcance en todo el mundo y repercusión muy restringida, pero muy importante en el interior de España (repercusión alta en Franco y elementos dirigentes del Régimen y del campo monárquico; nula en la opinión pública ante el cerrado veto de la censura), el más importante de sus manifiestos, el Manifiesto de Lausana, el 19 de marzo de 1945. Voy a publicar primero,

sin interrupciones, el texto completo; después veremos las reacciones y los comentarios.

Españoles:

Conozco vuestra dolorosa desilusión y comparto vuestros temores. Acaso lo sienta más en carne viva que vosotros, ya que en el libre ambiente de esta atalaya centroeuropea, donde la voluntad de Dios me ha situado, no pesan sobre mi espíritu ni vendas ni mordazas. A diario, pues, puedo escuchar y meditar lo que se dice sobre España.

Desde abril de 1931, en que el Rey mi padre suspendió sus regias prerrogativas, ha pasado España por uno de los períodos más trágicos de su historia. Durante los cinco años de República el estado de inseguridad y de anarquía creado por innumerables atentados, huelgas y desórdenes de toda especie, desembocó en la Guerra Civil que, por tres años, asoló y ensangrentó la patria. El generoso sacrificio del Rey de abandonar el territorio nacional para evitar el derramamiento de sangre española resultó inútil.

Han pasado seis años desde que finalizó la Guerra Civil. El régimen implantado por el General Franco, inspirado desde el principio en los sistemas totalitarios de las potencias del Eje, tan contrario al carácter y a la tradición de nuestro pueblo, es fundamentalmente incompatible con las circunstancias que la guerra presente está creando en el mundo. La política exterior seguida por el régimen compromete también el porvenir de la nación.

Corre España el riesgo de verse arrastrada a una nueva lucha fratricida y de encontrarse totalmente aislada del mundo. El régimen actual, por muchos que sean sus esfuerzos para adaptarse a la nueva situación, provoca este doble peligro, y una nueva República, por moderada que fuera en sus comienzos e intenciones, no tardaría en desplazarse hacia uno de los extremos, reforzando así al otro, para terminar en una nueva Guerra Civil.

Sólo la monarquía Tradicional puede ser instrumento de paz y de concordia para reconciliar a los españoles; sólo ella puede obtener respeto en el exterior mediante un efectivo Estado de derecho, y realizar una armónica síntesis del orden y la libertad en que se basa la concepción cristiana del

Estado. Millones de españoles de las más variadas ideologías, convencidos de esta verdad, ven en la monarquía la única Institución salvadora.

Desde que por renuncia y subsiguiente muerte del rey don Alfonso XIII en 1941 asumí los deberes y derechos a la Corona de España, mostré mi disconformidad con la política interior y exterior seguida por el General Franco. En cartas dirigidas a él y a mi representante hice constar mi insolidaridad con el régimen que representaba, y por dos veces en declaraciones a la prensa manifesté cuán contraria era mi oposición en muy fundamentales cuestiones.

Por estas razones me resuelvo, para descargar mi conciencia del agobio, cada día más apremiante, de la responsabilidad que me incumbe, a levantar mi voz y requerir solemnemente al General Franco para que, reconociendo el fracaso de su concepción totalitaria del Estado, abandone el poder y dé libre paso a la restauración del régimen tradicional de España, único capaz de garantizar la Religión, el Orden y la Libertad.

Bajo la monarquía —reconciliación justiciera y tolerante— caben cuantas reformas demande el interés de la nación. Primordiales tareas serán: aprobación inmediata, por votación popular, de una Constitución política; reconocimiento de todos los derechos inherentes a la persona humana y garantía de las libertades políticas correspondientes; establecimiento de una Asamblea Legislativa elegida por la nación, reconocimiento de la diversidad regional, amplia amnistía política; una más justa distribución de la riqueza y la supresión de injustos contrastes sociales contra los cuales no sólo claman los preceptos del cristianismo, sino que están en flagrante y peligrosísima contradicción con los signos político-económicos de nuestro tiempo.

No levanto bandera de rebeldía ni incito a nadie a la sedición, pero quiero recordar a quienes apoyan al actual régimen la inmensa responsabilidad en que incurren contribuyendo a prolongar una situación que está en trance de llevar al país a una irreparable catástrofe.

Fuerte en mi confianza en Dios y en mis derechos y deberes imprescriptibles, espero el momento en que pueda realizar mi mayor anhelo: la paz y concordia de todos los españoles.

¡Viva España! [162].

La nota adicional

En el Manifiesto, don Juan invoca a la reconciliación no aludida en el programa enviado semanas antes a Kindelán para conocimiento de los generales. En el Manifiesto no se levanta bandera de rebeldía pero se deja traslucir que sólo con un pronunciamiento podría implantarse la Restauración; es lo que se procura expresamente en la carta-prólogo a Kindelán. El Manifiesto parece inspirado por López Oliván y Vegas, con notas del grupo de Lisboa; hay nuevamente alusión a la monarquía tradicional anacrónica. Aparece un fuerte tinte liberal para captar la voluntad de los aliados vencedores más que por convicción propia; pero no se menciona la palabra "democracia"; ya veremos en las *Bases Institucionales* de 1946 lo que realmente significaba la monarquía de don Juan.

El Manifiestoo de Lausana no fue enviado a Franco con la carta cariñosa a que don Juan se había referido. Se entregó el texto a la Legación Española en Berna junto con una seca nota de envío para el General Franco en los siguientes términos:

El Rey se ha decidido a dirigir un manifiesto a los españoles después de haber madurado durante largo tiempo las ventajas e inconvenientes que para España puede suponer semejante acto.

El Rey hubiera deseado —ante la total ignorancia en que está sobre los planes del Caudillo— exponer al General Franco, personalmente o por medio de representantes, sus puntos de vista sobre el futuro de España y hubiera escuchado y reflexionado más tarde sobre los juicios y noticias que le hubieran sido expuestos. Sus esfuerzos para concertar tal oportunidad han sido acogidos, primero, con la imposición de determinadas condiciones y, más tarde, con un silencio que dura meses.

Ante la rápida evolución de los acontecimientos internacionales y la actividad de los partidos extremistas, el Rey ha estimado que no podía continuar refugiado en el silencio sin causar graves daños al porvenir de España.

---

162 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 324.

Como expresamente hace constar el Rey en su manifiesto, en modo alguno desea provocar sediciones que, resquebrajando el bloque de orden, pudieran redundar en beneficio de los elementos extremistas; pero ante la contingencia de que el régimen falangista no pueda subsistir por incompatibilidad con el mundo de mañana, es necesario que la monarquía haga solemne acto de presencia saliendo al paso de cualquier solución republicana.

No se le oculta al Rey que de momento su actitud sea torcidamente interpretada e incluso tildada de poco patriótica, pero está percatado de que muy pronto los acontecimientos confirmarán el desinteresado y oportuno acierto de su proceder. Es muy posible que en un próximo futuro muchos beneméritos españoles, partícipes de la Cruzada Nacional, deban a esta previsora actitud del Rey el ver garantizadas la seguridad de su situación presente y la realización de los ideales religiosos y patrióticos por los que combatieron [163].

La fase "contra Franco"

Con la publicación del Manifiesto de Lausana empezaba la tercera fase de la estrategia diseñada por Kindelán para el triunfo de la causa monárquica: tras el "Con Franco" y el "Sin Franco" ahora venía el "Contra Franco."

La primera medida de esta fase monárquica "Contra Franco" fue la nota verbal comunicada a todos los partidarios de la monarquía que ocupaban cargos oficiales. La nota está fechada en abril de 1945 y dice así:

Su Alteza Real el Serenísimo Señor Infante don Alfonso de Orleans y de Borbón, representante de Su Majestad en España, ha recibido instrucciones del Rey según las cuales los monárquicos, una vez conocido el texto de su manifiesto dirigido a los españoles el 19 de marzo último, deberán dimitir de los cargos políticos que ostentan en el actual Régimen, entre ellos los de procurador en Cortes y los de carácter político que ocupen en las corporaciones públicas municipales y provinciales [164].

---

163 GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 382 s.

164 Nota en KINDELÁN, op. cit. p., 229.

Ese personaje admirable que siempre fue, sin un fallo, el infante don Alfonso de Orleans hizo en abril de 1945 lo mismo que había hecho en 1931: sacrificar su carrera a su lealtad por la Corona. En 1931 se negó a prestar juramento de fidelidad a la República y perdió la carrera. Luego la recuperó al incorporarse a la aviación nacional en la Guerra Civil, se jugó la vida con sus tres hijos en primera línea (uno de ellos, don Alonso, la perdió en combate), llegó a general de división y cuando estaba a punto de ser ascendido a teniente general obedeció a don Juan y escribió la siguiente carta a Franco:

Sevilla, 4 de abril de 1945. Excmo. Sr. D. Francisco Franco, Generalísimo de los Ejércitos. Mi querido General: en los actuales momentos, ante una carta que acabo de recibir de Vigón, pienso en la incompatibilidad de mi cargo de representante de S.M. el Rey, para cuyo ejercicio tú me aceptaste, con el mando que ejerzo en Sevilla. Por ello, con harto sentimiento, pues bien te consta mi amor a la honrosa carrera de las armas, pongo a tu disposición mi mando actual con la esperanza de que pronto volveré a desempeñarlo al servicio de los altos intereses de mi patria y fiel a los principios de nuestra gloriosa Cruzada, que siempre estimé habría de culminar en la Restauración monárquica.

Estoy a tus órdenes para darte cuantas explicaciones o aclaraciones quieras de mí; a este fin acudiré inmediatamente a tu primera llamada. Tu affmo. subordinado y compañero de Academia, Alfonso [165].

Era una carta digna del hijo de la infanta Eulalia, que nunca tuvo pelos en la lengua; el infante fue destituido del mando de la Región Aérea del Estrecho y confinado en su palacio de Sanlúcar de Barrameda. Pero la respuesta de la mayoría de los monárquicos con cargos en el Régimen fue muy diferente. Comenta Kindelán: "Al entrarse en esta etapa contra Franco es cuando el Rey ordenó a los monárquicos que dimitieran de sus puestos políticos en el Régimen. Yo había augurado escaso éxito numérico en el cumplimiento de esa medida. Lamentablemente los resultados confirmaron mis sombrías predicciones, que por cierto no fueron solamente mías. El duque de Alba, que fue el primero en presentar renuncia

165 Carta en KINDELÁN, op. cit., p. 230.

a su cargo de embajador en Londres, era también pesimista y había señalado que no dimitirían ni siquiera cinco personas". En un largo soliloquio, Kindelán apunta solamente ocho dimisiones, alguna de ellas ya formulada antes del Manifiesto.

El jefe teórico de los monárquicos, Antonio Goicoechea, gobernador del Banco de España, no sólo no dimitió, sino que calificó la obediencia al Manifiesto de Lausana como "delito de lesa patria" en una terrible carta abierta del 2 de abril, publicada con entusiasmo por la prensa del Régimen, por lo que don Juan le envió un duro requerimiento por medio de su mayordomo mayor, vizconde de Rocamora, en el que ponía verde al ex ministro de la monarquía y ardiente franquista, pero sin reconocer que la gran mayoría de los monárquicos españoles, como demuestra la falta de dimisiones que reconoce Kindelán, estaba mucho más de acuerdo con Goicoechea que con don Juan [166].

Franco logró con su característica habilidad dividir a los monárquicos; incluso, según el propio Kindelán, designó a José María de Areilza, enviado suyo ante don Juan, quien hubo de manifestarle que sólo le recibiría como a persona particular. Cuando Julio López Oliván visitó al general De Gaulle para que apoyase al Manifiesto de Lausana, el jefe del Gobierno francés se negó con una frase tremenda: "Los monárquicos y las derechas españolas están con Franco". ¿Dónde estaban los millones de españoles que anhelaban la Restauración, como decía don Juan en su Manifiesto y repiten hoy, con la misma falta de base real, los neojuanistas? Un puñado de personalidades de clase alta, y ocho, exactamente ocho, capaces de renunciar a sus cargos públicos en aras de la monarquía. Sin embargo, la peor noticia para don Juan fue que desde el día siguiente del Manifiesto (y en sesión de tres jornadas) Franco se reunió con el Consejo Superior del Ejército donde los generales más importantes le ratificaron, con su simple presencia y sus intervenciones, la adhesión más completa, mientras que don Juan hacía evocar a Rocamora en la larguísima carta a Goicoechea las reuniones militares de dos años antes que ya se habían perdido en un recodo de la Historia.

---

166 Kindelán, op. cit. p., 236; carta de Rocamora en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 332.

El final de Mussolini y de Hitler

Franco aprovecha las noticias sobre el proceder inhumano de los japoneses en Filipinas contra la colonia española para despegarse con frases duras del bando que ya estaba virtualmente vencido y romper relaciones con Japón. Pero no contemplará la victoria aliada uno de sus artífices, el presidente Franklin D. Roosevelt, que fallecía en Warm Springs el 11 de abril de 1945 en brazos de su amante (mientras la señora Roosevelt coqueteaba políticamente con equívocos comunistas españoles) y dejaba el desenlace y arbitraje final de la guerra a su vicepresidente Harry Truman, nada amigo de España. El 16 de abril los mariscales Zukof y Konief lanzaban a sus dos millones de soldados del Ejército Rojo al último asalto contra Hitler; por torpezas de la estrategia norteamericana las grandes capitales de la Europa Central iban a caer en manos de la venganza soviética: Praga, Viena, Berlín. Por fin, el 24 de ese mes, los ejércitos aliados de Italia rompían la "línea verde" alemana y se desbordaban por el valle del Po. Al día siguiente un comunista veterano de la 12 Brigada Internacional en la guerra de España, Walter Audisio, capturaba junto al lago de Como al Duce de Italia, Benito Mussolini, que pretendía escapar a Suiza; le fusiló junto a su amante, Claretta Petacci, junto a las tapias de Villa Belmonte, a la salida de Donge. Despojado como una res, Mussolini permaneció colgado durante unas horas cabeza abajo en el piazzale Loreto de Milán. A Franco le impresionó vivísimamente el final del Duce, que coincidía trágicamente con la agonía de Berlín, donde a las tres y media de la tarde del día 30 de abril de 1945 el doctor Goebbels y el Führer Adolfo Hitler se suicidaron en los sótanos de la Cancillería defendida por los últimos españoles irreductibles que se habían negado a abandonar las filas de la Legión Azul: eran los doscientos supervivientes de la Legión Clandestina.

"Adolfo Hitler ha muerto en su puesto de mando" tituló el diario oficioso *Arriba* el 1 de mayo como último homenaje. El 2 de mayo el Ejército Rojo izaba su bandera en el mástil del Reichstag. El almirante Doenitz formaba un Gobierno alemán para rendirse a los aliados, y el 8 de mayo comunicó que a las cero horas un minuto de la madrugada siguiente cesaría el fuego en Europa, sin condiciones.

Una frase de Churchill

Eran horas muy graves para España y Franco lo sabía. Según todos los indicios la victoria aliada en Europa iba a arrastrar a Franco y a su régimen; la marea de opinión pública en todo el mundo vencedor parecía irresistible y todo indicaba que las previsiones de don Juan de Borbón iban a cumplirse; pero en España, a raíz del Manifiesto de Lausana, solamente ocho personas se habían solidarizado con esas previsiones. El resto de los monárquicos, junto a Antonio Goicoechea, formaba una piña en torno a Franco, junto a millones de españoles, unos por convicción, otros por temor, otros por hartura de guerras y conflictos. Esto sabrá a cuerno quemado a los neojuanistas pero es así; no hay más que una Historia aunque ellos no quieran ver lo que tan claro veía el general De Gaulle. Aunque para Franco el espectro de Mussolini colgado cabeza abajo por la venganza comunista en una indigna plaza de Milán no se pudiera apartar de la imaginación durante semanas y semanas. Insisto, Franco estaba de nuevo contra la pared, como en algunos días de las campañas de África, y no pensaba ceder ante fuerzas inmensamente superiores.

Los dirigentes del campo monárquico, aun siendo tan pocos, rebosaban de entusiasmo. Kindelán redactaba listas de gobierno, proyectos de transición, uno tras otro; los estudiaremos con detalle. Acababa de inaugurarse el 25 de abril la conferencia de San Francisco para dar nacimiento oficial a las Naciones Unidas, y los dirigentes republicanos exiliados a quienes De Gaulle había cerrado el camino de Francia, bullían ahora por los pasillos de la Conferencia (con mucho lubricante masónico, por cierto) para arrancar a los delegados la condena de Franco; otro grupo que se empeñaba en regresar uncido al carro del vencedor sin haberse arriesgado lo más mínimo.

Analizaremos despacio la actuación de los exiliados, así como los nuevos movimientos monárquicos al hilo de la victoria aliada en Europa. Una de las grandes bazas ocultas de Franco era, ante la polvareda antiespañola de San Francisco, una apuesta firme sobre la desunión de sus enemigos republicanos, como en España acababa de aportar sobre la desunión de sus adversarios monárquicos. "España —resume el notable historiador norteamericano Raymond Proctor— fue uno de los escasísimos países que tuvo el privilegio de salir de la Segunda Guerra Mundial con

su régimen y su territorio intactos. Y lo que era aún más importante, el pueblo había sorteado los horrores de la contienda". Sin embargo, la baza más importante que Franco, sin saberlo todavía, tendría en sus manos al comenzar el mes de mayo de 1945 era una frase, entonces poco divulgada hasta un año más tarde, que escribía Churchill a Truman el 12 de ese mismo mes, a los tres días de la victoria final en el viejo continente: "Un telón de acero se abate sobre Europa". Luego, ya echado del Gobierno por la pleamar roja y el miedo rojo que siguió a la victoria de Stalin, la repetiría en una escuela de Estados Unidos y la convertiría en la bandera de combate para una nueva guerra, la guerra fría que acaba de extinguirse [167].

Las dos restauraciones, 1873/75 y 1943/45

Ya tenemos, cuando se escriben estas líneas, una perspectiva suficiente como para comparar los proyectos de Restauración de Cánovas en 1873/75 y de Kindelán en 1943/1945.

Creo que nada puede ilustrar mejor las razones del éxito del primer intento y el fracaso del segundo.

Tanto Cánovas como Kindelán contaban con un pretendiente joven, inteligente, curtido en el exilio, dotado de sentido de la responsabilidad y patriotismo innegables; Alfonso de Borbón y su nieto Juan de Borbón. Es casi la única semejanza.

Primera diferencia fundamental: en el proyecto de 1873 mandaba Cánovas y sólo Cánovas por delegación de la reina Isabel II y el príncipe Alfonso; en el proyecto de don Juan no mandaba nadie, no había jefe delegado, se entremezclaban media docena de equipos, y lo peor no es que no mandara nadie, sino que mandaban todos.

Cánovas fundó su proyecto de Restauración en un gran movimiento de opinión pública que brotaba, ante todo, del fracaso espantoso del régimen al que se pretendía sustituir. Kindelán y los dirigentes monárquicos

---

167 Para las circunstancias españolas del final de la guerra mundial en Europa cfr. mi biografía de Franco (Planeta 1982), tomo V, p. 198 ss, con relación de fuentes en notas.

de 1943/1945 intentaban eliminar políticamente a Franco, que (con la colaboración entusiasta y efectiva de ellos mismos, y del propio pretendiente) había ganado una cruenta Guerra Civil y mantenía en su favor a la opinión pública española (por adhesión, por represión o por hartura total de conflictos, como ya dijimos). El gran movimiento de opinión desencadenado por Cánovas era arrollador; en cambio en la España de los años 40 apenas había brotes aislados de opinión pública monárquica, carente por completo de soporte de masas y estos brotes, además, estaban ahogados por una censura férrea y por una contrapropaganda implacable.

Cánovas contaba para su proyecto con cuantiosísimos medios económicos facilitados por los terratenientes cubanos, algunos nobles millonarios y los industriales de Cataluña. Entre los partidarios de don Juan había banqueros ilustres pero la causa, como tal, no tenía un duro; no se conocen aportaciones importantes y el propio Conde de Barcelona pasaba serios apuros económicos para su mantenimiento personal en Suiza.

La Restauración de Cánovas se preparó sin presión exterior alguna, como un simple asunto interno de los españoles. Kindelán (por dar un nombre relevante, que no ejercía el mando único) basaba su Restauración en las presiones del bando vencedor de una guerra mundial que había eliminado a los regímenes fascistas y por analogía se mostraba hostil al régimen de España. Uno de los grandes errores de don Juan y sus consejeros fue aceptar sin más matices el postulado de la propaganda de los aliados (y de los vencidos en la Guerra Civil española) que identificaba al régimen de Franco con los de Italia y Alemania; esa identificación era falsa, apresurada y grosera.

El proyecto de Cánovas estaba respaldado por las fuerzas armadas, que intentaron (con el general Concha) organizar un pronunciamiento y luego se adelantaron al propio Cánovas con el pronunciamiento de Martínez Campos en Sagunto, al que siguió todo el Ejército. Cánovas hubiera preferido un respaldo silencioso sin sublevación formal; su movimiento civil tenía fuerza más que suficiente para ello. En cambio, la gran mayoría de las fuerzas armadas de 1945, incluidos los generales de mayor prestigio e influencia, estaban con Franco. La famosa carta de los tenientes generales (algunos de ellos) en 1943 no había sido, como sabemos, un ultimátum,

sino un ruego para que Franco tomara en consideración lo que ya había prometido sobre la Restauración y además los efectos de esa carta estaban diluidos en 1945. Kindelán, como veremos en el siguiente capítulo, basaba su Restauración en la presión aliada que apoyase un pronunciamiento nada viable. Los documentos, fundamentales y prácticamente desconocidos, los expondremos en el próximo capítulo y no dejan lugar a dudas.

Pero, sobre todo, Cánovas tenía detrás a gran parte de España para su proyecto y Kindelán apenas contaba con unas docenas de monárquicos ilustres, sin base de masas, y como acabamos de ver, sólo ocho de ellos entre varios miles habían renunciado a sus cargos después del Manifiesto de Lausana.

El Manifiesto de Sandhurst, firmado por Alfonso XII, fue difundido por toda España y provocó incontables adhesiones. El Manifiesto de Lausana, firmado por don Juan, apenas se conoció en España, fue contrarrestado por la manipulación y la propaganda del régimen de Franco y provocó general indiferencia, cuando no formal repulsa, como hemos visto en el caso del antiguo presidente de Renovación, Antonio Goicoechea.

Algunos consejeros de don Juan estaban capacitados más que de sobra para esbozar ese análisis comparativo, por ejemplo, los profesores Jesús Pabón, historiador insigne, y Pedro Sáinz Rodríguez, intelectual de gran experiencia política y conocimiento de la historia contemporánea. No lo hicieron al menos en público. La pasión y el oportunismo político, cuando no el resentimiento personal, nubló su visión.

Un análisis histórico y político elemental hubiera bastado en 1945 para descartar el proyecto de Restauración, que prácticamente sólo dependía de la voluntad de los aliados vencedores. Pero para ellos las seguridades estratégicas (asegurar que en España no se implantaría un régimen proclive al comunismo) prevalecieron sobre las simpatías políticas. Y además, como veremos también en los capítulos siguientes, la Iglesia de España, que en 1873/75 estaba unánimemente con el proyecto Cánovas, salió en 1945 en el momento más difícil para Franco en decisivo apoyo del Generalísimo.

El Manifiesto de Lausana había nacido muerto, aunque parecía vivísimo al llegar el día de la victoria aliada en Europa en mayo de 1945.

Al enterarse don Juan de la dura calificación dedicada por el antiguo presidente del Partido Monárquico Antonio Goicoechea, ex ministro de Alfonso XIII y fiel a Franco, contra el manifiesto de Lausana ordenó a su mayordomo mayor, despectivamente, que enviase una reprimenda a don Antonio, en los siguientes términos, de los que Goicoechea y la mayoría de los monárquicos no hicieron el menor caso:

El mayordomo reprende al jefe monárquico

Carta del vizconde de Rocamora, mayordomo mayor de don Juan, al antiguo jefe de Renovación Española, Antonio Goicoechea.

(22 de abril 1945)

Desde que en 1937 quedó disuelto el partido Renovación Española es la primera vez que usted lanza en público su voz y no para defender los sagrados principios que alentaron a los héroes y mártires de la Cruzada, en la que el entonces Príncipe de Asturias se presentó como voluntario, sino para atacar a la institución monárquica...

En preparación esta carta, se vio el Rey gratamente sorprendido al comprobar por las copias que de la misma se propagaban y por las referencias que a ella se hacían en la prensa, que su actuación constituía un gesto político irreparable y que su nombre de usted, adjetivado con el inexacto calificativo de 'jefe de los monárquicos españoles' servía de bandera a una campaña ciega y suicida que puede sintetizarse en los titulares de un periódico suizo: 'Los monárquicos españoles contestan al Príncipe don Juan'.

Sería ofenderle admitir que, no obstante su inexplicable silencio, hasta esta fecha no se haya enterado de la campaña constante y sistemática a que la monarquía, los monárquicos que se esforzaban por la Restauración e incluso la persona del Rey han venido siendo víctimas de discursos oficiales y de la prensa, redactada toda ella al dictado del partido único que acaudilla el General Franco.

También es probable que llegara a sus oídos cómo en mayo de 1942, Autoridades Escolares del Partido Único en las aulas de la Universidad

de Madrid en momentos en los que se consideraba como axiomático el triunfo de las potencias fascistas, anunciaron la prohibición de un emblema con la cifra de nuestro actual Rey con pretexto de que recordaba a un oficial de la Marina inglesa. La sangre que copiosamente se derramó en torno a aquel emblema en los claustros universitarios con más de veinte heridos y las severas sanciones académicas de que fueron víctimas numerosos estudiantes y provocaron la dimisión por disconformidad con las mismas del director general de Enseñanza Superior, constituyen hechos que no pudieron dejar de llegar a su conocimiento...

Meses más tarde, la prensa española fue obligada a publicar un documento apócrifo, a todas luces gravemente ofensivo para la persona del Rey, en el que se le presentaba como instrumento manejado por tenebrosas sectas. Ni en los casos citados ni en tantos otros que se omiten en gracia a la brevedad elevó su voz de protesta quien durante varios años ostentó la representación del Rey don Alfonso XIII.

Esa voz tan sólo se ha alzado ante España y ante el mundo para discrepar de la actitud que el Rey se ha visto obligado a proclamar solemnemente por exigencias de los intereses de la Religión y de la patria, y ante el resultado negativo de cuanto en España habían postulado en el mismo sentido procuradores en Cortes, tenientes generales y profesores de Universidad.

Solicitaba usted en su carta de la bondad y rectitud del Rey que le liberara de la pesadumbre de obedecerle, ya que tal obediencia supondría para usted un pecado de lesa patria...

Capítulo XIX
El informe perdido de Joaquín Ruiz-Giménez

TRES CONSEJEROS DE DON JUAN, los tres de primera magnitud, han opinado fehacientemente sobre el Manifiesto de Lausana, cuyas génesis y texto he descrito en el capítulo anterior. Pedro Sáinz Rodríguez, en conversación con el propio don Juan, pasa muy brevemente sobre el Manifiesto aunque dice de él que fue "el escrito de V.M. más interesante desde muchos puntos de vista".

El propio don Juan sólo apunta este leve comentario sobre el Manifiesto de Lausana: "Eso es, ése fue el primero"[168]. José María Gil Robles, que niega toda intervención suya en el texto aunque muchos se lo atribuyeron al menos en parte (entre ellos Ruiz-Giménez que tomó su información de Eugenio Vegas directamente), se entusiasma cuando escucha al resumen por la BBC y, sobre todo, cuando puede leerlo el 26 de abril, durante los últimos días de su confinamiento en Bussaco: "Es noble, firme, categórico, oportuno; a mi juicio políticamente perfecto" [169]. La opinión de José María de Areilza, que figuraba ya, como sabemos, en la cau-

---

168 PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 299.

169 J.M. GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 118.

sa monárquica pero mantenía relaciones excelentes con Franco, es diametralmente opuesta.

La figura de Areilza

¡Qué figura tan interesante la del conde de Motrico! No renuncio a escribir, algún día, su semblanza con perspectiva y reflexión más profunda, y no creo, ni mucho menos, que tal semblanza resulte negativa. Creo que encontré, por intuición, su clave, cuando leí un artículo suyo sobre Talleyrand, que me parece es algo así como su modelo. Ha publicado unas Memorias que deben leerse *cum mica salis*, pero también con provecho y deleite. En la primavera de 1945 era hombre de confianza para don Juan y para Franco; uno y otro han hablado siempre de Areilza con sumo aprecio, lo cual me parece que no ha conseguido nadie nunca. Poco antes había publicado en colaboración con el profesor Fernando María Castiella un importante libro de investigación histórica, *Reivindicaciones de España,* que no es, como se ha dicho, un alegato imperialista desmesurado, sino un estudio, fundamentado cabalmente, sobre las posibilidades de expansión territorial española cuando se veía probable la victoria del Eje y aún no se había configurado el horizonte de la descolonización. Atribuye Areilza a Pedro Sáinz Rodríguez y a Julio López Oliván la iniciativa del Manifiesto de Lausana y resume con precisión la finalidad del documento: "Ofrecer la solución de la monarquía para evitar que el gobierno de la República en el exilio fuera el llamado a ocupar el poder es una hipótesis de directa intervención aliada en España".

Los insensatos manipuladores neojuanistas de hoy leerán sin duda con terror las siguientes palabras de Areilza, en las que cuenta cómo fue llamado a Lausana por don Juan y enviado allí simultáneamente por Franco, algo que sólo Areilza era capaz de conseguir entonces. Y nos revela ahora, así, su misión:

Pensé desde un principio que esta iniciativa (el Manifiesto) tomada de buena fe se apoyaba en un error monumental de información. Se veía con toda claridad que la tensión entre los países aliados occidentales y la Rusia soviética iba en aumento de día en día. Nada podía agravar más la situación

general europea que resucitar la cuestión española en esos momentos. Es curioso que Areilza coincida, en su valoración negativa sobre el Manifiesto de Lausana, con lo que un antifranquista, Ramón Garriga, y un grande de España fiel a don Juan y a Franco, Carlos Martínez de Campos, pensaban entonces sobre la mala información y los peores consejos que recibía don Juan de Borbón [170].

Apelación al pronunciamiento

Areilza recogió en las embajadas de los aliados en Madrid información exhaustiva que contradecía a los consejeros de don Juan. Cuando llegó a Lausana, los *implicados en la publicación del Manifiesto* —dice— le anunciaron que iban a publicar que don Juan no le recibía, y así lo hemos creído todos hasta este estupendo desmentido del propio Areilza en 1992. Impertérrito (jamás se inmuta ante cualquier cincunstancia adversa; he sido testigo de algunas), el enviado se fue a hablar con la reina Victoria Eugenia y le dijo: *No movilizarán ni un batallón ni un navío para derrocar al gobierno de Franco en estos momentos. Todo quedará en sanciones diplomáticas y acaso retirada de embajadores.* La Reina se lo contó a su hijo que, pese al veto de los consejeros, recibió a Areilza y aceptó su informe, al menos hasta que los consejeros antifranquistas le sometieron después a un terrible bombardeo y consiguieron convencerle. Uno de ellos, José María Gil Robles, revela, en el texto que acabo de citar, que ante el Manifiesto de Lausana *falta ver la reacción de los elementos armados.* Con la misma inconsecuencia que durante la República, cuando se presentaba como líder del poder civil pero alentaba por tres veces, en 1934, 1935 y 1936, el pronunciamiento militar, según sabemos, Gil Robles en 1945 criticaba a *esas derechas anquilosadas que sólo viven felices a la sombra de un sable* (en la República se metía él mismo *a la sombra de la espada*" con la misma expresión) al día siguiente de preguntarse qué iban a hacer *los elementos armados.* Vimos en el capítulo anterior que el Manifiesto de Lausana se había gestado como una apelación al pronunciamiento de los

---

170 Cfr. para todo este contexto mi biografía de Franco (Planeta 1982), vol. 5, p. 204 ss. El testimonio de Areilza en *A lo largo del siglo,* Barcelona, Planeta, 1992.

generales monárquicos. En los meses que qudaban de 1945 la única esperanza de la causa monárquica, azuzada además por el embajador de los Estados Unidos, como vamos a ver, era el pronunciamiento militar. En su apasionante descripción de su viaje a Lausana, Areilza acalla para siempre a esos neojuanistas de hoy que nos presentan una España de los años 40 inflamada por el clamor monárquico de las masas. Menos masas. *Los seguidores monárquicos* —dice Areilza en 1992, como decía Franco a don Juan hace más de cincuenta años— *eran numéricamente pocos.* Y encima no tenían, como los de ahora, el *ABC* para airear sus manipulaciones.

Confieso que cuando Luis María Ansón me dijo, mucho antes de que Laureano López Rodó publicase (en 1977) su libro esencial *La larga marcha hacia la monarquía*, que Franco, aunque desencadenó una violenta campaña contra don Juan por el Manifiesto de Lausana (sin permitir su publicación), consideraba a la vez que el Conde de Barcelona, aunque mal informado, había actuado por patriotismo para evitar el retorno de la República, me llevé una gran sorpresa. Pero López Rodó, con documentos del archivo Carrero, lo demuestra y revela además que Franco, convencido por Carrero, aún pensaba en la posibilidad de nombrar sucesor a don Juan si conseguía hacerle variar de mentores; aunque también consideraron entonces los dos, por primera vez, la posibilidad de descartar a don Juan y sustituirle por el príncipe Juan Carlos como sucesor. Esto es, en efecto, lo que sucedió en la resaca del Manifiesto de Lausana.

Franco reconoce el patriotismo de don Juan pero le ataca a fondo

El testimonio de Ansón era, desde luego, fehaciente y López Rodó lo confirmó después sin lugar a dudas: *Don Juan estaba convencido de que cabía el peligro de que se implantara de nuevo la República vencida en 1939. Sería desandar la Historia y muy posiblemente entrar en la órbita soviética. Si el Régimen caía, la única alternativa democrática posible era la monarquía, que no sería mal acogida en España y estaría respaldada por los vencedores de la guerra mundial. Y ciertamente, de haberse producido la caída de Franco, tal como la preveía don Juan y gran parte de la opinión mundial, la Corona hubiera sido la única opción superadora de antagonismos y revan-*

chas. Por eso el propio Franco calificó de patriótica la actitud de don Juan en 1945, al ofrecer una alternativa frente a la república marxista que se hubiera implantado en España en caso de llegar a sucumbir el Régimen a causa de la presión interior y exterior. Sin embargo, aquellos pronósticos no se vieron cumplidos y el Régimen se consolidó. López Rodó interpreta correctamente la posición patriótica de don Juan y la relativa comprensión de Franco hacia el Manifiesto de Lausana, que como hemos visto no acabó con las posibilidades sucesorias de don Juan. Pero López Rodó reconoce también que en un plano más a ras de tierra Franco vio la actitud de don Juan como un desafío a su propio poder y como apostaba por la desunión de los republicanos entre sí y de los aliados occidentales respecto de Rusia, *don Juan de Borbón fue objeto de una de las más duras campañas de prensa que en España han podido desencadenarse* [171]. En cuanto a la probabilidad, muy alta, de que una República rediviva tomase el poder en España para caer en manos del comunismo prosoviético y triunfante en 1945, los demócratas de hoy suelen negarlo como pretexto de Franco; pero eso era exactamente lo que había ocurrido en la Guerra Civil y también lo que los aliados occidentales pensaban al terminar la guerra en Europa, como acaba de confirmarnos Areilza. En este mismo contexto hay que situar el importante informe de Luis Carrero Blanco a Franco, que luego citaremos "in extenso" porque fue emitido ya en septiembre de 1945; pero, ya en el mes de marzo, Franco y Carrero diseñaron una estrategia en torno al Manifiesto de Lausana, que en parte consistía en influir directamente sobre don Juan mediante la acción de consejeros seguros. Los más importantes en aquella etapa fueron Joaquín Ruiz-Giménez y José María Oriol.

La aparición del informe perdido

Joaquín Ruiz-Giménez y Cortés, hijo de un ministro liberal de la Corona, fue luego miembro de las juventudes de Acción Popular y ardoroso pregonero del totalitarismo católico mucho más a la derecha de Gil Robles (que no era un totalitario) en el famoso mitin de El Escorial en 1934, cuando se exigía *todo el poder para el Jefe* y se proclamaba que *los*

---

171 L. RODÓ, *La larga...*, op. cit., p. 50 s.

jefes no se equivocan munca. Esta vibrante consigna parece haber guiado la vida política de don Joaquín, que primero la aplicó a Gil Robles, luego a Franco, más tarde al Rey y por fin a Felipe González; lo digo para quienes le tachan de veleidoso cuando se orientó siempre por el mismo principio. Ya era catedrático en la Universidad de Salamanca cuando el 1 de abril de 1945, a semana y media del Manifiesto de Lausana, salía para una reunión de Pax Romana, el organismo católico internacional del que era presidente, en compañía de otro joven católico, Alfredo Sánchez Bella (que se había evadido de la zona roja junto a Rafael Calvo Serer), miembro numerario del Opus Dei con un cargo importante en el Consejo de Investigaciones Científicas, por entonces ya había abandonado el Opus Dei por serias discrepancias con el padre Escrivá, por lo que se quedó en la calle y se elevó por esfuerzo propio. Ruiz-Giménez, que vivía entonces intensamente su fase de fidelidad y ascenso franquista, fue, junto con Sánchez Bella, el primer enviado por Franco a don Juan para volverle al buen camino después del Manifiesto. A su regreso, elevó a Franco un informe importantísimo que anduvo perdido durante décadas y que se atribuyó por casi todo el mundo a Alberto Martín Artajo, incluido Gil Robles, que cita además a "Bello" (Sánchez Bella) y Ruiz-Giménez [172]. Afortunadamente el informe Ruiz-Giménez ha aparecido, con atribución incorrecta pero íntegro, en los revueltos papeles de Kindelán, de donde lo tomamos para reproducirlo íntegramente. Es la primera prueba de la nueva estrategia Franco-Carrero tras el Manifiesto: reducir el monopolio falangista y apoyarse en los católicos y los monárquicos para desviar la insufrible presión internacional.

Tusell rebaja la figura de Artajo

La familia de Martín Artajo permitió que el importante archivo del ex ministro se comunicase al político e historiador Javier Tusell, hijo de un alto dignatario sindical del franquismo pero muy proclive a publicar opiniones negativas sobre el franquismo. El resultado fue que en el libro de Tusell queda muy rebajada la figura histórica de Alberto Martín Artajo,

---

172 GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 125.

sobre el cual uno de sus colaboradores, el embajador Ernesto Laorden Miracle, preparaba un libro importante cuyo título iba a ser *El Canciller de la Resistencia*. En cambio, el libro de Tusell, *Franco y los católicos* (Alianza Editorial), no sé si corresponde a las esperanzas de la familia del prócer católico [173].

Hace unos años el mismo historiador y político presentaba un libro que no me parece importante, sobre Franco en la Guerra Civil y el diario gubernamental entonces, antigubernamental ahora, *El País* le fotografiaba entre Javier Pradera y Jorge Semprún, dos equilibrados rodrigones de lo más adecuado. Ya estamos viendo, pues, que la Democracia Cristiana (a cuya línea pertenecen el señor Artajo y el señor Gil Robles, el señor Laorden y el señor Tusell) había luchado unida como una piña en la República y en la Guerra Civil, pero se dividió irremisiblemente en el franquismo, sobre todo a partir de 1945. Algo parecido, aunque con menos pasión y más artificio, sucedió con la otra plataforma del catolicismo en nuestro tiempo, el Opus Dei. Quienes dentro de esos grupos militaron o militan en posiciones contrapuestas, en la política o en la historia, nos hacen muy difícil el trabajo a los historiadores que sólo pretendemos hacer historia. Porque la ambición política y la lucha por el poder son factores de división que anegan y arrollan los vínculos religiosos y el ideal cristiano que tal vez debería prevalecer en las disputas temporales. Nunca ha sido así, quien lo probó lo sabe.

La entrevista de Franco y Martín Artajo

Por tanto, Martín Artajo y Ruiz-Giménez visitaron a don Juan de Borbón en Lausana a fines de abril de 1945, pero separadamente; de la visita de Artajo salió un informe verbal a Franco, que reaccionó muy duramente contra don Juan; de la visita de Ruiz-Giménez con Sánchez Bella se derivó un informe extenso que vamos a publicar ahora, después de reseñar la divertida conversación de Franco con el que pronto sería su ministro de Asuntos Exteriores. Incidentalmente debo señalar que los tres

---

173 Madrid, Alianza Editorial, 1984.

implicados en estas conversaciones con don Juan serían sucesivamente ministros de Franco.

Alberto Martín Artajo se moría por ser ministro. Venía del congreso de Friburgo, donde Amintore Fanfani expuso la estrategia del Vaticano para sustituir en Europa los peligrosos vacíos del totalitarismo vencido por las nuevas formaciones de la Democracia Cristiana, a las que la Iglesia había contenido desde los años 20 para dar una oportunidad al fascismo y al corporativismo, que era la doctrina política oficiosa de Roma para la época que ahora se liquidaba. Martín Artajo captó bien esa tendencia (que tendría un éxito colosal en Europa, menos en España, hasta hoy) y pretendió adaptarla en España mediante la creación de un frente político católico compatible con el franquismo y capaz de forzar la evolución del franquismo hacia formas más templadas que no fueran tampoco las de una democracia liberal y capitalista. Artajo y Franco estaban condenados a entenderse porque Franco, acosado en 1945, acudía a la Iglesia, a la que había salvado en la Guerra Civil, como tabla de supervivencia política. Al hablar de don Juan, Franco estuvo displicente y grosero: *Don Juan es un pretendiente. Yo soy el que tiene que decidir*. En el libro que citamos con pinzas se resume así el diario de Artajo sobre esta conversación: "No podía ser padre de un rey el último con quien se acostaba doña Isabel". (Como he mostrado en mi trilogía *El triángulo*, el capitán Puig Moltó no fue realmente el último, sino que está situado cronológicamente hacia la mitad de la lista de amantes isabelinos, aunque posee todas las papeletas para ser considerado padre real de Alfonso XII, según consta en documentos del archivo del Vaticano que utilicé a fondo en esa trilogía).

Franco se mostraba a este respecto muy pragmático: *lo que salga del vientre de la reina, veré si es apto*. Pero creía que don Juan *carecía de voluntad y de carácter... no hay nada que hacer, hubiera preferido a un rebelde. No tiene carácter, se aviene a todo. Si fuera su padre...* Ante semejantes expresiones, Martín Artajo comprende que Franco piensa mantenerse indefinidamente en el poder y prosigue sus maniobras para participar lo antes posible de ese poder, sobre todo cuando advierte que la Iglesia española se apresta a acudir en socorro de Franco acosado.

Sin embargo, espigando en las páginas del libro de Tusell con microscopio, aparecen huellas aprovechables del archivo Artajo, una vez debidamente constrastadas. Una de ellas es que evidentemente Martín Artajo, tras consultar con Carrero, visitó a don Juan con motivo del congreso de Pax Romana y luego aprovechó la conversación para su marcha de aproximación a Franco con el fin de entrar en el Gobierno del mismo, lo que como veremos consiguió en el siguiente mes de julio. Tusell no huele ni de lejos el informe Ruiz-Giménez; lo ignora por completo. Sobre la conversación de Artajo con don Juan afirma que *no tenemos descripción muy precisa* [174] pero tal conversación tuvo que ser necesariamente gemela a la de Ruiz-Giménez, que conocemos, como vamos a ver punto por punto aunque Tusell no se haya enterado.

Informe Ruiz-Giménez, primer asalto: La entrevista con Vegas Latapié

Ocasión de la entrevista

Hube de salir de España, con misión católica y universitaria de índole internacional, el día primero de abril, es decir, cuando acababa de conocer el Manifiesto divulgado rápidamente en España, y cuando se producía una espontánea y fervorosa manifestación de lealtad al Generalísimo.

En varios grupos de personas de acendrada ideología monárquica, pero hondo fervor nacional y adhesión al Caudillo, recogí impresión de dolor y disgusto por los términos de aquel Manifiesto. Parecióme deber de conciencia aprovechar mi viaje a Suiza para hacer llegar a S.M., además de mi impresión personal, la de aquellos sectores (unos del Ejército, otros de la intelectualidad, de la Acción Católica y aun de los elementos de Falange fieles a la idea monárquica) con que una Restauración habría necesariamente de contar para no ser intolerable imposición extranjera.

Al efecto, terminada mi misión en Friburgo, me trasladé a Lausana, instalándome en el Hotel Central con el fin de entablar inmediatamente diálogo con un amigo, Eugenio Vegas Latapié, que allí vive.

---

174 TUSELL, op. cit., p. 56.

Tuve con él un diálogo largo y vivo, obteniendo en el mismo valiosas informaciones sobre la génesis del Manifiesto y viendo con satisfacción que el propio Vegas, pese a su explicable situación de ánimo por el alejamiento de España y la impresión de emigrado en la que se encuentra, reaccionaba favorablemente ante las objeciones que yo con lealtad, pero con firmeza, oponía a la proclama del Rey.

De esta primera conversación deduje como conclusiones más importantes:

a) Que el Manifiesto se ha dado con la única intención de desbaratar una maniobra de orden internacional tendente a forzar a España, mediante procedimientos varios, a reimplantar la forma republicana de gobierno y restituir el poder al equipo frente-populista de 1936. El Rey, fehacientemente informado, al parecer, de este proyecto, quiso dejar a salvo la posibilidad de una vía distinta, la del restablecimiento de la monarquía desvinculada de las responsabilidades que se atribuyen al actual régimen político español y concretamente al partido.

b) Que en la génesis del Manifiesto se han entrecruzado y chocado tendencias muy dispares, desde la liberal más extrema del Sr. López Oliván hasta la tradicionalista (o más bien la ideología de Cultura Española) representada por Eugenio Vegas, pasando por la tendencia democrático-cristiana del Sr. Gil Robles. La intervención de Eugenio Vegas (pese a varios errores en su enfoque) logró, según mis datos, evitar que el Manifiesto tuviera la estridencia y los gravísimos compromisos que algunos de los consejeros del Rey quisieron darle. Según Eugenio Vegas, a fuerza de transacciones se llegó a una fórmula que fuera lo suficientemente vaga para no ligar la monarquía a un programa político demoliberal contrario a las esencias de España, y al mismo tiempo apta para producir en los medios políticos de las naciones anglosajonas el efecto que se buscaba de romper el dilema Franco-Negrín.

c) Que en la mente de Eugenio Vegas (único elemento que a pesar de sus apasionamientos logra hoy junto al Rey hacer oír una voz verdaderamente española y 'antiliberal') el Manifiesto en su segunda parte —es decir, en lo propiamente programático— no será nunca

interpretado por el Rey como un abandono del poder a la pretendida 'soberanía popular', ni como un relajamiento de los resortes de la autoridad, sino como una incorporación evolutiva de todos los sectores sociales a la tarea de gobierno, pero a través de los órganos naturales de convivencia.

d) Y, por último, que a pesar de la ruptura pública y resonante entre el Rey y el régimen actual de España que el Manifiesto entraña, se tiene, sin embargo, conciencia en Lausana de que la institución monárquica sólo puede ser restaurada en España contando con el apoyo del Ejército y de las fuerzas auténticamente nacionales.

La inspiración británica del manifiesto

Una vez claramente delimitada ante Eugenio Vegas nuestra propia posición —a saber: firme entrañamiento de la idea monárquica y voluntad decidida de servirla, pero con absoluta lealtad al generalísimo Franco y a todo cuanto él simboliza (unidad de la patria, justicia social, sentido cristiano de la vida y prolongación de todos los demás postulados esenciales de nuestra Cruzada)— solicité y obtuve de S.M. una entrevista que me fue concedida y tuvo lugar en la villa —digna pero sin boato— donde la familia real habita. Me acompañó mi fraternal amigo y colaborador Alfredo Sánchez Bella, absolutamente identificado con mi propia manera de pensar en esta materia.

S.M. me recibió en su despacho y allí, a solas con él, tuvo la bondad de oírme largamente [175].

Desarrollo de la entrevista

Después de un breve preámbulo en el que indiqué a S.M. que el objeto de mi viaje había sido presidir una reunión internacional de universitarios católicos (ésta es la prueba de que el informe pertenece a Ruiz-Giménez) *en la que había procurado desvanecer recelos y*

175 A. KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 60 ss.

calumnias contra la situación actual de España, entramos abiertamente en el examen de ésta.

Ante todo hice presente a S.M. que tenía que hablarle con absoluta franqueza, puesto que en un momento tan grave para la patria no podía contentarme ni con una visita de cortesía ni con fórmulas de formularia adhesión. Y, además, puse de manifiesto que antes de salir de España había hecho llegar al Caudillo, por el cauce conveniente, mi intención de visitar al Rey, habiendo tenido el Generalísimo la generosidad de dejar a mi buen criterio la conveniencia de este paso, lo que me obligaba más estrechamente aún a guardarle inquebrantable lealtad.

Así, aclaraba mi propia postura, con el fin de no dar pie a ningún equívoco, inicié un examen respetuoso y sereno, pero duro, del aludido Manifiesto, debiendo decir en honor a la verdad que el Rey me dejó hablar en todo instante sin la menor cortapisa, que respondió con toda calma y ecuanimidad a mis objeciones y que me dio honrosas muestras de confianza al aclararme extremos delicados de su actuación, sin pedirme en ningún momento que guardara secreto sobre los mismos, antes bien, estimo que con conciencia de que me lo revelaba para aclarar en mí, y en los que en España piensan similarmente, las razones de su postura y el verdadero sentido de su trayectoria.

Muy sintéticamente podría resumirse el contenido de nuestro diálogo en la forma siguiente:

a) Sobre el Manifiesto en sí mismo.

1.—Alegué la inoportunidad del Manifiesto, en un momento tan crítico para España. Se me replicó que ya, desde comienzos de 1944, se venía anunciando al Caudillo la necesidad en que se encontraba el monarca de dirigirse a su pueblo para que tuviera fehaciente noticia de su existencia y de su voluntad de gobierno. Añadió el Rey que desde aquella fecha había recibido presiones muy diversas y graves para que lanzara una proclama y no pocas críticas por su resistencia a hacerlo.

Ante informaciones absolutamente fehacientes que le llegaban del Gobierno inglés, adquirió el convencimiento de que se trataba de imponer a España (no tanto por una intervención armada cuanto por un

aislamiento diplomático y comercial) un régimen republicano de extrema izquierda (el sedicente legítimo de 1936); se vio en la obligación moral de hablar al país para desbaratar precisamente la maniobra masónico-comunista y hacer visible el restablecimiento de la institución monárquica, que ya en muchos sectores extranjeros se iba mostrando o denunciando como ligada a las que se estiman responsabilidades imborrables del régimen falangista.

2.—Inmediatamente hice notar a S.M. que aunque se aceptara esta explicación, había que preguntarse si por salvar la responsabilidad internacional de la monarquía (valga la frase) no se había destruido su posibilidad interna desde el momento en que con el Manifiesto se herían los sentimientos de grandes sectores nacionales (sobre todo el Ejército y los ex combatientes y ex cautivos de nuestra Cruzada), y se señalaban rumbos concretos de gobierno no compartidos por fuerzas importantes (incluso las más fervorosamente monárquicas como los tradicionalistas).

Don Juan: Nunca peligrosas importaciones democráticas

El Rey me replicó que había previsto con dolor la posible repercusión desfavorable de su proclama en España y que incluso así lo había consignado en la nota verbal que simultáneamente entregó en la Legación de Berna, pero que para no juzgarle injustamente y para deshacer esos defectos había que tener en cuenta:

I.—Que lo más grave y urgente hoy era desbaratar la ya dicha maniobra internacional (lo cual estima S.M. que ha sido perfectamente logrado con su proclama), aunque para ello tuviera que sembrar cierta desorientación y disgusto entre sus amigos de España.

II.—Y que su Manifiesto no constituye una pieza aislada de su pensamiento, sino que ha de interpretarse en relación con todas las cartas que en anteriores ocasiones ha dirigido a sus representantes en España, especialmente una muy extensa al infante don Alfonso, que él autorizó e incluso deseó fuera ampliamente divulgada, ya que en ella se tributaba el merecido elogio al Alzamiento Nacional en el que el propio Rey quiso tomar activamente parte (extremo que S.M. me subrayó con emo-

ción), y al Ejército que lo llevó a feliz término; así como se especificaba que las instituciones gubernamentales con las que él contaría serían las tradicionales españolas (representaciones locales, Cortes de base orgánica, especial salvaguarda de los derechos de la Iglesia católica, etc.), y nunca peligrosas importaciones democráticas del extranjero.

Felicitándome de esta interpretación auténtica, hice observar, sin embargo, a S.M. que mientras que el Manifiesto había sido ampliamente divulgado en nuestra patria prestándose, por lo ambiguo de sus fórmulas programáticas (amnistía, voto popular, personalidades regionales, libertades políticas), a interpretaciones 'demoliberales' (en las que tendrían interés precisamente los enemigos de la monarquía), en cambio, ninguna de las otras cartas a las que él hacía mención, y que daba como declaraciones auténticas de su pensamiento, habían obtenido verdadera publicidad, y ello me movía a rogarle que a ser posible hiciese llegar de una forma u otra al pueblo español unas indicaciones que desvirtuaran dicha impresión nociva.

El Rey me replicó que comprendía la importancia de la sugerencia pero que le parecía inconveniente, y aun moralmente imposible, lanzar una nueva proclama que públicamente desvirtuara los efectos de la primera. Sin embargo, estimando que sus leales en España tenían derecho a recibir la seguridad de que los puntos programáticos del manifiesto no implican aceptación de los dogmas del 'liberalismo' (en el aspecto en que está condenado incluso por la Iglesia), ni que sus frases sobre la Guerra Civil y sobre los que apoyan al actual régimen político entrañan desconocimiento de las glorias de la Cruzada y de los deberes patrióticos de los grupos juveniles monárquicos que han hecho el Alzamiento nacional, me dejó autorización para hacer conocer su verdadera mentalidad sobre todos estos extremos en todos los sectores de la patria en donde pueda ser necesaria y fecunda la aclaración.

Don Juan contra la democracia liberal y autonómica

3.—Insistí entonces a S.M. en que tal vez lo más grave de la primera parte o preámbulo del Manifiesto era la acusación hecha por él de concomi-

tancia de nuestro Régimen con las potencias del Eje, máxime cuando, aunque fueran ciertas las inclinaciones en este sentido de algunos grupos de la Falange, el Caudillo había logrado mantener a España fuera de la guerra, y hoy iba dando pasos de aproximación a los Estados anglosajones.

El monarca me contestó que realmente si no hubiera sido por el deseo y la voluntad precisamente de salvar a la patria de la tantas veces aludida maniobra internacional, podrían haberse calificado sus palabras de 'traición', pero que precisamente el pronunciarlas fue para apartar de España el peligro inminente de un retorno de las 'fuerzas rojas' y salvar, incluso, las vidas y las haciendas de los elementos que apoyaban al Generalísimo Franco. Por otra parte, estimaba que era mucho más gallardo y caballeroso que el acercamiento a los países aliados se realizara por el Rey y su Gobierno nacional y no por la propia Falange, que siempre había mantenido una posición contraria a las naciones hoy vencedoras en la guerra.

4.—Descendiendo a los puntos ya más concretos de la proclama hice ver a S.M. que la equívoca frase 'Rey de todos los españoles' (perfectamente explicable en 1870 cuando los 'otros españoles' eran hombres honrados y en el fondo amantes de la patria) resultaba muy grave hoy cuando muchos de los emigrados tienen sobre sí delitos comunes.

Inmediatamente y sin vacilaciones, el Rey me replicó que él quería gobernar a todos los españoles que lo fueran realmente. Deduje de la firmeza de su respuesta en este punto que lo que S.M. ha querido decir con aquella frase es simplemente que su persona y la institución que representa no pueden identificarse con ningún partido político concreto, sino que ha de abarcar y extenderse a todos los sectores y a todas las fuerzas de España que acepten verdaderamente la realidad esencial de ésta y de sus principios inconmovibles.

En este sentido habrá también que interpretar las referencias a la amnistía (máxime cuando se dice que va a ser amplia, pero no total) y al voto popular (que no puede identificarse sin más con el sufragio universal, ya que en la mente del Rey está, según me decía expresamente, no el acudir a dicho sufragio para el restablecimiento de la institución

monárquica, sino simplemente someter a plebiscito la constitución política o leyes orgánicas que él y su Gobierno redacten). Abona la verosimilitud de esta interpretación restrictiva el hecho de que la prensa izquierdista de Suiza y de Francia —según he podido personalmente comprobar— ha acogido con disgusto y repulsa el Manifiesto del Rey, considerándolo engañoso e insuficiente.

5.—Alentado por todas estas aclaraciones de S.M., le indiqué también que era menester dar un recto sentido a las expresiones que dedica a la personalidad regional y a las libertades políticas, y que tomadas a la letra pudieran implicar respectivamente el fraccionamiento de la unidad de España —mantenida a costa de tanta sangre— y la anarquía interior, con la violencia sobre las personas y el quebranto de los auténticos derechos fundamentales de los españoles.

Me contestó sin titubeos que nunca pensó en conceder autonomía política a las regiones, sino simplemente respetar sus peculiaridades culturales y ciertos fueros administrativos, que es en el fondo —advertí yo— la doctrina tradicional española, que plasmó en las instituciones de la monarquía de nuestros siglos de oro y que sólo comenzó a ser contradicha por las tendencias absolutistas y centralizadoras —a la usanza de la Francia napoleónica— que se desarrollaron sobre todo durante el siglo XIX.

En cuanto al punto de las 'libertades políticas' hice ver el riesgo de deslizarse en las concepciones del 'liberalismo' condenado por la Iglesia y por la Historia, replicando S.M. que él sólo desea dar a España un régimen basado totalmente en la concepción cristiana de respeto a la persona, pero a través de la sumisión de ésta a la autoridad y a la Ley y de su servicio al bien común, descartando toda corriente y toda fórmula que implica 'escepticismo liberal' y disolución de la unidad política en la convivencia humana.

Ruiz-Giménez invoca a las Fuerzas Armadas

Aproveché este momento para indicarle que había extrañado que se hablase de concepción cristiana del Estado y se eludiese el término de católica. Replicó que evidentemente para él y todos los suyos no puede

haber más cristianismo verdadero que el representado por la Iglesia católica. Sin embargo, se estimó suficiente decir lo primero para indicar la línea esencial por donde ha de marcharse, sin despertar en el exterior nuevas protestas, sobre todo en un momento en que la propaganda antiespañola (que personalmente he podido también comprobar durante mis días de estancia en el extranjero) maneja ahora el tópico de la intolerancia religiosa y de la persecución contra los protestantes en nuestra patria, tópico que hace incluso mella en los medios católicos suizos y franceses, según mi propia y directa experiencia, no habiendo sido éste uno de los menores prejuicios que me he esforzado en desvanecer.

b) Sobre el restablecimiento de la institución monárquica en España

1.—Examinadas las líneas generales del Manifiesto y sus principales puntos concretos, me permití subrayar a S.M. lo grave que resultaba el hecho de su ruptura pública y solemne con el Caudillo y con todo lo que él representa en España, indicándome que si tal vez dentro de nuestras fronteras no se tiene una visión suficientemente completa de la gravedad del momento internacional —en lo que afecta a España—, no es menos cierto que fuera, y concretamente en Lausana, es decir, en el círculo donde el Rey se mueve, se desconoce —tal vez por el aislamiento en el que están de España y la intervención de personas interesadas en producir una escisión insondable— el hondo arraigo que el Caudillo tiene en grandes sectores de la opinión y sobre todo en la juventud española. Para llevar el diálogo a un terreno aún más concreto, llegué a preguntar al Rey si no pensaba que para instaurar la monarquía en España tenía que contar con el apoyo del Ejército, y le oí con satisfacción decirme que no sólo necesitaba el apoyo, sino la intervención activa de esa capital institución de la patria. Inmediatamente le hice notar que para eso, más que para ninguna otra cosa, era menester contar con el Caudillo que encarna realmente la unidad de todas las Fuerzas Armadas y al que éstas —salvo tal vez pequeñísimas excepciones sin importancia— prestan acatamiento inquebrantable.

El Rey no me contradijo estas terminantes aseveraciones.

(Sin saberlo —intercalemos un leve comentario— Joaquín Ruiz-Giménez acaba de mentar la soga en casa del ahorcado. Sabemos ya, y lo

confirmaremos pronto, que don Juan estaba muy ilusionado, en la primavera y verano de 1945, con un pronunciamiento militar que derribarse a Franco en España para allanarle el camino del trono.

Don Juan acepta el espíritu del Movimiento

De ahí que se le escape la necesidad de la intervención militar, y de ahí también su silencio cuando el emisario de Franco le señala el acatamiento de las Fuerzas Armadas al Caudillo).

> *Pero además* —prosigue Ruiz-Giménez su admonición a don Juan—, *y en segundo lugar, le indiqué que junto a ese apoyo del Ejército era precisa una cierta adhesión de fuerzas políticas, ya que sin ellas la monarquía tendrá osamenta de Dictadura pero no aliento popular. Me reconoció inmediatamente la verdad de esta sugerencia y entonces yo le indiqué que eran precisamente los grupos juveniles, que vivieron e hicieron la Cruzada, y que son mucho más que una organización y un partido, los que tendrían que apoyar a la monarquía si ésta quiere ser auténticamente española. Esto no quiere decir que el Rey haya de transformarse en jefe de un partido —punto verdaderamente inconciliable con la esencia misma de la institución monárquica—, sino que el Rey ha de venir a prolongar los ideales de la Cruzada, sirviéndose de todos los que en ella combatieron heroicamente o sufrieron bajo la dominación roja, hayan o no prestado su cooperación activa a la Falange. S.M., en este punto, que juzgo de especial importancia, me dio a entender que estaba abierto a toda idea y que lo único que rechazaba era la 'identificación personal' con el partido como tal, entre otras razones porque creía —según sus informaciones más serias y fidedignas— que la subsistencia del partido como pieza básica del régimen español no será en manera alguna tolerada por las potencias vencedoras en la presente guerra. En resumen, creo que su postura puede resumirse en esta frase: eliminación de las apariencias externas de un partido único, pero aceptación de los principios y postulados que éste alentó, especialmente los de unidad nacional, justicia para todas las clases sociales y visión cristiana de la vida.*

Don Juan acepta el alzamiento en plena ruptura

2.—Viéndole en este estado de ánimo le indiqué mi extrañeza de que no hubiese llegado a una inteligencia con el Caudillo para haber procedido sin ruptura al restablecimiento de la institución monárquica, siempre bajo la vigilancia y el alto consejo de aquél que, por su patriotismo y por los títulos logrados en una ocasión definitiva para la patria, merece seguir cuidando largamente de ella.

El Rey me indicó que sin descanso y durante muchos meses buscó esa armonía y que pidió sin resultado una entrevista personal y el nombramiento de plenipotenciarios indiscutibles, haciendo que me mostraran al efecto toda su correspondencia privada con el Caudillo.

Yo insistí, sin embargo, en que aun siendo dolorosa la situación de hecho a que se había llegado, era preciso reaccionar ante ella con grandeza de ánimo por ambas partes, estando yo seguro de que esa elevación espiritual se daría. Dije a S.M. que la divulgación del Manifiesto en España habría sido una verdadera victoria para el Caudillo, quien el mismo día de mi partida de España —1 de abril—, con motivo del Desfile, había gozado de fervorosas aclamaciones populares. Pero que también era cierto que todos los que sintiéndonos ligados a él por hondos vínculos somos por convicción monárquicos, confiábamos en que por su talento político y su grandeza de alma no se quedaría en el regusto de esa victoria, sino que reaccionando contra todos los sentimientos de explicable indignación, o por lo menos de desencanto, sabría aprovechar precisamente la crítica coyuntura para ir sin vacilaciones a la instauración de la monarquía que tan solemnemente nos prometió otras veces. Entonces el Rey me dijo que él vería ese gesto con hondo agrado, ya que sólo quiere el bien de España; y que a pesar de la ruptura externa, que conviene tal vez mantener, estaba abierto a una fecunda colaboración, siempre sobre la base de no pedírsele una identificación con el partido, sino una aceptación, por él ya dada, de todo lo que fuera esencial en las horas de nuestro Alzamiento.

Muy sintéticamente puedo resumirlas como sigue:

a) El Rey me da la impresión, en su simpática juventud, de hombre despierto y comprensivo. Ciertos informes que me habían llegado sobre

irregularidades en su vida privada puedo hoy contrarrestarlos con la afirmación de que después de unos ejercicios espirituales hechos esta Cuaresma mantiene conducta perfectamente correcta, favorecida por las virtudes cristianas de su esposa, y no sin ciertas favorables influencias de Eugenio Vegas.

b) El Rey se encuentra en un ambiente, como el de Suiza, muy hostil a España. Sería altamente deseable que lo abandonara y que pudiera aproximarse a Portugal o tal vez a Tánger, es decir, a territorio no español pero más próximo a España y en donde pudiera mantenerse un contacto más estrecho con él.

c) En todo caso, parece absolutamente indispensable que fuese a vivir junto al Rey un capellán de verdadero prestigio y sólida virtud, y dos o tres personas (en calidad de secretarios o consejeros) que, siendo fieles a los ideales del Alzamiento y aun al Caudillo, resultaran del agrado del monarca. Esto no es una mera ilusión, sino que he recogido de manos de Eugenio Vegas incluso sugerencias en ese sentido.

d) El Caudillo, que realmente no es un poder transitorio en el sentido de mera provisionalidad, más que negociar con palabras, podría decidir la instauración de la monarquía en España poniéndose inmediatamente después, si él lo estimara conveniente, en contacto con S.M. a quien no sería ni siquiera difícil convencer de que tanto en la formulación de las leyes constitucionales (orgánicas y dogmáticas, como el Fuero de los Españoles), como en el nombramiento de los miembros del Gobierno y en tantas otras medidas concretas, no puede tener mejor consejero y sostenedor que el propio Caudillo.

e) Por último y dado el ambiente internacional, claramente palpable en cuanto se trasponen las fronteras, parece de gran urgencia seguir adelante en esta evolución institucional sin dar síntomas de debilidad ante el extranjero, sino precisamente de fortaleza interna, al ir ajustando las instituciones del Régimen y reencontrándolas con la tradición española.

Se lograría inmediatamente un apoyo más eficaz y público de sectores que, siendo nacionales, están hoy un poco al margen de la actividad

política, y ello repercutiría favorablemente en los medios católicos y conservadores del extranjero.

La doble fidelidad

Realizados estos primeros pasos, e incorporados incluso al Gobierno hombres fieles al Caudillo y al mismo tiempo monárquicos indudables, todas las medidas que vinieran después producirían un efecto muy saludable y acrecerían grandemente la propia estabilidad del Régimen, al mismo tiempo que los españoles que tienen que agradecerle ya para siempre al Caudillo el haber triunfado en la guerra, le tendrían que agradecer el haber sabido, en un proceso de autolimitación de sus poderes, abrir el camino a una forma de gobierno que además de ser la tradicional en España es la que hoy mejor puede conciliar la autoridad con la libertad y frustrar las turbias maniobras de los elementos rojos, sin defraudar los ideales y los entusiasmos de los que lucharon y murieron en la Cruzada.

La importancia del informe Ruiz-Giménez

Este informe de Ruiz-Giménez es importantísimo. Se redacta después de una conversación a fondo con don Juan y desde la perspectiva de Eugenio Vegas, su consejero católico y antiliberal. Coincide plenamente con las directrices que Alberto Martín Artajo se dispone a poner en práctica cuando sea llamado al Gobierno en el siguiente mes de julio y se formula a la salida de la trascendental reunión de la Democracia Cristiana en Friburgo, donde los hombres del Vaticano han marcado claramente las directrices para el asalto al poder de la posguerra en Europa occidental, con pleno éxito en Italia y Alemania y notables logros en Francia y Bélgica; el plan Ruiz-Giménez, que siempre fue un acólito político del Vaticano, consistía en dar a luz en España un sucedáneo de la Democracia Cristiana europea cuyos políticos se reclutaran en la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, principal plataforma política de los católicos del siglo XX hasta la aparición del Opus Dei, que ya empezaba a infiltrarse en ellos y a hacerles la competencia; no debe menospreciarse la presen-

cia de Alfredo Sánchez Bella a la sombra de Ruiz-Giménez porque si bien había abandonado formalmente ya la militancia en el Opus Dei, sabido es que quienes han pertenecido al Opus Dei suelen seguir para siempre en su órbita.

La sucesión de emisarios de Franco que tratan de influir sobre don Juan para contrarrestar el cerco al que le tienen sometido sus consejeros antifranquistas de Lausana y Lisboa responde a un plan esbozado en este informe por Ruiz-Giménez y luego aceptado formalmente por Carrero y Franco como veremos en capítulos siguientes; el plan surgió en reuniones convocadas por los Propagandistas (léase Ángel Herrera) a raíz del Manifiesto de Lausana en las que participaron Ruiz-Giménez, Martín Artajo, Alfredo López, José María Oriol y otros católicos con vocación política, como se infiere del archivo de Martín Artajo, aun espigado por Tusell. Por aquellas mismas semanas, el creador de la Asociación de Propagandistas y jefe espiritual de todos ellos y de La Editorial Católica, Ángel Herrera, que también seguía directrices precisas del Vaticano, se alineaba con este proyecto renovador del franquismo, como se deduce de la indignación de Gil Robles en su diario de aquella época.

Lo que Franco no estaba dispuesto a aceptar del informe Ruiz-Giménez era dar paso ya al Conde de Barcelona y quedarse como segunda figura para controlar la política monárquica después de la Restauración. El resto de las sugerencias del informe las aceptará en bloque.

Por eso es tan importante este informe que ni Tusell ni otros observadores han venteado. Los compiladores del desordenado archivo Kindelán, que lo reproducen sin fecha y sin firma y lo refieren erróneamente a Martín Artajo, lo datan ¡en las primeras semanas de 1944! y tal vez por eso este esencialísimo informe ha quedado hasta ahora al margen del análisis histórico [176]. No es así. El informe Ruiz-Giménez se redacta y envía (a los colaboradores directos de Franco y de don Juan) antes de acabar el mes de abril de 1945. Faltaban días para que terminase la guerra en Europa y se fraguaban tres pronunciamientos simultáneos sobre España: el de

---

[176] Verlo en KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 68, como antecedente de un documento fechado el 14 de febrero de 1944.

los "Tres Grandes" en su reunión de Postdam, el de los militares comprometidos con la causa monárquica en favor de don Juan y el de la Iglesia de España, de acuerdo con el Vaticano, en favor del régimen de Franco. La resultante de estas tres fuerzas, junto con el firme control de Franco sobre la situación interior de España, sería la supervivencia indefinida del Régimen y el fracaso de las pretensiones de don Juan.

Capítulo XX
Los tres pronunciamientos de 1945

AL TERMINAR LA GUERRA en Europa con la victoria de los aliados en la primera decena de mayo de 1945, se produjeron, como adelantábamos en el capítulo anterior, tres importantes pronunciamientos sobre el inmediato futuro de España. El primero fue el de la Iglesia de España, de acuerdo, naturalmente, con la Santa Sede. El segundo, ya en el mes de agosto, y en forma de comunicado —que afectaba directamente a España— de la reunión de los Tres Grandes en Potsdam, la zona oriental de Berlín ocupada por las tropas soviéticas. El primer pronunciamiento, el de la Iglesia, fue netamente favorable a Franco y en cierto sentido salvó a Franco y a su régimen. El comunicado de Potsdam descalificaba a Franco y excitó, hasta el paroxismo, a los consejeros de don Juan, que creyeron al fin llegada su hora y emprendieron una actividad frenética. El principal resultado de tal actividad iba a ser el tercer pronunciamiento, el de los generales dentro de España, que deberían forzar la salida de Franco para imponer la Restauración. Pero el pronunciamiento de los "Tres Grandes" en Potsdam fue aventado tras unos meses por las primeras ráfagas de la guerra fría y terminó, con muchas molestias para España, en agua de borrajas. El tercer pronunciamiento, el de los generales, acabó en aborto

y don Juan no vino a España, aunque sí se acercó un poco más a España por su viaje a Portugal a principios de febrero de 1946. Es decir, que ganó Franco gracias al apoyo de la Iglesia.

El pronunciamiento de la Iglesia española

El 8 de mayo de 1945, último día de la guerra en Europa, una semana después del suicidio de Adolfo Hitler en el búnker de la Cancillería del Reich, casi a la misma hora en que el almirante Doenitz aceptaba la rendición incondicional de Alemania y fijaba la medianoche siguiente para cesar el fuego en todos los frentes, el arzobispo primado de España, don Enrique Pla y Deniel, firmaba una decisiva carta pastoral en su palacio junto a la catedral de Toledo. No era la primera vez que el prelado catalán escogía una fecha señalada para firmar un manifiesto histórico; cuando era obispo de Salamanca en 1936 eligió la víspera del 1 de octubre, día en que Francisco Franco recibía *todos los poderes del Estado* como dijo él mismo, de manos del hasta entonces presidente de la Junta de Defensa para lanzar su carta *Las dos ciudades*", en la que calificaba el Alzamiento Nacional como una auténtica cruzada. Ahora, cuando apuntaba la paz en Europa, el primado daba gracias a Dios por haber librado a España de los horrores de la guerra: *La guerra que acaba de terminar en Europa* —decía— *ha sido un verdadero fratricidio de las naciones europeas, último fruto de la pérdida de la unidad cristiana en Europa, consumada en el siglo xvi; no tiene nada que ver con la Guerra Civil española*". Así rechazaba el primado el principal argumento del campo juanista, y además insistía en sus posiciones de 1936: *porque al recordar la guerra de España resalta su carácter de 'verdadera cruzada por Dios y por España', como la reconocieron con su bendición los romanos pontífices y la reconoció la jerarquía católica universal en sus contestaciones a la carta colectiva de los obispos españoles*". Por tanto, a buen entendedor, el fin de la guerra de Europa no tiene por qué acarrear consecuencias para España; el primado no acepta la identificación del régimen de España con los regímenes fascistas vencidos. Eso sí, aboga porque *sea realidad la liquidación de la última guerra* pero sin peligro para el Régimen: *Que todos vean los peligros de que, en momentos tan graves y trascendentales, no esté muy firme la autoridad del Estado*".

Aunque recomienda que el Estado *adquiera ya solidez de firmes bases institucionales* [177].

La Iglesia de España —respaldada, insisto, por la de Roma— tenía aún demasiado cerca la persecución de la República y el martirio de la Guerra Civil; se sabía salvada por Franco del aniquilamiento y ahora decidía, en justa compensación, salvar a Franco, acosado por los vencedores y muy señaladamente por la Unión Soviética supervictoriosa en Europa. Pronto asomó la oreja Stalin cuando a los dos días de la victoria los aliados occidentales le instaban a una negociación sobre Polonia, que había sido la causa de la guerra. *Es fútil* —declaró el 11 de mayo— *que los aliados sigan discutiendo el problema polaco*. Hasta 1989, nada menos. Y es verdad que a partir de veinte años después, en la resaca política del Concilio Vaticano II, un sector de la Iglesia de España, manipulada y alentada por la Santa Sede de Pablo VI, se pondría a la cabeza del despegue del régimen de Franco. Ya lo veremos; pero no conviene olvidar que en la primavera de 1945 fue la Iglesia de España, alentada por la Santa Sede, la que decidió salvar el régimen de Franco mediante su pronunciamiento del 8 de mayo. Es natural que José María Gil Robles, a quien ya se permitía vivir en Oporto, se muestre indignado con la patronal toledana y con los manejos del obispo de Madrid, doctor Eijo, y del presidente de Acción Católica, Martín Artajo, que estaban apoyando abiertamente a Franco en momento tan difícil [178].

Las primeras leyes de apertura

El 19 de junio Franco declara a la *United Press* que *se va hacia la completa y normal libertad interior*, lo que interpreta el periodista como si hubiera dicho: "volver al régimen democrático", cosa muy diferente; Franco nunca quiso "volver" después de la experiencia de Primo de Rivera y su abrupta cancelación, calificada por el profesor Pabón como *para cancelar el fecto* (de la dictadura) *volver a la causa*, es decir, al caos. Franco anunciaba medidas

---

177 Cfr. para todo este contexto mi biografía de Franco en Planeta, 1982, vol. 5, p. 27os.

178 Cfr. GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 122.

para una paulatina apertura institucional de su régimen, no la implantación de un régimen liberal (que tampoco pretendía don Juan, como acabamos de ver en el informe Ruiz-Giménez). Se creaba para la paz la Organización de las Naciones Unidas en la Conferencia de San Francisco, donde los exiliados del Frente Popular buscaban como locos una condena contra España y lograron su provisional exclusión del organismo.

Unos energúmenos de la izquierda francesa atacaron salvajemente, en la estación de Chambery, un tren con mujeres, niños y trabajadores españoles indefensos; Franco decretó un cierre temporal de la frontera con Francia y don Juan se presentó para confortar a los agredidos en una estación suiza hasta la que se había desviado el tren. Le acompañaban Eugenio Vegas, Joaquín Calvo Sotelo y el agente doble Rafael Calvo Serer.

En el pleno de las Cortes, celebrado los días 13 y 14 de julio, se aprueban dos leyes importantes: el Fuero de los Españoles (por aclamación) y la Ley de Bases de Régimen Local. Eran los primeros pasos de la institucionalización del Régimen que había reclamado la Iglesia y prometido Franco. El Fuero de los Españoles —elevado años después a ley fundamental o constitucional— era una declaración de derechos a la que da primordial importancia el profesor Luis Suárez en su libro *Francisco Franco y su tiempo*, sin duda muy interesante, pero que se ha redactado gracias al monopolio del autor sobre los documentos del archivo de la Fundación Franco, vedados absurdamente a los historiadores críticos, es decir, a los historiadores. La serie de derechos enumerados en la Ley era encomiable y aun equiparable a documentos constitucionales semejantes. Lo malo es que, sobre todo durante su primera época de vigencia, veinte años, la Ley se redujo en buena parte a una apariencia democrática formal que después, al convertirse en ley fundamental, cobraría cierta efectividad pero que por el momento estaba destinada a servir de fachada.

La Ley de Régimen Local trataba de potenciar a las haciendas locales de acuerdo con la tradición de la derecha española, e introducía en la elección de los concejales un principio democratizador que no se extendía a la figura del alcalde. No eran leyes democráticas y no se aceptaron como tales por las democracias, pero marcaban un camino tan largo como irreversible.

El Gobierno de monárquicos y católicos

A la sombra del primer hongo atómico que ennegreció el cielo de Nevada el 16 de julio de 1945, "los Tres Grandes", Truman, Churchill en vísperas electorales y Stalin, ebrio con su victoria sobre Europa, abrían la conferencia de Potsdam sobre la que volveremos detenidamente después. Los acontecimientos se precipitaban. Tres días más tarde el general Kindelán enviaba a Lausana un largo informe de situación ante la crisis de gobierno que considera —acertadamente—inminente en España y pronostica (con igual acierto) que Franco va a pedir para esa crisis apoyo a los católicos profesionales (Kindelán, que era muy serio, no empleó este adjetivo que me parece preciso), aunque los dos siguientes pronósticos caían muy lejos del blanco. Primero: *Los meses del actual régimen están contados* (le quedaban aún al Régimen treinta años largos de vida) y, además, buscar el apoyo católico resultaba, según Kindelán, un mal precedente ante la experiencia de otros países; pero Kindelán acertaría a ver, muy poco después, que esa experiencia se volvía favorable e irresistible en media Europa y por supuesto en España, con matices diferentes. Seguro de la colaboración católica, despreocupado de los pronósticos apocalípticos, Franco anunció el 17 de julio ante el Consejo Nacional que *en la nueva etapa que hoy comenzamos se hace necesario enfrentarse con el problema de la sucesión... sólo puede aplicarse la fórmula tradicional de la monarquía que dio a España su grandeza... cuando llegue el momento*, porque *no se trata de cambiar el mando en plena batalla, sino de definir el Régimen y asegurar la sucesión*. Alienta a mantener el espíritu de la Falange y afirma que el carácter espiritual del Movimiento *le llena de sentido popular y democrático*, pero había que usar las palabras de los tiempos.

A las palabras siguieron las obras: el mismo día 20 de julio, en que el general Kindelán firmaba su informe en Lausana, Franco comunicaba a los interesados el contenido de la crisis ministerial que se publicaría al día siguiente. Sólo permanecían cuatro ministros: Blas Pérez, el falangista Girón, el propagandista próximo al Opus Dei y gran valedor de la institución José Ibáñez Martín y el monárquico Benjumea. Entra en Justicia el antiguo secretario general de Falange Raimundo Fernández Cuesta, y en Agricultura el vieja guardia de Falange Carlos Rein, ingeniero agróno-

mo y alcalde con Primo de Rivera. Cesa el ministro secretario general del Movimiento José Luis Arrese y —muy sintomático— su puesto no se cubre aunque tampoco desaparece, encomendado al vicesecretario. El resto de los ingresos es un auténtico aluvión de monárquicos y católicos profesionales que marcan la línea del nuevo Gobierno.

Vuelve al Gobierno, como ministro del Ejército, un monárquico que ya fue ministro y jefe del Ejército del Norte en la Guerra Civil, el general Fidel Dávila, firmante de la ya olvidada carta de los tenientes generales. Otro monárquico y héroe de la aviación, Eduardo González Gallarza, antiguo ayudante de don Alfonso XIII, rige el Ministerio del Aire. El almirante Francisco Regalado, ministro de Marina, veterano de Alhucemas y del Cuartel General, era monárquico; Juan Antonio Suanzes, creador del INI, monárquico pero sobre todo amigo y hombre de plena confianza de Franco, entra en el Ministerio de Industria. El resto de las novedades lo forman dos monárquicos que son (como el superviviente ministro de Educación) católicos profesionales fieles a Franco: José María Fernández Ladreda, ministro de Obras Públicas, alcalde de Oviedo con la Dictadura, general de Ingenieros y catedrático, defensor de la ciudad en el asedio rojo de 1936, antiguo miembro de la CEDA y actual de la ACNP; y el miembro más destacado y significativo de todo el Gobierno, Alberto Martín Artajo, que ha puesto como condición la *evolución del Régimen* hacia formas templadas e institucionales de Gobierno; y el traspaso de todos los servicios de censura de prensa y cultura (periódicos, libros, radio, espectáculos) de la devaluada Secretaría del Movimiento al Ministerio de Educación (con el católico Ibáñez de ministro) a las órdenes de otro propagandista, Luis Ortiz Muñoz, hombre de La Editorial Católica. Así asumía la Iglesia las palancas de la censura; y Martín Artajo, el liberalizador, reclamaba para su equipo católico una función netamente totalitaria.

Ministro con permiso del nuncio

Ya conocemos a Martín Artajo, en cuyo hermano Javier se había pensado también para este gobierno. Editorialista de *El Debate* y ahora del *YA*, letrado del Consejo de Estado, presidente de la Junta Técnica de

Acción Católica, amigo íntimo antaño de Gil Robles, que ahora empezó a aborrecerle como sólo un católico profesional puede hacerlo, había recabado, según declaró públicamente, la conformidad del primado y del nuncio para aceptar el honroso encargo (que estaba anhelando con ardor; nadie llega a ministro sin maniobrar a fondo). José Félix de Lequerica, cesado por frívolo (Franco dixit) como ministro de Asuntos Exteriores, lo tomó con excelente humor y hasta prestó a Martín Artajo el uniforme. Era la gran época de Agustín de Foxá que acababa de pronosticar: *Menuda patada le van a dar a Franco en nuestro culo* y ahora comentaba el relevo en la Cancillería: *He visto muchas veces a un ministro cambiar de casaca, pero nunca a una casaca cambiar de ministro*. El ministro de la casaca ajena declaraba en privado: *Yo soy la evolución y si no la consigo me marcharé en seis meses*. No se marchó hasta que le cesaron. La primera medida de Martín Artajo fue crear en la plaza de Santa Cruz un equipo muy competente para la defensa exterior de España, acosada por todas partes, sobre todo cuando a los pocos días "los Tres Grandes" la condenaron en Potsdam.

La condena de Potsdam

Sabemos que desde el 17 de julio de 1945 "los Tres Grandes" —Truman, Stalin y Churchill— decidían en Potsdam el destino de Europa. Stalin propuso un texto para condenar a España: *El régimen español es un peligro para la paz*. Añadía el zar rojo que el régimen de Franco *no se originó como consecuencia de fuerzas internas del país, sino por imposición del Eje*, sin advertir que cuando se constituyó ese régimen aún no se había formado el Eje. Tal régimen *constituye un grave peligro para las naciones europeas y sudamericanas amantes de la libertad*; he ahí al tirano más sanguinario de la Historia después de Gengis Kan —al que sirvieron con devoción filial Santiago Carrillo y Jorge Semprún, entre otros demócratas de toda la vida— dando lecciones de libertad al mundo cuando estaba aherrojando a media Europa. La propuesta consistía en *romper inmediatamente las relaciones con Franco y apoyar a las fuerzas democráticas para restablecer la libertad en España*: la libertad que los comunistas españoles a las órdenes de Stalin impusieron durante la

Guerra Civil en la zona republicana que casi llegaron a controlar, y que se alzó contra ellos y su mandado Negrín en el pronunciamiento del 5 de marzo de 1939.

Churchill, apoyado por Truman, desbarató la maniobra burda aunque Stalin advirtió *que él tenía medios para resolver la cuestión con Franco*, misteriosa frase no aclarada aún.

El *premir* británico regresó a Londres para las elecciones generales. Todo el mundo cantaba la victoria del estadista que había salvado a Inglaterra. Pero su oponente, el laborista Clement Attlee, que había dado su nombre a una compañía de la XV brigada internacional comunista en la guerra de España, explotó el "miedo rojo" del Reino Unido con su lema: "Por el entendimiento con la URSS vota al Partido Laborista", venció a Churchill y representó a su país desde el 28 de julio en la conferencia de Potsdam junto a otro enemigo de España, su ministro Ernest Bevin. Con Churchill fuera de juego "los Tres Grandes" publican el 2 de agosto la declaración de Potsdam que consagra la enorme victoria de Stalin: once países de Europa, con cien millones de habitantes, caen bajo el yugo soviético que no sacudirán hasta el hundimiento del comunismo en 1989. Fue Truman quien arrastró a Attlee para sacrificar la Europa oriental —y España— a la venganza de Stalin con el fin de lograr la colaboración de Stalin en la guerra contra Japón, que continuaba y podría exigir demasiadas vidas norteamericanas. La condena contra nuestra Patria, que fui el primero en presentar en España documentadamente dentro de su contexto histórico, decía así:

"Los tres Gobiernos se sienten obligados a especificar que, por su parte, no apoyarán solicitud alguna que el Gobierno español pueda presentar para ser miembro de las Naciones Unidas, por haber sido establecido dicho Gobierno con ayuda de las potencias del Eje y porque en razón a su origen, naturaleza, historia e íntima asociación con los Estados agresores, no reúne las cualidades necesarias para justificar su admisión". Los republicanos y socialistas españoles —Prieto, Martínez Barrio— se apresuraron a interpretar la condena de Potsdam como certificado de defunción para el régimen de Franco.

El segundo salvavidas de la Iglesia

Pero el recién reconstituido Gobierno español se estrena con una dura nota de protesta el 5 de agosto: "Ante la insólita alusión a España que se contiene en el comunicado, el Estado español rechaza por arbitrarios e injustos aquellos conceptos que le afectan. España se ve obligada a declarar que ni mendiga puesto en las conferencias internacionales ni aceptaría el que no estuviese en relación con su historia". Aquella misma mañana del 5 de agosto de 1945 estallaba la primera bomba atómica, de veinte kilotones, sobre la ciudad japonesa de Hiroshima.

El temible columnista americano Westbrook Pegler opina, sin embargo, que sin la cooperación española, la *operación Torch* sobre el norte de África en 1942 hubiera costado medio millón de vidas a los aliados y Winston Churchill, rehecho, advierte en los Comunes que sería un grave error volver a prender la hoguera de la Guerra Civil en España. La guerra mundial va a terminar. El 10 de agosto una segunda bomba atómica americana aniquila la ciudad japonesa de Nagasaki y el gobierno japonés anuncia que acepta la declaración de Potsdam y pide la paz. La capitulación japonesa se formaliza el 14 de agosto. Tres días después se reúnen las fantasmagóricas Cortes del exilio español en la sala de cabildos de la Ciudad de México, donde noventa y seis diputados del Frente Popular proclaman presidente de la República a Diego Martínez Barrio, que acepta la dimisión del doctor Negrín, presente en el acto, y nombra jefe del gobierno a José Giral, que había asumido ese mismo puesto el 18 de julio de 1936 contra el Alzamiento Nacional; el nombramiento fue un error garrafal. La masonería acudía de nuevo en apoyo de la República española rediviva y resucitaba a los fantasmas de la tragedia.

El campo monárquico prepara aceleradamente su pronunciamiento. Pero la Iglesia vuelve a la carga en favor de Franco el 1 de septiembre, sexto aniversario del comienzo de la guerra mundial. Una segunda pastoral del primado Pla y Deniel resulta mucho más contundente que la primera. "España —dice el primado— no entró en la guerra a pesar de poderosas presiones y situaciones difíciles. Desde hace muchos siglos no se había reconocido teórica y prácticamente la independencia de la Iglesia como por el actual Gobierno". El Fuero de los Españoles, recién promulgado,

"marca una orientación de cristiana libertad, opuesta a un totalitarismo estatista". Y frente a la revancha de los republicanos exiliados, el primado, con el recurdo vivo de los trece obispos, ocho mil eclesiásticos y más de cien mil católicos asesinados por el Frente Popular en la Guerra Civil, subraya: "La pasada Cruzada vino a ser un plebiscito armado" [179]. Ya se había olvidado de ello Ramón Serrano Súñer, que tres años después de su eliminación del Gobierno intenta una última gestión política con Franco. Le escribe una carta recomendando la evolución política, indica que "la apariencia totalitaria (a la que él había contribuido más que nadie) les da (a los aliados) pretexto para cualquier agresión", aconseja que "la Falange debe ser hoy honrosamente licenciada con la conciencia de haber servido a España", propone "un frente nacional detrás de ti con todo lo español no rojo" en el que figurarían Cambó, Ortega y Gasset y Marañón; para terminar con la sugerencia de un plebiscito en favor de la monarquía. La carta fue leída —y archivada— con suma atención. Franco prefería la del primado.

La instrucción del ministro Asensio al general Varela

Tal es el complicado contexto interior y exterior de 1945 en el que los monárquicos van a tratar de organizar y desencadenar su pronunciamiento. El 25 de abril, a la semana escasa del Manifiesto, el ministro del Ejército, general Asensio, dirige una carta disuasoria al general Varela para apartarle de una nueva intentona en favor de don Juan, en la que le hace historia de las relaciones entre Franco y don Juan, con algunos datos apenas conocidos. Resulta que, al principio, don Juan mantuvo una eficaz conexión con Franco a quien pidió consejo sobre si debía de atender, acabada la Guerra Civil, una invitación de los Reyes de Inglaterra para pasar una temporada en Londres. "En otro momento, victoriosa Alemania, quiso hacer (don Juan) unas declaraciones públicas de simpatía y afecto al Eje, que el Caudillo aconsejó no hiciese por no considerar ni necesario ni conveniente comprometer sin necesidad su posición, ya que sólo debía preocuparse del sentir de los españoles.

---

179 Cfr. mi segunda biografía de Franco, Planeta, 1982, tomo 5, p.220ss.

El informe Carrero y sus consecuencias

El enfriamiento de las relaciones con Franco se produjo desde el traslado de don Juan a Lausana. Franco, sigue Asensio, está muy preocupado con su sucesión y quiere dotar de gran vigor a la institución monárquica. El Manifiesto recién publicado ha tenido realmente muy escasa repercusión, pero el Caudillo pretende convertir pronto la nación en Reino y crear un Consejo del Reino como pieza esencial para la sucesión. Mientras se producen estos cambios, el Ejército debe mantenerse alejado de la política y en plena disciplina y obediencia al Caudillo. Tras esta admonición el influyente general Varela pareció quedar satisfecho y no hemos visto actividad alguna suya en los proyectos reales del pronunciamiento monárquico que se estaba gestando" [180].

Mucha mayor importancia alcanzó el informe elevado a Franco por Carrero a raíz del Manifiesto, y dictado por él mismo años después a López Rodó en estos términos, que curiosamente coinciden con el dictamen de Areilza en 1992; pero el informe Carrero es de cuarenta y siete años antes.

El Manifiesto de don Juan en el que se establecen los puntos fundamentales de la monarquía que, según él, es el único remedio para salvar a España del caos, denota en primer término, además de desconocimiento de la situación interior de España, una falta de visión enorme de la situación internacional.

Con independencia del programa político en sí que el Manifiesto concreta, que está en total contraposición con el espíritu del Movimiento, ¿qué es lo que el Manifiesto pretende? Su significación más evidente es la de una declaración pública de ruptura con el Caudillo. Don Juan desiste, por lo visto, de reinar en una monarquía instaurada por Franco. La inspiración del Manifiesto tiene dos orígenes:

—El de Vegas Latapié y Gil Robles, guiados por su resentimiento, a los que el derrumbamiento de España satisfaría con tal de que diera la razón a sus agoreros vaticinios y demostrara a las gentes que ellos, precisamente ellos, eran los que debían haber gobernado y

---

180 Carta de Asensio en LÓPEZ RODÓ, *La larga marcha...*, op. cit., p. 51.

—El de Sáinz Rodríguez, López Oliván, Madariaga (? interrogación del autor), etcétera, que obran al dictado de criterios no españoles.

El hecho de que don Juan haya puesto su firma al escrito nacido de estas dos inspiraciones denota su falta de visión política.

Ahora bien, no será prudente desahuciarle ni abandonarle con los mentores que tiene en la actualidad. Se mantendría una bandera de rebeldía que podría hacer daño a la indispensable unidad entre los españoles. Conviene evitar esto y para ello nada mejor que unos cuantos adictos a su persona, pero que a la vez sean hombres inteligentes, católicos y de firme convicción en orden a los postulados del Movimiento, se trasladen a su lado y emprendan la difícil labor de apartarle radicalmente de todas las influencias a las que hoy está sometido. Hay que poner a don Juan en el camino de que cambie radicalmente y, pasados los años, pueda reinar o que se resigne a que sea su hijo el que reine.

Franco acepta el informe Carrero

Además, es preciso pensar ya en la preparación para ser Rey del príncipe niño. Hoy tiene seis o siete años y al parecer buena salud y constitución física bien formada, principalmente por su moral cristiana y por sus sentimientos patrióticos, podría ser un buen Rey con la ayuda de Dios, pero empezando ya a abordar ese problema.

De momento parece prudente:

—No reaccionar con violencia contra don Juan, ni desahuciarle, aunque se piense que ya no puede ser Rey, pues no convienen nuevas estridencias que nunca habrían de producir beneficio.

—Que unos cuantos monárquicos de confianza vayan a Lausana.

—Que se ponga el mayor cuidado en la elección del preceptor y que se le envíe perfectamente aleccionado.

—Abordar ya decididamente el problema de las Leyes Fundamentales que faltan y definir el régimen de España.

—En orden a lo que debe ser el régimen definitivo, como las naciones no pueden ser más que repúblicas o monarquías, y en España hay que desechar la República como sinónimo de desastre, el régimen tiene que ser monarquía [181].

Está claro que Franco adoptó el informe Carrero como línea de conducta. Numerosos monárquicos fieles a Franco acudieron a Lausana, empezando por Martín Artajo, Ruiz-Giménez y Sánchez Bella como ya sabemos; además de Rafael Calvo Serer, que siempre nadaba entre dos aguas; José María de Areilza, Joaquín Calvo Sotelo y el más activo de todos en sus misiones de ida y vuelta durante aquella época, José María Oriol, que aderezaba sus informes a uno y otro destinatario con sobra de optimismo, pero que consiguió, en definitiva, la aquiescencia de Franco para que don Juan se estableciera en Portugal, con el propósito, luego descartado, de que los dos mantuvieran una entrevista para dilucidar la situación.

Pero debo insistir en que gracias al informe Carrero, el nombre de don Juan siguió en la cajita sellada de Franco con la esperanza de que la riada de emisarios de Madrid cambiase el modo de pensar de don Juan, lo que pareció conseguir Ruiz-Giménez según el informe que conocemos. Pero muy pronto los consejeros antifranquistas se impusieron, aunque los enlaces de Franco se mostraron inasequibles al desaliento y terminaron llevándose, dígase con todo respeto, el gato al agua.

De Gaulle y Armour aconsejan el pronunciamiento

Sabemos ya que el 4 de abril de 1945 el infante don Alfonso de Orleans, predicando con el ejemplo, al exigir a todos los monárquicos que dimitieran de sus cargos de libre elección en el Régimen después del Manifiesto de Lausana, empezó por dimitir él mismo como jefe de la Región Aérea del Estrecho y fue confinado en su palacio de Sanlúcar, desde donde desplegó una notable actividad conspiratoria directamente y por medio de su lugarteniente Kindelán, que seguía de momento como director de la Escuela Superior del Ejército en Madrid. Situada en los

181 L. LÓPEZ RODÓ, *La larga marcha...*, op. cit., p. 54s.

altos del Hipódromo, la Escuela Superior se convirtió en el cuartel general para el pronunciamiento monárquico con bastante indiscreción, por lo que Franco tenía noticia puntual y diaria de las novedades.

El 17 de junio don Alfonso escribió al conde de Fontanar con alarma: la opinión británica parece inclinarse cada vez más a la solución republicana para España en vista de la inoperancia de los monárquicos. Unos días después, el infante pide a Kindelán que redacte un programa político para la monarquía y una lista de personas que puedan ocupar ministerio y cargos; e insiste en que don Juan, en carta de 18 de junio "me vuelve a confirmar en el mando único" pero en teoría; ya he insistido en que dentro de la causa monárquica, con sus cuatro centros en Madrid, Sanlúcar, Lisboa y Lausana, mandaban todos y no mandaba nadie. Don Alfonso propone por su cuenta, en la misma carta, cargos y listas; el profesor Pabón presenta un programa de acción monárquica; Kindelán llena papeles y papeles con más listas, más cargos, más nombres. Aquello es un guirigay que debía de divertir mucho a Franco [182].

A mediados de julio Gil Robles, en Portugal, recibe una respuesta del general De Gaulle a quien había enviado una nota de situación para defender la alternativa monárquica. De Gaulle, que dispone de una información excelente, responde que "según sus noticias, la mayoría de los elementos conservadores recibió muy mal el Manifiesto del Rey y apoya decididamente a Franco, ese anacronismo que nosotros, junto con los rusos, nos encargaremos de que dure pocos meses". Aún no se había desengañado De Gaulle de los colaboradores comunistas incluidos en su Gobierno; pronto se preocuparía más de echar a los comunistas franceses que de favorecer a los comunistas españoles. Pero prosigue su respuesta a Gil Robles: "El Rey sólo puede llegar por el apoyo de los militares y de la derecha moderada, pues las izquierdas nunca lo llevarían" [183]. Es decir, que también De Gaulle aconseja la vía del pronunciamiento militar como único camino para la Restauración.

---

182 Primeros cruces de cartas de don Alfonso (mayo y junio 1945) en KINDELÁN, op. cit., p. 231s.

183 GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 124.

El Rey no quiere otra guerra civil

La misma posición asume el embajador de los Estados Unidos, Norman Armour, en conversaciones con el infante de Orleans durante aquellos momentos. En nota para Kindelán, el infante resume las opiniones del diplomático en varios puntos, entre ellos:

1. Los Estados Unidos no pueden tener relaciones cordiales con Franco ni con Falange.

2. No basta una mera disolución de Falange, hace falta un cambio radical, dando las cuatro libertades que proclamó Roosevelt y suprimiendo todas las organizaciones anejas a Falange.

3. Aun después de lograda la desaparición completa y sus anejos, no admitirán los americanos a Franco ni los ingleses tampoco.

El Rey no quiere otra Guerra Civil y por eso no se mueven los generales más que haciendo requerimientos respetuosos a Franco que no son escuchados" [184]. Ésta es una evidente intromisión del embajador norteamericano en los asuntos internos de España que reforzó, sin embargo, el proyecto monárquico de pronunciamiento militar contra Franco como única solución.

El abatimiento monárquico en el verano de 1945

Las opiniones del campo monárquico sobre el nuevo Gobierno de orientación monárquica y católica designado el 20 de julio son dos, y diametralmente opuestas. Kindelán, que prepara en Madrid un viaje conspiratorio a Tánger, se muestra favorable: "se compone, en general, de personas mejores que el anterior; y monárquicos tan destacados como Dávila, Regalado, Ladreda actuarán de forma explosiva" [185]. En cambio, la reacción de Gil Robles, en su diario del 21 de julio, es tormentosa; Martín Artajo explica por carta a Gil Robles que ha aceptado el impulsar la Restauración de la monarquía y el líder exiliado le contesta que su gesto ha

---

184 CFR. KINDELÁN, op. cit., p. 242.

185 Kindelán a don Alfonso, 25 de julio 1945. Op. cit., p. 242.

sido una grave equivocación con daño para la Iglesia y el Estado. Lo que realmente molesta a Gil Robles es que un correligionario tan conspicuo se pase con armas y bagajes al bando de Franco; desde entonces su amistad con Martín Artajo, que había sido duradera y profunda, se convirtió en hostilidad creciente de la que dieron un ejemplo atroz, años después, sobre la misma tumba de don Ángel Herrera, ya cardenal de la Iglesia y común maestro de los dos, cuando Gil Robles se negó a dar a Martín Artajo la mano que el político franquista le ofrecía. Nadie odia con más saña que un católico puesto a ello.

El infante de Orleans se llevó un gravísimo disgusto cuando el nuevo ministro del Aire, teniente general González Gallarza, íntimo amigo suyo y antiguo ayudante de Alfonso XIII, le escribió una fría carta para decirle que la lealtad a Franco está sobre todo y que no le puede levantar el confinamiento en Sanlúcar. De nada sirve la amistad ante las exigencias de la política. Sin embargo, el infante, como representante de don Juan, continúa sus actividades conspiratorias: habla con el ex ministro republicano de la CEDA Jiménez Fernández, recrimina al líder carlista Fal Conde que exija todo el poder cuando sólo debería aspirar a la colaboración con los conspiradores monárquicos. Kindelán, por su parte, ha cerrado el curso en la Escuela Superior del Ejército con un discurso imprudente que le vale, a principios de agosto, su destitución fulminante y una depresión atroz que la lleva al borde del abandono; también el general Orgaz, que por fin accede a la jefatura del Alto Estado Mayor, se muestra desanimado y deprimido. En aquel verano de 1945, cuando los republicanos nombraban un presidente de la República y un Gobierno en México, los conspiradores monárquicos estaban abatidos y dispersos; mala disposición para pronunciarse [186].

Tan lamentable era la situación interior del campo monárquico durante los meses de junio y julio de 1945; pero la brutal condena de los aliados contra España en Potsdam, a primeros de agosto, sacudió a los conspiradores como una descarga eléctrica.

---

186 Las pruebas del abatimiento monárquico están dispersas por el libro de KINDELÁN, por ejemplo p. 257, 254, 252 (choque con Fal, etc.)

La carta de don Juan que nunca se envió

Las primeras reacciones del nuevo Gobierno católico-monárquico de Franco demostraron que ese gobierno era el de Franco y no el de don Juan. El equipo redactor del Manifiesto preparó, al conocer la declaración de Potsdam, una nueva carta-ultimátum de don Juan para Franco que fue enviada a don Alfonso de Orleans para consultarle sobre la conveniencia de remitirla. La carta se presenta como "una suprema exhortación" en la que se reproduce toda la serie de documentos y conminaciones anteriores para que Franco abandone el poder. Le pronostica don Juan un final como el de los dictadores vencidos en la guerra y le acusa, nada menos, que de "condenar al suicidio a toda una nación". Fustiga "las maniobras y metamorfosis que V.E. ingenuamente intenta", le requiere para que "abandone inmediatamente el poder" y declara que se abstiene de un nuevo manifiesto al pueblo y al Ejército para no provocar una nueva Guerra Civil [187].

La carta era tan brutal que con buen acuerdo, los consejeros de don Juan que residían en España decidieron no enviarla, que yo sepa; porque su texto no figura en ninguna de las colecciones publicadas por los diversos colaboradores exteriores. Pero el 14 de agosto el infante don Alfonso y el general Kindelán se reunían en Sanlúcar para discutir la mecánica del pronunciamiento militar. En mitad de las discusiones, como en las películas, llegó un motorista enviado desde Sevilla por el teniente general Ponte, miembro de la conspiración, que les remitía el proyecto de carta de don Juan a Franco que acabo de resumir y que puso las conversaciones al rojo vivo. El memorándum del encuentro, redactado por Kindelán, se publica hoy por primera vez en España dentro de su verdadero contexto:

> *Discutimos (el proyecto de carta a Franco) el infante y yo, suscribiendo ambos la misma tesis; tal documento no debe ir a Franco, sino ser dirigido al representante del Rey en España o a otra persona que el Rey elija. Dentro del escrito se recordaría la petición de los procuradores, de los tenientes generales, la declaración del Rey a* 'La Prensa', *la 'carta oficial' y el Manifiesto.*

---

187 Proyecto de carta en KINDELÁN, p. 86s.

El escrito actual se basa en acontecimientos posteriores al Manifiesto último: el derrumbamiento de Alemania y Japón, acuerdo de San Francisco excluyendo a España, declaración de Potsdam, conferencia de París sobre Tánger, otras informaciones graves aún no publicadas, peligro de unión de los republicanos, apoyos que éstos pueden tener de las democracias vencedoras.

En vista de ello, el Rey estima que pesa una gran responsabilidad sobre los generales, porque ellos nombraron a Franco, y el Ejército es la única organización seria que sostiene el actual régimen después del fracaso de la Falange. El actual régimen por su amoralidad, despilfarro y mala administración lleva al país a la ruina.

El pronunciamiento y el agente doble

El Rey ordena al representante o a quien le parezca más oportuno que entregue el escrito al teniente general más antiguo que es don Luis Orgaz para que lo haga llegar a todos los tenientes generales, a los que nombraron a Franco en Salamanca y a otros generales que se estime conveniente incluir entre los destinatarios. El general Orgaz elegirá la forma de dar cumplimiento a esta instrucción por medio de reuniones colectivas o parciales. La premura de los acontecimientos obliga a que estas consultas se evacuen con extrema rapidez, ya que la situación no se puede retrasar ni un trimestre.

Después, el infante y yo discutimos la formación de un posible gobierno provisional. Mi idea es que no se deberían perder los puestos actuales: por ejemplo no quitar a Varela de África para hacerle ministro de la Guerra. A mí me gustaría que el propio infante fuera ministro del Aire, porque no hay a quien poner entre los generales de aviación, pero don Alfonso me hace notar que él tendrá que ser regente hasta que llegue el Rey.

Entonces, los dos supremos conspiradores hacen algo inconcebible: explicar al detalle sus proyectos al agente doble. Si no lo dijera Kindelán por escrito, nunca lo hubiéramos imaginado.

Seguimos hablando toda la mañana y en general estamos de acuerdo. Hay listas y nombres para cubrir todos los puestos del Estado, gobierno,

altas magistraturas, gobernadores civiles, presidentes de diputación, etc... A las 16,30 llega Rafael Calvo, que ha estado en Suiza con el Rey. Nos explica que, vistas las cosas desde fuera, se percibe la necesidad imperiosa de hacer algo para que el mundo conozca la existencia de un sentimiento monárquico fuerte. Expusimos a Calvo nuestros criterios. Tanto el infante como yo hacemos ver a Calvo que consideramos nocivo que el Rey se dirija nuevamente a Franco, porque si éste no contesta, además de producir un desaire al Rey, Franco podrá utilizar la carta; y si aceptara y el Rey llegase por la gracia de Franco duraría muy poco el reinado. Todo el mundo pensaría que es una continuación encubierta del régimen anterior. Además, dirigirse ya a Franco es una señal de debilidad.

Rafael Calvo se incorpora a la conversación que estábamos teniendo el infante y yo acerca de la posible forma del gobierno provisional que sería el puente entre la marcha de Franco y la llegada del Rey. Estamos todos de acuerdo en que ese gobierno tendría muy corta duración. Hay que traer al Rey cuanto antes para tener una figura viviente ante el pueblo, que simbolice la monarquía. Haríamos elecciones dentro de un año, basándonos para ese retraso en la falta de censo electoral, que es largo de preparar, así como en la ausencia de educación ciudadana.

Mientras el infante prepara un informe para el Rey, continuamos charlando Rafael Calvo y yo. Preciso: el fin que se persigue es mantener una coherencia de acción. El Rey ya se dirigió a los españoles a través del Manifiesto; desde entonces el peligro ha aumentado. El Rey ahora señala ese peligro a los generales y les dice: 'Ustedes nombraron a Franco: si éste sigue significa la ruina de España. Los generales son responsables si sigue Franco y se hunde España. Deben pues actuar ustedes'.

Se marchó Calvo con el original del escrito que ha preparado el infante como resumen de nuestras conversaciones; en él se traslada al Rey el criterio adoptado [188].

---

188 Cfr. KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 261s.

El pronunciamiento de Aranda

Se marchó el agente doble con la mecánica del pronunciamiento. Sin duda entregó el documento a don Juan. Sin duda facilitó copia a su jefe, como había hecho con la carta de los generales en 1943. Sin duda Franco conoció también este proyecto y obró en consecuencia.

Aunque teóricamente José María Gil Robles era el director de la causa monárquica para el exterior, no tiene la menor idea de estas maquinaciones en agosto de 1945. Únicamente recibe el 16 de agosto, vía Sáinz Rodríguez, un proyecto de pronunciamiento que envía el general Aranda, que presiona al ministro del Ejército, Dávila, "con el fin de que éste presente un ultimátum a Franco". Si esto falla, Aranda comunica que piensa presentarse en Galicia donde las guarniciones sin duda le seguirán. Gil Robles se muestra escéptico: cree que el plan Aranda es "confuso y contradictorio como todos los suyos y con el apoyo de las izquierdas moderadas" [189]. Don Juan, en medio de toda esta confusión, trata de contentar a todos: ha enviado un telegrama críptico a Aranda apoyando su proyecto de grito; pero ya pasada la mitad de agosto escribe una larga carta al infante de Orleans felicitándole "por la forma en que has organizado el trabajo de tus colaboradores". En la misma carta alaba el informe Ruiz-Giménez que ya le ha llegado y defiende al mismo ante las acusaciones de los monárquicos de España que le motejaban de difamador de don Juan. También defiende cordialmente a Martín Artajo "que está trabajando todo lo que puede para iniciar seriamente una trayectoria hacia la monarquía" [190].

El gobierno Kindelán

El representante de don Juan, infante don Alfonso de Orleans, había pedido una y otra vez a su lugarteniente Kindelán programas políticos, listas de gobierno, relaciones de personas para ocupar altos cargos. En el archivo Kindelán figuran varios documentos en este sentido que no me

---

189 GIL ROBLES, op. cit., p. 131.

190 Cfr. KINDELÁN, op. cit., p. 253.

resisto a reproducir porque cuando un político español se ve con posibilidades más o menos remotas de gobernar, lo primero que hace es dedicarse a escribir listas y listas, labor que generalmente se le facilita porque los candidatos a las diversas listas comunican modestamente sus méritos y pretensiones.

Lo primero que preparó Kindelán en el verano de 1945 fue una proclama de aire canovista en estos términos:

Constituido el Gobierno provisional de la monarquía española, con la finalidad esencial de hacer efectiva, en la persona de S.M. el Rey q.D.g., la Restauración del régimen político tradicional en nuestra patria, el primer acto del nuevo Gobierno ha de ser la formulación del Estatuto por el que habrá de regirse, durante el período de su actuación, como expresión de su voluntad inquebrantable de crear una nueva legalidad en la que queden claramente concretadas las funciones y atribuciones del poder público y los derechos que, en relación con ellos, habrán de tener los españoles.

En su virtud, el Gobierno provisional de la monarquía española decreta:

art. 1.: El gobierno provisional... [191].

Don Alfredo Kindelán era (en política, no en guerra) más redactor de preámbulos que de contenidos. Nos quedamos sin saber lo que decreta el gobierno que nunca existió, pero no su lista, que bajo la regencia, como sabemos, de don Alfonso, viene presidida, no faltaba más, por don Alfredo Kindelán y consta de una combinación de políticos conspiradores y generales de Franco a quienes se pretendía halagar para el pronunciamiento.

Presidente del Gobierno: don Alfredo Kindelán
Exteriores: don Salvador de Madariaga
Gobernación: don José María Gil Robles
Hacienda: don Pablo Garnica (presidente de Banesto)
Justicia: don José de Yanguas Messía

---

191 Texto en KINDELÁN, op. cit., p. 89.

Educación Nacional: don Pedro Sáinz Rodríguez (el mismo que, según declaró reiteradamente, se empeñó en cesar en 1939)
Defensa Nacional: general don Antonio Aranda
Industria y Comercio: don Juan Ventosa y Calvell
Obras Públicas: don Joaquín Satrústegui
Beneficencia y Sanidad: don Juan José López Ibor
Trabajo: don Gregorio Marañón
Comunicaciones: don Eugenio Vegas Latapié
Agricultura: conde de Rodezno
Abastos: conde de Montseny
Ejército: general don Juan Bautista Sánchez González
Marina: almirante Bastarreche
Aire: general don José Enrique Varela
Director general de Seguridad: Teniente coronel Troncoso.

Este curioso Gobierno, al que seguramente se había negado a entrar don José Ortega y Gasset, obtendría en España tan pocos votos en 1945 que quizás ni siquiera todos sus miembros le votarían por unanimidad. Pero se presta a jugosísimos comentarios que el lector sin duda hará por su cuenta. Con lo que nos acercamos a los meses finales de 1945, cuando el peligro inminente ya había pasado para España aunque don Juan y sus consejeros, que no lo sabían, pensaban aún que tenían guardados dos ases en la manga. Uno era la posibilidad del pronunciamiento, otro la salida de don Juan de Suiza para instalarse en Estoril.

Capítulo XXI
Don Juan vuela a Estoril vía Londres

AQUEL VERANO DE 1945, el régimen de Franco, salvado y sostenido abiertamente por la Iglesia, resistió, contra todo pronóstico, la condena de "los Tres Grandes" en Potsdam, el cierre de las Naciones Unidas en la Conferencia de San Francisco, la creación en México de un gobierno formal de la República en el exilio y el acoso de los comunistas alentados por Stalin. Pero Franco no se iba, el Régimen no se derrumbaba; don Juan, su representante en España el infante don Alfonso y el pequeño núcleo de Estoril esperaban la última carta: el pronunciamiento de los generales monárquicos que a veces hablaban (Orgaz, Aranda, Kindelán) pero ni habían articulado un proyecto serio ni se decidían a dar el grito, como tradicionalmente se conocía en España la señal pública para un pronunciamiento militar. Entonces, el principal consejero de Franco, es decir, el subsecretario de la Presidencia, Luis Carrero Blanco, le dirigió, en el mes de septiembre, un nuevo informe sobre la monarquía.

Salvada la crisis de la guerra (civil) hay que pensar en la consolidación del futuro régimen de España. El Caudillo señala desde el primer momento la monarquía como meta, pero para llegar a ella hay todavía mucho camino que recorrer; por otra parte la calma dura poco. A los

cinco meses de terminar nuestra Cruzada, España empieza a correr el temporal de la Segunda Guerra Mundial.

La reciente ayuda del Eje nos hace ver la suerte de éste con simpatía. Lo contrario hubiera sido una falta de hidalguía impropia de españoles. Los rojos, por reacción natural, ven su revancha en la derrota de los italo-germanos. En el mundo no hay entonces más que liberalismo y totalitarismo y nuestras gentes se inclinan hacia lo alemán y lo italiano, adoptando por un mimetismo tan ingenuo como disculpable las formas externas de esos regímenes. Los dirigentes de Falange, que el Caudillo nunca quiso que fuese un partido sino la fusión de todos los ideales del Movimiento, adoptan los uniformes de nuestros amigos y algunos hasta los gestos y maneras de ciertos prohombres fascistas. La guerra es un rudo temporal del que España sale con bien por la acción personal del Caudillo, que se afirma en la neutralidad pese a las presiones de fuera y los consejos de dentro. Detener a los alemanes en el Pirineo en 1940 no es empresa fácil...

Carrero a Franco: "Orden, unidad y aguantar"

La crítica de Carrero sobre el mimetismo fascista es bastante cínica: los uniformes y las teorías totalitarias se adoptaron en decretos firmados por Franco y respondían a actitudes expresas del propio Franco. Era muy cómodo ahora echar la culpa a otros; pero era práctico y conveniente y Carrero era ya un joven maestro en la política que conocía como nadie el recurso que más atraía a Franco: el halago objetivo. Pasa entonces a describir la situación de 1945:

La situación puede centrarse en los siguientes términos:

—Los anglosajones (Inglaterra y los Estados Unidos) no quieren de ninguna manera el peligro comunista en España.

—Sólo ante el convencimiento y aun el temor de que cualquier intento de cambio conduciría a esto, acabarán dejando que el régimen actual se desarrolle en paz.

—Inglaterra y los Estados Unidos se disputarán bajo cuerda la amistad de España.

—Inglaterra y los Estados Unidos no reconocerán a ese engendro de gobierno exiliado en México porque es filocomunista y menos si Stalin lo reconoce enseguida, y que ojalá lo haga.

—Las presiones de los anglosajones por un cambio en la política española que rompa el normal desarrollo del régimen actual serán tanto menores cuanto más palpable sea nuestro orden, nuestra unidad y nuestra impasibilidad ante indicaciones, amenazas e impertinencias.

—La única fórmula para nosotros no puede ser otra que orden, unidad y aguantar.

Carrero, antiguo alumno de la Ecole de Guerre en París, marino con vista larga, supo captar los recelos anticomunistas de los aliados occidentales como salvaguardia para el régimen de Franco, máximo anticomunista de Europa; el tiempo le daría la razón. Entonces aborda de nuevo el problema de la monarquía.

Franco mantiene la candidatura de don Juan

Esto aconseja el pensar y el marchar hacia la instauración de la monarquía tradicional que a España convenga, aunque no les guste a los extranjeros. Porque los anglosajones aceptarán lo que sea de España si no nos dejamos avasallar, porque en modo alguno quieren desórdenes que puedan abocar a una situación filocomunista en la Península Ibérica.

La instauración de la monarquía contra el Caudillo es la ruina definitiva de la monarquía. España no aceptará nunca un régimen impuesto con armas extranjeras y los nacionales jamás se alzarán contra el hombre que les condujo a la victoria.

Además, una monarquía traída por el extranjero sería liberal y a las primeras elecciones caería con estrépito. Retrotraer la situación de España a 1931 sería la mayor de las insensateces y la gente iría al choque desde el primer momento antes de pasar por ello.

El Caudillo desea instaurar en España la monarquía católica tradicional, porque dejar a España asegurada en su situación política es la meta de su misión providencial, y desea que sea el príncipe don Juan quien suba al

trono de esa monarquía, pero su ejecución impone una perfecta armonía con el Príncipe y su asistencia incondicional y buena voluntad que se imponga a las perturbaciones y conspiraciones de los que cree sus amigos.

En tal caso, el Caudillo no tendría inconveniente en tener informado confidencialmente al Príncipe de sus pasos y propósitos, aunque a las Cortes españolas corresponde la pública discusión y elaboración de las leyes necesarias.

En resumen:

Del temporal exterior actual saldremos con bien y sin merma de la dignidad nacional. El Caudillo no se dejará impresionar y contra él no valdrán los intentos de 'golpes morales'.

La monarquía contra él no puede venir más que:

—Por revolución interna, en la que no se puede ni soñar.

—Por la acción de las armas extranjeras, contra lo que se alzaría España entera.

La monarquía no puede venir más que traída por el Caudillo y esto requiere la buena voluntad y cooperación del Príncipe que ha de manifestarse en:

—Separar de su lado a aquellas personas que por sumisión masónica atentan en realidad contra la monarquía.

—Condenando las actividades de los rojos en el extranjero.

—Dejando al Caudillo la elección del momento y cooperando a dar la sensación de estabilidad del Régimen.

—Desautorizando toda conspiración o enredo que se urda en su nombre.

El Caudillo mantendrá una relación y cambio de impresiones constante con él sobre sus propósitos y orientaciones, pero en orden a la conveniencia de no dar una impresión de relevo en momentos en los que toda la fortaleza interior es necesaria para hacer frente a las presiones exteriores, todo se ha de llevar con el mayor secreto [192].

---

192 Informe Carrero en L. LÓPEZ RODÓ, *La larga marcha...*, op. cit., p. 57s.

Las conversaciones de Carrero y Vegas Latapié

Este programa para atraer a don Juan a la causa por la que había querido luchar en la Guerra Civil contaba con dos grupos aliados en septiembre de 1945: los ministros monárquicos y católicos que eran abierta mayoría en el gobierno de Franco recién renovado y los monárquicos fieles a don Juan que estaban convencidos de la tesis formulada por Carrero en su informe: "La monarquía no puede venir más que traída por el Caudillo". Los acontecimientos futuros hasta 1975 demostrarán que esa tesis, que saca de quicio a los neojuanistas de hoy simplemente porque desmiente sus interpretaciones ficticias, iba a imponerse en la realidad: don Juan Carlos I es Rey de España por decisión de Franco como ha reconocido en la entrevista de Selina Scott. El informe Carrero que he transcrito corresponde sin duda a una toma de posición, plenamente aceptada por Franco, con vistas a las conversaciones que Carrero mantuvo ese mismo otoño de 1945 en Madrid con Eugenio Vegas Latapié, consejero de don Juan y partidario decidido de la monarquía tradicional contra los consejeros liberales del Conde de Barcelona; Eugenio Vegas, además, carecía de los terribles resentimientos personales de Gil Robles y Sáinz Rodríguez contra Franco y era tan ferviente enemigo de la masonería como el propio Franco. Ante estas conversaciones que duraron tres días, Carrero preparó un documento para Vegas Latapié en el que se contiene, además de las ideas recién transcritas, una importantísima predicción estratégica que antes de un año empezaría a cumplirse a la vista de todo el mundo: el divorcio de los aliados occidentales con la URSS: la guerra fría. Así lo expone Carrero en el informe para Vegas:

"La guerra termina con la derrota del Eje. Rusia, nuestro enemigo, ha triunfado: Inglaterra, Estados Unidos y Francia, que durante toda la guerra nos han visto con muy malos ojos, también. ¿Qué solución cabe? Por lo pronto, ver sin nerviosismos la verdadera situación exterior. Nuestros enemigos tienen intereses encontrados y en esto está nuestro juego.

Viene la guerra fría

La alusión a España en la declaración conjunta de Potsdam fue, evidentemente, considerada en abstracto, una injusticia y una insigne impertinen-

cia... Y sin embargo, a poco que se medite serenamente, había que reconocer que en Potsdam habíamos sido defendidos con energía por Truman y por Churchill, lo cual se ha confirmado después... La decisión fue tomada siendo Churchill *premier* inglés y en presencia de Attlee; cuando éste volvió a la Conferencia ya como jefe del gobierno británico y en plena euforia del triunfo laborista, no intentó empeorar lo ya acordado, y al mismo tiempo Truman, receloso de mantenerse en nuevas disquisiciones con Stalin y Attlee solamente, se las ingenió para liquidar la Conferencia en dos días y dejar las cuestiones pendientes para mejor ocasión... Al dispararse el último tiro en el Pacífico ha comenzado la guerra diplomática entre los anglosajones y Rusia... Por esta fundamental causa de frío interés, los anglosajones (pese a lo que digan las radios, la prensa y hasta los políticos de mayor o menor talla) no solamente no apoyarán, sino que hasta se opondrán a todo lo que pudiera determinar una situación de hegemonía soviética en la Península Ibérica. Les interesa, en ésta, orden y anticomunismo. Los anglosajones (Inglaterra y los Estados Unidos) no quieren de ninguna manera el látigo comunista en España. Sólo ante el convencimiento o ante el temor de que cualquier intento de cambio conduciría a esto, acabarán dejando que el régimen actual se desarrolle en paz".

En sus conclusiones, Carrero insiste en que mostrar ahora disidencias internas en España equivale a alta traición; y en que Franco tiene completamente decidida la instauración de la monarquía para sucederle.

Como resultado de estas conversaciones Carrero-Vegas se fijaron las Navidades siguientes para una extensa entrevista entre Franco y don Juan, pero la noticia se filtró y quedó cancelado el proyecto para no suscitar rumores alarmistas ante un inminente relevo [193].

La gestión de José María Oriol

Las propuestas de Franco-Carrero a don Juan por medio de Eugenio Vegas no dieron resultado pero tampoco cayeron en el vacío. Cierto que don Juan no se avino a las condiciones de Franco y no prescindió de sus

---

193 Cfr. L. RODÓ, Ibid., p. 60s.

consejeros antifranquistas, pero siguió recibiendo, entonces y durante los años e incluso décadas siguientes, a las personalidades que desde el principio hemos incluido en el grupo de los "enlaces", es decir, fieles a Franco y a don Juan, convencidos de la tesis de Carrero sobre la imposibilidad de imponer en España una restauración monárquica contra Franco o al margen de Franco. El más tenaz de estos enlaces era, en aquel otoño de 1945, un multimillonario católico y tradicionalista, José María Oriol, que según recuerda don Juan en sus conversaciones con Sáinz Rodríguez casi nunca concretaba; se limitaba a recomendar la conveniencia de que don Juan se entrevistase con Franco y al final obtuvo la aquiescencia de Franco para que la entrevista se celebrara en Portugal a fines de 1945, aunque luego se canceló como hemos dicho.

El bienintencionado pero desbordante optimismo de José María Oriol, que decía a cada uno de sus altos interlocutores lo que ellos deseaban oír, provocó una seria nota de concreción que lleva el sello de Carrero y se ha conservado en el archivo de don Juan. La nota pertenece a finales de octubre de 1945 y atribuye a Oriol "una interpretación subjetiva de los hechos". Oriol hacía creer a don Juan (en una nueva ronda de conversaciones que empezó el 18 de octubre de 1945, a instancias expresas de Franco) que la Restauración era ya inminente, y que incluso se preparaba ya la legislación para el relevo y la jura del Rey. La nota subraya datos que Oriol no mencionó a don Juan: "El verdadero sentir de los españoles, su falta casi total de fervores monárquicos". Lo que Franco ha intentado con el envío de Oriol, sigue la nota, es "evitar que una información errónea de la situación arrastrase al príncipe, como sus amigos anunciaban, a un nuevo acto público que diera al traste para el futuro a toda posibilidad de orden monárquico y con daño gravísimo para su persona".

Por el contrario, Franco considera ineludible "que el príncipe no se anule ni se distancie de la España del 18 de julio". Ataca duramente la nota a la frivolidad de los consejeros monárquicos a quienes Franco llama "anarquistas de la monarquía". Reproduce la nota la previsión de Carrero sobre el próximo e inevitable enfrentamiento de los aliados occidentales y los soviéticos: "Somos una pieza importante en la estrategia de otros países

y por serlo necesitan de nosotros" [194]. Aunque esta nota imponía un sano realismo a las exageraciones de Oriol, que la entregó personalmente a don Juan, como veremos en carta posterior de Franco, el tenaz enlace mantuvo su ir y venir y en definitiva abrió a don Juan el camino de Portugal.

Franco ofrece a don Juan residencia oficial en España

Además de José María Oriol, varios personajes del grupo de enlaces aceptaron el encargo de Franco para ir a Lausana y proponer, en esta época posterior al Manifiesto, a don Juan la residencia en España. Franco comprendió que la única forma de separar a don Juan de sus consejeros liberales y antifranquistas era ofrecer al Conde de Barcelona una residencia y un estatus dentro de España, incluso sin declaraciones expresas sobre la sucesión (sería suficiente el lenguaje de los hechos), de forma semejante a lo que, al fallarle don Juan, intentó y consiguió con su hijo don Juan Carlos no mucho después: tres años después exactamente. Entre los enlaces para esta misión el archivo Carrero señala los nombres de José Antonio Sangróniz, que había coqueteado con los conspiradores monárquicos, y Juan Ignacio Luca de Tena, que antepuso su profundo patriotismo al resentimiento que debió de producirle el inicuo comportamiento de los servicios de prensa del Régimen después de su nobilísima carta dirigida a José María Gil Robles que ya conocemos. *El Conde de Barcelona* —dice López Rodó— *les dijo que primero saliera Franco y luego entraría él* [195]. Una de estas gestiones adquirió casi carácter oficial: la encomendada por Franco al embajador de España en París, el catalán Miguel Matéu Pla. "Franco mandó llamarle y le encargó que fuese a Lausana para entrevistarse con don Juan y pedirle que viniera a España, donde podría tener una residencia adecuada a su rango, con casa civil y cuantos servicios fueran necesarios... para irle introduciendo paulatinamente en el ambiente

---

194 Nota (atribuida por nosotros a Carrero) en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *La Monarquía...*, op. cit., p. 365s.

195 Gestiones de los enlaces Franco-don Juan en L. RODÓ, op. cit., p. 62.

público; al propio tiempo, le hizo saber que no cedería ante la presión exterior ni realizaría ningún cambio brusco".

Don Juan contestó a Matéu: "Soy el Rey y he de entrar en España por la puerta grande". También le indicó —y esto último me dijo Matéu que no se lo contó a Franco— que Orgaz, Kindelán, Aranda y otros generales iban a sublevarse contra Franco alegando que sólo se le dieron los poderes para dirigir la guerra" [196]. Parece, pues, claro que alguien había convencido a don Juan sobre esa falsa tesis de los poderes concedidos para la guerra (es cierto que en septiembre de 1936, Kindelán lo propuso en Salamanca pero Franco exigió y obtuvo el nombramiento sin condiciones) y que los informes del infante don Alfonso anunciaban la inminencia del tantas veces esbozado y nunca concretado pronunciamiento militar contra Franco. Volvamos, pues, a la situación del pronunciamiento en el otoño-invierno de 1945.

La depresión de Kindelán en Tánger

La revelación de don Juan a Miguel Matéu, embajador de Franco en París, en el otoño de 1945 es más que sorprendente. Matéu le ofrece en nombre de Franco residencia y casa civil en España y don Juan le contesta que no puede, porque quiere volver a España como rey después de un pronunciamiento que están a punto de desencadenar los generales Orgaz, Kindelán y Aranda. Y Matéu, al contarle tan descabellada historia a López Rodó, asegura que no le dijo nada a Franco. Todo esto no es posible a no ser que Matéu estuviera en la conspiración: semejante revelación supondría en don Juan un acto de irresponsabilidad, al facilitar sus proyectos subversivos al adversario. Sin embargo, el caso es que el pronunciamiento se estaba preparando por esos generales, pero no se trataba de un proyecto serio, sino de un deseo inconcreto.

Tras su cese como director de la Escuela Superior del Ejército, Kindelán viaja a Tánger para descansar y conspirar. Su objetivo principal es convencer al general Varela —alto comisario en Marruecos— para que se

---

196 Cfr. L. RODÓ, ibid., p. 62.

subleve. Varela, aleccionado como sabemos por el ministro del Ejército, Asensio, no se suma y entonces Kindelán se derrumba; se hunde en una profunda depresión de la que trata de sacarle el infante don Alfonso mediante una riada de cartas que dirigen al cesado Kindelán muchas personalidades monárquicas; pero tal situación de ánimo no parece la más propia para dirigir un pronunciamiento. Con ello, el archivo Kindelán rebosa de cartas correspondientes a esta época, algunas de las cuales revelan que el infante don Alfonso aprovecha su intensa vida social (por ejemplo, la boda de Ignacio Vilallonga con la hija de lord Howard) para conspirar con diplomáticos anglosajones en contra de Franco, entre ellos el embajador de los Estados Unidos, Norman Armour, que sigue aconsejando el pronunciamiento para traer al Rey, lo que no deja en muy buen lugar al representante de don Juan por admitir semejantes intromisiones ajenas. El optimismo de don Alfonso entra ya en la utopía. A los extranjeros les dice que si viene la República, *nosotros resistiríamos en las calles a tiros, pues preferimos morir como hombres con las armas en la mano que como miserables conejos.* A Pepín Ibarra le insinúa que *hoy podría retirarse Franco al Pazo de Meirás con la graduación de capitán general, mientras que dentro de unas semanas sería difícil que pudiera continuar en activo y dentro de unos meses acaso no podría evitarse que fuera procesado* [197].

El embajador más incapaz hasta Joseph Zappala

Las medidas conspiratorias del infante rayan en lo cómico: propone la ruptura "de los monárquicos del Rey con los monárquicos de Franco" y, en concreto, decide retirar el saludo a Miguel y Margot Primo de Rivera, además de prohibir a los nobles saludar a sus colegas pro-franquistas. Cada vez más abierto a las izquierdas moderadas, el infante don Alfonso conferencia con el ex ministro de la CEDA señor Giménez Fernández, a quien Gil Robles echó del gobierno durante la República por seguir una política seriamente social; el cual advierte a don Alfonso sobre el apoyo que prestan a Franco la Iglesia, el Ejército y la banca.

---

197 Correspondencia de don Alfonso y Kindelán en esta época en KINDELÁN, op. cit., p. 258ss.

Si el director de la conspiración (Orleans) y su jefe de Estado Mayor (Kindelán) andaban tan desorientados en el otoño de 1945, el encargado de dar el grito y presentar a Franco un ultimátum de los demás generales se encontraba en situación todavía más lamentable. Hablo del general Orgaz, que desde su puesto de jefe del Alto Estado Mayor escribía por entonces a Kindelán una carta llena de pesimismo y lamentaciones sobre su aislamiento e incapacidad ante cualquier operación [198].

Orgaz critica la general ligereza de los conspiradores; cuando la aguerrida duquesa de Valencia (alentadora de las algaradas juveniles de la Castellana pro Juan III) discutía con Manuel Halcón y Martín Gamero (creo que se trata de Pedro Gamero) la posible venida de don Juan a Estoril se perdieron en consideraciones sobre su disfraz, tanto que parecían hablar del Negus. *Cuando a mí algunos me hablan de un gobierno de generales* —dice el presunto Martínez Campos de la nueva Restauración— *miro alrededor y no los encuentro*. Ante actitud tan pesimista de Orgaz, el infante don Alfonso recurre a una nueva consulta entre generales, que tampoco arroja resultados positivos. La marcha de la conspiración parece una espiral alucinante. Don Alfonso redacta un borrador con un nuevo requerimiento de don Juan a Franco, y Calvo Serer, el agente doble, se lleva el escrito a Lausana sin que hasta hoy sepamos el resultado, el requerimiento no se firmó por don Juan, y tal vez siguió el camino, que ya conocemos, de la anterior carta entregada a tan discutible intermediario. ¿Es quizás este nuevo requerimiento el que discutieron don Alfonso y Kindelán junto a Calvo Serer unas semanas antes? Si es diferente, ninguno de los dos llegó a Franco, al menos con la firma de don Juan; porque de Rafael Calvo podía esperarse todo, hasta la entrega de los borradores a Franco.

El infante hace todo lo que puede desde su confinamiento, pero puede poco. Escribe al antiguo voluntario de Somosierra Joaquín Satrústegui que se muestra animoso, y conspira con el desorientado embajador norteamericano Norman Armour, que, según confiesa, edita noventa mil hojas de información desde la embajada y dice que cada una se lee al menos por diez españoles, lo que supone un desconocimiento total de

---

198 Orgaz a Kindelán, en KINDELÁN, op. cit., p. 263.

Armour sobre el interés de los españoles por la propaganda gratuita. La siguiente revelación es conmovedora.

"Me pregunta Norman Armour —dice el infante a Kindelán— por qué no van los generales a ver a Franco y le explican que debe marcharse en bien de España. Le digo que hicieron ya una petición pero que Franco no hizo caso. Me pregunta qué pasaría si insistieran con argumentos fuertes. Le digo que irían a un castillo. Entonces, me contesta: es que el Ejército está con Franco en su mayoría y los generales no tienen prestigio entre sus jefes y oficiales. Me pregunta qué harán estos jefes y oficiales si viniese la República cuando caiga Franco por una sublevación de las masas.

Le explico que estamos prevenidos para el peor caso. Es decir, que temo que un día, sin previo aviso, se asuste Franco y se marche dejando todo a la deriva. Los monárquicos hemos tomado medidas y tenemos listas de posibles ministros, gobernadores civiles, etc...

Dice Norman Armour que espera que la monarquía se asentará sobre la más amplia base posible. Hay que atraer a las izquierdas moderadas. Hay que aceptar como ministros a personas como Madariaga, López Oliván, etc. Habrá que tener representación parlamentaria..." [199]. La conversación parece increíble. Ni el infante ni el embajador tienen la menor idea sobre la situación ni sobre Franco. Norman Armour, tascando su fracaso, se marchó al poco tiempo. Hasta el reciente advenimiento del millonario Joseph Zappala nunca habían enviado los Estados Unidos a España un embajador tan incapaz ni tan desinformado.

Aranda inventa el Centro Democrático y Social

Con el fin de entablar algunos contactos en Madrid, el infante don Alfonso consigue permiso para visitar en la capital a su dentista, pero al advertir al ministro del Aire que pensaba recibir a los monárquicos Cirilo Tornos y Joaquín Satrústegui, le manda de nuevo a Sanlúcar, humillantemente, con el dentista a medias y sin almorzar siquiera. Por entonces la

---

199 Cfr. KINDELÁN, op. cit., p. 271.

iniciativa del pronunciamiento parece pasar a manos del general Aranda que, muy resentido con Franco porque no le asciende a teniente general y sospecha sus antecedentes masónicos, desea ardientemente (informa Gil Robles) ser el hombre de la Restauración y promueve en Madrid una serie de contactos entre monárquicos e izquierdistas moderados, incluso socialistas, que descartan a los líderes en el exilio para la nueva convivencia española. El 16 de octubre de 1945, Aranda había enviado una carta a Sáinz Rodríguez en la que acepta encantado una cartera ministerial en un gobierno monárquico (que ya hemos citado entre los papeles de Kindelán).

Aranda no puede ver a Gil Robles (la animadversión es mutua) y dice taxativamente a Sáinz Rodríguez que no es la hora de la CEDA por la hostilidad que despierta en las izquierdas. Aranda propone (como ya hizo O'Donnell y luego Cambó y mucho después intentaría Adolfo Suárez) una derecha católica y monárquica disfrazada de centro, y he recordado a Suárez porque el nombre propuesto por Aranda para ese partido es el de ¡Centro Democrático y Social! [200]. Aranda tuvo el gesto de enviar su propuesta también a Gil Robles, que no acepta el "partido centro" sino que contrapropone una coalición de fuerzas de centro-derecha con un hombre-centro al frente (que podría ser el propio Gil Robles) y este bloque monárquico sería capaz de tratar con las izquierdas moderadas. Esta es la primera vez que Gil Robles sugiere esa estrategia política que se impondría en el campo monárquico con la llegada de don Juan a Estoril.

El triste final del proyecto militar

Al irse acabando el año 1945 se desvanecen las ilusiones de pronunciamiento militar monárquico; el proyecto que tras el fracaso de la carta de los generales en septiembre de 1943 nunca tuvo consistencia, muere por inanición y apuntan, en cambio, nuevos proyectos políticos en torno al futuro de España. En carta del 15 de diciembre, don Juan escribe desde Lausana a su tío y representante don Alfonso para felicitarle por su actua-

---

200 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 159.

ción y agradecerle "todos los desvelos y actividades que estás desplegando en favor de la Causa". Don Juan reconoce que la Iglesia está con Franco, y acepta en parte la sugerencia de Gil Robles "en el sentido de formar un partido monárquico de izquierda" que pueda alternar con una "coalición monárquica nacional" de derechas. Don Juan cree que la Restauración está llegando tarde, teme la posibilidad de que los aliados acaben inclinándose por los republicanos, reconoce que la decisión sobre el régimen de España depende de las potencias exteriores y descarta definitivamente el pronunciamiento por inviable: "Acerca de la actitud de los altos mandos militares, quiero limitarme a decirte que veo el problema como vosotros y que en ningún momento he tenido sobre ninguno de ellos mayores esperanzas de las que me permiten concebir tus noticias". Fin de los sueños militares, pues [201]. Aun así, el infante don Alfonso en carta al duque de Alba se empeña en pronosticar, fuera del tiempo, que al régimen de Franco le quedan sólo un par de meses. Simple confusión de los sueños con la realidad. El general Kindelán, por su parte, archiva el requerimiento de los generales a Franco para que abandone el poder en vista de que ha rebasado con creces el mandato que sus compañeros le dieron en el campo de Salamanca mientras durase la guerra; el requerimiento, escrito sin convicción ni fe (y además basándose en una idea falsa), era el que debía ser entregado a Franco por Orgaz que no le entregó; y se quedó para siempre en el archivo del utópico "jefe del Aire" [202].

Primera declaración democrática de don Juan

A mediados de diciembre estaba ya decidido por don Juan, con el visto bueno de Franco gracias a la negociación Oriol, el traslado de Lausana a Estoril con escala en Inglaterra. José María Gil Robles acaba de obtener que se le levante la prohibición de residir en la región de Lisboa y recibe importantes adhesiones de personalidades españolas, aunque los monárquicos partidarios de Franco ahondan sus recelos contra él. Puede ocurrir

---

201 Carta de don Juan en KINDELÁN, op. cit., p. 276.

202 Kindelán, op. cit., p. 127, sin fecha. (Es de 1945).

de todo: que la presencia de don Juan en Estoril prenda por fin fuego a la causa monárquica en España, o que don Juan, ya tan cerca de España, llegue a un acuerdo con Franco en una entrevista que se fijó, como dijimos, para Navidad. Pero el 14 de diciembre de 1945 don Juan concede a la *Gazette de Lausanne* unas declaraciones importantísimas que, inexplicablemente, no han encontrado, que yo sepa, comentario alguno por los observadores de la época: es la primera vez, nada menos, que don Juan expresa un proyecto democrático para España.

> *Deseo* —dice— *que mis conciudadanos puedan expresar libremente su voluntad. Si como espero se pronuncian en favor de la monarquía, haré valer mis derechos incontestables a la Corona de España sobre la base del derecho hereditario.*

Cuando el periodista (Nerin E. Gun) le pregunta si aceptaría un plebiscito organizado por influencia franquista su negativa es tajante:

> *No. El general Franco ha instaurado un régimen que se inspira en el de las potencias totalitarias del Eje, sistema absolutamente contrario al carácter y a las tradiciones de un pueblo como el nuestro, y fundamentalmente incompatible con las circunstancias que la guerra ha creado en el mundo.*

Se muestra después plenamente de acuerdo con los principios expresados en la Carta del Atlántico y a la pregunta sobre si el régimen de España se podría construir sobre una amplia base democrática como el de Inglaterra, responde:

> *Mis colaboradores y yo mismo no dejaremos de hacer todo lo posible para que se establezca en España un régimen ampliamente democrático que recordará a los de Gran Bretaña, los Estados Unidos, Holanda y los países escandinavos* [203].

Insisto: era la primera vez en su vida que don Juan se pronunciaba expresamente en favor de un régimen democrático pleno. Pero estas declaraciones debieron ser simplemente una concesión a los aliados. Cierto que se reproducen en el apéndice de Sáinz Rodríguez, pero dudo

---

203 *Gazette de Lausanne,* 14 de dic. 1945, transcr. en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 336.

que llegaran a publicarse; tal vez se trata de un proyecto de López Oliván. Ya instalado don Juan en Estoril, su idea del régimen español, como veremos en su momento, no era democrática en este sentido, ni mucho menos. Quizás por ello nadie difundió estas declaraciones; tal vez Franco recibió alguna explicación, porque tampoco tomó medida alguna de represalia. Todas las posibilidades quedaban en pie.

Don Juan a Kindelán: "Voy a Portugal"

Terminaba diciembre de aquel año gravísimo para España.

Como Franco y su régimen seguían en pie, se dibujó en el horizonte un tremendo ataque contra España proyectado por los comunistas franceses, con el que tuvo que transigir De Gaulle para conceder algo a la marea roja que amenazaba con sumergir a la propia Francia. El gobierno francés propuso al de los Estados Unidos y al del Reino Unido una durísima nota tripartita para condenar al régimen español; de ella tuvieron noticia a fines de diciembre Gil Robles y el infante don Alfonso. De momento, la entrevista entre don Juan y Franco quedó aplazada *sine die* y no se celebraría hasta el verano de 1948, ya sin opciones sucesorias para don Juan. Gil Robles, en Lisboa, recibió el 2 de enero de 1946 el anuncio de una visita, por sorpresa, de su antiguo e íntimo amigo don Ángel Herrera, ya sacerdote (y luego obispo y cardenal), que venía a convencerle sobre la necesidad de lograr el acuerdo entre don Juan y Franco: la visita era una carta suprema de Franco. Hacía diez años que Gil Robles y Herrera, paladines de la causa católica durante la República, no se veían y el encuentro resultó emocionante. Herrera venía de Roma, donde su gestión fue aprobada por la Santa Sede, y de Lausana, donde don Juan le hizo una gran impresión al arrepentirse de sus "deslices juveniles". Herrera propuso a Gil Robles el proyecto de Franco: crear un Consejo del Reino que en su día llamase al Rey. Gil Robles exige, para aprobar la entrevista de don Juan y Franco, que Franco reconozca a don Juan como rey, accede a la creación del Consejo del Reino y considera imprescindible que se fije un plazo (no muy concreto pero firme, típica ambigüedad de Gil Robles) para la transmisión de poderes. El tercer punto no será acep-

tado por Franco; no habrá pues entrevista. Pero ese 3 de enero de 1946 marcó la máxima aproximación histórica entre Franco y don Juan desde 1941.

Cuatro días después, el 7 de enero, don Juan escribe a Kindelán, que se había opuesto a la entrevista con Franco. Don Juan dice al general que "por consejo de las embajadas de Inglaterra y Estados Unidos en Madrid convendría ceder ante Franco en el orden personal, no en el de los principios, para lograr lo más rápidamente posible el cambio de régimen, ya que en el momento presente el general Franco era dueño absoluto de la situación interior". Como Franco ha levantado el veto a la presencia de don Juan en Portugal, el Conde de Barcelona accede: "Voy a Portugal sin otro compromiso que el de, una vez allí, organizar la entrevista con el general Franco". Irá con su esposa, para que ésta pueda visitar (he ahí el pretexto) en Sevilla a sus padres, muy ancianos y enfermos [204]. Don Juan creía aún en la posibilidad de la entrevista, que se canceló al no aceptar Franco la tercera condición de Gil Robles.

Gil Robles, evidentemente, fue el principal responsable de que don Juan no siguiese el sensato consejo de los aliados y no cediese en lo personal para salvar los principios, como en su día hará su hijo don Juan Carlos. A la luz de esta importantísima carta de don Juan queda históricamente claro que José María Gil Robles, al rechazar la gestión Herrera y la opinión de los aliados que don Juan conocía tan bien, ha sido, muy a su pesar, el responsable histórico de que don Juan de Borbón no haya reinado en España antes que su hijo. El odio a Franco y el resentimiento contra Franco cegó el alto sentido político y la clara inteligencia del jefe de la CEDA, que seguía creyéndose que lo era.

Entre la euforia y la alucinación

Sin embargo, al día siguiente de esa carta de don Juan, es decir, el 8 de enero, Luis Carrero Blanco entregó a Franco una nota en la que se mostraba partidario de la entrevista, cuya noticia, por cierto, todo el mundo conocía

---

204 Carta de don Juan, en KINDELÁN, op. cit., p. 79.

ya. Para Carrero han acogido el anuncio de la entrevista con entusiasmo "el sector rojo" y "el pequeño sector de los salones bien, de la Peña y de los centros aristocráticos, donde con algunas excepciones reina más el *snobismo,* la frivolidad y la estulticia que el sentido común". Indica Carrero que "la única sucesión de V.E. tiene que ser la monarquía", por lo que la entrevista es deseable para que don Juan adquiera una información directa.

Carrero admite que en la entrevista, don Juan se deje convencer del todo, o bien a medias; o bien que Franco le descarte definitivamente como futuro rey. Durante los días siguientes se difunden innumerables rumores sobre la venida de don Juan a Portugal. El 12 de enero, Gil Robles, por informaciones de Madrid, cree seguro que Franco no tiene la menor intención de marcharse pero ni Ángel Herrera, ya en Madrid, ni Artajo se han atrevido a presentar a Franco las condiciones de Gil Robles. Se encrespan los problemas cuando Artajo se entera, por el duque de Sotomayor, jefe de la Casa del Rey, de que don Juan se alojará en casa de los marqueses de Pelayo: el ministro se llevó las manos a la cabeza, porque *Franco no puede ver a la marquesa* (Gil Robles). El gobierno británico niega la autorización para que don Juan haga escala en Inglaterra; luego la permite. El ministro católico francés de Asuntos Exteriores, Bidault, se negaba a romper relaciones con España el 18 de enero sin previa consulta a los demás aliados; y el día 20, De Gaulle presentaba la dimisión a la jefatura del gobierno.

El anuncio del viaje de don Juan a Lisboa excitó hasta el paroxismo al infante don Alfonso, al general Kindelán y a los demás dirigentes monárquicos de España, pese a que don Juan no se había dignado comunicarles la menor noticia ni instrucción. Don Alfonso de Orleans se presentó clandestinamente en Madrid y, en vista de que el viaje de don Juan se retrasaba, se volvió a Sanlúcar para esperarlo. El 16 de enero envió una carta a su sobrino el Conde de Barcelona desaconsejándole cualquier condescendencia con los representantes de Franco en cuanto llegase a Portugal. Hablando en aquellas tensas vísperas con Kindelán, el infante creía que la monarquía iba a estallar jubilosamente en España, otro 1931 al revés. Kindelán redacta para don Juan un informe de situación, mezcla de errores y aciertos. Por una parte cree que el régimen de Franco "está en sus postrimerías"

y que "no sería un plazo excesivo, históricamente considerado, aguardar a la muerte natural de Franco para la Restauración (quedaban casi treinta años); pero el sentido común de tan inteligente veterano se imponía en otros párrafos como éste: "No existe en España, actualmente, un apoyo positivo de la Restauración. No existe un sentimiento monárquico semejante al que facilitó la restauración de la monarquía en la persona de vuestro augusto abuelo Alfonso XII" [205]. Así pasaban aquel febril mes de enero los dirigentes monárquicos, entre la euforia y la alucinación.

El 23 de enero de 1946, cuando el viaje de don Juan ya está casi a punto, Franco reanuda la comunicación con él y le escribe una carta a Lausana. Le explica los malentendidos de las conversaciones de José María Oriol con los dos; como si quisiera prevenir a don Juan y desengañarle sobre lo que realmente piensa como jefe del Estado ante las todavía remotamente posibles conversaciones en Portugal:

La última carta de Franco llega a Lausana

La base de todas las conversaciones que con Oriol he tenido ha sido por su parte la de llevar a mi convencimiento la absoluta identificación de V.A. con mi doctrina hasta llegar a decir él haber escuchado de vuestros labios las mismas frases y palabras que yo le decía. Todo ello llevó a mi ánimo la impresión de que habíais llegado a conocer la situación real de España y apreciado en su justa realidad la situación del mundo en relación al interés de nuestra patria y al de la propia monarquía.

Sin embargo, estos días pude apercibirme del alcance tan distinto que Oriol y las personas que con él más íntimamente se relacionan daban al viaje de V.A. y el real que en nuestras conversaciones había sido fijado; pero esta diferencia aumenta de valor cuando llego a conocer la existencia de una nota, al parecer dada por V.A a Oriol, que yo desconocía, que parecía confirmar estas diferencias.

Con este motivo mi ministro de Asuntos Exteriores se encargó de llamar a Oriol para aclarar el caso, y hoy recibo de éste la pequeña nota

---

205 Cfr. Kindelán, op. cit., p.283s.

titulada 'Proyecto de contestación a Oriol' cuyo tono y alcance es totalmente distinto a lo que Oriol trató conmigo.

Ésta es la razón de que os escriba, para que tengais de ello un conocimiento más fiel y exacto y quede de una manera bien clara nuestra buena fe y la exactitud de los propósitos.

Esta pequeña nota vuestra que Oriol me envía habla en su primer párrafo de 'una iniciativa del general Franco y de una propuesta de entrevista de éste con S.A.R.'. Nada de particular tendría esta iniciativa y esta propuesta si al interés de España así conviniese, pero los hechos han sucedido de muy distinto modo.

El objeto del primer viaje de Oriol a Suiza fue el de exponeros la situación real de España y evitaros que, por su desconocimiento, hicieseis manifestaciones públicas que habrían de producir a la monarquía daños irreparables. Como yo conocía, por manifestación del propio Oriol hecha a fines de julio, que V.A. quería escuchar su consejo, y él tenía proyectado un viaje con este motivo a Suiza, encargué a don Esteban Bilbao, presidente de las Cortes, que le buscase e indicase la conveniencia del viaje, a fin de evitar lo que como casi seguro se nos anunciaba. Cuando regresó de Ginebra, rebasando tal vez la misión confiada, pero con un buen propósito que no he de discutir, me habló de vuestra identificación con el Movimiento Nacional y con cuanto me había escuchado en diversas ocasiones. Apercibiendo en sus palabras un exceso de optimismo y de precipitar etapas, traté de llevar a su ánimo cuál era la situación real de España, a fin de bajarle de las nubes un poco hacia la tierra, y le expliqué cómo veía yo la situación respecto al futuro de la monarquía, dificultades que habíamos de encontrar en el camino y me felicité de que la excelente disposición de V.A., y su coincidencia de pensamiento con el mío, quitase armas a los enemigos de España para sus propagandas. Le hablé, también, de los peligros que podía tener la conducta de los grupos monárquicos conspiradores y que el ambiente de la nación hiciera imposible la instauración de la monarquía teniendo que orientarnos hacia otros sistemas. Me habló de la conveniencia de nombramiento de un plenipotenciario que gestionase el acuerdo, que yo rechacé por la imposibilidad de encontrar persona identificada en materias de tan seria responsabilidad, y dada la actitud y coincidencia de V.A., le anuncié

que el día que llegase el momento del estudio de las leyes referentes a la materia, no tenía inconveniente, como V.A. deseaba, de que tuviera de ellas noticia previa, no ocultándole que era material que correspondía conocer a las Cortes y pronunciarse toda la nación.

Al recibir vuestra nota verbal y apercibirme a través de ella de la desaparición de la exposición que os había hecho Oriol de todo cuanto le daba a la conversación carácter y matiz, redacté la nota que os fue entregada, renunciando a las conversaciones que se sujetaban a tales equívocos.

Los equívocos de un viaje

Al tratar Oriol conmigo por segunda vez de vuestro establecimiento en Portugal, yo le expuse una vez más las dificultades insuperables de la medida, por no agradar a la nación portuguesa y no poder ser aceptable tampoco para la nación española esta proximidad, dada la conducta y maquinaciones de determinados grupos monárquicos; y al encarecerme Oriol los deseos de aproximación que permitieran a VV.AA. poderse reunir con los infantes, en estado de avanzada edad, le expuse mi inquietud y preocupación por ello y accedí a que V.A. pudiera pasar un par de semanas en Portugal y ver a sus padres políticos los infantes, siempre que existiera vuestra promesa formal de no permitir que se explotase la estancia en Portugal para llevar a cabo actividades ni conspiraciones de carácter monárquico, y acepté la hipótesis de que, llegado el caso, si la situación internacional lo permitía, y en el máximo secreto, pudiera pensarse en la entrevista que V.A. en sus cartas a Vigón patrocinaba. De cómo se cumplió el secreto V.A. lo puede apreciar: fue la comidilla desde el día siguiente de la alta sociedad española, y hasta las radios y prensa extranjera le dedicaron toda la atención explotándolo, una vez más, para intentar poner en interinidad al régimen español, cuando representaba lo contrario: la fortaleza de un régimen dueño de sus destinos, secundado por la opinión y que puede darse ese modesto lujo.

El párrafo segundo de la nota de Oriol encierra, a mi juicio, mayor gravedad. En él se expresa terminantemente: "...sin que ello suponga rectificación alguna de la actitud observada hasta el presente por S.M. y cuyo acierto hace patente la situación interior e internacional de Espa-

ña, etc". Esto, señor, es totalmente distinto de lo expresado por Oriol, que os presentaba como completamente identificado con nuestra tesis, de acuerdo con la nota de que fue portador, aceptando el error de vuestro Manifiesto y reconociendo que el único camino para una posible Restauración futura era a base del entendimiento con el Generalísimo.

Don Juan en Londres

La estancia concertada con Portugal fue sólo la eventual de algunos días, dos o tres semanas, y no la indeterminada que parece deducirse de la frase de la misma nota que dice: 'el Rey fije por algún tiempo su residencia en Portugal'.

Todo esto tiene un alcance tan distinto del que había tratado con Oriol que he creído necesario, ante el equívoco que podría surgir, el exponéroslo de la manera más fiel y ratificaros en todas sus partes el contenido de la nota que os ha llevado Oriol, que ha de constituir la base de partida para un posible entendimiento.

Ésta es la causa de que haya deseado, antes de que salieseis de Suiza, que quedase aclarado el alcance de vuestro viaje y las limitaciones que razones de orden internacional e interior le imponen.

Con mis mejores votos por vuestra real familia y la expresión de mis sentimientos más sinceros y leales. Francisco Franco [206].

Don Juan de Borbón, que sepamos, no contestó a esta carta en la que Franco pretendía disponer de los movimientos, intenciones y residencia de su antagonista. El viernes 1 de febrero de 1946, el Conde de Barcelona salió de Lausana en avión para Londres y, al despedirse, declaró que su viaje se hacía con total independencia del Gobierno español. En Londres se entrevistó con el rey de Inglaterra y otras personalidades. A las ocho y cuarto de la noche siguiente, 2 de febrero, llegaba en un avión de las líneas regulares británicas al aeródromo de Portela de Sacavem para iniciar un exilio en Estoril cuya duración nadie podía prever entonces.

---

206 Carta en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado..., op.* cit., p. 366 s.

Capítulo XXII
Los espectros de la República

DURANTE TODO EL AÑO 1945 don Juan de Borbón y sus consejeros de España, Lisboa y Lausana se preocupaban cada vez más, en sus conversaciones, escritos, contactos internacionales y otras comunicaciones, de un posible retorno de la República al poder en España. El motivo principal del Manifiesto de Lausana había sido, precisamente, ofrecer a los españoles y a las potencias occidentales victoriosas una alternativa monárquica de reconciliación nacional que anulase la disyuntiva única entre la permanencia de Franco y la vuelta de la República. Ése fue un gran objetivo, y uno de los grandes servicios de don Juan a España. Franco, y prácticamente todos los que habían vencido a la República en la Guerra Civil, estaban dispuestos como una sola persona a levantarse en armas para impedir el retorno de la República; a *morir con las armas en la mano antes que dejarnos cazar como conejos* había anunciado, como recordamos, el general infante don Alfonso, representante de don Juan en España. Los españoles tanto vencedores como vencidos y los aliados occidentales victoriosos recordaban vivamente en 1945 que los comunistas españoles, lacayos de Stalin, habían conseguido paso a paso, a lo largo de la Guerra Civil, el control de las Fuerzas Armadas de la República, es decir, el con-

trol del poder, bajo el Gobierno totalitario de su gran valedor, el doctor Juan Negrín, al que seguía para esta identificación con los comunistas un ala minoritaria del socialismo. Quien mejor conocía la captación de la República por los comunistas era el enemigo público de Negrín, Indalecio Prieto, que había denunciado ese contubernio en su célebre informe de 1939 a la Ejecutiva del PSOE. En 1945 Prieto era tan anticomunista como Franco.

Un libro insuperable

Pero valiéndose de la falsa identificación del régimen de Franco y las potencias vencidas, como rezaba la declaración antiespañola de "los Tres Grandes" en Potsdam, los dirigentes republicanos en el exilio identificaron a su vez a la República con el ideal democrático (lo cual, como sabemos, constituye otra falsedad) y trataron de convencer a los aliados para que aceptasen e incluso impusiesen una solución republicana para España, como única alternativa a Franco, ya que don Juan y toda la familia real habían militado en el bando de Franco. En 1945, ante la inoperancia de los monárquicos, *el caballo republicano va ganando ya al caballo monárquico*, como el infante de Orleans confesaba a sus colaboradores. ¿Cuál era realmente la entidad, la fuerza, la posibilidad de la alternativa republicana en este momento de las relaciones Franco-Don Juan que estamos estudiando, es decir, a principios del año 1946, cuando el Conde de Barcelona rompe su encierro en Suiza y se presenta en Portugal? Este es el objeto de este capítulo y para resolver esa importante cuestión contamos con un estudio exhaustivo y definitivo como todos los de su autor: el libro en tres tomos *La emigración de la Guerra Civil 1936-1939,* del diplomático e investigador histórico Javier Rubio [207]. El tercero de esos tomos reúne los documentos sobre los que se basa la obra, que como la dedicada por Rubio a los asilos y canjes durante la Guerra Civil, o su estudio sobre España ante los acontecimientos del año 1870 en Europa, es sencillamente insuperable aunque, centrada en su objeto formal, apenas alude a las relaciones entre Franco y don Juan, que también era un exiliado.

---

207 Madrid, San Martín, 1977.

El éxodo de los españoles provocado por el odio y el miedo a la Guerra Civil, que fueron las causas del conflicto detectadas profundamente por Manuel Azaña en *La velada en Benicarló*, ha sido, cuantitativa y cualitativamente, el mayor en toda la historia de España.

Las cifras reales del exilio

El total de personas desplazadas fue superior a setecientas mil, aunque, debido a las numerosas repatriaciones, no llegaron al medio millón las que estuvieron fuera simultáneamente. Como a pesar de ser entonces un niño me cuento (afortunadamente por breve tiempo) en esa cifra máxima, e incluso conocí brevemente con mi familia el exilio político durante unos meses de la República (circunstancia de la que intentó reírse groseramente Marcelino Camacho, colaborador en ABC, cuando la conté en un programa de televisión), vivo muy intensamente como español, por encima de los bandos, el problema y la angustia del exilio y estoy plenamente de acuerdo con Javier Rubio, cuyo citado libro puede consultar el lector para confirmar y ampliar los datos de este capítulo, en el que los exiliados de mucho tiempo, como don Juan de Borbón y los republicanos, pierden inevitablemente el sentido de la objetividad de la que se les ha arrancado e incurren en graves desenfoques al juzgar desde su ausencia la realidad española.

La mayoría de estos españoles huyeron de España (sobre todo al final de la guerra) por temor, muchas veces infundado, a represalias de los vencedores, de lo que tuvo mucha culpa la propaganda apocalíptica de los comunistas. Sin embargo, a los pocos días de terminar la Guerra Civil empezó la repatriación, fomentada después por la guerra mundial en Europa, con lo que las cifras finales para el exilio permanente se redujeron mucho: hasta un total de ciento sesenta y dos mil personas, de las que en Francia quedaron cien mil combatientes del bando republicano una vez cerrados, con la derrota francesa, los campos de concentración que habían llegado a albergar a trescientos mil de ellos en condiciones tremendas; y cuarenta mil civiles. La emigración permanente en África del norte, entonces francesa, sumó doce mil recluidos en campos de con-

centración y siete mil enrolados en la Legión Extranjera; la Unión Soviética recibió a unos seis mil, entre niños llevados forzadamente y adultos pertenecientes casi sin excepción al Partido Comunista: unos tres mil quedaron en el resto de Europa. Se han exagerado mucho las cifras de los acogidos por México gracias a la generosidad del presidente Lázaro Cárdenas: unos ocho mil, entre ellos numerosos intelectuales y profesionales que contribuyeron decisivamente a la elevación del nivel cultural mexicano. En otros países de América los acogidos fueron unos seis mil. Entre 1942 y 1945 las repatriaciones llegaron a veinte mil, con lo que se obtiene la cifra final que hemos adelantado.

Españoles en la Segunda Guerra Mundial

El mayor contingente de españoles que intervinieron en la Segunda Guerra Mundial fue, naturalmente, la División Azul, una gran unidad de la que, según parece, muchas gentes se avergüenzan de hablar e incluso no quieren recordar ahora, aunque constituyó entre 1941 y 1943 un heroico anticipo de la victoria contra el comunismo soviético de la que hemos gozado plenamente en nuestros días; por más que la espléndida labor histórica y literaria de Fernando Vadillo ha conseguido ya que aquella asombrosa aventura, que tuvo detrás a casi toda la España de su tiempo, se conserve con viveza y realismo en nuestra memoria colectiva. La División Azul, que jamás luchó contra el pueblo de Rusia sino contra el odioso régimen opresor y expansivo de Stalin, fue el único conjunto de españoles que combatió durante la Segunda Guerra Mundial en unidades españolas y bajo mando español. Los veteranos de la República que, con valor semejante, lucharon a favor de Francia y casi siempre en el bando aliado durante la misma guerra, lo hicieron, con excepciones insignificantes, en unidades no españolas mandadas por jefes no españoles. Y digo casi siempre porque centenares de combatientes españoles, integrados en el Ejército francés que obedecía al mariscal Pétain, se opusieron con notabilísima eficacia a fines de 1942 al avance del ejército americano de desembarco en el Marruecos francés, donde sufrieron un alto número de bajas.

Miles de españoles, además de los dos conjuntos que acabo de citar, participaron con el valor que de ellos se esperaba en diversos escenarios de la guerra mundial. Casi todos eran veteranos del Ejército Popular de la República, evadidos a Francia o al África del norte francesa al final de la Guerra Civil que luego prefirieron alistarse en la Legión Extranjera o en los batallones de marcha del Ejército francés para librarse de las penalidades y las rutinas de los campos de concentración instalados por Francia junto a la costa del Mediterráneo. Vamos a evocar brevemente su actuación pero sin olvidar algo muy importante: esta actuación y ese valor nada tienen que ver con la actividad política de los dirigentes republicanos en el exilio, que jugaban sus cartas políticas sin más idea que regresar a España subidos al carro de los vencedores, y se desentendieron por completo de los sacrificios y los heroísmos de unos compatriotas que habían luchado por ellos en España y volvían a luchar ahora jugándose la vida sin que los dirigentes en el exilio, que yo sepa, manifestaran el menor recuerdo o la menor preocupación por ellos.

Luchadores republicanos en el bando aliado

Unos quinientos españoles enrolados en la Legión Extranjera francesa en el norte de África participaron a las órdenes del general Béthouart en el desembarco aliado que logró la conquista del puerto noruego de Narvik en la primavera de 1940 cuando los alemanes ocuparon Dinamarca y Noruega; la eficacia y el valor del contingente español fue reconocido por el mando aliado, pero esas tropas hubieron de volver a Francia cuando los alemanes la invadieron poco después y bastantes españoles lograron escapar a Inglaterra donde algunos se quedaron para proseguir la lucha contra Alemania; otros fueron devueltos a Francia por indeseables. Los españoles veteranos del Ejército Popular se sumaron en muchos casos a la Resistencia francesa hasta constituir un alto porcentaje de sus efectivos en la antigua zona libre de Francia desde que fue ocupada por los alemanes a fines del año 1942. Tal vez la tercera parte de las fuerzas irregulares que lucharon en la Resistencia en aquella zona estuviera formada por españoles integrados en las Fuerzas Francesas del Interior (FFI), de inspiración y organización comunista casi siempre, y por eso no debe extrañar que par-

te de esas fuerzas intentara la invasión de España a través del Pirineo en el otoño de 1944, el famoso episodio de los "maquis" a cuyo fracaso total ya nos hemos referido. Además de esta mal calculada invasión, los antiguos combatientes republicanos en España intervinieron contra los alemanes en la Alta Saboya y en las operaciones que hicieron posible la liberación de Foix, así como en la reducción y eliminación de los enclaves alemanes en el Atlántico que habían quedado a retaguardia del avance aliado en dirección a Alemania. Miles de resistentes españoles organizaron y protegieron las redes de evasión hacia España por donde lograron escapar numerosos prisioneros y perseguidos del Ejército británico después de la derrota de Francia así como muchos voluntarios franceses que acudían a Argel para alistarse en las unidades de la Francia libre tras la derrota total del Eje en África del norte. Lo curioso es que estas redes, manejadas al norte del Pirineo por antiguos rojos españoles al servicio de los aliados, luego corrían a cargo de españoles fieles al régimen de Franco y partidarios de la causa aliada bajo la inspiración de organizaciones radicadas en Londres y con expresa tolerancia del Gobierno español.

Sin embargo, la participación más espectacular de combatientes españoles en el campo aliado de la Segunda Guerra Mundial corrió a cargo de los que, reclutados en el norte de África, se integraron en la famosa segunda división blindada francesa a las órdenes del general Leclerc. Y concretamente en el tercer batallón del quinto regimiento de marcha del Chad, cuyo jefe era un veterano de las brigadas internacionales de la Guerra Civil española, el coronel Putz. La novena compañía de este batallón era casi completamente española y sus blindados serán los primeros que lleguen en 1944 al centro de París a las órdenes del teniente Amado Granell; llamaron mucho la atención los nombres de diversas batallas de la guerra de España (Ebro, Brunete) pintados a bordo. Bastantes comunistas españoles refugiados en la Unión Soviética lucharon con el Ejército soviético y a algunos les tocó hacerlo en el sector que tenía enfrente a la División Azul. Insisto, sin embargo, en que los organismos políticos del exilio republicano se desentendieron por completo de estos veteranos de la República que por lo tanto no se sentían representados por esos organismos.

La Generalidad, los socialistas y la corrupción

Miles de españoles prisioneros del Ejército alemán fueron deportados a campos de trabajo alemanes en varios puntos de Europa y muchos de ellos, considerados enemigos o peligrosos, internados en campos de concentración de los que, para los españoles, el más importante y trágico fue el de Mauthausen, donde los alemanes encerraron al noventa por ciento de nuestros compatriotas que creían indeseables. Estaba en Austria, junto al Danubio y las importantes canteras próximas a Linz. Casi todos aquellos españoles eran comunistas, pasaron de siete mil, se organizaron con disciplina férrea y sufrieron tal maltrato que pereció cerca del setenta por ciento de ellos, unos cuatro mil ochocientos. Hubo también españoles en el campo de Dachau, cerca de Munich, el tristemente famoso de Buchenwald y el de Oranienburg no lejos de Berlín, donde se aceleró la muerte del dirigente socialista Francisco Largo Caballero, que ya rebasaba los setenta años cuando le encerraron allí y murió poco después de ser liberado.

Cuando la derrota en España parecía próxima, los dirigentes del Frente Popular montaron en el extranjero, con fondos del Patrimonio y la Administración Pública, varias organizaciones de auxilio a los previsibles exiliados, cuyos beneficiarios no fueron tanto las personas del común sino, por encima de todo, los propios dirigentes políticos, lo que constituye un caso de egoísmo y corrupción que no se ha aireado suficientemente. El colmo de esta corrupción debe atribuirse a los fondos de auxilio preparados con expresa desobediencia de las órdenes de la Hacienda del Gobierno por la Generalidad de Cataluña, un epulsivo problema sobre el que no voy a insistir aquí porque lo he tratado detenidamente con el inapelable testimonio de uno de los responsables, Puig y Ferreter, en mi reciente libro *Historias de la corrupción* [208]. Ahí se demuestra que mientras miles de exiliados catalanes en Europa malvivían en la penuria, los prebostes de la Generalidad vivían opíparamente con los millones sacados ilegalmente de España y repartidos en un hotel de la rue Cambon de París: se compraron automóviles y fincas y carecían, al menos hasta la llegada del Ejército alemán, de toda preocupación económica.

---

208 Barcelona, Planeta, 1992 (dos ediciones en un mes).

Los socialistas españoles, a cuya división interna han atribuido autores tan bien informados como Gabriel Mario de Coca, una de las causas principales de la Guerra Civil general, se enfrentaron a muerte durante el conflicto divididos en dos bandos: el procomunista que dirigía el doctor Juan Negrín, jefe del Gobierno del Frente Popular desde mayo de 1937 hasta el fracaso del golpe de Estado comunista a primeros de marzo de 1939, y el anticomunista, cuyo jefe era Indalecio Prieto, ministro de Defensa Nacional expulsado del Gobierno y de España por Negrín en 1938. Estos dos bandos hostiles prolongaron su enfrentamiento con el mismo encono durante el exilio en la política general y en las organizaciones de auxilio que uno y otro fundaron con medios sacados también ilegalmente de España al llegar la victoria del enemigo. Se trata de otro episodio sórdido para la historia de la corrupción sobre el que merece la pena que nos detengamos unos momentos.

La rivalidad del SERE y la JARE

Como jefe del Gobierno, Juan Negrín organizó en Francia desde antes de febrero de 1939 el SERE, siglas con varios significados entre los que destaca el de Servicio de Emigración (antes Evacuación) para Refugiados Españoles. Aunque teóricamente figuraban en su Consejo Ejecutivo personas de varios partidos, los fondos del SERE fueron gestionados por Negrín y los comunistas y beneficiaron casi exclusivamente a los emigrados comunistas. El SERE es un caso de partidismo y sectarismo que enturbió todavía más las desgracias del exilio y sirvió, además, de apoyo económico a las actividades políticas comunistas de la llamada Unión Nacional, sobre la que muy pronto volveremos.

La organización adversaria dentro del exilio socialista era la JARE, Junta de Ayuda a los Refugiados Españoles, que funcionó en México a las órdenes de Indalecio Prieto hasta que, con sus fondos ya muy esquilmados después de haber sufrido atracos, corrupciones y rapiñas de las que se hizo eco la prensa mexicana, fueron incautados por orden del presidente Ávila Camacho y desaparecieron en medio de la insondable sentina de corrupción que caracteriza la política de aquel país. Los fondos de la

JARE reconocen, además, un origen muy turbio: no se trataba de fondos públicos raptados, sino de caudales privados, joyas, obras de arte y otros tesoros que llegaron al puerto de Veracruz en México (el mismo día en que caía Madrid en manos de las tropas de Franco) a bordo del yate Vita, que no era sino el antiguo yate real Giralda de don Alfonso XIII incautado por la República cuando don Alfonso fue absurdamente declarado reo de alta traición en 1931. Entregados al control de Prieto por orden de su amigo el presidente de México, Lázaro Cárdenas, los fondos del Vita tuvieron una aplicación más humanitaria que los del SERE, aunque el doctor Negrín hizo lo imposible para apoderarse de ellos; ni Prieto ni Negrín pensaron por un momento en restituírselos a sus legítimos propietarios, excepto unas ampollas de radium provenientes de sanatorios que Prieto ordenó, como coartada, restituir a España. Sobre el tesoro del Vita y la responsabilidad de Prieto, que constituye un lamentable capítulo de los *cien años de honradez y firmeza* proclamados por el PSOE en 1979; he dicho ya lo suficiente en mi libro *La conversión de Indalecio Prieto* (Barcelona, Plaza y Janés, 1988) como para insistir más aquí en tan escabroso asunto que reprochó duramente a Prieto su amigo el escultor Sebastián Miranda. Sólo debemos añadir que la JARE fue creada y entregada al control de Prieto por el único organismo político del exilio que sobrevivía a raíz de la derrota: la Diputación Permanente de las Cortes del Frente Popular (de la que no formaban parte, naturalmente, los diputados del centro y la derecha) bajo la presidencia de Diego Martínez Barrio. A partir de ella y al calor de la victoria aliada tratarían los republicanos, como vamos a ver en este mismo capítulo, de reconstruir las demás instituciones de la República para intentar con ellas el retorno político a España, uncidos al carro de esa victoria extranjera.

El acta de defunción de la República

En mi libro *1939 Agonía y victoria,* que fue Premio Espejo de España 1989, expuse con amplia documentación inédita la historia del último período de la Guerra Civil española: la huida de los principales dirigentes republicanos, la sublevación del coronel Casado y del ex presidente del PSOE y la UGT Julián Besteiro en la noche del 5 de marzo de 1939, la huida a Francia desde

un aeródromo alicantino, inmediatamente después, del doctor Negrín y sus aliados comunistas, y antes, la dimisión del presidente de la República don Manuel Azaña el 27 de febrero anterior, cuando Francia e Inglaterra reconocían el régimen del general Franco como pronto hicieron los demás países del mundo excepto la URSS y México. Al dimitir Azaña, el presidente de las Cortes Diego Martínez Barrio no aceptó la sucesión en la Presidencia, con lo que la República quedó acéfala en el exilio; sus Cortes, dispersa desde el 18 de julio de 1936, no volvieron a convocarse porque en rigor no existían; se mantuvo, sin embargo, una espectral Diputación Permanente con simple valor nostálgico y simbólico aunque el doctor Negrín se obstinó también en considerarse jefe del Gobierno sin que nadie le reconociese como tal. Más de cien mil españoles se salvaban como podían en medio de las tormentas de la guerra mundial y unas docenas de dirigentes políticos, enteramente desvinculados de esos españoles de la diáspora y de todo sentido de la realidad guardaron silencio durante la fase de victorias alemanas fulgurantes, en medio de las cuales desapareció de esta vida en una ciudad de la Francia libre, Montauban, el presidente Manuel Azaña después de un admirable proceso interior de elevación moral y espiritual al que me he referido respetuosamente en otra obra reciente [209]. Su dimisión de febrero de 1939 constituyó, según muestra Javier Rubio, "una verdadera acta de defunción de la República española" ya que en ella da fe de que ha desaparecido "el aparato político del Estado".

La mayoría de los dirigentes políticos de la República se quedaron en Francia, pero la nostalgia de la República va a inspirar, en la primavera de 1940 y entre los grupos exiliados de México, la creación de un primer organismo de restauración republicana, germen de los que luego crecerán a impulsos de la victoria de los aliados.

La ARE y la política comunista de Unión Nacional

Este organismo republicano embrionario se denominó ARE (Acción Republicana Española) y se fundó en México y en la fecha mágica del 14

---

[209] *Misterios de la Historia I,* Barcelona, Planeta, 1990.

de abril de 1940, a través de un Manifiesto que declara disuelto el Frente Popular de la tragedia y reconoce la plena vigencia de la Constitución republicana de 1931, como si la Guerra Civil no hubiera existido; y proclama una Junta Central (con resonancias de 1808) con un "secretario de relaciones" que es el ex presidente de las Cortes Diego Martínez Barrio, destacada figura masónica, a quien acompañan nombres famosos de varias procedencias republicanas, como el destacado anticlerical Álvaro de Albornoz; Carlos Esplá, los generales Asensio Torrado, Pozas y Miaja; el ex monárquico Ossorio y Gallardo, el socialista Fernando de los Ríos, el embajador Félix Gordón Ordás. Faltan Negrín y Prieto, además de los nacionalistas vascos y catalanes, y por supuesto los comunistas, aliados entonces de Alemania tras el pacto germano-soviético de 1939. Fuera de algunos manifiestos de los que nadie se entera, ARE se diluye insensiblemente; es el primer caso de lo que llama Rubio "la atomización política del exilio", una realidad que siempre dio por descontada el general Franco y veía menos clara don Juan de Borbón.

El paso siguiente para la articulación política del exilio corrió a cargo de los comunistas unidos a su fiel aliado y portavoz Juan Negrín en julio de 1941. Hasta el mes anterior se mantuvo la vigencia del pacto germano-soviético concertado a fines de agosto de 1939 entre Hitler y Stalin y que realmente había sido una trampa para dividir a Europa en dos bandos irreconciliables en beneficio de la expansión del comunismo. Esto es hoy una realidad histórica evidente y aceptada sobre la que no dicen una palabra los criptocomunistas españoles como el señor Vázquez Montalbán que se atreven, sin embargo, a mencionar sucesos de los años 30 que por simple pudor deberían borrar de su memoria y su mención pero no lo hacen quizás por menospreciar la memoria histórica de sus lectores. Pero en junio de 1941, perdida la batalla aérea de Inglaterra, cerrado el acceso pacífico a Gibraltar por la decisión de Franco en Hendaya, Adolfo Hitler repitió el error de Napoleón y atacó a Rusia convertida de nuevo en Santa Rusia por el acercamiento de Stalin al patriarcado ortodoxo de Moscú. Los comunistas dejaban de estar proscritos por el resto de la izquierda europea. Rusia, la tiranía totalitaria en estado puro, se convertía por arte de magia en "la gran democracia socialista" y el 19 de julio de

1941, un mes después de la agresión alemana, el doctor Negrín lanzaba en un gran discurso en Londres la nueva consigna, que es también un gran movimiento político, de los comunistas españoles; la Unión Nacional cuyo núcleo es el PCE, exactamente la misma política de camuflaje que después practicarían los comunistas con la Junta Democrática, la Platajunta y ahora con Izquierda Unida. Por todas partes donde hubiera un pequeño o gran grupo de comunistas aparecían Juntas de Unión Nacional, y en septiembre de 1943, cuando el Ejército Rojo se perfilaba en el horizonte, tras haber frenado a los alemanes, como el gran vencedor de la guerra en Europa, Negrín y los comunistas lanzaron la Junta Suprema de Unión Nacional, es decir, la Izquierda Unida de la época, o mejor la Junta Democrática, porque cabían en ella hasta gentes de centro y de derecha, católicos e incluso miembros del Opus Dei que no cayeron en la trampa de 1943, pero ayudarían a construir la trampa durante la transición de los años 70 en España. La Unión Nacional se identificó con Negrín y no engañó al resto de los grupos políticos en el exilio, sobre todo a los socialistas de Prieto que al reingresar de lleno en la actividad política se empezó a mostrar tan anticomunista como Franco, con plena coherencia con su famoso informe al PSOE, comunicado en 1939, al término de la Guerra Civil.

Dos oposiciones gemelas y opuestas: la republicana y la monárquica

Mientras Franco mantenía firmemente el poder en España, a veces por procedimientos reprobables como la férrea censura e intervención en prensa y radio de acuerdo con la ley totalitaria de 1938, la oposición republicana, que después de los ensayos de 1940-1941 surgió realmente en 1942, lo mismo que la oposición monárquica, no dependían de la fe en sus propias causas (Franco sí creía en su causa), sino del oportunismo que parecía brindarles la inversión de la guerra mundial en favor de los aliados. Esa inversión se produce, como sabemos, en el otoño de 1942. Hasta entonces la expansión victoriosa de Alemania, Italia y el Japón parecía irresistible y hasta se empezaba a perfilar otro sueño napoleónico: la amenaza sobre Egipto, Oriente Medio y la India después del avance alemán hacia el Nilo y hasta el Cáucaso y la penetración japonesa en Bir-

mania. Pero en el otoño de 1942 los alemanes quedaron frenados ante Leningrado, Moscú y Stalingrado; y ante la decisiva resistencia del Octavo Ejército en El Alamein, Egipto, mientras la escuadra de los Estados Unidos quebraba también en grandes batallas aeronavales la expansión japonesa en el Pacífico. Ese frenazo se convertiría pronto en toma abierta de la iniciativa por los aliados mediante el desembarco de noviembre de 1942 en el norte de África, hecho que realmente suscita la actividad cada vez más intensa de la oposición republicana y también de la oposición monárquica al franquismo cuyas fases van a coincidir y por tanto a depender de los progresos bélicos aliados: desembarco en Sicilia y en Italia continental en el verano de 1943, desembarco en Normandía en junio de 1944, destrucción de la capacidad estratégica de Alemania y el Japón en 1945, victoria en Europa en mayo de 1945 y victoria final en agosto siguiente. Ésas son las etapas de la victoria aliada; ésos son también los jalones que marcan los avances y las insistencias de la oposición, tanto republicana como monárquica, dos oposiciones gemelas y opuestas. En uno y otro caso era una oposición vicaria, servil, dependiente, sin arraigo serio en el interior de España, sin capacidad de acción interior propia. Por eso perdieron. Porque hasta en su efímera conjunción (1946-1948) actuaron bajo la tutela y el patrocinio extranjero, circunstancia que, desde los tiempos de Fernando VII cuando invocaba servilmente a la Europa reaccionaria en 1821-1823, ha causado siempre un gran malestar y un gran rechazo en España.

La clave de la Unión Nacional

Entre noviembre de 1942 y mayo de 1943 la tenaza aliada de Eisenhower desde el Oeste y de Montgomery desde Egipto, barrieron al Afrika Korps y a las divisiones italianas del norte de África con lo que los exiliados españoles que allí permanecían, casi todos comunistas, pudieron emprender una actividad intensa proyectada sobre España bajo el camuflaje de la Unión Nacional. A los exiliados se agrega una pequeña parte politizada de las colonias españolas, muy numerosa la de Argelia y respetable la del Marruecos francés. Ahora, los comunistas de Negrín, exaltados por las victorias del Ejército Rojo, hablan muy poco de República y en cambio

propugnan en su manifiesto de 1943 un Gobierno de Unión Nacional, en todo semejante al de las "democracias de nuevo tipo" que proclamaba para España *la Pasionaria* en los Plenos Ampliados de la Guerra Civil y que al producirse la conquista soviética de Europa oriental supimos al fin lo que significaba: las redundantemente denominadas Democracias Populares, es decir satélites de la URSS, con régimen totalitario y partido virtualmente único, que han estado vigentes hasta la caída del Muro de Berlín en 1989.

El fracaso dramático de la Unión Nacional

Pero la extraña influencia de los comunistas españoles y americanos en las alturas de la Administración Roosevelt (un problema que habrá que estudiar en su día) logró en el norte de África un efecto increíble. Resulta que el coronel "Wild Bill" Donovan acababa de crear por aquellos pagos la red de la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos) antecesora de la CIA y dependiente de Allen Dulles, el informador americano personal de don Juan de Borbón, a quien hemos visto participar personalmente en el aprovisionamiento de un comando antifascista en las montañas de Italia. Pues bien, la OSS (de la que no habla Javier Rubio pero me he ocupado de ella en mi biografía de Franco de 1982) entrenó, armó y lanzó sobre Melilla y el sur de España a grupos subversivos comunistas que en gran parte fueron liquidados por las fuerzas de seguridad españolas, y dejaron de actuar en 1944 por las enérgicas protestas del Gobierno español al de Washington; justo cuando los comunistas españoles preparaban acciones de mayor envergadura desde el Pirineo, como hemos visto al referir la aventura de los "maquis" en el otoño de 1944. Estos fracasos comunistas españoles en el norte de África y en los Pirineos acarrearon un gran desprestigio a Negrín y a la política comunista de Unión Nacional. Otras agrupaciones republicanas creyeron entonces llegada su hora. Porque además, las escasas penetraciones de combatientes comunistas en la España real habían dejado clarísimo que la España real no quería saber nada de comunismo. Los republicanos anticomunistas, como algunos monárquicos exaltados que parecían neojuanistas de hoy en vez de juanistas de entonces, no aprendieron esa lección del fracaso comunista en los bordes

de España y pensaron que podrían encontrar mejor acogida política interior si creaban los organismos pertinentes y recibían el apoyo expreso de los aliados para imponerlos en España. Con la inminencia de la victoria aliada parecía llegar la ocasión de los Gobiernos que pudieran sustituir al franquismo. Hemos visto cómo lo intentaron los monárquicos (el Gobierno Kindelán) sin éxito alguno; vamos a ver ahora cómo los constituyen los republicanos. Oposiciones gemelas y serviles al fin.

La junta española de liberación

Durante la Guerra Civil tanto el presidente Manuel Azaña como el jefe del Gobierno Juan Negrín se referían cada vez con mayor recelo y hostilidad al que llamaban "eje Barcelona-Bilbao" y procuraron inútilmente frenar la caída de los nacionalistas catalanes y vascos en el separatismo. El exilio acentuó esa tendencia y Javier Rubio, apoyándose en textos y testimonios de Madariaga, concluye que "en el exilio, los dirigentes del nacionalismo vasco habían radicalizado sus aspiraciones autonómicas hasta adoptar una posición pura y simplemente separatista que propugnaba la implantación de una República Vasca totalmente desligada del resto de los pueblos peninsulares" [210]. Esta tendencia se fragua en el acuerdo de organizaciones vascas firmado al sur de Francia el 31 de marzo de 1945 y el nacionalismo vasco quedará, de momento, fuera de las instituciones republicanas del exilio que se van a establecer inmediatamente. La posición de los nacionalistas catalanes es más moderada. La derecha catalanista, la antigua Liga, había colaborado eficazmente con la causa del general Franco y no se configura al margen de España en esta primera época del exilio. Sí lo hace la izquierda, la Esquerra Republicana de Cataluña, que el 30 de enero de 1944 crea en Montpellier un Consejo Asesor de la Presidencia de la Generalidad de Cataluña en torno a Josep Irla, que se había proclamado presidente del organismo autonómico; entre los miembros de ese Consejo figuraban Antonio Rovira y Virgili y el químico de la renovada lengua catalana Pompeu Fabra, entre otros. Los catalanistas, como luego harán los nacionalistas vascos, se

---

210 J. RUBIO, *La emigración..., op.* cit. II, p. 550s.

incorporan a las instituciones republicanas del exilio para luchar eficazmente contra el régimen de Franco.

Atomizada la primera agrupación política de la República exiliada, la ARE, y hundidos en su servilismo soviético, y luego en su fracaso subversivo contra España, Negrín y sus amigos comunistas y su política de Unión Nacional, México se va a convertir en el escenario de la nueva institucionalización política de la República. El intento siguiente a la ARE es el pacto para la Junta Española de Liberación (JEL), firmado en México después de los desembarcos y primeros avances aliados en Italia, el 20 de noviembre de 1943, con intervención de los dos grandes partidos republicanos, la Unión Republicana de Martínez Barrio y la Izquierda Republicana que había presidido Manuel Azaña; firman también los nacionalistas catalanes de izquierda, Esquerra Republicana y Acció Catalana, y se incorpora como partido de mayor importancia el PSOE en su rama anticomunista de Indalecio Prieto. Quedan fuera los comunistas, los socialistas de Negrín y los nacionalistas vascos. Preside la JEL Diego Martínez Barrio, es secretario general Indalecio Prieto y vocales Álvaro de Albornoz (Izquierda Republicana) y Antonio Sbert (Esquerra). En su manifiesto, la JEL postula el restablecimiento de la República de 1931 y excluye toda solución o compromiso con los monárquicos, que por entonces, como sabemos, trataban de moverse con cierta intensidad en ese año de la carta de los procuradores y la carta de los tenientes generales. La exclusión de la Monarquía, que contaba entonces con valedores internacionales importantes, en quienes se apoyaba don Juan de Borbón para proponer su alternativa al regimen de Franco, fue un error gravísimo que seguramente terminó, casi al nacer, con las posibilidades de la JEL, y del que solamente se dio cuenta el más inteligente de todos los republicanos Indalecio Prieto. El 30 de enero de 1944 la JEL creó un Gabinete Técnico que prefiguraba ya la estructura política y administrativa de un futuro Gobierno. Pero la JEL no se atrevió a proclamarse Gobierno formal, como tampoco lo habían intentado todavía los monárquicos de Juan; Martínez Barrio, su presidente, se empeñó en que ese Gobierno naciera de la legitimidad de unas Cortes.

Reaparece el fantasma de las cortes republicanas

El 10 de enero de 1945, en los salones del Club France de la Ciudad de México se reunieron las llamadas Cortes de la República convocadas por Diego Martínez Barrio en su condición de presidente de la antigua Diputación Permanente de las Cortes de 1936 y ahora de la Junta Española de Liberación. Era a todas luces una convocatoria y una reunión ilegal; por celebrarse fuera de España, en la que existía un Gobierno reconocido por todo el mundo menos por la URSS y México; porque habían pasado todos los plazos y porque fallaban todos los requisitos legales al no alcanzarse el *quorum* de cien diputados. Sólo se reunieron setenta y dos, todos del Frente Popular, y otros cuarenta y nueve de la misma filiación enviaron su adhesión por escrito, que carecía de todo valor. Fue emocionante la llamada a todos los diputados desaparecidos en la Guerra Civil o en el exilio, como Manuel Azaña y José Calvo Sotelo, pero ni un solo diputado de la derecha estaba allí, aunque vivía más de un centenar en España o en Portugal, como los consejeros monárquicos José María Gil Robles, Pedro Sáinz Rodríguez y Jesús Pabón. Ciento veintiséis diputados habían muerto, muchos de ellos violentamente en una y otra zona; aquélla fue una sesión necrológica con oración fúnebre, todo perfectamente inútil pero no exento de grandeza e intento de reconciliación que pronto quedó agostado en un gran movimiento de venganza.

El ala socialista dirigida por Prieto se opuso formalmente a la validez de esta sesión de Cortes. Pero sobrevino la victoria aliada en Europa, la condena contra el régimen de Franco en la Conferencia de San Francisco y sobre todo en la declaración de Potsdam, el fin de la guerra mundial tras el bombardeo nuclear del Japón, el movimiento de agitación monárquica que siguió al Manifiesto de Lausana; y los republicanos decidieron hacer acto de presencia oficialmente en la escena mundial. Para ello celebraron una nueva sesión de las Cortes exiliadas, ahora en lugar más adecuado: el Salón de Cabildos del Palacio de Gobierno en la Ciudad de México, un recinto construido por España en la evocadora y grandiosa plaza del Zócalo, cedido por el Gobierno mexicano con privilegio de extraterritorialidad para la gran ocasión. El 17 de agosto de 1945, justo a raíz de la victoria final de los aliados en la guerra mundial, se reunieron

allí noventa y dos diputados del antiguo Frente Popular que eligieron presidente de la República a Diego Martínez Barrio.

El primer Gobierno republicano en el exilio

La reunión de la Sala de Cabildos representa, en opinión de Javier Rubio, el momento de máxima unidad del exilio aun cuando no comprendía ni la tercera parte de los 344 diputados supervivientes de las Cortes de 1936. Para entonces el doctor Juan Negrín, muy afectado por el fracaso comunista de la Unión Nacional y la ineficacia de la invasión pirenaica y otros intentos de penetración de partidas en España, no tuvo más remedio que acatar la nueva sombra de legalidad republicana y se presentó en México para ofrecer su dimisión como jefe del Gobierno al presidente de la República en el exilio, Diego Martínez Barrio. Con gran habilidad, Negrín trata de ofrecerse como candidato para la nueva jefatura del Gobierno pero la mayoría de los republicanos y los socialistas, escarmentados por la identidad de Negrín y los comunistas, le rechazan y eligen en cambio para encabezar al nuevo Gobierno del exilio a un republicano histórico, el doctor José Giral, amigo de Azaña y nombrado por él mismo jefe del Gobierno republicano de guerra que sustituyó a Martínez Barrio el 18 de julio de 1936, cuando habían fracasado las gestiones de Diego con los generales sublevados contra el Frente Popular. Resucitaba por tanto en el momento crítico del exilio otro fantasma histórico de la Guerra Civil. Excluido Negrín de la presidencia, el doctor Giral se esfuerza en conseguir su colaboración como vicepresidente o como ministro de Estado, pero el tenaz político canario se niega en redondo: o presidente o nada. Y fue nada.

Bajo la presidencia de José Giral (Izquierda Republicana), constituyen el primer Gobierno en el exilio, único que alcanzó algunas posibilidades de recuperar el poder para la República: Fernando de los Ríos (PSOE) en Estado; en Justicia Alvaro de Albornoz (Izquierda Republicana); en Gobernación Manuel Torres Campañá (Unión Republicana); en Hacienda Augusto Barcia (Unión Republicana); en Industria y Comercio Manuel de Irujo (PNV, que vuelve a la convivencia con la República); sin

cartera, el viejo monárquico sin rey Ángel Ossorio y Gallardo; Luis Jiménez de Asúa, del PSOE; y José Tarradellas, de la Esquerra. En la lista que se facilitó a la prensa se incluía también el nombre de Indalecio Prieto, que por entonces estaba sometido a tratamiento ocular en Nueva York y renunció inmediatamente a la designación en cuanto se enteró de ella. Con la aparición del nuevo Gobierno, quedó disuelta la Junta Española de Liberación.

Los problemas del Gobierno Giral

La designación de un Gobierno de la República en el exilio, que contaba con importantes apoyos y conexiones en el bando aliado, como se había demostrado por la acción de sus miembros en los pasillos de la Conferencia de San Francisco, y que además comprendía a varios personajes de conocida filiación masónica, como el propio presidente de la República, preocupó en alguna medida a Franco, que inspiró una dura campaña contra la iniciativa en la prensa española. Afectó mucho más a don Juan de Borbón y sus consejeros, sobre todo al infante Alfonso de Orleans, que impulsó la creación del Gobierno Kindelán en España como alternativa al que se acababa de formar en México; pero el campo monárquico demostró mayor desunión que el republicano y ese Gobierno de Juan quedó en la mesa de proyectos sin que nunca trascendiera al público hasta que se ha revelado, en su contexto exacto, en este trabajo; todos querían ser cabeza de ratón. Ante el recién nacido Gobierno español en México, surgieron, inmediatamente, graves problemas.

El primero era la escasísima resonancia y la casi nula adhesión que ese Gobierno suscitó en el interior de España, donde muchas gentes se enteraron de su creación por la BBC y por Radio París. Giral era la Guerra Civil; y si no todos los españoles estaban en 1945 con Franco, el noventa por ciento de ellos prefería culaquier cosa, incluso a Franco, antes de enzarzarse en otra Guerra Civil; Franco lo sabía, Giral no.

El segundo es que el Gobierno de la República no logró más reconocimiento internacional que el de Guatemala y el de Panamá, respetables naciones sin peso alguno en la comunidad mundial, de la que ni un solo

Estado quiso prestar ese reconocimiento. Aunque Negrín y los comunistas estaban fuera del Gobierno exiliado, los dirigentes estratégicos de Inglaterra y Estados Unidos parecían seguros de que el retorno a España de un Gobierno republicano supondría la caída de España en la órbita soviética; así había sucedido en la zona republicana y así sería inevitable en 1945.

El tercer problema del Gobierno Giral era igualmente importante y tenía nombre propio: Indalecio Prieto.

Indalecio Prieto se opone al fantasma de la República

La personalidad auténtica de Indalecio Prieto ha sido sistemáticamente velada por los comunistas, a quienes se enfrentó duramente desde la Guerra Civil, y por la gran mayoría de sus compañeros socialistas, sobre todo los que son además masones porque Prieto se rio siempre abiertamente de la masonería y experimentó además, en el exilio, una intensa transformación de signo espiritual que le llevó al borde mismo de la conversión e incluso a una muerte cristiana, como creo haber demostrado documentalmente en mi libro ya citado sobre ese proceso íntimo. La gradual pérdida de visión física por parte de Prieto, que murió casi completamente ciego, contribuyó a esa transformación espiritual, de la que ya existen indicios claros en este momento crítico del exilio cuando, en 1945, se forma el primer Gobierno de la República en México.

Prieto, indiscutible líder del PSOE en el exilio, no creía en Martínez Barrio, ni en las Cortes fantasmales del Frente Popular, ni en el Gobierno surgido de ellas. Renunció a formar parte del mismo y sintió vivamente la desaparición de la Junta Española de Liberación de la que había sido el alma. A partir del 7 de noviembre de 1945 el doctor Giral sometió a debate de las Cortes su declaración ministerial a la que Prieto se opuso rotundamente. En ese debate algunos diputados comunistas y negrinistas se enfrentaron al Gobierno, pero Indalecio Prieto hizo algo más: puso en duda la propia existencia del Gobierno y las demás instituciones de la República en el exilio. La interpelación de Prieto fue tan contundente y peligrosa que el diputado Félix Gordón Ordás la zanjó con un estentóreo

¡Viva la República! con todas las resonancias del escénico ¡Viva Cartagena! Y lo digo con afecto, porque mantuve una larga correspondencia con mi viejo amigo Félix, figura clave del exilio, que me hizo el honor de incluir esa correspondencia conmigo en un largo capítulo de su obra fundamental sobre el problema: *Mi política fuera de España*.

El error supremo del doctor Giral

Don José Giral, en esa declaración, trató de presentar un proyecto moderado para evitar que la opinión española, si llegaba a enterarse, reaccionase con reflejo de terror ante el posible retorno de la República. Propuso crear en España un clima de convivencia y tolerancia, pero empezó a ponerlo difícil al prometer para el examen del pasado "justicia sin venganza" cuando aún seguían abiertas todas las heridas de la Guerra Civil. La presión de los católicos norteamericanos hizo que el Departamento de Estado llamase poco antes a Prieto para recomendarle una tolerancia absoluta con la Iglesia española en los programas de la República y Giral se mostró, con talento, sensible a esa advertencia en su discurso. Pero al proponer el comportamiento de la venidera República con las Fuerzas Armadas lo echó todo a perder. Sugirió la formación de un ejército moderno y reducido, cosa que podía resultar aceptable. Pero excluyó por completo del futuro al Ejército de Franco, olvidando que ese ejército había vencido seis años antes en una terrible Guerra Civil. Los generales, jefes y oficiales del Ejército español serían expulsados de la vida militar y ocuparían su puesto los militares vencidos del Ejército Popular de la República, incluidos los mandos de milicias, universalmente aborrecidos por los vencedores. El disparate de Giral consiguió que los escasos oponentes de Franco dentro de las filas militares españolas se le unieran más, fuera de un puñado de generales monárquicos completamente aislados; y que la República se quedase sin fuerza moral para condenar el mantenimiento del clima de Guerra Civil por Franco, porque la declaración de Giral era una nueva declaración sobre la continuidad de la Guerra Civil. En aquella declaración de México había vuelto a morir la espectral República española y Prieto fue el primero en comprenderlo.

La política plebiscitaria de Prieto

Desde aquel momento, Prieto quedó convencido de que la República, por empeñarse en imponer su régimen difunto a toda España, sin "Catorce de Abril" por medio, sólo podría volver sobre las bayonetas aliadas, que no estaban dispuestas a hacer el gasto. Y se desvinculó de la República y su Gobierno exiliado, que sin Prieto estaba condenado a marchar a la deriva.

Ya desde que llegó a América expulsado por Negrín en la Guerra Civil, Prieto concebía el régimen futuro de España a través de una decisión nacional en forma de plebiscito. A mediados de 1942, cuando se va a vislumbrar la victoria aliada, ya había propuesto Prieto su "política plebiscitaria" (Rubio) en un discurso pronunciado ese camino; el único inteligente que podía entonces formular un republicano.

Porque Prieto, además de socialista, era republicano. Había aborrecido al rey Alfonso XIII desde la adolescencia de los dos. Creía que la Monarquía era un sistema anacrónico y prefería totalmente la República para el futuro de España. Pero comprendía también que media España había luchado en favor de Franco y que ahora, en 1945, muchos españoles podrían preferir una solución monárquica antes que el retorno del Frente Popular. Esos españoles podrían, desde luego, preferir a Franco pero si los aliados echaban a Franco, lo cual parecía más que probable en 1945, convendría ponerse en contacto con los dirigentes monárquicos para articular juntos una alternativa democrática cuya primera medida sería convocar un plebiscito para definir el régimen, al fin y al cabo el PSOE, aunque acabó inclinándose por la República en 1931, había colaborado con la Monarquía durante los tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera (contra la opinión de Prieto, pero ésa fue la realidad) y se había mostrado posibilista en cuanto a formas de Gobierno durante la época fundacional de Pablo Iglesias. El Gobierno Giral, al tratar de imponer dogmáticamente la República después de la catástrofe republicana del Frente Popular, actuaba sin el menor respeto por la democracia en la que Prieto creía. El Gobierno Giral, con su declaración insensata, hacía claramente el juego a Franco, realidad en la que casi sólo creían en 1945 esos dos grandes enemigos que fueron Prieto y Franco.

Así que en 1946, cuando don Juan de Borbón tomaba tierra en Portugal, Indalecio Prieto pensaba que el Gobierno Giral estaba fuera de la realidad y pensó, por su parte, cómo entablar con los dirigentes monárquicos relaciones para construir el futuro. Era casi el único republicano con la cabeza sobre los hombros y el Gobierno británico lo advirtió claramente.

Capítulo XXIII
Las bases institucionales de la Monarquía

CON LA LLEGADA de don Juan de Borbón a Portugal empieza una nueva etapa de sus relaciones con el general Franco. Durante el año 1946 los consejeros antifranquistas del Conde de Barcelona creían necesario insistir en la confrontación con Franco dentro de la resaca política de la guerra mundial; pero ya en 1945, como hemos visto, el consejero de Franco, Luis Carrero Blanco, pronosticaba la inminente desunión de los aliados occidentales respecto de la URSS expansiva, y marcaba una dura línea de resistencia que acabaría dando la razón a España cuando cambiaran las circunstancias estratégicas en la posguerra mundial. Acertó el consejero de Franco y se equivocaron los consejeros de don Juan; quienes en su propósito de sustituir a Franco contarían ya pronto con un formidable aliado del campo republicano, el líder socialista Indalecio Prieto, una posibilidad que fue valorada inteligente y certeramente por el director político de la causa monárquica, José María Gil Robles. ¿Cómo afirmo entonces que los consejeros de Juan se equivocaron? Porque este innegable acierto de tácita política que fue el intento de conjunción con los republicanos moderados —a quienes inspiraba Salvador de Madariaga, los sindicalistas y los socialistas anticomunistas de Prieto —todo un gran

proyecto de ingeniería política— se ahogaría en aguas del Cantábrico, y en 1948 por una maniobra de Franco y el grupo de enlaces Franco-Juan que supieron captar y aprovechar en su favor las primeras ráfagas de la guerra fría que enturbiaron el horizonte europeo ya en el año 1946, sin que los coaligados antifranquistas, apoyados por Inglaterra, advirtieran el cambio estratégico que era doble: las primeras manifestaciones de esa guerra fría y los primeros efectos de la hegemonía de los Estados Unidos cuando el Reino Unido había pasado ya a situación de potencia secundaria. Éste será el contexto en el que van a moverse nuestros personajes durante los próximos capítulos.

Aviso a juanistas y franquistas

Pero hay algo más, si queremos seguir manteniendo este trabajo al nivel de análisis histórico riguroso y no como simple crónica del antagonismo entre Franco y don Juan. He rebasado ya la mitad de este estudio y se me agolpan sobre la mesa, entre rimeros de fichas y fajos de documentos, cartas innumerables de lectores casi siempre de aliento, a veces con aportaciones muy interesantes y también, por excepción, de discrepancia que, cuando es fundada, la agradezco igualmente como en la versión del accidente de Sanjurjo publicada por el escritor y piloto señor Silva; yo acepto la explicación del piloto Ansaldo porque él estaba allí y, cuando relató el episodio, vivían varios testigos inmediatos. Pero cuando la discrepancia es pataleta rabiosa e impotente, la tiro más hondo que a la papelera. Creo imprescindible insertar, aquí y ahora, un brevísimo discurso del método, porque penetramos en aguas peligrosas que deseo clarificar.

Para cuantos escribimos en libros y prensa corren hoy malos tiempos. Los famosos límites a la libertad de expresión están ahogando por todas partes a la libertad de expresión. El líder socialista y marxista francés Michel Rocard ha dicho hace poco que la lucha de clases se ha trasladado de los medios de producción a los de opinión pública, y la batalla por la opinión pública se ha convertido ya en la tercera guerra mundial larvada y enmascarada por las pequeñas guerras locales. Ahora voy a entrar

en la segunda parte de este trabajo, por donde van a desfilar personajes vivos o recientes, recuerdos de juventud política, mentiras históricas que a fuerza de repetirse por series de televisión, consignas de prensa, sobrentendidos de radio e insultos sistemáticos en el mundo del libro, parecen impedir cualquier discrepancia mientras la libertad de expresión se enrarece día tras día, denuncia tras denuncia, amenaza tras amenaza, veto tras veto.

Ésta es una historia libre porque es —quiere ser— una historia. Hace dos días una persona bien intencionada me advertía del peligro que hoy supone escribir "de lo que ya no se lleva". Explicó, ante mi estupor, qué es lo que se lleva. Lo que se lleva, decía, es afirmar que Franco es una reencarnación de Satán, un tirano peor que Stalin, un vencido de la guerra mundial en el mismo plano de Hitler y Mussolini, una figura de la que España debe avergonzarse y por supuesto "el peor enemigo de la Monarquía"; alguien ha escrito dos libros para "demostrar" esta tesis y la moda es que quienes más deben a la actuación histórica de Franco le nieguen tres veces, y que me perdonen el nieto de Manuel Aznar, el arzobispo Fernando Sebastián Aguilar y el prelado del Opus Dei Álvaro del Portillo, que en paz descanse.

Lo que se lleva, cada vez más, es que los defensores de la democracia durante la noche negra del franquismo fueron, en primer lugar, los comunistas; esa *Pasionaria* aclamada en su canonización callejera y funeraria como luchadora por la libertad y madre de la democracia; después de los comunistas los socialistas, para quienes hoy la corrupción no es un problema general, sino una aberración de la opinión pública; y dentro de la fementida derecha, que se avergüenza sistemáticamente de sus orígenes, y ya se ha olvidado de que Franco la salvó de la aniquilación, lo que se lleva es proclamar a Manuel Azaña como modelo de centrismo, para hoy dedicar las secciones culturales de sus periódicos al culto del comunista perenne Rafael Alberti, creer que la única llamita democrática que brilló en la derecha durante el franquismo es la de don Juan de Borbón y sus consejeros, defensores cabales de la democracia, enemigos mortales del totalitarismo, abiertos generosamente a la reconciliación y a la convivencia tras los horrores de la Guerra Civil desencadenados, no faltaba

más, por los golpistas del 18 de julio de 1936, asesinos de la impecable República Democrática del 14 de abril y el 16 de febrero. Todo esto es lo que se lleva.

De lo que son capaces los monárquicos

Pues bien, todo esto, que por lo visto se lleva, es el mayor amasijo de mentiras y de idioteces antihistóricas que coleccionarse puede; una torre de falsedad cuyos fundamentos estoy desmontando uno por uno, libro tras libro y semana tras semana en mi trabajo, donde no adelanto una sola afirmación sin el respaldo de un documento, sin la confirmación de un testimonio. Naturalmente que me puedo equivocar; y que no espero convencer a quienes viven enquistados en el error, a quienes han hecho, en la política y en la vida intelectual, profesión del odio irracional y de la mentira. Durante el desarrollo del trabajo voy desnudando sus falsedades; en el capítulo final analizaré uno por uno sus libros, entre ellos el aluvión de libros oportunistas (con alguna excepción positiva) que han invadido los escaparates, e incluso algunas listas falsas de libros más vendidos, a propósito del centenario de Franco, recién desaparecida la marea negra del Quinto Centenario "de la Nada y el Perdón".

Al entrar en aguas peligrosas, quiero ratificar mi respeto a todos los personajes de mi estudio y de manera especial a don Juan de Borbón; alguien ha dicho que mis trabajos escribe en contra don Juan de Borbón y el tal, que dice ser monárquico, me parece un mal nacido y una nueva prueba de que monárquicos así, entreverados con las monicacas a quienes llamaría hoy otra vez Shakespeare *merry viwes of Windsor* son perfectamente capaces de terminar a la vez con las dos monarquías más gloriosas de Occidente. Trato a don Juan y a Franco como lo que son, personajes históricos, con sus luces y sus sombras pero con el máximo respeto y apoyándome preferentemente en los testimonios personales de los dos. Uno de mis últimos capítulos sobre don Juan se va a titular *El último servicio*, para reconocer desde la Historia esas angustiadas y clarividentes declaraciones que son su última manifestación pública y que han ocultado hipócritamente quienes se afanan en cubrir su memoria de oropeles cortesa-

nos que no necesita el más sencillo y sacrificado de todos los Borbones que conozco desde el siglo X hasta hoy, sobre los que preparo un libro lleno de sorpresas.

Divisones en las dos plataformas

Van a desfilar en los capítulos siguientes algunas instituciones muy respetables como la Iglesia católica, a la que pertenezco; el Opus Dei y los Propagandistas, a los que no pertenezco. La Iglesia es santa por su conexión divina, pero su dimensión humana la hace criticable, con todo respeto, en cuanto sus intervenciones políticas y sociales o los comportamientos de algunos de sus miembros que se revuelven contra ella. Los Propagandistas y el Opus Dei, además de sus fines espirituales y apostólicos que reconozco, han montado también las dos plataformas políticas, informativas y culturales más importantes para la vida pública de los católicos españoles en el siglo XX, y ya hemos visto en los últimos capítulos cómo miembros de esas plataformas intervienen de muy diversas formas en el antagonismo de Franco y don Juan.

Las dos plataformas han mantenido dura competencia, no siempre limpia, y en la época que ahora estamos estudiando el Opus Dei, o su plataforma política, dentro de esa competencia, planteó y ejecutó (como los Propagandistas la suya) una maniobra de penetración política en el campo juanista y en el campo franquista; un episodio sin el cual no se puede comprender la historia reciente de España y que trataré con toda claridad, aunque seguramente algunas personas mostrarán su desacuerdo. En una y otra plataforma católica se produjo una intensa y a veces despiadada división entre franquistas y juanistas, que también debo estudiar con criterios históricos para no truncar la realidad. Otras personas, en cambio, mantuvieron contra viento y marea el enlace entre Franco y don Juan, convencidas de que la Monarquía sólo podría venir con Franco; al final estas personas fueron las que ganaron la partida en servicio de España, y me alegro infinito por ello.

Me ocuparé, también, de los grupos políticos del franquismo y de la oposición y de la transición, a alguno de los cuales pertenecí efímeramen-

te hasta convencerme, hace ya doce años, de que la militancia política es absolutamente incompatible con la libertad histórica y la libertad de expresión y por lo tanto, no sin algún desgarro, escogí la libertad. No soy, por supuesto, republicano, pero tampoco monárquico visceral; porque en la España de la Constitución, un texto donde seis artículos llevan mi firma (aunque algún cretino me ha situado fuera del sistema), se puede estar con la Constitución o contra ella, pero quienes estamos con ella acatamos *ipso facto* la monarquía que ella reconoce y no necesitamos declaraciones reduplicativas que me parecen simples redundancias.

Ahora me dedico activamente a la historia dinástica, que es un enfoque esencial de la Historia abandonado durante demasiados años a tratamientos más o menos frívolos; he estudiado seriamente el reinado de Isabel II y la vida de doña Victoria Eugenia con tanta claridad como respeto, desde luego con mucho mayor respeto que el demostrado por Ramón del Valle Inclán ante la Reina Castiza y su Corte de los Milagros; Ramón insultó copiosamente a doña Isabel, cosa que yo jamás he hecho, y, sin embargo, ha recibido un marquesado del tataranieto de doña Isabel, que con ello ha hecho gala de una envidiable comprensión histórica y un sorprendente sentido del humor, con el que espero juzgue ciertas conclusiones mías, por cierto mucho más fundadas que las del marqués de Bradomín, que atribuyó erróneamente la tuberculosis de Alfonso XII a la herencia del sanísimo capitán Enrique Puig Moltó, y encima marqués. Mi premio ha sido, por el momento, el veto del diario que dice ser encarnación de la monarquía, espero que sea una redomada exageració, o será que escriben mejor Gregorio Peces Barba, Marcelino Camacho y Enrique Múgica Herzog, tan identificados con las esencias del periódico.

Manual del juanista coñazo

La misma persona que me reprochaba no escribir "lo que se lleva", como si la Historia pudiera "llevarse", atribuía cierta marginación con motivo del centenario de Franco a mi absoluta independencia respecto de los grupos, clanes, mafias y tertulias culturales de hoy. La realidad es que, cuando la Fundación Francisco Franco me cerró a cal y canto con

lamentables efugios sus archivos de Franco, decidí no atender más que a dos o tres invitaciones de medios (entre ellas la irresistible de la COPE) del centenar largo que recibí amablemente con motivo de ese centenario; porque necesitaba todo mi tiempo para la preparación de mis trabajos históricos que me exigen prolongadas búsquedas de documentos inverosímiles, pero ciertos. Lo de la independencia total es verdad. ¿Qué podría esperar yo ahora, en medio del camino de la vida, de Franco o de don Juan? Agradeceré cualquier manifestación de asentimiento o discrepancia pero no de sectarismo, y por eso pienso incluir en ese capítulo final, junto al análisis de fuentes, dos breves manuales paralelos para los que emprestaré el título a un admirado amigo, envidiable satírico y colaborador ilustre de este medio, Alfonso Ussía: los manuales del juanista coñazo y del franquista coñazo, dos especies raras pero persistentes. Que nada tienen que ver con quienes guardan respeto y fidelidad, como es mi caso, por la figura histórica de Franco y por la figura histórica de don Juan.

Si con estas consideraciones consigo mantener mi equilibrio histórico y realizar éste y los demás proyectos que tengo en línea, este breve discurso del método habrá cumplido su objetivo. Si se sigue cerrando en España el horizonte de la libertad de expresión, extenderé al inglés escrito mi relativo dominio del inglés leído y hablado, e imitaré a Salvador de Madariaga que publicó en el mundo cultural anglosajón, mucho más vasto y agradecido. Alguien pensará que exagero. Quiera Dios que no tenga que hacerlo realidad.

Y ahora, después de pedir perdón al lector, ya me encuentro en condiciones interiores para plantear ante la Historia el antagonismo de Franco y don Juan en el complicado año internacional de 1946.

Don Juan rechaza el coche de Franco

A las ocho y cuarto de la tarde del 2 de febrero de 1946 el Conde de Barcelona, a quien acompañaban Eugenio Vegas Latapié y (creo) el conde de Fontanar, desembarcaba, como dije, en el aeropuerto de Portela de Sacavem. El Gobierno español había negado el pasaporte al general Kindelán y otros fie-

les monárquicos, había exigido al Gobierno portugués que prohibiese la presencia de Gil Robles y Sáinz Rodríguez y en cambio había enviado a un jefe del servicio secreto, el coronel Planas de Tovar, con un coche ostentoso para uso del recién llegado. Muchos años después, hablando con Pedro Sáinz, don Juan lo recuerda vivamente:

Pero a mí no se me presentó él (Planas); fue el propio Nicolás Franco (embajador de España) quien me enseñó el coche que mandaba el Gobierno y me esperaba en el aeropuerto. Yo le miré y dije: Ése no es mi coche. Yo he enviado el mío por delante.

—Que era un cochecito pequeño.

—*Un Mercury pequeño.*

—Es decir, que en la mente de Franco el viaje de V.M. a Lisboa era para llegar a una entente, poner a V.M. a sus órdenes, establecer Casa Civil y todo eso...

—*Sí, entonces intervino Vigón otra vez, con eso de la Casa Civil y Militar con toda esplendidez. ¿No te acuerdas que anduvimos como locos, porque los Pelayo me ofrecían la casa y Nicolás se metía por medio proponiendo otra distinta?*

—Sí. ¿Y V.M. aceptó el hospedaje?

—*Desde el principio. Estuve allí hasta que preparé la casa de Bellver.*

—Una casa con una torrecita que está a la entrada de Estoril.

—*No, ésa fue la tercera. La Casa de Rocha, de los Ansaldo, donde estuve hasta venir a Villa Giralda.*

—Esta casa que era el chalé del Golf.

—*Eso es. Y tardé en instalarme en ella porque había que hacer obra.*

—Hicieron una obra para...

—*Claro, pero una obra que pagué yo, naturalmente.*

—Yo creía que la habían hecho para V.M.

—*Sí, y un jamón. Tres milloncejos de pesetas* [211].

---

211 Cfr. p. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 293s.

El destierro del general Kindelán

José María Gil Robles estaba preocupadísimo por las declaraciones que el círculo juanista de Lausana acababa de publicar con duras críticas a Franco; debe de referirse a las que hemos reproducido de *La Gazette* que, como dijimos, no tuvieron resonancia. Apenas instalados don Juan y doña María en Villa Papoila, llegaron de Sevilla los padres de la condesa de Barcelona, infantes Carlos y Luisa, con la emoción que puede suponerse. Don Juan habló a los dos días con Gil Robles por vez primera; el consejero quedó sinceramente encantado con la seriedad, la simpatía, la excelente información de que hizo gala el heredero de Alfonso XIII y empezó a concebir esperanzas de poner un poco de orden en el guirigay y la frivolidad del conjunto monárquico, al que fustiga sin piedad en sus Memorias. Ese mismo día había recibido una gran noticia: el jefe de los servicios secretos británicos en Portugal, MacLaurin, con quien el ex ministro monárquico de la República mantenía relación constante, vino a revelarle que una vez confirmada la entrada del Partido Comunista en la coalición de fuerzas republicanas que se organizaba en el interior de España, la ANFD o Agrupación Nacional de Fuerzas Democráticas, el Gobierno británico (pese a su condición de laborista) no veía otra solución para España que la monarquía, pero no dejaba de recomendar el contacto con la ANFD, que Gil Robles veía con sumo recelo [212]. Sin embargo, sería la propia ANFD quien rompería inmediatamente toda aproximación a los monárquicos, por no considerarles demócratas. El Gobierno británico insistió, y pese a las reticencias de Gil Robles se mantuvo un cierto puente entre la ANFD y la que Gil Robles llamaba (sobre el papel) Confederación Monárquica Nacional hasta que en 1947 se entablaran negociaciones serias entre las derechas y las izquierdas del exilio, al margen del Gobierno republicano y de la ANFD, que actuaba (poco) en el interior de España. El general Kindelán, por encargo de Alfonso, intervino también en esos contactos, pero las diferencias del defensor de Oviedo con Gil Robles se acentuaban cada día más; uno y otro querían ser el Cánovas de la Restauración. Gil Robles atribuye mucha importancia a la aproximación del ex ministro de la monarquía Julio Wais, que entró en su

212 GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 157s.

Confederación con cincuenta senadores y diputados anteriores a 1923, muy respetables como símbolo pero no muy eficaces en la época presente. Por su parte, el embajador Nicolás Franco insistía con tenacidad en "llevarse a don Juan en su coche" si era preciso para forzar una entrevista del Conde de Barcelona con el general Franco hasta que, tras consultar con su hermano, comunicó a don Juan la cancelación de la entrevista una vez comprobado que don Juan mantenía sus posiciones del Manifiesto de Lausana. La efervescencia que produjo en el campo monárquico la llegada de don Juan a Lisboa llegó a preocupar seriamente a Franco. La actividad del general Kindelán era desbordante, ayudado por los grupos juveniles que obedecían a la combativa duquesa de Valencia. A poco de llegar a Estoril, don Juan recibió un importante documento, el llamado "Saluda", con casi quinientas firmas de catedráticos, profesionales y otras personalidades de la banca, los negocios y la nobleza que le manifestaban su adhesión; pero la organización de Kindelán no pudo lograr firmas para otro documento de militares. En vista de ello, el ministro del Ejército, general Dávila, antiguo firmante con Kindelán del requerimiento monárquico de los tenientes generales en 1943, ahora le transmitió, con fecha 25 de febrero y a través de la Subsecretaría, una seca orden de confinamiento en la isla de Tenerife después de unas declaraciones del antiguo jefe del Aire a la agencia Reuter en las que pronosticaba la venida de la monarquía en seis meses. El destierro (si vivir en esa maravilla de Garachico puede llamarse destierro) se prolongaría hasta octubre y dejaría sin coordinación a la causa monárquica en el interior, ya que Alfonso de Orleans seguía confinado en Sanlúcar. La conspiración interior y las relaciones con las izquierdas interiores quedaban en manos de los generales Aranda y Beigbeder, que carecían de sentido político y aun de sentido de la realidad [213].

"La Monarquía no despierta entusiasmo alguno" (Gil Robles)

La iniciativa política del campo monárquico pasó, pues, a los consejeros de Estoril entre los que destacaba Gil Robles, el cual no era sin embargo el delegado político único de don Juan (ese cargo lo ostentaba, aunque

---

213 Cfr. KINDELÁN, op. cit., p. 130s; y GIL ROBLES, op. cit., p. 158s.

sólo teóricamente, el aislado infante Alfonso), sino un consejero respetado sin mando ejecutivo, que don Juan se reservaba personalmente. Ésta fue la razón organizativa del fracaso final de la causa; porque don Juan, lleno de buena voluntad y deseos de acierto, trataba de contentar a todos y no imponía una estrategia política clara, con lo que nunca se fundieron la línea dura de Estoril y la línea blanda de los enlaces que procuraban el acercamiento a Franco. Sin embargo, durante las primeras semanas de la estancia de don Juan en Estoril, Gil Robles trató de asumir la dirección ejecutiva de la causa gracias a su intervención en dos acontecimientos que juzgaba decisivos: las negociaciones con los tradicionalistas para elaborar un documento programático —las Bases Institucionales— y la reacción monárquica ante la nueva condena internacional contra España, la Nota Tripartita.

Entre las reacciones suscitadas por la llegada de don Juan a Estoril fue muy importante la aproximación de los carlistas navarros, dirigidos por el conde de Rodezno al Conde de Barcelona. Mientras Manuel Fal Conde con su reducido grupo integrista se mantenía al margen, Rodezno se presentó en Estoril el 24 de febrero de 1946 acompañado por sus correligionarios José María Oriol, Antonio Iturmendi y Oritosa que negociaron un proyecto constitucional de la monarquía, denominado Bases Institucionales, cuyo borrador era de Gil Robles. Ilusionado con ampliar la base de su Confederación Monárquica Nacional (que las izquierdas solían llamar Confederación de Fuerzas Monárquicas), Gil Robles, cuya formación paterna había sido tradicionalista, no deseaba, sin embargo (y menos Sáinz Rodríguez), extremar las concesiones a la monarquía tradicional y anacrónica que exigían los carlistas para pactar la unión dinástica; exigían, además, un reconocimiento expreso de la victoria y los principios de la Cruzada que los consejeros juanistas consideraban inviable. Los negociadores de don Juan eran, además de Gil Robles, Sáinz Rodríguez, Vegas y Fontanar. El día 27, cuando los tradicionalistas aceptaban ya el proyecto de Bases, Gil Robles, ante las nuevas informaciones de España, se abandona a un rapto de pesimismo:

Franco —escribe en su diario— *cuenta hoy con más asistencias que nunca. El terror a lo desconocido, la posibilidad de que cualquier cambio afloje los resor-*

tes de la autoridad, la campaña insidiosa a propósito de una supuesta mala conducta del Rey han originado un deseo general de no hacer nada, de esperar, de aguardar los acontecimientos. La monarquía no despierta entusiasmo alguno. Ésta es la realidad y ante ella no vale cerrar los ojos. El mismo don Juan Jesús (González, informador de Gil Robles desde el interior de España) me confirma ese estado de ánimo, incluso en nuestros mejores amigos. Como si todo esto no creara dificultades enormes al problema español e hiciera casi imposible en el momento actual cualquier intento de restauración de la monarquía, los que se llaman monárquicos puros, es decir, los antiguos elementos de Renovación Española, no cejan en sus maniobras, unas veces contra mí, otras contra sus propios y menguados elementos [214]. ¿Por qué los neojuanistas no repasan esta confesión del director de la causa monárquica en 1946 en vez de soñar situaciones utópicas? En 1946 la realidad, guste o no guste, es que con Franco estaban la Iglesia, el Ejército, la banca y la industria; sin que apareciera dentro ni fuera de España una oposición importante. Gil Robles lo captaba perfectamente.

Las bases no eran democráticas

Al día siguiente, quinto aniversario de Alfonso XIII, los negociadores juanistas y carlistas ofrecieron a la firma de don Juan las Bases Institucionales de la monarquía Española. Los carlistas se empeñaron en que firmase el Rey; para ellos el Rey debería marcar personalmente la orientación. Y don Juan firmó una breve Constitución —eso son las Bases— de corte tradicional pero no democrático, un documento decididamente orgánico y antiliberal sin partidos políticos, que cancelaba por su solemnidad las presuntas declaraciones finales de Lausana y que nunca fue cancelado ni desmentido por don Juan. Se envió a Franco por partida doble, la Embajada en Lisboa y el conde de Rodezno, copia del documento, para que comprobase que en lo esencial de las ideas sobre España don Juan estaba de acuerdo con él. Y en efecto, como anotan López Rodó y Sáinz Rodríguez, varios puntos esenciales de las Bases fueron recogidos luego en las Leyes Fundamentales de Franco. Por ello es importante reproducir el documento de las Bases según la transcripción del propio Gil Robles.

---

214 GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 168.

Bases institucionales de la Monarquía española

Base primera

Por exigencias de la Historia, la pervivencia de la paz, de la Patria, la vida política española descansará en los siguientes postulados esenciales que no podrán ser objeto de discusión ni revisión:

1. La Religión católica.

2. La unión sagrada de la patria.

3. La monarquía representativa.

Base segunda

La Religión Católica, Apostólica y Romana profesada por la mayoría de los españoles será también la Religión del Estado.

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado en materia mixta se regularán por medio de un Concordato.

Nadie será molestado por sus creencias ni constituirán éstas disminución en las prerrogativas de la ciudadanía.

Base tercera

Se reconocerá la personalidad propia de las entidades infrasoberanas que integran el organismo nacional, así como la esfera de la legítima autarquía que de esa personalidad se deduce, pero sin que en caso alguno tal reconocimiento pueda suponer directa o indirectamente mengua de la unidad intangible de la patria o de la soberanía irrenunciable del Estado.

Base cuarta

Los derechos y libertades de la persona humana serán objeto de reconocimiento y garantía eficaz.

Leyes especiales regularán el ejercicio de tales derechos que deberán siempre armonizarse con los supremos principios que rigen la existencia e impulsan el perfeccionamiento de la colectividad nacional.

Base quinta

Se considera función primordial del Estado proteger y estimular el trabajo en todas sus manifestaciones, impulsar una más justa distribución

de los bienes, elevar el nivel de las clases más necesitadas, suplir las deficiencias de la acción privada en orden a asistencia y previsión, conseguir que el ejercicio de los derechos y deberes inherentes a la personalidad humana no se vea mermado por falta de capacidad o independencia económica y crear o favorecer la creación de las instituciones que organicen las distintas profesiones sobre la base de la cooperación de los varios elementos que las forman.

Base sexta

La monarquía española será representativa, moderada por limitaciones éticas y legales, y hereditaria.

Los deberes y derechos de la monarquía española están vinculados en la persona de don Juan de Borbón y Battenberg.

Base séptima

El Rey ejerce sus prerrogativas asistido por un Consejo del Reino, cuyo parecer podrá solicitar siempre que quiera y cuyo dictamen deberá necesariamente pedir cuando se trate de la disolución extraordinaria de las Cortes; del nombramiento y separación del Jefe del Gobierno; de la declaración de guerra y conclusión de la paz; de la negativa de sanción en las leyes votadas por las Cortes; de la promulgación de Decretos con fuerza de ley exigidos por circunstancias excepcionales y en general de cuantos asuntos graves afecten a la interpretación de las leyes fundamentales de la monarquía, las directrices de la política exterior, las normas básicas de la economía nacional, el mantenimiento del orden público y la defensa de la nación.

El Consejo del Reino, cuyo funcionamiento será regulado por la Ley Orgánica correspondiente, estará integrado, por terceras partes, por miembros por derecho propio, de nombramiento de la Corona y electivos.

Base octava

La función de hacer las leyes corresponde al Rey, con la necesaria colaboración de las Cortes.

Las Cortes estarán constituidas por un solo Cuerpo legislativo. Un tercio de sus miembros será elegido por sufragio popular directo; otro

tercio por los municipios o provincias integrantes de la nación y el tercero, por las entidades culturales y profesionales.

Una ley especial regulará el procedimiento electoral.

Las Cortes serán renovadas parcialmente cesando en cada renovación la tercera parte de cada una de las tres categorías de diputados.

En circunstancias excepcionales el Rey podrá proceder a una renovación total de cuerpo legislativo.

En casos de indudable urgencia y necesidad, el Rey podrá promulgar Decretos con fuerza de ley, con la obligación estricta de someterlos a la ratificación de las Cortes en la primera reunión de éstas; corresponderá en todo caso a las Cortes la votación de los presupuestos y leyes tributarias.

Base novena

El Rey ejerce la función ejecutiva con la obligación de asistencia de los ministros responsables, que refrendarán todos los actos del monarca.

Sin perjuicio de la responsabilidad del Estado, los ministros serán individualmente responsables por sus actos propios, y colectivamente mientras ejerzan el cargo, por las resoluciones del Consejo de Ministros.

Base décima

La función judicial se ejercerá en nombre del Rey por los jueces y magistrados. La Ley garantiza la efectiva inamovilidad e independencia de los encargados de administrar la Justicia.

Base undécima

Para amparo de los intereses de la persona y garantía de los intereses de la nación, se instituirá un amplísimo sistema de recursos judiciales contra las posibles extralimitaciones del poder público y en especial los recursos de inconstitucionalidad, contencioso-administrativo, por abuso y desviación de poder, y de responsabilidad civil de funcionarios.

Base duodécima

Las presentes bases serán sometidas a la voluntad de la nación libremente expresada, sin perjuicio de que entren desde el primer momento

en vigor aquellas prerrogativas que son inherentes al principio de legitimidad que encarna la persona del Rey.

Estoril, 28 de febrero de 1946[215].

Se prepara una nueva ofensiva exterior

El lector puede comprobar que las Bases no son la democracia liberal, sino la democracia orgánica y corporativa, algo semejante al ideal del propio Franco. Ideas previas de Franco eran el Consejo del Reino (un proyecto que esbozó pero no realizó Primo de Rivera), la representación orgánica por tercios y el sindicalismo vertical que está en la base quinta. Muchos años después don Juan reconoce que las Bases fueron en parte integradas en las Leyes Fundamentales de Franco y que en 1946 tuvieron poca efectividad y poca publicidad. Tal vez porque su recepción en el campo monárquico resultó fría. El general Kindelán, desde su destierro, creía que "debería agregarse alguna expresión de matiz democrático" y el general Aranda informa a Kindelán de que las Bases han caído mal a los monárquicos liberales, a los observadores del exterior y fatal a las izquierdas; por eso en Estoril han recogido velas y no se han esforzado en su difusión. [216] Incidentalmente Aranda informa en la misma carta: "El Ejército es más franquista que nunca". Cuando recibió las Bases, Franco reaccionó con total indiferencia.

Pero es que además estalló a los pocos días una nueva y terrible ofensiva internacional contra España, articulada por los comunistas de Europa. Iba a ser la última ofensiva, pero entonces nadie podía suponerlo. En el mes de enero anterior la policía española había capturado a un comando de dirigentes comunistas, entre ellos un conocido luchador de la Resistencia en París, Cristino García, enviados, según creen fuentes bien informadas, para un ajuste de cuentas dentro de la dirección clandestina del PCE en el interior. Para evitar (inútilmente) la ejecución de Cristino, el diputado comunista francés y antiguo "Carnicero de Albacete" en las bri-

---

215 J.M. GIL ROBLES, op. cit., p. 383.

216 Cfr. KINDELÁN, op. cit,. p. 304 y 135.

gadas internacionales de la Guerra Civil española. André Marty organizó un mitin en París con *la Pasionaria* y otros comunistas históricos. La Asamblea Nacional Francesa, sugestionada por los comunistas, pide el cierre de la frontera española y el día 23 echa al presidente De Gaulle por una votación abrumadora. Le sucede un instrumento de los comunistas, Félix Gouin, con el comunista Thorez de vicepresidente y mayoría comunista en el Gobierno. Cuando don Juan se instalaba en Portugal el ministro laborista británico Ernest Bevin declaraba en Londres que "la propaganda de Moscú y el Partido Comunista constituyen el mayor peligro para el mundo y para la paz". Pero ¿no habíamos quedado en que ese peligro era la España de Franco? La guerra fría estaba ya en puertas; y Franco se prepara para la resistencia [217]. Pío XII, en un evidente gesto de amparo a España, nombra tres nuevos cardenales españoles que expresan en España y en Roma su adhesión a Franco, a quien se dirigen en el mismo sentido las universidades y otras muchas instituciones de España; y no toda la adhesión, como sugiere Gil Robles, era orquestada como él mismo confiesa noblemente, sobre muchos telegramas enviados a don Juan por sugerencia de su consejero.

Churchill declara en Fulton la Guerra Fría

La ofensiva exterior contra España se concreta el 4 de marzo de 1946 con una impertinente Nota Tripartita de Estados Unidos, Inglaterra y Francia en la que se afirma que las tres potencias no quieren intervenir en los asuntos internos de España, pero intervienen con descaro, al expresar su esperanza de que los españoles se libren de Franco cuanto antes e implanten la democracia liberal. Gil Robles aconseja patriótica y certeramente a don Juan que proteste contra la intromisión extranjera y así lo hace con energía mediante una nota de su Secretariado, confirmada por Gil Robles en advertencia dura y personal al Gobierno británico; con autoridad moral para ello porque, por sugerencia británica, entra precisamente

---

217 Todo este contexto se explica en mi biografía de Franco (Planeta 1992). El profesor Luis Suárez, en la suya, cita excepcionalmente un dato mío para su capítulo, pero toma muchas otras informaciones mías olvidándose de citarme.

entonces en relaciones con el capitán Amado Granell, ese formidable aventurero republicano que condujo con otros españoles a la vanguardia del general Leclerc hasta el centro de Parçs ocupada aún por los alemanes; que ahora, declarado socialista, deseaba negociar en nombre de las izquierdas y sin mandato muy definido con la Confederación Monárquica Nacional. Se llegó a un acuerdo y don Juan le recibió; pero los dirigentes republicanos y socialistas de la ANFD no ratificaron el convenio y la negociación se deshizo. La Nota Tripartita unió al Ejército más con Franco, que sustituyó al recientemente fallecido conspirador monárquico general Orgaz por el general Vigón en el Alto Estado Mayor, y aprobó una nueva declaración monárquica que sugería el general Ponte.

El 5 de marzo, cuando Franco cenaba en El Pardo con los nuevos cardenales españoles, Winston Spencer Churchill declaraba la guerra fría a la Unión Soviética en un remoto escenario que saltó desde entonces a la fama: en presencia del presidente Truman y durante una conferencia en el Westminster College de Fulton, Missouri, con esta sencilla frase: "Desde Stettin en el Báltico a Trieste en el Adriático, un telón de acero *(iron curtain)* se ha abatido sobre Europa". No era sólo una frase, porque se completó así: "Los partidos comunistas constituyen una amenaza y un peligro para la civilización cristiana". Con semejante exordio, Franco responde tranquilamente a la Nota Tripartita el 7 de marzo; Indalecio Prieto expulsa del PSOE a los socialistas procomunistas de Negrín, que hace lo mismo con Prieto; muere mientras los suyos se despedazan el veterano Francisco Largo Caballero, después de salvarse del campo alemán de Oranienburg. El 1 de abril, al final del desfile de la Victoria, decenas de miles de españoles llenan a rebosar la Plaza de Oriente para aclamar a Franco. Tanto los consejeros de Estoril como los observadores extranjeros reconocen, aunque no lo proclaman, que Franco tiene a España en la mano.

Un Consejo, una dimisión, una duquesa

Se sabrá después que la hostilidad contra España en el Departamento de Estado se atizaba por un equívoco comunista español que mandó la brigada en la Guerra Civil, Gustavo Durán (a) *El Procelana;* casi a la vez que el dele-

gado de la Polonia sovietizada en la ONU, Oskar Lange, denunciaba que mil doscientos sabios alemanes preparaban en Ocaña (precisamente en Ocaña), que él creía "al sur de Toledo", la bomba atómica, y lo más curioso es que en medios del Gobierno Giral asumieron la acusación y además denunciaron que España tenía ya en servicio dos imponentes acorazados de nueva planta. Giral introduce en su Gobierno del exilio a otros dos acorazados: el comunista Santiago Carrillo, fresca todavía la tinta de aquella carta famosa con la que renegó de su padre para adoptar como tal a Stalin; y el escritor autonomista gallego Alfonso Rodríguez Castelao, mimado por los comunistas. Mientras tanto, en Estoril, don Juan decide reorganizar su esquema de acción. Mantiene como representante simbólico, privado de funciones, a su tío el infante Alfonso de Orleans; designa un Consejo Privado como principal órgano consultivo, en el que irán figurando personalidades relevantes, pero muy poco operantes, hasta su airada disolución en 1969; y para contentar a los monárquicos del interior refuerza, el Consejo de Acción Monárquica del que hará presidente al general Kindelán cuando en octubre regrese del confinamiento en Canarias. El Consejo Privado se conoce también con el nombre de Directorio, como si tuviera funciones ejecutivas, pero no es así; como enlace y coordinador general, más itinerante que ejecutivo, se nombra al conde de Fontanar.

Esta reorganización sienta como un tiro al abnegado infante de Orleans, que en septiembre presenta la dimisión a su sobrino el Conde de Barcelona: don Juan se la acepta de manera fulminante. No es esto lo peor. En sus conversaciones con Sáinz Rodríguez, don Juan se refiere casi despectivamente a este triste episodio:

Y tarifamos con el infante. Fue una de esas cosas que pasan. Siendo él mi representante, quiso una determinada cosa; a mí me parecía que no convenía hacerse y le dije: 'Esto no se hace'. Él saltó: 'Pues dimito'. 'Pues dimite, ¿qué le voy a hacer?'

—¿Y qué era lo que él quería?

—De esto es de lo que no me acuerdo, pero lo que me propuso yo creía que no se podía hacer. Ahora bien, nunca falló en su lealtad. Yo fui a verle hasta el final.

En la carta que don Juan escribió a su tío el 11 de diciembre de 1946, y que se ha conservado muchísimos años, cerrada y lacrada, en el archivo Kindelán, sí se acordaba de los detalles del incidente. Es una carta tremenda, llena de reproches y recriminaciones, que subraya de forma implacable el fracaso de Alfonso como representante, cuando en realidad se lo había jugado todo por su Rey. Una carta sobrecogedora, que demuestra junto con otros muchos casos una de mis conclusiones sobre la historia de los Borbones desde el siglo X: con frecuencia los Borbones suelen pensar que se les debe todo, y pocas veces agradecen algo [218].

La duquesa de Valencia se va

Luisa, duquesa de Valencia, amazona del juanismo, es una de las dos duquesas terribles contra el Régimen de Franco; la segunda es la de Medina-Sidonia, que según creo acabó en la órbita de la UCD después de escribir sus libros inflamados. La de Valencia era realmente la única fuerza de choque del juanismo en los años 40 y cuando vio la actuación del Consejo Privado o Directorio montó en cólera y escribió a su amigo y jefe, el general Kindelán, esta carta inimitable el 16 de julio de 1946:

Mi queridísimo jefe: He recibido su carta y los versos; no sabe cuánta alegría me han dado. Estoy deseando que esté usted al lado del Rey. De nadie recibirá tan desinteresados y leales consejos como de usted. Poco puedo contarle, aunque en la próxima espero darle más detalles. El 'Directorio' o Consejo o Junta de Acción Monárquica es una birria, no hace más que poner pegas. Fontanar no está nunca en Madrid y delega en su 'representante' Dodero. Después de mucho discutir y sin que nadie sepa que los muchachos son míos, hemos tirado unas octavillas hechas en imprenta, a pesar de que decían que no se podía hacer. Mi gente es estupenda. Es necesario que usted diga a Aranda que se ocupe de los Tercios y que debemos marchar todos de acuerdo. Yo no obedezco más que al Rey y al Infante y a usted. Y como Fontanar no ha querido decirme nada, pues soy Andorra y trabajaré sola con mi gente. Ni

218 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 291; A. Kindelán, op. cit., p. 311.

siquiera me importa que el Rey sepa o no lo que hago; yo creo que el Rey es necesario para España y esto basta. Por el momento soy la única que tiene el honor de ser compañera de N. con más de cincuenta mil pesetas. Todos los demás unas emes. Para decirle de la ineptitud del Directorio: la Hoja Informativa 9 que debía haber salido para el Santo del Rey salió quince días después, y pocas. Yo en una sola noche he tirado cuarenta mil octavillas. ¿No les dará vergüenza? Un abrazo a todos. No le olvida, Luisa [219].

Franco no tomaba a broma a la duquesa y cometió la imperdonable grosería de tenerla algunas temporadas en la cárcel, donde conseguía sorprendentes resultados de propaganda monárquica entre las reclusas.

Entre la ONU y la plaza de Oriente

El Gobierno de Madrid seleccionaba los viajes de monárquicos a Estoril por turno y con mucho rigor, un juanista por cada mil "colaboracionistas" según el infante Alfonso. Allí llegó el 29 de abril el príncipe don Juan Carlos, a quien los juanistas llamaban de Asturias, con una carta de su abuela Victoria Eugenia que vino poco después para visitar a su familia y pidió a Gil Robles que ayudase a don Juan, quien en sus explicables desánimos hablaba de establecerse en Hispanoamérica. Recibió don Juan otras dos importantes visitas políticas en aquella primavera. Una, la de José María de Areilza, a mediados de mayo, quien aseguró a Sáinz Rodríguez "que estaba dentro del Régimen como caballo de Troya, pues se hallaba convencido de que Franco no tenía más remedio que dar paso al Rey". El otro era el catedrático de Derecho Administrativo en Santiago, Laureano López Rodó, que según nos confiesa se limitó a tratar con don Juan aspectos técnico-jurídicos [220].

Es un triste verano para la causa monárquica. Gil Robles anota en su diario del 26 de junio: "No hay que engañarse. Franco ofrece hoy, en el interior de España, una situación más sólida que nunca". Poco después (4 de

---

219 A. KINDELÁN, op. cit., p. 306

220 Areilza en GIL ROBLES, op. cit., p. 182; L. RODÓ en *La larga marcha...*, p. 72.

agosto), Vegas se desahoga con él, "contándome las amarguras y desengaños en su relación con el Rey, por culpa no tanto de éste, sino de esa camarilla frívola y egoísta que le rodea". Vino de Londres en agosto Julio López Oliván, que descarta la intervención británica. De momento la ofensiva contra España remite en las Naciones Unidas y Francia tiene que reabrir la frontera vergonzantemente. La presión soviética en Grecia, Irán y Trieste ofrece nuevos indicios de la guerra fría. Franco crea el eficacísimo puente de España con América que era, antes de su lamentable decadencia en nuestros días, el Instituto de Cultura Hispánica. Termina el discutible juicio de Nuremberg, los vencedores juzgando a los vencidos entre la justicia y la venganza.

Un triste verano monárquico

Pero faltaba aún el coletazo final de la campaña antiespañola en la ONU, de la que ahora se encarga su retorcido secretario general, un señor Trygve Lie, cuyo apellido significa mentira en inglés y que al final escogió el suicidio para remate de su vida pública. Era para España otro invierno del hambre que logra conjurar gracias a la generosa y desafiante ayuda del presidente argentino don Juan Domingo Perón, un populista admirador de Franco. El mejor torero de la Historia, Manuel Rodríguez *Manolete* se niega a actuar en México hasta que no se arríe la bandera republicana. Cuando a principios de diciembre la Asamblea General de las Naciones Unidas se apresta a fulminar su condena apocalíptica contra España, el pueblo de Madrid vuelve a llenar hasta la bandera la Plaza de Oriente el 9 de diciembre de 1946, un grito de independencia contra la intromisión y la agresión, que impresiona vivísimanente en las cancillerías occidentales. El ataque a España resulta muy insuficiente; una recomendación para la retirada de embajadores, no la ruptura de relaciones. Es el 12 de diciembre pero Argentina, Costa Rica, la República Dominicana, Ecuador, El Salvador y Perú votan por España. La reacción popular quedó expresada por un famoso chiste de portada: "Se van los embajadores. Hasta la vuelta, señores". El gran diario francés *Le Monde* comentaba: "Con alfilerazos no se mata al toro". Una victoria efímera y pírrica, que Gil Robles se abstiene de comentar.

Y termina el año con dos anécdotas reveladoras. El embajador Nicolás Franco visita a don Juan para recomendarle en nombre de Franco "identificación, confianza y paciencia". La reacción de don Juan fue airada y Nicolás tuvo que salir casi tropezando, rojo como un tomate. Habían fracasado, sin embargo, las negociaciones de la Confederación Monárquica Nacional (es decir, Gil Robles) con grupos sindicalistas; otro intento fallido de pacto con la izquierda. Pero la traca final corrió a cargo del general Aranda, que (según Gil Robles en una maniobra contra él) se presentó por las buenas en la Embajada de los Estados Unidos en Madrid y pidió asilo político para formar allí mismo un Gobierno contra Franco. El encargado de negocios Philip Bonsal, sin dar crédito a sus ojos, le echó y el inteligente general laureado, que sin duda atravesaba un mal momento, fue pronto confinado en Mallorca.

Lo importante era que la guerra fría golpeaba ya a ramalazos los observatorios de Occidente y pronto iban a enterarse de ello los consejeros de don Juan.

Capítulo XXIV
El documento Kennan-Marshall

IBA A TITULAR ESTE CAPÍTULO "Franco descarta a don Juan", porque esto es lo que realmente sucedió al firmar don Juan de Borbón, en marzo de 1947, el Manifiesto de Estoril. Otro gran titular podría ser: "Las negociaciones Prieto-Gil Robles". Pero éste es un libro de Historia en el que la anécdota, por espectacular que sea, debe ceder a la categoría; y el hecho trascendental de 1947 (y de muchos años más) para España es un documento "top secret" que ningún español conoció entonces, y casi nadie conoce hoy (hay grandes historias que lo citan de segunda mano, me temo que sin haberlo tenido delante y sin indicar la fuente). El documento es un anexo redactado por el equipo de planificación de política exterior y firmado por su jefe George Kennan, titulado sencillamente "La política de los Estados Unidos hacia España"; el documento lleva la aprobación expresa del secretario de Estado Marshall en sus puntos esenciales. El documento confirmaba plenamente las previsiones de Franco y Carrero sobre el enfrentamiento inexorable de los aliados occidentales y la URSS en este año clave de la guerra fría; su fecha era el 24 de octubre de 1947 y, como veremos en su sitio con mayor detalle, recomendaba cesar la hostilidad y la presión contra España. Todo el resto de los importantes

y sugestivos acontecimientos del antagonismo Franco-don Juan que analizamos en este capítulo debe comprenderse en el contexto del documento Kennan-Marshall. Por no ser capaces de imaginarlo, y fiarse en cambio del Gobierno británico (que tampoco se enteró entonces, del documento), los líderes de la derecha y la izquierda del exilio fracasaron en su inteligente maniobra de ingeniería política; y Franco tuvo las manos libres para descartar definitivamente a don Juan de Borbón para el trono de España. Por supuesto que los cronistas del neojuanismo siguen sin enterarse; están en su papel [221].

La desunión mortal de las dos oposiciones

Ya en el ambiente doméstico lo primero que resalta en el comportamiento de las dos oposiciones, la republicana y la monárquica, durante el año 1947, es su formidable desunión. Cierto que algunos de sus líderes, casi por su cuenta, articularon precisamente entonces esa gran operación de ingeniería política a la que me he referido admirativamente; pero sus respectivas mesnadas, a retaguardia, se despedazaban entre sí, rompían sus conexiones interiores y exteriores, se insultaban unos a otros. Indalecio Prieto, después de dar un plazo de gracia al Gobierno republicano de Giral a fines de 1945, lo destruyó fríamente en enero de 1947, acusándole de inoperancia total; los socialistas abandonaron ese Gobierno fantasma acompañados por los sindicalistas de la CNT y por el antiguo secretario general de la Presidencia de la República Rafael Sánchez Guerra, que se volvió a España y luego ingresó piadosamente en un convento, donde murió. Los republicanos de España desautorizaban a los del exilio, que les despreciaban; republicanos y socialistas aborrecían a los comunistas que se creían ya la única oposición; la política del exilio era una riña de todos contra todos, mientras se les desvanecía la República entre las manos. El organismo de coordinación antifranquista, llamado Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, era una simple entelequia creada en 1946 para negociar con otra entelequia, la Confederación Monárquica

221 Informe Kennan en *Foreign Relations of the U. S.*, 1947, vol III, US Printing Office, Washington 1972, p. 1.092s.

Nacional; su vida sólo duró para los primeros contactos de Gil Robles en Lisboa y Aranda-Beigbeder en Madrid con algunos sindicalistas como Santamaría y algunos socialistas como Granell, que al final fueron desautorizados por sus respectivos grupos. El Gobierno Giral prometió mayor contacto con la ANFD, pero reventó antes de conseguirlo.

No era mejor, sino peor, la insolidaridad del campo monárquico, regido teóricamente por dos Consejos: el Consejo Privado, que carecía de cabeza fuera de don Juan, y el Consejo de Acción Monárquica, para el trabajo interior en España, presidido desde fines de 1946 por Kindelán. Ya hemos visto cómo Luisa Valencia llamaba "birria" al Consejo Privado cuyos miembros designaban amablemente como "tontilandia" al de Acción Monárquica. Kindelán se desgañitaba, como había hecho el infante Alfonso, reclamando el mando único, pero apenas se le hacía caso.

En carta de 25 de agosto de 1947 Sáinz Rodríguez decía a Kindelán: "Uno de los defectos más graves, causa profunda de muchos de nuestros fracasos, ha sido la insolidaridad absoluta que ha reinado siempre en las filas de la organización monárquica". [222] Los monárquicos de Renovación Española odiaban a Gil Robles, que les despreciaba. El 25 de marzo de 1947 Gil Robles denuncia la creación de un grupo monárquico en torno al duque de Alba, cuyos miembros no pertenecerían a Acción Popular ni al tradicionalismo. La antítesis entre carlistas (Rodezno) y juanistas llegaba a expresiones de esquizofrenia y también los carlistas se dividían entre el sector navarro (Rodezno) y el sector Fal Conde, que obedecía al príncipe Javier de Borbón Parma. La razón por la que don Juan cesó como representante a su tío Alfonso es que el infante (a quien Franco acusaba de masón) quería romper todo contacto con los monárquicos "colaboracionistas" empeñados en la conjunción de don Juan con Franco, cuyo jefe de filas era el subsecretario Carrero. Aranda conspiraba contra Franco, pero lo hacía con más encono contra Gil Robles para disputarle la jefatura de la Restauración, que tampoco Gil Robles alcanzó jamás. Franco conocía perfectamente estas disensiones del campo monárquico y las

---

222 Cfr. A. KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 342s.

alentaba sobre todo dentro de las Fuerzas Armadas, donde quedó anulada toda oposición contra su régimen después de la fallida carta de los generales en 1943. Estoy de acuerdo con el dictamen de Sáinz Rodríguez: la causa de don Juan fracasó por falta de mando único y por sus divisiones internas que la esterilizaron, además de por falta total de información sobre la realidad estratégica. Sólo se apoyaban en Inglaterra cuando quien decidía la política de Occidente en 1947 eran ya los Estados Unidos, y el Pentágono más que el Departamento de Estado.

A lo largo del año 1947 la Guardia Civil y la Policía liquidaron prácticamente la erupción de la guerrilla rural, infiltrada a veces en las poblaciones, que se había iniciado con la aventura de los maquis en 1944. En el curso de esa guerra implacable y silenciosa murieron 2.173 "bandoleros políticos", según les calificaba la Guardia Civil; hubo 1.826 choques armados, se capturó a más de 3.000 insurgentes y fueron detenidos 19.444 cómplices. La Guardia Civil registró en sus filas 257 muertos y la policía 12. Aniquilada esta subversión de obediencia comunista en 1947, tomaron el relevo los anarquistas que pretendían restaurar su dirección en España; intento que acabó con la muerte del "Facerías" (1957), Sabater (1960) y Caraquemada (1963), cuando ya España se empezaba a enfrentar con la amenaza de la ETA.

La normalización interior de España

El 2 de enero de 1947 el ministro de Asuntos Exteriores, Martín Artajo, adelanta al encargado de negocios norteamericano, Philip Bonsal, las leyes institucionales que prepara el Régimen; pero el diplomático, hasta que en el mes de octubre recibe nuevas consignas, actuará todo ese año como impulsor de la oposición interior contra Franco, mientras éste vigilaba a los generales conspiradores (Beigbeder y Aranda) y ascendía a tenientes generales a otros tentados por el juanismo, como Rafael García Valiño y García Escámez, además del fiel ex ministro Asensio. Aranda, como sabe el lector, fue confinado entonces en las Baleares. En este mes de enero se desintegra por el ataque de Prieto el Gobierno Giral, como he adelantado, y le sustituye el socialista Llopis con otro Gobierno efímero que no puede

con el empuje de Prieto, empeñado en conseguir el plebiscito nacional sobre el Régimen previo acuerdo con los monárquicos; Llopis caerá por la misma razón en agosto para ceder la jefatura del Gobierno exiliado a Álvaro de Albornoz, un anticlerical de nefasto recuerdo que mete la política republicana en vía muerta. Prieto tributa, sin pretenderlo, un homenaje a don Juan cuando resume su política de ese año en el dilema "O plebiscito o monarquía" y conviene reconocer a don Juan de Borbón este gran servicio de haber descartado la posibilidad republicana. Al margen del Gobierno republicano del exilio, la oposición interior (sindicalistas y socialistas) recibe de don Juan March, que viajaba frecuentemente a Lisboa y estaba en contacto permanente con Gil Robles, un empleado suyo como coordinador, el militar retirado Tomás Peire, antiguo miembro del gabinete militar de Azaña y luego miembro del Partido Radical de Lerroux-March, para las negociaciones con Beigbeder que se presenta ante el encargado Bonsal como ayudante de Aranda; pero Franco hizo ver a March que conocía perfectamente sus inspiraciones y la conjura —la última conjura— tuvo que plantearse en el ámbito exterior y al máximo nivel político durante el verano y otoño de ese año, como vamos a ver.

Aun antes del vital documento Kennan-Marshall la convivencia interior española había entrado en una evidente fase de normalidad; digamos como símbolo que José Ortega y Gasset, ya regresado a España en 1945, reanuda sus conferencias públicas con gran resonancia; Xavier Zubiri, que comparte con Ortega la primacía del pensamiento español en el siglo XX ,conoce un gran éxito con su libro *Naturaleza, Historia, Dios*, que es una genial adaptación a nuestro tiempo de la teoría de la analogía del ser, trazada por el doctor eximio Francisco Suárez en el siglo XVII y el insigne científico Julio Rey Pastor que declara el 13 de febrero de 1947: "Aconsejo a todos los españoles de gran valía que vuelvan a su patria". A finales de febrero, José María de Areilza, brillante autor del libro en defensa del régimen *Embajadores sobre España,* partía para su embajada cerca de Perón en Buenos Aires y una original institución religiosa española para la vida cristiana y la influencia pública, el Opus Dei, daba su salto al exterior con la admisión de miembros extranjeros y la fijación de la residencia de su fundador, José María Escrivá, en Roma.

La colaboración de los propagandistas

Llevo ya relativamente avanzada una obra de muchos años, una Historia de la Iglesia en España y América durante el siglo XX, que desborda claramente mi capacidad, pero que juzgo un deber inexcusable, ante la documentación asombrosa que en parte he logrado y en parte me ha sido confiada. He publicado ya dos tomos, *Las Puertas del infierno* (Fénix 1995), y *La flor y la flor* (1996), y debo recordar algunas consideraciones sobre la influencia ante Franco y don Juan de las dos plataformas para la vida pública: de los católicos que han organizado en el siglo XX tanto el Opus Dei, como su organización rival de origen jesuítico, la Asociación Católica de Propagandistas, a quien se le ha caído recientemente el adjetivo "Nacional" por reprobable concesión autonómica.

Ya he adelantado algunos rasgos de las dos plataformas. Sabemos que la Iglesia salvó el régimen de Franco en 1945 cediendo a Franco para el Gobierno de la Resistencia al presidente de la Junta de Acción Católica, el propagandista Martín Artajo y otros varios propagandistas, como José Ibáñez Martín y Ladreda; formaban parte de ese Gobierno mientras Joaquín Ruiz Giménez, miembro de la Asociación, actuaba entonces como vocero exterior del Régimen desde el Instituto de Cultura Hispánica, después de servir de mensajero entre Franco y don Juan. Otros propagandistas (muchísimos menos) luchaban en política junto a don Juan, encabezados por José María Gil Robles; y una generación joven del grupo se preparaba ya, entre los mamporros de la Castellana, para ayudar a Gil Robles y a Manuel Giménez Fernández a crear núcleos de oposición activa al franquismo en el interior de España cuando don Juan de Borbón cediese por fin a las presiones de Franco para asegurar la sucesión, al menos en la dinastía, ya que no en su persona. Apunto ya, con todo respeto, el nombre de estos jóvenes católico-monárquicos destinados a dar mucho juego en las décadas siguientes: Íñigo Cavero y Fernando Álvarez de Miranda entre ellos, mientras otros jóvenes políticos de parecida filiación formarían en la zona reformista de enlace entre la monarquía y la fase final del franquismo, como los que con Marcelino Oreja y Landelino Lavilla crearon el grupo Tácito. De todos hablaremos, con la importancia que merecen, en su momento. Hemos visto también que el cofundador de los propagandistas

en la segunda década del siglo, Ángel Herrera Oria, director del decisivo diario *El Debate* durante la República, se mantuvo inicialmente distante de Franco en la Guerra Civil, luego se incorporó al franquismo y en la época que estudiamos ahora endosaba la colaboración de Martín Artajo y los demás propagandistas con Franco. Hasta que entraron los años setenta la masa selecta de la Asociación de Propagandistas constituía un sólido bastión del Régimen con una minoría de oposición carente de fuerza viva aunque dotada de una admirable obstinación.

El padre Escrivá da los ejercicios a Franco

Para los citados libros de historia de la Iglesia en el siglo XX, tengo relativamente clara la evolución de los propagandistas; pero jamás he realizado un esfuerzo de documentación y de análisis tan amplio, y a veces tan angustioso, como el que sigo dedicando al Opus Dei. Lo que más me preocupa es poder causar algún perjuicio a tantos miles de personas que han encontrado en el Opus Dei un camino claro para su vida cristiana, un camino que yo respeto profundamente aunque no lo comparto. Tengo que poner frente a frente mi respeto por las decisiones de la Iglesia y el Papa —que evidentemente respaldan, hoy más que nunca, al Opus Dei— junto a documentación y testimonios personales, en los que a veces estoy personalmente implicado en relación con personas del Opus Dei, tanto en sentido positivo como en inexplicable sentido negativo, y en todo caso me veo obligado a declarar la verdad de mis conclusiones. Ofrezco como leve resumen esta consideración sobre el Opus Dei en torno a Franco y don Juan.

Confieso que no me gustaron un pelo las declaraciones evasivas del anterior prelado Álvaro del Portillo con motivo de la beatificación del padre Escrivá, a quien quiso despegar de contactos aprobatorios con el general Franco. No me gustaron porque Alvaro sabe perfectamente que las cosas fueron de otro modo. El padre Escrivá, amenazado de muerte por los rojos en Madrid, se evadió a la zona nacional e inició en Burgos su apostolado con los intelectuales del Régimen sin mucho éxito. Allí mismo rehízo su grupo de jóvenes y muy pronto empezó la organización a penetrar profundamente en la universidad, la Administración, la políti-

ca y el mundo financiero y económico de España. Para la conquista (a veces con métodos injustos y reprobables) de las cátedras universitarias, el Opus contó con la colaboración incondicional del ministro propagandista José Ibáñez Martín, como él mismo me confesó en circunstancias difíciles para mí; hacia 1947 el Opus Dei había ocupado el veinte por ciento de las cátedras y controlaba el nuevo Consejo de Investigaciones Científicas. He tenido que sufrir personalmente los métodos del Opus Dei en las oposiciones a cátedra (en una ocasión fue un sacerdote y compañero de fundación del Opus quien aplicó esos métodos, aunque logré eludirlos), o sea, que no me vengan ahora con cuentos ni subterfugios para disimularlos. En 1946 (o uno de los años contiguos) el padre Escrivá dio ejercicios espirituales a Franco en el palacio de El Pardo, como me reveló el almirante Jesús Fontán, pariente de Franco, jefe de la red secreta de información de Franco y miembro del Opus Dei. Los dos quedaron entusiasmados uno del otro y Franco comentó después de despedir al padre Escrivá: "A este hombre hay que hacerle arzobispo castrense, para que toda la juventud española pase por sus manos." No se realizó el proyecto porque el padre Escrivá se instaló por entonces en Roma, donde en febrero de 1947 el Papa Pío XII creó los institutos seculares y a las pocas semanas aprobó al Opus Dei como el primero de ellos.

En las conversaciones con su primo Franco Salgado, el general Franco cubre de elogios al Opus Dei, pero me consta y lo contaré con detalle en el prometido libro que las relaciones entre Franco y el padre Escrivá se enfriaron (cuando miembros del Opus Dei pasaron a la oposición antifranquista) y luego fueron suprimidas páginas de cierto libro que reproducían opiniones muy desfavorables de Franco. La irrupción del Opus Dei en la alta política del Régimen se hizo a través de la conquista del almirante Carrero, convertido en máximo valedor de la organización ante Franco. Volveremos sobre el problema.

Don Juan revela sus relaciones con el Opus Dei

Las relaciones de don Juan de Borbón con el Opus Dei datan de 1943, cuando el profesor Rafael Calvo Serer (O.D.), especialmente favorecido

por el ministro Ibáñez Martín para la obtención de su cátedra, denunció a Franco las maniobras de los generales monárquicos y luego "extravió" una importante carta de don Juan, que según sospechaba el Conde de Barcelona entregó al padre Escrivá para que éste se la comunicase a Franco, según hemos reseñado y documentado ya. Por tanto la infiltración del Opus Dei en el entorno de don Juan y de Franco es simultánea y se inicia, por lo menos, en 1943.

El profesor Laureano López Rodó, pieza clave para el ascenso político del Opus Dei al corazón del Régimen de Franco, visitó por primera vez a don Juan, según hemos reseñado ya, en la primavera de 1946. Andando los años se enfrentaría duramente con él y su equipo el propio Calvo Serer, cuya trayectoria polícita parece errática. Pero el propio testimonio de don Juan confirma que la toma de posiciones del Opus Dei en torno suyo coincide más o menos con la fecha que indicamos.

Sería interesante —le dice Sáinz Rodríguez— *que Vuestra Majestad puntualizase lo referente a la actitud del Opus Dei con respecto a la candidatura de don Juanito, y cómo vinieron a explicarle a Vuestra Majestad...*

No; en un principio nunca se me planteó así el problema. El Opus estaba conmigo y yo les había apoyado con todas mis fuerzas. Los Ullastres, los Florentinos... Entonces yo no conocía a López Rodó. Cuando empezaron a funcionar lo hicieron con todas mis bendiciones y deseos de buen éxito. Pero según me explicaron después... El primero que me habló de ello fue Mortes, director general de Carreteras y después ministro de la Vivienda. Vino a decirme, poco más o menos, que ellos no es que estuvieran en contra mía, lo que ocurría es que conmigo veían imposible la Restauración y que deseaban abreviar las etapas. Decían: 'Con el nombramiento del Príncipe a los pocos meses echamos al otro'. Y ésta es la operación que no les salió [223]. Es importante señalar que el Opus Dei y la Compañía de Jesús se llevaban a matar en esta época; los jesuitas reprochaban al Opus Dei su insolidaridad con los demás grupos católicos, como si todo quisieran hacerlo ellos. En el ámbito de la acción de los católicos en los campos profesionales y culturales, que son los que conozco, no tengo más remedio que corroborar dura y enérgicamente, por experiencias

---

223 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 263.

y observaciones (y algunas cicatrices) propias, esa acusación. Sin embargo, el Opus Dei se infiltraba también en los grupos rivales. Su plataforma política estaba en total desacuerdo con la Falange, pero luego supimos con asombro que destacados falangistas pertenecían a los diversos grados del Opus Dei. La antítesis Opus Dei-Propagandistas era notoria, pero algunos propagandistas, como el ministro Ibáñez Martín o el destacado político Alfredo López, eran simpatizantes, instrumentos o incluso miembros del Opus Dei y seguían las directrices del Opus Dei más que los de otra organización a la que pertenecieren. Por eso en medios militares se empezó a denominar al Opus Dei "masonería blanca", comparación que encantaba al general Franco, tan obsesionado con la masonería "negra". Es decir, que si Calvo Serer jugaba el doble juego Franco-don Juan, el resto del frente político del Opus Dei seguía el mismo procedimiento, según don Juan. Este testimonio es muy importante para las etapas siguientes del antagonismo entre don Juan y Franco.

La Monarquía electiva

La gran conjura, la última conjura, se inicia el 10 de marzo de 1947, cuando el ex ministro de la República y ahora profesor exiliado en Oxford, Salvador de Madariaga, que por entonces tronaba contra Franco en unas emisiones de la BBC que luego reunió en su libro *General, márchese usted,* fue llamado a consulta por el Departamento de Estado de Washington, el mismo día en que don Juan reúne por vez primera en Estoril a su Consejo Privado, donde según Gil Robles "se decidió que el límite de las concesiones democráticas sea el contenido de la Constitución de 1876". Es decir, que los monárquicos no aceptan ni las libertades democráticas plenas ni el sufragio universal, dato muy interesante que los neojuanistas por lo visto ignoran. Pero dos días más tarde el presidente Truman da estado oficial a la guerra fría con su propuesta al Congreso (aceptada sin demora) de ayudar copiosamente a Grecia y Turquía para eliminar el peligro de la agresión comunista.

El 28 de marzo el Consejo de Ministros aprueba y envía a las Cortes un proyecto de Ley de Sucesión que se considera ley fundamental para

España. Ésta será la señal para la gran batalla política de 1947 entre Franco y don Juan. Los documentos secretos del Departamento de Estado para 1947 y las Memorias de Gil Robles, junto con el ya citado libro de Javier Rubio sobre el exilio y el de López Rodó *La larga marcha,* son las fuentes que nos permiten seguir hoy con toda claridad la confrontación.

Franco quiso que don Juan fuese la primera persona, fuera del Gobierno, que se enterase del proyecto y envió para mostrárselo al subsecretario de la Presidencia, Luis Carrero Blanco, a Estoril. Pidió y obtuvo audiencia de don Juan el 31 de marzo y la relató detalladamente en un largo informe a Franco que López Rodó, depositario del archivo Carrero, reproduce íntegramente.

Carrero empezó presentándose. "Yo, señor, lo mismo que me crié católico me crié monárquico". Hace historia de su vida y don Juan le pide que le hable con sinceridad, de marino a marino. Y queda impresionado por la firmeza de las convicciones de Carrero sobre Franco y el porvenir del Régimen. Habla de Franco y la monarquía: "Él ha pensado siempre en que la monarquía fuese la continuación del Movimiento y en V.A. como futuro Rey de esa monarquía". Para ello Franco ha decidido enviar a las Cortes un proyecto de Ley de Sucesión "que se hará público esta noche"; y entrega a don Juan el proyecto. Transcrito por López Rodó en el anexo 22 de su citado libro, sus puntos principales eran que España, como unidad política, es un Estado católico y social que, de acuerdo con su tradición, se constituye en Reino. La Jefatura del Estado corresponde al Caudillo de la Cruzada y Generalísimo de los Ejércitos, Francisco Franco Bahamonde. Se establece un Consejo del Reino para asistir al jefe del Estado en los asuntos más trascendentales. En caso de muerte o incapacidad, será llamada a suceder "la persona de sangre real con el mejor derecho, propuesta por el Consejo del Reino y el Gobierno reunidos". De no existir persona con tal condición, se designará un regente. El jefe del Estado deberá tener al menos treinta años, ser español y católico y jurar las Leyes Fundamentales (que Carrero entrega a don Juan), y que son el Fuero de los Españoles, el Fuero del Trabajo, la Ley de Cortes, la Ley del Referéndum y la Ley de Sucesión. Vacante la jefatura del Estado, asumirá sus poderes un Consejo de Regencia trino; que convocará al

Gobierno y Consejo del Reino para la elección. El jefe del Estado podrá proponer a las Cortes la designación de su sucesor.

Don don Juan lee atentamente el proyecto y comenta, con toda razón: "Esto es la monarquía electiva". Carrero se defiende difícilmente: se trata de una monarquía "hereditaria, selectiva, tradicional y no liberal". Porque "en España se ha cavado en 1936 una trinchera y hay que estar de este lado de la trinchera o enfrente". Recuerda a don Juan que él estuvo a este lado de la trinchera y que "tenemos enfrente a la masonería y el comunismo y no claudicaremos". A lo que responde don Juan: "No podrán ustedes". Carrero entrega entonces a don Juan las fichas con la vida y milagros de sus colaboradores, que don Juan deja aparte sin leerlas. Y con ello don Juan, disgustado, da por finalizada la entrevista. Cuando ya va de vuelta a la Embajada, Carrero regresa porque cree haber olvidado advertir a don Juan que esa misma noche se leerá el proyecto por radio; como sabemos, se lo había dicho, pero deja recado en la Secretaría de don Juan en este sentido.

El Manifiesto de Estoril

Gil Robles y los demás consejeros de don Juan se reúnen a toque de rebato con él y desmenuzan el proyecto. La indignación es clamorosa y tiene un fundamento: no hay en el proyecto mención al carácter hereditario de la monarquía, aunque el jefe del Estado o Rey puede dejar designado sucesor, que es la forma histórica con la que las monarquías electivas, como los Capetos, se convirtieron en hereditarias. Gil Robles lleva la voz cantante de la protesta. Además, Franco queda consagrado para siempre como jefe de Estado vitalicio. Gil Robles empieza a preparar un manifiesto de protesta cuando por la noche oyen, en efecto, la lectura del proyecto de ley por Radio Nacional de España. Uno de los consejeros, Jose María Oriol, sugiere que don Juan se presente por las buenas en el palacio de El Pardo para aclarar las cosas definitivamente con Franco, y los ánimos estaban tan excitados que hasta el prudente y experimentado Gil Robles aprueba el dislate, que se iba a perpetrar el día 2. Para ello tienden una encerrona a Carrero, citándole a una nueva

audiencia para el 2 de abril por la mañana; don Juan saldrá hacia Madrid inmediatamente después.

Acude Carrero puntualmente a la segunda audiencia y don Juan se queja del hecho consumado, aunque no pone en duda la legitimidad de Franco. Luego entrega a Carrero una nota en la que califica el proyecto de "absurdo y monstruoso" pero, ante las consideraciones de Carrero, la retira. Carrero incidentalmente advierte a don Juan que Franco está fuera de Madrid y ésta es, me parece, la razón por la que, afortunadamente, se suprime el descabellado viaje al palacio de El Pardo. Don don Juan ordena difundir por su Secretaría una nota de protesta contra el proyecto, en la que anuncia un manifiesto. Se redacta el manifiesto por el propio don Juan, Gil Robles, Vegas y Sáinz Rodríguez y se publica el 7 de abril, pese a los intentos reiterados de Nicolás Franco, Martín Artajo y Carrero.

El Manifiesto de Estoril decía así:

Españoles:

El General Franco ha anunciado públicamente su propósito de presentar a las llamadas Cortes un proyecto de Ley de Sucesión a la jefatura del Estado, en el cual España queda constituida en Reino y se prevé un sistema por completo opuesto al de las leyes que históricamente han regulado la sucesión a la Corona.

En momento tan crítico para la estabilidad política de la patria, no puedo dejar de dirigirme a vosotros, como legítimo representante que soy de vuestra monarquía, para fijar mi actitud ante tan grave intento.

Los principios que rigen la sucesión a la Corona, y que son uno de los elementos básicos de la legalidad en los que la monarquía Tradicional se asienta, no pueden ser modificados sin la actuación conjunta del Rey y de la nación legítimamente representada en Cortes. Lo que ahora se quiere hacer carece de ambos concursos esenciales pues ni el titular de la Corona interviene, ni puede decirse que encarne la voluntad de la nación el organismo que, con el nombre de Cortes, no pasa de ser una mera creación gubernativa. La Ley de Sucesión que naciera en condiciones tales adolecería de un vicio sustancial de nulidad.

La descalificación de Franco como dictador vitalicio

Tanto o más grave es la cuestión de fondo que el citado proyecto plantea. Sin tener en cuenta la necesidad apremiante que España siente de contar con instituciones estables, sin querer advertir que lo que el país desea es salir cuanto antes de una interinidad cada día más peligrosa, sin comprender que la hostilidad de que la patria se ve rodeada en el mundo nace en máxima parte de la presencia del General Franco en la Jefatura del Estado, lo que ahora se pretende es pura y simplemente convertir en vitalicia una dictadura personal, convalidar unos títulos, según parece hasta ahora precarios, y disfrazar con el manto glorioso de la monarquía de un régimen de puro arbitrio gubernativo, la necesidad del cual hace ya mucho tiempo que no existe.

Mañana la Historia, hoy los españoles no me perdonarían si permaneciese silencioso ante un ataque que se pretende perpetrar contra la esencia misma de la institución monárquica hereditaria que es, en frase de nuestro Balmes, una de las conquistas más grandes y más felices de la ciencia política. La monarquía hereditaria es, por su propia naturaleza, un elemento básico de estabilidad, merced a la permanencia institucional que triunfa de la caducidad de las personas y gracias a la fijeza y claridad de los principios sucesorios, que eliminan hoy los motivos de discordia y hacen imposible el choque de los apetitos y las banderías.

Todas estas supremas ventajas desaparecen en el proyecto sucesorio, que cambia la fijeza en imprecisión, que abre la puerta a todas las contiendas intestinas, y que prescinde de la continuidad hereditaria para volver con lamentable espíritu de regresión a una de esas imperfectas fórmulas de caudillaje electivo en las que se debatieron trágicamente los pueblos en los albores de su vida política.

Los momentos son demasiado graves para que España vaya a añadir una nueva ficción constitucional a las que hoy integran el conjunto de disposiciones que se quiere hacer pasar por leyes orgánicas de la nación y que además nunca han tenido efectividad práctica.

Frente a ese intento yo tengo el deber inexcusable de hacer una pública y solemne afirmación del supremo principio de legitimidad que

encarno, de los imprescriptibles derechos de soberanía que la Providencia de Dios ha querido que vinieran a confluir en mi persona, y que no puedo, en conciencia, abandonar porque nacen de muchos siglos de Historia y están directamente ligados con el presente y el porvenir de nuestra España.

Por lo mismo que he puesto mi suprema ilusión en ser el Rey de todos los españoles que quieran de buena fe acatar un Estado de Derecho inspirado en los principios esenciales de la vida de la nación y que obligue por igual a gobernantes y gobernados, he estado y estoy dispuesto a facilitar todo lo que permitiera asegurar la normal e incondicional transmisión de poderes. Lo que no se me puede pedir es que dé mi asentimiento a actos que supongan el incumplimiento del sagrado deber de custodia de derechos que no son sólo de la Corona, sino que forman parte del acervo espiritual de la patria.

Con fe ciega en los grandes destinos de nuestra España querida sabeis que podeis contar siempre con vuestro Rey don Juan [224].

Don Juan pierde la Corona de España

Más grave que el duro Manifiesto fue la publicación por sorpresa de unas declaraciones hechas por don Juan en el mes de septiembre anterior al diario de Londres *Observer* y que luego fueron modificadas varias veces y embargadas por decisión de los consejeros de don Juan, quien al fin se pronunció por cancelar su publicación. Pero Eugenio Vegas, como jefe de la Secretaría Política de don Juan, entregó imprudentemente la redacción final de las declaraciones al periódico, con membrete real y con orden de no publicarlas hasta que se avisase; y a los seis días del Manifiesto de Estoril, el 13 de abril, el *Observer,* sin avisar a Estoril, publicó las declaraciones con resonancia mundial en el *New York Times* y la BBC. En ellas don Juan se reafirmaba en el Manifiesto de 1945, añadía una nueva protesta introducida a última hora contra la Ley de Sucesión, abogaba por un plebiscito en España sobre la monarquía, reclamaba la intervención

224 Texto en GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 388.

de las potencias extranjeras contra Franco, ofrecía el reconocimiento legal a la UGT, la CNT y demás organizaciones de la España vencida, aprobaba las negociaciones de los monárquicos con las izquierdas, afirmaba que la monarquía será católica pero impondría "separación administrativa" de la Iglesia y el Estado, prometía la amnistía política total y el respeto a las peculiaridades regionales, justificaba su presencia en el bando nacional de la guerra y se alegraba de no haber combatido [225].

El efecto conjunto de Manifiesto y declaraciones al *Observer* fue catastrófico para don Juan. Los servicios de prensa del Régimen de Franco lo publicaron todo junto, añadiendo, incluso, el Manifiesto de 1945 que nunca se había publicado en España. Casi todos los monárquicos del interior de España clamaron contra Estoril; incluso el Consejo de Acción Monárquica que presidía Kindelán dimitió en bloque. Kindelán se permitió una dura carta de disentimiento al propio don Juan por las declaraciones: "Era —dice— un mal paso que esteriliza cuanto estamos intentado". La prensa, incluso la menos condicionada por el Régimen, cubrió a don Juan con toda clase de dicterios. El propio don Juan se dolió enormemente de la publicación imprevista de las declaraciones, destituyó por ello a Vegas Latapié en el Secretariado Político y le nombró preceptor del príncipe don Juan Carlos para sus estudios en Suiza. Don don Juan no sólo se arrepintió de las declaraciones, cuya difusión había prohibido inútilmente, sino del propio Manifiesto de Estoril, como confiesa a Sáinz Rodríguez; cree que sus manifiestos desde el exilio fueron excesivamente apasionados y poco meditados. En su diario de aquellas fechas, Gil Robles refleja la terrible depresión que le invadió por el impacto negativo de las actuaciones de don Juan y sus consejeros. Kindelán se arriesgó a pasar la frontera portuguesa de incógnito, se entrevistó con don Juan en Guarda, exigió el mando único ante el desconcierto general. Franco ordenó que se montase una campaña de prensa realmente terrible contra Estoril, y esta vez no hacen falta coacciones; la Guerra Civil estaba demasiado cerca y la opinión pública española cierra filas en torno a Franco y en contra de don Juan, que muchos años después se resiente todavía de la

---

225 Declaraciones en GIL ROBLES, op. cit., p. 390s.

campaña. "Sí, once años seguidos nada más. La agresión fue constante y absoluta. Y por mi parte un sistemático silencio". Salazar advirtió al Conde de Barcelona que no podría seguir en Portugal con actividades políticas; Gil Robles y Sáinz Rodríguez fueron confinados lejos de Lisboa y Gil Robles pensó seriamente en abandonar la política y marcharse a América.

Lo que más dolió a don Juan fue la acusación del *Arriba* el 15 de abril: "Desde la traición del condestable de Borbón a esta conspiración contra la patria de un heredero de su estirpe, pocas veces las flores de lis se han mustiado tanto". Kindelán calculaba, en su carta de protesta dirigida a don Juan, que sólo el uno por mil de los monárquicos españoles aprobaba el Manifiesto y las declaraciones. Don don Juan sabría años después que esos dos documentos le habían costado ya definitivamente la Corona. Como veremos, el propio Franco se lo dijo cuando habló con él la segunda vez. Y el 30 de diciembre de 1954 reveló a su primo Franco Salgado: "Se lamentó (Franco) de lo mal aconsejado que estaba S.A., por lo cual se le impulsó a dictar el Manifiesto (de 1947) que la opinión nacional ha repudiado y que ha motivado que se piense en el infante don Juan Carlos para heredar a su tiempo la Corona".

La Iglesia respalda el referéndum de la sucesión

El 10 de abril el embajador de los Estados Unidos en Londres comunicaba al Departamento de Estado: "El Ejército es fundamentalmente leal a Franco... lo mismo sucede con los hombres de la industria y los negocios... en muchos países amigos la situación es peor que en España". El propio Gobierno británico duda ante el de los Estados Unidos si no convendrá bloquear las mociones contra España en las Naciones Unidas. El 6 de mayo el encargado de Negocios en Madrid informa a Washington de que las consecuencias del Manifiesto han favorecido a Franco. Ya en junio las Cortes aprueban el texto definitivo de la Ley de Sucesión del que desaparece el pomposo preámbulo; se apuntan rasgos de monarquía hereditaria pero, como aviso a don Juan y a los carlistas (que también han desaprobado el proyecto) se introduce la posibilidad de excluir de la sucesión a personas desafectas y se cambia la exigencia de "sangre real" por la

de "estirpe regia", con lo que don Juan ya no tiene la preferencia absoluta de la sucesión, como le había dicho Carrero, sino que Franco queda con las manos libres para pensar en otro príncipe español que para algunos tenía ya nombre y apellidos: los hijos de Jaime. Un valiente procurador monárquico, José Luis de Goyoaga, presentó una enmienda que le costó la presidencia de la Diputación de Vizcaya: "Corresponde la Jefatura del Estado a don Juan de Borbón y Battenberg". No sé si le fue agradecido el *beau geste*.

Aquel mes de junio marcó la apoteosis española de doña Eva Duarte de Perón, y España, agradecida porque la Argentina la salvaba del hambre, se dejó conquistar por ella. El antes embajador de los Estados Unidos en Moscú, George Kennan, publicaba en la revista oficiosa *Foreign Affairs* uno de los textos capitales de nuestro tiempo, "Las fuentes del comportamiento soviético", base teórica para fijar la posición noroccidental en la guerra fría. El Gobierno convocó el referéndum para la Ley de Sucesión y la Iglesia apoyó abiertamente el "sí"; por ejemplo, el general de los jesuitas (que entonces tenían voto de obediencia) dirigió a todos sus religiosos una carta de adhesión a Franco en la que recordaba que Franco gozaba de la condición excepcional de fundador de la orden, por haberle devuelto todas sus propiedades confiscadas por la República. Luisa Narváez, duquesa de Valencia, se sublevó contra esta alianza de la Iglesia con Franco y propuso a Kindelán apalear a los curas que pudieran haberse, de lo que el general logró disuadirla; poco después se retiró de la política aunque quedó, en su casa de Ávila, a disposición del Rey. El 6 de julio de 1947 se celebró el referéndum. No se permitió la propaganda en contra, pero los observadores extranjeros anotaron y reconocieron una asistencia masiva y la veracidad de los abrumadores resultados positivos, el 93 por ciento. El Departamento de Estado reconoció, también, por el momento sin comentarios, el innegable triunfo de Franco, al que había contribuido don Juan con sus actuaciones de abril.

La última conjura

Sin embargo, el Gobierno británico quiso patrocinar, antes de rendirse a la evidencia, la última conjura histórica contra Franco. La masonería ha

sido y es desde el siglo XVIII fiel ejecutora de la política exterior británica; creo más que probable que el patrocinio británico a la última conjura exterior contra Franco ofrece claros signos de obsequio a la masonería, porque acabamos de ver cómo el ministro Bevin se inclinaba ya, en la primavera de 1947, a cesar la presión contra Franco. No sé si en los documentos retenidos hasta ahora arbitrariamente por la Fundación Franco se encontrarán algún día, cuando penetre la luz del sol en sus covachuelas, pruebas de esta vinculación masónica de la última conjura, que paradójicamente aprovechó a dos grandes políticos tan ajenos a la masonería, como José María Gil Robles e Indalecio Prieto.

El 7 de agosto de 1947 Indalecio Prieto abría la operación con un llamamiento por la radio francesa a todos los antifranquistas de derecha e izquierda con sólo dos exclusiones: los totalitarios de la Falange y del Partido Comunista. En aquel mes de agosto la invitación fue recibida en España con gran indiferencia; lo que realmente importaba era la cogida y muerte, a fines de ese mes, del ídolo del toreo, Manuel Rodríguez "Manolete".

Gil Robles había salido de Portugal el 11 de junio. Conferenció dos días después con Salvador de Madariaga en Oxford, y Gil Robles quedó asombrado por la convicción monárquica de quien era, como él, ex ministro de la República, que además rechazaba, con el mismo vigor que Cánovas en su tiempo, el sufragio universal. Gil Robles sigue viaje a Roma, donde habla con el Papa y le entrega una carta de don Juan en la que el Conde de Barcelona trata de *desfacer* el entuerto de sus declaraciones al *Observer* que incluían la separación de la Iglesia y el Estado. Habla, también, con varios cardenales y prelados de la Curia a quienes trata de convencer de que la identificación de la Iglesia española con el Régimen de Franco es nefasta para la Iglesia; todo el mundo le da buenas palabras pero monseñor Tardini sintoniza con el político antifranquista y apunta que la Iglesia debe convertirse en España "en factor de evolución": he aquí un remoto antecedente del famoso despegue postconciliar.

Tras una estancia familiar en Portugal, Gil Robles vuelve a Inglaterra. El 15 de octubre mantiene dos entrevistas con Prieto bajo la mediación del ministro Bevin a quien uno y otro dan luego cuenta del contacto,

actitud no poco humillante. Es significativo que la negociación no se hace entre confederaciones ni otras fantasmagorías, sino entre el jefe de la CEDA y el jefe de PSOE. No llegan a acuerdos concretos: Prieto quiere partir de la Nota Tripartita de febrero y Gil Robles la rechaza. Pero se intercambian documentos para estudio y dejan abierta la negociación.

La noticia del encuentro se filtra a la prensa y la reacción es tremenda en España, y eso que las conversaciones antifranquistas de los líderes exiliados no han logrado acuerdos palpables pese a que en el congreso socialista de septiembre, celebrado en Toulouse, el acuerdo entre socialistas y monárquicos sobre la base del plebiscito parecía maduro. El clamor insultante de la prensa y la radio en España renueva y agranda las protestas contra el Manifiesto y las declaraciones de don Juan en el pasado mes de abril.

La nueva toma de posición de los Estados Unidos

La falta de acuerdo entre Madariaga, Gil Robles y Prieto tuvo una consecuencia estratégica de primera magnitud, de la que ellos nada supieron entonces. Informados de que nada había salido de los encuentros en Londres, los especialistas del equipo de planificación para la política exterior del Departamento de Estado elaboraron, bajo la dirección y firma de George F. Kennan, muy acreditado ya por su famoso artículo que ya hemos citado, un informe para el secretario de Estado Marshall —que tomamos de la citada fuente oficial del Gobierno americano publicada en 1972— en cuya primera parte se resumía la sucesión de presiones hostiles contra el régimen de Franco, que ya conocemos.

> *Por una parte* —dice el informe— *hemos tenido la esperanza de lograr la sustitución del régimen totalitario del general Franco retirándole los beneficios de las relaciones políticas y económicas internacionales. Por otra, estamos convencidos de que el general Franco permanece firmemente en el poder y que su Régimen se ha reforzado realmente por la demostración de la hostilidad internacional.*

El propio Gobierno británico ha comunicado que no considera procedente continuar la presión contra Franco. Y después de diversas conside-

raciones de apoyo teórico y eventual a grupos españoles que traten de instaurar un Régimen democrático, el equipo Kennan hace la siguiente propuesta que traduzco literalmente:

Este equipo cree que en interés nacional ha llegado el tiempo para una modificación en nuestra política hacia España. El resultado neto de nuestra política ha sido 1) fortalecer el Régimen de Franco. 2) impedir la recuperación económica de España y 3) operar contra el mantenimiento de una atmósfera amistosa en España en caso de un conflicto internacional. (Anotación de Marshall, OK GCM).

La recomendación del equipo para la planificación de la política exterior consiste en que, en vez de oponernos abiertamente al Régimen de Franco, debemos trabajar a partir de ahora hacia una normalización de las relaciones entre los Estados Unidos y España, tanto políticas como económicas. En cuanto sea posible, esto debe hacerse sin reforzar el Régimen de Franco. No se hará comunicación pública de nuestra posición, pero deberemos considerar como objetivo la restauración de nuestras relaciones normales, sin tener en cuenta las consideraciones del tiempo de guerra o el carácter del Régimen que está en el poder.

Votar a favor de España

El equipo cree que el paso principal que deben dar los Estados Unidos es una distensión por iniciativa nuestra y con entera independencia de la posición de las Naciones Unidas respecto a nuestra política económica de restricciones hacia España. Se darán pasos para eliminar sin ruido los diversos controles económicos que hemos impuesto, de tal forma que se pueda reanudar un comercio normal entre los dos países. A esto seguirán naturalmente la eliminación de las restricciones oficiales mediante la apertura del comercio privado y la posibilidad de ayuda financiera en la rehabilitación de la economía española. Así, en vez de contribuir al rápido deterioro de la situación económica como estamos haciendo ahora, daremos a España la oportunidad de desarrollar sus propios recursos y tomar parte normalmente en la revitalización del comercio y la industria mundial.

Antes de que se puedan tomar las medidas económicas, se espera que el problema de España reaparezca en las Naciones Unidas. España está en la agenda de la Comisión Política y se nos llamará para tomar una posición sobre uno u otro aspecto del problema. Este equipo es de la opinión de que, en la presente sesión de la Asamblea General, el Gobierno debe hacer lo posible para minimizar la discusión sobre el problema de España. Trabajaremos para impedir cualquier acción sobre la base de la resolución del 12 de diciembre de 1946 o en forma de una nueva resolución. En particular nos abstendremos de cualquier mención a nuestro anterior apoyo a las condenas de las Naciones Unidas contra el Régimen de Franco. La actual posición del Departamento de Estado es mantener el apoyo a esa condena. Creemos que eso no se debe de hacer. (Al margen: De acuerdo, GCM).

Si se propone una resolución sobre imposición de sanciones económicas, ruptura de relaciones diplomáticas o reforzar de otra manera las resoluciones anteriores de 1946, nos opondremos. Si se propone la cancelación de la resolución del 12 de diciembre, votaremos a favor o nos abstendremos. El equipo se inclina a apoyar una resolución así (al margen: De acuerdo GCM), con la explicación de que las medidas contra Franco no han demostrado ser eficaces y que su continuación no parece garantizada por las circunstancias.

En efecto, el 17 de noviembre de 1947 se propuso en las Naciones Unidas una reafirmación de la condena del 12 de diciembre de 1946 contra España; los Estados Unidos votaron en contra para sorpresa general, es decir, votaron a favor de España. En resolución, el plebiscito por el que se afanaba Indalecio Prieto ya se había anticipado por Franco en el referéndum de julio y nada menos que los Estados Unidos lo reconocían así en la práctica. Un año audaz y en definitiva bien triste para la causa de don Juan de Borbón. Pero la Ley de Sucesión, tan denostada en el Manifiesto de Estoril, acabaría por funcionar perfectamente en 1975, cuando en virtud de ella el hijo de don Juan, don Juan Carlos de Borbón, fue jurado en "las llamadas Cortes" como Rey de España.

Capítulo XXV
El encuentro del Saltillo y el Azor

La corrosiva desunión del campo monárquico a que me he referido en el capítulo anterior estalló a raíz del viaje de Gil Robles a Londres para negociar con Prieto. Pedro Sáinz Rodríguez resume amargamente el episodio, que dejó confusa y desarbolada a la causa monárquica y acabó por arrojar a don Juan de Borbón (con el expreso apoyo de su madre, la Reina Victoria Eugenia) en brazos de Franco al verano siguiente. Por los ataques del diario monárquico *ABC* contra Gil Robles que rebasaban incluso las imposiciones de la censura gubernamental, los hombres de Gil Robles en el Consejo de Acción Monárquica para el interior, que presidía el general Kindelán, se retiraron del inoperante organismo. Un grupo de jóvenes dirigentes monárquicos que vivían en España —Valdecasas, Gamero, Eliseda y Pabón— encargaron al coordinador general, conde de Fontanar que durante un viaje a Estoril propusiera la virtual aunque honrosa descalificación de Gil Robles y Kindelán y el nombramiento de un jefe o secretario general ejecutivo de la causa monárquica para el que se propuso a Manuel González Hontoria o Jesús Pabón. No aceptaron y entonces el ex ministro de la Corona, Yanguas Messía, propuso al tradicionalista conde de Rodezno, ex ministro de Franco, que también se

negó. En vista de ello don Juan, cada vez más molesto con el batiburrillo, encargó a Kindelán la presidencia del Consejo Privado, que debía actuar preferentemente desde dentro de España para evitar deslices como las declaraciones al *Observer,* por cuya publicación don Juan seguía furioso. José María Oriol, que creía haber sido nombrado secretario general ejecutivo por Kindelán, empezó a actuar de acuerdo con el ministro Alberto Martín Artajo mientras Gil Robles se desesperaba en Estoril. Un atento análisis de las fuentes monárquicas de la época nos deja perplejos; y sin que podamos saber realmente quién mandaba en los dos Consejos, quién ocupaba realmente la Secretaría General y quién negociaba con las izquierdas dentro y fuera de España, por qué intervenían en esas negociaciones, sin mandato de nadie, los generales Aranda y Beigbeder dentro de España; y el conde de los Andes, el viejo conde de Romanones y Félix Vejarano en Francia. Esto es todo lo que puedo sacar en limpio cuando empezaba el año 1948 y los conspiradores juanistas de diversas categorías y pelajes iban advirtiendo, poco a poco, que los Estados Unidos (de acuerdo con el informe Kennan-Marshall que los juanistas conocían tan poco como los neojuanistas de hoy) ya no estaban en contra de la España de Franco [226].

En vista de la confusión entró entonces en escena un personaje esencial, absolutamente ignorado o maltratado en las historias y memorias, que me parece hoy digno de toda reivindicación y se llamaba Julio Danvila.

Don Juan viaja por Europa y América

El año 1948 se inicia con la reapertura plena por Francia de su frontera con España, ya vergonzantemente entreabierta desde meses antes como sabemos. El 13 de enero el informador habitual de Gil Robles, don Juan Jesús González, le comunica una conversación con el encargado de Negocios norteamericano, Culbertson, que había llamado insensatos a los monárquicos que pretendían la asfixia económica de España por los

---

226 Cfr. para la crisis de los Consejos SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 76; y Kindelán, op. cit., p. 347 s.

aliados: "Lo que tiene que hacer el Rey —aconsejaba el diplomático— es ponerse de acuerdo con Franco". El informe Kennan-Marshall ya actuaba. [227] A mediados de enero don Juan, con doña María, emprende una serie de viajes para liberarse de la opresiva atmósfera de Estoril, donde se ahoga entre tantos consejos contrarios de dentro y de fuera de España. Pasa unos días en Suiza y el 21 de enero está ya en Roma donde tiene audiencia con el Papa, quien confirmó las líneas generales de la orientación monárquica, se mostró reticente con la Ley de Sucesión y le recomendó que una vez en el trono emprendiera la política de reconciliación nacional que siempre había propuesto. Particularmente importante fue la conversación de don Juan con el influyente monseñor de la Secretaría de Estado don Juan Bautista Montini, democristiano y antifascista neto, que también atacó a la ley sucesoria española; pero los papas, como los reyes, siempre gustan de decir a cada interlocutor lo que quiere oír. Después de una breve escala en Portugal don Juan viajó a Cuba para un crucero por el Caribe invitado por el rey Leopoldo de Bélgica. Los españoles de América acogen con afecto y respeto al Conde de Barcelona que está de regreso en Estoril el 7 de abril. Gil Robles le informa sobre la confirmación de la última actitud norteamericana; el encargado de Negocios en Madrid, Culbertson, recomienda de nuevo a los monárquicos la cooperación con Franco, según acaba de decir a José María Oriol; la información que traía don Juan de sus conversaciones de segundo nivel en Estados Unidos era más confusa y cuando Gil Robles ofrece a don Juan retirarse si hace falta para una nueva política de aproximación a Franco, "me contesta realmente conmovido que no dará un paso sin contar conmigo, pues está plenamente identificado con mi criterio". Pronto comprobaría Gil Robles que una cosa es lo que prometen los reyes y otra lo que pueden cumplir [228].

Mientras don Juan de Borbón estaba de viaje, llegó a Madrid, para visitar a una hija suya, el almirante Forrest Sherman, jefe de la flota norteamericana del Mediterráneo, y se entrevistó con altos mandos de la

---

227 GIL ROBLES, *La Monarquía..., op.* cit., p. 253. cit.

228 Cfr. GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 258.

Marina española que establecieron con él sólidas relaciones de amistad y comprensión, importantes para el inmediato futuro. A fines de febrero Franco constituyó el Consejo del Reino poco antes de que, con el suicidio condicionado del ministro checoslovaco Jan Masaryk, los comunistas dieran un nuevo paso en su expansión de la guerra fría. Cada vez influía más el Pentágono sobre las decisiones estratégicas de los Estados Unidos y el presidente Truman, que aducía su condición de baptista y masón para regatear ayuda a una España que según él era foco de intolerancia, acabó por acceder a que se acelerase la política de préstamos limitados en favor de la recuperación de la economía española, que había quedado fuera del plan Marshall contra la voluntad del propio Marshall.

Virtualmente desbandados los Consejos de la causa monárquica, los juanistas de Madrid regresaron al antiguo método de las tertulias conspiratorias o "tés políticos" que se celebraban ocasionalmente en las casas del conde de Gamazo, el marqués de Luca de Tena, los señores Moutas y Satrústegui. La más importante de estas reuniones tuvo lugar a mediados de abril en casa del financiero y capitán de industria marqués de Aledo, con asistencia de toda la plana mayor de la causa monárquica, incluidos los generales Ponte y Beigbeder, para escuchar una significativa conferencia del general Kindelán sobre "El momento actual de Europa", de la que el propio Kindelán nos ha conservado el resumen y unos documentos sobre las consecuencias [229].

La hora de la colaboración con Franco

Kindelán, como era habitual en él, acierta de lleno en los aspectos estratégicos; falla en los tácticos. Capta con lucidez el agravamiento de la guerra fría que por entonces llegaba a uno de sus momentos más peligrosos: el bloqueo soviético de Berlín Occidental, que duró desde abril de 1948 a fines de septiembre de 1949, como escenario principal del enfrentamiento entre la URSS y los occidentales. Europa, según Kindelán, tenía que movilizar trescientas divisiones y Franco era un estorbo para que España

229 KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 351 s.

pudiera participar en la acción defensiva común de Occidente. (Los Estados Unidos, como hemos visto, pensaban exactamente lo contrario). Para Kindelán ya no era hora de síntesis europea; llegaba la necesidad de la síntesis atlántica, a la que España debe incorporarse en torno a don Juan de Borbón, aunque en caso de guerra o subversión interior se impondría la unión en torno a Franco.

Tan confusas tesis produjeron graves consecuencias. Los generales Ponte y Beigbeder, tan afectos a la causa monárquica, se apresuraron, sin embargo, a denunciar al Gobierno de Franco las tesis de Kindelán como subversivas; Beigbeder pretendía el ascenso y el permiso para incorporarse a la Liga Árabe en su lucha a muerte de aquel año contra el naciente Estado judío, que por fin se constituyó en la tierra de Israel después de casi veinte siglos de dispersión. Kindelán fue encerrado dos meses en el fuerte de Guadalupe y varios militares monárquicos, como el infante Alfonso de Orleans, pasaron a la reserva mediante secas disposiciones del Ministerio del Ejército. La acción monárquica en el interior de España contra Franco quedó desmantelada de nuevo. Ante las sugerencias de la Embajada norteamericana parecía llegar la hora de los enlaces que pretendían la colaboración entre Franco y don Juan.

Pero nacía también, a impulsos del Plan Marshall, una nueva Europa en la que se afianzaba la Democracia Cristiana como partido de Gobierno en Italia y pronto en Alemania. Las plataformas católicas de la política española, los Propagandistas y el Opus Dei, intentaban sintonizar con esa nueva dirección cristiano-política en dos planos: unos (la mayoría), a favor de Franco, en la línea marcada por Martín Artajo; otros —con mucha menos fuerza y número—, en contra de Franco y a favor de don Juan. La adhesión incondicional de los dos profetas de una y otra plataforma, monseñor Ángel Herrera, ya ordenado obispo, y monseñor Escrivá, favorecía naturalmente las tendencias de colaboración con Franco.

La sorpresa del Azor

La situación de José María Gil Robles en aquel verano de 1948 parece realmente patética. En la entrada de su diario correspondiente al 21 de

agosto, anota satisfecho que el famoso doctor liberal Gregorio Marañón y el veterano político del mismo signo conde de Romanones se han entrevistado con el líder socialista Indalecio Prieto en San don Juan de Luz donde han preparado una coalición liberal-socialista; actuaban, parece, como francotiradores y sin mandato alguno, que se sepa, de don Juan de Borbón. Para acabar de confundirlo todo, Gil Robles anota la sospecha de que el propio cuñado de Franco, Ramón Serrano Súñer, participa en esas conversaciones, que tienden a un pacto entre la etérea Confederación de Fuerzas Monárquicas y el Partido Socialista; el negociador autorizado por don Juan, aunque no muy relacionado con las instituciones monárquicas, es el conde de los Andes, a quien ayuda un monárquico que conquista la confianza de Prieto, Félix Vejarano. Pero no ha pasado aún una semana cuando, el 27 de agosto, el secretario de la Embajada británica en Lisboa pregunta a Gil Robles si es verdad una extraña noticia que empiezan a difundir las agencias mundiales: que Franco y don Juan se han entrevistado en el Cantábrico. Gil Robles, que no sabe una palabra, lo niega rotundamente. Hasta que los diarios españoles del día 29 insertan la siguiente noticia: "El pasado miércoles día 25, en alta mar, a la altura de San Sebastián, y a bordo del yate Azor de S.E. el Jefe del Estado, se celebró una entrevista del Caudillo con S.A.R. el Conde de Barcelona que pasaba de Arcachon a bordo del yate Saltillo. Después de saludarse y conversar sobre temas generales de actualidad, se trató de la educación del príncipe don Juan Carlos, quien, por deseo de su padre el Conde de Barcelona, comenzará el próximo curso en España sus estudios de bachillerato".

Poco después, el 8 de octubre, la agencia *Efe* difundía la noticia siguiente citando como fuente a la Secretaría de don Juan:

"Es absolutamente falso cuanto algunos periódicos o agencias vienen propalando con respecto a que, con motivo de la educación en España del príncipe don Juan Carlos, hijo de S.A.R. el Conde de Barcelona, haya hecho éste la menor abdicación de cuantos derechos le corresponden como heredero de S.M. Alfonso XIII".

Esto es cuanto los españoles de 1948 supieron acerca de la trascendental entrevista de Franco y don Juan a bordo del Azor.

La hora de Julio Danvila

En España las izquierdas, la masonería y el liberalismo radical guardan como un tesoro a sus hombres (intelectuales y políticos) en su memoria histórica, los recuerdan en sus medios de comunicación, los exaltan, los miman. En cambio, las derechas olvidan a sus políticos y escritores, reniegan de ellos, entregan sus periódicos y demás medios al culto de los intelectuales y políticos de izquierda; el diario presuntamente monárquico, por ejemplo, habla en estos últimos años mucho más de Azaña y Alberti que de Maura y Maeztu, aunque suele tener a punto leves alusiones a Pemán como coartada. De Julio Danvila, un político esencial de los años 30 y 40, nadie dice una palabra. Hay otros Danvila en las enciclopedias y a veces se confunde con ellos a Julio Danvila, un gran desconocido de la derecha española. Los juanistas abominaban de él; don Juan ignoró frívolamente sus relevantes servicios; Gil Robles le insulta copiosamente, y sus correligionarios de entonces no pararon hasta convencer a don Juan de que prescindiera de él. Sin embargo, don Juan Carlos le debe ser hoy Rey de España, después de a Franco y a Carrero Blanco, a Julio Danvila mucho más que a los colaboradores y consejeros de su padre don Juan, que por poco le dejan sin trono. Afortunadamente un escritor monárquico y riguroso, don Juan Antonio Pérez Mateos, ha devuelto a Danvila su lugar en la historia de España después de recibir importantes papeles de la familia Danvila [230]. Le sigo en esta presentación.

Julio Danvila Rivera (Madrid 1892) había estudiado Derecho en Madrid cuando, al final del período monárquico, sintió la vocación política y acompañó a la Familia Real en su salida hasta Francia después de haberse ganado la confianza y la amistad de Alfonso XIII en las horas difíciles. Durante la República actuó en el campo monárquico y fue vicepresidente de Renovación Española junto al conde de Vallellano y José Calvo Sotelo. Siempre situado en línea conciliadora, fue designado presidente de la TYRE, oficina de coordinación entre monárquicos alfonsinos y carlistas que funcionó con tanta eficacia en las elecciones de 1933. No intervino en política durante la Guerra Civil y se incorporó a las activida-

---

230 A. PÉREZ MATEOS, *El Rey que vino del exilio,* Barcelona, Planeta, 1981, p. 19 s.

des monárquicas en la posguerra, dentro del nutrido grupo de quienes procuraban la Restauración mediante un acuerdo con el general Franco, es decir, en el grupo que he llamado "de los enlaces", al que pertenecían también el duque de Sotomayor, jefe de la Casa del Conde de Barcelona; José María Oriol y el conde de Vallellano, con quien Danvila estaba muy identificado.

Danvila convence a don Juan y a Franco

En las turbulentas reuniones monárquicas de 1945 a 1948, Danvila, que se ha ganado también el aprecio de Franco, expone constantemente la necesidad de que don Juan se establezca en España de acuerdo con Franco, y si ello no es posible que al menos el príncipe don Juan Carlos venga a estudiar en España. Julio Danvila comunica estas ideas conciliadoras a don Juan en 1947 por carta y en enero de 1948 don Juan le contesta impresionado por sus consejos, pero inclinado a dejar libre actuación a sus partidarios de Madrid. Danvila sigue en la brecha, viaja a Estoril y obtiene de don Juan vía libre para tratar con Franco el cambio de política monárquica. Los consejos de Danvila habían hecho mella en don Juan, como revela don Juan en sus conversaciones con Sáinz Rodríguez: "Al fin y al cabo (habla de 1948), en eso sí que yo estaba de acuerdo: de no ser a través del Régimen franquista la monarquía no llegaría nunca a España", frase que los neojuanistas deberían escribir mil veces cada noche en la pizarra [231].

Ni en Estoril ni en Madrid creen don Juan y los consejeros monárquicos que la gestión Danvila tiene posibilidades mínimas, pero le dejan hacer. Y en junio de 1948 solicita audiencia en El Pardo. Franco le recibe entrado julio, en víspera de partir para sus vacaciones en Galicia.

Franco —según el detallado relato de Danvila— habló durante media hora muy resentido contra don Juan y contra algunos errores graves como citando una entrevista de don Juan y Prieto que Danvila desmintió tajantemente. Franco le enseñó copias (auténticas) de cartas de Prieto y

---

231 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 263.

Azcárate en las que se hablaba de volver a España con don Juan y luego echarle como habían hecho con su padre. Danvila trató de distinguir entre las opiniones de don Juan y las de sus consejeros, pero Franco le replicó: "A pesar de todo convénzase usted, Danvila, de que no hay nada que hacer puesto que lo de Estoril está perdido".

Danvila, heroicamente, volvió a la carga. Franco le atendió con interés pero se fue luego por los cerros de Úbeda, aunque se mostró sensible a procurar la educación del príncipe don Juan Carlos en España. Para ello Danvila propuso que si no se designaba a don Juan como sucesor, al menos Franco celebrase con él una entrevista sobre la educación del príncipe. Franco asintió y propuso para la entrevista las aguas de San Sebastián entre el 23 y 25 de agosto. Danvila redactó una nota para Padilla, secretario de don Juan; habló luego con Franco en San Sebastián, y don Juan, que regresaba de las regatas de Cowes en la isla de Wight, fue informado de todo en su escala de Belle-Ille y se mostró de acuerdo. El duque de Sotomayor embarca en el Saltillo cuando don Juan recala en Arcachon y Danvila vuelve a San Sebastián para informar a Franco, que envía por la radio costera un mensaje a Arcachon y confirma la fecha y lugar. En la radiante mañana del 25 de agosto, a cinco millas al norte de San Sebastián, se encuentran el Azor y el Saltillo para la entrevista de Danvila, a la que debe don Juan Carlos ser hoy Rey de España. Venían en el Saltillo con don Juan el infante Jaime, el duque de Sotomayor, Pedro Galíndez propietario del velero; Jesús Corcho, a quien don Juan había puesto junto a Jaime para protegerle de quienes pretendían tenderle una trampa tras otra y Eduardo Real de Asúa. Danvila acompañaba a Franco en el Azor con el comandante del barco, Pedro Nieto Antúnez, y el general Pablo Martín Alonso, antiguo ayudante de Alfonso XIII y ahora jefe de la Casa Militar. Había sido un milagro, dice con razón Danvila, al recordar la hostilidad que Franco había mostrado al principio de su entrevista con él.

La entrevista: "No se cayeron bien"

Con el abatimiento que puede suponerse, Gil Robles se recluyó en su casa hasta que don Juan regresó a Estoril a bordo del Saltillo; asistió, sin

llamar a su principal consejero, a unas regatas en el Tajo, donde se divirtió mucho y el 1 de septiembre convocó por fin al hombre a quien esa primavera había prometido no dar un paso sin ponerse de acuerdo con él. Danvila no contó la entrevista del Azor que sólo conocemos por la extensa versión de don Juan, amargamente transcrita en el Diario de Gil Robles.

Franco ordenó que una falúa del barco de guerra que le escoltaba, el Tambre llevase a don Juan con Sotomayor hasta el Azor, donde el Conde de Barcelona fue recibido con las pitadas de almirante. Después de un emocionado saludo en el que Franco derramó lágrimas abundantes, pasaron los dos solos a la cámara donde hablaron durante tres horas. Un familiar de Franco me resumió unos años después la impresión que se causaron los dos: "Se cayeron muy mal". Don don Juan se sintió muy decepcionado por Franco, que le trató de Alteza y con actitud paternalista, como —dice don Juan— "entregado a consejeros amargados y totalmente ignorante de los problemas de España". La conversación discurrió como un diálogo de sordos; don Juan hablaba del presente, Franco aludía vagamente al futuro. Franco admitió que pensaba quedarse otros veinte años en el poder, lo que escandalizó muchísimo a don Juan; en realidad serían más de veintisiete, por lo que los requerimientos de don Juan sobre preparar urgentemente la sucesión cayeron en el vacío. Don don Juan trató de plantear la mala situación económica de España, sin perspectiva; entonces precisamente empezaba a arreglarse. Franco, entre nuevas lágrimas, se declaró monárquico, habló muy bien de Alfonso XIII y afirmó que se sentía capaz de suscitar el fervor monárquico, ahora muy amortiguado en España; don Juan le replicó que cómo toleraba entonces la marea de propaganda antimonárquica y Franco se remontó a la historia de los Reyes Católicos. Comunicó Franco a don Juan diversas críticas sobre diversos políticos y militares del Régimen y, al quejarse don Juan de haber sido marginado en la Ley de Sucesión, Franco le cortó: "No lo hice porque quería tener a V.A. como un gallo tapado".

El acuerdo principal de la entrevista, relatado por Gil Robles con sordina, fue convenir en que el príncipe don Juan Carlos iniciara en España

sus estudios de bachillerato ya en el curso siguiente, mientras Franco se comprometía a rebajar los tonos de la propaganda antimonárquica y permitir que defendieran a la monarquía dos periódicos: el *ABC* de Madrid y el *Diario de Barcelona*. Franco propuso que el duque de Sotomayor actuase de nuevo como intermediario entre los dos, como ya había sucedido en una época anterior, pero de hecho se encargó de esa función hasta 1954 Julio Danvila de acuerdo con el duque. Vino Jaime con los demás acompañantes para el almuerzo y cambió con Franco unas palabras que demostraban la armonía con su hermano. Los marineros vascos del Saltillo ejecutaron brillantemente la maniobra de alejamiento después de la emocionada despedida.

Una carta de la reina Victoria Eugenia

La entrevista del Azor provocó un maremoto en los medios monárquicos y en los socialistas, que estaban a punto de firmar su pacto de oposición antifranquista con los monárquicos. El pacto se firmó, en efecto, el 30 de agosto, en San don Juan de Luz, entre Prieto por el PSOE y el conde de los Andes por la Confederación de Fuerzas Monárquicas, pero no merece la pena detenerse en sus estipulaciones; Prieto lo firmó después de asegurar que don Juan le había puesto los cuernos, según su gráfico lenguaje, y luego se desahogaría contra don Juan y contra Franco en una serie de artículos llenos de frustración y despecho, plagados de insultos soeces que no parece necesario ni higiénico reproducir. Gil Robles niega la firma suya en el pacto con los socialistas, pero Vejarano, su muñidor, llevaba la formal representación de Gil Robles y Sáinz Rodríguez. Socialistas y monárquicos siguen hablando del pacto, lo comunican a las cancillerías... hasta que el asunto se desintegra en el vacío. Tras una "larga y penosa" conversación con don Juan, Gil Robles anota: "Está obcecado. Comprende que no habrá acción internacional contra Franco. Habla lleno de desprecio por los anglosajones y dice que no hay más camino que entenderse con el dictador".

La Reina Victoria Eugenia pinesa exactamente igual. En una carta dirigida el 28 de noviembre a Danvila (transcrita por Pérez Mateos), le

dice: "Apruebo el buscar un rumbo nuevo en la política, pues lo anterior no había tenido éxito y para mí el que arriesga nada no gana nada". La guerra fría está en uno de sus apogeos; el senador americano Chan Gurney, presidente del Comité de las Fuerzas Armadas, visita a Franco y pide en los Estados Unidos el establecimiento de una alianza militar con él, y el propio general Marshall reprueba por anacrónica la condena contra España dictada por las Naciones Unidas en diciembre de 1946.

Los consejeros antifranquistas de don Juan vuelcan toda su influencia en que el príncipe don Juan Carlos no vaya a estudiar a España; el grupo de enlaces presiona, a través de Danvila, para que don Juan cumpla lo acordado en la entrevista con Franco. Probablemente la insistencia en airear el pacto mojado con los socialistas se debe a que los consejeros pretenden enconar de nuevo a don Juan contra Franco, y de momento el príncipe viaja a Suiza con Eugenio Vegas para el nuevo curso.

Don Juan Carlos junto al monte de El Pardo

Pero sólo por unas semanas. El grupo de enlaces gana la batalla a los consejeros antifranquistas, respaldados por el evanescente Consejo de Acción Monárquica y el 9 de noviembre de 1948 el príncipe don Juan Carlos llega a Madrid para empezar sus estudios de bachillerato. Un eminente canonista de la Compañía de Jesús, el padre José María Díaz Moreno, me comunicó en carta del 25 de diciembre de 1975, cuando acababa de iniciarse el reinado de don Juan Carlos I, "las reiteradas insistencias a los superiores en Madrid para que la Compañía se encargase de la educación del príncipe don Juan Carlos cuando llegó a España. Esta correspondencia está en Roma y supongo que también en el archivo de la Provincia. Creo recordar que la petición venía de Julio Danvila y que intervenía también el padre don Juan Antonio Cavestany. Recuerdo, especialmente, la tajante respuesta del General prohibiendo la aceptación de este encargo. Y creo también recordar, porque me llamó la atención, la razón de su prohibición: la Historia demuestra que los jesuitas, como preceptores de

príncipes, habían sido una verdadera calamidad" [232]. En cambio, conviene ya advertir que el Opus Dei haría todo lo posible por influir en la formación del príncipe y situaría junto a él, más tarde, a varios alfiles suyos de toda confianza. Métodos.

Eugenio Vegas Latapié fue por tanto nuevamente licenciado por don Juan, ahora en su papel de preceptor de don Juan Carlos, que se instaló en la finca madrileña de Las Jarillas, en la carretera de Colmenar, cerca de El Goloso, una propiedad de los marqueses de Urquijo próxima al monte y palacio de El Pardo. Dirigía los estudios un experto pedagogo, José Garrido, discípulo del padre Andrés Manjón, eficacísimo director del Colegio de La Paloma; y acompañarán al príncipe en esos estudios un grupo de jóvenes aristócratas, entre ellos Alfonso Gómez Torres, Alfonso Álvarez de Toledo, hijo del marqués de Villanueva de Valdueza; José Luis Leal Maldonado, futuro ministro de Economía y hoy presidente de la Asociación Española de la Banca; Jaime Carvajal y Urquijo, futuro financiero e hijo del conde de Fontanar; don Juan José Macaya, luego financiero, casado con una Sartorius; Álvaro de Urzáiz, hijo del duque de Luna; Carlos de Borbón Dos Sicilias, luego jefe de la Casa Real de Nápoles y casado con la princesa Ana de Francia a quien si no pareciera adulación, y aunque lo parezca, me atrevo a describir como espejo de príncipes; y Fernando Falcó, hijo del duque de Montellano, luego marqués de Cubas.

Quienes conocieron entonces a don Juan Carlos recuerdan, junto a su simpatía y sencillez, un inequívoco aire de tristeza, como si se diera cuenta (se daba cuenta) de que para el campo monárquico antifranquista era una baza; y para Franco una especie de rehén. No le ha sido fácil llegar al trono; pero ha sabido sortear, hasta noviembre de 1975 (y después) una sucesión terrible de campos minados.

---

232 Cfr. para esta carta y todo este capítulo mi segunda biografía de Franco (Planeta 1982), tomo V, p. 282 s. También KINDELÁN, op. cit. p. 360 s; Gil Robles, op. cit. p., 279, 283. Para la educación del príncipe de España es esencial el citado libro de Pérez Mateos.

"Rodeado de una camarilla de idiotas"

Después de la sorpresa del Azor, la llegada del Príncipe a España actuó como un nuevo cataclismo en el campo juanista. El infante Alfonso de Orleans, decidido adversario de los que llamaba "colaboracionistas", escribió: "Los monárquicos en su mayoría piensan que, ahora que don Juan ha entregado a su hijo y ha visitado a Franco, la situación es excelente y hay que hacer lo menos posible. Por eso se dedican a disfrutar de la vida, los ánimos están bien apocados". Los neojuanistas siguen hoy sin enterarse de que la mayoría de los monárquicos de 1948, como acaba de reconocer quien acababa de ser representante de don Juan, estaban por la conjunción de Franco y don Juan. (Kindelán cifra el número total de monárquicos en doscientas mil, casi todos con Franco.) En Estoril la reacción fue mucho más dura y menos resignada. El 7 de octubre Gil Robles había escrito: "No vale la pena seguir. Ante el peligro ruso los aliados acabarán por entenderse con Franco. El Rey está resuelto a pactar. ¿Voy a levantar bandera contra su política? Jamás. ¿Voy a secundar su nueva orientación? Ni mi conciencia ni mi dignidad me lo permiten. No tengo más que una salida: retirarme a la vida privada. Veo cada día más negro el porvenir de España. No puedo luchar. Me falta ya empuje; a veces pienso si, cegado por la pasión, no me colocaré fuera de la realidad. Creo haber cumplido con mi deber. Al comprender que no puedo ya luchar, me retiro a mi casa. Quedo vencido, fracasado, hundido... pero quedo limpio".

El 4 de noviembre, al comentar el despido de Eugenio Vegas por don Juan, dice: "Se le abandona con fría indiferencia. ¡Qué grave cosa es la ingratitud, sobre todo en los reyes!"

Sin embargo, Gil Robles había expresado su reacción más dura el 27 de octubre: "Tengo una larga y penosa conversación con el Rey. Por sí y ante sí, rodeado de una camarilla de idiotas, ha accedido a enviar a España dentro de pocos días al Príncipe... El Rey está entregado..." [233]

---

[233] Cfr. GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 276, 279, 281.

Dos telegramas en octubre

El nervio político y el idealismo de José María Gil Robles, a quien el historiador debe agradecer en todo su valor esta sinceridad de su diario, le ayudarían a remontar la tremenda crisis de desánimo que lógicamente le invadía. Sin embargo, el notable político tenía razón: don Juan había tomado resueltamente el nuevo camino de colaboración con Franco. Le felicitó por su santo el 4 de octubre y Franco contestó con afecto. Le volvió a felicitar el 20 de octubre con motivo de las bodas de plata con doña Carmen Polo en el telegrama siguiente:

Mi respetado General:

La sincera emoción propia de un soldado leal y patriota con que en nuestra entrevista evocó V.E. la memoria de mi Padre (q.e.p.d.) me hace pensar que en el día de sus bodas de plata recordará V.E. con la misma devoción a quien fue su padrino, y en mi deseo de asociarme también a ese recuerdo le dirijo estas líneas de cordial felicitación en esa importante fiesta de su vida familiar.

Como le informarán Danvila y el embajador en Lisboa, estimé que era preferible esperara mi hijo en su colegio de Friburgo el momento de ir a España, aparte del vivo interés que tenía su abuela, la Reina Victoria Eugenia, en tenerlo antes de una larga separación. Así, además, resultaba más fácil organizar sin precipitación su residencia.

Tengo ahora noticias de que las obras de Las Jarillas van deprisa y que, por otra parte, parece se resuelve también el plan de estudios. En vista de ello espero que en breve pueda el Príncipe trasladarse y que en ese interregno haya tiempo de ir realizando el propósito, por V.E. manifestado, de preparar un ambiente de cordialidad que facilite un futuro y provechoso camino a la política iniciada con nuestra entrevista.

Reiterando mi felicitación y haciendo votos por su felicidad personal en unión de su familia, le saluda con todo afecto,

Juan".

Una semana después, Franco contestaba por la misma vía telegráfica:

A.S.A.R. Don don Juan de Borbón.

Mi estimado Príncipe:

Mucho agradecí a V.A. el delicado recuerdo que con motivo de mis bodas de plata habeis tenido al querer asociaros a nuestra fiesta familiar y en la que no podía dejar de estar presente el recuerdo de las bondades de quien, en acto tan decisivo de mi vida, quiso honarme con su padrinazgo y cuya memoria ha sido siempre objeto de veneración en esta casa.

Oportunamente me llegó el aviso del embajador en Lisboa del viaje a Suiza del príncipe don Juan Carlos y del natural interés de la Reina, su abuela, en tenerle a su lado. Yo confío en que pronto esté Las Jarillas a disposición de recibirlo y pueda iniciar sus estudios en ésta con toda normalidad.

Por cuanto a su bienestar, seguridad y salud están tomadas todas las medidas y podeis anunciar a S.A. la Infanta el interés que todos pondremos en su mejor cuidado.

Ratificándole mi reconocimiento a su amable recuerdo, le reitero la expresión sincera de mi lealtad y afecto,

Francisco Franco"[234].

Por supuesto que la sugerencia de don Juan sobre mejorar el ambiente de recelo y hostilidad hacia la monarquía, Franco no contesta una palabra.

El expansionismo marxista y la guerra fría total

La reconstrucción industrial y la mejora de infraestructuras estaba ya en plena marcha cuando llegaron a España, a partir de 1949, las primeras ayudas financieras de Norteamérica. La recuperación económica de España la habían conseguido los españoles, aislados con sus escasos medios y con una política de intervención estatal para la creación de industrias básicas —el Instituto Nacional de Industria, el INI— que el ministro de Industria y Comercio, Suanzes, explicó y defendió a princi-

234 Telegrama en SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 368.

pios del año 1949 y que los consejeros de don Juan de Borbón se empeñaban en ignorar. Cuarenta grandes industrias, anunciaba Suanzes, entrarán en servicio a lo largo de 1949 y darían paso a la transformación de España que algunos retrasan indebidamente hasta los Planes de Estabilización y Desarrollo, diez años después. En el ambiente de la guerra fría se crean los dos organismos rivales que van a enfrentarse a vida o muerte: el COMECON, mercado común de la economía comunista entre la URSS y los países satélites; y el Consejo de Europa, embrión de una Europa nueva decidida a preservar los valores de la civilización occidental. Dentro de Europa, y en todo el Tercer Mundo, los partidos comunistas trabajaban como quintas columnas para abrir paso al expansionismo soviético, que ya contaba con la acción de vanguardias muy decididas en el seno de la Iglesia católica, empeñada entonces por sus presuntos sectores "progresistas" —eran realmente regresivos— en el "diálogo" con el marxismo que era realmente una entrega al marxismo. Franco trataba de intervenir en la lucha ideológica de aquellos tiempos confusos y a lo largo de los años 1949 y 1950 publicó en *Arriba* con el seudónimo de "J. Boor" una serie de artículos titulados casi todos ellos *Masonería,* que luego reunió en forma de libro, donde se reflejan por igual la excelente información de Franco sobre la historia masónica y sus excesivas simplificaciones y deformaciones sobre la realidad de la secta secreta.

La Iglesia apoya al régimen

Para reafirmar las excelentes relaciones de la Iglesia católica con el Régimen, Franco enviaba al Vaticano como embajador al democristiano Joaquín Ruiz Giménez, con el objetivo de conseguir un Concordato que sirviera, además, como reconocimiento solemne del Régimen por la Iglesia. En las cartas colectivas del Episcopado español de los años 1950 y 1951, se mantenía de forma expresa y solemne el apoyo de la Iglesia de España al Régimen que la había salvado de la aniquilación. La Santa Sede, regida por el Papa Pío XII, advertía perfectamente de los peligros de la expansión comunista que estaba a punto de apoderarse de la inmensa China, donde las florecientes misiones católicas sufrirían un terrible colapso y una persecución sistemática que persiste hasta hoy. Desde la doble plata-

forma marxista-leninista de la URSS y China —medio mundo—, el comunismo saltaba al Tercer Mundo, emprendía la conquista de Asia, África e Hispanoamérica. La amenaza era realmente dramática y mortal y el Papa Pío XII se enfrentó a ella con toda la fuerza de su magisterio. El 13 de julio de 1949 publicaba el Vaticano el célebre decreto del Santo Oficio por el que quedan excomulgados los católicos que militen en el comunismo, y se prohíbe totalmente la propaganda del comunismo en los medios católicos. Prelados heroicos como los futuros cardenales Mindszenty, Beran y Stepinac preferían el martirio a la apostasía y luchaban contra el comunismo bajo regímentes comunistas. Con parecida visión luchaba Pío XII contra la infiltración marxista en la Iglesia y contra la "Nueva Teología" que con su capa de progresismo trataba de desmantelar la doctrina y la cohesión de la Iglesia católica. La guerra fría no era solamente una confrontación estratégica, sino una lucha absoluta, total, en la que se jugaba el destino del mundo.

Don Juan prohíbe las actividades contra Franco

En este contexto estratégico, los Estados Unidos procuraban por todos los medios asegurarse la cooperación de España. Un documento del Departamento de Estado con fecha 1 de abril de 1949 dice: "El sistema nacional militar de los Estados Unidos desea hondamente ("is anxious") suscitar y mantener una atmósfera amistosa con España ante la posibilidad de un conflicto internacional". El 4 de abril se firma en Washington el Pacto del Atlántico sin la inclusión de España, pero Franco comenta que será muy conveniente un acuerdo bilateral militar entre España y los Estados Unidos, que de hecho se firmará tres años después. En mayo las Naciones Unidas votan a favor del levantamiento de las sanciones de 1946 contra España y la votación es positiva, aunque deba esperar a un nuevo intento para alcanzar la mayoría reglamentaria de dos tercios. Ahora el estamento militar norteamericano toma decididamente posición por el acercamiento a España. El 3 de septiembre una división naval norteamericana recala en la base de El Ferrol y su jefe desembarca para presentar sus respetos a Franco en el Pazo de Meirás. Unas semanas más tarde el presidente Truman anuncia que la URSS dispone de la bomba atómica y pronto se sabe que

este logro se ha debido a la traición de comunistas norteamericanos. España está cada vez más cerca de reingresar plenamente en la comunidad occidental con el apoyo de los Estados Unidos.

Es natural que con la nueva política de don Juan para el acercamiento a Franco, fomentada por Julio Danvila y el duque de Sotomayor, las actividades de la oposición monárquica contra Franco se reduzcan prácticamente a la nada. Disminuye muchísimo el volumen de los documentos del archivo Kindelán, en los que aparece, incluso, una tajante prohibición de don Juan que no quiere actividades de ese tipo. El infante Alfonso de Orleans está abrumado. "Lo que temo —dice— es que Franco saque dos ventajas: la primera es presentar al Rey como un extranjero que desconoce completamente a España y que por tanto no sirve para Rey; mientras que el Príncipe se está educando en España. Lo segundo será halagar al Príncipe, darle con dinero nuestras comodidades, lujos que no puede darle su padre. Ambas cosas tienden exclusivamente al mismo fin: no hacer la Restauración más que en el último extremo y entonces hacerla a su propio gusto". Para celebrar los funerales por Alfonso XIII el 28 de febrero de 1949, se instalaron en la basílica de San Lorenzo de El Escorial dos presidencias: una superior con Franco y otra inferior con el duque de Sotomayor. Al haberse transformado España en Reino por la Ley de Sucesión, Franco empezó a conceder diversos títulos del reino, empezando por los ducados póstumos de Calvo Sotelo, Mola y Primo de Rivera en 1948; en este sentido he denominado a Franco "rey sin corona", aunque algunos juanistas no lo hayan querido comprender.

La contraofensiva de los consejeros

Franco no había salido de España desde 1940 y 1941, cuando visitó en plena guerra mundial a Hitler en Hendaya y a Mussolini en Bordighera. A fines de octubre de 1949 decidió aceptar una invitación de Salazar para un viaje oficial a Portugal, donde casi tenía que tropezarse forzosamente con don Juan en Estoril. Con este motivo las relaciones de la nueva época se agriaron y los consejeros antifranquistas de don Juan le convencieron para que el príncipe don Juan Carlos interrumpiese sus

estudios en España. Fue un momento de grave crisis, aunque pudo superarse al final.

La ofensiva de Gil Robles y Sáinz Rodríguez para que don Juanito, como se le llamaba familiarmente en Estoril, no regresara a España después de su primer curso en Las Jarillas, que había sido por cierto muy satisfactorio en todos los sentidos, se planteó a mediados de septiembre de 1949 contra la "enorme presión", dice Gil Robles, de Danvila, Sotomayor y Montellano. El 25 de septiembre el embajador Nicolás Franco "deslizó la amenaza" (Gil Robles) de que si no volvía el Príncipe, Franco enviaría a las Cortes una ley excluyendo expresamente a don Juan de la sucesión. El 26 de septiembre en una reunión de don Juan con los consejeros antifranquistas se encarga a Gil Robles la redacción de una dura nota verbal de don Juan a Franco en la que le diga que la política de aproximación ha sido un fracaso y que el Príncipe no volverá. Entre desmesuradas acusaciones, Gil Robles trata de que don Juan despida a Danvila como intermediario con Franco ya que le cree totalmente entregado a Franco. Don don Juan cede y a fines de septiembre se envía a Franco la nota verbal que dice así: [235].

No puede dejar de hacer presente S.A.R. el Conde de Barcelona su creciente decepción por los escasos resultados de la fase política iniciada hace más de un año con la entrevista celebrada en aguas del Cantábrico. Esta decepción, aumentada al correr de los días, llegó a su plenitud al tener conocimiento del discurso que S.E. el Jefe del Estado pronunció ante las Cortes el pasado mes de mayo.

Arraiga, en consecuencia, en el ánimo de S.A.R. la idea de que su conducta, inspirada en los más puros móviles patrióticos, aparece respaldando una política de confusionismo, nacida del alcance que la opinión esperanzada dio a un suceso del que lógicamente había que aguardar consecuencias prácticas que la acción de Gobierno no ha hecho posibles.

La continuación de este estado de cosas haría considerar al Conde de Barcelona que no puede seguir prestándose a mantener en el ánimo de

---

235 Discusiones monárquicas en GIL ROBLES, op. cit. p. 304; nota verbal en Sáinz Rodríguez, op. cit. p. 369.

tantos españoles la ilusión de acuerdos que por desgracia no han llegado a ser realidad. Esto en ningún caso quiere decir que iniciará actos de hostilidad o disentimiento.

Como padre, siente S.A.R. el dolor sincero de que ésta, su apreciación del momento político, pudiese ser un obstáculo para la vuelta del Príncipe a España, toda vez que las razones patrióticas y docentes que aconsejaron enviarle durante el curso pasado han sido interpretadas en un sentido que, por no estar de acuerdo con la realidad, se prestan a desorientaciones y confusionismos que es necesario desvanecer previamente.

Esta nota era la venganza de Gil Robles por la entrevista del Azor y el intento para restablecer la hostilidad entre Franco y don Juan. En el debate con los consejeros previo a la nota, Gil Robles había dejado caer una frase terrible: "Piense V.M. que el Príncipe es la única arma de que dispone frente a Franco".

La dura respuesta de Franco a la nota verbal

Fijada la visita de Franco a Portugal para el 25 de octubre siguiente, se plantea el problema de una nueva entrevista entre él y don Juan. Se interponen serios problemas de protocolo y al final don Juan decide quedarse en su casa de Estoril y no visitar a Franco, que pretendía conceder una audiencia al Conde de Barcelona en el palacio de Queluz. Llega Franco a bordo de la Escuadra al estuario del Tajo y los marinos de España prodigan sus atenciones al Conde de Barcelona. Don don Juan, aunque no visita a Franco, le envía un mensaje cordial, que es correspondido por Franco en parecidos términos, en el que llama a la Reina Victoria "mi señora".

Franco regresó a España y, como había anunciado don Juan en su nota verbal, don Juan Carlos no volvió a Las Jarillas. El grupo de estudiantes siguió el curso en el palacio de Montellano, dirigidos por el señor Garrido, que también viajó varias veces a Portugal para supervisar los estudios del Príncipe, como si previera que para el siguiente curso podría reunirse con sus compañeros en España, y así sucedió por fortuna.

Unos días antes de que Franco llegase a Portugal, es decir, el 19 de octubre, don Juan convocó a Gil Robles para leerle la respuesta de

Franco a su nota verbal. Era una nota muy extensa cuyo texto no se ha publicado. "Las principales ideas del farragoso engendro, redactado sin duda por el propio Franco —resume Gil Robles— son las siguientes: 1) En la entrevista del Azor él no hizo ninguna promesa. 2) Con la Ley de Sucesión inició la posibilidad de un régimen monárquico que debe agradecérsele, cuando le hubiera sido muy fácil instaurar otro sistema. 3) La educación del Príncipe en España es un beneficio para éste y para la dinastía, que no se ha estimado en su verdadero valor. 4) No se comprende que la presencia del Príncipe haya creado ninguna situación equívoca, pues bien claro se manifestó por el propio Franco en su discurso de mayo ante las Cortes (donde atacó violentamente a la monarquía). 5) Por ningún motivo hay que pensar en la suspensión del Régimen actual. 6) La actitud del Rey se debe al grupito de monárquicos inquietos y a la funesta actuación de malos consejeros. 7) Piense el Rey que hoy las restauraciones monárquicas son muy difíciles. Todo esto en tono confuso, enfático, llamándose a sí mismo caudillo, no dando al Rey más tratamiento que el de alteza y haciendo repetidas referencias a las conveniencias de la dinastía". [236]

Tristeza y frustración de don Juan al acabar 1949

Don don Juan se sentía muy a disgusto en el nuevo clima de ruptura. A la primera comunión del infante Alfonsito, como anota Gil Robles, no vino nadie de España; don Juan, después de la esperanza del Azor volvía a estar solo. Don don Juan Carlos echaba muchísimo de menos a sus compañeros de Las Jarillas. El 11 de noviembre fallecía en Sevilla el infante Carlos, padre de la condesa de Barcelona, que había sido heredero del trono de España antes que jefe de la Casa Real de Nápoles, y don Juan no permitió a su esposa que viajara a Sevilla para despedirse de él. Pese a la reanudación de las sordas hostilidades con Franco, don Juan no prescindió de Danvila y prohibió expresamente a los monárquicos de España que mostrasen oposición al Régimen. Gil Robles notaba este clima de abatimiento y decepción y presentía la derrota definitiva de los consejeros

236 GIL ROBLES, op. cit., p. 309 s.

antifranquistas. El propio Sáinz Rodríguez se inclina a que para el curso que se abrirá en 1950 don Juan Carlos vuelva a España y Gil Robles termina por adherirse a la idea. Viene el conde de los Andes a principios de diciembre y encuentra a don Juan "deprimido, escéptico, falto de aliento". Para colmo, y también a principios de diciembre, el infante Jaime, manejado por un grupo de aventureros, anuncia en París que se dispone a reclamar sus derechos al trono de España, ya que su renuncia de 1933 fue nula; la prensa española, sin duda con la aprobación de Franco, airea esas declaraciones en la misma línea que el diario oficioso *Arriba* había publicado ya en 1947 unas declaraciones del marqués de Villamagna, grande de España, en favor de Alfonso de Borbón Dampierre como candidato al trono de España. La Reina Victoria Eugenia escribe muy alarmada a su hijo y los consejeros de Estoril están de acuerdo en que si don Juan no permite al fin la vuelta de su hijo a España, Franco puede decidirse a jugar la carta sucesoria de Alfonso de Borbón Dampierre, y eso que aún nadie imaginaba que acabaría casándose con la nieta mayor de Franco. La esposa de Jaime, Emmanuela Dampierre, había conseguido el divorcio en un tribunal rumano y Jaime decidió casarse con una actriz alemana de segunda, Carlota Tiedemann, mientras sus hijos, Alfonso y Gonzalo, seguían en un colegio de Suiza totalmente ajenos a España. Precisamente la extraña unión de Carlota con Jaime suscitó la nueva actitud del duque de Segovia. Y no pasaría mucho tiempo sin que Franco reclamase a esos príncipes como cartas para su juego dinástico.

Terminaba el frustrante año 1949 con unas amargas palabras de Gil Robles en su diario: "Sin escribir una línea que pueda perjudicar al Rey, analizo objetivamente la situación para acabar formulándole la pregunta de si no ha llegado el momento de abandonar las actividades políticas. Creo, sinceramente, que nosotros no somos ya nada más que un recuerdo en la política española. Las defecciones y la muerte van a diario aclarando nuestras filas. Las nuevas generaciones nos resultan por completo extrañas. Durante catorce años hemos salvado con nuestro sacrificio la significación que un día tuvimos. Nuestra tarea está cumplida".

Capítulo XXVI
Los consejeros de don Juan buscan una nueva ruptura

HAY DOS AÑOS CAPITALES —y mal conocidos— en la relación entre Franco y don Juan: 1942 y 1951. En 1942 Franco ofreció formalmente a don Juan por escrito, como vimos, la sucesión a título de Rey, el mismo ofrecimiento que hizo a don Juan Carlos en 1969. Don Juan Carlos aceptó, como veremos; don Juan no, como ya hemos visto. En el capítulo siguiente vamos a analizar el segundo suceso prácticamente desconocido: la sugerencia —con anuncio de exigencia— de Franco a don Juan en 1951 para que renuncie a sus derechos al trono en favor de su hijo don Juan Carlos, que había empezado a estudiar en España bachillerato durante el curso 1948-49; se quedó en Estoril por las tremendas presiones de los consejeros antifranquistas para el curso siguiente; y regresó a estudiar en España durante el curso 195051. En el capítulo actual presentamos la carta de don Juan a Franco que motivó la citada reacción de Franco a los dos meses. Todo este período —1948 a 1954— discurre bajo la supervisión de Julio Danvila para las relaciones Franco-don Juan y para la educación del Príncipe, de la que se ocupan, con muchísimo interés, sus padres los Condes de Barcelona y el propio general Franco. Un libro insustituible, el ya citado de J.A. Pérez Mateos que cuenta con el

testimonio de Danvila, nos aclara cuanto se refiere a la educación del Príncipe y su hermano Alfonso. Como ésta no es una biografía de don Juan Carlos, sino un análisis del antagonismo y la relación entre Franco y don Juan, no insistimos en la educación de los príncipes que se describe cabalmente en ese libro citado. Desde el 24 de noviembre de 1948, primera conversación de don Juan Carlos y Franco, el jefe del Estado se preocupó con interés creciente, a veces por medio de contactos y adoctrinamientos personales, de la formación del Príncipe don Juan Carlos, sobre todo en aspectos de interpretación histórica y conocimiento de la España reciente y actual, en lecciones que Franco trataba de explicar de forma comprensible para el adolescente. Al principio la actitud de don Juan Carlos hacia su mentor fue correcta, pero fría y distante. Poco a poco esa relación se iba haciendo más cordial y el propio Franco se empeñó siempre en fomentar en el Príncipe el respeto y la consideración a su padre, para lo cual desde luego don Juan Carlos, que siempre adoró a don Juan, no necesitaba estímulos. Poco a poco el joven príncipe fue dándose cuenta, instintivamente, de que estaba en medio de los dos y que su camino en tales circunstancias —lo que he llamado la baza y el rehén— era dificilísimo pero necesario. Que lograse recorrer felizmente ese camino parece, desde nuestra perspectiva, casi un milagro.

La ONU se retracta de su condena de 1946

Al comenzar el año 1950, el *New York Times* publicaba una carta del secretario de Estado Dean Acheson (nada afecto a Franco) al senador Tom Connally (ganado por el trato de los diplomáticos españoles en Washington) que sorprendió a los lectores liberales del diario porque ratificaba de forma contundente el cambio de actitud de los Estados Unidos en favor de España. Indalecio Prieto, que aún se aferraba a su pacto inútil con la etérea Confederación de Fuerzas Monárquicas firmado en septiembre de 1948, a las pocas semanas del encuentro de Franco y don Juan en el Azor, se desesperaba en sus declaraciones: "Los Estados Unidos se están divorciando de la Europa democrática por su actitud con Franco". La pasión cegaba a Prieto; lo que realmente sucedía es que los Estados Unidos, por motivos estratégicos de guerra fría, estaban imponiendo a la

Europa democrática una nueva actitud favorable hacia Franco. Justo entonces los tribunales americanos condenaban a Alger Hiss, consejero principal del presidente Roosevelt, por perjuro y espía, y pronto decretarían la ejecución de los espías atómicos Klaus Fuchs y el matrimonio Rosenberg, todo lo cual causó una inmensa conmoción en América. Consciente de la nueva situación, escribía en *Arriba* el 19 de febrero José María de Areilza: "Los apuros en los que ahora se debaten los doctrinarios democráticos anticomunistas son verdaderamente peregrinos". El embajador criticaba "a la discordia electoral como base del sistema y la extensión del sufragio no calificado y el azar de las urnas". Franco, bajo su seudónimo de "J. Boor" arremetía en el mismo diario de Falange contra "los Borbones que introdujeron (en el siglo XVIII) el vendaval masónico que había de arruinar a nuestra patria". El 10 de abril de este año 1950 la hija única de Franco, Carmen, se casaba solemnemente en el palacio de El Pardo con el doctor Cristóbal Martínez Bordíu, marqués de Villaverde, con plática del cardenal primado Pla y Deniel en la que ponía a los novios como ejemplo el hogar de Nazaret y el de los felices padres de la novia. Resumo casi telegráficamente los principales acontecimientos de los años 1950 y 1951 porque el cuerpo del presente capítulo y del siguiente lo formarán las extensas y significativas cartas de Franco y don Juan. El senador por Wisconsin, Joe MacCarthy, desencadenaba su cruzada contra los comunistas infiltrados en la Administración de los Estados Unidos, sin que sus posteriores exageraciones deban descalificar sus fundamentos ciertos, como intentó la izquierda americana después. Nacía por entonces la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, primera estructura de la Europa unida venidera.

La guerra de Corea

La guerra fría no era solamente ideológica y verbal. En la madrugada del 25 de junio cinco divisiones de Corea del Norte, con la enorme China comunista detrás, invadían Corea del Sur, la nación pro-occidental del continente asiático, y el presidente Harry Truman aceptaba inmediatamente el desafío; la guerra de Corea demostraba sangrientamente el expansionismo comunista y favorecía la integración de España en la comunidad occidental. La pren-

sa americana llama "rojos" a sus nuevos enemigos asiáticos, el mismo nombre de los enemigos de Franco en la Guerra Civil española.

El 7 de septiembre el Gobierno francés, que cuatro años antes parecía a punto de caer en manos comunistas, emprendía una redada de comunistas españoles cuyas actividades quedaban prohibidas en Francia. Una semana más tarde, el héroe de la Segunda Guerra Mundial, general Douglas MacArthur, reconquista Seúl, la capital de Corea del Sur, y cuando Franco regresa de un viaje a Canarias y a los territorios españoles de África, la Asamblea General de las Naciones Unidas se retracta de su condena de 1946 contra España y abre el camino para el retorno de los embajadores extranjeros a Madrid y para el ingreso de España en los organismos especializados de la ONU. "Son ellos quienes han cambiado, no nosotros" es el único comentario de Franco mientras Alberto Martín Artajo explica triunfalmente ante las Cortes el fracaso del acoso internacional contra España desde 1945. Las esperanzas del exilio se desvanecen; Indalecio Prieto dimite como presidente del PSOE, abandona Europa para siempre y declara con amargura incontenible: "Mi fracaso es completo. Soy responsable de haber inducido a nuestro partido a que se fíase de los potentes Gobiernos democráticos que no merecen esa confianza, como acaban de demostrar". La declaración del fantasmal Gobierno de la República en el exilio parece surrealista y el ex ministro sindicalista Juan López define a la votación de la ONU como "la segunda pérdida de la Guerra Civil". Los Estados Unidos intercambian, antes de acabar el año, embajadores con España: el caballeroso Stanton Griffis y el cínico José Félix de Lequerica.

Es una desgracia para la Historia que los cuadernos del diario de Gil Robles para los años 1950-52 desaparecieran en una inundación en Lisboa, porque el contraste de su testimonio me parece casi imprescindible. Pero sabemos que la contrapresión de los enlaces entre Franco y don Juan, singularmente el duque de Sotomayor y Julio Danvila, juntamente con la nostalgia de España que mostraba el Príncipe Juan Carlos durante su paréntesis de Estoril en el curso 1949-50, así como el patriotismo de Gil Robles y Sáinz Rodríguez, aconsejaron a don Juan devolverle a España para el curso 1950-51, acompañado ahora por su hermano menor, el infante don Alfonso. Pero con el fin de sustraerles un tanto de la tutela de Franco, el especial colegio

nobiliario se instaló, desde ahora a 1954, en el palacio donostiarra de Miramar, propiedad de don Juan, donde continuaron los estudios bajo la dirección de José Garrido y el padre Zulueta (a quien Pérez Mateos llama preconciliar e integrista), junto con otros profesores como Carlos Santamaría y al año siguiente el miembro del Opus Dei Ángel López Amo que ya había tratado al Príncipe en Friburgo; ya dije que el Opus estuvo siempre muy interesado en la formación de don Juan Carlos que los jesuitas habían rechazado. La estancia de los Príncipes y sus compañeros en Miramar, el idílico "cottage" construido por la Reina María Cristina, madre de Alfonso XIII, en el espolón rocoso que divide las playas de la Concha y Ondarreta, fue muy agradable en cuanto a convivencia y muy provechosa en cuanto a rendimiento de trabajo. Así lo reconoce don Juan en la carta que envió a Franco en diciembre de 1950, en la que insiste en que la creación y orientación del colegio han sido cosa suya:

Mi estimado General:

Acaban de llegar mis hijos Juan Carlos y Alfonso a pasar las vacaciones de Navidad y con este motivo me es grato expresarle mi sincero agradecimiento por las facilidades de que, me consta, han sido objeto tanto durante su permanencia en San Sebastián como en el trayecto del viaje.

Estoy muy satisfecho del funcionamiento del Colegio que he instalado en Miramar, pudiendo apreciar por mi chicos que han aprovechado bien el tiempo y sé por sus profesores que han sido en todo momento atendidos por las autoridades cuando han tenido que acudir a ellas, sin llamar tampoco la atención con exageraciones de acuerdo con los deseos que expresé al duque de Sotomayor cuando le encargué la instalación.

Don Juan admira la serenidad y el ejemplo de Franco

Quiero aprovechar esta ocasión para desearle unas felices Pascuas de Navidad con todos los suyos y una muy Feliz entrada de Año.

Sigo con gran atención la situación internacional y comprenderá mi honda preocupación por la marcha de los acontecimientos. Por otra parte, he visto con sincera satisfacción y así lo manifesté oportunamente a sus representantes diplomáticos en Berna, Roma y Lisboa, la rectificación de la

absurda actitud que tomaron en su día las Naciones Unidas en el llamado "caso español". Me admiraba la serenidad de V.E. durante todo este tiempo dando ejemplo al pueblo que dignamente ha sabido mantenerse firme.

Le saluda con todo afecto.

Estoril, diciembre de 1950 [237].

Una sugerencia de Danvila

Al comenzar el año 1951, el general jefe de las tropas atlánticas en Europa, Dwight D. Einsehower, declara que le gustaría contar entre ellas con medio millón de soldados de Franco. Para el largo tiempo silencioso general De Gaulle, la estrategia norteamericana en aquellos momentos consistía en no plantar cara a la URSS en Europa, sino reconquistarla, si era preciso, desde dos bastiones: Inglaterra y España. En el mes de marzo tienen lugar los primeros disturbios sociales importantes en España: una subida de la tarifa de tranvías desencadena en Barcelona una huelga general que repercute en las industrias de Bilbao. Son agitaciones sociales, no políticas, que no denotaban descontento político, sino síntomas de una evolución (no por ignorada menos cierta y positiva) en la vida económica del país. Es decir, que se trataba de una crisis de crecimiento; porque, aunque los consejeros antifranquistas de don Juan cometieron el tremendo error de no advertirlo, justo en algún día de esa primavera de 1951 los españoles, con su esfuerzo desde 1939 y con las primeras inyecciones de la ayuda norteamericana, habían logrado, como señalaron pronto economistas de la talla del profesor Juan Velarde Fuertes, recuperar en ascenso el nivel económico de 1930, hundido después en la depresión de la República y la tragedia de la Guerra Civil. Un abismo de veintiún años que se colmaba en 1951. Se iniciaba, entre defectos y tanteos, el despegue y el auge de la economía española (arrancaba, por ejemplo, el gran recurso del turismo) que a finales de la década ya se había convertido en "milagro español". Y justamente en estas circunstancias de gran esperanza, tras la gran victoria exterior en la retractación de la ONU, es

---

237 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 369 s. Contextos del capítulo en mi biografía de Franco (Planeta 1982), tomo VI, p. 14 s.

cuando los consejeros antifranquistas de don Juan le ponen a la firma su carta del 10 de julio de 1951, que encierra el más equivocado de sus análisis.

La carta de don Juan tiene un importante antecedente. Por una nota del secretario diplomático de don Juan, Ramón Padilla, al ex ministro y líder monárquico del interior Manuel González Hontoria, fechada el 17 de febrero de 1951, sabemos que Danvila pretendía, ante el cambio favorable de las relaciones exteriores de España y de la relación Franco-don Juan, que éste, sin contar con sus consejeros antifranquistas, hiciese una declaración solemne de "la parte que como español toma de las satisfacciones de la patria" y dijera que todas sus posturas anteriores no respondían más que a ofrecer una alternativa a la intervención extranjera que parecía posible. Por otra parte, Danvila proponía celebrar una nueva entrevista de acercamiento entre Franco y don Juan.

En cuanto al primer punto, Danvila puntualizaba (en conversaciones con un consejero de Estoril) que "no se puede deshacer en un momento lo que se dejó arraigar durante varios años", pero que debe seguirse la trayectoria de aproximación. La entrevista podría dejarse para el verano, y serviría para lograr "muchos puntos de coincidencia" [238].

Los consejeros antifranquistas de Estoril conocieron esta nota de Padilla y la nueva gestión de Danvila, del que abominaban porque contradecía sus empecinamientos. Y completamente fuera de la realidad económica, guiados solamente por su resentimiento ya enquistado, interpretaron al revés los disturbios de la primavera de 1951 y prepararon para don Juan la carta menos explicable y más equivocada de don Juan, que reproduzco a continuación:

Don Juan advierte que no piensa renunciar

Estoril 10 de julio de 1951

Excelencia:

La proximidad de un nuevo aniversario del Movimiento Nacional, la agitación pública provocada por la gravedad de la situación

---

238 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, ibid. p. 370.

económica española y el malestar creciente de enormes sectores de la vida nacional me impulsan a dirigirme a V.E. para comunicarle mi inquietud y mi preocupación por los problemas de España, los cuales, una vez concluida la presión exterior y restablecida la normalidad de las relaciones diplomáticas, parece que deben ser abordados y resueltos libremente por los propios españoles.

Creo inútil emplear en esta carta un lenguaje insincero por el temor de herir su susceptibilidad personal, que dejo desde ahora salvada por mi convicción absoluta del buen deseo y patriotismo que inspiran sus actos de Gobierno.

Quiero decir la verdad tal como leal y libremente la entiendo, sin influencias de nadie, ya que el texto definitivo de esta carta no ha sido dado a conocer previamente a ningún organismo monárquico. La franqueza de la apreciación mutua de nuestros actos y propósitos puede conducir a resultados prácticos y beneficiosos para nuestra patria. Dejemos, pues, de lado posiciones o afirmaciones que sólo pueden justificarse por necesidades de la propaganda política.

Nunca he tenido duda en admitir que su resistencia a una inmediata restauración la monarquía tiene por base el cumplimiento de lo que juzga ser un deber patriótico. Espero que, a su vez, me haga la justicia de pensar que cuando propugno la Restauración no lo hago por móviles personales, sino por la clara conciencia de un deber que me impulsa a procurar ser útil a España, sean cuales fueren los sacrificios que ello exija. Ha sido la Providencia la que ha echado sobre mis hombros la responsabilidad de encarnar finalmente los derechos históricos de las dos ramas dinásticas españolas.

Fiel a esa herencia, nunca seré yo quien altere las leyes históricas de sucesión, con renuncias que, al no estar justificadas por ninguna suprema urgencia nacional, constituirían un atentado a la misma esencia biológica de la institución monárquica. Tampoco le ocultaré que pesa extraordinariamente en mi ánimo el temor de que, pasada la oportunidad, no tenga la monarquía la ocasión de prestar a la patria los servicios que tantísimos españoles esperan de ella.

Don Juan llama aislada a la España que se abre al mundo

"El actual Régimen español, al cabo de muchos años de querer superar obstáculos de todo género, ha experimentado un desgaste que V.E. no habrá dejado de percibir.

Influye en ello poderosamente la tremenda crisis económica que llega a todos los hogares con excepción de los de una minoría afortunada; que está a punto de llevar a la desesperación a las masas necesitadas; que acelera por días el pavoroso proceso de la proletarización de las clases medias; y que, por ser fruto de una política persistente durante todos estos años, ha herido profundamente las raíces mismas de la riqueza nacional.

Al lado de este factor no deja de pesar la censura, cada vez más generalizada, de una corrupción administrativa que si siempre es posible en los Estados, máxime en las épocas cruciales de la Historia, es inevitable cuando el sistema político no permite la crítica veraz y ordenada de la Administración mediante adecuados organismos representativos y a través de un minimum *de necesaria y legítima libertad de expresión.*

Aun en los espíritus menos sensibles a la influencia de factores externos, causa ya honda inquietud el aislamiento internacional de España que, pese a rectificaciones parciales, más de forma que de fondo, amenaza ya con que llegue a considerarse normal nuestra exclusión de aspectos esenciales de la cooperación internacional. Y siendo la afirmación constante de una orgullosa independencia la base sentimental del régimen, la realidad es que, aplazada la solución del problema político, cada día que pasa aparece España más sometida a la necesidad de una ayuda extranjera, con todos los riesgos que esto puede entrañar para su dignidad nacional y aun para su efectiva independencia.

Si la hostilidad con que V.E. ha tropezado en el orden internacional fuera consecuencia de la posición anticomunista de España, o si las actitudes hace años exteriorizadas hubiesen ido acompañadas de intentos de intromisión en el dominio soberano del país, la resistencia en las posiciones actuales aparecería como un imperativo del honor. Jamás daría yo un paso que pudiera significar que la monarquía admitía el

más leve contacto con la tiranía comunista, que aspiraba a ser restaurada por imposición extranjera. Por fortuna los hechos no dejan lugar a duda alguna en este orden. La enemiga que se advierte en el mundo internacional no nace de la significación anticomunista del Régimen actual. Bastaría para demostrarlo el hecho de que hayan adoptado esa actitud poco amistosa las grandes potencias que hoy se están enfrentando eficazmente con Rusia, así como el reconocimiento del Gobierno de V.E. por todos los Estados precisamente cuando acaba nuestra guerra victoriosa contra el comunismo.

En cuanto a intentos de intromisión en el ámbito inviolable de nuestra soberanía, creo que nadie puede hablar seriamente de ellos en el preciso momento en que las Naciones Unidas han rectificado los absurdos acuerdos de 1946, ante los cuales hice constar, de modo indubitable, mi opinión adversa en el momento oportuno.

Si son laudables y dignos de admiración la persistencia y el entusiasmo en la defensa de una doctrina política, no creo que la eficacia sustancial de ésta se disipe por el hecho de mostrar flexibilidad ante circunstancias históricas insuperables, y hoy parece evidente que beneficiaría a España una modificación del sistema económico y político imperante.

Cabe también pensar, sin formar juicios temerarios, que la vacilación de V.E. a iniciar resueltamente una evolución política obedece a la esperanza de que las críticas circunstancias mundiales obliguen a las potencias anticomunistas a contar incondicionalmente con España y darle, en consecuencia, ayuda ilimitada que le permita prolongar sin modificaciones la organización presente.

Reconozco que es posible una conflagración mundial en un futuro más o menos inmediato; pero también lo es la prolongación del "statu quo" actual y aun la realización de un acuerdo más o menos precario que aleje tal vez "sine die" el peligro de guerra, complicándose gravemente entonces con toda verosimilitud nuestra situación internacional.

No parece, pues, que sea aconsejable confiar exclusivamente en que el auxilio extranjero ha de llegar por la necesidad de nuestra cooperación militar en un conflicto próximo. Las previsiones en esta materia son muy

inseguras y no creo que deba de arriesgarse el porvenir basándose en ellas. Buena prueba de esto nos ha ofrecido la última guerra mundial, pues la fe ciega que muchos tuvieron en el triunfo del Eje ha sido, sin duda, la causa más poderosa de las tremendas dificultades que ha sufrido y aún sufre Europa para su reorganización durante la posguerra.

Cuando España despega, don Juan dice que se hunde

Por otra parte, la gravedad de la situación económica, a la que antes me referí, no se remedia con ayudas parciales, penosamente obtenidas, sino con una conjunción de auxilios poderosos y de medidas internas que los hagan posibles.

Porque —V.E. lo sabe perfectamente— la situación económica del país requiere una sólida ayuda exterior para su saneamiento; para hacer soportable y digna la vida de las clases medias y obreras; para que la defensa nacional tenga armas y medios de los que España no puede autoproveerse; para que el problema político de nuestra patria no se agrave de modo irremediable en la aguda crisis. El remedio de esta situación —conviene repetirlo— exige una cuantiosa aportación exterior. Con los recursos interiores e insuficientes de la actual política económica, la situación empeorará, tendrá graves repercusiones sociales y creará un ambiente propicio a la actuación de elementos disolventes en unas circunstancias extraordinariamente delicadas. No es bastante el fin, moralmente satisfactorio, del cerco diplomático. Es indispensable la maciza asistencia económica con la que otras naciones han contado.

Pero en el cuadro actual de la economía española existen rasgos que, por una parte, dificultan la obtención de esa ayuda en la cuantía necesaria, y, por otra, comprometen la acertada inversión de los recursos prestados.

Esos defectos, en parte explicables como consecuencia de un largo período de aislamiento y de escasez, podrían y deberían ser ahora objeto de un saneamiento radical. España precisa una política económica austera y de nueva planta, que, una vez acotada la zona indispensable de la empresa pública, abra ancho campo y efectivo aliciente a ese espíritu individualista y emprendedor que es uno de los patrimonios humanos

de nuestro pueblo. Podría así superarse la actual economía entablillada, en la cual la injerencia burocrática suscita un permanente peligro de atrofia y de corrupción.

Don Juan: La jusitificación del Movimiento está en su desenlace

Don Juan desconoce, pues, la fecundidad del INI y atribuye espíritu emprendedor al capitalismo español medroso y anquilosado. Descalifica una política económica que iniciaba el despegue imparable y pronostica el caos en vísperas del gran desarrollo, debido, en buena parte, a esa iniciativa de pequeños y medianos empresarios que ya llevaban más de diez años trabajando de sol a sol por la reconstrucción y el despegue de España. Realmente, don Juan estaba aconsejado por ignorantes e inexpertos. Se vuelve entonces a la evolución política, mostrándose sorprendentemente conforme con el Movimiento como victoria y como origen:

La evolución política que la inmensa mayoría de la nación echa de menos parece ya de inaplazable ejecución. Podría decirse que a los españoles su Estado actual se les ha quedado estrecho porque unas instituciones políticas a la medida de la posguerra Civil y de la angustia de la contienda mundial no pueden ya ofrecer el ancho cauce que merece una gran nación. Dicho de otro modo: se ha producido el divorcio entre grandes sectores de la opinión del país y los organismos estatales. Una política salvadora en circunstancias excepcionales resulta contraproducente en su permanencia. Falta la nación de legítimos organismos representativos, la actividad pública se ha ido transformando en una crítica clandestina e irresponsable que actúa en la sociedad como un corrosivo.

Siempre he desautorizado las actividades de carácter subversivo; por esto me alarma el pensamiento de que la agitación que se ha manifestado en España en todos los sectores sociales, e incluso en los organismos de defensa del Estado, pudiera llegar a polarizarse en torno a la aspiración de restauración monárquica, perjudicándose así la posibilidad fecunda de una evolución normal hacia el régimen definitivo que siempre ha sido mi ideal. Junto a esa realidad actual —y en gran parte por ella— inquieta a los españoles el problema del futuro.

La Historia está llena de actuaciones levantadas y nobles, frustradas al cabo por falta de culminación. La última y definitiva justificación del Movimiento, como la de toda gran empresa histórica, está en su desenlace.

Cuanto más excepcionales hayan sido los esfuerzos y los sacrificios para lograr y consolidar la victoria, tanto más imperiosamente necesaria es la normalidad y estabilidad de la solución que justifique y premie aquellos esfuerzos y sacrificios, despejando plenamente el porvenir. Por esto mi preocupación más honda es la consideración del estado moral en el que se ha de encontrar el país cuando se realice la evolución del actual Régimen hacia la monarquía por cualquiera de las múltiples causas que en la vida de un pueblo pueden darse, algunas concretamente previstas por V.E. en nuestra entrevista del Azor.

Don Juan ante el Movimiento y las izquierdas

Se dirá que V.E., pensando en la incertidumbre del futuro, prefiguró el régimen de España como un Reino. Pero la verdad es que, aparte la discrepancia que en su día expuse, la monarquía quedó reducida a una posición política de reserva. Fue creado un instrumento susceptible de hacer menos arriesgada la sucesión del Régimen, ineludiblemente abierta algún día. Nada más. Porque, sofocado por el obligado silencio, no ha podido el ideal monárquico movilizarse como pensamiento de la nación. Y porque un Reino en la incertidumbre oficial del Rey y de la dinastía, no podía despejar el porvenir.

El riesgo de lo estatuido se advierte fácilmente. Aun prescindiendo de la disparidad entre el procedimiento establecido y las leyes tradicionales de la institución proclamada, ¿por qué dejar a los azares del porvenir —tan arriesgados como la historia demuestra— lo que hoy podría resolverse con las máximas garantías humanas de acierto y normalidad? ¿Por qué correr al albur de una crisis en momentos de lógica debilidad del mando, cuando es posible aplicar antes la solución adecuada mediante la acción de un poder fuerte?

Si el tesón y la energía consumidos durante estos años en la propaganda y defensa de una situación que en el mejor de los casos tiene la

perennidad de una vida humana, se hubieran empleado en implantar y consolidar un régimen definitivo, España podría afrontar sin recelo todas las eventualidades históricas.

Se me ha acusado, creo que maliciosamente, por la propaganda antimonárquica, de no estar identificado con el Movimiento nacional al que dos veces me ofrecí como voluntario.

Ese Movimiento, recogido y encauzado por un régimen ampliamente nacional como la monarquía, debiera haber sido el principio no sólo de una era de resurgimiento material, sino también de la reconciliación entre los españoles.

He huido cuidadosamente de identificar a la Corona con ningún movimiento partidista y por eso puedo afirmarle solemnemente que mis manos están libres de cualquier atadura o pacto para el futuro, y he procedido así porque siempre pensé que el régimen que encarno debe ser una reserva al servicio de España, procurando mantenerse ante la opinión española e internacional como algo diferenciado y con sustancia propia. Esto no quiere decir que yo haya ignorado —sin creer conveniente prohibirlas— las actividades de elementos monárquicos que bajo su exclusiva responsabilidad han procurado, pensando en el día de mañana, neutralizar la posible tendencia revolucionaria de sectores obreros españoles anticomunistas, encauzándoles por rumbos de cooperación social y patriótica.

Don Juan ofrece a Franco lo que Franco ya estaba logrando

De manera que don Juan, después de quejarse en párrafos anteriores de que Franco ha dejado a la monarquía convertida en reserva, ahora se jacta de que la monarquía es una reserva. Es verdad que esta carta no se consultó a ningún "organismo monárquico" como dice don Juan a Franco, pero es evidente que está redactada sobre borradores de los consejeros antifranquistas de Estoril (basados en informes subjetivos y erróneos de sus amigos que viven en España), que intentan con ella una arremetida por sorpresa contra Franco, el cual estaba sin duda confiado en la gestión Danvila y el nuevo rumbo de don Juan para la aproximación al Régimen.

Y continúa don Juan así:

Esta posición, además de haber hecho prácticamente desaparecer de la opinión internacional la idea de la República como posible alternativa al Régimen actual, permite que la monarquía pueda conseguir hoy en mejores condiciones para España la ayuda económica exterior en la cuantía necesaria; la incorporación plena a la vida internacional y al gran movimiento anticomunista; el rearme de nuestro Ejército, nuestra Marina y nuestra Aviación, que se hallan desprovistos de los medios más indispensables para hacer frente a los riesgos gravísimos que nos amenazan del exterior.

Y todo eso —me interesa hacerlo constar del modo más solemne y categórico— sin humillar el honor nacional, sin claudicar con ninguna idea disolvente, sin firmar un solo pacto inconfesable, sin tomar el más leve compromiso peligroso para el país.

Pero es que, además, la monarquía es la única que puede asegurar a la nación dos ventajas inestimables, sin las cuales todos los beneficios que un régimen puede reportar están llamados a desaparecer de un día para otro: la permanencia y la estabilidad.

Ruego a V.E. no vea en cuanto le digo ni remotamente un propósito de crítica fácil e irresponsable. Su experiencia de tantos años de Gobierno acaso encuentre razones que oponer a algunas de las consideraciones que le expongo, basadas unas en mi criterio personal, otras en la información seria y desapasionada de técnicos cuya autoridad V.E. mismo reconoce. Quienes ocupan el poder raras veces encuentran quien les diga con lealtad y desinterés los comentarios y discrepancias que su obra provoca, incluso dentro del ámbito gubernamental. Espero que V.E. vea en cuanto llevo escrito una leal exposición de puntos de vista y un deseo de cooperación pensando en el interés supremo de España.

Si V.E. está animado de los mismos deseos de concordia en bien de España —lo que no puedo ni siquiera dudar—, estoy plenamente seguro de que encontraremos con facilidad la fórmula práctica, susceptible de superar las dificultades presentes y asentar las soluciones definitivas.

Don Juan: Pongámonos de acuerdo

Evidentemente, la posición de don Juan fue de un gran servicio para evitar la restauración de la República; pero el anticomunismo de Franco y la evolución de las condiciones estratégicas influyeron tanto o más en el mando aliado para eliminar la alternativa republicana. Aunque esta carta de don Juan es una arremetida y un requerimiento a Franco, no es una conminación frontal como en 1943-1945, sino una exposición correcta que no quiere ser agresiva. Así se demuestra en los párrafos siguientes:

V.E. es hoy el depositario de todos los poderes estatales. Yo soy el titular de los derechos de la institución tradicional. Pongámonos de acuerdo para preparar un régimen estable que bajo la égida de la monarquía signifique la consolidación de los principios a los que va unida la existencia misma de España; el mantenimiento inequívoco de la unidad de la patria y de la suprema autoridad del Estado español; la defensa y garantía de los derechos de la religión católica, a la cual deberá asegurarse el pleno cumplimiento de su labor santificadora libre de toda vinculación a grupos o tendencias políticas; el reconocimiento y garantía de los derechos esenciales de la persona humana tal como el Derecho Público Cristiano los define y regula, mediante la creación de organismos representativos adecuados a la situación moral del país; el rearme de nuestras fuerzas militares, poniéndolas en cuanto a medios materiales al nivel que exige lo delicado de las circunstancias presentes; y, finalmente, la rectitud administrativa no sólo por la acción enérgica del poder público, sino también por la legítima fiscalización de los ciudadanos, contenida siempre dentro de los límites de la crítica constructiva y honesta.

Conclusiones y requerimiento de don Juan

Con plena conciencia de mi responsabilidad, y con el ánimo sereno de quien cumple un deber ineludible, quiero resumir esta larga carta diciendo a V.E.:

a) Creo que España tiene ahora una nueva ocasión propia y universal. Su razón coincide, como en los más altos momentos de su Historia, con el destino de Occidente. Una política grande y renovada podría

recuperar para nuestra cultura, nuestras armas y nuestra economía, el lugar que le corresponde.

b) Quiero poner al servicio de mi patria cuanto la monarquía puede aportar para una obra grande, auténticamente planteada y honradamente sentida en un ambiente de hermandad y esfuerzo común de los españoles.

c) Una sola responsabilidad no quiero asumir y la declino ahora solemnemente. Si la Historia dice algún día que España llegó a una crisis máxima por no haberse logrado, o al menos intentado, seriamente una inteligencia entre V.E. y yo, habrá de afirmarse que advertí a tiempo el peligro y me dispuse a la obra necesaria de todo corazón.

Deseando a V.E. todo género de prosperidades en unión de su familia, le saluda atentamente,

Juan [239].

Franco recibió con asombro esta larga carta de don Juan y comprendió que, pese a todos los esfuerzos de los enlaces, el Conde de Barcelona, ahora sin modos agresivos, volvía a entregarse a los consejeros antifranquistas. Franco meditó largamente la respuesta que debía dar a don Juan, aunque cada día de ese verano sentía cómo se acrecentaba su indignación por la ceguera y el apasionamiento de esos consejeros que viendo no veían y oyendo no escuchaban; en la respuesta, que reproduciremos en el capítulo próximo, se notan huellas intensas de esa indignación. Pero, pese a tan duras discrepancias, don Juan no canceló su propósito de que sus hijos los príncipes Juan Carlos y Alfonso volvieran al colegio de Miramar para el curso y los cursos siguientes. Y como sabemos por las confidencias de don Juan Carlos a José Luis de Vilallonga publicadas en la primavera de 1992, precisamente en esta época es cuando el Príncipe advierte que Franco valora mucho mejor que los consejeros de su padre la situación real de España. Franco no sabe todavía que tiene un aliado dinástico formidable en el Príncipe, en quien ya deposita sus esperanzas plenas para la sucesión, una vez descartado don Juan desde el Manifiesto y las declaraciones de Estoril en la primavera de 1947.

---

239 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit. p. 370 s.

El joven Gobierno de 1951

Una semana después de recibir la enérgica carta de don Juan, Franco decreta una amplia crisis de Gobierno que, por la presencia de muy destacados monárquicos, agrada profundamente a don Juan mientras espera la respuesta formal de Franco a su carta que acabamos de reproducir. Cesan los ministros Dávila, Benjumea (a quienes Franco ennoblece respectivamente con la grandeza de España y un título del Reino), Regalado, Suanzes, Rein, Ibáñez Martín y Fernández Ladreda. Permanecía José Antonio Girón en nombre del sector falangista, y Raimundo Fernández Cuesta ocupaba la hasta entonces vacante Secretaría General del Movimiento. El general Agustín Muñoz Grandes, que era después de Franco el primer prestigio militar, compañero de Franco en las campañas de África, jefe del cuerpo de Ejército de Urgel en la Guerra Civil y luego de la División Azul, entraba como ministro del Ejército; Franco apreciaba su preocupación y su capacidad de información y consejo sobre los problemas políticos y sociales de España; estaba además bien visto por las gentes del Movimiento que pronto pusieron en él los ojos para ocupar la posible Regencia diseñada en la Ley de Sucesión. Permanecía el ministro del Aire, general González Gallaeza, antiguo ayudante de Alfonso XIII y muy apreciado en el Pentágono. Se creaba la cartera de Información y Turismo confiada a un hombre del Movimiento, Gabriel Arias Salgado, cuyo ideal informativo era la "prensa orientada", pero designó un equipo ecléctico de personas muy competentes, como José María García Escudero (propagandista) y el miembro del Opus Dei profesor Florentino Pérez Embid, muy afecto a don Juan. La vacante de Ibáñez Martín en Educación se cubrió con Joaquín Ruiz Giménez, que nombró un equipo de los Propagandistas (Sánchez de Muniain) y de profesores encuadrados en la zona templada del Movimiento, como Torcuato Fernández Miranda y Manuel Fraga Iribarne; el católico Ruiz Giménez, autor del famoso informe que conocemos y embajador en Roma, quería, con tales colaboradores, imprimir al Movimiento un aire liberal, como demostró además en la designación de dos insignes intelectuales que habían formado en el equipo de Serrano Súñer: Pedro Laín Entralgo y Antonio Tovar para los rectorados de Madrid y Salamanca. Alberto Martín Artajo, después de sus brillantes éxitos en la

resistencia exterior, se mantuvo en este Gobierno, lo mismo que Blas Pérez González en Gobernación. Franco elevó al rango de ministro al subsecretario de la Presidencia Luis Carrero Blanco "para ahorrar", le dijo, según me contó el interesado "el trabajo de relatarle los consejos de ministros", y encargó la gestión económica a un experto pro-occidental, Manuel Arburúa de la Miyar, ministro de Comercio. El nuevo Gobierno recibió un importante y significativo conjunto monárquico de refuerzo, formado por los ministros Joaquín Planell (Industria), el almirante Salvador Moreno (que volvía a su antigua cartera de Marina), el conde de Vallellano (Obras Públicas), antiguo vicepresidente de Renovación Española y totalmente compenetrado con la línea y la gestión de Julio Danvila; había sido alcalde de Madrid con el general Primo de Rivera y era el monárquico más caracterizado de todo el gabinete, que portaba el testigo de los colaboradores de Alfonso XIII para la nueva época. Pertenecían al mismo campo el ministro de Agricultura, Rafael Cavestany, y el tradicionalista dialogante Antonio Iturmendi. Era un Gobierno que fue calificado por la prensa occidental como "proamericano" y "liberalizador" y que fue aceptado con gran alegría por don Juan de Borbón en Estoril. Aparecían en su primer nivel (Iturmendi), y en el segundo (Fraga, Fernández Miranda, García Escudero, Laín), personalidades de gran altura destinadas a ejercer profunda influencia en el futuro próximo.

Danvila trata de parar la reacción de Franco

El Gobierno de julio de 1951 agradó muchísimo a don Juan de Borbón. El 26 de julio, después de conversar detenidamente con don Juan en Estoril, Julio Danvila envió a Franco una nota verbal —nunca he comprendido por qué se llaman oficiosamente así estos documentos escritos— que reproduzco porque representa el optimismo de los enlaces monárquicos y del propio don Juan en vísperas de la tremenda respuesta de Franco a la extensa carta que, poco antes de la formación del nuevo Gobierno, le había enviado el Conde de Barcelona.

"Ante la proximidad del reciente aniversario del Movimiento Nacional, Su Alteza Real el Conde de Barcelona escribió una carta a S.E. el

Generalísimo en la que con toda sinceridad le exponía sus criterios, tan sólo —se puede formalmente asegurar— con el afán constructivo y patriótico en los que procura inspirar todos sus actos.

Don Juan alaba al Gobierno

Hoy, ante el cambio de Gobierno que ha tenido lugar, manifiesta su alegría al ver que mientras él redactaba aquella carta estaba S.E. dando pasos que sin duda obedecían a idénticos motivos y que pese a ciertos distingos formales, muy explicables por las distintas circunstancias que les rodean, responden a los mismos anhelos que por encima de todo los dos comparten.

La coincidencia de fechas existente entre las actuaciones de S.E. y la carta anterior de S.A.R. le hacen ver que, simultáneamente y sin posible influencia del uno en el otro, ambos han creído llegado el momento de tratar de 'superar, consolidar y asegurar la continuidad' de los ideales españoles rescatados a través de tanto sacrificio.

La nota dada por el nuevo Gobierno en su primera reunión y los nombres de todos sus ministros le satisfacen extraordinariamente, deseando de todo corazón que los mayores aciertos coronen sus esfuerzos y el 18 de julio de 1951 sea otra renovación del hito histórico de 1936, en el que todos cooperaron. Ahora como entonces se pone al incondicional servicio de España y, para acabar de una vez con confusionismos que ofrecen peligrosas consecuencias, está dispuesto en cualquier momento a posibilitar la consideración de todos los criterios, examinándolos libre de cualquier prevención personal, con los ojos y el corazón puestos solamente en Dios y en la patria.

Las circunstancias interiores encuentra que son a propósito para el éxito; también las exteriores, que con la nueva postura internacional, de la que según ya comunicó, como todo buen español se alegra, facilitan la tarea de superación emprendida; y ello unido a cuanto ha indicado sobre el nuevo Gobierno presidido por S.E. llena de esperanza el ánimo de S.A. que pide a Dios con el mayor fervor no ver nunca defraudada".[240]

---

240 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 374.

Empezaba una época nueva: Dos grupos no se enteran

Durante su estancia como enlace en Estoril, es fácil comprender que Danvila supo por el propio don Juan el contenido de su reciente carta a Franco; y como conocía bien a Franco, quedó horrorizado ante la segura tormenta que Franco desencadenaría en su respuesta. Para paliar esa reacción de Franco, Julio Danvila, con la misma táctica apaciguadora que había seguido en sus gestiones José María Oriol, trató de exponer a Franco en esta nota los aspectos más agradables de la actitud de don Juan, sin aludir para nada a los venablos que los consejeros antifranquistas de don Juan habían incluido en la larga carta del Conde de Barcelona, con el sano propósito de provocar una nueva ruptura con Franco. Danvila hace todo lo que puede para evitar esa ruptura; su nota verbal refleja sin duda el pensamiento de don Juan, que ha firmado la tremenda carta de sus consejeros pero de ninguna manera quiere romper con Franco ahora que sus hijos, los príncipes, han terminado con toda satisfacción su curso de bachillerato en el colegio de Miramar. Al conocer la lista del nuevo Gobierno, don Juan se sintió sinceramente complacido y la nota de Danvila deja leer entre líneas que trató de amortiguar la dureza de su reciente requerimiento. Sería esfuerzo inútil: Franco se llevó la carta de don Juan al Pazo de Meirás y allí fue redactando tranquilamente una respuesta demoledora que, por su importancia, vamos a reproducir íntegramente, pese a su longitud, en el capítulo siguiente.

Final del racionamiento

Produjo una inmejorable impresión en toda España la supresión de las odiosas cartillas de racionamiento decidida por el ministro Arburúa, así como los datos sobre crecimiento económico favorecido además por el cambio positivo de la hasta entonces desastrosa situación de la agricultura. Los consejeros de don Juan no se habían enterado, ni se quisieron enterar, del gran aumento en el nivel de empleo, del crecimiento de los índices de producción agrícola en un 85,7 por ciento para el conjunto del cuatrienio anterior, y en el índice industrial del 11 por ciento anual para la década de los 50 en comparación con el cinco veces menos de la

anterior. El paro parecía en trance de desaparecer en favor del pleno empleo; el nivel de vida de las clases medias y trabajadoras aumentaba hasta el punto de que aparecen como nuevos ideales familiares el coche, el piso y los aparatos electrodomésticos; la emigración del campo a la ciudad cambia la estructura de España, de donde van desapareciendo el hambre y el analfabetismo (por el incremento colosal de los centros y los presupuestos de enseñanza), aunque el señor Tuñón de Lara, al conmemorar el centenario de Franco, demostró no haber tenido tiempo de leer las estadísticas correspondientes. Cuando Franco marchaba al norte para sus vacaciones de 1951, empezaba una nueva época de España, aunque los agoreros del Partido Comunista y los consejeros antifranquistas de don Juan de Borbón tardarían aún bastante tiempo en saberlo; mucho más que los hijos de don Juan, que lo comprobaban curso tras curso en Miramar. Ya ve el lector que un tenaz miembro del primero de (q.e.p.d.) esos grupos, el citado señor Tuñón de Lara, no se había enterado.

Capítulo XXVII
Franco sugiere a don Juan la renuncia en 1951

Dos son las grandes fechas desconocidas para el antagonismo de don Juan de Borbón y el general Franco, como adelantábamos en el capítulo anterior: 1942, cuando Franco ofreció a don Juan formalmente la sucesión a título de rey según el espíritu del Movimiento; y 1951, cuando le sugirió de forma expresa que no iba a reinar y debía preparar su renuncia en favor de su hijo, que había iniciado sus estudios medios en España después de la entrevista del Azor en 1948. Explicada la carta de don Juan a Franco el 10 de julio de 1951, debemos ahora reproducir y comentar la tajante respuesta de Franco en septiembre, donde incluyó esa sugerencia de renuncia.

La primera y misteriosa Operación Ruiseñada

Pero antes debemos marcar un hito importante que con el tiempo evolucionará de forma insospechada y definitiva. A partir de la entrevista del Azor, en 1948, un nuevo personaje se incorpora al tenaz grupo de los "enlaces" que tendían puentes incansablemente entre Franco y don Juan: le llamamos "grupo" en cuanto a sus objetivos comunes, porque sus

diversos componentes no actuaban de forma coordinada, sino cada uno más o menos por su cuenta, aunque con el respaldo de importantes sectores sociales y financieros de España. Durante la época (1948-1954) en que el enlace "oficial" era Julio Danvila, empezó a dedicarse a este trabajo de aproximación un noble y financiero, Juan Claudio Güell y Churruca, conde de Ruiseñada (el título completo era San Pedro de Ruiseñada), grande de España como marqués de Comillas, título concedido por Alfonso XII al armador y naviero de sonoro y doble apellido castellano Antonio López y López, fundador de la Compañía Transatlántica, a quien quisieron beatificar los jesuitas contra la opinión de las izquierdas que le consideraban enemigo máximo. (Me encantaría relatar la saga de los Comillas, pero estoy ahora en otro asunto). El conde, muy interesado en la alta política, era además jefe de la Casa de la Reina Victoria y en 1950, según Pedro Sáinz Rodríguez, tuvo su primer contacto con el capitán general de Cataluña, Juan Bautista Sánchez, que se había distinguido al frente de la quinta división de Navarra durante la Guerra Civil y ya en su anterior destino como capitán general de Aragón había expresado a Franco algunas opiniones críticas sobre defectos del Régimen. Durante los disturbios de Barcelona en 1951, las críticas reservadas del general se acentuaron y a partir de entonces, de acuerdo con Ruiseñada, buscó la ocasión para un pronunciamiento militar en favor de don Juan de Borbón, aunque por vía de presión, no de sublevación, contra Franco, lo cual constituía, por supuesto, un objetivo difícil.

Los servicios secretos de Franco tuvieron pronto información sobre esta "Operación Ruiseñada" y, desde su nombramiento como ministro del Ejército en julio de 1951 el general Agustín Muñoz Grandes, compañero del general Sánchez en las campañas y actuaciones de África, se dedicó a "marcarle" a domicilio con frecuentes y secretos viajes a Barcelona para evitar el pronunciamiento del capitán general, hombre decidido que por cierto había sido el primer jefe que se sublevó, aunque silenciosamente, contra el Frente Popular en una arriesgada marcha nocturna sobre Alhucemas el 16 de julio de 1936. El ministro logró su objetivo y el pronunciamiento no tuvo lugar, pero adelantemos dos datos de sumo interés sobre los que hemos de volver: los dos sectores de la plataforma política

del Opus Dei —el antifranquista con Calvo Serer, que todavía era franquista y juanista y el de sus hermanos que Calvo Serer llama púdicamente "tecnócratas", se enroscaron sucesivamente (Calvo Serer en 1952)— en la "Operación Ruiseñada"; los otros, años más tarde) y el segundo sector hizo evolucionar a esa operación a las órdenes del almirante Carrero; pero la primera fase de la "Operación Ruiseñada", es decir, la conjunción entre el conde y el capitán general de Cataluña terminó abruptamente con las muertes súbitas del general en 1957 y la del aristócrata en 1958, sin que desde el punto de vista histórico hayan quedado claras, en mi opinión, esas dos muertes. No lo sugiero para introducir en esta historia un elemento de "suspense", sino porque las cosas sucedieron así, como veremos en su momento [241].

La España tranquila de 1951

Sobre estas olas de fondo, entonces casi por nadie conocidas, la vida española discurría tranquilamente en 1951. Franco inauguraba fábricas de abonos nitrogenados para paliar la carencia de fertilizantes, se ponían en servicio nuevos regadíos, se incrementaba la producción eléctrica y la exportación de minerales. El principal escollo que se presentaba ante el nuevo embajador norteamericano Stanton Griffis era la resistencia berroqueña de la Iglesia española a las exigencias del presidente Truman sobre libertad religiosa en España: el cardenal Segura tronó desde Sevilla contra el hombre de Missouri, pero el influyente diario *Chicago Tribune* reflejaría la opinión del Pentágono cuando clamaba poco después: "Los Pirineos y los soldados de Franco son el único obstáculo contra los rusos en una Europa que no desea luchar". El 23 de julio moría un héroe de la antigua Francia degradado por la nueva, el mariscal Philippe Pétain; y sin que nadie hiciera el menor caso caía el Gobierno de la República en el exilio presidido por Álvaro de Albornoz a quien sustituía Félix Gordón Ordás, ya fuera del tiempo y el espacio. El ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, al dar posesión al nuevo rector de la Universidad de Madrid,

---

241 Cfr. R. CALVO SERER, *Franco frente al Rey,* op. cit., p. 26 s; P. Sáinz Rodríguez, *Un reinado...,* op. cit., p. 163 s.

profesor Pedro Laín Entralgo, se declaraba "miembro de la generación de los hijos —llamémonos por llamarnos algo— autoritarios de los liberales" y al designar a Laín como "arquetipo de nuestra generación" afirmaba que, rotos los partidos, ahora la política debía hacerse sobre la amistad, peligroso criterio sin duda. En su mensaje para el fin de año, Franco proclamaba una nueva cruzada de Occidente para liberar a los países satélites del comunismo soviético; faltaban algo menos de cuarenta años para que se cumpliera, por derrumbamiento interior, esa premonición que entonces parecía un sueño imposible. Y al comprobar que la "política de amistad" utilizada por Ruiz Giménez para agrupar en su Ministerio de Educación a falangistas evolucionados y propagandistas dialogantes, excluía tenazmente a miembros del Opus Dei, el ideólogo de la plataforma política del Opus Dei, Rafael Calvo Serer, que ya se había enfrentado dialécticamente con esos peligrosos brotes de liberalismo desde posiciones integristas redomadas, oteaba el horizonte para seleccionar nuevos anclajes y preparaba, entre el franquismo y el juanismo, una obra significativa que nos obligará a replantear seriamente ese problema de las plataformas católicas; su título era *Teoría de la Restauración.*

Franco no se cree que don Juan actúe solo

Durante el verano norteño de este mismo año tranquilo y creador, Franco, como dijimos, preparaba su detenida respuesta a la última carta de don Juan, y al fin la firmó en el Pazo de Meirás del 14 de septiembre. Antes de redactar esa carta, Franco tuvo tiempo de leer el importante, desmesurado y tremendo libro del aviador laureado Juan Antonio Ansaldo, ferviente antifranquista y partidario de don Juan, cuyo título es *¿Para qué? De Alfonso XIII a Juan III*, publicado por una editorial del nacionalismo vasco en el exilio y ferozmente crítico contra Franco. Hemos utilizado varias veces ese libro como fuente en capítulos anteriores. En este trabajo estoy reproduciendo de forma íntegra la correspondencia de Franco y don Juan tomada de fuentes diversas. Ésta fue la respuesta de Franco, en la que distingue clara y certeramente la buena voluntad de aproximación de don Juan apoyado por Danvila y la influencia separadora y hostil de los consejeros antifranquistas de don Juan:

Alteza:

Antes de mi salida de Madrid recibí vuestra carta del 10 de julio y días después la nota que por conducto de Danvila me remitisteis y que vinieron a coincidir precisamente con la valoración e indiscutible triunfo de la política de España en los medios internacionales. El contenido de vuestra carta, unido a los hechos que inmediatamente la precedieron y siguieron, como fueron el libro de Ansaldo, y la explotación por las agencias extranjeras del contenido de vuestro escrito, me aconsejaron el retrasar mi contestación para poder enjuiciar con toda la serenidad y reflexión que la gravedad de los hechos imponía.

Ni el lenguaje sincero que en vuestra carta me decís empleais ni el que esgrimais lo que llamamos la verdad, por dolorosa que ésta pudiera ser, alcanzarían jamás a herir una susceptibilidad personal que si en algún momento pudiese sentir la sacrificaría gustoso al mejor servicio de nuestra nación; pero a lo que en realidad no puedo resignarme es a que adversarios políticos gastados y desacreditados en nuestra nación puedan utilizar en contra del crédito de nuestra patria en el exterior la clara estirpe de vuestro nombre, en servicio exclusivo de sus pasiones o de sus intereses.

Aunque me decís que en el texto definitivo de vuestra carta no han intervenido influencias externas de nadie, ni de ningún organismo monárquico, perdonadme, sin embargo, que os señale que los acontecimientos posteriores de su publicidad y explotación en la prensa extranjera demuestran que su texto era perfectamente conocido por aquellos elementos que acusan una vez más lo poco que les interesa la suerte de la institución monárquica y de las personas. La maniobra de entregar a la publicidad vuestro escrito responde, sin duda, a aquella modesta rectificación del espíritu que animó vuestra primera carta contenida en la nota verbal enviada por Danvila.

Franco descalifica a los asesores de don Juan

Pecaría gravemente contra la patria si callara el efecto deplorable que en la nación vienen causando esas manifestaciones públicas de vuestra

oposición, y que al permitir se utilice vuestro nombre como bandera os coloca en una situación de ventajismo oportunista incompatible con la majestad y nobleza con que un príncipe ha de aparecer ante la nación y que por la reacción y desconfianza que apreciareis se viene creando en vuestros más fieles seguidores, comprendereis mejor la que producirá en otros sectores más independientes y sinceros de la opinión nacional.

Desde que por la muerte de vuestro augusto padre (q.g.h.) establecimos nuestra primera relación, conocéis bien cuánto he trabajado por evitar el que hicierais manifestaciones a todas luces innecesarias que habían de gastaros sin provecho personal ni para V.A. ni para la causa monárquica, aunque desdichadamente he sido poco afortunado en el empeño, pues no se extingue el eco de una de estas exteriorizaciones, de que tantas veces habeis tenido que arrepentiros, cuando otra nueva continúa la obra destructiva de vuestro crédito y el de la propia institución monárquica.

Respecto a los puntos concretos y razones que en vuestra carta sosteneis, son en sí tan erróneos, y demuestran tal desconocimiento de la realidad española y de sus necesidades, que no puedo dejarlos sin la debida réplica y aclaración. Sin duda, los juicios subjetivos de quienes al informaros pretenden asociaros a sus posiciones personales y el confusionismo que puede haber causado en vuestro ánimo el escuchar a algunas otras personas honradas y competentes en determinada materia económica o hacendista, pero que absorbidas por su bufete o recluidas en el recinto limitado de la especulación teórica, no se distinguieron por su perspicacia política ni por el conocimiento real y práctico de las necesidades de la economía española, han podido conduciros a esta situación tan peligrosa del error en que os encontrais.

(Franco alude a los consejeros antifranquistas de Estoril. Da a entender a don Juan que conoce también a los autores de los informes económicos sobre España y, aunque no da los nombres, parece deducirse del contexto que está pensando en personajes como los ex ministros Juan Ventosa —de la monarquía— y Pedro Gamero del Castillo —ex ministro del propio Franco—. Ya he señalado que la apoyatura técnica e informativa sobre la economía española en 1951 sobre la que se escribe la carta de don Juan es muy defectuosa y errónea; el tiempo ha dado en este punto la razón a Franco.)

Tres puntos principales destacan en vuestra carta: la corrupción administrativa, la errónea política económica del Régimen y el aislamiento internacional, para llegar a la conclusión de que todo se corregiría con la panacea de una restauración monárquica.

Teoría de Franco sobre la corrupción

Lo primero que me interesa rechazar es ese infundio de la corrupción administrativa, que recogeis y que vemos campear en las campañas sistemáticas de descrédito que los masones vienen lanzando de antiguo contra los regímenes que no dominan, y que los que peinamos canas hemos ya vivido en los últimos años del reinado de vuestro augusto padre, en las que una campaña análoga de corrupción y de escandalosos negocios, de la que no se libraban siquiera las personas reales, fue el arma esgrimida para socavar y derribar un régimen secular, pero que, llegada la hora del triunfo republicano, fueron incapaces de demostrar.

Si en todos los regímenes del mundo pueden existir los naturales fallos administrativos, pues los hombres siempre serán hombres con sus vicios y sus apetitos, frente a ello se levantan los tribunales de justicia que en nuestra nación cuentan actualmente por lo menos con las mismas garantías de independencia que disfrutaron en los regímenes que nos precedieron. De éstos heredamos el personal que nutre sus escalafones y nunca fueron más libres e independientes de la política de lo que hoy son. La moralidad o la corrupción, cuando se dan, son cosa específica, encomendada a la sanción de los tribunales, no a la crítica banal e irresponsable que siempre y bajo todos los regímenes suele acompañar al que delinque, pero que precisamente en las democracias se compra y vende. En esto podeis tener la satisfacción de conocer que la honestidad de nuestros tribunales de justicia admite con ventaja parangón con los más exigentes de otros países".

(Este interesantísimo párrafo y el siguiente exponen la teoría de Franco sobre la corrupción. Lo que dice sobre las falsas acusaciones de los republicanos contra Alfonso XIII es completamente cierto, como he mostrado en mi reciente libro *Historias de la corrupción* (Planeta, 1992).

También es verdad que la honradez puede darse en las dictaduras —caso de Primo de Rivera— y la corrupción en las democracias —caso flagrante de la España socialista—. En mi libro citado hablo también sobre la corrupción en la época de Franco con menos optimismo que Franco. Es cierto que el Régimen mantuvo e intensificó los controles contra la corrupción administrativa, pero en las importantes conversaciones de Franco con su pariente Franco Salgado se reconocen muchos casos y muchos ambientes de corrupción de un Régimen que en el citado libro califico como mixto de corrupción y honradez).

(En el párrafo siguiente, como había temido Gil Robles, Franco arremete contra el ex ministro Ventosa, a quien cree responsable de los informes económicos negativos sobre los que don Juan ha escrito su carta. El ataque de Franco es demoledor para el consejero de don Juan).

Franco devuelve a don Juan el argumento de la corrupción

Nuestro Régimen —continúa Franco— *ha extremado precisamente en cuanto estuvo en su mano, agravando la penalidad de los Códigos en determinados delitos que tenían escasa punición con la perfección de las leyes, suprimiendo en todo lo posible aquellos antiguos jueces municipales políticos y maleables y entregando la Administración de Justicia a nuestro honrado Cuerpo Judicial. Contra los posibles abusos de la Administración, se ha amparado a los funcionarios creándose un recurso de agravio gratuito por medio del cual pueden recurrir contra las disposiciones del Gobierno los que se sientan atropellados por la Administración; recurso fácil, rápido y eficaz, inexistente bajo los regímenes anteriores y entregado hoy al claro juicio del competente Consejo de Estado.*

Si estuvieseis atento a las publicaciones que vienen sucediéndose sobre la corrupción administrativa en los países campeones del sistema democrático, encontrareis que la corrupción, donde precisamente más prolifera se muestra bajo la irresponsabilidad de los regímenes en los que todo se compra, y la libertad de expresión y el sistema parlamentario son precisamente el medio para que se esfumen y desfiguren las responsabilidades criminales de los numerosos delincuentes. Los "affaires" puestos

recientemente al descubierto de Barcelona Traction, Fuerzas y Riegos del Ebro y la Chade, patrocinados por un ministro de Hacienda de la monarquía constitucional y parlamentaria, sí que ofrecen muestras de corrupción y fraude.

(Está claro el ataque de Franco al notable político de la Lliga Catalana y ex ministro Juan Ventosa. Tiene razón Franco al afirmar que en las democracias se han dado terribles casos de corrupción en los siglos XIX y XX: por ejemplo las presidencias de Grant y Harding en los Estados Unidos, los incontables escándalos de la Tercera República en Francia, las insondables corrupciones del socialismo actual en Francia, en Grecia, en Italia con Craxi y en España después de 1982. Franco se equivoca en cambio cuando acusa a la democracia "per se" de fomentar la corrupción; la democracia, si se ejerce en serio, posee más medios de denuncia y limpieza que las dictaduras, aunque hay que examinar cada caso y la democracia de Felipe González, al haber eliminado tantos controles administrativos, no es menos, sino más, corrupta que la dictadura de Franco, como creo demostrar claramente en mi libro citado aun cuando desde el punto de vista familiar sean, bajo ciertos aspectos, equiparables los dos regímenes: uno y otro han gozado de los escarceos de un hermanísimo, por ejemplo).

Una filípica económica contra don Juan

Sobre lo que llamais la política económica del Régimen, nada más lejos de la realidad que el concepto que de ella os han hecho formar, y no os extrañe que me vea obligado a rechazar con la máxima energía el disparatado concepto que han hecho figurar en vuestros labios de que los males de España "sean fruto de una política persistente durante todos estos años, que ha herido profundamente las raíces mismas de la riqueza nacional". ¿Quién puede haber llevado a vuestro ánimo tamaño dislate? ¿Qué raíces de la riqueza nacional han sido heridas por nuestro Régimen? ¿Sabeis, por acaso, cómo heredamos a España y cómo la hemos puesto? ¿El estado de abandono en que durante muchos años, cuando todo era fácil, se dejó a nuestra economía? ¿No habeis oído a nuestros enemigos repetir, antes de abandonar la nación, que nos dejaban una patria inviable, con el oro

expoliado, los ferrocarriles destruidos, los barcos robados, los depósitos vacíos, la cabaña arruinada y atraso de deudas comerciales de más de cuatrocientos millones de pesetas oro y una circulación monetaria tendente a lo astronómico? ¿Sabeis siquiera cuál fue la política económica de los Gobiernos que en España se han venido sucediendo?

Nuestra política económica no es un capricho: responde a una necesidad histórica y sin ella España se hubiera hundido definitivamente. La ecuación de una balanza comercial totalmente desnivelada en varios cientos de millones desde principios de siglo a nuestros días, que progresivamente iba haciendo a la nación cada día más pobre; la posesión en manos del extranjero de nuestras principales riquezas mineras —plomo, cobre, cinc, potasas, hierro— y las principales empresas industriales o de electricidad, entre las que destacan Ríotinto, Peñarroya, la Sevillana de Electricidad, Fuerzas y Riegos del Ebro, Telefónica y tantas otras empresas que vinieron sangrando a España y a su economía durante cincuenta años. No creo sea un timbre de honor para los regímenes y sistemas que nos precedieron".

(Franco responde ahora a don Juan desde un terreno que domina. Desde el principio de la Guerra Civil, Franco asumió directamente la política exterior y la política económica. Un economista e historiador de la talla del profesor Juan Velarde ha afirmado reiteradamente que Franco tomó siempre en cada momento las decisiones económicas adecuadas. Esta sección de su carta es contundente y revela los tremendos vacíos de incompetencia que podían ofrecer a dos Juan sus asesores en la economía concreta de España en 1951. La indignación de Franco parece completamente justificada).

España despega con su propio esfuerzo

El que España reivindique la posesión de las nuevas riquezas futuras y que en ellas el capital extranjero participe con la limitación del 25 por ciento o aquélla que sea verdaderamente indispensable mediante decreto motivado es el camino obligado de cuantos sienten a la nación y aspiran a levantarla.

Ésta es la rectificación que España hace a cincuenta años de incuria, que es natural lastime a cuantos por acción o inhibición a ello contribuyeron. A nadie más que al Régimen beneficiaría la libre discusión sobre la materia y que nadie cohíbe.

Una cosa es la ayuda que España pudiera recibir en aquello que necesita y beneficiar su economía y otra la que ansían y ofrecen fácilmente los eternos especuladores internacionales y sus testaferros del interior. Si el pensar así o el reivindicar su pequeño trozo irredento de nuestro territorio, que como un estigma ha venido pesando sobre las generaciones que nos precedieron, encarna lo que llamais 'una orgullosa independencia, base sentimental del régimen', todos los españoles la aceptamos gustosos.

Sobre la necesidad de una sólida ayuda exterior para el saneamiento interior que vienen inspirándoos, habeis de tener en cuenta que las cosas no se regalan y suelen tener un precio; pero que España la logrará tanto mejor cuanto más dispuesta se halle a lograrlo por su propio esfuerzo. Muchos vienen en este orden dañando al crédito de nuestra nación los que consciente o inconscientemente en el extranjero especulan con las necesidades de nuestra patria, haciendo creer a quienes nunca nos quisieron que la situación es tal que puede llegar a hacerse insoportable para la vida de las clases medias y obreras y que, por lo tanto, España es fácil presa que puede caer de nuevo bajo sus garras. Admira a cuantos extranjeros conscientes nos visitan la vitalidad y el esfuerzo ingente que España ha desarrollado en estos años en el orden industrial y agrícola, que en este último aspecto no se acusa debidamente por la ocultación inherente a la recogida forzosa de cosechas y a la situación adversa meteorológica de los últimos tres años porque se ve con sólo recorrer los campos.

Contra la masonería y el marxismo

Si del orden económico pasamos al político, es cierto que la hostilidad contra nuestra patria de naciones que han adoptado una actitud oficiosa anticomunista, a primera vista parece justificada; pero en esto os ocultan que nuestra Cruzada no se libró exclusivamente contra el comunismo que nos amenazaba, último grado de un proceso masónico-

marxista que le preparó y abrió su camino, sino también contra esa masonería y marxismo que nos condujeron a aquel estado masonería y marxismo que están vivos en esas naciones y son los mantenedores y alentadores de esos estados de hostilidad contra nuestra patria que de triunfar volverían a hundirla en el mismo caos de que la sacamos.

Si meditais en la Historia de España durante los últimos siglos, veréis la misma hostilidad concentrada en Inglaterra y Francia contra el resurgir de nuestra patria y secundada dentro por masones, liberales, progresistas, constitucionalistas y demás disfraces con que se vestían en nuestra nación los elementos al servicio de la anti-España. Las campañas de 'Ensenada no', 'Maura no' bajo la monarquía constitucional y parlamentaria y las esgrimidas hoy contra Franco y la Falange tienen el mismo origen.

Mas dejemos ese campo político, del que tantísimo se podría hablar, pero que haría interminable nuestra carta, y pasemos al tema principal de nuestra relación: el de la monarquía".

(Franco simplifica el cuadro de los enemigos históricos y actuales de España en la masonería y el marxismo; es más, contempla a la masonería y al marxismo en conjunción contra la España actual. Estas tesis tienen cierto fundamento serio, pero expresadas como hace Franco deforman la realidad histórica y simplifican indebidamente la interpretación. Lo he explicado detenidamente en dos ensayos de la primera y la segunda serie de mi libro *Misterios de la Historia,* editadas por Planeta en 1990 y 1992.

Las recientes investigaciones de Nina Berberova sobre la documentación masónica del exilio ruso tras la Primera Guerra Mundial han demostrado que el último Gobierno ruso liberal en 1917 era casi totalmente masónico, pero fue la debilidad, no la complicidad, de ese Gobierno la que abrió paso al sistema bolchevique, es decir, al marxismo-leninismo. Los bolcheviques eliminaron acto seguido a la masonería como expresión sectaria de su gran enemigo, el capitalismo. La conjunción de masonería y comunismo en que creía Franco es, por tanto, inexistente.

Lo que sí es cierto es que, cada uno por su lado, y con alianzas tácticas ocasionales, la masonería y el marxismo actuaron contra la idea de Espa-

ña que tenía Franco, la España tradicional y conservadora, la España una y católica. Tanto Manuel Azaña como otros políticos importantes de la República de 1931 fueron masones, y actuaron coaligados con los marxistas del socialismo y el comunismo en el primer bienio republicano, en el Frente Popular y en la Guerra Civil. Durante la guerra fría en la que escribe Franco esta carta, los soviéticos eran enemigos mortales de España, pero los aliados, en cuyos países la influencia masónica era notoria, tendían a la forzosa alianza con España. Yo tuve ocasión de exponer estas ideas al general Franco, que las anotó con respeto y no formuló discrepancia alguna aunque hasta el fin de su vida mantuvo el reflejo de la conjunción masónico-marxista.

En cuanto a la influencia de la masonería en la enemistad de Inglaterra —y en ocasiones de Francia— desde el siglo XVIII al XX contra España, Franco poseía información seria y fundada aunque también simplificada. En los citados ensayos he expuesto lo que hoy se puede afirmar —que no es poco— desde la historia rigurosa en ese sentido. Cuando Franco hablaba de la influencia masónica contra la España de las posguerras, estaba expresando una realidad que se mantiene incluso hoy, en la transición y en el reinado de don Juan Carlos de Borbón. Incluso me parece posible detectar influencias masónicas en el tenaz mantenimiento de las posiciones neojuanistas, que son insostenibles ante la Historia).

En España no hay sentimiento monárquico general

Plausible me ha parecido siempre la fe y el entusiasmo de un Príncipe por la institución monárquica, ya que esa fe es esencial para la vida de la propia institución, y que, de haber existido en 1931 entre las personas responsables entonces, hubiera sin duda evitado que un accidente electoral se convirtiese en entrega pura y simple, sin la menor lucha, de un régimen secular.

Precisamente por considerar a la institución monárquica vinculada a nuestra historia y la más adecuada para el resurgimiento y grandeza de nuestra patria, sin estar obligado a ello, orienté a la nación por su camino y aconsejé el pronunciarse por su constitución en Reino en el gran plebiscito en que la nación unánimemente refrendó las Leyes Fundamentales de

la patria; pero al hacerlo así necesitaba garantizar a la nación española que (sic) las posibles crisis por los fallos de las personas no pudiesen jamás arrastrar, como ya ocurrió en dos ocasiones, a todo el sistema instituido. Si por no haberse tomado esta previsión esencial el fallo de las personas pudiera un día arrastrar a la institución, un elemental espíritu de conservación inclinaría a los españoles a rechazar un sistema que tan poca seguridad les ofrecería en los tiempos actuales, obligándoles a discurrir por otros caminos que, aunque de momento fueran menos gratos, pudieran ser comparativamente más seguros. Éste es el fundamento de la Ley de Sucesión que persigue elevar y estabilizar a la institución por encima de las humanas debilidades y de los fallos, siempre posibles, de las personas.

Existe, a mi juicio, un grave error en vuestro pensamiento al juzgar sobre el arraigo que tiene en España el sentimiento monárquico, que sin duda os transmiten algunos de los cortesanos que os frecuentan, reflejo del limitado horizonte del reducidísimo círculo en que se mueven, pero que si vivierais en España podríais comprender es todo muy distinto. Si hubieran existido esos fervores de que os hablan, no hubiese habido en nuestra historia aquel bochornoso 14 de abril y no hubiera caído un Régimen con varios siglos de existencia sin que se registrase un solo acto de resistencia en todo el territorio español, ni siquiera entre ese pequeño mundo, de tan poco peso hoy, de cortesanos y favorecidos.

(Franco trata de convencer a don Juan, una vez más, de que en España no hay sentimiento monárquico. Esto era simplemente la verdad, contra lo que se obstinan en mantener hoy los neojuanistas alucinados por sus propias ficciones. Este exordio de Franco sobre la institución monárquica responde plenamente a la realidad histórica. Las expresiones de Franco parecen un eco de las palabras de José Antonio Primo de Rivera cuando afirmaba que la monarquía de 1931 se desprendió como cáscara muerta, y no acudió a defenderla un solo piquete de alabarderos).

Franco propone a don Juan dos lecciones de historia

Si los hombres de la República hubieran sentido a España y acertado, aunque sólo hubiese sido en una pequeña parte de lo que habían enun-

ciado, no hubiera habido fuerza capaz de removerla; sin embargo, el desvío que los errores y ambiciones arrojaron por segunda vez en España sobre la República es lo que lleva al pueblo español a aceptar en esta materia la voz autorizada de quien, habiéndole mandado gloriosamente en la Cruzada, y conducido diestramente entre los procelosos mares de la revolución universal en que vivimos, sabe persigue sólo, con el bien de la patria, la seguridad y la mejora social de todos los españoles, garantizándoles además contra aquel oprobio que los dos primeros tercios del siglo XIX, por el fallo de las personas y los vicios del sistema político imperante, venían arrojando sobre la institución.

La permanencia y la estabilidad de la institución monárquica sólo podrá lograrse si se hace a la institución más fuerte que a las personas. Ese siglo XIX preñado de revoluciones en que la casi totalidad de las sucesiones fueron acompañadas de costosísimas guerras civiles, no constituye por cierto un respaldo feliz de la tesis por sí de la estabilidad monárquica.

En esta materia parece oportuno el recordaros que el Movimiento nacional no perseguía una restauración monárquica, constituía sólo un alzamiento patriótico que recibía en su seno a cuantos sentían a la patria por encima de cualquier filiación, y que precisamente por decisión persona más aceptada por la nación se admitió, frente a los que pretendían darle una etiqueta republicana, y se consiguió que no se cerrase el paso a que, si así convenía, pudiese un día instaurarse en España la monarquía tradicional que había dado a la nación etapas de gloria.

(Los dos hechos históricos que Franco resume en el párrafo anterior son indubitables. El siglo XIX, presidido hasta la Restauración de 1874 por dos reyes indignos que se llamaron Fernando VII e Isabel II, resultó un verdadero desastre para el prestigio de la institución monárquica, que sólo sobrevivió por el enorme arraigo que conservaba, pese a todo, en la conciencia histórica de los españoles y por el espantoso fracaso de la Revolución de 1868 y la primera República de 1873. El Movimiento nacional de 1936 se hizo contra el desgobierno del Frente Popular y participaron en él monárquicos, posibilistas católicos y republicanos de orden. Desde el punto de vista histórico, Franco tiene razón).

Franco recuerda la rehabilitación de Alfonso XIII

En esta línea de conducta me cabe la satisfacción de haber sido quien rehabilitó ante la nación y el mundo a vuestro augusto padre, derogando las sentencias persecutorias dictadas contra quien, pese a todas las vicisitudes, había servido a su patria con indiscutible celo patriótico durante su reinado, y cuando creí llegado el momento y que así convenía a los sagrados intereses de España, constituí a la nación en Reino con el refrendo de la casi totalidad de los españoles.

Al lado de la acción meramente revolucionaria y negativa de liberarnos de un régimen de oprobio que vilipendiaba a nuestra patria, el Movimiento nacional ha venido concretando su ideología durante los tres años de dura lucha al convocar a los españoles para la batalla definiéndose la España por la que se luchaba. Lo esencial era el contenido y no la forma externa con que un día se denominase. Espigó nuestro Movimiento en nuestras más amadas tradiciones, en todo lo que era común a los que un día nos alzamos para salvar a España y en cuanto demandaba la era social en que vivíamos y la situación económica de nuestra nación. Por todo ello la identificación con el Movimiento no puede buscarse tan sólo en haber querido figurar en las filas de sus fuerzas liberadoras, sino en el contenido esencial que el Movimiento encierra y entre las que precisamente destacan un sentido social y esa decisión clara de independencia, de grandeza y de resurgimiento nada sentimental, sino firmemente real y que con éxito venimos practicando.

Os equivocais al pensar que el Régimen necesita buscar una salida, ya que él precisamente representa la salida estable de siglos decadentes. ¿Qué otro régimen hubiera podido sobrevivir a la durísima prueba de dos guerras y a la conjura internacional de que España fue objeto?

(Después de recordar a don Juan que fue él, Franco, quien rehabilitó (en 1938) al rey Alfonso XIII de la absurda condena lanzada contra él por la República en 1931 por alta traición que conllevaba la confiscación de bienes, Franco resalta el carácter definitivo de su Régimen, que no necesita salida alguna. Franco pretendía integrar a la monarquía en ese Régimen, no entregar tanto sacrificio a un futuro incierto con posible revancha de los vencidos).

Aludís en vuestra carta a las responsabilidades que la Providencia ha echado sobre vuestros hombros de encarnar los derechos históricos de las dos ramas 'y que no será V.A. quien altere las leyes históricas de sucesión con renuncias que, al no estar justificadas por ninguna suprema urgencia nacional, constituirían un atentado a la misma esencia biológica de la institución monárquica'. No entro en el problema legal del derecho sucesorio que decís representar, aunque sí deseo recordaros que a la legitimidad sucesoria nuestros tradicionalistas han exigido siempre la legitimidad de ejercicio: la identificación del Príncipe con las esencias y principios que en la monarquía tradicional se encarnan y que precisamente por haberse apartado de ellas repudiaron un día a su Ppríncipe heredero. En este espíritu y por considerarlo esencial, se inspiró nuestra Ley de Sucesión, no aventurándose a determinar 'a priori' la rama o línea del mejor derecho.

Franco insinúa la futura renuncia de don Juan a la Corona

Respecto a vuestra decisión de 'no alterar las que llamáis leyes históricas de la sucesión con renuncias no justificadas por una suprema urgencia nacional', espero que, llegado el caso, si así conviniese al interés de nuestra patria o de la propia institución monárquica, seguiríais el camino patriótico del renunciamiento, del que os dio ejemplo vuestro augusto padre que no obstante haber sido Rey y proclamado soberano por la nación, abdicó en V.A. sus derechos, al igual que acaba de hacerlo el rey de Bélgica y lo hizo un día el de Inglaterra, proceder obligado en la historia de la institución monárquica.

(Éste es el párrafo esencial de la carta de Franco, junto con el siguiente, en el que concreta la futura renuncia en el príncipe don Juan Carlos. Franco aduce la legitimidad de ejercicio, principio sucesorio introducido por la princesa de Beira en el siglo XIX, cuando quiso excluir de la sucesión a un príncipe carlista que mostraba peligrosas tendencias liberales para transferir los derechos al hijo de este príncipe, es decir, don Carlos que se llamó VII y dirigió la tercera guerra carlista. En realidad Franco había tomado la decisión de saltarse a don Juan en 1947, después del

Manifiesto de Estoril y las declaraciones de don Juan al *Observer*. Ahora le manifiesta por vez primera, aunque veladamente, esa exclusión, que Franco podía decidir en virtud de la Ley de Sucesión que atribuye al jefe del Estado la designación del sucesor en vida, sea como rey o como regente).

No he querido pasar por alto este tema y dejar de recoger vuestra alusión por ser problema que veo va abriéndose camino en el pensamiento de un gran sector de muchos monárquicos españoles, que al apercibirse cómo vuestras actuaciones públicas han producido la repulsa de grandes sectores del país, comprometiendo vuestro crédito, y reconociendo que la monarquía sólo podría venir por mano y obra del Movimiento nacional, empiezan a ver en la renuncia a favor de vuestro hijo una facilidad para que, en el momento que así conviniese, pudiera declararse en favor de vuestra dinastía, de vuestra rama, definitivamente resuelto el problema dinástico.

Por la inquietud y preocupación que manifestais sentir por el porvenir de la nación y su futuro, comprenderéis los que sobre mí vienen pesando en estos quince años de conducir a la nación en medio de un mundo desquiciado. La confianza con que la nación viene asistiéndome en todo este tiempo no me libera de la íntima preocupación de asegurar al Régimen su continuidad y prepararle para el día en que la ley natural de la vida imponga la sucesión en las personas. En este sentido no puedo menos de reconocer el hecho incontrovertible del grandísimo divorcio que desde vuestro Manifiesto de Suiza ha venido produciéndose en los más importantes sectores de la nación alimentado por las reiteradas y desafortunadas exteriorizaciones de vuestro desvío hacia cuanto el Régimen representa, y que en su fondo coincide con esa campaña de injurias y calumnias que un grupo indeseable de vuestros partidarios viene sosteniendo dentro y fuera de España con evidente estrago para la institución monárquica y de la que, por vuestra falta de condenación, la opinión sensata no os inhibe.

(En el fondo, en los dos epígrafes anteriores se contiene la ruptura definitiva entre Franco y don Juan en orden a la sucesión personal. La insinuación de Franco, para quien conoce el carácter de Franco, encubre apenas una decisión definitiva: don Juan se ha hecho incompatible

con el Movimiento nacional y por lo tanto ya no podrá reinar en España. La ruptura no es absoluta, Franco deja abierta la cooperación con don Juan para que se produzca en su día la sucesión, si no en su persona, sí al menos en su dinastía, es decir, en su hijo. Franco sabía perfectamente con quién estaba tratando; y como veremos en su momento, sabía que podía contar con el sacrificio de don Juan en favor de su dinastía, aunque sintiese atropellados y preteridos sus derechos personales. Don Juan lo afirmará expresamente en testimonios incontrovertibles y reiterados.

Franco señala como principio del "grandísimo divorcio" el Manifiesto de Lausana. Sin embargo, sabemos, y lo hemos documentado, que ese manifiesto de 1945 fue interpretado por Franco con bastante comprensión, al considerar que don Juan, en víspera de la victoria de los aliados, casi no tenía otra opción que presentar su alternativa monárquica frente a la republicana que entonces parecía viable y fuerte. La decisión definitiva de excluir a don Juan, sin embargo, se tomó, como demostramos en su momento, después del Manifiesto de Estoril y las declaraciones al *Observer* en 1947, que don Juan juzgó desafortunadas y que se publicaron contra su expresa prohibición, aunque recaía sobre él la responsabilidad de haberlas concedido).

Franco atribuye el fracaso de don Juan a sus colaboradores

Yo conozco de manera particular cómo venís siendo sujeto de intrigas ajenas y cómo no podeis sentir gran parte de las cosas que sin embargo habeis firmado, pero los escritos y manifiestos en la vida pública, sean más o menos sentidos, es lo que queda perpetuamente unido a la historia de las personas, y que, dadas las características de vuestra edad y de su correspondiente estado de reflexión, van haciendo más difícil el que el pueblo español pueda olvidarlas y sentir aquella confianza indispensable para el ejercicio de las prerrogativas reales y que indudablemente obliga a considerar cuanto en esta carta os expongo.

Yo comprendo lo doloroso que ha de ser para V.A. el que pueda llegar a plantearse este problema, pero yo no puedo ocultaros la realidad de

una situación que vuestra propia sensibilidad, sin duda, ha percibido al aludir a ello en vuestra carta.

Al hablaros con esta sinceridad exenta de egoísmos y en que sólo he mirado los intereses supremos de la patria, hoy a mí confiados, desearía que en servicio de ella no dieséis participación de esto a quienes, esclavos de sus egoísmos, no sienten hoy a su patria ni sintieron jamás la suerte de la institución de la monarquía.

Con mis deseos de ventura para su Real familia, le saluda atentamente.

Francisco Franco. [242].

Esta carta de ruptura profunda, que al final expresa la desilusión y aun la tristeza de Franco (que creo sinceras) por verse obligado a prescindir de don Juan, en quien había pensado como sucesor durante tantos años, no tuvo contestación. Don Juan interpretó correctamente que se trataba de una ruptura virtualmente definitiva, aunque luego algunos de sus enlaces con Franco trataron de convencerle de que todo podría arreglarse si se intentaba un nuevo acercamiento en profundidad. La comunicación epistolar entre don Juan y Franco quedó interrumpida durante tres años, hasta julio de 1954, pero don Juan no retira de España a sus hijos, que siguen en ese período cursando su bachillerato en el colegio de Miramar, ni prescinde del enlace principal con Franco desde 1948 que era, como sabemos, Julio Danvila. Eso sí, esta virtual ruptura intensifica el desarrollo secreto de la "Operación Ruiseñada" mediante los contactos entre el conde y el capitán general de Cataluña, Juan Bautista Sánchez, contrarrestados por la vigilancia insistente del ministro del Ejército, general Muñoz Grandes.

La oposición monárquica inactiva

Al decidir en 1948 la política de aproximación de Franco con motivo de los estudios del príncipe Juan Carlos en España, don Juan ordenó al frente monárquico interior —los restos del Consejo de Acción Monárqui-

---

242 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit. p. 374 s.

ca— que suspendiese sus actividades de oposición al Régimen. Trató también de pacificar a sus consejeros de Estoril, pero con escaso éxito, como acabamos de ver en el duro intercambio de cartas con Franco que fue sin duda suscitado en 1951, como denunció Franco, porque los consejeros deseaban reanudar las hostilidades. Pero el frente interior obedeció. El archivo Kindelán para este período que empieza en 1948 ofrece sus carpetas casi vacías. Hay, sin embargo, una interesante carta de Kindelán a don Juan fechada en 1950 en la que le propone volver a la acción. En estos términos:

A S.M. el Rey don Juan III. Señor: Conforme la estrategia que anunció V.M. cuando el príncipe vino a Madrid, no he vuelto a molestarle. Creo que durante este tiempo he cumplido la orden de V.M. de cesar toda actividad política y hacer interrumpir toda propaganda. Pero todo, pienso yo, ha de tener un término y los meses transcurridos juzgo son suficientes para dar por fracasada una política en la que sólo por parte de V.M. se cumplió lo ofrecido; sin haberse obtenido contrapartida alguna.

Estoy hondamente preocupado por el pensamiento de que falto a mis deberes de monárquico español al presenciar, cómodamente inhibido, cómo se desgasta la persona de V.M. y la Causa, cómo se hace burla de lo que yo tanto respeto y cómo se deshace lo que con tanto esfuerzo se llegó a aglutinar.

En los tiempos modernos el patrimonio principal, casi el único, de un Rey reside en su prestigio. Franco lo sabe y por eso intenta socavar el de V.M., lo que yo no puedo contemplar indiferente. Importa mucho en España una Restauración con todo el caudal histórico de prestigio incólume, incontaminado.

Convencieron a V.M. con el sofisma de que estábamos en una vía muerta, pero de las vías muertas se puede salir; de donde no puede salirse es de las que conducen a un despeñadero. Bien me hago cargo de que V.M. no puede romper acaso, todavía, sus negociaciones con Franco; pero yo, que desde el primer instante discrepé del sistema emprendido, creo que podría hacer algo. Esto me obliga a rogar a V.M. con todo

encarecimiento que me releve de lo prometido y me permita volver de nuevo a la lucha, a la propaganda, a la labor orgánica, aunque ello me imponga la necesidad de renunciar a la alta honra de ser consejero privado de S.M.

Ya sé que esto podría hacerse sin publicidad, pero estimo preferible hacerlo con ostentación, incluso simulando una separación de la disciplina. Debe haber un gesto público a través del cual un grupo de monárquicos firmes, intransigentes, sin contactos, sin claudicaciones. Yo trabajaré, sin comprometer a V.M. ni a la política oficial monárquica, con un grupo de amigos, atrayendo a gentes que están desorientadas, que caen en el marasmo de la desilusión. Ésta será la manera de que al romperse un día las negociaciones con Franco, encuentre V.M. en qué apoyarse.

Renuevo, sin reservas mentales, mi cordial adhesión a V.M. y espero comprenderá la pureza de mi intención. Se reitera affmo. ss., Alfredo Kindelán [243].

Fontanar desautoriza la sugerencia de Kindelán

El 22 de noviembre de 1950, por medio de una carta del conde de Fontanar a Kindelán, el Conde de Barcelona mantuvo la prohibición de oponerse a Franco y rechazó la vuelta a la beligerancia monárquica. Fontanar, que conserva su puesto de enlace directo de don Juan con los monárquicos del interior, responde a Kindelán que su propuesta no será respaldada por los sectores intelectual, tradicionalista y cedista de la causa monárquica, "como tampoco por la mayoría de los miembros del Consejo Privado", y le desaconseja toda actividad opositora. "Me parece dificilísimo lograr ya otra cosa —prosigue Fontanar— después de las perturbaciones padecidas en estos últimos años, en sentidos tan diversos y a veces contradictorios, y muy particularmente después de la etapa de desintegración y desistimento acarreada por la gestión Danvila". Sin embargo, cree Fontanar que desde Estoril se va a encargar a Kindelán

---

2433 A. KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 369.

una discreta exploración para poner de nuevo en marcha la oposición monárquica. Ese encargo no se realizó y la causa monárquica del interior permaneció en total inactividad. La primera carta que Kindelán dirige a don Juan después de esta fallida sugerencia de 1950 es en el año 1955. La causa monárquica malvive esos años, dentro de España, en situación durmiente mientras el príncipe Juan Carlos va cursando su bachillerato en el colegio de Miramar.

Capítulo XXVIII
Don Juan ante la segunda victoria

El 18 de enero de 1992 el presidente del Gobierno autonómico de Navarra, Juan Cruz Alli, político original que a veces incide en lo estrambótico, entregaba al Rey la Medalla de Oro concedida por Navarra para que se la impusiera a su padre don Juan de Borbón, a quien rodeaba para tan importante acto toda la Familia Real, mientras la corporación informativa española seguía tronando, de pura y apenas disimulada envidia, contra el estupendo reportaje otorgado por el Rey a la despampanante periodista británica Selina Scott, con destino al público británico. El presidente navarro, a quien suele denostar sistemáticamente el diario monárquico, desplegaba como toque de vísperas en el diario monárquico, ahora derretido para la ocasión, las razones de su Gobierno para conceder a don Juan la Medalla. Don Juan merece la Medalla de Oro de Navarra, y la medalla de las demás provincias y regiones de España, por varios motivos, sobre todo por los motivos que enumeró el Rey don Juan Carlos al imponérsela, motivos que tenían muy poco que ver con los catalogados por el señor Alli en su farragoso artículo, donde con un batiburrillo de datos, citas y fechas deformaba la reciente historia dinástica con el más acrisolado y aberrante neojuanismo. A lo largo de

esta historia el discurso de Juan Cruz Alli queda, por supuesto, hecho unos zorros, aunque brilla más clara que nunca, porque nace de la verdad, la Medalla de Oro de don Juan por las razones que recordó el Rey al entregársela, algunas de las cuales, mire usted por dónde, coinciden plenamente con los breves y certeros apuntes históricos que el Rey comunicó para uso de ingleses a la hermosa y elegantísima Selina Scott, y que también han molestado a la susodicha corporación. Vamos a seguir, pues, en esa línea para describir en este capítulo el antagonismo de Franco y don Juan en los años 1952-1953, muy lejos del revuelto de huevos averiados que nos ha querido colar Juan Cruz Alli para suplir a la historia que nunca existió.

Don Juan elogia la Corona británica

"En el año que hoy termina —dijo Franco cuando alboreaba el de 1952— empieza ya a acusarse la abundancia". A las pocas semanas, el 6 de febrero, falleció el rey de Inglaterra Jorge VI y la agencia *United Press* difundió unas horas más tarde las siguientes declaraciones de don Juan de Borbón:

Para mí ha constituido esa muerte un verdadero dolor, pues me unía al Rey fallecido una cordial amistad y le profesaba la más alta estima, por su manera de interpretar y cumplir los graves deberes de su cargo.

Ha muerto joven, víctima del servicio a la patria, a la que nunca regateó sacrificios por pesados que fuesen. La actividad desplegada durante la guerra y los fatigosos viajes oficiales a través de su Imperio en un estado precario de salud, le han aniquilado. Nada habrá sido más consolador para él que la conciencia de haber ofrendado su vida a la patria.

Una princesa popular e inteligente le sucede y esperemos que logre unir su nombre al glorioso ejemplo de alguna de sus antecesoras.

Una vez más, el pueblo inglés demuestra su admirable adhesión inteligente y actual a la vez a la institución monárquica.

Entre tantas cosas respetables o amadas como vemos derrumbarse espectáculo de la autoridad de la monarquía inglesa que, apoyada en el amor de su

pueblo, logra encarnar la continuidad de la patria por encima de la división de partidos y de todas las vicisitudes históricas. [244]

Espero que don Juan aludiese en cuanto a ejemplos para la joven reina Isabel II a la reina Victoria y no a Isabel I de Inglaterra; pero en todo caso, aunque la profecía de don Juan se cumplió en Isabel, ¡qué lejos estaban los dos de imaginar lo que los hijos e hijas, naturales y políticos de Isabel II iban a hacer contra la estabilidad de la Corona británica, y tal vez algunas otras, cuarenta años después!

Franco persigue las cenizas del duque de Wharton

Después de inaugurar varios embalses en la cuenca del Júcar, Franco visitó Valencia en la última semana de mayo de 1952 y luego emprendió viaje a Barcelona para los actos del Congreso Eucarístico Internacional, donde actuó como legado pontificio el antiguo nuncio en España durante la transición de la monarquía a la República, monseñor Tedeschini; como observador principal, el cardenal de Nueva York, monseñor Spellman, que luego, al regresar a su patria, declaró: "En España todo el mundo quiere a Franco", y como cronista de entusiasmos el jesuita José María de Llanos, que por entonces llegaba al apogeo de su colaboración con el Régimen para iniciar no mucho después su viraje hacia otro totalitarismo mucho más implacable, el comunismo de obediencia soviética. Durante aquel viaje a Cataluña acudió Franco al monasterio de Poblet, reconstruido por el Estado, para inaugurar el panteón de los reyes de la Corona aragonesa; pero no lo hizo hasta obtener seguridades de que las cenizas del duque de Wharton, fundador de la masonería española y francesa en el primer tercio del siglo XVIII y allí sepultado, habían sido aventadas a los cuatro puntos cardinales, que es precisamente la condena que se exige contra los traidores en los rituales de la masonería. Wharton se había convertido al catolicismo y fue enterrado por los monjes con el hábito del Císter, pero la orden tajante de Franco se mantuvo aunque los monjes la burlaron: enseñaron a Franco la tumba vacía del duque, pero habían depositado cristianamente sus restos

---

244 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 341.

en el cementerio de los hermanos legos, donde permanecen hoy. He contado detalladamente esta poco creíble, pero demostrada, escena en mi libro *Misterios de la Historia*, segunda serie. [245]

Don Juan manda a la mierda a don Javier de Parma

Fue, sin duda, un Congreso Eucarístico propicio a las escenas originales. Además de la que protagonizó Franco en Poblet, el príncipe Javier de Borbón-Parma, designado antes de la Guerra Civil regente de la causa carlista por el último pretendiente don Alfonso Carlos, organizó en el otro gran monasterio de la historia catalana, el de Montserrat, un "aplec" o concentración ritual de sus partidarios, ante los que se proclamó nada menos que Javier Primero, rey de España, después de meditar sobre un informe que le había dirigido un grupo de fieles entre los que se contaba Francisco Elías de Tejada. Curiosamente don Javier había entregado antes una carta al ministro de Justicia, Antonio Iturmendi, destacado tradicionalista, en la que le confirmaba que no se creía con derecho alguno a esa Corona que luego reivindicó en Montserrat. No mucho después don Javier, que se hacía llamar Primero, y don Juan, a quien sus fieles llamaban Tercero, coincidieron en el Hotel Palacio de Estoril. Don Juan lo cuenta inimitablemente:

"Es una curiosa anécdota. Ocurrió al entrar yo en el Hotel Palacio, la mañana de la boda de la princesa María Pía. Él (Javier) es cuñado del rey de Italia (Humberto) o concuñado, y por eso asistía también; había venido con todos sus hijos. Cuando entré me dijo: 'Bon soir, je salue en toi le chef de la famille'. Yo repuse: 'Tiens, c'est nouveau'. Era, en efecto, una novedad. Por eso le pregunté: '¿Qué es lo que has hecho?' Acababa de ocurrir lo de Barcelona. Y él me contestó: 'Alors... la cérémonie du sacre á Barcelone'.

—Interrumpe a don Juan Pedro Sáinz Rodríguez: '¿Qué era lo de Barcelona?

—Se había consagrado rey, en vez de...

---

245 Barcelona, Planeta, 1990. Un tal Clemente (creo que no es el seleccionador de fútbol) se permite aludir a mi estudio sobre Wharton y demuestra, como siempre, que no sabe nada de nada.

—¡Ah, sí...! En vez de regente, rey.

—Y añadió: 'Une toute petite cérémonie...'. Yo entonces no dije más que: 'Cérémonie... merde'. Y me fui. Mi mujer es testigo". [246]

Teoría y polémica de la Restauración

Durante aquella primavera de 1952 se libró, en los mentideros políticos y en la prensa, una polémica importante para la época. Nuestro ya conocido profesor Rafael Calvo Serer, que entonces era el político joven más bullicioso del Opus Dei, se incorporaba precisamente entonces, como ya hemos dicho, a la subterránea "Operación Ruiseñada" que trataba, como sabemos, de forzar el acuerdo entre Franco y don Juan mediante la presión militar que pensaba ejercer el capitán general de Cataluña, Juan Bautista Sánchez. Calvo Serer, jefe de fila de varios políticos jóvenes de la misma etiqueta religiosa (Florentino Pérez Embid, Gonzalo Fernández de la Mora y otros a quienes denomina uno de ellos, Vicente Marrero, "minoría activa" de 1948), habían intentado ya polemizar con el profesor Pedro Laín Entralgo cuando éste publicó en dicho año un libro importante, *España como problema,* en el que, como prueba de su evolución del falangismo totalitario de la posguerra Civil a un neoliberalismo compatible con el régimen, proponía encontrar la reconciliación de los españoles en las raíces de la propia historia de España, enfrentadas entre innovadores y conservadores desde el siglo de la Ilustración. Al año siguiente, 1949, y desde posiciones del más puro integrismo franquista, Calvo Serer había publicado en la Editorial Rialp del Opus Dei, fundada por él, un libro contra Laín, *España sin problema,* al que Laín no se dignó contestar; nunca tomó en serio a Calvo Serer.

Una propuesta de Dionisio Ridruejo

Pues bien, ahora en 1942, cuando Laín era ya rector de la Universidad de Madrid dentro del equipo neoliberal de Joaquín Ruiz Giménez, Rafael

---

246 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 274 s. Relato de López Rodó, *La larga marcha...,* op. cit., p. 114 s.

Calvo Serer volvió a la carga con un nuevo libro, *Teoría de la Restauración,* que reiteraba las posturas integristas con fuerte matiz de agresividad contra los neoliberales del Movimiento. Uno de los intérpretes más cabales de la trayectoria del Opus Dei, Jean Bécarud, analiza exhaustivamente la polémica de la Restauración suscitada por el nuevo libro de Rafael Calvo, que contiene ardientes endechas del más acrisolado franquismo. [247]

Muchos intelectuales del Movimiento entraron al trapo y descalificaron en la prensa la teoría del profesor del Opus, que presentaba su libro como enseña histórica para el lanzamiento de un grupo político entonces en ciernes y denominado por su creador al año siguiente como "Tercera Fuerza" o alternativa al monopolio político del Movimiento. Tengo la impresión de que ni Franco ni don Juan (que por entonces favorecían con entusiasmo comprobado al Opus Dei) prestaron demasiada atención a estos escarceos culturales que de momento se mantenían en el seno del Régimen y sin asomos de oposición.

Durante aquel año los negociadores españoles trabajaban bajo la constante orientación de Franco para lograr dos acuerdos de suma importancia política: uno de signo estratégico con los Estados Unidos para la cooperación bilateral en la guerra fría; otro con el Vaticano de Pío XII para la revisión del Concordato. Iban desapareciendo personajes importantes de la época inmediatamente anterior, como los ex ministros de Franco general Juan Yagüe y conde de Rodezno. La España oficial no pudo disimular su júbilo cuando a principios de noviembre dos amigos de España, el general Eisenhower y el convencido anticomunista Richard Nixon, obtenían la victoria en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos; tampoco desagradaron a don Juan, sobre todo cuando el general de la "Cruzada en Europa" designó secretario de Estado a John Foster Dulles, hermano de aquel Allen Dulles que había informado directamente al Conde de Barcelona sobre las tramas secretas de la Segunda Guerra Mundial. El 18 de noviembre de 1952, y por una votación abrumadora, España ingresaba en la importante Organización de las Naciones Unidas para

---

247 El libro de J. BÉCARUD, *El Opus Dei en España* (París Ruedo Ibérico, 1971), me parece esencial para comprender los orígenes de la institución fundada por monseñor Escrivá. Cfr. para esta polémica, p. 148 s.

la Ciencia y la Cultura, la UNESCO, con ayuda de españoles ajenos al franquismo que vivían en el extranjero, como Joan Estelrich, el colaborador de Cambó. Dos días después de la victoria de España en la UNESCO publicaba en *Arriba* José María de Areilza, el 20 de noviembre, un artículo importante, titulado *José Antonio o la continuidad* ,con estas afirmaciones: "La Falange fue la esencia del Alzamiento de julio y ahora es la esencia de la continuidad del Régimen... Su razón de ser es tan auténtica, tan arraigada está en la entraña nacional, que aun olvidada o suprimida habría que inventarla de nuevo. Y eso lo saben mejor que nadie cuantos tratan de escamotear su presencia, ironizar sobre su contenido o mostrarse escépticos ante su perenne vitalidad". En la misma página Dionisio Ridruejo, que después fechó el origen de sus dudas sobre el Régimen en 1942, no las mostraba diez años más tarde: "El bando vencedor —decía para celebrar la victoria en la UNESCO— esta vez no es un partido, ni media España; es un todo. Izquierdas y derechas se comprenden en la victoria nacional, que por ello es nacional. Lo otro —resentidos en exilio o neoizquierdas en casa— son los restos anacrónicos de una derrota". No cito a Areilza y a Ridruejo para echarles en cara sus afirmaciones, sino para mostrar cómo políticos tan inteligentes, que pronto emprenderían una evolución inteligente y conveniente para España, estaban perfectamente seguros de su plataforma de partida en este año 1952 al que se refería Franco cuando le despedía: "Ha cedido por todas partes la conjura internacional".

Noticias que presagian el futuro

Y es que en el año 1952, como en el siguiente, los datos históricos de España parecen, desde nuestra perspectiva, referirse más bien al futuro que al pasado. En octubre de 1952 el Opus Dei fundaba como obra institucional en Pamplona el Estudio General de Navarra, que desde entonces ha evolucionado hasta convertirse en una Universidad plena con gran calidad de enseñanza e investigación. Casi a la vez pensadores y profesores católicos de varias tendencias iniciaban, por impulso del ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, las Conversaciones Católicas de Gredos, en las que debatían el presente y el porvenir del catolicismo persona-

jes como Pedro Laín, José Luis López Aranguren, José María García Escudero, el jesuita José María Díez Alegría y el profesor Millán Puelles, afecto al Opus Dei; Pío XII acababa de imprimir un frenazo a la llamada "Nueva Teología" (cuyos promotores serían después luminarias del Concilio Vaticano II) y, aunque de momento las aguas parecían tranquilas, ya se formaban en el horizonte disensiones y tempestades en la confrontación y el diálogo de la Iglesia con la modernidad y la revolución. Por otra parte, el sultán de Marruecos Mohamed V exigió ya a Occidente la revisión de los protectorados de Francia y España sobre el reino norteÁfricano, otro presagio de crisis.

En un año sin antagonismos notables entre Franco y don Juan, Franco mantenía firmemente el veto a don Juan para la sucesión, como le había insinuado en la carta de 1951 y ahora confirmaba en una confidencia a Juan Antonio Sangróniz. Otra importante conversación secreta del mismo año tiene como protagonista al recién citado Dionisio Ridruejo, que demostró el coraje de exponer a Franco por dos veces, en 1951 y 1952, un proyecto de apertura del Régimen hacia la plena democratización en sintonía con el equipo pluralista de Joaquín Ruiz Giménez. Ridruejo proponía a Franco aprovechar la autoridad indiscutible del Caudillo para democratizar, según exigían los postulados de la democracia orgánica, nunca cumplidos por el Régimen, la vida municipal, el funcionamiento de los sindicatos, la configuración de las Cortes y los primeros pasos en la descentralización y la regionalización. Una serie de reformas estructurales en el sistema fiscal, bancario y empresarial conduciría, al emprender en paralelo la reforma económica y la reforma política del Régimen, a lo que llamaba Ridruejo "una democratización efectiva". Entre 1953 y 1955 Ridruejo va insinuando este proyecto en sus artículos de la prensa oficiosa y Franco le deja hacer mientras el ministro de la Presidencia Carrero Blanco observa esta evolución con recelo creciente. En la primavera de 1955 Dionisio Ridruejo expone su plan en una famosa conferencia del Ateneo barcelonés delante de las autoridades; se trata seguramente de su última actuación pública dentro del Régimen. Al ver cómo se le cerraba este camino interior, decidirá seguirle desde la oposición. Pero nadie le debe negar la honra de precursor.

La desaparición de Stalin

El año 1953 transcurrirá para España bajo el signo de la aproximación negociadora a los Estados Unidos y la Santa Sede con vistas a los acuerdos definitivos que se sellarán ese mismo verano. Es el gran año en la historia del ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, que bajo la dirección inmediata de Franco impulsa las negociaciones que lleva en Roma el embajador Fernando María Castiella y en Madrid equipos de diplomáticos y militares competentes. Al comenzar el año, Franco imponía el capelo a nuevos cardenales, entre otros el nuncio Gaetano Cicognani, a quien sustituía monseñor Ildebrando Antoniutti, que había desempeñado ya la representación del Vaticano en la España nacional durante los días de la Guerra Civil, y experimentó en su misión una auténtica conversión hispánica, muy útil ahora para reforzar las negociaciones concordatarias. El 5 de marzo de 1953 desapareció, después de sus últimas monstruosidades, el dictador soviético José Stalin, vencedor de Europa en la Segunda Guerra Mundial a quien distinguidos comunistas españoles, futuros demócratas de toda la vida, aclamaron por padre, obedecieron ciegamente y, lo que es peor, dedicaron poemas que luego sirvieron de ejecutoria para ocupar altos puestos de la cultura. Cuando después de varios tanteos suceda a Stalin un dictador más humano y abierto, Nikita Kruschef, se irán conociendo los crímenes y obsesiones sádicas de Stalin, que en nada desmerecen a los de su en tiempos aliado Adolfo Hitler.

Cansado por sus esfuerzos de luchador político, fracasado en su última misión histórica en favor de la Restauración en la persona de don Juan, José María Gil Robles, sin impedimentos por parte de Franco, decide abandonar la dirección de los asuntos políticos de la monarquía en Estoril y se establece durante la primavera de 1953 en España, donde desea, además, ocuparse personalmente de la formación de sus hijos. No abandona, por supuesto, la causa monárquica y regresa frecuentemente a Portugal para aconsejar al Conde de Barcelona que no renuncie, como Franco le había insinuado en su larga filípica de 1951. Por fortuna contamos otra vez, desde principios de 1953, aunque sólo por dos años escasos, con su dolorido e importante testimonio. Que, por otra parte, muestra lo

difícil que resulta mantener la ecuanimidad y la objetividad ante los datos reales y visibles cuando una personalidad tan vigorosa como la de don José María se ha empeñado durante tanto tiempo en una misión noble e imposible. En 1953 sucedían en España cosas de gran importancia positiva, beneficiosas para la nación, junto a otras negativas y perjudiciales. En sus notas para este año 1953, Gil Robles lo ve todo negro; no apunta un solo rasgo favorable; no hay para él más que corrupción, inmoralidad y degradación. "Todos dan por seguro que Franco se prepara para proclamar al Príncipe de Asturias (Don Juan Carlos) o por lo menos para adelantar la mayoría de edad del Rey a los veintiuno o los veintitrés años", dice el 27 de marzo tras hacer demasiado caso a informadores tan mal informados. Se despide Gil Robles de don Juan el 22 de mayo en Estoril, cuando ya se dispone a establecerse en España; y le encuentra muy firme en no ceder ante las pretensiones de Franco que le exige la renuncia, aunque se muere por volver: "A España iría, si pudiese, aunque fuera de barrendero". Gil Robles no comenta en profundidad los importantes acuerdos internacionales de España durante ese verano; vuelve alguna vez a Estoril donde ve preocupado a don Juan por esos acuerdos. Las notas de Gil Robles, breves y secas, se van espaciando en el tiempo, como si ya se sintiera fuera de juego. Es una tragedia que España malgaste de este modo a sus grandes talentos políticos, cuando es evidente que no le sobran; pero ésa es una constante de nuestra historia contemporánea. Por supuesto que José María Gil Robles no se entregará al abatimiento. Preparará sus Memorias y tratará de articular un partido de oposición. Hombres como él nunca se rinden, aunque su tiempo ya había pasado. [248]

El Concordato y el cambio de la Iglesia

El 20 de agosto Francia, sin consultar a España, destituye a Mohamed V de Marruecos y sitúa en su lugar a Mohamed ben Arafa, pero Franco, que sigue con inquietud estos sucesos, concentra toda su atención en la recta final del Concordato con la Santa Sede, que por fin se firma el 27 de

248 J.M. Gil Robles, *La Monarquía...*, op. cit., p. 318 s.

agosto de 1953 por monseñor Domenico Tardini, en nombre de la Santa Sede, y Alberto Martín Artajo y el embajador Castiella por parte española. La revista avanzada de la Iglesia española *Vida Nueva* comentará años después: "Antes de ese 27 de agosto sobre ese tema no hubo en España otra cosa que silencio; y después de ese 27 de agosto no se escuchó sobre el Concordato otra cosa que aplausos". Esta observación es exacta. No hay ni en España ni en Roma, en 1953, una sola voz discrepante; el Concordato era para la Iglesia y el Estado una maravilla, un acuerdo perfecto, una coincidencia definitiva. Lo cual demuestra con qué cuidado conviene valorar las opiniones que se producen, aunque sea con semejante unanimidad, a raíz de un hecho histórico; porque doce años después el Concordato de 1953, al que se aferraba el Estado español, se consideraría por el Vaticano, por algunos (cada vez más) obispos de España y por todo el catolicismo llamado "progresista" cuando más bien convendría designarle como politizado de forma unilateral, como una concesión insoportable por parte de la Iglesia, como un instrumento obsoleto y merecedor de inmediata sustitución. Tal cambio en una institución tan seria y serena como parece ser la Iglesia no obedeció, sin duda, a una variación por parte del Estado, sino a la fulgurante transformación que experimentó la propia Iglesia en los años sesenta con motivo del Concilio Vaticano II, donde se inició también aceleradamente el cambio de la jerarquía episcopal y el clero de España desde posiciones netamente conservadoras y franquistas de Cruzada a vanguardia del propio cambio político de la nación. Esto provocó un súbito avejentamiento del Concordato que nadie podía prever durante su triunfal acogida de 1953 por parte de la Iglesia y el Estado.

Iglesia y Estado se sienten ganadores

Una y otra parte estaban seguras de haber quedado favorecidas, lo que explica el éxito universal del Concordato durante su primera época de vigencia. La España de Franco recibía, sin duda, un respaldo mundial dado el prestigio de la Iglesia regida por Pío XII, que entonces se enfrentaba resueltamente con la expansión comunista como había demostrado la reciente excomunión contra los católicos que se afiliasen a la secta roja.

El Estado, además, mantenía el privilegio de presentación de obispos, como heredero del patronato regio de los siglos anteriores, aunque los negociadores del Vaticano habían hecho lo imposible por suprimir esa prerrogativa. La Iglesia veía confirmado también su control sobre la familia (sólo era válido el matrimonio católico y no se admitía el divorcio), la enseñanza, la confesionalidad del Estado y su poder sobre las costumbres y algunos aspectos de censura en los medios de comunicación. Sin embargo, los hábiles negociadores del Vaticano consiguieron introducir un portillo para el control del Episcopado con independencia del privilegio de presentación: el nombramiento de obispos auxiliares dependería directamente de Roma, que pudo colocar así, poco a poco, prelados jóvenes dispuestos a seguir las nuevas orientaciones vaticanas que cambiarían de manera radical cuando llegara el Concilio.

Varios improvisados biógrafos de Franco, ansiosos de presentar a nueva luz su relación con la Iglesia, se obstinan en negar lo que me parece más que demostrado: Franco fue siempre un católico practicante y consciente, incluso en las épocas en las que mostrarse religioso no era habitual en las Fuerzas Armadas; era católico sin alardes, pero con firmes convicciones, que se elevaron al plano mesiánico cuando los obispos de España y los papas Pío XI y Pío XII le consideraron en declaraciones expresas como salvador de la Iglesia en una guerra que la Iglesia calificó oficialmente como cruzada. Por supuesto que Franco era también un político y trató en lo posible de aprovechar el apoyo de la Iglesia para consolidar su Régimen, como acababa de conseguir en medio de las tormentas internacionales de 1945. Por eso cuando presentó el Concordato a las Cortes el 30 de octubre de 1953 se congratuló "de haber podido prestar a la nación y a nuestra santa madre la Iglesia el servicio más importante de nuestros tiempos". Para él, "la religión católica es la gran fuerza moral que ha formado el alma colectiva de nuestra nación". El nuncio Antoniutti recordaba años después el éxito del Concordato: "La Iglesia había salido con ventaja y podía decirse que en cierto sentido privilegiada, pero parece que había hecho mejor no aprovechando la situación de España, tan necesitada entonces de apoyos, para apremiar un Concordato que había resultado poco constructivo y signo de contradicción". Claro que estas conside-

raciones se hicieron muchos años después de llegar a España el nuevo nuncio, que no opuso al Régimen dificultad alguna, se empeñó en una larga lucha para terminar con el arriscado arzobispo de Sevilla, cardenal Segura, que asumía el papel de "gran inquisidor", prohibía los bailes "agarraos" bajo pena de excomunión, volvía loco al clero y los religiosos de sus diócesis con arbitrariedades continuas, se negaba a conducir a Franco bajo palio y a imprimir el nombre de José Antonio Primo de Rivera en los muros de su catedral como estaba mandado, y con todo ello se convirtió en pesadilla para Franco y para el nuncio. En el otoño de 1954 el nuncio tendió una emboscada al cardenal, a quien impuso un auxiliar con plenos poderes durante un viaje de Segura a Roma; en sus conversaciones Franco se refería al cardenal como su cruz. [249]

El triple pacto con los Estados Unidos

Un mes después de concluir el Concordato con la Santa Sede se firmaron los acuerdos de defensa y ayuda militar y económica entre España y los Estados Unidos el 26 de septiembre de 1953. Se trataba de una alianza bilateral al margen de la Organización del Atlántico Norte en la que España no participaba, pero en la práctica los acuerdos de España y Norteamérica constituían un complemento de la OTAN e incluían activamente a España en el sistema occidental de defensa contra una URSS que por entonces mantenía toda su capacidad de amenaza militar como respaldo para su penetración estratégica en el Tercer Mundo, en la que utilizaba el factor ideológico de forma creciente. El famoso esquema de "diálogo entre cristianos y marxistas" nacido en las aproximaciones personales de unos y otros en los campos de concentración nazis progresaba como un laberinto, todavía subterráneo, en los cimientos de la Iglesia católica y estallaría en esta misma década de los cincuenta como verdadero peligro estratégico en las confrontaciones de Oriente Medio con la URSS en apoyo de los árabes y en la caída de Cuba en manos del comunismo expansivo el año 1959.

---

249 Cfr. para los contextos de todo este capítulo mi biografía de Franco (Planeta, 1992), tomo VI, p. 46s. En ella se encuentran las citas correspondientes.

El detalle de los acuerdos

Los convenios de 1953 entre España y los Estados Unidos fueron tres. El primero, o "ayuda para la mutua defensa", es un marco jurídico y una declaración de principios para la cooperación de las dos naciones en servicio del mundo libre, por lo que España quedaba oficialmente dentro del mundo libre con el espaldarazo de la primera potencia mundial. El segundo era un acuerdo económico que resultaría fundamental para acelerar y racionalizar el desarrollo de España, que se comprometía a estabilizar su moneda, mantener un tipo de cambio unificado real y a liberalizar su sistema económico.

El tercer convenio es el propiamente defensivo "frente a los peligros que amenazan al mundo occidental". Las relaciones entre los dos países habrían de organizarse "sobre una amistad estable". España concede a los Estados Unidos el uso conjunto, bajo soberanía y bandera española e incluso mando español simbólico, de tres bases aéreas: en Zaragoza, Torrejón (junto a Madrid) y Morón de la Frontera, cerca de Sevilla; y una gran base naval en Rota, al borde de la bahía de Cádiz. Un oleoducto subterráneo enlazaría las bases americanas, que el Pentágono consideraba esenciales para asegurar el flanco sur de Europa contra ataques que podría organizar la Unión Soviética desde el Mediterráneo o desde futuras bases en el norte de África. El profesor Ángel Viñas, un inteligente investigador cuya visión se nubla desgraciadamente por hacer méritos políticos ante los medios antifranquistas y socialistas, sin que ello le haya reportado quizás los beneficios políticos deseados, cifra la ayuda militar americana durante los diez primeros años de vigencia de los pactos en más de quinientos millones de dólares, y la ayuda económica en más de mil quinientos millones. El beneficio no llegó a lo que hubiera percibido España si se hubiera incorporado al Plan Marshall, pero resultó decisivo para la modernización de las Fuerzas Armadas, la comunicación de la oficialidad española con la occidental y el incremento de la infraestructura y la transformación económica de España en la era del desarrollo que los españoles, como sabemos, habían iniciado con su esfuerzo aislado. En todo caso la firma de los pactos con los Estados Unidos a pocas semanas del acuerdo con el Vaticano supuso el desmantelamiento de la oposición

exterior al Régimen, tanto monárquica como republicana, y una consolidación de tal envergadura para Franco, admitido plenamente en el mundo libre, que el historiador socialista francés Max Gallo califica estas nuevas realidades nada menos que como "la segunda victoria" después de la obtenida contra el comunismo en 1939, al término de la Guerra Civil.

La firma del Concordato fue un duro golpe para José María Gil Robles, el político católico que se sintió abandonado por la Iglesia, y para el propio don Juan, que había ofrecido a la Santa Sede la renuncia al privilegio de presentación de obispos si llegaba a ceñir la corona. Para Gil Robles lo más amargo no fue su propia derrota, sino el hecho de que la Iglesia brindara tal victoria a su gran rival, Alberto Martín Artajo. La firma del convenio con los Estados Unidos hizo desbordar la amargura de los republicanos y socialistas del exilio, que ya no levantaron cabeza. Después de 1953 la única oposición viable contra el Régimen de Franco tendría que organizarse en el interior de España.

Un artículo explosivo de Calvo Serer

En las páginas de la revista oficiosa *Ecclesia*, que seguía desgranando endechas sobre el Concordato, el obispo de Canarias, monseñor Pildain, que había sido diputado en las Cortes de la República, clamaba contra don Miguel de Unamuno, ciudadano de honor de la República que luego fue destituido de su cátedra en Salamanca, poco antes de su muerte a fines de 1936, primero por la República y luego por el incipiente Gobierno de Franco. Unamuno, el cristiano profundo, angustiado y rebelde, que hoy nos parece casi digno de la canonización, en los años 50 se libró por las campanas que casi tocaban a Concilio de verse encerrado en el índice. En aquel mes de septiembre de 1953, cuando Franco soboreaba después de los pactos con Roma y Washington su segunda victoria, el profesor Rafael Calvo Serer, teórico de la Restauración y recién adherido a la "Operación Ruiseñada", publicaba en una oscura revista francesa, *Ecrits de Paris*, un artículo cuya traducción se difundió por miles de copias en toda España, y que el autor había entregado a Franco unos meses antes sin merecer la menor aten-

ción. Al comentarlo años después, Calvo Serer insiste en que el artículo se escribía desde dentro del Régimen, aunque todo el mundo lo consideró después como el principio de una oposición interior desde el campo del Opus Dei, la mayoría de cuyos miembros mantuvieron su fidelidad a Franco. El intento de Calvo Serer puede considerarse como paralelo al intento renovador que Dionisio Ridruejo, desde el falangismo neoliberal enfrentado cada vez más acerbamente al Opus Dei, trataba de sugerir por entonces.

El artículo se titulaba *La política interior de la España de Franco* y merece el calificativo que le da el especialista Bécarud: "violento panfleto". Calvo Serer limó después el artículo y, cuando ya militaba en la oposición total al franquismo, lo incluyó en su sorprendente libro *Franco frente al rey,* de 1972, cuando, sin renunciar del todo al integrismo de sus orígenes, tramaba ya con el líder comunista Santiago Carrillo la gestación de la llamada Junta Democrática, inadecuado nombre para un engendro concebido y realizado por un totalitario de extrema izquierda y un totalitario de extrema derecha que trataban de presentarse como demócratas de toda la vida. La bestia negra de Calvo Serer es la Falange, a la que considera como movimiento de izquierdas enteramente ajeno al catolicismo. No quedan mejor los miembros de la plataforma católica rival del Opus Dei (y no sólo de Calvo Serer), los Propagandistas, a quienes Calvo designa peyorativamente como "demócrata-cristianos" aunque realmente no lo eran. Calvo Serer descalifica a Alberto Martín Artajo, pero sobre todo a Joaquín Ruiz Giménez, por haber incluido a falangistas neoliberales en su equipo y por asumir de ellos la tolerancia frente a las ideas y las personas vencidas en la Guerra Civil. El batiburrillo de Calvo es enorme, se despega del franquismo (que por encima de todo era una síntesis) con argumentos del franquismo más integrista e intolerante. La peor acusación contra ese conjunto de enemigos, entre los que incluye al púdico diario *Ya* de La Editorial Católica, es que están "atraídos por la izquierda, por la República y el anticlericalismo, actualmente en estado latente, pero ya perceptible". Tales condenas en un pensador que acabaría echándose en brazos del comunismo sin abandonar por ello el integrismo son conmovedoras.

Dos ajustes de cuentas

Si del pobre *Ya* decía Calvo tales cosas, imagínese cómo pone en su artículo al diario de los sindicatos verticales, *Pueblo* y al oficioso *Arriba* que cultiva según él "un franco republicanismo". Por supuesto que el Opus Dei explicará después que éstas son opiniones exclusivas de Calvo Serer, que para nada comprometen a la Obra, pero, en tiempos del artículo, la Obra no formuló tal excusa que además sería una falsedad. Con motivo de la beatificación del padre Escrivá, su sucesor Álvaro del Portillo subrayó las discrepancias del Opus Dei con el franquismo en clara alusión a los despegues de Calvo Serer, y las opiniones de Calvo Serer contra la plataforma de los Propagandistas y La Editorial Católica han sido siempre, hasta nuestros días, comunes a casi todos los miembros de la Obra dedicados a la política, incluso dentro del Régimen de Franco, a quienes yo he podido tratar y conocer, por lo que se me hace difícil comulgar con tales ruedas de molino.

Descartada, nada menos que como "conjunto de grupos políticos usurpadores del poder" la Primera Fuerza, es decir, la Falange y la Segunda, es decir, los Propagandistas de Artajo, Calvo Serer arremete sobre todo contra el ministro Ruiz Giménez, que ha combinado en su equipo a miembros de una y otra tendencia. Tal encono se debe a un ajuste de cuentas por parte del Opus Dei contra un ministro que había objetivado encomiablemente el sistema de oposiciones a las cátedras universitarias, hasta entonces muy mediatizado por el Opus Dei durante la época de José Ibáñez Martín. Hay también en el artículo de Calvo un ajuste de cuentas personal con su antiguo amigo Alfredo Sánchez Bella, con el que se había evadido de la zona roja en la Guerra Civil: uno y otro se habían emboscado en los "milicianos de la cultura" antes de pasarse de zona y ahora, muchos años después de abandonar el Opus Dei por discrepancias con el padre Escrivá, Sánchez Bella dirigía con eficacia y clarividencia el Instituto de Cultura Hispánica y seguía muy compenetrado con Ruiz Giménez.

No se olvide que este detonante artículo fue presentado por el profesor Calvo Serer al general Franco meses antes de su publicación en la citada revista francesa. Calcúlese la sorpresa de Franco cuando pudo ver que,

como alternativa de ideas y de poder a esas dos fuerzas primera y segunda, el original político proponía como ideal la "Tercera Fuerza", expresión que se hizo de pronto famosísima en España, aunque algunos de los incluidos en ella por Calvo pusieron el grito en el cielo.

La "Tercera fuerza"

La "Tercera Fuerza" era un conjunto de grupos, nombres y apellidos. Primero, los seguidores de Ramiro de Maeztu, al presidente de Acción Española a quien había llamado Pemán, después de su martirio en Madrid, "Señor y Capitán de la Cruzada"; estos discípulos se expresaban en el diario monárquico *ABC* y eran Juan Ignacio Luca de Tena, Gonzalo Fernández de la Mora y Jorge Vigón. (El diario *ABC* sería en toda esa época portavoz de la "Operación Ruiseñada" con frecuentes artículos de Calvo Serer y otros miembros del proyecto). Segundo, los colaboradores de las revistas *Ateneo* y *Arbor*, controladas por el Opus Dei (Calvo era director de *Arbor*) como Leopoldo Palacios, Álvaro d'Ors, Santiago Galindo Herrero, el doctor López Ibor, el profesor Antonio Fontán, José Luis Vázquez Dodero (también hombre de *ABC* y de Acción Española), Roberto Saumells, Vicente Marrero... El núcleo de la "Tercera Fuerza" está formado, pues, por miembros del Opus Dei, aunque Calvo introducía a varias personas ajenas a la Obra como coartada; su ocurrencia más peregrina fue incluir en la "Tercera Fuerza" a los jesuitas de la Casa de Escritores que redactaban la prestigiosa revista *Razón y Fe* que se llevaron las manos a la cabeza, habida cuenta de la rivalidad muy intensa entre el Opus Dei y la Compañía de Jesús, que entonces seguía claramente el modelo de San Ignacio de Loyola.

El corolario de toda esta serie de alucinaciones es que Calvo Serer, después de mostrar al general Franco la capacidad intelectual y política de la "Tercera Fuerza", le pedía que acelerase el proceso de Restauración en la persona de don Juan, tras desprenderse del lastre falangista y democristiano. [250] Por supuesto que Calvo trató de convertir su artículo en vademé-

---

[250] CALVO SERER, en Franco frente al Rey afeita, y deforma el artículo de 1953. Las citas e interpretación de Bécarud (op. cit. p. 168 s) son objetivas y fiables.

cum para la "Operación Ruiseñada" sin éxito alguno; fue una corriente bien distinta dentro de la plataforma política del Opus Dei, la que Calvo llama despectivamente "tecnócratas", la que tras descartar a su díscolo hermano reconduciría, como veremos, la operación en el sentido deseado por el almirante Carrero Blanco.

Datos y enfoques sobre el Opus Dei

El artículo de Calvo Serer en 1953 fue escrito desde el franquismo para promover la "Operación Ruiseñada", pero desde entonces mismo fue interpretado como un primer acto de oposición contra el Régimen de Franco, lo cual no era cierto pero actuó como si lo fuera. Calvo Serer fue cesado en la dirección de la aburridísima revista *Arbor* pero no se le retiró el pasaporte ni se le privó de sus cátedras de Historia de la Filosofía y Filosofía de la Historia que desempeñaba como mejor sabía en la Universidad de Madrid. La "Tercera Fuerza" fracasó como núcleo político y como foro cultural y muy pronto sería otro sector del Opus Dei, al que Calvo Serer denominaba "de los tecnócratas", quienes pasaron en grupo a la primera línea política bajo el amparo de su gran promotor, el almirante Luis Carrero Blanco, y con el profesor Laureano López Rodó, entonces catedrático de la Universidad de Santiago, como jefe de filas. Este sector político del Opus Dei se hizo cargo de la "Operación Ruiseñada" y la condujo al éxito final, convertida, tras la muerte del general Juan Bautista Sánchez y del propio Ruiseñada, en "Operación Príncipe". Para el desarrollo posterior de su influencia en España, el Opus Dei contaba ya en la época que estamos analizando con dos aliados muy importantes: el nuevo nuncio Ildebrando Antoniutti y uno de los más importantes profesores del Príncipe Juan Carlos que se había incorporado al cuadro de docentes en el palacio de Miramar. "Este prelado —dice el bien informado Bécarud sobre Antoniutti— pertenecía al ala conservadora de la Iglesia, se mostraba muy favorable al Opus Dei y durante su larga estancia en la capital de España apoyará a la Obra con todos los medios de que dispone". Por su parte, ese profesor, Ángel López Amo, seguía, junto al Príncipe, una línea de inculcación ideológica semejante a la que había cultivado aquel gran enemigo de la democracia que era Eugenio Vegas

Latapié. *La Vanguardia* de Barcelona publicaría en 1966 las cartas al Príncipe que le dirigió López Amo en 1955. "Al comentar estas cartas la revista *'Destino'* puso de manifiesto sin esfuerzo alguno el carácter anacrónico y poco democrático de las concepciones de López Amo. Por ejemplo, éste condenaba en ellas, sin apelación, toda idea de soberanía nacional y de elección de los diputados por medio del sufragio universal" [251].

El Congreso de Falange repudia a Calvo Serer

Este trabajo no es un estudio histórico del Opus Dei, tema capital que reservo para la Historia de la Iglesia católica en el siglo XX que preparo desde hace varios años. Tampoco pretendo exponer de forma unilateral aspectos críticos sobre el Opus Dei, ni menos contra el Opus Dei, como saben los lectores de obras mías anteriores. Siento una grave responsabilidad y un gran respeto ante el problema histórico del Opus Dei, por el apoyo que le han prestado varios papas (sobre todo Juan Pablo II al beatificar al padre Escrivá) y lo que menos deseo en el mundo es perturbar a las numerosísimas personas que han encontrado en el Opus Dei una realización personal y espiritual indiscutible y, para mí, literalmente envidiable. Pero soy un historiador crítico, que ha meditado muchas horas sobre las fuentes para la historia del Opus Dei y sobre los testimonios, experiencias y contactos que incluso me han afectado personalmente durante largo tiempo. Lo que en esta obra expongo sobre el problema es lo que lealmente creo comprobado sobre la posición del Opus Dei, o de algunos de sus personajes, en relación con las figuras históricas de Franco y don Juan, y especialmente en cuanto al antagonismo de Franco y don Juan. Por eso, en los párrafos que siguen, voy a profundizar un poco más en los propios testimonios de Franco y don Juan acerca del Opus Dei.

Calvo Serer no sufrió, pues, una persecución apreciable después de publicar en Francia su famoso artículo, pero sus tesis recibieron un abucheo cósmico en el primero y único de los congresos nacionales celebrados por la Falange durante los casi cuarenta años de régimen franquista, a

---

251 *«Destino»*, 18 de julio de 1966. Citas sobre Antonniutti y López Amo en BÉCARUD, op. cit. p. 176.

fines de octubre de 1953, un mes después de que se publicara el desafío de Calvo a la Falange aperturista. El brillante escritor Eugenio Montes dijo en aquel foro, con clara alusión al articulito: "Franco nunca ha sido tercero de nadie". Aquel Congreso marcaba ya la evolución de la Falange hacia formas más aperturistas: causaban honda impresión en las filas del Movimiento-organización, como pronto se llamaría a la FET, las posiciones de Dionisio Ridruejo y Montes; por ejemplo, dijo algo muy claro: "Los fascismos han sido una respuesta falsa a un problema verdadero". El que fue secretario de la primera Falange, Raimundo Fernández Cuesta, dijo tales cosas sobre la "tercera fuerza" que el propio Calvo Serer afirma que "la 'Tercera Fuerza' nació públicamente gracias a la Falange". Lo que realmente sucedió es que el artículo de Calvo suscitó en las filas de Falange un auténtico pavor a perder el monopolio político que en buena parte habían mantenido hasta entonces en cuanto a organización, ya que los monárquicos y los Propagandistas que colaboraban con Franco en el Gobierno, en los cargos o en las Cortes carecían de organizaciones de masas. El 29 de octubre se leyeron las conclusiones del Congreso en forma de puntos programáticos. Uno de ellos decía que "bajo ningún pretexto consentirá la Falange la ilegítima actuación de camarillas que pretendan mermar su condición de única inspiradora política del Estado". Y el propio Franco, en la clausura del Congreso, que se celebró en Chamartín ante cien mil personas, se alineó expresamente con la tesis de Laín contra la de Calvo Serer: frente a los ciegos optimismos integristas de una España sin problema "en la solución del problema de España están todos los problemas particulares del pueblo español". Y atribuyó "fuerza constituyente" nada menos a la conjunción de la Falange y el Ejército.

Don Juan y Franco pro y contra el Opus Dei

Seguramente quedará muy sorprendido el lector al saber que la altísima estima por el Opus Dei era una de las escasas coincidencias entre Franco y don Juan; aunque posteriormente tanto don Juan como Franco, tal vez por desengaño ante actuaciones concretas de miembros del Opus Dei, criticaron a la llamada Obra de Dios con suma dureza.

El caso de don Juan está clarísimo en sus conversaciones con Pedro Sáinz Rodríguez. Ya hemos visto en un capítulo anterior cómo decía: "El Opus (en un principio) estaba conmigo y yo les había apoyado con todas mis fuerzas. Los Ullastres, los Florentinos... Cuando empezaron a funcionar lo hicieron con todas mis bendiciones y deseos de buen éxito. Pero según me explicaron después... El primero que me habló de ello fue Mortes, director general de Carreteras y después ministro de la Vivienda. Vino a decirme, poco más o menos, que ellos no es que estuvieran en contra mía, lo que ocurría es que conmigo veían imposible la Restauración y que deseaban abreviar las etapas. Decían: 'Con el nombramiento del Príncipe a los pocos meses echamos al otro'. Y ésta es la operación que no les salió".

También nos ha contado don Juan cómo aquella famosa carta suya a Fontanar fue "perdida" por su mensajero, Calvo Serer, y llegó a poder de Franco, tal vez, sugiere el propio don Juan, a través del padre Escrivá.

Las dobles cartas

Don Juan indica, por tanto, que dos sectores políticos del Opus Dei —el representado por Calvo y el representado por Mortes— jugaban a la doble carta del Conde de Barcelona y la de su hijo. (O a la triple carta si incluimos a Franco). Se trata de una táctica muy propia de esa plataforma política, aunque no sea exclusiva suya, sino más o menos de todas las plataformas políticas.

El caso de Franco es más complicado. En las importantes conversaciones de Franco con su pariente y confidente Franco Salgado, todas las referencias sobre el Opus Dei son positivas y elogiosas. Franco llega a defender al Opus Dei contra sus detractores y se muestra totalmente identificado con el padre Escrivá, lo que me parece olvidó un tanto don Álvaro del Portillo en sus declaraciones políticas en torno a la beatificación reciente. En una de mis publicaciones, mal informado por determinada fuente, sugerí que se habían ocultado al final otras opiniones de Franco muy negativas para el Opus Dei.

Alguien esconde documentos

He comprobado nuevamente los datos y, aunque el relato es cierto, no se refiere a cambios en el original del libro de Franco Salgado sino en otro, también importantísimo. Cierto conocido editor (Lara) celebró un almuerzo en cierto conocido restaurante de Madrid (Jockey) con la idea de publicar unos interesantes y documentados apuntes sobre Franco que había preparado cierto conocido escritor (L. Suárez).

El escritor, vinculado al Opus Dei como es público y notorio, advirtió al editor que no podrían publicarse las opiniones de Franco que criticaban duramente al Opus Dei y que él mismo se había encargado de retirarlas del original.

El editor reprendió severamente al escritor por esa ocultación y no publicó el libro, que luego apareció sin esas opiniones peyorativas. Revelo esta ocultación después de innumerables maniobras del profesor L. Suárez para impedirme el acceso a la Fundación Franco. Ese veto ridículo se ha cancelado ya.

Esta información coincide con la que me comunicó personalmente otro confidente y pariente de Franco, el almirante Jesús Fontán Lobé, muy próximo al Opus Dei:

"Franco estuvo varios años (creo recordar que dijo seis) sin contestar a las cartas de monseñor Escrivá".

Me parece muy poco probable que esas cartas sin contestar de monseñor Escrivá aparezcan un día en la serie documental que está publicando la Fundación Francisco Franco. Si me equivoco, sería el primero en alegrarme profundamente.

Pero creo estar seguro de la razón por la que Franco dejó sin contestar esas cartas: cuando advirtió que la posición posterior de Rafael Calvo Serer, sobre la que hablaremos en su momento, gozaba de cierto amparo por parte del fundador del Opus Dei, y de cierto apoyo en un sector político de personas vinculadas al Opus Dei situadas ya, como el profesor, en abierta oposición al Régimen en declive.

Capítulo XXIX
La última batalla de Gil Robles y Franco

CUANDO EMPIEZA el último año de su diario como consejero de don Juan —ahora a distancia—, José María Gil Robles truena, el 4 de enero de 1954, por la presencia del ministro de Justicia, Antonio Iturmendi, y varios ministros en el solemne funeral por el archiduque don Carlos de Habsburgo-Lorena y de Borbón, que alguna vez se quiso llamar Carlos VIII de España. Lo que indigna de verdad a Gil Robles es que Iturmendi, tradicionalista de siempre, hubiese aceptado una cartera de Franco después de haber rendido pleitesía a don Juan en 1946 y 1950; pero no podía imaginar que de hecho el jurista Iturmendi, luego presidente de las Cortes, iba a hacer más que el propio Gil Robles por la restauración de la monarquía en España.

Don Carlos de Austria fue enterrado en Poblet, junto a la tumba —ahora vacía— que había ocupado desde el siglo XVIII el duque de Wharton. La prensa española protesta por la visita a Gibraltar de la reina Isabel II pero *Arriba* aprovecha la ocasión para cubrir de fango a don Juan por asistir a unas maniobras de la escuadra británica en que se había formado. Y a poco de anunciarse que la Unión Soviética posee, como los Estados Unidos, la bomba de hidrógeno —el nuevo equilibrio para el apocalip-

sis—, casi trescientos prisioneros españoles de la División Azul vuelven de Rusia para recibir en Barcelona la bienvenida emocionada de España entera. A las pocas semanas las tropas comunistas de Vietnam del Norte aniquilan la heróica resistencia de los franceses en Dien Bien Fu, la base emplazada en medio de la selva. Los Estados Unidos se disponían a sustituir a la vencida Francia en uno de los frentes más peligrosos de la guerra fría. Pero al comentar las honras fúnebres del Gobierno de Franco al presunto Carlos VIII, José María Gil Robles no puede adivinar aún que en este año 1954 va a librar su última batalla como consejero de don Juan contra Franco, a propósito de la educación superior del Príncipe Juan Carlos.

La solemne investidura de Franco, al día siguiente, como doctor *honoris causa* por la Universidad de Salamanca, revela la profunda división que ya se abría entre los grandes (y pequeños) intelectuales del Movimiento. Notables profesionales de la cultura, dentro del sector monárquico, se enfrentaban desde 1942 en favor de Franco o de don Juan. Escritores y profesores de las dos plataformas católicas, los Propagandistas y el Opus Dei, ya empezaban a alinearse por uno o por otro.

Las "Tres Fuerzas" definidas por Rafael Calvo Serer eran realmente tres fuerzas dobles y escindidas. Dionisio Ridruejo, a un paso de la oposición abierta, acababa de recibir uno de los famosos premios de *ABC,* pero la censura prohibió terminantemente la reseña del acto en que se le rindió homenaje. En cambio, el Ministerio de Información preparaba folletos encomiásticos en inglés para el rector de la Universidad de Madrid, Pedro Laín Entralgo (se llamaban "The Spanish Torch", la antorcha española; yo alcancé a ver las pruebas llenas de polvo en un cajón del Ministerio diez años después), y el tercero de los grandes miembros del que fue equipo Serrano Suñer, el profesor Antonio Tovar, rector de Salamanca, investía ese 8 de mayo a Franco con una encendida oración que empezaba: "Egregio señor don Francisco Franco" y terminaba: "El Caudillo para la Universidad, la Universidad para el Caudillo". Y después de una nueva y vibrante defensa del régimen en un artículo de *Arriba* fechado el 26 de mayo, José María de Areilza aceptaba el nombramiento de mayor responsabilidad en la diplomacia española, la Embajada en Washington. No tra-

zo estos apuntes para molestar ahora a nadie, sino simplemente para contar las cosas tal como fueron.

Don Juan a Franco: El Príncipe, a Lovaina

Mientras tanto, José María Gil Robles planteaba en sus visitas a Estoril su última batalla por la monarquía de don Juan; y el 28 de abril confirmaba que don Juan se había decidido a que su hijo don Juan Carlos, que en ese curso iba a terminar sus estudios de bachillerato en Miramar, pasaría un año en la Universidad católica de Lovaina para sustraerle a la influencia de Franco. Don Juan encarga a Gil Robles que haga en Lovaina las gestiones pertinentes y el 21 de junio agradece a su consejero el feliz resultado de su viaje, a la vez que "expresa la convicción de que la monarquía no puede tener más política que la de diferenciarse del régimen actual". Al día siguiente, nada más regresar a Madrid, Gil Robles se entera de que don Juan Carlos y su hermano menor han visitado a Franco "para agradecerle en nombre de su augusto padre las facilidades que les ha concedido para seguir sus estudios en España". Y el asombrado consejero comprueba que, en efecto, "el rey ha dado su expresa aprobación al acto, hace varios días". [252]

La educación superior del Príncipe será la última batalla entre Gil Robles y Franco. El 16 de julio de 1954, de acuerdo con el consejo de José María Gil Robles, don Juan envía a Franco la siguiente nota verbal:

> *S.A.R. el conde de Barcelona desea reiterar a S.E. el Jefe del Estado el agradecimiento que ya en Su nombre le transmitieron sus hijos en reciente visita, no sólo por las facilidades dadas para sus estudios en la patria sino muy especialmente por el interés que S.E. ha mostrado en la marcha de los mismos.*
>
> *Correspondiendo a su interés se complace en informar a S.E. de sus planes inmediatos en orden a dichos estudios.*

---

252 GIL ROBLES, *La Monarquía...*, op. cit., p. 326s.

S.A.R. el Príncipe ha terminado una etapa con su feliz examen de reválida y empieza ahora la fase de formación superior que ha de comprender estudios universitarios y otros de carácter especial que le doten, con la ayuda de Dios, de los medios para llenar la alta misión que en su día, en virtud de la natural sucesión de generaciones, hubiera de corresponderle.

El Conde de Barcelona ha decidido que este año empiece por seguir un curso en la Universidad Católica de Lovaina, que tiene una gloriosa tradición española; y la más sana orientación moral y religiosa.

En este curso estudiará Ciencias Morales (Derecho, Sociología, Economía, etc.) entre otras disciplinas que le permitirán formar sólidamente su criterio para enjuiciar las graves cuestiones con que en el futuro haya de enfrentarse.

También aprovechará la ocasión para tomar contacto con las naciones de Europa y sus problemas, ya que asímismo conviene que el Príncipe tenga un conocimiento directo de la realidad europea.

La asistencia de profesores españoles durante este tiempo ayudaría al mayor fruto de esa etapa de trabajo. El Conde de Barcelona confía en que habrá de encontrar, para la asistencia de esos profesores, las mayores facilidades posibles.

Confía igualmente que más adelante el Príncipe pueda volver a España a hacer nuevos estudios y conocer a fondo todas las manifestaciones valiosas de nuestra patria y todos los aspectos de la vida española.

El hijo segundo de S.A.R. el conde de Barcelona, el infante don Alfonso, volverá, Dios mediante, el próximo mes de octubre a España para continuar su Bachillerato. [252]

Es decir, que don Juan pretendía seguir el consejo de Gil Robles y solicitaba elegantemente a Franco que el Estado se encargase de facilitar los profesores españoles que acompañaran al Príncipe en Bélgica.

---

252 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 378.

El proyecto de Franco

Sin haber recibido todavía la anterior carta de don Juan, Franco tenía ya redactada y firmada el 17 de julio otra en la que proponía que los estudios superiores del Príncipe se realizasen en España, y en tres etapas: primera en las academias militares, segunda en cursos selectos de la universidad y tercera de contactos con la realidad española en sus diversos campos. Franco no conoce aún el proyecto Lovaina y por eso no lo menciona en su carta, que dice así:

Para S.A.R. el Conde de Barcelona,

Señor:

Como el duque de Sotomayor os habrá informado, recibí a los Príncipes al término de sus exámenes, apreciando su desarrollo físico e intelectual y disfrutando breves momentos de su agradable presencia y de su amable atención.

El término de los estudios de Bachillerato de don Juan Carlos nos sitúa de nuevo ante la responsabilidad de la nueva etapa para la orientación de sus estudios y de completar su formación y éste es el objeto principal que esta mía persigue, pues si el Bachillerato es carta obligada y común a toda clase de estudios y de formaciones, esta otra fase es cosa muy distinta cuando se trata de un Príncipe que, por el lugar que ocupa en su rama dinástica, debe prepararse para poder responder en su día a los deberes y obligaciones que la dirección de una nación entraña.

El primer problema que se nos plantea es el de la responsabilidad en su formación, por entender que la preparación de los príncipes que puedan ser llamados a gobernar a una nación corresponde e interesa en primer lugar a la nación misma, representada por quien ejerza en ella la suprema potestad, por encima de la ley natural y general que la encomienda a sus progenitores; aunque seguramente el interés de unos y otros debe ser coincidente; pero por si por estas apreciaciones subjetivas, que no son de esperar, pudiese en algún aspecto faltar esa identificación tan conveniente, estimo debe seguirse la dirección que marque quien tiene la responsabilidad sobre la nación.

Si hasta hoy he podido estar alejado de la marcha de la formación del Príncipe y de sus estudios del Bachillerato, menos trascendentes por razón de la edad, ya no podría ser igual de hoy en adelante por la trascendencia que una defectuosa orientación pudiera entrañar.

Cuanto voy a deciros es consecuencia de una meditada reflexión sobre las condiciones en que un Príncipe ha de formarse, y el bagaje de conocimientos que hoy requiere la dirección de una nación para que pueda despertar el respeto, la confianza y el amor del pueblo llamado a sostenerle. Así también quisieran se hiciesen en los sectores que han integrado el Movimiento Nacional, y así lo han aprobado aquellas personalidades de ellos integradas en mi Gobierno.

(Ante todo, pues, Franco establece claramente que si el Príncipe ha de reinar un día en España debe formarse para ello según los criterios de España representados por el Caudillo, cuya voluntad y orientación deben prevalecer sobre las del propio don Juan. Así de claro).

La formación religiosa y moral

Yo estimo que en esta segunda etapa de los estudios y formación del Príncipe ha de tender a la formación de su personalidad y de su carácter dentro de un espíritu de servicio a la patria, de enriquecimiento y estímulo de sus virtudes y del conocimiento general de la vida de la nación en sus distintos aspectos, y no en la obtención de una preparación, título, carrera o especialización determinada que en armonía con su inclinación y aptitudes pudiera hacerle triunfar como a un ciudadano cualquiera, si los azares del destino hicieran un día su práctica necesaria, muy explicable en quienes no tuvieran aspiraciones ni probabilidades de reinar.

En consecuencia con estos fines y ser España una nación católica por excelencia, que sólo puede ser grande por los caminos que le ha trazado la mano de Dios en su eterno destino, la primera inquietud en la formación del Príncipe ha de ser la de cuidar de sus virtudes morales y rectitud de conciencia, que si necesaria para todos, es indispensable al que está llamado a regir un Estado y mucho más en los tiempos actuales,

después del naufragio de una monarquía secular y ante la exigencia que la revolución nacional demanda. Ni el pueblo español aguantaría hoy a quien no atesorase estas cualidades, ni sería posible sin ellas la vida de la monarquía.

A nuestra vieja rama tradicionalista importaba más esto, que llamó "legitimidad de ejercicio", que la propia legitimidad de la sangre. El pueblo se apercibe cuando la nación discurre en un sentido católico que su destino está ligado en el designio de Dios a la conducta moral de quien la rige. Este paralelismo lo demuestra la Historia española a cada paso y a esto ha querido atender nuestra vigente Ley de Sucesión.

La formación militar del Príncipe

A través de la Historia de España y en los siglos más gloriosos de nuestra monarquía, vemos brillar esta inquietud en la formación de los Príncipes y en la elección de varones doctos y ejemplares que se encargasen de su formación filosófica y moral. Y esto podrá conseguirse hoy, dentro de las necesidades modernas de su formación e instrucción, con la presencia al lado del Príncipe durante los años que faltan para su completa formación, de persona piadosa, sabia, prudente, exenta de ambiciones, que como profesor de filosofía, le atienda y forme en aspecto tan interesante".

El segundo lugar lo ocupa el de la disciplina y la formación de su carácter, y nada para ello más patriótico, pedagógico y ejemplar que su formación de soldado en un establecimiento militar, entre un núcleo numeroso de cadetes de su generación con los que pueda convivir.

Por ello su presencia durante dos años en la Academia General Militar de Zaragoza, siguiendo los estudios generales a las armas, aparece como la más indicada. En ella empezará a hacerse hombre y a formarse en el espíritu del mando y la obediencia, podrá apreciar el valor de la disciplina y de las virtudes castrenses, a sentir y apreciar los lazos del compañerismo, la camaradería en las colectividades y a destacar los problemas del honor. La vida sana de la Academia contribuirá a terminar su desarrollo físico y le instruirá en las doctrinas generales sobre la guerra, el valor del terreno, la utilización de las armas, común hoy a todos

los Ejércitos, el papel que cada uno desempeña en la batalla y sentirá la necesidad de solidaridad entre cuantos componen la gran familia militar, en la que en los momentos de prueba se encuadra toda la nación.

Terminada esta formación de dos años, ya como alférez, deberá pasar por un curso de información como alférez-alumno en las escuelas de la Armada, y otro similar en la Academia del Aire, que comprenda una visión general de la especialización marítima y aérea y estreche sus vínculos de conocimiento y relación con esas armas. Este período en conjunto pudiera ser de un año.

(En este esquema para la formación militar del Príncipe, que es el que de hecho se siguió, Franco no cita un precedente esencial, que evidentemente le movió al trazarlo: la experiencia de la primera Restauración, cuando por idea de Cánovas el joven Príncipe Alfonso siguió una breve instrucción militar en la Academia británica de Sandhurst, después de sus estudios en el Theresianum de Viena, que también comprendían instrucción militar o al menos premilitar. Cánovas quiso identificar al joven Alfonso XII con el Ejército y lo consiguió plenamente al ponerle al frente del Ejército del norte para la campaña final contra los carlistas. También la Reina Regente María Cristina procuró una sólida formación militar para su hijo don Alfonso XIII que se sentía por encima de todo militar; y como sabemos, el propio don Juan estaba en la Escuela Naval de San Fernando cuando sobrevino la República y luego prosiguió su formación militar en la Marina británica. Ante el resultado excelente de este proyecto en su persona, don Juan Carlos trazó uno muy semejante para la formación militar de su hijo el Príncipe Felipe. Gil Robles, por el contrario, estaba empeñado en que don Juan Carlos recibiera una formación civil aunque durante sus tiempos de ministro de la Guerra en la República se había mostrado ferviente militarista. Este proyecto de Franco para la formación militar de don Juan Carlos impresionó vivamente a don Juan que después de la siguiente carta de Franco, como veremos, formuló una consulta a su Consejo Privado sobre los estudios superiores del Príncipe).

Formado ya su carácter durante estos tres años en los centros militares, ha llegado la etapa de ponerle en contacto con la universidad y para ello deberá seguir un curso especial de dos años en las facultades de Ciencias

Políticas y Económicas, en las que sin entrar en el estudio de detalle de los problemas, se instruya e ilustre en los generales de la política y de la economía que necesita conocer. Estos dos años universitarios, al tiempo que le ponen en contacto con la intelectualidad española a través de los cuadros universitarios de profesores, le permitirá, con un programa seleccionado, el conocer las doctrinas del Movimiento Nacional y de sus organizaciones y las modernas sobre las materias económicas y sociales.

La etapa de formación civil

Terminados estos dos años de presencia en la universidad, es aconsejable el completarlos con un ciclo de conocimiento más detallado de los tres grandes sectores de la producción nacional: el agrícola, el industrial y el minero, y de sus grandes posibilidades. Por ello los tres cursos de información de tres meses en las escuelas de Ingenieros Agrónomos, Industriales y de Minas, con visitas a sus organizaciones y centros de producción, completarán la formación económica.

Durante el desarrollo de todo este programa, el contacto más frecuente con el Caudillo y en su caso, su orientación directa, lo juzgo fundamental. Esto podrá completarse más tarde, con una etapa de prácticas en la Presidencia del Gobierno, que le permita conocer la marcha de la Administración y un contacto más íntimo con el Caudillo y los problemas nacionales.

(Esta fase de estudios universitarios tropezó con graves dificultades cuando se quiso llevar a la práctica, como veremos; primero, por el encrespamiento de las universidades contra el régimen a partir de 1956 y segundo, por el choque casi brutal entre el preceptor y jefe de estudios del Príncipe, general duque de la Torre, y los miembros de la que Calvo Serer ha llamado "Tercera Fuerza", que libraron contra el duque una verdadera batalla campal.)

Que el pueblo vea al Príncipe cerca del Caudillo

Considero importante que el pueblo se acostumbre a ver al Príncipe cerca del Caudillo y se vaya haciendo a la idea de lo que para la nación representa con naturalidad, sin artificios perjudiciales.

El segundo de vuestros hijos debiera seguir en general los mismos cursos y cuidados, y terminando su noviciado militar, si la situación lo permite y sus inclinaciones lo pidiesen, pudiera realizar su especialización en una carrera y posteriormente cumplir los tres años de formación político-económica o hacer ésta más breve.

En los permisos y vacaciones (de los dos Príncipes) podría convivir con sus padres y hacer estancias en el extranjero para dominio y práctica de los idiomas que durante todos los estudios se habrán de cuidar.

Punto muy interesante es que el Príncipe no puede perder los hábitos de estudios y de trabajo. Por ello, si S.A. acepta esta propuesta, lo primero que habrá que decidir es si el estado de estudios de S.A. en la rama de matemáticas le permitirá en el mes de septiembre el iniciar sus estudios en la Academia General, con lo que ganaríamos un año. Y si esto no fuera posible, el pensar en prepararle durante este año en las materias base para su ingreso el año próximo e iniciarle en los estudios del primer año de la Academia, para que pueda realizarlo el próximo año con toda brillantez.

Éste es el programa general salvo las rectificaciones y perfeccionamientos que el desarrollo del mismo puedan aconsejarnos, y que someto a su consideración y juicio.

Francisco Franco. [253]

Franco presenta, pues, este plan a don Juan con formas correctas, como propuesta para que don Juan lo considere. Añade al plan una larga nota, que no creo necesario transcribir, sobre los estudios de la fase universitaria. En esa nota Franco recomienda comprobar cómo está el Príncipe en conocimiento del idioma, redacción, cultura religiosa, lenguas extranjeras y bellas artes, para insistir en los posibles fallos. En la enumeración de disciplinas se refiere a puntos concretos de la Historia Universal y de España (con insistencia en la Iglesia y referencia al marxismo y a la masonería); el Derecho y la ciencia política (con la teoría del Movimiento Nacional y las Leyes Fundamentales); la economía y la hacienda pública.

---

253 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 379s.

Redactada ya la carta anterior, sin conocer aún la de don Juan, Franco recibe ésta con el plan de Gil Robles sobre los estudios en Lovaina y, como si adivinara quién es el inspirador (a quien don Juan como hemos visto no nombra), reacciona duramente en una nueva carta del 20 de julio, que envía con la anterior y conmociona al grupo de Estoril. Dice así:

Cuando tenía redactado el anterior escrito, recibo nota de V.A. de 16 de julio sobre unos planes inmediatos en orden a los futuros estudios del Príncipe. Esto retrasa el envío de mi propuesta para unirle un comentario a la nota de V.A., que si, mirando solamente a la calidad de los estudios y formación moral y filosófica que en Lovaina puedan recibirse, poco habría que objetar, existen sin embargo muchísimas razones, de las que voy a exponeros las principales, para no considerarlo en la situación actual de España como conveniente:

1.—Con ello se desnaturalizaría la formación española e identificación que se pretendió al ofreceros que el Príncipe cursase sus estudios en España, en el ambiente español, bastante limitado hasta hoy por la edad del Príncipe y el círculo reducidísimo en que sus estudios se han desarrollado.

2.—Los estudios de ciencias morales (Derecho, Sociología, Economía, etc.) deben considerarse prematuros dada la edad del Príncipe y serán mucho más provechosos cuando por su edad y formación de su personalidad pueda juzgar de ellos con más claridad de juicio.

3.—Siendo interesante para el Príncipe un conocimiento directo con la realidad europea, ésta, por las mismas razones, debe tener lugar una vez formado y no en período de formación.

4.—Puede afirmarse que la marcha del Príncipe al extranjero a completar su formación, por católica que sea la Universidad, no se juzgará en España conveniente y causará un mal efecto político.

Franco amenaza con cerrar la sucesión al Príncipe

Su Alteza conoce, por haberlo resistido, cuánto ha sido el interés de algunos en alejar al Príncipe de sus estudios en España, y la solución propues-

ta de ir a Lovaina había de ser interpretada como un triunfo de los que torpemente vienen patrocinando su alejamiento de la realidad española.

5.—De las dos objeciones que el embajador (Nicolás Franco) me transmitió, corta edad del Príncipe para el ingreso en la Academia General Militar y perseguirse un conocimiento más perfecto de los idiomas, debo aclararos que la mayoría de los muchachos que hacen su ingreso en las Academias lo realizan entre los 16 y los 18 años, siendo en general la primera vez que se separan de sus padres.

Por otra parte el príncipe ha de tener en la Academia las atenciones especiales de su rango, de que disfrutaron tradicionalmente nuestros Príncipes y los cuidados especiales del profesorado.

Respecto al dominio de los idiomas, en ningún caso ha de ser abandonado su estudio y perfeccionamiento, durante toda su formación y completado más tarde, cuando ya esté formado, con estancias en el extranjero, que le permitirán formar criterio propio sobre las cosas.

6.—La formación militar del carácter en un establecimiento militar la juzgo en muchos aspectos esencial en estos años inmediatos de formación del Príncipe, y si ha de realizarse naturalmente, debe hacerse como continuación de los estudios de matemáticas del Bachillerato, sin interrumpirlos con otras disciplinas que le hagan olvidar aquéllos. De todas maneras, si por la edad del príncipe y su estado de preparación en matemáticas se necesitase esperar un año, se ganaría mucho si durante él se afianza en el estudio de las matemáticas y de su iniciación en las materias que más tarde va a cursar dentro de la Academia.

7.—Por la propuesta que me enviais, estimo y creo un deber el resaltarlo, que no os dais verdadera cuenta del clima nacional y del daño que se haría al porvenir futuro del Príncipe alejándose de formarse en el sentir de nuestro Movimiento. Ya la instauración de la monarquía encierra en sí misma bastantes dificultades para aumentar éstas con pasos impremeditados, que juzgo perjudiciales dado el sentir nacional, tan alertado y susceptible frente a las influencias extranjeras.

No puedo terminar esta breve exposición sin preveniros de la responsabilidad de vuestras decisiones en evitación de que por una defectuosa

información pudiera cerrarse el camino natural y viable que se puede ofrecer a la instauración de la monarquía en nuestra patria. Francisco Franco. [254]

El punto 7 de la carta de Franco es una breve filípica a don Juan, al estilo de las que le dirigió en los años cuarenta. Franco se ha dado cuenta de quién ha inspirado la carta y advierte a don Juan que si cede a sus consejos privará a su dinastía de la sucesión. La carta de Franco suena un poco a "lo toma o lo deja".

Don Juan consulta al Consejo Privado

Pero es que además, en este caso, Franco tiene toda la razón. Ya hemos visto cómo la tradición militar en la formación de los anteriores reyes de España —ahora sí que Franco alude a ella— le ha guiado en su proyecto. Y para desesperación de Gil Robles, cuando don Juan, ante la discrepancia con Franco, dirige una consulta sobre los estudios del Príncipe a todos los miembros de su Consejo Privado, empiezan a llegar indicios de que la respuesta mayoritaria es favorable al plan de Franco y contraria al de Gil Robles.

El propio Gil Robles, en las últimas y amargas páginas de su libro-testimonio, tiene el gesto noble de transcribirnos los términos de la consulta, que parece inspirada por él y sugiere una respuesta negativa a los consejeros; y el balance de las respuestas de los consejeros. Al formular la consulta, don Juan se da perfectamente cuenta de que en la propuesta de Franco sobre la educación superior del Príncipe (se comunica a cada consejero la correspondencia de don Juan y Franco sobre el caso) hay un problema de fondo con trascendencia histórica; la propuesta de Franco supone la definitiva eliminación de don Juan. Éste es el importantísimo texto de la consulta de don Juan al Consejo Privado, enviada por la Secretaría de don Juan:

Por tratarse en la ocasión presente de una decisión que se refiere personalmente a S.M., parece ineludible y aun absolutamente necesario el

---

254 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, ibid. p. 382.

asesoramiento de personas de la máxima lealtad y patriotismo, antes de tomar una decisión definitiva en este asunto, que de cualquier manera que se resuelva puede tener histórica trascendencia. Desea S.M. que cada consejero, al evacuar su consulta, tenga presente las observaciones y condiciones siguientes:

1.—Aunque el asunto sobre el que aparentemente versa la consulta y la decisión que ha de tomarse es si se acepta o no el plan del Generalísimo Franco expuesto en carta a S.M. el Rey, es evidente que el tema de la educación del Príncipe pasa a un plano secundario, pues la carta entera presupone, y en varios párrafos explícitamente declara, la eliminación de la persona de don Juan cuando entre en juego la vigente Ley de sucesión y el propósito de vincular la institución monárquica al sistema estatal vigente, cuya perduración se procura por la restauración monárquica en la persona idónea de un Príncipe educado ad hoc y asociado en su día a la persona del Caudillo.

2.—¿Se puede aceptar así por la tácita la alteración del orden de sucesión dinástico?

3.—¿Conviene al interés de España este intento de vinculación de la institución monárquica a la suerte de un sistema político cuya aceptación por la mayoría de la nación es dudosa y discutible?

4.—En la hipótesis de que la consulta sea contestada negativamente, ¿qué forma se aconseja a S.M. para rechazar tales proposiciones? ¿Basar la negativa entrando a fondo en las cuestiones políticas implícitas en la carta o negarse cortésmente al plan educativo propuesto insistiendo en el propósito de ensayar durante algún tiempo la fórmula resuelta por S.M. y que éste comunicó al Generalísimo en la nota verbal?

5.—Se da conocimiento al Consejo consultado del texto de la nota verbal de S.M. y de la carta del Generalísimo con su adición. La consulta ha de ser contestada en forma de nota verbal, escrita a máquina y sin firma, que será entregada personalmente al representante de S.M.

6.—Opina S.M. que sobre el hecho de la consulta y especialmente sobre el contenido de las respuestas se debe guardar la más estricta reser-

va. Él, por su parte, se compromete a que las consultas no sean conocidas más que de él personalmente y de su representante en España [255].

(Creo que en esta etapa de relativa aproximación entre don Juan y Franco, después de 1948 y a pesar de la crisis de 1951, el enlace principal entre Franco y don Juan era Julio Danvila y la persona a quien la consulta denomina "representante" era el conde de los Andes, que entrega a Gil Robles y los demás consejeros la consulta con sus documentos anejos. Desde el cese de don Alfonso de Orléans en 1946 como representante don Juan, mantuvo a Fontanar como coordinador pero, según parece, no designó nuevo representante hasta Jesús Pabón. Hay en esto cierta confusión; por ejemplo, Kindelan seguía siendo nominalmente presidente del Consejo Privado hasta 1955.)

La reacción de Gil Robles ante la consulta

Las dos últimas entradas del diario de Gil Robles son interesantísimas dentro de su frustración y se refieren al desenlace de la consulta. En la del 7 de septiembre de 1954, Gil Robles comenta la propuesta de Franco sin ver en ella más que aspectos negativos; esa propuesta torpedeaba el proyecto de Gil Robles sobre la educación del príncipe en Lovaina y al sugerir la redacción de la consulta, como sospecho, Gil Robles trataba casi con seguridad de predeterminar negativamente las respuestas:

Por encargo del conde de los Andes llega a mis manos una consulta que el rey formula a los miembros del Consejo Privado acerca de la contestación que debe dar a las propuestas formuladas por Franco los días 17 y 20 de julio sobre la educación del Príncipe de Asturias. A la consulta, estrictamente confidencial, viene unida copia de las cartas de Franco. A no tenerlas ante la vista no se creería que eran auténticas. Para él la educación de los príncipes corresponde, más que a los padres, a la nación, de la que él es el genuino representante. Por eso se lanza a trazar un plan monótono de formación del príncipe, que comienza en la Academia General Militar, pasa por la Naval y de Aeronáutica,

255 Texto de la consulta en GIL ROBLES, op. cit. p. 412.

sigue por la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, llega hasta las Escuelas de Ingenieros Industriales, Agrónomos y de Minas para concluir con unas prácticas en la Presidencia del Gobierno al lado del Caudillo y bajo su dirección. Las dos comunicaciones suponen la práctica eliminación de don Juan y el intento de restauración en la persona del Príncipe. La segunda de las cartas combate el proyecto de llevar al príncipe a Lovaina y concluye en la amenaza velada de que el rechazar este plan significa malograr la única posibilidad restauradora. Parece que todos los consultados son unánimes en que el rey debe rechazar las propuestas sin molestarse en discutirlas... Por mi parte prepararé una contestación sobria, de acuerdo con mis convicciones de siempre... [256]

(Gil Robles capta lúcidamente el trasfondo de la propuesta de Franco, que se revelaba además en la consulta de don Juan; por eso creo que fue él quien inspiró el texto de la consulta. En cambio confunde, como otras veces, sus ardientes deseos con la realidad cuando cree saber que la respuesta de los consejeros era casi unánimemente negativa, como vamos a ver).

El Consejo Privado acepta la propuesta de Franco

La última entrada del diario de Gil Robles, fechada el 25 de octubre de 1954, debería servir de profunda meditación a los neojuanistas de hoy; porque en ella se muestra cómo los juanistas de entonces, es decir, los miembros del Consejo Privado, se pronuncian por abrumadora mayoría en favor de la propuesta de Franco, aun a sabiendas, tras leer el texto de la consulta, de que esa propuesta suponía la eliminación de don Juan para la sucesión al trono. El sobrecogedor texto de Gil Robles dice así:

Aclaro, durante mi estancia en Portugal, lo ocurrido en torno al problema de la educación del príncipe.

Durante la estancia de los reyes en Tánger, a fines del verano, fue enviado por Franco Alonso Hoyos para ver el modo de estorbar la ida

---

256 GIL ROBLES, op. cit., p. 328.

del príncipe a Lovaina. El rey comenzó a vacilar; sus vacilaciones subieron de punto al conocer las respuestas a su consulta formuladas por los miembros del Consejo Privado y por otros que, sin serlo, creyeron oportuno darle a conocer su opinión. Pareceres contrarios a la educación del príncipe en España han sido tan sólo los del general Aranda, el duque de Maura, Quiñones de León, Juan Antonio Bravo, Carrascal y el mío. Los demás, con mayores o menores variantes, se inclinan a que don Juanito venga a España: González Hontoria —recientemente fallecido— Pemán, Pabón, Valdecasas, Gamero, Oriol, Garnica, Kindelán, Sáinz Rodríguez, etc.

En vista de ello, el rey ha encargado al conde de los Andes que negocie con Franco, dejando a salvo sus derechos a la Corona y sus derechos de padre.

Mientras tanto, el príncipe continuará en Estoril, convaleciendo de la reciente operación de apendicitis. Todo esto me parece catastrófico, pero no vale la pena luchar contra la corriente general. Me abstengo de pedir audiencia al rey, limitándome a decirle, por conducto de Padilla, que me tiene a su disposición, si algo necesita. Como era de esperar, nada me dice. Mi inhibición, en vista de esta claudicante política, será completa. [257]

(Fin del diario de Gil Robles. Fin de su etapa como consejero de don Juan, aunque fuera, durante el último año, a distancia. Fin de la última y desigual batalla entre el jefe de la CEDA y el hombre a quien él había nombrado jefe del Estado Mayor Central en 1935, durante la República. Un final relativo; ninguno de los dos se rendía nunca. Gil Robles intentaría la formación de un partido demócrata cristiano, de oposición cerrada al franquismo, sobreviviría a Franco, daría su última batalla política en la Salamanca que le había brindado tantas victorias y volvió a fracasar durante la transición. No me resigno fácilmente a despedir su figura noble y tenaz; volveré a citarle en cuanto pueda).

---

257 Cfr. GIL ROBLES, op. cit., p. 358s. Como se ha dicho, con estas palabras termina su diario y el libro «La Monarquía por la que yo luché».

Don Juan acepta en principio el plan de Franco

Durante aquel verano de 1954 el jesuita José María de Llanos, futuro comunista, escribía (1 de agosto) en el diario de Falange *Arriba* una sustanciosa *Carta a marxistas:* "No hay miedo, pues, a que juguemos a inventar esas sutiles posturas de aproximación confusa, puestas de moda por otras latitudes, pero realmente exóticas en nuestra tierra. No vamos a entendernos". La guerra fría mantenía sus tensiones y los Estados Unidos formaban un cordón sanitario en el sureste de Asia para contener la expansión comunista en Indochina. Al acabar octubre, los independentistas de Argelia desencadenaban su guerra contra Francia y poco después el grupo de militares jóvenes que capitanea en Egipto Gamal Abdel Nasser se hace con el poder. El confidente de Franco, Franco Salgado, que durante ese mismo año ha dado comienzo a sus interesantísimas notas sobre conversaciones con su pariente y jefe, apunta que cunden por España temores sobre la sucesión; mucha gente duda de que las instituciones previstas en la Ley de Sucesión funcionen a la hora de la verdad (aunque de hecho funcionaron veintiún años después como un reloj) e incluso se daba el nombre de algunos generales que aspiraban a suceder a Franco si desaparecía, por ejemplo Muñoz Grandes y García Valiño. Sin embargo, debemos relatar ahora el episodio final (en cuanto a cruces epistolares) del problema que nos ha ocupado durante todo este capítulo: los planes para los estudios superiores del Príncipe.

Recibidas las respuestas del Consejo Privado favorables, por gran mayoría, a la propuesta de Franco, don Juan, que ha navegado en el Saltillo hasta Tánger, comunica el 23 de septiembre a Franco su aceptación en principio, que suponía la cancelación del plan Lovaina. El portador de la carta es Alfonso Hoyos, hijo del marqués de Hoyos (ministro del último Gobierno de Alfonso XIII);,que ya había actuado como enlace de Franco y don Juan en los primeros tiempos de su relación y ahora terminó de convencer a don Juan para que aceptase el plan de Franco:

A bordo del Saltillo, 23 de septiembre de 1954

Mi General:

Mucho agradezco el interés que me demuestra por la formación de mi hijo el Príncipe don Juan y deseo aclarar a V.E. que el no haber con-

testado antes a su carta del 17 de julio pasado y a la nota del 20 del mismo mes no ha de interpretarse como si fuera una falta de atención, ya que se debe a la circunstancia de que llegan a mis manos tres días antes del comienzo del viaje que tengo proyectado por el Mediterráneo y por ello no había en tan reducido número de días tiempo suficiente para contestarle con el reposo que el tema requiere.

Después de haber meditado desde entonces sobre el caso, aprovecho la marcha del portador de esta carta para escribir a V.E.

Celebro muy de veras comprobar que coincidimos totalmente en apreciar que aquella formación del Príncipe don Juan, mi hijo primogénito, es asunto que interesa entrañablemente a la nación y esto constituye preocupación constante mía, como padre consciente de su deber, sin que pueda ni deba prescindir de esa grave responsabilidad. Por tal motivo ha de alegrarme ver que el criterio de V.E., hoy responsable del Gobierno de España, concuerda, en lo esencial, con el mío respecto a la conveniencia de que don Juan tenga una formación española, religiosa y militar.

Seguramente habrá sido ya informado Vuestra Excelencia para cuando esta carta llegue a sus manos, que ayer hubo que operar de apendicitis al Príncipe, en un ataque agudo, lo cual (aun cuando a Dios gracias ha salido perfectamente de la intervención) aplaza, al menos unas semanas, la realización del camino a seguir y espero, mi General, que durante ese tiempo pueda V.E. tener la atención de detallarme los importantes extremos relacionados con el programa que V.E. entienda debe seguirse y el carácter que ha de tener el ambiente que Vuesta Excelencia estime debe rodear a la persona de don Juan. De esta forma podré yo tomar, en vista de ello, una determinación concreta en asunto de tanta trascendencia. Puede tener la certeza de que he de mirar, como siempre he hecho, el interés nacional por encima de toda consideración personal.

Reiterándole las gracias más sentidas por su interés, quedo de V.E., afectuosamente

Juan, conde de Barcelona. [258]

---

258 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 383.

(La verdad era que la causa del retraso en la carta de don Juan fue la consulta al Consejo Privado. Para salvar las formas, don Juan —que también llama don Juan a su hijo— pide a Franco nuevas aclaraciones sobre el programa de estudios de su hijo pero realmente cambia por completo su posición respecto de la carta que envió a Franco el 16 de julio. Debe tenerse en cuenta que no se trata de un cambio veleidoso, sino de una decisión tomada tras conocer la opinión abrumadoramente mayoritaria del Consejo Privado. Esta carta es la primera gran expresión del sacrificio patriótico de don Juan que intuye ya con claridad la necesidad de renunciar al trono. Es un sacrificio doloroso y consciente, que mantendrá durante muchos años por amor a España).

Poco después de llevar a Franco esta carta, Alfonso Hoyos quedó inutilizado, por grave enfermedad, para proseguir sus funciones de enlace; le sucedieron, de momento, el que ya lo era, Julio Danvila; el conde de los Andes y el conde de Ruiseñada, entre los que cobró fuerza la idea de una nueva entrevista personal entre Franco y don Juan. Mientras tanto, Franco contestó a don Juan desde el palacio de El Pardo el 2 de diciembre de 1954:

A S.A.R. el Conde de Barcelona.

Mi querido Infante:

Oportunamente recibí vuestra carta fechada en Tánger, donde el Príncipe don Juan convalecía de su operación y de cuya salud y restablecimiento me felicito. Mucho he meditado sobre ella desde entonces, y apreciando en su valor la coincidencias que me expresais respecto a la formación española, religiosa y militar que os había propuesto para la nueva etapa de los estudios del Príncipe, mucho me temo que la reserva que por otra parte haceis al decirme "sin que como padre consciente de su deber pueda ni deba prescindir de esa grave responsabilidad" pudiera, caso de interponerse otras personas y criterios, el malograr nuestros buenos propósitos.

Perder un Príncipe, perder un hombre

Al proponeros los planes para la educación y preparación del Príncipe, en ningún caso he pretendido alejaros de las responsabilidades familia-

res que como padre os corresponden, sino el cuidar, responsabilizándome, de su formación religiosa, política, militar e intelectual en cuanto interesa a la nación y como garantía para el futuro.

Comprendereis que si yo me enfrento con esta responsabilidad es porque, identificado con el sentir de grandes sectores de la nación, estimo indispensable que la formación del Príncipe discurra no sobre una parcela física de nuestro territorio sino dentro de los principios en que el Movimiento Nacional se inspira, sin mixtificaciones y que quien puede un día regir la nación piense al unísono con las generaciones que se forjaron al calor de nuestra Cruzada, sin que esta formación pueda ser perturbada y menos deformada por la intervención irresponsable de personas o grupos que vienen demostrando estar fuera de esa línea.

En este aspecto no caben equívocos: la confianza necesita ser completa y poder disponer de los medios que nos permitan defender al Príncipe de la insensatez de aquellos cortesanos y politicastros que tanto daño han venido causando a la institución monárquica. Si así no fuese y no se contase con vuestra absoluta confianza, más valdría que el Príncipe se quedase en el extranjero fuera de aquella influencia destructora, pues aunque para la nación se hubiera perdido un Príncipe, se habría ganado, sin embargo, un hombre; de otra manera se perderían ambos.

(Franco es injusto con don Juan, que acaba de ofrecer su sacrificio; al verle ceder pretende amarrar por completo el futuro del Príncipe. También es injusto con los consejeros de don Juan que acaban de aconsejarle la aceptación de la propuesta de Franco. Está obsesionado con Gil Robles, Aranda y los pocos que se opusieron a la educación militar; y seguramente no sabe que Sáinz Rodríguez y Kindelán, con otros antifranquistas, han aconsejado los estudios en España).

Ante esta cuestión tan primordial, los detalles complementarios y del ambiente que han de rodear a la persona del Príncipe don Juan Carlos y que me pedís tienen mucha menos importancia. El programa de sus inmediatos estudios depende de su estado de madurez y del sedimento que le haya dejado el Bachillerato, que desgraciadamente en la generalidad de los casos obliga a completarlo con un ciclo más de las materias

de enseñanza media, que son básicas en los sucesivos estudios: matemáticas, historia y uso correcto de la escritura y el lenguaje. Si esta preparación nos deja tiempo, como espero, se le iniciará también en el conocimiento de aquellas materias que más tarde ha de cursar en la Academia con el fin de que sus estudios dentro puedan ser más brillantes.

Los detalles que pidió don Juan

Un director para su formación religiosa y filosófica, asistido por dos profesores, uno marino y otro militar que alternen en el servicio a su lado y le resuelvan dudas, dirigirá su formación general en este curso previo.

Para los estudios de esta primera etapa había pensado en utilizar el cuadro de profesores que para sus huérfanos e hijos de marinos tiene aquí en Madrid, en la Ciudad Lineal, la Marina de Guerra. Es el más completo, serio y capacitado de los que aquí tenemos y lo dirige un excelente director que es el almirante Abárzuza, a quien creo conoceis de vuestra estancia en la Marina.

Para su instalación buscaremos una residencia en zona próxima al colegio, que permita montarle con austeridad y decoro su nuevo alojamiento. En la Academia General seguirá los estudios con los demás cadetes, con la única diferencia de que en vez de alojarse en las cuadras comunes, tendrá sus habitaciones particulares. En este período la asistencia periódica de quien se haya encargado de su formación filosófica mantendrá su orientación religiosa.

El general director de la Academia en esta etapa militar, y el decano de la Facultad o director de los centros docentes en su etapa universitaria dirigirán la parte técnica de su formación.

Repulsa final contra los consejeros

Respecto al ambiente que ha de rodear a su persona, ha de ser análogo al que han tenido y tienen la formación de los Príncipes en nuestra nación y en los demás países; régimen normal, subordinación al director y profesores en la misma forma que discurrió la educación de V.A.

cuando pasó por un establecimiento militar, y como corresponde al nieto de quien fue nuestro augusto rey don Alfonso XIII, sin que el reconocimiento de su condición pueda, por la solicitud que se ponga en su formación, en ningún caso desviarle.

Durante todo el tiempo considero necesaria mi vigilancia y contacto con el Príncipe, que me permita conocerle, observar su evolución y en su caso enmendar lo que pudiera torcerse.

Faltaría a la lealtad con que siempre he procedido si os ocultase mi condenación a la campaña de oposición que vienen adoptando algunos de vuestros consejeros con daño gravísimo para la monarquía, al crear en grandes sectores de la nación y en los que militan en el Movimiento un espíritu general de repulsa hacia su conducta.

Aunque otra cosa puedan deciros, en esto no cabe opiniones: la monarquía no es viable fuera del Movimiento. Si éste no existiera, habría que inventarlo; pero si felizmente éste ha nacido y ha arraigado, debiéramos todos bendecir la hora de su nacimiento. Los que especulan con otra cosa laboran inconscientes por su total ruina. Las mismas causas habrían de producir análogos efectos. Ya encierra en sí misma dificultades, en los tiempos que vivimos, el marchar hacia soluciones tradicionales para que la vengamos dificultando acumulando en su camino divisiones y recelos sembrados por la pasión y el egoísmo de unos pocos, que acabarían en poco tiempo con el crédito de la institución.

He querido dejar bien sentado en esta carta cuanto en este orden debiérais conocer, confiado en que Dios ilumine e inspire vuestras resoluciones.

Con mis mejores votos para V.A. y familia, le saluda afectuosamente

Francisco Franco. [259]

(Don Juan no contestó a esta carta. No quiso entablar nueva polémica, decidido ya el retorno del Príncipe a España para iniciar su formación preliminar. El 13 de diciembre envió a Franco una breve nota con el con-

---

259 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit. p. 383s.

de de los Andes, para acreditarle en la negociación "para ultimar detalles de organización de la segunda etapa de estudios de mi hijo". Y se despedía "esperando que el acuerdo sea completo". El acuerdo se logró unas semanas después, como veremos en el siguiente capítulo, durante la entrevista personal que Franco y don Juan mantuvieron en Las Cabezas, la finca extremeña del conde de Ruiseñada).

Capítulo XXX
El Príncipe jura bandera

A FINES DE 1954 Gil Robles, abrumado por su fracaso, abandona su intervención en torno a don Juan y cierra su interesantísimo diario. Por tal motivo hemos de revisar las fuentes principales para los capítulos siguientes de este trabajo. Se mantiene hasta el final de la relación Franco-don Juan el admirable libro de Sáinz Rodríguez *Un reinado en la sombra* cuya información testimonial y documental matizo muchas veces con mis largas conversaciones con el autor durante la época en que apareció el libro.

En otras obras, que serán citadas en su momento, Gil Robles nos facilita información sugestiva. Adquieren ahora todo su valor los libros, muy documentados, de López Rodó; tanto su *Larga marcha*, que es fundamentalmente el relato de la "Operación Príncipe" después de la transmutación de la "Operación Ruiseñada" por el equipo Carrero, como en sus tomos, muy documentados también, de Memorias. En el otoño de 1954 inició el pariente y confidente de Franco, general Franco Salgado-Araújo, sus interesantísimas *Conversaciones* que siempre he considerado una fuente primordial, porque el autor no oculta sus simpatías ni antipatías.

Observaciones amables al profesor Suárez

Para los contextos me sigo apoyando en mi segunda biografía de Franco (Planeta 1982), a la que alguna vez reprocha el profesor Luis Suárez, amigo de ver algunas pajas en el ojo ajeno, que cambio mi versión de la primera, publicada diez años antes; pero es que en diez años aparecieron nuevas fuentes esenciales, por ejemplo las citadas *Conversaciones*, inexistentes en 1972, y demás obras citadas. Sugiero lo de la viga y la paja porque la muy insuficiente descripción del profesor Suárez sobre la entrevista en Las Cabezas, y no es más que un ejemplo, trata de explicarse por las escasas fuentes sobre el acontecimiento cuando pocos hechos han sido tan descritos desde todos los ángulos, como vamos a ver. Ni en el, pese a ello, importante libro de Suárez *Francisco Franco y su tiempo* (Azor 1984), ni en los de López Rodó podrá encontrar el lector referencias a juego, y a veces al doble juego, político del Opus Dei (o las plataformas del Opus Dei) para toda la relación Franco y don Juan, porque ambos autores pertenecen al Opus Dei y el profesor Suárez se permite calificar como "obsesión" mis indicaciones sobre la pertenencia del profesor Calvo Serer al Opus Dei, que no son una manía sino un dato esencial en aquellas circunstancias del Opus Dei en España; después del comportamiento de la Fundación Francisco Franco al cerrarme sus archivos con especiosos pretextos en 1992, he comprendido alguna cosa más sobre determinados aspectos de la cooperación investigadora cuando el factor Opus Dei anda por medio, y nadie podrá reprocharme al advertirlo públicamente. Hay además, para el nuevo período, varias fuentes más de importancia que en su momento serán citadas. Sólo añadiré que cuando el profesor Suárez publicó sus ocho tomos de *Franco y su tiempo* ya estaba publicado el admirable testimonio citado de Sáinz Rodríguez así como su libro *Testimonio y recuerdos* que el profesor Suárez no debe de haber leído con detenimiento; porque en el primero verá lo que dice don Juan (a quien Luis Suárez llama "S.M.") sobre el desmantelamiento del régimen de Franco por su hijo (Cfr. Suárez, p. 163.n, donde utiliza contra mi versión los amables adjetivos "inaceptable e increíble", tal vez porque ha olvidado lo que dice Sáinz Rodríguez en *Un reinado...*, p. 381) y también verá que no correspondía a don Pedro Sáinz justificarse ya ante la acusación masónica

(ibid. p. 162n) porque en *Testimonio y recuerdos* ya se había encargado de descartarla a fondo y con pruebas. Hasta a los grandes especialistas hay que recomendarles leer antes de escribir. Y por supuesto publicar todo lo que saben sobre las relaciones de Franco y el Opus Dei en momentos críticos, como en este libro hacemos y en otros no se hace.

Los actos de Estoril y las elecciones municipales

Como sabemos por el capítulo anterior, don Juan había aceptado ya, entre septiembre y diciembre de 1954, la propuesta de Franco sobre los estudios militares de su hijo el Príncipe Juan Carlos en España. Sin embargo durante aquel período se producen dos acontecimientos que debemos referir para iluminar plenamente la relación de Franco y don Juan. El primero es la gran reunión de monárquicos (unos mil quinientos) en Estoril los días 14 y 15 de octubre de 1954 para acompañar a la infanta Pilar en su fiesta de presentación en sociedad sobre la que se concedió una exclusiva de información a la revista (vinculada al Opus Dei, o será obsesión mía) *La Actualidad Española*. Hizo el ofrecimiento el duque del Infantado que identificó, exageradamente, al Alzamiento como movimiento monárquico, lo que no era cierto, como Franco había recordado varias veces a don Juan desde su primer intercambio de correspondencia. En las conversaciones con su pariente Franco-Salgado, Franco, que había recibido cumplida información de los actos de Estoril, manifestó su disgusto e incluso habló de quitar el pasaporte diplomático a los grandes de España aunque no lo hizo; en sus opiniones del período siguiente descalificó varias veces a la aristocracia de la sangre, que debía sustituirse por la del trabajo, las letras y las ciencias. [260]

El segundo acontecimiento fue la participación de una candidatura monárquica en las elecciones municipales celebradas a fines de noviembre de 1954. Era la primera vez que se podían presentar candidaturas libres, dentro del Movimiento, para elegir concejales por el Tercio Familiar, es decir, cabezas de familia y mujeres casadas. El Movimiento-

---

260 Actos de Estoril en LUIS SUÁREZ, *Francisco Franco,* V. 150; y Franco Salgado, *Conversaciones...,* p. 18s.

organización presentó por Madrid una candidatura formada por José Antonio Elola, Felipe Gómez Acebo, Manuel Pombo Angulo y Vicente Salgado; los cuatro, salvo uno, eran monárquicos aunque estuvieran encuadrados en la organización falangista y entre su sector moderado. Frente a esta candidatura se presentó otra calificada como monárquica, aunque sus miembros habían estado inequívocamente con el 18 de julio y habían pertenecido al Movimiento considerado genéricamente, aunque ahora formaban en el grupo juanista de oposición moderada a Franco y se mantenían dentro de la legalidad del régimen. Eran Joaquín Calvo Sotelo, hermano del protomártir; Torcuato Luca de Tena, director de *ABC,* hijo mayor de Juan Ignacio, el propietario de *ABC;* Juan Manuel Fanjul, que había sido vicesecretario general del Movimiento; y Joaquín Satrústegui, que había luchado como voluntario de Renovación Española en Somosierra. La división de candidaturas y su enfrentamiento muy ostentoso era la mejor prueba de que la gran masa política de la España nacional en la Guerra Civil estaba ya disgregándose sin encontrar cauces adecuados, incluso dentro del régimen, para expresar sus discrepancias. Se equivoca seriamente el profesor Luis Suárez cuando atribuye mi información de estas elecciones a "las tesis de Satrústegui", cuando expresamente digo en mis notas de la biografía de Franco (1982 t. VI p. 80) que mi fuente es Franco-Salgado. El Gobierno de Franco no pudo ocultar su nerviosismo ante esta confrontación un tanto artificial y Blas Pérez, Fernández Cuesta, Arias Salgado y Carrero "la solución que proponían era el pucherazo con todas sus consecuencias" (Franco-Salgado, p. 33).

Creo que no hizo falta el pucherazo generalizado pero hay pruebas de que la organización del Movimiento empleó la violencia, la coacción y la manipulación en varios distritos electorales, según datos y testimonios que recoge Sáinz Rodríguez. Las elecciones se celebraron el 21 de noviembre y la candidatura del Movimiento sacó doscientos veinte mil votos en Madrid, frente a cincuenta y un mil de la candidatura monárquica. Aun introduciendo correcciones por el pucherazo, es evidente que los monárquicos no habían ganado ni de lejos. No era una derrota del régimen, pero sí un síntoma muy significativo de cambio interior.

Durante el mes de noviembre de 1954, circularon dentro de España escritos en los que se pedía a don Juan un pacto con Franco para la Restauración; fueron realmente, según Sáinz Rodríguez, dos escritos cruzados en favor de esa colaboración, uno de los monárquicos colaboracionistas y otro de los antifranquistas, porque ya sabemos que desde tres meses antes la gran mayoría del Consejo Privado de don Juan se había pronunciado a favor de que el Príncipe estudiase en España.

El ultimátum de Franco al conde los Andes

Mientras las llamadas "familias" del Movimiento y de la oposición monárquica mantenían estos escarceos, Franco recibía el 20 de diciembre al conde de los Andes, enviado por don Juan, como sabemos, para ultimar los detalles sobre los estudios superiores del Príncipe Juan Carlos en España. La versión de Franco a Franco Salgado sobre la entrevista es más amplia y detallada que la referida por el conde de los Andes a Pedro Sáinz.

Franco empezó con un exabrupto. "Ante todo tengo que decirle que no me fío de nadie y, dados sus antecedentes y conducta con relación al régimen, nada tiene de particular que usted no me ofrezca ninguna garantía para que me haga objeciones en nombre de don Juan". Después repite al conde su proyecto de plan de estudios militares y civiles y su deseo de que don Juan Carlos "debe tener trato con los verdaderos aristócratas, que ya no son los de la sangre, como eran antiguamente, sino los del saber, la industria, las armas, las artes, etc...". La decisión es tajante: "Si don Juan no está dispuesto a esta educación para su hijo, o éste no está conforme, el príncipe no debe volver a España, y ya se sabe que renuncia al trono y que me consideraré desligado en relación con él de todo compromiso". Luego le criticó a Andes "la actitud de determinados monárquicos en las últimas elecciones para concejales, en las que Satrústegui hizo varios viajes de consulta a Lisboa y que desde allí recibía instrucciones." Andes replicó que en Estoril no fueron partidarios de que se presentase la candidatura "y mucho menos que ésta tuviese un matiz político contrario al régimen".

En resumen, "si don Juan quiere que su hijo reine en España, debe someterse a mis deseos que son en bien de él y de la patria y confiarme su educación". [261]

Aparece una nueva estrella sucesoria

Cuando Franco ponía tan firmemente sus condiciones a don Juan sobre los estudios de don Juan Carlos es porque tenía en reserva a otro candidato de la Casa de Borbón y de la estirpe de Alfonso XIII para seleccionarle como sucesor a título de rey: don Alfonso de Borbón Dampierre, hijo mayor del infante don Jaime y nieto mayor de Alfonso XIII. La versión definitiva de la Ley de Sucesión exigía un candidato "de estirpe regia" y nada decía de ascendencias morganáticas o desiguales, por lo que don Alfonso podía, evidentemente, ser candidato. Estoy convencido de que Franco nunca tomó en serio a los pretendientes carlistas, la familia de Borbón Parma, o al recientemente desaparecido "Carlos VIII", pero sí consideró seriamente a don Alfonso como reserva. El 21 de octubre de 1952 el conde de Casa Rojas, embajador de España en París, pidió en nombre de Franco al infante don Jaime, que llevaba en Francia una vida disparatada y lamentable, que le enviase a sus dos hijos para formarse en España. Don Alfonso y don Gonzalo estudiaban por cuenta de su madre, casada ya con el milanés Sozzani (don Jaime estaba unido a la actriz alemana Carlota Tiedemann) y ni la madre ni los hijos quisieron que don Jaime se los llevase cuando se presentó con ese propósito en el internado de Suiza donde residían. He relatado la historia de don Jaime y su familia trágica en mi reciente biografía de la reina Victoria Eugenia (Planeta, fines de 1992) y por eso ahorro detalles al lector que allí podrá completarlos. El caso es que don Jaime dirigió el 6 de mayo de 1954 un manifiesto a los jefes de Estado reclamando sus derechos al trono de España; su renuncia de 1933 la consideraba como no válida y además, como ya hemos indicado en este trabajo, no le faltaban razones, sobre todo al tratarse de "instaurar", como repetía Franco, una nueva monarquía, no simplemente "restaurar" la que abandonó en 1931. Un tribunal español

---

261 Cfr. FRANCO SALGADO, op. cit., p. 53.

devolvió a don Jaime la patria potestad sobre sus hijos que había perdido en un tribunal de Suiza, y don Alfonso, resignado al fin, accedió a cursar los estudios de Derecho en la famosa universidad que regentan los jesuitas en Deusto para pasar al año siguiente a un centro no menos importante, el Centro de Estudios Universitarios, fundado y regido en Madrid por la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Don Alfonso y su hermano, marcados ya por la desgracia, el abandono y la soledad, y destinados a un horrible y triste futuro, respectivamente, se ganaron a sus compañeros y a los ambientes elevados y normales que frecuentaban, con gran satisfacción de Franco que se interesaba continuamente por ellos como había hecho hasta entonces su abuela la reina Victoria. Desde 1955, pues, el nieto mayor de Alfonso XIII, a quien un sector nada despreciable de legitimistas franceses consideraba heredero de Francia, empezó a convertirse insensiblemente en alternativa regia a su primo hermano don Juan Carlos. Y tanto don Juan Carlos como don Juan lo supieron muy pronto, con creciente aprensión.

El primer regreso de don Juan a España

Como remate de todas las negociaciones entre Estoril y El Pardo para determinar los estudios superiores de don Juan Carlos, don Juan y Franco se reunieron en Las Cabezas, finca extremeña del conde de Ruiseñada, el 29 de diciembre de 1954. El profesor Luis Suárez inicia el relato con estas palabras: "Al final don Juan de Borbón cedió". No es cierto; había cedido ya, como sabemos, en la carta enviada a Franco con Alfonso Hoyos en septiembre desde Tánger. Prosigue Suárez: "Es muy poco lo que sabemos con seguridad acerca de la conversación de Franco y don Juan". Por el contrario, lo sabemos todo; los dos interlocutores lo contaron, un testigo oculto les escuchó y tomó casi toda la conversación; un avisado cronista (González Doria) se refiere a la entrevista. No comprendo cómo el profesor Suárez puede advertir vacíos en un encuentro revelado desde todos los ángulos.

Pedro Sáinz Rodríguez aclara el detalle de los promotores: "A la primera entrevista del palacio de Las Cabezas... se llegó a través de gestiones

muy directas, también, de Julio Danvila. ("También" porque Danvila había tramado, como sabemos, la entrevista del Azor). La iniciativa partió de Franco, a través de Carrero Blanco, en estrecha colaboración con el conde de Ruiseñada, Juan Claudio Güell y Churruca, primogénito del marqués de Comillas, a cuyo patrimonio pertenecía la finca y el palacio de Las Cabezas. El conde de Ruiseñada, por captación de Carrero, había sustituido al que hasta entonces secundara a Danvila, es decir, a Alfonso Hoyos..., que se hallaba inmovilizado por grave e irreversible enfermedad." [262] Intervinieron también en los preparativos Nicolás Franco, embajador en Lisboa y el conde de los Andes.

Me gusta no hablar de los lugares históricos simplemente de oídas y aproveché una invitación de los actuales propietarios de la finca, en el invierno de 1988, para conocerla junto con Rafael de Penagos y mi inolvidable amigo Juan Antonio Vallejo-Nágera, a quien ya rondaba la muerte, aunque vivía la plenitud de su talento y su humanidad. La enorme dehesa, comprada por el financiero y promotor ferroviario marqués de Salamanca en el siglo pasado, fue vendida al primer marqués de Comillas en 1870, cuando Salamanca andaba en graves dificultades; desde el cerro de Las Cabezas que domina la propiedad vigilaba don José la construcción de la línea férrea Madrid-Extremadura en un amplio trayecto. Según Pedro Sáinz, el actual palacio sobre el cerro lo construyó el marqués de Comillas en 1876, con una solemne torre del homenaje que le da apariencia de castillo. En la dehesa de grandes olivares se cultiva hoy el secano y el regadío de forma moderna y ejemplar.

Era el primer regreso de don Juan de Borbón a España desde 1936 y puede comprenderse su emoción cuando llegó a Las Cabezas al atardecer de la víspera, acompañado por su secretario diplomático Ramón Padilla y desde la no muy lejana frontera (la finca está a tres leguas de Navalmoral de la Mata) por el conde de Ruiseñada. Quince jinetes de Ruiseñada, como una pequeña mesnada, rindieron honores a don Juan y se dispersaron para la vigilancia. Ya esperaban a la entrada el conde de los Andes, Julio Danvila, el conde de Fontanar, el secretario particular de don Juan,

---

262 P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado...*, op. cit., p. 222s.

Eugenio Hermansanz y el secretario de Ruiseñada, José María Ramón de San Pedro.

Franco expone a don Juan una lección de historia

A la mañana siguiente don Juan oyó misa en la capilla del palacio y salió a pasear solo sobre el suelo de España hasta que el vigía avisó la llegada de Franco, que llegó acompañado sólo por el segundo jefe de la Casa Militar, almirante Nieto Antúnez, que había sido comandante del Azor; cuando la entrevista de 1948, Franco aceptó como única escolta la de los guardas de la finca. A las once y veinte pasaron don Juan y Franco al enorme salón y conversaron al abrigo del hogar durante cuatro horas largas, hasta las cuatro menos cuarto de la tarde.

El primer relato que debemos resumir es el de José María Ramón de San Pedro, a quien Ruiseñada encargó que vigilase junto al teléfono de la habitación contigua, desde la que se escuchaban las palabras del salón como si no hubiera pared; esto, naturalmente, lo sabía el conde, aunque el secretario tratase de disimularlo. Durante mi vista tuve el honor de pasar la noche en el dormitorio que en 1954 ocupó don Juan y comprobé que en el palacio de Comillas desde luego las paredes oyen. El fiel secretario tomó papel y transcribió lo que oía, que luego entregó a Ruiseñada y éste a Pedro Sáinz Rodríguez, de quien lo tomo.

Franco empezó interesándose por toda la familia real especialmente por "Doña Victoria". Don Juan expresó su admiración por "el cambio notable que había notado en el aspecto de los pueblos y las gentes de España por comparación con las de Portugal". Franco replicó que si se mantenía esa diferencia los portugueses querrían a lo mejor hacerse españoles y que se lo había advertido a Salazar. Luego subrayó Franco la importancia de los convenios con la Santa Sede y los Estados Unidos; don Juan elogió a Martín Artajo sin suscitar por ello el entusiasmo de Franco que, reconociendo el mérito de su ministro, apuntó que cuando los ministros hacen lo que se les dice las cosas salen bien.

Entonces Franco, en tono muy cordial, habló de la educación de los infantes (nunca llamó Príncipe a don Juan Carlos) y reiteró el plan que

don Juan ya conocía. Don Juan quiso discutir algunos puntos sin que Franco le dejase; Franco le indicó que lo había consultado con su amigo Natalio Rivas, que fue ministro de Instrucción con Alfonso XIII. Criticó como peligroso el plan Lovaina. "Alteza —remató—, encomiéndenos la formación de sus hijos. Le prometo que haremos de ellos unos hombres excepcionales, bien preparados y unos excelentes patriotas". Don Juan advirtió que el patriotismo ya lo habían aprendido en casa; Franco asintió y fin del punto primero y principal, por iniciativa del propio don Juan, sin más discusión. El objetivo principal de la entrevista quedaba cumplido; don Juan no hizo sino ratificar lo ya acordado.

El comunicado conjunto

Punto segundo: la institucionalización del régimen. Franco expresó poca estima por las constituciones que se han venido sucediendo en España. Creía que en ayuntamientos, diputaciones y Cortes había más autenticidad repesentativa de lo que pensaba don Juan. No se inclinaba a separar, de momento, la jefatura del Estado de la del Gobierno. Justificó la intervención de los militares en la vida pública de la España contemporánea para evitar el caos. Se explayó detenidamente en esa historia y descalificó a los carlistas cmo "lamentables perturbadores de la Historia decimonónica". Criticó la política hacendística y económica de José Calvo Sotelo en la Dictadura de Primo de Rivera: "el gasto público fue enorme, con dos exposiciones en Barcelona y en Sevilla". Cayó la Dictadura por su política económica de derroche; cayó don Alfonso XIII porque empalmó con los generales viejos (Berenguer, Sanjurjo) y no con los generales jóvenes que "nos sentíamos entonces liberales".

Don Juan propuso entonces divulgar en España la doctrina monárquica, ya que España iba a ser una monarquía. Franco asintió, pero en el terreno doctrinal, no en el político; no quería que esa propaganda se resumiera en la frase "Quitaos vosotros, que nos ponemos nosotros". Reafirmó Franco su condición de monárquico y aseguró que la monarquía vendría por desenlace natural porque todos acabarían siendo "monárquicos de necesidad". Franco prodigó duras críticas a su ministro

Larraz, a Sanjurjo y a Mola. Dijo que Sanjurjo no hubiera tenido capacidad para restaurar la monarquía y que Mola era antimonárquico y se refería a la Reina Victoria como "esa tonta". Reconoció los méritos y capacidad de Sáinz Rodríguez pero insistió en su filiación masónica, sin dar pruebas aunque sí apuntó conexiones. Don Juan reaccionó enérgicamente en defensa de don Pedro y Franco se salió por la tangente.

Luego habló de política social, alabó a los sindicatos, a los que en cambio don Juan criticó, y afirmó que la política social "nos la darán hecha desde Roma". Y así llegó la hora tardía del almuerzo, con don Juan y los demás muertos todos de hambre y Franco tan fresco.

Franco llevó toda la conversación del almuerzo, con temas de caza, de África y de la Guerra Civil; contó que un sargento piloto estuvo a punto de desviarle a Barajas cuando volaban de Ávila a Toledo. Y la conversación se reanudó junto a la chimenea a las cinco. Duró menos; un par de horas.

El secretario-escucha se perdió la primera media hora para no llamar la atención. Cuando volvió a tomar notas, Franco llevaba ya muy avanzado el tema del Consejo del Reino, en el que confiaba mucho y consideraba como la panacea de la Historia futura. Franco sugirió aplazar el tratamiento de don Juan Carlos como Príncipe de Asturias. Pidió a don Juan que tuvieran más conversaciones y que se aproximase a don Javier de Borbón-Parma.

Entonces fue don Juan quien propuso la redacción de un comunicado conjunto que traía ya preparado en borrador. Franco llamó entonces a Julio Danvila y le manifestó su extrañeza de que no se le hubiese advertido antes la idea del comunidado. Llamaron al conde de los Andes y por fin Franco aceptó el comunicado. Se levantó, se despidió de todos mientras hablaba de los fosfatos del Sahara recién descubiertos y se marchó con muestras de gran cordialidad.

La designación del duque de la Torre

El comunicado, que Franco publicó inmediatamente, respondía pues al deseo de don Juan sin modificación alguna y decía así:

"En Extremadura han celebrado una entrevista el Jefe del Estado y el Conde de Barcelona. Las facilidades dadas por S.E. a S.A. en el transcurso de la misma le han permitido realizar el deseo de que su hijo primogénito —terminado ya el bachillerato— continúe sus estudios y complete su formación en España para el mejor servicio de la patria y por el lugar que ocupa en la dinastía.

"El plan de estudios ha quedado acordado entre S.E. el Jefe del Estado y S.A.R. el Conde de Barcelona. Don Juan Carlos estará rodeado de las atenciones especiales propias de su rango, habiendo sido designada la persona que representará a su augusto padre en el cuidado de la educación de sus hijos.

"S.A.R. el Infante don Alfonso también continuará en España sus estudios de bachillerato". [263]

La persona designada como preceptor del Príncipe era el teniente general Carlos Martínez de Campos y Serrano, duque de la Torre, nieto del general Francisco Serrano, que fue regente y presidente, tres veces jefe del Estado en el siglo XIX, académico de la Española, historiador militar y memorialista insigne. Había salvado de la muerte durante las primeras semanas de la Guerra Civil a don Pío Baroja, hizo después una carrera brillantísima como jefe de la Artillería en el Ejército del Norte (sus piezas lograron que saltara en pedazos el cinturón de hierro de Bilbao, por ejemplo) y luego desempeñó el cargo de jefe del Estado Mayor Central. La elección era perfecta, y don Carlos ayudó eficacísimamente a don Juan Carlos mientras duró su formación militar, hasta que chocó por desgracia con un comando del Opus Dei (a las cosas hay que llamarlas por su nombre, y lo demostraré documentalmente en su momento) en el año 1959. La reacción de franquistas y juanistas a la entrevista y al comunicado de Las Cabezas fue muy escrespada. "El comunicado —comenta Ramón de San Pedro al final de su transcripción— decepcionó a la mayoría de los monárquicos que entonces se llamaban liberales y alegró a los monárquicos que deseaban compatibilizar franquismo y monarquía". Muchos falangistas vieron ya decidida la instauración monárquica en

263 Transcripción de las notas de Ramón de San Pedro y del comunicado de Las Cabezas en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit. p. 224s.

la persona del Príncipe y expresaron sordamente su protesta. Para acallarla, Franco hizo publicar el 23 de enero de 1955 unas duras declaraciones en *Arriba,* con inserción obligatoria para el día siguiente en toda la prensa, en las que "el Caudillo salía al paso de maliciosas interpretaciones en torno a su entrevista con el conde de Barcelona... porque la sucesión del Movimiento Nacional es el propio Movimiento, sin mixtificaciones... La monarquía que en nuestra nación pueda un día asentarse no será ni liberal ni parlamentaria. Mi magistratura es vitalicia".

La reacción de don Juan

El 19 de enero de 1955, cuatro días antes de estas declaraciones, el príncipe don Juan Carlos, restablecido, salía de Estoril para España y dedicará el resto del curso en Madrid, bajo la dirección del general Martínez de Campos, a la preparación intensiva para su ingreso en la Academia General Militar. Los veteranos de la lucha monárquica con Kindelán al frente proponían a don Juan que designase representante suyo en España, con mando único, al que ya lo era para la formación militar del Príncipe, es decir, el duque de la Torre. Pero el duque de la Torre era también el hombre de confianza de Franco. [264]

Después de la transcripción de Ramón de San Pedro y el encuadre de Sáinz Rodríguez, la segunda fuente imprescindible para el análisis de la entrevista de Las Cabezas es el conjunto de informaciones dadas por el propio Franco y su pariente Franco Salgado.

El 4 de enero de 1955 el propio conde de Ruiseñada recuerda la impresión de don Juan ante Franco:

Al reunirse don Juan con sus amigos después de la larga conversación parecía otro hombre. Se había (por decirlo así) responsabilizado de repente.

Su aire no denotaba preocupación, ni mucho menos contrariedad, sino por el contrario una reacción propia de quien acaba de salir de un

---

264 Cfr. KINDELÁN, La verdad... op. cit. p. 373.

engaño injusto para entrar en posesión de la verdad. Don Juan acababa de descubrir con sus propios ojos, sin intérpretes ni intermediarios, al hombre que es el Caudillo. Cuando con el conde de Ruiseñada regresaba a Portugal, conduciendo su coche, ya no era el parlanchín de otras veces, ni el superficial y anecdótico que se mostraba en otras ocasiones, al comentar la entrevista que acababa de tener.

Era el hombre que sobre un caso humano y político acababa de ver con claridad lo que hasta entonces se le había impedido ver. De vez en cuando, sin apartar la vista de la carretera, dice a su acompañante: Es prodigioso el conocimiento que tiene este hombre de todas las cosas y de los hombres... Y en dos o tres ocasiones golpeó su mano derecha en la rodilla de su acompañante diciendo: Es para matar a quienes me han estado durante tantos años hablando mal de este hombre. Lo primero que dijo don Juan después de despedirse del Caudillo fue esto: Bueno, ahora no hay más que darle nuestra confianza y colaborar, colaborar... [265]

El 2 de octubre de 1954, cuando Franco Salgado empieza a registrar las conversaciones con su pariente y jefe, le comunica los rumores "que corren por Madrid referentes a la renuncia de don Juan de Borbón a la Corona de España". Y recibe la respuesta siguiente de Franco:

"Don Juan renunciará cuando convenga a los intereses de la patria. Su hijo mayor el infante don Juan Carlos se preparará para ingresar en la Academia General; y aunque no sufrirá exámenes, conviene que tenga una cultura de matemáticas, para poder efectuar luego sus estudios en la Academia con alguna base" [266].

Franco confirma a don Juan su incompatibilidad

El 30 de diciembre, cuando Franco ha vuelto ya de la entrevista en Las Cabezas, Franco Salgado habla con el único acompañante de Franco en ese viaje, almirante Nieto Antúnez, que le comunica, además de datos que ya conocemos, algo que tal vez saltó en la conversación de la tarde

---

265 F. SALGADO, op. cit., p. 65s.

266 Cfr. FRANCO SALGADO, op. cit., p. 9.

antes de la llegada de Ramón de San Pedro, porque éste no lo refleja en su detallada transcripción.

Se lamentó (Franco) de lo mal aconsejado que estaba S.A. por lo cual se le impulsó a dictar el manifiesto (de 1947) que la opinión nacional ha repudiado y que ha motivado que se piense en el infante don Juan Carlos para heredar en su tiempo la Corona. (Repito este texto que ya aduje al comentar el Manifiesto de 1947).

El 31 de diciembre Franco hace a su pariente una nueva confidencia importante sobre la entrevista:

Don Juan, en términos discretos, dijo al Caudillo que si consideraba preciso abdicar para que su hijo tuviera los derechos a heredar la Corona. S.E. le contestó:

El problema de vuestra abdicación no considero necesario que se plantee hoy, pues el objeto de esta entrevista es la educación de vuestro hijo pero ya que V.A. habla de este asunto, debo decirle que en efecto considero que V.A. se hizo incompatible con la España de hoy, pues V.A., en contra de mi consejo de que estuviera callado y que no hiciera declaraciones, publicó un manifiesto en que se niega a colaborar con el régimen, y así se ha hecho incompatible con él. Don Juan me contestó que llevaba callado mucho tiempo. Le contesté a esto que a mí no me preocupa ahora la situación suya. Hay que cumplir lo que la ley dice sobre la sucesión. Para ello hay que preparar al príncipe más apto y calificado para reinar. Don Juan a esto me dijo: No olvide que la ley dice Y con más derecho. Por ello, le contesté yo, me inclino porque sea el sucesor directo de don Alfonso XIII y no un príncipe de la rama tradicionalista, a pesar de lo mucho que este sector trabajó en la guerra y de que colabora con el régimen prestando siempre leal acatamiento. Pero el Consejo del Reino, con arreglo a la Ley de Sucesión, dirá la última palabra en este asunto; estoy seguro de que, dado el patriotismo de V.A., si para bien de España fuese necesario que V.A. abdicase, lo haría sin vacilar. Don Juan me contestó que desde luego. [267]

---

267 Cfr. F. SALGADO, op. cit., p. 63s.

La entrevista de Franco y don Juan en Las Cabezas despejó el camino para los estudios militares del Príncipe don Juan Carlos e impuso el relevo entre los enlaces permanentes de los dos antagonistas.

Ante el declive y el abrupto cese (por parte de don Juan) de Julio Danvila, se afianzó como enlace principal el anfitrión de Las Cabezas, conde de Ruiseñada, que como sabemos ya estaba captado por Carrero Blanco; y al que don Juan, como suele hacer con la mayoría de sus colaboradores, descalifica en sus recuerdos escritos.

"Juan Claudio Güell —le pregunta Sáinz Rodríguez en su serie de conversaciones— era bastante leal a Vuestra Majestad, ¿no?

"Sí, era leal, pero leal franquista". [268]

Con Julio Danvila, el hombre que había conseguido a cuerpo limpio, sin ayuda de nadie, la entrevista del Azor y había colaborado decisivamente a la de Las Cabezas, el político monárquico de toda la vida a quien seguramente, como ya he dicho, debe don Juan Carlos (y por tanto la dinastía) la segunda Restauración, después de Franco y Carrero, don Juan se ensaña de forma que me parece lamentable e injusta.

Casi todo el mundo creyó que el cese fulminante de Danvila se debió a unas declaraciones con firma de don Juan que Danvila hizo publicar en *ABC* el 24 de junio de 1955, en las que don Juan invita a unirse "a todos los españoles que estén animados por los ideales del Movimiento Nacional" y agradece "la ayuda divina y los aciertos del Generalísimo Franco al frente de la nación". No descarta una aproximación a la Falange y comunica que "la monarquía siempre se ha sentido solidaria con los ideales del Movimiento".

José María Gil Robles, al leer estas declaraciones, dimitió como miembro del Consejo Privado; se produjeron otras dimisiones y el general Kindelán, presidente del organismo, pensó en dimitir aunque no lo hizo, según nos informa en la carta que hemos citado en este mismo capítulo.

---

268 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 295.

La injusta descalificación de Julio Danvila

Bueno, puntualicemos —insiste Sáinz Rodríguez—. Danvila cesó porque escribió un artículo para ABC en que se excedía prometiendo no sé qué cosas.

Eran unas declaraciones más —responde don Juan— hechas a Danvila y publicadas sin firma. Pero él no cesó por eso, sino porque en la segunda entrevista (la primera de Las Cabezas) yo dije: Pero el señor Danvila aquí, ¿qué pinta? Me asegura que usted (Franco) va a decirme esto y a usted le promete que yo voy a decir lo otro, y no nos decimos nada de lo previsto. Luego aquí hay algo que sobra y es el señor Danvila.

Sí, porque era un intermediario que mixtificaba.

Y por eso nos abstuvimos de usar a Danvila.

El encono de don Juan con Danvila es tremendo y además —insisto— es injusto. Poco antes, en la misma conversación, señala que Danvila sucedió como enlace a Oriol (más o menos desde 1948, antes de la entrevista del Azor) y sigue don Juan:

Fueron varios los años de Julio Danvila y pasaron muchas cosas. Julio Danvila se erigió en el gran correveidile y al principio, como era amigo de Sotomayor, la primera entrevista se organizó a través de él en el Azor...

Y ¿cuál era su idea? ¿Qué se proponía conseguir?

Lo que no consiguieron ni Oriol ni él. Querían simplemente que yo fuese como ellos. Y yo, claro, he partido siempre de un principio de absoluta independencia. Pacto con Franco —dije— todo lo que haga falta; pero a base de ser yo quien soy. Sobre todo el régimen personal era lo que no podía tolerar. Yo no podía aceptar que la monarquía ni el Rey continuaran aquel sistema político; somos otra cosa. Y con Franco, claro, mientras su actitud no cambiase, no habría nada que hacer. [269]

Pero el caso es que don Juan no desmintió las declaraciones suyas publicadas por Danvila en *ABC*. No las desmintió en público, pero tam-

---

269 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 294.

poco en privado; cuando Kindelán, presidente del Consejo Privado, le envió la carta de protesta con las tentaciones de dimitir de esa presidencia, don Juan, en seca carta del 17 de agosto de 1955 (una carta de cuatro líneas) no desmiente ni descalifica las declaraciones que motivaron la dimisión de Gil Robles y otros como consejeros privados. Todo el mundo pues consideró las declaraciones como auténticas y válidas, aunque don Juan, décadas después, se desahogue contra Julio Danvila, a quien Franco, por cierto, siguió utilizando. Ya veremos cómo en otras declaraciones incontestables don Juan muestra una línea semejante.

Las primeras agitaciones juveniles

Un mes más tarde se reúne la Junta Política por vez primera desde el fin de la Segunda Guerra Mundial bajo la presidencia de Franco, a quien se designa en la prensa como "jefe nacional de la Falange". A raíz de esa reunión, y en las páginas de *Arriba*, Franco traza una semblanza comprensiva y favorable del último rey de España don Alfonso XIII que suscita un cordialísimo cruce de telegramas con don Juan, que a principios de marzo ha viajado a Lausana para visitar a su madre la Reina. Son las declaraciones de Franco a que ya nos hemos referido; en ellas aclara que nadie debe pensar en un inminente relevo en la jefatura del Estado; "por lo vitalicio de mi magistratura es de esperar que nos queden muchos años por delante". Había cumplido Franco sesenta y dos años el anterior 4 de octubre; se encontraba en plenitud de fuerzas físicas y vigor mental. Por eso advirtió preocupadamente, a lo largo del año 1955, que se estaba gestando en el seno de la juventud española, hasta entonces tranquila en sus estudios y entregada al régimen, un peligroso movimiento de protesta y oposición.

Por lo pronto, sectores juveniles de Falange y el sindicato universitario falangista, SEU, que gozaba del monopolio político en la universidad, manifestaban habitualmente actitudes contrarias a la monarquía y al Príncipe. Se veían pintadas como "No queremos reyes idiotas" y "Vivan los osos que se comieron a don Favila, príncipe de Asturias" por muros y tapiales de la Ciudad Universitaria, donde empezaban a actuar agitadores

comunistas aislados, como un señor Campillo que por entonces se movía mucho en la Facultad de Ciencias sin que nadie le hiciera el menor caso; a los alumnos de esa Facultad nos interesaban infinitamente más las clases, verdaderamente magistrales, de los profesores Emilio Jimeno y Manuel Lora Tamayo, entre otros maestros insignes aunque en mis escapadas a la vecina Facultad de Filosofía y Letras se notaba un sordo mar de fondo. El 9 de febrero, durante unos actos en la calle de Víctor Pradera para conmemorar el asesinato del joven falangista Matías Montero veinte años antes, el delegado del SEU en Derecho, Fernando Elena, increpó al ministro del Movimiento, Fernández Cuesta, y las expresiones de disgusto por parte de la juventud falangista (generalmente exigiendo una mayor autenticidad en las rutinarias estructuras políticas del Movimiento) menudearon durante todo el año.

El 14 de marzo Franco mantuvo su primera sesión personal de adoctrinamiento con el Príncipe don Juan Carlos; le habló de historia y le animó a entablar contacto con la juventud y a no fiarse de la aristocracia tradicional.

Cuando la muerte se lleva, en ese mes de mayo, al general Juan Vigón, primer enlace entre don Juan y Franco, uno de los jefes de Falange con mayor prestigio, Juan Antonio Elola Olaso, hace la primera mención pública en España sobre la posibilidad futura de que reine don Juan Carlos de Borbón.

En este contexto español, marcado ya por la incertidumbre de un cambio profundo en la juventud, es cuando publica *ABC* las declaraciones no desmentidas de don Juan a Julio Danvila en las que el conde de Barcelona se aproxima al régimen e incluso al Movimiento.

Franco y los Reyes en la Embajada de España

En un verano tranquilo para España, el Gobierno francés decide unilateralmente reponer a Mohamed V en el trono de Marruecos del que le había expulsado; Franco vigila atentamente los acontecimientos de Marruecos que le afectan personalmente por su historia íntima y también como jefe del Estado ante la posible erupción de un peligro estratégico

permanente en el Estrecho. En septiembre cae en Argentina el antiguo amigo de España, general Juan Perón, por el choque contra los intereses norteamericanos y contra la Iglesia, a la que había prohibido formar un partido demócrata-cristiano. Franco había aconsejado a Perón que evitase como fuera topar con la Iglesia y ahora quiso agradecer los favores que hizo a España en los difíciles años cuarenta acogiéndole en Madrid, donde se instala Perón, cerca del palacio de El Pardo, en la mansión "17 de octubre" con la momia de Evita en el desván.

A mediados de septiembre, el embajador en Washington José María de Areilza, que ha colocado un busto de Franco y los retratos de los Reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia en el lugar de honor de la Embajada, comunica que los Estados Unidos apoyan el ingreso de España en las Naciones Unidas. Se recrudecen los incidentes entre tropas españolas y francesas junto a la frontera de los dos protectorados cuando el 18 de octubre fallece en Madrid José Ortega y Gasset entre el general respeto matizado por algunas reticencias eclesiásticas y oficiales, pero sin embargo se permite la dedicatoria a Ortega de una importante calle de Madrid que hasta entonces llevaba el nombre de un gran liberal histórico pasado de moda, Alberto Lista.

En ese mes de octubre llega a Zaragoza para iniciar sus estudios en la Academia General Militar el príncipe don Juan Carlos, siempre acompañado por el general duque de la Torre. El Príncipe ha captado algunos rechazos en la juventud falangista, pero encuentra una acogida perfecta cuando empieza a convivir con la juventud militar. El 1 de noviembre el secretario de Estado John Foster Dulles visita a Franco en el palacio de El Pardo para asegurarle el apoyo de los Estados Unidos en las votaciones para el ingreso de España en la ONU.

Las coincidencias del 15 de diciembre

El aislamiento de España, cortado ya desde 1947 por los propios Estados Unidos en vista de las necesidades estratégicas de la posguerra, va a quedar definitivamente superado. El 8 de diciembre de 1955 la Asamblea General de las Naciones Unidas acuerda la admisión de España junto a

otros diecisiete países (algunos del bloque comunista) por 52 votos a favor, dos en contra y siete abstenciones. El 13 de diciembre el asunto pasa a ratificación por el Consejo de Seguridad donde España logra mayoría de votos favorables, pero la URSS veta a España entre los trece países no comunistas. Sin embargo la URSS propone a los demás "grandes" con derecho a veto la posibilidad de retirar el suyo si se admite a su satélite Mongolia y se excluye al Japón. Se acepta el trato y España entra en la ONU a propuesta de la Unión Soviética, para mayor paradoja, y después de que al día siguiente, 15 de diciembre, la Asamblea General conceda su aprobación definitiva.

Con esa misma fecha, 15 de diciembre de 1955, juraba bandera en el gran patio de la Academia General Militar de Zaragoza el caballero alumno don Juan Carlos de Borbón y de Borbón. El ministro del Ejército general Muñoz Grandes, que presidía el acto, no hizo en su arenga la menor alusión a la presencia del Príncipe.

La carta de don Juan a su hijo

El 10 de diciembre anterior el conde de Barcelona escribió a su hijo Juan Carlos la carta siguiente en vísperas de que jurase bandera:

Queridísimo Juanito:

Quisiera que esta carta te llegase la víspera de tu jura para que durmieras sobre las ideas que pienso escribirte y tuvieras en tu corazón la seguridad de mi presencia espiritual durante la ceremonia.

Aunque estoy seguro de que los oficiales de la Academia os habrán explicado durante estos días el significado del acto que vais a celebrar el próximo día 15, no puedo dejar pasar esta ocasión sin hacerte resaltar el carácter eminentemente religioso del juramento que vas a prestar y como buen católico un juramento no se puede hacer a ciegas. Ante todo se jura mantener, en todo momento, una disciplina, una abnegación y un espíritu de sacrificio hasta la muerte, si preciso fuera, en defensa de la patria y su bandera. Esto en los que van a seguir la carrera de las armas puede parecer muy natural y, sin embargo, lleva consigo una enorme responsabilidad. Mientras se mantiene uno en las graduaciones

inferiores, todo parece fácil, pues con obedecer a los mandos el deber está cumplido, pero a medida que se llega a tener dicho mando, la responsabilidad aumenta y hay que estar muy seguros de saber dónde está el recto sentido patriótico y dónde Dios ha puesto los límites del poder y de la obediencia.

En tu caso, la jura tiene un aspecto de consagración de tu vida al servicio de España, sea donde sea, y sobre este aspecto más profundo y menos a tu alcance en estos momentos, quiero decirte unas palabras.

Desde que Dios dispone nuestro nacimiento en el seno de la Familia Real, cargamos con una serie de responsabilidades aparejadas a una serie de deberes y derechos. Estos últimos sólo pueden ser válidos en tanto en cuanto cumplamos escrupulosamente con aquéllos. De manera que todos nuestros actos deben ser inspirados por un alto sentido del deber e imbuidos de un patriotismo a prueba de toda tendencia contraria. Llevas bastante tiempo en la Academia para comprender lo fácil que es obedecer cuando gusta lo que se ha mandado y lo difícil que resulta cuando es contrario a nuestra conveniencia personal. Pues bien, cuando el cumplimiento del deber exige poner en peligro nuestras vidas o nuestras comodidades, sin más presión que la de nuestras conciencias, la cosa resulta aún mucho más difícil y por eso es necesaria la educación y disciplina militares. Para ti, aparte de la belleza de la formación y desfile militar, ha de ser un gran día el 15 de diciembre, pues será la fecha en que con toda conciencia te consagres para el resto de tu vida en el servicio de España.

El recuerdo de dos juras

Tengo bien presentes las arengas de mi padre con ocasión de la jura del Príncipe de Asturias y de la mía. La primera se celebró en la Casa de Campo, sobre uno de los campos de polo, con tres batallones del Regimiento Inmemorial del Rey formados y en presencia del Gobierno en pleno y de millares de personas. Sus palabras de un lacónico sentido militar fueron principalmente para ensalzar la idea de la bandera como símbolo de la patria.

Tanto más oportunamente cuanto que, a las pocas horas de esta ceremonia, había de salir para África el segundo batallón del Regimiento del Rey, que se coronó de gloria en una de las operaciones más sangrientas de aquella campaña. Oficiales supervivientes contaron después que las palabras del Rey habían enardecido a aquellos soldados, que habían de morir como héroes cumpliendo con su deber.

En la segunda, que fue la mía, estaba formado con todos los alumnos de la Escuela Naval de San Fernando el 28 de octubre de 1930, y recuerdo el escalofrío que me entró cuando, con voz clara y sonora, nos recordó el compromiso que íbamos a contraer. Lamento no tener las dotes de expresión que él tenía, pero tú me conoces y sabes que nada me detendría para cumplir con aquel juramento. Pues bien, estoy seguro de que de ahora en adelante España y yo podremos contar con un verdadero soldado más en tu persona.

Ya conozco el programa de tu visita a Barcelona y veo que vas a hacer muchas cosas en poco tiempo; cuento contigo para que dejes bien el pabellón, procura ser amable con todos e interesante por todo lo que te enseñen. La gente juzga por pequeñísimos detalles y es preciso cuidarlos porque aquéllos a quienes nos dirigimos que tienen su esperanza en nosotros merecen toda nuestra atención y nuestro respeto.

El sábado pasado me herí con la navaja abriendo una caja de madera. Tuvieron que ponerme cuatro grapas entre el pulgar y el índice, con la consabida incomodidad durante estos días.

De nuevo todo el cariño y recuerdo para el 15 y recibe un fortísimo abrazo de tu amado padre.

Juan [270].

En su mensaje para el fin del año 1955 Franco aludía a la llegada a la Universidad de las nuevas generaciones que no habían conocido la Guerra Civil. Era, sin duda, una notable premonición.

---

270 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 342.

Capítulo XXXI
Cambio de horizonte en 1956-1957

HASTA DENTRO DEL AÑO 1955 Franco apoyaba el futuro de su régimen en la juventud que había hecho la Cruzada. Al acabar el año, Franco, ante informes alarmantes sobre rebeldías juveniles, advirtió a la juventud que no se dejase embaucar por los fantasmas del pasado. Pero el sector juvenil que estaba a punto de rebelarse no miraba al pasado sino al futuro; no eran los luchadores de la Cruzada, sino sus hijos, junto a los hijos de los vencidos. No eran todos los jóvenes; la mayoría de los jóvenes siguió formándose y trabajando sin intervenir en política. Pero a las pocas semanas de que el régimen consiguiera, con la entrada en la ONU, el máximo triunfo exterior de su historia, el horizonte interior del régimen vacilaba y se derrumbaba en la crisis de febrero de 1956. Franco dominó la situación en todo momento (éste es un hecho que no niega nadie, incluso hay quien le acusa exageradamente de haberla provocado), pero hubo de enfrentarse a un vacío institucional que contradecía, desde la realidad, sus anteriores convicciones sobre la fortaleza de las estructuras del régimen. Para ello eliminó a las dos fuerzas que habían chocado en febrero de 1956, que se agrupaban bajo los dos ministros Ruiz Giménez y Fernández Cuesta, fulminantemente cesados; e intentó

sucesivamente dos tanteos. Encomendó el primero a la Falange franquista, representada por un político inteligente y leal, José Luis de Arrese, de quien había echado mano Franco al prescindir en 1942 de Ramón Serrano Súñer. Cuando falló este plan de modernizar a la Falange, decidió cambiar el horizonte indeciso del régimen por un gran proyecto económico y social que relegase a segundo plano el problema político y se entregó a un equipo inédito, el grupo pronto designado como "tecnocrático", cuyo precursor ya se había incorporado a la colaboración con Carrero Blanco en octubre de 1936, Laureano López Rodó. En todo este proceso, durante el cual el príncipe Juan Carlos proseguía su formación militar, las relaciones entre el régimen y la monarquía, entre Franco y don Juan, tomaron un nuevo rumbo; pero además el propio régimen se orientó con firmeza hacia nuevos objetivos aunque con motivo del choque universitario de 1956 brotó desordenada pero incontenablemente la oposición interior.

Fue un estallido interno

Ya hemos indicado que durante el año 1955 el Gobierno había recibido varios informes acerca de agitaciones universitarias, sobre todo en Madrid y Barcelona. Hasta el año anterior el jesuita José María de Llanos, que trabajaba mucho con la juventud universitaria, protestaba continuamente —hasta con actos y carteles fijados por todas las facultades— contra lo que llamaba "la atonía del universitario". La atonía se resquebrajaba en 1955, en vísperas de lo que uno de los participantes en la crisis, el joven comunista vasco Enrique Múgica Herzog (luego pasado al socialismo), llamó, no sin razón, "el punto de inflexión del franquismo", lo que acabó de calificar como hundimiento y cambio de horizonte. Es lógico que Múgica y sus entonces compañeros comunistas Jorge Semprún, Javier Pradera y Ramón Tamames magnifiquen retrospectivamente su actuación en los sucesos de 1956, en los que indudablemente intervinieron; y atribuyan la crisis principalmente, como hizo el Gobierno de Franco, a la "agitación comunista". Existió la agitación, pero no fue ni decisiva ni primordial; los protagonistas auténticos, los promotores, fueron grupos desencantados de la juventud del régimen, articulados en par-

te por Dionisio Ridruejo, cuya explicación sobre los sucesos me parece la más fundada y coherente de todas. [271] En mi segunda biografía de Franco (Planeta 1982, vol 6 p. 82) cito otras fuentes a las que debo añadir el excelente tratamiento de la crisis por el profesor Luis Suárez que ha contado con los informes de la policía y otros conservados en el archivo de Franco. [272]

Entre los antecedentes más notorios figura la encuesta realizada en la Universidad de Madrid por el profesor José Luis Pinillos, según la cual (que como Suárez creo exagerada) más de las tres cuartas partes de los estudiantes se sentían hostiles o ajenos al régimen; los funerales por José Antonio el 20 de noviembre en la basílica de San Lorenzo de El Escorial, con canciones satíricas contra Franco en un desfile previo del Frente de Juventudes y la consabida alusión a don Juan Carlos a la salida: "No queremos reyes idiotas", que iba ya sembrando una falsa imagen del Príncipe que se desvaneció cuando la gente empezó a conocerle y tratarle. Todavía en su informe a la Junta Política de Falange, escrito después de los sucesos el 1 de abril de 1956, Dionisio Ridruejo acepta, sí, una democracia auténtica para el futuro de España, pero pretende llegar a ella por vía de reforma, no de ruptura, como había sugerido personalmente a Franco, según vimos; y acusa al poder de promover los incidentes de febrero mediante instrucciones al SEU para permitir una enérgica intervención de las fuerzas del orden; a la vez que minimiza la participación de agitadores comunistas. Ridruejo llevaba algún tiempo articulando la protesta mediante unos "encuentros entre la poesía y la Universidad" y con el novelista Rafael Sánchez Ferlosio, hijo del ex ministro falangista Rafael Sánchez Mazas, y su hermano Miguel convocó para principios de 1956 un congreso de escritores jóvenes al que seguiría otro de estudiantes; uno y otro fueron prohibidos, aunque contaban con el apoyo del ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, quien ya se hallaba prácticamente en entredicho, junto con su equipo aperturista, a fines de 1955.

2711 En su libro *Casi unas memorias,* Barcelona, Planeta, 1976, p. 335s.

2722 L. SUÁREZ, *Francisco Franco y su tiempo,* op. cit., vol. 5, p. 211s.

Grave bajón en el prestigio de Franco

El cambio de horizonte del régimen español se inscribía en un contexto mundial de grandes convulsiones. En febrero de 1956, el líder soviético Nikita Kruschef proclamaba la coexistencia pacífica para amortiguar la guerra fría y desmitificaba la figura sanguinaria y criminal de Stalin; el Partido Comunista de España, dirigido por Santiago Carrillo, obedeció como de él se esperaba, y empezó a promover la política de "reconciliación nacional" que sustituía la fracasada lucha armada por la infiltración, según la doctrina del comunista italiano Gramsci, en las instituciones de la sociedad y los grupos de la cultura, hacia una demostración de fuerza —la Huelga General Pacífica—. Pero la reconciliación no excluía las purgas políticas totalitarias dentro del propio PCE, como denunciaría uno de los purgados, Jorge Semprún, en su *Autobiografía de Federico Sánchez*, seudónimo del propio Semprún para las agitaciones de 1956. Por otra parte, la rebelión argelina obliga a Francia a emplear contra ella a medio millón de soldados, con lo que la Tercera República entra en período agónico. La coexistencia pacífica de Kruschef consistía realmente en una nueva estrategia, más peligrosa, de guerra fría y expansiva; la Unión Soviética se infiltra en las naciones árabes y las arma hasta los dientes contra el joven Estado de Israel, lo que anima al joven líder egipcio, Gamal Abdel Nasser, a desafiar a Occidente nacionalizando el Canal de Suez a fines de julio, por lo que Inglaterra y Francia, en combinación con Israel, atacan Egipto y desembarcan en la zona del Canal hasta que reciben el tremendo frenazo conjunto de los Estados Unidos y la URSS, lo que muestra al mundo entero que la hegemonía mundial ha pasado ya de Europa a las grandes potencias extraeuropeas.

Aprovechando vilmente la crisis de Suez, la Unión Soviética aplasta con sus tanques en noviembre la heroica rebelión de los patriotas húngaros. Para España la crisis exterior repercute durante todo el año en el proceso de la independencia de Marruecos, apoyado por los Estados Unidos y emprendido unilateralmente por Francia al margen de España, que se ve forzada a reconocer a trancas y barrancas la inclusión de su protectorado marroquí en esa independencia a primeros de abril. Para Franco, que se había formado en el Protectorado, este acontecimiento supuso un gra-

vísimo disgusto que además ahondó su bajón de prestigio entre 1956 y 1957, tras el éxito señero de 1955 en la ONU.

La Facultad de Derecho de Madrid, establecida en el viejo caserón del antiguo Noviciado de los jesuitas en la calle de San Bernardo, en pleno centro, había servido como escenario para numerosas algaradas juveniles desde el siglo XIX. En torno a ella empezaron los enfrentamientos callejeros desde el 7 de febrero de 1956 entre falangistas del SEU, reforzados por otras centurias, y estudiantes de varias agrupaciones más o menos improvisadas contrarias al régimen, desde los que seguían a Dionisio Ridruejo hasta los comunistas, pasando por monárquicos, socialistas e independientes. La tensión del ambiente hacía presagiar un estallido en la prensa del 9 de febrero, día ritual falangista del "Estudiante Caído" en honor de Matías Montero, asesinado como sabemos en esa fecha de 1934. Después del homenaje tradicional en la calle que entonces se llamaba de Víctor Pradera, subieron los jóvenes de Falange bulevares arriba hasta que a la altura del colegio de Areneros chocaron con "grupos hostiles", entre quienes no faltaban los provocadores denunciados por Dionisio Ridruejo. Sonaron tiros y cayó gravísimamente herido en la cabeza el joven del Frente de Juventudes, no universitario, Miguel Álvarez Pérez. En los informes de la policía que cubría secretamente toda la zona por orden personal de Franco (informes reproducidos por el profesor Suárez, testimonio de Franco Salgado), se indica el nombre de otro falangista de quien partió el disparo. Como si hubiera sido la señal, apareció entonces ostensiblemente la fuerza del orden que practicó cincuenta detenciones.

Fuera del "nuevo Matías Montero" como le llamó la prensa falangista, los incidentes no parecían graves pero alcanzaron una repercusión enorme. Miguel Alvarez fue trasladado a la próxima Clínica de la Concepción donde el doctor Sixto Obrador le salvó milagrosamente la vida. Todas las autoridades peregrinaron durante varios días a la clínica, y alguna advirtió al doctor Obrador que de la vida del estudiante dependía poco menos que el futuro de España. Circularon listas negras en que los "duros" de Falange amenazaban a intelectuales liberales, al grupo Ruiz Giménez y a miembros del Opus Dei. El Gobierno cerró la Universidad y algunos generales —entre ellos el capitán general de Madrid, Rodrigo— visitaron

a Franco para exigirle severidad o incluso una intervención militar si aumentaban los desórdenes. El 13 de febrero el órgano del Movimiento, *Arriba* tronaba en un editorial contra "los sofistas de la libertad", es decir, los aperturistas del régimen y el Gobierno (léase Ruiz Giménez) que habían provocado la tragedia con sus debilidades. Franco se fue de caza con varios ministros durante una semana, declaró el estado de excepción y ordenó a la Dirección General de Seguridad que publicase los nombres de los principales detenidos.

Primera consecuencia: el doble cese ministerial

En esos nombres está la clave. Dos eran comunistas (Múgica y Pradera) y otro lo sería pronto (Tamames); otro había sido consejero nacional (Dionisio Ridruejo), otro era hijo de un ex ministro (Miguel Sánchez-Mazas Ferlosio) y otros dos serían altos cargos de la futura Alianza Popular: José María Ruiz Gallardón y Gabriel Elorriaga. Sin embargo, la versión oficial atribuyó los sucesos a la "agitación comunista" y los presentó como "resultado de una lenta agresión intelectual contra los postulados del 18 de julio".

El cese de Joaquín Ruiz Giménez estaba cantado y se produjo el 18 de febrero. Se despidió oficialmente con estas palabras: "Tengo que decir que con la camisa azul recorrí los campos de guerra de España y que me siento fidelísimo a lo que entraña. (Interrupción —dice la reseña— por emoción y grandes y prolongados aplausos)". Le sucedió Jesús Rubio García-Mina, catedrático de Derecho Mercantil, miembro de la Falange clandestina en el Madrid rojo, secretario nacional de Educación de F.E.T. en 1939, subsecretario en la época de Ibáñez Martín y ministro eficaz que amplió enormemente el ámbito de la enseñanza primaria. El 21 de febrero se reanudaron las clases en la Universidad de Madrid y la Facultad de Derecho fue trasladada a los amplios horizontes de la Ciudad Universitaria para el curso siguiente.

El desordenado nacimiento de la oposición interior

Los sucesos habían sorprendido a Raimundo Fernández-Cuesta, ministro del Movimiento, en viaje oficial por América. Franco reclamó telegráfica-

mente su regreso para cesarle y sustituirle por José Luis de Arrese, arquetipo de la Falange franquista, que trató desesperadamente de revitalizar la Falange como clave política del régimen y abordó para ello —con autorización, pero no por encargo de Franco— un proyecto de nuevas leyes fundamentales que asegurasen el monopolio político de Falange en sentido que, visto el proyecto desde nuestra perspectiva, resultaba claramente totalitario y anacrónico. De momento, bajo el impulso de Arrese, FET y de la JONS conoció el último incremento de afiliaciones en toda su existencia. Hasta la terrible reacción contraria del otoño y el cambio total de orientación del régimen en la primavera de 1957.

La segunda consecuencia de los sucesos de 1956 fue el nacimiento confuso y desordenado de la oposición interior. Dirigido férreamente desde el extranjero, el Partido Comunista prosiguió su estrategia de infiltración en la sociedad, fracasó estrepitosamente en su proyecto de "Huelga General Pacífica" y se mantuvo en una clandestinidad activa que no le acarreó éxitos significativos pero sí la admiración un tanto bobalicona de los demás grupos antifranquistas, quizás porque ellos hacían todavía menos. El más importante de esos grupos era sin duda el que dirigía, entre detenciones, declaraciones detonantes en el extranjero y destierros más o menos disimulados, el arrepentido falangista y notable intelectual Dionisio Ridruejo, que formó a raíz de los sucesos de febrero una agrupación de aire socialdemócrata, el Partido Social de Acción Democrática o PSAD, con escasos pero selectos seguidores que radicalizaban cada vez más sus posiciones reformistas hacia una ruptura abierta con el régimen.

Desconectados casi por completo de la dirección del Partido Socialista Obrero Español en el exilio de Francia o de México, surgió un foco socialista joven con el nombre de Agrupación Socialista Universitaria (ASU) en Madrid, del que formaban parte Francisco Bustelo, Gabriel Tortella, Luis Gómez Llorente, Miguel Boyer y Carlos Zayas; todos ellos profesaban un marxismo radical del que algunos se apartaron años después espectacularmente, como es el caso de Boyer. En Barcelona, donde la nueva posición de Ridruejo suscitó algunos selectos admiradores, la nueva oposición se articuló en el comunismo clandestino o bien entre jóvenes de buenas familias vinculados hasta entonces a Falange, como Caste-

llet, Luis Goytisolo y Carlos Barral, algunos de los cuales sintieron la tentación del comunismo que, afortunadamente, rechazaron.

La oposición "light", con todo respeto

Completaríamos el panorama con los nuevos grupos monárquicos y demócrata-cristianos de oposición. De los monárquicos hablaremos muy pronto. La Asociación Católica Nacional de Propagandistas, que seguía inspirada por monseñor Herrera, sacerdote en Santander, luego obispo de Málaga y cardenal de la Iglesia, se mantuvo mayoritariamente fiel al régimen aunque pronto albergó a un sector joven y minoritario que se incorporó a nuevos grupos de oposición. Éstos eran fundamentalmente dos, cuyos miembros provenían en parte de los "cafés de Rodríguez Soler", un concejal del Ayuntamiento de Madrid, antiguo militante de la CEDA, que desde 1949 organizaba en su casa de una calle próxima al paseo de Recoletos unas reuniones políticas con la idea de fundar un partido demócrata-cristiano de oposición moderada. Recuerdo que asistí —porque se empeñó un amigo— a una de esas "sabatinas", en la que observé la presencia de varios miembros del clero y la verdad es que, dado mi desinterés total de entonces por la política, sólo recuerdo mi extrañeza cuando el anfitrión se refería constantemente al general Franco como "don Francisco".

De ahí salió la Democracia Social Cristiana, que buscó un líder experimentado en la persona de José María Gil Robles, con quien visitaron a don Juan de Borbón en Estoril en 1960. Otro grupo contemporáneo, nacido también tras los sucesos de 1956, fue la Unión Demócrata Cristiana, llamada después, no sé por qué, Izquierda Demócrata Cristiana, que se unió a un grupo semejante de Sevilla para elegir director al ex ministro de la República en la CEDA Manuel Giménez Fernández. Los dos minipartidos andaban juntos pero no revueltos; entre ellos figuraban futuros valores como Jesús Barros de Lis y los fervientes monárquicos Íñigo Cavero y Fernando Álvarez de Miranda. Los dos grupos visitaron a dos Juan de Borbón para expresarle su adhesión y sus elementos jóvenes se unieron a algunos veteranos para promover una fisura cada vez más seria en la Asociación de Propagandistas.

Un grupo católico y republicanoide, utópico y simpático de esta época es el que llevó como exagerado nombre el de Frente de Liberación Popular ("Felipe"), creado por el diplomático Julio Cerón Ayuso que agrupó a personalidades futuras tan relevantes como Miguel Roca y Narciso Serra. El FLP sufrió desmesurada persecución del régimen, no sé muy bien por qué, y no insisto para que el señor Cerón, reconvertido hoy al *ABC*, no me fulmine con uno de sus famosos y no siempre inteligibles recuadros que reflejan, pienso, bastante bien en su formato el carácter de aquella venerable agrupación.

Debo decir, sin embargo, que desde 1956 hasta bien entrados los años setenta, es decir, hasta que la decadencia física y política de Franco presagiaba ya un proximo final del régimen, todos estos grupos de oposición nacidos al calor de 1956, excepto los comunistas, hicieron realmente sólo una oposición "light" pese a su gloriosa participación en el Contubernio de Munich, de la que hablaremos; y lo digo desde una sincera posición histórica, pese al respeto y en algunos casos el afecto que me merecen sus componentes. A Franco, desde luego, le importaban un rábano.

La muerte trágica del infante don Alfonso

En la Semana Santa de 1956 una nueva tragedia se abate en Estoril sobre la familia real española. Don Juan de Borbón había seguido con la natural inquietud la evolución política española que se encontraba, evidentemente, en una especie de punto muerto después de los sucesos de febrero de 1956. Pero su tragedia familiar le apartó por unos días de toda otra preocupación. El 29 de marzo, a poco de volver de los oficios de Jueves Santo, donde había comulgado junto a su hermano Juan Carlos, el infante don Alfonso, de catorce años, y su hermano, que había venido de la Academia General, se empeñaron en jugar con una pistola de su padre, regalo de Franco, cuyo uso tenían terminantemente prohibido. Insistieron con su madre para que les abriera el *sécretaire* donde se guardaba la pistola, que cargaron con balas compradas por don Alfonso. Su hermano mayor manipuló el cargador y la pistola se disparó con tan mala fortuna que el tiro dio a don Alfonso en plena frente. Murió en pocos minutos y

fue enterrado a los dos días en el cementerio de Cascaes, llevado a hombros por diez grandes de España.

Don Juan quedó deshecho de dolor. Doña María tuvo que ser internada en una clínica alemana y don Juan Carlos, con dieciocho años, tuvo que superar su complejo de culpa con un esfuerzo tremendo de voluntad y decisión. La reina Victoria Eugenia preguntaba desolada a sus amigos cuándo terminarían las tragedias de su familia y recordó una vez más la maldición que sus compatriotas anglicanos habían echado sobre ella cuando se convirtió al catolicismo para casarse con Alfonso XIII.

Franco había enviado un telegrama de pésame al conocer la triste noticia y el 19 de mayo lo reitera a don Juan con una sentida carta, según la cual nos enteramos de que Julio Danvila mantenía, aunque amortiguadas, sus funciones como enlace entre los dos, aunque don Juan nos haya hablado de su "cese" refiriéndose al año anterior. La carta de Franco dice así:

A.S.A.R. el conde de Barcelona,

Señor:

Aprovecho el viaje a Portugal de Julio Danvila, ya repuesto del gravísimo accidente que sufrió, para reiteraros la parte que todos en esta casa han tomado en vuestro dolor, que por lo que nos afectó comprendemos cuántos habrán sido el dolor y la amargura de sus padres.

Sólo la resignación cristiana y el saber que la vida es tránsito y su feliz preparación para la muerte, en día tan señalado que le augura la Gloria puede consolarlos ante lo irrepatable.

Yo confío y deseo que Dios pueda daros en esta vida compensación a tantos dolores y que en vuestro hogar nuevas alegrías llenen el hueco inmenso que el alegre y cautivador infante ha dejado.

Por cuanto a la nación se refiere y pese al impacto que las heladas de primavera han producido en nuestra economía anual, la marcha general es tan próspera que con facilidad puede superarlo. Sé cuánto os agradará el conocerlo.

Recibid con los mejores votos por vuestra ventura personal y la de vuestra Real Familia la expresión sincera de mi consideración y sentido afecto

Francisco Franco [273].

Por qué Franco hizo capitán general a Moscardó

La muerte de don Alfonso introducía una nueva incertidumbre en la sucesión dinástica, pero afortunadamente no tuvo consecuencias en este sentido. Por entonces la acción monárquica seguía confiada al general Alfredo Kindelán, todavía presidente del Consejo Privado pero con órdenes estrictas de no actuar como oposición. La representación de don Juan y el alto enlace entre don Juan y Franco estaba en manos del conde de Ruiseñada y el duque de la Torre, preceptor del Príncipe Juan Carlos, que actuaban en armonía como se deduce de la correspondencia entre don Juan y Franco en el año 1957, según veremos. Ascendía cada vez más al primer plano de esa representación de don Juan el gran escritor José María Pemán, que publicaba en *ABC*, cuando la censura se lo permitía, artículos sugestivos y conciliadores. Y en esta misma época se produjo un hecho importante: la transformación de la "Operación Ruiseñada" por acuerdo del propio Ruiseñada, en nueva operación de acercamiento. Éste es un acontecimiento clave en las relaciones de Franco y don Juan que nunca se ha explicado a fondo y debemos ahora describir en profundidad.

El 12 de abril de 1956 fallecía el héroe del Alcázar de Toledo, general Moscardó, y Franco, agradecido a su lealtad, le nombró capitán general a título póstumo. Después del capítulo en que describí la entrega a Franco de la carta de algunos tenientes generales en 1943, ha llegado a mis manos una importantísima documentación que me propongo reproducir y analizar en un capítulo de un libro próximo, cuyo título provisional es "Retratos vivientes de personajes históricos"; pero que en esencia consiste en lo siguiente:

---

273 Pésame de Franco en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 384s; datos sobre la muerte de don Alfonso en *El País,* 16 oct. 1992, p. 26.

1.—Una carta fechada 9 de septiembre de 1943, escrita por el general Kindelán, promotor de la operación, a Moscardó, capitán general de Cataluña, en la que le envía la carta a Franco fechada el 8 de septiembre y firmada ya por Orgaz, Dávila, Ponte, Kindelán, Varela y Solchaga. (Luego firmaría Saliquet).

2.—Una carta de Moscardó a Kindelán, fechada el 10 de septiembre, en la que se niega a firmar el escrito, que considera "una coacción innecesaria".

3.—Una nota manuscrita de Moscardó, fechada el 19 de septiembre, en la que refiere la salida, ese mismo día, de dos motoristas con destino al palacio de Ayete en San Sebastián, entonces residencia de Franco, con copia del escrito de los generales y la carta de Kindelán.

4.—El borrador manuscrito de la carta de Moscardó a Franco.

5.—Carta del ministro del Ejército, Asensio, a Moscardó sobre la difusión que están dando los monárquicos a la carta de los generales.

6.—Informe de la Policía donde se demuestra que la impresión de la carta de los tenientes generales se hizo en los talleres de Prensa Española y su difusión se organizó por los servicios de prensa de la Embajada de los Estados Unidos.

Esta actitud leal del general Moscardó, al que algunas fuentes incluyen erróneamente como firmante de la carta, decidió sin duda a Franco, junto a los demás méritos históricos del héroe, a concederle el grado supremo de la milicia, el de capitán general.

"Somos una Monarquía sin realeza"

A fines de abril, Franco realiza un viaje por Andalucía. Mientras el ministro Arrese se esfuerza por revitalizar al decaído Movimiento asegurándole el monopolio político en sus proyectos de leyes fundamentales, Franco parece animarle al prometer en Huelva suscitar, si fuera preciso, "riadas de boinas rojas y camisas azules" en apoyo del régimen. Ya en Sevilla lamenta la apresurada independencia de Marruecos pero justifica la actitud de España con uno de los principios favoritos de su política: "Se trata

de una realidad y a esa realidad tenemos la obligación de servir". Por el mismo "sentido de las realidades mundiales" que le atribuye el historiador socialista francés Max Gallo justifica la reciente alianza de España con los Estados Unidos para la guerra fría. Luego manifiesta su esperanza en que la sucesión de su persona esté todavía lejos, aunque "en política no se puede ser estacionario, hay que renovarse". Y trata desde la perspectiva del Movimiento el tema de la monarquía, con unas palabras que justifican el título de este trabajo, "Los reyes sin corona", aunque al señor Ussía, treinta y seis años después, no le parezca que tengo suficiente perspectiva y equilibrio para sugerir ese título, que el propio Franco sugiere: "Somos de hecho una monarquía sin realeza, pero somos una monarquía". Al teniente general Carlos Martínez de Campos, duque de la Torre, grande de España y representante virtual entonces de don Juan además de preceptor del Príncipe, sí le parecía bien la idea de mi título cuando hablo, y nada menos que en "la Tercera" de *ABC*, del "reinado de Francisco Franco" con varias décadas de perspectiva menos que yo. Pronto, en una sesión del Consejo Nacional, Franco insiste en la necesidad de nuevas leyes fundamentales pero deja entrever que su idea no coincide demasiado con los proyectos de signo totalitario que ya tenía casi a punto el equipo de José Luis de Arrese.

Entra Laureano López Rodó

Estos proyectos de Arrese, remitidos al Consejo Nacional el 6 de octubre de 1956, van a desencadenar una auténtica aunque silenciosa revolución interior en las alturas del régimen, hasta provocar, en la siguiente primavera de 1957, todo un cambio de horizonte político y económico. De momento, la reacción de todos los grupos no falangistas a los proyectos de Arrese es de frontal y enérgica oposición, como estudia detenidamente López Rodó en el primer tomo de sus fundamentales *Memorias*. El ministro de Justicia, Antonio Iturmendi, se define inmediatamente como adversario de esos proyectos y pide asesoramiento contra ellos al joven catedrático de Derecho Administrativo en la Universidad de Santiago Laureano López Rodó, cuyo nombre empieza a sonar con este motivo, además de por varias publicaciones técnicas de esa época, en las altas esfe-

ras de Madrid y muy especialmente en el entorno del ministro de la Presidencia, Luis Carrero Blanco.

La opinión de los cardenales impresiona a Franco

El informe del ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo sobre los proyectos de Arrese resulta particularmente demoledor, sobre todo cuando se ve confirmado por la tajante opinión de los tres cardenales españoles, que se oponen al monopolio político de una Falange convertida en secta de poder y a la configuración completamente anacrónica de un Estado totalitario superado; a Franco le impresiona tanto esta opinión de los cardenales que sugiere por medio de Carrero al ministro Arrese la retirada de los proyectos, sin que Arrese haga caso, pero los proyectos entran desde fines de 1956 en vía muerta. Las intervenciones y asesoramientos de López Rodó suscitan la atención del almirante Carrero que le llama en octubre, le encarga un informe urgente sobre la reforma administrativa del Estado y le nombra, a mediados de diciembre, para la nueva Secretaría General Técnica de la Presidencia del Gobierno, que era el puesto clave sugerido en el informe. Así hace su entrada en la alta política española y en un momento crítico Laureano López Rodó, antiguo militante de Falange en Barcelona, destacado miembro numerario del Opus Dei, dotado de una clara inteligencia teórica y práctica, un espíritu reformista decidido, un sentido político patente y una gran serenidad y moderación, junto con una notable y suave energía, para concebir y realizar sus proyectos. Se han aducido otras razones más o menos adjetivas e incluso fantasmagóricas para explicar el ascenso y luego el predominio de López Rodó en el nuevo horizonte político. Puede que influyese la opinión favorable que había formado sobre él Antonio de Oliveira Salazar a través de su colaborador Marcelo Caetano, muy amigo de López Rodó. Por varios conductos serios he comprobado que, antes de que don Laureano fuera llamado a Madrid, un destacado miembro del Opus Dei y notable canonista, el profesor Amadeo de Fuenmayor, había intervenido muy positivamente en el arreglo de unas desavenencias matrimoniales del almirante Carrero que no terminaron en separación sino en reforzamiento del matrimonio, lo que motivó una lógica influencia de Fuenmayor

sobre Carrero, muy agradecido desde entonces al Opus Dei; y por supuesto los miembros del Opus Dei se distinguen por su sentido de solidaridad hacia los demás miembros (no así hacia otros católicos que no pertenecen a la Obra), lo cual no obstaculizó, desde luego, el inicio de la carrera política de López Rodó. Pero debo insistir en que todas esas explicaciones son, a lo sumo, adjetivas. La sintonía de López Rodó con Carrero y con Franco saltó como una chispa eléctrica porque la carga política del régimen estaba agotada tras los sucesos de 1956 y el fracaso de los proyectos falangistas; López Rodó ofrecía una visión pragmática de la política dejando al margen las ideologías aunque no los principios; una clara tendencia a la restauración monárquica como salida natural del régimen; una competencia técnica indudable y una capacidad para formar nuevos equipos para la reforma administrativa y económica con sentido regeneracionista tan acusado como el de Carrero y Franco pero más moderno y mejor sintonizado con el mundo exterior. López Rodó era el hombre indicado para el lugar indicado en el momento indicado; luego hablaremos de la incidencia del Opus Dei en su nueva circunstancia, no sólo personal sino política, y ahí discreparemos bastante de él. Pero López Rodó, con cuya amistad de muchos años me honro (aunque no colaboré con él en política), conoce bien mi sinceridad y comprenderá mis coincidencias y mis discrepancias.

La misteriosa muerte del capitán general de Cataluña

El profesor Luis Suárez cree que se debe a mí el nombre de "Operación Ruiseñada". Con ello me honra pero la etiqueta se la puso Rafael Calvo Serer en su desordenado libro *Franco frente al Rey* [274], sobre el que ahora volveremos. Los sucesos de 1956 reaniman la operación un tanto dormida en torno a la entrevista de Las Cabezas. Calvo Serer informa que, en la agotada primavera de 1956, Ruiseñada entregó al capitán general de Cataluña, Juan Bautista Sánchez, una nota para urgir el anterior proyecto

---

274 *F. Franco y su tiempo,* p. 266 n. 5. Dice Suárez que Calvo Serer se atribuye la autoría de la operación pero Calvo se equivoca; vimos que se subió a ella en 1952. Lo que inventa, creo, es el nombre.

de pronunciamiento amistoso que Ruiseñada había convenido con el capitán general; según Sáinz Rodríguez, que conocía por Danvila muchos detalles del caso, se trataba de obligar a Franco a que proclamase rey a don Juan, previa aceptación, por don Juan, del Movimiento; Franco quedaría como jefe vitalicio de los Ejércitos y Juan Bautista Sánchez asumiría la Presidencia del Gobierno. Este plan iba a discutirse en una gran reunión monárquica convocada en el Alamín, la finca de Ruiseñada cerca de Villa del Prado al oeste de Madrid a mediados de diciembre de 1956; el general acudiría a Madrid por su condición de procurador en Cortes. Pero Muñoz Grandes, ministro del Ejército, que como sabemos "marcaba" muy eficazmente a Juan Bautista Sánchez, le prohibió asistir a la reunión (disimulada como cacería) dado que casi nunca iba a las Cortes.

En enero de 1957 el capitán general de Cataluña dirigía unas maniobras de invierno cerca de Puigcerdá. La información que sigue me fue facilitada por un ministro del Gobierno de entonces, al que faltaba bien poco para el relevo y mi informador es hombre que no sabe mentir. Poco antes, al comentar en Consejo de Ministros los desvíos del capitán general de Cataluña, Franco recordó la frase que había dirigido a Sanjurjo en 1932 cuando se negó a asumir su defensa tras el fracaso del 10 de agosto: "Mi general, te has ganado el derecho a morir".

En plenas maniobras —sigue mi ministro informante— se cuadró ante Juan Bautista Sánchez un teniente coronel de la Legión que había llegado al frente de dos banderas y le comunicó que estaba en comunicación directa con el Caudillo y sólo de él recibía órdenes. La impresión recibida por el capitán general fue tremenda y se agravó, ya en Barcelona, por una nueva visita de su amigo y ministro Muñoz Grandes, seguramente para comunicarle su próximo cese. El capitán general tenía redactado ya un manifiesto inspirado en el de Primo de Rivera que se dictó allí mismo en la Barcelona de 1923, y como Primo de Rivera fustigaba en él por corrupción (falsamente por cierto) al ministro Santiago Alba, también Sánchez aludía (con más motivos) a la corrupción fomentada por un ministro de 1957, notoria en todos los ambientes. Poco después de la visita de Muñoz Grandes, el capitán general de Cataluña falleció por infarto de miocardio el 30 de enero de 1957.

El ministro del Ejército envió una corona con la leyenda: "A un soldado honrado".

Confidencias de Franco sobre Juan Bautista Sánchez

Franco criticó ante su confidente Franco Salgado la inhibición de Juan Bautista Sánchez en recientes desórdenes de Barcelona. "Al parecer —añadió—, alardeaba de antifranquista y de partidario de don Juan de Borbón. Hace días dijo al presidente de la Diputación que ya era hora de que el Caudillo trajese la monarquía de don Juan". Franco sentía su muerte, pero "al mismo tiempo se me ha quitado la preocupación de tenerlo que relevar, dada su manera de pensar en relación con la política del régimen". A poco el ministro Muñoz Grandes llamó a Ruiseñada y le hizo escuchar una conversación grabada entre el conde de Barcelona y su enlace Fontanar; don Juan estuvo muy discreto pero Fontanar indiscretísimo. Y el propio Franco reveló a Julio Danvila que la muerte había sido piadosa con el capitán general de Cataluña, por evitarle "el escándalo de la deslealtad que estaba a punto de cometer". [275] La desaparición de Juan Bautista Sánchez canceló la operación Ruiseñada pero Laureano López Rodó se encargó de aprovechar la relevante posición de Juan Claudio Güell como jefe de la Casa de la Reina Victoria para revonvertir esa operación, de acuerdo con Carrero Blanco. La reconversión se hizo, como vamos a ver, en dos fases.

Dos reconversiones de la "Operación Ruiseñada"

Vamos a examinar ante todo cómo define don Juan estas reconversiones. López Rodó no oculta en sus libros sus visitas a don Juan "en casa que me dejó un amigo en Lisboa". Don Juan matiza un poco más el carácter de ese domicilio y los temas tratados:

"Yo creo que Franco —dice don Juan a Sáinz Rodríguez— tenía decidido saltar sobre mí, posiblemente, desde antes del final de la guerra mun-

---

275 Muerte de J.B. Sánchez en mi biografía de Franco (Planeta 1982), tomo VI, p. 102; en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 161s; y en Calvo Serer, op. cit., p. 36s.

dial, con el enfrentamiento de aquel telegrama del año 43, en que le había dicho, abiertamente, que abandonara el poder y luego cuando me opuse también a la Ley de Sucesión, en forma dura, como tú recordarás. En cuanto a los promotores (de la designación del Príncipe por Franco para la sucesión) se les achaca la maniobra a algunos del Opus Dei: López Rodó, López Bravo, en menor medida Mortes y algún otro; no me acuerdo ahora. Pero en fin, era ese grupo. López Rodó, por ejemplo, hizo dos viajes clandestinos a Portugal. Y me recibió en una residencia del Opus Dei que había en Lisboa, no sólo para hablarme de los problemas políticos del momento, sino más bien para concertarse conmigo sobre los planes políticos futuros. Fue después, al ver que me había hecho incompatible con Franco para cualquier plan inmediato, cuando dijeron: "Bueno, pues ahora para quitarse de en medio a Franco, de prisa, hay que pensar seriamente en el Príncipe". Y se empezó la operación Príncipe: una presión sobre Franco ejercida por Carrero, pero instigado por esos elementos". [276]

López Rodó y Calvo Serer en 1956

Al deshacerse la "Operación Ruiseñada" a fines de enero de 1957 por la muerte del general Juan Bautista Sánchez, López Rodó, de pleno acuerdo con Carrero, decidió reconvertirla en un nuevo acercamiento entre don Juan y Franco. Carrero conocía perfectamente la exclusión de don Juan por Franco que ocurrió en 1947 después del Manifiesto de Estoril, y así se lo había comunicado Franco a don Juan en Las Cabezas; pero, por el texto de don Juan que acabo de citar y por la referencia posterior de López Rodó sobre su entrevista de septiembre de 1957 con don Juan, parece que López Rodó y Carrero veían todavía posible convencer a Franco para que declarase sucesor a don Juan si éste se adhería a los postulados del Movimiento. Por tanto, la "Operación Ruiseñada" se continuó, con el mismo Ruiseñada como mascarón de proa, en forma de operación de acercamiento Franco-don Juan, hasta que convencidos Carrero y López Rodó de que la exclusión de don Juan por Franco era inquebrantable, hicieron una nueva reconversión que fue la "Operación Príncipe".

2766 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 312.

Rafael Calvo Serer, el promotor de la "Tercera Fuerza", se había incorporado desde 1952, como sabemos, a la "Operación Ruiseñada" y ahora, al emprender López Rodó desde la Presidencia del Gobierno la reforma administrativa, asesorar en la reorganización del Gobierno en sentido tecnocrático y dirigir la operación de acercamiento Franco-don Juan. Calvo Serer afirma, creo que con razón, que todo el núcleo de la "Tercera Fuerza", es decir, los políticos vinculados, dentro de ella, al Opus Dei, se incorporaron a la "Operación Ruiseñada" reconvertida.

El profesor Luis Suárez, del Opus Dei, insiste en que "Calvo Serer y López Rodó defendían políticas diametralmente opuestas". [277] Eso sería verdad más o menos a partir de 1967, cuando Calvo Serer se alineó claramente, con otros miembros del Opus Dei, en la oposición al franquismo. En 1956 no era verdad; Calvo Serer, después de sus escarceos en *Ecrits de Paris,* seguía (ardorosamente por cierto) dentro del régimen, y actuaba como colaborador estrella de la primera y segunda "Operación Ruiseñada" en "la Tercera" de *ABC,* como ha mostrado Bécarud con una antología de textos entusiastas y antidemocráticos en el que destaca éste del 4 de diciembre de 1957: "La libertad de conciencia conduce a la pérdida de la fe; la libertad de expresión a la demagogia, a la confusión mental y a la pornografía; la libertad de asociación al anarquismo y de rechazo al totalitarismo". [278] Pues bien, Calvo Serer afirma taxativamente que durante la primera etapa de la actividad política de López Rodó su identidad con él era completa. "Se puede probar —dice— que tanto la Ley de Principios del Movimiento Nacional (1958) como la Ley Orgánica del Estado, clave de la actuación del ministro del Plan (1966), son inexplicables sin los libros y los colaboradores de Calvo Serer". Y un poco más abajo insiste: "Conviene recordar que López Rodó se propuso, al entrar en la política de 1956, hacer evolucionar el régimen —o perfeccionarlo según el vocabulario franquista— hacia el Estado de Derecho mediante la reforma administrativa. Aceptó entonces plenamente las ideas políticas de Calvo Serer; solicitó su colaboración y la de sus amigos el conde de Ruiseñada,

---

277 L. SUÁREZ, *Francisco Franco...,* op. cit., tomo V, p. 209.

278 Cfr. BÉCARUD, *El Opus Dei...,* op. cit., p. 186s.

Fernández de la Mora y Florentino Pérez Embid; e incluso celebró una entrevista con el conde de Barcelona. Pero como en la realización de este plan el choque con la Falange de Solís estuvo a punto de costarle el puesto ya en el otoño de 1957, se vio obligado a plegarse a la voluntad de Carrero y Alonso Vega de eliminar a don Juan." [279]

Creo que Calvo exagera su influencia sobre López Rodó pero creo que dice la verdad cuando afirma su identificación de 1956 y años siguientes con la primera fase de la nueva operación Ruiseñada, es decir, la nueva operación de acercamiento Franco-don Juan tras la desaparición de Juan Bautista Sánchez. Por cierto que la "Tercera Fuerza" sufrió una pérdida importante con la muerte por accidente, en el otoño de 1956, de uno de los más influyentes profesores del Príncipe, el catedrático Ángel López Amo, del Opus Dei.

Un artículo de Ruiseñada

"Pocos meses después de mi nombramiento —afirma López Rodó— de secretario general técnico de la Presidencia, trabé buena amistad con el conde de Ruiseñada, jefe de la Casa de la Reina Victoria Eugenia, y trabajamos juntos en pro del acercamiento entre Franco y don Juan". Así pues, bajo la dirección superior del almirante Carrero, el profesor López Rodó captó al conde de Ruiseñada y reconvirtió su anterior operación que se apoyaba en el general Juan Bautista Sánchez. Animó a Ruiseñada a publicar un artículo en *ABC* para iniciar esa nueva fase de la operación y le envió una minuta que desarrolló el secretario del conde, Ramón de San Pedro, el escucha de la entrevista de Las Cabezas, firmado por Ruiseñada y después de varios dimes y diretes con la censura que ejerció meticulosamente el propio ministro Gabriel Arias Salgado, el artículo *Lealtad, continuidad y configuración del futuro* apareció en el *ABC* del 11 de junio de 1957 y decía así en su párrafo esencial:

"Los que así pensamos nos mantenemos siempre en la línea del 18 de julio, sin desviaciones de ninguna clase. No seremos nunca totalitarios ni

---

279 CALVO SERER, *Franco frente al Rey,* op. cit., p. 205 y 206.

admitiremos que cualquier minoría trate de arrogarse en exclusiva la representación nacional y detentar el poder. Y tampoco seguiremos los pasos de quienes, con visibles anacronismos, se proclaman partidarios del liberalismo doctrinario... Por ello, frente a los desertores, a los impacientes, a los escépticos y a los derrotistas, hemos de proclamar nuestra solidaridad con el Alzamiento y nuestra firme convicción de que la monarquía católica, social y representativa proseguirá, sin rupturas ni subversiones, la historia de España" [280].

Entra Luis María Anson

El conde de Ruiseñada presidió, es decir financió la asociación monárquica Amigos de Maeztu una resurrección encubierta de Acción Española que ya funcionaba desde 1954 y tenía en su junta directiva a la "Tercera Fuerza" en pleno —Calvo Serer, Pérez Embid, Fernández de la Mora, Millán Puelles—, junto a otros monárquicos de la talla de Torcuato Luca de Tena, Jorge Vigón, Eliseda, Pemán, Arauz de Robles, Valdeiglesias y Eugenio Vegas. Miembros de la Junta trataron de establecer una red militar, como en los buenos tiempos de Acción Española, y lograron cierta implantación universitaria gracias a la Juventud Monárquica que dirigía con entusiasmo el joven escritor y periodista Luis María Anson, cuyo hermano, el inteligente Rafael Ansón, se introducía con habilidad y eficacia en el equipo auxiliar de López Rodó. Luis María Anson, que por entonces hacía sus primeras armas en política, dirigió en las Juventudes Monárquicas la revista *Círculo*, que fue suprimida por el Gobierno. [281]

Con anterioridad a *Círculo* apareció la revista *Reino* que tampoco duró mucho tiempo. El Gobierno estaba decidido a no tolerar publicaciones doctrinales de signo diferente al suyo. Mantuve una interesante correspondencia con Luis María Anos sobre este asunto. En aquella época Anos, como algunos consejeros de don Juan, era ferviente antifranquista

---

280 Cfr. LÓPEZ RODÓ, *La larga marcha...*, op. cit., p. 140.

281 Cfr. para este epígrafe y el anterior P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit. p. 108s.

pero no era demócrata. Me da la impresión de que en tiempos posteriores ha jugado con este equívoco, de ahí mi intención de publicar sobre él un apunte biográfico dada la importancia que el personaje ha adquirido en la vida española. Cuando anuncio este tipo de estudios sobre *ABC* o sobre él, Anson sospecha a veces que estoy profiriendo una amenaza. No hay amenaza alguna, sólo un proyecto.

La prueba de que la actitud antifranquista de Anson en 1958 no era una actitud democrática es el libro *La hora de la Monarquía* que publicó en el año 1958 en la editorial "Círculo" de Zaragoza, con censura eclesiástica. Ahora, en su famoso libro *Din Juan,* de 1994, p. 42, Anson afirma, naturalmente: "La soberanía nacional reside en el pueblo. Esta es la columna vertebral de la democracia. A través de la voluntad general libremente expresada". Pero el Anson de 1958 decía exactamente lo contrario: "Para algunos el totalitarismo es lo contrario del liberalismo. Y, sin embargo, tienen una misma e idéntica esencia. Porque si no se admite el poder divino y el orden sobrenatual, ¿qué más da la Asamblea que el tirano, qué diferencia hay entre que mande uno o quinientos, entre el absolutismo de uno o el de la asamblea parlamentaria?"

No seguiré ahora exponiendo la doctrina política de Anson en 1958. Estoy demasiado dolido e indignado con él por la flagrante injusticia que ha cometido al cerrar, en un rasgo totalitario —quien tuvo retuvo— la más brillante columna de *ABC,* debida a Federico Jiménez Losantos, por motivaciones más o menos inconfesables. A veces sigue siendo verdad aquello de que los dioses elevan a quien desean perder.

Pese a defender ideas tan escasamente revolucionarias, *Reino* topó duramente con la censura hasta que el conde de Ruiseñada decidió suprimir la revista, "porque estaba perdiendo el tiempo aquí y en Estoril" según se quejó amargamente el conde, muy dolido por el fracaso de una nueva entrevista que había promovido entre Franco y don Juan. En abril de ese mismo año, 1958, el conde de Ruiseñada había acudido a París para solucionar definitivamente la situación del infante don Jaime de Borbón, muy apurado por sus dificultades financieras y fuente constante de preocupaciones para Franco y don Juan. Volvía Ruiseñada con su esposa a Madrid para girar el dinero del arreglo cuando murió en su

coche cama, en la estación de Tours, la noche del 23 de abril de 1958. Su muerte fue muy negativa para la operación de acercamiento que había organizado con él López Rodó, y don Juan designó para sustituirle como jefe de la Casa de la Reina Victoria primero al conde de Gamazo y, luego, al duque de Alba. [282]

"Tras" la muerte de Ruiseñada

Los monárquicos de 1956-58 trabajaban por la Restauración en varios frentes, Primero, los que seguían las orientaciones de Carrero-López Rodó a través de la "Operación Ruiseñada" reconvertida, que ahora en 1958 se quedaba sin Ruiseñada. Segundo, los que se integraban en las dos agrupaciones de oposición demócrata-cristiana de la que hemos hablado. Tercero, los pocos adeptos del presidente del Consejo Privado, general Kindelán, que constituían la vieja guardia de la oposición monárquica interior. Cuarto, los monárquicos plenamente colaboracionistas con Vallellano y Danvila. Quinto, la Unión Española creada por el liberal Joaquín Satrústegui en 1957, que eran fieles juanistas de oposición antifranquista rigurosa, pero muy escasos en número. Y sexto, el pequeño grupo de Estoril cuyo consejero principal, alejado ya Gil Robles, era Pedro Sáinz Rodríguez. Demasiados grupos, sin mucha unión entre sí, para imponer una Restauración que, en cuanto a la persona de don Juan, Franco tenía completamente descartada.

Pero el cambio de horizonte que se imponía desde los alborotos universitarios de 1956 iba a completarse, tras el fracaso de los proyectos fundamentales de Arrese, con el advenimiento de un nuevo equipo en 1957, cuyo precursor y vanguardia era precisamente Laureano López Rodó.

---

282 SÁINZ RODRÍGUEZ, ibid. p. 108s.

Capítulo XXXII
Don Juan y Franco contra la Monarquía liberal

LOS OBJETIVOS que se había marcado López Rodó al iniciarse en la alta política dentro de la Presidencia del Gobierno en octubre de 1956 —nos lo dice él mismo— eran, primero, racionalizar la Administración y articular el Estado de Derecho; segundo, trabajar para una salida institucional al régimen mediante una Restauración monárquica planificada y concretada; tercero, impulsar, con esas nuevas bases jurídicas y ese nuevo horizonte institucional, el desarrollo económico y social de España, lo que evidentemente necesitaba un equipo nuevo de Gobierno, más preocupado con obtener resultados pragmáticos que con perderse en disputas ideológicas más o menos bizantinas.

En cuanto al título de este capítulo, *Don Juan y Franco contra la Monarquía liberal*, puede que extrañe un poco a los intoxicados por la deformación y la propaganda neojuanista. Sólo les pido que, antes de protestar, lean detenidamente los documentos que se incluyen en este capítulo.

Al principio López Rodó era un simple secretario general técnico, es decir, un coordinador administrativo en la Presidencia; pero actuó desde

el primer momento —incluso antes de ser designado para el cargo— como asesor del almirante Carrero para los grandes proyectos (y también, aunque él no lo dice, para los grandes nombramientos) y por eso su influencia en la alta política del régimen, desde los primeros meses de su llegada a Madrid, no hizo más que aumentar. Así, convirtió su Secretaría General en una especie de embrión de comisaría para el desarrollo por medio de la oficina de coordinación y programación económica, la OCYPE, e instaló un Servicio de Planes Provinciales que le permitió ejercer una gran influencia política en las provincias a través de sus colaboradores para esa gestión pegada al terreno, que encomendó a una pareja llamada a grandes destinos: un político de Ávila con ambiciones ilimitadas, Adolfo Suárez, y el técnico de relaciones públicas Rafael Ansón Oliart, experto en la creación de redes personales de influencia.

La estrategia del Opus Dei

Uno y otro estaban más o menos vinculados al Opus Dei y López Rodó fue situando incansablemente a todos los niveles de la Administración y del Gobierno a los que iba extendiendo su influencia a personas que eran miembros o estaban próximos al Opus Dei. Ésta es una estrategia permanente del Opus Dei desde los primeros años y las primeras cabezas de puente de la institución, aunque algunos de sus miembros, como Calvo Serer, supriman toda referencia a la Obra en sus comentarios y otros, como López Rodó o Luis Suárez, empleen grandes párrafos en minimizar esa estrategia. Yo he sido testigo de ella en todos los campos políticos y profesionales en que me he movido y una vez más me niego a comulgar con ruedas de molino, como he explicado con detalle en mis dos libros *Las puertas del infierno* y *La Hoz y la Cruz*. Lo cual no significa, desde luego, que la dirección del Opus Dei coordine la actividad política o profesional de sus miembros y les dicte las directrices; lo que sí hace (lo mismo que los Propagandistas, o los socialistas, y no digamos los comunistas) es crear plataformas y cabezas de puente en la sociedad, nutrirlas en lo posible con miembros de la Obra y animarles a la penetración y la acción según los fines de la Obra.

Trabajaba ya intensamente López Rodó en el importante proyecto de Ley de Régimen Jurídico para la Administración del Estado cuando, al entrar el año 1957, Carrero le encargó con urgencia un proyecto para la reorganización de la Administración Central y el Gobierno. Simultáneamente, Carrero entregó a Franco, el 26 de enero, un informe sobre la necesidad de cambiar el Gobierno para evitar las graves divisiones manifestadas en 1956, que amenazaban a la estabilidad del régimen, y para reforzar la autoridad del Caudillo con la designación de un equipo homogéneo. [283]

El nuevo Gobierno de 1957

El nuevo Gobierno fue designado, según las pautas políticas de Carrero y las formales de López Rodó, el 25 de febrero de 1957. No era un simple relevo de carteras, sino una sustitución casi total, en la que sólo se mantienen el ministro de la Presidencia, Carrero, muy reforzado; el de Educación, Rubio; el de Industria, Planell; el de Justicia, Iturmendi, y el de Información y Turismo, Arias Salgado. Todos los demás cesan. La sustitución más significativa fue la del secretario general del Movimiento, Arrese, a quien se nombra muy a su pesar para el nuevo Departamento de la Vivienda; Carrero recomendaba un militar o un tradicionalista en la Secretaría General para desvincular al Movimiento de la Falange, pero Franco designó a un falangista franquista acreditado como gobernador civil, José Solís, que también asumió la Dirección de los Sindicatos y se perfiló muy pronto como enemigo de López Rodó y el Opus Dei. ("Todo lo que dice López Rodó en su libro es una colección de mentiras", me decía Solís varias veces hasta su muerte, con bastante exageración peyorativa; pero ésa era su actitud.) Sustituía a Artajo en Exteriores como Propagandista más próximo al Movimiento, el embajador y profesor Fernando María Castiella. Un miembro del Cuartel General de la Guerra Civil, Antonio Barroso, pasaba a la cartera del Ejército, pero Muñoz Grandes recibía el ascenso a capitán general en vida, único caso después de Franco, y mantenía una gran autoridad moral en el régimen; era también adversa-

283 L. SUÁREZ, *Francisco Franco...*, op. cit., V, p. 32os.

rio de Carrero y su equipo. En Marina, el almirante Abárzuza sustituye al almirante Moreno y en Aire, el general José Rodríguez y Díez de Lecea, que mandaba el aeródromo salmantino de San Fernando cuando la elección de Franco en 1936, releva a González Gallarza. El general Jorge Vigón, monárquico de la antigua Acción Española y ahora de los Amigos de Maeztu, ocupa el Ministerio de Obras Públicas del que sale el conde de Vallellano, hombre de las mismas ideas; Franco sigue manteniendo el equilibrio de las "familias del régimen", pero apartando, como siempre, a las personas conflictivas. Una de ellas era el ministro de Trabajo, José Antonio Girón, siempre leal a Franco pero que había decidido un aumento inflacionario de salarios en el último período; le sustituye Fermín Sanz Orrio en Trabajo pero quedará en la ejecutoria de Girón, que conservó su prestigio dentro del régimen, el enorme servicio de haber concretado el populismo de Franco de forma tan aceptable para los obreros que hasta el final del régimen no se registraron brotes significativos de socialismo. Entró en el Gobierno por Cataluña un experto económico sin demasiado influjo, Pedro Gual Villalbí, ministro sin cartera.

El resto de los ministros, más o menos vinculados al Opus Dei, son los que dieron la tónica de aquel Gobierno, que no fue una improvisación; López Rodó sugiere expresamente que algunos de sus miembros conocían su designación desde meses antes. Ante todos los datos tengo la impresión de que Carrero estaba buscando un equipo capaz de racionalizar y renovar la economía española, que había crecido intensa pero desordenadamente y sufría en 1956 un angustioso drenaje de divisas próximo al colapso.

¿Un equipo de tecnócratas?

Sus nuevos contactos del Opus Dei le sugirieron, con acierto, que algunas personas de esta filiación —y de impecables credenciales dentro del Movimiento amplio por su conducta en la Guerra Civil y después— podían ofrecer las características que Carrero y Franco demandaban; eran expertos muy preparados, ideológicamente seguros, pero despreocupados de los partidismos políticos. En mi biografía de Franco he señalado cómo

desde los tiempos de la Guerra Civil Franco se inclinaba por lo que se llamó en épocas anteriores "política de capacidades" y ahora, por imitación americana, solía designarse como "tecnocracia". El Opus Dei poseía un equipo de tecnócratas —del que López Rodó constituía la mejor avanzada— y lo puso a disposición del régimen vacilante; para mí este calificativo de tecnócratas tiene buen sentido y a Franco le agradaba profundamente.

Los dos miembros más significativos del nuevo Gobierno fueron Alberto Ullastres y Mariano Navarro Rubio. Ullastres fue teniente provisional de Ingenieros en la guerra, catedrático de la Universidad de Madrid, vinculado a empresas familiares con fama merecida de seriedad y miembro numerario del Opus Dei, sustituyó en Comercio a Manuel Arburúa, objeto de generales acusaciones de corrupción pero muy estimado por Franco y Carrero hasta el último momento. Mariano Navarro Rubio fue capitán provisional de Infantería en la guerra, después jurídico-militar, consejero del Banco Popular (un reducto del Opus) y subsecretario de Obras Públicas; era supernumerario del Opus Dei. Como Blas Pérez, que salía de ministro de la Gobernación, no quiso aceptar la nueva cartera de Sanidad, Franco nombró para Gobernación a su compañero de Academia y de África el general Camilo Alonso Vega, duro y eficaz director general de la Guardia Civil, muy afecto al Opus Dei por razones familiares y bien coordinado con López Rodó para la futura "Operación Príncipe". El ministro de Industria, Planell, simpatizaba con el Opus Dei y no se olvide que Jorge Vigón, incluido en la segunda "Operación Ruiseñada", era amigo de Calvo Serer. Cirilo Cánovas, ingeniero agrónomo y director general de Agricultura, asumió ese Ministerio; también parecía próximo al Opus Dei. López Rodó admite que sugirió a Carrero el nombre de José Solís; no creo que fuera el único ni mucho menos. Carrero encargó a López Rodó que explicase al ministro de Información la trascendencia del cambio, cuyos efectos se advirtieron inmediatamente; la economía española empezó a dar un giro favorable gracias al plan de estabilización, al que siguió la época dorada del régimen, los planes de desarrollo, durante los cuales se consiguió la más rápida e importante transformación económica, social y cultural de España en

toda su historia contemporánea. Eso sí; numerosos miembros del Opus Dei ingresaron entonces en los diversos equipos ministeriales, incluso en los que no estaban regidos por miembros de la Obra; Presidencia del Gobierno se convirtió en un vivero político nutrido por cuadros del Opus y bajo la protección de otros miembros, como Florentino Pérez Embid en una Dirección General del Ministerio de Información hubo alguna promoción de los nuevos técnicos de Información y Turismo (la anterior a la mía), donde según dijo el siguiente ministro, Fraga, "los del Opus entraron en tromba", entre ellos nuestro ya conocido Rafael Ansón. Lo cual no quita para que Pérez Embid realizase en su Dirección General trabajos muy notables, entre ellos una espléndida *Enciclopedia de la Cultura Española* que luego fue arrumbada y que en 1980 yo me disponía ya a actualizar y reeditar.

Arrese explica certeramente la crisis

José Luis de Arrese, el inteligente arquitecto que había intentado en falso la revitalización de Falange y al que la crisis de 1957 marginó en el Ministerio de la Vivienda (donde quiso intentar un plan social de gran envergadura para el que le negaron fondos sus propios compañeros de Gobierno), apunta tres explicaciones para la crisis de 1957 que me parecen muy certeras.

En primer lugar, y en forma de pregunta (cuya respuesta creo afirmativa): "¿Fue entonces cuando creyó el Caudillo que el fracaso (de las leyes Arrese) se debía no a la oposición de esos enemigos (Opus), que poco a poco se habían ido apoderando de todos los resortes, sino a que la doctrina carecía de aquella virtud atribuida, y que su fragilidad sólo pudo ser percibida cuando se trató de llevarla a sus últimas consecuencias?".

Segunda, la que más agrada a Arrese: "El Caudillo pensó que, mientras andábamos metidos en discusiones bizantinas, el régimen se hundía por falta de suelo financiero, por lo cual lo más preciso y urgente no era perderse en consideraciones filosóficas, sino acudir de prisa a taponar el peligro económico".

Tercera, que inspira a Arrese el ministro cesado Fernández Cuesta; según el cual Franco llegó a tener miedo a la Democracia Cristiana,

incluso a la que era fiel al régimen con Martín Artajo; "por los extraños enclaves que al menos la D.C. española tenía en el mundo clerical y que resultaban capaces de convertir cualquier incidente político en motivo de fricción religiosa con peligro de anatema". Con Artajo, Franco creía posible este desvío; con Castiella no. "Entonces el Caudillo —sigue Arrese en boca de Raimundo—, alentado por el patriarca de las Indias, doctor Eijo y Garay, que desde los tiempos del nuncio Tedeschini miraba con recelo al grupo de *El Debate* y ahora, en cambio, con el nuncio Antoniutti, demostraba una abierta simpatía hacia el Opus, decidió maniobrar de manera que la Iglesia no pudiera escandalizarse por el alejamiento de los hombres de Acción Católica y planeó las cosas de modo que aquella crisis no pareciera un desahucio, sino una sustitución dentro del marco piadoso de unos hombres afiliados a la Acción Católica por otros afiliados al Opus". [284] Creo que, con la combinación de estas tres razones, Arrese da la clave de la crisis. Se vivían los últimos tiempos del Papa Pío XII, que había confesado a don Juan de Borbón: "También estuve —dice don Juan— con el Papa Pío XII en varias ocasiones. E incluso muy claramente en una de ellas le comuniqué la posible cesión de mis derechos. En otra le hablé del Opus y me dijo algo que está muy de moda decir hoy en día: 'Al Opus les he dado todas las facilidades; si lo hacen bien, pueden ser algo semejante a lo que fueron los jesuitas en el siglo XVI'. Después a mí me hizo rabona Pío XII, porque me dijo que nunca firmaría con Franco un concordato, y lo hizo" [285]. Ya anticipé esta última frase.

Don Juan quiere cooperar en la ardúa tarea de Franco

Poco después del cambio de Gobierno, los carlistas de don Javier organizaron un escándalo en la tradicional romería de Montejurra, el 5 de mayo. Allí se presentó el hijo de don Javier, don Hugo, que entonces era un príncipe francés y, haciendose llamar don Carlos-Javier, se presentó como Príncipe de Asturias, más aún, como "Príncipe de todos los espa-

---

284 J.L. DE ARRESE, *Una etapa constituyente,* Barcelona, Planeta, 1982, p. 268.

285 SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit. p. 303.

ñoles" por lo que la policía le puso el mismo día en la frontera y numerosos tradicionalistas sensatos reaccionaron con indignación e iniciaron un importante acercamiento a don Juan de Borbón. Se publicó después, en junio, el célebre artículo de Ruiseñada que ya hemos extractado y el 25 de junio de ese año 1957 don Juan abre una nueva etapa de comunicación epistolar con Franco en estos términos:

Mi respetado General:

Las recientes visitas de algunos amigos, entre ellos el duque de la Torre y el conde de Ruiseñada, que me han relatado las entrevistas que han celebrado en Madrid con V.E., y con algún ministro de su Gobierno me impulsan a escribir la presente carta con objeto de esclarecer determinadas cuestiones, pues deseo sinceramente que nuestras buenas relaciones personales no se vean perturbadas por informes o recados de segunda mano y por intervenciones oficiosas que son sin duda bien intencionadas pero a las que soy completamente ajeno. Yo ignoraba, por ejemplo, la iniciativa del duque de la Torre y el artículo suyo, cuya publicación propuso, lo he leído mucho después que V.E.

Una interpretación arbitraria de las diversas declaraciones de V.E. sobre el futuro político de España, y de los acontecimientos políticos recientes, despiertan en muchos de nuestros amigos impaciencias que yo, personalmente, no comparto, sin que esto quiera decir que no sienta la obligada inquietud y preocupación por los problemas de España, ni que deje de estar siempre dispuesto a poner mi persona y cuanto ella históricamente representa al servicio de nuestra patria.

Desde que nos vimos en Las Cabezas han pasado dos años y medio durante los cuales V.E., con la prudencia que le caracteriza, ha ido dando unos pasos políticos hacia la meta que se ha trazado. Creo que en este lapso de tiempo también he dado pruebas de paciencia y comprensión que no son sino mi única manera de servir a España en estos momentos.

Para que la presente carta no resulte de enojosa lectura y tome la apariencia de un alegato político, he pensado que sería más cómodo para los dos el resumir en un breve memorándum adjunto mis puntos de vista personales sobre algunos problemas políticos, aclarando, a la vez, algunos

equívocos cuya noticia ha llegado a mí a través de las conversaciones antes aludidas. El único valor de estas páginas es que reflejan con absoluta sinceridad e independencia mis inquietudes en el momento actual. Así como nunca he dudado yo de su patriotismo y de su deseo de servir a España, confío me haga el honor de pensar que en cuanto le digo no estoy movido más que por el afán de cooperar, en la medida de mis fuerzas, al bien de la patria y a la ardua tarea que pesa sobre sus hombros.

Yo creo que en lo sucesivo debemos prescindir de toda clase de intermediarios y, cuando parezca oportuna cualquier iniciativa inspirada en las conveniencias de la política nacional, aseguro a V.E. que por mi parte será acogida con toda cordialidad, confiando en la lealtad, en la experiencia y en el patriotismo de V.E.

Con un cordial saludo para doña Carmen, créame siempre suyo afectuosamente [286].

(Esta carta de don Juan reclama la supresión de intermediarios y consiste en un simple prólogo al memorándum que reproduzco a continuación. Pero expresa el deseo de cooperar con Franco, a quien reconoce, muy lejos ya de exabruptos antiguos, "lealtad, experiencia y patriotismo.")

Don Juan descalifica a la Monarquía liberal

(Memorándum de don Juan el 25 de junio de 1957) [287]

Hace unos meses V.E. ha cambiado su equipo de Gobierno y se procede a una reforma de la Administración Central, con lo cual se han vuelto a airear todos los tópicos políticos, económicos y sociales que tanto preocupan a los españoles, sobre todo cuando piensan que se va a trazar la forma definitiva del futuro Estado español.

Vuelven inmediatamente a reaparecer las iniciativas de los que creen que una entrevista entre V.E. y yo puede resolver, por arte de magia, los

---

286 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 385.

287 Reproducido, lo mismo que la carta anterior de don Juan a la que va unido, en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Un reinado en la sombra,* op. cit., p. 385s.

grandes problemas que entraña cualquier modificación de la estructura del Estado.

Cuando V.E. juzgue oportuno que ha llegado el momento de dar un paso trascendental en la política de evolución, será el momento de una nueva entrevista, que no debería limitarse a un mero intercambio de ideas y de noticias, sino que, salvo su mejor criterio, tendría que versar sobre los puntos fundamentales de la futura política española y éstos no deberían ser improvidados en el curso de una conversación. Como las entrevistas no pueden ser secretas, deben, a mi juicio, tener alguna trascendencia que las justifique ante la opinión, para evitar que degeneren, por su repetición, en una manifestación más o menos superficial de cortesía y de nuestra mutua estimación personal. No pienso solamente en mí cuando hago estas reflexiones, sino también en el interés de la política de V.E., pues las entrevistas, sin una clara explicación posterior, dan margen a todas las hipótesis sobre una próxima transmisión de poderes y abren la puerta a todas las osadías que especulan sobre la tesis de la interinidad del régimen actual.

Me ha sorprendido que, en la conversación con el duque de la Torre, se haya vuelto a resucitar (él, por lo menos, así lo entendió) el tema de actuaciones pasadas, que yo juzgaba definitivamente liquidadas por el reconocimiento que V.E. hizo en la entrevista de Las Cabezas del patriotismo y buena intención que las inspiraron.

"Las dificultades con que se tropieza cuando se habla de la futura monarquía nacen principalmente de que se ha cultivado una política de equívoco, cuando la verdad es que es bien fácil despejar todos esos errores poniendo de manifiesto la verdadera realidad. Cuando vino la República, desapareció de hecho el monarquismo liberal. No quedó más monarquismo que el que combatió a la República, a cuyas posiciones doctrinales se han incorporado mucho después de sufrir las consecuencias de la demagogia republicana. Atacar a una supuesta futura monarquía basada en el sistema parlamentarista de partidos es, hoy por hoy, atacar a un fantasma inexistente y cultivar la táctica del confusionismo para desorientar a la opinión responsable.

(No cabe mayor claridad. En 1957 don Juan cree que el monarquismo liberal feneció en 1931 y se muestra completamente contrario a la monarquía liberal a la que califica de fantasma. Como hemos visto, el joven periodista monárquico Luis María Anson se oponía por entonces con la misma contundencia al liberalismo democrático. ¿Por que los neojuanistas de hoy no se toman la molestia, antes de desbarrar e imponer medallas (bien merecidas, pero por otras razones) de leer lo que escribían don Juan y los juanistas de 1957? Don Juan descarta a otros intermediarios menores, pero está de pleno acuerdo con Ruiseñada; don Juan está en la segunda fase de la operación Ruiseñada, con Vigón y López Rodó. Y después que en antiguos escritos subrayase la interinidad del régimen de Franco ahora llama osados a quienes especulen con esa interinidad. Cuando el duque de la Torre le recuerda que Franco tiene al conde de Barcelona descartado de sus planes sucesorios (como le dijo en Las Cabezas), don Juan cree "liquidada" esa exclusión en vista de que en la misma entrevista Franco había reconocido la intención patriótica de los Manifiestos. Ruiseñada y López Rodó le animan en esta temporada a acercarse al Movimiento amplio y creen que Franco podrá restablecer la sucesión futura en don Juan. Se equivocaban).

Don Juan protesta contra don Hugo y alaba el pacto con falange

La doctrina del tradicionalismo carlista —prosigue el Memorándum— fue actualizada con elementos nuevos por el grupo a cuya cabeza podemos poner a Calvo Sotelo, a Maeztu y a Víctor Pradera que, procedente del carlismo, por el hecho de colaborar en la nueva doctrina, acató la evidente legitimidad histórica de los derechos que vinieron a confluir en mi persona.

Si un sector carlista, el más interesante por su calidad y por su responsabilidad, tomó esa dirección (recuerde V.E. la actitud del conde de Rodezno q.e.p.d. y de sus amigos), es evidente que existe otro opuesto que goza de libertad para manifestarse, no obstante la unificación política oficial del Estado, y la emplea para airear candidatos a pretendientes que pueden confundir a la opinión deficientemente informada.

Quiero dejar a un lado que, en ocasiones, también usan de esa libertad para traspasar los límites de la más elemental cortesía en el lenguaje que emplean al referirse a mi familia y a mí personalmente.

De la nueva orientación de la doctrina monárquica y de la aproximación de los tradicionalistas, nació una inteligencia con José Antonio Primo de Rivera que no se limitó a simple coincidencia doctrinal, llegándose a firmar un pacto entre José Antonio y Antonio Goicoechea, como jefe monárquico, en el que la Falange se comprometía, mediante ciertas condiciones, a no ser obstáculo, en el futuro, a la Restauración monárquica. Todas las incidencias en torno a este acuerdo y a la existencia del documento en que se concretó las conoce como nadie Jorge Vigón, pudiendo informar sobre este punto a V.E. con toda clase de detalles. Yo poseo una copia del documento que pongo a disposición de V.E.

(Por su antigua adhesión a Acción Española, don Juan identifica ahora un tanto forzadamente a Calvo Sotelo y Maeztu como tradicionalistas. Los abusos carlistas a que se refiere don Juan son los desórdenes de Montejurra protagonizados por don Hugo. El pacto entre Falange y Renovación durante la República es cierto y seguramente el documento se lo facilitó a don Juan Pedro Sáinz Rodríguez que intervino en él; para servir a don Juan y pese a su enemistad con Franco parece por ello probable que don Pedro actuara como asesor-redactor de esta significativa carta de don Juan).

Don Juan: La Monarquía como evolución natural del Movimiento

Otro equívoco perjudicial es que ningún monárquico de los que acabo de definir pueda desear el hundimiento violento del régimen actual.

En cuanto a mí se refiere, si por mi significación especial me veo en algunas ocasiones obligado a recibir a personas de las más diversas procedencias políticas, jamás se ha atrevido nadie a proponerme maquinaciones conspirativas que yo hubiera enérgicamente rechazado, pues nunca he pensado en la figura del general sublevado, de que hablaba V.E. al duque de la Torre.

Un Ejército disciplinado y leal a las instituciones imperantes ha de ser una de las bases fundamentales del futuro régimen monárquico, y

esa disciplina del Ejército es la más preciosa herencia que yo podría recibir de V.E.

Siempre he considerado un peligro gravísimo que la monarquía se implantase sobre las ruinas de un Estado destruido por cualquier género de violencia. ¿No sería una locura pretender iniciar un régimen con el problema trascendental de su reconocimiento por las potencias, arrojando estúpidamente por la ventana las posiciones internacionales conseguidas por la resistencia y la perseverancia de la política de Vuestra Excelencia? Creo que la monarquía debe nacer como una evolución natural y lógica del régimen mismo hacia otras formas institucionales del Estado; de un Estado fuerte y autoritario que salvaguarde los valores nacionales y morales en cuya defensa surgió el Movimiento Nacional, y a la vez abra cauce a aquellas nuevas modalidades exigidas por las necesidades del país y que aseguren la consolidación y perduración del régimen monárquico.

(La concesión política de don Juan a Franco es enorme. Elogia la "resistencia y perseverancia" del Caudillo en las horas difíciles, resistencia que se había ejercido contra las propias urgencias de don Juan. Acepta las razones del Movimiento; descalifica el pronunciamiento (que había alentado en 1945 y hasta en enero de 1957, porque el general a que se refiere el duque de la Torre es sin duda Juan Bautista Sánchez; califica al Estado de la monarquía como autoritario. Si Gil Robles hubiera permitido hacer a don Juan estas afirmaciones antes de 1947, don Juan hubiera reinado en España).

No hay incompatibilidad entre la Monarquía y el régimen

Si como dije antes la disciplina militar ha de ser herencia preciosa que recibe la monarquía del régimen actual, no lo debe ser menos la preocupación por una justicia social en defensa de los humildes. No puede caber en una cabeza sana la idea de pretender implantar en esta época un régimen oligárquico y de clase en defensa exclusiva de los intereses creados. Hoy día ni las democracias ni las monarquías ni las dictadas pueden cerrar los ojos ante el problema social de nuestro tiempo. Una

monarquía anacrónica, que desconozca esta realidad, está condenada a morir. La monarquía debe, desde el principio, adoptar una posición clara en este punto, pues V.E. conoce por experiencia propia cuán difícil es a los regímenes autoritarios libertarse del cerco con que procuran mediatizarlos los elementos tradicionales de la economía social.

¿Quién inspiró este memorándun de acercamiento?

Como V.E. puede ver, cuanto llevo expuesto, después de meditarlo seriamente, no creo discrepe en nada fundamental sobre la concepción del Estado que podría suceder al régimen actual. Las supuestas incompatibilidades han nacido de la política de equívocos antes aludida, que surgió, a mi juicio, de la necesidad del régimen de no parecer en ningún momento interino, pensándose que esto se conseguía evitando que se dibujasen claramente las líneas del futuro.

(Por tanto, el régimen y la monarquía, los dos autoritarios, son compatibles y pueden sucederse, dice don Juan, "después de meditarlo seriamente".)

Esta confusión trascendental —termina el Memorándum de don Juan— *es la que creo podríamos V.E. y yo ponerle un término definitivo. Como ya tuve el honor de decir a V.E. en la entrevista de Las Cabezas a mí en la cuestión de la monarquía sucesoria, me interesa profundamente la manera, el cómo y una vez acordado no creo sería difícil fijar, con garantías para el régimen actual, el cuándo, pensando en las conveniencias de la nación.*

Le ruego lea estas palabras y reflexione sobre ellas con la misma buena intención con que yo las he escrito, pues nada sería más halagüeño para mí que una coincidencia fundamental con V.E. cuyas consecuencias podrían desarrollarse en el futuro según las necesidades políticas de España.

(He indicado antes que Sáinz Rodríguez tuvo que colaborar en algunos datos de este memorándum. Sin embargo su tono general y su redacción para lograr una convergencia con Franco dependen seguramente de Ruiseñada, y del que era entonces mentor de Ruiseñada, es decir, el duque de la Torre y tal vez el propio López Rodó. Ésta es una carta típica

de la segunda fase de la Operación Ruiseñada y seguramente López Rodó sabe sobre su origen más de lo que nos dice en sus libros).

Franco rechaza tajantemente las concesiones de don Juan

Cuando Franco ya había leído la anterior carta y memorándum, se presentó en Galicia el conde de Ruiseñada para gestionar una nueva entrevista con don Juan. Franco entonces entregó a Ruiseñada, para don Juan, una nota-respuesta que ya tenía casi preparada en estos duros términos.

El objeto de la carta recibida, según su propia expresión, es "el de esclarecer determinadas cuestiones". Sin embargo, el Memorándum no solamente no las esclarece, sino que las oscurece y complica, pues aunque el propósito sea bueno los conceptos en muchos aspectos son inadmisibles; el Reino y la monarquía existen en la nación aunque no haya sido reconocida todavía ninguna dinastía ni persona, que ya establece la Ley de Sucesión cómo se ha de producir. Por lo tanto, no cabe ni pensar en una monarquía como "evolución natural del Régimen mismo hacia otras formas institucionales de Estado". No se trata pues de establecer "una concepción de Estado que podría suceder al Régimen actual.

Aquí, en esto, reside la principal confusión que origina su Memorándum, no ya sólo por lo que exigen las necesidades del país y el sentir de los grandes sectores de la nación, sino por algo tan importante como es el poder forjar una realidad. Nuestra Guerra de Liberación, con todos sus sacrificios, hizo que el pueblo conquistase con su sangre la situación y Régimen que disfrutamos. La Ley de Sucesión vino a refrendar casi diez años después la legalidad forjada por quien salva una sociedad, restablece la paz, el orden y el derecho y coloca a la nación en el camino indiscutible de su resurgimiento. El poner en entredicho esta legalidad consolidada, guardando reservas a lo constituido e intentando abrir de hecho un período constituyente, entrañaría el más grande de los suicidios. Se abriría la esperanza a todas las ambiciones y apetencias de las minorías revoltosas y se ofrecería al extranjero y a los enemigos de fuera nueva ocasión para cercar y destruir a España aunque aparentemente abrieran los brazos a la esperanza destructora".

(Franco, pues, rechaza las concesiones de don Juan; ni las considera. Su respuesta es desabrida e injusta; no acepta el diálogo. En realidad rechaza a la persona a quien descartó irrevocablemente para la sucesión en 1947, como le había dicho en Las Cabezas).

Lo que dentro de nuestro Régimen —sigue la nota de Franco— *falta por señalar son las funciones y responsabilidades futuras del Jefe del Estado, Jefe del Gobierno y Consejo Nacional.*

Respecto a la entrevista de que el Conde de Ruiseñada nos habla, aparece en contradicción con el tercer párrafo del Memorándum ya que en él se expresa "que, llegado el momento de dar un paso tan trascendental en la política de evolución, sería el momento de una nueva entrevista que no debería limitarse a un nuevo cambio de ideas y de noticias, sino que, salvo mejor criterio, tendría que versar sobre los puntos fundamentales de la política española y éstos no deberían ser improvisados en el curso de una conversación". Como no estamos en este caso, resulta incongruente el aviso (de Ruiseñada) con el Memorándum.

Franco propone una entrevista devaluada

Cuando hablando con el duque de la Torre le expresaba el que no tenía inconveniente, cuando así conviniese a una mayor inteligencia, en entrevistarme con S.A., en forma discreta, y aprovechando la mayor libertad de movimientos que ofrece el verano, lo hacía precisamente con el fin de evitar equívocos perjudiciales a la buena armonía e identificación que debía reinar entre don Juan de Borbón y lo que él y su familia representan con el Jefe del Estado español y Caudillo del Movimiento Nacional; pero sin que estas entrevistas comprometan ni encierren otra trascendencia que la expresión de la identificación y acercamiento entre las personas y una información más fiel y real para el Príncipe de lo que España es y de lo que España piensa. Por ello, y si, aclarados estos conceptos, S.A. lo estima conveniente, yo estaría a su disposición en fecha que fijásemos entre el 10 y el 20 de septiembre.

(La entrevista que Franco propone está devaluada respecto a la que había sugerido don Juan. El Conde de Barcelona quería hablar de la sucesión; Franco sólo pretendía una conversación informativa).

Aquí termina la nota-respuesta entregada por Franco a Ruiseñada, tal como la transcribe Pedro Sáinz Rodríguez en la página 387 de su libro *Un reinado en la sombra*. Pero don Pedro, si no masón, era un poco diabólico, y alguna vez me insinuó, en nuestras conversaciones sobre su libro (que yo jaleé mucho en la prensa), que había preparado algunas trampas contra posibles copistas de sus documentos que no le citasen. Es un procedimiento no excepcional entre autores recelosos, que he puesto en evidencia recientemente en mi biografía de la reina Victoria Eugenia donde desenmascaro varios plagios resonantes. Pues bien, esta nota-respuesta de Franco contiene una trampa clásica. Don Pedro añade, como si fuera continuación, después de la fecha propuesta por Franco para la entrevista de septiembre, otra nota verbal de Julio Danvila comunicada en 1951 y ya transcrita por nosotros en su momento; es la que figura en la p. 370 del libro de Sáinz Rodríguez, que la repite aquí, en la página 387, sin variar una coma. López Rodó, en el primer tomo de sus Memorias, página 118, reproduce en el texto principal la nota entera de 1951 como si se tratase de la de 1957 y vuelve a dejarse engañar por don Pedro en el anejo 12, página 675. Julio Danvila, que figura en la nota verbal interpolada, ya estaba fuera del servicio de enlaces en 1957; su última intervención es como portador de la carta de pésame de Franco a don Juan con motivo de la muerte accidental del infante don Alfonso en marzo de 1956. No se trata de un error de la editorial, tan cuidadosa en su "editing", sino de una inocente y malvada trampa entre testigos importantes, en la que yo no he caído porque conoci demasiado bien a don Pedro. Lo que no excluye que caiga alguna vez; pero en todo caso cito siempre con detalle mis fuentes y la culpa sería de la fuente. Entregada su nota-respuesta a Ruiseñada, debió de parecerle a Franco demasiado dura y vuelve a escribir a don Juan desde el Pazo de Meirás, el 4 de septiembre de 1957, en forma de carta:

Franco retorna a la discrepancia cordial

A.S.A.R. el conde de Barcelona.

Mi querido Infante:

Con motivo de un recado que me trajo el Conde de Ruiseñada para una posible entrevista con S.A.R. en aguas de Galicia, y dada

la premura de la salida de aquél para Inglaterra en donde había de entrevistarse con V.A., le mandé una nota que supongo habrá recibido en que le mostraba mi extrañeza por aparecer el aviso en contradicción con los conceptos que sobre la entrevista me expone en su carta, respecto al entendimiento directo entre nosotros y prescindir de toda clase de intermediarios.

Me había ofrecido a que periódicamente —mejor en los veranos— , y sin darle mayor trascendencia, pudiéramos tener un cambio de impresiones que facilite la compenetración esencial para lograr los fines que perseguimos.

Yo sé que esto no agrada a quienes, empequeñeciendo la cuestión y de espaldas al interés de la nación, aspiran a mantener a V.A. sujeto a sus opiniones y, en su irresponsabilidad y ambiciones políticas, laboran contra un entendimiento sincero entre nosotros.

Al redactar la nota que entregué a Ruiseñada, quise adelantaros un punto esencial del memorándum, en que se expresa el concepto "evolución natural y lógica del Régimen hacia otras formas institucionales de Estado" que por encerrar una discrepancia fundamental, pretendo aclararos en el análisis que sobre el memorándum os adjunto.

Conocido vuestro celo patriótico y vuestro interés en servir a España, resulta incomprensible que estando el interés de la monarquía tan ligado al futuro del Movimiento Nacional, por una malísima información interesada en desfigurar las realidades, venga apareciendo V.A. en pugna con lo que el Movimiento representa.

Todos queremos el supremo bien de España, su grandeza, su estabilidad y su futuro. Yo, que podía buscarlo en otros caminos, lo pretendo a través del régimen tradicional español de la monarquía y es, sin embargo, V.A. el que aparece acumulando dificultades en el camino de vuestra rama, lo que no puede explicarse más que por un desconocimiento absoluto de las realidades españolas, de lo que conviene a la nación y de lo que en este orden es posible.

Yo confío en que un examen sereno y personal de estas cuartillas pueda ayudar a despejar definitivamente la situación.

Rogando hagais presente a S.A.R. doña Mercedes nuestro saludo, queda de V.A. siempre amigo su affmo.

Francisco Franco. [288]

(Esta carta de Franco, mucho más reposada, discrepa de don Juan pero sin los tomos agrios de la nota-respuesta; reconduce la situación a la cordialidad anterior y no insiste en el proyecto de entrevista en aguas de Galicia. El análisis adjunto al que se refiere Franco no lo ha encontrado Sáinz Rodríguez en el archivo de don Juan ni lo publica López Rodó. Hasta ahora permanece desconocido). Gracias a los ímprobos esfuerzos de Ruiseñada todo parecía estar preparado para celebrar la nueva entrevista de Franco y don Juan en aguas de Galicia durante el mes de septimebre de 1957. Franco la había propuesto y al final fue Franco quien no se decidió. Quizás porque había recibido la carta que le envió don Juan con fecha 17 de septiembre a su regreso de Escocia, y que dice así:

Don Juan da explicaciones a Franco

Mi querido General:

Al volver de mi viaje a Escocia me ha sido entregada su carta del 4 del actual junto con un análisis del memorándum que tuve el gusto de enviarle en junio pasado. Celebro que V.A. me haya participado, sin embargo, su reacción a este memorándum, pues las discrepancias que me manifiesta con respecto a algunos de mis puntos de vista no chocan con la realidad de mi pensamiento, habiendo sido motivadas, sin duda, por no haber expuesto yo mis ideas con una mayor precisión y claridad. De todos modos creo es utilísimo este diálogo escrito entre nosotros, pues así se aclaran conceptos que tal vez de palabra no lo estarían.

Ante todo quisiera aclarar lo que a V.E. ha parecido una "contradicción" entre mi carta y mi memorándum y la conversación que mantuvo V.E. con el conde de Ruiseñada. Cuando yo vi a este excelente amigo en Suiza, en la última decena de julio, me preguntó si yo estaba dispuesto

288 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 388.

a entrevistarme con V.E.; yo le contesté que por mi parte nunca habría inconveniente siempre que así lo deseara V.E., pero tenga en cuenta que el conde de Ruiseñada desconocía en absoluto la existencia del documento que yo le había enviado y por lo tanto yo no podía suponer que V.E. haría más caso a un recado verbal bien intencionado, pero no encomendado por mí, que a mi escrito, en el que formalmente pedía a V.E. nos dejásemos de intermediarios. Con esta declaración creo queda desvanecida la aparente contradicción.

(Don Juan, por tanto, extiende ahora la exclusión de intermediarios también al conde de Ruiseñada. Don Juan trata por todos los medios de quitar hierro a sus discrepancias con Franco y atribuye esas discrepancias a imprecisión en sus conceptos. Sigue en fase de acercamiento).

Don Juan insiste en su conformidad

Mucho le he agradecido el que a pesar de esta incidencia haya V.E. aceptado mi propuesta de la comunicación directa entre nosotros, permitiéndome insistir en que éste siga siendo el procedimiento que empleemos en el futuro.

Siento en el alma que la interpretación que V.E. ha dado al párrafo de mi memorándum, en que hablaba de "la monarquía como evolución natural y lógica del Régimen mismo" sea tan distinta de la interpretación que yo puse en esas palabras. Evolución, para mí, es perfeccionamiento, completamiento del régimen actual, pero jamás ha pasado por mi cabeza la idea de abrir un período constituyente ni de discontinuidad entre lo actual y la monarquía.

Creo que en mi propio Memorándum está esto bien explícito cuando digo: "Siempre he considerado un peligro gravísimo el que la monarquía se implantase sobre las ruinas de un Estado destruido por cualquier género de violencia" ¿No sería una locura pretender iniciar un régimen con el problema trascendental de su propio reconocimiento por las potencias, arrojando estúpidamente por la ventana las posiciones internacionales conseguidas por la resistencia y la perseverancia de la política de V.E.?

Ya en Las Cabezas expuse a V.E. la necesidad de que el Régimen elabore unas cuantas leyes fundamentales para que sea posible la actuación de un Rey cuando deje de figurar al frente del Estado la personalidad del Caudillo con su fisonomía histórica imposible de sustituir. Esto, que yo sentía entonces, lo veo ahora corroborado por el señor Carrero Blanco en su último discurso, en que alude a las diversas leyes que han de completar la estructura del Estado. Esto mismo es lo que quise decir al hablar de la evolución lógica y natural del propio régimen. De todo esto y de las demás aparentes discrepancias con mi memorándum he de escribir a V.E. con más calma que la que permite la presente carta, haciéndole llegar un anexo aclaratorio de mi escrito.

Sólo me resta agradecer a V.E. la atención quie me ha dedicado y si después de cuanto llevamos dialogado por escrito juzga conveniente una entrevista, yo estoy, como siempre, a disposición de V.E.

Le saluda con todo afecto

Juan. [289]

(No hubo entrevista ese verano, lo cual supuso un grave disgusto para el conde de Ruiseñada, próximo ya a la muerte. Rafael Calvo Serer afirma que, desde la llegada del Gobierno tecnocrático, fue relegado a una especie de ostracismo a pesar de la presencia en ese Gobierno de destacados miembros de la "Tercera Fuerza"; siguió sin embargo pontificando en "las Terceras" de *ABC* en el mismo sentido antiliberal y antidemocrático que demostraban ese mismo año Franco, don Juan y Luis Marían Anson. La marginación de Calvo Serer se debió, sin duda, a la pésima impresión que sobre él conservaba Carrero después de la traición de Calvo con la carta de don Juan en 1943, que el propio Calvo reveló a Carrero, según acabamos de ver en el testimonio de Fernández de la Mora. Calvo Serer menudeó entonces sus viajes al extranjero donde según revela en su libro citado descubrió nada menos que la democracia. Pero se mantuvo en el integrismo y no dio muestras de su descubrimiento democrático hasta 1967, como en su momento comprobaremos).

---

289 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit. p. 388s.

Empieza la era del Seat 600

Franco, al recibir esta carta, dio por terminado el diálogo teórico de ese verano con don Juan sobre la continuidad de la monarquía y el Movimiento. El conde de Ruiseñada, en vista de su fracaso en realizar la entrevista de los dos, se replego según Rafael Calvo Serer (que como testigo de hechos es mucho más válido que como testigo de ideas coherentes), quien nos informa de que ocupó entonces el puesto de Ruiseñada como enlace Lucas Oriol, tradicionalista y simpatizante del Opus Dei, que se empeñó en lograr el acercamiento de Franco y don Juan a través de la identificación tradicionalista de los dos. Los tradicionalistas, en efecto, como vimos, se estaban acercando eficazmente a don Juan después de la mascarada promovida en mayo por don Hugo con el nombre de Carlos Javier en Montejurra. Aquello no era serio y un importante grupo tradicionalista prefirió incorporarse a la causa monárquica dentro de la línea de don Juan, lo que harían en diciembre de 1957. Pero antes hemos de reseñar un importante encuentro entre don Juan y Laureano López Rodó, que tuvo lugar en Estoril el 17 de septiembre de 1957, el mismo día en que don Juan enviaba a Franco la última carta que hemos reproducido. Se trataba de un esfuerzo *in extremis* de López Rodó (y por tanto de Carrero con el que estaba identificado) para que don Juan aceptase los postulados de Franco y pudiera ser "repescado" por Franco como sucesor. Carrero y López Rodó pensaban que ello era todavía posible, aunque realmente no lo era. Pero vayamos el encuentro.

Don Juan, en una residencia del Opus Dei

En aquel verano, López Rodó trabajaba intensamente en la elaboración de la Ley de Principios Fundamentales, el Fuero de la Corona y la Ley Orgánica del Estado. Por otra parte, López Rodó había logrado el 17 de julio su primer gran triunfo político: la aprobación en Cortes de la Ley de Régimen Jurídico de la Administración, defendida por Carrero en persona. La factoría SEAT, concertada con la italiana FIAT, ponía ya a la venta el celebérrimo SEAT-600, símbolo del acceso de las clases medias españolas al bienestar; el coche y el piso, que también iban consiguiendo con los planes de viviendas

protegidas. El Príncipe Juan Carlos terminaba sus estudios en la Academia General Militar, recogía su despacho de alférez y el 20 de agosto entraba en la Escuela Naval de Marín como guardiamarina de primera hasta que en diciembre embarcase en el buque escuela Juan Sebastián Elcano.

"En la casa de un amigo", dice López Rodó; "en una residencia del Opus Dei en Lisboa", dice don Juan, tuvo lugar un nuevo encuentro de los dos el 17 de septiembre de 1957. López Rodó enmascara la visita al acompañar al ministro Gual Villalbí. Hablaron tres horas, con mucho calor. Don Juan estaba preocupado con su proyectada entrevista con Franco, no cancelada aún; López Rodó le aconsejó que la forzase saliendo rumbo a Galicia con el Saltillo pero don Juan prefirió esperar instrucciones del embajador que fueron negativas. López Rodó dijo a don Juan que la monarquía debería borrar su imagen decadente; que debería restaurarse con hondo sentido social; que don Juan se adhiriera expresamente al artículo de Ruiseñada en *ABC* sobre la identificación de la monarquía con el 18 de julio; que la monarquía no considerase nunca como interino al Régimen. El punto e) del memorándum de López Rodó es muy importante:

"Franco reacciona vivamente contra todo lo que pueda hacerle temer que el día que él falte se hará borrón y cuenta nueva y se volverá a los planteamientos anteriores al 18 de julio, y cree que hasta la fecha don Juan no ha dado garantías suficientes de aceptación a los Principios Fundamentales del Estado".

"Aunque reconoce que el Conde de Barcelona es el candidato con mejor derecho a la Corona, comienza a sentirse preocupado y a pensar en la posibilidad de tener que requerirle para que renuncie a sus derechos, como lo hizo Alfonso XIII en favor de su hijo (en este caso el Príncipe don Juan Carlos) y si no accediera a la renuncia, recurriría al hijo mayor del Infante don Jaime, don Alfonso de Borbón Dampierre, a quien tiene en alto aprecio" [290].

---

[290] Excelente reseña y documentación del viaje atlántico de don Juan en L. SUÁREZ, *Francisco Franco...*, op. cit., p. 63s. Artículos de Prieto contra don Juan en *Convulsiones de España,* tomo III, México, Oasis, 1969, p. 9s.

El fracaso final de la entrevista

Franco —sigue don Laureano— quiere dejar zanjado este problema de la sucesión cuanto antes. "Es muy posible que la oportunidad de una entrevista que ahora se ofrece a don Juan sea la última prueba que Franco realice para cerciorarse de que son ciertos sus temores de que existe un desvío ideológico. "Si don Juan no acude a la entrevista,Franco entenderá que tiene suficientes pruebas para dirigirse al país y proponer a las Cortes otro sucesor". López Rodó prefiere la entrevista y desaconseja seguir con el intercambio de memoriales y discrepancias.

Don Juan asintió a todo. Pero Franco, al final, no se decidió por la entrevista. López Rodó envió a don Juan una nota el 16 de noviembre de 1957 en la que le expresa el general descontento de todos los monárquicos por la no celebración de la entrevista, de lo que por supuesto don Juan no tenía culpa alguna. Los antimonárquicos y la Falange se alegran y fomentan una solución regencialista. López Rodó sugiere que don Juan pida la entrevista a Franco urgentemente [291].

Don Juan prefirió no forzar la entrevista y celebrar en cambio en Estoril el gran acto de adhesión que los tradicionalistas, antiguos carlistas, le ofrecían para incorporarse a su causa. Pensaba así que su posición negociadora se reforzaría ante Franco. Veremos el resultado en el próximo capítulo.

Pero antes de cerrar el actual conviene que reproduzamos el breve recuerdo de don Juan sobre su entrevista de septiembre con López Rodó:

"López Rodó —le dice Sáinz Rodríguez— celebró una entrevista con don Juan en Lisboa. Y en esa entrevista ¿que pasó?

"Acababa de entrar un grupo de técnicos del Opus en el Gobierno.

"Era el llamado Gobierno tecnocrático.

"...en el que intervine mucho, porque les apoyé a todos. Calvo Serer fue el muñidor de aquel movimiento. Entonces López Rodó vino aquí,

---

291 Esta incalificable agresión del profesor Suárez se produce en su citada obra *Francisco Franco...* ,vol VI, p. 52, n. 14.

creo que un poco para ver cómo pensaba yo, y aproveché para decirle que era la ocasión única para llevar adelante la Restauración... Y fue cuando empezó a decirme que conmigo no había nada que hacer.

"Se lo dijo Rodó. Claro, porque vería que Vuestra Majestad sostenía todo cuanto había dicho. Vuestra Majestad siempre sostuvo: 'Yo no cambio nada de lo que he dicho en los Manifiestos'.

"No me he vuelto atrás nunca de nada.

"Por tanto el pacto posible era: cómo se transmiten los poderes, en qué fecha se hace, en qué forma, pero sin cambiar la doctrina. De manera que López Rodó, en esa entrevista, más bien vino a sondear si Vuestra Majestad estaba dispuesto...

"Si estaba dispuesto a ceder. Y yo le dije: Cedo una barbaridad, pero nunca en la libertad de acción y en la idea que tengo de lo que tiene que ser la monarquía, que ya he expuesto en mis Manifiestos". [292]

(Don Pedro y don Juan maquillan la historia real. En las conversaciones con López Rodó no se habló de manifiestos y en las cartas de don Juan a Franco durante ese verano, que acabamos de reproducir, don Juan consideraba la época y la doctrina de los manifiestos completamente liquidada —usó esta palabra— después de la entrevista en Las Cabezas. Don Juan y don Pedro utilizan el "No estaban maduras". Don Juan había cedido, en el verano de 1957, el lector acaba de comprobarlo, todo lo necesario; estuvo de acuerdo totalmente con lo que proponía López Rodó. Lo que ocurre es que esa cesión vino con diez años de retraso y Franco no se la admitió).

Don Juan, a fines de 1957, ponía toda su ilusión en ser también Rey de los carlistas. Fuera de la Historia. Una Historia venerable y perturbadora, (lo de perturbadora se lo había dicho Franco en Las Cabezas), pero fuera de la Historia.

---

[292] Ley publicada en el *Boletín Oficial del Estado,* 18 de julio de 1958.

Capítulo XXXIII
El padre Escrivá felicita a Franco

LOS TESTIGOS Y LOS TRATADISTAS que hacen la historia del Consejo Privado del Conde de Barcelona introducen bastante confusión en sus datos que he procurado depurar aunque no garantizo totalmente el feliz resultado. En el otoño de 1957, cuando don Juan mantiene su fase de acercamiento a Franco, la política monárquica general está a cargo, como sabemos, de dos enlaces que son fieles a los dos personajes: el conde de Ruiseñada, jefe de la Casa de la Reina Victoria, y el general duque de la Torre, preceptor del príncipe don Juan Carlos para su formación militar.

Calvo Serer, que en cuanto a situaciones personales suele ser fiable, apunta que en 1957, gastado Ruiseñada por el fracaso de la entrevista que gestionaba, cedió parcialmente sus funciones de enlace a otro de los Oriol, Lucas, que intervino notablemente en la preparación y éxito del acto carlista de Estoril.

Don Pedro Sáinz Rodríguez se mantiene como consejero principal en Estoril y el general Kindelán sigue como presidente del Consejo Privado, hasta principios de 1960, en que le sustituirá José María Pemán flanqueado por el profesor Florentino Pérez Embid, según dato, comproba-

do, de Rafael Calvo Serer [293]. (¿Por qué entonces los profesores López Rodó y Luis Suárez consideran a Pemán en la Presidencia del Consejo Privado, el primero desde 1955 y el segundo en 1957 tras una reorganización (inexistente) del Consejo Privado que no se produce hasta tres años más tarde? Ninguno de los dos basa su información en fuente alguna; Suárez (como hice yo en la segunda biografía de Franco, pero yo di la cita) toma el dato de *La larga marcha* de López Rodó, que nos equivoca; aunque sí es cierto que en la segunda mitad de la década de los cincuenta entran en el Consejo Privado jóvenes de la "Tercera Fuerza", como Pérez Embid y Gonzalo Fernández de la Mora. [294] No por este error, explicable ante los errores y vacilaciones de fechas de los testigos inmediatos, se me ocurre considerar al profesor Suárez como "tergiversador", "poco escrupuloso" e incluso "obsesionado", como hace él conmigo, por ejemplo en la página 52 del tomo VI, nota 14, y otras veces en que me reprocha la osadía de subrayar que una persona del Opus Dei pertenece al Opus Dei o actúa dentro de una plataforma del Opus Dei. Por el contrario, mantengo mi opinión, varias veces anticipada, de que tanto los citados libros de Luis Suárez como los de López Rodó constituyen fuentes esenciales y positivas para la historia de esta época, aunque discrepe a veces de los dos en puntos y enfoques concretos. No señalo más que los errores y rabietas del profesor Suárez que hacen al caso; podría incluir aquí un amplio catálogo pero no deseo destruir la opinión positiva que acabo de expresar una vez más sobre su libro y que por supuesto amplío a todo el resto de sus libros.

Los carlistas se aproximan a don Juan

Con sumo acierto describe López Rodó, en varias fases, una "Operación recuperadora" de don Juan montada por el sector franquista y tra-

---

293 Carta de Kindelán como presidente del Consejo Privado a don Juan a principios de 1960 en Kindelán, *La verdad...*, op. cit., p. 384. R. Calvo Serer, *Franco frente al rey,* op. cit., p. 181.

294 Luis Suárez, *Francisco Franco,* op. cit., tomo V, p. 341; López Rodó, *Memorias-I,* op. cit. p. 208 n.

dicionalista, en abierta competencia con los consejeros liberales y antifranquistas de Estoril y de España. Desde la muerte de Alfonso XIII actuó Juan Vigón en aquel sentido, que favorecieron también en la Secretaría de don Juan Ramón Padilla y Juan Tornos. Siguieron los intentos de Ruiz Giménez, Sánchez Bella y Martín Artajo en 1945, y luego casi todos los que hemos llamado enlaces entre Franco y don Juan pertenecían a la tendencia tradicional y de compromiso con Franco, como José María Oriol, Danvila y Ruiseñada. La importante adhesión de un nutrido grupo de carlistas a don Juan en diciembre de 1957 pertenece también a este esfuerzo de "recuperación" que fomentaba desde 1942 Luis Carrero Blanco y desde 1956, junto a Carrero, Laureano López Rodó.

La actitud de aproximación de don Juan a Franco se mantenía constante, con altibajos provocados por los tirones del sector liberal, desde la entrevista del Azor en 1948 y se robusteció en la entrevista de Las Cabezas en 1954. Acabamos de ver en el capítulo anterior que, con el objetivo de lograr una nueva entrevista, don Juan comunicó a Franco en 1957 algunas concesiones importantes en su postura, que Franco no quiso aprovechar; la respuesta de Franco fue muy poco comprensiva y la entrevista, pese al esfuerzo personal de López Rodó con su visita a don Juan en Lisboa a mediados de spetiembre de 1957, acabó sin producirse. Entonces don Juan en vez de volver a actitudes de oposición prefirió insistir en su identificación con los tradicionalistas, que Franco le había aconsejado y que ya se venía preparando desde el cese de Manuel Fal Conde, integrista intransigente, en 1956 y desde el golpe de mano dado por el príncipe Hugo de Borbón Parma en la romería carlista de Montejurra en mayo de 1957. Grandes personalidades del carlismo descalificaron a don Hugo por semejante abuso de proclamarse príncipe de Asturias por las buenas e iniciaron el acercamiento a don Juan. Aunque pertenecía al sector liberal del juanismo, don Pedro Sáinz Rodríguez nos ofrece una cumplida crónica de la aproximación de los carlistas, que según López Rodó es un nuevo acto de la "recuperación de don Juan" para la idea tradicional de la monarquía, contra la tendencia liberal.

Los carlistas requieren a don Juan

El 15 de mayo de 1957 la Comunión Tradicionalista de Madrid se dirigió a don Javier de Borbón Parma con un escrito de protesta firmado por sesenta y ocho personalidades de gran calibre histórico y gran relieve social indignados por los desmanes de Montejurra y el 31 de mayo una comisión de los firmantes visitó en Estoril a don Juan para preparar un pacto de adhesión. Después se celebraron asambleas carlistas en varias provincias que confluyeron el 1 de diciembre en una gran asamblea de Madrid, donde se eligió a un grupo de cuarenta y cuatro representantes para que se adhirieran a don Juan si éste aceptaba los principios fundamentales del carlismo. El 22 de diciembre la gran representación carlista oyó con don Juan en Estoril la misa del Espíritu Santo después de la cual el procurador en Cortes por Navarra, Luis Arellano, tomó la palabra. Afirmó que el acto se celebraba por iniciativa de don Juan y leyó ante él el acta de la asamblea celebrada en Madrid el pasado 1 de diciembre.

Su espíritu era "el mismo con que los requetés acudieron a salvar a España en julio de 1936". La unidad de la Comunión, dijo, solamente puede restablecerse con fidelidad a los principios del carlismo, y ante todo el de legitimidad, de acuerdo con los puntos fijados por el último Rey carlista, don Alfonso Carlos, en enero de 1936.

"La adscripción a tales Principios por el Príncipe que ostenta la legitimidad de origen, concurriendo en él las dos ramas, resolvería la cuestión dinástica". Si ese Príncipe —don Juan de Borbón, evidentemente— acepta esos principios, "sería para nosotros el Rey y abanderado de la Comunión". Logrado el triunfo de esos ideales, "los tradicionalistas, que jamás han defendido el concepto de partido político, se reintegrarían al puesto que en la sociedad española les corresponda".

Entonces el portavoz requiere solemnemente a don Juan para que acepte los cinco principios carlistas siguientes:

"1.—La Religión Católica Apostólica Romana como la unidad y consecuencia jurídica con que fue servida y amada tradicionalmente en nuestros Reinos.

"2.—La Constitución natural y orgánica de los estados y cuerpos de la Sociedad Tradicional.

"3.—El reconocimiento de los derechos históricos de las distintas regiones que, con sus fueros y libertades, integran la unidad sagrada de la patria.

"4.—La auténtica monarquía Tradicional legítima de origen y de ejercicio.

"5.—Los Principios y espíritu del Derecho Público Cristiano."

"Entendemos además que dichos Principios han de mantenerse en los Postulados Sociales que proclamaron los grandes pensadores tradicionalistas, siguiendo las enseñanzas de la Iglesia católica y que inspiraron el Movimiento Nacional".

"No quiero ser una momia simbólica"

El duque de Alburquerque, jefe de la Casa de don Juan, le entregó el documento que el conde de Barcelona leyó solemnemente, de pie en el centro del salón:

A vuestra decisión de reconocer en mi persona la legitimidad hereditaria debo corresponder manifestándoos lealmente mi pensamiento sobre la doctrina tradicionalista.

Cuando se trata de explicar a los no enterados las posibilidades políticas del tradicionalismo, se confunden muchas veces los principios con fórmulas políticas opinables que surgen al tratar de concretar ese ideario en una legislación a tono con la sociedad de nuestro tiempo.

Don Alfonso Carlos, en su decreto de 23 de enero de 1936, fijó con ponderada amplitud los principios fundamentales de la doctrina tradicionalista que yo acepto sinceramente, por creer que deben orientar la legislación que haga viable su realización en la sociedad actual.

Esa gran masa que hemos dado en llamar neutra es la que, cuando se moviliza, decide de la suerte de los regímenes y de las instituciones. No bastan las coincidencias de los partidos y de las minorías si no se

acierta a provocar la adhesión leal y convencida de esa masa a las instituciones.

Después de tantas vicisitudes históricas y de atravesar el ambiente de un siglo normalmente opuesto a la Doctrina de la Comunión Tradicionalista, parece milagroso que ésta haya podido subsistir y que estuviese viva y alerta en el momento del Alzamiento Nacional, siendo ella sin duda la que hizo posible su realización. Seguramente este fenómeno histórico se ha producido por conservar la Comunión Tradicionalista ciertos principios y ciertos sentimientos que responden a la constitución interna del pueblo español.

También, como España, tiene el tradicionalismo su leyenda negra. Es preciso desengañar a mucha gente y convencer a los que desconocen la verdad del tradicionalismo de que éste no es algo anticuado y reaccionario; que su doctrina y su sentimiento son absolutamente incompatibles con una concepción tiránica del poder público y que los tradicionalistas aman por encima de todo sus libertades, como católicos que son.

Tres notas esenciales hacen eficaz para las necesidades del momento actual de nuestra patria al tradicionalismo español; su indiscutible raigambre popular, su repugnancia a la política partidista, coincidiendo en esto, según creo, con la gran masa anónima del pueblo español, y finalmente la certeza de que nunca será obstáculo —antes bien, siempre la propugnó— a la política social justa que es absolutamente necesaria en nuestro siglo y que debe realizarse no por una conveniencia de tácita sino porque emana como un deber ineludible de nuestra coincidencia de cristianos.

La participación de todos los españoles en el régimen

Por estas cualidades vuestras nos encontraremos siempre, pues yo aspiro a ser un Rey humano, en contacto con mi pueblo, y no una momia simbólica conservada entre los tafetantes del protocolo cortesano.

Yo represento la legitimidad y creo que también la única monarquía posible, y por eso espero que los monárquicos de todas las tendencias han

de comprender que, en la hora de la instauración de la monarquía, no puede dejar de figurar en el lugar que le corresponde el tradicionalismo español. Si a las dificultades que en tal momento ha de crear el antimonarquismo hoy larvado y casi silencioso se uniese la discrepancia dinástica carlista en todo su volumen, la vida de la monarquía restaurada sería muy difícil o imposible.

¡Cuántas veces la pasión o la habilidad política han desfigurado mis actos y tergiversado mis palabras!

No me arrepiento de haber dicho que deseo ser el Rey de todos los españoles y hoy quiero repetirlo ante vosotros con las mismas palabras empleadas por Carlos VII en 1896 y en memorable ocasión:

Yo no puedo ni quiero ser Rey sino de todos los españoles; a ninguno rechazo, ni aun a los que se digan mis enemigos... y si de todos no necesito para subir al trono de mis mayores, quizá necesite de todos para establecer sobre sólidas e inconmovibles bases la gobernación del Estado y dar fecunda paz y libertad verdadera a mi amadísima España.

Todos los españoles han de participar en el régimen y Gobierno del Estado de conformidad con lo que, a la luz de la experiencia histórica y de la realidad nacional, determinen las leyes, y esta participación será auténtica y efectiva.

Hoy el mundo entero está doctrinalmente en estado constituyente y no existe, por fortuna, ningún dogma político unánime ajeno a nuestra doctrina que el espíritu de la época nos obligue a respetar, salvo la política de justicia social que a todos los regímenes impone la aparición de nuevos elementos históricos.

Carlos VII, en el documento citado anteriormente, decía: murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer, pero el ambiente contemporáneo que acabo de señalar nos permite procurar que nuestro Estado sea nacional y no de imitación, nutriéndose de nuestras tradiciones y a la medida de la España de hoy.

Esperemos que el acto que realizamos, pensando únicamente en el servicio de la patria, sea el principio de una actuación que consiga el apoyo de la inmensa mayoría de los españoles y resuelva definitivamen-

te los problemas que se han de plantear en España en un futuro más o menos próximo.

Estoril a veinte de diciembre de 1957. [295]

El lejano recuerdo de don Juan

Don Juan ha conseguido con este acto lo que nunca logró su padre Alfonso XIII: unir a las dos ramas dinásticas. Su aceptación de los principios del carlismo obedece al requerimiento con el solemne "YO ACEPTO", pero no es una aceptación dogmática; se diría que en sus palabras, casi evidentemente redactadas por el liberal Sáinz Rodríguez, don Juan quiere que el tradicionalismo tenga un lugar en la futura monarquía, pero que ésta no sea exclusivamente tradicionalista, sino que admita a todas las tendencias, lo cual iba a provocar muy pronto serios conflictos entre monárquicos tradicionales y monárquicos liberales. Sin embargo, don Juan, en su declaración, se muestra expresamente de acuerdo con los carlistas en el repudio de los partidos políticos, clave de la democracia liberal. Años más tarde, Sáinz Rodríguez le pregunta por este acto:

Vamos a ver. El reconocimiento de un grupo de carlistas. Creo que fue en el año 57, con Rodezno a la cabeza todavía.

Sí, con Rodezno. (Se equivocan los dos, Rodezno había muerto en 1952). Y hubo un discurso de V.M. al que —seguramente lo recuerda— dimos muchas vueltas, porque había que hacer...

...encaje de bolillos, por la cita de Carlos VII...

Claro, había que dar un contenido y un lenguaje liberal, que tuvieran que ser aceptados por los carlistas. Ésa fue la papeleta.

Franco reaccionó muy mal ante el hecho.

Es natural, le molestaba todo lo que fueran adhesiones a V.M. Pensó: Aquí puede sugir un caudillo de los tradicionalistas que me cree dificultades.

---

295 Texto en P. Sáinz Rodríguez, op. cit. p. 25s.

De las fuerzas tradicionalistas la mayoría se doblegó; pero hubo quienes quedaron fuera. [296]

Don Juan informa a Franco sobre los actos de Estoril

Con las polémicas de los años siguientes, bastantes tradicionalistas se apartaron de don Juan. Otros quedaron incorporados a la dinastía, entre ellos los partidarios de Franco, como Iturmendi y los Oriol. Los que siguieron a don Hugo compartieron también la actitud errática de este príncipe, que se hizo autogestionario y socialista. Con ello el carlismo, muy dividido, dejó de contar como fuerza política importante, aunque su huella perdura en las montañas de Navarra y en puntos aislados de las Vascongadas.

Al día siguiente del acto carlista de Estoril, calificado por uno de los principales testigos como "el noble final de la escisión dinástica", don Juan dio cuenta a Franco de su acuerdo con los representantes de la tradición en esta carta:

A.S.E. el Generalísimo don Francisco Franco.

Mi querido General.

Aunque es seguro que ya habrá llegado a su conocimiento la visita de elementos tradicionalistas a Estoril, creo es mi deber informar a V.E. con exactitud de todo lo ocurrido:

Como puede ver por la presente carta, persisto en mi propósito —que creo V.E. comparte— de no utilizar ningún intermediario para nuestras relaciones, y por eso dirijo directamente a V.E. esta carta.

En alguna ocasión ha lamentado V.E. el hecho de que los carlistas no me habían reconocido como rey, por eso pienso que el acto celebrado recientemente en Estoril ha de complacerle por significar una simplificación de los problemas políticos que ha de afrontar la Corona en el futuro y la solución del enojoso pleito dinástico, que durante tanto tiempo ha dividido a los españoles.

---

296 Cfr. P. Sianz Rodríguez, op. cit. p. 263.

Hace mucho tiempo que me venía preocupando hondamente la división reinante en el campo carlista que dio lugar a la aparición de pretendientes-fantasmas que sólo han servido para desorientar a la opinión pública con perjuicio de la idea monárquica en el ambiente nacional.

Don Javier de Borbón-Parma no ha sabido o no ha querido cumplir su deber de testamentario de don Alfonso Carlos, no obstante mis requerimientos y mi decidida actitud de llegar a un acuerdo.

V.E. sabe, por experiencia, lo difícil que es lograr la unanimidad perfecta entre estos elementos siempre desconfiados por sus largos años en una oposición permanente y desesperanzada.

La calidad y volumen de los elementos firmantes del acta en que se reconoce mi legitimidad y las numerosas adhesiones recibidas me han impulsado a redactar un documento en el que fijo definitivamente mi pensamiento acerca de la doctrina tradicionalista. De este escrito le adjunto copia, esperando que V.E. considere que ese acto y las ideas en él expuestas son perfectamente compatibles con la legalidad hoy vigente en España. Por esta razón me atrevo a sugerir a V.E. que permita una discreta publicidad con comentarios autorizados.

Como tuve el gusto de manifestarle ese verano, sigo a su disposición siempre que lo juzgue conveniente.

Le supongo lleno de graves preocupaciones por los problemas de toda índole que tiene que afrontar España y espero que Dios nos conceda una favorable solución.

Le deseo en unión de su familia unas felices Pascuas y un Año Nuevo lleno de salud y prosperidad. Queda syo affmo. [297]

Franco: No hay masas monárquicas fuera del carlismo

La carta de don Juan es impecable; llena de nobleza y confianza en que por fin Franco tendrá que reconocer su acierto y su buena voluntad. Recuerda a Franco que le había recomendado antaño un mayor acuerdo

---

297 Texto en Sáinz Rodríguez, op. cit. p. 389.

con los carlistas; y le envía su documento de aceptación en el que repudia a los partidos políticos y se identifica con las tesis tradicionalistas, entre las que figuraba la plena aceptación de los ideales del Movimiento. La decepción de don Juan fue, como ya sabemos, grande, cuando Franco, tras unos párrafos aprobatorios, interpretó peyorativamente la actuación de don Juan con los carlistas, como si tuviese celos de protagonismo. Esta vez la reacción de Franco es inadmisible y un tanto rastrera. Contestó a don Juan casi un mes después, el 18 de enero de 1958, y de esta forma:

A S.A.R. el conde de Barcelona

Mi querido Infante:

Oportunamente recibí su carta en que me comunicaba el acto de reconocimiento que, como Príncipe de mejor derecho a la Corona de España, había hecho ante V.A. un grupo significado de tradicionalistas y la copia del documento que con este motivo les había entregado, en el que fijasteis definitivamente vuestro pensamiento acerca de la doctrina tradicionalista.

Mucho me complace el que este acto pueda constituir la base para alcanzar en este sector monárquico la unidad en el reconocimiento de la legitimidad de vuestra rama dinástica que acabe con el espectáculo lamentable de ese desfile de candidatos extranjeros a la Corona, que tanto daño causan al concepto que la institución monárquica debe merecer dentro y fuera de España.

El señor tradicionalista, pese a sus diferencias últimas ante las personas, constituye el único sector monárquico con arraigo en determinadas comarcas y verdadero amor a la institución. Los otros sectores que se titulan monárquicos caen en el campo de las tertulias posibilistas con muy escaso eco popular. El tradicionalismo constituye, pues, la solera para la vida de la institución monárquica; sin su fervor, la monarquía se vería vacía de espíritu y de leales.

Respecto al contenido del discurso leído y entregado a los tradicionalistas, muy acertado en su propósito de aceptar los principios fundamentales y verdades de la doctrina tradicionalista y vuestra identificación en ellos, no quedan, sin embargo, definidos en aquellos cinco puntos que el 23 de enero de 1936 don Alfonso Carlos estableció como necesa-

rios, pues hay uno, el tercero, "reconocimiento de los hechos históricos en las distintas regiones que con sus Fueros y libertad integran la unidad sagrada de la patria" que si en enero de 1936, cuando los Estatutos separatistas secesionistas de Vascongadas y Cataluña constituían una desdichada realidad republicana, podía ser de oportunismo político la alusión a los hechos históricos y la evocación de los Fueros y libertades, en el año 1957, cuando nuestra Victoria aplastó para siempre el separatismo secesionista, cuanto hay de lícito en Fueros y libertades es respetado y practicado, y la vida de la patria ha superado esas viejas reliquias, su alusión puede constituir motivo de recelo en la mayoría de la nación, irreductible a cualquier clase de retroceso en esa materia.

Por otra parte y en buena doctrina no corresponde al Príncipe pretendiente, en este caso don Alfonso Carlos, al que se alude, el establecer los principios y la doctrina que a él le corresponde defender pero que son anterior a él. Hace falta, entre los puntos en aquella ocasión aludidos, uno tan importante y trascendente que presidió el nacimiento del tradicionalismo, cual es el de la negación de los sistemas liberales y de los partidos políticos que de él se derivan, que aunque se haya visto obligado (el carlismo) a obrar como partido bajo el imperio del sistema liberal, sostuvo siempre el principio de la negación y abolición de los partidos y por eso se llamó comunión.

Esto hará sin duda que importantes sectores tradicionalistas puedan guardar reservas a la letra y contenido de vuestro escrito".

(Franco es injusto con don Juan. En los Principios de don Alfonso Carlos se abraza la democracia orgánica que repudia los partidos. En el requerimiento de Arellano, que don Juan aceptó expresamente, se descartan los partidos políticos. En 1936 no estaba aún en vigor el Estatuto del País Vasco y el otro Estatuto, el de Cataluña, no era separatista ni secesionista, aunque fuera un compromiso con los autonomistas radicales. El respeto a los derechos regionales y los Fueros no es un oportunismo carlista de 1936, sino una posición manifestada un siglo antes. Franco está claramente buscando tres pies al gato para no dar su aprobación integral a los actos de Estoril).

No al Rey de todos los españoles

Hay otro aspecto que merece también nuestra atención. Me refiero a vuestra reiterada manifestación en que expresais vuestro deseo de ser el Rey de todos los españoles. No puede discutirse, ni se pretende, que el pretendiente a la Corona de España no haya de sentirse en su día Rey de todos los españoles. Esto es lo normal en las situaciones monárquicas en todos los países. Todo el que acepte y acate un orden establecido ha de reconocer sus supremas magistraturas y éstas tratar a todos los nacionales con amor de súbditos; pero cuando existen nacionales que desde el exterior o desde el interior traicionan y combaten contra su patria o se declaran agentes al servicio de poderes extranjeros, la expresión de estas palabras puede interpretarse erróneamente. Son circunstancias muy distintas aquéllas en las que Carlos VII en 1896, vencido en dos guerras civiles, exilado en el extranjero y frente a una monarquía liberal, constitucional y parlamentaria, haya podido pronunciar con la esperanza remota de que la voluntad nacional pudiera otorgarle la Corona y las de hoy, en que fundado un Régimen para todos los españoles, todos son iguales ante la Ley y ante la solicitud de autoridades y magistraturas, pero existiendo unos exiliados políticos separatistas, republicanos y comunistas al servicio del extranjero, pudieran interpretarse las palabras como un principio de debilidad y de concesión a los enemigos de la patria.

(¿Por qué considera Franco a Carlos VII como vencido en dos Guerra Civiles? Fue vencido solamente en la última de las tres guerras carlistas. Con su pretensión de ser "Rey de todos los españoles", don Juan insiste en sus nobles propósitos de reconciliación, que el propio Franco anticipó cuando, al negarle que viniera a la Guerra Civil como voluntario, explicó su negativa para que el futuro Rey "apareciera como pacificador y no se contase en el número de los vencedores". Aquella explicación era lúcida, ésta busca nuevamente tres pies al gato y parece bizantina).

Franco recomienda censura previa a don Juan

Estos reparos, que mi sensibilidad me dicta a la lectura de vuestro escrito, confirman una vez más la necesidad de que no os lanceis a

actos políticos y manifestaciones públicas sin una previa consulta que evite torcidas interpretaciones, pues si vuestra voluntad era la de mostrar vuestra identificación con el tradicionalismo, lo que considero francamente constructivo, había que medir las naturales reacciones, pues si importante es, como os decía, el tradicionalismo, más importante es el conjunto de la nación y la gran masa del país que apoya y respalda al Movimiento Nacional.

A este mismo respecto he de deciros que, pese a los aparentes particularismos y reservas que determinadas personas tradicionalistas puedan guardar con el Movimiento, su masa se encuentra hermanada dentro del Movimiento Nacional, que incorporó y practica su doctrina; y su identificación se acentúa al repugnar por igual el sistema liberal, constitucional y parlamentario de partidos políticos, contrario al interés de la patria.

Los problemas que en otro orden a España se presentan, y que desde fuera de la nación parecen siempre mayores, son los naturales de los tiempos que nos ha tocado vivir y consecuencia de las imprevisiones de la vieja política liberal en lo interior y de la anarquía de la política internacional en lo exterior, pero gracias a Dios nos sobran medios para dominarlos.

Comparto vuestro criterio de continuar nuestro entendimiento directo para nuestras relaciones y os agradezco y acepto para el momento en que se considere conveniente el ofrecimiento de este verano, que me reiterais de estar a mi disposición.

Deseándole con su real familia un año pleno de prosperidades queda de V.A. afectísimo amigo que le abraza.

Francisco Franco. [298]

Don Juan, explicablemente, no contestó a esta carta de Franco. No se sometió a la censura previa que Franco le proponía. La comunicación epistolar entre los dos no se reanudará, a iniciativa de don Juan, hasta más de año y medio después, en octubre de 1959.

---

298 Texto en P. Sáinz Rodríguez, op. cit. p. 390s.

Las múltiples disensiones en el campo juanista

La importancia específica que alcanzan para nuestro estudio los actos de Estoril a fines de diciembre de 1957 no deben hacernos olvidar que desde un mes antes, el 22 de noviembre, fuerzas irregulares marroquíes trataron de conquistar por sorpresa el enclave español de Ifni, en la costa africana frente a las Canarias; la "pequeña guerra del Ifni" —que luego se extendió al norte del Sahara español, entonces oficialmente provincia de España— y que fue resuelta gracias a la decisión de las tropas y los refuerzos españoles y a la coordinación táctica entre España y Francia, muy interesada también en mantener el equilibrio estratégico de aquella región.

El 17 de febrero de 1958 llega a Lisboa para hacerse cargo de la Embajada de España el ex ministro de Educación José Ibáñez Martín, con instrucciones expresas de mantener relaciones próximas yu cordiales con el conde de Barcelona, lo que no siempre le resultará fácil porque durante este mismo año 1958 los consejeros y partidarios antifranquistas de don Juan, incluidos ahora con fuerza los del interior de España, en vista de que no se conseguía mucho por la vía del acercamiento, le condujeron a una nueva fase de tensión con Franco, agravada por varias disensiones internas dentro del juanismo. Una, entre los carlistas recién incorporados y los antiguos monárquicos alfonsinos, que me parece es el fondo de la querella protagonizada algo más tarde por el tradicionalista Santiago Arauz de Robles y el ex ministro de Alfonso XIII José de Yanguas Messía; otra, de mayor gravedad, entre los monárquicos de la línea tradicional (en buena parte franquista), como Vallellano y Danvila y los monárquicos abiertamente liberales como la Unión Española del activo Joaquín Satrústegui, que se inclinaba a la cooperación con las izquierdas del interior de España. Se agudizaba poco a poco otra disensión —entre franquismo y antifranquismo también— dentro de las plataformas políticas del catolicismo, los Propagandistas y, por primera vez, el Opus Dei. Todo esto complica extraordinariamente el análisis de las relaciones entre Franco y don Juan para este período, cuando llegaban a su término los estudios militares del Príncipe, cuya continuación en la universidad plantearía también nuevas disensiones.

Cundía además la agitación comunista en la universidad y en el mundo laboral; ahora es cuando se presenta en España Marcelino Camacho con el fin de crear unos sindicatos clandestinos —las Comisiones Obreras— que tratarán, con éxito, de infiltrarse en los sindicatos verticales del régimen y de conectar con las organizaciones católicas del trabajo, las Hermandades Obreras de Acción Católica, HOAC. [299] Y la sustitución en la Santa Sede, el mismo año 1958, de Pío XII por el abierto Juan XXIII marcará pronto la dirección de una nueva época. No debemos olvidar tampoco que, pese a todas las dificultades, la reforma administrativa y el planteamiento económico del equipo tecnocrático lograban convencer plenamente (no sin serias resistencias y esfuerzos) a Franco para que respaldase el Plan de Estabilización, clave del desarrollo y de la gran transformación de España. A fines de 1957 don Juan de Borbón sólo veía los nuevos problemas de España; pronto comprobaría el éxito de las soluciones.

Don Juan, Calvo Serer y don Juan Carlos, en Washington

El 14 de marzo doña Carmen Polo de Franco, en viaje hacia la isla de Madeira, tomaba el té en Villa Giralda, invitada por los condes de Barcelona; el encuentro fue muy cordial. Aquella misma noche fallecía en el expreso París-Madrid, durante la parada en la estación de Tours, el conde de Ruiseñada, de un ataque al corazón, como ya hemos anticipado. Su desaparición resultó muy negativa para la causa de don Juan, porque se aprovecharon de ella los consejeros antifranquistas para desequilibrar las relaciones con Franco. Creo que no le falta razón al profesor Luis Suárez para atribuir a un propósito de distanciamiento el audacísimo viaje que don Juan emprendió en mayo al timón del Saltillo a través del Atlántico, con un almirante inglés como segundo de a bordo, para arribar a Puerto Rico donde acudió a visitar al insigne poeta Juan Ramón Jiménez, que si bien no era propiamente un exiliado se había manifestado reiteradamente como un enemigo del régimen de Franco. (Falló en cambio un encuentro en este viaje con el violoncellista Pablo Casals, todavía más

---

[299] Para el trasfondo económico y social y las tensiones del juanismo son muy útiles los primeros capítulos del tomo VI del profesor Luis Suárez, *Francisco Franco,* op. cit.

enemigo que Juan Ramón). Don Juan sincronizó su siguiente etapa rumbo a los Estados Unidos con la travesía del buque escuela Juan Sebastián Elcano que llevaba a bordo como guardiamarina en viaje de prácticas a su hijo el príncipe don Juan Carlos, a quien abrazó con gran emoción en una fiesta ofrecida por José María de Areilza en la embajada de España en Washington. El profesor Luis Suárez cita con cautela un artículo de Indalecio Prieto del 18 de junio siguiente (que, curiosamente, no se reproduce en la brutal serie de artículos contra don Juan que publicaron después los amigos del político socialista) que sí conservó cuidadosamente Franco. De nada le valió a don Juan su entrevista con el estúpido periodista norteamericano Herbert Matthews, que ha pasado a la historia de la comunicación por tres hazañas poco envidiables: negar la converdación del coronel Moscardó con su hijo Luis fusilado después por el enemigo; entonar endechas al maravilloso Ejército italiano en la desigual guerra de Etiopía en 1935, y luego considerar que la batalla de Guadalajara en 1937 fue una de las más decisivas de la Historia; y por último, un año después de la entrevista con don Juan, aparecer como uno de los grandes responsables de la caída de Cuba en las garras de Fidel Castro. Bien, pues a este genio del periodismo, enemigo cordial de España, dijo don Juan que no le importaría gobernar con los socialistas porque ya lo hizo su padre en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera, lo cual es una falsedad histórica; no hubo tal. Prieto lo sabía y quizá por eso acusó a Rafael Calvo Serer de un reciente viaje para involucrar a Madariaga y a don Juan en un golpe de Estado próximo mediante un pronunciamiento militar que desembocaría en la proclamación de don Juan y en la convocatoria de unas elecciones democráticas. En aquel artículo, Prieto acusaba a don Juan de bebedor, como si no fuese marino, y afirmaba que el Opus Dei tenía gente en el franquismo y en el juanismo, en lo que no andaba muy descaminado, sobre todo como anticipación. Sin embargo, este primer brote antifranquista de Calvo Serer, si realmente se produjo, resultó efímero; el profesor y frustrado político no se pasó a la militancia antifranquista hasta bien entrada la década siguiente, después de descubrir la democracia en sus viajes. Prieto, en sus artículos de la época, insulta de forma soez a don Juan por el "besamanos de Estoril". Es cierto, según

informes de Exteriores, que Calvo Serer flanqueó a don Juan durante su estancia en Estados Unidos y tal vez Areilza colaboró con los consejeros antifranquistas para preparar una entrevista (fallida) de don Juan con el presidente Eisenhower (para quien el huésped oficioso era don Juan Carlos y no su padre). Pero debemos tener en cuenta que las sospechas contra Areilza provenían de los informes de Lequerica, embajador en la ONU que no podía ver al conde de Motrico ni en pintura. Franco aprobó la actuación de Areilza y don Juan, en su viaje de regreso, demostró su maestría marinera enfrentándose con una mar arbolada en las tormentas del Atlántico. A su regreso le esperaba otra tormenta, esta vez favorable, desencadenada por sus fieles que se habían congregado en Estoril. [300]

Mientras don Juan andaba por el Nuevo Mundo, el general Charles de Gaulle tomaba el poder en Francia en vista del fracaso de los partidos para salvar a Argelia francesa (lo cual agradó sobremanera a Franco) y Franco presentó y promulgó (eso dijo) personalmente a las Cortes, el 17 de mayo, una ley fundamental, la de Principios del Movimiento Nacional, que reproduciré íntegramente a continuación no sin lamentar que el profesor Luis Suárez haya comentado de forma intolerable una de mis aproximaciones históricas al acusarme de "alterar el texto" de esta ley en el segundo tomo de mi *Historia del franquismo* (página 173) donde no pretendí reproducir la ley (cuyos preceptos dejé por ello de entrecomillar), sino solamente resumirla y comentarla sobre el terreno, lo cual es bastante más lícito que agredir a un colega y burlar al público que puede no tener delante el texto criticado. [301]

Una discrepancia frontal con el profesor Suárez

El profesor Suárez intercala en el texto de la ley una frase propia tras la exposición de motivos y varias llamadas para notas que a nadie se le ocurrirá descalificar como alteraciones, aunque sus comentarios sobre esta

---

300 Excelente reseña y documentación del viaje atlántico de don Juan en L. Suárez, *Francisco Franco...*, op. cit., p. 63 s. Artículos de Prieto contra don Juan en *Convulsiones de España,* tomo III, México, Oasis, 1969, p. 9s.

301 Esta incalificable agresión del profesor Suárez se produce en su citada obra *Francisco Franco...*, vol VI, p. 52, n. 14.

ley son, en mi opinión, exagerados y equivocados. Y encima aprovecha la ocasión para salirse no ya del texto sino del contexto de su libro (que es un estudio sobre Franco) y arremeter desmelenado, un par de páginas más allá (página 56), contra la vigente Constitución española de 1978, a la que hace afirmar que España no es católica, España no es una unidad, ni tampoco una nación, lo que me molesta especialmente porque yo fui precisamente quien introdujo en la Constitución el término "nación española" durante los debates del Senado, una vez que se le había olvidado al Congreso. Mi discrepancia con el profesor Luis Suárez a estos dos propósitos es sincera y frontal, aunque ocasional, como demuestro en múltiples apreciaciones favorables sobre su obra dentro de este estudio.

La Ley de Principios Fundamentales del Movimiento

Yo, Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España, consciente de mi responsabilidad ante Dios y ante la Historia, en presencia de las Cortes del Reino, promulgo como Principios del Movimiento Nacional entendido como comunión de todos los españoles en los ideales que dieron vida a la Cruzada, los siguientes:

I.—España es una unidad de destino en lo universal. El servicio a la unidad, grandeza y libertad de la patria es deber sagrado y tarea colectiva de todos los españoles.

II.—La nación española considera como timbre de honor el acatamiento a la ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única verdadera y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirará su legislación.

III.—España, raíz de una gran familia de pueblos, con los que se siente indisolublemente hermanada, aspira a la instauración de la justicia y la paz entre las naciones.

IV.—La unidad entre los hombres y las tierras de España es intangible. La integridad de la patria y su independencia son exigencia suprema de la comunidad nacional. Los Ejércitos de España, garantía de su seguridad y expresión de las virtudes heroicas de nuestro pueblo, deberán poseer la fortaleza necesaria para el mejor servicio de la patria.

V.—La comunidad nacional se funda en el hombre, como portador de valores eternos, y en la familia como base de la vida social; pero los intereses individuales y colectivos han de estar subordinados siempre al bien común de la nación, constituida por las generaciones pasadas, presentes y futuras. La ley ampara por igual al derecho de todos los españoles.

VI.—Las entidades naturales de la vida social, familia, municipio y sindicato, son estructuras básicas de la comunidad nacional. Las instituciones y corporaciones de otro carácter que satisfagan exigencias sociales de interés general deberán ser amparadas para que puedan participar eficazmente en el perfeccionamiento de los fines de la comunidad nacional.

VII.—El pueblo español, unido en un orden de Derecho, informado por los postulados de autoridad, libertad y servicio, constituye el Estado nacional. Su forma política es, dentro de los principios inmutables del Movimiento Nacional y de cuantos determinan la Ley de Sucesión y las demás Leyes Fundamentales, la monarquía tradicional, católica, social y representativa.

VIII.—El carácter representativo del orden político es principio básico de nuestras instituciones públicas. La participación del pueblo en las tareas legislativas y en las demás funciones de interés general se llevará a cabo a través de la familia, el municipio, el sindicato y demás entidades con representación orgánica que a este fin reconozcan las leyes. Toda organización política de cualquier índole, al margen de este sistema representativo, será considerada ilegal. Todos los españoles tendrán acceso a los cargos y funciones públicas según su mérito y capacidad.

IX.—Todos los españoles tienen derecho: a una justicia independiente, que será gratuita para aquéllos que carezcan de medios económicos; a una educación general y profesional, que nunca podrá dejar de recibirse por falta de medios materiales; a los beneficios de la asistencia y seguridad social y a una equitativa distribución de la renta nacional y de las cargas fiscales. El ideal cristiano de la justicia social, reflejada en el Fuero del Trabajo, inspirará la política y las leyes.

X.—Se reconoce el Trabajo como origen de jerarquía, deber y honor de los españoles, y a la propiedad privada en todas sus formas como derecho condicionado a su función social. La iniciativa privada, fundamento de la actividad económica, deberá ser estimulada, encauzada y en su caso suplida por la acción del Estado.

XI.—La empresa, asociación de hombres y medios ordenados a la producción, constituye una comunidad de intereses y una unidad de propósitos. Las relaciones entre los elementos de aquélla deberán basarse en la justicia y en la recíproca lealtad, y los valores económicos serán subordinados a los del orden humano y social.

XII.—El Estado procurará por todos los medios a su alcance perfeccionar la salud física y moral de los españoles y asegurarles las más dignas condiciones de trabajo; impulsar el progreso económico de la nación, con la mejora de la agricultura, la multiplicación de las obras de regadío y la reforma social del campo; orientar el más justo empleo y distribución del crédito público; salvaguardar y fomentar la prospección y explotación de las riquezas mineras; intensificar el proceso de industrialización, patrocinar la investigación científica y favorecer las actividades marítimas, respondiendo a la extensión de nuestra población marinera y a nuestra ejecutoria naval[302]

Qué son los Principios Fundamentales

Los Principios Fundamentales representan cabalmente la ideología de Franco; los rasgos tradicionalistas, algunas ideas capitales de José Antonio Primo de Rivera, el regeneracionismo, el populismo, la prohibición de los partidos políticos y del autonomismo regional, la democracia orgánica que realmente nunca se cumplió por el régimen aunque era su sistema político oficial: porque no se practicó la democracia más que de forma muy incompleta dentro de los estamentos orgánicos. Como los Principios eran una especie de autorretrato político de la ideología de Franco, no fueron sometidos a discusión ni en las propias Cortes, sino que fueron

302 Ley publicada en el *Boletín Oficial del Estado,* 18 de julio de 1958.

presentados y promulgados personalmente por Franco. La idea del Movimiento que ofrecían los Principios era lo que se llamó desde entonces el Movimiento-comunión, es decir el que sentían cuantos intervinieron en el bando nacional de la Guerra Civil, distinto del llamado Movimiento-organización, es decir, la estructura y la burocracia de FET y de la JONS, encuadramiento de los partidarios militantes del régimen y vivero para los cargos públicos. La declaración de responsabilidad ante Dios y ante la Historia, que algunos quieren justificar como obvia, constituía un acto de totalitarismo, atemperado después por la estructura legal del Estado y por la propia evolución del régimen hacia formas más templadas y abiertas. El Estado se definía como confesional y enfeudaba su propia capacidad legislativa a la doctrina de la Iglesia. El punto sobre la monarquía católica, tradicional y representativa (de representación orgánica, como se explica inmediatamente) fue introducido por Laureano López Rodó y Gonzalo Fernández de la Mora. Los Principios, en su parte práctica, son una declaración de intenciones y cualquier parecido con una Constitución embrionaria me parece sacar las cosas de quicio.

El profesor Suárez afirma que "entre las numerosas cartas de felicitación que recibió, Franco guardó una", concretamente la de monseñor Escrivá (op. cit., p. 55). Pero guardó al menos otra: la del tradicionalista José María Valiente, registrada en la página siguiente del citado libro.

La carta del padre Escrivá a Franco

Es natural que los tradicionalistas le felicitaran: los Principios concordaban con la doctrina tradicionalista y concretamente con las Bases Fundamentales de la monarquía española promulgadas por don Juan de Borbón en 1946, y que ahora, después de su adhesión a don Juan en diciembre de 1957, los antiguos carlistas quierían poner de nuevo en circulación porque yacían en el olvido y deseaban fundar sobre ellas la monarquía juanista frente a los tirones de los liberales de Unión Española.

Con motivo de la beatificación del padre Escrivá, fundador del Opus Dei, los portavoces de la Obra, y muy en especial su sucesor, el actual prelado Álvaro del Portillo, han tratado de minimizar las relaciones y vin-

culaciones del fundador con el general Franco. En un libro mío reciente, *Misterios de la Historia, segunda serie* (Planeta, 1992), dedico el último de sus ensayos a la polémica sobre la beatificación del padre Escrivá, una decisión del Papa Juan Pablo II que acato como católico, pese a las dificultades personales que siento para ello. En ese libro, que no considero contrario al Opus Dei, sino un esfuerzo, a veces difícil, de comprensión histórica y cristiana hacia el Opus Dei, cito una entrevista concedida por don Álvaro a *Le Figaro* el 12 de mayo de 1992 en la que "disimula con poca habilidad las profundas relaciones del Opus Dei, monseñor Escrivá, Franco y su régimen, aunque no niega algunos contactos con Franco, en los que, dice, sólo actuó como sacerdote".

Franco está menos de moda en 1992 que en 1958, pero el disimulo actual del Opus Dei en cuanto a las relaciones del padre Escrivá con Franco me parece qu een ocasiones roza, y más que roza, el Octavo Mandamiento, que las jerarquías del Opus Dei y sus miembros, que buscan la perfección, están obligadas a cumplir con más seriedad que los simples cristianos de a pie. El profesor Suárez alude a esa carta del padre Escrivá a Franco, pero no la publica. No es una carta de un hombre que actúa sólo como sacerdote; la Ley de Principios del Movimiento era una clara toma de posición política y la felicitación del padre Escrivá tiene un evidente carácter de apoyo político. A pesar de las siete llaves con que se esconden estas cartas, he conseguido hacerme con ésta y creo mi deber publicarla. El profesor Suárez le atribuye la fecha de 23 de agosto de 1958; el texto completo, que ahora se publica por primera vez, dice lo siguiente:

Texto íntegro de la carta

Al Excmo. Sr. don Francisco Franco Bahamonde

Jefe del Estado Español

Excelencia:

No quiero dejar de unir a las muchas felicitaciones que habrá recibido, con motivo de la promulgación de los Principios Fundamentales, la mía personal más sincera.

La obligada ausencia de la patria en servicio de Dios y de las almas, lejos de debilitar mi amor a España, ha venido, si cabe, a acrecentarlo. Con la perspectiva que se adquiere en esta Roma eterna he podido ver mejor que nunca la hermosura de esa hija predilecta de la Iglesia que es mi patria, de la que el Señor se ha servido en tantas ocasiones como instrumento para la defensa y propagación de la Santa Fe Católica en el mundo.

Aunque apartado de toda actividad política, no he podido por menos de alegrarme, como sacerdote y como español, de que la voz autorizada del Jefe del Estado proclame que la nación española considera como timbre de honor el acatamiento a la Ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única verdadera y Fe inseprable de la conciencia nacional que inspirará su legislación. En la fidelidad a la tradición católica de nuestro pueblo, se encontrará siempre, junto con la bendición divina para las personas constituidas en autoridad, la mejor garantía de acierto en los actos de Gobierno, y la seguridad de una justa y duradera paz en el seno de la comunidad nacional.

Pido a Dios Nuestro Señor que colme a Vuestra Excelencia de toda suerte de venturas y le depare gracia abundante en el desempeño de la alta misión que tiene confiada.

Reciba, Excelencia, el testimonio de mi consideración personal más distinguida con la seguridad de mis oraciones para toda su familia.

De Vuestra Excelencia affmo. in Domino

Josemescrivá de B.

Graves sucesos en el horizonte

Transcribo exactamente la firma manuscrita "Josemescrivá de B". La persona que me ha facilitado esta carta pone una fecha diferente: la de 23 de mayo de 1958, pero como el profesor Suárez ha tenido delante el original o la fotocopia del original, me atengo a la fecha que él ofrece. La carta del padre Escrivá, primera de las suyas dirigidas a Franco que se publica, no

tiene nada de reprobable y es enteramente normal en las circunstancias dentro de las que entonces se desarrollaban las cordiales relaciones entre los dos; ¿por qué ocultarlas?

Después de doblegar a todas las borrascas del Atlántico durante su peligrosísimo viaje de regreso de América, el conde de Barcelona recibiría en Estoril, el día de su santo, San Juan, un importante homenaje con predominio de sus partidarios antifranquistas; ya por entonces las personas e instituciones interesadas en la trayectoria y orientación de la Iglesia (entre ellas el Gobierno español y el Opus Dei) tomaban posiciones ante el declive, cada día más notorio, del gran Papa Pío XII, al que Franco consideraba el Papa de la Victoria por la bendición inequívoca que le había dirigido en abril de 1939; y ante la incertidumbre de su sucesor. Estos importantes sucesos iban a marcar la siguiente etapa de la Iglesia española, naturalmente; y también el siguiente tramo de las relaciones entre Franco y don Juan de Borbón.

Capítulo XXXIV
Los enfrentamientos monárquicos de 1958-1959

UNIÓN ESPAÑOLA, la agrupación política de Joaquín Satrústegui, se había creado en 1957 simultáneamente con el movimiento de aproximación de los carlistas a don Juan y se presentaba en su hoja fundacional no propiamente como un partido sino como un movimiento político de clara oposición al franquismo y como adherido al ideal monárquico en la persona de don Juan de Borbón. Defendía una monarquía católica pero con libertad plena de creencias y de cultos; y la unidad de España compatible con las peculiaridades regionales. Unión Española se diferenciaba del resto de las agrupaciones monárquicas en su pleno carácter liberal y democrático, justo cuando don Juan asumía los principios y el ideario del carlismo; lo había hecho, como acabamos de ver, con amplitud, pero aunque admitió el homenaje y la lealtad de Unión Española, no se adhirió públicamente, por el momento, a sus principios liberales sino que se opuso duramente a ellos en la primera crisis. En su hoja fundacional, Unión Española proponía un liberalismo templado y se refería a los partidos políticos bajo un eufemismo: al asumir "el amparo del derecho natural de libre asociación de los ciudadanos, con exclusión del comunismo y demás grupos totalitarios; la representación política para la elabora-

ción de la legislación... Las disposiciones del actual régimen imposibilitan la creación de organizaciones que sean nexos de unión de voluntades dispersas y portavoces de los sentimientos más extendidos por el país. Por eso Unión Española no es una organización sino un vínculo moral que obliga a quienes lo aceptan a propagar por todos los medios a su alcance, incansablemente, nuestro programa que no es exhaustivo, pero señala las aspiraciones mínimas que, en cuanto al futuro, tenemos muchos españoles" [303].

Don Juan calma el ardor antifranquista de Ridruejo

La primera manifestación pública de Unión Española fue la accidentada recepción a don Juan en Estoril al regreso de su viaje oceánico a los Estados Unidos, el 24 de junio de 1958.

A su llegada esperaban a don Juan noticias importantes. La promulgación de la Ley de Principios del Movimiento, cuyo texto le fue ofrecido por el embajador Ibáñez Martín, y al que no pensó adherirse; el nombramiento del capitán general Agustín Muñoz Grandes, no monárquico, por Franco para la jefatura del Alto Estado Mayor, con expreso propósito de que se hiciera cargo de la situación si desapareciera el Caudillo; la disolución, unos días antes, de Izquierda Republicana, el antiguo partido de Manuel Azaña, con una curiosa declaración de que no tenía ya nada que hacer, lo que podría aplicarse al resto de las agrupaciones e instituciones republicanas del exilio, convertidas en fantasmas; una importante carta (recibida pocos días después) de Dionisio Ridruejo, promotor principal de los sucesos de 1956, cuya tesis era que "la gran fuerza de la monarquía está en su utilidad para desplazar al régimen actual", aunque el método para el desplazamiento era todo lo utópico que podía esperarse del político poeta; y una felicitación colectiva de ilustres intelectuales españoles por la visita de don Juan en Puerto Rico a Juan Ramón Jiménez, firmada, entre otros, por Carles Riba, Ferran Soldevila, Jaime Vicens Vives, Néstor Luján, Luis Felipe Vivanco, José Luis López Aranguren, Luis Rosales,

---

303 Hoja fundacional de Unión Española en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 53s.

Pedro Laín Entralgo, Dámaso Alonso, Ramón Menéndez Pidal, Rafael Lapesa, Vicente Aleixandre, Gregorio Marañón, Antonio Buero Vallejo, Elena Quiroga y José María Castellet. Esto significaba que una parte importante del estamento intelectual (entre ellos varios antiguos y ardientes seguidores del Movimiento) se despegaba del régimen. En su respuesta a Ridruejo, don Juan se mostraba extraordinariamente moderado: "Me apena ver al joven entusiasta que conocí en Roma tan desengañado hoy y le invito a que medite si, por tremendas y repetidas que sean las desilusiones sufridas sin responsabilidad personal por nuestra parte, nos es lícito destruir ideas y doctrinas que considerábamos necesarias y de valor permanente". [304] En Roma, Ridruejo quiso hacer falangista a don Juan, que ahora reaccionaba con merecida ironía.

La escandalosa recepción a don Juan en Estoril

Los tradicionalistas recién adheridos a don Juan celebraban el 24 de junio un banquete onomástico en el que no faltaron voces disidentes contra el régimen de Franco. En cambio la recepción a don Juan que rendía viaje en Estoril a bordo del Saltillo se convirtió en un pequeño escándalo gracias a los activistas de Unión Española, uno de los cuales, Jaime Miralles, el menor de los famosos hermanos héroes de la Guerra Civil, que tenían una calle en Madrid, formaba parte de un grupo que entre vivas a Juan III atropelló al embajador Ibáñez Martín; varios apellidos ilustres de la alta sociedad madrileña además de Joaquín Satrústegui figuraban también en el grupo, en el que se incluía asimismo el general, antiguo legionario, Heli Rolando de Tella, enemistado ahora con Franco, según el cual don Juan se mostró de acuerdo con los que reclamaban una monarquía liberal; pero en conversación posterior con el embajador de España, don Juan repudió abiertamente tanto a los liberales como al grupo de intelectuales que, aficionados ya a ser manipulados por una interminable sucesión de manifiestos, habían reclamado ahora amnistía. Es importante señalar la diferencia de los intelectuales antifranquistas de la época, entre los que figuraban

---

304 Cfr. el interesante capítulo sobre don Juan y losintelectuales en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 203.

algunos ardorosos conversos al liberalismo, y los que terminaron con la monarquía en 1931; los de antaño, seguidores de Ortega, llevaban la iniciativa en su acción política; los de los años cincuenta y décadas posteriores se dejaban manipular por bien adiestrados activistas que les presentaban a la firma un manifiesto tras otro al que ellos se adherían con poca exhibición de iniciativa y personalidad. Desde su viaje a las Américas don Juan de Borbón estaba entre dos fuegos y se veía sometido continuamente al tirón tradicional y al tirón liberal. Trataba de aunar a las dos tendencias bajo la común esperanza monárquica, lo que no le resultaba nada fácil; pero Franco, que seguía minuciosamente sus pasos y los de sus partidarios de uno y otro signo con la habitual eficacia de sus servicios de información, se reafirmaba cada vez más en la decisión de excluirle de la Corona, decisión que ya tenía virtualmente tomada, como sabemos, desde el Manifiesto y las declaraciones de 1947. [305]

Sin embargo, como acabamos de comprobar en el caso de la respuesta a Ridruejo, la actitud de don Juan era ahora mucho más elevada, moderada y transigente que la de algunos de sus partidarios alborotadores, como se refleja en los informes del embajador en Lisboa.

Miles de requetés aclaman a don Juan en Lourdes

El 5 de octubre de 1958 don Juan quiso salir al paso de la gran decepción de muchos tradicionalistas que, ofuscados por la propaganda y el "boca-oído" de los monárquicos liberales, creían que el conde de Barcelona se desviaba de sus compromisos asumidos en el acto carlista del 22 de diciembre de 1957 y para ello acudió valientemente a una gran concentración tradicionalista en la explanada de Lourdes. Asesorado por Pedro Sáinz, don Juan había dado poco antes una de cal y otra de arena a sus partidarios liberales de Unión Española el 13 de abril en Estoril, al comunicarles que "encarno una institución que tiene sus raíces en la Historia, y

305 La jornada de San Juan, los incidentes y la información recibida por Franco se detallan en LUIS SUÁREZ, *Francisco Franco*, tomo VI, p. 66s, con documentos interesantísimos e interpretados con moderación, pero enmarcados en una desagradable actitud historiográfica de monopolio por parte de la Fundación que cobija sus reproducciones.

en el mismo contexto de la sociedad española. Por consecuencia el principio de legitimidad que esa institución significa no puede depender, en mi sentir, de la voluntad de una mayoría transitoria". Aunque sus palabras siguientes invocaban, con acentos *roussonianos,* a la "voluntad nacional expresada de un modelo inequívoco", lo cual contentó a los liberales pero alarmó a los tradicionales, que acudieron a Lourdes en octubre para saber definitivamente a qué atenerse. Y en Lourdes don Juan se definió nuevamente como "representante de la monarquía tradicional, social y representativa", que era además la fórmula incluida en los Principales Fundamentales del Movimiento.

¿Qué pasó en Lourdes? —le preguntaba años después Sáinz Rodríguez.

Aquél fue el primer acto multitudinario de los carlistas (quiere decir de los carlistas con don Juan).

Sí, pero V.M. llevaba un discurso y luego no sé qué pasó, le hicieron modificar algo. Recuerdo que V.M. me dijo 'Pues esa pequeña modificación no sirvió más que para tener muchísimos líos después, porque el discurso iba muy medido'.

A pesar de todo —replica don Juan— el acto fue apoteósico. Ocho o nueve mil personas, se dice pronto, en el campo de Lourdes, en plena montaña, apiñados allí, hasta en los alrededores. Y luego el akelarre ese, como le llaman ellos. ¡Tuve que apretarle más a la bota! Porque cada uno quería darme su bota de vino, según iban saludando: 'Tome de la bota. Y había que echar un trago'. Era tremendo, porque además era preciso demostrar que uno sabía beber de la bota [306]*. En Estoril don Juan había acatado los principios carlistas ante un grupo de dirigentes; en Lourdes fue el pueblo carlista, por miles, quien le reconoció. El liberal conde de Romanones volvió a protestar por lo que llamaba el pacto de Estoril; Franco prohibió la difusión de los actos de Lourdes. El jefe socialista Indalecio Prieto, a quien aún le duraba la frustración por el fallido pacto con los monárquicos en 1948, arremetió contra el acto de*

---

306 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 61 y 310.

Lourdes en un artículo salvaje, El mitin de las boinas, *en que llamó a don Juan el Príncipe descalificado por su intento de luchar en Somosierra en 1936; y entre insultos de la más baja estofa nos da detalles interesantes: don Juan habló a los requetés con boina roja, le acompañaron doña María y la infanta Pilar con boina blanca; bebió tan bien en bota que los requetés ya no dudaron; era de los suyos. Y concluye: Con el acto de Lourdes don Juan ha concluido de descalificarse como candidato a monarca constitucional. No dijo allí nada nuevo pero repitió del modo más solemne lo que, abominando de la democracia, había manifestado en varias ocasiones.* [307]

Juan XXIII bendice a Franco y recibe a don Juan

Apenas había regresado don Juan a Estoril después de las emociones multitudinarias de Lourdes —las primeras de su vida— cuando murió en Castelgandolfo el 9 de octubre de 1958 el Papa Pío XII traicionado por su médico de cámara de forma lamentable y espectacular. Había bendecido a la España de Franco en momentos difíciles y gloriosos, había mantenido una cordial correspondencia con don Juan de Borbón, que le había visitado varias veces con gran devoción y le había ofrecido, de reinar, la renuncia al privilegio de presentación de obispos que tanto deseaba la Santa Sede; en su día su hijo don Juan Carlos consumaría esa voluntad de su padre.

El Cónclave deseaba, según se dijo, designar a un "Papa de transición" y por eso eligió al anciano diplomático monseñor Angelo Roncalli, que tomó el nombre de Juan XXIII que había llevado en la Baja Edad Media una antipapa; primer rasgo de originalidad de un pontífice decidido a cambiar el rumbo de la Iglesia tras el conservador Pío XII. Para lo que convocó el decisivo Concilio Vaticano II que se inauguraría en 1962 y cuyos efectos, positivos y negativos, se mantienen hoy con toda viveza e influyeron directamente en la historia de España. Don Juan, que dedica a Pío XII palabras muy afectuosas y comprensivas en sus conversaciones con Sáinz Rodríguez, ha conocido a todos los papas después de Pío XI y

---

307 I. PRIETO, *Convulsiones de España*, op. cit., III, p. 60.

se puso en camino hacia Roma con intención de saludarle. El nuevo Papa había enviado a Franco una bendición muy especial; la Iglesia seguía recordando bien lo que Franco hizo por ella al salvarla de la aniquilación en la Guerra Civil. El embajador de España ante la Santa Sede, el ex ministro Gómez de Llano, consiguió la audiencia del nuevo Papa a don Juan, que la recuerda cordialmente:

"Sí, estuve largo rato con Juan XXIII. Fue una interesantísima y agradable audiencia. No es que tocáramos puntos muy importantes; pero entre varias anécdotas graciosas —era muy campechano, incluso en la manera de sentarse— recuerdo que me dijo: 'Yo no tengo mucha costumbre de hablar con personas reales, porque le voy a contar que la primera vez que me encontré con una reina fue para excolmulgarla'. Era la reina Juana de Bulgaria, que no había bautizado a su hijo. Yo dije: 'Santidad, espero que ese precedente no continúe conmigo'. Y nos reímos juntos". [308]

Una pura delicia vaticana

Don Juan reveló al embajador un propósito del nuevo Papa: convocar un Consistorio para designar nuevos cardenales con la idea de cambiar a fondo la fisonomía del Sacro Colegio. El embajador lo sabía por informes extraoficiales y precisamente el día anterior a la audiencia de don Juan se había llevado una descomunal sorpresa cuando una monja de alto coturno, la fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, le visitó para darle un recado importante de parte de una "persona de mucho rango en la Secretaría de Estado". El mensaje consistía en que monseñor Arcadio Larraona, prefecto de la congregación de religiosos y canonista muy respetado en el Vaticano, no sería elevado el cardenalato aunque sonaba entre los favoritos "porque —según la bien informada monja— contaba con la oposición general del Sacro Colegio".

El profesor Luis Suárez, que hace estas revelaciones desde el archivo fotocopiado de Franco, cerrado para otros investigadores, prosigue su importante información:

---

308 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 305.

"Francisco Gómez de Llano se indignó; era una norma insólita que una monja, por muy espiritual y venerada que fuese, se convirtiera en mensajera de tales noticias, que el embajador ignoraba porque la petición (contra Larraona) había sido hecha por Franco directamente en sobre cerrado que Mariano Navarro Rubio entregó durante la visita hecha al Pontífice". Hasta aquí la información del profesor Suárez; a la que voy a añadir una ligera apostilla. [309]

Resulta que monseñor Arcadio Larraona C.M.F. (claretiano) era uno de los adversarios más decididos con que contaba el Opus Dei en el Vaticano, como explicaré en mi próxima historia de la Iglesia española y además es voz común. Resulta que, arriesgándome a que el profesor Luis Suárez, del Opus Dei, me acuse nuevamente de obsesión por el Opus Dei, que me parece tan grave como la obsesión por no mencionar al Opus Dei cuando esa mención resulta ineludible, el ministro de Franco Mariano Navarro Rubio era miembro del Opus Dei. Sería una ingenuidad imperdonable pasar por alto que este insólito gesto de Franco al vetar la elevación de un eclesiástico español insigne al cardenalato, que parece cosa de otra época, se debía a gestiones ante Franco de personas del Opus Dei, cuyo fundador, como acabamos de comprobar en carta poco anterior a estos hechos, estaba en las mejores relaciones con Franco. Y resulta que por entonces el Opus Dei debía ya de contar en la Curia y la Secretaría de Estado con poderosas influencias cuando logró frenar la designación de monseñor Larraona como cardenal. Claro que no por mucho tiempo; cuando Juan XXIII pudo tomar tierra e informarse cumplidamente del asunto hizo cardenal a monseñor Larraona. De todo este curioso y revelador episodio puede sin duda decir muchas cosas el entonces joven y (entonces y hoy) brillante y bien informado teólogo don Fernando Sebastián Aguilar, que fue secretario de monseñor Larraona y tampoco se ha distinguido en su largo servicio a la Iglesia por una devoción desbordante al Opus Dei. En este contexto la metedura de pata de la monja, revelada en el informe del sorprendido embajador, resulta una pura delicia vaticana. De momento, en el anunciado Consistorio, que se celebró el 17 de noviembre de 1958,

---

309 Cfr. L. SUÁREZ, *Francisco Franco...*, op. cit., tomo VI, p. 72s. y n. 5.

fue designado solamente un cardenal español, el arzobispo de Sevilla monseñor Bueno Monreal. Y si alguien quiere explicarse las raíces del nunca velado antifranquismo de monseñor Fernando Sebastián, a lo mejor tendrá que remontarse a este sacro vodevil de 1958.

Al empezar el año 1959

El 1 de enero de 1959 se ponía en marcha el Mercado Común de Europa, en el que no participaría España mientras viviese bajo un régimen autoritario; y los ministros tecnócratas luchaban denodadamente para conseguir el éxito de su plan de estabilización que salvó la economía y renovó la estructura social y el impulso cultural de España. Esta obra se ciñe a las relaciones de Franco y don Juan, pero no puede dejar sin mención reiterada a este gran proyecto económico y social que he tratado con mayor detenimiento en otros libros como mi segunda biografía de Franco y mi *Historia del franquismo*. Poco antes de acabar el año 1958 se constituyó ante don Juan en Estoril otra de las agrupaciones monárquicas españolas, los Amigos de Calvo Sotelo, creados por el ex ministro José de Yanguas Messía y el abogado Jesús Marañón y Ruiz Zorrilla, a la que también se incorporó el conde de los Andes y un grupo de jóvenes promesas de la política. Don Juan, que daba muestras por entonces de una clara madurez, sabía que el nuevo grupo representaba un liberalismo más templado y más afin al tradicionalismo que los activistas radicales de Unión Española y por eso les habló de su posición por encima de los partidismos y las disensiones dentro del campo monárquico, lo que encontró una apreciable comprensión en sus oyentes. Los Amigos de Calvo Sotelo mantuvieron su fidelidad hasta el fin y luego la transfirieron a la monarquía de don Juan Carlos, como el propio don Juan.

Nadie comprendía aquel 1 de enero de 1959, cuando Europa se ponía en marcha, trabajosa pero irreversiblemente, que la huida —el mismo día— del corrupto dictador cubano Batista entregaba el poder a Fidel Castro, que bajaba de Sierra Maestra con el rosario al cuello pero se preparaba para presentarse como marxista-leninista y para convertir a la her-

mosa isla en plaza de armas soviética para la expansión revolucionaria en las Américas. Era el gran designio estratégico de la URSS en combinación con los revolucionarios de la Iglesia católica que se inspiraban en el marxismo para lanzar una teoría política agresiva llamada teología de la liberación y un semillero de cuadros políticos disimulado bajo el nombre de Cristianos por el Socialismo, que deberían actuar como fermento revolucionario a través de una red de Comunidades de Base. Era el último estertor del marxismo-leninismo expansivo, pero también el más peligroso y consideraría a España como su principal plataforma de lanzamiento, gracias a la deserción, ya inminente, de un importante sector de los jesuitas y otros religiosos entregados a la política de extrema izquierda.

La Iglesia española, enfeudada entonces cómodamente al franquismo, no advirtió la gravedad de estos fenómenos que ya empezaban a corroerla en el País Vasco y en Cataluña, y no tomaría seriamente posiciones nunca ante ellos; se limitó a ir renqueando a remolque de Roma. Ni Franco ni don Juan han dado muestras tampoco de captar estas nuevas tendencias que deberían haberles afectado profundamente como católicos, pero uno y otro empezaban ya a comportarse como hombres del pasado.

La protesta monárquica en el hotel Menfis

El día de Reyes de 1959 una notable concentración monárquica, con miembros de casi todas las tendencias, rendía homenaje a don Juan en Estoril. Actuó como portavoz José María Pemán, entonces en la cumbre de su oratoria admirable, que ante la decadencia del general Kindelán (todavía presidente nominal del Consejo Privado) se iba consagrando como el monárquico más representativo junto con el general duque de la Torre que no asistía al acto. Pemán reclamaba en su discurso mayor información sobre la monarquía en España y en una viva correspondencia con Carrero, que siguió al acto de Estoril, pedía que don Juan pudiera comunicarse con el pueblo y que se acelerase la Restauración. El acto de Estoril tuvo preferente matiz tradicionalista por parte de Pemán y del propio don Juan, pero Carrero, en su correspondencia con Pemán, le dejaba entrever claramente que don Juan, por su alejamiento de la realidad espa-

ñola, no iba a ser el titular de la Corona cuando la Ley de Sucesión, al aplicarse, fijase el nombre de ese titular [310].

Al acto del sector tradicional en Estoril replicó el 29 de enero el sector liberal, es decir la Unión Española de Joaquín Satrústegui, con otro acto de abierta oposición al régimen celebrado en el hotel Menfis de Madrid, que tuvo bastante resonancia aunque no tanta como cree su promotor, Satrústegui, para quien esta función supuso el momento estelar de toda su vida política. Asistió José María Gil Robles que no quiso hablar; pero sí hablaron, además del organizador, el profesor agnóstico y marxista Enrique Tierno Galván y el joven activista Jaime Miralles.

Satrústegui interpretó como desastres grandes realizaciones del régimen como el plan Badajoz y la siderurgia integral asturiana Ensidesa; reprochó al régimen la rotura de la presa de Ribadelago y la exclusión del Plan Marshall; leyó, con flagrante anacronismo, el manifiesto de don Juan en 1947, que el propio don Juan consideró superado en el encuentro de Las Cabezas; pero aceptó la adhesión de los carlistas a don Juan en 1957. "Continúo sin comprender —dijo el monárquico demócrata— cómo puede sostenerse que el futuro será lo que, desde ahora, haya dispuesto un solo hombre. Él es el presente, pero a mí no me cabe duda de que el porvenir será lo que nosotros, el país, abrazado al árbol secular de la monarquía, sepamos merecernos". Antes de Satrústegui había hablado, con fuertes tonos de protesta contra el régimen, Jaime Miralles, a quien siguió el catedrático de Salamanca Enrique Tierno Galván, que desde una posición agnóstica y racionalista descalificó a los monárquicos "irracionales" y, contra la expresa doctrina de don Juan en Lourdes, manifestó que la monarquía sólo puede subsistir "cuando se ajusta al nivel psicológico de opinión y de bienestar de sus miembros", aunque se declaraba partidario de la monarquía desde la racionalidad [311]

---

310 L. RODÓ, *La larga marcha...*, op. cit., p. 162s.

311 Acto del Menfis en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 62s.

La resaca del Menfis

No sé si el caballeroso Joaquín Satrústegui, tan querido de mi familia, y con quien mantuve siempre relaciones políticas tan cordiales como —a veces— discrepantes en la prensa y en las instituciones democráticas, llegó a saber que el árbol secular de la monarquía, como él le había llamado en el acto del Menfis, repudió —me refiero a don Juan— el acto del Menfis sobre el que comunicó al embajador de España en Lisboa que no tenía "complicidad" alguna. "Es claro —dijo al embajador— que él se encuentra dentro de la línea clara de conciliación y de respeto a Su Excelencia y que por lo tanto nadie tiene autoridad para sospechar que estos caballeros (del Menfis) que obran por su cuenta y riesgo tengan alguna autorización suya" [312] Pero es que además el acto del Menfis resucitó, en su dura resaca, todas las disensiones internas entre los diversos grupos monárquicos y agravó el ya crónico rechazo de Franco contra don Juan, cuya actitud no veía clara, e incluso complicó por primera vez para Franco en ese rechazo al propio príncipe Juan Carlos, aunque esta última desconfianza se le pasó bien pronto, como puede comprobarse en las conversaciones de esta época con su confidente Franco Salgado. Dos querellas importantes ensombrecieron la unidad monárquica en este año: la de Yanguas contra Arauz de Robles y la de Vallellano-Danvila contra Satrústegui y Unión Española.

En el verano de 1959 don Juan tuvo que intervenir personalmente en las disputas surgidas dentro del Consejo Privado entre los nuevos consejeros tradicionalistas, capitaneados por Santiago Arauz de Robles, que pretendían imponer las Bases Fundamentales promulgadas en Estoril en 1946 (con anuencia de Gil Robles y participación tradicionalista) y los consejeros alfonsinos, de matiz más liberal dentro de la monarquía tradicional, cuyo portavoz era el ex ministro Yanguas Messía. En estas cartas del verano de 1959 dirigidas a las dos partes en litigio y enviadas en copia por don Juan a Kindelán como presidente del Consejo Privado, se suspendían las sesiones de éste hasta que se aclarase el contencioso, que se solucionó precariamente a final de año

---

312 L. SUÁREZ, *Francisco Franco*, op. cit., t. 6 p. 86.

o principios de 1960 con el cese del ya anciano e impedido Kindelán, a quien sustituyó José María Peman estrechamente flanqueado por el profesor (del Opus Dei) Florentino Pérez Embid. [313] Pese a ello la controversia entre carlistas y alfonsinos se volvió a reproducir en la primavera de 1960 como veremos.

La segunda querella estalló a raíz del acto liberal del Menfis entre todos los grupos tradicionales, que enviaron a don Juan indignadas notas de protesta contra Satrústegui y Unión Española; los tradicionales clamaban contra el liberalismo y a favor del régimen de Franco. Firmaban estas notas la Comunión Tradicionalista de Madrid, adherida a don Juan desde diciembre de 1957, que se declaró incompatible con todo proyecto de monarquía liberal; y, con copias de adhesión a Franco, Julio Danvila, Vallellano, los marqueses de Comillas, Rafael y Villapesadilla, el duque de Hernani, el marqués de Viana, Octaviano Alonso de Celis; el marqués de Santa Cruz de Rivadulla, Felipe Bertrán Güell; el marqués de Cáceres, el marqués del Turia y el dirigente de los Propagandistas Fernando Martín Sánchez Juliá, sucesor de monseñor Ángel Herrera. [314]

En resumen, el acto del hotel Menfis había sembrado la discordia en el campo monárquico, había remachado el alejamiento de don Juan respecto de la Corona y había demostrado que la mayoría de los monárquicos, incluido el propio don Juan, no se sentían, en 1959, ni liberales ni demócratas. Lo demás es retórica de anacronismos y oportunismos posteriores que tratan de presentarnos a estas alturas, por motivos inexplicables, a un falso don Juan de Borbón pero que cuando les conviene silencian las verdaderas posiciones pasadas y actuales de don Juan de Borbón. Eso no es respetar a don Juan, sino hacerle el peor de los agravios: falsearle ante la Historia. El 21 de marzo, en una conversación con el embajador Ibáñez Martín que transmite López Rodó, Franco volvía a descartar a don Juan para la sucesión.

---

313 Cartas de don Juan (julio 1959) en KINDELÁN, *La verdad...*, op. cit., p. 380s.

314 Lista de protestas en L. SUÁREZ, op. cit., p. 81-82.

El Valle de los Caídos y su significado

El 30 de marzo de 1959 los restos de José Antonio Primo de Rivera, el gran español que está reclamando a gritos una biografía digna de su gran sacrificio, hacían su última jornada, bajo la terrible ventisca del Guadarrama, hacia su descanso definitivo en la basílica del Valle de los Caídos, inaugurada el 1 de abril, XX aniversario de la victoria, por Franco con propósitos de reconciliación entre todos los españoles que nunca se le han reconocido pero que eran auténticos. El 14 de julio el ex ministro católico Joaquín Ruiz Giménez, que ha captado bien los primeros síntomas de desvío contra el régimen en algunos sectores clericales de España y sobre todo en los ambientes romanos donde se prepara el Concilio, interviene, fiel todavía al régimen, en el primer foro juvenil del Movimiento que se celebra en El Escorial. "Plantea —dice la reseña de *Arriba*— el problema del reajuste de las instituciones políticas. Destaca en este aspecto las posibilidades que ofrecen nuestras actuales instituciones para encontrar las vetas profundas que alumbró el Movimiento Nacional. Examina las relaciones Estado-Iglesia para no incurrir en distanciamintos suicidas pero tampoco en confusiones o intromisiones recíprocas. Hay que decir a nuestras gentes jóvenes: dejad que los muertos entierren a sus muertos". El 18 de julio de 1959, entonces fiesta nacional española, el "águila de Toledo" Federico Martín Bahamontes, ganaba para España la primera vuelta ciclista a Francia, y quien piense que sólo se trató de una anécdota deportiva es que no sabe nada sobre la auténtica historia de España. Cuatro días después Franco firmaba el decreto ley que inauguraba formalmente el Plan de Estabilización, cuyas medidas preparatorias estaban ya entonces en plena marcha de éxito. Y el 31 de julio nacía un cáncer de la historia española, la organización terrorista ETA, que algunos interpretaron sólo como un frente de combate antifranquista.

Don Juan habla con Charles de Gaulle

A De Gaulle —dice Sáinz Rodríguez— le trató bastante Vuestra Majestad. ¿Cómo fue?

Me trataba siempre muy bien; me tenía un gran respeto y yo a él. Con De Gaulle tuve relaciones perfectamente cordiales.

De Gaulle no aceptó ser un dictador al estilo de Mussolini o de Franco.

No; por eso yo le estimé de veras. No hacía nada contra Franco, pero no le ponía nada bien. Lo que él no acababa de ver es cómo iba yo a empalmar con el pasado, cómo iba a arreglárselas una monarquía moderna con el lastre que Franco dejase.

Pero él comprendía que Vuestra Majestad estaba en lo firme.

Y por eso me trató siempre con el máximo honor. Me ponía escolta y todo.

De Gaulle en el fondo era monárquico.

De formación. Algo debió de pasar con el Conde de París, porque éste, al principio, se volcó con él. Recuerdo que yo le había dicho: 'Ten cuidado, porque al fin y al cabo De Gaulle es otro general'. Y por eso, ¿te acuerdas tú que el conde de París, de repente, se retiró de la política? Fue cuando se convenció de que De Gaulle no quería nada con él.

Sí, porque De Gaulle tuvo en la mano la posibilidad de restaurarlo.

Los Orleans, siguiendo una tradición, se veían como prince-président para luego quedarse [315].

El 16 de octubre de 1959 don Juan de Borbón rompe un silencio epistolar de año y medio y escribe a Franco, con extremada cordialidad, ofrecimientos de colaboración diplomática personal y sin asomos de repulsa por ese carácter de dictador, para informarle de la conversación que acaba de mantener con el presidente de Francia, general Charles de Gaulle.

A S.E. el Generalísimo don Francisco Franco, jefe del Estado

Madrid

Mi querido General:

De conformidad con la decisión últimamente acordada de seguir el procedimiento directo, prescindiendo de intermediarios, para nuestra comuni-

---

315 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 307.

cación, le escribo la presente carta, que es de carácter absolutamente confidencial. Está motivada por mi reciente entrevista con el Presidente De Gaulle, y como me consta fue V.E. informado de lo ocurrido con los datos que yo mismo proporcioné con ese fin, no había urgencia en dirigirle esta carta, que no obstante he juzgado conveniente para comunicar a V.E. algunas impresiones personales relacionadas con ese asunto.

En primer lugar, quiero hacer constar que me ha impresionado agradablemente el hecho de que por primera vez se ha considerado oportuno informarme de un asunto político con motivo de las conversaciones con De Gaulle, porque según dice la nota que nuestro embajador me comunicó, expresando el pensamiento del ministro, se encontraba "utilidad en la coordinación de nuestras actividades".

Esto mismo he pensado yo siempre y muchas veces he lamentado en mi fuero interno las ocasiones perdidas en conversaciones y entrevistas que frecuentemente he tenido con jefes de Estado, de Gobierno y personajes políticos pertenecientes a los altos mandos militares, en las que no he podido decir algo provechoso y oportuno para España por no haber procurado mi cooperación con la adecuada información como se ha hecho en el presente caso.

Me chocó, en cambio, la inquietud y alarma que la noticia de mi entrevista produjo entre estos altos funcionarios, como si fuese de temer cualquier actitud mía perjudicial, cuando siempre, ante el extranjero, he procurado aparecer como un español más y, precisamente por mi posición, exclusivamente preocupado por el bien de España.

No soy aficionado a exhibicionismos personales y creo que V.E. habrá ya sospechado que, aunque protocolariamente la entrevista aparezca solicitada por mí, yo no había pensado en visitar al Presidente. Ya sabemos por experiencia cómo se urden estas cosas y mi entrevista con De Gaulle fue el resultado de dos visitas que me hizo en Estoril uno de sus íntimos allegados.

Las claves de la conversación

Prevenido de cómo se había desarrollado la conversación con Castiella, yo procuré reforzar ciertos argumentos. Así, cuando se lamentó de que se

hubiesen dirigido a él y no al ministro para un asunto policíaco como el de los refugiados rojos, le hice ver que ese asunto era importante ahora y en el porvenir, y que en el interés mismo de los más humildes emigrados, muchas veces engañados por profesionales de la agitación política con ligaciones internacionales peligrosas para todos, convenía poner término a esa situación.

Me preguntó por el espíritu con que la monarquía habría de ver en su hora el movimiento de aproximación hacia Europa. Le contesté que ya en 1953 se publicó mi respuesta a una "interview" sobre el tema de la Federación Europea reconociendo la necesidad de esa evolución y sosteniendo que el régimen monárquico es el que con más seguridad puede realizarla. Estas declaraciones chocaron entonces, pero ahora, le dije, parecen estar de actualidad.

Me manifestó que a Francia le interesaba la continuidad del orden y la paz en la península y que aunque en España parecía estar prevista la solución monárquica, le extrañaba que no se hiciese la necesaria preparación de la opinión pública para esa evolución. Le contesté explicándole la situación legal vigente en España sobre esta cuestión.

Le dije que yo espero que llegará el momento en que se realice esa preparación de la opinión pública que ahora se echa de menos, y que en España mucha gente confía en que, si subsiste la unión del Ejército, la evolución se producirá pacíficamente.

Primera mención de don Juan al salto dinástico

Pude decirle todo esto con sinceridad pues creo que si algún día, basándose en la actual situación legal, se intentase resolver esta cuestión, no es de esperar que se cometa la imprudencia de provocar un conflicto intentando alterar arbitrariamente el orden natural de sucesión, que tanto el Príncipe de Asturias como yo estamos resueltos a mantener.

Me pareció notar que no considera muy consolidado el nuevo régimen marroquí y que ante futuras y posibles contingencias le interesa la cooperación de una España fuerte. Yo le manifesté gran confianza y fe en el futuro de España.

También me habló de la próxima conmemoración de la paz de los Pirineos en la isla de los Faisanes, manifestando la opinión de que, aun siendo una buena oportunidad para un acto de acercamiento franco-español, no tenía suficiente importancia para exigir la presencia de Jefes de Estado.

Mucho celebraré que mi intervención en este caso haya sido acertada y he creído conveniente proporcionar a V.E. con toda reserva esta ampliación personal de las informaciones que ya recibió. "Sigo con ansiedad e interés los nuevos planes económicos y hago votos porque Dios proteja a España abriéndole caminos seguros para su prosperidad y engrandecimiento.

Le saluda con todo afecto. [316]

Don Juan, a propósito del general De Gaulle, dedica a Franco esta parte final de su carta. Da un paso muy importante: nada menos que el acatamiento de la Ley española de Sucesión contra la que dictó su manifiesto de la ruptura en 1947; ahora no sólo la acata sino que explica a De Gaulle el contenido de la ley. Pero inmediatamente advierte a Franco que no debe saltarse el orden sucesorio natural en la dinastía, como si adivinase que Franco pensaba saltárselo.

No se conoce respuesta de Franco a esta carta de don Juan. El siguiente cruce de cartas entre los dos se va a dedicar a la última etapa de los estudios del Príncipe, la universitaria.

La visita del Presidente Eisenhower

El 12 de diciembre de 1959, en la ancha plaza de la Academia General Militar de Zaragoza, el príncipe don Juan Carlos de Borbón, una vez terminados sus estudios militares en las academias de los tres ejércitos, recibe los despachos de teniente de Infantería, alférez de navío y teniente de aviación. El acto resultó muy solemne y en su arenga el ministro del Ejército, teniente general Barroso Sánchez-Guerra, aludió cordialmente a la presen-

316 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 391s.

cia del Príncipe como nuevo oficial de los Ejércitos y tuvo un recuerdo emocionado, luego comentadísimo, a su abuela la Reina Victoria Eugenia. El 17 de diciembre el teniente general Carlos Martínez de Campos, duque de la Torre, sale por tren para Lisboa con el fin de ultimar con el conde de Barcelona los preparativos para la estancia universitaria del Príncipe en Salamanca y no sospecha la formidable borrasca que va a desmantelar ese proyecto, aprobado ya por Franco. El general duque de la Torre sigue en Estoril cuando el 20 de diciembre José María de Areilza, embajador de España en Washington, saluda en el diario del Movimiento al primer presidente de los Estados Unidos que visita España, el general Dwight D. Eisenhower. El artículo de Areilza se titula *Una visita oportuna* y dice entre otras cosas: "La amenaza marxista hace que España se mantenga vigilante y armada, porque vivió ese peligro durante años". El sagaz periodista italiano Cesare Gullino, a quien traté en esa época, aseguraba, desde su excelente información, que Eisenhower, muy reticente ante esa visita a España, se había decidido por fin al hacerle saber Franco que si la cancelaba podría tantear el establecimiento de relaciones con la URSS, a cuyos logros en la industria y la carrera espacial se había referido, por cierto, con elogio más de una vez en los últimos tiempos. Sea lo que fuere de estos oscuros antecedentes el caso es que de forma completamente espontánea un millón de madrileños se echaron a la calle para aclamar al general-presidente, que siempre recordó esta bienvenida como la más cálida que había recibido en su vida. "Ha sido un verdadero referéndum del pueblo a mi política exterior" comentaba Franco en sus conversaciones íntimas. El consejero de Eisenhower, general Vernon Walters, que aparece entre Franco y su jefe en la famosa foto del abrazo de los dos, que dio la vuelta al mundo y provocó el comentario desesperado de Indalecio Prieto, tomó sus primeros contactos en España con vistas a una futura transición a la democracia, un proceso en el que intervino de forma importante. Eisenhower mantuvo con Franco una conversación a la que los historiadores no dimos importancia hasta que la publicó el profesor Luis Suárez. Los dos se mostraron de acuerdo sobre los grandes problemas mundiales y Einsehower quedó profundamente impresionado por la visión estratégica de Franco sobre la URSS y el norte de África. (Suárez, op. cit., VI, p. 127s.)

Don Juan se opone al plan Salamanca

El día de Nochebuena de 1959 el general duque de la Torre regresa a Madrid desde Lisboa y entrega inemdiatamente a Franco una carta del conde de Barcelona con la que vamos a inaugurar la reproducción de un interesantísimo cruce de correspondencia a propósito de la educación universitaria del Príncipe... y de bastantes cosas más. En este capítulo voy a transcribir la carta de don Juan y la que inmediatamente siguió como aclaración. En el siguiente describiré también el trasfondo secreto de esas cartas, del que tuve conocimiento directo durante una conversación con el duque de la Torre en 1971. En esta obra no me limito a reproducir cartas, por interesantes que sean, sino que además las enmarco en su contexto y revelo, cuando puedo, sus trasfondos; en esta importante ocasión tengo la oportunidad de hacerlo desde fuentes de primera mano, y durante mucho tiempo secretas. La carta de don Juan, fechada el 22 de diciembre, decía así:

A S.E. el Generalísimo Franco, Jefe del Estado.

Madrid

Mi querido General:

Confío esta carta a las seguras manos del duque de la Torre, pues en ella sólo trato de asuntos relacionados con la próxima etapa educativa y formativa del Príncipe mi hijo.

Ante todo quiero agradecerle a V.E. la forma digna con la que ha decidido destacar el final de los estudios militares del Príncipe, otorgándole análogo empleo en nuestros tres gloriosos Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. Las palabras pronunciadas por el general Barroso en el acto de entrega de Despachos me han conmovido y consolado, y como le he oído a V.E. emitir juicios parecidos en diversas ocasiones, me ha gustado mucho saber que se han dicho ahora en público por un ministro de su Gobierno.

El paso de mi hijo por las tres Academias ha impreso una huella indeleble sobre él y se le nota mucho más formado física y moralmente, lo cual constituye para todos nosotros una gran satisfacción.

Como bien puede figurarse V.E., el procedimiento a seguir ahora para completar con unos estudios superiores y humanísticos la formación del Príncipe ha sido causa de honda preocupación para mí en el transcurso de este año, preocupación que iba en aumento a medida que se acercaba la culminación de los estudios militares. Tal vez porque creyera no era tan urgente el comienzo de la nueva etapa, en seguida, después de cuatro años de Academia, y también (porque) no quería promover la discusión de un tema tan delicado con excesiva antelación, lo cierto es que me he encontrado con un plan muy concreto ya en marcha y preparado minuciosamente por el duque de la Torre. Como es natural, éste me ha tenido al corriente de sus planes, pero en cuanto ponía yo el menor reparo a alguna cosa, me decía que cualquier cambio sería funesto. No puedo ocultar a V.E. que mucha gente de gran valía intelectual y sano patriotismo también han manifestado su disconformidad con el plan Salamanca al ser preguntados, y por lo tanto, dado que a mí no me parece que cubre todas las necesidades que me gustarían para el Príncipe, he creído oportuno que no se lleve a cabo.

La propuesta de don Juan

(La decisión de don Juan es tajante y en esta ocasión Franco va a ceder. Al estudiar el trasfondo de este asunto en el capítulo próximo, comprenderemos cuál es causa de la decisión de don Juan y de la sorprendente, aunque no total, conformidad de Franco).

Esto no significa, en absoluto, la retirada del Príncipe de España. Lo que pienso es que, aparte de los estudios concretos que deba hacer, es preciso tome contacto con profesores de más de una universidad, pues a mi modo de ver no se trata de hacerle pasar por un estudiante de universidad cualquiera, sino que adquiera la preparación cultural adecuada a su rango y a sus futuros deberes. En un ambiente universitario de provincia esto no se logrará y por lo tanto prefiero se instale en una residencia nuestra, con total independencia y que sean los profesores escogidos los que vayan a convivir temporadas con él dándole clase e impartiendo su saber.

Esta fijación de programa no implica, en absoluto, una falta de confianza en el duque de la Torre, el cual se ha portado siempre con una lealtad hacia V.E. y hacia mí digna del mayor encomio y, por mi parte, de un agradecimiento sin límite. El equívoco nace de la prisa por parte del General en preparar con todo detalle la segunda etapa después de Zaragoza y de reluctancia, por la mía, de plantear este problema antes de haber acabado con brillo y satisfacción para todos los estudios militares.

Tengo la certeza de que esto le parecerá razonable, y desde luego desearía contar con la valiosa e imprescindible cooperación de V.E. como hasta ahora. Para cualquier esclarecimiento en la forma que juzgue oportuna, sabe V.E. que estoy a su disposición.

Celebro mucho el éxito del viaje del Presidente Eisenhower a España.

Aprovecho esta ocasión para desearle todo género de felicidades con motivo de las próximas Fiestas y, como siempre, quedo suyo affmo.

Juan. [317]

Al día siguiente, cuando el duque de la Torre ya ha salido para Madrid con la carta anterior, don Juan envía a Franco la siguiente sobre el mismo problema.

Don Juan ratifica su negativa al plan Salamanca

A S.E. el Generalísimo Don Francisco Franco, Jefe del Estado.

Madrid

Mi querido General:

Adjunto va el informe que amplía la carta que le ha llevado el duque de la Torre.

Quiero insistirle en que el hecho de haber esperado hasta ahora para decidir definitivamente que el Príncipe no vaya a hacer sus estudios civiles en Salamanca no se debe ni mucho menos a una improvisación

---

317 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 392s.

repentina, ni a un capricho mío. Me han movido a ello las razones que en el informe consigno.

He dilatado hasta hoy manifestar tal decisión a causa de la tenacísima insistencia del duque, cuyo carácter conoce tan bien como yo, y en mi deseo de evitar una situación molesta antes de que el Príncipe terminara felizmente su educación militar, con la entrega de los tres Despachos que tanto le enorgullecen hoy.

Ya en fecha 15 de marzo último le anticipé al General Martínez Campos mis fuertes dudas sobre el particular y mi deseo de que el asunto se estudiase con calma, contando con el criterio de V.E.

Ahora me he encontrado con que —lejos de seguir mis indicaciones— ha quemado las etapas, ha adquirido compromisos y me he visto en la alternativa de o aceptar los hechos consumados o suspender en el último momento un plan con el que no estaba conforme.

He tenido que hacer esto último, ya que la otra solución hubiese sido mucho peor, y fuente quizás de dificultades posteriores, que es preferible evitar.

"Le ratifico cuanto dice mi carta de ayer. Le tendré al corriente de cuanto proceda ya que cuento como siempre con su decisiva e imprescindible cooperación.

Le saluda afectuosamente. [318]

En el próximo capítulo reproduciré tanto el informe a que se refiere don Juan en esta segunda carta como el trasfondo de todo el asunto, que resultará sorprendente para muchos lectores.

Para concluir esta parte del relato, baste indicar que con tan duras alusiones don Juan despide a un colaborador-enlace tan abnegado y relevante como el duque de la Torre; ya hemos indicado que por desgracia ésa parecía ser la costumbre del conde de Barcelona al referirse a la misión cumplida por sus colaboradores importantes. Y que con toda la historia de la Casa de Borbón delante, desde el siglo X para acá —ahora estoy tra-

---

318 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, ibid. p. 393.

bajando sobre el conjunto de esa apasionante y complicada historia— la actitud de don Juan de Borbón no parece ser, ni mucho menos, excepcional en el comportamiento de tan ilustre familia.

Capítulo XXXV
La encerrona de Estoril

A FINES DEL AÑO 1959, como acabamos de ver en el capítulo anterior, don Juan de Borbón rechaza tajantemente el plan de estudios universitarios que, con aprobación de Franco, propone el general duque de la Torre, el "plan Salamanca" que estaba preparado para que el Príncipe lo iniciase inmediatamente en aquella venerable Universidad. La decisión de don Juan, que invoca la opinión de un grupo de consejeros —un grupo enteramente nuevo, como vamos a ver— para esa negativa, se explica en un informe que acompaña a la segunda carta, fechada el 23 de diciembre de 1959; ya hemos transcrito la carta y ahora comunicamos el informe.

El problema es muy importante; se trata de determinar si el tramo final de la formación del Príncipe va a depender de un ambiente liberal en Salamanca, como pretendía el general Martínez de Campos, o del control de un grupo tradicional, el de los nuevos consejeros que prepararon el informe hecho suyo por don Juan y enviado a Franco. El asunto alcanza además otras implicaciones como vamos a ver.

Informe sobre los estudios universitarios del Príncipe

Razones que aconsejan no seguir el proyectado Plan de estudios en Salamanca.

Sin menosprecio ninguno para una Universidad gloriosa por su pasado y dignísima hoy, como es la de Salamanca, no parece conveniente adscribir la educación civil del Príncipe a un solo centro académico, lo cual podría resultar enojoso para las demás universidades.

La de Salamanca es prestigiosísima por su historia, pero no es hoy la de mayor altura científica en España, y no sólo debe buscarse un nombre indiscutible sino tener en cuenta las circunstancias actuales.

El ambiente estudiantil de Salamanca, donde hay un estimable porcentaje de escolares no españoles, aumenta sin necesidad los riesgos de indisciplina, que en cualquier momento pueden dar ocasión a roces o incidentes similares. Hay que pensar que una universidad es algo muy distinto a una academia militar y que hace necesario prevenir eventualidades que en una academia no pueden producirse.

El plan proyectado preveía una serie de precauciones que hubieran creado en torno al Príncipe unas antipatías innecesariamente provocadas. Por ejemplo, el desplazamiento de determinados escolares del Colegio Mayor al que el Príncipe había de incorporarse; su no asistencia a determinadas clases; su asistencia a otras, acompañado de un ayudante militar, etc. Todo esto crearía una situación rara y forzada, propicia a comentarios jocosos, bromas de mal gusto o faltas de respeto, con el consiguiente peligro de incidentes personales, de consecuencias difíciles de prever.

Estaba prevista una discriminación entre el profesorado, no por justificada menos antipática. Hoy en Salamanca está vacante la cátedra de Historia de España; el Derecho Político es explicado por el profesor Tierno Galván; está vacante la de Derecho Administrativo y posiblemente también la de Economía Política; se encuentra en la Argentina el antiguo rector y profesor de Humanidades Sr. Tovar, si bien su influencia intelectual en muchos profesores salmantinos continúa.

Por último, el plan proyectado por el duque de la Torre tenía prevista la designación del profesor García Blanco como director técnico o

preceptor de los estudios del Príncipe. Nada hay que objetar en este momento a su capacidad, ni mucho menos a su persona. Pero a la vez es evidente su significación como primer discípulo y cultivador de la memoria de don Miguel de Unamuno, editor de sus obras y director de la revista adscrita a la cátedra que lleva su nombre. El carácter antimonárquico y heterodoxo de Unamuno es bien conocido, así como la utilización política que de su nombre y escritos se ha hecho fuera y dentro de España. Sus libros más famosos y más representativos fueron condenados recientemente por la Iglesia e incluidos en el Índice de libros prohibidos. No parece que para la jerarquía eclesiástica ni para los españoles católicos, además de para la propia formación del criterio intelectual del Príncipe, resultara oportuno un ambiente unamunista.

En resumen, el Plan que estaba proyectado —dando por descontada la buena fe y recta intención que lo presidían— no resultaba acertado.

El Plan que parece deseable a los consejeros tradicionales

(El ataque de los consejeros tradicionales, autores de este informe como veremos, es bizantino y alevoso. Veto absoluto a Tovar, que había hecho a Franco doctor *honoris causa;* a Tierno Galván, que acababa de participar en la reunión monárquico-liberal del Menfis en la que se había declarado monárquico racional; y sobre todo a Unamuno, fallecido a fines de 1936 —veintitrés años antes— después de una agonía en que le habían rechazado y destituido los dos bandos de la Guerra Civil, y que se había prolongado hasta esa absurda condena e inclusión en el Índice, no del todo consumada, pero ridícula y nefanda porque Unamuno había sido uno de los cristianos más profundos y conscientes de este siglo. El informe tiene un regusto ultra que se corresponde con lo que vamos a describir como la encerrona de Estoril).

Sin duda alguna la continuación en España de los estudios del Príncipe en la nueva etapa universitaria puede organizarse en las condiciones siguientes:

a) Lugar. Instalación en un palacio de su familia (por ejemplo en el de Miramar (San Sebastián) con un reducido número de acompañan-

tes o ayudantes militares, y algunos compañeros de estudios, que quieran libremente unirse a los del Príncipe, sin perjuicio de que luego hicieran, por su cuenta, la convalidación oficial de los mismos con vistas a la obtención de un título normal, cosa que para el Príncipe no parece necesaria máxime después de obtenidos normalmente los tres Despachos de Oficial.

b) Dirección de estudios. Puede encargarse a un catedrático o intelectual de reconocido prestigio nacional e internacional que sería a la vez director de estudios y presidente de una comisión asesora en la que colaboren con él profesores de otras especialidades.

c) Profesorado. Esa comisión podría indicar los nombres de los más adecuados, teniendo a la vista no sólo los de una universidad sino todos los del escalafón. Éstos, previa su conformidad, podrán ser invitados a explicar en Miramar cursillos de una duración razonable, sin perjuicio de la labor sistemática y continua de la dirección de estudios permanente.

d) Plan sistemático de materias. Evidentemente los estudios del príncipe no han de atenerse al plan de la carrera de abogado, ingeniero o farmacéutico. Exigen una selección especial de disciplinas, sistematizada por trimestres, quizá con una corta vacación intermedia, que puede destinarse a viajes para entrar en contacto directo —pero no permamente— con las clases ordinarias de determinadas universidades que resulten adecuadas por cualquier motivo.

Preparar rápidamente ese Plan sistemático especial debe ser el primer cometido de la Comisión Asesora, compuesta por universitarios prestigiosos.

Para todo ello sería imprescindible el que la dirección de estudios y los profesores que acepten la invitación que se les dirija obtengan de las autoridades universitarias las facilidades administrativas que es lógico esperar de ellas.

Las órdenes oportunas de S.E. el Jefe del Estado y el Gobierno harán posible ultimar todos los detalles de este Plan y llevarlos a la práctica [319]

---

[319] Informe en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 393s.

El diario de la encerrona

(Este informe de los consejeros tradicionales, que se habían reunido en Estoril para la encerrona que voy a describir a continuación, es una improvisación lamentable, una chapuza imprecisa, un recurso para eliminar el Plan Salamanca con simples parrafadas inconcretas. Con razón Franco pudo criticarlo fácilmente, como veremos, a vuelta de correo).

Un día de los años setenta mi viejo e ilustre amigo el teniente general Carlos Martínez de Campos, duque de la Torre, me invitó a lentejas, después de excusarse por plato tan casero (que estaba más que delicioso) en su piso de la calle del General Goded, en Madrid. Yo había estudiado a fondo sus estupendos libros de historia militar española, sus importantes *Memorias* (que tituló *Ayer*) sobre la guerra y la posguerra; y me había referido a esos libros en mis entonces habituales trabajos de prensa con el elogio merecido.

Hablamos de algunos problemas históricos hasta que me entregó copia de un documento singular: unas páginas de otro conjunto de *Memorias* que prolongaban las anteriores pero que había determinado que no se publicaran hasta pasado un cierto número de años, con excepción de esas páginas que me confiaba.

Cierto memo me reprocha que asumo (siempre con cita) documentos de Pedro Sáinz Rodríguez. ¿Es que no son válidos? Asumo todos los documentos válidos de ese autor y otros muchos pero por primera vez los publico conjuntamente con otros descubiertos por mí, como el importantísimo que sigue.

18 de diciembre, la dura discusión con don Juan

Las páginas que siguen son el diario de una encerrona: la que le prepararon en Estoril, en la segunda quincena de diciembre de 1959, los consejeros tradicionales de don Juan, miembros generalmente del Opus Dei (circunstancia que no señalo yo, sino el duque de la Torre de forma expresa y reiterada), para oponerse en enjambre al proyecto que, con matiz liberal y abierto, había preparado el general duque de la Torre para los estudios

civiles del Príncipe. El documento es vivísimo e insólito; constituye el trasfondo de las cartas cruzadas entre don Juan y Franco sobre este problema. Lo voy a reproducir con exacta fidelidad (incluso ortográfica en mayúsculas, etc.) en las páginas que siguen.

17 de diciembre. Madrid a Estoril por Lusitania.

18 de diciembre. Después de almorzar en Villa Giralda conversación con don Juan. Llevamos cerca de dos horas hablando cuando por una frase que no recuerdo me pareció entender que Él tiene alguna duda sobre si enviar o no a su hijo a Salamanca. Se lo pregunto inmediatamente pero no contesta claro. Me dice que en otra ocasión me subí a las nubes de tal manera que no tuvo más remedio que ceder; pero que Él, al fin y al cabo, es el que tiene que llevar la educación de su hijo y no el Generalísimo. Le digo que —según lo acordado en un principio— la educación de su hijo la he llevado yo, con frecuencia en contra del parecer del Generalísimo y que toda duda sobre la Universidad de Salamanca habría debido manifestarse antes de que el Príncipe recibiera los nombramientos de teniente de Infantería, alférez de navío y teniente del Ejército del Aire; pero el Rey me responde que esto no tiene importancia puesto que ha estado siempre conforme con la parte militar. Le digo que se deja influenciar por los que vienen a visitarle y que Él se olvida de que detrás hay miles de españoles que tomarían muy mal que el Príncipe no vaya a Salamanca (después de todo concertado para ir). Me contesta que nadie puede tomar mal que Él quiera dirigir a su Hijo; y añade francamente que su Hijo no tiene por qué estar adscrito a la Universidad de Salamanca. Le digo que no va a estar adscrito; que el Generalísimo, el ministro del Ejército, el rector Beltrán de Heredia... saben todos que el Príncipe va a Salamanca para que la Universidad me preste a mí el apoyo y los medios necesarios para la educación del Príncipe. Me dice, en fin, que pensará la cosa; y yo entonces me indigno francamente y le digo que no estoy dispuesto a aceptar otra orientación y que no me iré de Estoril sin saber exactamente si el Príncipe va o no va a Salamanca. Que todo el mundo le espera ahí; que la juventud está convenida de que va; que los profesores están nombrados, asistencias fijadas y la casa puesta y que no quiero engañar a nadie. Quiero decir

la verdad. Que si no deja al Príncipe ir a Salamanca, se desprestigiará por poca seriedad con mucha gente, y que causará un profundo daño a su propia causa monárquica. No contesta nada terminante. Insisto en que tiene que dejar todo como está, y que, una vez el Príncipe en Salamanca, escriba al Generalísimo y discuta con él lo que quiera. Pero ahora, cuando ha recibido ya los nombramientos militares, arreglado todo para Salamanca, no es admisible la variación que quiere. Además no puede ni debe dejarme a mí como persona que ha engañado a todo el mundo hasta después de conseguir los tres despachos. No está bien hacerlo, ni Él ni yo.

18 de diciembre: El general recrimina a don Juan

Que yo estoy dispuesto a no aceptar la solución, que retrasaré mi vuelta a Madrid hasta que todo quede claro. Lo digo todo con indignación y casi descompuesto.

La parte dura y clave de la conversación que acabo de exponer tuvo principio cuando hablé de la entrevista del Príncipe con el Generalísimo (celebrada el 15 de diciembre). Le expliqué a don Juan que Franco había estado amable y que habló de las dificultades que el propio Príncipe iba a tener en la Universidad después de aficionado y acostumbrado al ambiente militar; que habló seguidamente de los universitarios, de sus familias modestas, de los pueblos en que habían nacido, de que en España hay más campo que población urbana, de las dificultades de los campos, de la repoblación... de todo menos de política. Pero al final le digo yo a don Juan que Franco, después de esa "leçcon de choses publiques" le dijo al Príncipe que cuando estuviera en Salamanca deseaba verle más a menudo. Y aquí fue donde el Rey me preguntó si no comprendía que él tenía razón al no querer llevarle a Salamanca y de aquí salió lo previamente expuesto.

Por mi parte insistí muy fuertemente en que si el Príncipe no iba a Salamanca la causa monárquica sufriría un paso atrás o acaso terminaría. Le dije que yo podría espaciar o retardar las entrevistas entre el Príncipe y el Generalísimo, pero que no podía evitarlas. Que aparte de

eso yo consideraba indispensable que él se relacionase de algún modo con el Generalísimo a fin de hablarle claramente. Que bien inmediatamente o bien cuando el Príncipe estuviera en la Universidad le escribiera a Franco y discutiera a fondo con él mismo para que yo supiera a qué atenerme en todo y que, entonces, si no se entendía, era cuando podía romper abiertamente las relaciones y retirar al Príncipe de España.

Lo que era imposible o no bien hecho era el sistema de esperar los despachos de oficial para después hacerlo todo solapadamente. Le dije en fin que conmigo no se portaba como yo me merecía después de una labor de cinco años y después de haber sido uno de los pocos españoles que habían dado la cara a fondo por él. Lo dije todo muy indignado... y como en Villa Giralda todo el mundo escucha, se me oyó en el otro piso.

Esta conversación tuvo lugar después del almuerzo. Antes de empezar el Rey me recibió un poco frío (en relación a veces anteriores). La Reina apenas me dijo nada sobre los actos de Zaragoza ni sobre la estancia de sus dos hijas en Madrid. Hablé con doña Pilar para unos telegramas y unos más que convenía que pusiera y cuando me acerqué a don Juan, que estaba hablando con Casasola, me dijo en público: "Cuéntame lo que hubo en la entrevista" a lo cual respondí con cara seria: "Le hablaré de ello después porque es largo de contar". Dejé un frío y me costó trabajo compensar mi frase, poco amable.

19 de diciembre: Un Consejo Privado reducido y parcial

Por la mañana me llegan al hotel París rumores de que el Rey está decidido a evitar que su hijo vaya a Salamanca y de que en relación con este asunto ha celebrado una reunión con Luca de Tena, Florentino Pérez Embid y Gonzalo Fernández de la Mora.

Poco después recibo un recado para subir a almorzar a Villa Giralda a las 13,15 para a las 18 asistir a una sesión del Consejo Privado que tendría lugar en Villa Giralda y que el Rey presidirá.

Durante el almuerzo todo normal. No me doy cuenta de la tramado. A las 18, junta en el comedor de Giralda. Los puestos quedan como sigue:

Arauz de Robles

El Rey

Luca de Tena (Juan Ignacio)

Fernández de la Mora

Sáinz Rodríguez

Florida

Yo

Pérez Embid

(No es una reunión del Consejo Privado en Pleno sino de un grupo de consejeros selectos.)

Se va a tratar (oficialmente) del discurso de mañana (reunión de javieristas y monárquicos para celebrar el aniversario de la Unión); de algunas cosas políticas y de la estancia del Príncipe en Salamanca. Pero del discurso no se trata y la parte política se reduce a dos palabras sobre la ley de sucesión y sobre el discurso de Barroso (en la Academia General Militar ante el Príncipe) que ha sido muy satisfactorio. Salamanca empezó en seguida y la discusión duró más de hora y media. El Rey manifestó que el Príncipe ha terminado brillantemente su primera etapa, gracias a mi ayuda e intervención, y que ahora empieza la segunda, sobre la cual quiere escuchar el parecer de cada uno de los presentes. Hablan todos, uno a uno y ordenadamente, para empezar. Luego hablan atropellada y desordenadamente, por lo cual me va a ser difícil levantar un acta no equivocada sobre lo dicho y lo ocurrido. Estoy seguro de que lo consignado a continuación corresponderá a la verdad. Puedo, sin embargo, equivocarme al atribuir tal frase a fulano cuando fue mengano quien la dijo; pero esto no es probable. Podrá haber omisiones pero nada habrá superfluo.

Por el momento no hablan de Pamplona

Carlos Martínez de Campos, nieto del general Serrano, es leal a Franco y a don Juan pero no desmiente su raigambre liberal. Tiene, en esta reu-

nión, la mosca detrás de la oreja a propósito del Opus Dei; de ahí sus reticencias sobre la posible elección de Pamplona, el Estudio General de Navarra creado por el Opus Dei. Es muy curioso que Pedro Sáinz Rodríguez, a quien Franco creía liberal furibundo, se inclinara en esta reunión decididamente por las tesis de los tradicionales:

Juan Ignacio Luca de Tena. Habla de su amistad con Alfonso XIII. Cita anécdotas y demuestra el aprecio que el Monarca le tenía. Cuenta cómo presidió el entierro de Foxá en representación del conde de Barcelona, colocándose delante de todos los ministros. Dice que en España no hay problema referente a que el Príncipe se pueda anteponer a su padre en cuestión política. Por último me felicita por el éxito logrado en la parte militar de la educación del Príncipe. Dice que hay que pensar inmediatamente en la segunda y que esta segunda debe ser dirigida por un hombre civil, y no por un general.

Florentino Pérez Embid. Insiste en lo dicho sobre la situación de S.M. en relación a la de su Hijo, y que este asunto no inspira temor alguno. Reitera la felicitación a mí por la primera etapa. Pone de manifiesto su disconformidad con la segunda. Hay que estudiar los programas como es debido. Hay que nombrar profesores de toda España. Salamanca no conviene para el Príncipe. Es casi la última Universidad de España. Mejor sería Sevilla o cualquier otra.

José María Arauz de Robles. Está de acuerdo con lo dicho por los anteriores, pero sin apoyar a fondo y como diciendo lo que cree que debe decir. Ésta es al menos mi impresión.

Gonzalo Fernández de la Mora. Habla en tono elocuente y altisonante. Se pronuncia contra Salamanca y contra el profesorado de Salamanca. Quiere profesores de toda España. Quiere que se nombre una comisión suprema que redacte los programas para el Príncipe. Propone el Palacio de Miramar como residencia, a fin de que el Príncipe no esté entre universitarios desconocidos y estudie entre personas cuya mentalidad y cuyas ideas sean de confianza. No habla de Pamplona. Habla sólo del peligro de los sudamericanos en Salamanca. Dice que desde la una de la tarde (hora en que las clases se terminan) el Príncipe va a

estar completamente libre y llevar la vida que le plazca. Que andará entre gente mediana y asistirá a tertulias no deseables etcétera.

Pedro Sáinz Rodríguez. Repite casi todo lo anterior con valentía y fuerza. Se opone a Salamanca y propone el Palacio de Miramar como residencia y una Universidad más importante. (Tampoco se decide a hablar de Pamplona).

El Conde de la Florida. Está conforme con los anteriores; pero lo dice por cumplido y con menos fuerza aún que Arauz de Robles. Parece igualmente que lo dice porque cree que tiene que decirlo o ha prometido hacerlo así.

Los argumentos del duque de la Torre

General Martínez de Campos. Hago presente que deseo hablar despacio sin que se me interrumpa porque creo que soy el único que no viene preparado para esta sesión. Antes de empezar pienso un instante en no hablar, o en decir que sólo puedo hablar con Su Majestad a solas o ante un Consejo Privado en que haya "quorum", no ante un Consejo improvisado con los presentes, cuando estos presentes son probablemente los únicos propugnadores de la variación que se propone para los estudios y educación del Príncipe. Pero ante argumentos de tan poca fuerza como los expuestos —o antes propuestos— que no tienen fundamento, o cuyo fundamento se halla oculto, pienso que mis argumentos van a bastar para que Luca de Tena, Florida, Arauz de Robles y el propio Rey se inclinen a mi lado y me decido a hablar. Empecé diciendo que lo dicho por Luca de Tena y algunos otros sobre la no existencia de peligro para Su Majestad a causa de la presencia del Príncipe en España es completamente erróneo. El peligro existe. Mas contra ese peligro sólo cabe luchar como lo hace el propio Príncipe y lo hago yo mismo. Digo además que si el Príncipe no se hubiera educado en España la línea del Rey (don Juan) y de su hijo habría desaparecido de la opinión; se habría olvidado. Luego me refiero a mi postura y esto a fin de poner en claro que no hacía falta una reunión que tiene por objeto echarme cuando llevo tanto tiempo queriendo ceder mi encargo. Digo que he renunciado

siempre a mi misión, desde el día en que se me ofreció o se me impuso. Digo que he mantenido una postura franca y leal con el Generalísimo y con el Rey; y que siempre he considerado esa postura compatible con mi deseo de ayudar a la causa monárquica. Paso después a recordar que es tarde para llevar a cabo variaciones. Llevo año y medio ocupándome de Salamanca. He ido ya seis veces. Los profesores del Príncipe están elegidos y los programas están hechos. La distribución entre clases oficiales (en las aulas) y clases privadas (en la residencia) está pergeñada. Los horarios están dispuestos. Digo luego que no hay peligro referente a sudamericanos porque desde antes del principio de este curso (el verano próximo pasado) se ha llevado a cabo una redistribución de aquéllos destinada a reducir su número y a mejorar su clase en el colegio mayor con el que el Príncipe tendrá mayor contacto. Que el asunto de las tardes está previsto. El Príncipe tendrá unas horas de trabajo o de estudio vigilados por el catedrático don Manuel García Blanco, persona prestigiosa y nacida en Salamanca, que facilitará mis relaciones y mi conocimiento de las gentes. Además tendrá unas horas de deportes y paseo discretamente vigilados por un comandante o teniente coronel de Tierra, de Aviación o de Marina, que al mismo tiempo dirigirá su secretaría y le acompañará en sus excursiones domingueras o de fines de semana. Que la casa para el Príncipe está prevista: no irá al palacio de Monterrey (que han ofrecido los duques de Alba) ni vivirá en un colegio mayor (donde el contacto con los universitarios podría ser demasiado intenso). Vivirá inmediato a un colegio, en un piso privado, y podrá almorzar a diario en dicho colegio, a fin de tener con los universitarios un contacto prudencial y siempre necesario.

Las ventajas de Salamanca

Contrasta la endeblez argumental de los adversarios del plan Salamanca con la seriedad de la preparación del plan por el general preceptor del Príncipe. Que ya se ha dado plena cuenta de que el fin de la reunión es echarle para controlar la formación universitaria del Príncipe por motivos que pronto quedarán revelados. El duque de la Torre concluye así su alegato:

Que no conviene traer profesores de otras Universidades porque esto podría molestar a los de Salamanca. Que tampoco es necesario traerlos porque no se trata de un doctorado sino, por ahora, de asignaturas tan elementales como literatura española, el derecho romano y la historia de España. Que los muebles están comprados por la propia Universidad. Que el ama de llaves está contratada. Que el ministerio de Educación está de acuerdo en todo lo previsto. Que el del Movimiento ayudará a evitar dificultades en las asociaciones. Que el Príncipe no queda adscrito a la Universidad de Salamanca sino que ésta proporciona los medios necesarios para desarrollar un programa de estudios de carácter semiprivado. Que en la redacción de ese programa han intervenido varios rectores de universidades españolas. Que los estudios durarán dos años, a fin de que se desarrollen con la misma relativa intensidad que los estudios militares. En fin, que yo he elegido Salamanca por su ubicación en zona que el Príncipe conoce poco, por ser lugar tranquilo, por el abolengo histórico de su Universidad y por estar a medio camino entre Estoril y Madrid. Que estoy tranquilo y que todo irá perfectamente.

"Una rehala desatada contra mí"

Pero entonces, uno a uno, y quitándose las palabras, Pérez Embid, Fernández de la Mora y Sáinz Rodríguez rebatieron indignados los comentarios míos. Según Pérez Embid es intolerable que el Príncipe vaya a la Universidad con ayudantes militares. Según Fernández de la Mora, García Blanco está en la línea de Unamuno y es indeseable para el Príncipe. Según Sáinz Rodríguez el solo hecho de que yo haya puesto tanto burladero demuestra el gran peligro que hay por medio en la plaza. Según Pérez Embid (de nuevo) la presencia del catedrático Tierno Galván es inadmisible. Según Fernández de la Mora el Príncipe no puede estar abandonado entre universitarios cuyas mentalidades no se conocen bien. Según Sáinz Rodríguez (otra vez) todo lo que no sea San Sebastián, con profesores elegidos y compañeros conocidos, es peligroso e inadmisible.

Tomo otra vez la palabra para decir que es tarde para tanta innovación; que faltan quince días para empezar el curso; que es peligroso

para el Rey y para la Causa anunciar ahora un cambio de rumbo, después de haber aceptado los nombramientos militares y de tenerlo todo concertado con los altos universitarios. Pero los tres citados se desatan a la vez, con argumentos casi absurdos y como siguiendo una consigna establecida de antemano. Parece una rehala desatada contra mí. Una rehala del Conde de Barcelona que escucha impávido, con los ojos llorosos, pero sin defenderme ni decir una palabra. Digo entonces, en tono triste y muy indignado, que personalmente estoy satisfecho de la victoria conseguida contra mí porque llevo mucho tiempo solicitando mi relevo y deseando abandonar mi cometido; mas que de otra parte lo lamento, porque en este día los que me derrotan logran el desprestigio del conde de Barcelona.

El Rey se levanta y la sesión termina. Abajo, Florida, amable, me dice que he estado muy fuerte. Los restantes me rehuyen. Regreso al hotel hacia las nueve. A las diez y media llega el Príncipe en busca de noticias. Pero no le doy ninguna; un inmenso abrazo solamente.

20 de diciembre: don Juan esta deshecho

Es un día de actos protocolarios para don Juan, y de descanso en la confrontación entre el duque de la Torre y los consejeros tradicionalistas, a los que se ha sumado Sáinz Rodríguez, ex ministro de Franco pero luego adscrito al grupo de consejeros liberales, y ahora favorable a los tradicionales seguramente porque ha creído que con oponerse al plan Salamanca fastidia un proyecto aprobado por Franco. El diario del duque de la Torre para este 20 de diciembre es breve:

Hoy tiene lugar el discurso del Rey a los quinientos juanistas de ambas procedencias (carlistas y alfonsinos) que han venido. Los hoteles están abarrotados. En las calles, mucha boina roja. En misa encuentro a Florida y a José María Medina que me ruegan me siente a la derecha de la Reina en el almuerzo que va a darse. Le digo que no voy. Florida, muy afectuoso, me insiste sobre el daño que mi ausencia puede originar; pero insisto en que no voy. Me dice que sea héroe por segunda vez. Le digo que ahora no se trata de heroísmo sino de dignidad. Beltrán

Alburquerque viene al hotel a verme de parte del Rey y también me niego terminantemente. El Príncipe me suplica por teléfono que vaya, diciendo que su padre está deshecho, pero le digo que lo siento y que no voy. Estos renglones están escritos en Cascaes, en el restaurante Fim do Mundo. He almorzado muy bien. Pido a Dios no haberme equivocado. Se lo pido por la Causa y por mí mismo.

No he dicho anteriormente cómo acabó la junta del día 19, señalando yo la necesidad de que se diese cuenta al Generalísimo de la decisión tomada por el Rey. Yo no regresaría a Madrid hasta que eso no estuviese realizado. No quiero ver a nadie ni hablar con nadie hasta después de eso. Pero entonces Sáinz Rodríguez saltó para decir que la sesión era secreta y que teníamos que dar nuestra palabra de honor de no hablar de lo ocurrido, a lo que yo también salté diciendo que no creía en las palabras colectivas ni daba yo la mía. Aún tengo en mis oídos las siguientes expresiones:

Porque el duque lo que se cree... (Pérez Embid)

Porque el preceptor del Príncipe no sabe... (Fernández de la Mora).

21 de diciembre: la segunda encerrona

Ayer tarde paseo en tren a Lisboa para pensar. Regreso a Cascaes y a Estoril para seguir pensando. Don Juanito viene a verme hacia las siete y hablamos hasta las nueve y media. Está enterado de todo y da todo por definitivo. Está preocupado y casi asustado. Almuerzo en casa de Tornos que me anuncia aviso para whisky en casa de Ramón Padilla, con Casasola presente, para convencerme de que siga ocupándome del Príncipe en la nueva línea. Estoy dispuesto a defenderme y a no ceder tampoco en esta segunda encerrona. A las seis de la tarde aviso de Padilla rogándome que vaya y diciéndome que el Señor celebraría verme. Voy a las ocho pero hay gente y no se habla de nada. Cuando el Rey se marcha, hablo con Padilla y deduzco que está en auge el programa de San Sebastián u otro lugar, conmigo para Jefe de la casa del Príncipe. Le pido que asegure que jamás aceptaré. Sólo Salamanca. Si no se hace Salamanca es por consejo e imposición de Pérez Embid, Fernández de

la Mora y Pedro Sáinz Rodríguez; y como yo tenía todo en mano con la condición de no recibir órdenes concretas del Rey ni de Franco, no estoy dispuesto a seguir un camino impuesto al Rey por esos tres. Mi propio compromiso con Franco y el Rey me lo impide. Padilla tiene que decirle al Rey que toda insistencia sería inútil. Si el Rey está hecho polvo (como él dice) yo también lo estoy. Además si yo aceptara el cargo en esas condiciones mi prestigio se vendría al suelo. No quiero trabajar en forma impuesta al Rey por esos tres señores Ellos, además, están equivocados.

22 de diciembre: La llegada de Calvo Serer

Día pensando. Calvo Serer ha llegado y ha almorzado en Giralda con Pérez Embid. Me invitan a comer y acepto. El Príncipe viene a buscarme a las ocho y treinta. Quiere abordar cosas de fondo, pero ni él se decide ni yo quiero todavía esta conversación. Le digo sólo que su Padre es lo primero y que debe ser lo único.

Después de comer el Rey me lleva a su despacho. Me enseña su proyecto de carta a Franco. En él me deja bien pero la carta no me gusta. Él es capaz de escribir mejores cartas. La carta no va a gustar tampoco a Franco pero creo que éste reaccionará como en ocasiones semejantes, no dándole (aparentemente) importancia a la cuestión. Pero si reacciona de otro modo el asunto es peligroso. El Príncipe es oficial y el Generalísimo puede destinarle a un regimiento (incluso a Salamanca). Le digo al Rey que es preferible que lleve yo la carta. Lo que deseo y he deseado es no irme de Estoril hasta que la carta salga. Quiero evitar preguntas en que tendría que decir la verdad. Es tan gorda la afrenta que me han hecho que me sería difícil estar callado. Además no existe posibilidad de estar callado. No tengo más remedio que explicar las cosas, puesto que el Generalísimo conoce los preparativos de Salamanca y los ha aprobado. Me limitaré a ser discreto.

El Rey me ofrece ser Jefe de la Casa del Príncipe. Le digo que no acepto porque hasta ahora he sido eso mismo (sin nombramiento) y además jefe de estudios, jefe político e institutriz. No puedo vigilar unos estudios impuestos por tres señores que me han tratado mal con su real consentimiento. Lágrimas, abrazos, me quieren muchísimo, me felicitan por lo

hecho anteriormente, etcétera. Pero ni siquiera me dice lo que ha pasado en el almuerzo de hoy en Villa Giralda, ni lo que han comentado anoche contra mí.

No hay más solución que salvar al Príncipe

Beltrán (Alburquerque) me trae a casa (hotel París) a la doce y media. Quiere convencerme de que siga. Le digo que no puedo regentar estudios impuestos por tres señores que están equivocados, que se oponen a la autorización conjunta que tengo del Generalísimo y del Rey y que con la autorización del Rey me han hecho saltar. No tendría yo dignidad. Mi gestión sería inútil. Los señores en cuestión serían mis espías y vendrían con cuentos a Estoril. Aparte de eso soy teniente general en la reserva.

Ignoro la resolución que tomará el Generalísimo con el Príncipe (que es oficial) con don Juan e incluso conmigo. Beltrán insiste; porque su solo punto de vista es dejar al Rey en buena postura. No logro convencerle de que el Rey está en peligro (de perder toda ayuda) aunque yo ceda y me haga cargo del Príncipe en San Sebastián. Es inútil toda insistencia. Le digo lo mismo que en la reunión: que hundirme a mí era peligroso para el Rey. Que me tacharían luego de atrevido e irrespetuoso. Pero que yo me dejo llevar únicamente por cumplimiento del deber y dignidad. Yo no trato de imponerme. Trato sólo de no tener que realizar personalmente una misión que yo mismo —acaso equivocado— considero equivocada.

La intención de Su Majestad —el proyecto de los cuatro, mejor dicho— consistía en que me fuera a Salamanca el 19 sin decirme nada y hacerme esperar ahí aviso en contra. No comento porque no quiero desbarrar. Para los monárquicos y para el Generalísimo (si verdaderamente quiere traer la monarquía) no hay más solución que salvar al Príncipe.

23 de diciembre: Los avisos del duque de la Torre a don Juan

A las once treinta de la mañana tengo que subir a Giralda para recoger la carta a Franco que no me gusta. Al recogerla quiero manifestar al Rey lo que ahora voy a pergeñar:

1. Al dejarse influenciar por varias personas tan opuestas a mi modo de pensar y a los preparativos hechos por mí en Salamanca, me ha dejado Vuestra Majestad en postura difícil y poco airosa.

La junta celebrada fue muy dura y denigrante para mí.

2. Tampoco creo que Vuestra Majestad quede muy bien con Franco al hacerme saber —después de aceptar los nombramientos— que quiere variar el plan y régimen de estudios del Príncipe.

3. El asunto trascenderá. Barroso conocerá lo principal porque yo mismo le daré cuenta. Si yo no lo hiciera, el Generalísimo lo haría.

4. El efecto entre los generales será malo. Las vacilaciones de V.M. y ésta su decisión en contra de mi plan (que estaba aprobado por V.M. y el Jefe del Estado) les parecerá muy mal. Este hecho no afirma la situación de V.M. respecto a la del Príncipe. Y un paso atrás de V.M. en el ejército puede ser definitivo en contra suya.

5. Ignoro cuál será la reacción de Franco. Creo que se exteriorizará en no preocuparse de la decisión de V.M., en no darle importancia. Pero no hay que olvidar que el Príncipe es un oficial que está a las órdenes del Generalísimo de los tres Ejércitos.

6. Veo posible que Franco trate de convencerle de que deje todo como estaba. Él está —lo mismo que yo mismo— en la idea de que en la Universidad (de Salamanca) se desarrollará perfectamente y servirá para completar la popularidad del Príncipe. Ya sé que Franco no parece estar dispuesto a cederle pronto el paso a la Jefatura del Estado, pero es evidente que desea la monarquía y que ha hecho lo posible para que en su día no haya dudas sobre la línea dinástica que tiene más derecho a la Corona. Y en estas condiciones podría darse el caso de que él hiciese una gestión directa con V.M. a fin de convencerle de que renuncie a toda variación. A él, como a tantos otros, no se le escapa que V.M. se halla sujeto a influencias o presiones exteriores cuyo fondo es muy difícil encontrar.

7. Yo me permito rogar a V.M. que —una vez que no he logrado convencerle a pesar de mi insistencia en estos cinco días— se deje convencer por toda carta que Franco dirija o por todo emisario que él le envíe. Y

8. Entiendo que de otro modo V.M. podría originar una situación bastante grave para su propia causa y para España.

Recordatorio y despedida

Pongo en limpio lo anterior, sobre un papel de carta mío, con corona y señas. Encabezo con Recordatorio para hablar con Su Majestad. Fecho el documento pero no lo firmo. Quizás él quiera conservarlo pero es sólo un recordatorio. A las once y treinta entro en el despacho de S.M. quizás por última vez después de tanto esfuerzo en estos cinco días y después de cinco años con el Príncipe. Me hace unas frases. Me da la carta para Franco. Se excusa porque está lacrada. No sabe qué decir y trata ya de despedirme cuando digo que quiero decirle mis últimas palabras. Saco el recordatorio y se lo leo muy despacio y recalcando lo importante. Lo oye "sans bronhe" y como pensativo. Le pregunto que si quiere el documento. Se queda con él y se levanta. Otro abrazo y todo ha terminado. A la salida encuentro al Príncipe que me pide noticias. Le explico todo claramente. Comprende que el asunto no tiene arreglo. Hablamos en el saloncito de la Reina en el que ella entra un par de veces y se marcha al vernos. El Príncipe me pide soluciones para su correspondencia. Quiere saber si Nicolás y Emilio seguirán con él. Le digo creo que sí. Le insistí en que el Rey ha de ser lo primero para él y que no esté preocupado. Pido despedirme de las infantas. Unas palabras a cada una. Felicidades a la Reina porque hoy es su cumpleaños. "Et point, c'est tout". Abajo hay unos sombreros. En la secretaría del Rey, Luca de Tena, Florentino Pérez Embid (O.D.) y Calvo Serer (O.D.) están preparando un nuevo plan de estudios para el Príncipe de Asturias.

Madrid, 24 de diciembre. Desde la estación de las Delicias voy directamente a El Pardo. El Generalísimo me recibe en seguida y muy amablemente (10 de la mañana). Le expongo brevemente lo ocurrido. Y me contesta sólo que nada le extraña, sabiendo quién está siempre en Estoril.

Fecha de la copia y de las cuatro fotocopias, abril de 1971.

La discrepancia de Fernández de la Mora

Las iniciales del Opus Dei que añade el duque de la Torre en el penúltimo párrafo de su informe son suficientemente significativas; en la conversación que mantuvimos sobre el documento, que leí con estupor, él estaba convencido de que la modificación del plan Salamanca era una maniobra de ese grupo del Opus Dei para controlar la formación universitaria del Príncipe y como vamos a ver en la continuación epistolar del episodio después de este capítulo esa organización emprendía simultáneamente una maniobra cerca de Franco con el mismo fin; se trataba por tanto de una operación en tenaza que seguimos describiendo cumplidamente. Yo no podía hurtar al lector el impresionante testimonio directo del duque de la Torre. Escrito en prosa concisa y admirable, como corresponde a un académico de la Lengua, parece el relato de una operación militar. Es natural que algunos participantes sintiesen cierta alarma al ver cómo se revelaba el secreto y trataran de expresar una opinión discrepante.

Cuando conoció el testimonio del duque de la Torre mi distinguido amigo y reputado pensador y escritor Gonzalo Fernández de la Mora, que desde entonces ha experimentado una notoria evolución política sin abdicar de sus principios personales, me hizo llegar algunas puntualizaciones que en lo esencial eran éstas:

1. Gonzalo Fernández de la Mora no se manifestó contra el profesorado de Salamanca sino que se limitó "a considerar inadecuado el plan de estudios propuesto por el general".

2. El escritor y diplomático no expresó menosprecio alguno por los suramericanos ni "por las gentes de la clase media a la que pertenezco".

3. Nada tenía contra el profesor García Blanco, que "le parecía bien para ser uno de los profesores del Príncipe, pero no el preceptor".

4. No utilizó la expresión "abandonado entre universitarios".

5. Las discrepancias contra el plan se expresaron con toda corrección, no de forma atropellada. No acepta la metáfora de la "rehala". Afirma que a don Juan le dieron un consejo, no le impusieron nada.

El resto de las explicaciones se refiere a las actitudes emocionales de los participantes, delicado terreno en el que como es natural cada uno tiene su recuerdo. Yo tomo nota de esta discrepancia por la calidad y la ejecutoria de Fernández de la Mora pero, insisto, no puedo hurtar el testimonio del general, que me parece acertado y objetivo en cuanto al fondo del asunto, aunque naturalmente deje traslucir, sin ocultamiento ni fingimiento alguno, el tremendo golpe emocional que sufrió durante el episodio.

Calvo Serer "Deus ex machina"

La súbita aparición de Rafael Calvo Serer en la encerrona de Estoril, cuando ya estaba desahuciado el plan Salamanca, para cooperar en la preparación del nuevo plan, así como la naturalidad y familiaridad con la que el inquieto profesor de la *España sin problema* entraba y andaba por las interioridades de Villa Giralda, me parece también suficientemente sugestiva. Pero debo aprovechar la ocasión para comunicar una discrepancia que, en nombre del ya fallecido Calvo Serer, hace su sobrino y colaborador José María Calvo Vallana en reciente carta al director de *Época*. Este trabajo que publico sobre las relaciones entre Franco y don Juan no es propiamente una serie de artículos de revista sino un libro en regla. Sin embargo, es un libro vivo en el que participan a veces los lectores con nuevos aportes o discrepancias.

El señor Calvo Vallana no está de acuerdo con "unas graves afirmaciones que el Sr. De la Cierva ha hecho en las páginas de su semanario en su serie Franco-don Juan" sobre la carta de don Juan a su secretario, que según mi información fue entregada por don Juan a Calvo Serer y éste, tras alegar que la había perdido, entregó a Franco. En realidad no soy yo quien aduce tales afirmaciones sino el propio don Juan de Borbón en conversación con Sáinz Rodríguez, publicada, como cité debidamente, por Sáinz Rodríguez en su libro *Un reinado en la sombra* (Barcelona, Planeta, 1981, p. 299. Por tanto, sería don Juan de Borbón, y en su momento Sáinz Rodríguez, quienes deberían rectificar ese testimonio que yo me limito a transcribir.

Calvo Vallana dice que Calvo Serer rebatió en el diario *YA* (22.X.81) ese testimonio "tras su regreso del exilio". Nadie teníamos la menor idea de que Calvo Serer hubiera estado en el exilio y menos después de 1975, cuando con la llegada del Rey desapareció el exilio político de la historia de España. En la carta al *Ya,* Calvo Serer, acertadamente, exige rectificación aSáinz Rodríguez. Y añade lo que me parece justo que yo transcriba aquí:

"Es absolutamente falso que yo fuera portador de la carta con fecha 25 de marzo de 1944 de don Juan de Borbón a su secretario, y que la hiciese llegar a terceras personas en vez de a su destinatario. Yo me encontraba en esas fechas en España, don Juan en Suiza, y jamás se me hizo llegar tal carta".

Puede que se trate de un error de fechas pero no de un error de hecho. Por lo pronto insisto en que el testimonio es del propio don Juan, con lujo de detalles y hasta un careo. Y como sabe Calvo Vallana, en un capítulo anterior (el 33) he transcrito un nuevo testimonio directo, ahora a cargo del ex ministro Gonzalo Fernández de la Mora, a quien el almirante Carrero reveló que Calvo Serer, a finales de 1943, le entregó una carta para el conde de Fontanar, y le confesó que esa carta, obtenida de manos de don Juan, la abrió al vapor, la leyó y se la traía ahora a Carrero. Que la carta sea de finales del 43 o principios del 44 poco importa cuando sobre el caso coinciden los importantísimos testimonios de don Juan por medio de Sáinz Rodríguez y de Carrero por medio de Fernández de la Mora, pero no he querido prescindir de la puntualización, expresada en términos muy correctos, deCalvo Vallana.

La reacción de Franco a la encerrona de Estoril

Así pues, el duque de la Torre entregó en Navidad a Franco la carta de don Juan en la que, tras la encerrona al preceptor del Príncipe, se negaba tajantemente al plan Salamanca. Franco se pensó despacio la respuesta que envió a Estoril el 15 de enero de 1960 en estos términos:

A S.A.R. Don Juan de Borbón

Mi querido infante

El duque de la Torre, a su regreso de Portugal, me entregó su carta de 22 de diciembre referente a la próxima etapa de formación del Príncipe don Juan Carlos, su hijo, y también me hizo presente que dejaba la rectoría que sobre el Príncipe le habíais confiado y que como V.A. estima, desempeñó de manera brillante, pues gracias a su energía ha evitado intrigas a su alrededor y que aduladores y cortesanos pudieran deformar con sus oficiosidades su recta formación y la llaneza de su carácter, que por la autoridad que sobre el Príncipe tenía y el respeto que éste le guardaba lo considero de muy difícil sustitución.

Posteriormente me entregan la suya del 23 con el informe sobre los estudios del Príncipe y las razones que le aconsejaron el abandonar el plan de estudios en Salamanca, que ya en su primera carta me adelantaba. Respeto la decisión que sobre este punto ha tomado, aunque los informes en que se funda sean muy alejados de la realidad. Cualquier Universidad que se hubiese elegido presenta, por unas causas o por otras, análogas preocupaciones, pues aunque los viejos vicios que la Universidad española arrastraba van corrigiéndose, no están sin embargo exentas de grandes y arraigados defectos. De todas maneras debo decirle estaban tomadas todas las medidas para que la presencia del Príncipe fuese lo más grata posible, cordial y libre de incidentes; más fácil de conseguir en una Universidad provinciana de efectivos reducidos que no en el ambiente de las grandes Universidades, más difíciles de dominar con grupos y grupitos de jaraneros y alborotadores.

En este sentido he de confesarle me preocupa mucho esta segunda etapa de la formación civil del Príncipe, como a él mismo le expresé recientemente, pues habituado en estos cuatro años a una lección permanente de cumplimiento del deber, de orden, exactitud y disciplina, forzosamente había de causarle desagradable impresión la diferencia de ambiente y la informalidad que en muchos aspectos la Universidad registra. El fin que se perseguía con la adscripción a la Universidad de Salamanca era que lo mismo que convivió durante cuatro años con la juventud militar de la nación pasase otros dos más o menos real y simbólicamente por las aulas de la Universidad española, siempre gratas a los ambientes universitarios y a las profesiones liberales.

El duque de la Torre había buscado la Universidad de Salamanca, suponía yo que con la aceptación de V.A. porque dada su proximidad a Madrid permitía que aunque la base de los estudios fuese aquella Universidad, participasen en la formación del Príncipe otros catedráticos destacados de nuestra Universidad Central.

Del plan que me presenta como deseable he de hacerle los siguientes reparos: El primero es que no conviene que se prolonguen mucho las vacaciones y que interrumpa la formación del Príncipe, y que pierda sus hábitos de trabajo y estudio al que tengo entendido es poco inclinado, por preferir las prácticas y el deporte, y que es necesario, por otra parte, el aprovechar lo más posible el tiempo, para no recargar la duración de sus estudios.

Sobre el lugar de residencia, encuentro que el Palacio de Miramar de San Sebastián, como cualquier otro del norte, queda excesivamente alejado de los centros universitarios y por lo tanto de la residencia normal de los catedráticos a los que obligaría a abandonar sus funciones y hacer largos viajes cada vez que tuvieran que intervenir en las lecciones al Príncipe. Por otra parte, en San Sebastián se acentúan todos los defectos e inconvenientes del ambiente provinciano y los de clima intensamente lluvioso que evitándole la expansión en cazas y excursiones le encerraría en aquel ambiente.

Franco pretende dirigir la formación civil del Príncipe

Desechada, pues, Salamanca y dadas las orientaciones que me expone, estimo que el lugar que reúne menos inconvenientes para la formación del Príncipe es el instalarle en las proximidades de Madrid, y para ello encuentro muy apropiada la preciosa Casa de los Peces, en El Escorial, antigua residencia de personas reales, que restauramos al término de la guerra, en la que nadie ha vivido y donde quedará perfectamente instalado, a menos de una hora de la capital y con una carretera espléndida de comunicación. Esto facilitaría la comunicación de los profesores con el Príncipe y que podamos estudiar con el ministro de Educación y con los catedráticos los contactos o actos universitarios en que con toda garantía podamos implicarle.

Esto me permitirá, a su vez, el poder ver al Príncipe con más frecuencia y estar al tanto de su formación, de la que en la parte que sea posible pretendo ocuparme personalmente.

Sobre la elección de algún compañero de estudios que quiera libremente unirse a los del Príncipe es tan distinto lo que al Príncipe ha de enseñársele y lo que requieren las disciplinas de cualquier otra carrera que se presenta difícil poder compaginar las dos cosas.

De todas maneras la proximidad a Madrid facilita el que se le puedan elegir amigos de su edad y excelente formación para sus esparcimientos.

En cuanto a la dirección de estudios, profesorado y plan sistemático de materias, he encomendado al ministro de Educación Nacional, brillante universitario, el que con arreglo a conversaciones que hemos mantenido sobre las necesidades en la formación del Príncipe, me someta las líneas generales del plan de materias y las del profesorado más adecuado a esta misión, tomando por base varios catedráticos de la Universidad Central, reforzados con aquellos otros valores que permitan tomar contacto con el profesorado de otras universidades españolas.

Cuando tenga esto más a punto se lo remitiré.

Como la aceptación de esta primera decisión es lo más urgente, quiero adelantárselo por ésta.

Muy afectuosamente le saluda

Francisco Franco. [320]

A los promotores de la encerrona de Estoril les ha salido el tiro por la culata. Franco descarta todo el norte, y por tanto Pamplona, cuya universidad del Opus Dei era el objetivo de los consejeros coordinados por Calvo Serer; y si pudieron eliminar al duque de la Torre ahora se encuentran con que el propio Franco quiere dirigir personalmente la formación civil del príncipe don Juan Carlos. Pero la continuación de este intercambio epistolar debe inscribirse en los importantes acontecimientos de la causa monárquica en 1960. Lo veremos en el capítulo próximo.

---

320 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p 394s.

Capítulo XXXVI
Don Juan se identifica con el Movimiento Nacional

En noviembre de 1959 la conferencia de los arzobispos de España promulga nuevos Estatutos para la Acción Católica. En ellos se afirma expresamente que "España, a pesar de las graves circunstancias que atraviesa el mundo, se encuentra hoy en una hora de renovación, de esperanza y de vigorización espiritual". En vísperas del Concilio, la Iglesia española está tranquila, mantiene relaciones excelentes con el régimen después del Concordato, aunque en varios lugares, sobre todo Cataluña y el País Vasco, afloran entre el clero brotes de descontento y protestas contra el régimen, sin alcanzar aún proporciones de escándalo. La novedad de los Estatutos es que dedican un espacio insólito a la acción política de los católicos y orientan a la Acción Católica para que, sin hacer política como asociación, impulse a sus miembros hacia la acción política en sentido cristiano. Sin proclamarlo, ya lo venía haciendo la Iglesia desde que en 1945 aprobó que el presidente de la Junta Central de Acción Católica, Alberto Martín Artajo, entrase en el Gobierno de Franco —acosado desde fuera— como miembro destacado; en tiempos difíciles en los que la propia Iglesia como tal había volado en socorro del régimen. Ahora los arzobispos hacían una llamada dirigida a todos los cristianos para que

participasen en la acción política y cuando el Concilio cambiase radicalmente la orientación política de la Iglesia española, esta llamada de 1959 se consideraría como un claro precedente. [321]

Rebelión en el Consejo Privado

En la estela de la triunfal visita del presidente Eisenhower a España se conocieron varias altas declaraciones públicas y privadas en favor del régimen español en varios países; cada día se conformaba más el éxito del Plan de Estabilización y la configuración de un nuevo horizonte económico que evidentemente consolidaba al régimen. No sin que la intensificación de la prosperidad produjese crisis y desórdenes sociales de crecimiento, entre los que trataban de insinuarse nuevas o renovadas líneas de oposición política. Al comenzar el año 1960 los dispersos grupos monárquicos trataron de reorganizarse mediante la reforma y renovación de la única institución monárquica que había adquirido, aunque fuera simbólicamente, una cierta importancia: el Consejo Privado del conde de Barcelona.

Acabamos de ver cómo a fines de diciembre de 1959 un comando monárquico que apenas rebasaba la media docena de miembros había logrado en Estoril, presentándose como Junta del Consejo Privado, eliminar el plan Salamanca preparado para los estudios universitarios del Príncipe don Juan Carlos y con ello a su promotor el duque de la Torre. Los consejeros jóvenes del sector tradicional —Pérez Embid, Calvo Serer, Fernández de la Mora—, entre los que predominaban los del Opus Dei intentaron inmediatamente después, en alianza con algunos neojuanistas procedentes del carlismo y con el veterano consejero liberal Pedro Sáinz Rodríguez —el único de todos ellos que montaba guardia permanente junto a don Juan—, hacerse con el control del Consejo Privado, que contaba entonces con unos treinta miembros de todos los sectores monárquicos. Entre los diversos autores e incluso testigos se mantiene una gran confusión sobre la verdadera historia del Consejo Privado cuyo presidente,

---

321 Cfr. *Documentos colectivos del Episcopado español* 1870-1974, Madrid, BAC, 1974, p. 327.

hasta los momentos finales de 1959, seguía siendo el veterano teniente general Alfredo Kindelán Duany, que ya pasaba de los ochenta años. La última carta del general Kindelán como presidente del Consejo Privado no lleva fecha en las desordenadas Memorias del general pero por su contexto es de los primeros días de enero de 1960. Conviene reproducirla:

A S.M. el Rey don Juan III. Señor: El pasado 25 de diciembre (de 1959) vinieron a verme a casa el general duque de la Torre, llegado ese mismo día de Estoril; y los consejeros privados Yanguas, Valdecasas, Pabón y Gamero del Castillo. Me contaron lo sucedido en la semana anterior y las decisiones tomadas por V.M. Querían que V.M. supiera su desacuerdo con quienes han aconsejado a V.M. el cambio de plan que ha obligado al duque de la Torre a presentar su dimisión, deplorando ésta y todo lo ocurrido.

Sus opiniones coinciden en varios puntos con las mías. V.M. no habrá olvidado que mi punto de vista es más radical y extremista, como le manifesté personalmente en Estoril en agosto de 1958. Mi ofrecimiento de entonces sigue firme.

Aceptando siempre lo que V.M. decida quiero darle cuenta de cuáles son los puntos en los que coincido con mis amigos:

Primero. Que no veo motivo para desairar a la Universidad de Salamanca después de un año de gestiones previas.

Segundo. Que no parece oportuno un cambio de plan en fecha tan inmediata a la ceremonia de Zaragoza.

Tercero. Que el cese del duque de la Torre en el cargo de confianza que con tanto celo venía desempeñando es lamentable y producirá daño.

El conde de Gamazo y varios militares me han manifestado ayer el mal efecto que al difundirse la noticia de la dimisión ha causado en ilustres monárquicos y en la oficialidad del Ejército. Suplico a V.M. ver si la cosa puede tener arreglo.

Observe V.M. en cuanto al punto primero que yo fui siempre partidario de que el Príncipe realizara esos estudios en una universidad extranjera.

Se me habló de reunir el Consejo Privado para conocer la opinión de la mayoría, pero no lo he hecho para no dar la sensación de que estábamos divididos. Se reitera de V.M., Alfredo Kindelán. [322]

El marqués de Kindelán

Por lo tanto, hasta principios de enero de 1960, el general Kindelán seguía siendo presidente del Consejo Privado. Su carta refleja netamente la protesta y la rebelión de una parte muy significativa del Consejo contra el comando que había perpetrado la encerrona descrita en el capítulo anterior por el duque de la Torre. Pero esta carta fue la última que escribió Kindelán como presidente de ese Consejo. Desconocemos los documentos, pero ante el inmediato nombramiento de José María Pemán, seguramente en el mismo mes de enero de 1960, como vamos a comprobar, el veterano Kindelán tuvo que ser cesado a vuelta de correo. Mantuvo su fidelidad monárquica; pero su decepción por el error y la injusticia de don Juan fue tan grande que aceptó dos importantes mercedes de Franco. Una, la Medalla Aérea, máxima condecoración de la Aviación Española, que le impuso poco después el ministro del Aire ante selectísima concurrencia militar; otra fue el marquesado de Kindelán que le otorgó Franco en 1961, en recuerdo de la actuación decisiva del jefe del Aire durante la guerra. Antes de aceptar el marquesado, Kindelán pidió permiso a don Juan, que se lo autorizó añadiendo amablemente: "Me hubiera gustado concederte yo ese título". Don Alfredo, uno de los creadores de la aviación española, falleció en Madrid en 1962. Merece una gran biografía que hasta ahora nadie ha escrito.

La Tercera Fuerza quiere el control del Consejo Privado

Ninguna fuente ofrece la fecha exacta para el relevo al frente del Consejo Privado y algunas citan fechas imposibles. Tiendo a aceptar la convergencia de dos testigos muy próximos, Rafael Calvo Serer y Pedro Sáinz Rodríguez, que indican la de principios del año 1960 para el nombra-

322 Texto en KINDELÁN, op. cit., p. 384.

miento de José María Pemán como nuevo presidente formal del Consejo, con el importante añadido que se debe a Calvo Serer: Florentino Pérez Embid, que entonces exhibía un protagonismo intenso ante don Juan y ante Carrero Blanco, flanqueaba a Pemán, como una especie de adjunto. [323] José María Pemán era un prócer monárquico querido e indiscutible, apreciado por don Juan y por Franco, de quien había sido una especie de ministro de Cultura desde octubre de 1936 hasta enero de 1938. Estaba en la cumbre de su prestigio como escritor y como articulista de *ABC* y seguramente era el intelectual monárquico vivo de mayor fama. Para Franco era Pemán un hombre del Movimiento en sentido amplio. Dialogante y contemporizador, político de conciliación más que de energía, se había dejado influenciar por la Falange sevillana durante la guerra y ahora se dejaba marcar estrechamente por la Tercera Fuerza (no era miembro del Opus Dei), que, después de acabar con el plan Salamanca y el duque de la Torre, andaba muy crecida y trataba de controlar el Consejo Privado. Más aún, a través de su influencia con Carrero (vía López Rodó y Pérez Embid, que era director general de Información con Arias Salgado, no por Calvo Serer a quien Carrero tras el episodio de la famosa carta abierta al vapor no le podía ver ni en pintura), consiguieron que Carrero apoyase ante Franco los planes siguientes para orientar la formación civil del Príncipe. Luis Suárez, obsesionado con eliminar toda mención e influencia del Opus Dei en estos tejemanejes, explica muy insuficientemente el trasfondo de las cartas de este período entre Franco y don Juan de las que ya he transcrito en el capítulo anterior las de don Juan el 22 y 23 de diciembre de 1959 y la respuesta de Franco doliéndose por el fracaso del plan Salamanca y proponiendo la residencia del Príncipe en El Escorial el 15 de enero de 1960.

Don Juan pide una nueva entrevista

A esta carta contestó don Juan casi a vuelta de correo el 22 de enero de 1960:

---

323 CALVO SERER, *Franco frente al Rey,* op. cit., p. 181; Sáinz Rodríguez cita a Pemán como presidente y árbitro en las disputas monárquicas de la primavera de 1960.

A S.E. el Generalísimo don Francisco Franco.

Madrid.

Mi querido General:

Me ha agradado mucho su carta del día 15, en que comprende y acepta mi decisión de preparar para el Príncipe mi hijo un plan de estudios civiles en contacto no con una sino con diversas universidades. Además me manifiesta su interés porque este nuevo período de la formación comience sin una excesiva prolongación de las vacaciones intermedias.

Me parecen muy acertadas sus observaciones respecto al palacio de Miramar como posible lugar de residencia, tanto en lo que se refiere al clima como a lo lejano de las capitales universitarias. Yo le había hablado de Miramar por ser de la Familia y más bien a título de ejemplo. La instalación en El Escorial, en la casa a que V.E. se refiere, encuentro tiene similares características y creo es perfectamente aceptable.

Le agradezco que haya encomendado al ministro de Educación Nacional la concesión de facilidades a los catedráticos que hayan de constituir el profesorado y explicar al Príncipe las diversas materias del Plan de estudios. Por mi parte he pensado que la Dirección de Estudios —que antes llevó con tanto desvelo y acierto el duque de la Torre— sea ahora asumida por don Julio Palacios, asesorado por distintos especialistas de las diferentes materias: don José Beltrán de Heredia (actual rector de Salamanca), don Jesús Pabón y Suárez de Urbina (Madrid), don Antonio Fontán (catedrático de Latín y Humanidades en Granada, ahora en Pamplona), don Octavio Gil Munilla (de Historia, en la Universidad de Sevilla) y don Martín de Riquer (de Literatura en la universidad de Barcelona) a quienes ya me he dirigido solicitando su cooperación. Como ve, había coincidido de antemano en su punto de vista de la colaboración de varias Universidades. Ellos pueden ponerse al habla con el ministro de Educación Nacional, una vez que esté fijado en detalle el plan de estudios, para someterle la lista de profesores a los que habrán de serles concedidas las facilidades precisas según el calendario que resulte conveniente.

Quedan además las tareas no estrictamente pedagógicas, especialmente las de orden material y representativo, de las cuales, como es lógi-

co, deberá ocuparse una Casa del Príncipe. Para llevar la jefatura de la misma pienso que la persona más indicada será el duque de Frías.

Veo en definitiva que nos será bastante fácil colaborar cordialmente en orden a esta noble tarea de la educación del Príncipe mi hijo.

Por ello, y recordando que los detalles del plan militar los estudiamos en una conversación que es la última que hemos tenido, no quiero dejar de decirle que acaso sería conveniente hacer otro tanto ahora. Esto, probablemente, sería mucho mejor que coordinar anteproyectos de planes concretos, como el que me dice ha encargado al ministro de Educación, y por otra parte hay determinados aspectos que sólo personalmente podríamos resolver con rapidez.

En espera de sus noticias le saluda afectuosamente. [324]

(Don Juan recoge velas aparentemente. Cede en la residencia, que puede ser El Escorial. Pero presenta a Franco, como cosa hecha, a dos profesores del Opus Dei recomendados sin duda por el comando de la Tercera Fuerza; (Fontán y Gil Munilla) y dos colaboradores de Franco en la Guerra Civil pero que luego fueron monárquicos antifranquistas: Pabón y Palacios, eso sí, muy competentes; seguramente recomendados por Sáinz Rodríguez. Y vuelve a considerar la entrevista como panacea. Mientras su padre y Franco discuten por carta, el Príncipe sigue gozando de unas prolongadísimas vacaciones en pleno curso, que terminará por perder).

Para qué sirven los estudios superiores del Príncipe

En este momento se hacen notar dos influencias en el asunto de los estudios civiles del Príncipe. Un asunto en el que no importaban mucho los estudios; el Príncipe no era muy aficionado a los libros y los grupos que pugnaban por imponerse buscaban futuras influencias personales a través de profesores sugestivos. Una primera influencia es la del Movimiento, representado por el ministro Solís, muy hostil a la preponderancia cre-

---

324 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ op. cit., p. 395s.

ciente de la Tercera Fuerza junto a las zonas de poder, en Madrid y en Estoril. La segunda influencia, mucho más decisiva, es la del almirante Carrero, completamente identificado con los hombres del Opus Dei que trataban de controlar la formación del Príncipe tras eliminar a Carlos Martínez Campos y actuaban tanto en Estoril como en Madrid. Luis Suárez nos revela que Pérez Embid, de acuerdo con Carrero, había escrito una carta a Franco contra el plan del duque de la Torre. Embid-Carrero proponen a Franco una lista de profesores para el Príncipe, que se envía a don Juan a mediados de enero de 1960, en la que figuraba José María Albareda, profesor de Edafología y miembro destacado del Opus Dei junto a otros profesores relevantes. Don Juan contrapropone en su carta del 22 de enero la lista que ya conocemos. Franco pide informes sobre esta lista de don Juan y la descarta por completo; no comprende qué pinta en ella un profesor de latín (aun tan sabio como Fontán) y no admite a los juanistas antifranquistas como Palacios y Pabón. Entonces Franco, un poco harto de tantos líos, envía a don Juan el 2 de febrero una carta enérgica y desabrida, en la que sin embargo, al final, se deja meter un tremendo gol por Carrero y el Opus, como vamos a ver.

La carta de Franco dice así:

A S.A.R. el Infante don Juan de Borbón.

Mi querido Infante:

Recibí su carta del 22 de enero en que me expresa su pensamiento respecto a la dirección de los estudios del Príncipe don Juan Carlos en esta etapa civil de su formación y me señala las personas que V.A. considera más idóneas para esta misión. Nada tengo que objetar a la competencia técnica de los distintos catedráticos en que habeis pensado, ya que todos ellos son personas prestigiosas en su profesión y por ello altamente estimadas, si no existiese una cuestión de fondo en la que veo nos encontramos distanciados, pues tengo la impresión de que Vuestra Alteza y aquéllos que en esta materia le aconsejan, miran la formación del Príncipe como la de la simple enseñanza de unas determinadas materias que completen su formación intelectual y no de lo que verdaderamente interesa en la formación de un Príncipe llamado a los más altos destinos.

Mi propuesta sobre la educación de vuestros hijos varones en España respondió a la necesidad de que vivieran estos años en nuestra nación, se identificasen con la España actual, que conviviesen en lo posible con las nuevas generaciones y que pudieran ganar la confianza de la nación, indispensable si habían de tener aspiraciones para el futuro. No se trataba, por lo tanto, de complacer y ganar a los ya adictos, sino al resto de los españoles que desconociendo la monarquía son indiferentes o se sienten desvinculados de ella.

"No habeis meditado en el aspecto capital de la formación"

Hasta ahora el problema se presentó sencillo; en el Bachillerato, por tratarse de materias elementales a la altura de la escasa edad del educando; en las Academias Militares porque constituyendo templos de exaltación de la patria y escuela de virtudes y formación del carácter, del ejercicio del mando, de la disciplina y del cumplimiento del deber, no existía diferencia entre la educación militar que había de recibir el Príncipe y la de los demás oficiales de nuestros Ejércitos. No se trataba aún de la preparación básica del futuro gobernante sino la de formar su carácter y sus hábitos.

Hoy el caso es muy distinto. Es necesario completar la formación del Príncipe en aquellas materias civiles que son básicas para sus decisiones futuras. No se trata de los estudios en abstracto de un español cualquiera que inicia una carrera, es necesario prepararle y formarle para la alta misión a que pueda ser llamado; de una tarea, como podeis apreciar, eminentemente política. Por eso la elección de las materias que han de ser objeto de enseñanza debe fijarse estableciendo sus líneas generales; estimo escapa a la irresponsabilidad política de una comisión de estudios constituida por hombres eruditos, pero a quienes puede faltar ese sentido e identificación indispensables. Y aun suponiendo que hubiese acierto en el señalamiento de las líneas generales del plan, la enseñanza de las propias materias requiere, a mi juicio, el que sean realizadas desde el punto de vista eminentemente político de los principios que caracterizan al Movimiento Nacional, y no con la frialdad abstracta del catedrático apartado de aquella inquietud o incluso distanciado de ella.

Yo creo que no habeis meditado en este aspecto, para mí capital en la formación del Príncipe.

No quiero ocultaros que en la relación que hemos mantenido durante estos años, he podido apreciar en alguno de los grupos que os aconsejan un espíritu de revisionismo, asignándose el papel de definidores de una nueva legalidad, de una monarquía acomodada a sus posiciones personales. Y que en su quimera de creer factible el establecimiento de una nueva legalidad, pretenden poner en interinidad y en entredicho lo existente.

Franco contra la Monarquía ecléctica

Franco reasume el tono de filípica que solía emplear con don Juan antes del acercamiento de 1948; tiene buena información de la creciente influencia de Sáinz Rodríguez sobre los nuevos consejeros tradicionales de Estoril y, después de haber descalificado en el párrafo anterior a los de la Tercera Fuerza, sin nombrarles, echa todas las culpas al propio don Juan con las siguientes frases, especialmente duras, de su carta, y encima alude a una consulta al Consejo del Reino, que equivale a mentar la soga en casa del ahorcado:

Desde aquí he podido apercibirme de las presiones de que con este motivo sois objeto y vuestro deseo de intentar conciliar lo inconciliable, con olvido grave de lo existente. Por eso he creído necesario por el bien de la nación el deshacer equívocos y el expresaros de una manera leal que esa monarquía ecléctica no es viable ya en nuestra patria ni yo podría en ninguna forma facilitarle el camino.

Yo, que he asumido la responsabilidad de orientar al Movimiento Nacional hacia la monarquía, constituyendo la nación en Reino, lo he hecho por el convencimiento de que el régimen monárquico tradicional y eminentemente social que proclamamos, es el que mejor se adaptaba a nuestro Movimiento, dándole continuidad y estabilidad; precisamente lo contrario del proceso revisionista que en algunos grupos monárquicos se acusa.

Expuestas estas consideraciones, y dada la edad alcanzada por el Príncipe, yo estimo que la formación de don Juan Carlos en este año es

más una cuestión de Estado que de patria potestad y que a aquél corresponde en prioridad el determinar políticamente las líneas generales del plan y las garantías que hayan de tomarse.

Para todo ello tengo el propósito, para que no pueda ser tachada de personal mi decisión, de consultar al Consejo del Reino sobre la materia, que por ser las personas que en él se encarnan la representación más genuina de los distintos sectores de la nación, y sin que esto constituya por otra parte más que una previsión dentro de las posibilidades del proceso sucesorio, ya que, gracias a Dios, la Ley de Sucesión refrendada por elocuente plebiscito nacional (el 82 por ciento del cuerpo electoral que representa al 83 por ciento de los votantes) ofrece en todo caso soluciones para garantizar la continuidad que para España y para los españoles es esencial.

No he querido hacer hasta ahora nada antes de exponeros estas razones y que podáis formar nuevo criterio.

Franco propone a un misterioso consejero

Cuando Franco había creído poner en su sitio a don Juan, cae en una emboscada que le tienden Carrero Blanco y Alonso Vega, afectísimos al Opus Dei, a quienes Pérez Embid, que actúa ahora, como hemos comprobado, de enlace entre los consejeros de Estoril y Carrero, ha propuesto al misterioso personaje a quien Franco se va a referir, sin nombrarle, en los párrafos finales de su carta, y que constituye el "gol" que Franco se deja meter por el Opus Dei, como explicaré en cuanto termine la reproducción de la carta:

"Sobre los nombres que me habeis remitido desconozco cuál es hoy la situación espiritual de algunos de ellos respecto al Movimiento, y en otros, excelentísimas personas, encuentro que las disciplinas a que se dedican son muy dispares de las que naturalmente han de abarcar los estudios del Príncipe.

"En cuanto a la sucesión del duque de la Torre en la jefatura de la Casa del Príncipe, se requiere persona de seriedad, autoridad y carácter, sin sobra de reservas políticas, que evite la formación de camarillas a su

lado, condiciones que no sé si tendrá la persona en quien habeis pensado (el duque de Frías) pues aunque sé que es un gran caballero, desconozco sus características personales.

Respecto a las otras personas que pueden acompañar al Príncipe, si V.A. está contento con ellos, podrían ser los ayudantes, a quienes conoce y con los que ha convivido en estos años, uno de los cuales podría estar de servicio a su lado. Y también había pensado en un catedrático como director o secretario de estudios, que pudiera asesorarle y cuidarse de su formación moral y espiritual como consejero. Para esto había pensado en un excelente catedrático de la Universidad de Santiago, que combatió en los requetés, pertenece al Opus Dei y es hoy sacerdote. Es profesor de Historia Contemporánea, está actualmente en el Estudio de Navarra y todos cuantos le han tratado le quieren y estiman. En la Marina es muy querido por haber dado ejercicios espirituales en la Escuela Naval de Marín. Es hombre de cuarenta y tantos años que aceptará el sacrificio de apartarse temporalmente de sus tareas por tratarse de tan alto servicio.

Considero su sugerencia sobre una posible reunión para ultimar detalles, una vez que hayamos deshecho equívocos y aproximado posiciones ya que la discrepancia mayor está en la cuestión de principios que espero comprendais.

En espera de su respuesta le saluda afectuosamente.

Francisco Franco. [325]

La rápida llegada del mentor

Dicho y hecho. Esta carta fue entregada tres días después al embajador Ibáñez Martín cuando ya viajaba en el Lusitania Express hacia Lisboa. Cree el profesor Luis Suárez que en la carta iba la aceptación de la lista de profesores propuesta por don Juan cuando, como acabamos de ver, esa lista se rechazaba de plano. En cambio, se anunciaba la llegada del misterioso sacerdote para muy pronto, con el fin de que la familia real le cono-

---

325 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 396.

ciese. Franco no daba su nombre pero el embajador lo conocía; el padre Federico Suárez Verdeguer, que contaba con la aprobación de Ibáñez Martín, muy afecto al Opus Dei como sabemos, y con el apoyo de José María Pemán, que estaba entonces en Estoril y fue convenientemente aleccionado en favor de don Federico. Las prisas eran enormes; el mismo 5 de febrero el embajador invitó a cenar a los condes de Barcelona y logró la aceptación en principio del nuevo profesor-preceptor. El profesor Luis Suárez, que nos facilita tan interesantes detalles, trenza su elogio absoluto en que según él participa todo el mundo. "Su presencia en Estoril fue una pequeña victoria de Carrero y de Franco. Querían al lado del sucesor un sacerdote católico y nada más".

Por desgracia no coincido con tantos entusiasmos. Había en España miles de sacerdotes católicos; el señor Suarez Verdeguer era algo más. Era uno de los primeros miembros del Opus Dei y como profesional de la historia contemporánea se había distinguido ya por extrañas inclinaciones apologéticas hacia el más felón de los Borbones, Fernando VII, al que se empeñaba en presentar fuera de la interpretación habitual y negativa que sus actos merecen a una visión más liberal y objetiva de la Historia. Como sacerdote era netamente integrista y preconciliar y como catedrático dio muestras al menos en una ocasión de que poseía el mismo sentido de la justicia que otros examinadores del Opus Dei que por entonces cometían auténticos desmanes en la provisión de cátedras con tal de favorecer a los suyos. No hablo de oídas; sufrí en mi propia carne los criterios y el comportamiento del profesor Suárez Verdeguer en 1975, cuando me había quedado literalmente en la calle después de dimitir como director general de Cultura Popular tras el abrupto cese de Pío Cabanillas con el que me solidaricé por un acto de dignidad política; y don Federico hizo todo lo posible para que siguiese en la calle, aunque por fortuna para mí la mayoría decisiva del tribunal votó a mi favor mientras el preceptor del Príncipe dio su voto a un oscuro candidato del Opus Dei que sólo recibió ese voto y el presidente, afecto también al Opus Dei, se fue por los cerros de Úbeda. Cuando años después referí el episodio a un alto personaje del Opus Dei se mostró dispuesto a que el profesor Federico Suárez viniera a pedirme perdón por aquella injusticia, porque las razones que alegó al

descartarme eran simplemente injustas; por lo visto me consideraba crítico del Papa Pío IX, nada menos. No me interesó acceder a semejante palinodia al cabo de los años, pero tenía que dejar una pequeña huella del asunto en un libro de historia. Y así entró al servicio del príncipe el primero y más importante mentor de su nueva etapa de estudios, algo más que un sacerdote católico; un miembro numerario del Opus de inclinaciones eclesiásticas poco abiertas y preferencias históricas muy discutibles, capaz de comportarse contra otros católicos (yo creo serlo) con escaso sentido de la justicia y la equidad. Lo que no sé es si el especialista en Fernando VII incluyó en las lecciones de historia a su regio discípulo determinadas actuaciones de don Fernando que ahora prefiero silenciar.

Tengo en el taller un libro sobre el hijo de Carlos IV.

Juan Carlos y los Principios del Movimiento

El caso es que el 19 de febrero de 1960 el conde de Barcelona firmó una larga carta para Franco que le envió inmediatamente:

A S.E. el Generalísimo don Francisco Franco.

Mi querido General:

Le agradezco muy de veras el tono y la sinceridad de su carta del 2 del corriente. Yo también quiero contestarle del mismo modo extenso y cordial, ya que estoy convencido de que así podemos deshacer los equívocos a que se refiere, lo cual deseo vivamente para el mejor servicio de nuestra patria, así como estoy seguro de que V.E. también lo desea.

Espero, pues, ser leído con la misma absoluta buena fe con que le escribo, y a Dios pido saberme expresar con diafanidad suficiente para aclarar esa cuestión de fondo, que creo nos distancia, y que tan necesario me parece despejar no sólo para este concreto diálogo sobre la educación del Príncipe sino en general para el bien de España la firmeza de su futuro.

Me plantea, en efecto, en su carta dos clases de cuestiones. Unas referentes concretamente a la educación del Príncipe y organización de su Casa; y otras sobre la actitud de determinados elementos monárquicos y

las características que ha de tener la monarquía. Me dice también que nuestra posible reunión para ultimar detalles está pendiente de que antes se hayan deshecho equívocos y aproximado posiciones. Entiendo que si no lográsemos este acuerdo es cuando llevaría, la cuestión a consulta del Consejo del Reino si bien no he comprendido con claridad cuál habría de ser el problema concreto consultado a dicho organismo.

Estoy conforme en cuanto me dice acerca del carácter básico de esta etapa civil de la educación de mi hijo. Sería absurdo que ahora, en sus estudios, no recibiese una enseñanza eminentemente nacional, e inspirada en la misma lealtad a los Principios Fundamentales del Movimiento que la recibida en las academias militares de la que acaba de salir.

Ciertamente, como dice, la formación del Príncipe es una cuestión de Estado. En ello no hay ni puede haber oposición alguna con la patria potestad, pues la unidad de esa doble vinculación, indisoluble y entrañable, es precisamente uno de los postulados de la misión histórica de toda dinastía. Por ello, tratándose de un Príncipe, a los derechos del Estado la patria potestad los refuerza con su carácter humano y familiar, con el origen religioso de la autoridad paterna.

La aceptación del padre Federico Suárez

En cambio, creo que no existiría medio mejor de distanciar al Príncipe de la España actual que producirle la sensación de injusto recelo y de exclusión de su padre. No es el Príncipe sólo; es toda una generación de jóvenes españoles que vive en el Régimen y recibe de sus instructores la enseñanza de su espíritu. No todos resultan educados en su amor. Y créame, mi General, que la diferencia decisiva estará casi siempre en lo que los padres, por encima de instructores ni de formaciones, pongo en el corazón de sus hijos.

Por otra parte, me repugna la idea de que la educación moral y política del Príncipe se plantee con desconfianza hacia mí, o bien se la considere solamente como condición necesaria para un día poder ceñir la Corona. Aun cuando ni yo ni mi hijo hubiéramos de reinar en España, y aunque él no tuviese la posibilidad de educarse en la patria, por deber

de cristianismo y de español me consideraría yo obligado a orientar su formación en el mismo sentido que ahora procuramos.

Estamos, pues, de acuerdo en lo referente al carácter básico de los estudios que ha de seguir el Príncipe; en su asistencia adecuada a algunas actividades universitarias normales; en el lugar y casa donde va a residir, y en que continúen junto a él los mismos ayudantes a quienes conoce y estima, y con quienes ha convivido estos años. Acepto de la mejor buena voluntad que se designe al catedrático y sacerdote don Federico Suárez Verdeguer con una misión que ha de tener lógicamente una profunda dimensión moral y religiosa; me propongo rogarle que venga para conocerle personalmente, pero tengo de él las mejores referencias.

Queda por último lo referente a la comisión de estudios de que en mi última carta le hablaba, por considerarla representativa y símbolo del respeto debido a la patria potestad que como antes digo en nada puede oponerse a los derechos de la patria y del Estado. Yo la concibo como algo distinto del profesoarado propiamente dicho, aunque sus componentes puedan también encargase, si procede, de explicar al Príncipe determinadas materias. En la lista que le propuse cabe hacer ampliación o modificación si lo juzgamos conveniente, para convenir en personas a quienes conozcamos y sean de plena confianza por razones doctrinales, políticas y de prestigio académico. Entiendo que desde cualquier aspecto su funcionamiento no puede estar teñido de irresponsabilidad sino todo lo contrario y que su misión puede ser elaborar técnicamente las líneas del plan intelectual a seguir, y luego estudiar las posibilidades sucesivas de profesorado, de participación en las actividades académicas normales y demás extremos de alcance universitario.

(Logrado por los dos equipos del Opus en Madrid y Estoril el "fichaje" de don Federico como mentor del Príncipe, han convencido a don Juan para que ceda en casi todo lo demás, como acaba de ver el lector. El problema de concretar el profesorado queda abierto y el Príncipe sigue sus larguísimas vacaciones aunque tal vez empieza ya a estudiar la historia de Fernando VII).

Hablemos ahora, con sinceridad, de la segunda cuestión.

Reconozco que existen monárquicos que desean un tipo de monarquía parlamentarista que desde la época de la República todos los monárquicos tradicionales consideran incompatible con las necesidades de España. Existen además políticos o grupos que circunstancialmente aceptarían la monarquía con la esperanza de convertirla en un punto de partida para ulteriores evoluciones. Esto es cierto pero no lo es menos que también hay otros muchos grupos y personas igualmente monárquicos y que se proclaman plenamente fieles al espíritu del 18 de julio y homogéneos con el Movimiento Nacional.

Otra vez don Juan contra la Monarquía parlamentaria

Y sobre todo, en cuanto a mí personalmente respecta, sin miedo a enajenarme la opinión de aquéllos, en la única ocasión solemne que hasta ahora se me ha ofrecido, cuando un importante sector del tradicionalismo carlista acudió a pedirme una declaración de principios, por reconocer que los deberes de la legitimidad dinástica por ambas ramas recaían en mi persona, yo definí entonces clara y solemnemente mi posición personal. Oportunamente di cuenta a V.E. de aquel acto, y de la Declaración por mí firmada, y recibí con verdadera complacencia la carta en que me felicitaba por la importancia, utilidad y sentido constructivo de aquel acto.

Los principios que entonces, y definitivamente proclamé, no sólo no son incompatibles con el Movimiento Nacional, sino que con palabras muy similares están incorporados a él. He tenido buen cuidado de frenar el entusiasmo de muchos, que desean desenvolver estos principios en fórmulas concretas de estructuración del Estado monárquico, y lo he hecho porque me parece que eso no facilitaba las soluciones legales del futuro, cuando el Estado actual tiene todavía en elaboración algunas de las Leyes Fundamentales sobre las cuales tendrá que pronunciarse en su día quien haya de ejercer las responsabilidades de la Corona.

Creo en conciencia que de mis actos, a lo largo de estos veinte años, no se desprende ninguna justificación suficiente para que esté planteado un equívoco. Desde el momento mismo de producirse el Movimiento

quise por dos veces ser combatiente voluntario en las tropas nacionales y fue V.E. quien se opuso a ello diciendo que "si alguna vez en la cumbre del Estado vuelve a haber un Rey, tendría que venir con el carácter de pacificador y no debe contarse en el número de los vencedores", así como que no podía asumir la responsabilidad de que se pusiera en peligro "una vida que algún día puede ser preciosa para España.

Don Juan se identifica expresamente con la Ley de Principios

En silencio completo durante las guerras española y mundial, cuando más tarde se presentaron momentos de gravísima dificultad internacional para la patria, consideré que tenía el sagrado deber de salir al paso de esos peligros exteriores, declarando la existencia de una solución política legítima, frente al apoyo internacional a la República exiliada. En nuestra entrevista de Las Cabezas, V.E. reconoció noblemente que mi comportamiento, tan mal interpretado en el interior de España, había estado inspirado sólo en altos motivos patrióticos y determinado por las circunstancias de entonces, cualquiera que haya sido el curso seguido luego por los acontecimientos. Y quiero subrayar que entonces mismo lo que sostuve fue mi solidaridad con la monarquía tradicional española, con su inspiración católica y con el contenido popular y social de la misma.

Desde entonces, durante toda esta etapa próxima, con palabras y con hechos, he exteriorizado mi respeto a la realidad política de España, mediante mis entrevistas con V.E., la educación en España de mis hijos el Príncipe y el Infante Alfonso (q.e.p.d.) mediante la total abstención de cualquier actividad política concreta y mediante la explícita y reiterada aceptación de los principios de la monarquía católica, tradicional, social y representativa que es la que proclama también la Ley de Principios del Movimiento Nacional de 17 de mayo de 1958. Tal actitud consta, además de en otros testimonios menos solemnes, en el Discurso de contestación a los Tradicionalistas (20 de diciembre de 1957) antes aludido, y luego lo he ratificado en la Alocución a los peregrinos españoles en Lourdes (5 de octubre de 1958) y en mi último discurso en Estoril (20 de diciembre de 1959).

Don Juan trata de evitar el salto dinástico

Por tanto sería injusto y sin base suponer que yo patrocino o personifico una "Monarquía ecléctica" que en efecto "no es ya viable en nuestra patria" ni nunca lo fue, porque nunca las soluciones eclécticas son coherentes ni pueden permanecer, lo cual es la esencia misma de cualquier monarquía.

La monarquía no puede llevar en sí revisión sistemática alguna, sino aquella madurez, consolidación y amplificación que es lo propio de su esencia y razón. Por eso he declarado que "España no es un solar libre para edificar", dando rienda suelta a la imaginación.

Por último, mi querido General, creo que esta cuestión de fondo a la que claramente ha aludido ahora en su carta, es la que debe ser despejada entre nosotros si de veras queremos preparar, sobre bases firmes, el porvenir de España. Lo que yo no podría autorizar ni permitir, por acción o por omisión —y esto no por intereses personales, bien lo sabe Dios, sino por mi grave responsabilidad ante Dios y ante la Historia— es que la continuación del Príncipe en España, unida al silencio y a las difamaciones irresponsables respecto de mi persona y de la dinastía, proporcionaran apariencia de verosimilitud a ese equívoco, que nadie ha planteado, pero que muchos deducen de ciertas exterioridades mal interpretadas.

(Por tanto, guiado por sus consejeros del Opus Dei en Estoril en combinación con el equipo Carrero en Madrid, don Juan traza la leyenda rosa de su proximidad al Movimiento, omite las tajantes discrepancias de 1942, 1943, 1944, 1945 y sobre todo el rechazo a la Ley de Sucesión en 1947 (todo el período de Gil Robles y el infante de Orléans), niega lo que antes admitió y después admitiría y hace un esfuerzo supremo para identificarse absolutamente con el Movimiento Nacional y su Ley de Principios, expresamente. Los neojuanistas citan esta importantísima carta, en la cual el párrafo que comento ahora trata de cubrir a don Juan y salvar su candidatura ante el salto dinástico que Franco tenía ya virtualmente decidido. Las excusas de don Juan y su enmascaramiento de conductas anteriores suyas llegan tarde).

Don Juan invoca el juicio de Dios y la historia

Tal equívoco quedaría deshecho mediante una declaración explícita de que el desarrollo de la educación del Príncipe no prejuzga la cuestión sucesoria, ni altera la transmisión normal de las obligaciones y las responsabilidades dinásticas.

En materia tan delicada y tan esencial para la monarquía, ni V.E. ni yo podemos permitir que se formen nubes. Ni tampoco podemos hollar las leyes y la dignidad real, si a la vez queremos que sea la monarquía el régimen y la garantía del porvenir de España. No podemos exponer a este país —tan entrañablemente amado por ambos— a los albures de la sucesión improvidada y débil que conduciría a una nueva República, ni tampoco a los de una Regencia cuyos peligros y gravísimas dificultades ni a V.E. ni a mí ni a ningún español consciente se escapan.

De ello, por supuesto, ninguna responsabilidad me alcanzaría a mí, ya que los designios de Dios me han mantenido hasta ahora por completo apartado de intervenir directamente en los destinos de España.

Pero esta consideración personal no tranquiliza mi angustia ante los riesgos que en esta coyuntura veo cernidos sobre nuestra patria común. En nombre de ella yo también le pido que reflexione, venciendo, si hubiera lugar, los prejuicios que ciegan o las obstinaciones que matan. Antes al contrario, con altura de miras de buen español, con caballerosidad de soldado y con la mirada puesta en ese Dios y esa Historia que a ambos han de juzgarnos, como V.E. mismo, por lo que a sí respecta, ha dicho muchas veces.

Soy bien consciente de que las determinaciones graves necesitan tiempo pero con la misma claridad que V.E. ha querido comunicarme sus preocupaciones, he querido yo responderle y a la vez comunicarle las mías.

Nuestro acuerdo acerca de la educación civil del Príncipe dará ocasión a que se vaya preparando serenamente el porvenir. Y estoy seguro de que no sólo no surgirán nuevos estímulos para el equívoco sino de que, según vaya siendo conveniente, haremos nosotros mismos las aclaraciones que procedan.

Le repito, mi General, que deseo vivamente y confío en que leerá esta carta con el mismo espíritu que yo he puesto en ella.

Y en espera de su respuesta le envia un afectuoso saludo. [326]

Franco propone una Comisión Mixta

Durante aquellos meses de febrero y marzo, y luego en la primavera, los diversos grupos monárquicos parecían entrar en efervescencia a propósito de la orientación profunda de la monarquía, como veremos en el capítulo siguiente; porque en éste debemos continuar con la correspondencia de Franco y don Juan hasta la inminente entrevista segunda de Las Cabezas. El 6 de marzo, un mes después de ser aceptado en principio, llegó a Lisboa el nuevo mentor del Príncipe, profesor Federico Suárez Verdeguer, anunciado por una llamada recomendatoria del propio Laureano López Rodó por encargo de Carrero Blanco. El embajador Ibáñez Martín le alojó en el solemne palacio de Palhavá y le presentó al conde de Barcelona en Villa Giralda durante la mañana del día siguiente. Invitado a almorzar "se hizo el amo de la conversación y produjo en el conde de Barcelona, en el Príncipe y los demás asistentes un gran efecto". [327] La santa osadía recomendada por el fundador del Opus Dei daba sus frutos.

Unos días después, el 12 de marzo, Franco contestó a la larga carta, que acabamos de reproducir, en la que don Juan se adhería fehacientemente a los Principios del Movimiento (recordemos que ni pensó en hacerlo a su regreso de América el año anterior) en estos términos:

A S.A.R. el Infante don Juan de Borbón.

Mi querido Infante:

Recibí vuestra carta del 19 de febrero agradeciendo el tono y la sinceridad que poneis para deshacer los equívocos y las cuestiones de fondo a las que me referí al escribiros sobre la formación del Príncipe y me alegra conocer que esteis de acuerdo en cuanto os expongo sobre lo básico de

---

326 Texto en P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 397s.

327 Despacho de Ibáñez Martín en L. SUÁREZ, op. cit., VI p. 170n.

esta etapa civil de la educación de vuestro hijo y su sujeción a los principios que han inspirado el Movimiento Nacional.

Comparto vuestra opinión sobre el carácter que la patria potestad puede imprimir, con su influencia humana y familiar, al mejor logro de su formación y la necesidad de evitar una sensación de injusto recelo que no ha estado nunca en nuestro ánimo.

Veo existe entre nosotros acuerdo entre los ayudantes que hayan de alternar en el servicio del Príncipe y en la persona que a su lado le oriente y tutele, que tengo entendido iba a partir en estos días para Estoril para saludaros y que le conocieseis.

Nos queda, por lo tanto, pendiente lo referente a la que llamais la Comisión de Estudios y estoy de acuerdo en que sea distinta a la del profesorado propiamente dicho; aunque sí, he de insistir que una cosa es la ordenación de las materias que han de componer el plan y otra muy distinta la intención política que debe presidirla. Puede evidentemente elaborar las líneas del plan intelectual a seguir, las actividades académicas en que puede tomar parte y demás extremos del alcance universitario; pero el fondo del problema es la forma de ejecutarlo, aparte de que el sistema no puede constituir una cosa rígida, ya que es imposible el prever todo y seguramente se cometerán omisiones que en la marcha de los estudios convendrá rectificar.

Por todo ello yo estimo que podría establecerse una Comisión Mixta formada por las personas que habeis pensado y otras que el Estado designaría para que presididas por otra, que pudiera ser el ministro de Educación Nacional o el director general de Enseñanza Universitaria, nos presentasen un programa para sobre él estudiar las que, por su prestigio y formación, serían las más adecuadas para desarrollar cada una de las disciplinas.

Con la presente me permito enviaros una nota sobre aquello que estimo podría constituir una primera orientación de lo que debe ser su formación para que ésta pueda ser lo más práctica y lo menos árida posible.

Os referís en vuestra carta a un punto oscuro de la mía en que os hacía referencia a una eventual consulta al Consejo del Reino. Me refería concretamente al caso de que hubiese una diferencia profunda de criterios, en

lo que no quisiera se me tachase de exclusivamente personal y ante la responsabilidad del hecho lo hubiera sometido a su superior juicio.

Monárquicos pocos y mal avenidos

De mi carta recogeis otro orden de cuestiones a las que me veía forzado a aludir al tratarse de la formación del Príncipe al que pretendo por todos los medios hacer agradable a la nación, liberándole de los recelos y desvíos que a la monarquía hubieran podido evitarse de haberse tenido en cuenta mis leales y desinteresados consejos. A ello me refería al hablar de la necesidad de deshacer equívocos y aproximar posiciones. No se trataba con ello de prejuzgar en este momento la cuestión sucesoria ni alterar la transmisión normal de las obligaciones y responsabilidades de vuestra rama, sino de llevar a cabo en las mejores condiciones posibles y con los mejores efectos la formación del Príncipe.

Sobre vuestro juicio de la monarquía estimo en su valor vuestros acertados juicios y que ratifiqueis vuestra posición tradicionalista recientemente reiterada. Siempre consideré un acto constructivo la unidad de los monárquicos, que evitase el espectáculo lamentable, ante el país, de presentarse como pocos y mal avenidos, ya que la monarquía no tenía ni tiene viabilidad por otro camino que el del tradicionalismo, ya que otro sistema estaría en pugna con el conjunto del Movimiento Nacional. Ahora bien, el decir hoy tradicionalismo es decir poco. Han pasado más de cien años por el tradicionalismo que enfocaba el fondo del problema sucesorio en el siglo pasado como la afirmación básica, ante el liberalismo, del imperio de la ley de Dios y el de la legitimidad de ejercicio. Ambos extremos han sido recogidos en el Movimiento Nacional, que tiene una dimensión incomparablemente mayor pues enfoca todos los problemas espirituales, políticos, económicos y sociales básicos para la convivencia nacional y para el progreso y grandeza de la nación.

Franco contra el liberalismo y la democracia

Yo quisiera grabar en vuestro ánimo y en el del Príncipe que la única y exclusiva solución para la vida y la grandeza de nuestra patria es la del

Régimen que hemos mantenido al correr de estos veinte años. No sólo no ha envejecido con el transcurso del tiempo sino que se ve revalorado por la eficacia demostrada y por los hechos que la situación del mundo y los avances del comunismo le imprimen.

El mundo camina hacia formas nuevas, los sistemas antiguos de las viejas democracias liberales se muestran caducos y sin fuerza para resolver los problemas que los anhelos de los pueblos suscitan. Todos piden justicia social, progreso económico, elevación del nivel de vida, salir del estado de atraso y de miseria y todo esto no puede alcanzarse con las divisiones internas, con la inestabilidad, con el dejar hacer del liberalismo, con la anarquía, sin la unidad, la autoridad, el orden y la disciplina; y como el sistema democrático liberal y de partidos provoca la división, la inestabilidad, la ausencia de solidaridad, la anarquía, y abre la puerta al comunismo, fue necesario buscar otras soluciones que conservaran y exaltaran los valores del espíritu bajo el imperio supremo de la Ley de Dios y bajo los principios de unidad, de autoridad, de libertad, de orden, de un espíritu eminentemente social, de racionalización y de eficacia; así nació nuestro sistema, levantado sobre lo que nos es común y que no solamente nos ha permitido la victoria guerrera contra la conjuración liberal y comunista sino que nos dio los triunfos continuados de la paz y del resurgimiento de España durante estos veinte años.

Ante esta necesidad histórica óptimamente servida, no representan nada los residuos de la política de antaño que aparecen todavía apartados del Movimiento Nacional; sus doctrinas carecen de actualidad y de eficacia.

(Franco reafirma sus ideas antiliberales y antidemocráticas, cuando don Juan —y su Consejo Privado muy pronto, como veremos— se situaban en línea parecida. Esta vez Franco falló como profeta de su tiempo. El mundo caminaba inexorablemente a la democracia con la que Franco se declaraba incompatible).

Los movimientos políticos modernos encierran un fondo eminentemente social y popular. Rechazan el capitalismo y quieren que se justifiquen los privilegios. La monarquía próxima a los grupos selectos de las

clases superiores que a las clases medias y laborales; por ello trabajan contra la monarquía cuantos la presentan patrocinada y amparada por los grupos capitalistas o aristocráticos. Si por otra parte los rojos desde la prensa extranjera la anuncian como el sistema puente que ellos necesitan, se comprenderán mejor los recelos que hasta en las gentes sensatas de nuestro pueblo encuentra la monarquía.

Franco cree que la adhesión de don Juan es fría y obligada

Por eso interesa tanto el que todos vean que las personas que forman al Príncipe merezcan la confianza de los diversos sectores sociales del Movimiento, que pueden librar, en lo posible, a la monarquía de esas aprensiones aceptándola como movimiento social y popular e identificada en un todo con el Movimiento. No por aceptación fría y obligada de ese titular de los Principios Fundamentales proclamados, sino con todo el régimen, con su orientación y con su futuro, con toda su obra realmente gigantesca.

(Está claro que Franco no quiere a don Juan. Cree que la aceptación del Movimiento en su última carta es "fría y obligada". El enorme esfuerzo de esa carta no le había servido de nada).

Perdonadme esta sinceridad que el servicio de la patria ha dictado a mi pluma.

Yo confío con V.A. que no surgirán nuevos estímulos para el equívoco y que, si os parece bien cuanto os propongo, podríamos pensar en entrevistarnos para cambiar las últimas impresiones y determinar algunos puntos que puedan quedar en el aire; en fecha próxima, en el Parador de Ciudad Rodrigo, lugar discreto al que suelo ir para mis entrevistas con Salazar y que queda apartado de la curiosidad y especulación de las gentes. Podría tener lugar, si V.A lo aceptase, el 21 ó 22 del corriente, días que tengo yo más descargados de trabajo.

En espera de su conformidad, le envío un afectuoso saludo.

Francisco Franco.

(Don Juan aceptó la idea de la entrevista. No había entendido la descalificación definitiva de Franco al final de la carta anterior. No compren-

día que su aceptación del Movimiento no le servía ya para nada. No captaba el tremendo significado de que Franco quisiera cambiar con él "las últimas impresiones". Se verían luego alguna vez más, pero sin hablar ya del futuro).

Las complicadas negociaciones (por carta y de palabra) mantenidas entre don Juan y Franco en 1960 sobre la educación superior del Príncipe denotan un forcejeo tenaz entre el Opus Dei y los elementos liberales del Ejército y del Movimiento. He hablado a fondo con los principales interesados y saco las conclusiones siguientes:

1) El Príncipe que no tenía un pelo de tonto, acabó bastante harto del Opus Dei en todo este asunto.

2) El auténtico vencedor en la confrontación fue, gracias a la insistencia de Franco, el que resultó Jefe de Estudios, profesor Torcuato Fernández Miranda, que ya en 1960 aceptó la idea del Príncipe para que el régimen futuro fuese una democracia occidental rigurosa. Miranda le convenció de que podría hacer formalmente la transformación por reforma de las Leyes Fundamentales. Ésta fue la clave de la transición (cfr. P. y A. Fernández Miranda, *Lo que el Rey me ha pedido,* Barcelona, Plaza y Janés, 1995).

Capítulo XXXVII
"Afirmo mi adhesión a los Principios del Movimiento" (Don Juan, 10 de julio de 1961)

DURANTE LA PRIMAVERA DE 1960 don Juan, como acabamos de ver, seguía sometido a las dos tendencias contrapuestas de sus consejeros, como venía sucediendo, aunque variasen las personas y los grupos, desde que recibió de su padre Alfonso XIII el depósito de la Corona. Ahora, en la primavera de 1960, la tendencia tradicional y franquista estaba representada por el grupo de la Tercera Fuerza que actuaba en combinación con Carrero-López Rodó y de acuerdo con Pemán, presidente del Consejo Privado, dentro del cual los tradicionales eran mayoría; y el grupo liberal antifranquista por Pedro Sáinz Rodríguez en Estoril (aunque en ocasiones pactaba con los tradicionales) y por los pequeños partidos monárquicos que trataban de afianzarse en España, tanto la Unión Española de Satrústegui como los grupos democristianos de Gil Robles y Giménez Fernández, que al configurarse poco antes como partidos habían asumido el ideal democrático que no siempre profesaran sus dirigentes. Pese a las declaraciones de acercamiento por parte de don Juan, lo cierto es que Franco no acababa de fiarse de él por sus reiteradas aspiraciones a ser "rey de todos los españoles" incluidos, naturalmente, liberales y rojos. Al

comenzar el mes de enero, en sus conversaciones íntimas con Franco Salgado, a las que siempre he atribuido un importante valor de testimonio histórico, Franco resumía así su desconfianza: "Don Juan no tiene remedio y cada vez se puede confiar menos en él". [328] Éste es el espíritu con que Franco iba a acudir a su nueva entrevista con don Juan.

Entre los políticos fieles al régimen de Franco, se mantenía también el antagonismo entre monárquicos (todos ellos tradicionales, con presencia creciente de la Tercera Fuerza) y falangistas, que no se sentían monárquicos. Esta tensión se personificaba en un personaje digno de estudio, Hermenegildo Altozano, nombrado gobernador civil de Sevilla por el ministro de la Gobernación, Alonso Vega, y que se presentaba como plenamente leal a Franco y a don Juan; era netamente monárquico pero se negaba a vestir la camisa azul e instaba en intensas cartas a don Juan a que se alinease abiertamente con Franco porque sin Franco la monarquía sería imposible. Altozano era miembro del Opus Dei, concitaba la aversión de la Falange y la desconfianza de Franco, que esperaba la ocasión de cesarle; su figura es importante también porque fomentó la carrera política del joven colaborador de la Presidencia del Gobierno, Adolfo Suárez.

La segunda entrevista en Las Cabezas

Como vimos, la nueva entrevista de Franco y don Juan iba a celebrarse en el parador de Ciudad Rodrigo pero una filtración la aplazó para el 29 de marzo en un lugar diferente, la misma finca de Las Cabezas, donde se habían reunido en 1954 para decidir los estudios militares del Príncipe. Ahora el anfitrión fue el joven marqués de Comillas, hijo del fallecido conde de Ruiseñada, cuyo retrato, con uniforme de alférez provisional, presidió el encuentro, que resultó menos emocionante para la crónica, porque el discreto escucha de la ocasión anterior, Ramón de San Pedro, no pudo pretextar su cuidado de teléfono; Franco ordenó la instalación de una nueva línea con telefonistas de la Casa Civil, Sáinz Rodríguez resume lo que don Juan le contó después. El conde de Barcelona llegó a

---

328 Cfr. F. SALGADO, *Mis conversaciones...*, op. cit., p. 277.

Las Cabezas al anochecer del 28 de marzo, después de visitar detenidamente el teatro romano de Mérida. Venía con el duque de Alburquerque, jefe de su Casa; el secretario diplomático Ramón Padilla y el dueño de la casa. A mediodía siguiente llegó Franco con el jefe de su Casa Civil, marqués de Casa de Loja; el segundo jefe, Fernando Fuertes de Villavicencio, y su primo y ayudante militar, el aviador Puente Bahamonde. Franco arremetió contra la filiación masónica de Sáinz Rodríguez (que envió después a Franco un informe negándola de manera convincente) en vista de que don Juan le reconocía como redactor de sus discursos y declaraciones, cosa que sacaba a Franco fuera de sí; y expresó a Franco su repudio de un panfleto sobre el carácter masónico del propio conde de Barcelona a lo que replicó Franco: "¡Qué canallada!" Luego fueron llamados al salón para intervenir en la entrevista el ministro de Obras Públicas, Jorge Vigón, y el de Educación, Jesús Rubio, que iba a encargarse de coordinar los estudios universitarios del Príncipe. [329] En sus conversaciones posteriores con Franco Salgado mostró Franco cierto desabrimiento respecto de la entrevista. "No estoy demasiado contento con la última entrevista pues se adelantó poco" y volvió a referirse a Sáinz Rodríguez, al que quería alejar cuanto antes de don Juan. Luego reconoció que se había llegado a un completo acuerdo para la educación civil del Príncipe, pero el acuerdo ya estaba logrado por cartas anteriores y necesitó después nuevos debates y perfiles de forma que el Príncipe perdió el curso entero. Franco revela que se ha designado enlace con don Juan y consejero del Príncipe para asuntos militares al general Castañón de Mena, uno de los militares más afectos al Opus Dei. [330]

Como la otra vez, don Juan presentó a Franco un comunicado conjunto que Franco aceptó sin comentarios, pero luego permitió que sus servicios lo modificasen. El comunicado se refería al acuerdo sobre los estudios universitarios del Príncipe; y contenía un párrafo que don Juan consideró como un triunfo para su causa personal:

---

329 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 238s.

330 Cfr. FRANCO SALGADO, op. cit., p. 284, 286. El profesor Suárez se refiere muy brevemente a la entrevista.

"Ante las interpretaciones faltas de base a que la estancia del Príncipe en España ha dado lugar, especialmente en el extranjero, S.E. el Jefe del Estado y S.A. el conde de Barcelona hacen público que dicha estancia se debe a razones pedagógicas y de sentido nacional pues es conveniente que el Príncipe don Juan Carlos se eduque en el ambiente de su patria, lo que no prejuzga la cuestión sucesoria ni la normal transmisión de las obligaciones y responsabilidades dinásticas".

En la versión publicada en España se añadió que todo se haría de acuerdo con la Ley de Sucesión; se llamó a Franco Caudillo y se borró la equiparación de don Juan y Franco. El cual comentó luego estas modificaciones sin darles importancia, porque realmente no la tenían; la cuestión sucesoria española no iba a resolverse con comunicados. [331]

Don Juan protesta por los cambios en la nota conjunta

El 11 de abril de 1960 don Juan dirigió a Franco la carta siguiente como continuación de los temas tratados en la entrevista:

A S.E. el Generalísimo don Francisco Franco, Jefe del Estado.

Madrid.

Mi querido General:

Ha vuelto Julio Palacios, después de entrevistarse con el director general de Enseñanza Superior, que le acogió cordialmente y del que Palacios sacó inmejorable impresión.

Pero me dice que se encontró extrañado con que en la lista de profesores que aquél tenía para formar la Comisión de Estudios del Príncipe faltaban dos nombres acordados por nosotros en la grata entrevista de Las Cabezas: el de Álvaro d'Ors y el de Antonio Fontán. Estoy seguro, mi General, de que se trata de un simple error que quizá a estas horas tendrá ya rectificado el director general, que dijo a Palacios iba a preguntar sobre tal extremo. Adjunto le remito la lista exacta de los nombres que, de común acuerdo, fijamos en nuestra entrevista.

---

331 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 238.

Ya puesto a tener el gusto de comunicarme con V.E. voy a extenderme a algún otro extremo relativo a la misma entrevista y a la nota conjunta en la que dimos cuenta de ella, cumpliendo así el propósito que juntos hicimos de prolongar la atmósfera de cordialidad de aquel encuentro, para mí inolvidable, con una comunicación constante y leal de todo cuanto nos pareciera conveniente a nuestro buen entendimiento.

Habrá advertido que en la prensa española se ha publicado la nota conjunta de la entrevista con un par de breves interpolaciones y una supresión, sobre la redacción que nosotros allí literalmente acordamos. Me apresuro a afirmar que no es la sustancia de estas variaciones lo que me ha preocupado, pues no las considero fundamentales. Pero me he preocupado al ver confirmada en ese extraño episodio la seguridad que ya le anticipé, de que existen en los órganos administrativos de su régimen, en materia de información o prensa, piezas o personas que tienen especial empeño en entorpecer la claridad de nuestras relaciones, ya que naturalmente supongo a V.E. totalmente ajeno a esas variaciones de lo acordado que seguramente ha conocido, como yo, al verlas en letras de molde.

Las consecuencias de esas conductas desembocan siempre en confusionismos y tan graves como el que refleja esa hoja que le acompaño y que se ha circulado por las oficinas sindicales e incluso se ha repartido en algunas calles. Todo cuanto hablamos para evitar campañas de desprestigio de la monarquía se viene abajo si se da pretexto a tergiversaciones como la descarada de esa nota, que me acusa de haber suprimido yo en la publicada en Portugal lo que precisamente otros introdujeron con solapada intención en la autorizada en España.

Vuelvo a repetir a V.E. que le considero ajeno a todo ese episodio y quiero aprovechar para afirmarle que también soy yo del todo extraño a las versiones y divagaciones que la prensa extranjera haya publicado o pueda publicar sobre nuestro encuentro.

Todo mi deseo es que la claridad y cordialidad de nuestra relación continúe sin una nube y que pronto esté constituida la Comisión de

Estudios que permita al Príncipe la ida a la patria, con cuya ventura los dos soñamos.

Le saluda con todo afecto. [332]

(Los profesores cuya presencia en la Comisión echa don Juan en falta pertenecían al Opus Dei).

Franco inicia la instrucción personal del Príncipe

Dos semanas más tarde, el 27 de abril, Franco respondía con la carta siguiente, que cierra la serie sobre los estudios del Príncipe:

A S.A.R. el conde de Barcelona.

Mi querido Infante:

Recibí oportunamente su carta, en la que se refiere a los catedráticos Álvaro d'Ors y Antonio Fontán, que ya el director de Enseñanza Media (sic) por haberlo promovido Julio Palacios, se le había contestado favorablemente y que no había figurado anteriormente en la lista que a aqueé se le entregó por aparecer tachados en la que habíamos convenido en Las Cabezas, pues a última hora a V.A le parecían muchos y al reducirlos prefirió que quedaran fuera otros dos nombres que sustituyeran a éstos; pero en fin es una cuestión de detalle que no reviste importancia y que ha sido subsanada incorporándolos a la Comisión.

En la nota que me incluye figura como presidente Julio Palacios que, estando el director general de Enseñanza Superior que es su Jefe, a éste es a quien le corresponde presidir.

Respecto a las pequeñísimas variaciones llevadas a cabo en el texto de la nota que aquí se dio a la prensa, y que no desvirtúan en lo más mínimo al que en Las Cabezas di mi conformidad, se llevaron a cabo con mi expresa autorización, por haber considerado en una nueva lectura que el texto aceptado y que traíais anticipadamente redactado, interesaba dejase a salvo la Ley de Sucesión en vigor, consultada y refrendada por la nación, y que la consolidación y continuidad de la obra realiza-

---

332 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 402.

da es la del Movimiento Nacional, pues ése fue el fondo de nuestra conversación y del equívoco despejado en nuestras cartas, que aclaraba los conceptos vertidos a un gran sector susceptible de nuestro país.

No os avisé de ellas pues la redacción no alteraba en nada y sí aclaraba lo convenido en Las Cabezas y desconocía el que fueseis ahí a dar la nota, que aquí íbamos a dar a la prensa y agencias. Comparto con V.A. la mala intención y turbios propósitos de las hojas circuladas, pretendiendo explotar como diferencias sustanciales esas pequeñas aclaraciones, sobre las que estamos indagando y que han intentado sorprender la buena fe de muchos sectores hacia la monarquía, achacándonos una supuesta falta de identificación con el Movimiento; precisamente lo contrario de lo que se intentaba al dejar a salvo la Ley de Sucesión y el Movimiento.

Comparto vuestros deseos sobre la claridad y cordialidad de nuestras relaciones y espero que pronto la Comisión de Estudios nos haga su propuesta.

En estos días he tenido ocasión de recibir al Príncipe y conversar largamente con él, encontrándole mucho más hecho que en las últimas entrevistas y muy sensato en sus juicios y apreciaciones. Confío que esta etapa de su formación y estudios le sea muy provechosa.

Cuando vuelva de Barcelona, a donde partiré en breve para pasar varias semanas, hemos quedado en que venga un día a almorzar conmigo para cambiar impresiones con él sobre sus estudios y actividades.

Muy afectuosamente le saluda.

Francisco Franco. [333]

Las conversaciones de Pemán con Franco

Desde la presidencia del Consejo Privado de don Juan, que había asumido poco después de entrado el año 1960, José María Pemán se esforzaba por mediar entre don Juan y Franco y en poner orden y concierto entre los múltiples grupos monárquicos, divididos fundamentalmente en dos

---

333 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 402s.

sectores: uno mayoritario, de tendencia tradicional y acorde con el régimen de Franco, en el que influían cada vez más los consejeros afines al Opus Dei; otro minoritario y muy dividido en varias corrientes, que pretendía la orientación de la causa monárquica en sentido liberal, antifranquista y democrático. Pemán, que pertenecía abiertamente al primer grupo, se entrevistó varias veces con Franco de acuerdo con un guión que fue elaborado en Estoril por Sáinz Rodríguez con aprobación de don Juan. Pemán no debía entrar en el problema del Príncipe, reservado a la negociación directa de don Juan y Franco. Pemán debería mostrarse cordial, comprensivo con el régimen, al que nunca debería considerar interino. Debería concretar varios agravios sobre la propaganda antimonárquica del régimen, y tantear con prudencia la "nebulosa" con que Franco ha envuelto al problema sucesorio. Debería fomentar "la mutua confianza y seguridad entre la dinastía y el Generalísimo". Más aún: "La monarquía desea heredar el espíritu de realismo evolucionista que caracteriza al Régimen". Pemán tendría que explicar la presencia de la CEDA en el Consejo Privado, según acuerdo logrado en Estoril, que "fue roto por la imprudencia de Gil Robles".

Pemán exponía estas ideas a Franco con simpatía y moderación. Franco se encontraba a gusto con el insigne escritor y fidelísimo monárquico. Le manifestó que estaba dispuesto a terminar con la censura y conceder libertad de prensa. "El futuro de España es la monarquía tradicional católica, etc. El titular de ella es don Juan. Don Alfonso XIII dejó bien clara la sucesión". Franco criticaba el carácter influenciable de don Juan; pero "hoy por hoy no hay nada que aconseje prescindir de la persona de don Juan". No lo pensaba, pero lo decía en gallego.

Sin embargo, Franco decía a Pemán que se encontraba muy bien de salud y que podía seguir siendo útil a España. "No puedo yo embarcarme ahora en resoluciones que disminuyan la capacidad de decisión de ese momento en que las circunstancias puedan indicar como más conveniente para la patria el padre o el hijo, esta fórmula u otra de monarquía". Franco alabó a Pemán la incorporación de los tradicionalistas en 1957. Y dejó el problema sucesorio en la ambigüedad; sabemos por otras fuentes

que ya tenía a don Juan prácticamente descartado desde mucho antes y pronto se lo diría al propio Príncipe. [334]

El Consejo Privado no acepta la democracia

El segundo problema que tuvo que lidiar Pemán en la primavera de 1960 fue un duro recrudecimiento de la polémica del año anterior entre el ex ministro Yanguas y el tradicionalista Arauz de Robles, es decir entre antiguos alfonsinos y antiguos carlistas dentro del Consejo Privado. Ahora el motivo de la disputa era la reticencia de los alfonsinos ante el acercamiento de don Juan a los tradicionalistas y la disconformidad de Yanguas y sus amigos con la eliminación del duque de la Torre, a la que había cooperado Arauz de Robles con otros antiguos carlistas. Con suma comprensión y habilidad consiguió Pemán apaciguar esta disputa dentro del sector monárquico tradicional en la sesión del Consejo Privado celebrada el 24 de mayo de 1960, donde estalló otra, más grave, que enfrentaba a los dos sectores tradicional y liberal. El Consejo Privado se reunió en Madrid en casa del duque de Alburquerque con la presencia de casi todos sus miembros, unos treinta. Franco contaba con informadores dentro de la reunión, a la que Pemán propuso la preparación de un conjunto de leyes para la monarquía próxima, lo cual naturalmente sentó a Franco como se puede imaginar. Pero lo importante fue la propuesta de Carrascal, en nombre de Gil Robles, sobre si la monarquía debería ser una continuación del Movimiento o asumir ya abiertamente la idea liberal y democrática con partidos políticos.

Pemán y los tradicionalistas como Arauz de Robles declararon ya resuelta la cuestión; don Juan se había decidido por la monarquía tradicional "continuadora del Movimiento hasta su superación" y descartaba la liberal. El sector tradicional tenía mayoría amplia en el Consejo Privado y acordó posponer el debate hasta que don Juan asumiera la Corona; entonces los grupos democráticos —Democracia Cristiana,

---

334 Relación Franco-Pemán en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 812.

Unión Española— enviaron mensajeros a don Juan para que se pronunciase, pero el conde de Barcelona recomendó que los diversos grupos monárquicos llegasen a un consenso. Para Franco estos acontecimientos —en los que de momento se descartaba la definición democrática— remachaban su decisión de prescindir de don Juan para el futuro. Y eso que el Consejo Privado había rechazado por mayoría clara a la democracia liberal.

En 1961 el Consejo Privado aprobó la formación de varias comisiones: de Estudios Legales (Yanguas), de Propaganda. (Arauz, Fernández de la Mora), de Información (J.I. Luca de Tena, Pérez Embid), de Economía (Gamazo, Viesca). Con motivo de las bodas de plata de los condes de Barcelona se celebró en Estoril, el 12 de octubre de 1960, una sesión del Consejo Privado completamente dominada por la mayoría tradicional; las minorías demócratas decidieron, muy democráticamente, no asistir; el Consejo acordó intensificar las relaciones con Franco, que ante tantas idas y venidas se fiaba cada vez menos de los monárquicos. Las minorías democráticas seguían, evidentemente, la guerra por su cuenta en contra de Franco y sin hacer caso de don Juan. [335]

Franco, cuando iba a cumplir 68 años, tendía a simplificar el conjunto de sus frentes adversarios más que a distinguirlos, con lo que inconscientemente les unificaba. 1960 era el año en que se venteaba el Concilio Vaticano II y diversas organizaciones seglares de la Iglesia pasaban abiertamente a la oposición contra el régimen. La Hermandad Obrera de Acción Católica suscitaba agitaciones en Vizcaya, que desembocaron en una carta de más de trescientos curas vascos a sus obispos que fue calificada por el régimen como acto de subversión; en Cataluña sectores de Acción Católica seguían al joven médico político Jordi Pujol en movimientos de protesta autonomista contra el régimen que aprovechaban las imprudencias de algunas autoridades y portavoces del régimen para afianzarse. [336]

---

335 Cfr. LUIS SUÁREZ, *Francisco Franco...*, op. cit., p. 179, 217.

336 Cfr. LUIS SUÁREZ, op. cit., tomo V,I p. 190s. 197s.

Franco protesta por unas cartas de Prieto

En aquel agitado mes de mayo de 1960 Franco escribió, el día 25, a don Juan una breve carta sobre ciertos artículos publicados por Indalecio Prieto en el exilio, en los que insertaba, con graves injurias a don Juan, varios fragmentos de la correspondencia entre Franco y el conde de Barcelona. "El hecho de que haya podido ser conocido por ese sujeto el texto de mis cartas —dice Franco— demuestra la complicidad y el abandono de los que a vuestro lado tienen acceso a esos documentos que con su mala fe y negligencia vienen dando armas a los enemigos. Eso demuestra, una vez más, el daño que hace el tener cerca de sí o fiarse de personas de antecedentes turbios". Las cartas se referían a la época de las negociaciones entre Gil Robles y Prieto: Franco no desaprovecha la ocasión de propinar una estocada a los consejeros antifranquistas, cuya imprudencia por supuesto había sido inconcebible. Don Juan contesta como puede el 30 de mayo; dice que la carta más reciente data de 1946, "una época, por fortuna ya muy antigua". Y encima echa la culpa a la prensa del régimen, cuyos excesos quiso contrarrestar, por lo visto, la Secretaría Política de don Juan, en aquellos tiempos, dirigida por Eugenio Vegas Latapié y ya suprimida. (Pobre Vegas que carga con los platos rotos). En cambio, según don Juan, sus actuales colaboradores son hombres de honor e incapaces de facilitar tales filtraciones. La explicación de don Juan no puede ser más desmañada; para compensarla pide a Franco que autorice un reportaje que publica la revista *Life* sobre la vida del conde de Barcelona y le cuenta su conversación cordial con el presidente Eisenhower a quien acababa de servir de intérprete para la entrevista del general con Salazar. [337]

Un gran cuadro de profesores

En agosto de 1960, José María de Areilza cambia la Embajada en Washington por la de París, desde la que se acerca cada vez más abiertamente a la causa de don Juan. Todavía a principios de ese verano la Comisión Mixta para determinar los estudios universitarios del Príncipe

---

337 Cartas en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 403.

no llegaba a un acuerdo; como representante principal de don Juan en ella, el profesor Julio Palacios pretendía designar al conjunto del profesorado. Sin embargo, como por arte de magia, el director general de Enseñanza Universitaria que presidía la Comisión, profesor Torcuato Fernández Miranda, logra el acuerdo final y el Príncipe puede empezar el curso 1960-61 bajo la dirección de un cuadro de profesores de primera magnitud, que influirán, sin excepciones, muy beneficiosamente en su formación: el propio Fernández Miranda, Federico de Castro, Gaspar Bayón, Segismundo Royo Villanova, Martín de Riquer, Francisco Induráin, Vicente Palacio Atard, Luis Morales Oliver, Antonio Rumeu de Armas, Enrique Fuentes Quintana, Manuel Varela Perache y Laureano López Rodó. Por una vez, una Comisión no había servido para estropear un problema sino para conseguir una selección inmejorable. El Príncipe recibía lecciones en su residencia, que fue primero la Casa de Arriba en El Escorial y luego, ya en 1961, el antiguo Pabellón de Caza en la Zarzuela, cerca del palacio del Pardo; asistía a clases en la universidad, oía conferencias y visitaba centros oficiales e industriales. [338]

La hábil victoria de Anson contra Ortí Bordás

Al comenzar el curso académico 1960-61, el Príncipe asistía a algunas clases en la Facultad de Derecho. Fue recibido generalmente con expectante corrección; era un militar de carrera muy acostumbrado a tratar con la juventud y con su sencillez y su don de gentes se ganaba pronto a sus nuevos compañeros universitarios. Curiosamente tropezó sólo con jóvenes monárquicos de la rama javierista, unos cincuenta, que parecían perfectamente adiestrados para fastidiarle. Por entonces el antiguo dirigente de la CEDA José María Valiente, pasado después al carlismo, fue designado por el príncipe Javier como jefe delegado del carlismo en España, con el veterano Zamanillo como secretario general, aunque la dirección del sector carlista que no se había adherido a la causa de don Juan en 1957 estaba en manos del entonces príncipe francés Hugo, hijo de don Javier, que se presentaba como príncipe de Asturias y que conseguiría con

---

338 Cfr. LÓPEZ RODÓ, *La larga marcha...* op. cit., p. 176.

su extraño viraje izquierdista y errático, aún no explicado hasta hoy, lo que no logró siglo y medio de acción política y militar por parte del Estado liberal: aniquilar al carlismo tras sumirle en la esquizofrenia.

El joven periodista Luis María Anson, jefe de la Juventud Monárquica, organizó con sus partidarios, que rebasaban los doscientos, la contraofensiva en favor de don Juan Carlos. Sin responder a la provocación de los javieristas, dirigidos por José Miguel Ortí Bordás, a quien los informes monárquicos califican de "hombre peligroso, de ideas socialistas, admirador de Fidel Castro, que recibía órdenes del SEU" para reventar la presencia del Príncipe, Anson convenció a los falangistas independientes y a los grupos de izquierda para que le ayudasen a cortar la grosería javierista y logró un éxito político notabílisimo; los javieristas abandonaron el campo y el Príncipe pudo continuar el curso sin incidentes, por lo que el conde de Barcelona felicitó al jefe de la Juventud Monárquica. Pasaron aquellas tormentas y evolucionó sensatamente Ortí Bordás que hoy sirve lealmente a don Juan Carlos como portavoz del Partido Popular en el Senado. [339]

"Una nueva generación —anunciaba *Arriba* al comenzar el año 1961— se incorpora a los cuadros del Movimiento". Se refería al vicesecretario general, Fernando Herrero Tejedor; al director del Instituto de Estudios Políticos, Manuel Fraga Iribarne; y a los consejeros sindicales Antonio Chozas y Pío Cabanillas.

"Yo seré el Rey y no mi hijo"

Empezaba la era espacial con el retorno del primer humano en órbita terrestre, el soviético Yuri Gagarin, cuando la Argelia francesa se rebelaba contra el general De Gaulle. El 8 de enero de 1961 el *Giornale d'Italia* publicaba unas tajantes declaraciones de don Juan en las que, bajo el título "Yo seré el Rey y no mi hijo", el conde de Barcelona afirmaba: "Sobre este punto existe un acuerdo indestructible entre mi hijo y yo en el seno de toda la familia real que está sólidamente unida en un bloque". [340] Sin

---

339 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 94s.

340 Cfr. L. SUÁREZ, op. cit., VI, p. 299s.

embargo, don Juan, sin abandonar su idea tradicionalista, se mostraba algo más sensible a la orientación democrática. Lo había indicado en esas declaraciones italianas y lo revelaban informes de diversas redes secretas que por entonces se entregaban a Franco; tres grupos monárquicos se habían configurado ya como partidos demócratas (Democracia Social de Gil Robles, Unión Española de Satrústegui y Agrupación Popular de Tierno, a los que cabría añadir la Izquierda Democristiana de Giménez Fernández) e informaban de que "don Juan había decidido reorientar su política evitando nuevos compromisos con los tradicionalistas para acercarse a los sectores liberales... don Juan no piensa ya en entregarse a los tradicionalistas sino en variar de postura, contra lo que le aconsejan Pedro Sáinz Rodríguez y el grupo Opus; y dar entrada a los demócratas y liberales". [341] Aunque Franco consideraba a Pedro Sáinz un empedernido liberal, parece claro que desde 1957 había virado tácticamente en favor de los tradicionalistas y de la Tercera Fuerza, sin rechazar, desde luego, el concurso de los liberales. Don Juan mantenía su política de consenso, quería integrar a todos los grupos en la monarquía, lo que para Franco significaba el repudio del Movimiento pese a las cartas en que don Juan se había aproximado al Movimiento.

Esta política de consenso por parte de don Juan se interpretaba fatalmente como ambigüedad; y es que entre tradicionalismo anacrónico y democracia liberal, que eran las dos tendencias dentro del juanismo, no cabía la síntesis, había que elegir y don Juan no quería elegir. El 20 de mayo se reunieron en el hotel Fénix quinientas personas en homenaje a Luis María Anson por haber ganado el premio Luca de Tena. El acto resultó a la vez tradicional (es decir antidemocrático) y antifranquista, que era entonces la posición del homenajeado. En su discurso, Anson aludió a la conveniencia de que alguien imitase a Carlos V cuando renunció al poder; evidentemente no se refería a don Juan, de quien era servidor hasta la muerte, sino a Franco. Sin embargo, la línea ideológica del acto no fue la demócrata sino la antidemócrata de Acción Española, bajo la inspiración de Ramiro de Maeztu. Franco, sin embargo, en sus conver-

---

341 LUIS SUÁREZ, ibid, p. 301.

saciones íntimas, criticó la presencia complacida de varios generales en la cena, "que hubieran debido marcharse".

Pero es que tampoco el Consejo Privado respaldó el homenaje a Luis María Anson, según nota que publicó en *Le Monde* el 13 de junio en nombre de la Secretaría del conde de Barcelona. [342]

Entra la Princesa Sofía de Grecia

Don Juan Carlos estaba ya en edad de casarse y la primera novia que se le atribuyó fue la bellísima y casquivana María Gabriela de Saboya, que no pasó a mayores. Pero ese mismo mes de mayo de 1961 don Juan Carlos acompañó a sus padres a bordo del Saltillo para asistir en Inglaterra a la boda de la duquesa de Kent. El acontecimiento congregó a la realeza europea y allí tuvo la suerte de conocer el Príncipe a la princesa Sofía de Grecia, hija de los reyes Pablo y Federica, que sería en 1975 reina de España. La princesa, como todo el mundo sabe, transparentaba una irresistible luminosidad interior, se había forjado en la adversidad, estaba emparentada con las principales familias reales de Europa, sin excluir a los Battenberg, hablaba media docena de idiomas y poseía una cultura amplísima. Don Juan decidió llevar con mucho secreto el curso del noviazgo y el anuncio de la boda, como para recalcar que se trataba de un asunto exclusivo de la familia, sin dar de ello la más mínima participación al jefe del Estado hasta que la noticia se hiciese pública.

Se acercaba el XXV aniversario del Alzamiento Nacional de 1936 y Franco había comunicado la inmensa importancia estratégica del acontecimiento al inaugurar, el anterior 3 de junio, la VII legislatura de las Cortes. Sin el Alzamiento y la victoria, dijo, "la Península Ibérica hubiera constituido, en los últimos cinco lustros, el factor más eficaz y estimulante para la proyección del comunismo sobre Hispanoamérica. Ésta es la deuda que el mundo cristiano continúa teniendo con España y ésta es también la razón de la ofensiva permanente y sin cuartel del comunismo internacional".

---

342 Cfr. LUIS SUÁREZ, op. cit., VI, p. 287; Franco Salgado, op. cit., p. 319.

Me parece una observación profundísima y certísima. Aun con España fuera de su alcance, el expansionismo soviético que había hecho de Cuba, a partir de 1959, su plaza de armas, trató de utilizar, a raíz de las convulsiones conciliares, la plataforma española para la comunicación de la teología marxista de la liberación a las Américas, junto con la plataforma de la Iglesia "progresista" norteamericana. Si el comunismo hubiese contado con una base española plena desde 1939, puede que el Muro de Berlín, que se alzaba precisamente en el verano de 1961, se hubiera construido a lo largo del Río Grande y bastantes años antes.

En un intento supremo de acercarle a Franco para evitar el salto dinástico, los consejeros tradicionalistas-Opus de don Juan le convencieron para que en el XXV aniversario del Alzamiento Nacional le dirigiese la carta más comprometida de su vida, con fecha 10 de julio de 1961. Vamos a transcribirla íntegramente:

A S.E. el Generalísimo don Francisco Franco, Jefe del Estado.

Madrid.

Mi querido General:

Por el mandato providencial de la Historia y de la sangre que recibí del Rey mi padre, nada español me puede ser ajeno. Y menos que nada este aniversario de una fecha que porque significa tanto para la vida de la patria tanto significa para mi corazón.

Como un español más quise participar personalmente en el Glorioso Alzamiento y sólo cuando V.E me recordó las responsabilidades que Dios podía reservarme en el servicio de España, tuve que renunciar a lo que entonces constituía mi más entrañable aspiración.

Al cumplirse el primer cuarto de siglo del 18 de julio de 1936, esta soledad y alejamiento en que vivo se me llena de entrañables recuerdos; el Rey mi padre, desterrado ya y gravemente enfermo en un despacho de Roma, colocando ilusionadamente banderas rojas y amarillas sobre el mapa, al compás del avance de las tropas conducidas por V.E.; sus gestiones con Víctor Manuel de Italia en colaboración entusiasta, aunque lejana y melancólica, en una empresa nacional en la que se sentía un soldado más.

Algo más, sin embargo, me obliga a dirigir a V.E. —que como Generalísimo de los Ejércitos que lograron la Victoria asumió y sigue desempeñando la Jefatura del Estado con poderes que le permiten influir decisivamente en el porvenir— este mensaje que desearía llegara también a todos los españoles, erróneamente informados con demasiada frecuencia, sobre la Causa que represento.

Cumpliendo con las obligaciones derivadas de las responsabilidades que V.E. previó podían recaer sobre mí, tengo que proclamar la vinculación de la monarquía con el Alzamiento del 18 de julio de 1936. Sin él nuestra institución secular, como tantos valores fundamentales de nuestra Historia y de nuestra vida como pueblo, difícilmente hubiera podido salvarse. Pero a su vez, sin la monarquía, el heroico y colosal esfuerzo que se inició entonces no hubiera encontrado fórmula política adecuada en que desembocar.

La Monarquía en los Principios Fundamentales

Por eso el Alzamiento del 18 de julio, desbordando por su empuje popular irresistible los estrechos planteamientos iniciales, se declaró en seguida contra la República y, al profundizar afanosamente en nuestro ser, en nuestro genio, en nuestra vida, encontró, como no podía menos, la monarquía Tradicional, creación de nuestro pueblo, compendio de sus instituciones públicas y garantía de su personalidad y de sus libertades.

En el único dilema posible —Monarquía o República—, el 18 de julio se pronunció contra ésta y por la monarquía. Aparte nuestra inquietud de españoles, ninguna impaciencia sentimos por su advenimiento. Pero si ha de producir sus frutos, necesario es que se instaure real y verdaderamente.

A su vez la monarquía puede ofrecer al Alzamiento unas garantías de permanencia, de amplitud nacional (nada más ajeno a su carácter que esa caricatura demagógica que la presenta como régimen de señoritos y palaciegos), de autenticidad y de respeto entre los demás pueblos que en vano se buscarán en otras partes.

Dentro de las fuerzas que más destacadamente concurrieron al Alzamiento, están los tradicionalistas cuyos principios hice míos el 20 de diciembre de 1957 comprendiendo que a la hora de la monarquía nadie con más autoridad para proclamar que este régimen es nuestro patrimonio político más esencial como nación.

No es la reposición de un régimen pasado lo que pretendemos. Con el nombre de monarquía aspiramos a lograr una creación política que recoja las experiencias de las crisis recientes y las conclusiones del pensamiento más actual.

Tengo clara conciencia de que el ambiente nacional difuso que prevé como una realidad ineludible la implantación de la monarquía surgida de la natural evolución del régimen que V.E. encarna, se debe principalmente al hecho de haber sido elevada la idea monárquica a su actual nivel de principio y ley fundamental de la patria.

El sistema político de constitución abierta que hoy rige y que será heredado por el régimen futuro, me permite afirmar, sin hacer violencia alguna a mi pensamiento, mi adhesión a los Principios y Leyes Fundamentales del Movimiento que, además de estar implícitos en la doctrina tradicional española, llevan en sí prevista la flexibilidad necesaria frente a todas las exigencias de la evolución y de la vida.

Don Juan se adhiere a las Leyes Fundamentales

Yo tengo absoluta confianza en la lealtad y sinceridad de cuanto manifestó V.E. reservadamente en su entrevista última con José María Pemán. Comprendo también las exigencias de una táctica política para hacer frente a las necesidades del momento.

Pero al iniciarse este período de estructuración definitiva del Estado que V.E. acaba de anunciar, echo de menos y con toda franqueza se lo manifiesto a V.E. un más íntimo y personal contacto entre los dos para considerar los remedios posibles a los previsibles problemas que el futuro, más o menos inmediato, ha de presentar a España en el ambiente grave e incierto porque atraviesa el mundo.

Pido a Dios que ilumine a V.E. para que logre vencer las dificultades que hoy puedan presentarse y sobre todo para que queden trazadas firmemente las rutas de un futuro que permita la grandeza y la prosperidad de la patria.

Reciba un cordial abrazo de su affmo. [343]

(Don Juan se ha adherido al Alzamiento y a las Leyes Fundamentales, entre ellas la de Sucesión que descalificó en 1947. Ya era tarde para él pero marcó el camino que seguiría su hijo don Juan Carlos en 1975; después de aceptar las Leyes Fundamentales en ese año y la legitimidad del 18 de julio en 1969, encontró en esas mismas leyes la vía para su reforma y sustitución. Ni que decir tiene que dedico esta carta de don Juan muy especialmente a quienes parecen no haberla conocido jamás, es decir, los neojuanistas de hoy).

Franco agradece la adhesión entusiasta de don Juan

El 22 de julio Franco envió a don Juan la respuesta siguiente:

A S.A.R. don Juan de Borbón.

Mi querido Infante:

Recibí vuestra afectuosa carta del 10 de julio en que tan entusiásticamente os unís a esta fiesta jubilar del Alzamiento Nacional, que en el alejamiento de la patria encierra para V.A. tan entrañables recuerdos, como es el entusiasmo y colaboración que prestó al Movimiento vuestro augusto padre y vuestros intentos de participación en nuestra Cruzada, frustrados por razones más altas.

Sé con cuánta alegría habreis recibido la noticia de que en este aniversario del Alzamiento y a veinticinco años de distancia se mantiene íntegro el espíritu de la Cruzada y la firme lealtad de los combatientes que en su viril desfile del 18 de julio fueron acompañados de una ola de emoción y de entusiasmo que unió a todos los españoles.

Si hace sólo dos meses en Andalucía el entusiasmo y la adhesión del país se mostraron en impresionantes manifestaciones, hoy es la genera-

---

343 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 403s.

ción de los combatientes y su expresión de decidida firmeza la que da, una vez más, al país unidad y confianza.

Esto nos demuestra que por encima de toda torpe vanidad, la política que en el país viene desarrollando el Régimen en años tan difíciles ha sido acertada, y que en todas las ocasiones que al pueblo se presentan, éste la refrenda con su adhesión y con su entusiasmo.

Esto, que a tantos parece un milagro, no lo es, sino que es consecuencia de la constancia y honradez de una política y de un ideario en consonancia con la psicología y características de nuestro pueblo y con las necesidades de la hora política por la que el mundo pasa. Ello demuestra, una vez más, que no hay nada formal que variar, sino el completar y perfeccionar lo realizado, en cuyo camino no cesamos.

Mucho me complace la vinculación, que me expresais, de vuestra rama con el sector tradicionalista de nuestra vieja monarquía, que comprende a la parte más sana y entusiasta de los sectores monárquicos; aunque no debemos olvidar que estas antiguas clasificaciones, a las que muchas familias viven unidas, están superadas por el Movimiento Nacional que con la unificación ofreció al país un ideario en que se recogió lo más sustantivo y vital de aquellos movimientos políticos y al que aportaron doctrina e idearios valiosos otros sectores de la nación que al correr de estos veinticinco años han arraigado en las nuevas generaciones.

Tomo nota de vuestro interés, que agradezco, para un mayor contacto, aunque la realidad española es muy distinta de como se puede ver desde el exterior, desfigurada tantas veces por informaciones tendenciosas e irreales.

Siempre que os escribo no puedo menos de recordar a vuestro augusto padre, aquel gran patriota a quien tanto quise y lealmente serví en los años felices de mi juventud. Por ello os deseo mil venturas, con vuestra augusta familia, y agradeciendo vuestro afectuoso recuerdo queda siempre de V.A. afmo. buen amigo que os abraza.

Francisco Franco. [344]

---

[344] Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 405.

El compromiso matrimonial de don Juan Carlos

En su respuesta a don Juan que acabo de transcribir, Franco agradece la identificación del conde de Barcelona con el Movimiento, pero no saca de ello consecuencias políticas; don Juan está descartado ya para la sucesión. Aquel mismo verano el infante don Jaime, aconsejado por la banda de aprovechados que le rodeaban, se enfrenta con Franco y comunica a la opinión mundial —que no le hace el menor caso— que considera nula su renuncia de 1933; he contado las aventuras y desventuras de don Jaime en mi libro *Victoria Eugenia, el veneno en la sangre* (Planeta 1992) y no me detendré ahora en ellas, pero no faltaron en España juristas ilustres que aceptaron la nulidad de aquella renuncia, por lo que según ellos el hijo de don Jaime, don Alfonso de Borbón Dampierre, podía ser candidato a la Corona de España, lo cual se convirtió en una importante baza en manos de Franco, como don Juan no tardaría en advertir.

El 11 de septiembre, el hombre de confianza del almirante Carrero y profesor del Príncipe, Laureano López Rodó, estaba en Lisboa aprovechando un oportunísimo Congreso de Ciencias Administrativas. Comentaba con el embajador Ibáñez Martín los rumores crecientes sobre el compromiso matrimonial de los príncipes Juan Carlos y Sofía. Esa misma mañana el embajador preguntó sobre el tema al conde de Barcelona, sugiriéndole que el jefe del Estado debería ser la primera persona en saberlo pero don Juan negó rotundamente los rumores "sobre los amoríos" dice el embajador. Y añadió: "Yo oficialmente en España no soy nada, no se me ha reconocido nada, soy uno de tantos pretendientes, me han abandonado en el grave problema del infante don Jaime que está rematadamente loco". El Príncipe Juan Carlos salió ese mismo día para Lausana sin decir una palabra. También negó don Juan los rumores de compromiso a López Rodó que le visitó el mismo día por la mañana y por la tarde, aunque le dijo que estaba dispuesto a jurar las Leyes Fundamentales, a lo que nadie le había requerido; pero de los rumores nada de nada, pese a que López Rodó relacionó —como había hecho el embajador— la cuestión del posible compromiso de don Juan Carlos con la Ley de Sucesión en virtud de la cual parecía necesario que Franco se enterase oficialmente, López Rodó insinuó a

don Juan, a título personal, que podría ofrecer a Franco el Toisón en el inminente XXV aniversario de su exaltación a la Jefatura del Estado, el siguiente 1 de octubre.

Al día siguiente, 12 de septiembre, el embajador Ibáñez Martín despedía a don Juan al pie del avión de Ginebra y le volvió a preguntar sobre el compromiso matrimonial de don Juan Carlos. Don Juan volvió a negarlo decididamente y así lo telegrafió el embajador a Madrid. Los periódicos del día siguiente, 13, daban la noticia del compromiso que don Juan confirmó por télefono a Franco cuando éste se encontraba a bordo del Azor y la noticia ya se había hecho pública horas antes por el príncipe Constantino en Atenas. Para Ibáñez Martín fue como un rayo; para Franco, un terrible desaire no fácil de perdonar. [345]

Don Juan felicita a Franco en su XXV aniversario como jefe del Estado

Don Juan regresó a Estoril el 25 de septiembre y llamó a Ibáñez Martín para darle una explicación diplomática y problemática sobre su negativa de los días 11 y 12; el anuncio del compromiso se iba a retrasar pero el rey de Grecia exigió en Lausana el anuncio inmediato por motivos de conveniencia política. Dos días más tarde don Juan ofreció a Franco el Toisón de Oro pero cometió la terrible pifia de relacionar tan alto ofrecimiento con el anuncio de la boda del Príncipe de Asturias.

Veamos la citada carta:

A S.E. el Genealísimo don Francisco Franco, jefe del Estado.

Madrid.

Mi querido General:

Al cumplirse los 25 años del acceso de Vuestra Excelencia al poder tengo verdadera satisfacción en hacerle llegar mis más sinceros votos por su salud, dichosamente conservada en medio de tantas preocupaciones y trabajos patrióticos, y por su felicidad personal en unión de su familia.

---

345 LÓPEZ RODÓ, op. cit., p. 183. L. SUÁREZ op. cit., VI. p. 306s.

Cuantas consideraciones de índole política pudiese yo añadir en esta ocasión quedaron ampliamente expresadas en la última carta que con motivo del 25 aniversario del Alzamiento tuve el gusto de escribir a V.E.

Le supongo enterado por el representante de España en Atenas de lo felizmente que se desarrollaron los acontecimientos relacionados con el anuncio de la boda del Príncipe de Asturias.

Tengo la certeza de que este matrimonio, que ha sido acogido con expresiva cordialidad por todas las Cortes europeas y las Cancillerías del mundo occidental, será un servicio a nuestra patria, beneficiando al creciente prestigio internacional de la España de hoy y asegurando para el futuro la continuidad de la dinastía, que era asunto que me preocupaba hondamente desde la desgraciada muerte de mi querido hijo el Infante don Alfonso (q.e.p.d.).

Quiero ahora hablar a V.E. muy confidencialmente de un asunto que por referirse a nuestras relaciones personales considero de verdadera importancia.

Cuando, por decisión propia, el duque de la Torre cesó en el cargo de preceptor del Príncipe de Asturias, algunas personas me propusieron que como expresión de mi estimación y gratitud por los servicios prestados le concediese el Toisón de Oro. Entonces contesté que sin entrar a discutir los merecimientos del duque de la Torre yo no podía acceder a esta propuesta porque tenía firmemente decidido que el primer español a quien yo otorgaría el Toisón habría de ser el Generalísimo Franco.

Don Juan ofrece a Franco el Toisón de Oro

Desde que se divulgó ese propósito mío, he recibido ya en varias ocasiones la indicación de que debería conceder el Toisón a V.E. y ahora deseo explicarle con toda sinceridad por qué he aceptado esas sugestiones.

Siendo este honor la única cosa digna de su persona que las circunstancias me permiten ofrecer a V.E., no he querido en modo alguno que nadie suplantase mi libre iniciativa, con criterios personales cuya buena

fe no discuto, pero que pueden estar inspirados en la preocupación de aparentar servicios a uno y a otro.

Precisamente por ser ese honor —como ya he dicho— el único que hoy está en mi mano ofrecer a V.E., yo deseo que si V.E. se digna aceptarlo tenga un carácter más personal que político, siendo la expresión del reconocimiento por parte de la dinastía de los altos servicios prestados por V.E. a España a lo largo de toda su vida de soldado y de hombre público.

Desearía que en este homenaje se acumulen los merecimientos de sus campañas de África, durante el reinado de mi padre, quien le expresó su amistad apadrinándole en su boda; los del general victorioso en una guerra que más que civil fue contra el comunismo internacional, y finalmente la gratitud al gobernante que en medio de las necesidades de la táctica política para lograr la permanencia del poder y luchando con la falta de visión de quienes sólo se preocupan de la perduración de situaciones personales, ha sabido permanecer insobornablemente fiel a los ideales monárquicos de toda su vida, marcando con firmeza, en este sentido, la ruta del futuro inmediato de España.

El acontecimiento familiar de la boda del Príncipe de Asturias, que yo desearía se matizase prudentemente con características nacionales, me parece ser la oportunidad que yo aguardaba para la realización de ese espontáneo deseo mío y espero que si V.E. encuentra acertado cuanto le expreso en la presente carta, tendremos oportunidad, cuando llegue el momento, de ponernos de acuerdo para que todo se haga de la manera más conveniente y provechosa al servicio de España.

Con saludos para su familia, reciba un cordial abrazo de su affmo.

Juan. [346]

¡Qué lejos ya las tremendas descalificaciones de don Juan a Franco en los años cuarenta, que el lector sin duda tiene muy presentes! Franco no olvidaba jamás un agravio ni un desaire; tenía casi encima el anuncio por sorpresa de la boda de don Juan Carlos, que don Juan comete la impru-

---

346 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 405s.

dencia de vincular con el ofrecimiento del Toisón. Además, sólo un Rey puede ofrecer el Toisón; y Franco encabezaba sus cartas a don Juan como Mi querido Infante. Aceptar el Toisón era reconocer a don Juan como rey. Quizá por todo ello la respuesta de Franco, un mes largo después, aunque cortés en la forma, suena como una auténtica bofetada que no agradaría mucho al autor de la idea, Laureano López Rodó.

Franco rechaza secamente el Toisón de Oro

Palacio de El Pardo, 31 de octubre de 1961.

A S.A.R. don Juan de Borbón.

Mi querido Infante:

Oportunamente recibí su carta del 27 de septiembre con motivo del XXV aniversario de mi elevación a la Jefatura del Estado y mucho le agradezco su felicitación y recuerdo en fecha para mí tan señalada. Si con este motivo se ha exteriorizado la gratitud del pueblo por los servicios que le he podido prestar, ha sido paralela la mía por la asistencia y confianza que aquél me ha venido ofreciendo en estos veinticinco años que son muestra de su nobleza y grandes virtudes, que destruye la leyenda de que nuestra nación sea un pueblo ingobernable cuando se pone todo el celo y el interés en servirle.

Nuestras representaciones en Lisboa y Atenas me han tenido al tanto del desarrollo de los acontecimientos relacionados con la formalización de las relaciones del Príncipe don Juan Carlos con la princesa Sofía de Grecia, que tantas simpatías ha despertado y que por las prendas y virtudes de la elegida es de esperar que pueda hacer la felicidad del Príncipe y sea fuente de satisfacciones para el futuro.

Existe sin embargo en este matrimonio un aspecto que estimo debo encareceros, que es el relacionado con la conversión de la Princesa a la fe católica y el de la ceremonia religiosa del enlace, pues lo que en este orden pudiera satisfacer a la nación griega seguramente causaría efectos contrarios en la nuestra. Me llegan noticias de que pese a la noticia que me disteis desde Suiza de que la cuestión religiosa estaba resuelta, algún

cabo suelto ha debido quedar, cuando al parecer en Atenas se mueven el primado cismático Teóclito y la Reina Federica pretendiendo que la ceremonia religiosa de la boda se celebre ante el Sínodo de la Iglesia griega. He querido prevenírroslo por los efectos desastrosos que de tener esto verosimilitud pudieran causar en nuestra nación.

En cuanto al otro asunto que confidencialmente me exponéis en relación a vuestro proyecto sobre el Toisón, yo agradezco en su valor la estimación que haceis de mis servicios a la nación y a la causa de la monarquía, al querer honrarme con tan preciado galardón, que por dinstintas razones estimo no es conveniente y no podría aceptar. En este orden creo debierais pedir información histórica sobre la materia.

Respecto al duque de la Torre, mucho me alegra el aprecio que haceis de sus servicios al lado del Príncipe don Juan Carlos y desearía que mi resolución no altere lo que en cuanto a él encontreis más acertado, dentro de lo que estiméis vuestra potestad. De todas maneras, por si tuvieseis otra idea, quiero poner a vuestra disposición mi firma para que, a indicación vuestra, pudiera serle concedido en su caso cualesquiera de los Collares de las órdenes españolas existentes en la nación.

Con mis saludos para su familia, reciba la expresión del afecto de su amigo que le abraza.

Francisco Franco.

(Don Juan "suponía enterado" a Franco de los informes del embajador en Atenas. Franco añade cruelmente la referencia a los del embajador en Lisboa).

Capítulo XXXVIII
Franco y la Reina Victoria prefieren a don Juan Carlos

A PESAR DEL GRAVE DESLIZ en torno al Toisón de Oro, don Juan pudo informar al pleno del Consejo Privado, reunido en Estoril el 4 de noviembre de 1961, que su relación con Franco era "de perfecta cordialidad". Prometió al Consejo "funciones activas y directivas" que de momento no se concretaron y dio posesión como miembros a tres distinguidas personalidades de tendencia conservadora, como el académico Joaquín Calvo Sotelo, el historiador catalán Ramón de Abadal y el financiero, también catalán, Trías de Bes. Como el príncipe Juan Carlos permanecía en Estoril salvo algún viaje rápido a Madrid, la prensa extranjera interpretaba estas ausencias como prueba de nuevas tensiones de la familia real y Franco. Un problema grave para don Juan, siempre alcanzado de dinero, eran los gastos para una fastuosa boda de su hijo en Atenas, de los que en buena parte se encargó la Reina Victoria malvendiendo algunas joyas espléndidas que le había regalado su madrina la emperatriz Eugenia de Montijo. [347] En diciembre don Juan viajó a Roma para solucionar con la Santa Sede los problemas que presentaba el matrimonio de

---

347 Cfr. L. SUÁREZ, *Francisco Franco...* op. cit., VI, p. 314s.

don Juan Carlos con una princesa de religión ortodoxa. El asunto no estaba aún maduro y no le recibió el Papa Juan XXIII, sino varios cardenales y además, por orden de Franco, contó con el apoyo total del embajador Gómez de Llano.

Don Juan informa a Franco de sus gestiones en Roma

El 18 de diciembre de 1961, ya en Estoril, don Juan refiere a Franco sus gestiones romanas sobre la boda de su hijo:

A S.E. el Generalísimo don Francisco Franco

Madrid.

Mi querido General:

Espero que nuestra Embajada en Roma habrá enviado a V.E. noticias sobre mis gestiones para el arreglo de la ceremonia nupcial del Príncipe de Asturias, anunciándole le escribiría la presente carta con información personal y directa sobre esta cuestión. Ya el nuncio en Lisboa y luego elementos de la Curia romana con quienes me puse al habla me advirtieron que el asunto está siendo objeto de detenido estudio preparatorio de mi audiencia con Su Santidad. Por esta circunstancia creí preferible no forzar las cosas aplazando la entrevista para mi vuelta a Grecia pudiendo ya traer de allí un principio de acuerdo para someterlo a la aprobación de Su Santidad.

Aproveché mi estancia en Roma para conocer el criterio de algunos elementos del Sacro Colegio y muy principalmente del cardenal Ottaviani, que es el verdaderamente responsable del asunto por su puesto de presidente de la Congregación del Santo Oficio. En Roma se dan cuenta de que éste es, para el Gobierno y la familia real de Grecia, un problema más político que religioso.

Las izquierdas, derrotadas en las últimas elecciones, tratan de crear dificultades apoyándose en el sentimiento religioso que, en realidad, a ellas no les importa absolutamente nada.

Yo he creído que no me debía mostrar irreductiblemente intransigente, ayudando al Rey Pablo a buscar una solución viable, compatible con

las exigencias ineludibles de nuestra posición católica, pues coincido plenamente con el criterio de V.E. de que cualquier error en este asunto podría tener efectos desastrosos en España, muy perjudiciales desde el punto de vista nacional y para el futuro de la dinastía.

Por espíritu de justicia deseo advertiros que la actitud personal de la Reina Federica, no obstante los rumores que circulen, no creo represente nada especialmente intransigente en esta cuestión.

En Roma parecen dispuestos a aceptar una ceremonia simbólica griega que no suponga repetición de cualquier acto de la ceremonia religiosa católica. Parecen estar bien dispuestos a transigir en las apariencias pero no en el contenido.

A mi regreso de Atenas pienso ver a Su Santidad para resolver definitivamente este negocio. Espero que las bases de acuerdo en Grecia serán: matrimonio católico con arreglo a rito latino y cualquier ceremonia griega previo Breve o Rescripto pontificio que explicará las condiciones en que la boda se realice. Claro es que he de recabar la máxima publicidad para este documento.

Llegado ese momento será preciosa la cooperación de la prensa nacional y religiosa de España para la auténtica difusión dentro de la nación de cuanto se acuerde.

Por medio de nuestras embajadas en Atenas y en Roma, tendré a V.E. al corriente de la marcha de ese asunto. A mi regreso a Estoril volveré a escribir a V.E. para fijar definitivamente la manera más conveniente de dar cuenta de todo al pueblo español.

Agradezco muy de veras a V.E. el interés que, por su índole nacional, le merece este problema y también el apoyo y cooperación que estoy recibiendo de nuestra representación en el extranjero.

Deseándole muy felices Pascuas y una feliz entrada de Año en compañía de su familia, le abraza afectuosamente.

Juan. [348]

---

348 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 407.

¿Accidente o atentado el día de Nochebuena?

El domingo de Nochebuena de 1961, Franco cazaba palomas en las vaguadas del Pardo cuando introdujo en su escopeta un cartucho de calibre equivocado que al reventar le produjo una herida profunda en la palma de la mano izquierda hasta la perforación. Luis Suárez, apoyándose en una confidencia de Camilo Alonso Vega a López Rodó, sugiere que se trató de un atentado y que la munición se había trucado intencionadamente; cuando años después pregunté sobre el caso en las Casas Civil y Militar de Franco pensaban que no fue atentado sino error. Franco pidió que le atendiera un eminente cirujano, el teniente coronel médico del Aire, doctor Garaizábal, que me refirió los detalles del caso para mi segunda biografía de Franco (Planeta 1982). Franco exigió que se informase al público de todo y encargó al ministro de la Gobernación que se ocupase de vigilar especialmente la situación. A los dos días se le trasladó al palacio de El Pardo donde la convalecencia fue larga, molesta y dolorosa. La aparición de Franco con la mano escayolada para su mensaje de fin de año en televisión tranquilizó a la gente en medio de los rumores alarmantes que habían circulado.

Al comenzar el año 1962, tras el éxito completo del plan de estabilización, iban a iniciarse los años del desarrollo cuando el crecimiento de la economía española se puso en cabeza de Europa, se iba logrando el pleno empleo sin presión fiscal onerosa y la transformación positiva de la sociedad en su conjunto se hacía ostensible por meses. El primer día del año fallecía Diego Martínez Barrio, presidente de la República en el exilio, a quien sustituyó un famoso catedrático socialista de Derecho Penal, Luis Jiménez de Asúa.

Fue nombrado presidente del "Gobierno" uno de los grandes historiadores que ha dado este siglo, el profesor Claudio Sánchez Albornoz, pero la República, completamente descartada para la realidad española, sólo se movía en el éter de los símbolos y las nostalgias. Franco designó el 12 de enero capitán general de Madrid al general Rafael García Valiño, a quien se aproximaron los monárquicos del sector democrático liberal —muy liberales pero siempre soñando en el cuartelazo— sin resultados comprobables.

Juan XXIII autoriza el matrimonio

El 23 de enero de 1962 don Juan volvía a escribir a Franco desde Estoril sobre la boda del Príncipe:

A S.E. el Generalísimo don Francisco Franco.

Madrid.

Mi querido General:

Conforme le había prometido en mi carta del 18 de diciembre, hoy le escribo después de mi viaje a Grecia y a Roma para darle cuenta personal y directa de las conversaciones sobre la boda del Príncipe de Asturias, asunto del que habrá recibido ya noticias por nuestra Embajada cerca de la Santa Sede, cuya actitud de cooperación y apoyo deseo, en primer lugar, agradecer a V.E.

Ya en mi primera estancia en Roma recogí la impresión de que lo que consideraban cuestión vital era la no repetición de cualquier ceremonia de carácter sacramental y por supuesto que los hijos del matrimonio pertenezcan a la Religión Católica, cuestión que jamás se ha puesto en duda en este caso. Yo fui a Grecia a conocer las pretensiones griegas; pero con la firme decisión de no aceptar nada que no fuese aprobado y expresamente autorizado por Su Santidad. Así se lo manifesté de entrada al Rey Pablo. Celebré varias conversaciones con el arzobispo griego, que ha ascendido hoy al puesto de metropolitano por muerte repentina de quien lo ocupaba a la sazón, y con el arzobispo católico. Se aceptó el punto de vista romano de la no repetición de ceremonia sacramental y yo me encargué de exponer a Su Santidad las fórmulas propuestas sobre la segunda ceremonia ortodoxa pero advirtiendo que todo quedará sometido a la aprobación y autorización de la Iglesia católica.

Creo que la Iglesia ortodoxa se ha mostrado comprensiva en aras de la concordia. Al salir de Grecia para Roma, yo tenía mi conciencia de católico tranquila por haber obtenido los puntos fundamentales que en Roma se me habían indicado. Llevaba no obstante la inquietud en esta nueva visita de si el Vaticano estimaría suficiente esto para dar las dispensas necesarias para la celebración del rito completo católico y también para posteriormente asistir a la ceremonia ortodoxa.

El arzobispo católico de Atenas había escrito al cardenal Ottaviani de quien había sido discípulo explicándole las conversaciones de Atenas y mi actitud de obediencia a la Iglesia no aceptando cuanto se me había encomendado como puntos no transigibles.

Después de algunas conversaciones con elementos de la Curia para puntualizar las necesarias dispensas fui finalmente recibido por Su Santidad en unión de mi hijo.

El Papa se mostró paternal y amabilísimo. Me prometió que el Vaticano daría la debida publicidad a los acuerdos y con el relato de recuerdos personales prolongó la audiencia durante una hora, cosa que causó bastante impresión y supongo que impaciencia en la mucha gente que esperaba audiencia. Creo que hizo esto deliberadamente para dar importancia al asunto, acaso por tratarse de españoles, y desde luego para premiar nuestra sumisión a su autoridad espiritual que, como me dijo amablemente, "era digna de la tradición de los Reyes de España".

Tuve la fortuna de coincidir en Roma con el cardenal primado y con el cardenal Quiroga. Ambos me pidieron les recibiese y yo me ofrecí a visitarles en el Colegio Español, donde ellos residían. Les expliqué todo el asunto y mi audiencia con Su Santidad, quedando ambos sinceramente satisfechos y ofreciéndome el Primado su apoyo para la divulgación y explicación de las decisiones pontificias en la prensa de obediencia católica.

Creo que ahora lo fundamental es divulgar en España las decisiones de la Santa Sede con las convenientes aclaraciones para evitar desorientación de la opinión pública. En esto no confío en la actividad espontánea de algunos elementos del organismo administrativo que de esto se ocupa. Sólo la intervención de la autoridad de V.E. podrá orientar debidamente esta acción que tan importante y necesaria me parece por el carácter nacional del asunto.

Supongo que ha influido en la actitud del Papa la flexibilidad de los ortodoxos en sus conversaciones conmigo y también el deseo de mostrar un criterio amplio en la proximidad del Concilio.

No creo que perjudique ni a España ni al Régimen el que estas mutuas transigencias se produzcan en torno a un asunto español.

Don Juan invita a Franco a la boda de Atenas

En Grecia me enteré del accidente de caza que ha sufrido V.E. A la vez me llega la noticia del mismo y la información de que carecía de gravedad. De todos modos no quiero dejar de expresar a V.E. la alegría que estas informaciones me causaron después de la tremenda emoción de la noticia, producida en primer lugar por el afecto personal que le profeso y también por la inquietud patriótica pensando en los graves problemas que a España se le presentan en este momento de crisis mundial, que tan necesaria hacen la autoridad y la experiencia de V.E. Espero que su restablecimiento sea rápido y definitivo.

No sé bien lo que protocolaria y políticamente debo hacer en este caso, pero dejando hablar a mi corazón excuso decirle cuánto nos gustaría estuvieran presentes doña Carmen y V.E. en este acto familiar de la boda del Príncipe, tan grato para todos.

Con un abrazo queda suyo afmo.

Juan

P.S. Escrita la anterior me avisa el Rey Pablo que el metropolitano recientemente elegido (de nombre Jacobo) ha presentado la dimisión por haber sido acusado en su conducta privada con visos de veracidad. No obstante el Rey Pablo me ha asegurado que el Sínodo le ha prometido mantener en todos los puntos los compromisos suscritos por el anterior arzobispo. [349]

Es impresionante el empeño católico de don Juan al llevar personalmente las negociaciones para la autorización del matrimonio mixto. Como el problema no era religioso sino político, dada la casi absoluta identidad del catolicismo y la ortodoxia, la fórmula que comunicó el Papa a don Juan y su hijo durante la audiencia que les concedió el 15 de enero fue que la princesa se casara como catecúmena de la Iglesia católica, ya que el arzobispo católico de Atenas la estaba instruyendo detenidamente. La princesa Sofía era ecuménica por sangre y por la amplitud de su cultura y no sufrió al hacerse católica los traumas que tanto acon-

---

349 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 407.

gojaron a la Reina Victoria Eugenia antes de su boda con Alfonso XIII en 1906. En sus conversaciones autobiográficas *La Reina* con Pilar Urbano aclara los detalles de su boda.

Los Príncipes luchan por su Corona

A fines de enero, Laureano López Rodó es nombrado comisario del Plan de Desarrollo cuyos trabajos de preparación se ponen en marcha con gran ilusión y espíritu de equipo. A los pocos días, el 9 de febrero de 1962, el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, solicita oficialmente al presidente del Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea "la apertura de negociaciones con el fin de examinar la posible vinculación de mi país con la CEE". España pide una adhesión "susceptible de llegar en su día a la plena integración".

Dos días después muere un gran español y gran enemigo de Franco y de don Juan, el líder socialista Indalecio Prieto y Tuero, que en sus últimos años, casi ciego, había experimentado una aproximación secreta a la religión católica como he mostrado documentalmente en mi libro *La conversión de Indalecio Prieto* al que los socialistas nunca han replicado. El relevo de generaciones proseguía implacable; pocas semanas después moría en accidente de automóvil el legendario financiero y antiguo contrabandista Juan March y era nombrado jefe nacional del SEU un joven ingeniero con vocación de apertura, Rodolfo Martín Villa.

A varios monárquicos del sector tradicional no les convencía durante aquella primavera el matrimonio mixto de don Juan Carlos y una comisión de ellos —el ex ministro José de Yanguas, el director general de Información Florentino Pérez Embid— van a Estoril para recordar a don Juan que la princesa Sofía debería convertirse formalmente antes de su boda, porque "desde los tiempos de Recaredo (sic) la familia real había sido siempre católica"; menos mal que la reina Federica, madre de la Princesa, que pasaba por allí, confirmó la condición de catecúmena de su hija.

López Rodó, protagonista y testigo, recuerda que los años 1962 y 1963 fueron, para la causa monárquica y la sucesión aún no decidida

un tiempo "de golpes y contragolpes" en que Franco parece desencantado a veces de la rama dinástica de don Juan y se inclina a la regencia permitida también por la Ley de Sucesión. El príncipe Juan Carlos, contra quien se dirigían toda clase de insinuaciones peyorativas y absurdas, despliega entonces un sentido político y unas dotes de prudencia en su dificilísima posición para la que va a contar desde esa misma primavera con el apoyo insuperable de la princesa Sofía, que comprende inmediatamente esa maraña de dificultades y consigue, desde el primer encuentro, ganarse a la persona que más influía sobre Franco, la esposa de Franco.

El 2 de febrero de 1962 Franco mantiene una larga conversación con el Príncipe. Unos meses antes en la conversación anterior don Juan Carlos había desviado una insinuación de Franco que parecía un intento para separar los destinos del padre y el hijo. Ahora Franco se lo dice abiertamente por primera vez: "Yo os aseguro, Alteza, que teneis muchas más probabilidades de ser Rey de España que vuestro padre".

El Príncipe responde que dará cuenta a su padre de esta conversación pero no nos consta si realmente lo hizo. En las conversaciones de estos meses con su confidente Franco Salgado, Franco se deshace en elogios del Príncipe y, cuando la conoce, de la Princesa Sofía, que luchan ya juntos por su Corona. El 13 de diciembre del mismo año Franco insiste con su confidente: "Don Juan está cada vez más lejos de ceñir la Corona de España; hoy está entregado de lleno al señor Sáinz Rodríguez y decidido a restaurar la monarquía de 1876 como si no hubiese de por medio una Guerra Civil".

En los primeros meses de 1963 la presión del grupo regencialista es abrumadora y Franco llega a afirmar que no le queda otro remedio que designar un regente; y que si don Juan Carlos sigue tan supeditado a su padre tendrá que pensar en su primo don Alfonso, a quien los regencialistas llaman abiertamente "el Príncipe del Movimiento", mientras él, muy discretamente, se deja querer.

Las permanencias, que para Franco eran excesivas, de don Juan Carlos en Estoril sacan de quicio a Franco pero cuando doña Sofía, ya casada, lo

advierte, convence a su joven esposo de que su sitio está en el palacio de la Zarzuela y en la primavera de 1963 las aguas parecen volver a su cauce. [350]

Los diversos frentes de la oposición antifranquista se agitan en aquella primera de 1962; sobre todo monárquicos y comunistas.

Franco ante la boda del Príncipe

Los monárquicos liberales se disponen a convertir la boda de Atenas en un festival antifranquista; los comunistas van extendiendo su red de Comisiones Obreras, procuran atizar las huelgas, connaturales a toda crisis de crecimiento, y luego las aprovechan para poner a la firma de intelectuales —auténticos y presuntos— manifiestos de protesta dirigida. El 12 de abril Franco contesta brevemente a las epístolas nupciales de don Juan:

A S.A.R. el conde de Barcelona.

Mi querido Infante:

Oportunamente recibí vuestras cartas, en que me dábais noticia del feliz término de las negociaciones con la Santa Sede sobre el matrimonio de vuestro augusto hijo (primera vez que Franco llama "augusto" a don Juan Carlos) el Príncipe don Juan Carlos con la princesa Sofía de Grecia y mucho me alegro que todo se haya realizado con la complacencia de la Sede Apostólica.

Nuestros embajadores en la Santa Sede y en Grecia, que tienen instrucciones de facilitar en todo cuanto esté en su mano las gestiones que sean necesarias, me han tenido al tanto de la situación y de las dificultades que el ambiente griego y lo reducido de la Iglesia católica ofrecen para la ceremonia del matrimonio católico, capital a los ojos de los españoles. Todo cuanto se haga en este orden para obtener una garantía de que las cosas discurrían como estaba acordado, sin sorpresas ni hechos consumados, lo estimo muy necesario. Mucho os agradezco la amable invitación que me haceis para la boda y siento no poder utilizarla. Confío sin

---

350 He analizado esta confusa situación dinástica en mi segunda biografía de Franco (Planeta 1982), tomo VI, p. 162s., a la que me remito para los datos y fuentes de este capítulo y los siguientes.

embargo al ministro de Marina, almirante Abárzuza, el que lleve mi representación y se desplace a Atenas con un crucero de nuestra Marina.

Yo estimo que la boda del Príncipe, como a él le dije, no debe alejarle de su preparación y trabajos en España, en forma llevadera para el matrimonio, pues sería un dolor que se perdiesen los frutos logrados en estos años; lo que al mismo tiempo dará ocasión para que la Princesa Sofía conozca nuestra nación y sea también por ella conocida.

Con mis mejores deseos para toda su familia y mis votos de felicidad para los Príncipes reciba la expresión del afecto de su amigo.

Francisco Franco. [351]

Pedro Sáinz Rodríguez describe con fruición el intento de los monárquicos antifranquistas para transformar la boda de los Príncipes en una verbena de propaganda contra Franco y en favor de don Juan, sin advertir que con ello quitaban a los Príncipes el protagonismo que se les debía y hundían un poco más el ya desahuciado futuro de don Juan. Formaron un comité de "agitprop" juanista el incansable Joaquín Satrústegui, Vicente Piniés y Jaime Miralles del sector liberal y algunos tradicionales como el conde de Melgar y el vizconde de Rocamora. El agente general para el proyecto fue el inquieto periodista Víctor Salmador, que por sus andanzas en el Cono Sur logró el apoyo logístico nada menos que de un griego universal, Aristóteles Onassis. El comité organizó vuelos *charter* y contrató a dos buques de pasajeros; así se congregaron en Atenas unos cinco mil españoles que en su mayor parte participaron correctamente en ceremonias y festejos en los que, tanto católicos como ortodoxos, quedaron completamente satisfechos sin la menor preocupación ritual. El marqués de Luca de Tena, que había pedido desempeñar la embajada en Atenas para el acontecimiento, lo dirigió todo de mano maestra y evitó las mayores estridencias ultrajuanistas que había preparado la fértil imaginación de Víctor Salmador, que editó un diario español en Atenas y tuvo la ocurrencia de publicar un *ABC* apócrifo que se difundió mínimamente por España donde logró un cierto efecto de inocentada. Los juanistas

---

351 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 408.

hicieron el vacío al pobre don Alfonso de Borbón Dampierre a quien don Juan sólo concedió el tratamiento de "Don", pero la presencia de la reina Victoria Eugenia y la diplomacia del embajador Luca de Tena evitaron que el natural jolgorio se convirtiera en agravio político. Al comité monárquico de "agitprop" la boda de los Príncipes importaba un bledo; aunque debieron de divertirse mucho con sus hazañas. La Princesa Sofía, que jugaba en casa, empezó a tomar nota de quién era quién en la causa monárquica española. [352] El almirante y la dotación del histórico crucero Canarias pusieron, junto a la Reina Victoria y don Juan, la gran nota de dignidad española en el acontecimiento.

Don Juan condena el Contubernio de Munich

A mediados de mayo el nuncio Ildebrando Antoniutti, creado cardenal, dejó su puesto a monseñor Riberi, que se encontrará en España con una protesta clerical creciente, sobre todo en el País Vasco y en Cataluña, regiones en las que el clero separatista empezaba a vertebrar la oposición al régimen. El 27 de mayo una gran concentración de alféreces provisionales de la Guerra Civil se reúne con Franco en el histórico cerro de Garabitas, bastión del frente nacional en la Casa de Campo, y exige al Caudillo firmeza contra las agitaciones clericales, comunistas y monárquicas.

Pero los grupos de oposición creen que los vientos soplan a su favor y confluyen el 5 de junio en la asamblea convocada por el prestigioso Movimiento Europeo en Munich, una institución liberal que respalda la unidad de Europa sobre bases plenamente democráticas. Se trata de la primera conjunción importante de la oposición exterior y la interior con todos sus grupos, excluidos los comunistas; los del exterior son republicanos, presididos por Salvador de Madariaga; los del interior monárquicos, democristianos y socialistas agrupados en torno a José María Gil Robles. Los dos ex ministros de la República presentan al Congreso una resolución aprobada por los ciento dieciocho delegados españoles asistentes, que han excluido a los europeístas afectos al régimen; en ella se exige a la Comunidad Econó-

---

352 Delicioso capítulo en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit.

mica Europea que no atienda la solicitud española de adhesión recientemente formulada hasta que en España se den las condiciones democráticas necesarias. Y sin la menor prueba de su aserto los protestantes demócratas se erigen en representantes "de la inmensa mayoría de españoles".

Algún delegado español, jurídico militar, piensa que la actitud de los españoles de ambas oposiciones atenta a los intereses de España, es decir ,que resulta antipatriótica, y denuncia al Gobierno español lo sucedido. El 8 de junio el Gobierno suspende algunas garantías del Fuero de los Españoles —la libertad de residencia— y cuando los asistentes a la reunión de Munich vuelven a España se les da a elegir entre el confinamiento y el exilio. Al día siguiente el diario *Arriba* califica en famoso artículo la reunión de Munich como "el contubernio de la traición" y aunque para muchos asistentes Munich será el arranque glorioso de futuras carreras políticas, para la mayoría de la opinión española han infligido un grave daño con cerrar a España el acceso a Europa. Eso mismo es precisamente lo que piensa don Juan de Borbón, cuyo Consejo Privado anticipa un suplemento al boletín número 8 en el que, con carácter oficial y destino a la prensa se refiere que Pemán, presidente del Consejo, y García Valdecasas, secretario, se entrevistaron con el conde de Barcelona el 18 de junio a bordo del Saltillo, que regresaba de Atenas y obtuvieron de él la declaración siguiente:

"El Conde de Barcelona nada sabía de las reuniones de Munich hasta que después de ocurridas escuchó en alta mar las primeras noticias a través de la radio. Nadie, naturalmente, ha llevado a tales reuniones ninguna representación de su Persona ni de sus ideas. Si alguno de los asistentes formaba parte de su Consejo, ha quedado con este acto fue de él". Al conocer este anatema, Gil Robles dimitió de su puesto en el Consejo Privado; inútilmente, porque el documento de don Juan ya le había expulsado. Significados monárquicos de las alas liberal y democristiana —Satrústegui, Cavero, Álvarez de Miranda— eligieron el confinamiento en Canarias. [353] Una muchedumbre aclamó a Franco en Valencia con nume-

---

[353] Datos y facsímil del repudio de la reunión de Munich por don Juan en mi biografía de Franco (Planeta 1982) VI., p. 167.

rosos gritos de "Los de Munich a la horca". Cuando Franco recibe, al poco tiempo, a varios dirigentes del Movimiento Europeo les comunica que al solicitar la adhesión de España a la Europa comunitaria ya sabía perfectamente que la democracia era el horizonte de la Europa futura.

Dudas de Franco, dudas de don Juan: Cambio de Gobierno

La crisis de Munich y el desaforado tratamiento que le ha dado la prensa oficiosa (que ha incluido al propio don Juan en la maniobra antiespañola) es una razón principal que mueve a Franco para cambiar su Gobierno el 10 de julio de 1962. Se refuerza la posición del Ejército al incluir al capitán general Muñoz Grandes, partidario del regencialismo, como vicepresidente. Mantenía además la jefatura del Alto Estado Mayor, donde creó una importante red de información sobre personas y movimientos políticos. El relevo afectaba a seis ministros. Ocupaba el Ministerio del Ejército el general Pablo Martín Alonso, antiguo ayudante de Alfonso XIII y jefe de la columna gallega que liberó Oviedo en la Guerra Civil; el antiguo comandante del Azor, almirante Pedro Nieto Antúnez, era ministro de Marina y otro veterano de la guerra, el general José Lacalle Larraga, ministro del Aire. Uno de los grandes investigadores españoles, el catedrático de Ciencias Manuel Lora Tamayo, cambiaba el nombre del Ministerio de Educación Nacional por el de Educación y Ciencia. El nuevo ministro de Trabajo era el letrado del Consejo de Estado y antiguo oficial provisional de la Primera de Navarra, Jesús Romero Gorría. Captaron especialmente la atención general dos ministros jóvenes de gran capacidad: Gregorio López Bravo, brillante ingeniero afecto al Opus Dei en Industria y el profesor Manuel Fraga Iribarne, procedente del Movimiento y miembro del equipo aperturista de Ruiz Giménez, que asumía volcánicamente la cartera de Información y Turismo. Con estas aportaciones Franco mantiene el equilibrio entre tecnócratas del Opus Dei y aperturistas del Movimiento (Fraga y Solís) e imprime un dinamismo extraordinario al equipo que preside la gran etapa del desarrollo económico, social y cultural de España. En su primera reunión, el nuevo Gobierno decide la nacionalización del Banco de España, a la que no se atrevieron ni los socialistas durante la República, y la presentecia de Fraga

repercute inmediatamente en una tendencia a la liberalización de la prensa. Decidido a fomentar el plan de desarrollo económico, el choque de Munich, la división y desorientación de los monárquicos, los informes sobre ambigüedad de don Juan impulsaban a Franco hacia la solución de una regencia por diez años. En sus reflexiones de 1962 incluía también otra posibilidad: "Plantearle el problema de la abdicación a don Juan; y a don Juanito la identificación absoluta con el Régimen y la entrega", y si falla esto, "se puede plantear lo de don Alfonso. Ponerle a prueba identificación". Y es que los informes del embajador en Lisboa, Ibáñez Martín, comunicaban la indignación de don Juan con los de Munich, pero a la vez sus dudas sobre cómo mantener a la monarquía enfrentada con la Europa liberal. [354]

Don Juan ofrece a Franco el Gran Maestrazgo de las Órdenes

El 11 de octubre de 1962 el Papa Juan XXIII inaugura el Concilio Vaticano II con asistencia de don Juan de Borbón, siempre tan afecto a la Santa Sede. Esta primera fase del Concilio estará dominada por la presencia y la influencia del cardenal arzobispo de Milán, Giovanni Battista Montini, muy identificado con el pensamiento del filósofo francés Jacques Martitain. Montini, intelectual profundo y dubitativo, ídolo del progresismo eclesiástico mundial, era un decidido promotor de la Democracia Cristiana como tercera vía entre el capitalismo y el comunismo, y se había mostrado en varias ocasiones abiertamente hostil al régimen autoritario del general Franco en España, hasta el punto de que una semana antes de la apertura del Concilio se sumó con un telegrama intempestivo a una campaña europea de raíz comunista para exigir a Franco el indulto de algunos jóvenes condenados a muerte en Cataluña, aunque en su respetuosa y enérgica contestación el ministro Castiella hizo ver al cardenal su falta de información sobre el caso.

Alarmado por los informes que le llegan a Estoril sobre la frialdad de Franco con la dinastía, don Juan, pese al fracaso de su ofrecimiento del

---

354 Cfr. LUIS SUÁREZ, op. cit., VI, p. 382-390.

Toisón de Oro, acepta una sugerencia del Consejo de las Órdenes Militares en noviembre de 1962 para que brindase a Franco un nuevo honor de alcance regio: nada menos que el Gran Maestrazgo de las Órdenes Militares que desde don Fernando el Católico sólo habían ostentado los reyes de España. Mi primo Alonso Coello de Portugal fue el encargado de llevar a don Juan la propuesta del Consejo, y el conde de Barcelona encargó al duque de Almodóvar la misión de sondear a Franco sobre el caso. "Consta que Franco aceptó", dice Luis Suárez al referir que Iturmendi, ministro de Justicia, así se lo indicó a don Juan, aunque no sabemos si la oferta se formalizó definitivamente. [355]

Don Juan anuncia a Franco el regreso del Príncipe

Restablecida de este modo la cordialidad, el conde de Barcelona escribió a Franco el 8 de febrero de 1963 la carta siguiente desde Estoril:

A S.E. el Generalísimo don Francisco Franco, Jefe del Estado.

Madrid.

Mi querido General:

Antes de abordar el asunto objeto principal de la presente carta, quiero manifestar a V.E. que no ha pasado por mi imaginación suspender la presencia del Príncipe de Asturias en España y mucho menos por una decisión exclusivamente mía, siendo así que el asunto fue siempre objeto de conversaciones y acuerdos entre nosotros.

Terminada la ineludible estancia de los Príncipes recién casados con la Familia Real griega, se nos plantea la iniciación de la nueva etapa de la residencia de los mismos en España. La dolencia de la Princesa Sofía y las fiestas de las bodas de plata de los Reyes de Grecia han prolongado esta estancia más de lo que yo había calculado.

Hace ya bastante tiempo que tengo ganas de escribirle para desahogar mis preocupaciones con V.E. sabiendo de antemano que muchas de ellas serán compartidas por V.E.

---

355 LUIS SUÁREZ, op. cit., tomo VII, p. 68.

Desde que recibí su última carta en abril del año pasado he estado dando vueltas a la referencia que hace sobre la continuación pura y simple del Príncipe casado en España para perfeccionar su formación y que la Princesa Sofía sea conocida por los españoles.

Mi perplejidad no debe extrañarle. La realidad es que la boda del Príncipe ha modificado profundamente su situación personal y es un hecho que forzosamente debemos tener en cuenta al trazar los planes de su inmediata vida futura de España y fuera de España.

Comprendo que V.E. por táctica política desea hacer lo menos posible en el sentido de indicar sus intenciones respecto a su sucesión pero por lo mismo la residencia del Príncipe me preocupa hondamente como padre, como español y como jefe de la dinastía.

Estoy seguro que juntos podemos encontrar soluciones justas y patrióticas pero hoy le adelanto algunos de mis puntos de vista confiando en su leal amistad.

En primer lugar, creo debe evitarse que la vida de la joven pareja se convierta en algo ocioso y frívolo. Un enorme peligro de la residencia permanente en Madrid es que los Príncipes frecuenten ciertos medios sociales caracterizados por un género de vida que, practicada por ellos, acarrearía su desprestigio personal ante la opinión popular y haría contraproducentes y nulos los efectos que la presencia del Príncipe podría conseguir en la creación de un ambiente propicio a la institución monárquica que la dinastía representa y encarna. Este peligro es político, pero también pienso en los riesgos, acaso más importantes para la buena formación moral de una familia cristiana con ambiente tradicional español.

Estos inconvenientes son soslayables haciendo que las estancias en Madrid sean cortas y en cambio se prodiguen las visitas a provincias, con lo cual su conocimiento del país será más completo.

Hay otro punto con respecto a la residencia de los Príncipes en España que me preocupa y no debo ocultar a V.E.; se trata del palacio de la Zarzuela. Conozco (puesto que lo hablamos en nuestra última entrevista) el cuidado y el cariño que ha puesto en la restauración y arreglo de ese pedazo del Patrimonio y recuerdo lo me manifestó V.E. sobre la con-

veniencia de que fuera, para el futuro, una residencia para los Príncipes de Asturias aparte del Palacio Real. Pero el Príncipe, con familia, ya no es un cadete o un estudiante y su residencia ofrece problemas que a mi juicio es preciso tener en cuenta.

Don Juan sugiere viajar oficialmente con su hijo

(En esta carta don Juan deja traslucir su inquietud ante la posibilidad de que Franco le salte en el orden sucesorio. Así en los párrafos que siguen)

... Ya conoce V.E. desde hace tiempo la innata repugnancia que siento a que la Familia Real sea una carga para el Estado sin estar en funciones; por tanto este íntimo sentimiento queda avivado ante una residencia cedida al Príncipe personalmente por el Estado, creando una situación de excepción difícil de explicar y que a la larga habría de influir en la disciplina familiar normal, haciendo mucho más difícil la necesaria intervención en la vida del matrimonio para evitar los peligros indicados, aparte de lo desagradable de las comparaciones a que siempre se prestan estas situaciones.

Para empezar por algo, le acompaño un plan de actividades por el sur de España, que duraría dos meses si eso le pareciera bien a V.E.

También creo que deberíamos empezar una política de verdadera confianza mutua, encaminada a asegurar la continuidad del régimen, y para ello pienso que unos cuantos viajes hechos por el Príncipe y por mí mismo por determinados países incluso alguno a la América Española, preparados políticamente con discreción, podrían ser muy útiles para España.

Como habrá V.E. comprendido, todo cuanto digo en esa carta está dictado por mi desvelo de padre y lo transmito a V.E. como propuesta e indicación confiada a su conciencia y patriotismo que nos ha de sugerir la resolución acertada.

No sería decoroso plantear este problema que las circunstancias presentan a mi autoridad paternal, con carácter de condicionamiento ni de negociación. El Príncipe va a España independientemente de nuestras inquietudes y decisiones sobre cuanto acabo de plantearle y para

ello he dado ya las oportunas órdenes y se están realizando los preparativos necesarios.

Yo sé que a V.E. le preocupa tanto como a mí que todo lo referente a la estancia del Príncipe en España se oriente al bien de éste y al prestigio de lo que el Príncipe representa, Patrimonio que yo no puedo disminuir ni desfigurar si ha de mantenerse útil para ese mismo servicio de la patria.

No quiero alargarme más por hoy. V.E. sabe que, como otras veces, llegaríamos a un acuerdo más rápidamente en una entrevista, pero entre tanto quedo esperando sus noticias.

Con un cordial abrazo, quedo suyo affmo.

Juan. [356]

Sigue un plan de dos meses para visitas del Príncipe a establecimientos militares de Cádiz, Tarifa, Cartagena, Palma de Mallorca, Sóller y Mahón.

Franco aprueba el regreso del Príncipe a Madrid

El 18 de febrero de 1963 Franco contesta a don Juan:

A S.A.R. el Infante de España don Juan de Borbón.

Mi querido Infante:

He recibido vuestra carta del 8 de febrero y comprendo las preocupaciones que os embargan con motivo de la iniciación de la nueva etapa del Príncipe don Juan Carlos en España, interrumpida con motivo de su matrimonio y de las fiestas y circunstancias que le siguieron.

Aludís en la vuestra a un problema difícil de concretar en unas breves líneas, pues afectaría al problema de fondo de la instauración de la monarquía y de la posible sucesión. Precisamente la preocupación del futuro fue la que me llevó desde un principio a expresaros mi parecer de la conveniencia de que vuestros hijos se educasen en la nación y que no pudieran un día ser extraños para su pueblo, si éste, como confiábamos, llegase a necesitarles.

---

356 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ op. cit., p. 409.

Con esto no prejuzgaba la Ley de Sucesión, que mantiene todo su vigor, sino el hacer más fácil, viable y natural el camino a los descendientes de don Alfonso XIII.

No se me ocultaban las dificultades de la empresa, dadas las orientaciones que el mundo llevaba y la progresiva desaparición de las monarquías en la mayoría de los Estados, debido al desvío de las masas y a las excepcionales cualidades que requiere la persona llamada a regirlas. No se trataba con ello de buscar sucesiones al Régimen que habíamos instaurado como consecuencia de nuestra Victoria y de las necesidades de la patria, sino todo lo contrario: el darle mayor permanencia, si es posible, y estabilidad.

He querido hacer este ligero bosquejo para encuadrar el problema dentro de su marco. A mi juicio, la formación del Príncipe no ha terminado. Hemos tratado de forjar su carácter con el ejercicio del mando, el concepto de la disciplina, de la obediencia y el espíritu de servicio, virtudes castrenses útiles para todas las actividades y mucho más para la del gobernante. Su permanencia en las academias militares ha facilitado su contacto y relación con las jóvenes generaciones de nuestros Ejércitos. Y posteriormente los estudios y conferencias en la universidad le han iniciado en la vida civil y en el conocimiento de las actividades de los distintos sectores de la vida española; pero la brevedad de su estancia y el campo tan dilatado que en este orden se ofrece, no ha permitido más que comenzar la formación real, sin que hayamos entrado en los grandes problemas de la formación de un gobernante. Por ello sería un dolor que pudiera interrumpirse esta formación sin beneficio para nadie.

Comprendo que la vida del Príncipe en España afecte profundamente a su situación personal y a la de su esposa, que hemos de tener en cuenta; pero permitidme no participe de los peligros que para la joven pareja me presentais con esos prejuicios que abrigais hacia el Madrid frívolo y sus sectores de vida sociales, reducidos en su faceta reprobable a limitadísimos casos, que la seriedad de los Príncipes y su aislamiento natural hacen que no les afecten. Mucho peor vemos desde aquí la vida y los amigos que suelen rodear al Príncipe en sus breves estancias en Portugal. Puede ser que la distancia a unos y a otros no nos permita ver

claro. Y el mal tiene lugar siempre que falta una obligación o un deber y la ociosidad se apodera de las personas. Yo condiciono la vida del Príncipe en sus estancias en Madrid y así se lo manifestaré, a esa discreción, prudencia y sana moral que caracteriza a la familia cristiana española, de la que no dudo han de ser ejemplo.

La presencia del matrimonio en Madrid, incluidas sus salidas instructivas a las provincias españolas, ya sea con motivo de prácticas militares o navales, ya de viajes de instrucción, estimo ha de ser de trabajo y no de ociosidad, ya que a estas generales obligaciones se ha de unir también el necesario perfeccionamiento y estudio de las lenguas inglesa y francesa para el Príncipe y de español para la Princesa, que considero de gran utilidad.

Comprendo vuestra sensibilidad ante la carga que para el Estado representan los gastos de su residencia en Madrid, pero nada es más natural que así sea cuando todo se hace en servicio e interés de la propia patria.

Mucho estimo vuestra decisión de que independientemente de vuestras inquietudes, hayais decidido su incorporación a Madrid en cuya estancia procuraremos vigilar y tener en cuenta vuestras muy estimables observaciones.

Con el afectuoso recuerdo a vuestra real familia, quedo de V.A. suyo affmo., que le abraza

Francisco Franco. [357]

(Franco sólo habla del Príncipe al proyectar el futuro. De los viajes y planes de don Juan no dice una palabra. Cada vez estaba todo más claro. El regreso del Príncipe aquietó las dudas sobre la regencia).

Una importante intervención de la Reina Victoria

Gracias a su virtual monopolio del archivo fotocopiado de Franco, el profesor Luis Suárez nos informa sobre una importantísima gestión enco-

357 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 410s.

mendada al nuevo presidente del Instituto de Cultura Hispánica, Gregorio Marañón Moya, cerca de la reina Victoria en abril de 1963. Franco y Carrero están ya más que decididos a organizar la sucesión de Franco en torno al Príncipe Juan Carlos saltándose, como él temía, a don Juan de Borbón. El 16 de abril, Marañón informa a Franco de su conversación confidencial con la Reina, que al principio se mostraba muy pesimista: "Ni Juan ni Juanito estarán nunca en el Alcázar (Doña Victoria utilizaba el nombre tradicional que los reyes de España daban al Palacio Real de Madrid) pues dentro de pocos años si las cosas siguen así Rusia gobernará Europa. En fin, no quisiera estar en el pellejo de mis nietos pues cuando sean mayores gobernarán los que hoy son sus porteros y sus chóferes de taxi". Pero pesimismos exagerados aparte, doña Victoria Eugenia entró en la cuestión: "Como ves tengo un papel muy difícil entre hijo y nieto". Señalaba con pragmatismo el camino: "Le acabo de decir a Juan que no tiene más que una sola política: dejar el lado malo de Franco y colaborar y aprovecharse del lado bueno".

Pronto viajó la Reina a Roma, y habló con el embajador Doussinague con suma franqueza. El embajador propuso a la Reina y a la infanta Beatriz los puntos siguientes, que abrevio:

"1. Que debemos estar convencidos de que el jefe del Estado es profunda y sinceramente monárquico.

"2. Desde que el Príncipe vino a España le están preparando para ser Rey.

"3. Al llegar el Príncipe a esa edad (de la Ley de Sucesión, 30 años) se reinstaurará sin falta la monarquía apoyada por él".

La Reina respondió de manera favorable a los pronósticos del embajador. "Eso es verdad —dijo—; creo que lo hará así. Debemos unirnos todos para que pueda llevar a cabo la restauración. Tiene buena memoria y recordará sin duda que yo le expuse esa necesidad de unión el año pasado, haciéndole ver cómo las dificultades objetivas del problema son muchas y para salvarlas es indispensable que todos procedan de acuerdo y que don Juan no se deje influir por quienes le aconsejan lo contrario, creando discrepancias con Vuestra Excelencia".

Sin duda doña Victoria dijo eso a Franco por carta; no se habían visto desde el final del reinado de Alfonso XIII. Desconocemos, que yo sepa, esa carta, pero fue importantísima.

Tanto la Reina —añade el embajador— como la Infanta añadieron que era una pena que se descartara a don Juan, ponderando sus cualidades personales. La Infanta Beatriz añadió: "Él se sacrificará cediendo a Juanito sus derechos, pero es una pena" [358].

Monseñor Escrivá defiende el régimen de Franco en 1963

Durante la primera fase del Concilio Vaticano II —desde la inauguración en octubre de 1962 hasta la muerte de Juan XXIII en junio de 1963—, la evidente primacía del cardenal Montini, apoyado por la llamada Curia francesa de Juan XXIII, favoreció las posiciones progresistas y dejó caer numerosas críticas contra el régimen español, al que se pretendía desde esa línea dominante de la Santa Sede imponer un giro democrático cuya pieza clave sería la creación de un partido político tipo Democracia Cristiana, para cuyo liderazgo se promocionaba abiertamente al ex ministro aperturista y católico Joaquín Ruiz Giménez. Estos vientos conciliares se concentraban en España por la actuación en Madrid, como consejero de la Nunciatura, de un convencido montiniano, monseñor Giovanni Benelli, entre el 4 de febrero de 1963 y el 16 de abril de 1965 [359]. El propio Ruiz Giménez, a quien la marcha del Concilio sumía en dudas metódicas angustiosas, ha declarado que la encíclica de Juan XXIII *Pacem in terris* promulgada en la Semana Santa de 1963 y cuidadosamente anotada por Franco, había producido en su ánimo una auténtica conversión política al progresismo democrático. Los informes romanos del embajador Alfredo Sánchez Bella, que cita y resume Luis Suárez, son un prodigio de lucidez sobre el Concilio. El fundador del Opus Dei, monseñor Escrivá, manifestaba al obispo de Mondoñedo, monseñor Argaya, que los obispos

---

358 Informes Marañón y Doussinague en L. SUÁREZ, op. cit., tomo VII, p. 122-124.

359 Datos que me facilitó amablemente la Nunciatura en Madrid en carta del 12 de enero de 1990. Las apreciaciones políticas son exclusivamente mías, y ciertas.

españoles contaban muy poco en Roma y estaban "al nivel de los de Guatemala", según informó el obispo al ministro Castiella. Un sector de esos obispos captó los nuevos vientos conciliares y empezó a orientarse hacia ellos. Los jesuitas empezaban a dividirse pero monseñor Escrivá estaba con Franco: "Me consta —escribía el embajador— que monseñor Escrivá se dirigió por tres veces a su gente, que también estaba desorientada, en defensa de las tesis del Gobierno español" [360].

¿Cómo ha podido afirmar entonces el actual prelado del Opus Dei, monseñor Del Portillo, que el padre Escrivá aconsejó a la Santa Sede despegarse del régimen español más o menos por entonces, en pleno Concilio? [361] En medio de estas tormentas conciliares y *benellianas* falleció el buen Papa Juan XXIII, que había acercado la Iglesia al bloque soviético con la mejor intención y los peores efectos imaginables, el 3 de junio de 1963. Le sucedió, como se temía en España, el enemigo declarado del régimen español, cardenal Montini, contra los pronósticos (más bien los deseos) de los informadores del régimen en Roma. Allí estaba don Juan de Borbón que no se perdía una coronación papal, a quien Pablo VI manifestó sus temores de que su elección no caería bien en España.

Don Juan nos transmite un chiste corriente entre los españoles de Roma: "A Montini le han hecho papa y a Franco papilla"; pero tranquilizó al nuevo pontífice: "Hasta ayer Vuestra Santidad era el cardenal Montini. Hoy para España es simplemente el Papa". Dice don Juan que a Pablo VI se le puso una sonrisa "hasta las orejas"; el padre José María de Llanos dijo más o menos lo mismo en la prensa española. [362] La verdad es que entre Pablo VI —que envió su bendición a Franco—, monseñor Benelli y el siguiente nuncio, Luigi Dadaglio, cambiaron a la Iglesia de España y la transformaron en pía punta de lanza de la oposición al régimen de Franco hacia finales de la década de los sesenta. Entonces, y no en el Concilio, con perdón de monseñor Portillo, fue cuando el

---

360 Datos y documentos en L. SUÁREZ, op. cit., tomo VII, p 83-91.

361 Cfr. mi citada obra *Misterios de la Historia II.* p. 365. Declaraciones a *Le Figaro,* 12 de mayo de 1992.

362 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 271.

Opus Dei destacó una plataforma de abierta oposición al régimen, como veremos.

He desarrollado tan importantes episodios en mi reciente *Historia de la Iglesia española en el siglo XX* (dos tomos), obra casi acabada cuya responsabilidad —tanto si hablo como si callo— me abruma cada día más.

Además de tranquilizar al nuevo Papa, don Juan de Borbón manifestó en aquella primavera de 1963 otra preocupación. Y escribió a Franco el 11 de abril la carta siguiente:

A S.E. el Generalísimo don Francisco Franco, jefe del Estado.

Madrid.

Mi querido General:

Hoy no vengo a molestar su ocupada atención con asuntos políticos, pero sí a apelar al amigo y aficionado a cosas de mar con un asunto mío.

Tal vez se haya enterado de que tengo en construcción en Dinamarca un pequeño "yawl" de 14 m. de eslora para poder competir, con alguna probabilidad de éxito, en regatas de crucero. La legislación actual española para matrícula y abanderamiento de buques construidos fuera de España encarece de forma prohibitiva esta formalidad, pues llega a más del 100% del valor nominal del barco, o sea, que casi duplica el precio de coste.

A mí me resulta doloroso tener que correr bajo bandera extranjera, fuera "pirata" o la portuguesa, que me ofrecen con sólo pagar el 1% y por eso acudo a V.E. por si pudiera sugerirme o concederme alguna fórmula para salir de mi dificultad.

No he querido dirigirme a ningún órgano oficial por considerar este asunto delicado y cualquier decisión que tome V.E. será tratada con toda reserva.

Por si le interesan los datos del barco son: Eslora, 14 m. Manga, 4,10 m. Calado, 3,10 m. Desplazamiento, 21 Tn. Casco de madera contrachapeada y 3 Tn de plomo en la quilla. Valor: 65.000.

Deseándole muy felices Pascuas con toda su familia, reciba V.E. un cordial abrazo de su affmo. [363]

Don Juan anuncia a Franco un nacimiento real próximo

Franco solucionó inmediatamente el pequeño problema náutico-fiscal de don Juan quien el 25 de julio siguiente le comunicó el estado de buena esperanza de la princesa Sofía:

A S.E. el Generalísimo don Francisco Franco, jefe del Estado.

Madrid.

Mi querido General:

Ya comprenderá V.E. que desde que tuve conocimiento de que el matrimonio de mi hijo el Príncipe y la Princesa Sofía había sido bendecido por Dios con la esperanza de sucesión, no he cesado de pensar en torno a las circunstancias concretas que en su día deban rodear este acontecimiento.

Mi primer impulso, en este sentido, ha sido el comunicarme con V.E. para conocer su pensamiento que siempre sé inspirado por la experiencia y el patriotismo aparte de que nuestras ya largas y cordiales relaciones aseguran una coincidencia de criterios.

Mis sugerencias personales que deseo contrastar con V.E. son bien sencillas y elementales.

Ante todo me parece indiscutible que el heredero de los Príncipes debe nacer en España; en Madrid, en la misma residencia de la Zarzuela que ocupan sus padres.

También me parece que el bautizo debe celebrarse en la misma residencia de la Zarzuela, en acto sencillo y semiprivado, que naturalmente deseo sea honrado con la asistencia de V.E. y de su esposa, más aquellas invitaciones oficiales y protocolarias que creamos deban hacerse.

Comprenderá que sea deseo mío vehemente que a la ceremonia asista mi madre, la Reina Victoria, si, como espero, su edad y la época inver-

363 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 411.

niza no son inconvenientes, pues el acontecimiento se espera sea a principios de diciembre.

Asímismo, como es lógico, considero que mi mujer y yo no hemos de estar ausentes del bautizo de nuestro primer nieto.

Todo esto va indicado por modo de sugerencia y espero lo que sobre ello considere oportuno decirme. Los detalles más concretos, y de cuanto en líneas generales va dicho, pueden ser objeto de futuras comunicaciones entre nosotros. Y no será necesario repetir que me tiene a su disposición si en algún momento considerase conveniente que tratásemos el asunto de palabra.

Aprovecho esta ocasión para agradecerle su intervención en lo del Giralda y con mis recuerdos para doña Carmen soy siempre suyo affmo. [364]

El nacimiento de la Infanta Elena

Durante aquel verano don Juan, a bordo de su nuevo y modesto barco, el Giralda, recaló en varios puertos del Cantábrico donde fue recibido con adhesiones y cortesías en Bilbao y Santander. Desgraciadamente no pudo repetir el desembarco en Gijón porque se lo impidieron las autoridades de Marina, sin duda por orden superior e inexplicable; no se había producido en las escalas anteriores escándalo alguno. El 14 de noviembre Franco contesta a la carta de don Juan en julio:

A S.A.R. don Juan de Borbón.

Mi estimado Infante:

Oportunamente recibí vuestra carta sobre el futuro nacimiento de vuestro nieto y vuestro propósito de asistir a su bautizo, a la que no he contestado antes por la lejanía del acontecimiento y la natural prudencia de no prejuzgar el momento político en que el suceso habría de tener lugar. Hoy, próxima la fecha, y tomada ya por sus padres la resolución de que el nacimiento tenga lugar en Madrid, me decido a escribiros

364 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 412.

para mostraros mi complacencia de que podais estar con vuestros hijos en tan señalado acto, que no debe perder el carácter íntimo y familiar y evitar que vuestra presencia en España pueda ser explotada por alguno de vuestros adictos con fines partidistas.

El Príncipe Juan Carlos a su vuelta reciente de Estoril me comunicó vuestro propósito de venir para el acto del bautizo a la residencia en Algete del duque de Alburquerque. Yo por mi parte, para atender a los Reyes de Grecia, he puesto a su disposición el palacio de la Moncloa, reservado para las visitas de Jefes de Estado, y que espero queden dignamente instalados.

Con mis votos porque llegue felizmente el nacimiento de vuestro primer nieto, os envío la expresión de mi consideración y afecto

Francisco Franco. [365]

El 22 de noviembre de 1963 toda España y todo el mundo se conmovieron con el asesinato del presidente John F. Kennedy en Dallas, ciudad sin ley. El 20 de diciembre el duque de Alburquerque, jefe de la Casa del conde de Barcelona, anuncia el nacimiento de la infanta Elena en la clínica madrileña de Loreto. La Reina Victoria no puede venir al bautizo que se celebra una semana más tarde en el palacio de la Zarzuela. Don Juan preside el acto familiar al que asiste Franco con doña Carmen y también los reyes de Grecia, pero no se celebra entrevista alguna entre don Juan y Franco, que intercambian saludos y felicitaciones. A sus 71 años Franco parece mantenerse en forma cuando pronostica en su mensaje final de 1963 un gran éxito al Plan de Desarrollo.

El 29 de diciembre don Juan había regresado discretamente a Estoril, dispuesto a plantearle de nuevo a Franco el problema de la sucesión.

---

365 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 412.

Capítulo XXXIX
La Operación Príncipe y la decisión sucesoria

UTILIZAMOS EN ESTE TRABAJO elementos biográficos de Franco y don Juan; pero no intentamos un estudio biográfico de los dos personajes, sino de su antagonismo en torno a la Corona de España, con el propósito de deshacer el cúmulo de mentiras y leyendas que se prodigan en estos últimos tiempos sobre el particular. Ese antagonismo se había dulcificado a través de una táctica de aproximación desde la entrevista de Franco y don Juan en el Azor durante el verano de 1948; una vía de intentos conciliadores fomentados por el grupo que hemos llamado de los "enlaces" hasta bien entrados los años sesenta. Ahora, desde la etapa final del Concilio Vaticano II, surge con fuerza creciente la oposición general contra el régimen de Franco; la influencia del ala liberal-democrática del juanismo, hasta entonces muy minoritaria, se va imponiendo al sector tradicional y profranquista y los "enlaces" próximos al almirante Carrero, con otros aliados dentro del régimen de Franco, desencadenan la "Operación Príncipe" desde 1965, mientras el sector liberal-democrático del juanismo vuelve a agudizar el antagonismo de don Juan contra Franco, que por fin llega a su desenlace el 22 de julio de 1969, cuando Franco propone a las Cortes a don Juan Carlos como sucesor a título de Rey. En rigor, con ese

acto termina el antagonismo entre Franco y don Juan, aunque dedicaremos un capítulo final a los últimos servicios de don Juan a España. El trabajo para la síntesis resulta ímprobo; los acontecimientos se acumulan y podrán dar pie a un libro mucho más extenso. Pero voy a marcar todos los puntos esenciales dentro del contexto de esta obra.

El nuevo contexto y la tesis de Fraga

Durante el año 1964, Franco, con 72 años, va entrando en un declive físico cada vez más patente que no afecta, sin embargo, a sus reflejos de poder; se aferra al poder porque cree que su larga experiencia puede suplir ese decleve. De los tres pilares sobre los que se asienta su régimen sigue firmísimo el de las Fuerzas Armadas, dispuestas a sostenerle mientras él lo desee y a seguir sus indicaciones —concretadas en las Leyes Fundamentales— para la ineludible transición. El segundo pilar es la Iglesia que se va cuarteando políticamente frente al régimen durante los primeros años del Papa Pablo VI, decidido a que se implante el pluralismo político en España con predominio de una Democracia Cristiana de signo netamente democrático; el cambio, más evidente cada vez, en la jerarquía y en las organizaciones de la Iglesia se convierte para Franco en perplejidad —él había salvado a la Iglesia y trataba sinceramente de identificarse con sus directrices sociales— y en preocupación principal que hasta 1966-67 se mitiga un tanto por la firme adhesión del Opus Dei. El tercer pilar es la opinión pública, que pese a los vientos de cambio se mantiene mayoritariamente fiel al régimen porque desconfía de cualquier otra alternativa. Esos vientos de cambio se incrementan en dirección aperturista y democrática por los contactos físicos de los españoles con los extranjeros gracias al creciente turismo hacia dentro y hacia fuera; y por el enorme impacto de la televisión, poco estudiado para esta época, que presenta a los españoles como lo más natural del mundo formas de vida democráticas en los principales países de Occidente. La apertura en los medios informativos, sinceramente fomentada por Fraga desde que accedió al ministerio de Información en 1962, irá ganando poco a poco a la opinión para una transición democrática que hacia el final de la década de los sesenta se ha convertido en un impulso irreversible.

El desarrollo económico encauzado efectivamente por los Planes que coordina López Rodó —y no simplemente fruto automático de la prosperidad occidental como decía entonces Ramón Tamames, pronto comunista arrepentido— enmarca todo este proceso de cambio y cada vez hay más gente convencida de la tesis que Fraga defenderá hacia el final de la década, firmemente: al desarrollo económico debe corresponder, ineludiblemente, un desarrollo político en sentido de apertura a la democracia. España se está transformando, las clases medias se expanden con vigor y la transición a la democracia se impondrá, por primera vez en España, con fundamento sociológico. El conjunto de la oposición al régimen querrá basar esa transición en motivos políticos y partidistas, más propios del siglo XIX que de la nueva realidad española.

Don Juan felicita a Franco por los XXV Años de Paz

A principios de 1964 don Juan, con el respaldo de sus consejeros, presenta a Franco un memorial en favor de la rápida institucionalización de la monarquía en su persona, al que Franco responde reafirmándose en sus argumentos habituales: el país no siente la monarquía, don Juan pudo ser el sucesor pero se desvió del Movimiento y la opinión le rechaza; éstas son las líneas generales de una respuesta que, como el memorial, no se ha conservado. [366]

Franco mantiene en marzo la última de sus conversaciones con José María Pemán, presidente del Consejo Privado de don Juan, y le comunica que descarta a dos pretendientes: don Alfonso de Borbón Dampierre, patrocinado por medios del Movimiento, y don Hugo de Borbón Parma, que poco después se casaba con la bella y millonaria princesa Irene de Holanda, con la que se disponía a emprender una aventura dinástica alocada que metería en vía muerta a los restos del carlismo con extrañas colaboraciones que amenizarían, quizá demasiado, esta historia.

Pero Franco no dijo una palabra sobre la designación de sucesor, lo cual animó a don Juan a dirigirle una felicitación por los XXV Años de

---

366 Cfr. L. SUÁREZ, op. cit., VII, p. 127s.

Paz, la gran campaña impulsada por Manuel Fraga, a la que se sumaron importantes intelectuales españoles, entre ellos algunos significados que luego se presentarían como antifranquistas de toda la vida. La misiva de don Juan —única que escribió a Franco en los dos años de 1964 y 1965— dice así:

A S.E. El Generalísimo don Francisco Franco, Jefe del Estado.

Madrid.

Mi querido General:

En este momento histórico de la más elevada significación no quiero dejar de manifestar a V.E. la satisfacción con que veo cómo el Estado español se dispone a conmemorar dignamente los 25 años de paz que ha vivido España gracias a la victoria militar conseguida por V.E. en nuestra guerra de Liberación.

Hago mis votos porque los bienes morales y materiales obtenidos bajo la patriótica gestión gubernamental de V.E. se consoliden y aumenten, y pido a Dios ilumine a V.E. para que corone su obra asegurando en el futuro la perduración de esta paz y la posibilidad de que España afirme su personalidad en el mundo.

Con esta ocasión, le saluda con el mayor afecto.

Juan. [367].

Desde nuestra perspectiva actual, esta felicitación de don Juan es una de las más significativas entre las recibidas entonces por Franco, junto a la emocionada canción de homenaje personal que con idéntico motivo entonó el joven cantante Víctor Manuel, quien años después se dejaría acompañar por otros bombos.

A las pocas semanas don Juan confirmaba su excelente disposición ante el Régimen con unas declaraciones sobre los beneficios de la estabilidad política española publicadas en *Le Figaro*. "La monarquía —dijo— debe ser la salida natural y pacífica del actual momento español". Don Juan interpretaba esas previsiones como continuidad del Movimiento; a

---

367 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 412.

Franco le sonaban a ruptura. Pero la opinión pública detectaba, sin lugar a dudas, cuáles eran los propósitos de Franco sobre la sucesión cuando el 15 de mayo, al celebrarse el desfile militar en honor al jubileo de la paz, se pudo ver al Príncipe Juan Carlos junto a Franco en la presidencia del acto militar. Muchos años después Franco interpretaba estos gestos como muestras de su decisión sucesoria en favor de don Juan Carlos a partir de 1948. Quería acostumbrar a todo el mundo a la presencia del Príncipe y realmente lo consiguió. [368]

Entran Areilza y Pabón

A fines de octubre de 1964, José María de Areilza creyó llegado el momento de descubrirse como "caballo de Troya" juanista dentro del régimen de Franco, según había prometido a don Juan y sus consejeros en los años cuarenta. Presentó la dimisión de su último cargo en el régimen, la Embajada en París, "para dedicarse a asuntos particulares". Lo hizo con la exquisita educación con que siempre procede; y cubrió de elogios a Franco, por cuyo régimen tanto había trabajado dentro y fuera de España. Pero desde aquel momento se incorporó al grupo de consejeros antifranquistas y trató de orientar a don Juan para que se presentara como rey de una nueva democracia española. Areilza, que como comentaba por entonces su colega el embajador de España en el Vaticano, Antonio Garrigues, había actuado durante décadas como uno de los grandes defensores del totalitarismo en España, se pasaba de pronto a la democracia liberal y a la causa de la monarquía constitucional. No tomaría de momento funciones oficiales en Estoril pero impondría poco a poco su orientación en ese sentido.

Quien asumió formalmente la dirección política como representante de don Juan en España fue, entonces mismo (octubre de 1964), el profesor Jesús Pabón y Suárez de Urbina, director de la Academia de la Historia, apoyado por varios miembros del Consejo Privado como Gamero y Valdecasas. Hay muchas confusiones sobre este nombramiento. Luis Suá-

---

368 Cfr. L. RODÓ, op. cit., p. 221.

rez cree que sustituyó a Pemán al frente del Consejo Privado, pero no es así; Pemán se mantuvo oficialmente en esa presidencia hasta el final de la institución, como demuestran las listas del Consejo Privado para 1969 publicadas en el anexo 61 de López Rodó [369]. Calvo Serer en su confuso libro citado y Carlos Seco, en su notable resumen biográfico de Pabón que antepone a las notas de Pabón sobre Narváez, confirman esta fecha de 1964. Seco es muy preciso: el profesor Pabón asumía "la delegación de don Juan en España". [370]

El puesto realmente no se cubría desde el abrupto cese del infante don Alfonso y le costó a Pabón serios perjuicios y disgustos; perdió la presidencia de la agencia Efe, lo que le supuso un grave quebranto económico y le dejó al borde de la escasez. Pabón había publicado un libro, profundo y admirable como todos los suyos, en favor de don Juan: *La otra legitimidad* en editorial Prensa Española; procuró una política de armonía y de integración entre todos los grupos interesados en la monarquía, empezando por Estoril, la Zarzuela y El Pardo; mantuvo excelentes relaciones con el Ejército y trató de tender puentes a todos los puntos conflictivos. Sin embargo, los monárquicos le hicieron la vida imposible; Areilza, que reclamaba el mando de la causa, en el campo político; García Valiño, que pretendía dar el grito de Sagunto sin brigada Dabán y sin Cánovas, en el orden militar. Y encima una nueva aplicación de la ingratitud borbónica le descalificó antes que el insigne historiador cumpliera un año en su misión imposible.

El antifranquismo militante del Vaticano

Por entonces, también se reincorpora José María Gil Robles, tras su aventura de Munich y su expatriación, a la política —virulenta— de oposición democristiana, pero no vuelve al Consejo Privado. Le molesta lo indecible que el Vaticano prefiera como líderes de la Democracia Cristiana española a dos ministros de Franco: Joaquín Ruiz Giménez por la izquierda y luego

---

369 L. RODÓ, *La larga...*, op. cit., p. 635. Error de LUIS SUÁREZ en op. cit., tomo VI,I p. 172.

370 C. SECO, introd. a J. Pabón *Narváez y su tiempo* Madrid, Austral, 1983, p. 27.

Federico Silva Muñoz por el centro-derecha. Pablo VI, por medio de monseñor Samore en la Secretaría de Estado y de su amigo Giovanni Benelli como segundo en la Nunciatura de Madrid, se entrometía personal y abiertamente en la democratización de España hasta el punto de que observadores extranjeros no descartaban una ruptura abierta entre el Vaticano y el régimen español. Con ello, cada vez más obispos españoles, que suelen orientarse al viento dominante, descubrían después del Concilio las delicias de la democracia y los candidatos al Episcopado comprobaban que el antifranquismo empezaba a ser la credencial más importante para el ansiado ascenso. Como católico me repugnan estas inclinaciones de la Iglesia a la política y el poder, pero como historiador no puedo menos de detectarlas y reconocerlas. [371] En mi proyectada *Historia de la Iglesia española en el siglo XX* trataré a fondo esta politización de la Iglesia española en tiempos de Pablo VI. De momento sólo añadiré que Carrero se hartó de Benelli en 1965, le tendió una trampa y le puso en la frontera, lo que permite explicar el gran cariño que Benelli, pronto repescado por Pablo VI, sintió por la España de Carrero y Franco. El nuncio que sustituiría a monseñor Riberi, Luigi Dadaglio, era tan antifranquista como Benelli e hizo verdaderos estragos en el Episcopado español.

Con su revista política *Cuadernos para el Diálogo*, autorizada por Fraga, Joaquín Ruiz Giménez no promovía el diálogo entre católicos, sino el diálogo entre católicos que se creían progresistas y marxistas y que no tenían más intención que valerse de la comprensión de los católicos para trepar hacia el poder. El Episcopado español ha sido el único de todo el mundo que después del Concilio no ha ofrecido a los fieles una declaración orientada sobre el marxismo: no pueden orientar los que carecen de orientación.

Pablo VI recomienda a don Juan la democracia de partidos

En enero de 1965, Pablo VI eleva al cardenalato al obispo de Málaga monseñor Ángel Herrera, fundador y mentor de los Propagandistas, anti-

---

371 Datos en L. SUÁREZ, op. cit., passim y especialmente tomo VII, p. 318s.

guo director posibilista de *El Debate* que llama a Franco, cuando éste le impone la birreta en el palacio de El Pardo, nada menos que "ministro de Dios". Herrera desconfía de sus fieles democristianos y o oculta su opinión favorable a una Regencia (con otro general) que proponga a los españoles en plebiscito la definición del Estado como monarquía o como República, pero en todo caso se mantiene como elemento moderador entre franquismo y antifranquismo.

Más radical se mostraba por entonces el Papa Pablo VI que al recibir en Roma en audiencia a don Juan de Borbón, que había acudido a la boda de su sobrina Olimpia Torlonia, se mostró favorable a la accidentalidad de las formas de Gobierno y le sugirió que los partidos políticos eran también instituciones naturales, con lo cual, unido a las sugerencias de Areilza, don Juan inició su lenta conversión de la monarquía tradicional y orgánica a la democracia liberal, en favor de la cual, sin embargo, tardaría mucho en declararse. [372] Poco antes Joaquín Satrústegui exigía a don Juan que rompiera abiertamente con Franco pero don Juan ni le hace caso ni le desautoriza. Franco, cada vez peor de salud, se preocupaba por los desórdenes universitarios promovidos en febrero de ese año por los profesores Aranguren y Tierno Galván, con bastante éxito; y decidió, guiado por Carrero, una crisis de Gobierno el 7 de julio que se presenta como reajuste técnico aunque Fraga la califica de "crimen perfecto" y "golpe del Opus".

López Rodó sigue al frente del plan de desarrollo pero con rango de ministro, y los creadores del plan de estabilización, Ullastres y Navarro Rubio, son sustituidos por correligionarios afectos a la Obra, que cuenta con el refuerzo del nuevo ministro de Justicia, Antonio Oriol. Un propagandista herreriano, Federico Silva Muñoz, asume la cartera de Obras Públicas donde pronto se revelará como el más eficaz de los ministros de Franco y afianzará sus posibilidades como gran político para una transición moderada del régimen a la democracia que todo el mundo veía más o menos en el horizonte. Los demás ministros importantes, como Fraga, López Bravo y Alonso Vega, se mantienen en el Gobierno.

---

372 Cfr. L. SUÁREZ, op. cit., VII, p. 236.

"Miércoles 17 de noviembre (del diario de Fraga). Declaraciones al *Times* de Londres que traerán cola: se habla de Gibraltar y de muchos otros temas; al preguntarme por la sucesión, manifiesto que es obvio que la Ley de Sucesión es monárquica; que en Madrid hay un Príncipe, instalado en el Palacio de la Zarzuela; y que cada uno puede sacar sus consecuencias". El periódico subrayó mucho el pronósito de Fraga, con el que realmente se abría la "Operación Príncipe" y, aunque esa convicción estaba en el ambiente, adquirió desde entonces un claro carácter político. Fraga había pretendido sin duda quitar la exclusiva de la "Operación Príncipe" al equipo de Carrero y "al Opus" —como solía decir por entonces el propio Fraga— y tiene toda la razón López Rodó, al comentar sobre las declaraciones que "los monárquicos partidarios de don Juan quedaron completamente desazonados", así como los regencialistas y otros personajes del Movimiento-organización. [373]

Las declaraciones de Fraga fueron la causa, o mejor el pretexto (Seco Serrano), para el cese de Pabón como delegado de don Juan. Lo explica el propio don Juan:

"Pabón, aparte de que andaba mal de salud y podía trabajar muy poco, dejó pasar unas declaraciones de Fraga en Londres, siendo ministro de Información y Turismo, en las que prefiguraba la sucesión de Franco en favor del Príncipe.

"—Ah, sí, ya me acuerdo: Y no protestó siendo él representante de V.M.

"—Exactamente; yo le mandé que protestara y no protestó. Dijo que debía hacerlo la Familia Real.

"—Creo que V.M. tuvo con él una escena un poco dura.

"—Claro que fue un poco dura. Le llamé a capítulo, el hombre se defendió y yo, al final, le dije: "Bueno, pues entonces es que discrepamos". Y como el día que le nombré había puesto su carta de dimisión en mi mano...

---

373 M. FRAGA IRIBARNE, *Memoria breve de una vida pública*, Barcelona, Planeta, 1979, p. 150s; López Rodó, op. cit., p. 237.

"—...había llegado la hora de usarla".

Don Juan se ensaña con Pabón. Cuando un poco más abajo Sáinz Rodríguez le vuelve a insinuar el nombre en la sucesión de representantes, dice don Juan:

"Una persona muy discutida, ¿verdad? Jesús Pabón era íntimo de Valdecasas, de Paco Fontanar; había un sinfín de gente que le admiraba.

"Sí, él tenía gran mérito como historiador.

"Seguramente un mérito extraordinario, pero como político... Además le faltaba salud. Montó el tinglado sobre la base de multitud de ideas teóricas y se estrelló contra la realidad de que Franco nunca le dejaba actuar. De modo que siempre se venía a parar ahí. "Ahora hay que hacer esto, tenemos que hacer esto otro". Yo siempre le decía: "Pues bien, hazlo". No le impedí nunca hacer nada". [374]

El insigne historiador dejó la política monárquica, no volvió al Consejo Privado y abandonó toda política. Su cese ocurrió a mediados de febrero de 1966 según el exacto diario de Fraga. Franco le había despreciado en 1939 después de un gran servicio de Pabón en Prensa Extranjera durante la guerra; ahora don Juan le "borboneaba" según la costumbre de la Casa desde el siglo X. Los dos fracasos políticos dejaron clavada una profunda amargura en el ánimo del mejor historiador que ha dado España, con Sánchez Albornoz, en este siglo. Los santos y los historiadores no deben servir a señor que se les pueda morir.

La conversión democrática de don Juan y de Luis María Anson

La reorganización de las instituciones juanistas y el nombramiento oficial de Areilza se pospondrán hasta 1967 pero el conde de Motrico asume *de facto* la dirección política de la causa monárquica a raíz del cese de Pabón en febrero de 1966, cuando ya los aperturistas del régimen de Franco llevan a cabo la "Operación Príncipe" por dos vías: López Rodó orquestando insistentes presiones sobre Franco para que promulgue la

---

374 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 275, 295.

Ley Orgánica del Estado concebida como una constitución del régimen para una nueva monarquía; Fraga batallando para la aprobación en Cortes de su proyecto de Ley de Prensa e Imprenta, con el que cree que la apertura política, o el "desarrollo político" que él decía entonces, se hará irreversible. Una de las primeras maniobras de Areilza es organizar para el 5 de marzo de 1966 un gran acto de adhesión a don Juan en Estoril por parte de todos los sectores monárquicos, que además se preparaba como una encerrona para el Príncipe Juan Carlos. Como presidente del Consejo Privado José María Pemán dio lectura a un documento en el que se exaltaba a don Juan como "Rey preparado para serlo de todos los españoles, para nacionalizar las soluciones todas, para superar pasiones, para aunar voluntades, para presidir una evolución sin claudicaciones". Don Juan aceptó el homenaje, se proclamó una vez más jefe y titular de la dinastía y dejó al Príncipe de Asturias en segundo lugar. [375] Bien aconsejado, don Juan Carlos eludió la encerrona y no asistió al acto de Estoril, aunque envió a su padre un telegrama respetuoso y descomprometido. El acto de Estoril marcó ya claramente, en mi opinión, el punto de inflexión de don Juan, guiado por Areilza a quien se sumó Pedro Sáinz Rodríguez, en favor de una monarquía liberal y democrática, aunque de momento no hizo declaraciones. Me baso para suponerlo en el famoso artículo que publicó en *ABC* el 21 de julio de 1966 Luis María Ansón bajo el título *La monarquía de todos.* Anson comentaba con entusiasmo la capacidad de convocatoria de don Juan que había reunido en la cena por su santo en el mes anterior a todos los sectores que aceptaban su Corona; liberales, democristianos, socialistas que ahora se imponían ya a los tradicionales, entre los que se registraron enérgicas protestas por el discurso de Pemán. El artículo de Anson consagraba por tanto la conversión de don Juan al liberalismo democrático y la del propio Luis María Anson; porque como hemos demostrado hasta la saciedad, tanto el conde de Barcelona como su joven portavoz se habían manifestado hasta poco antes, y desde siempre, en favor de posiciones antiliberales, antidemocráticas y tradicionales. Fraga secuestró el *ABC* por el artículo,

---

375 LÓPEZ RODÓ, op. cit., p. 243.

Franco tronó en privado contra el joven periodista, que fue perseguido y obligado a emprender largas expediciones por el extranjero. Con este aldabonazo Fraga quiso demostrar a los reaccionarios del régimen que su nueva Ley de Prensa del anterior 18 de marzo servía también para secuestrar el *ABC;* pese a graves fallos como éste la, Ley de Prensa funcionó como un motor de la apertura democrática irreversible.

La aventura del "Madrid"

El 27 de septiembre, monseñor Escrivá, con motivo de su visita a la Universidad del Opus Dei en Navarra, escribió una nueva carta a Franco ofreciendo sus oraciones por España y por él. [376]

El fundador del Opus Dei mantenía, por tanto, su larga adhesión a Franco; pero por entonces conocía ya sin duda el proyecto de algunos de sus hijos que, al amparo de la Ley de Prensa de Fraga, y después de varias conversaciones con Fraga, lanzaban una aventura periodística y política muy importante, el diario *Madrid*, que con toda sinceridad me parece el primer intento serio de oposición al régimen nacido dentro de la plataforma política del Opus Dei, o si se quiere del conjunto de miembros del Opus Dei dedicados a la actividad política. Esta línea de oposición surge ahora, en 1966 y no antes, que yo sepa. El diario *Madrid*, presidido por Rafael Calvo Serer, dirigido por Antonio Fontán y financiado en parte por Luis Valls Taberner —tres numerarios del Opus Dei—, seguía una clara línea juanista, fue endureciendo poco a poco su oposición al régimen de Franco, que acabó por secuestrar primero y suprimir después el periódico y me parece una prueba no sólo de la lícita libertad política de que gozan los miembros del Opus Dei sino, además, de la estrategia del Opus Dei en favor del juego a varias bandas alentado por la propia institución, para no comprometerse exclusivamente a favor de una como había hecho desde 1939 a 1966. Una prueba de esta explicación es que Franco reaccionó después duramente contra el Opus Dei, no solamente contra algunos de sus miembros; y quienes ocultan las pruebas de esta

---

376 LUIS SUÁREZ (que no reproduce la carta) op. cit., VII p. 343n.

actitud de Franco, de cuya existencia me costa por testimonios personales seguros, deberían facilitarnos esas pruebas para que comprendiéramos la verdad. [377]

Fraga, que conocía perfectamente a los protagonistas de esta estrategia, lo dice claramente en su diario del 18 de diciembre de 1967 (op. cit. p. 215): "Almuerzo (uno más) en el difícil tema de diario "Madrid". Asisten Luis Valls, R. Calvo, Antonio Fontán y Trevijano. Está cada vez más claro que en vez de jugar claramente a la reforma, hay una organización que se ha repartido el juego; unos van a apoyarse a ultranza en Carrero Blanco y otros jugar a la ruptura. La responsabilidad de la decisión es gravísima y mortal para los planes de reforma". Eso sí: ruego a los distinguidos lectores del Opus Dei, del que no soy adversario, ni menos enemigo, que refrenen sus ansias de escribir cuando disienten de mis tesis, que no me atribuyan a mí opiniones de don Juan o de Pedro Sáinz o de Fraga publicadas por ellos hace muchos años y que no traten de abrumarme con misivas que tienen que ver con sus respetables sentimientos pero no con la Historia, que es mi derecho y mi oficio. Esto no es un buzón de correspondencia sobre el Opus Dei, sino una historia de Franco y don Juan en la que influye a veces el Opus Dei de forma que trato de dilucidar sincera y documentadamente. En mi próxima *Historia de la Iglesia* nos veremos mucho más a fondo.

La Ley Orgánica del Estado

Lo cortés no quita lo valiente y el 1 de octubre de 1966, al cumplirse los treinta años de Franco en la Jefatura del Estado, don Juan de Borbón, dentro también de un juego a dos bandas, le enviaba el telegrama siguiente:

> *"Al cumplirse treinta años del día en que Vuecencia fue elevado al mando de nuestro pueblo, como un español más me uno a cuantos en esa fecha le manifiestan su congratulación y su cariño. Lo que hay en*

---

377 Cfr. L. SUÁREZ, op. cit., VII, p. 351; y VIII p. 38. Calvo Serer ha contado a su modo y unilateralmente la aventura del «Madrid» en el libro *La dictadura de los franquistas*, 1973.

mi persona que más singularmente me vincula a los dolores o alegrías de nuestra patria me impulsa a elevar a Vuecencia el testimonio de mi gratitud por cuanto hizo y sufrió por ella y de mi segura esperanza de que su obra quedará en la Historia como ejemplo de un esfuerzo excepcional culminado con clarividencia en pacífica y evolutiva continuidad. Juan, Conde de Barcelona". [378]

El 22 de diciembre, con idéntica cordialidad, le notifica el compromiso matrimonial de la Infanta Pilar con Luis Gómez Acebo, hijo de los marqueses de Deleitosa. Franco contesta el 28 felicitando a don Juan por este proyecto, llama "excelente muchacho" al novio y recuerda la amistad de la familia Franco con la madre y la abuela de Luis.

El 14 de diciembre de 1966, se celebró con abrumador éxito para Franco y su régimen el referéndum sobre la Ley Orgánica del Estado. Franco y sus colaboradores sintieron algunos temores sobre el resultado hasta el punto de que el propio Caudillo se decidió a presentarse personalmente la víspera en televisión para poner toda su historia personal y su prestigio a favor del voto afirmativo. Una hábil propaganda insistió en que la Ley Orgánica era la democratización del régimen —Franco lo dijo expresamente en su comparecencia— y como ésa era la tendencia de la opinión el voto fue afirmativo de manera casi absoluta; se permitió el voto negativo aunque no la propaganda contraria. La propaganda prometía demasiado; la Ley Orgánica refundía y definía al resto de las Leyes Fundamentales, suprimía en algunas los resabios totalitarios y se interpretó por el régimen como una especie de constitución abierta. Ofrecía ciertos avances en la democracia orgánica, funcionó a la hora de la muerte de Franco y la transición hacia el régimen democrático. Demostró que Franco tenía el país en la mano pese a los denodados esfuerzos de la oposición.

Don Juan felicita a Franco por la Ley Orgánica

Don Juan de Borbón, dentro de su juego a dos bandas entre Franco y las nuevas ideas de Areilza, felicitó a Franco por el éxito de la Ley

---

378 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 412.

Orgánica el 17 de enero, con especial cordialidad y en los siguientes términos:

A S.E. el Generalísimo don Francisco Franco, Jefe del Estado.

Madrid

Mi querido General:

Al ser promulgada la Ley Orgánica del Estado no quiero que falte mi personal y muy sincera felicitación a V.E. por cuanto creo que vale, y por el significativo "sí" de los españoles.

No vamos a pensar, porque sería humanamente imposible, que ese sí apruebe o confirme analíticamente cada detalle, artículo o disposición de un conjunto legal tan extenso. Ese "sí" tan unánime es un voto de gratitud y confianza, concretamente dirigido a la persona de V.E. como artífice de una gran obra de paz y progreso que España espera sea terminada en pacífica continuidad.

Por eso no quiero que en ese clamor general falte mi voz que se añade a la de tantos españoles. Va con estas líneas mi gratitud al soldado que en África comenzó una vida de generosa entrega a la patria, que luego culminó, en guerra y paz, en una tarea agotadora que enderezó la vida de España hacia el estado actual de progreso y bienestar. Va también mi segura esperanza de que, con igual acierto y firmeza, alejará para su obra todo riesgo de desviación en esos fundamentales valores —paz y progreso— que ya son sus cimientos. España ha vuelto a ser en vuestras manos fiel a su ser histórico y los españoles confiamos en que la dejará en vías donde nunca se quiebre esa fidelidad.

Crea, mi General, en la sinceridad de cuanto le digo y sabe soy siempre su affmo, amigo. [379]

Realmente don Juan no puede conceder más, no puede identificarse más. El referéndum en favor de la Ley Orgánica aprobaba de nuevo expresamente la Ley de Sucesión a la que ahora se sumaba con entusiasmo don Juan, tras repudiarla en 1947. El problema es que Franco le tenía sometido

---

379 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 413.

a una estrecha vigilancia y conocía al dedillo las andanzas de los colaboradores y consejeros liberales de don Juan, que convertían para Franco en papel mojado la letra, por otra parte sincera, de sus continuas adhesiones; el libro de Luis Suárez sobre Franco ofrece varios testimonios de esa vigilancia. "Para entonces —dice López Rodó hablando de los primeros días de enero de 1967— yo estaba plenamente convencido de que el único sucesor viable era don Juan Carlos". [380] Así lo manifestaba en larga nota a Carrero, que por su parte pensaba exactamente lo mismo pero desde veinte años antes, a raíz de quel fatídico manifiesto contra una Ley de Sucesión que ahora don Juan acataba en sus misivas a Franco, una y otra vez. Los Príncipes Juan Carlos y Sofía viajaron a los Estados Unidos donde dejaron bien sembrada la confianza en ellos para el futuro de España por parte de sectores muy influyentes de la alta sociedad política y financiera norteamericana. El 6 de marzo de 1967 don Juan volvió a escribir a Franco una breve carta, ahora para pedirle que los restos de su padre Alfonso XIII regresaran por fin a España como él había dejado dispuesto. Don Juan recuerda que hace años Franco le había hecho ese ofrecimiento que "por dificultades de todo género" no pudo aceptar entonces. [381] Sin embargo, no consta que Franco contestase a algunas de estas misivas de don Juan. No lo hacía, sin duda, por mostrarse descortés, sino probablemente porque en este tiempo, sobre todo en 1967, Franco ya estaba dejando de ser Franco; Calvo Serer habla de un ataque cerebral, pero en todo caso era evidente para sus colaboradores un declive físico cada día más alarmante. Por eso Carrero y López Rodó se propusieron con urgencia la designación del sucesor en vida de Franco, sobre todo cuando, ante el deficiente estado de salud del vicepresidente Muñoz Grandes, a quien ya Carrero había intentado sustituir poco antes, Franco designó a Carrero, su segundo de toda la vida, vicepresidente del Gobierno el 21 de septiembre de 1967, con lo que Fraga, que aspiraba claramente al puesto, dejó traslucir ante quienes trabajábamos entonces no lejos de él, aunque en escalones muy inferiores del funcionariado, no de la política, un disgusto homérico.

---

380 LÓPEZ RODÓ, op. cit., p. 256.

381 Carta en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 413s.

En aquel año 1967 don Juan reorganizaba formalmente por fin las instituciones monárquicas para dar la batalla final de la sucesión. El Consejo Privado, con Pemán en la Presidencia, Yanguas en la Vicepresidencia y Gil de Santivañes en la Secretaría, estaba formado por noventa y dos miembros que se reunían muy de tarde en tarde. La mayoría pertenecían al sector tradicional. En cambio, predominaba la línea liberal democrática en el Secretariado Político (denominado por Franco "consejo de rabadanes") dirigido por José María de Areilza, con catorce miembros; entre los que destacaban Luis Sánchez Agesta (Leyes); Luis María Anson y Guillermo Luca de Tena (Información); Hermenegildo Altozano y el conde de los Andes (Organización), el conde de los Gaitanes y Jesús Obregón (Economía), más el hombre de Gil Robles, Juan Jesús González.

La Reina Victoria Eugenia regresa a España

José María de Areilza no se para en barras; durante el año 1968 celebra al menos cinco entrevistas con el jefe socialista del exilio Rodolfo Llopis, que luego sería marginado por los jóvenes socialistas "del interior" como se decía entonces en la jerga de la oposición. [382] El 5 de enero de ese año cumplía 30, la edad marcada por la Ley de Sucesión, el príncipe don Juan Carlos, con lo que las instancias y presiones sobre Franco por parte de sus principales consejeros se hacen cada vez más acuciantes. Las exigencias de la cronología, que raras veces me salto, me recuerdan que el 25 de ese mes de enero tan cargado de Historia el fundador del Opus Dei, monseñor Escrivá, solicitó la rehabilitación en su favor de un título nobiliario lejano y discutible, el marquesado de Peralta, concedido a un señor Peralta en el siglo XVIII. La solicitud fue sustanciada con sorprendente velocidad el 25 de agosto siguiente, y ahora no detallo las circunstancias de la concesión y de la rehabilitación porque ya he estudiado exhaustivamente este asunto en *Los años mentidos,* Fénix, 1993..

Ya en el terreno de la realidad y lejos de la fantasía y el surrealismo, el 30 de enero nace el primer hijo varón de los Príncipes, sobre cuyo nombre

---

382 Cfr. LUIS SUÁREZ, op. cit., VIII p. 59.

don Juan Carlos mantiene un curioso debate histórico con Franco, que opina contra el de Fernando porque "Fernando VII está aún demasiado cerca" y se deciden por Felipe; don Juan Carlos piensa en Felipe V, fundador de la dinastía de Borbón en España; Franco en otro Felipe más antiguo. José María de Areilza trata de que don Juan no asista al bautizo, empeño inútil. La ceremonia resultó especialmente emocionante; para ella va a regresar a España por vez primera desde 1931 la Reina Victoria Eugenia.

Los condes de Barcelona vienen de Portugal por carretera con la infanta Margarita y el 7 de febrero acuden con sus hijos los Príncipes, poco antes de las cuatro de la tarde, a recibir en Barajas a la viuda de Alfonso XIII, con unos miles de monárquicos (diez o veinte veces menos de lo que dijeron los entusiasmos monárquicos). Franco envió como representante al ministro del Aire, al que se sumaron varios ministros más, uno de ellos y sólo uno con la venia de Franco.

Para la Reina, que fue recibida en Madrid con adhesión y cortesía pero no con clamor popular, el regreso a España después de 1931 fue conmovedor; recorrió sus antiguas obras de beneficencia y recibió muchas visitas en el palacio de Liria. Don Juan fue a El Escorial y a casa de Menéndez Pidal. En el acto del bautizo don Juan se dolió al ver que el almirante Carrero no le saludaba y cambió impresiones familiares con Franco pero sin entrevista. La reina Victoria sí que tuvo un aparte con Franco a quien pidió que escogiese a uno de los tres miembros de la dinastía que tenía allí delante: "Ahí tiene usted a los tres, escoja", pero luego Franco contó en Consejo de Ministros que la Reina no disimuló sus preferencias en favor de don Juan Carlos y no quiso que don Juan le acompañase en su llegada por avión, "para no politizar el viaje". Tomo la escena de la Reina Victoria del testimonio de Pabón comunicado por Seco. La Reina Sofía no lo tiene tan claro, pero está clarísimo.

La Operación Príncipe según don Juan

En aquella primavera Pablo VI, mal informado por algunos políticos católicos de su confianza, escribió a Franco solicitándole que, de acuerdo con lo ordenado en el Concilio, renunciase al privilegio histórico de la presentación

de obispos; la respuesta de Franco, rebosante de devoción por la Santa Sede, no pudo ser afirmativa pero a poco, cuando murió el primado de la Cruzada, cardenal Pla y Deniel, le sustituyó en la sede de Toledo monseñor Vicente Enrique y Tarancón, un prelado de compleja historia, recién converso al progresismo andante, y que estaba considerado en el Vaticano como muy maleable a las nuevas tendencias políticas de la Iglesia.

A mediados de octubre de 1968 tanto el ministro de Justicia Antonio Oriel como López Rodó —a través de Carrero— entregaron a Franco importantes notas sobre la urgencia de la sucesión en favor de don Juan Carlos; al terminar la lectura de este segundo memorial Franco respondió lacónicamente a Carrero: "Conforme con todo". [383] La "Operación Príncipe" entraba en su recta final.

De alguna manera don Juan lo adivinó y pidió explicaciones a sus promotores. Ya me he referido antes a este momento cuyo encaje cronológico es el presente.

Mortes vino a verme particularmente —dice don Juan—. Había sido profesor de mi hijo. Entonces yo aproveché para hablarle, o mejor aún para que él me hablase de la Operación Príncipe. Y me la explicó.

¿Qué explicación le dio?

Querían ir de prisa, tropezaban con que Franco a mí no me aceptaba y pensaban que era mejor sacar adelante al Príncipe. Además creían que podría ser proclamado Rey en seguida. ¡Tardaron seis años!

Y ellos creían que Franco iba a nombrar Rey al Príncipe en vida.

Sí, eso es lo que me dieron a entender varios del Opus, aclarando que no había nada contra mí.

La visita de Mortes ¿fue a título particular o una comunicación oficial del Opus con explicaciones, disculpas?

No, no, fue completamente particular. Pero luego he estado en comunicación con el padre Escrivá y con su sucesor. Continuamos manteniendo las mejores relaciones, aunque nunca les oí una expli-

---

383 L. LÓPEZ RODÓ, op. cit., p. 279.

cación sobre el cambio de chaqueta. Eso está todavía por aclarar. A Mortes fui yo quien le saqué el tema de la Operación Príncipe diciéndole: "Como ya sé que estás metido en eso, a ver, cuéntame en qué consiste". [384]

Unas páginas antes don Juan se había referido al mismo tema.

> *El primero que me habló de ello fue Mortes... Vino a decirme, poco más o menos, que ellos no es que estuviesen en contra mía; lo que ocurría es que conmigo veían imposible la Restauración y que deseaban abreviar las etapas. Decían: "Con el nombramiento del Príncipe, a los pocos meses echamos al otro". Y ésta es la operación que no les salió.* [385]

Éste es el testimonio de don Juan ante Sáinz Rodríguez. Doce años después algunos miembros del Opus Dei dan toda clase de explicaciones y matizaciones encaminadas a demostrar con argumentos esotéricos (y a veces falseados groseramente) que este testimonio fue anulado o modificado. A mí me lo confirmó reiteradamente Pedro Sáinz en largas conversaciones página por página de su libro, que yo comenté ampliamente en la prensa. Las explicaciones de doce años después no me sirven, lo siento.

Don Juan previene a su hijo contra la suplantación

Bien informado de la "Operación Príncipe" por sus propios promotores, don Juan se sintió obligado a enviar a su hijo el Príncipe, con fecha 12 de octubre de 1968, esta carta realmente patética:

> *Mi querido Juanito:*
>
> *El tiempo pasa y puede llegar el instante en que el futuro de España tenga que resolverse no como tesis abstracta sino como realidad viva y concreta en su fórmula institucional y en las personas que hayan de realizarla y encarnarla. Sería imperdonable que en este momento, conscientes de nuestra responsabilidad y deber, tú y yo no hubiéramos llega-*

---

384 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 276.

385 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 263.

do de común acuerdo a un concepto definido de lo que en esa coyuntura es mejor para España.

Desde que el general Franco y yo convinimos como lo mejor para la patria y para la monarquía que tú, mi hijo primogénito, residieras en España, en ella cursaras tus estudios y te formases en contacto con la vida nacional, yo comprendí perfectamente que al lado de la segura eficacia que este plan tenía, albergaba posibles riesgos de falseadas interpretaciones y aprovechamientos dentro de una política menor, de la ausencia del padre y la presencia del hijo.

Para salir al paso de estas posibles tergiversaciones, después de la última entrevista con el Generalísimo Franco en Las Cabezas, se publicó una nota conjunta puntualizando el sentido y el alcance del acuerdo.

Desde entonces tú has cumplido en España la función importantísima y difícil de mantener viva la presencia de la institución y acercar a los españoles la realidad de la dinastía que la encarna. Todos los españoles, y yo el primero, te somos deudores de gratitud por ese servicio y es para mí muy grato decirte que estoy contento de cómo has desempeñado tu misión.

El hecho de pensar en la monarquía como forma de sucesión y desemboque de este período excepcional, es consecuencia de la concepción clarividente del general Franco, moderado siempre en sus resoluciones, buen conocedor de su pueblo y nada amigo de aventuras ni improvisaciones. El General apoyaba su pensamiento monárquico como forma de futuro precisamente por sus valores de unicidad, claridad e independencia nacionalizadora que la institución posee en su esencia y que se anulan totalmente en cuanto deja de funcionar el automatismo dinástico y pasa a ser intervenida por decisiones puramente ocasionales y políticas. Esto sucedería, evidentemente, si prevaleciera el deseo de algunos sectores políticos.

(Don Juan quiere, evidentemente, dejar a Franco fuera de la "Operación Príncipe" porque conoce el grado de identificación del Príncipe con Franco. Hasta el último momento se niega a aceptar, aunque lo conocía bien, el veto inflexible de Franco contra él).

"Tu cariño de hijo, tu lealtad de Príncipe"

No puede ser una sorpresa para nadie que ese frívolo entendimiento de lo que es la sucesión monárquica haya podido pasar de la divagación social irresponsable a la política menor y aun llegado a tí en forma de presión o sugestión. De sobra sé que ese vano, y muchas veces interesado juego, ni en un ápice ha podido desplazar en tu espíritu tu cariño de hijo y tu lealtad de príncipe. Sé que muchas veces esa posibilidad maniobrera te habrá llegado revestida de argumentos que pretenden salvar la institución por encima de las personas cuando se trata precisamente de desnaturalizar la institución al enturbiar su diafana rectitud personal y dinástica.

Lo más destructivo que pudiera ocurrirle a la serenidad antipolémica que requiere el momento de la instauración es presentar ante los españoles como dividida o rota la Familia que tiene que ser ejemplo y norma al frente de la patria, puesto que ello sería dar al país un Rey tachado desde su origen por una incorrección dinástica que inevitablemente recibiría interpretaciones ofensivas de deslealtad e infidelidad.

Tú bien sabes que ni una de mis palabras puede estar inspirada por una apetencia de poder. He vivido lo bastante para poder sentirme bien lejos de toda personal ambición. Hasta el nombre de pretendiente lo he rechazado mil veces como inadecuado para quien sólo pretende recabar para sí el sacrificio de los momentos difíciles de una instauración, siendo mi única ambición el conseguir el arraigo nacional del Régimen, que deseo transmitir a mi sucesor funcionando normalmente como un instrumento eficaz para el engrandecimiento de España.

Has de tener en cuenta que toda sugerencia en ese sentido de perturbación de la normalidad dinástica procede de pequeñas pasiones que nada tienen que ver con el espíritu sereno y equilibrado del general Franco, al que desfiguran y disminuyen los que quieren presentarlo como raíz o motor de planteamientos artificiosos y de tan corto alcance.

Tú sabes de sobra que siempre he aplaudido en tí la posición disciplinada y digna que guardas para mí y para el Jefe del Estado y que no es

sino expresión absolutamente sincera de la lealtad y reflejo fiel de mi concepción de lo que debe ser tu estancia en España.

Nadie deberá nunca confundir ese respeto tuyo con un asentimiento a ninguna maniobra en su esencia turbia y para ti, ofensiva.

El hecho de haber cumplido los treinta años no debe en manera alguna modificar en ti esa posición leal y disciplinada, pero sí debe darte una nueva entereza frente a los que quieren desviar tu camino y también como representante mío personal y legítimo, una nueva manera de dialogar e intervenir en torno al planteamiento del futuro español, para que haciendo coincidir legitimidad y legalidad, quede el porvenir fuera de toda confusión e inseguridad vacilante.

Es bien claro que esas elucubraciones que debes oír como vanas murmuraciones implican en sí el contrasentido de encerrar en una vía estrecha y única la institución, privándola de toda eficacia al arrebatarle su carácter nacional, raíz de donde nace toda autoridad.

Yo he recibido a lo largo de los años, visitado por tantos españoles de toda clase, y en contacto con la vida de Europa y del mundo, una ancha experiencia sobre el complejo y peligroso período histórico que vivimos. Tú has vivido una experiencia detallada y completísima de la vida actual de España, también llena de novedad y de riesgos. Esta cuidadosa atención a lo exterior y a lo interior tiene que ser precisamente la clave y síntesis del mañana.

Traicionaríamos nuestro deber si desaprovechásemos cuanto la Providencia nos ha concedido para que esa síntesis política tenga en nosotros la garantía viva y humana de una estrecha compenetración de padre e hijo y faltaríamos a nuestra obligación si concediésemos nuestro benéplacito a cualquier fórmula contraria a la meditada doctrina que expreso en esta carta.

Como jefe de la dinastía española me creo en la grave obligación de hacerte llegar estos pensamientos que reflejan simplemente lo que me dicta mi deber para con la nación a la que pertenecemos y lo que me exige mi lealtad hacia el pueblo español cuya voluntad habremos en último término de acatar.

Con gran cariño te abraza tu padre

Juan [386]

El Príncipe Juan Carlos respondió a esta carta de su padre con otra que no conocemos hasta hoy. [387] La carta de don Juan, a quien don Juan Carlos siempre ha respetado e incluso adorado, le había impresionado hasta la médula y hacia el 22 de noviembre la revista francesa *Point de vue* publicó unas declaraciones suyas tomadas en la Zarzuela donde decía: "No puede haber problemas entre mi padre y yo. Existe una ley dinástica contra la que nadie puede nada. Jamás, jamás aceptaré reinar mientras viva mi padre; él es el Rey. Si estoy aquí es para que haya una representación viva de la dinastía española, toda vez que mi padre está en Portugal". Éste es el texto transcrito por López Rodó, que lo considera auténtico en su libro *La larga marcha...* de 1977, aunque afirma en las *Memorias* de 1991 que las declaraciones eran apócrifas. Así lo afirmó también el 29 de noviembre el ayudante militar del Príncipe, Alfonso Armada, pero el Príncipe no había asistido a una cacería con Franco el día 24 en El Alamín. Fraga, en su diario del día 28, también llama trucadas a las declaraciones y al día siguiente refiere una entrevista que le hace el marqués de Mondéjar quien le pide, en nombre del Príncipe, que las declaraciones trucadas no se reproduzcan en la prensa española. Fraga le dice que hará lo posible pero que el remedio mejor tendrán que ser unas nuevas declaraciones del Príncipe. Con todos estos datos delante creo probable que las declaraciones eran auténticas, y dichas por el Príncipe ante el impacto de la carta de su padre. Luego el equipo de la Zarzuela, para evitar la ruptura con Franco, trató de arreglar la cosa. Muy preocupado por la difusión de las declaraciones en la prensa extranjera que también se han insinuado en el *ABC* y en el *Madrid*, Fraga anota en su diario del 27 de diciembre, después de una breve referencia a la expulsión de la familia Borbón-Parma en pleno, (tras unas declaraciones de don Hugo en La Rioja): "Yo ya tenía la conformidad de la Zarzuela para dar el paso al frente;

---

386 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 340s.

387 L. RODÓ, op. cit., p. 298. En el tomo II de sus Memoria (1991, p. 354) no hace alusión a esa respuesta.

no lo consulté con nadie, ni aun con el propio Franco. Dediqué aquellos días a meditar el texto de unas declaraciones del Príncipe aclarando las cosas de una vez; en la redacción definitiva me ayudó Gabriel Elorriaga, jefe de mi gabinete, que las llevó a la Zarzuela donde el Príncipe las aprobó y añadió dos líneas de su puño y letra. Yo ya había advertido a Pemán de que se iba a hacer algo serio; pero el recado no llegó a Estoril o no se le dio la debida importancia. [388]

El Príncipe acepta públicamente la sucesión

El 7 de enero de 1969 se publican en *Pueblo* y al día siguiente en toda la prensa española las declaraciones del Príncipe a Carlos Mendo, director de la agencia Efe.

Explica el Príncipe que la monarquía en nuestro tiempo no tiene por qué considerarse como un anacronismo sino que, como a través de los siglos, ha de ser un vínculo para la continuidad del Estado y de la unidad nacional. Por ello el Generalísimo Franco ha pensado "en la conveniencia de contar con la institución monárquica al trazar el marco legal de la España de hoy".

El Príncipe manifiesta luego su plena aceptación de las Leyes Fundamentales; y cuando el periodista le insinúa que "en la aplicación de esas leyes podrá contarse algún día con su persona", responde:

"He dicho varias veces que el día que juré la bandera prometí entregarme al servicio de España con todas mis fuerzas. Cumpliré la promesa de servir en el puesto en que pueda ser útil al país, aunque eso pueda costarme sacrificios".

No quiere plantearse el Príncipe sus posibilidades al trono como una cuestión de derechos sino de deberes. No cree que la monarquía de los Principios Fundamentales imponga sacrificos excesivos "a los más fieles mantenedores de principios dinásticos, incluso contradictorios". O mejor, es lógico que los mantenedores de esos principios dinásticos "acepten algún sacrificio". Cuando López Rodó despachó con Franco el día 8 de

---

388 FRAGA, *Memoria breve...* op. cit., p. 235; L. RODÓ, op. cit., (*La larga marcha...*), p. 279s.

enero, Franco alabó las declaraciones y preguntó con cierto retintín quién las había hecho. Fraga le entregó el texto original de las declaraciones con los añadidos del Príncipe en el primer Consejo de Ministros, con un intercambio de sonrisas de complicidad. López Rodó devolvió a Fraga el comentario de Fraga ante el Gobierno de 1965: "crimen perfecto". El servicio que Fraga prestó a don Juan Carlos y a la nueva monarquía con su decisión en este caso difícil fue realmente impagable. [389]

La reacción de toda España y de toda la prensa mundial a las declaraciones de don Juan Carlos resultó fulminante. El 12 de enero don Juan envió a Pemán para todo el Consejo Privado una carta a la que agregaba la remitida por él al Príncipe el pasado 12 de octubre. En la carta de ahora afirmaba que las declaraciones del Príncipe "fueron hechas sin mi consentimiento ni intervención alguna". Y se desvincula por completo de las declaraciones, que carecen según él de valor dinástico. Consulta a todos los consejeros sobre su opinión ante esta "grave confusión".

Franco al Príncipe: "Todo está hecho"

El paso definitivo ya estaba dado por parte del Príncipe y todo el mundo comprendió que la decisión sucesoria sería muy próxima. Sin embargo los principales ministros y otros políticos a quienes Franco estimaba y escuchaba le asediaron desde entonces hasta el agobio porque conocían bien a Franco, que a veces parecía vacilar e incluso calificaba la consumación de las decisiones sucesorias como "una deserción". El 15 de enero el Príncipe explicó a Fernando de Liñán, secretario técnico en la Comisaría del Plan y luego ministro, su conversación de ese mismo día con Franco. "Todo ha sido perfecto", le dijo Franco en clara alusión a las declaraciones. "Tenga mucha tranquilidad, Alteza. No se deje atraer ahora por nada. Todo está hecho". Franco estaba muy dolido con don Juan (tras su carta a los consejeros) "porque no se hace cargo de las cosas". Franco comunicó al Príncipe su decisión de nombrarle sucesor en ese mismo año. Don Juan Carlos aceptó "como

389 FRAGA Y LÓPEZ RODÓ, ibid.

español y como soldado". El Príncipe creyó entender que Franco le haría Rey tras un año y medio. [390]

A fines de enero la Universidad se le iba de las manos al nuevo ministro de Educación y el Gobierno decretó el estado de excepción, medida que López Rodó cree desmesurada. Don Juan viajó a Roma para una audiencia con Pablo VI pero no hizo declaraciones políticas. Luego acudió a Lausana donde moría lentamente la reina Victoria Eugenia; he hablado de las circunstancias de esa muerte en mi reciente biografía sobre la madre de don Juan, el cual recibió un sentido telegrama de Franco el 16 de abril. En su respuesta del 8 de mayo desde Estoril, don Juan, en medio de su dolor, le dice que desea verle. "Pienso así que un encuentro con V.E. en estos instantes de culminación de su obra histórica sería ocasión propicia para tratar de las grandes cuestiones nacionales que a los dos por igual nos preocupan. Yo no contemplo esa posibilidad como una entrevista con agenda u orden del día aunque tampoco veo inconveniente en ello, sino una conversación a celebrar donde y cuando V.E. quiera, sobre aquellos puntos en que convergen nuestros desvelos por España. Y con esta mira tan alta, ¿no parece evidente, mi General, la conveniencia nacional de que hablemos con sosiego y a corazón abierto? Le saluda con todo afecto". [391] No consta respuesta de Franco a esta petición angustiada de don Juan; algún tiempo después dijo Franco a López Rodó, al revelarle esta petición de entrevista, que nada tenía ya que hablar con el conde de Barcelona.

El nuevo embajador de España en Lisboa, José Antonio Giménez Arnau, comunicaba a fines de mayo que Ramón Serrano Suñer estaba con Areilza en Estoril, a lo que Franco comentó: "Dios los cría y ellos se juntan". El juego de Areilza después de las declaraciones del Príncipe consistía en retrasar todo lo posible la designación de sucesor. El 29 de mayo el general y ministro Camilo Alonso Vega, que cumplía 80 años, recomendó emotivamente a Franco, en nombre de su leal amistad de toda la vida, que procediese a la designación de don Juan Carlos. Franco le escuchó inmutable, pero quedó muy tocado en lo más íntimo.

---

390 LÓPEZ RODÓ, ibid, p. 301s.

391 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 414.

El Príncipe pasa una semana en Estoril

Del 16 al 23 de junio don Juan Carlos se sintió lo suficientemente seguro para pasar con sus padres una semana en Estoril. Fue, a la vez, un gesto de devoción y de valor. Don Juan creía, por los insistentes informes de su Secretariado Político, que Franco no designaría sucesor en vida; el Príncipe creía lo contrario y aceptó una apuesta de cinco mil pesetas. El Príncipe comunicó a su padre que había aceptado y que de no hacerlo su presencia en España para su formación carecería de sentido. "Si tú me prohibes que acepte —le dijo— hago las maletas, tomo a Sofi y a los niños y me voy. No puedo seguir en la Zarzuela si en el momento decisivo se me llama y no acepto. Yo no he intrigado para que la designación recaiga en mí. Estoy de acuerdo en que sería mejor que el Rey fueras tú, pero si la decisión está tomada, ¿qué le vamos a hacer?"

"Puedes hacer mucho —replicó don Juan—: lograr que ahora no se haga nada, que todo se aplace.

"Esto no está en mi mano —adujo el Príncipe—. Y si como yo creo se me invita a aceptar, ¿qué harás tú? ¿Es que hay otra solución posible distinta de lo que Franco decida? ¿Eres capaz tú de traer la monarquía?" [392]

Las cartas estaban echadas. El Príncipe volvió a Madrid. Areilza, en nombre de don Juan, convocó al Secretariado Político para los días 14 y 15 de julio de 1969. Antes de regresar, don Juan Carlos convino con su madre, la condesa de Barcelona, una clave para comunicarle el momento en que se produjera la sucesión. Y como veremos en el capítulo final concertó con su padre el pacto dinástico en el que no cree el profesor Luis Suárez. Eso, que está clarísimo en los testimonios de López Rodó, Anson y la Reina.

---

392 L. RODÓ, op. cit., p. 331s.

Capítulo XL
El último servicio

La Historia debe respetar a los reyes pero no es esclava de ellos sino de la verdad. Y en tal condición debo empezar este capítulo recordando que el salto dinástico de don Juan Carlos sobre su padre en 1969 no constituye un hecho excepcional, sino habitual, en la historia de la Casa de Borbón durante la edad contemporánea. Fernando VII echó a su padre del trono gracias al motín de Aranjuez, encabezado por él como príncipe de Asturias, en 1808. Su hermano Carlos María Isidro desencadenó una Guerra Civil en 1833 para suplantar a su sobrina Isabel II. La duquesa de Montpensier, Luisa Fernanda, hermana de Isabel II, trató de quitarle el trono aprovechándose de la Gloriosa Revolución de 1868 que financió su esposo. Alfonso XII, por exigencia de Cánovas (respaldado, eso sí, por la opinión general aunque no total de los monárquicos) forzó la abdicación de su madre cuando los dos estaban en el exilio; y después Isabel II hizo algún amago para recuperar el trono. Alfonso XIII nació Rey por lo que no tuvo que suplantar a nadie; pero obligó a su tercer hijo varón, don Juan, a que en 1933 pasara por delante de sus hermanos mayores don Alfonso y don Jaime por la deficiente salud y otras circunstancias de éstos, que sin embargo declararon después nulas y forzadas

sus respectivas renuncias. Y en la rama carlista de los Borbones españoles tampoco faltan ejemplos; la princesa de Beira, viuda de Carlos María Isidro, se inventó el dogma de la legitimidad de ejercicio para eliminar del trono a su hijastro el rey carlista Juan (III) (por el crimen de sentirse un poco liberal) en favor de su nieto don Carlos (VII); para no entrar en los líos y suplantaciones siguientes de ramas enteras a cargo de la familia Borbón-Parma y otros pretendientes variopintos del siglo XX. Por tanto la teoría de don Juan sobre la sucesión lineal perfecta, que expuso en la carta del 12 de octubre de 1968 a su hijo defendía casi la excepción más que la regla.

Don Juan cree que su hijo no tuvo más remedio

En las interesantísimas conversaciones de don Juan con Pedro Sáinz Rodríguez, que yo comenté exhaustivamente con don Pedro al aparecer el libro, tan citado aquí, *Un reinado en la sombra*, están, como don Pedro me confirmó, las pruebas del pacto dinástico entre don Juan y su hijo que se concertó durante la estancia del Príncipe en Estoril del 16 al 23 de junio de 1969 a la que ya hemos empezado a referirnos en el capítulo anterior; un pacto que también tiene su aspecto de Pacto de las Damas por la intervención de doña María y doña Sofía, e incluso el recuerdo de la desaparecida reina Victoria Eugenia a lo lejos, porque ya conocemos sus opiniones en favor de la candidatura de su nieto don Juan Carlos. Meses antes de la declaración oficial de sucesor, incluso antes de que su hijo se lo insinuara en esa semana, don Juan lo sabía todo. "¿Cómo se gestionó —dice— la aceptación de don Juanito? De ninguna manera, no se gestionó nada. Todos lo sabíamos perfectamente; era el secreto de *Polichinela*". Y sigue don Juan: "Todo estaba preparado para el mes de abril, pero como la Reina doña Victoria se puso muy enferma, Franco suspendió cuanto tenía preparado, a ver qué ocurría... Y ahora me preguntas: ¿Hubo posibilidad de que don Juan Carlos no aceptase la designación? Sinceramente no lo sé; creo que no la hubo".

Replica Sáinz Rodríguez: "Yo creo que, como decíamos ayer, don Juan Carlos tenía la convicción de que si él no aceptaba, designaban al

duque de Cádiz". Y don Juan confirma: "Exactamente. De modo que sólo tuvo la opción de decir: "Bueno, lo siento por papá, pero por lo menos que la Corona quede en la dinastía". Ésa fue la convicción suya, estoy seguro... No se trata de una usurpación de puesto. Además él sabía muy bien cómo respiraba el Ejército. El Ejército a mí no me tragaba, en aquel momento habían hecho contra mi una campaña tan feroz..." [393] Es verdad que al conocer la decisión de su hijo don Juan recuerda que le quitó la placa de Príncipe de Asturias: "Eso no es de lo nuestro —le dijo— venga esa placa". Luego protestaría *pro forma* al producirse la designación y cedería ante sus consejeros en una política de ruptura. Pero está claro que cuando don Juan Carlos volvió a Madrid después de la estancia de una semana con sus padres en Estoril sabía que su padre se tragaría el disgusto y como dijo el propio don Juan, "no alzaría bandera contra su hijo". Ante las discordias dinásticas del siglo anterior, don Juan opina: "El Rey ha aparecido siempre en aquellos momentos como un conflicto. Por eso yo no he querido ser motivo de discordia en un pleito monárquico". A lo que responde Sáinz Rodríguez: "Yo creo que la actitud de Vuestra Majestad vale por un reinado, que yo llamo reinado frustrado, pero que ha prestado grandes servicios a España". [394]

En resolución que, como vimos en el capítulo anterior, don Juan Carlos había dicho en Estoril a su padre que si le prohibía aceptar el ofrecimiento de Franco, haría las maletas y saldría de la Zarzuela. Don Juan no se lo prohibió; estaba pues conforme con que dentro de la dinastía tendría que ser rey el mejor situado de los dos. A ese acuerdo he denominado pacto dinástico, porque lo es. En su libro *El Rey,* Vilallonga lo confirma. Este capítulo se titula "El último servicio". En realidad describe una última sucesión de servicios, entreverados de vacilaciones; de los que el primero es la aceptación dolida, pero resignada, de la designación de su hijo como sucesor a título de rey. Y la justificación profunda en nombre de la dinastía.

---

393 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 265.

394 Ibid, p. 265.

"El grano ha reventado"

El consejero permanente de don Juan, Pedro Sáinz Rodríguez, ya podía entrar y vivir libremente en España, donde sin embargo se habían tomado contra él graves represalias, según me contó con detalle; entre ellas privarle casi por completo del aprovechamiento de unos inmensos solares de su propiedad en los que se alzó después una gran urbanización, el Parque de las Avenidas, donde vivió durante sus últimos años en medio de su colosal biblioteca, que después legó a la Fundación Universitaria Española.

El 9 de julio de 1969, don Pedro visitó al Príncipe en el palacio de la Zarzuela y le dijo que no creía probable su designación próxima como sucesor.

Los promotores de la designación, que ya tenían convencido a Franco de lo contrario, cuidaron muy bien el factor sorpresa y el 12 de julio Franco comunicó al Príncipe que el siguiente día 17 se convocaría una sesión extraordinaria de las Cortes para la designación. Los días 14 y 15 de julio se reunió en Estoril el Secretariado Político de don Juan; todos parecían seguros de que no habría designación, excepto Luis María Anson que la creía muy probable.

El 15 por la noche, los miembros del Secretariado regresaron tranquilamente a Madrid. Pero según lo convenido en las conversaciones del pacto dinástico esa misma noche don Juan Carlos llamó por teléfono a su madre y cuando ella le preguntó cómo tenía el grano el Príncipe contestó según la ingenua clave: "El grano ha reventado". La condesa de Barcelona se lo reveló a don Juan inmediatamente. [395]

Al día siguiente, fiesta de la Virgen del Carmen, estalló la bomba. A las diez de la mañana don Juan recibió en Villa Giralda, con cara muy seria, al general marqués de Mondéjar que le entregó la carta de su hijo, que López Rodó no publicó en su libro de 1977, pero sí en el segundo tomo de sus *Memorias* en 1991 (p. 454), y dice así:

---

395 Para estos momentos cfr. L. RODÓ, op. cit., p. 339.

Madrid 15 de julio de 1969.

Las cartas del Día del Carmen

Queridísimo papá:

Acabo de volver de El Pardo a donde he sido llamado por el Generalísimo y como por teléfono no se puede hablar, me apresuro a escribirte estas líneas para que las pueda llevar Nicolás que sale dentro de un rato en el Lusitania.

El momento que tantas veces te había repetido que podría llegar ha llegado y comprenderás mi enorme impresión al comunicarme su decisión de proponerme a las Cortes como sucesor a título de Rey.

Me resulta dificilísimo expresarte la preocupación que tengo en estos momentos. Te quiero muchísimo y he recibido de ti las mejores lecciones de servicio y de amor a España. Estas lecciones son las que me obligan como español y como miembro de la dinastía a hacer el mayor sacrificio de mi vida y cumpliendo un deber de conciencia y realizando con ello lo que creo es un servicio a la patria, aceptar el nombramiento para que vuelva a España la monarquía y pueda garantizar para el futuro a nuestro pueblo, con la ayuda de Dios, muchos años de paz y prosperidad.

En esta hora para mí tan emotiva y trascendental, quiero referirme a mi filial devoción e inmenso cariño, rogando a Dios que mantenga por encima de todo la unidad de la Familia y quiero pedirte tu bendición para que ella me ayude siempre a cumplir en bien de España los deberes que me impone la misión para la que he sido llamado.

Termino estas líneas con un abrazo muy fuerte y queriéndote más que nunca te pido nuevamente, con toda mi alma, tu bendición y tu cariño.

Juan Carlos

Conocemos también el encargo de doña María a Mondéjar: "Dile a Juanito que estoy muy contenta, felicítale. Y que sepa que yo me ocupo de que aquí no se haga ninguna tontería". A las doce el embajador Giménez Arnau entregó a don Juan la carta de Franco. El conde de Barcelona la leyó después de despedir al mensajero:

A S.A.R. don Juan de Borbón.

Mi querido Infante:

En los momentos en que, en cumplimiento del artículo VI de la Ley de Sucesión tomo la decisión de proponer a las Cortes mi sucesor en la Jefatura del Estado, en favor de vuestro hijo don Juan Carlos, quiero comunicároslo y expresaros mi sentimientos por la desilusión que pueda causaros, y mi confianza en que sabreis aceptarlo con la grandeza de ánimo heredada de vuestro augusto padre don Alfonso XIII.

Me imagino los sentimientos contradictorios que esta noticia va a despertar en vuestro ánimo; pero la grandeza de la monarquía está precisamente en ser un camino de sacrificio de las personas reales a la institución, por ello me permito preveniros contra el consejo de aquellos seguidores que ven defraudadas sus ambiciones políticas.

Yo desearía comprendiérais no se trata de una restauración, sino de la instauración de la monarquía como coronación del proceso político del Régimen, que exige la identificación más completa con el mismo, concretada en unas Leyes Fundamentales refrendadas por toda la nación.

En este orden, la presencia y preparación del Príncipe don Juan Carlos durante 20 años y sus muchas virtudes le hacen apto para esta designación.

Confío en que esta decisión no alterará los lazos familiares de vuestro hogar ya que nuestras diferencias constituyen un imperativo de servicio a la patria por encima de las personas.

Le saludo con todo afecto y consideración

Francisco Franco

Madrid, julio de 1969. [396]

En rigor éste es el desenlace del antagonismo de Franco y don Juan y por tanto aquí podríamos poner punto final a nuestro trabajo. Lo que resta ya no puede ser un análisis histórico detallado, sino una especie de gran epílogo de respeto para los dos personajes después de este desenlace.

---

396 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 415.

La temida declaración de Estoril

El 15 de julio, por una especie de comunicación telepática (así dice la Reina), el equipo de don Juan Carlos en la Zarzuela y Laureano López Rodó habían encontrado el título que llevaría el Príncipe en el texto de la Ley que Franco propondría a las Cortes: Príncipe de España. Al conocer las cartas de Franco y don Juan Carlos el conde de Barcelona llama a Areilza que, con los demás miembros del Secretariado y otros consejeros, se presenta desalado en Estoril con espíritu de frustración por la sorpresa y de venganza política por la designación. López Rodó intenta enviar a Estoril a varios pacificadores pero se han quitado de enmedio o llegan tarde, todo muy sospechoso. También trata de convencer a sus correligionarios del diario *Madrid* para que moderen su reacción pero ellos se empeñan en que la designación del Príncipe sea sólo como Regente; Calvo Serer escribe a Franco y a Carrero, habla con varios ministros pero nadie le hace caso. La noticia del Pleno de las Cortes se conoce el 17 de julio y al día siguiente durante la gran fiesta ritual del régimen en los jardines de La Granja, Fraga conoce por teléfono la declaración de Estoril, que por exigencia de doña María no llevará la fecha del 18 de julio sino la del 19. Es muy significativo que don Juan no firme la declaración, difundida en primera persona pero por medio de su secretariado, en forma de explicable pataleta que hace repudiar de nuevo a don Juan la Ley de Sucesión de 1947 tras haberse adherido reiteradamente a ella, como sabemos, en los últimos años. "Para llevar a cabo esta operación —añade, con verdad— no se ha contado conmigo... Soy, pues, un espectador". Aunque no vaya firmado por don Juan, el documento tiene un claro aire democrático:

> *Durante los últimos treinta años me he dirigido frecuentemente a los españoles para exponerles lo que yo considero esencial en la futura monarquía: que el Rey lo fuera de todos los españoles, presidiendo un Estado de Derecho; que la institución funcionara como instrumento de la política nacional al servicio del pueblo, y que la Corona se erigiese en poder arbitral por encima y al margen de los grupos o sectores que componen el país. Y junto a ello la representación auténtica popular; la voluntad nacional presente en todos los órganos de la vida pública; la sociedad manifestándose libremente en los cauces establecidos de opi-*

nión; la garantía integral de las libertades colectivas e individuales, alcanzando con ello el nivel político de la Europa occidental, de la que España forma parte.

Eso quise y deseo para mi pueblo y tal es el objetivo central de la institución monárquica. Nunca pretendí, ni ahora tampoco, dividir a los españoles. Sigo creyendo necesaria la pacífica evolución del sistema vigente hacia estos rumbos de apertura y convivencia democrática, única garantía de un futuro estable para nuestra patria, a la que seguiré sirviendo como un español más, y a la que deseo de corazón un porvenir de paz y prosperidad. [397]

Éste es, hasta 1969, el único manifiesto realmente democrático de don Juan, si exceptuamos las declaraciones al salir en 1946 de Suiza, probablemente apócrifas y enviadas a sus espaldas. Es curioso que este manifiesto democrático haya sido redactado por dos personajes de clara historia totalitaria y no lleve la firma del conde de Barcelona.

Don Juan en los años agónicos

Lo que sí tiene a don Juan plenamente como autor es la decisión de disolver inmediatamente a su Secretariado Político y al Consejo Privado, y de prescindir de su Secretariado Diplomático. El director de *ABC*, Torcuato Luca de Tena, envió al conde de Barcelona la carta que cabría esperar de la lealtad, la caballerosidad y el patriotismo del firmante, con una tesis que era la de don Juan: "El público enfrentamiento entre padre e hijo sería un mal irreparable para la institución y para España". En esa línea publicó *ABC* el 20 de julio su admirable editorial "Con la sangre de nuestros Reyes". Al día siguiente por la noche, don Juan habló por teléfono, muy cordial y serenamente, con su hijo.

El 22 de julio se celebró en las Cortes el Pleno en el que Franco propuso a don Juan Carlos como sucesor. Votaron a favor, nominalmente, 491 procuradores; hubo 19 votos en contra y 9 abstenciones. Los tres procuradores que habían sido miembros del Consejo Privado de don

397 Texto en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 344.

Juan votaron a favor de don Juan Carlos, cuyo discurso fue presenciado por don Juan en un bar cerca de Coimbra, por televisión, con lágrimas en los ojos y un gran orgullo por su hijo; creo que éstos son los momentos más sublimes en la vida del conde de Barcelona. El discurso de don Juan Carlos no pertenece ya a la presente historia, sino a la historia del actual Rey, pero deseo citar tres de sus expresiones:

"Recibo de S.E. el Jefe del Estado la legitimidad política surgida del 18 de julio de 1936".

"Pertenezco por línea directa a la Casa Real española".

"Mi pulso no temblará".

Los años siguientes de 1969 a 1975 tampoco deben analizarse en un libro sobre el antagonismo de Franco y don Juan; son los años que, a raíz de los mismos hechos, estudié y califiqué bajo el título "Los anales de la degradación", desde el asunto MATESA, que estalló poco después de la jura del Príncipe en las Cortes, hasta las angustias de la larga agonía política y luego física de Franco en 1974 y 1975. En todos esos años don Juan no dio un sólo paso definitivo que pudiera comprometer el dificilísimo camino de su hijo aunque a veces se desahogó ante sus obstinados leales que comprometieran gravemente el futuro.

En 1972, cuando la nieta mayor de Franco se casó con don Alfonso de Borbón Dampierre ("la bodita ésa" decía don Juan), un sector de la familia de Franco pareció enloquecer. El almirante Carrero pidió a don Juan Carlos que gestionase con su padre el acuerdo para designar, conjuntamente con Franco, a don Alfonso como Príncipe de Borbón, a lo que se negó el Príncipe de España; aunque él y don Juan accedieron a la concesión del ducado de Cádiz. A esto se refiere don Juan en sus *Conversaciones:*

"Pero incluso doña Carmen —me repitieron su frase— llegó a comentar que se habían apresurado demasiado en el nombramiento del Príncipe. Por lo visto lo dijo con motivo de la boda de su nieta. Y la figura de don Alfonso de Borbón Dampierre se promocionó —como ahora se dice— activamente por el Estado, de eso no hay duda alguna. El encargado de ello fue Mariano Calviño, que había tenido un cargo en Sindica-

tos... Pero no creo que eso influyera mucho. Pienso que Franco se limitaba a jugar con un peón más. Tenía además un concepto de la dinastía". [398] Antes de que muriera Franco el presidente Giscard preguntó a don Juan si la monarquía de su hijo sería posible. "Mire usted, yo no sé si será posible o no, porque todavía está todo en embrión, lo que sí le digo es que la monarquía será tal como siempre le he dicho que debía ser. Que lo haga yo, que lo haga él, eso es igual, pero usted debe apoyar a la monarquía porque es lo que va a ser España". [399] He ahí otra expresión del pacto dinástico.

A fines de 1973, después de cinco años de ruptura total, don Juan y Franco intercambian los últimos mensajes de su vida, con motivo del asesinato del almirante Carrero. El de don Juan lleva la fecha de 28 de diciembre, y don Juan se muestra muy impresionado; la respuesta de Franco es del 7 de enero de 1974, más breve y rutinaria. [400]

"No fueron tiempos agradables"

Período de la enfermedad y muerte de Franco —pregunta Sáinz Rodríguez.

Hubo dos etapas, como te acordarás, porque primero se puso muy enfermo en julio del 74, que fue la primera vez que don Juanito actuó de Jefe del Estado provisional.

Yo tengo la idea de que decretaron esa provisionalidad de don Juan Carlos a fortiori, *porque fue con motivo de un documento que tenía que firmar el Jefe del Estado.*

Sí, con Nixon —confirma don Juan—. Y claro, tenía que ser el Jefe del Estado el que firmara con él y por eso lo hicieron, sí señor.

O había que declarar: No hay jefe del Estado, o presentar un Jefe del Estado.

---

398 Cfr. P. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 314.

399 Ibid, p. 298.

400 Textos en SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 415.

Además es que Franco estaba muy enfermo.

Pero aunque hubiera estado muy enfermo, si no ocurre aquella circunstancia de tener que firmar los dos Jefes de Estado...

Es posible que no se hubiera hecho, ¿tú crees?

No; hubieran esperado. Mientras no se moría, hubieran seguido como luego siguió hasta el final. Más grave estuvo después. Puede V.M. añadir incidencias referentes a don Juan Carlos durante ese período que crea oportuno revelar.

Ya en la etapa última no hubo más que los encuentros familiares, que se reducían, estrictamente, a estar con los nietos y con mi mujer... El Príncipe venía todos los veranos a pasar unos días a Estoril. Pero ya no se hablaba de política.

Claro, ya estaba todo dicho.

No fueron tiempos agradables. [401]

Las Fuerzas Armadas frenan el último Manifiesto

Cuando se iba a morir Franco —recuerda poco antes Sáinz Rodríguez— ya sabíamos que se iba a morir, recordará V.M. que hubo un proyecto de discurso, de declaración pública...

Un manifiesto, casi.

Un manifiesto, sí. Estuvimos discutiéndolo, y creo que lo que salió, por fin, fue una nota de la Secretaría de Prensa.

Que se hizo desde París.

Eso es. Una Secretaría de Prensa en la que estaban varios, además de Anson y Ussía, que son los que hicieron la nota, la declaración. Debo tener el texto del manifiesto tal como iba a salir.

Yo le he mandado buscar y no lo he encontrado. Recuerdo que hubo unos días en que estábamos convencidos de que era casi nece-

---

401 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 315s.

sario y después, a medida que se acercaba el momento, nos pareció que, tal como estaba evolucionando el asunto, podría resultar peligroso.

Sí, por la proximidad entre la muerte y la proclamación.

Eso es.

Porque decíamos: 'Si hay un espacio de tiempo en que Franco ha muerto y el Rey no está proclamado...' Por eso hay un texto, que yo llevé a un notario de Madrid, para que se hiciese constancia de que estaba hecho en tal fecha, antes de la declaración del Príncipe.

Pero como aquello fue tan rápido...

Luego quedó todo reducido a aquella nota de la Secretaría, pero yo soy partidario de contar esa historia, porque demuestra cómo las cuestiones políticas se han debatido, se han pensado y cómo el manifiesto que se hubiese dado estaba lleno de respeto hacia Franco. Ahora que todos se meten con él, haría un contraste terrible, porque me parece que en el manifiesto empezaba diciendo V.M.: 'Yo me inclino ante el cadáver del general Franco, que fue un leal servidor de España en las campañas de África'.

Después hice unas declaraciones en que introducía esa frase. También eso ha salido en un libro.

¿En qué libro?

En el de Gironella. Cuando me pidió mi opinión sobre Franco, no dije que me inclinaba ante su cadáver, porque ya estaba archimuerto, pero esto: 'Yo prefiero no hablar sino de sus servicios a España'.

Era la idea central del manifiesto, de modo que acaso conviniera publicar ese texto íntegro para que se vea claro que V.M...

Pero es un texto que no vio la luz nunca. Hubo verdadero pánico en Madrid, incluso me mandaron a Díez Alegría a París.

Y Díez Alegría fue a pedirle a V.M...

Que no hiciera nada. Que me quedase quieto en aquellos días, porque la cosa estaba muy difícil y todo resultaba muy precario.

También quisieron hacerme saber que las Fuerzas Armadas estaban al lado del nuevo Rey y no habrían de hacerme caso alguno.

Bueno, pero V.M. no se dirigía a las Fuerzas Armadas.

Pero quiero decirte que en mi conversación con Díez Alegría se habló de eso, y como en el fondo lo que garantizó el paso del Rey fueron las Fuerzas Armadas...

Claro, sí, sí. De manera que contaremos lo del manifiesto y diremos que V.M. recibió a Díez Alegría, pero que ya, motu proprio, *había decidido pararlo. La prueba es lo de la protocolización para demostrar que nunca se hizo el manifiesto para chocar con la proclamación del Príncipe. El manifiesto era la manera de liquidar V.M. su relación con Franco mientras había vivido.* [402]

En las últimas líneas de las Conversaciones, *don Juan da nuevos detalles sobre este episodio:*

¿De quién era emisario Díez Alegría —pregunta Sáinz Rodríguez.

De los tres Ejércitos. Y se hizo a espaldas de Carlos Arias y por poco le fulminan. Llevaba una carta del Jefe de Estado Mayor con la explicación de lo que me tenía que decir a mí.

"Vas encargado por nosotros para que le hagas comprender al Señor que todas las Fuerzas Armadas estamos al lado de esta solución y que por tanto cualquier actitud suya será perjudicial y contraproducente".

Porque ellos pensaban que el Manifiesto podría ser contra y sólo era una explicación de por qué V.M. esperaba, sin renunciar...

Ellos pedían silencio, y el silencio se quebró por una nota de la Secretaría de Anson...

En realidad V.M. venía a decir simplemente: "Yo sigo siendo el depositario de la Corona histórica y renunciaré cuando vea que lo que se inicia ahora tiene viabilidad".

---

402 Cfr. ibid, p. 279s.

Que tiene viabilidad y que cuenta con el apoyo del país. Lo que yo hubiera dicho es que la monarquía no podía ser una dictadura vulgar y corriente. [403]

Explico en nota la razón muy comprensible de don Juan para no publicar este frustrado Manifiesto que contradecía de frente a toda la sucesión de sus cartas a Franco, firmadas por él, desde 1948 a 1967. No caben términos medios; o uno u otras no son palabra de Rey. La nota de la Secretaría cuya fuente también indico es más moderada aunque en el fondo igualmente agresiva. Manifiesto y nota son algo muy distinto de lo que muchos años después interpretan don Juan y don Pedro. Son una tremenda agresión a Franco y por encima de Franco, ya desaparecido, a don Juan Carlos. L. M. Anson en su *Don Juan,* p. 407, don Juan cambió la fecha del 23 y puso 21 para no comprometer al Rey Juan Carlos. La declaración de don Juan es lamentable. Contiene varios errores de bulto, por ejemplo, insiste en la coherencia de su actitud que fue, como hemos visto, incoherente. No transcribo las diversas versiones del Manifiesto de don Juan y de la nota de su Secretario porque son irrelevantes: nadie les hizo el menor caso ni sirvieron para nada. La historia iba por otro cauce.

Don Juan intervino personalmente en la defenestración de Carlos Airas en 1976. Sáinz Rodríguez le habla de "todo el período del Gobierno Arias" y don Juan replica:

"Que fue malísimo. Yo hice un viaje a Madrid desde aquí para decirle a mi hijo: 'O liquidas a Arias o esto se acaba'. Fraga y Areilza, dice don Juan, estaban de acuerdo, "con la esperanza de heredar, ésa es la cosa".

La Renuncia

En toda esta sucesión de últimos servicios y últimas vacilaciones que engarzan la vida de don Juan a partir de julio de 1969, la Renuncia es uno de los más importantes. Tuvo lugar el 14 de mayo de 1977 cuando

---

403 Anson desautoriza a Toquero y le apostilla. Transcribe el Manifiesto auténtico que es un desastre.

la Reforma política estaba en plena marcha, las primeras elecciones generales a punto de celebrarse, aunque todavía no se había planteado la Constitución de 1978. Dejemos que sea don Juan quien cuente el episodio:

¿Por qué cree V.M. —dice Sáinz Rodríguez— que hubo una resistencia más o menos explícita a la Renuncia de V.M. por parte del actual Régimen?

Sobre todo por parte de Torcuato Fernández Miranda, que era el Presidente del Consejo del Reino. Él veía en mi renuncia algo que desbarataba la legalidad vigente. Yo no le conocía; le vi por primera vez cuando vino a felicitarme y a darme las gracias, en nombre de las Cortes, el día de la renuncia.

Vino a darle las gracias por una cosa que él no deseaba que se hubiera hecho.

Y a la que había puesto —dice don Juan— todas las dificultades, llegando incluso a querer cambiar párrafos de mi discurso hasta que yo dije que ya estaba bien de bromas...

Se quería despegar la monarquía de don Juan Carlos del reinado de Vuestra Majestad.

Sí, tenía que ser, por lo visto, la del 18 de julio. ¡Pero si la razón de todo lo que yo he hecho es que no quiero que sea del 18 de julio! La monarquía tiene que ser anterior, posterior y diferente. [404]

Así se expresaba a propósito de 1977 el príncipe que había querido luchar en España el mismo día 18 de julio aunque no consiguió acercarse al frente hasta unos pocos días después; y luego volvió a intentarlo y se adhirió docenas de veces al 18 de julio, no sólo durante la Guerra Civil sino en plenos años sesenta como hemos comprobado.

Y Torcuato Fernández Miranda —interrumpe don Pedro—, el paladín de no aceptar la Renuncia, cuando tuvo lugar la Renuncia acudió a darle las gracias.

---

404 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 266.

No estuvo presente en el acto, porque no quiso; pero estaba en el Palacio de la Zarzuela y en cuanto se terminó tuve que recibirle. Al día siguiente me visitó Adolfo Suárez, en nombre del Gobierno.

Anteriormente —dice Sáinz Rodríguez— había habido una negociación en que la Renuncia se preveía con un cierto ceremonial.

Del problema de la Renuncia empezó a tratarse en cuanto se habló de las Cortes; yo la planeaba ya desde el mes de enero. Habíamos pensado hacerla coincidir con la vuelta de los restos de Alfonso XIII, para unir ante ellos las tres generaciones, en un gesto quizá un poco romántico por mi parte, pero muy simbólico. Pero pusieron el grito en el cielo y se desbarató la idea. Lo que yo proponía era traer los restos de mi padre en un barco de guerra y en la toldilla del barco hacer el discurso de la Renuncia ante el Rey, antes de llevarlo a El Escorial.

Y eso, ¿quién lo torpedeó?

No sé, en esto no sé quién intervino personalmente.

Sin embargo, a mí Areilza, que era entonces ministro de Asuntos Exteriores, en una conversación en casa, me habló de ese proyecto como de algo convincente y deseable.

Claro, él lo apoyaba. Areilza es muy amigo mío y al hablarle yo del proyecto le pareció genial. Pero él mismo fue quien me avisó que no prosperaría.

Don Juan Carlos vio que todos los que le rodeaban se oponían.

El acto de la Renuncia fue muy emocionante. Don Juan entregaba a su hijo el Rey el depósito de la Corona histórica y después, en secreto, dio a su nieto Felipe la placa de Príncipe de Asturias que había quitado a su padre en 1969. Desde el punto de vista dinástico y simbólico, la Renuncia tuvo sin duda una gran importancia. Gracias a ella pudo decir la Constitución española del año siguiente, 1978, que don Juan Carlos I era "legítimo heredero de la dinastía histórica" con el apoyo de la gran mayoría de los españoles y —por una vez, por primera vez después de 1931— con el acuerdo de todos los monárquicos. Algo tuve que ver personalmente en la introducción de esa frase en la Constitución, como

en otros puntos del título que se refiere a la Corona y por eso estoy completamente en desacuerdo con la tesis de que "el legislador" quiso mantener la Pragmática de Carlos III. El legislador éramos nosotros y considerábamos la Pragmática como una inoperante pieza de museo. Por una vez volví a coincidir plenamente con mi amigo Joaquín Satrústegui. El taconazo de don Juan cuando después de leer su breve discurso de la Renuncia ante la televisión dijo al Rey: "Majestad, por España, ¡Viva España! ¡Viva el Rey!" no será nunca olvidado por quienes lo presenciamos ante la pantalla.

Don Juan arremete contra Fernández Miranda y Suárez

Expuesto el lado positivo de la Renuncia, tengo que discrepar gravemente de don Juan y sus consejeros, desde la Historia, por el lado negativo, que engrana lamentablemente con la actitud de ruptura asumida por don Juan a veces desde el fallido Manifiesto que estuvo a punto de perpetrar en los difíciles comienzos del reinado de don Juan Carlos.

Veamos en primer lugar el enfoque de don Juan, con mayor proximidad, sobre el retraso y la atenuación de la Renuncia.

Cuando Areilza, el ministro de don Juan Carlos y amigo de don Juan, tenía ya todo preparado para la Renuncia solemne en 1976 en combinación con el traslado de los restos de Alfonso XIII, "todo esto —dice don Juan— se torció porque vino la crisis" (La crisis a la que había contribuido don Juan con su tremenda descalificación de Carlos Arias).

La Reforma en las Cortes

Vino Suárez —dice Sáinz Rodríguez—. Y la gente debe enterarse de que Vuestra Majestad no se resistió a la abdicación; el que se resistía era el Gobierno.

En efecto, era el Gobierno, que no la creía oportuna.

Decían que no hacía falta.

Porque la renuncia —sigue don Juan— les ponía en entredicho, ellos querían agarrarse a la legalidad vigente y si yo renunciaba, era como decirles que lo que ellos hacían no era legal o poco menos...

Era otra legalidad histórica.

Pero el que realmente discutió —porque Suárez no discutía nunca— fue Torcuato Fernández Miranda, que estaba horrorizado. Indirectamente, la misma mañana del acto, tuvimos todavía que discutir unos párrafos. Llegó un momento en que afirmé: "Eso no lo quito". Y casi tiene que suspenderse el acto. Juanito me apoyó en todo, y dijo: "No, esto va". Fernández Miranda había estado esperando, y le vi por primera vez después del acto. Se me acercó diciendo: "Tengo mucho gusto en conocerle... Para mí el que haya salido esto, por fin, es una satisfacción; pero si le hubiera conocido antes no hubiera puesto tantas dificultades como he puesto". Yo le respondí: "Pues muchas gracias. No me ha conocido nunca antes porque no se ha tomado la molestia". ¡Mira que tiene bemoles! Suárez, en este asunto, permaneció en la inopia más absoluta. Surgido el cambio de Régimen, el Rey es don Juan Carlos y de ahí no le saquen ustedes. No sabe nada, ni me ha conocido, ni tiene idea de lo que he declarado en el curso de mi vida; lo ignora todo. El que lo sabía muy bien era Torcuato. En el fondo lo sucedido fue una evolución con "harakiri" de las Cortes; hay algunos procuradores que todavía están tristísimos de haberlo hecho, pero tenían tal miedo que estaban dispuestos a tragar cualquier cosa.

Sí, porque veían venir una revolución.

Exacto. O sea que ahora todo parece mucho, pero entonces todo era poco. El historial de Fernández Miranda es totalmente del otro Régimen. Fue profesor del Rey durante un año y pico largo, con lecciones privadas en casa. Sin duda el Rey pensó que era un técnico bueno y por eso lo metió en las Cortes en lugar de darle la Presidencia, y en las Cortes fue donde elaboró la Ley de la Reforma que es la que dio paso a las elecciones del año 1977[405].

---

405 Cfr. SÁINZ RODRÍGUEZ, op. cit., p. 302s.

Don Juan, al opinar así, es gravemente injusto con el duque de Fernández Miranda y con el duque de Suárez y con las Cortes de Franco. La Renuncia fue un gesto hermoso, pero innecesario. Si la Renuncia era necesaria entonces don Juan era Rey de derecho y don Juan Carlos un ursupador.

Don Juan, entregado a la ruptura hasta la Renuncia

Desde la muerte de Franco, y desde la misma designación de su hijo en 1969, don Juan, durante las dos décadas anteriores, como demuestran los documentos que con su firma van en este trabajo, estaba plenamente adherido a la continuidad del Régimen y a la vía de Reforma; desde 1969 al verse preterido se entregó demasiadas veces a la Ruptura que proclamaban las izquierdas con la adhesión de los ex-consejeros antifranquistas. La actitud de don Juan y de Sáinz Rodríguez desde la muerte de Franco fue, con frecuencia, de completa ruptura; en las *Conversaciones* hay pruebas y pruebas que no me caben en este capítulo. Por tanto, la afirmación de que don Juan no alzó bandera contra su hijo tiene un valor relativo. Las últimas Cortes de Franco no decidieron su disolución por cobardía ni por miedo, sino por un enorme sentido de sacrificio y de patriotismo y de responsabilidad, como el de don Juan al formular la Renuncia; don Juan no conocía ni de lejos el espíritu de aquellas Cortes, a las que por cierto yo no pertenecí porque no quise, porque me fue reiteradamente ofrecido y por eso puedo hablar con alguna objetividad. Fernández Miranda y Suárez estaban decididamente por la Reforma, como don Juan Carlos, porque ésa era la condición para la garantía de las Fuerzas Armadas en la transición. El Rey, "motor del cambio" según la frase feliz de Areilza, cumplió escrupulosamente e hizo cumplir los preceptos que las propias Leyes Fundamentales daban para su reforma desde dentro; por eso no cabe acusarle de perjurio como se hizo absurdamente. La izquierda y don Juan estaba por la ruptura, con Calvo Serer que acabó su vida política aliado en la Junta Democrática con Santiago Carrillo, qué barbaridad, aunque don Juan tuvo el buen sentido de no apuntarse a la Junta. Don Juan Carlos era plenamente Rey desde su jura cuando aún estaba Franco de cuerpo presente en noviembre de 1975; por eso no juró la Constitución de 1978, sino que simplemente la firmó y la sancionó. La actitud de don Juan desde la muerte de Franco, sus actos con las izquierdas y los

monárquicos rupturistas en Estoril, sus declaraciones y hasta su frustrado Manifiesto de 1975 fueron simplemente atentados a la posibilidad de la monarquía, que casi llevaron a don Juan a un intento de suplantar a su hijo, no simplemente de mantenerse en reserva; lo insinúa él mismo en sus *Conversaciones* y ésta fue la razón del enérgico aviso que le dirigieron las Fuerzas Armadas. Luis María Anson no tiene en esto ninguna razón.

Históricamente está mucho más probada la tesis de Rodolfo Martín Villa en su importante libro de memorias: la democracia fue traída a España por don Juan Carlos y por los partidarios de la Reforma, no por los adalides de la ruptura, entre los que por desgracia se encontraba don Juan. El pueblo español lo comprendió así y el enorme servicio histórico de Fernández Miranda y de Suárez —con sus discrepancias que no son de este lugar— fue realizar, materializar esa idea mayoritaria del pueblo español que votó por la reforma y no por la ruptura en el importantísimo y decisivo referéndum de noviembre de 1976, que pretendieron descalificar las izquierdas antes de celebrarse. Después de ese referéndum es cuando las izquierdas, clarividentemente, entraron en razón y cuando se produjo la renuncia de don Juan, que actuó entonces con gran patriotismo, gran sentido de la realidad y gran sacrificio, saliéndose de la ruptura cuando la ruptura había sido estrepitosamente derrotada. Desde mi perspectiva histórica, esto parece más claro que el agua.

El Manifiesto de Pamplona

A la vuelta del verano de 1992, cuando ya se extinguían los fastos y las vergüenzas del Quinto Centenario "de la Nada", cuando el Rey y la Familia Real habían demostrado en la tribuna olímpica, ante España y el mundo, la inmensa utilidad de la monarquía en esa Cataluña que según el honorable Pujol no debía silbarles, don Juan de Borbón y Battemberg, atenazado por una gravísima enfermedad, ingresaba en la admirable clínica de la Universidad de Navarra donde ha luchado contra la muerte con la sencillez y la serenidad que han presidido su vida de dolor y de servicio, su vida grande hasta en sus equivocaciones. Durante décadas a don Juan casi sólo le habían dejado dar manifiestos; el manifiesto es su cauce

natural de expresión. Y entonces, a mediados de octubre de 1992, dictó a Javier Errea y Santy Mendive, del *Diario de Navarra*, en forma de declaraciones de sublime indiscreción, su último manifiesto, el Manifiesto de Pamplona, su testamento histórico. Naturalmente el diario presuntamente monárquico y juanista de Madrid, dirigido por mi admirado amigo y autor de la famosa nota explosiva en la muerte de Franco, silenció el Manifiesto de Pamplona; a don Juan siempre le han silenciado los manifiestos, primero lo hicieron los franquistas, ahora los juanistas, los que le publicaron en resumen el que él quería mantener en silencio. Quiero incluir en este trabajo, como homenaje a don Juan, el Manifiesto de Pamplona, el último servicio. Ya había dejado en San Lorenzo de El Escorial a su padre, Alfonso XIII, tras cuyo armón caminaba con uniforme de almirante en aquella ceremonia inolvidable del 18 de enero de 1980; a su madre doña Victoria Eugenia, a su hijo malogrado, don Alfonsito. Así contestó don Juan al *Diario de Navarra*:

El Rey se interesa por mi salud y yo por el estado de salud de España.

He visto siempre a los navarros como un pueblo muy español y lleno de hombría de bien y me apena ver que en estos momentos algunos están cambiando y me disgusta la mezcla 'abertzale'.

El dolor es un sentimiento muy amplio. El dolor físico es más llevadero que el moral.

Soy una persona católica practicante y profundamente creyente, con una devoción mariana acentuada.

Mi vida se ha dedicado plenamente a España y con sumo gusto volvería a repetir todas las decisiones que he tenido que adoptar.

Me hubiera gustado ser Rey de todos los españoles. Fue mi vocación para la que me educaron y para la que viví, pero renuncié plenamente porque era para el bien de España.

Sueño con que, a pesar de las dificultades, con la colaboración, el esfuerzo y la renuncia de todos, consigamos que España siga para adelante.

Todos los hombres en cualquier situación deben renunciar a algo, yo creo que no he sido una excepción.

A la pregunta ¿Cómo ve hoy España un hombre que ha dado tanto por ella? contesta:

La veo mal, algo desgarrada y con su unidad amenazada.

España a mí no me debe nada. La he dado lo que he podido.

No me ha tratado injustamente la Historia. Encuentro que no. En la historia de cualquier nación siempre se producen situaciones que no son bien entendidas por la pasión del momento. Con una actitud reflexiva y desapasionada podemos comprender todas ellas, y siempre, como fin último, el bien de la patria.

Y termina con lo que piensa comer cuando vuelva a Navarra repuesto:

Con pimientos rellenos, un buen vino de Navarra y tal vez en Rodero.

El respeto y la manipulación

Sedado para evitarle el sufrimiento, acompañado por la presencia constante y silenciosa de sus hijas y por la asiduidad cada vez más angustiada de los Reyes de España, don Juan de Borbón falleció cristianamente al comenzar la tarde, especialmente fría, del 1 de abril de 1993, en el 44 aniversario de la Victoria a la que él quiso contribuir personalmente por tres veces. La condesa de Barcelona y el Príncipe de Asturias acudieron entonces a su lado. Un avión militar con la Cruz de San Andrés trasladó sus restos a Madrid y, tras un breve homenaje en la Capilla de Palacio, se le condujo a El Escorial con honores póstumos de Rey.

El respeto universal con que los españoles sintieron su muerte fue perturbado por un alarde prefabricado de manipulaciones y falsedades que ocultó la verdadera historia y la verdadera grandeza de don Juan de forma estridente y muchas veces histérica. En este trabajo, sin desmentir jamás el respeto a don Juan, hemos querido describir su trayectoria solamente con luz histórica. No caeremos en esas extrañas complicidades de quienes han querido presentar los errores de don Juan como geniales aciertos mientras se empeñaban en ofrecernos como gloria de don Juan los malos consejos y frustraciones de unos pocos consejeros, idólatras y resentidos que le privaron del trono y comprometieron la única vía posible para el retorno de la monarquía.

Capítulo XLI
Las aportaciones definitivas

En este libro no he pretendido demostrar nada. No es un libro de tesis. No se escribe, ni de lejos, contra don Juan de Borbón, conde de Barcelona, hijo de un Rey y padre de un Rey. Siento por él un profundo respeto que en su momento le demostré personalmente. Me consta que leyó algunos de mis libros de Historia. Es una figura singular en la Historia de España que ha merecido mi atención profunda.

Pero, como historiador me he pasado la vida denunciando y derribando elementos mitológicos y falsedades en la Historia y sí he tenido sumo interés en derribar y denunciar los mitos y falsedades que se han acumulado en torno a don Juan de Borbón. En primer lugar, por parte de los juanistas profesionales que nos han querido transmitir una imagen idealizada de don Juan, una imagen, por tanto, falsa. También mintió sobre don Juan, y con saña implacable, sin opción a réplica, la propaganda al servicio del general Franco, que en no pocas ocasiones se permitió insultar al conde de Barcelona y deformar sus opiniones, sin limitarse a una respetuosa discrepancia. Otras personas, desde Santiago Carrillo a Leopoldo Calvo Sotelo, y son legión, han pretendido instrumentarle, aprovecharse de su figura para sus propios fines personales y políticos. Carrillo, junto con otros líderes de esa engañifa comunista que se

llamó Junta Democrática, llegó a presentarse en Estoril con desfachatez inconmensurable en junio de 1974 para convencer a don Juan de que acudiese a París con el fin de presidir la presentación y lanzamiento de ese engendro. El proyecto se frustró pero por poco sale. Calvo Sotelo, en sus malas memorias, ha intentado utilizar la figura de don Juan para presentarse a sí mismo como el joven jefe de la oposición monárquica al franquismo en los años cuarenta. Cuando releo semejante pretensión, no puedo reprimir, aún a estas alturas, la carcajada histórica.

Existe ya una copiosa bibliografía sobre don Juan. Algunos libros consisten en testimonios directos sobre la vida y la lucha del conde de Barcelona y sobre el ambiente de Estoril en que vivió. El caso clásico es el libro de Luis María Anson, consejero y portavoz de don Juan; un libro que también aporta documentos, pero cuya finalidad esencial es presentar la imagen de don Juan como Anson la ve y sobre todo tal como Anson la desea. Existen biografías integrales como la excelente de Rafael Borrás, que ha procurado encajar en su relato, concebido como un mosaico, todas las aportaciones sobre el personaje. En otros libros no dedicados exclusivamente a don Juan, como el de Pilar Urbano sobre la Reina, se incluyen testimonios directos de la Reina, importantísimos.

En este libro quiero destacar, dar el protagonismo, a la correspondencia entre don Juan y Franco, a los documentos directos de don Juan o sobre don Juan, a sus propias opiniones que expresa ante Pedro Sáinz Rodríguez, a las opiniones documentadas de Franco sobre don Juan que Franco comunicó a sus confidentes. La clave del libro son los dos personajes —don Juan, Franco— a través de sus documentos y los testimonios que ellos comunican, junto a los de otras personas que nos han transmitido sus propios testimonios. Todo ello, por supuesto, a través de los contextos vitales en que se mueven los dos protagonistas; éste es un libro de Historia. Pero los documentos y los testimonios no van saliendo del relato; los documentos y los testimonios son el relato, vertebran el relato. Ésta puede ser la originalidad del libro: no relegar los documentos a un apéndice donde apenas nadie los lee; sino sacarlos al primer plano, presentarlos como la sustancia, el entramado del libro que adquiere con ello, en casi todas sus páginas, un decisivo valor de prueba y de convicción.

No he emprendido la preparación y redacción de este libro para demostrar nada, he dejado libres a los hechos y a los documentos para que unos y otros hablen por sí mismos. Las tesis nacen del libro, no el libro de las tesis. He intentado una reconstrucción histórica, desde fuentes seguras y contrastadas. Sin tesis preconcebidas, insisto; pero de la reconstrucción se deducen, con naturalidad, las conclusiones que he situado en la portada y al comienzo de la primera introducción.

Las fuentes esenciales

1.— El conjunto esencial de fuentes consiste en las manifestaciones públicas de Franco y de don Juan que figuran en varias recopilaciones, entre las que destacan, por su fiabilidad y autenticidad, la que ofrece Pedro Sáinz Rodríguez como apéndice de su libro *Un reinado en la sombra,* editado por Planeta en Barcelona, en 1981. De este libro es auténtica la primera edición y la segunda, que es una reimpresión. Ya he indicado que la tercera edición no existe y que la cuarta es una manipulación inadmisible, efectuada después de la muerte de don Pedro por miembros del Opus Dei, para eliminar todas las alusiones a la Obra que figuran en la primera edición. La autoridad de don Pedro es la mejor garantía de la autenticidad de los documentos que contiene su libro en la primera y la segunda edición, no manipuladas. Considero también esenciales las fuentes siguientes:

2.— Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía,* Barcelona, Noguer, 1977, con un testimonio constante sobre todo para el problema de la sucesión de Franco y una aportación documental decisiva. La importancia de este libro se valora y completa con los cuatro tomos de *Memorias* que el autor ha publicado en la editorial Plaza y Janés a partir de 1990, con nuevos testimonios y documentos.

3.— General Francisco Franco Salgado Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco,* Barcelona, Planeta, 1977. No comprendo cómo algunos autores menosprecian esta obra, en la que a veces es necesario leer entre líneas, pero que constituye un testimonio directo y fiable sobre las opiniones de Franco a lo largo de los años sobre don Juan de Borbón, con numerosos detalles y datos que sólo aquí se encuentran.

4.— Luis Suárez Fernández, *Franco y su tiempo,* 8 vols. desde 1984, Fundación Francisco Franco. He manifestado claramente mis discrepancias con muchas opiniones y algunos comportamientos del profesor Luis Suárez a propósito de su manejo de la citada Fundación. Ello no obsta para que, como siempre he hecho, valore extraordinariamente esta obra, que revela datos y circunstancias hasta ella desconocidos en torno a Franco y a sus relaciones con don Juan de Borbón. Es un estudio incompleto pero magnífico e imprescindible.

5.— Juan Antonio Ansaldo, *¿Para qué...? De Alfonso XIII a Juan III.* Las amargas Memorias de un gran aviador y frustrado político. Buenos Aires, Editorial Vasca Ekin 1951. Un monárquico inconformista que se convierte en antifranquista después de la guerra y revela muchas interioridades.

6.— José María Gil Robles, *La Monarquía por la que yo luché 1941-1954,* Madrid, Taurus, 1978. Importantísimo testimonio del consejero de mayor categoría en torno a don Juan. Unos extractos de diario escritos con enorme sinceridad, durísimas críticas a don Juan y aborrecimiento inextinguible y frustrado hacia Franco, con quien colaboró el autor en la República y en la Guerra Civil. Testimonio absolutamente imprescindible.

7.— Ricardo de la Cierva, *Franco, biografía histórica,* Barcelona, Planeta, 1982. Mi por ahora última biografía extensa de Franco, que espero mejorar notablemente en el intento definitivo que preparo para el año que viene.

8.— Alfredo Kindelán Duany, *La verdad de mis relaciones con Franco,* Barcelona, Planeta, 1981. Libro imprescindible por su testimonio y sus documentos pero compilado con cierto descuido que hace necesario un análisis interno de fuentes.

9.— Eugenio Vegas Latapié, *Los caminos del desengaño,* Madrid, Tebas, 1987. Unas memorias fundamentales del consejero de confianza de don Juan y preceptor de don Juan Carlos. Una destilación de amargura de un pensador admirable y utópico.

10.— El estudio del profesor Jesús Pabón, *La otra legitimidad,* Madrid, Prensa Española, 1956. Pabón escribió este libro cuando era delegado de don Juan en Madrid. Históricamente es una maravilla en favor de la causa

que todavía mis amigos carlistas llaman "alfonsina". Una historia de la sucesión en España, desde Felipe V a don Juan de Borbón. Además de poseer la enjundia histórica que se espera de su ilustre autor, el libro es una delicia y muy convincente. Pabón no mereció que don Juan le despidiera como a una criada, entre opiniones despectivas, increíble, aunque muy borbónico.

11.— Documentos diversos en el archivo del autor, algunos incorporados a este libro por primera vez.

Existen otras muchas fuentes que se citan en las notas del libro. A continuación voy a reseñar e incorporar los varios libros fundamentales que han aparecido recientemente, en algunos casos con aportaciones importantísimas y definitivas. Pero estoy convencido de que en las diez fuentes (nueve individuales; una, la última, genérica) que acabo de presentar se encuentra toda la información esencial que nos permite reconstruir la trayectoria personal, política e histórica de don Juan de Borbón.

Las últimas aportaciones

1.— El testimonio del Rey don Juan Carlos

Voy por lo tanto al libro de Vilallonga, puesto en las librerías con enorme éxito a principios de marzo de 1993 después de un trabajo de *marketing* sencillamente prodigioso de la editorial Plaza y Janés. Se titula solamente *El Rey* y toca muchos puntos de la relación del Rey con Franco y don Juan; y del antagonismo Franco-don Juan.

Mi predisposición era muy negativa. La selección de Vilallonga por el Rey me pareció inconveniente. Es un caballero europeo asentado largos años en Francia, escritor excelente, actor de cine de películas como *Les amants,* donde Jeanne Moreau le ponía unos cuernos tremendos, excelente escritor, marqués de Castellvell y grande de España, antifranquista profesional, aristócrata rojo, portavoz de la Junta Democrática, amigo de Santiago Carrillo y por lo tanto, desde mi perspectiva, escasamente deseable. Me compensa un tanto de todas esas cosillas su última decepción familiar, su sentido monárquico a la antigua y la evidente moderación en que ha desembocado su agitado vivir de otros tiempos. Y luego me compensa el

libro. Es de grandisimo interés y ya que el Rey se presta a hablar claro, a lo que tiene derecho pleno, también los lectores lo tenemos para hablar claro sobre el libro, con sus luces, que son predominantes, y sus sombras, que son evidentes y muy peligrosas. Por cierto que Miguel Platón en la revista *Época,* adelantó un magnífico resumen de los errores del libro y del Rey, con lo que Tusell, encargado por la editorial, según dice, de revisar errores, ha quedado a la altura del betún. Vaya un revisor inútil.

Vilallonga y el Rey están de acuerdo en que en 1965 no había sentimiento monárquico y tienen razón (página 9). Hay varias conversaciones del autor con Felipe González, importantes y positivas, que no detallo porque se alejan de mi tema; por ejemplo cómo llegó el PSOE a la aceptación definiva de la institución monárquica gracias al Rey (página 11). Muy bien don Juan al negarse a inscribirse en la Junta Democrática, extraña amalgama de liberales, comunistas y Opus Dei (página 14) aunque un poco edulcorados los vaivenes de don Juan hacia la Ruptura de 1969 a 1975. Me alegra ver una confirmación de lo que he llamado desde 1975 "pacto dinástico" entre don Juan y su hijo (página 21) y creo pésimamente errónea la apreciación de Vilallonga que llama débiles, cobardes y traidores a los enlaces Franco-don Juan a quienes se debe el advenimiento de la monarquía (página 42); ahí se equivoca V. y quizás el Rey, por no desmentirle. Muy bien el Rey por el respeto inalterable con que habla de Franco en todo el libro; y por los datos que da sobre su relación con Franco, que coinciden con lo que hemos adelantado en este trabajo (página 47 y passim). Muy equivocado el elogio de V. a Alfonso XIII con motivo del 14 de abril de 1931; me consta directamente que el Rey piensa lo contrario (página 60). Error total de Vilallonga sobre las raíces de la hemofilia, que se empeña en llamar "enfermedad alemana" cuando era inglesa; sobre la sordomudez de don Jaime que no fue hasta 1910; vea mi investigación sobre la reina Victoria Eugenia, por favor (página 63). No fue Victoria Eugenia la que se alejó de Alfonso XIII sino al revés (página 66).

El Rey dice de sí: "Soy terible con las fechas" (página 93). Tiene razón. Cuando fue a Estoril en junio de 1969 sabía perfectamente que iba a ser sucesor a título de Rey; lo sabía desde el 15 de enero, por boca de Franco,

aunque sin comunicación oficial. El rey disimula que lo sabía; su padre tenía toda la razón al decirle que lo sabía (página 79); ver López Rodó, *La larga marcha...* (página 201 y siguientes). Es el error histórico más grave del libro de Vilallonga y no tiene la culpa Vilallonga. Las páginas 78 a 80 del libro están plagadas de errores; deben reescribirse.

Me repugna terriblemente la amistad del Rey con Santiago Carrillo. Y la exculpación que se atreve a hacer Vilallonga de Santiago Carrillo en relación con Paracuellos.

En otros momentos del libro se reconoce la culpa de Carrillo, aunque se cree prescrita; penalmente sí, históricamente no. Parece que el Rey, ante Carrillo y ante el Ejército, se mueve sólo por estímulos de poder. Hay muchos españoles a quienes el Rey nos hiere profundamente, no con el perdón y la reconciliación, que compartimos; sino con ese desbordamiento de amistad, y con esta consideración fría de las Fuerzas Armadas como poder, sólo como poder. Son muchas páginas negras de este libro a partir de la 83, que me obligan a preparar otro libro sobre el caso. Si los comunistas hubieran asesinado a don Juan en Paracuellos (y no lo hicieron porque no le tenían encerrado en la Modelo) don Juan Carlos no hablaría así de Carrillo; entre otras cosas porque no hubiera llegado a nacer.

El Rey es admirable en su propósito reconciliador; pero debe tener muchísimo más cuidado en no herir a las treinta mil familias españolas, treinta mil por lo menos, que tenemos abierta todavía la herida y la tendremos mientras vivamos. En este libro nos ha herido y de forma gravísima; debe saberlo.

En cambio es impresionante la insistencia del Rey en el último encargo de Franco: mantener la unidad de España (página 86). El Rey cree que no había lista civil para la Familia Real en tiempos de Alfonso XIII (página 88) pero la había. El "caudal privado" estaba separado del Patrimonio completamente.

Muy bien el Rey con el elogio profundo a Torcuato Fernández Miranda y con la explicación de por qué elige a Suárez. Error del Rey al no aludir a Fraga; creo recordar que no le nombra, así como a otros personajes que

intervinieron, como López Rodó, a su llegada al trono. Interesante la revelación sobre la iniciativa regia en la legalización del partido comunista y sobre la intervención del embajador de Francia en ese problema. Poco clara, en cambio, la explicación sobre la conferencia de Suárez con los generales. El disparate de V. sobre la inocencia de Carrillo, del que parece participar el Rey (página 130) no se lo perdono a los dos. Les enviaré el previsto libro. No se puede volver del revés la Historia; una cosa es la responsabilidad política o penal, otra la realidad histórica, otra la fascinación (Vilallonga emplea esa palabra) por quien el propio Carrillo llama, queriendo eludir la responsabilidad histórica como si fuera un sambenito, un hombre ampliamente acusado. Los sambenitos, debería saberlo, se imponían a los culpables.

El Rey se confunde sobre las relaciones y las declaraciones de Franco y don Juan durante la Guerra Civil; le disculpa haber nacido en 1938 (página 141). Todas las confidencias del Rey sobre el golpe del 23-F y casi todos los comentarios de Vilallonga son del más vivo interés y generalmente serios y objetivos. Pero aquí se han borrado cosas del libro y desde luego el Rey no dice todo lo que sabe aunque con sus revelaciones sabemos bastante más sobre el caso (página 159 ss). El Rey habla demasiadas veces aquí por boca de Vilallonga pero se le entiende todo. Eso de que cuando doña Sofía subió al trono "todo estaba por hacer en España en el ámbito de los social" (página 201) es una falsedad enorme. La manifestación del 1 de octubre de 1975 no tuvo nada de orquestada (página 219) la viví muy dentro de los entresijos. El origen de la enfermedad final de Franco no fue el 14 sino el 12 de octubre (página 220). La interpretación del Rey sobre el efecto positivo de la época de Franco en la creación de una clase media que no existía y en la transformación estructural de España es muy lúcida y ajustada (página 228 ss). Tiene el Rey un ligero olvido al achacar sólo al franquismo el descrédito de la monarquía; el olvido es la República, mucho más hostil que el franquismo a la Corona (página 253). Y desde 1975, en dieciocho años de reinado de don Juan Carlos, se ha hecho poquísimo por crear una teoría monárquica y por contar la verdadera historia de don Juan; ese vacío se atribuye ahora en exclusiva al franquismo y no es verdad esa exclusiva.

Habría muchas más cosas que comentar, pero éstas son las esenciales. Terminado y releído el libro, no acabo de comprender por qué el Rey se ha querido tirar personalmente al ruedo de la historia reciente. Me temo que los riesgos eran mucho más graves que los beneficios.

Escribí la crítica anterior cuando apareció el libro de Vilallonga. Escribo al año siguiente el libro que en ella prometía, *Carrillo miente,* en la editorial Fénix y lo publiqué, con seis ediciones, en 1995.

2.— La Reina

En noviembre de 1996 la periodista Pilar Urbano, tan recatada en su conducta como descocada en el decir, un talante muy propio del Opus Dei al que pertenece y tiene la elegancia de no ocultarlo, publicaba en la editorial Plaza y Janés un libro de enorme éxito: *La Reina.* No me explico por qué, una auténtica jauría de plumíferos se abalanzó contra ella y contra el libro, pero los ataques redoblaron su éxito. Admito que en el libro hay algunos errores históricos intrascendentes, algunos lapsus, algunos excesos de familiaridad. Hay alguna metedura de pata del Rey, dicho sea con todo respeto, pero las conversaciones se desarrollaban en familia y esas cosas suceden en familia. La relación de compañerismo entre el Rey y la Reina me parece admirable: la discreción con que se insinúan ciertos aspectos íntimos también. Se sugiere más; pero no se podía ni debía decir más. No son cosas como para montar un cirio ni para poner verde a la periodista e incluso a la Reina.

Mi posición es completamente contraria a esas críticas enconadas y enteramente favorable a la autora y al libro, que por lo general, cuando habla de cosas pasadas, me parece un testimonio histórico de primera magnitud. Yo tenía ya bastante hilvanado este libro cuando apareció el de Pilar Urbano, e incluso había publicado varias veces algunos anticipos sobre las relaciones entre Franco y don Juan y sobre lo que va de reinado de don Juan Carlos. Es posible que en mi pleno respaldo al testimonio histórico de la Reina influya mucho el hecho de que todas las opiniones importante sde la Reina sobre los sucesos históricos que yo había descrito coincidan casi totalmente con mis tesis ya anticipadas; y cuando esas tesis discrepan de los juanistas, especialmente de Luis María Anson (lo cual no sucede siempre pero sí en algunos puntos fundamentales, como en torno a la corte de Estoril) la opi-

nión de la Reina, que tiene el alto valor de un testimonio directo, coincide plenamente con la mía y discrepa abiertamente de los juanistas. Coincidencias así honran y por supuesto halagan a un autor y nadie me regateará el derecho de alegrarme por ello. Voy a repasar algunos casos.

La Reina subraya el cariño y el respeto de don Juan Carlos por su padre y su coincidencia y respeto con Franco; pero cuando se acerca el matrimonio con ella en 1962, deja bien claro que el Príncipe empieza a tomar sus propias decisiones y es él quien marca el camino de su propia vida, por ejemplo, animado por doña Sofía, se niega a vivir para siempre en Estoril después de la boda como quería don Juan y convence al rey Pablo de Grecia para que escriba a don Juan, en ese sentido (p. 123). Se aclara todo el proceso del matrimonio, con sus problemas religioso-políticos resueltos de mano maestra por el Papa Juan XXIII (p. 130). La Princesa siente un rechazo tremendo por Estoril; don Juan y doña María vivían aislados, encerrados, carecían de información sobre España, sólo sabían de España lo que les contaban sus consejeros, a quienes la Princesa Sofía no puede ver ni en pintura (p. 136). La figura de doña María, intuitiva dama que adivina el destino de su hijo, sabe que va a reinar su hijo desde 1961 y ayuda a su hijo, queda muy claro (p. 137). Se confirman en el libro dos tesis que vengo exponiendo desde hace muchos años: el pacto dinástico entre don Juan y don Juan Carlos para que el mejor situado de los dos ocupe el trono; y el Pacto de las Damas, es decir la influencia conjunta de doña Sofía y doña María en favor de don Juan Carlos porque saben desde mucho tiempo antes que Franco descarta a don Juan (p. 136 y passim). Doña Sofía no sólo respeta a Franco, le comprende y le estima. Justifica la decisión de don Juan Carlos de llegar al trono por "la única puerta abierta", la de Franco (p. 168); incluso contra el antifranquismo de la periodista, que no se recata en mostrar ese antifranquismo (que nace en gran parte de la desinformación) e incluso no comprende a la Reina en este punto. Ni al Rey, que no tolera las maledicencias contra Franco en su presencia (p. 169).Uno de los grandes acuerdos del historiador con la Reina es la pésima impresión que a doña Sofía le produjeron los que llama juanistas; critica varias veces su falta de visión, sus intrigas, su falta de información (p. 175). Y les critica después de verles en Estoril evolucionando, malmetiendo (dice esta palabra),

desinformando... (p.175). El desvío de doña Sofía hacia lo que llamaba Franco "consejo de rabadanes" de don Juan, término que ella acepta, es tremendo; algunos de ellos la llamaban "hereje", cosa que molestaba muchísimo a tan buena cristiana, tan profundamente religiosa. (p. 183). Pilar Urbano se asombra de ver, en las palabras de la Reina, "la Historia como era, no como nos la habían contado" (p. 189). Se la habría contado Calvo Serer, o algún antifranquista del Opus; otros la habíamos contado ya desde mucho antes, por ejemplo desde 1975, como ahora la contaba la Reina. Doña Sofía no ve clara la famosa frase de la reina Victoria en el bautizo del príncipe Felipe; a mí no me cabe duda de esa frase y en todo caso la preferencia de la reina Victoria Eugenia por don Juan Carlos está más que probada históricamente (p. 195). La Reina asegura que en la recepción madrileña de doña Victoria Eugenia había muy poca gente, frente a las exageraciones de los juanistas (p. 194). La estancia de los Príncipes en Estoril en junio de 1969 queda clarísima; el Príncipe tenía motivos de sobra para conocer ya la decisión de Franco a su favor, como don Juan sospechaba. No lo sabía oficialmente; pero le sobraba inteligencia para comprender lo que iba a pasar. El Rey ha insistido después en que no lo sabía; oficialmente no, pero lo sabía. La Princesa —nos lo ha dicho— lo sabía "desde el principio, es decir, desde la boda en Atenas. El Rey Pablo lo supo siempre. Era un momento difícil que salvó el Príncipe con una restricción mental, me parece (p. 204). Tremenda la frase de don Juan cuando quiso ver por sí mismo en televisión la jura de su hijo como Príncipe de España: "Quiero verlo con mis propios ojos. Y que ningún lacayo intelectual, ¡consejeros de mierda!, venga luego a contármelo" (p. 257). Se ve que don Juan coincidía a veces con la princesa Sofía en la valoración de sus consejeros, aunque ella les descalificaba más educadamente.

Insiste la Reina nuevamente en el pacto dinástico (p. 239) : "Entre padre e hijo, desde el principio, había un acuerdo en el aire, no dicho, por el que el trono iba a ser de quien pudiera llegar a él". Inmediatamente refiere una importantísima conversación de don Juan Carlos con su padre,: "Te están contando una España ficticia. Las cosas y las personas han cambiado, el nivel de vida, la cultura, las ideas, los intereses". Por una vez, y es una rarísima excepción, la Reina se equivoca en el asunto del Toisón que

don Juan, pese a lo que ella diga, sí ofreció a Franco y éste rechazó (p. 248). Coincido de lleno con la Reina en el aprecio y la gratitud a los parlamentarios de Franco que dieron paso a la Reforma (p. 249). Y en su aprobación al viaje del Príncipe al Sahara para estar con las tropas (p. 258). Sobre la actuación de doña Sofía en el 23 de febrero de 1981 ya he recogido su testimonio en los libros que he dedicado a este acontecimiento en los *Episodios Históricos de España.*

Contra lo que dice una detractora cascarrabias, el libro de Pilar Urbano está muy bien escrito, salvo algún tropo que se le marcha. Y, sobre todo, es un grandioso servicio a la Historia.

3.— *Don Juan, el rey de los rojos,* de Rafael Borrás, Barcelona, Los Libros de Abril, 1996, (Distr. Plaza y Janés).

"A mí no me han dejado ya más que ser el rey de los rojos, tampoco puedo aceptar esto", decía amargamente don Juan de Borbón. Entre Rafael Borrás y yo existe, además de una amistad de más de veinte años, cuando él trabajaba aún en Ediciones Nauta, ya próximo a dar el gran salto a Planeta, una serie de vinculaciones de todo género; una de ellas es la figura de don Juan. Cuando yo di en 1993 el salto de Planeta a Fénix, Rafael Borrás me había sugerido escribir un libro acerca de don Juan sobre la trama de su correspondencia con Franco, que hasta el momento sólo aparecía como apéndice de libros escritos por testigos importantes: Sáinz Rodríguez, Gil Robles, López Rodó. Tanto él como yo advertimos que esas cartas, convenientemente presentadas, podrían servir de base a un libro todavía más interesante que los debidos a los autores citados, que por supuesto son también libros de primera magnitud. Hasta me sugirió un título: "Las cartas boca arriba". Pero yo no pude entonces aceptar el encargo; estaba creando la editorial Fénix que ahora, cuatro años después, me publica este libro que Rafael Borrás deseaba. No mucho después de mi hégira desde Editorial Planeta, Rafael Borrás hizo la suya. Planeta prescindió de él, que es el mejor director editorial de España, a enorme distancia del segundo, por motivos que jamás me he podido explicar y por una falta de visión alarmante, que espero haya corregido ya la gran editorial de los Lara. Entonces otra gran editorial, Plaza y Janés, confió a Borrás su dirección editorial, que está desempeñando maravillosamente.

En 1993, cuando dije a Borrás que de momento no podía hacer el *Don Juan* que me quería encargar, me pidió que le respetara el título y lo hice, no faltaba más. Ahora veo que Borrás lo antepone a un capítulo sobre la correspondencia de don Juan y Franco.

Como era de esperar, las tesis fundamentales de este libro —espléndido— de Rafael Borrás coinciden con las que siempre he sustentado. "Una figura tergiversada" subtitula él su libro; tergiversada por los franquistas y los juanistas. Y bajo una preciosa foto de don Juan con boina roja, añade en portada: "Vicisitudes dinásticas y avatares políticos de quien fue, según las circunstancias de cada momento, un secuaz entusiasta y un opositor ineficaz del general Franco". Yo digo en la portada de este libro, con otras palabras, lo mismo: "El Pretendiente variable, pocos años contra Franco y muchos con Franco". Luego, en un recuadro de contraportada que titula "Palabra de Rey", reproduce varios textos de don Juan, cada uno completamente opuesto el que le sigue al que le precede.

Como es natural, el libro de Borrás sobre don Juan , que es muy importante, no existió para el *ABC* de Luis María Anson, quien de sus tiempos de extrema derecha antidemocrática conserva todavía un fuerte apego a la censura. Pero ya ajustaré cuentas con Anson en el comentario a su, por lo demás, importante libro que voy a comentar después. El libro de Rafael Borrás posee, ante todo, una información estupenda. Equivale a una bibliografía general desplegada sobre todas las fuentes publicadas acerca de don Juan de Borbón. Es un auténtico mosaico, logrado con excelente planificación y maestría histórica indudable. Sigue un orden cronológico riguroso y carece totalmente de prejuicios en la presentación del personaje. La diferencia fundamental con el mío es que yo vertebro el relato, como ya he dicho, sobre los documentos fundamentales que se refieren a la trayectoria de don Juan; y de ellos, entrecruzados, voy destilando el relato, sin menospreciar, por supuesto, las demás fuentes esenciales. Para Borrás los documentos son, según la técnica habitual de los historiadores, confirmaciones de las tesis y del relato. El conjunto de conclusiones a que llega Borrás al final de su libro las firmaría yo mismo con sumo gusto. Y no sólo las firmaría sino que, con otras palabras, las he ido deduciendo de mis propios escritos acerca de don Juan, desde mi primera biografía de Franco en

1972 hasta mi primer libro en Editorial Fénix, *Los años mentidos,* en 1993. Por tanto, salvo algún matiz que no hace al caso declaro mi acuerdo completo con el libro de Rafael Borrás, que por caminos y métodos diferentes llega a las mismas conclusiones que este libro mío que tiene en sus manos el lector. Sin embargo, son dos libros enteramente diferentes en cuanto al método; y el hecho de que con esas diferencias de enfoque lleguen prácticamente a las mismas conclusiones me parece una confirmación mutua y formidable de los dos.

4.— *Yo, María de Borbón,* de Javier González de Vega. Madrid, El País-Aguilar, 1995.

El libro consiste en un diálogo entre González de Vega, monárquico de toda la vida, y la Condesa de Barcelona. A ella lo que más parece interesar es la conversación sobre la familia real española y otras de Europa. Habla en primera persona, con sencillez, contando sólo las cosas buenas y positivas. El libro contiene una iconografía abundante y magnífica.

Doña María se muestra crítica con Franco por lo mal que se portó con su padre el infante don Carlos, pero demuestra, con modestia y sin protagonismo, su profundo sentido político e histórico; comprende a su marido, a quien siempre respalda personalmente, no le critica nunca, ni a él ni a sus consejeros, pero desde muy pronto, incluso antes que la princesa Sofía, tuvo la certeza moral de que Franco haría rey a su hijo y no a don Juan. Revela que cuando acudieron al bautizo de su primera nieta, doña Elena, ella (la condesa de Barcelona) venía a Madrid dispuesta a cantar las cuarenta a Franco por lo de su padre, a cuya muerte en Sevilla no había podido asistir por la incomprensión de Franco, y entonces don Juan la corta: "No, por favor. Aunque te comprendo muy bien es mejor que no digas nada. Mira, esto es España y él es el que manda y tenemos aquí a Juanito que, si Dios quiere, pasará a ser Rey" (p.108). Es decir, que no sólo doña María sino también don Juan sabían mucho antes de la decisión sucesoria de Franco en 1969 que el Rey sería don Juan Carlos.

Otra revelación interesante es que don Juan quiso ofrecer el título de duque de Badajoz a su sobrino don Alfonso de Borbón Dampierre pero

éste se sentía muy fuerte en el régimen de Franco y se negó porque "esperaba, cuando fuese mayor de edad, tener un título más importante" (p. 106).

5.— En varias de sus obras, el especialista dinástico Juan Balansó ofrece datos y revelaciones sobre don Juan de Borbón, por ejemplo en *Trío de Príncipes* (Barcelona, Plaza y Janés, 1995) Con sumo cuidado Rafael Borrás ha tomado, con las debidas citas, las informaciones importantes de Balansó y las ha incluido en su libro, que ya he comentado.

6.— Pilar y Alfonso Fernández Miranda, *Lo que el Rey me ha pedido,* Barcelona, Plaza y Janés, 1995. Es un libro capital para la historia de la transición y, como tal, lo he seguido muy de cerca en mis *Episodios Históricos de España.* Sus dos revelaciones más importantes son que, al hacerse cargo de la Jefatura de Estudios del Príncipe Juan Carlos en 1960, por decisión de Franco que tuvo muy en cuenta, además del saber del catedrático, su cargo de director general de Enseñanza Universitaria (don Juan prefería al profesor Fontán, del Opus Dei, pero Franco se negó argumentando que para qué necesitaban un profesor de latín), don Juan Carlos le planteó inmediatamente si, en caso de ser llamado a la sucesión, podría jurar las Leyes Fundamentales con el propósito de conducir a España a la democracia. El profesor Fernández Miranda le contestó, sin vacilar, afirmativamente, porque en las Leyes Fundamentales se contenía la cláusula de su reforma y todas ellas, incluso la Ley de Principios que eran, por su naturaleza "permanentes e inalterables" se podían reformar. Los razonamientos de Fernández Miranda se contienen en este importantísimo libro y me parecen absolutamente convincentes. Nótese lo temprano de la fecha: 1960.

La segunda revelación esencial es el encaje de bolillos que hizo don Torcuato para preparar a las Cortes de Franco, con ayuda de varios procuradores de alta visión y patriotismo como Fernando Suárez, Cruz Martínez Esteruelas, Miguel Primo de Rivera y Gregorio López Bravo, entre otros, a la aprobación de la Ley para Reforma Política que defendió eficazmente Adolfo Suárez. Ya lo he comentado a fondo en la obra citada.

En cambio, los autores del libro, basándose en notas del propio Fernández Miranda, tratan de quitar hierro a la oposición del que aún era presi-

dente de las Cortes al propósito de don Juan sobre renunciar en 1977 a sus derechos hereditarios en apoyo del Príncipe. En este delicado asunto, al que no concedo demasiada importancia, me enfrento por completo con los juanistas y estoy plenamente de acuerdo con lo que pensaban Fernández Miranda y Adolfo Suárez en 1977: la Renuncia de don Juan era un hermoso gesto perfectamente innecesario. La versión de don Juan en sus conversaciones con Sáinz Rodríguez sobre todo el asunto de la Renuncia me parece cabal en cuanto a la secuencia de los hechos, pero discrepo abiertamente de don Juan, de Luis María Anson y de los juanistas en que ellos creen que don Juan era rey de derecho hasta la renuncia. No lo fue nunca, como argumentaré en el comentario al libro de Anson.

7.— Jesús Cacho, *MC, un intruso en el laberinto de los elegidos,* Madrid, Temas de Hoy, 1994.

La figura de Mario Conde, hoy en etapa de ángel caído, es fundamental para entender la transición entre la agonía corrupta del felipismo y la victoria insuficiente de José María Aznar. Entre mis proyectos a plazo medio figura un ensayo histórico sobre Mario Conde porque tengo la impresión de que en la ya abundante publicística que existe sobre él abundan los textos en contra y existen importantes textos a favor pero no conozco ninguno que sea neutral y con pretensiones de objetividad.

Pese a que se cuentan entre las obras favorables —aunque escritas con sumo cuidado e inteligencia— las más interesantes que se han escrito sobre Mario Conde son, con mucho, las de Jesús Cacho, y por lo que hace a nuestro propósito, la de 1994, publicada a raíz de su caída, que comento brevemente.

Como hipótesis de trabajo para ese ensayo pienso que la caída de Mario Conde se debe a una excesiva aceleración como acaba de suceder con el tren de Huarte Aracil en la primavera de 1997. Al conquistar la presidencia del Banco Español de Crédito, Mario Conde debió de pensar que el mundo era suyo con lo que se situó fuera de la realidad con una leve, pero mortal diferencia; sólo era cierto que el mundo podía ser suyo, él creyó que ya lo era y aceleró indebidamente. Le interesaba muchísimo el dinero pero no como fin sino como medio: como un medio para llegar al poder. Silvio

Berlusconi lo conseguía en Italia; ¿por qué él no lo iba a conseguir en España? Para lograr el poder necesitaba que la admiración en que ya le envolvía la sociedad española se transformara en adhesión. Entonces descuidó las normas más elementales de ortodoxia económica, financiera y bancaria, que habían sido sus grandes resortes para conquistar su base de partida; se volcó en conseguir una plataforma irresistible de comunicación; forzó una aproximación, con el fin de llegar a una identificación con la Corona, cuyo papel decisivo comprendió muy bien en la agonía del felipismo; y después de analizar con sorprendente precisión algunas debilidades de la Corona, se puso en marcha. Sus fallos principales en esos momentos decisivos, en lo político, fueron tres. Acertaba al valorar la posición crítica de Felipe González. Pero se equivocó en despreciar a José María Aznar, que es y ya era un helado animal de poder; y se equivocó todavía más en buscar como aliado a Alfonso Guerra, que además de ser ya desde 1991 un muerto viviente, andaba en dos pies por un prodigio de equilibrio; y se equivocó igualmente en aliarse con Jesús Polanco, que sólo podía ser su rival. Tres errores mortales.

Para la aproximación al Rey intentó tres métodos: deslumbrarle, seducirle cultivando a uno de sus puntos débiles, el propio padre del Rey don Juan de Borbón; y hacerse con la extraña colaboración de Adolfo Suárez, del cual adivinó antes que nadie su pase de la realidad virtual a la leyenda. Creía que le estaba resultando muy fácil seducir al Rey, quien nunca ha disimulado su admiración por los triunfadores en el mundo del dinero si ese triunfo, como todo el mundo pensaba de Mario Conde, se atribuía a la inteligencia. Se introdujo habilísimamente en el mundo hermético de la Zarzuela; llegó a rumorearse que hacía y deshacía en Palacio. Valoró con precisión la influencia real de Manuel Prado. Sedujo al Rey hasta el punto de convencerle de que le pidiera a Gustavo Villapalos, rector brillantísimo y original de la Universidad de Madrid, por medio del gran financiero Alfonso Escámez, a quien el Rey acababa de ennoblecer merecidísimamente, su designación como doctor *honoris causa,* un acto majestuoso presidido por el propio Rey y dominado por las imponentes barbas del señor Di Bernardo, que había dejado el Gran Maestrazgo del Gran Oriente de Italia para pasar al mismo puesto supremo de la Gran Logia, donde realmente

radica el poder masónico, la Gran Logia a la que el propio Mario Conde pertenece. Y consiguió —él creía que era la cumbre— una cita con el pequeño yate del Rey, el *Fortuna,* en aguas de la idílica isla de Cabrera con el fantástico *Alejandra* de Mario, uno de los mejores yates a vela del mundo, que podría llevar al *Fortuna* como falúa de salvamento. Jesús Cacho, de quien tomo todos esos datos, deja entrever que toda la Familia Real acudió, por diversos medios, a la cita en Cabrera y al comentarlo, a Mario Conde se le escapó este sencillo comentario: "En aquel momento se selló la amistad entre las familias Conde y Borbón". Yo sé muy poco sobre la familia Conde pero lo sé todo sobre la familia Borbón, desde hace diez siglos, porque son diez siglos. Y al leer ese comentario anoté al margen: "Desde ese momento estabas perdido".

Bueno, todo eso lo desarrollaré en mi proyectado ensayo sobre Mario Conde, para el que no descarto un nuevo período de gloria cuando apure el período de angustia; un nuevo período sin Guerra, sin Suárez y sin acelerones estilo Huarte Aracil. Pero todo esto venía a propósito de don Juan.

Con Adolfo Suárez, Mario Conde hizo un frío trato financiero, en el que las dos partes sabían bien lo que recibían y lo que se les pedía. Mis apuntes biográficos de Suárez en los *Episodios Históricos de España* no están cerrados aún, ni de lejos; me he dejado bastantes cosas por perfilar. Con don Juan de Borbón el método de Conde —que tiraba por elevación hacia el Rey— se dio un apoyo financiero, como había sucedido, a petición del Rey, con una Infanta; pero intervino además una sincera dosis de afecto. Don Juan, al final de su larga vida, estaba, pese a las apariencias, muy solo y Mario Conde palió su soledad. El conde de los Gaitanes ha negado la información de Jesús Cacho sobre el pago de facturas por parte del financiero en la Clínica de Navarra donde pasó don Juan su última enfermedad y creo en la palabra del conde de los Gaitanes, no faltaba más. Hubo sin embargo contribución financiera, aunque no era la más importante.

A fines de 1993 los efectos de la sobreaceleración de Mario Conde se hicieron notar cada vez más peligrosamente. Sus influjos en la Zarzuela llegaron a interpretarse como virtual desestabilización. Suárez podía ayudarle menos de lo previsto, estaba en la leyenda, que no es, aunque lo parezca, el mundo de los vivos. Felipe sentía celos políticos del lucero del alba. Aznar

dejó que cayera lentamente la guillotina con la misma sonrisa forzada con que pronto prometería dejar a los franquistas a la intemperie, aunque luego decenas de miles de franquistas le dejaron a la intemperie a él y se cargaron a las encuestas triunfales; Aznar aún no se ha enterado. El conde de Barcelona ya llevaba meses en el pudridero de El Escorial. Alfonso Guerra era una mueca, un sarcasmo político. Y en el momento crítico, pese a la amistad eterna entre las familias Conde y Borbón, o quizá precisamente a causa de esa amistad, don Juan Carlos de Borbón y Borbón "borboneó" a Mario Conde Conde. Por el momento, no tengo más que decir.

8.— Luis María Anson, *Don Juan,* Barcelona, Plaza y Janés, noviembre 1994.

Con este comentario llegamos al trueno gordo, a la traca final de estas nuevas aportaciones, aunque me quedará después una breve alusión a varios testimonios y datos recientemente publicados en medios de prensa y la enumeración de las conclusiones del libro. Por supuesto que se han escrito últimamente algunos libros más, tanto sobre el Rey como sobre don Juan; algunos con méritos claros, como el de Charles Powell, que es un gran conocedor de la España reciente, pero Rafael Borrás me ahorra de nuevo el trabajo de resumirle, para no hacer interminable este capítulo final. No es el único con datos interesantes; pero también han aparecido otros tres libros-basura, dos sobre don Juan y uno sobre don Juan Carlos, que apenas han alcanzado difusión y no seré yo quien contribuya a dársela; los dos autores no son historiadores, sino "pelotas" profesionales, uno diviniza a don Juan y el otro se refiere a don Juan Carlos sin un asomo de crítica, como si fuera una reencarnación de Pericles y encima su autor alardea de que el Rey está entusiasmado con su libro, en el que no puede probar una sola entrevista con dos Juan Carlos, que sabe quién es el autor y no quiero repetir las expresiones que le dedica, porque al pobre hombre le encanta que hablen de él, aunque sea bien; no he visto mayor masoquista.

El libro de Anson es, por encima de todo, un fenómeno publicitario descomunal. Cuando se presentó en el famoso palacio de los fantasmas recientemente reconstruido en la Cibeles (vaya idea, asociar el libro con una fantasmada), se cortó la circulación en la Cibeles y miles de personas

se quedaron fuera. Luego, durante un par de años por lo menos, el autor, que por algo es director de *ABC,* convirtió al diario monárquico en una especie de escaparate de su libro, supongo que con publicidad gratuita porque no hay editorial en el mundo que pueda pagar semejante factura, sobre todo teniendo en cuenta que la publicidad de *ABC* es carísima; setenta y siete mil pesetas por tres módulos y al *Don Juan* de Anson se dedicaron millones y millones de módulos. Los pobres autores y las editoriales modestas que sacamos los libros a cuerpo limpio, al borde de anunciarlos con pintadas en la pared, pensamos alguna vez en acudir al Tribunal para la Defensa de la Competencia.

No voy a introducir en este comentario factores personales, como no sea mi amistad de muchísimos años con el señor Anson y mi satisfacción porque ha logrado uno de los tres sueños de su vida que es el ingreso en la Real Academia Española, que anuncié en mi libro de 1993 *Los años mentidos.* Consiguió el segundo (que cronológicamente fue el primero) al llegar, con todo merecimiento, a la dirección de *ABC* que elevó, como es costumbre en él, del cero al infinito. He comentado varias veces lo que pienso del libro del señor Anson que contiene enormes aportaciones y enormes fallos a la luz de la Historia. Las indicaciones de orden biográfico que incluyo aquí se hacen por necesidad de comprender históricamente al libro, no por referir o revelar los datos personales del señor Anson, lo que probablemente voy a hacer dentro de no mucho tiempo porque se trata de un personaje singular de la época actual en el mundo del periodismo, de la comunicación e, inevitablemente, de la política. En este tercer campo se inscribe la tercera ilusión vital del señor Anson, que hasta el momento no se ha podido realizar; hubo ya un intento de nombrarle ministro de Información y Turismo en un Gobierno correspondiente a la fase rigurosamente constitucional de la solución Armada, como revelé en mi estudio de los Episodios Históricos de España sobre el 23 de febrero de 1981; insisto en que nada hay de reprobable en aquel proyecto, porque pertenecía a la fase constitucional del intento, de ninguna manera relacionada con la fase golpista. La información la he tomado del excelente libro de Juan Arespacochaga (que también era ministro en aquel Gobierno, como Fraga, Felipe González y Solé Tura).

Vamos primero a referir lo positivo, me gusta siempre empezar así. Y antes que nada tengo que agradecer muy sinceramente a Luis María Anson el hecho y el honor de ser el autor más citado y más elogiado en mi libro, por mis anteriores trabajos sobre don Juan de Borbón, así como su reconocimiento de que no soy hostil a la figura de don Juan sino crítico, a fuer de historiador. Tal vez para compensar esos elogios permite el señor Anson que la sección cultural de *ABC* no me haga un honor semejante, sino que sistemáticamente margina casi todos mis libros mientras jalea, alaba y exagera lo suyo sobre otros autores bastante más alejados de la trayectoria casi secular del diario monárquico; pero en fin, cada uno hace en su casa lo que quiere, y eso mismo voy a hacer aquí yo. A mí este tipo de desvíos injustificados no me producen rencor; simplemente me aumentan la libertad para devolver, educadamente, la pelota.

Luis María Anson estaba al servicio fiel y rendido a don Juan de Borbón seguramente desde que nació, pero con seguridad demostrable desde los años cincuenta. No ha abandonado ese servicio ni un segundo en todo el tiempo siguiente, incluso después de la muerte de don Juan a cuyo honor dedica lo mejor de sus esfuerzos. Vivía en Madrid pero viajaba continuamente a Estoril durante el exilio de don Juan y conoció muy a fondo a la pequeña Corte que se aburría de lo lindo en torno al conde de Barcelona. Lleva, pues, más de cuarenta años al servicio de don Juan, pese a que todavía es un hombre joven y capaz de empresas tan decisivas como dirigir la red de Televisa en España y en Europa, cargo para el que ha sido nombrado recientemente, con lo que los noruegos, por decir un sitio próximo, van a enterarse ahora de verdad quién es don Juan. Tengo el libro de Anson lleno de subrayados verdes, que marcan lo positivo y original, y tampoco faltan los subrayados rojos que luego detallaré levemente. Entre los verdes destacan la llamada telefónica de don Juan Carlos, ya designado sucesor de Franco en 1969, a su padre, con la negativa de don Juan a ponerse al teléfono (p. 16); las tensas conversaciones de padre e hijo en Estoril en el junio anterior cuando la sucesión se mascaba (p. 18), la misteriosa visita de Pedro Sáinz Rodríguez al Príncipe en la Zarzuela antes de que Franco le ofreciera formalmente la sucesión (p. 29); el desorientado y convulso ambiente de Estoril ante la sucesión decretada por Franco (p. 37), la cena

de los líderes monárquicos en Madrid en casa de Leopoldo Calvo Sotelo en las mismas vísperas (p. 39) anque Anson, que lo sabe, no atribuye al anfitrión el fracaso del juanismo que sobrevino inmediatamente; las evoluciones de Antonio García Trevijano por Estoril en momentos tan tensos, aunque Anson no explica de dónde sale Trevijano y ha sido Alfonso Ussía quien ha tenido que recordar la violenta expulsión de Trevijano, el único español que salió desairadamente de Villa Giralda (p. 45); Anson aparece ahora como uña y carne del nuevo pregonero de la República); la importantísima llamada de lord Mountbatten a don Juan en 1947 para sugerirle una postura mucho más flexible hacia Franco, llamada de la que se hace eco también la reina Sofía (p. 72); la versión que me parece definitiva sobre las amistades escabrosas del nuncio Tedeschini que había traicionado a la monarquía en 1931 (p. 123); los movimientos del diplomático López Oliván en las cancillerías aunque Anson no ha tenido en cuenta mi propia investigación sobre el interesante personaje (p. 177); la plena confirmación de mi tesis sobre la traición de Calvo Serer a don Juan al robar la famosa carta de Fontanar (p. 183); la extraordinaria importancia de los contactos secretos de don Juan con el jefe del espionaje americano en Europa, Allen Dulles (p. 186); la situación de don Juan en el horizonte de Yalta y la trascendental importancia de la muerte de Roosevelt para frenar el ascenso de don Juan (p. 219); el auténtico trasfondo del Manifiesto de Lausana donde por cierto don Juan queda a las patas de los caballos por aceptar el regreso a España como satélite británico y al no oponerse a que los aliados fuercen su entronización con el auxilio de los invasores comunistas del Norte, lo que si es cierto constituiría un delito de traición (p. 220); el impulso de Sáinz Rodríguez pata las negociaciones de Gil Robles con Prieto (p. 221); la patriótica anticipación de don Juan en 1942 y 1945 al comunicar previamente a Franco el desembarco aliado en África y el texto del Manifiesto de Lausana (p. 223); la involuntaria alianza de Truman y Stalin con Franco (p. 232); la confirmación de Franco al frente de España desde Potsdam en 1945 (p. 238); las terribles disidencias en el seno de la corte de Estoril, Sáinz contra Gil Robles y Vegas, Sáinz contra don Juan a veces (p. 247); la causa real de la hostilidad de Carrero contra don Juan por una imprudencia de don Juan (p. 263); la versión definitiva de las tres grandes entrevistas

de don Juan y Franco, en el Azor y las dos de Las Cabezas; la muerte misteriosa del general Juan Bautista Sánchez (p. 361). El trasfondo de la Operación Ruiseñada (p. 317); las intervenciones del jesuita padre Baeza y de Ramón de San Pedro, un personaje fundamental que por primera vez aparece a plena luz (p. 347); la primera disensión grave entre don Juan y su hijo (p. 352); el enfrentamiento táctico (que Anson cree estratégico) de Sáinz con don Juan en 1966 (p. 353); la salvación de la monarquía contra el asalto de la Junta Democrática en 1974 (p. 389); la verdad sobre el último Manifiesto de don Juan a la muerte de Franco (p. 406); el encuentro de don Juan con Felipe González (p. 415).

El catálogo de aportaciones no es completo; el libro es, como puede verse, imprescindible. Ahora resumiré mis discrepancias.

a) Ante todo una grave sobre el método histórico. Anson sólo concede importancia histórica a las declaraciones oficiales y públicas de don Juan (los Manifiestos) y se la niega a las cartas, que eran secretas, con la excusa de que don Juan buscaba en ellas solamente engañar a Franco en su cerrada lucha por el poder.

Estoy en total desacuerdo. Es precisamente en las comunicaciones públicas donde cabe más el engaño; en los documentos secretos, precisamente por serlo, se dice con menos circunloquios la verdad. Para quienes creían Rey a don Juan no se puede despreciar así la palabra de un Rey. El análisis interno de las cartas demuestra que don Juan y Franco podían equivocarse, pero de ninguna manera se mentían. Las cartas son documentos de primera magnitud, fuentes primarias para la Historia.

b) Oí repetidas veces a Luis María Anson cuando apareció el libro de Sainz Rodríguez *Un reinado en la sombra,* es decir, en 1981, época en que yo hablaba con Anson casi todas las semanas, frases muy negativas para ese libro, que a mí me parece oportunísimo y fundamental. La primera razón que daba es que don Pedro le había robado el título, que había ideado él. Es verdad y comprendo la molestia de Anson. Pero Anson arremetía contra el libro de don Pedro no porque fuera falso, sino porque decía demasiadas verdades, algunas muy imprudentes. Desde la Historia, bendita imprudencia. El libro es la más esencial de las fuentes esenciales.

c) Anson se refiere muchas veces a don Juan como Juan III. Se harta de decir que don Juan fue Rey de derecho hasta su renuncia de 1977; entre 1975 y 1977 don Juan Carlos fue sólo Rey de hecho, "el joven Rey" como le llamaban los juanistas y sólo en 1977, tras la renuncia, fue don Juan Carlos Rey de derecho y de hecho. Creo que Luis María Anson no se percata de la barbaridad que supone esa tesis. Don Juan Carlos no firmó la Constitución en 1978, simplemente la sancionó; la única razón es que estaba seguro de ser Rey en plenitud de derechos desde que fue proclamado a la muerte de Franco. Llamar a don Juan Juan III como rey de derecho hasta 1977 es afirmar que don Juan Carlos fue, entre 1975 y 1977, un Rey sin derecho, es decir un usurpador. Solamente un puñado de juanistas empedernidos ha llamado y llama a don Juan con los tres palotes como dice Federico Jiménez Losantos. El profesor Seco está de acuerdo con los tres palotes; pero se equivoca de medio a medio. Los juanistas eran una minoría mínima a la muerte de Franco; luego la propaganda de Anson en *ABC,* tan machacona como un martillo pilón, tal vez haya reclutado a otra media docena. He discutido mucho con Anson sobre este punto y no me ha convencido jamás. Pero don Juan nunca fue Rey. Don Alfonso XIII no era Rey en 1933 cuando aceptó las renuncias de sus dos pobres hijos mayores. El título de Conde de Barcelona fue una auténtica arbitrariedad de don Juan, equivalía a asumir la realeza en 1942; luego el Rey le concedió su uso y a la muerte de don Juan el título revirtió a la Corona, de la que nunca debió disociarse.

d) Con una pincelada la Reina doña Sofía destruye las ensoñaciones de Anson sobre la corte de Estoril. La Reina, como hemos visto, anotó el aislamiento de don Juan, la ceguera de sus consejeros, a quienes pone merecidamente como chupa de dómine. Dice que le presentaban a don Juan una España falsa. Todo el testimonio de la Reina, con el que estoy de pleno acuerdo, contradice al de Anson en este punto.

e) Mi libro demuestra hasta la saciedad las conclusiones que luego voy a exponer. Don Juan era terriblemente variable. No fue un demócrata, sino un antidemócrata convicto y confeso desde su juventud hasta mediados de los años sesenta, cuando José María de Areilza toma el mando político en Estoril después de su propia conversión tardía a la democracia y les con-

vence a todos, de don Juan a Anson, de que tienen que hacerse demócratas. Porque no lo eran ni ellos ni la gran mayoría de los consejeros de don Juan. Todos se convirtieron en demócratas de toda la vida, hasta hoy. No concretaré aquí la trayectoria personal de Anson del que ya he dicho que pienso trazar una biografía tan amistosa como sincera en uno de los primeros títulos de la colección Fénix de bolsillo que espero lanzar el curso próximo. El 15 de enero de 1993, con don Juan cerca de la muerte, Anson, bajo disfraz de "Ovidio", decía en *ABC* esta gigantesca mentira:

"Monarquía democrática. Desde 1941 don Juan defendió nítidamente una Monarquía Constitucional basada en la democracia pluralista al estilo de la inglesa o la belga". Qué atroz disparate. La verdad es que desde 1935 a 1965 don Juan hizo muchos más pronunciamientos antidemocráticos que democráticos, en este libro están todas las pruebas que no voy a repetir.

f) No es fácil distinguir en el libro de Anson lo que es auténtica historia de lo que es sugestiva ficción. Casos como los que antes he enumerado son historia auténtica e imprescindible. La coherencia permanente de don Juan, su constante antifranquismo, su continua lucha con Franco por el poder son patentes ejemplos de ficción. El mayor enigma para mí es la figura ansoniana de Pedro Sáinz Rodríguez. Hablé con él muchas veces en Madrid, creo que me hablaba con mucha sinceridad y bastante intimidad y guardo en mi memoria una imagen suya que nada tiene que ver con la de Anson. Don Pedro había sido muy amigo de mi padre y de mi tío Juan y no me engañaba. Puede que en la cerrada y morbosa intimidad de Estoril hiciese y soltase los disparates que Anson le atribuye. Sólo puedo decir que jamás le vi, al natural, de ese modo.

g) Una de las equivocaciones más garrafales de Anson es que admite al escritor británico Paul Preston como historiador fiable. No lo es. Le he dedicado una somera crítica en mi libro *No nos robarán la Historia,* donde también hablo del libro de Anson (Fénix 1995). Preston es la manipulación histórica más rabiosamente antifranquista según las directrices de la masonería y la Internacional Socialista; imparte sus clases, pobres alumnos, en un centro clásico de la Internacional Socialista, que para estos efectos de propaganda cultural se identifica con la masonería. Yo no creo que Anson se haya hecho masón, como su presunto antepasado lord Anson, cuyas

conexiones genealógicas busca, según me dice un amigo mío que lo es también de la actual lady Anson, en Inglaterra, pero hemos quedado en que las cuestiones personales las dejamos para la planeada biografía. Pero en su libro Anson demuestra que aprecia mis posiciones de historiador, cosa que vuelvo a agradecerle y quiero que sepa una vez más mi absoluto rechazo a Preston y a las ideas de Preston que Anson acepta, no me explico por qué.

Los documentos secretos alemanes de la Guerra Civil española y los primeros años de la posguerra, publicados por los aliados, descalifican por competo a Preston y a Anson en sus más agudas obsesiones antifranquistas. Lo expondré en mi próxima y definitiva biografía de Franco.

h) Anson afirma que Pedro Sáinz Rodríguez, desde 1931 a 1977, tenía previstos y no sé si planificados todos los sucesos de la historia de España que iban a sobrevenir. Ésta no es una ocurrencia, es una de las tesis capitales del libro de Anson. Y me parece historia ficción pura. No hay una sola prueba ni un solo indicio de esa presciencia sobrehumana. Don Pedro, por el contrario, se equivocó de medio a medio con todo. Cuando defendía ardorosamente la democracia orgánica en textos que ha exhumado muy oportunamente Gonzalo Fernández de la Mora, cuando predijo repetidas veces la caída de Franco durante la guerra mundial, cuando quiso tomar Canarias con la flota británica para formar, bajo el conocido desinterés británico, un Gobierno español títere de Inglaterra y mil veces más, don Pedro no acertó ni una predicción, mucho menos pudo condicionar una secuencia histórica en buena parte imprevisible.

i) El desmesurado lanzamiento de *Don Juan* demostró una vez más una actitud de Luis María Anson sumamente peligrosa: se preocupa mucho más de la imagen que de la realidad. Cuando una noticia no le gusta, la silencia. Cuando un autor independiente expone tesis contrarias a las suyas, ese autor deja de existir para el diario que dirige. Este método le lleva insensiblemente a deformar la realidad. El caso más claro es el tratamiento que da Anson a las declaraciones —admirables— de don Juan en vísperas de su muerte a dos redactores del *Diario de Navarra* sobre el caos del Estado de las autonomías, que puede llevar a España a la desintegración. He reproducido esas declaraciones en este libro, considerándolas como el testamento de

un Rey; es el único momento en que me refiero a don Juan como Rey. Pues bien, este documento trascendental, quizás el más importante en la vida de don Juan, no existe para Anson que para preservar su imagen falsa de don Juan silencia y censura ese testamento, silencia y censura a su Rey. No le interesa la realidad verdadera sino la imagen falsa.

Ocurrió lo mismo al presentar una opinión personal del profesor Seco Serrano como "dictamen de la Academia de la Historia", porque corroboraba la idea de Anson sobre el nombre "Juan III". En *ABC* del 18 de abril de 1997 el profesor Seco Serrano desmiente que sus palabras sean un "dictamen" y afirma que sólo expresan una opinión personal. En su último trabajo el profesor Seco presenta una mezcla alucinante de aciertos y errores. Su diagnóstico sobre la degradación de la República que traicionó a la democracia es perfecto. Su presentación de don Juan como mantenedor de una línea continua y coherente para la superación de las dos Españas es una falsedad completa; don Juan experimentó diversos vaivenes en contra y en favor de Franco, se adhirió hasta bien entrados los años sesenta a las posiciones de Franco sobre la monarquía, presentó en 1946 unas Bases Fundamentales de la Monarquía Española que nada absolutamente tenían de democráticas.... en este libro están todas las pruebas. Y haría bien el profesor Seco en no exaltar la ejemplaridad de don Juan frente a la disipación de Carlos de Inglaterra y lady Di. Los Reyes, ni siquiera los que presuntamente (y falsamente) lo son de derecho carecen de vida privada y el profesor Seco tiende inexorablemente a no reconocer este principio, a no preocuparse por los demoledores efectos públicos de la vida privada de los Reyes. La vida privada de don Juan no tuvo nada de ejemplar y el conde de Barcelona "vivió su vida" tan intensamente como Carlos y Diana, aunque el profesor Seco no quiera verlo; la diferencia es que doña María de las Mercedes —no él— demostró hasta el final un aguante, un espíritu de sacrificio por la Corona y una categoría personal que en este aspecto don Juan no poseía. No me hurgue en esas cosas el profesor Seco, no me excite, que podría llevarse un susto como el que experimentó al leer lo que él llama mi "trilogía anti-isabelina" y que no es más que un pálido reflejo de la desaforada realidad de Isabel II, como podrá observar en la refundición que preparo.

Don Juan no fue Juan III ni Rey de derecho. Nunca. Dígase como dictamen de la Academia de la Historia, que ahora se desmiente, o como opinión personal de un conocido historiador borbónico más que monárquico, que por lo visto no conoce demasiado cómo vivió su vida don Juan de Borbón.

j) Podría redactar ahora un catálogo de discrepancias concretas tan detallado como el catálogo de acuerdos históricos con Anson. Creo que no hace falta; con estas directrices genéricas de disconformidad, que estimo probadas hasta la saciedad en el cuerpo de mi libro, pero creo que todo está claro para los lectores.

Revelaciones en documentos aislados

Cerraré este capítulo de nuevas aportaciones con las siguientes:

1.— Don Juan se identifica con la Falange en 1937. Este importantísimo documento manuscrito de don Juan lo he reproducido en facsímil entre las ilustraciones de este libro. En 1937, antes de la unificación de partidos decretada por Franco en abril, don Juan escribe al director de la revista falangista *Jerarquía* (la revista negra de la Falange) la carta del facsímil que equivale a una adhesión entusiasta e incondicional. El número de la revista que tanto había entusiasmado a don Juan contenía un artículo de Rafael García Serrano, *A Roma por todo;* otro de Pedro Laín Entralgo, *Sermón de la tarde nueva;* otro de Ángel María Pascual, *Quadrivio imperial;* una nota *Nacionalsindicalismo* de Fermín Sanz y otra, *Jerarquía,* de Ernesto Giménez Caballero. Se cerraba con una sección, *Aceite de ricino,* escrita por el director, Fermín Yzurdiaga.

Parece que las ideas de don Juan no eran el colmo de la democracia en 1937.

2.—*El Testimonio sobre una gran traición,* testamento político del marqués de Valdeiglesias, que reproduje en mi libro citado, *No nos robarán,* es terrible y en algunos aspectos injusto. Pero representa la opinión de muchos monárquicos sobre don Juan (opinión muy negativa) y fue escrito en 1977, el año de la renuncia —perfectamente inútil— de don Juan.

3.— Don Juan Carlos a la periodista británica Selina Scott en TVE el 17 de enero de 1993 (video en mi archivo): "No tolero que se hable mal de Franco en mi presencia. Creo que uno debe saber de dónde viene, y fue Franco quien me puso en el trono".

4.— Sobre la famosa entrevista de Franco con la Reina Victoria en el bautizo del Príncipe Felipe, el texto definitivo es el publicado por el profesor Seco Serrano en *El País* el 3 de abril de 1993, página 14. Coincide en lo esencial con lo que se dice en este libro.

Tengo centenares de fichas más, pero éstas son las más importantes.

Conclusiones

Casi no sería necesario rematar este libro con unas conclusiones, que brotan espontáneamente de sus páginas y he anticipado en la portada. Pero las resumo, para terminar, así:

1.— Don Juan de Borbón fue un pretendiente variable. No mantuvo una línea recta ni continua ni coherente en relación con la democracia y con Franco. Cambió muchas veces de dirección. Toda su vida pública fue una sucesión de contradicciones. Carece de un pensamiento y de una dirección. No sabía lo que quería —fuera de la Corona— ni a dónde iba. Careció siempre de un proyecto para España.

2.— Don Juan nunca fue Juan III ni debe pasar a la Historia con ese nombre. No fue rey de hecho ni de derecho. Considerarle Rey de derecho entre 1975 y 1977, fecha de su renuncia, equivale a decir que en ese período don Juan Carlos fue rey de hecho y no de derecho, es decir, un simple usurpador, lo cual choca contra la voluntad del pueblo español expresada en la Ley para la Reforma Política de 1976, anterior a la Constitución.

3.— Don Juan se adhirió seis veces a programas antidemocráticos y sólo tres a programas democráticos, pero en conversaciones íntimas repudió a dos de éstos, los Manifiestos de Lausana y Estoril.

4.— Se alineó, más o menos forzado, durante doce años contra Franco; y veintisiete años con Franco.

5.— Desautorizó reiteradamente a sus consejeros, dejándoles en muy mal lugar.

6.— Los principales consejeros de don Juan de Borbón le engañaron sistemáticamente y fueron la causa principal de que no alcanzase el trono que Franco quería darle. Presentar a don Juan como el hombre inquebrantable que prefirió perder el trono a aceptar los principios del Movimiento es falso; después aceptó varias veces, documentalmente, esos Principios.

7.— La monarquía y la dinastía de Borbón volvieron a España en 1975 gracias a Franco y a la visión política del príncipe Juan Carlos, la princesa Sofía y la Condesa de Barcelona. Don Juan y sus consejeros hicieron todo lo posible, sin saberlo, para que la monarquía y la dinastía no volviesen jamás.

8.— Desde 1993 se está creando conscientemente una leyenda absurda sobre don Juan de Borbón, una leyenda que nada tiene que ver con la realidad.

9.— Después de 1939, apenas quedaban en España unas docenas de monárquicos juanistas. Hasta 1975, muerte de Franco, los monárquicos partidarios de Franco eran infinitamente superiores en número a la minoría mínima de juanistas. Los enlaces entre Franco y don Juan, fieles a Franco, hicieron mil veces más por la monarquía que los consejeros de don Juan, que estuvieron a punto de impedirla.

Anson, Don Juan y Franco (Conclusión final)

Luis María Anson ha ideado y publicado su libro para convencer al público español de sus dos tesis fundamentales:

Primera: todo lo que se ha hecho en España más o menos desde 1930 y todo lo que se ha hecho en la causa monárquica más o menos desde 1948 responde por igual al asombroso designio y cuidadosa planificación histórica de Pedro Sáinz Rodríguez.

Segunda: muy especialmente la anulación de la monarquía del Movimiento –el sueño de Franco para el futuro de España– y la plena aceptación por don Juan Carlos, de acuerdo con don Juan, de la monarquía

liberal, parlamentaria y de partidos es el objetivo supremo de ese programa de Sáinz Rodríguez que se ha ejecutado previo engaño de don Juan a Franco durante décadas, hasta que el Príncipe, una vez que se hizo con el poder, destruyó el proyecto de Franco e impuso el de su padre.

Éstas son las dos grandes tesis del libro de Anson y, como tales, las proclamó impúdicamente el 23 de julio de 1994 en portada de *ABC* para conmemorar los 25 años de la jura del Príncipe en 1969, cuando aceptó ser sucesor de Franco a título de Rey. En esa portada aparecían Franco y don Juan y, en el largo pie, se formulaba la segunda de esas dos tesis de forma muy agresiva contra Franco y como una gran victoria de don Juan sobre Franco.

Pues bien, yo he escrito este libro desde la Historia, con método histórico y con toda la documentación histórica disponible para demostrar que esas dos tesis de Luis María Anson son falsas, infundadas y ridículas y que cualquier parecido entre ellas y la realidad es simple coincidencia.

La primera tesis –la presciencia de Sáinz Rodríguez sobre el futuro de España– no es una tesis, sino una patochada. Sáinz Rodríguez no hizo una sola previsión a derechas. Se equivocó en todas sus previsiones. Estuvo primero en contra y luego a favor de la dictadura de Primo de Rivera. No previó el advenimiento de la República. Apostó por una restauración monárquica en 1936 bajo la dirección del general Sanjurjo. Luego se hizo militante y jerarca de FET y de las JONS, fue ministro de Franco pero no previó su propio cese, que le llegó por sorpresa cuando doña Carmen Polo vio el coche oficial del ministro delante de un burdel. En 1942 previó una rápida victoria de los aliados y la inmediata expulsión de Franco por ellos. Siguió empeñado en la misma previsión hasta que Franco murió en la cama en 1975.

La segunda tesis de Anson se formula tan sin pies ni cabeza como la primera. Don Pedro no engañó ni quiso engañar a Franco; atribuir a las cartas de don Juan el carácter de engañifa a Franco es negar la palabra de Rey que tanto exaltan los monárquicos. Al acercarse a Franco durante tantos años, don Juan no le engañó; simplemente hizo caso a sus enlaces con Franco, que eran fieles monárquicos mucho más inteligentes y realis-

tas que los consejeros juanistas. Lo malo para don Juan es que hizo caso tarde y mal a los consejeros suyos que eran fieles a Franco y se fió mucho más de los juanistas que le dejaron con el trono al aire.

Quien previó el futuro de la monarquía como nacida de una reforma del régimen de Franco, que es como nació, no fue Pedro Sáinz, sino Torcuato Fernández Miranda, consejero principal del Príncipe desde 1960 y del Rey entre 1975 y 1977. En el libro inapelable de P. y A. Fernández Miranda *Lo que el Rey me ha pedido* están las pruebas.

El libro de Anson se convierte, a la luz de la perspectiva histórica, en un libro contra don Juan de Borbón, a quien se presenta como mentiroso y perjuro, y en un libro contra don Juan Carlos, a quien se presenta como usurpador y también como perjuro.

Don Juan engañó en ocasiones fundamentales a sus consejeros, a sus familiares y a otras personas, como creo que ha quedado claro en mi libro. Don Juan no engañó jamás a Franco, que le conocía muy bien, y por eso le dejó marginado de los destinos de España. Franco no engañó a don Juan; desde 1948 le dijo por todos los medios, de palabra y por escrito, con afirmaciones y con hechos, que nunca sería Rey de España. Hay docenas de pruebas en este libro.

El pobre don Juan no engañó nunca a Franco. Creo que en este libro hay pruebas abrumadoras y reiteradas de que Franco sabía perfectamente, desde años antes de su muerte, que el Príncipe no mantendría la monarquía del Movimiento, sino que conduciría a España hasta un régimen democrático. Así lo había declarado el Príncipe oficialmente en su viaje a Estados Unidos, como hemos descrito, y así se lo dijo a Franco, que ya había leído las declaraciones de su sucesor y le mantuvo como sucesor. La presciencia no fue de Sáinz rodríguez, sino del propio Franco, como dijo el Rey en varias declaraciones, por ejemplo a Villanía y a Sellan Soco; como confirma la Reina en el libro de Pilar Urbano. Así se lo dijo el propio Franco a varias personas, entre ellas a Adolfo Suárez, como ya he adelantado en mis *Episodios Históricos de España* y ahora (carta de 7 de abril de 1997) me confirma mi ilustre amigo Javier Carvajal, que fue testigo de las palabras de Franco cuando ya próximo a la muerte, al irle a

visitar Suárez y Carvajal como presidente y directivo de la Unión del Pueblo Español, Franco les dijo exactamente: "Yo ya no puedo hacer por España más de lo que he hecho. Ahora les toca a ustedes (en general, y no personalizadamente) continuar por la vía democrática lo que yo he querido y no he podido hacer".

No hubo por tanto engaño alguno de don Juan y don Pedro contra Franco. Tal vez fuera el propio don Pedro quien, conocedor de la credulidad de Luis María Anson, pretendió engañar a Anson. Pero el artífice de la idea democrática dentro de la Reforma fue Torcuato Fernández Miranda desde 1960, por supuesto dentro de los designios del Príncipe; y cuando Franco pidió a todos los españoles que siguieran el camino marcado por el Príncipe, conocía perfectamente el proyecto democratizador del Príncipe. Fue Franco quien se empeñó en colocar a Torcuato Fernández Miranda al frente de los estudios universitarios de don Juan Carlos.

Luis María Anson fue, durante muchos años, un enemigo del liberalismo y de la idea democrática, un enemigo de la monarquía constitucional y de los partidos políticos, un totalitario de tomo y lomo. Se convirtió al liberalismo y se hizo demócrata de toda la vida al mismo tiempo que su señor don Juan, en circunstancias que han quedado claras en este libro y que voy a detallar de manera muy sabrosa en el apunte biográfico sobre Anson que tengo previsto. Por favor, que no pretenda hacernos comulgar con ruedas de molino como intenta al proponernos designios esotéricos y fantasmagóricos. Para colmo, al aceptar como clave para los grandes momentos de la vida de Franco la infundada y antihistórica version de Paul Preston, Luis María Anson ha venido a aceptar para tractos capitales de la Historia de España, tesis históricas esenciales de la masonería y la Internacional Socialista. No va a hacerlo con mi complicidad ni con mi silencio, como ustedes ven. *Sic semper tyrannis.*

Índice onomástico

Abadal, Ramón de, 865
Abárzuza y Oliva, Fernando de 20, 660, 713, 875
Acheson, Dean 570
Alarcón de la Lastra, Luis 146
Alba, Casa de *XVIII* 122, 156, 163, 284, 285, 288, 296, 371, 374, 397, 709
Alba, Santiago 702
Albareda, José María 820
Alberti, Rafael 214, 501, 551, 709
Albornoz, Álvaro de 485, 490, 492, 527, 593
Alburquerque, duque de 741, 800, 801, 803, 841, 847, 892
Alcalá Zamora, Niceto 82
Alderete, Ramón de 7, 66
Aledo, marqués de 548
Aleixandre, Vicente 765
Alfonso X el Sabio 24
Alfonso XII 5, 9, 49, 50, 62, 403, 414, 471, 504, 646, 921
Alfonso XIII *VIII*, *XVII*, *XIX*, 1-6, 9, 10, 15-21, 23, 24, 38, 39, 40, 42, 45, 46, 48-52, 54-58, 60, 62, 64, 65, 68, 70, 72, 73, 77, 78, 80, 89, 91, 95, 99, 101-103, 107, 108, 115, 117, 121, 123, 125, 127, 128, 130-134, 138-141, 143, 145, 147-149, 151, 155, 204, 205, 207, 209, 210, 215, 224-226, 234, 254, 262, 277, 278, 281, 350, 361, 366, 394, 404, 446, 507, 510, 550, 551, 563, 573, 597, 606, 646, 661, 668, 669, 672, 677, 680, 682, 696, 697, 733, 739, 744, 796, 839, 846, 872, 878, 884, 887, 908, 910, 921, 926, 936, 937, 941, 946, 948, 949, 966
Alfonso Carlos I (de los carlistas) 58, 61, 72, 73, 78, 740, 741, 746, 748
Alhucemas, marqués de 18, 436
Almodóvar, duque de 880
Alonso, Dámaso 765
Alonso de Celis, Octaviano 775
Alonso Vega, Camilo 706, 715, 823, 840, 868, 900, 919,
Altozano, Hermenegildo 840, 909
Álvarez de Miranda, Fernando 528, 694, 702, 877,
Álvarez Pérez, Miguel 691
Álvarez de Toledo, Alfonso 557
Andes, Francisco (conde de los) 124, 148, 153, 156, 546, 550, 555, 567, 653, 655, 658, 662, 667, 670, 673, 771
Ansaldo, Juan Antonio 53, 56, 57, 61, 74, 75, 78-80, 90-92, 99, 130,140,147, 167, 168, 194, 259, 500, 594, 595, 946
Anson, Luis María *VII-XI*, *XVII*, *XIX-XXI*, 166, 194, 264, 410, 707- 709, 721, 731, 850-853, 902, 903, 909, 924, 931, 933, 934, 944, 951, 955, 958, 961-969, 972-974
Ansón, Rafael 708
Ansón Oliart, Rafael 712, 716

Antelo (capitán de navío) 9
Antonescu, Ion 312
Antoniutti, Ildebrando 623, 626, 633, 717, 876
Aosta, duque de 130
Arafa, Mohamed Ben 624
Aranda, Antonio 87, 163, 168, 169, 187, 253, 282, 293, 307, 318, 319, 330, 384, 450, 452, 453, 461, 464, 465, 508, 514, 518, 521, 525-527, 546, 655, 659
Aranda, conde de 187
Araúz de Robles, José María 302, 707, 751, 774, 795-797, 847, 848
Arburúa de la Miyar, Manuel 587, 589, 715
Areilza, José María de 80, 121, 122, 161, 167, 169, 184, 193, 194, 252, 398, 407, 409, 411, 441, 443, 519, 527, 571, 621, 641, 682, 753, 754, 781, 849, 897, 898, 900, 902, 903, 906, 909, 910, 919, 920, 927, 934, 936-938, 966
Arellano, Luis 740, 748
Arespacochaga, Juan de 962
Argaya, monseñor 887
Argüeyes, Jaime 334
Arias Navarro, Carlos 933, 934, 937
Arias Salgado y de Cubas, Gabriel 586, 666, 707, 713, 817
Armada, Alfonso 916, 962
Armour, Norman 392, 443, 445, 462-464
Arrese, José Luis de 167, 196, 308, 436, 688, 693, 698-700, 709, 713, 716, 717
Asensio, Carlos 312
Asensio Cabanillas, Carlos 197, 199, 308, 311, 312, 318, 440, 441, 698
Asensio Torrado, José 485
Attlee, Clement 438, 458
Audisio, Walter 399
Aunós, Fernando 370
Austria, Carlos de 639
Austria, María Cristina de (*véase* Habsburgo, María Cristina de)
Austria, María Teresa de (archiduquesa) 1
Ávila, Camacho 482
Ayala, Ángel 55
Aybar, conde de 60
Azaña, Manuel 58-60, 67, 71, 83, 86, 87, 184, 199, 226, 238, 240, 242, 245, 477, 484, 489, 491, 492, 501, 527, 603, 764
Azcárate, Pablo de 553
Aznar, José María 958-961
Aznar, Manuel 501
Aznar y Cabañas, Juan Bautista 19
Azpiazu (padre) 243

Badoglio, mariscal 296, 299, 302, 303, 308
Baeza (padre jesuita) 965
Balansó, Juan 41, 42, 79, 957
Balbo, Italo 56
Baleztena 302
Ballesteros, Antonio 9, 12
Balmes, Amado 89
Balmes, Jaime 536
Bárcenas, Juan 138
Barcia Trelles, Augusto 492
Baroja, Pío 674
Barral, Carlos 694
Barrera, Emilio 56, 70
Barros de Lis, Jesús 694
Barroso Sánchez-Guerra, Eduardo 713, 780, 782, 795, 804
Bastarreche, almirante 452
Batista, Fulgencio 771
Battenberg, Victoria Eugenia de (reina) *XV*, 1-6, 8, 9, 12, 16, 18-20, 45, 46, 64, 73-75, 77-80, 99, 103, 122, 144, 154, 162, 178, 181, 213, 283, 289, 409, 504, 519, 545, 555, 565, 567, 668, 669, 673, 682, 696, 703, 727, 781, 865, 872, 876, 885-887, 890, 892, 909, 910, 919, 922, 941, 948, 953, 970
Baviera, José Eugenio de 104
Baviera, Luis Fernando de 4
Baviera, Pilar de 5
Bayón, Gaspar 850
Bécarud, Jean 620, 630, 633, 634, 705
Beigbeder Atienza, Juan 145, 164, 194, 225, 319, 508, 525-527, 546, 548, 549,
Beira, princesa de 607, 922
Bélgica, Leopoldo de (rey) 547

Beltrán de Heredia, José 792, 818
Benelli, Giovanni 887, 899
Benjamea, Joaquín 146, 435
Benjamín, René 135
Benjumea y Burín, Rafael 586
Beran, cardenal 562
Berberova, Nina 602
Berenguer, Dámaso 12, 17, 18, 20, 209, 672
Berger, H. R. 143
Berlusconi, Silvio 958, 959
Bernardo, Di 959
Bertrán Güell, Felipe 775
Besterio, Julián 235, 241, 483
Béthouart, general 479
Bevin, Ernest 438, 515, 541
Bidault, Georges 470
Bilbao Eguía, Esteban 146, 472
Billoux, François 371
Boccherini, Luigi 36
Bolín, Luis 87
Bonaparte, José 37
Bonaparte, Napoleón 130, 163, 485
Bonsal, Philip 521, 526, 527
Borbón, Eulalia de (infanta) 80
Borbón, Isabel de (infanta) 21
Borbón, Luisa Teresa de 38
Borbón, María Cristina de (reina, esposa Fernando VII) 38
Borbón y Austria Este, Alfonso Carlos de 52, 618, 748
Borbón y Battenberg, Alfonso Pío de 6, 7, 23, 41, 46, 61, 62, 173, 879
Borbón y Battenberg, Beatriz de 46, 73, 77, 144, 145, 886, 887
Borbón y Battenberg, Gonzalo de 6, 7, 11, 18, 46, 73,
Borbón y Battenberg, Jaime de 6, 23, 41, 46, 51, 144, 567, 709, 733, 859, 921
Borbón y Battemberrg, Juan *passim*
Borbón y Battenberg, María Cristina de 46, 144
Borbón y Borbón, Alfonso de 6, 173, 466, 468, 470, 475, 570, 572, 573, 585, 674, 695, 697, 727, 898, 921
Borbón y Borbón, Juan Carlos de *VIII*, *XVI*, *XVIII*, 15, 16, 23, 40, 41, 410, 519, 538, 539, 544, 550, 552, 556, 563, 569, 572, 573, 585, 603, 607, 610, 613, 615, 624, 640, 641, 643, 646, 659, 665, 667, 668, 671, 673-678, 681-683, 688, 689, 695-697, 733, 752-754, 768, 774, 780, 809, 811, 814, 820, 822, 826, 842, 851, 853, 857, 859, 860, 862-866, 872-874, 883, 886, 892, 893, 897, 903, 908-911, 916, 918, 920-924, 926-929, 931, 934-940, 946, 947, 949-954, 956, 957, 961, 963-966, 971, 972
Borbón y Borbón, María Luisa Fernanda de 37, 921
Borbón y Borbón, Pilar de 92, 103, 665, 794, 906
Borbón Dampierre, Alfonso de 567, 668, 733, 859, 873, 876, 895, 929, 956
Borbón Dampierre, Gonzalo de 567
Borbón Dos Sicilias, Carlos de 557
Borbón Dos Sicilias, María de las Mercedes de 81, 144, 507, 547, 696, 729, 922, 924, 925, 927, 942, 952, 956, 969
Borbón y Farnesio, Luis Antonio Jaime de 24, 28-31, 35-37, 43
Borbón y Grecia, Elena de (infanta de España) 891, 892, 956
Borbón y Grecia, Felipe de (Príncipe de Asturias) *XV*, 24, 29, 37, 43, 936, 953, 970
Borbón Orleans, Carlos de 103
Borbón de Parma, Francisco de Paula de 37
Borbón de Parma, Hugo de 717, 722, 732, 739, 745, 895
Borbón de Parma, Javier de 82, 90, 121, 141, 262, 525, 618, 673, 740, 745, 746
Borbón y Saboya, Luis de (rey) 27
Borbón y Sajonia, Antonio Pascual 30
Borbón y Sajonia, Felipe de 30
Borbón y Sajonia, Gabriel de 30
Borbón y Vallabriga, Luis María de 37
Borbón y Vallabriga, María Luisa de 37
Borbón y Vallabriga, María Teresa de 37
Borrás, Rafael *XIX*, 944, 954-957, 961
Boyer, Miguel 693
Braganza, Bárbara de 27, 29

Bravo, Juan Antonio 655
Bueno Monreal, arzobispo 771
Buero Vallejo, Antonio 765
Bulgaria, Juana de (reina) 769
Burgos y Mazo, Manuel de 121
Bustelo, Francisco 693

Cabanellas, Guillermo 86, 87
Cabanellas, Miguel 97,108
Cabanillas, Pío 825, 851
Cabrera y Bobadilla, Francisco de 29
Cáceres, marqués de 775
Cacho, Jesús 958, 960
Cádiz, duque de (*véase* Borbón Dampierre, Alfonso)
Caetano, Marcelo 700
Calviño, Mariano 929
Calvo Serer, Rafael 306, 307, 320-323, 362, 412, 434, 443, 449, 463, 530-532, 593, 594, 619, 620, 629-637, 640, 647, 664, 701, 703, 704, 706-708, 715, 731, 732, 734, 737, 738, 752-754, 802, 805, 807, 808, 811, 814, 816, 817, 898, 904, 905, 908, 927, 939, 953, 964
Calvo-Sotelo, Joaquín 434, 443, 666, 865
Calvo-Sotelo, José 16, 56, 61, 65, 70, 72, 76, 78-80, 85, 88, 93, 121, 210, 216, 219, 235, 551, 563, 672, 721, 722, 771
Calvo-Sotelo, Leopoldo *XIX*, 943, 944, 963, 964
Calvo Vallana, José María 807, 808
Calzada, Luciano de la 220
Camacho, Marcelino 476, 504, 752
Cambó, Francisco 128, 440, 465, 621
Campmany, Jaime 706
Campo de Alange, conde de 156
Canalejas, José 8
Cánovas del Castillo, Antonio 53, 262, 384, 388, 401, 402, 403, 898, 921
Cánovas García, Cirilo 715
Cantalupo, Roberto 116
Capdepón, comandante 9
Carceller Segura, Demetrio 161, 253
Cárdenas, Lázaro 478, 483
Carlos I 185, 186
Carlos I de Rumanía, 1
Carlos II el Hechizado 26
Carlos III 24, 27, 28, 29-33, 35, 36, 38, 39, 40, 41, 42, 63, 66, 78, 937
Carlos IV 24, 30, 32, 36, 37, 43
Carlos V (de los carlistas) 37, 49, 921, 922
Carlos V (Emperador) 1, 29, 852
Carlos VII (de los carlistas) 49, 52, 82, 743, 749
Carrascal, Geminiano 655, 847
Carrero Blanco, Luis 145, 163, 196, 198-200, 225, 253, 292, 294, 295, 310, 318, 323,370, 392, 410-412, 415, 428, 441, 442, 453-455, 457-460, 499, 523, 525, 530, 533-535, 540, 551, 587, 593, 622, 633, 666, 670, 678, 688, 700-704, 706, 707, 709, 712-715, 731, 732, 739, 772, 808, 817, 820, 823, 825, 831, 833, 839, 859, 886, 893, 899-901, 905, 908, 910, 911, 927, 929, 930, 964
Carretero, José María *(El Caballero Audaz)* 79
Carrillo, Wenceslao 230
Carrillo Solares, Santiago 230, 232, 373, 381, 437, 517, 630, 690, 939, 943, 947, 949, 950
Carvajal, Javier 974
Carvajal y Urquijo, Jaime 557
Casa de Loja, marqués de 841
Casa Rojas, conde de 668
Casado, Segismundo 235, 241, 483
Casals, Pablo 752
Casasola, marqués de 794, 801
Castañón de Mena, Juan 841
Castellet, José María 693, 765
Castellvell, marqués de (*véase* Vilallonga, José Luis de)
Castellví, Elena 38
Castiella y Maiz, Fernando María 167, 408, 623, 713, 717, 778, 872, 879, 888
Castillo, José del 88
Castro, Federico de 850
Castro, Fidel 753, 771, 851
Castro Delgado, Enrique 232
Cavalcanti, general 56
Cavero Lataillade, Íñigo 528, 694, 877

Cavestany, Juan Antonio 556
Cavestany y Anduaga, Rafael 587
Cerezo, R. 114
Cerón Ayuso, Julio 695
Chapaprieta Torregrosa, Joaquín 81
Chinchón, condesa de (*véase* Borbón y Borbón, María Luisa Fernanda de)
Chozas, Antonio 851
Churchill, Randolph 122
Churchill, Sir Winston Leonard Spencer 164, 170, 254, 263, 292, 302, 318, 319, 329, 347-350, 358, 360, 364, 368, 369, 371, 374, 381, 400, 401, 437-439, 458, 515, 516,
Ciano, Galeazzo 101, 130, 173
Cicognani, Gaetano 623
Cierva Codorniu, Juan de la 145
Cierva y de Hoces, Ricardo de la 946
Cierva y Peñafiel, Juan de la 18, 40, 145, 277
Cisneros, cardenal 186
Civitella-Cesi, Príncipe 145
Clairac, Lamamié de 302
Cocca, Gabriel Mario de 482
Coello de Portugal, Alonso 880
Comillas, marqués de 775, 840
Conally, Tom 570
Concha, general (*véase* Duero, marqués del)
Conde, Mario 958-961
Corcho, Jesús 553
Cortés Cavanillas, Julián 140, 154
Craxi, Bettino 599
Cruz Alli, Juan 615, 616
Culbertson, 546, 547

Dadaglio, Luigi 888, 899
Dampierre, Emmanuela 27, 78, 567
Danvila, Julio 546, 551-556, 559, 563, 564, 566, 569, 572, 574, 575, 582, 587, 589, 592, 594, 595, 612, 653, 658, 670, 673, 678-681, 696, 702, 703, 710, 727, 739, 751, 774, 775
Dato, Eduardo 11
Dávila Arrondo, Fidel 89, 97, 105, 208, 310, 436, 445, 450, 586, 698
De Gaulle, Charles 254, 369, 371, 373, 400, 443, 444, 468, 470, 754, 776-778, 780, 851
Deleitosa, marqués de la 906
Díaz, José 232
Díaz Moreno, José María 556
Díez Alegría, José María 622, 932, 933
Domínguez Muñoz, Juan 199
Dönitz, Karl (almirante) 399, 432
Donovan, William ("Wild Bill") 177,488
D'Ors, Álvaro 632, 842, 844
D'Ors, Eugenio 212
Dos Sicilias, Carlos de las 77
Doussinague (embajador) 886
Duarte de Perón, Eva 540
Duero, marqués del 402
Dulles, Allen 620, 964
Dulles, John Foster 620, 682
Durán, Gustavo 516,

Eden, Anthony 312
Eduardo VII de Inglaterra (rey) 3
Ehrenburg, Ilya 381
Eijo y Garay, Leopoldo 433, 717
Eisenhower, Dwight D. 303, 362, 368, 487, 574, 620, 754, 780, 781, 814, 849
Elena, Fernando 681
Elías de Tejada, Francisco 618
Eliseda, marqués de la 103, 545, 708
Elola Olaso, Juan Antonio 666, 681
Elorriaga, Gabriel 692, 917
Enrique V 56
Enrique y Tarancón, Vicente 911
Errea, Javier 941
Escámez, Alfonso 959
Escobar y Kirpatrick, José Ignacio 87, 96, 99, 100, 130, 707, 970
Escrivá de Balaguer, José María 307, 308, 320-324, 527, 529, 531, 549, 631, 634, 636, 637, 706, 707, 737, 758-760, 887, 888, 904, 909, 911
Esplá, Carlos 485
Estelrich, Joan 128, 621

Fabra, Pompeu 489
Fal Conde, Manuel 41, 72, 90, 125, 218, 302, 446, 509, 525, 739

Falcó, Fernando 557
Fanjul, Joaquín 76, 218
Fanjul, Juan Manuel 288, 666
Farinelli 29
Farnesio, Isabel de 27, 28, 29
Faupel, Wilhelm von 116
Federico el Grande 122
Felipe II 185
Felipe V 24, 26, 27, 37, 38, 947
Fernán Núñez, duque de 80
Fernández Cuesta, Raimundo 308, 435, 586, 635, 666, 681, 687, 692, 716
Fernández-Miranda, Alfonso 957
Fernández-Miranda, Pilar 957
Fernández-Miranda, Torcuato *XIX*, 586, 587, 850, 935, 937-940, 949, 957, 958
Fernández Ladreda, José María 435, 445, 528,
Fernández de la Mora, Gonzalo 323, 619, 632, 706, 707, 731, 738, 758, 794, 796, 799, 801, 806-808, 814, 848, 968,
Fernández Pérez, general 56
Fernández Silvestre, Manuel 11
Fernando el Católico 157
Fernando VI 27, 28, 29
Fernando VII 24, 37, 38, 48, 49, 52, 301, 487, 603, 825, 826, 828, 910, 921
Florencia, cardenal de 80
Florida, conde de la 795, 797, 800
Floridablanca, conde de 187
Fluviá, Amando de 39, 41, 42
Fontán, Antonio 632, 818, 820, 842, 844, 904, 905, 957, 818, 820
Fontán Lobé, Jesús 530, 637
Fontanar, Francisco (conde de Fontanar) 184, 195, 299, 320-326, 330, 444, 505, 509, 517, 518, 545, 557, 612, 636, 653, 670, 703, 706, 707, 808, 902, 964
Foxá, Agustín de 437, 796
Foxá, Armando de 39
Foxá, Jaime de 285
Fraga Iribarne, Manuel 586, 587, 716, 851, 878, 894-896, 899-905, 908, 916-918, 927, 934, 949, 962
Francia, Ana de 557
Franco Bahamonde, Francisco *passim*
Franco Bahamonde, Nicolás 117, 118, 210, 211, 265, 266, 506, 508, 521, 535, 564, 650, 670
Franco Bahamonde, Ramón 18
Franco Polo, Carmen 571
Franco Salgado-Araujo, Francisco 86, 135, 139, 140, 223, 530, 539, 598, 636, 637, 656, 663, 665-668, 675-677, 691, 703, 774, 840, 841, 873, 945
Frías, duque de 819, 824
Fuchs, Klaus 571
Fuenmayor, Amadeo de 700
Fuentes Quintana, Enrique 850
Fuertes de Villavicencio, Fernando 841

Gagarin, Yuri 851
Gaitanes, conde de los 909, 960
Galán, Fermín 18
Galarza, Valentín 57, 58, 84, 87, 167, 193, 199, 285
Galarzo Gago, Ángel 54
Galíndez, Pedro 80, 553
Galindo Herrero, Santiago 51, 632
Gallego Burín, Juan Manuel 285
Gallo, Max 348, 629, 699, 709
Gamazo, conde de 548, 815, 848
Gambara, Gastone (general) 133, 134
Gamero del Castillo, Pedro 285, 288, 545, 596, 655, 815, 897
Gandarias, Pedro 259
Garaizábal (teniente coronel médico) 868
García, Cristino 514
García Blanco, Manuel 788, 798, 799, 806
García Escámez, Francisco 104, 169, 526,
García Escudero, José María 215, 586, 587, 622
García Hernández, Ángel 18
García Lorca, Federico 106
García Posada, Miguel 106
García Prieto, Manuel 121
García Serrano, Rafael 970
García Trevijano, Antonio 905, 963

García Valdecasas, Alfonso 130, 284, 285, 288, 359, 363, 545, 655, 815, 877, 897, 902
García Valiño, Rafael 193, 526, 656, 868, 898
Garcitoral, Alicio 227
Gardeman 195
Garnica, Pablo 285, 451, 655
Garrido, José 557, 573
Garriga, Ramón 183, 196, 253, 324, 409
Garrigues, Antonio 897
Gil Munilla, Octavio 818, 819
Gil-Robles, José María *VIII*, *XX*, 55, 59-61, 69, 72, 75, 82, 84, 97, 118, 120, 147, 154, 155, 168, 169, 181, 184, 195, 196, 201-205, 209, 214-223, 233, 235, 242, 247, 248, 253-263, 281, 284, 293, 299, 304, 311, 318, 319, 330, 340, 364, 367, 428, 433, 437, 441, 465-470, 491, 499, 506-510, 514, 515, 519-523, 525, 527, 528, 532-535, 538, 539, 541, 542, 545-547, 549-551, 553-555, 558, 559, 564-567, 572, 598, 623, 624, 629, 639-642, 646, 649, 651-655, 659, 663, 678, 680, 694, 710, 723, 773, 774, 839, 846, 847, 849, 852, 876, 877, 898, 909, 946, 954, 964
Gil de Santivañes, Eduardo 909
Giménez-Arnau, José Antonio 138, 919, 925
Giménez Caballero, Ernesto 79, 93, 120, 970
Giménez Fernández, Manuel 462, 528, 694, 839, 852
Giral, José 439, 492-497, 517, 524-526,
Giraud, H. 254
Girón de Velasco, José Antonio 196, 308, 309, 435, 586, 714
Gironella, José María 932
Giscard D'Estaing, Valery 930
Goded, Manuel 76, 87
Godoy y Álvarez de Faria, Manuel 37
Goebbels, Paul Joseph 399
Goering, Hermann 195
Goicoechea, Antonio 57, 61, 70-74, 80, 88, 93, 97, 99, 104, 105, 121, 210, 260, 285, 398, 400, 403, 404, 722
Goizueta, Antonio 104, 105
Gomá, Isidro (cardenal) 183
Gómez Acebo, Felipe 666
Gómez Acebo, Luis 906
Gómez de Llano, Francisco 766, 769, 770, 866
Gómez Llorente, Luis 693
Gómez Salazar, Diego 9
Gómez Torres, Alfonso 557
González, Juan Jesús 510, 546, 909
González, Valentín 232
González-Doria, Fernando 1, 13, 139, 156, 271, 669
González Gallarza, Eduardo 436, 446, 714
González-Hontoria, Manuel 545, 575, 655
González Márquez, Felipe *XIX*, 412, 599, 948, 959, 962, 964
González Ubieta, Luis 113, 114
González de Vega, Javier 956
Gordón Ordás, Félix 485, 494, 593
Gorkín, Julián 231
Gortázar Echevarría, Guillermo 17
Gouin, Félix 515,
Goya, Francisco de 36
Goyoaga, José Luis de 540
Goytisolo, Luis 694
Gramsci, Antonio 690
Granel, Amado 480, 516, 525,
Grecia, Constantino de (rey) 860, 880, 892
Grecia, Federica de (reina) 853, 864, 867, 872
Grecia, Pablo de (rey) 853, 866, 869, 871, 952, 953
Grecia, Sofía de (reina) *VIII*, 853, 859, 863, 872-876, 880, 881, 890, 908, 920, 922, 950-954, 956, 964, 966, 972
Griffis, Stanton 572, 593
Grobe, conde del 9
Gual Villalbí, Pedro 714, 733
Güell y Churruca, Juan Claudio (*véase* Ruiseñada, conde de)
Guerra, Alfonso 959-961
Gullino, Césare 781
Gun, Nerin E. 467
Gurney, Chan 556

Habsburgo, María Cristina de (reina) 1-6, 8, 9, 12, 16, 18-20, 64, 71, 78, 573, 646

Habsburgo-Lorena y de Borbón, Carlos de 639
Halcón, Manuel 285, 288, 463
Halstead 194
Hayes, Carlton 193, 201, 249, 253, 296, 297, 334
Hemingway, Ernest 296
Hermansanz, Eugenio 671
Hermida, José 391
Hernani, duque de 775
Herrera Oria, Ángel 55, 88, 428, 468, 470, 529, 549, 694, 775, 899, 900
Herrero Tejedor, Fernando 851
Hess, Rudolf 167
Hesse, Alicia de 3
Hiss, Alger 381, 571
Hitler, Adolfo 58, 60, 61, 69, 75, 119, 131, 160-167, 183, 192, 194, 197, 198, 225, 228, 231, 232, 250, 263, 303, 369, 381, 387, 399, 432, 485, 501, 563, 623
Hoare, Samuel 184, 302
Holanda, Irene de 895
Hornachuelos, duque de 204
Horsey, miss 38
Horthy de Hungria 191
Howard, lord 462
Hoyos, Alfonso 157, 170, 654, 656, 658, 669, 670
Hoyos, marqués de 656
Huarte Aracil 958, 960
Hull, Cordell 371

Ibáñez Martín, José 146, 161, 435, 436, 528, 530-532, 586, 631, 692, 751, 764, 765, 775, 824, 825, 833, 859, 860, 879
Ibarra, conde de 285
Ibarra, Pepín 462
Ibárruri, Dolores (*Pasionaria*) 231, 488, 501
Iglesias, Pablo 234, 235, 495
Induráin, Francisco 850
Infantado, duque del 184, 665
Inglaterra, Carlos de 969
Irla, Josep 489
Isabel I de Castilla 25, 185
Isabel I de Inglaterra, (reina) 617
Isabel II de España (reina) 5, 23, 37, 38, 80, 401, 504, 603, 617, 640, 921, 969
Iturmendi Bañales, Antonio 302, 509, 587, 618, 639, 699, 713, 745, 880

Jaime (III) (de los carlistas) 49, 50, 52, 53, 58
Jiménez, Juan Ramón 752, 764
Jiménez de Asúa, Luis 493, 868
Jiménez Losantos, Federico *XVIII*, 707, 966
Jiménez de Parga, Manuel *VII*
Jimeno, Emilio 681
Jordana, conde de 148, 199, 200, 225, 249, 316
Jorge V de Inglaterra (rey) 46
Jorge VI de Inglaterra (rey) 616
Juan XXIII, papa 752, 768-770, 866, 869, 879, 887, 888, 952
Juan Pablo II, papa 634, 759

Kennan, George F. 523, 524, 527, 540, 542, 543, 546, 547,
Kennedy, John F. 892
Kent, duques de 2
Kerrebrouck, Patrick wan 30, 36
Kindelán Duany, Alfredo *XX*, 100, 101, 106-108, 114-116, 132, 146-148, 162, 163, 169, 172, 177, 178, 181-183, 191, 194, 200, 201, 205, 213, 250, 252, 253, 266, 282-284, 287, 293, 310-312, 319, 330, 375, 377, 380, 384, 385, 392, 395-398, 401-403, 428, 435, 443-451, 453, 461, 462-471, 484, 493, 505, 507, 508, 514, 517-519, 525, 538, 540, 545, 546, 548, 549, 558, 563, 611-613, 653, 655, 659, 675, 678, 680, 697, 698, 710, 772, 774, 775, 815, 816, 946
Koniev, (mariscal de la URSS) 399
Kruschev, Nikita 230, 623, 690

Lacalle Larraga, José 878
Laín Entralgo, Pedro 119, 161, 586, 587, 619, 622, 635, 640, 765, 970
Lange, Oskar 517
Lapesa, Rafael 765

Largo Caballero, Francisco 108, 234-236, 238, 240, 241, 480, 516,
Larraona, Arcadio 769, 770
Larraz López, José 146, 673
Lasso de la Vega, Javier 212
Laurel, José 316
Laval, Pierre 312
Lavilla, Landelino XIX, 528,
Leal Maldonado, José Luis 557
Leclerc, Jacques Philippe 516,
Lenin, Vladimir Ilyich 9, 229
Leopoldo, duque de Albany 3
Lequerica, José Félix de 106, 123, 369, 437, 572, 754
Lequio, embajador 193
Lerroux, Alejandro 60, 121, 266, 527,
Lie, Trygue 520
Liñán, Fernando de 918
Lista, Alberto, 682
Líster, Enrique 381
Lizarza, Antonio de 70,
López, Alfredo 532
López, Gregorio 24
López, Juan 572
López Amo, Ángel 633, 634
López Aranguren, José Luis 622, 764
López Bravo, Gregorio 704, 900, 957
López Ibor, Juan José 363, 452, 632
López y López, Antonio 592
López Oliván, Julio 205, 224, 259, 269, 282, 318, 325, 340, 341, 367, 392, 398, 408, 416, 428, 442, 464, 468, 520, 964
López Rodó, Laureano *XX*, 200, 295, 306, 310, 321, 370, 410, 411, 441, 456, 458-461, 510, 519, 531, 533, 633, 663, 664, 688, 699-715, 721-725, 729-739, 758, 773, 775, 817, 833, 839, 850, 859-863, 868, 872, 895-903, 908, 911, 916-919, 924, 927, 945, 950, 954
Lora Tamayo, Manuel 681, 878
Lozoya, marqués de 79, 93
Luca de Tena, Guillermo 909
Luca de Tena, Juan Ignacio 55, 99, 101, 102, 121, 122, 124, 128, 161, 217, 365, 366, 460, 548, 632, 794-797, 805, 848, 875, 876
Luca de Tena, Torcuato 81, 87, 708, 928
Luis I, Rey de España 27
Luis XIV, Rey de Francia 26
Luján, Néstor 764
Llanos, José María de 617, 656, 688, 888
Llopis, Rodolfo 526, 527, 909

Mac Arthur, Douglas 572
Mac Carthy, Joe 571
Mac Laurin 507
Macaya, Juan José 557
Madariaga, Salvador de 85, 227, 243-245, 294, 442, 451, 464, 487, 499, 505, 532, 541, 542, 753, 876
Maeztu, Ramiro de 53, 79, 88, 93, 106, 116, 207, 209, 211, 551, 632, 721, 722, 852
Manzanera, vizconde de 252
Marañón, Gregorio 15, 440, 452, 550, 765, 886
Marañón y Ruiz Zorrilla, Jesús 771
Maravall, José Antonio 161
Marcet, abad 182
March, Juan 57, 58, 87, 254, 266, 302, 527, 872
Marismas, marqués de las (*véase* Escobar, José Ignacio)
Maritain, Jacques 879
Marone, conde de 304-306
Marquina Barrio, Antonio 458
Marrero, Vicente 619, 632
Marshall, Dorothy 3
Marshall, George C. 523, 524, 527, 542, 543, 546-548, 556,
Martín Alonso, Pablo 553, 878
Martín Artajo, Alberto 88, 413, 415, 427, 428, 433, 436, 437, 443, 445, 446, 450, 526, 528, 529, 535, 546, 549, 572, 586, 623, 625, 629, 630, 671, 700, 717, 739, 813
Martín Báguenas, Santiago 58
Martín Bahamontes, Federico 776
Martín Gamero, Adolfo 463
Martín Sánchez-Juliá, Fernando 775
Martín Villa, Rodolfo 184, 872, 940
Martínez Anido, Severiano 58

Martínez Barrio, Diego 169, 438, 439, 483-485, 490-494, 868
Martínez Bersaín 302
Martínez Bordíu, Cristóbal 571
Martínez Esteruelas, Cruz 957
Martínez de Campos y Serrano, Carlos 133, 134, 288, 373, 384, 402, 409, 463, 647, 673-675, 682, 697, 699, 718, 720-724, 726, 737, 772, 781-785, 787, 788, 791, 792, 795, 797, 798, 800, 803, 806, 808-811, 814-818, 820, 823, 847, 861, 864
Marty, André 515
Marx, Carlos 234, 370
Marzo Balaguer, Enrique 373
Masaryk, Jan 549
Mateu Pla, Miguel 460, 461
Matthews, Herbert 753
Maura, Miguel 184, 242, 375
Maura y Gamazo, Gabriel (duque de Maura) 655
Maura y Montaner, Antonio 8, 10, 19, 53, 234, 551
Maurín, Joaquín 231
Medina, José María 800
Mejía Lequerica, José 300, 392
Melgar, conde de 875
Mendive, Santy 941
Mendo, Carlos 917
Menéndez Pelayo, Marcelino 209, 211, 212
Menéndez Pidal, Ramón 765, 910
Mera, Cipriano 241
Miaja, José (general) 169, 485
Millán Puelles 622, 707
Mindszenty, cardenal 562
Miralles, Carlos 96,
Miralles, Jaime 765, 773, 875
Miranda, Sebastián (duque de) 51, 65, 483
Moare, Samuel 247, 254, 263
Modesto, Juan 381
Mohamed V 622, 624, 681
Mola Vidal, Emilio 83-92, 95-99, 101-105, 107, 119, 125, 293, 563
Molotov, V. M. 236, 238
Mondéjar, marqués de 916, 924, 925
Montellano, duque de 156, 557, 564
Montemolín, conde de 38
Montero, Matías 681, 691
Montes, Eugenio 79, 80, 93, 635
Montgomery, Sir Bernard L. 248, 253, 289, 303, 487
Montijo, Eugenia de 865
Montini, Juan Baùtista (*véase* Pablo VI)
Montpensier, duquesa de (*véase* Borbón y Borbón, María Luisa Fernanda de)
Montseny, conde de 452
Mora, conde de 104
Morales Oliver, Luis 850
Moreau, Jeanne 947
Moreno Fernández, Salvador 145, 587, 714
Moreu, Manuel 285
Mortes Alfonso, Vicente 531, 636, 704, 911, 912
Moscardó, José 307, 310, 373, 392, 697, 698, 706, 753
Moscardó, Luis 753
Mountbatten (lord) 963
Moutas, señores de 548
Múgica Herzog, Enrique 504, 688, 692
Muñoz Grandes, Agustín 145, 170, 392, 586, 592, 610, 656, 682, 702, 703, 713, 764, 878, 908
Mussolini, Benito 60, 70, 75, 101, 102, 134, 135, 162, 164, 243, 296, 300, 301, 308, 312, 330, 387, 399, 400, 501, 563, 777

Narváez, Luisa (*véase* Valencia, duquesa de)
Narváez, Ramón María 898
Nasser, Gamal Abdel 656, 690
Navarro Rubio, Mariano 715, 770, 900
Negrín, Juan 224, 240, 253, 280, 294, 297, 416, 438, 439, 476, 482-490, 492, 494, 496, 516,
Nieto Antúnez, Pedro 553, 671, 676, 878
Nin, Andrés 230
Nixon, Richard 620, 930

Obrador, Sixto 691
Ochoa, Antonio 104

O'Donnell, Leopoldo 465
Oliván, Federico 138
Oliveira Salazar, Antonio de 111, 183, 221, 259, 365, 700
Onassis, Aristóteles 875
Oreja Aguirre, Marcelino 528
Orgaz, Luis 87, 106, 107, 148, 167, 168, 282, 283, 293, 307, 310, 318, 467, 516, 698
Oriol y Urquijo, Antonio María de 900, 911
Oriol, José María de 195, 205, 361, 428, 443, 458-460, 466, 471-474, 509, 534, 546, 547, 552, 589, 655, 739
Oriol, Lucas 197, 732, 737
Orleans, Alfonso de 1, 103, 269, 284, 285, 349, 350, 357-359, 380, 384, 396, 397, 443, 447, 450, 463, 476, 493, 508, 517, 549, 558, 563, 653
Orleans, Luisa de 77
Ortega y Gasset, José 8, 15, 440, 442, 517,
Ortí Bordás, José Miguel 850, 851
Ortiz Muñóz, Luis 436
Orwell, George 230
Osorio, Beltrán (*véase* Alburquerque, duque de)
Ossorio y Gallardo, Ángel 220, 485, 493
Ottaviani, cardenal 866, 870

Pablo VI, papa 433, 547, 879, 887, 888, 894, 899, 900, 910, 919
Pabón y Suárez de Urbina, Jesús 8, 17, 26, 31, 38, 39, 49-51, 56, 59, 78, 146, 147, 330, 363, 388, 403, 433, 444, 491, 545, 653, 655, 815, 816, 819, 820, 897, 898, 901, 902, 946, 947
Padilla, Ramón 135, 138, 157, 204, 305, 318, 553, 575, 655, 670, 739, 801, 802, 841
Palacio Atard, Vicente 850
Palacios, Julio 363, 818-820, 842, 844, 850
Palacios, Leopoldo 632
París, conde de 777
Pascual, Ángel María 970
Patton, George 289, 290, 392
Peces Barba, Gregorio 504
Pegler, Westbrook 439
Peire, Tomás 58, 527,
Pelayo, marqueses de 79, 80, 470
Pemán, José María 61, 71, 79, 80, 93, 106, 116, 551, 632, 655, 697, 708, 737, 738, 772, 775, 816, 817, 825, 839, 845-847, 856, 877, 895, 898, 903, 909, 917, 918
Penagos, Rafael de 670
Peralta, marqués de (*véase* Escrivá de Balaguer, José María)
Pérez de Ayala, Ramón 15
Pérez Embid, Florentino 586, 619, 706-708, 716, 737, 738, 775, 794-796, 799, 801, 802, 805, 814, 817, 820, 823, 848, 872
Pérez González, Blas 199, 435, 586, 666, 715
Pérez Mateos, Juan Antonio 551, 555, 569, 573
Perón, Juan Domingo 520, 527, 682
Petacci, Clara 399
Petain, Philippe 312, 478, 593
Pildain, monseñor 629
Piniés, Vicente 875
Pinillos, José Luis 689
Pinohermoso, duque de 156
Pío IX, papa 826
Pío XI, papa 768
Pío XII, papa 182, 263, 515, 530, 561, 562, 620, 622, 625, 626, 717, 752, 761, 768
Pirenne, Jacques 182
Pla y Deniel, Enrique 183, 432, 438, 571, 911
Planas de Tobar 506
Planell Riera, Joaquín 587, 713, 715
Platón, Miguel 948
Polanco, Jesús XIX, 959
Polo de Franco, Carmen 118, 213, 559, 752, 892, 973
Pombo Angulo, Manuel 666
Ponte Manso de Zúñiga, Miguel 56, 148, 285, 310, 447, 516, 548, 549, 698
Portela Valladares, Manuel 82, 83, 242
Portillo, Álvaro del 501, 529, 631, 636, 758, 759, 888
Powell, Charles 961
Pozas, Sebastián 485
Pradera, Javier 413, 688
Pradera, Víctor 72, 93, 106, 121, 721

Prado y Colón de Carvajal, Manuel 959
Preston, Paul *XI*, *XIX*, 241, 967, 974
Prieto y Tuero, Indalecio 88, 209, 210, 231, 242, 270, 271, 280, 294, 416, 438, 476, 482, 483, 485, 486, 490-497, 499, 516, 523, 524, 526, 527, 541, 542, 544, 545, 550, 552, 555, 570, 572, 753, 754, 767, 768, 781, 849, 872, 964
Primo de Rivera, José Antonio 14, 15, 17, 60, 72, 74, 75, 84, 118, 131, 141, 433, 436, 496, 627, 689, 722, 757, 776
Primo de Rivera, Margot 462
Primo de Rivera, Miguel 12, 14, 15, 17, 209, 213, 234, 242, 277, 278, 370, 462, 514, 598, 604, 957
Proctor, Raimond 400
Puente Bahamonde, Enrique 841
Puig Moltó, Enrique 504
Pujol, Jordi 848, 940
Putz, coronel 480

Queipo de Llano, Gonzalo 86, 87, 89, 97, 107, 121, 160
Quintanar, marqués de 54, 80, 156, 207, 259
Quiñones de León, José 100, 116, 655
Quiroga Palacios, cardenal 870
Quiroga, Elena 765
Quisling, Vidkun 312

Regalado Rodríguez, Francisco 436, 445, 586
Rein Segura, Carlos 435, 586
Reina, Javier 93
Rey Pastor, Julio 527
Riansares, duque de 38
Riba, Carles 764
Ribbentrop, Joachim von 164, 183
Riberi, monseñor 876, 899
Ridruejo, Dionisio 119, 160, 161, 167, 198, 619, 622, 630, 635, 640, 689, 691, 692, 764-766
Riego, Francisco 97
Rif, marqués del (*véase* Sanjurjo, José)
Riquer, Martín de 818, 850
Rivas, Natalio 672
Roca, Miguel 695
Rocamora, vizcondes de 79, 104, 302, 398, 404, 875
Rocard, Michel 500,
Rodezno, conde de 59, 70, 73, 103, 104, 201, 260-262, 267, 281, 283, 302, 380, 383, 452, 509, 510, 525, 545, 620, 721, 744
Rodríguez, Manuel (*Manolete*) 520, 541
Rodríguez, Ventura 29
Rodríguez del Barrio, general 83
Rodríguez Castelao, Alfonso 517
Rodríguez y Díez de Lecea, José 714
Rodríguez Soler 694
Rohán, Berta de 49
Romanones, conde de 18, 260, 262, 267, 281, 297, 380, 383, 546, 550, 767
Romeo Gorría, Jesús 878
Romero, Emilio 84, 196
Rommel, Erwin 192, 263
Roosevelt, Franklin D. 61, 164, 170, 201, 249, 253, 302, 312, 319, 371, 374, 381, 382, 392, 399, 445, 488, 571, 964
Rosales, Luis 764
Rosenberg, Marcel 236-239
Rovira y Virgili, Antonio 489
Royo Villanova, Segismundo 850
Rozas y Drummond, Josefa de 30
Rubio, Javier 476, 477, 484, 485, 488, 489, 492, 496, 533,
Rubio García-Mina, Jesús 692, 713, 841
Ruiseñada, conde de 103, 592, 633, 658, 662, 669-671, 675, 676, 678, 697, 702-705, 707-709, 718, 721, 724-733, 737, 739, 752, 840
Ruiz Gallardón, José María 692
Ruiz Giménez, Joaquín 407, 413, 415, 417, 422-424, 427, 428, 434, 443, 450, 528, 561, 586, 593, 594, 619, 621, 622, 630, 631, 687, 689, 691, 692, 739, 776
Rumanía, Carlos I de 1
Rumanía, Miguel de 369
Rumeu de Armas, Antonio 850
Rusia, Alexis de (zarevitch) 3, 4, 9
Rusia, Alix de (zarina) 3, 9
Ruydons, conde de 65

Saboya, Amadeo de (rey) 14, 130
Saboya, Humberto de (rey) 618
Saboya, Luisa María de 37
Saboya, María Gabriela de 27, 77, 853
Saboya, María Pía de 618
Saboya, Víctor Manuel de (rey) 178, 179, 296, 329, 348, 854
Sáinz Rodríguez, Pedro *passim*
Sajonia, María Amalia de 30
Sajonia Coburgo, Beatriz de 283
Sajonia-Coburgo-Gotha y Kent, Beatriz de (princesa) 2, 3, 18
Salamanca, marqués de 670
Salazar, Antonio Oliveira de 292, 302, 563, 671, 837, 849
Salgado, Vicente 666
Saliquet, Andrés 392, 698
Salmador, Víctor 224, 875
Samore, monseñor 899
Sampedro Ocejo, Edelmira 63, 64
San Fernando de Quiroga, duque de 37
San Pedro, Ramón de 671, 674, 675, 677, 707, 964
Sánchez Agesta, Luis 909
Sánchez Albornoz, Claudio 184, 868
Sánchez Bella, Alfredo 307, 412, 413, 417, 428, 443, 631, 739, 887
Sánchez-Mazas Ferlosio, Miguel 689, 692
Sánchez Ferlosio, Rafael 689
Sánchez González, Juan Bautista 452, 592, 610, 618, 631, 633, 701, 702, 704, 706, 707, 723, 964, 965
Sánchez Guerra, José 19, 524,
Sánchez Mazas, Rafael 689
Sánchez Román, Felipe 294
Sangróniz, José Antonio 87, 460, 622
Sanjurjo y Sacanell, José 20, 56, 58, 64, 71, 83-91, 96-100, 210, 500, 672, 673, 702, 972
Santamaría, Carlos 525, 573
Sanz Orrio, Fermín 714, 970
Satrústegui, Joaquín 105, 106, 452, 463, 464, 548, 666, 667, 709, 751, 763, 765, 773-775, 839, 852, 875, 877, 900, 937
Saumells, Roberto 632
Schmidt, Paul 164
Schumann, Maurice 216
Scott, Selina 457, 615, 616, 970
Sebastián Aguilar, Fernando 501, 770, 771
Seco Serrano, Carlos VII, 8, 348, 898, 901, 966, 968-970
Segura, cardenal 80, 593, 627
Semprún, Jorge 232, 413, 437, 688, 690
Serra, Narciso 695
Serrano, Francisco 674, 795
Serrano Súñer, Ramón 117-120, 122, 131, 132, 135, 145, 146, 149, 161, 163, 164, 167, 169, 170, 177, 183, 193, 196-198, 211, 225, 291, 370, 550, 586, 640, 688, 919
Sert, José María 212
Sessa, duque de 38
Sherman, Forrest (almirante) 547
Sierra, Ramón 80
Silva, Isabel de 102
Silva Muñoz, Federico 899, 900
Skorzeny, Otto 308
Solana, José 93
Solchaga, José 310, 698
Soldevila, Ferrán 764
Solé Tura, Jordi 962
Solís Ruiz, José 706, 713, 715, 819, 878
Soriallo, Andrés 104
Sotomayor, duque de 79, 137, 156, 157, 204, 252, 254, 260, 282, 470, 552, 553, 563, 564, 572, 573, 643, 679
Sozzaní, señora de (*véase* Dampierre, Emmanuela)
Spellman, cardenal 617
Spencer, lady Diana 969
Stalin, José 70, 160, 169, 228-232, 235, 236, 238, 240, 241, 316, 318, 319, 329, 381, 382, 401, 433, 435, 437, 438, 453, 455, 458, 475, 478, 485, 517, 623, 690, 964
Stauffenberg, von 369
Stepinac, cardenal 562
Stohrer, Eberhard von 255
Suanzes Fernández, Juan Antonio 200, 436, 560, 561, 586
Suárez, Francisco de 527

Suárez Fernández, Luis 321, 323, 348, 434, 664, 666, 669, 689, 701, 705, 712, 733, 734, 738, 752-754, 766, 769, 770, 774, 775, 781, 817, 820, 824, 825, 833, 848, 851, 852, 865, 868, 879, 880, 885, 887, 888, 895-900, 904, 905, 908, 909, 920, 946
Suárez González, Adolfo 155, 465, 712, 840, 936-940, 949, 950, 957-960
Suárez González, Fernando 957
Suárez Verdaguer, Federico 825, 827, 828, 833
Svert, Antonio 490, 491

Talleyrand 408
Tamames, Ramón 688, 692, 895
Tardini, Doménico 541, 625
Tarradellas, José 493
Tedeschini, monseñor 617, 717, 964
Teleki, conde de 166
Tella, Heli Rolando de 765
Teócrito (primado cismático) 864
Thorez, Maurice 515
Thorval, G. 3
Tiedemann, Carlota 567, 668
Tierno Galván, Enrique 773, 788, 789, 799, 852, 900
Tillon, padre 371
Tito (Yosif Broz), mariscal 329, 355
Toquero, J. M. 48, 934
Torlonia, Alejandro 77
Torlonia, Olimpia 900
Tormo, Elías 128
Tornos, Cirilo 468
Tornos, Juan 739
Torrado, Asensio 485
Torre, duque de la (*véase* Martínez de Campos y Serrano, Carlos)
Torres Campaña, Antonio 492
Torres de Mendoza, marqués de 65
Torrescas, condesa de (*véase* Rozas y Drummond, Josefa de)
Tortella, Gabriel 693
Tovar, Antonio 119, 161, 167, 586, 640, 788, 789
Trías de Bes, José María 865
Troncoso, coronel 184, 452
Truman, Harry 399, 435, 437, 438, 458, 516, 532, 548, 562, 571, 593, 964
Tulles, Allen 249, 304, 305, 318, 335, 341
Tuñón de Lara, Manuel 590
Turia, marqués del 775
Tusell, Javier 83, 413, 415, 428, 948

Ullastres, Alberto 715, 900
Unamuno, Miguel de 8, 629, 789, 799
Urbano, Pilar XIX, 872, 944, 951, 953, 954
Urriza, Ángel 9, 10
Urrutia, Víctor 107
Urzáiz, Álvaro de 557
Ussía, Alfonso 505, 699, 931, 963

Vadillo, Fernando 478
Valdeiglesias, tercer marqués de (*véase* Escobar y Kirpatrick, José Ignacio)
Valencia, duquesa de 525, 540
Valiente, José María 302, 758, 850
Vallabriga y Español, José Ignacio de 30
Vallabriga y Rozas, María Teresa de 30, 35
Valle-Inclán, Ramón María del 50, 504
Vallejo-Nájera, Juan Antonio 670
Vallellano, conde de 54, 88, 367, 368, 551, 552, 587, 714, 751, 774
Valls Taberner, Fernando 128
Valls Taberner, Luis 904, 905
Varela, Luis Enrique 87, 125, 132, 140, 145, 163, 178, 196-199, 201, 306-310, 392, 441, 448, 452, 461, 462, 698
Varela Perache, Manuel 850
Vázquez Dodero, Luis 518, 632
Vázquez de Mella, Juan 49
Vázquez Montalbán, Manuel 231, 232, 485
Vega de Anzo, marqués de la 80, 358
Vegas Latapié, Eugenio 5, 6, 51, 53, 55-57, 60, 61, 71, 75, 78-80, 87, 93, 97, 103-106, 109, 121, 122, 127-130, 132, 135, 147, 149, 168, 169, 177, 181, 182, 184, 193, 194, 205-213, 223, 227, 245, 259, 262, 284, 305, 334, 367, 415, 417, 426, 427, 434, 441, 452, 457, 458, 505, 509, 520, 535, 537, 538, 556-558, 633, 634, 708, 849, 946, 964

Vejarano, Félix 546, 550, 555
Velarde Fuertes, Juan 574, 600
Ventosa i Calvell, Joan 284, 285, 359, 452, 596, 598, 599
Viana, marqués de 775
Vicéns Vives, Jaime 764
Victoria de Inglaterra (reina) 1, 3
Vierna (contraalmirante) 113, 114
Viesca 848
Vigón, Jorge 103, 105, 109, 632, 708, 714, 715, 721, 722, 841
Vigón, Juan 9, 57, 59, 80, 87, 97, 106, 133, 134, 146, 148, 162, 191, 195, 197, 198, 201, 205, 249, 252, 310, 366, 367, 392, 506, 516, 619, 739
Vilallonga, José Luis de 585, 923, 947, 949, 950
Villada, Zacarías 79, 93
Villalonga, Ignacio 462
Villapalos, Gustavo 959
Villarreal de Álava, marqués de 31
Viñas, Ángel 628
Vivanco, Luis Felipe 764
Vizcaíno Casas, Fernando 279

Wais San Martín, Julio 507
Walters, Vernon 791
Welczeck, Johannes von 100
Wharton, duque de 617, 639

Xauen, conde de (*véase* Berenguer, Dámaso)
Yagüe, Juan 86, 146, 160, 373, 620
Yanguas Messía, José de 80, 285, 288, 451, 545, 751, 771, 774, 815, 847, 848, 872, 909
Yugoslavia, Pedro de 329
Yzurriaga, Fermín 970

Zamanillo, José Luis 302, 850
Zapada, Josep 462, 464
Zayas, Carlos 693
Zhukov, mariscal 323, 381, 399
Zubiri, Xavier 527
Zulueta (padre) 573
Zunzunegui, Luis de 104, 109

Editorial **FÉNIX**
En coedición con EUDEMA

Ricardo de la Cierva
EPISODIOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA
La Historia de España en este siglo, contada con rigor documental y amenidad.

Don Juan y el autor, "Populares" de *Pueblo* en 1977

DON JUAN DE BORBÓN fue un pretendiente variable. Permitió que sus adictos, una minoría mínima que se contaba por docenas, le llamasen Rey, pero cuando entregó al Rey don Juan Carlos su renuncia en 1977, según veremos en detalle, le declaró heredero directo de don Alfonso XIII, como al año siguiente haría la Constitución hoy vigente. Se alineó contra Franco entre 1942 y 1947, y luego entre 1968 y 1975; es decir, durante doce años, y no siempre con la misma decisión; a veces parecía arrastrado. Estuvo con Franco, en diversas situaciones, entre 1928 y 1931; entre 1936 y 1939, plenamente a las órdenes de Franco, como su padre don Alfonso XIII; y entre 1948 y 1968, es decir, veintisiete años. Se adhirió de forma expresa y escrita a Falange Española. Se adhirió seis veces a programas antidemocráticos. Repudió, reservada pero fehacientemente, sus Manifiestos de Lausana y Estoril. Publicó tres manifiestos democráticos y cinco manifiestos completamente antidemocráticos. Ofreció a Franco el Toisón y el Gran Maestrazgo de las Órdenes Militares, que es una atribución regia. Sufrió el desprecio de su consejero político principal, José María Gil Robles. Desautorizó reiteradamente a sus consejeros, dejándoles a veces en muy mal lugar. Fue acremente censurado por sus fieles monárquicos. Comunicó públicamente todo un testamento de Rey (es la única vez que le llamo Rey) poco antes de morir, y su fiel diario *ABC*, y su fiel director don Luis María Anson, se lo censuraron. Sus conversaciones íntimas fueron censuradas a mansalva, docenas de veces, por el Opus Dei. Los principales consejeros de don Juan no eran liberales, sino totalitarios. La Reina Sofía coincide con Franco y con el autor de este libro en descalificar a los consejeros de don Juan.

ISBN: 84-88787-17-0